

A C A N T I L A D O

Reiner Stach

Kafka

Los años de
las decisiones (II)

Los años del
conocimiento

TRADUCCIÓN DE
CARLOS FORTEA



REINER STACH

KAFKA

LOS AÑOS
DE LAS DECISIONES
CAPÍTULOS 26-35

y

LOS AÑOS
DEL CONOCIMIENTO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE CARLOS FORTEA

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL
Kafka. Die frühen Jahre
Kafka. Die Jahre der Entscheidungen
Kafka. Die Jahre der Erkenntnis

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

- © *Kafka. Die Jahre der Entscheidungen*, 2002 by S. Fischer Verlag GmbH,
Fráncfort del Meno
© *Kafka. Die Jahre der Erkenntnis*, 2008 by S. Fischer Verlag GmbH,
Fráncfort del Meno
© *Kafka. Die frühen Jahre*, 2014 by S. Fischer Verlag GmbH,
Fráncfort del Meno
© de la traducción, *Los años de las decisiones*, 2003 by Carlos Fortea Gil
© de la traducción, *Los años del conocimiento y Los primeros años*,
2016 by Carlos Fortea Gil
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN DE LA OBRA COMPLETA: 978-84-16748-19-8
ISBN DEL VOLUMEN I: 978-84-16748-20-4
ISBN DEL VOLUMEN II: 978-84-16748-21-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 746-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión*
TARSUS *Encuadernación*
MACOBASA *Confección del estuche*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LOS AÑOS DE LAS DECISIONES

CAPÍTULOS 26-35

26. Grete Bloch: la mensajera entra en escena	1241
27. En el cero absoluto	1257
28. Kafka y Musil	1273
29. Programa matrimonial y ascetismo	1289
30. Tribunal en Berlín	1319
31. La Gran Guerra	1335
32. Autojusticia: <i>El proceso</i> y <i>En la colonia penitenciaria</i>	1373
33. El retorno del Este	1407
34. La gran perturbación	1422
35. En tierra de nadie	1444

LOS AÑOS DEL CONOCIMIENTO

<i>Prólogo: Las hormigas de Praga</i>	1461
1. Autoabandono	1470
2. No hay premios literarios para Kafka	1501
3. El civil Kafka: el trabajo de la guerra	1520
4. El milagro de Marienbad	1573
5. ¿Qué tengo yo en común con los judíos?	1604
6. Kafka encuentra a sus lectores	1638
7. El alquimista	1654
8. Ottla y Felice	1677
9. Publicación de «Un médico rural»	1694
10. <i>Mycobacterium tuberculosis</i>	1717

11. El arca de Zürau	1736
12. Meditaciones	1764
13. Gripe española, revuelta checa, miedo judío	1795
14. La muchacha paria	1825
15. Hermann Kafka, lista de correos	1853
16. Meran, segunda clase	1886
17. Milena	1896
18. Fuego vivo	1914
19. El gran «Y sin embargo»	1943
20. Huida a las montañas	1979
21. Fiebre y nieve: Tatranské Matliary	1988
22. El reloj interior y el exterior	2010
23. El mito privado: <i>El castillo</i>	2037
24. Pensionista y «artista del hambre»	2075
25. El palestino	2107
26. Dora	2139
27. El borde de Berlín	2158
28. Último sufrimiento	2206
<i>Epílogo</i>	2243
<i>Abreviaturas y fuentes usadas en la edición española</i>	2247
<i>Bibliografía</i>	2250
<i>Agradecimientos</i>	2312
<i>Índice onomástico</i>	2315
<i>Índice de topónimos</i>	2345
<i>Índice de obras</i>	2356

LOS AÑOS DE LAS DECISIONES
CAPÍTULOS 26-35

26. GRETE BLOCH: LA MENSAJERA ENTRA EN ESCENA

El movimiento es imposible,
si se reflexiona con claridad.

MAX BROD, *Schloss Nornepygge*

Muy señor mío:

Aunque no nos conocemos, me permito escribirle porque me importa mucho la felicidad de mi amiga Felice. Inquieta por su persistente silencio, me ha pedido que me reúna con usted. Coincide que a principios de noviembre tengo asuntos de trabajo que resolver en Praga. Si le parece, podríamos conocernos. Ya he oído a Felice muchas cosas buenas acerca de usted, y confío en que nuestra reunión podría ser doblemente útil para mí. Me daría la oportunidad de atender la petición de mi amiga y a la vez conocer a un hombre extraordinario. Le ruego que me indique el lugar y la hora...

Una carta educada, escrita en torno al año 1998. Su autora es la escritora polaca Anna Bolecka, que con su novela epistolar *Querido Franz* ensayó exactamente el ejercicio de imaginación al que el biógrafo, fiel a sus obligaciones hermenéuticas, se niega: la colorida ornamentación de aquello que los documentos ponen ante nuestros ojos como meros contornos, como impresión borrosa de una realidad pasada. Es ociosa la pregunta de si esto es *legítimo*. La tentación está ahí, y es fuerte. Desde luego, quien sucumba a ella debe tener claro que ni la más viva imaginación puede calmar el hambre mientras no consiga producir evidencia. Por todo lo que sabemos, la verdadera remitente de esa supuesta carta hablaba otro lenguaje.

Su nombre era Grete (oficialmente Margarethe) Bloch: una amiga y mediadora de Felice Bauer, que a finales de octubre de 1913 pidió al escritor un encuentro en el hotel Schwarzes Ross de Praga. Un paso inusual, que exigía mucha seguri-

dad en sí misma a una mujer de sólo veintiún años. En cualquier caso, Grete Bloch tenía suficiente entrenamiento social y pocos motivos para dejarse intimidar por la formación y energía masculinas de Kafka. Como titulada por una academia de comercio, se contaba entre el grupo, aún muy pequeño, de empleadas con actividades de responsabilidad, y estaba muy lejos de ella la actitud (entonces muy extendida entre las «taquimecas») de considerar el círculo de sus colegas y clientes esencialmente como grupo matrimonial. Como Felice Bauer, se había especializado en una máquina de oficina, la «máquina Elliot-Fisher de descripción y facturación, con adición automática», y trabajaba en varias ciudades para empresas que distribuían ese aparato, ocupándose también del correspondiente adiestramiento de los oficinistas. Cuando Kafka la conoció, estaba a punto de trasladarse de Berlín a Viena, un *intermezzo* que no debía durar más de seis meses.

Probablemente Felice Bauer y Grete Bloch se encontraron por vez primera en Fráncfort, con ocasión de una exposición de artículos de oficina, en la que las dos formaban parte del «por desgracia muy poco representado mundo femenino» (según la revista de Hamburgo *Schreibmaschinen-Zeitung*); seguramente se alegraron de encontrar a otra persona en una situación similar a la suya. Que había puntos comunes dignos de mención que iban más allá de la cháchara usual del gremio es algo que no se les habrá ocultado durante mucho tiempo: también el padre de Grete Bloch era un agente comercial con éxito moderado, también ella apoyaba con sus ingresos a una familia no especialmente armoniosa, pero sobre todo a su hermano, un año mayor. Desde luego, el estudiante y posterior médico Hans Bloch estaba hecho de una pasta completamente distinta a la del funesto Ferri Bauer. Era enérgico, a veces brusco, trataba de componer textos literarios sin tener grandes dotes para ello, y se había sumado al sionismo en cuerpo y alma cuando aún era estudiante de secundaria.

Hasta entonces, Kafka no sabía prácticamente nada sobre la nueva amiga de Felice; aun así, no parece haberle sorprendido mucho que en el complicado juego entre Praga y Berlín interviniera un nuevo personaje. Él mismo había utilizado—con éxito variable y de forma nada selectiva—a los más variados mediadores: su madre, Max Brod e incluso la hermana de éste, Sophie. Felice, a su vez, se había dirigido nuevamente a Brod después de la carta de despedida de Kafka desde Venecia; tampoco ella rehuía, en situaciones críticas, emplear tropas auxiliares y aumentar así la presión, sin que Kafka lo hubiera considerado jamás ilegítimo.

Aun así, le esperaba una sorpresa. Porque se había imaginado una amiga mayor, maternal, honesta, más bien tirando a matrona, puede que la doble de una de esas molestas tías que entraban y salían de casa de los Bauer. En vez de eso se encontró una joven pequeña, de constitución delicada pero extremadamente ágil, cargada de energía y presencia de espíritu, que no mostraba el menor temor ni ante el doctor ni ante el autor. Y que también era autónoma y mantenía su propio criterio respecto a Felice. Porque resultó que la señorita Bloch no había venido en modo alguno como mediadora, sino únicamente para persuadir a Kafka de que viajara a Berlín. Por lo demás se mostró poco informada—«al principio buscó usted el motivo de nuestras desdichas en dirección totalmente equivocada», se sorprendía Kafka—,¹ y se tomó la libertad, una vez cumplimentado el encargo, de hablar extensamente de Felice de un modo que, aparte de Kafka, no hubiera movido *a nadie* a volver atrás. Había mucho que contar, tanto que ambos pasaron juntos también la tarde siguiente y, además, se vieron en la estación el día en que ella se marchaba. Después de eso, Kafka no sólo estaba informado con todo detalle sobre el calvario de los puentes dentales y las coronas de oro de Felice; ahora también había teni-

¹ Carta a Grete Bloch del 10 de noviembre de 1913.

do noticia, por vez primera, de uno de los bien guardados secretos familiares de los Bauer: la debacle y el compromiso matrimonial de Ferri.

Hacía medio año que Ferdinand Bauer se había prometido con Lidia Heilborn, la hija de su jefe, un fabricante berlinés de ropa blanca. Kafka aún tenía presente el espectáculo, en el que había participado de manera más bien casual y sin gran entusiasmo: Ferri como el gallo en el gallinero, los radiantes padres, y sobre todo los ojos de Felice, que se posaban con más intensidad en su hermano que en su propio futuro prometido. Esa felicidad tenía algo de justificado alivio, porque Ferri no sólo había pesado sobre el bolsillo de su familia, sino que más de una vez les había extorsionado en toda regla y sólo les había dejado como elección la vergüenza pública o el pago de sus deudas. Pero ahora esas escapadas formaban parte del pasado, Ferri tenía el porvenir seguro y su matrimonio incluso les haría subir a él y a la familia Bauer en la escala del «buen nombre». ¿Quién lo hubiera esperado? La solemne boda se planeó con todo celo, y pronto se había encontrado también una vivienda adecuada.

Igual de dura resultó la caída. Porque la implosión social que siguió fue más devastadora que todo lo que los Bauer habían tenido que superar hasta la fecha. Resultó que Ferri—como ya había ocurrido varias veces—había vuelto a echar mano al dinero de los clientes y había comprado mercancías por su propia cuenta, pero esta vez en un volumen que ya no se podía regular mediante discretos anticipos por parte de la familia. En otras palabras: Ferri había traspasado los límites de la criminalidad, había robado a su propio suegro... tal vez en la ingenua suposición de que los Heilborn no dejarían que se produjera un escándalo público. Pero *esta* familia no se dejó extorsionar, cortó el vínculo y, tras el abrupto final del compromiso más la inmediata rescisión de la relación laboral, Ferri pudo estar contento de que no enviaran a la policía a su casa.

Al parecer, Grete Bloch aún no estaba informada sobre las verdaderas dimensiones del desplome cuando conoció a Kafka, pero lo que acertó a contar ya fue bastante impactante. Ahora constataba él de lo que hasta ahora sólo podía suponer: la poca confianza que Felice le tenía cuando se trataba de su familia. Había callado, y en modo alguno había autorizado a Grete a trasladarle tales penalidades. Aún habrían de pasar meses antes de que Kafka obtuviera un par de alusiones de primera mano. Aun así, la historia le hizo sospechar de la señorita Bloch: no podía ser una verdadera amiga la que contaba tales cosas a un hombre al que conocía desde hacía pocas horas.

Sin embargo, le había prometido algo, y mantuvo su palabra. Fue a Berlín, el fin de semana siguiente. Ya no importaba, el encuentro no podía hacer daño, la situación no podía ser más embrollada. ¿Otra despedida, otro comienzo? «A partir de Venecia puse punto final, realmente era incapaz de soportar por más tiempo el estruendo de mi cabeza», escribió. Todavía en Riva creía que «todo está absolutamente claro y definitivamente acabado desde hace catorce días. Tuve que decir que no podía y realmente no puedo». Apenas en Praga, había forjado planes en secreto para «ver si soy capaz de recoger toda esta felicidad en el último momento». Tenía nostalgia de ella, pero, al mismo tiempo, de verdad y de claridad. «Una convivencia duradera es para mí tan imposible sin mentira como sin verdad. La primera mirada que dirigiera a tus padres sería ya mentira».²

Sábado, 8 de noviembre de 1913, 22:27 horas. Después de un viaje de ocho horas, Kafka entra en la estación de Anhalt, en Berlín. Felice Bauer no está en el andén. Va al hotel Askani-scher Hof. No hay ninguna nota para él.

Domingo, 9 de noviembre de 1913, 8:30 horas. Como Kafka

² Carta a Max Brod del 28 de septiembre de 1913; carta a Felice Bauer del 29 de octubre de 1913.

sigue sin tener noticias de Felice Bauer, envía un mensajero en bicicleta a su domicilio de Charlottenburg. *Pasadas las 9 horas*: el mensajero regresa con el mensaje de Felice Bauer de que llamará por teléfono dentro de un cuarto de hora. *10 horas*: Felice llama a Kafka. *10:15 a 11:45 horas*: pasean juntos por el parque de Tiergarten. Cogen un taxi. *12 horas*: a la puerta de un cementerio donde Felice Bauer debe asistir a un entierro, se despide de Kafka y promete llamarle dentro de tres horas y acompañarle a la estación. *13 horas*: Kafka, que entretanto ha comido, vuelve a estar en el hotel. Decide visitar al escritor Ernst Weiss, que vive en Schöneberg. *14:45 horas*: Kafka se despide de Ernst Weiss. *15 horas*: Kafka vuelve a llegar al hotel. Hasta las *16 horas* espera en vano una llamada de Felice Bauer, luego va a la estación de Anhalt. Felice Bauer no está en el andén. *16:28 horas*: Kafka sale de Berlín. *18 horas*: Felice Bauer acompaña a la estación a su hermano Ferri, que supuestamente viaja a Bruselas.

No se puede ignorar la ironía: Kafka hace su informe, por extenso y con ostentosa objetividad. Había advertido a Grete Bloch que estaba apostando por algo que no tenía demasiadas expectativas. Y si hubiera podido revelarle *qué* se habló en aquel paseo de como mucho noventa minutos, por el cual había hecho un viaje de dos días, si hubiera podido contar que él y Felice no habían podido ponerse de acuerdo en *nada*, que el compromiso previsto había quedado expresamente congelado... Pero fue discreto. Todo eso debía contárselo a su amiga la propia Felice, si tenía deseos de hacerlo. Aun así, debía esa excursión a Grete Bloch; por eso, tampoco quiso ocultarle el balance: «Así que me marché de Berlín como alguien que hubiera ido allí sin ninguna justificación. Y desde luego no es que esto carezca por completo de sentido».³

³ Carta a Grete Bloch del 10 de noviembre de 1913.

El hecho de que Kafka redactara al día siguiente de su regreso un informe de dieciséis páginas, que le llevó toda la noche, sobre su cita en Berlín, indica desde luego que era él el primero que tenía que aclarar el asunto y hacer balance. También hubiera podido hacerlo en el diario... De hecho, en la carta a Grete Bloch se encuentran pasajes que presentan toda la maraña de la historia de Felice en forma más distanciada y elaborada, como si se presentara a juicio ante un invisible jurado:

Debo adelantar que en realidad yo a F. la conozco bajo la forma de cuatro muchachas casi incompatibles entre sí, y casi igualmente queridas por mí. La primera fue la que conocí en Praga, la segunda fue la que me ha escrito cartas (ésta era una y múltiple en su ser al mismo tiempo), la tercera es aquella con la que estoy en Berlín, y la cuarta es la que trata con otras personas y de la que me llega noticia a través de sus cartas o por sus propias narraciones. Pues bien, la tercera no se siente muy atraída hacia mí. Nada más lógico, nada me parece más natural. Esto me lo he dicho, horrorizado, cada vez que he vuelto de Berlín, y esta vez además con la sensación de cuán merecido me lo tengo. Es el ángel de la guarda de F. quien la lleva por ese camino, quien la hace pasar tan cerca de mí, aunque quizá no tan cerca.⁴

No era la primera vez que llegaba hasta ese punto. Para Grete Bloch, en cambio, era una perspectiva completamente nueva, sorprendente: si era un ángel bueno el que los mantenía separados, entonces ella, la mediadora, era un ángel *malo*. ¿Era eso lo que Kafka quería decirle? Bueno, de todas formas su misión había terminado. Había hecho lo que se le había encargado, y lo había hecho con la mejor voluntad. No era responsable del subsiguiente destino de esas dos personas.

Pero Grete Bloch siguió en el juego. No hay duda de que la autoironía de Kafka, su bienhumorada sinceridad, la habían

⁴ Carta a Grete Bloch del 10 de noviembre de 1913.

impresionado, y su descripción del viaje, tan triste como inútil, la conmovía. Porque ahora ella misma se mostraba más receptiva a tales desgracias de lo que correspondía a su naturaleza, normalmente activa, todo lo contrario que romántica. Lejos de sus amigos, de su familia, se sentía extraña y desdichada en Viena; el nuevo puesto estaba bien pagado pero carecía de alegría, la habitación de la pensión era inhóspita, y sólo con esfuerzo podía animarse a salir de la cama en sus horas libres. Se sentía perdida, dependiente, tierna, y eso para ella significaba: débil.

Kafka en cambio se mantenía desconfiado. Poder por fin hablar libremente sobre su lejana novia—¿su antigua novia?—era como poder respirar a fondo, y estaba agradecido por ello, cierto. Pero sentía la cercanía de nuevos enredos. La señorita Bloch era más complicada, más apasionada, más sensible y al mismo tiempo de mayor agilidad intelectual que Felice; en conjunto, pues, más impenetrable, incluso «extraña», como le escribió a ella misma. Sí, había sido sincera, pero también un poco indiscreta. Él quería saber cosas de Felice, pero sin el sabor insípido del cotilleo. Por eso ahora era difícil encontrar el tono adecuado, y respondió más por sentido del deber que por necesidad. En una ocasión tomó notas para ella, lo que era chocante, tratándose de una mujer a la que apenas conocía. El hecho de que el relato de su viaje le hubiera quitado a ella algunas horas de sueño lo conmovió, y estaba tentado de «hacer algo que equivaliera a besar su mano».⁵ Pero durante semanas ella no volvió a saber de él. «Carta falsa de Bl.», se dice en el diario el 18 de diciembre. Una carta en la que no se decía de Felice una sola palabra. De pronto, la mensajera hablaba por cuenta propia. Él empezó una respuesta, la dejó, lo guardó todo en el cajón del escritorio.

⁵ Carta a Grete Bloch del 18 de noviembre de 1913.

Kafka se sentía fortalecido, el valle más tenebroso de la depresión había quedado atrás. Los días insomnes en Italia le habían parecido completamente desesperados y yermos, y sin embargo se había «recobrado» de forma misteriosa. Y el dulce coqueteo con la suiza le había recordado—a pesar de su irrevocable final—que en medio de todos sus pensamientos compulsivos y remordimientos de conciencia seguía siendo capaz de sentir estímulos de alegría, cariño e incluso erotismo. Sus cartas se hacen ahora más decididas, también más precisas, la frecuencia de las quejas disminuye, y aunque Kafka no está en condiciones de mantener ante Felice la decisión de la separación, parece haber ganado en solidez, incluso en dignidad.

Esto es tanto más asombroso cuanto que Kafka se había retraído con sus secretos como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Incluso la vinculación con Ottla se había aflojado, desde hacía meses no había nada que pudiera leerle con orgullo, y tampoco estaba del humor adecuado para las habituales bromas de cuarto de baño. Escuchaba con atención cuando ella le contaba el encuentro semanal del Club Judío de Mujeres y Muchachas sionistas, pero dirimir con ella sus preocupaciones berlinesas no hubiera sido inteligente, porque a la larga Ottla no podría resistir la curiosidad de los padres, con los que pasaba muchas horas al día.

Con Brod se podía hablar más abiertamente. Pero Brod no escuchaba. Pronunciaba conferencias improvisadas sobre la «comunidad judía» e instruía a Kafka sobre la necesidad del pensamiento social; maldecía su puesto de funcionario, se quejaba de que no le hubieran dado el Premio Kleist a él sino a Oskar Loerke y, sobre todo, no superaba la derrota que había tenido que encajar ante los ataques del *Brenner*. Aunque él mismo había acelerado esa derrota con una maniobra extremadamente torpe: se había quejado precisamente al colaborador más importante de la revista, el terco fundamentalista tirolés Carl Dallago, que vivía no lejos de Riva y al que había visitado en una ocasión allí. En varias cartas,

Brod calificaba de «infame», «calumniadora» y «periodística» la crítica recibida, y renovaba expresamente su sospecha de que todo aquello había sido inspirado por Kraus. ¿De verdad creía que después de tales exabruptos—que ponían directamente en duda la seriedad del *Brenner*—Dallago iba a defenderlo ante su editor? Naturalmente, ocurrió lo contrario: no sólo Dallago se empleó contra Brod, sino que también remitió sus cartas a Ludwig von Ficker, que a su vez se las enseñó al supuesto instigador, Karl Kraus. Justo lo que necesitaba. Ahora ni siquiera el diplomático Kafka, que se había reunido en Riva con Dallago—posiblemente a ruego de Brod—, pudo salvar nada. No es muy probable que en esta ocasión Kafka fuera muy combativo en defensa de su amigo, porque Dallago observaba, lacónico: «He conocido aquí a ese escritor, Kafka. Un hombre realmente muy amable, que está haciendo cosas valiosas».⁶

No cabía ignorar que las consecuencias de su propia terquedad deprimían a Brod y socavaban su forzado optimismo... hasta sus adversarios lo sabían. «Por lo demás, ese hombre tiene que haber sufrido algún abandono en este último año, y si es un escritor, ahora escribirá sus mejores cosas», escribía por ejemplo el poeta Hans Janowitz a Ludwig von Ficker.⁷

Janowitz sabía de lo que hablaba... él mismo había roto con Brod después de quejarse en vano del agresivo prefacio de *Arcadia*. También Werfel parecía haberse pasado definitivamente al enemigo; era una tortura para Brod leer los elogios de Werfel a *Die Fackel* mientras él mismo era escarnecido por Kraus como «comisionista de Dios».⁸ ¿Realmente

⁶ Carta de Carl Dallago a Ludwig von Ficker del 10 de octubre de 1913, en Ficker [1986:298, nota 62].

⁷ Carta de Hans Janowitz a Ludwig von Ficker del 20 de septiembre de 1913, en Ficker [1986:181].

⁸ *Die Fackel*, n.º 389-390, 15 de diciembre de 1913, p. 37.

Werfel podía pasar esto por alto, de veras no comprendía con quién estaba tratando? ¿Y el noble Kurt Wolff, que precisamente ahora, después de un largo cortejo, firmaba los primeros contratos con Kraus? ¿Estaban todos seducidos, deslumbrados?

Brod sufría y se quejaba. Ya no tenía oídos para las preocupaciones de Kafka, en todo caso intentaba distraerlo y ganarlo para sus propios intereses. Así que le convenció para que participara en un seminario de filosofía de Christian von Ehrenfels, en el que, entre otras obras, iba a discutirse *Visión y concepto*. Kafka aún no había leído la obra común de sus dos amigos más íntimos, pero se contuvo y fue dos veces con él. Su amigo se había mostrado «entusiasmado», escribió Brod en su diario. «Día perdido», dicen las notas del propio Kafka.⁹ Esencialmente había invertido la sesión en mirar fijamente a una estudiante que se parecía a Felice Bauer.

Ya no se podía negar la creciente distancia; incluso a Kafka, cuyos miedos a perder cosas eran fácilmente inflamables y por eso evitaba las reflexiones, ya no le cabía engañarse: «Anteanoche en casa de Max. Está volviéndose cada vez más extraño, ya ha sido a menudo un extraño para mí, ahora también yo estoy volviéndome extraño para él». Brod le exigía demasiado, le obligaba a escuchar a regañadientes, le forzaba a falsos ademanes y cordialidades, le tensaba los nervios. La verdad era que Kafka incluso habría estado dispuesto a aplazar una semana el viaje a Berlín sólo para no tener que pasarse horas sentado frente a Brod, el hombre al que pocas semanas antes había elogiado expresamente como el único compañero de viaje posible.¹⁰

Pero ahora Kafka no quería que nadie le mostrara una ventana al mundo; quería salir él. Volvía a dejarse ver entre

⁹ Diario, 21 de octubre de 1913.

¹⁰ Diario, 24 de noviembre de 1913; carta a Felice Bauer del 6 de noviembre de 1913.

la gente, visitaba a Felix Weltsch, iba al cine y al cabaret Lucerna, paseaba casi todas las noches por la estación, asistía a lecturas de Brod, Leo Fantl, Bermann y Ehrenstein, incluso a una conferencia religiosa de Hugo Bergmann. Hasta le retornó el gusto por la lectura en voz alta, y cuando se le ofreció la oportunidad de participar, en el salón de ceremonias del Ayuntamiento judío, en una velada literaria a la que los judíos pobres tenían acceso gratis, además de té y pastas, a mediodía ya estaba temblando de complacida emoción, otra vez en sus manos el *Michael Kohlhaas* de Kleist, el reto más difícil para un recitador.

También empezó a cultivar conscientemente el contacto con Ernst Weiss y a convertirlo en amistad; leyó *La galera* y pasó con Weiss, que vino a Praga por Navidad a ver a su madre, tardes y noches enteras. El día de Nochevieja—una fecha crítica para Kafka, como día de balance—no tuvo ganas de quedarse solo, así que aceptó una nueva invitación de Lise Weltsch. Una velada agradable entre amigos sionistas. Kafka fue el último en llegar.

27 de noviembre de 1913: Kafka escribe a Felice Bauer una carta certificada. No recibe respuesta. Más o menos al mismo tiempo Elsa Brod invita a Felice Bauer a Praga a pasar la Navidad; no hay reacción. Probablemente el 14 de diciembre Kafka envía a Felice una carta urgente, que queda asimismo sin respuesta. El 18 de diciembre Ernst Weiss va a Lindström AG y habla en su oficina a Felice Bauer; en el bolsillo lleva otra carta de Kafka. Ella entrega a Weiss una breve nota en la que promete responder por extenso a Kafka ese mismo día. También esa carta la espera Kafka en vano. Alrededor del 20 de diciembre Kafka vuelve a pedir noticias. Al día siguiente recibe un telegrama de Felice que anuncia una carta. Esta carta no llega. Ahora es el propio Kafka quien llama a la oficina de Felice Bauer. Ella promete nuevamente una carta,

pero ruega al mismo tiempo que Kafka *no* vaya a Berlín esas Navidades. Al día siguiente o al otro Kafka le comunica telefóricamente que no ha llegado carta alguna. Ella responde por telegrama que la carta ya está escrita y lista para ser enviada. Al comienzo de la tarde del 29 de diciembre sigue sin llegar ninguna carta, Kafka escribe de nuevo. Su carta aún no ha sido enviada cuando, a las 17 horas, llega una carta de Felice Bauer, la primera después de más de siete semanas.

Sin duda éste no es un calendario amoroso, sino más bien el de Sísifo. Pasaron los días, olvidados, en que Kafka estaba fuera de sí después de cinco o seis días de «silencio francfortiano». Ahora se trataba de algo completamente distinto, peor: Felice había mentido, por primera vez había escuchado de su boca una indudable mentira.

¿Qué hacer? Kafka siempre se negó a los reproches morales; no sólo porque, como sabía por propia experiencia, sólo despiertan la obstinación y la resistencia, sino, sobre todo, porque, o bien se quedan en el aire o, cuando aciertan, rebotan sin efecto. El carácter de una persona es inalterable. Un mentiroso miente incluso cuando dice la verdad. Pero alquien que no es una embustera—ésa era la momentánea convicción de Kafka—sólo miente bajo presión, y de su especial carácter depende que al hacerlo sucumba a conflictos interiores o si basta con la presión exterior.

Si Kafka no se hubiera aferrado con sus últimas fuerzas a este modelo heurístico de la Humanidad—que era completamente insuficiente, por exacta que fuera su correspondencia con su pensamiento antipsicológico—, la relación con Felice Bauer habría terminado en ese momento. Es cierto que la cuestión de la verdad y la veracidad aún no se le había presentado con aquella oscuridad casi ontológica con la que, en años posteriores, trató de delimitarla con metáforas cada vez más precisas. «La mentira es desesperante, no existe una tor-

tura espiritual peor».¹¹ Una frase que sólo se volvió irrefutable en 1920, después de innumerables intentos propios. Pero ya en 1913 a Kafka le habría sido imposible unirse a una mujer que mintiera sin reparos. Consideraba a Felice más fuerte de lo que era, y estaba sorprendido, conmocionado, al oír que tampoco respondía ya a su amiga Grete Bloch y trataba de relativizarlo con la misma falta de veracidad: que las cartas estaban escritas pero no habían sido enviadas.

Si Kafka hubiera sabido lo que estaba ocurriendo en la familia Bauer, se habría sentido ratificado en su opinión. No, Felice no era ninguna embustera. Quizá, casi seguro, había intentado en la oscuridad de las noches insomnes formular unas frases que hicieran creíble lo increíble. Pero habían sido frases a medias, que no se podían echar al correo. Ella había buscado palabras que fueran veraces y sin embargo no dejaran al descubierto a quienes le eran más próximos. Pero no las había encontrado.

Había otra cosa que a Kafka le costaba mucho superar y que, en realidad, nunca superó del todo: Felice empezaba a calcular cuándo le había escrito que: «Tanto tú como yo tendríamos que renunciar a mucho si nos casáramos, no nos vamos a poner a sopesar para ver de qué lado se inclinaría la balanza. Es sencillamente mucho, tanto por tu parte como por la mía».¹² Con horror—pero sin confesárselo del todo—Kafka oía el eco de sus propios intentos hechos en el diario por resumir todo «cuanto habla en favor y en contra de mi boda». *Ya nunca estaré solo nunca más*: eso había sido, sólo seis meses antes, uno de los puntos negativos que más pesaban. *Siempre estaré solo*: ahora Felice podía planteárselo con la misma frialdad calculadora. ¿Acaso en su propia propuesta de matrimonio Kafka no le había invitado expresamente a calcular?:

¹¹ Carta a Milena Janseká del 11 de noviembre de 1920.

¹² Véase la carta a Felice Bauer del 29 de diciembre de 1913, donde Kafka transcribe las palabras de Felice.

Piensa entonces, Felice, en la transformación que el matrimonio ocasionaría en nosotros, en lo que cada cual saldría perdiendo o ganando. Yo perdería mi soledad, que en su mayor parte es horrible, y te ganaría a ti, a quien amo más que a ningún otro ser. En cambio tú perderías tu vida tal como la has llevado hasta el momento, vida con la que te sientes satisfecha casi por completo. Perderías Berlín, la oficina—que te agrada—, las amigas, los pequeños placeres, la perspectiva de casarte con un hombre sano, alegre y bueno, y de tener los hijos guapos y sanos, por los que, si lo piensas bien, estás sencillamente suspirando. En lugar de esta nada despreciable pérdida ganarías a un hombre enfermo, débil, insociable, taciturno, triste, rígido, casi desprovisto de toda esperanza, cuya tal vez única virtud consiste en que te quiere. En vez de sacrificarte por unos hijos reales—lo que encajaría con la naturaleza de una muchacha sana como tú—, te verías obligada a sacrificarte por este hombre infantil, pero infantil en el peor de los sentidos, este hombre que, en el mejor de los casos, tal vez aprendería de ti a deletrear el lenguaje humano. Y en todas las cosas sin importancia saldrías perdiendo, en todas.¹³

Así estaba escrito, y parecía lo bastante claro. Aun así, a Kafka le tocó en el corazón que ahora Felice empezara de hecho... no sólo a calcular, sino a calcular *en voz alta*. Él no se refería a eso. Pero ¿por qué? Bueno, hacía seis meses Kafka no sólo había querido decir algo, sino también mostrarlo: 'Te demuestro que soy digno de ti al no pensar ante todo en mi felicidad, sino en todo lo que perderías. Me preocupan las cosas que *tú* pierdes'. Ése había sido un gesto que ahora Felice respondía con un movimiento diametralmente opuesto: 'Muy bien, piensa en las cosas que *yo* pierdo'. Un *shock* frío, una debacle comunicativa. ¿Es que no conocía las reglas del juego?

Si Kafka hubiera logrado dominar su excitación, sin duda se habría acordado de que aquella extraña propuesta de ma-

¹³ Carta a Felice Bauer del 10-16 de junio de 1913.

rimonio llevaba consigo un segundo subtexto mucho más profundo: 'Es mejor que te diga desde ahora que tengo miedo. Eso reducirá mi culpa en caso de que fracasemos y después lo lamente'. Tampoco ese estrato se le había mantenido oculto a Kafka, y no había retrocedido a la hora de poner ante los ojos de Felice lo que estaba ocurriendo: el cálculo de la desnuda autoconservación. Pero... Y en este momento Kafka habría tenido que dar otro paso para salir al aire libre: ¿no eran esos los abismos que todo el mundo lleva en su interior? ¿No cabía pensar que Felice, con su frase sobre «perder más», dijera *exactamente lo mismo*, con, sin o contra su voluntad? ¿Que fuera precisamente éste el punto en el que se encontraban?

Pero Kafka buscaba otra salida, y nuevamente eligió la puerta trasera que le abría la idea de un núcleo humano inalterable. Felice mentía, pero no era ninguna mentirosa. Felice calculaba, pero no era ninguna calculadora. Como le aseguraba a Grete Bloch: «La frase es tan verdaderamente espantosa (por muy grande que sea la verdad que contiene) que no ha podido ser sentida así por F. Es algo que se contradice por completo con el carácter de F., por fuerza tiene que contradecirse con él...».¹⁴

En una carta de treinta y cinco páginas, escrita a lo largo de varios días entre el 29 de diciembre de 1913 y el 2 de enero de 1914, Kafka volvió a pedir en matrimonio a Felice Bauer. No era correcto, alegó, que la idea de una pérdida le hubiera frenado hasta ese momento. No tenía que renunciar a nada, al contrario: «después de casarme seguiría siendo el que soy, y ése es precisamente el mal que estaría aguardándote, caso de que consintieras».

Felice Bauer subrayó esa frase. No la respondió.

¹⁴ Carta a Grete Bloch del 7 de febrero de 1914.

27. EN EL CERO ABSOLUTO

¿Acaso ha servido alguna vez la razón
en los grandes momentos de la vida?

JULIEN GREEN, *Leviatán*

La casa Oppelt, en la esquina del Altstädter Ring con la Niklasstrasse, era una de esas ostentosas nuevas construcciones que, alrededor del cambio de siglo, dieron al encajonado casco viejo de Praga un acento burgués y urbano, después del saneamiento del gueto judío. A los Kafka no puede haberles ido demasiado mal, ya que pudieron permitirse comprar en noviembre de 1913 un luminoso piso de seis habitaciones, embellecido con miradores... realmente un lujo, si se piensa que tras el matrimonio de Elli y de Valli ya no había seis, sino cuatro personas en la casa, el único hijo varón tenía ya novia y el personal disponía de un cuarto abuhardillado aparte. El inmueble disponía de ascensor—Hermann Kafka, enfermo del corazón, no podía permitirse otra cosa—, y cabe suponer que la cercanía a la mercería de la familia, situada en el palacio Kinsky, cruzando la plaza, y por tanto a tiro de piedra, fue un motivo esencial para el traslado.

Para Kafka, esta nueva «mejoría» supuso sobre todo *tranquilidad*. Desde que se había doctorado, hacía más de seis años, había ocupado una habitación vecina al dormitorio de los padres, que servía de paso para acceder a él, y que encima estaba siempre helada, debido a su costumbre de mantener la ventana abierta. Sin duda no echó de menos ese «cuartel general del ruido de toda la casa» al que incluso había levantado un pequeño monumento literario. El nuevo piso tenía además dos puertas de entrada, lo que disminuía sensiblemente los trastornos que ocasionaban las visitas. Ahora se podía recibir a éstas sin tener que atravesar necesariamente la sala de estar. Y había espacio más que suficiente: las clases de hebreo que Kafka tomó después de la guerra no tuvieron

lugar en su propio dormitorio, sino en una pequeña estancia detrás de la cocina.

Si se asomaba a la ventana, ya no divisaba el río, el puente, la piscina y el parque, sino el centro topográfico de su mundo vital, plagado de recuerdos: el Altstädter Ring. «Ahí estaba mi instituto de bachillerato, allí, en el edificio de enfrente, la universidad, y un poco más allá, hacia la izquierda, mi oficina», explicaba años más tarde a un visitante. Y nació a escasos cien metros, hubiera podido añadir; ahí, detrás del Ayuntamiento, en la casa Minuta, vivíamos cuando iba al colegio; enfrente, en el lado sur de la plaza, encima de la farmacia Zum Einhorn, hay un salón literario al que solía ir hace unos años, y allá está ahora la tienda de mis padres. «“En ese pequeño círculo—y con el dedo trazó un par de pequeños círculos—está encerrada toda mi vida”».¹

Se adaptó rápidamente al nuevo entorno, y es evidente que, como los días pasados en Riva, el traslado le sirvió de estímulo. Miraba lo que era familiar, pero desde una perspectiva inusual. Kafka vuelve a abrir su diario con mucha más frecuencia, y los arranques literarios ganan claramente en densidad y fuerza plástica. «¿De dónde esta confianza súbita?», se pregunta, probablemente poco después del traslado; y un poco más adelante, cuando por primera vez desde hace muchos meses vuelve a lograr unas cuántas páginas coherentes, dice incluso: «La firmeza que me proporciona escribir lo más mínimo es, sin embargo, indudable y maravillosa».²

Hubiera podido darle la vuelta a esa frase. Escribir como Kafka escribía *presupone* estabilidad, requiere abrir día tras día, semana tras semana, los cuadernos, una y otra vez, sin garantías de resultados inmediatos, a pesar de todos los trastornos interiores y exteriores; sentarse y esperar en un estado de relajada concentración, sin tener que *forzarlo*. Un ejer-

¹ Friedrich Thieberger, «Kafka y los Thieberger», en Koch [2009: 151].

² Diario, 6 y 27 de noviembre de 1913.

cicio de autocontrol, que exige mucha voluntad. Tanto más cuanto que Kafka no sólo tenía que luchar contra la depresión crónica y la desolación mental que producía, sino también contra una incontrolada inundación interior, de efectos devastadores.

Si se contempla la vida y la escritura de Kafka en el invierno de 1913-1914, salta a la vista una peculiar inconsistencia. La nueva energía traída del viaje pone su pluma en movimiento, agudiza el pensamiento y la mirada, y su efecto es imposible de ignorar incluso en la—dadas sus circunstancias—relajada determinación con la que atiende sus obligaciones sociales. Sólo en relación con Felice Bauer todo esto no parece tener validez; allí prosigue esa alternancia mecánica entre parálisis y lucha ciega que, paso a paso, lleva a Kafka hasta una posición insostenible. Le exige respuestas, respuestas precisas. Se golpea la frente hasta hacerse sangre contra su silencio, que atribuye a razones completamente equivocadas. Grete Bloch trataba de consolarlo diciéndole que esa testarudez era en realidad una buena señal. La señal, al menos para ella, de que él seguía hablando en serio. «Hay algo de verdad en eso. Pero la testarudez puede ser también fruto de la desesperación», respondió Kafka.³ Y en eso había probablemente *más* verdad. También es testarudo el insecto que se acerca a la llama.

Se podría hablar de «disociación». Pero la metáfora psicológica no es exacta. Porque la intensificada vigilia de Kafka lo atraviesa todo por igual, hasta lo más doloroso: se atreve a mencionar con claridad el distanciamiento de Brod y anota pensamientos generales sobre el suicidio, sin olvidar que esta cuestión vuelve a estar en su *propio* orden del día y que, mientras escribe *para sí*, incluso es capaz de adoptar una postura sobria y empática, autoterapéutica. A principios de diciembre escribe en el diario: «Mi odio a la observación activa de

³ Carta a Grete Bloch del 14 de junio de 1914

sí mismo. A interpretaciones psíquicas del tipo de: ayer estuve así por tal motivo, hoy estoy así por tal otro. No es verdad, no por tal motivo ni por tal otro, y por lo mismo tampoco así y así. Soportarse a uno mismo con calma, sin precipitarse, vivir como es debido, no andar mordiéndose la cola como los perros». ⁴ El objetivo está claro. Pero tres días después decide enviar a Ernst Weiss en absurda misión al despacho de Felice.

Kafka se comporta—ésta sería quizá la imagen más exacta—como alguien que en 1912 ha pegado fuego a su propio sótano para calentar la casa. Si apaga el fuego teme congelarse. Si no lo apaga, pronto no habrá nada que calentar. La solución sólo puede ser cerrar bien todas las puertas, limitar el fuego a *una* sola habitación y habitar como antes las otras habitaciones. Pero para eso es necesario regresar al sótano, el ardiente cimiento de la casa; da igual por qué medios, aunque sea con las reservas más valiosas. Da igual lo que uno se haya propuesto o prohibido mientras estaba en el seguro escritorio y con los sentidos despiertos. *Allá abajo* no hay elección.

Yo a ti, Felice, te quiero con todo lo que de humanamente bueno hay en mí, con todo lo que me hace digno de que me mantenga entre los vivos. Si es poca cosa, yo también soy poca cosa. Te quiero exactamente tal cual eres, lo mismo aquello que me parece bueno en ti como lo que no me parece bien, todo, todo. A ti no te ocurre esto mismo, incluso aunque supongamos todo lo demás. Tú no estás satisfecha conmigo, tienes una serie de cosas que echarme en cara, quieres que sea distinto a como soy. Según tú, debería vivir «más dentro de la realidad», debería «regirme de acuerdo con los datos que se ofrecen», etc. ¿No te das cuenta de que si tal deseo responde a una necesidad real tuya no es, entonces, a mí a quien quieres, sino que lo que quieres es pasar de largo ante mí? ¿Por qué esa voluntad de modificar a las personas, Felice? Eso no está

⁴ Diario, 9 de diciembre de 1913.

bien. A las personas hay que tomarlas como son o dejarlas como son. Es imposible modificarlas, a lo sumo se las puede molestar en su modo de ser, eso es todo. Pues la verdad es que el hombre no se compone de particularidades aisladas que cada cual pueda quitarle y reemplazar por otras a su antojo. Se trata más bien de un todo, y si tiras de una punta, la otra—quieras que no—también se estremece. Y sin embargo, Felice, incluso eso mismo, el que tengas una serie de cosas que echarme en cara y el que te gustara cambiarme, es algo que amo, lo único que quiero es que lo sepas.

Esto escribe Kafka en su segunda propuesta de matrimonio, el 2 de enero de 1914. Es la voz de una razón entretejida de erotismo y aun así casi madura, suave, un tono puro como sin duda Kafka no hubiera estado en condiciones de emitir pocos meses antes. Imposible leerlo sin conmoverse, e igualmente imposible imaginar que Felice Bauer lo dejara a un lado sin conmoverse. Pero en la misma carta se encuentran otras frases que se cuelan como feos gritos y perturban de forma persistente ese tono puro: «Incluso me atrevo a decir que es tanto lo que te quiero que querría casarme contigo aun cuando tú declararas explícitamente que ya no te queda hacia mí más que una tibia inclinación, de la que tampoco es que te sientas muy segura. Estaría mal, sería una sinvergonzonería el hacer un uso semejante de tu compasión, pero no sé qué otra cosa me sería dado hacer».⁵

Ésa vuelve a ser la voz del miedo al fuego, el aferramiento, esa desdichada superposición de deseo de fusión y cálculo que sin duda habría tenido que llevar a la desesperación a cualquier otra mujer más reflexiva y más sutil desde el punto de vista emocional. ¿No sabía Kafka que no se gana a nadie cayendo de rodillas ante él? ¿Qué hay que mirar de arriba abajo a quien está de rodillas, se quiera o no? ¿Y que por eso las autohumillaciones, una vez pronunciadas, se convierten inmediatamente en *ciertas*?

⁵ Carta del primero de enero de 1914.

Kafka sabía todo eso. Y a Grete Bloch podía confesárselo: «No se puede uno humillar más profundamente de lo que yo me he humillado en esa carta».⁶ Pero ¿por qué tuvieron que pasar cuatro semanas, semanas de inútil espera, antes de que Kafka pudiera erguirse de nuevo? Porque ahora dirigía su mirada implorante a otro sitio, porque empezaba a pensar en alimentar un segundo fuego, ahora que el primero parecía extinguirse irrevocablemente.

Dos abandonados. El novio de Praga, cuyas cartas de amor son archivadas pero no respondidas. Grete Bloch, en Viena, sin noticias de su amiga Felice desde hace meses, oyendo apenas alguna palabra amable de su propia familia (a pesar de los abundantes envíos de dinero), pero ni una de ese melancólico y pueril funcionario de Praga que deja dos cartas sin respuesta y, en la oficina, ni siquiera se pone al teléfono.

A finales de enero, al fin, se reúnen. No es difícil adivinar por qué Kafka se aferra ahora, tras largo titubeo, a la ramita ofrecida: la tentación de volver a apostar por la mediación cuando no hay forma de salir adelante es demasiado fuerte. Ernst Weiss no había tenido especial éxito en su misión; aun así, había logrado algo parecido a una respuesta. Es probable que la nueva intervención ante Felice de la esposa de Brod, Elsa, no se hubiera producido sin la insistencia de Kafka. Éste por fin le había confesado a su propia madre—luchando contra una fuerte resistencia interior, rayana en la aversión—cuáles eran sus planes de boda, pues hacía mucho que sabía que ella no retrocedía a la hora de emprender acciones resueltas. Finalmente, jugó incluso con la idea de movilizar a la hermana de Felice, Erna, que le había inspirado una confianza instintiva cuando la conoció en Berlín.

⁶ Carta a Grete Bloch del 28 de enero de 1914.

¿Y por qué no Grete Bloch? Estaba dispuesta a ayudar, rápidamente y sin reparos, y, a la luz de cómo había sido su primer encuentro, era de esperar que lo hiciera sin embustes y delicados rodeos. En cualquier caso, no le gustó nada que Grete Bloch le enviara una antigua carta de Felice en la que le calificaba de «pobre hombre». Y se sintió completamente mal cuando Felice, a medias forzada por una carta de Grete a todas luces hipócrita, envió a Kafka por fin un mensaje escrito a toda prisa y sin contenido, que concluía con las palabras: «Recibirás más noticias mías. No he podido por menos que escribir esta tarjeta».⁷ Así que ésa era la respuesta a su petición de mano. No quería, pero *debía*. Tal poder poseía su amiga.

Kafka no podía ignorar por completo el temblor del sísmógrafo moral. No, no podía mentir ante Felice; incluso en la larga carta de Año Nuevo, con la que quería forzar en toda regla un nuevo comienzo, le pareció correcto hablar de Riva, para que nadie pudiera reprocharle haber hecho cualesquiera confesiones *demasiado tarde*. Pero con eso estaba sirviendo a un concepto de verdad más bien jurídico. Ahora estaba entregándose a una mentira de una dimensión completamente distinta. Porque mientras la relación con Felice se transformaba poco a poco de pasión en tarea, en *proyecto*, entre Kafka y Grete Bloch se desarrollaba un metabolismo emocional que la joven probablemente malinterpretó como erótico, mientras Kafka disfrutaba del mismo dulce sentimiento de viva participación que le habían insuflado las primeras cartas de Berlín y que desde entonces había perdido.

Ella lo había provocado, acaso forzada, pero sin duda de manera consciente, dada su despierta inteligencia y capacidad de observación. Al contrario que Felice, Grete Bloch leía y reflexionaba cada palabra. Kafka le había confesado desde

⁷ Texto citado según la carta de Kafka a Grete Kafka del 14 de febrero de 1914.

el principio que la capacidad de identificarse con los sentimientos de las chicas, de *todas* las chicas, era el único sentimiento social que nadie podía discutirle (y no era exagerado, porque se derretía con sólo *oír* llorar a una muchacha). Ahora, para su sorpresa, recibía una carta en la que ella le revelaba sus propios estados indignos de ser comunicados, con la zalamera reserva, desde luego, de que seguramente no iban a interesarle.⁸ Y, después de la primera y viva reacción, apenas le hizo esperar... como si supiera que era sobre todo la constancia en la dedicación la que sacaba infaliblemente a Kafka de su cueva.

De hecho, es asombrosa la rapidez y falta de reparos con la que Kafka se adhiere a esta nueva e inesperada corriente de calor. Canetti señaló, con razón, inmediatamente después de la publicación de las cartas, que, frente a Grete Bloch, Kafka repite hasta el último detalle un modelo discursivo que caracteriza ya sus primeras cartas a Felice:

Ahora es sobre ella sobre la que quiere saberlo todo, y plantea las mismas viejas preguntas. Quiere imaginar cómo vive, su trabajo, su oficina, sus viajes. Quiere respuestas inmediatas a sus cartas, y como a veces llegan con retraso, aunque muy pequeño, pide un turno regular, que ella rechaza en todo caso. Se interesa por la salud de ella, quiere saber qué lee [...] Naturalmente, la abreviatura de aquella anterior correspondencia le resulta más fácil que entonces el original, es un teclado en el que ha ensayado. Hay algo de juguetón en estas cartas que las anteriores tenían muy raras veces, y aspira de manera del todo abierta a su afecto.⁹

⁸ Cartas a Grete Bloch del 10 de noviembre de 1913 y del 21-25 de febrero de 1914. Véase la carta a Felice Bauer del 17 de abril de 1914: «De-testo oír hablar de muchachas lloronas», así como la anotación del diario de 2 de julio de 1913: «He llorado con el relato del proceso contra una tal Marie Abraham, de veintitrés años, que a causa de la penuria y del hambre estranguló a su hija Barbara, de casi nueve meses».

⁹ Canetti [2012:57].

Un lector que siguiera la doble correspondencia de Kafka en la primavera de 1914 sin conocer la relación entre los distintos correspondientes no adivinaría enseguida cuáles es la «amiga epistolar» y cuál la elegida para el matrimonio. Aquí, la «querida señorita Grete»; allá, una tal «F.». Aquí, «saludos de todo, pero de todo corazón de su Franz K.»; allá, «Franz», «tu Franz» o, una vez más, «F.». Es cierto que de esperanza y de amor sólo se habla en las cartas a Felice, pero tales sentimientos están socavados por gestos de sometimiento y por la discusión, en parte subliminal, en parte explícita, de una deuda que no hace más que crecer. Ya aquí Kafka triunfa como juez sobre sí mismo, que ya no juzga por motivos personales, sino al servicio de una causa... un servicio de amor que parece como envenenado por la moral, y una moral, a su vez, que se asienta sobre el pedestal de hormigón de la lógica jurídica: aquí se rinden cuentas. «En la oficina. Hay mucho que hacer. No estaba enfadado. Estaba furioso, triste y alguna que otra cosa por el estilo, pero no enfadado. [...] Para ser exacto, he de añadir que no son dos sino tres los días que hace que no me escribes». El mismo asunto lo retoma ante Grete Bloch con un aire completamente distinto: «una de las cartas se ha quedado ya sin respuesta, la segunda se quedará mañana igualmente sin contestación, y así seguirá la cosa, aunque es imposible que esto dure mucho tiempo».¹⁰

Fue una de las pocas ocasiones en que Kafka buscó alivio en una fría ironía. Le sentaba mal, sobre todo desde el punto de vista de Grete Bloch, porque en verdad la ironía era incompatible con la constante y compulsiva testarudez que le hacía aporrear las cerradas puertas de Berlín. Pero su nueva amiga parece haberle ahorrado enfrentarse a esa contradicción, y tampoco se encuentra signo alguno de que jamás le planteara la pregunta fundamental, la única pregunta que se

¹⁰ Carta a Felice Bauer del 28 de mayo de 1914; carta a Grete Bloch del 16 de marzo de 1914.

imponía: en realidad, ¿qué está buscando usted en Felice? Eso estaba prohibido. O mejor dicho: con su acreditado sistema de anticipación defensiva, Kafka ya había tratado esa cuestión consigo mismo y por lo tanto ya la había tachado de su agenda. «Pero esto lo sabe usted muy bien, pues en su carta, cosa que me ha causado mayor asombro que ninguna otra, no dice usted una sola palabra de reproche, ni tan siquiera manifiesta usted sorpresa ante el hecho de que haya vuelto a pedir a F. que se case conmigo. Lo he hecho porque no podía ser de otra manera, no dispongo de muchas explicaciones».¹¹ Eso no era ninguna explicación, pero con ello Kafka se creía a salvo de esa *única* pregunta.

Un juego de tres. Una o uno tenía que perder. Kafka jugó mientras fue posible, asediado por los escrúpulos, pero ansioso de calor, a veces de manera veraz, luego nuevamente táctica. No hay duda de que la correspondencia con Grete Bloch le daba estabilidad, más allá de su eventual mediación. Ahora tenía *una ayuda más*, sin duda era mucho. Pero ¿se trataba de eso? ¿No había llegado de todos modos al punto de más profunda humillación, al cero absoluto, allá donde ya nada se mueve *por sí mismo*?

El viernes, 27 de febrero de 1914, Kafka viajó por cuarta vez a Berlín, sin avisar esta vez y decidido a no dejarse echar. Había cogido un valioso día de sus vacaciones, porque quería actuar con resolución. Ella *tendría* que recibirlo en la oficina, en un día laborable.

Todo fue bien. El sábado por la mañana le recibió con amabilidad, ni siquiera demasiado sorprendida; le enseñó su oficina (imaginada durante un año y medio) y pasó con él la pausa del mediodía en una confitería. Al final de la jornada Kafka fue a recogerla y caminaron del brazo por las calles de

¹¹ Carta a Grete Bloch del 28 de enero de 1914.

Berlín. A ella aún le quedaban dos horas, por desgracia más no, porque entrada la tarde iba a tener que participar «por razones comerciales» en un baile que, naturalmente, estaba *off limits* para Kafka.

Hubiera debido dejarlo ahí, pues disponía hasta el domingo. Pero no se contuvo. Kafka debió de lamentar no haber tensado más el arco, preparado mejor la situación. Sin dejarse confundir por sus evidentes evasivas, siguió insistiendo, exigió explicaciones, planteó por fin *la pregunta...* y lo que oyó fue peor que las más negras fantasías que habían acompañado este viaje:

F. me tiene mucho afecto, pero en su opinión eso no basta para una unión matrimonial, no para ésta; F. siente un miedo invencible ante la perspectiva de un futuro en común; tal vez le sería imposible soportar las peculiaridades de mi modo de ser; tal vez Berlín le resultase imprescindible; teme tener que despedirse de llevar bellos vestidos, teme viajar en 3.ª clase, ocupar peores localidades en el teatro (una vez escrito, todo esto no suena sino ridículo), etc. [...] dice que no se casaría con ningún otro hombre; que jamás se desharía de mis cartas, que nunca querría devolverme mis fotografías, ni que yo le devuelva las suyas; que le gustaría seguir escribiéndome, pero que también estaría de acuerdo en no hacerlo más.¹²

Ése es pues el «material» con el que Kafka pasó la noche siguiente en el Askanischen Hof. Una noche insomne, sin duda, pero ¿cuándo había dormido él en ese hotel maldito? Se merecía lo que le estaba pasando. Lo que oía era el eco de su propia voz. Él mismo había insuflado ese miedo, gota a gota, y había inventado imágenes de horror, escenarios enteros de una convivencia infernal, para reforzar aún más el efecto. Ni siquiera con su carta de Año Nuevo, con la que hubiera debido empezar un nuevo cómputo del tiempo, había podido mantener alejadas sus visiones del sótano y del in-

¹² Carta a Grete Bloch del 2 de marzo de 1914.

fierno: «en lugar del trato social, en lugar de tu familia, tendrías a un hombre que la mayor parte de las veces (al menos es lo que ocurre ahora) está de un ánimo sombrío y taciturno, un marido cuya rara dicha personal consiste en un trabajo que, en cuanto tal, sería necesariamente sentido por ti como cosa extraña».¹³

También esta frase la había marcado Felice Bauer. ¿Eso era una petición de mano? Por supuesto que tenía miedo. No se podía confiar en ese hombre, y lo que contaba de Riva no podía sorprender a nadie. Pero aún había otra cosa que a ella la atormentaba *más*, hasta el extremo de que puede que esa misma noche del primero de marzo, en Charlottenburg, a cinco kilómetros del hotel de Kafka, no le fuera a Felice mucho mejor que a él.

Ferri, el ladrón, el fracasado, el amado hermano, estaba a punto de hacer las maletas: huía a Estados Unidos, era la última escapatoria que le quedaba. El pasaje en el barco estaba reservado, el día de la partida había sido ya fijado. Disponía aún de diez días. Ya no podía dejarse ver en Berlín, y menos en su ambiente, entre conocidos y colegas. Su reputación estaba por los suelos. Encarnaba una tipología comúnmente caricaturizada en los diarios: la del cajero deshonesto que es echado de Europa de una patada. Todos los intentos de colarse en algún otro sitio habían fracasado. Ferri había llevado a la familia al borde de la catástrofe social, había propiciado escenas que ni los poco armoniosos Bauer habían conocido hasta la fecha. La más afectada era Felice. En una situación así, ¿de dónde iba a sacar las energías para responder cartas y reflexionar sobre su propio destino? Costaba trabajo calmar a los parientes, proteger a Ferri de una ruina aún mayor. Ella fue quien le compró el billete para la travesía. Aportó el capital inicial, envió dinero a Estados Unidos. Aun así, él partió descontento, desagradecido como siempre. Sólo después

¹³ Carta a Felice Bauer del primero de enero de 1914.

de unas cuantas semanas, y de forma indirecta, los Bauer se enteraron de que Ferri había llegado bien y estaba a salvo.

En la mayoría de los casos, la emigración a América suponía, en aquellos tiempos, una despedida casi definitiva. Los padres de Ferri tenían más de sesenta años, no podían esperar volver a ver a su único hijo varón. Las cartas tardaban semanas en llegar, el alejamiento de los hermanos era inevitable; no cabía pensar en visitas, dado su elevado coste en tiempo y en dinero. De hecho, habrían de pasar trece años antes de que los miembros supervivientes de la familia volvieran a verse. En 1927 Ferri, convertido entretanto en «Fred E. Bauer», esposo, padre y hombre de negocios independiente, se arrojó en brazos de una anciana que una vez había sido su madre.

Si a los cautelosos padres de Kafka se les hubiera ocurrido la idea de recabar una segunda información, más actualizada, sobre sus futuros parientes, les habría deparado una mala sorpresa. No sabemos si Carl Bauer—como Kafka sospechó después—tuvo que comprometerse a pagar de su bolsillo los daños causados por su hijo, para evitar un procedimiento judicial. Pero es seguro que Felice había perdido sus ahorros y que no tenía *nada* que aportar al matrimonio en concepto de dote. La paz familiar había sido comprada a un muy alto precio. La cantidad mensual que los Bauer esperaban recibir de su hija Erna había sido abonada durante meses por Felice; ¿de qué otra manera podía mantenerse en secreto el embarazo de Erna? No resulta sorprendente, pues, que, a pesar de sus relativamente altos ingresos, Felice siguiera viéndose obligada a hacer trabajos de mecanografía durante sus tardes libres y seguramente alguna que otra noche.

Kafka observaba acertadamente: «El semblante de F. cambia mucho; al aire libre tiene, por lo general, una gran lozanía, de puertas adentro ofrece a veces un aspecto cansado, envejecido, con un cutis basto y lleno de manchas».¹⁴ Lo que

¹⁴ Carta a Grete Bloch del 4 de marzo de 1914.

se le escapaba era la desesperada vergüenza social que asfixiaba a Felice y le impedía hablar. *Ya se arreglará*, había sido la máxima fatal de su arte de vivir, la máxima de una representación crónica con la que ahora había fracasado irrevocablemente. ¿Acaso Franz, el soñador, no había resultado más realista, incluso más capaz para la vida, con su constante insistencia en la sinceridad? ¿No se estaba enredando ella cada vez más en la mentira? ¿No habría sido más razonable, y también más justo, en vez de pedirle por dos veces que *en ningún caso* viniera a Berlín en Navidad, decirle sencillamente que allí había una familia descompuesta, ocupada en sí misma, que ahora no podía soportar la presencia de testigos ajenos? Aceptar mejor *lo que venía dado*: eso era lo que ella había exigido siempre de él. Pero por desgracia ella había evitado contarle a tiempo lo que venía dado, y la idea de tener que hacerlo *ahora* era espantosa. ¿Es que había palabras para eso? ¿No habría tenido que renunciar a todo lo que le era querido? 'Mis padres han vivido separados durante años, mi hermana tiene un hijo ilegítimo, mi hermano es un estafador y yo ya no poseo nada'... No, no, eso no.

Se encontraron en el Tiergarten.¹⁵ El mismo lugar, la misma ruta. A las cuatro de la tarde, como siempre, Kafka de-

¹⁵ Los detalles relativos a este encuentro de Kafka con Felice Bauer y a las afirmaciones hechas por ambos—y que se citan a continuación—están dispersos a lo largo de varios documentos; véanse especialmente las cartas a Grete Bloch del 2 y 3 de marzo de 1914, las cartas a Felice Bauer del 21 y 25 de marzo de 1914, así como la anotación del diario del 9 de marzo de 1914. Otra fuente importante, una carta a Felice Bauer redactada al día siguiente del viaje a Berlín, ha de considerarse perdida. Sin duda esta carta contenía una serie de citas literales más; de ahí que quepa sospechar que forma parte de las pocas cartas que Felice Bauer destruyó en la década de 1950, inmediatamente antes de vender la correspondencia. El hecho de que Felice tuviera que formular su rechazo a un matrimonio no sólo en el Tiergarten, sino el día anterior, se desprende de la frase final de Kafka

jaría su hotel con la maleta hecha para regresar a su puesto, como un fiel funcionario, el lunes por la mañana. Quedaban unas horas. Ahora había que tomar la decisión. Y nunca había estado más decidido a aprovechar la última, la ultimísima oportunidad.

Pero fue rechazado. Balbuceando, con frases a medias, la cabeza inclinada hacia un lado la mayor parte del tiempo, Felice le dijo que no podía decidirse. «Te quiero mucho, pero eso no da para el matrimonio. Yo no hago cosas a medias». «Pero lo otro también es una cosa a medias», repuso Kafka, cuya presencia de ánimo aún resistió el *shock* durante unos segundos. «Sí, pero es la mitad más grande», respondió ella. Y por fin estaba el recuerdo de un amor anterior, también eso la frenaba, quizá.

Kafka no aflojó. Ella le había hablado de otro modo sobre sus sentimientos. Podía citarla, se lo sabía todo de memoria. Pero ella ya no quería saber nada. «Es así. Tienes que creerlo. No te aferres a cada palabra». El no la creyó, amenazó incluso con visitar a su padre para saber de una vez qué había pasado, qué había cambiado. Ella se puso furiosa... Palabras, él buscó palabras, sólo las palabras adecuadas podían retener aún a esa mujer que parecía a punto de despedirse. «Dí que sí—pidió al fin—, aunque no consideres suficientes para un matrimonio tus sentimientos por mí, mi amor por ti es lo bastante grande como para sustituir lo que falta y lo bastante fuerte para cargarlo todo sobre sus espaldas». «Deja de pedir, siempre quieres lo imposible», respondió ella con aspereza. Sí, lo imposible... había que querer lo imposible, ésa había sido desde siempre una de las frases favoritas de su amigo Felix, y él siempre había sonreído al oírla, él, al que lo posible le parecía ya a una altura inalcanzable. Pero ¿y si era cierto? ¿Y si un paso en una dirección completamente im-

a Grete Bloch del 2 de marzo de 1914: «He aquí lo que ha ocupado mis pensamientos la noche del sábado al domingo, así como el viaje de regreso».

pensable llevaba fuera? «Te quiero lo suficiente—dijo, buscando la mirada huidiza—como para desprenderme de todo lo que a ti pudiera molestarte. Seré otro hombre».

No era posible humillarse más... había creído Kafka a principios de año, cuando, a pesar de todo su rechazo interior, volvió a pedirle matrimonio. Por entonces, en ese sentimiento de humillación se ocultaba aún un grano de esperanza: en adelante sólo podía ir mejor. Pero esa esperanza era engañosa. Sólo ahora se enteraba de lo que era en verdad humillación. *Berlín, Tiergarten*: ése era el cero absoluto de sus treinta años de existencia. Lo que ambos estaban haciendo allí carecía de dignidad, era un desgarramiento sin contacto como Strindberg no habría sido capaz de imaginar; era, como él recordaba semanas después, una «humillación que ni siquiera un perro sufre». Sus preguntas cayeron en el vacío. No recibió explicaciones, sus reproches fueron lanzados al viento. Y al final se *traicionó*, se dejó arrastrar—en caída libre, por así decirlo, sin pensar—a promesas que hasta un niño sabía imposibles de cumplir. No se puede cambiar a las personas, hay que tomarlas como son... Sólo hacía dos meses que había dicho eso. Y ahora prometía matar *lo más propio*, eliminarse del mundo. Podía perdonar el rechazo. Pero jamás perdonó que Felice invocara más tarde tales promesas.

Estuvieron tres horas paseando. En un café se encontraron con Ernst Weiss, precisamente. Se sentaron, Felice dio conversación, estuvo amable, ahora también con su acompañante, que se forzó a hablar de la escritura y de la oficina. Weiss dijo que era aconsejable para un esposo tener un puesto seguro.

Luego Kafka acompañó a Felice a casa. Se despidieron en la escalera. Kafka se inclinó, le sacó el guante de ella a toda prisa y estampó los labios en la mano. Cuando volvió a levantar la vista, vio un rostro desfigurado, hostil.

28. KAFKA Y MUSIL

Porque me propongo todo esto, siento curiosidad por saber lo que haré en realidad...

ROBERT MUSIL, *Diarios*, 1910

Se había publicado un delgado volumen escrito por Siegfried Jacobsohn, el íntegro—y por tanto temido en los círculos teatrales—editor de *Schaubühne*. El título era sorprendente: *El caso Jacobsohn*. Un caso sucedido nueve años atrás, un escándalo que a Jacobsohn, entonces con veintidós años, redactor jefe del suplemento literario del *Welt am Montag* de Berlín, le había costado el puesto y el prestigio. Se le acusó de plagio. Los amigos le volvieron la espalda, se publicaron ataques con toques antisemitas, se le hizo el vacío. Jacobsohn viajó a Italia durante algunos meses, luego a París. Hubiera podido quedarse allí como corresponsal, lejos del tumulto. Pero no quiso. Sabía lo que quería. Regresó a Berlín y fundó con dinero prestado su propia revista teatral, el proyecto de su vida.

Kafka, que acababa de regresar de su propio viaje a Italia, había leído el libro con mucho interés y asombro. «Esa fuerza de vivir, de tomar decisiones, de plantar alegremente el pie en el lugar adecuado. Se sienta sobre sí mismo como lo haría un campeón de remo sobre su bote o sobre cualquier bote. Quise escribirle».¹ Pero el animoso sentimiento que le infundió la lectura se esfumó al pensar en su propio caso. Jacobsohn había regresado en triunfo, mientras que él había permanecido escondido en casa. ¿Cuál sería su rendición de cuentas, de querer hacerla? *El caso K...* una triste cosa.

Habló con Brod. Por enésima vez repasaron todas las posibilidades que se les abrían para escapar de la odiada oficina. Hacía mucho que habían pasado los tiempos en que los

¹ Diario, 20 de octubre de 1913.

amigos podían fantasear en ir de un lado a otro, ligeros, sin que las cadenas sociales los retuvieran ligados al suelo. Brod estaba casado, probablemente pronto sería padre, y su autoridad local como paladín del sionismo no hacía más que crecer. Nuevos vínculos y obligaciones le impedían tomar seriamente en consideración la idea de abandonar su ciudad natal. Se podía escribir en cualquier parte, y en cualquier parte hacerse famoso. Y si no había ninguna esperanza de dilapidar algún día una fabulosa herencia en la Riviera, ¿por qué no tirar de los hilos desde Praga? Ahora más que nunca, Brod esperaba de sus obras de teatro, y sobre todo de su *Tycho Brahe*, la salida de su existencia obtusa (y secretamente también penosa) como funcionario de Correos.

Muy al contrario, Kafka no renunciaba a la idea de abandonar Praga. Hablaba constantemente de ello, como si se tratara de renunciar a *la ciudad*. No quería envejecer en Praga, le parecía que nada se movía allí. El puente de San Carlos, el Hradschin, el puente colgante, el muelle del Príncipe Rodolfo, de nuevo el puente de San Carlos... Recorridos mil veces repetidos. La familia se mantenía pegada al Altstädter Ring, y Kafka con ella, como un niño a las faldas de su madre. Por todas partes cosas ocurridas, recordadas, importunamente familiares. Algunos años después escribiría: «Para un hombre de alguna manera inquieto el lugar natal es, aunque guste de engañarse al respecto, algo muy poco acogedor, un lugar de recuerdos, de nostalgia, de pequeñez, de vergüenza, de seducción, de abuso de las energías».²

¿Acaso era distinto con las personas? Conocía muchas caras, a menudo levantaba el sombrero para saludar. Los camareros del café sabían que no tomaba café y que era amigo del famoso Werfel. La pequeña, incestuosa comunidad de los sionistas le apreciaba y respetaba, aunque se mantuviera en silencio. Sus pocos amigos de confianza dilataban sus círculos,

² Carta a Minze Eisner de marzo de 1920.

le adelantaban, uno tras otro encontraban su propio lugar. Felix Weltsch había sido el último; desde hacía poco también él estaba decidido a casarse, a pesar de la previsible desdicha que ello le acarrearía, y Kafka casi estaba satisfecho, porque significaba el fin de «una especie de hermandad de solterones» que «en algunos momentos era auténticamente fantasmal».³ Sin embargo, no sabía qué habría de ocupar su sitio.

No, no era indiferente dónde se escribiera. También Ernst Weiss conocía Praga, pero ni en sueños se le habría ocurrido vivir y trabajar allí. Ninguna editorial importante, ninguna revista importante, ningún escenario relevante hasta donde alcanzaba la vista; lo mismo hubiera podido trasladarse al bosque de Bohemia. No sabía qué estaba esperando Kafka; sin duda esa empleada de Berlín no era una mujer por la que mereciera la pena esperar; Weiss estaba empezando a odiarla porque impedía a su amigo cumplir su *destino*.

Pero Kafka había progresado en sus cavilaciones mucho más de lo que Brod y Weiss sospechaban. No le gustaba comunicar con antelación decisiones tomadas a medias y, como le costaba tiempo y trabajo decidirse, le daba un raro y por eso mismo sabroso placer poner a los demás ante los hechos consumados, por mucho que Brod se enfadara una y otra vez por ese «secretismo». No obstante, precisamente esta vez a Kafka le parecía que lo único correcto era proceder de forma metódica y no dejar que consejos superficiales de otros influyeran en la decisión. *Renunciar*, abandonar la función pública, eso era fácil de decir. De lo que se trataba era de aunar bajo una sola rúbrica literatura, amor y existencia física.

La cuestión de los ingresos le parecía el menor de los obstáculos, en esto podía incluso sentirse superior al pusilánime Brod y sus contabilidades. ¿Acaso no tenían conocidos comunes que con dos o tres sueldos ahorrados se ponían en camino hacia Palestina? Comparado con eso, no era en ver-

³ Carta a Grete Bloch del 19 de febrero de 1914.

dad ningún acto heroico pedir «un billete de ida para Berlín» en la estación de Praga. La cartilla de ahorros de Kafka registraba casi cinco mil coronas, que iban a constituir el capital inicial de su matrimonio; pero estando solo era perfectamente posible sobrevivir dos años con una suma así, en particular cuando, como en su caso, no se tenían más necesidades que una habitación limpia y tranquila y la diaria ración de verdura fresca. Ernst Weiss se había atrevido a empezar de nuevo *sin* tales garantías.

Tampoco la cuestión de adónde ir exigía darle muchas vueltas. Kafka era un jurista austríaco con conocimientos especializados en tecnología, seguros y administración. Dejando a un lado Praga, sólo en Viena había posibilidades de ganarse la vida con esos conocimientos: en una ciudad que desde siempre le había resultado inquietante, impregnada de fantasías relacionadas con la muerte, y cuya imagen ahora estaba para él deformada hasta la náusea por los vivos recuerdos de unos días en que su cabeza había sido torturada por el dolor, la depresión y el insomnio. Viena era el pasado, una especie de Praga agrandada e incómoda; Berlín, en cambio, era extraña, emocionante, estaba preñada de futuro: el propio Brod se había dado cuenta de eso al comienzo de su carrera literaria, aunque entonces, en 1906, estaba mucho más próximo a la literatura impresionista de Viena. Pero allí abajo, en ese «poblacho moribundo», las cartas parecían definitivamente repartidas; los literatos discutían por la herencia, se devoraban en luchas de banderías, el que no estaba a favor de Karl Kraus estaba en contra de él, y a los que no tomaban partido nadie les escuchaba.

En una anotación de su diario, en la que el autoanálisis termina adoptando la forma de interrogatorio interior, Kafka saca con toda sobriedad las consecuencias:

Así que he de salir de Austria y, puesto que no tengo talento para los idiomas y sólo a duras penas puedo realizar un trabajo físico o

comercial, irme a Alemania, al menos al principio, y dentro de Alemania, a Berlín, ciudad donde tengo más posibilidades de mantenerme. Allí el periodismo sería el modo mejor y más fácil de aprovechar mis capacidades de escritor y de encontrar un salario adecuado a mis necesidades. Lo que no puedo decir ahora, ni con la más mínima seguridad, es que, además de eso, vaya a ser capaz de realizar un trabajo inspirado. Pero lo que sí creo saber con certeza es que de esa situación de independencia y libertad en que estaré en Berlín (por muy mísera que sea en lo demás) sacaré el único sentimiento de dicha de que aún soy ahora capaz.⁴

A Berlín, pues. Pero ¿quién le conocía allí? Unos cuantos autores que pasaban hambre ellos mismos. La gente de las revistas y las editoriales, el escenario en que había de labrar su fortuna, estaba mal acostumbrada y era difícil de impresionar, menos todavía por reputaciones de las provincias austríacas, donde, como era sabido, se publicaba casi todo. En Berlín había que conocer la *contraseña* adecuada, había que mostrarse, intervenir en las conversaciones, y lo mejor era una publicación que destacara de forma visible el nombre de uno de entre la multitud de talentos «prometedores».

No es difícil adivinar el consejo que Brod, Pick y Weiss dieron al eternamente dubitativo Kafka: si tu *gran novela* no está lista, saca de una vez *La transformación* del cajón. Hacía ya un trimestre que Kafka había prometido a su editor hacer una copia utilizable, es decir, mecanografiada, de la narración, y Kurt Wolff había dado su visto bueno a la idea de reunir *La condena*, *El fogonero* y *La transformación* en un volumen autónomo, independiente de esas simples muestras de talento reunidas en *Contemplación*. Kafka deseaba titular el nuevo volumen *Los hijos*. Pero ni él se había esforzado seriamente en sacar adelante el proyecto ni Wolff había vuelto a decir nada. Una delicada situación: el editor parecía carente

⁴ Diario, 9 de marzo de 1914.

de interés, el autor se sentía obligado por su propia propuesta. Pero ahora, de vuelta de Italia y decidido a dar un golpe liberador, Kafka tenía prisa.

No le gustaba *La transformación*, y cuanto más tiempo dedicaba a copiarla a máquina y a corregirla, tanto más claramente veía, para su exasperación, las huellas que habían dejado las circunstancias en el proceso de escritura. Cada interrupción le parecía grabada en el cuerpo del texto, como heridas que saltaban a la vista de cualquiera. Casi con envía de sí mismo pensaba en *La condena*, que había surgido de un tirón; Kafka deducía de ello que no hubiera podido hacer mejor *esa* joya. *La transformación*, en cambio, quedaba muy por debajo. «Gran aversión», anotó al fin. «Final ilegible. Imperfecta casi hasta la médula.»⁵ Un juicio erróneo, que de todos modos no tuvo consecuencias. Kafka quería ir a Berlín. Así que por fin entregó *La transformación*.

Fue una feliz coincidencia el que precisamente en ese momento, en el invierno de 1913-1914, la editorial Kurt Wolff lograra subsanar uno de sus problemas más apremiantes: la falta de un periódico literario propio. Samuel Fischer había demostrado sobradamente, con la *Neue Rundschau*, el impulso que una «revista de la casa» dirigida con habilidad da al programa literario de una editorial, y tanto Wolff como Rowohlt tenían muy claro que debían acortar de alguna manera esa ventaja de sus competidores. Porque lo que para los autores se presenta como una tribuna cultural más o menos seria, es desde el punto de vista económico una superficie publicitaria, una—dicho sea en el lenguaje comercial—«campana» permanente que atrae y mantiene pendientes a los lectores mediante degustaciones literarias. Sin olvidar que una revista propia ofrece la posibilidad de tender sutilmente las re-

⁵ Diario, 19 de enero de 1914.

des y dirigirse de forma no comprometedora a los autores de otras editoriales... un instrumento que Wolff echaba mucho de menos, porque lo suyo no era el cortejo descarado. Hasta ahora todos los intentos de proporcionar a la editorial un altavoz propio habían fracasado, incluida la revista *Der lose Vogel*, editada por el incansable impulsor de proyectos Franz Blei, de la que Wolff se había hecho cargo con cierta esperanza. También ella se había estrellado.

Sin embargo, la conexión con Blei, que ahora residía en Berlín, iba a merecer la pena. Éste puso a Wolff en contacto con un mecenas de veintidós años, tan ambicioso como ignorante en materia literaria y editorial, inmensamente rico pero sin idea de cómo impulsar por sí mismo sus planes de altos vuelos: Erik-Ernst Schwabach, fundador de la Verlag der Weissen Bücher [Editorial de los Libros Blancos]. También Schwabach, fácilmente inflamable y por tanto fácil de destabilizar, soñaba con una revista propia, pero no disponía de los instrumentos adecuados para realizarla. Wolff consiguió muy pronto convencerlo de las ventajas de una cooperación, y así apareció el nuevo órgano literario, que naturalmente había de llamarse *Die Weissen Blätter* [Hojas blancas]. Su director sería Franz Blei, desde septiembre de 1913 nominalmente en la editorial de Schwabach, pero de hecho bajo el manto organizativo de Kurt Wolff Verlag. Schwabach, por su parte, hizo una vertiginosa aportación de capital de trescientos mil marcos, un patrimonio millonario si se considera su equivalente actual. El comité lector de Wolff celebró la noticia. «Schwabach lo paga» se convirtió en una frase hecha que, en adelante, dio alas a la planificación del programa.

La entrada en escena del mecenas y la fundación de *Die Weissen Blätter* fue una inesperada oportunidad para Kafka. Ahora había un lugar en el que *La transformación* podía ser publicada *de inmediato*, sin que él tuviera que romper su palabra; y es que, dado que pronto se puso de manifiesto que Kurt Wolff consideraba la revista como el órgano de repu-

blicación largamente anhelado de su editorial, carecía de importancia si se enviaba un manuscrito al redactor Franz Blei o al lector Franz Werfel... al final aterrizaba en el mismo despacho. Max Brod, bien informado como siempre, habrá asegurado más de una vez a su amigo que realmente ya no había impedimentos morales (y por tanto tampoco excusa alguna) a la hora de sacar a la luz ese tesoro. Así fue como a finales de enero de 1914 apareció una copia en limpio de *La transformación* en el escritorio de Franz Blei: setenta y siete páginas mecanografiadas.

Kafka no fue el único protegido de Blei que se trasladó a la capital alemana. También Robert Musil, de quien Blei podía jactarse con algún derecho de haber sido su temprano promotor, tomaba carrerilla para dar el gran salto. Los paralelismos son asombrosos, aunque en modo alguno sean casuales: Kafka y Musil, dos funcionarios, el uno en una institución de seguros de Praga, el otro en una biblioteca universitaria de Viena, ambos con trastornos psicossomáticos de todo tipo, ambos aburridos, ambos desesperados al ver lo rápida y dolorosamente que el aburrimiento puede convertirse en un estado habitual. Y ambos sacaron la misma conclusión: la literatura como profesión sólo podía significar *salir* de Austria. Desde luego, el hecho de que los caminos vitales de los dos autores a los que, décadas después, se identificará como las estrellas polares de la modernidad en lengua alemana sólo se cruzaran porque, al mismo tiempo, casi en el mismo instante, se ocupaban del mismo problema existencial, es más bien uno de los episodios tragicómicos de la reciente historia de la literatura. No surgió de ello un momento estelar.

Musil, tres años mayor, era el más enérgico. Conmueve de forma singular observar cómo pone en práctica, en apariencia sin escrúpulo alguno, el proyecto que Kafka arrastra por sueños diurnos e inacabables espirales mentales: a principios de agosto de 1913, presentó un certificado médico a la Universidad Politécnica de Viena y se tomó un permiso

de un semestre. «Neurastenia», «taquicardias», «trastornos digestivos», «insomnio», «depresión»... Así que, con síntomas que Kafka hubiera podido aportar con igual facilidad, era posible conseguir medio año de paz. (Dos años después, Musil yacía abatido por fuego de *shrapnels* sin que su corazón se hubiera inquietado sensiblemente).⁶ Ya tenía a sus espaldas un intento fallido de arraigar literariamente en Alemania; la boda con Martha Marcovaldi, en la primavera de 1911, le había impedido perseverar en él. Pero esta vez Musil estaba decidido a poner en *uno* de los platos de la balanza todo lo que tenía que ofrecer: sus dos libros, su futura obra, su fuerza de trabajo.

El primer camino estaba marcado, conducía a Leipzig, a ver a Kurt Wolff. Musil llevaba en su equipaje *Las tribulaciones del estudiante Törless* y el volumen de novelas cortas *Uniones*: ésa era la dote con la que esperaba mover al editor a que le asignara un fijo mensual. Pero las conversaciones no dieron resultado, a pesar de la vehemente intercesión de Werfel... No es difícil imaginar que Wolff albergaría reservas ante un Musil exigente, sometido a la presión del tiempo.

Así que a Berlín, a ver al gran competidor, Samuel Fischer. Según se vio enseguida, las posibilidades eran mucho mejores allí. Porque la hábil propuesta táctica de Musil de no presentarse sólo como autor, sino también como reclutador de otros jóvenes autores, llegaba en el momento justo para poner coto a ciertos síntomas de esclerosis en la editorial literaria de mayor renombre. Sobre todo la honesta y convencional imagen de la *Neue Rundschau* ponía de manifiesto por qué numerosos exponentes de una literatura joven, combativa y expresiva preferían publicar en otros medios alternativos. Los autores de la casa y sus lectores burgueses pesaban demasiado, y se oían incluso rumores en el sentido de que en

⁶ Robert Musil, *Cartas 1901-1942*, pp. 95-97. Véase, del mismo autor, *Diarios*, anotación de 22 de septiembre de 1915.

la *Neue Rundschau* se estaba infiltrando un estilo uniforme que arruinaba desde el punto de vista artístico a todo el que lo adoptaba. Samuel Fischer conocía esos rumores, pero no sentía ninguna inclinación hacia los experimentos, y no tenía la menor intención de disfrazar de expresionista la *Neue Rundschau* sólo para oponer resistencia a «El Juicio Final» y *Weissen Blätter*.

Musil propuso otro camino. Había que dotar de un terreno de juego propio a los más jóvenes, una especie de escenario para ensayos sobre el que campara la mancheta editorial «S. Fischer», pero que estuviera tan claramente delimitado que a ningún crítico se le pudiera ocurrir la idea de que eso ponía en cuestión acreditadas normas literarias. Una segunda revista, pues, o, mejor aún, un suplemento de la *Neue Rundschau* al que fuera posible suscribirse por separado. Eso convenció a Fischer, y antes incluso de decidir el definitivo carácter del nuevo foro firmó un contrato que, a partir del primero de febrero de 1914, convertía a Musil en empleado de S. Fischer Verlag, con la finalidad de «atraer a la joven generación de escritores».⁷

Curiosamente, nos han llegado muy pocos documentos que se refieran a la actividad editorial de Musil, pero es seguro que se puso manos a la obra con mucha energía y desplegó desde el primer momento una casi frenética actividad. Ahora él mismo se había convertido en «agente multiplicador», y estaba decidido a seguir sus propios criterios estéticos e intelectuales, sin una sola mirada de reojo a los dioses de la casa, Thomas Mann, Gerhart Hauptmann y Walther Rathenau. Puede que la prueba más asombrosa de ello sea que una de las primeras acciones de Musil en su puesto fuera preguntar a Max Brod la dirección de Kafka.

Para Kafka, la amable, casi cordial consulta de Musil fue como una llamada desde una puerta que de pronto se abriera

⁷ Un facsímil del contrato de Musil en Corino [1988:211].

en el cielo. «Le ruego que considere—leyó asombrado—esta “revista” como su órgano personal para todo lo que quiera ver imponerse en el arte o los ámbitos con él vinculados. Sobre todo usted mismo». Ésas eran frases por las que más de un autor lo habría dado *todo*. Y Kafka no era en absoluto insensible en este punto: «Me alegra y me pone triste, pues no tengo nada», escribió.⁸ Se sentía halagado, animado, acicateado. ¿A qué más estaba esperando? Literatura o matrimonio, ¿seguía siendo una cuestión? Felice seguía sin dar señales de vida, esta unión jamás se había hallado a una distancia mayor y más carente de expectativas, y Kafka estaba tan decidido a quemar los puentes tras de sí que pronunció en la mesa familiar la palabra *renuncia*... sin tener en cuenta que esa amenaza era como una bomba, y traía consigo interminables deliberaciones entre susurros de furia y desesperación. Probablemente ya se había enterado de que Franz Blei tenía reparos acerca de la extensión de *La transformación*, y tomando al vuelo una decisión, antes de saber de verdad qué quería Musil, le ofreció el relato también a él. Un acto de valor al que, en todo caso, Kafka no se hubiera decidido sin el consejo de sus amigos, con más experiencia literaria. «No tengo nada»: no podía, no debía quedarse en eso, a pesar de toda la lealtad hacia su editor.

De hecho, la situación era mucho más intrincada y moralmente difícil de lo que Kafka sospechaba. Wolff y Fischer eran competidores. Franz Blei, redactor de *Weissen Blätter*, y Robert Musil, redactor de la *Neue Rundschau*, también lo eran. Pero además Blei y Musil eran amigos desde hacía años. Y mientras Kafka seguía pensando corteses excusas con las que poder reclamar a Blei el manuscrito de *La transformación* para remitirlo a la dirección de Musil, a todas luces mucho más prometedora, Musil fue sin grandes alharacas al Café des

⁸ Carta de Robert Musil a Franz Kafka del 22 de febrero de 1914 (*Cartas, 1913-1914*, p. 579); diario, 23 de febrero de 1914.

Westens y recogió en persona el paquete, pocas horas después de obtener el consentimiento de Kafka. Musil conocía *El fogonero*, y con eso le bastaba. Intuía con quién tenía que vérselas.

Kafka no puede haber estado completamente desinformado acerca de su compañero de destinos. De otro modo resulta difícil de explicar que, ya en una segunda carta, manifestara a Musil su propósito de hacer de la literatura su profesión y trasladarse a Berlín. Musil respondió a vuelta de correo: «A pesar de su necesidad de guardar todavía silencio sobre lo que planea, en los próximos días le comunicaré algunos pensamientos al respecto, con el fin de aliviarme un poco de la gran responsabilidad que su amabilidad me atribuye».⁹ Esto suena ya casi confidencial, y todo lo contrario de táctico y dilatorio. Por desgracia, los anunciados «pensamientos» no nos han llegado. Sin embargo, hay indicios de que Musil no sólo cumplió con su responsabilidad como consejero, sino que pudo ayudar a Kafka a escoger una opción concreta, posiblemente como colaborador libre de la editorial. Con la copia mecanográfica de *La transformación*, Musil se presentó ante el redactor responsable de la *Neue Rundschau* para convencerle de que ese texto debía aparecer en la sección «clásica» de la revista, y no en un concurso de talentos. Más no podía hacer. No dejó traslucir—por todo lo que sabemos—su decepción porque Kafka no tuviera nada que ofrecer y tampoco pudiera prometer nada más que un voluminoso relato. Y nada pudo hacer por evitar que meses después S. Fischer Verlag relativizara su promesa de publicación, exigiera un masivo recorte de *La transformación* y finalmente, cuando Kafka se negó indignado, hiciera fracasar la publicación.

La transformación no se publicó en la *Neue Rundschau*, sino en *Weissen Blätter*. No apareció en la primavera de 1914, cuando hubiera podido convertirse en el valioso capital ini-

⁹ Carta de Robert Musil a Franz Kafka del 25 de febrero de 1914 (*Cartas, 1913-1914*, p. 581).

cial de una existencia literaria (más o menos) libre, sino en el otoño de 1915, cuando la guerra había cerrado hacía mucho el horizonte vital de Kafka. Apareció con erratas y fallos lingüísticos, porque no se entregaron galeras a Kafka. Así que el relato empezó su carrera sin impulso alguno, después de una serie de intentonas fallidas y con desperfectos: una nueva muestra de esa «ley fundamental» de su vida que Kafka definió así en una ocasión ante Grete Bloch:

En efecto, hasta la fecha he conseguido todo cuanto me he propuesto, aunque no de forma inmediata, no sin dar rodeos, la mayor parte de las veces incluso teniendo que dar marcha atrás, siempre con el máximo esfuerzo y—hasta el punto en que soy capaz de juzgar—en el último momento. No demasiado tarde, pero sí casi demasiado tarde, siempre con el último palpito del corazón. Tampoco he logrado nunca la totalidad de lo que deseaba, por lo general dicha totalidad no estaba disponible, y aunque lo hubiera estado habría sido yo incapaz de dar abasto con todo, pero eso sí, siempre me he llevado un buen pedazo, la mayor parte de las veces el principal.¹⁰

Todo parecía repetirse. Pero toda repetición apunta a una ley, y Kafka estaba ávido como nunca antes de encontrar y formular tales leyes. «No hay, sencillamente, balanza alguna en la que los dos platillos se eleven a la vez», reza una de ellas.¹¹ Una hermosa y certera imagen. Habría sido un milagro que Kafka no hubiera pensado en la justicia al formularla. Pero se había puesto en una situación de la que sólo esa báscula imaginaria podía ayudarle a salir.

Había delegado la decisión acerca de su nueva vida a Berlín. Más exactamente: *ambas* decisiones. El juicio acerca de si servía para el matrimonio, de si no había despilfarrado imperdonablemente hacía mucho la confianza que se le había

¹⁰ Carta a Grete Bloch del 8 de mayo de 1914.

¹¹ Carta a Grete Bloch del 7 de febrero de 1914.

ofrecido, se dictaba en Berlín-Charlottenburg, Wilmersdorfer Strasse 73. Si la sentencia era negativa—y todo apuntaba a ello—, su firme decisión era quedarse solo y vivir, en adelante, para la literatura.

Pero el tribunal de lo civil se reunía en otros sitios: en el despacho de Musil, en la mesa de Franz Blei en el Café des Westens y quizá en otros dos o tres puntos de intersección del mercado literario. Allí—creía Kafka—se decidiría lo que, tras una condena en primera instancia, había de ocurrir con las restantes ruinas de su vida, con la *masa concursal*. ¿Era lo bastante valiosa como para servir de base a una empresa distinta, mejor, más afortunada? ¿Se podía enviar a las espesuras de la literatura a alguien que ya había fracasado en lo más cotidiano?

En no poca medida, fue esa concentración espacial y temporal de las decisiones la que hizo que Kafka esperara una solución con creciente impaciencia. Ya la visita por sorpresa a la oficina de Felice, que terminó con la más profunda humillación en el Tiergarten de Berlín, guardaba una oculta pero indudable relación con el cheque en blanco que Kafka había recibido de Musil cuatro días antes. Cabe pensar incluso (aunque no quepa demostrarlo) que Kafka visitara a Musil exactamente ese fin de semana en el que esperaba la decisión acerca del matrimonio. Era la dinámica propia de un «¡ahora o nunca!», que se alimentaba de la amable oferta de Musil y que ahora llevaba con ímpetu a Kafka más allá de aquel cero absoluto. Se sentía fatal; nunca le había ocurrido nada peor que las escenas del Tiergarten. Pero se mantenía en movimiento, se mantenía en disposición de actuar. Revocó todo lo que había prometido a Felice en su inconsciente angustia. Y, por primera vez, se atrevió a poner condiciones.

Casi parece como si los papeles se hubieran invertido. Kafka sabe lo que quiere: es el momento en que debe revelarse su destino. Felice Bauer, en cambio, vacila, es víctima de estados de ánimo que ya no es capaz de controlar. Alber-

ga nuevas esperanzas—no por casualidad, sin duda, el mismo día en que su hermano abandona Alemania—y vuelve a sumirse en el silencio. No quiere saber nada de lo conversado en el Tiergarten, y sin embargo cita las frases más lamentables de Kafka. Rechaza un encuentro en Dresde, en terreno neutral. Confiesa no haber dicho «su última palabra», pero no responde al implorante ruego de Kafka de hablar claramente de una vez.

«[...] bien o mal esto tiene que acabar», escribe Kafka a Grete Bloch el 19 de marzo. Eleva la presión, muy por encima de lo compatible con las convenciones de la cortesía, de la etiqueta social, incluso con las reglas discursivas de la intimidad burguesa. La madre de Kafka escribe a Felice. Él mismo escribe a los padres de ella. Envía telegramas. Ahora los mensajes vuelan entre Praga y Berlín, a todas horas, se refuerzan y se desmienten unos a otros. Él amenaza con subirse a un tren. Le sirve todo lo que pueda forzar la decisión.

Por fin, el sábado 21 de marzo Kafka juega sus últimos triunfos. Ya no quiere regalos a medias ni cartas mendigadas, quiere claridad. Desplaza sobre ella todo el peso de la responsabilidad, le explica lo que depende de su decisión. Y amenaza con el final:

Pero dime, Felice: ¿por qué te fuerzas, por qué quieres forzarte? ¿Qué es lo que ha cambiado desde nuestro paseo por el Tiergarten? Nada, tú misma lo dices. Ahora bien, ¿qué ha cambiado en ti desde nuestros buenos tiempos a esta parte? Todo, también tú misma lo dices. Entonces, ¿por qué quieres sacrificarte, por qué? No me preguntes sin parar si quiero hacerte mía. El leer esas preguntas es algo que me da una tristeza mortal. Ésas son las preguntas que hay en tu carta, pero en cambio no hay una sola palabra, ni una palabrita sobre ti, ni una palabra que diga lo que esperas para ti, que hable de lo que significaría el matrimonio para ti. Todo concuerda, para ti se trata de un sacrificio, no hay nada más que hablar sobre el particular [...]

Me preguntas por mis planes, no sé exactamente lo que quie-

res decir con eso, pero creo que ahora puedo decírtelo francamente. A mi regreso de Riva, y por diversos motivos, estaba decidido a presentar mi dimisión. Hacía ya un año, y más, que me había dado cuenta de que mi empleo sólo tendría sentido para mí, un sentido bueno, si me casaba contigo (desde que te conozco no he tomado en consideración a ninguna otra, y jamás la tomaré). Mi matrimonio contigo haría que mi empleo adquiriera un buen sentido [...] Si no me caso contigo mi empleo, no obstante el hecho de que por lo general (dejando aparte momentos excepcionales) me resulta muy poco pesado, sería para mí algo repulsivo, pues gano más de lo que necesito, y eso es absurdo [...]

¿Y ahora qué, Felice? Para mí es casi como si me encontrara en el andén de la estación Anhalter, como si, por esta vez, hubieras venido, y tuviera ante mí tu rostro y me viese obligado a despedirme de ti para siempre. Para el lunes espero otra carta urgente, un milagro; ¡qué sé yo lo que espero! A partir del martes ya no espero nada.¹²

Un ultimátum. Si Felice Bauer quiere responder, tiene que reaccionar *de inmediato*. Kafka sabe que ya no es posible otra vuelta de tuerca, se ha alcanzado la máxima tensión, tiene que conseguir la decisión. Para cortarse a sí mismo la retirada, formula una petición que ha de reportarle un empleo insignificante (probablemente gestionado por Musil) en Berlín. Guarda esa carta en el bolsillo, como un arma.

No hay respuesta el lunes por la mañana. Kafka hace mecánicamente su trabajo; nadie en la oficina sospecha que espera la señal para despedirse. No hay carta tampoco el lunes por la tarde, «me sentía ya como alguien puesto en libertad, tanto en el buen como en el mal sentido de la palabra».¹³ A las 17 horas, por fin, un telegrama de Felice, que anuncia una carta para el martes.

El martes, el mismo juego. Kafka espera en vano la decisión. No hay carta, ni en la oficina ni en casa. Ahora podría

¹² Carta a Felice Bauer del 21 de marzo de 1914.

¹³ Carta a Grete Bloch del 26 de marzo de 1914.

enviar la petición, pero titubea. El miércoles, por fin, *la condena*. Ella no es autónoma, escribe Felice, necesita un hombre en el que poder confiar. En Berlín sabrá todo lo que desee saber. ¿Podría él aceptarla como si no hubiera pasado nada? En ese caso... deberían volver a intentarlo.

29. PROGRAMA MATRIMONIAL Y ASCETISMO

Keep going, going on,
call that going, call that on.

SAMUEL BECKETT,
El innombrable

¿Puede un vigilante de fronteras estar casado? ¿Un vigilante de fronteras, un extremo puesto avanzado que, aunque no con los tártaros y los escitas, tiene que luchar día y noche con los ataques de una innata melancolía, que, aunque no siga luchando día y noche, sino que disfrute temporalmente de un largo período de paz, nunca sabe en qué momento volverá a ser necesaria la lucha, de forma que ni siquiera puede llamar armisticio a esa calma? Un vigilante de fronteras al servicio del espíritu, ¿puede casarse?

Grillparzer nunca poseyó a su eterna novia, Kierkegaard se separa de su infinitamente amada Regina para mantenerse fiel a ella durante toda su vida. Claudel se hace católico. ¿Es la voluntad de ella, es un destino superior? Pero quizá haya que renunciar de algún modo a esta vida terrena si se quiere llegar a ser inmortal.

La primera cita procede de las *Etapas* de Kierkegaard, la segunda de un ensayo de Willy Haas publicado en *Brenner*,¹

¹ Søren Kierkegaard, *Etapas en el camino de la vida* (1845); Haas [1913: 869].

un fascículo que Haas hizo llegar a Kafka con una dedicatoria de su puño y letra. Pero él no creía en la gastada y desde siempre falsa imagen del genio que renuncia a la vida en aras de la inmortalidad. Todo el mundo quiere vivir. Algunos, en todo caso, no lo consiguen, están distraídos, tienen demasiado que hacer, *dentro*.

Entre ellos estaba sin duda Kierkegaard, que, tempranamente doblegado por el terror pietista de su padre, absorbido por depresiones, se decidió espontáneamente, con veintisiete años, a prometerse a una muchacha del todo inmadura, diez años más joven que él. Pero los diques psíquicos que habían hecho posible ese acto de voluntad resistieron tan sólo unos pocos días, luego los escrúpulos, la compulsión hacia la reflexión y el miedo a la sexualidad mantuvieron su predominio de forma duradera. Durante todo un año, Kierkegaard se atormentó con la decisión, luego se decidió a sustituir a la Regine Olsen viva por una imagen de ensueño que tenía el mismo nombre.

«Pese a las diferencias esenciales entre ambos, su caso es, como suponía, muy parecido al mío, Kierkegaard está al menos en el mismo lado del mundo que yo. Me confirma, como un amigo», escribió Kafka después de echar un primer vistazo a los diarios de Kierkegaard.² La impresión tiene que haber sido fuerte, un hachazo moral, porque ese mismo día Kafka escribió a Carl Bauer para poner ante sus ojos con la mayor claridad posible con quién se aventuraba su hija.

Desde luego, Kafka no contó al danés entre sus «hermanos de sangre». La vanidad moral, el orgullo de Kierkegaard de haber optado con gran sacrificio por una «vida espiritual» sin vinculaciones sociales, las constantes revelaciones a medias a cuya sombra tuvo que vivir en adelante la antigua pro-

² Diario, 21 de agosto de 1913. Kafka leyó los extractos de diario, ordenados temáticamente, que Hermann Gottsched había editado con el título (escogido por el propio Kierkegaard) *Libro del juez* (Jena-Leipzig, 1905).

metida, y por fin el aislamiento conscientemente provocado de Kierkegaard, que en una ocasión llegó a escribir que en toda su vida aún no le había ocurrido confiarse completamente a alguien... todo eso tuvo Kafka que traducirlo a su propio lenguaje para entender que eran opciones a las que él mismo aún no había escapado en modo alguno. En cambio, las sencillas palabras de Flaubert, al que invadían la pena y la envidia a la vista de una mujer en medio de sus hijos, «*Ils sont dans le vrai*», resonaron en él durante toda su vida. Habían acertado en el punto correcto.

Lo correcto. Ahora, Kafka hablaba con llamativa frecuencia no de lo anhelado, sino de lo correcto, lo cierto, lo necesario. Y probablemente también lo hizo en la Semana Santa de 1914 en Berlín, cuando tras una nueva conversación con Felice y sus padres llegó por fin a una decisión firme: compromiso inmediato, despido de la Lindström AG, boda en septiembre, traslado de Felice a Praga. Días después le escribió: «La verdad es que jamás había llevado a cabo acto alguno que me proporcionara una sensación tan categórica de haber hecho algo absolutamente bueno y necesario como cuando pedí tu mano, tanto en el momento de hacerlo como después y ahora. Con una tal certidumbre, desde luego, jamás».³ Incluso estaba dispuesto a hacer abstracción de que la pequeña fiesta pasó sin que Felice le concediera ni un momento de intimidad. Sufrió por ello, pero no era lo más importante. Peores eran las dudas, imposibles de aplacar, acerca de si también ella sentía esa pertenencia, el mismo énfasis de una *elección* hecha conscientemente. No podía dejar de preguntar una y otra vez, de insistir, y Felice empezó a sentir la súbita resolución con que Kafka, en aras del matrimonio, tiraba por la borda todos sus planes de emigración y despido como el escalofrío de la necesidad, incluso del *deber*. Se quejó, pero en vano.

³ Carta a Felice Bauer del 14 de abril de 1914.

No digas que te trato con excesiva severidad; toda mi capacidad de amar se encuentra exclusivamente a tu servicio. Pero fíjate, Felice, hace más de año y medio que corremos uno en pos del otro, y sin embargo a partir del primer mes parecíamos fundidos en un abrazo. ¡Y ahora, después de tanto tiempo y de tanto correr seguimos estando tan lejos el uno del otro! En la medida en que te sea posible lograrlo, tienes, F., el absoluto deber de ponerte en claro respeto a ti misma. No tenemos derecho a destrozarnos cuando al fin nos veamos; sería una pena por ti y por mí.⁴

Esto suena obvio y veraz. Aun así, la actividad que Kafka despliega después de tantos meses de titubeos resulta más forzada que entusiasta. Lo que Felice advierte como inflexibilidad es el tembloroso esfuerzo de las buenas intenciones, del autoconvencimiento. Para otros es lo evidente, la definitiva entrada en la sociedad; para él, son los preparativos de una expedición. Es como si cargara todas sus posesiones sobre unos raíles para asegurarse de que ya no habrá desvíos de la dirección que ahora ha reconocido y decidido como necesaria y cierta. Suelta los frenos. Pero los raíles son escarpados.

Una vez más, debemos a las cartas de Kafka a Grete Bloch que los acontecimientos externos sean reconocibles al menos en sus contornos. En conjunto, los testimonios vitales se vuelven ahora más escasos, y mucho de lo que antes pudo él desplegar con fruición en largas ensoñaciones epistolares y cartas soñadas mucho más largas aún es tratado de forma oral ahora que se acerca su realización: con los padres a la hora de la cena, con Felice por teléfono. Los detalles se pueden adivinar aquí y allá, pero de los pocos hechos indudables se desprende con toda claridad que a Kafka en modo alguno se le concedió seguir su propio guión. El programa matrimonial venía dado, era como una lista que había que ir marcando.

⁴ Carta a Felice Bauer del 9 de abril de 1914.

do punto por punto. Y ninguno de los puntos se le ahorró a Kafka. Y no hubo ninguno que no diera problemas.

Empezó con la búsqueda de una vivienda. Kafka era miembro de una cooperativa de la construcción, pero hacía ya mucho que no se refería a ella: la casa a la que tenía derecho a trasladarse aún no existía. Recorrió los anuncios de la prensa diaria de Praga y comenzó una larga ronda de visitas. Al principio evitó el centro, el entorno del Altstädter Ring, no sólo porque quería interponer una zona de seguridad entre él y la familia, sino, sobre todo, porque deseaba tranquilidad, sol y aire fresco, habitaciones con vistas despejadas como sólo se podían conseguir en los distritos periféricos de Praga. Sí, Kafka soñaba incluso con una casita con jardín, fuera de la ciudad.⁵ Pero allí se hablaba exclusivamente checo: ¿de verdad podía pedir a Felice que empezara su nueva vida en un lugar doblemente extraño, en la provincia austrohúngara, entre personas que tendrían que deletrearle hasta el saludo? Pensó en la hermana de Felice, Else, que ya era bastante desdichada en Budapest.

Kafka subía y bajaba corriendo las escaleras. Temía un poco las exigencias de Felice, pero más aún a las puertas batientes, a los niños chillones y a los estudiantes de piano acechando detrás de todas las paredes. Mejor demasiado caro que demasiado ruidoso. Pero pasó un mes entero antes de que por fin llegara a un compromiso tolerable: «Tres habitaciones, sol matinal, en el centro de la ciudad, gas, electricidad para el alumbrado, cuarto para la criada, cuarto de baño, mil trescientas coronas. Éstas son las ventajas. He aquí los inconvenientes: está en la cuarta planta de la casa, no tiene ascensor, las vistas son una calle tristona y bastante ruidosa».⁶ Sin olvidar que no había ante la puerta una brizna de hierba y

⁵ Véase la carta a Felice Bauer del 21-23 de junio de 1913.

⁶ Carta a Grete Bloch del 16 de mayo de 1914. La dirección de la vivienda alquilada por Kafka era Lange Gasse 5.

no estaba ni a cinco minutos de sus padres. Pero sí en la ciudad vieja, en territorio germanoparlante, como deseaba Felice. Al verano siguiente ya se vería. Una solución provisional.

Entretanto, habían pasado casi dos años de aquella única y memorable visita de Felice Bauer a Praga. Tenía algo de mítico, de mágico que regresara como prometida de aquel hombre del que entonces sólo había podido acordarse de veras al ver las fotos. Y ahora tenían ya una historia en común, no un preludio, sino un prematrimonio, por así decirlo, en el que parecía ya comprimido todo lo que puede dar de sí un matrimonio, desde la dicha del primer acercamiento hasta el dolor de la más profunda alienación. Y cuando ella, del brazo de su madre, caminó por primera vez hacia los Kafka por el andén de la estación Franz-Josef de Praga, tiene que haber sido el mismo temor ante el gran *da capo* el que palpitaba detrás de todos los rostros sonrientes. Ahora no se podía mirar atrás. Había que poner fin al asunto, celebrar la boda.

«Los miembros de mi familia parecen quererla casi más de lo que yo quisiera», se quejará poco después Kafka.⁷ No era raro, porque ése era su papel favorito. Amabilidad, atención, una alegría repartida por igual entre tíos, tías y cuñadas... eso ya era casi rutina. No se notaba en lo más mínimo la pena por el hermano perdido, el *shock* que seguía paralizando a los Bauer. Felice no dejó de advertir en absoluto lo aburridas que encontró a las hermanas de Kafka, lo pequeñoburguesa que vio a toda la familia. Las muestras de «pico berlinés» que ella dio, sus movimientos libres y urbanos, su elegante vestimenta, su aparente independencia... todo eso causó impresión, y Kafka, que estaba orgulloso, pero al que le costaba participar, seguramente pareció un poco torpe al lado de su prometida, de tal modo que más de uno tiene que haberse preguntado en secreto cómo había dado ese tipo raro con una mujer como ésa: con esa mujer que estaba decidida a llamarse *Felice Kafka*.

⁷ Carta a Grete Bloch del 7 de mayo de 1914.

Él sentía que allí se estaban tendiendo nuevas trampas. Eran demasiados ojos los que miraban fijamente el rincón más íntimo de su existencia. Llegaron docenas de felicitaciones: de amigos, colegas, gentes de negocios, parientes lejanos; algunas las leyó malhumorado, las otras desaparecieron sin abrirlas en el fondo del cajón. Tenía que hablar con el director Marschner para recabar también la bendición del instituto. Y por último, quizá lo peor: tenía que poner su propio nombre y el de Felice en una página de anuncios de Praga, bajo la rúbrica «comunicaciones familiares». Sí, sabía que también eso formaba parte del programa matrimonial: quien tenía un buen nombre estaba obligado a dejarlo ver en ciertas ocasiones. Aun así titubeó, buscó subterfugios. Por fin, el 21 de abril, abrió el *Berliner Tageblatt* y descubrió lo que hacía mucho que esperaba y temía. Se le habían vuelto a adelantar: «Carl Bauer y su esposa Anna, de soltera Danziger, Hermann Kafka y su esposa Julie [...] tienen el honor de anunciar el compromiso de sus hijos Felice y Franz». Debajo: «Felice Bauer. Dr. Franz Kafka. Prometidos. Día de recepción, lunes de Pentecostés, primero de junio». No tenía más remedio que creerlo. Ahí estaba, en letras de imprenta, era real. Pero todos esos nombres... ¿qué tenían que ver con él? Tres días después podía leerse en el *Prager Tagblatt*: «El doctor Franz Kafka, vicesecretario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga, se ha prometido con la señorita Felice Bauer, de Berlín». Punto.

No cabe describir pero no es difícil intuir la enorme energía psíquica que el repentino paso de la imaginación a la realidad exigió de Kafka. Mantener alerta día y noche el principio de realidad era ahora una tarea demasiado ardua como para tener garantías de que no iba a producirse una invasión. La línea del frente era demasiado extensa. Había demasiadas cosas sin decir, que precisamente por eso desplegaban un efecto incontrolable y sorprendente.

Así, por ejemplo, la llamativa testarudez con la que Kafka

reclamaba ahora a su novia que hiciera autoanálisis tenía un sentido oculto y por demás agresivo. Al delegar la decisión de la boda en Felice, él se había puesto en sus manos en un momento clave, en el que Musil agitaba ante su rostro, al mismo tiempo, las uvas más atractivas. Él no había echado mano de ellas, había renunciado, había destruido el escrito de petición de empleo, que estaba ya metido en su sobre. Eso era un sacrificio. Por eso ahora quería saber del modo más preciso *a cambio de qué*.

Por otro lado, Kafka ya no extraía sus energías de las cartas de Felice, que giraban en torno al ajuar y la vivienda, sino de la correspondencia regular con Grete Bloch. Con una urgencia casi incontrolada, le ruega que lo asista en los momentos decisivos que todavía le esperan. Con toda seriedad, Kafka propone dejar en Praga a la estricta señora Bauer y todos los demás visitantes curiosos y pasar con Felice y Grete un hermoso día en Gmünd, a tres horas de tren rumbo al sur. Durante semanas se aferra a esa posibilidad, y sólo fugazmente le asalta la idea de que tanto los nuevos como los viejos parientes se quedarían mudos ante semejante desfachatez... una afrenta, un desprecio de lo «establecido» al que, naturalmente, la novia, fiel a su familia, *no* estuvo dispuesta.

Lo dependiente que Kafka se había vuelto entretanto de esa segunda fuente de energía femenina lo demuestra la puntualidad con la que esperaba y respondía las cartas de Grete Bloch. Le ruega expresamente que le envíe una tarjetita con una sola frase antes de no enviarle nada... quiere continuidad, persistencia: una exigencia que nunca pudo imponer a Felice. Demasiado tarde, Kafka cobraba conciencia de que la chispa viva que saltaba de las cartas de Viena sólo se podía conseguir al precio de una incesante inquietud, y esa inquietud a su vez *costaba* energía. Porque, por un lado, Grete Bloch reforzaba su convicción acerca de tomar por fin la iniciativa y hacer realidad el matrimonio, pero a la vez tocaba cuestiones reprimidas y forzaba a Kafka a confesar nos-

talgias de las que apartaba compulsivamente la vista desde hacía meses. Soltero y literato en Berlín, libre en toda la extensión de la palabra, o esposo y sustento de Felice en Praga: ¿eran ésas realmente las dos únicas alternativas entre las que habría podido elegir? ¿Estaba del todo excluido—preguntaba Grete Bloch con aparente ingenuidad—casarse y *aun así* ir a Berlín y hacer de todos modos de la escritura su profesión? *Imposible*, respondía Kafka con rapidez; al fin y al cabo, no se podía exigir a Felice que abandonara su bien pagado empleo para después vivir con él en la misma ciudad, posiblemente en la pobreza.

Esto sonaba razonable y abnegado. Pero el aguijón quedaba clavado. ¿Por qué no era Felice la que le planteaba tales preguntas? ¿No le importaban mucho más a ella? ¿Tenía siquiera una idea de lo que significaba para él quedarse varado en Praga para siempre? ¿Era esa quizá la razón por la que callaba también ante su amiga? ¿No quería Felice que la molestaran con nostalgias y discursos utópicos?

Kafka vacilaba y, de forma cautelosa al principio, luego cada vez más decidida, empezó a cuestionar esa plúmbea alternativa a la que había sometido su vida en un arranque de desesperación. Ciertamente, era necesario casarse, justo y necesario. Pero de eso no se desprendía la necesidad de desarrollar implacablemente y sin dejar de mirar al frente un programa que parecía hecho para familias, no para personas, aunque Felice se sometía de buen grado a él. Hay deseos que no se pueden silenciar. ¿Es justo enterrar vivos los deseos, es compatible con el amor exigirle tal cosa a una persona? El 4 de junio, en un momento en que todo parece decidido, porque hace mucho que se ha alquilado una vivienda y los preparativos para el traslado de Felice están en plena marcha, él le confiesa a Grete Bloch: «Lo que más importa no es que escriba en Praga, lo más importante es que me marche de Praga». Sabe que con eso el pacto casi está roto. Pero aún pasarán meses antes de que pueda confesar esa verdad a Felice:

Lo más conveniente y lo más lógico para mi trabajo hubiera sido, ciertamente, mandar todo a paseo y buscar en algún sitio un piso aún más alto que en la cuarta planta, no en Praga, en algún otro sitio, pero según todas las apariencias ni tú ni yo estamos hechos para vivir en una miseria de propia elección. A lo mejor estoy yo incluso menos hecho que tú para una cosa así. Ahora bien, ninguno de los dos nos hemos puesto a prueba todavía. ¿Es que acaso esperaba que esta proposición viniera de ti? No es eso exactamente; desde luego tal proposición me hubiera proporcionado tanta felicidad que no habría sabido qué hacer con ella, pero esperarla no la esperaba.⁸

Si tratamos de obtener una visión de conjunto sobre la enrevesada correspondencia de Kafka y Felice Bauer desde septiembre de 1912, fecha de la primera llamada a la puerta, hasta la «recepción» en Berlín, la celebración oficial del compromiso en Pentecostés de 1914, al principio estamos ante el espectáculo de un enorme mar de fondo tanto emocional como espiritual. El motivo de la repetición encubre cualquier otro efecto: una especie de *minimal music* en la que lo nuevo sale a la luz mediante variaciones microscópicas, mientras lo viejo sigue siendo audible. Aun así la lectura es emocionante, irresistible, sobre todo debido a la riqueza metafórica de Kafka y a su sentido del humor, que no parece extinguirse del todo ni en los momentos de total estupefacción. Pero la experiencia de un tormento por así decirlo contagioso predomina, y se multiplica en cuanto no se «beben» las cartas, como le gustaba hacer a Kafka con ellas, sino que se filtran como materia prima del seguimiento de pistas biográficas.

Pero ¿de dónde deriva ese tormento? ¿Es la vergüenza del *voyeur* que las cartas despiertan en cualquier lector? ¿La fa-

⁸ Carta a Felice Bauer de finales de octubre-principios de noviembre de 1914.

talidad, el desvalimiento y el fracaso del que somos íntimos testigos? Sin duda ahí hay personas que se deslizan al filo de los abismos de una patología psicosocial. Pero ese terco mantenerse en el sitio, las represiones, la imbricación de cálculo y sentimiento, las regresiones, el retroceso ante los mutuos intentos de aproximación, la autorreferencialidad, las extrañas e indignas escenas, incluso la ficcionalidad, el carácter no vivido de la relación... todo esto son al fin y al cabo manifestaciones en modo alguno extrañas, que son familiares y estaban a la orden del día por lo menos en las sociedades burguesas, con su ideal de amor extremadamente comprometedor. Hoy en día, según parece, la intimidad por la que allí se luchaba está no pocas veces *al comienzo* de una relación... aunque la familiaridad relativamente fácil de obtener mediante «contactos» sexuales sigue sin ser más que un ínfimo escalón de lo que antaño prometía aquel ideal de amor. Desde que la sexualidad dejó en gran medida de ser tabú, hace falta cierta intuición «histórica» para entender por qué los implicados en esa correspondencia se ponían las cosas tan difíciles. Pero sería demasiado ingenuo llegar a la conclusión de que un drama así sería impensable en una sociedad liberalizada y hedonista. Repeticiones compulsivas, regresiones, alienaciones y desconocimientos mutuos, irrealidad en las relaciones... todo esto lo hay también *con y junto a* la sexualidad, y con tanta mayor regularidad cuanto más ciegamente se abusa de ello como instrumento, cuando no como sucedáneo del anhelado refugio. Por eso el vacío que se abre en mitad de un placer ensimismado se ha convertido hace mucho en tema central de la literatura contemporánea.

No, las *Cartas a Felice* no son el testimonio de un caso singular, destinado a oídos del psicoanalista. El rechazo, la repugnancia incluso que su lectura logra provocar a ratos, a pesar de toda la comprensión, deriva más bien del medio mismo: de la *escritura* de procesos que resultan más o menos familiares mientras tienen lugar a través del habla, mediante

miradas, gestos o cuerpo a cuerpo. Es el horror que brota de los expedientes judiciales: la escritura actúa aquí como una lupa, trae lo vivo a una proximidad que lo vuelve inquietante y, en cierto sentido, *muerto*, una piel de la que se pueden contar los pelillos y los poros. Pero al mismo tiempo miramos la escritura fijamente, como una película a cámara lenta. Hay cartas de Kafka en las que las oscilaciones psíquicas no sólo aparecen en tiempo real, sino de hecho aún más ralentizadas, y para él mismo esto albergaba a veces desdichados efectos reforzadores: podía releer lo que acababa de mirar fugazmente, podía citarlo, repetirlo hasta que se le quedara grabado, hasta saberlo de memoria... y nosotros con él.

Kafka tenía una confianza casi ilimitada no en la palabra pero sí en la escritura. Había modelos. Ya en la primavera de 1913 le pregunta a Felice si conoce la famosa correspondencia entre Elizabeth Barrett y Robert Browning, y todavía dos años después le invita con urgencia a que la lea.⁹ En 1905 se había publicado una amplia selección en alemán de esas cartas, pero puede que Kafka no la leyera hasta 1912. Tienen que haberle electrizado, porque en ellas se anticipaba su propio proyecto de «atar con la escritura a una muchacha». También Barrett y Browning, la poetisa y el poeta, se conocieron y amaron a través de cartas, y al final se atrevieron a casarse en secreto, huir de Inglaterra y ensayar un matrimonio sin seguridades materiales en Italia, lejos de sus familias. En todo caso, Kafka pasa por alto o silencia una diferencia decisiva. Porque esas cartas retóricamente pulidas no sirvieron en modo alguno para *sustituir* encuentros personales, sino más bien para quitarles hierro, para prepararlos y rematarlos. Pronto se produjeron visitas semanales regulares que, con todas las cautelas victorianas, ayudaron a conferir realidad a la relación. Robert Browning las contó minu-

⁹ Véanse las cartas a Felice Bauer del 19 de marzo de 1913 y del 3 de marzo de 1915.

ciosamente: noventa veces vio a su amiga en dieciséis meses, en la noventa y una intercambió con ella los anillos. Kafka en cambio no las contaba, y hacía bien.

Un mar de palabras. Una ola discursiva, en apariencia sin comienzo, sin evolución, sin final. Hay que dejarse llevar por ella para experimentarla. Sin embargo, hace falta la pertinente distancia para advertir dónde están las corrientes decisivas: muy abajo.

El propio Kafka discute que sus cartas consistan en repeticiones. En secreto habían cambiado cosas decisivas, afirmaba en Año Nuevo de 1914, y por eso había que tomar su segunda propuesta de matrimonio más en serio que la primera:

Lo que ha supuesto un obstáculo para mí es el imaginario sentimiento de que en la total soledad se encierra un compromiso moral superior, no una ganancia, no un placer (al menos no en el sentido que tú le das), pero sí un deber y un dolor. No creo ya en semejante cosa, era pura entelequia (tal vez me sirva de ayuda reconocerlo así), entelequia que se ve facilísimamente refutada por el hecho de que no puedo vivir sin ti [...] Por mi parte jamás ha sido cuestión de que yo tenga nada que «perder», lo único que había era un «obstáculo», y dicho obstáculo ya no existe.¹⁰

Ya entonces, dos meses antes del sometimiento en el Tiergarten de Berlín, está dispuesto a tocar sus propios cimientos. Kafka aún no intuye en qué profundidades de autohumillación terminará este intento. Se engaña al contraponer la vida al pensamiento. Hay más en juego que meras «construcciones» que, como edificios de la fantasía, son tan fáciles de levantar como de derribar; no, hay mucho más en juego... ésa será al final, y a un alto precio, la ganancia en conocimiento del año 1914.

¹⁰ Carta a Felice Bauer del 29 de diciembre de 1913-2 de enero de 1914.

La apuesta de la que aquí se trata tenía un nombre que Kafka raras veces pronunciaba: *ascetismo*, una palabra mágica, un intrincado complejo de imágenes, modelos culturales, idiosincrasias, miedos y refinadas técnicas psicológicas que incorporó sin fisuras a su propio pensamiento y sentimiento y convirtió poco a poco en zona central de su identidad. Con toda razón se atribuía «grandes e innatas facultades ascéticas»,¹¹ y es asombrosa y está en abrupta contradicción con la supuesta debilidad de voluntad de Kafka la testarudez y consecuencia con la que, desde el final de los «años errantes», puso su vida bajo la ley de la renuncia y de la total simplificación: renuncia al calor, a la carne, a las drogas, a los medicamentos. Reducción de la ingestión alimentaria, endurecimiento del cuerpo, sencillez de vida. Una ascesis al principio *negativa*, una *supresión* terca, a veces puntillosa, de la que se reían a sus espaldas y a la que su padre se refería con comentarios despreciativos, sin que ello influyera en lo más mínimo en la dirección tomada.

Pero el ascetismo no es un programa de ahorro en sí mismo; es sobre todo una práctica de autocontrol y autoformación, detrás de la cual actúa la utopía de un total control sobre el cuerpo, el yo y la vida. En *ese* campo de fuerza era en el que Kafka se sumergía cada vez más, y hacia el que se orientaban todos sus intereses, costumbres y preferencias. El consumo de fruta y frutos secos, la impecable masticación, los prolongados ejercicios gimnásticos, las largas marchas a pie... sería una retroproyección ingenua, casi grotesca, de los actuales ideales de forma física, si de la preocupación de Kafka por el propio cuerpo se extrajera la conclusión de que quería «adelgazar» en cualquier sentido. Lo cierto es más bien lo contrario: Kafka se expande al tratar y dar forma a su cuerpo, gana control no sólo sobre el propio cuerpo, sino también sobre su percepción interior, sobre la forma y el modo

¹¹ Carta a Felice Bauer del 14 de agosto de 1913.

en que se siente bien con su cuerpo o ajeno a él. Y siente una creciente aversión, odio incluso, hacia todo lo que pone en cuestión la autonomía alcanzada: hacia los médicos ignorantes, que se acercan a su cuerpo con la actitud de fontaneros; hacia los medicamentos, que despliegan efectos impredecibles. Es indigno de un ser humano, reniega Kafka, combatir por ejemplo el insomnio con valeriana: al fin y al cabo, él no duerme mal por no tener suficiente valeriana en el cuerpo.¹²

El exceso de excitación idealista que Kafka dirige aquí contra una inofensiva taza de valeriana es típico de la época, y se encuentran invectivas similares en numerosas publicaciones de medicina natural y dietética. «Cuando un hombre ha cumplido los treinta años, o es idiota o es su propio médico»: una frase de Tácito que el maestro gimnasta de Kafka, Müller, cita con entusiasmo (aunque prefiere poner en lugar del «médico» al «consejero higiénico», para prevenir las demandas por daños y perjuicios).¹³ También aquí el impulso de tomar el cuerpo bajo la propia responsabilidad se lanza visiblemente más allá de la meta de una razón curativa: se trata de control y autonomía. Y por eso no sólo es irracional, sino «indigno» confiarse a los médicos... Esto le parecía obvio a Kafka desde hacía mucho, y no sólo desde su estancia en el sanatorio Jungborn, cuyo fundador pensaba de igual modo.

Aún resulta más llamativa la determinación de Kafka en lo que se refiere a la higiene en sentido estricto, a la lucha contra la suciedad. Hacía mucho que se sabía que las condiciones de suciedad podían producir enfermedades, pero desde el descubrimiento de los «agentes infecciosos» era algo que había quedado científicamente demostrado, lo que proporcionaba a Kafka una razón más para ser «limpio». Todos los movimientos críticos de la civilización del cambio de siglo destacaban la necesidad de una vida higiénica; la medicina

¹² Carta a Felice Bauer del 12 de mayo de 1914.

¹³ Müller [s. f.:14].

natural desde luego, pero incluso la vestimenta y la alimentación vegetarianas se defendían invocando razones bacteriológicas. El campo conceptual «higiene-limpieza-orden» fue creciendo gradualmente hasta convertirse en ámbito intelectual dentro del cual se entremezclaban los significados literales y metafóricos de los conceptos: alguien que llevaba una vida «pura»... eso podía significar muchas cosas, incluso era posible—y Kafka lo calificó más adelante como una «peculiaridad de quienes piensan con intensidad»—que alguien fuera sucio y puro *al mismo tiempo*.¹⁴ Había que saber, pues, en qué sentido se decía algo y dónde se encontraba uno en cada momento dentro del amplio campo semántico. Sucios eran los hijos de los trabajadores, pero también las prostitutas. Sobre todo la constante inclusión—en parte oculta, en parte abierta—de significados secundarios de tipo sexual hacía casi imposible distinguir entre lo que era razonablemente defendible dentro de cada campo conceptual y lo que era pura ideología. Sobre las enfermedades sexuales y la forma de combatirlas mediante la «pureza» se podía predicar con tanto énfasis que hasta al más promiscuo se le quitaban las ganas. El higienista era un entendido *en todo*. Así que a nadie le sorprendía que el profesor de gimnasia Müller ensalzara tanto sus «sandalias originales J. P. Müller» como su próximo libro sobre *Moral sexual y felicidad*.

Apenas cabe duda de que fue el miedo de Kafka a su poroso ego—y por tanto el miedo a la pérdida de los propios límites, a la licuefacción, en última instancia, el *miedo a la muerte*—el que poco a poco lo empujó hacia una estrategia ascética de supervivencia. No hay que darse demasiada prisa en señalar como móvil central la dimensión sexual de este miedo. Ciertamente, los encuentros sexuales prometen las experiencias de liberación más intensas, y por eso es fácil interpretar el ascetismo de Kafka como una huida, como una re-

¹⁴ Diario, 14 de septiembre de 1915.

nuncia sexual positivizada, en último lugar, como racionalización de una incapacidad. La estrategia de hacer de algo *sufrido algo querido* y salir así del papel del inferior se puede observar en Kafka en las más variadas situaciones. Pero esa explicación no sirve como clave general. Porque incluso si el primer impulso que determinó la elección ascética de Kafka hubiera sido un miedo sexual inconsciente, esto sigue sin hacer plausible la consecuencia con la que se atuvo a esa elección durante su vida, y mucho menos aún la riqueza inventiva con la que sometió un ámbito tras otro de su vida—y por fin incluso la literatura—a una forma ascética. Por no hablar de que sólo vivió un miedo sexual manifiesto, agobiante, cuando su imagen ascética de sí mismo estaba ya completa desde hacía mucho.

No, el miedo de Kafka era más amplio, y estaba plenamente justificado: incontrolados cambios de humor, fantasías compulsivas, abrumadoras ensoñaciones diurnas, impulsos instintivos que surgían como llamaradas en su conciencia, impresiones externas que inundaban el yo durante horas... Kafka tenía muy claro que vivía en medio de experiencias psíquicas extremas que resultaban completamente extrañas a prácticamente todas las personas que había conocido y que por tanto, en cierto sentido, *no eran normales*. Precisamente por eso también eran difíciles de comunicar. Para convencer a otros de lo cerca que había estado ya de la locura, Kafka habría tenido que desnudarse y exponerse a su entorno social hasta tal punto que el control duramente conquistado habría vuelto a verse en cuestión, y precisamente por eso habría aumentado el miedo. Era impensable que jamás se expusiera a las manipulaciones de un psicoterapeuta: no soportaba que otros aplicaran el cincel a la *autoescultura* en la que trabajaba. Tan sólo frente a Milena Jesenská confesó más adelante su miedo básico y lo llamó por su nombre. Pero ni siquiera Max Brod se enteró de cómo estaba realmente Kafka, y sólo obtuvo una idea realista de él después de su muerte. Porque

en la vida cotidiana Kafka solía dedicarse a las quejas auto-irónicas y ofrecía más de una vez una imagen de «cómica desesperación»: esto aminoraba el deseo de hablar, pero velaba la verdadera dimensión de la amenaza interior. Suele haber consenso respecto a la idea de que el sufrimiento más profundo es mudo; por eso quien se lamenta con demasiada insistencia no goza de credibilidad.

Se ha dicho repetidas veces que la preocupación central de Kafka fue un «desarraigo» específicamente moderno, una relación quebrada con el judaísmo, gravada además en muchos sentidos por la ruina general de la tradición, el omnipresente antisemitismo y la situación singularmente insular de la minoría germanoparlante de Praga. Todo esto es cierto, y desde su encuentro con los actores judeo-orientales Kafka se consideró a sí mismo un caso modélico en ese sentido: el arquetipo del judío occidental sin vinculaciones. Pero todo esto resultaba igualmente adecuado para Max Brod, que sacó conclusiones completamente distintas de su «caso» y desarrolló un hábito psíquico que le separó cada vez más de Kafka. Brod iba en busca de *contenidos* culturales e intelectuales con los que poder identificarse, de una cosmovisión que le librase de la última y torturante duda. Literalmente arremangado, se servía de la multitud de opciones que se le ofrecían dentro y fuera del judaísmo, dejaba una a un lado para poder agarrar la otra, y siempre estaba enteramente *manos a la obra*... en la mayoría de los casos más de lo que a su amigo le gustaba.

Kafka, en cambio, se encontraba en la situación de una persona que busca un punto de apoyo seguro, que tiene que poner los dos pies en el suelo *antes* de utilizar las manos. Al contrario que Brod, que se definía a través de contenidos e intereses y que por eso defendía todo lo que consideraba cierto como si se tratara del yo desnudo, Kafka tenía que empezar por resolver el problema de la *actitud* correcta, la cuestión de la forma que la propia vida alcanza en la vida. De ahí el aparente desorden con que buscaba modelos en las vidas aje-

nas: Napoleón, Goethe, Berilos, Grillparzer, Dostoievski... Podía ser también el dueño de una plantación que se imponía a la selva virgen, una socialista que se emancipaba de su propia clase, el editor de una revista teatral, un sionista, un explorador polar, un antropósofo: en todas partes buscaba Kafka proyectos de éxito, estrategias de afirmación, y por el momento era secundario *en qué* se afirmaba alguien.

Cierto es que toda cosmovisión exitosa o simplemente «inamovible» puede proteger de la ruina psíquica, lo mismo que todo interés a cuyo servicio se pone una vida entera. Kafka sentía respeto cuando observaba una cosa así, incluso si se trataba de las más sencillas convicciones religiosas—como en el caso de los refugiados judeo-orientales, que muy pronto habría de presenciar—o de manifiestas locuras, como la cosmología privada del poeta Johannes Schlaf. Pero, con razón, albergaba dudas acerca de si tales construcciones, que siempre son atacables y en el fondo intercambiables, podrían curar a la larga la fragmentación interior. Tradiciones, teorías, contenidos intelectuales no protegen de nada en última instancia: se podía ser sionista convencido y al mismo tiempo miembro fanático de una asociación, pequeño hombre de negocios o notorio cliente de un burdel. Se podía ser amante de la literatura y a la vez un obstinado nacionalista, un marido tirano o un maniático de la higiene. La forma de ascetismo por la que Kafka optó finalmente apuntaba a unir los diferentes fragmentos por la base, a fundirlos, a albergar la propia existencia dentro de un único y gran proyecto y conseguir así seguridad en sí mismo... no sólo la confianza que insufla una firme convicción, sino la certeza *de uno mismo*.

Hay que valorar el gran proyecto ascético emprendido por Kafka en los años anteriores a 1914, años en los que empezó a manifestarse, nutriéndose a partir de entonces de la reflexión hasta ser dominado mediante el lenguaje, hay que valorar esa *invención de sí mismo* como el logro psíquico de-

cisivo que hizo del insignificante judío de Praga el irrepetible e inimitable «fenómeno Kafka». Porque se trató de un logro, el conseguido logro de una total integración psíquica, mediante la que Kafka fue poniendo todas las manifestaciones de su existencia al servicio de una idea directriz común y dio así forma a su vida.

Ya el sueño de la escritura en el aislamiento subterráneo, aquella fantasía del sótano con la que Kafka tanto había irritado a su novia, no era ningún capricho, sino que había que tomarla en serio como un símbolo que Kafka contraponía a su propia y deshilachada vida. Literatura y ascetismo: esa combinación era todo lo contrario de forzosa, y ni Brod ni Werfel ni Weiss acababan de comprender por qué la buena literatura tenía que darse a costa de las bellas mujeres, las intensas conversaciones y la comida abundante, por no hablar de la loca idea de habitar un sótano a prueba de ruidos en aras de una escritura sin perturbaciones. Con la cada vez más arraigada idea de que una literatura «pura» sólo surgía en condiciones adecuadas, es decir, «puras», Kafka se aislaba dentro del círculo de sus amigos. Pero al mismo tiempo demostraba de lo que era capaz una voluntad de estilo que apuntase a la pureza. Incluso Brod tenía que reconocer que el lenguaje puro, sin escorias, ascético que Kafka perseguía no era en absoluto estéril o anémico, sino que liberaba inauditas energías estéticas. Con eso quedaba aportada la prueba de que la simbiosis de literatura y ascetismo no sólo tenía el sentido de cerrar una grieta psíquica y poner en consonancia dos «intereses» de Kafka, sino más bien que esa simbiosis también era *productiva* de puertas afuera... y de un modo que quitaba el aliento.

Es muy probable—aunque sólo se pueda documentar mediante meros indicios—que fuera esa lograda integración de todas las manifestaciones vitales la que en última instancia protegiera a Kafka de la enfermedad psíquica y del suicidio. La actitud tensa, el *estilo* ascético con el que se distinguía lla-

mativamente de su entorno y sobre todo de su familia, le permitía la identificación consigo mismo y, sin duda, también le procuraba una especie de orgullo narcisista que contrapesaba una y otra vez el torturante sentimiento de inferioridad. Ahora Kafka podía responder a cualquier reproche, justificado o no: «Así soy, no se puede cambiar a una persona». También Felice Bauer tuvo que oír esta frase más de una vez, y tuvo que resultarle incomprensible que Kafka siguiera *no obstante* sintiéndose contrito y culpable.

Por otra parte, no se puede ignorar que Kafka pagó un precio enormemente alto por esa estilización de su existencia. Si hubiera podido conformarse con asumir en forma ligeramente remozada los ideales pequeñoburgueses de sus padres, de por sí suficientemente elásticos, una vida *decente* habría sido suficiente para obtener reconocimiento y libertad de movimientos. Pero Kafka quería una vida *pura*, y con ello se privaba de todo margen de juego, de toda posibilidad de momentáneo alivio psíquico. Porque la suciedad es omnipresente y, por tanto, la pureza resulta agotadora: ése es el reverso inevitable del ascetismo, la consecuencia paranoide del fundamentalismo, esa férrea estructura que da sustento a la conciencia y *al mismo tiempo* la arrastra al suelo. «Sin una relación humana por medio, en mí mismo no hay mentiras visibles», anotaba Kafka con toda seriedad. «El círculo limitado es puro». Y todavía en 1916 creía que «mantenerse puro» estaba entre las cualidades positivas, incluso definitorias, de la soltería, esa forma de vida, pues, que antes tanto había temido por nula y fantasmagórica.¹⁵ En otras palabras: para mantenerse puro hay que cerrar las puertas. Reforzar las defensas. Elevar los muros.

Tan sólo años después Kafka entendió, al parecer, que estaba a punto de instaurar un sistema coactivo que no sólo intensificaba su vida en un sentido narcisista, sino que a la vez

¹⁵ Diario, 30 de agosto de 1913. Nota del 20 de agosto de 1916.

consumía toda la energía vital. En el relato «La obra» encuentra el símbolo más penetrante para esto: un yo que se amuralla para mantenerse autárquico, se encuentra en permanente estado de asedio y está por consiguiente condenado a montar una eterna guardia. Todo es amenazador, cada punto es igualmente vulnerable. En ningún sitio se puede ceder, toda negligencia es castigada, y una «obra» psíquica que sea permeable aunque sólo sea en un punto será destruida exactamente igual que un barco se hunde a causa de una diminuta vía de agua. Y, finalmente: donde nada puede entrar, donde todas las grietas están selladas, tampoco nada puede salir. «La celda de mi prisión: mi fortaleza», se dice lacónicamente en el diario, y es difícil imaginar una comparación más precisa y más acertada.¹⁶

Esta lógica fundamentalista de la pureza, para la que es sucio todo lo que no es absolutamente *puro*, es la clave de esa singular terquedad que Kafka tuvo que reprocharse una y otra vez y que, según su propia convicción, le costó el matrimonio. Un yo igualmente sensible en todos los puntos porque por todos sitios puede hacer agua no puede distinguir entre lo importante y lo marginal, no puede ni *debe* hacer esa distinción. Con esto se allana, en primer lugar, la pendiente entre seriedad y broma, entre trabajo y relajación: Kafka hablaba con mucha determinación de «trabajo» cuando se refería a sus intentos literarios nocturnos (la oficina era sólo «la oficina»), y «tiempo libre» en el sentido actual del término—es decir, tiempo liberado de responsabilidad—dejó de tenerlo como muy tarde a partir de la fase creativa del otoño de 1912. Kafka habría sido incapaz de entregarse a un *hobby*... es imposible imaginarlo como coleccionista, haciendo trabajos manuales o jugando a las cartas durante horas.

Pero Kafka también empezó a borrar poco a poco la diferencia entre convicciones básicas y costumbres periféricas:

¹⁶ Diario, 19 de febrero de 1920.

todo le parecía importante por igual, todo igual de próximo al centro. Ni siquiera con ocasión de la pequeña fiesta de compromiso privada de Pascua de 1914 consiguió tocar la carne que tenía ante sí en la mesa, aunque era consciente de que con esa negativa perturbaba el momento solemne. No, precisamente allí, en medio de personas que le querían distinto de lo que era, tenía que mantener la visera de la celada bajada. En cambio, en el restaurante, con Erna, que le admiraba, pudo relajarse y elegir un plato de carne: «De haber estado tú allí, probablemente habría pedido almendras», confesó a Felice.¹⁷ Cabe imaginar el comentario que se haría en Berlín a este respecto.

Esta necesidad de mantener la pose, de delimitarse visiblemente y sin compromisos en la vida cotidiana, se hacía perceptible con apremio creciente, y finalmente casi incontrolable, cuanto más se acercaba el fatal «día de la recepción», ese compromiso público celebrado por ambas familias y numerosos invitados cuyo anuncio en el *Berliner Tageblatt* era una pesadilla para Kafka: le sonaba, escribió a Felice, «como si dijera que F. K., el domingo de Pentecostés, ejecutará un número de patinaje artístico en un teatro de variedades».¹⁸ Sabía de lo que hablaba, porque no era la primera recepción a la que acudía en Berlín. Todos los parientes y amigos de Felice que el año pasado habían hecho cola para entregar un regalo de compromiso a su feliz hermano Ferri y a su Lydia echarían una mirada especialmente curiosa y atenta al novio de Praga y se preguntarían si *esta vez* las cosas saldrían bien en casa de los Bauer.

No, ése no era ni de lejos su acontecimiento, porque cada vez más personas intervenían ahora sin reparo alguno en su vida. Cuando consultó confidencialmente a Felice si sería

¹⁷ Carta a Felice Bauer de finales de octubre-principios de noviembre de 1914.

¹⁸ Carta a Felice Bauer del 21 de abril de 1914.

posible dar una pequeña alegría a Ottla y enviarla a Berlín algunos días antes de la fiesta, Kafka tuvo que contemplar, furioso, cómo su plan se convertía enseguida en objeto de negociación de dos familias que se ponían de acuerdo en una solución sin contar con él para nada (Ottla fue con su madre). Al parecer, tampoco Grete Bloch entendía lo mucho que Kafka necesitaba su consejo y la conversación relajada con ella. Precisamente ahora se había decidido a dejar Viena y regresar a su antiguo puesto de trabajo en Berlín; naturalmente, Kafka esperaba que viajaran juntos, pero la idea quedó en nada. Así que—en vez de reunir fuerzas para su inminente entrada en escena—tuvo que superar además el largo viaje en tren con su padre, con el que no había pasado tanto tiempo desde hacía muchos años. No sabemos de qué hablaron, pero cabe temer que Hermann Kafka sacara los naipes.

Kafka había llegado a la meta, a la meta de tantas cartas, de tantos lamentos. Ahora sólo quedaba el espantoso viaje en trineo en un teatro de variedades. Pero de algún modo Pentecostés pasó, y en algún momento quedó superado. Como todos los implicados estaban congregados en el mismo sitio, nadie necesitó que le relataran lo ocurrido. Por desgracia, tampoco poseemos fotografías del acontecimiento, a pesar de que Felice tenía una cámara de placas. Al parecer, no sabía manejar el aparato con soltura. Ya en Praga había intentado hacer un retrato a su prometido. En la foto revelada no se veía más que una nubecilla blanca.

Así que sólo nos quedan indicios, relámpagos de recuerdos, el titilar de una película muda en mal estado: Felice Bauer, con un vestido azul, que recibe ante los ojos de todos el beso de Kafka; en algún lugar de la habitación, Grete Bloch y su hermano Hans, el firme sionista; la gran mesa con Franz y Felice en los puestos de honor; Ottla, la orgullosa hermana; las tías y los tíos, seguro que también unos cuan-

tos compañeros de trabajo, las jóvenes secretarias de Felice, conmovidas hasta las lágrimas; Erna, sufriendo en silencio, con la mirada puesta con amabilidad en Kafka; el regalo de Felice es un libro encuadernado en cuero al que él da vueltas con las manos;¹⁹ el múltiple entrechocar de copas; la discusión sobre el ajuar, la medición de las prendas de ropa, los consejos de las madres, las compras comunes; finalmente, la única iniciativa de Kafka: una visita común a Martin Buber. Y luego el viaje de regreso. En el compartimento, el padre, la madre, la hermana.

El programa cumplido al completo, acto por acto. Prohibido abandonar antes de tiempo el escenario y el patio de butacas. Kafka necesitó cuatro días para animarse a hacer una crítica:

De regreso de Berlín. Estuve atado como un criminal. Si me hubiesen puesto en un rincón con cadenas de verdad, y apostado gendarmes delante de mí, y sólo de esa forma me hubieran dejado observar, no habría sido peor. Y aquello era mi compromiso de boda, y todos se esforzaban por devolverme a la vida, y, como no lo conseguían, por soportarme tal como soy. La que menos, desde luego, Felice, y de forma enteramente justificada, pues ella era la que más sufría. Lo que para los demás era una simple apariencia, para ella era una amenaza.²⁰

Si Kafka no se equivocaba por completo, Felice Bauer tiene que haber sufrido esos pocos días libres una especie de comprimido castigo por años de represiones y de silencios a destiempo. Mientras aún no había un matrimonio sobre la mesa, no se había planteado demasiadas dudas acerca de las particularidades de Kafka: las había pasado por alto con hu-

¹⁹ Se trataba de *Ein Vermächtnis*, de Anselm Feuerbach, ed. de Henriette Feuerbach, Berlín, 1912. En la dedicatoria manuscrita se lee: «En recuerdo del 30 de mayo de 1914. Felice».

²⁰ Diario, 6 de junio de 1914.

mor, moviendo la cabeza y haciendo inofensivas admoniciones. Sólo en el momento en que la convivencia se hizo inminente, convirtiéndose en un problema que no se podía seguir aplazando, se encontró sorpresivamente ante una fortaleza cuyo puente levadizo era retirado a toda prisa. El hecho de no haber intentado nunca seriamente entenderse de forma *concreta* con Kafka mientras aún había tiempo se cobraba ahora su venganza.

La terca resistencia que Kafka opuso a la compra de un mobiliario doméstico burgués y normal tiene que haberle resultado incomprensible, incluso amenazadora. Sin duda, ya en la primera visita a los Kafka le había llamado la atención que el cuarto de su prometido era poco acogedor, estaba amueblado de forma muy austera. Pronto se demostró que no era por mera negligencia, sino por «sistema»: también los muebles eran para Kafka una cuestión de principio... como casi *todo*.

¡Qué habitaciones he visto ahora también! No hay más remedio que creer que la gente, sin saberlo o adrede, se entierra en la mugre. Al menos aquí es así, se llenan de suciedad, quiero decir, aparadores sobrecargados, alfombras al pie de las ventanas, construcciones de fotografías sobre los escritorios destinados a un uso impropio, cantidades de ropa blanca amontonadas dentro de las camas, en los rincones palmeras de las que ponen en los cafés, todo esto lo conciben como un lujo.²¹

Hay que prestar atención a esto: la parquedad y la sencillez son elementos de «pureza», por eso, para Kafka, sobrecargado equivale a la *suciedad*. Sólo más adelante cae en la cuenta de que para Felice esto no es en absoluto evidente, y requiere por tanto una explicación. Pero entonces Kafka tiene que aceptar—puede que por primera vez con esta claridad—que esa clase de domesticidad en la que ha crecido

²¹ Carta a Felice Bauer del 11 de febrero de 1915.

Felice Bauer, la única que ella considera «confortable» y a la vez «representativa», no es para él otra cosa que trastos y asfixiante suciedad, razón por la que siente como un ataque a su «carácter» el hecho de que se le fuerce a participar en la construcción de un nido que no le gusta. Seguramente no fue la menor desdicha de aquellas funestas celebraciones del compromiso el que, dada la presión de todos los miembros tanto de su familia como de la ajena, Kafka no pudiera decir lo que *de verdad* quería.

En lugar de esto nos fuimos a comprar muebles, en Berlín, para la instalación de un funcionario en Praga. Muebles pesados, muebles que, una vez colocados, parecía poco menos que imposible el quitarlos de allí alguna vez. Lo que precisamente encontrabas en ellos de más valioso era su solidez. El aparador me producía opresión en el pecho, un perfecto monumento funerario, o un monumento a la vida del funcionario praguense. Si mientras visitábamos el almacén de muebles hubiera sonado a lo lejos en alguna parte una campanilla de oficio de difuntos, no hubiera estado nada fuera de lugar.²²

Al parecer consiguió por lo menos aplazar una parte de las compras previstas, que corrían de *su* cuenta, aunque todo se alejaba de forma escalofriante de los baratos sillones de mimbre que él consideraba los mejores y más cómodos. Sin duda nadie entendió esta nueva renuencia, así que se ratificó la poco prometedora experiencia de que con los Kafka todo, pero todo, podía convertirse en un problema.

No sabemos qué aspecto tendrían las casas de los amigos casados de Kafka, pero cabe suponer que, por lo menos *en este punto*, no estaba solo en su aversión a las madrigueras burguesas cómodamente acolchadas. Sencillez, énfasis en la funcionalidad y una ostentosa veracidad en los materiales eran desde comienzos de siglo exigencias de artistas y artesanos, cimentadas en la crítica de la cultura. El arquitecto y

²² Carta a Felice Bauer de marzo de 1916.

diseñador Adolf Loos, uno de los pocos amigos que mantuvo Karl Kraus durante toda su vida, comparó en su influyente ensayo *Ornamento y delito* (1908) el ansia de cubrirlo todo de adornos con las concepciones estéticas de los papúes, a los que el rostro tatuado les gustaba más que el natural. En marzo de 1913 Loos había pronunciado una conferencia en Praga cuyo título revelaba ya que él—como a Kafka—optaba por un estilo de vida sencillo pero unitario, atento a las necesidades naturales del hombre: «Estar en pie, caminar, sentarse, tumbarse, dormir, comer y beber».

De modo que estas preferencias no resultaban completamente descabelladas, y también hacía mucho que existían los muebles ascéticos que Kafka deseaba. Apenas decidido el matrimonio, se había hecho enviar folletos de los Talleres Vieneses, que ofrecían mobiliarios completos a distintos precios. Allí no se fabricaban aparadores decorativos y esas camas de matrimonio que pesaban un quintal y que Kafka odiaba especialmente, sino muebles funcionales, baratos, fáciles de desmontar y de transportar, los predecesores de la construcción de muebles en serie. Fueron sobre todo familias de trabajadores y pequeños empleados las que ayudaron a esa empresa a alcanzar un rápido crecimiento: desde 1913 los Deutsche Werkstätte eran una sociedad anónima que daba trabajo a más de quinientas personas. La clientela burguesa, en cambio, seguía arrugando la nariz ante esos «muebles en serie», que no les parecían nada elegantes, sino míseros, entre los que se sentían incómodos y que no eran en absoluto compatibles con cojines, manteles, bibelots, jarrones, cuadritos, abanicos, avemarías, alfombrillas, pieles, adornos a base de conchas, borlas, flecos y cubiertas de terciopelo estampadas de flores.²³

²³ La enumeración procede del libro *El apartamento moderno: la mujer creativa* (Leipzig, 1924), en el que el arquitecto Bruno Taut exigía el radical vaciado de trastos de la casa burguesa: «por lo demás, las excrecencias se-

No por casualidad, los Deutsche Werkstätte habían desplazado su producción a la ciudad ajardinada de Hellerau, a las afueras de Dresde, un asentamiento modelo de apenas dos mil habitantes, que con su orientación hacia un hábitat natural y sano, y por tanto funcional, ofrecía una de las pocas perspectivas utópicas *concretas* de la sociedad de masas de preguerra. El ebanista Karl Schmidt, al que le gustaba ser llamado el «Goethe de la madera», era cofundador de la sociedad de utilidad pública Gartenstadt Gesellschaft Hellerau m.b.H., y propietario de Deutsche Werkstätte, y el hecho mismo de que una industria de tales dimensiones *saliera* de la ciudad en dirección a los lugares donde vivían sus operarios suscitó expectación entre los filántropos de todo tipo. Por Hellerau se interesaban artistas, arquitectos progresistas y artesanos, también escritores. El Instituto de Formación en Música y Ritmo fundado por Émile-Jacques Dalcroze tenía allí su sede, así como el editor e impresor Jakob Hegner, que a su vez mantenía relaciones con los cenáculos literarios de Berlín, Leipzig y Praga.

Kafka tiene que haber sabido más de la ciudad ajardinada—un tema popular en los cafés—de lo que permiten apreciar las cartas y los diarios. Si hubiera podido elegir libremente su lugar de residencia, seguro que Hellerau hubiera estado entre sus opciones. Sin embargo, cuando en junio de 1914 aceptó una propuesta de Otto Pick para acompañarle a Hellerau, los motivos fueron otros; aparte de la curiosidad de Kafka por el Instituto de Formación de Dalcroze, fue allí a ver muebles.

En Viena ya se había demostrado que soportaba mal ser llevado de un lado para otro. El silencioso y siempre sonriente hombre de Praga no dejaría huellas demasiado profundas en la memoria de la colonia de artistas de Hellerau. De to-

rán aserradas por los carpinteros. Producirá sorpresa ver los muebles lisos y puros [!] que resultan...» (pp. 60 y ss.).

dos modos, Kafka tuvo una conversación con Hegner, que le pasó textos de literatura francesa y quiso ganárselo como traductor, y estuvo sentado con un grupo más amplio en el jardincito del artista del hierro Georg von Mendelssohn, donde tuvo ocasión de jugar con su hijo de cinco años, Peter (el futuro biógrafo de Thomas Mann). Allí estuvieron Kurt Wolff, Willy Haas y otros tantos conocidos de Praga... quizá demasiados. Kafka se cansó pronto, y aunque se encontraba ya a medio camino de Berlín, renunció a seguir ruta y avisó por teléfono de que no iría. Aún hizo una excursión a Leipzig para ver una exposición sobre ilustración de libros, y luego regresó a Praga.

Los amigos habían quedado esa noche en un café de Praga para hacer un balance del viaje. Kafka tenía la sensación de haberse «portado horriblemente» y tenía intención de acudir. Pero ya nadie hablaba de Hellerau. Entretanto había ocurrido algo; algo grande, inimaginable. En la torre del Ayuntamiento de Praga y en el Casino Alemán ondeaban crespones negros. Todos los cines y espectáculos estaban cerrados. En la ciudad vieja había un gran tumulto, gente que regresaba de excursiones, curiosos, personas agitadas y excitadas. En manos de casi todos, la edición extra de un periódico de Praga. En la portada, un grueso marco negro dentro del cual había un gigantesco titular: EL HEREDERO DEL TRONO Y SU ESPOSA, ASESINADOS. El titular del siglo.

«Horror tras horror», anotó Kafka en su diario. Pero no se refería en modo alguno al atentado de Sarajevo.²⁴ Ahora se mostraba hipersensible ante la gente, se retiraba siempre que podía, y seguramente apenas participó en los excitados debates de la oficina y la mesa familiar. Sí, Francisco Fernando estaba muerto: un hombre sombrío, que de todos

²⁴ Diario, 30 de junio de 1914.

modos casi nadie se imaginaba como futuro emperador. El autor del atentado se llamaba Gavrilo Prinzip, un joven fanático que se rebelaba contra la ocupación austríaca de Bosnia. Pero detrás de él estaban los serbios, a los que su victoria en las guerras balcánicas se les había subido a la cabeza, y a los que al fin había que dar una lección. «No se me ahorra nada», había dicho el viejo emperador cuando le dieron la espantosa noticia del doble asesinato. Y en medio de todo el griterío que se alzaba ahora, ésa fue quizá la única voz que realmente llegó hasta Kafka.

30. TRIBUNAL EN BERLÍN

No preguntes cuántas millas has recorrido, sino cuántas te quedan.

OVIDIO, *Remedios contra el amor*

Un cálido día de junio del año 1914, Franz Kafka está a la puerta de la mercería paterna. Esa tarde se libra, el local cierra, los pocos empleados salen uno tras otro de la fresca y oscura bóveda de la tienda a la luminosa tarde de verano, saludan, sombrero en mano, al hijo del jefe y emprenden el camino a casa. Una vez que el último ha escapado a su mirada, Kafka cierra la puerta de la tienda, reflexiona un instante y se sienta delante de la entrada, en la calle.

No transcurre mucho tiempo antes de que pase un matrimonio conocido. El hombre le toca en el hombro y pregunta qué hace ahí. Kafka responde que es incapaz de arreglarse las con los empleados y clientes, y por eso al día siguiente ya no abrirá esa tienda. El conocido se sorprende. También otros abandonan su negocio, objeta, eso no tiene nada de particular. «Pero ¿por qué está usted ahí sentado?». «¿Adónde voy a ir?», responde Kafka...

La escena no es real, pero sí auténtica; se puede leer en su

diario,' y tuvo lugar en la cabeza de Kafka pocos días después de su compromiso en Berlín, una cálida tarde de junio del año 1914, mientras, con la llave en la mano, despedía a los empleados del negocio paterno. Durante unas semanas estuvo al cargo de él, porque sus padres habían ido a Franzensbad para descansar, como hacían casi todos los veranos. En cualquier caso, cerrar el negocio definitivamente... habría sido un esfuerzo inútil explicarles ese sueño. Por eso Kafka no se sentó en la calle, sino que se dirigió a la silenciosa vivienda cruzando en diagonal el Altstädter Ring y anotó lo que había estado *a punto* de ocurrir.

La breve escena, redactada en primera persona, es característica del estado de ánimo de Kafka después de la decepcionante fiesta de compromiso, después de andar vagando por tiendas de muebles y de ropa, después de todas las irreales voces de Berlín, que se le iban haciendo poco a poco indistinguibles. Se sentía como si remara en aguas estancadas. ¿Había él querido de verdad todo eso? Felice se le había vuelto extraña, seguía bajando la vista cuando se le acercaba, mientras él no olvidaba en ningún momento la recelosa atención de la familia. Ya semanas antes había reconocido: «Todos los derechos que la costumbre me concede a partir del hecho de que seamos novios me resultan odiosos y totalmente inutilizables; lo cierto es que en estos momentos el noviazgo no tiene otro sentido que el de representar para la galería la comedia del matrimonio pero sin matrimonio. Yo eso no puedo hacerlo, pero en cambio eso me puede hacer sufrir a mí de un modo demencial».¹ Exactamente así había ocurrido. Lo único que no había esperado era la fuerza interior de esa experiencia.

Sus cartas se vuelven más superficiales y más breves, su lenguaje más turbio. Hurga en las viejas quejas: nerviosis-

¹ Diario, 6 de junio de 1914.

² Carta a Felice Bauer del 14 de abril de 1914.

mo, dolores de cabeza, exceso de cansancio, malestar general. Suena como si recitase una lección. Rechaza un encuentro con Grete Bloch porque apenas puede mostrarse en público, según su lacónica justificación. Es evidente que ella no ha respondido a las expectativas que Kafka puso en su intervención personal; a pesar de todo su desgarramiento, pertenecía a la misma parte del mundo que Felice. La corriente de calidez tenía que secarse en el mismo instante en que «lo dado» exigió sus derechos. Kafka lo grabará en su memoria, y dos de sus novelas hablarán de ello: cuando importa, las mujeres se pasan al campo de lo dado, de lo que es como es.

El papel, difícil de desentrañar, que Grete Bloch representó en la vida de Kafka ha conducido una y otra vez a especulaciones que a lo largo de décadas no han podido ser ni corroboradas ni refutadas. Esto no ha logrado en absoluto eliminarlas, sino que les ha dado el aura del rumor cultural: cuanto más «picantes», tanto más testarudas. La más extravagante de estas leyendas de poeta dice que de la relación entre Kafka y Grete Bloch nació un hijo, del que de todos modos Kafka nunca supo. Fue Max Brod quien puso esa historia en circulación y la autenticó con su autoridad de hombre de confianza del presunto padre. Desde luego, no pudo aportar pruebas. ¿Qué había ocurrido?

Fue en abril de 1940 cuando Grete Bloch, desde hacía mucho tiempo en el exilio en Italia, escribió a un amigo, el músico Wolfgang A. Schocken, una especie de carta de confesión. En ella hablaba de una estancia en Praga varios años atrás, un recuerdo que la movió a una confesión tardía:

Entonces visité la tumba del hombre que tantísimo significó para mí; murió en 1924, y su magisterio sigue siendo ensalzado hoy en día. Él fue el padre de mi hijo, que murió en 1921 en Múnich a la

edad de casi siete años. Lejos de mí y de él, del que tuve que separarme ya durante la guerra y al que no volví a ver—salvo por pocas horas—, porque sucumbió en su patria, lejos de mí, a una mortal enfermedad. Nunca he hablado de ello.

Grete Bloch ya se había manifestado a menudo acerca de Kafka—«una fabulosa personalidad»—, pero nunca antes había declarado semejante intimidad. A Schocken le parecía que se refería inequívocamente a Kafka, y guardó para sí esta sospecha, que según muestra el tenor de su relato se convirtió poco a poco en una autosugestión, durante ocho años. Luego comunicó el contenido de la carta a Max Brod, a cambio de la promesa de que no la haría pública.³

Brod no sólo rompió esa promesa, sino que hizo suya la conjetura de Schocken y la anunció como un *hecho* indudable. No le dio que pensar ni el hecho de que Grete Bloch *no* menciona el nombre de Kafka (lo que habría podido hacer, precisamente ante Schocken) ni su referencia a que el amado había muerto «en su patria» (cosa que no le ocurrió a Kafka). Bien mirada, ni siquiera se habla de un escritor, sino de un maestro de *cualquier* rama. Para Brod tiene que haber sido especialmente fuerte la tentación de arrojar a posteriori luz sobre un asunto que Kafka le había mantenido en gran medida oculto. En los meses decisivos, el hombre de confianza de Kafka no había sido Brod, sino Ernst Weiss; fue Weiss quien siempre estuvo al corriente del triángulo Franz-Felice-Grete, y quien intentó en varias ocasiones influir sobre los planes de boda de Kafka. Brod sabía poco al respecto, y como en el año 1948 no eran accesibles ni las cartas de Kafka a Grete Bloch ni las dirigidas a Felice Bauer, Brod no tenía ninguna posibilidad de comprobar su versión de la historia. Desde luego, es casi incomprensible que *después* de haber leído esas cartas insistiera en ella... es quizá el ejemplo más llama-

³ Schocken [1986:95 y ss.].

tivo del trato notoriamente irreflexivo que Brod da a los recuerdos y a las fuentes.⁴

¿Cuáles son los hechos? Grete Bloch fue madre de un niño: se ha conservado una foto en la que se le ve con el muchacho. Según sus datos, ese niño nació en los años 1914 o 1915. Sin embargo, la única referencia a semejante punto de inflexión sólo aparece en las cartas de Kafka al año siguiente: «¿Cómo lo lleva la señorita Bloch y qué significa para ella?», pregunta a Felice Bauer, y al día siguiente continúa: «Los padecimientos de la señorita Grete me afectan mucho; seguro que en este trance no la abandonarás, tal como otras veces has sabido hacer... de modo en apariencia incomprensible».⁵ Kafka no podía llamar más claramente por su nombre a ese «sufrimiento», porque debido a la censura de guerra utilizaba postales abiertas. Sin embargo, el tono apremiante no deja lugar a dudas acerca de que tiene que haberse tratado de un acontecimiento de importancia existencial: un nacimiento, un aborto, la constatación de un embarazo ilegítimo, posiblemente incluso el abandono por el padre del hijo ya vivo. No lo sabemos. Ni los diarios de Kafka ni sus cartas dan la más débil indicación de que—después del primer encuentro—haya vuelto a ver jamás a solas a Grete Bloch. Pero si hubiera sido él mismo el causante de la desgracia, no habría sido especialmente inteligente por su parte hacer semejantes preguntas hipócritas... por no hablar

⁴ El relato acerca del supuesto hijo de Kafka lo incluyó Brod en 1954 en los «complementos» a su biografía de Kafka; véase Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, pp. 209 y ss. En su libro Brod cita por extenso las cartas de Kafka a Grete Bloch (ocho años antes de su publicación), al parecer sin advertir que con esto ponía en duda la leyenda que él mismo había creado. Brod también tomó en serio desde el principio las *Conversaciones con Kafka* de Gustav Janouch, aunque ese volumen contiene citas de un énfasis totalmente inusual en Kafka.

⁵ Postales a Felice Bauer del 31 de agosto y del primero de septiembre de 1916.

de que estarían en insalvable contradicción con su habitual escrupulosidad.

¿Quién fue el padre del niño? Tampoco a ese respecto hay otra cosa que huellas borradas. En la época en que conoció a Kafka, Grete Bloch mantenía una difícil relación con un «hombre de Múnich», una relación en la que había además otra mujer involucrada. Al parecer Bloch intentaba librarse de ella, porque pidió a Kafka que echara al correo una carta para su amante... probablemente para evitar que llevara matasellos de Viena. Kafka, a su vez, sabía lo que hacía, porque manifestó «reparos» frente a esa estratagema y le recomendó que en vez de eso hablaran.⁶ El hecho de que también en este asunto esté en juego la ciudad de Múnich, con la que Grete Bloch no tenía ninguna otra conexión visible, es llamativo, pero sigue siendo demasiado débil como indicio aislado.

Grete Bloch era más complicada que Felice Bauer, más sensible, más apasionada y seguro que también sexualmente más activa. El erotismo era para ella una opción consciente, también frente a Kafka, al que consideraba atractivo y cuyas cartas exploraba en busca de señales claras. Lo hacía a un tiempo precavida, porque existía la amenaza de una doble traición a su amiga de Berlín, y a la vez ávida, porque también ella estaba hambrienta de atenciones. Es probable que al principio lo considerase un hombre encantadoramente torpe pero a la vez refinado, capaz de exponer sus propias debilidades; un juicio que tuvo que revisar después de que Kafka no respondiera varias de sus cartas. Ahora era ella la que le cortejaba a él, y el interés con que trataba de medir la temperatura erótica de la relación lo atestigua de forma indirecta el alegato de Kafka de comienzos de febrero de 1914, con el que abandona definitivamente su actitud reservada. En él confiesa: «me he sentido simultáneamente empujado y dete-

⁶ Véanse las cartas a Grete Bloch del primero de febrero, del 2 de marzo y del 3 de marzo de 1914.

nido por una inhibición, en mi voluntad *de acercarme de algún modo a usted*, y porque, pese a que me conozco bien, *el fracaso de dicho acercamiento se lo he imputado siempre a usted*. Y sin embargo dicho fracaso radica *únicamente* en que me conoció usted a través de F.»⁷ Los subrayados no proceden de Kafka, sino de la receptora de la carta, y el doble resalte de la palabra *únicamente* dice más que volúmenes enteros. De forma completamente expresa—le parecía a ella—, él veía a su propia novia como un obstáculo.

Tampoco faltaron señales íntimas en las semanas siguientes. «Su tarjetita me ha dado más alegría que todo lo que he recibido de Berlín. Es usted—ahora voy a decir una monstruosa estupidez, o mejor dicho, la estupidez no está en lo que digo, sino en el hecho de decirlo, más bien—: es usted la mejor, las más encantadora y la más noble criatura que hay», le escribía Kafka. Ahí es cuando Grete Bloch se estremeció y retrocedió; eso era ya casi grave, la traición. Sólo esperó al compromiso no oficial de Kafka, y entonces reclamó sus cartas... La respuesta convencional, conforme a las reglas del programa matrimonial. Pero Kafka no tenía la menor intención de hacer tal cosa: «mi noviazgo o mi compromiso no modificarán para nada nuestra relación, en la que, al menos para mí, hay posibilidades hermosas y absolutamente imprescindibles».⁸

Tampoco ante Felice ocultaba Kafka, en absoluto, su simpatía por la antigua mensajera: sembraba en verdad nuevos abrojos, nuevos gérmenes para malentendidos, y siempre con el más inocente de los gestos. Pero tuvo suerte, porque la novia, normalmente de oído fino, no estaba esta vez en el asunto, y es probable que no tomara del todo en serio a Kafka como sujeto erótico. Él consiguió incluso convencer a Felice para que invitara a Grete Bloch a vivir varios meses

⁷ Carta a Grete Bloch del 7 de febrero de 1914.

⁸ Carta a Grete Bloch del 21 de marzo y del 14 de abril de 1914.

con ellos en la nueva vivienda de Praga... Una luna de miel a tres, un proyecto extravagante que habría provocado el mayor asombro en la familia de Kafka, y probablemente incluso en sus amigos. ¿Era de verdad Kafka tan ingenuo como para ignorar las tensiones que inevitablemente tenían que derivarse de una situación así?

Grete Bloch desconfiaba, y observaba con creciente disgusto los incesantes movimientos tácticos de Kafka. Probablemente sufriera una desilusión, según sospecha Canetti, con ocasión de la temida «recepción» en Berlín, pero no porque no hubiera asumido hasta entonces que perdía a un potencial compañero, sino porque no reconocía a Kafka: hacía siete meses de su primer y único encuentro, y ahora se encontraba con un hombre confuso, desvalido, silencioso, que asistía a su propio compromiso como a un funeral y miraba a su alrededor en busca de ayuda.

Desde luego que Kafka comprendía que estaban actuando fuerzas centrífugas que emanaban de él mismo. ¿De qué servían las cartas contra eso? «Lo que usted significa para mí no puede usted saberlo», aseguraba a Grete Bloch inmediatamente después de su regreso.⁹ Pero después de *aquella* visión ella ya no quería oír tales palabras. Ese hombre no tenía la menor idea de lo que quería. Ya no quedaba rastro de encanto, humor y juego erótico. Una figura vacilante, que en un matrimonio tenía que resultar repelente. Pero ¿acaso era eso asunto suyo? Ella tenía sus propias preocupaciones, *su* problema estaba sucediendo en Múnich, no en Berlín. Había hecho lo que había podido. Kafka, en cambio, a poca distancia de la anhelada meta, seguía encontrando motivos para la queja, y más que nunca. Respondió de manera desabrida. Seguro que podría dominarse durante el breve tiempo que quedaba hasta la boda, le decía.

Sólo se ha conservado una carta de Grete Bloch a Kafka,

⁹ Carta a Grete Bloch del 2 o 3 de junio de 1914.

un boceto al parecer, pero precisamente esas frases marcan el momento de la decisión, el final de todas las ambigüedades, el final del juego.

Doctor, casi me faltan las palabras. Si no se engaña usted acerca de sí mismo—¿me queda alguna esperanza a este respecto, después de todas estas pruebas en contra?—es que las cosas están mal. De pronto lo veo todo muy claro, y me entra una desesperación total. Veo que meforcé a ver en el noviazgo la felicidad para ustedes dos, y que le instigué a usted a decidirse, esto es algo que crea—aquí no cabe duda alguna—una responsabilidad ilimitada que apenas me siento capaz de asumir.

Casi me siento inclinada a rogarle que no venga aquí, si le resulta imposible la claridad, la seguridad en sí mismo y una absoluta alegría. A F. sólo le he hablado de pasada. Después de todas estas cartas apenas me atrevo a mirarla a los ojos. No tiene usted derecho a guardarme rencor, excepto por la ridícula e irresponsable debilidad de que he dado muestras al contestar anteriores cartas.¹⁰

Kafka reaccionó ofendido, casi indignado: ¿la he convencido al fin? Pero Grete Bloch ya no respondió. En vez de eso cogió una de las últimas cartas de Kafka y se fue con ella a ver a su amiga.

Lo que Felice y Grete se escribían se mantenía oculto a los ojos de Franz. Lo que Franz y Grete se escribían se mantenía oculto a los ojos de Felice. Lo que Franz y Felice se escribían se mantenía oculto a los ojos de Grete... Por eso Franz le contaba a Grete, y Grete a su vez le contaba a Franz, lo que Felice había escrito. Ahora sólo faltaba *una* página para cerrar la figura geométrica. Se cerró a principios de julio de 1914: Grete Bloch comunicó a Felice Bauer lo que Franz Kafka había escrito.

¹⁰ Carta a Grete Bloch del 3 de julio de 1914, 31 cumpleaños de Kafka.

Contemplando este círculo tan cómico como atormentado desde la distancia—es decir, sabiendo cómo terminó—, es difícil imaginar que Kafka no lo viera venir. Él mismo no sólo había cometido indiscreciones, había incurrido en abundantes arbitrariedades verbales y escritas; él mismo había animado a Grete Bloch a «prestarle» cartas de Felice. Ella no debía mentir por él, eso no, pero él quería poder leer también cuando la propia Felice le negara respuesta. Ciertamente, había sido una época de crisis, una de esas espantosas pausas de silencio, y no se le había ocurrido nada mejor. Pero también estaba en medio de una crisis la «mensajera», la nada titubeante Grete Bloch, que se sentía agobiada por Kafka y que en Berlín—cerca de los padres, de su hermano, de los amigos—sintió de repente renovadas fuerzas para interrumpir sueños irresponsables y aclarar las cosas. Había mediado con éxito, pero Kafka no quería casarse *de verdad*. Y Felice tenía que saberlo a tiempo.

No sabemos cuál de las dudosas cartas de Kafka llegó primero a ojos de Felice, ni siquiera podemos decir con certeza si fue una de las cartas que conocemos y si Kafka, como confesaría posteriormente, «casi te degradaba». En cualquier caso, lo que ella vio ya era lo bastante malo. Felice estaba fuera de sí, y por primera vez sentía algo así como odio hacia Kafka, en vista de todas las dificultades que se acumulaban una y otra vez y que ella imputaba únicamente a su vacilante carácter. Le parecía que esto era el colmo. Quería una explicación.

Tampoco la conversación entre las dos mujeres puede haber estado exenta de tensiones. De nuevo era Grete Bloch la mensajera, pero esta vez traía noticias que planteaban de forma inevitable la pregunta de qué parte tenía ella misma en el asunto. Sin conocimiento de Felice, había mantenido una intensa correspondencia paralela con Kafka, tan franca

¹¹ Carta a Felice Bauer de finales de octubre de 1914.

que daba lugar a indiscreciones. Por decirlo de forma cauta, eso no era leal, y con un poco de mala voluntad se podía interpretar la tardía advertencia como una tardía confesión. Pero Grete Bloch no era menos «capaz» que Felice, y como a todas las personas capaces le repugnaba ponerse a la defensiva. Así fue como muy pronto—quizá en julio, quizá en agosto de 1914—recurrió a la única arma que le quedaba, un arma contundente: ofreció directamente a Felice entregarle *toda* su correspondencia con Kafka. *Casi* toda.

Es una suerte—más bien un milagro, dada la sucesión de catástrofes del siglo xx que ha borrado tantas huellas y testimonios—que las cartas de Kafka a Grete Bloch se hayan conservado casi en su integridad. Nos han llegado en dos lotes, en dos continentes: por una parte las cartas de Kafka que Grete Bloch entregó a Felice, que ésta retuvo en su poder y que fueron salvadas al ser llevadas por ella a Estados Unidos; por otra, las cartas que Grete Bloch *no* entregó a Felice pero que, décadas después, confió a un amigo en el exilio italiano, justo a tiempo. Más de ochenta años después, unas y otras se refundieron, pero—desde que se dispone de las cartas de Kafka en edición crítica, profusamente documentada—está al alcance de todo el mundo saber cuáles quedaron dentro y fuera del dudoso pacto al que llegaron las dos amigas.

La reconstrucción de la correspondencia permite apreciar con claridad que Grete Bloch entregó las cartas con algunas salvedades: las manifestaciones de Kafka que se referían exclusivamente a *su* vida privada no debían llegar a ojos de Felice. Esas cartas se las quedó ella, o cortó directamente los pasajes en cuestión. Felice parece haber aceptado a la fuerza ese extravagante procedimiento, que mediante la tijera protegía la intimidad de una persona a la vez que ponía al descubierto la de otra. Seguramente no se le escapaba que con eso dejaba manos libres a Grete Bloch para maquillar su propio papel.

Y así fue. Todas las cartas o pasajes que daban pie a pensar que Kafka se sentía atraído de un modo u otro por Grete

Bloch fueron censurados: manifestaciones acerca de su ropa, que él promete mirar «con los ojos más tiernos» (¿para qué le escribe ella al respecto?); sobre sus fotos, que él contempla largo rato y con atención (ajá, le ha enviado fotos); y sobre Grete como «la más amable y buena de las criaturas» (así que ha aceptado cumplidos). Que él había «tratado de acercársele» era algo que tampoco podía mostrar, porque sospechosamente ella misma había subrayado la frase. Igual que todo lo que ponía de manifiesto sus propias debilidades, las de ella: depresiones, conflictos con los padres, desinterés en el trabajo y sobre todo, naturalmente, el «hombre de Múnich».

A cambio, Felice se enteró de primera mano de que a su novio le gustaría «olvidar» a la familia Bauer, de que consideraba «una desgracia» el amor que ella sentía hacia su hermano, que Kafka intentó varias veces sin éxito citarse con Grete Bloch y que se negó a devolverle sus cartas. Felice Bauer tuvo que leer que no ella, sino Ernst Weiss, representaba la libertad y vitalidad de Berlín que Kafka necesitaba, precisamente ese hombre que hacía poco trataba de convencerlo de que no se casara y que al parecer—las cartas lo demostraban—estaba mucho mejor informado de lo que ella suponía. Finalmente, tampoco se le ahorró la prueba número uno, una funesta confesión de Kafka hecha sólo cinco días antes de la gran fiesta de compromiso: «A veces—de momento es usted la única persona a la que pongo al corriente de esto—realmente no sé cómo puedo tomar sobre mí la responsabilidad de casarme siendo como soy. ¿Un matrimonio cimentado en la firmeza de la mujer? Resultará un edificio torcido, ¿no es verdad?».¹² Bueno, ya era suficiente.

El 12 de julio, seis semanas después del compromiso, Kafka volvió al fin a dejarse ver en Berlín. Era la época de las vacaciones de verano, y puesto que, dada la inminencia de la boda, no tenía dinero para ir a un sanatorio, esta vez quería

¹² Carta a Grete Bloch del 6 de junio de 1914.

buscar una pensión barata cerca del mar Báltico, pero lejos del ruido de la playa, en Gleschendorf, no lejos de Lübeck. Así podría parar dos veces en casa de los Bauer para discutir los últimos detalles del traslado de Felice. Ahora hablaba con más frecuencia por teléfono con ella, y por eso intuía que le esperaba algo poco agradable: preguntas insistentes, reproches, una explicación. Pero cuando llegó la hora de la cita se encontró ante la barandilla de un tribunal.

Una habitación del Hotel Askanischer Hof. Una estancia traser a o secundaria, cuya única ventana mira al patio. Una tarde de verano; los muros reflejan la luz y el calor. En el estrecho recuadro molesta un ruido incesante, a pesar de ser domingo, y hasta él llegan malos olores.

Frente a Kafka se sientan tres mujeres: Felice Bauer, su hermana Erna y, junto a ella, Grete Bloch. Que también Erna esté presente le sorprende y le irrita: tal vez sea la única que todavía le mira con amabilidad, pero sabe poco de ella, y nunca ha habido entre los dos comentarios de índole personal. También querría pedirle a Grete Bloch que saliera. ¿Qué se le había perdido allí, ahora que por fin podía volver a estar solo con su novia, después de tanto tiempo? No lo entiende.

Felice Bauer abre su bolso, saca una carta, una de las cartas de Kafka a Grete Bloch. La destinataria explica que después de esa carta se ha visto obligada a advertir a su amiga. La novia anuncia que ahora quiere claridad sobre las constantes reservas de Kafka. Se lo ha contado ya a su familia, hubo disputa, por eso ahora está nerviosa, impaciente, cansada. No se controla, bosteza, se seca la nariz con la mano, se pasa los dedos por el pelo. De pronto se rehace, se vuelve agresiva, dice palabras de implacable sinceridad, cosas íntimas, sin tener en cuenta la presencia de los testigos.

No sabemos qué preguntas le hicieron a Kafka en este interrogatorio. En cambio, la distribución de papeles está cla-

ra. Felice Bauer no quiere renunciar a ciertas cosas a las que tiene derecho cualquier mujer de su estatus social. No quiere ir al registro civil con un hombre que mira todo el rato la puerta de salida. No quiere dejar su trabajo, su familia, sus amigas, sus diversiones urbanas, para vivir en Praga con un funcionario malhumorado que quiere ir precisamente allá de donde ella viene. Y no quiere adaptarse a una persona que habla constantemente de comprensión y amor y aun así se mantiene inflexible hasta en lo más mínimo, que no toca el asado que sirven en su honor, que se retuerce las manos a cuenta de los «toques personales» que ella—como es natural—quisiera dar a su futura vivienda, y que, finalmente, hasta le sugiere renunciar a celebrar la boda conforme al ritual judío, sin consideración alguna hacia su familia.

Kafka no puede dar la explicación que se le exige. Lo que no se ha logrado en trescientas cincuenta cartas no se puede recuperar en unas pocas frases, y menos delante de testigos. Ciertamente, esto y aquello puede haber sido mera terquedad, lo admite. Pero ella no entiende su situación, y su escritura no le interesa, ahora menos que nunca. Ella tan sólo es desdichada, y por tanto hostil. Kafka empieza a observarla. Piensa que puede que éste sea su último encuentro. La última vez, después de tantas palabras, pensamientos y sueños. Ya no es mucha de veras. Felice espera. ¿Tiene él algo más que alegar? Al parecer no. Porque no queda más que anunciar la sentencia: disolución del compromiso. No habrá boda. Es lo único razonable, lo único correcto. No hay nada más que decir. Las sillas se desplazan embarazosamente, todos se levantan. Sólo Felice se queda sentada.

Kafka va a Charlottenburg. Tiene que explicárselo a los padres de ella. El padre, que ha vuelto ex profeso de un viaje al extranjero para evitar la descomposición general, lo juzga todo con tranquila consideración. La estricta señora Bauer está sentada a la mesa y llora. Naturalmente, es esa exaltada señorita Bloch la que tiene la culpa de todo. Nunca estu-

vo bien vista en esa casa, esa supuesta amiga, pero sólo ahora que ha vuelto advierte lo justificada que estaba su desconfianza. A la independiente y sensata «Fe» ha conseguido enloquecerla. ¿Qué va a pasar ahora? Kafka ya casi pertenece a la familia, pero Grete Bloch no. Y la familia tiene que mantener la cohesión.

Kafka promete regresar al día siguiente. Sale de la casa, recorre la Mommsenstrasse, alza la cabeza una vez más. En las ventanas abiertas están, para su sorpresa, los padres de Felice y una tía; hacen a Kafka gestos de despedida, como si estuvieran en el andén de la estación. Kafka levanta la mano, sigue su camino. Probablemente no sabe que pocos metros más adelante se encuentra la casa de Musil. Allí nadie saluda.

A la mañana siguiente, después de una noche tormentosa, Kafka coge un pliego de papel del Askanischer Hof:

No sé de qué modo debo y puedo dirigirme a vosotros.

No iré, sería un tormento inútil para todos nosotros. Sé lo que me diríais. Vosotros sabéis cómo yo lo tomaría. Así que no iré.

Probablemente saldré esta tarde para Lübeck. Como consuelo relativamente pequeño, pero consuelo al fin, me llebo el pensamiento de que podemos seguir—y seguiremos—queriéndonos bien, aunque la vinculación que todos deseábamos se haya revelado imposible para todos por igual. Sin duda, Felice os habrá convencido, lo mismo que me ha convencido a mí. Cada vez veo más claro.

Adiós, os habéis hecho acreedores a mi incondicional respeto, sobre todo después de vuestro comportamiento de ayer, no guardéis un mal recuerdo de mí.

Con gratitud.

FRANZ K.¹³

Kafka cierra el sobre. Es la segunda vez que tiene que llamar a un mensajero desde este hotel. La segunda y segura-

¹³ Carta a Carl y Anna Bauer del 13 de julio de 1914.

mente última vez. Paga al mensajero. Luego coge una bolsa y se va a la Stralauer Ufer. Allí hay una piscina pública.

Berlín en verano; lunes, 13 de julio de 1914. También hoy hará calor en la ciudad. Todo parece un poco contemplativo, un poco ralentizada la multitud de gente. El que no tiene que trabajar se va al lago, al Wannsee; el que puede permitírselo, al mar. Felice Bauer no puede permitírselo, porque al día siguiente va a emprender un viaje de trabajo, que aún tiene que preparar. Ha informado de ello a Kafka, en el hotel le espera un telegrama. Pero Kafka ya no responde. Por la tarde, al hacer la maleta, soporta los reproches de los padres. Los gastos, las compras tan caras... todo en vano. Se alegra de marcharse, y teme al regreso.

Los berlineses se enteran por los periódicos de que también la autoridad se va de vacaciones. Eso tranquiliza. La cosa con los austriacos y el magnicidio de su Francisco Fernando no debe ser tan dramática. Arreglarán la cuestión con los serbios. También el káiser Guillermo prefiere el aire fresco, y a pesar de algunos reparos sobre la situación que deja atrás se ha ido al mar, como todos los veranos, en el *S.M.S. Hohenzollern*, para visitar las costas de Noruega, acompañado de un montón de bienhumorados caballeros. Así se lo ha aconsejado con insistencia el canciller Bethmann Hollweg, que por su parte, según publican los periódicos, busca el descanso en su finca de Brandeburgo (no dicen que viaja varias veces a Berlín en secreto para preparar una guerra mundial). También el vicescanciller Delbrück está de vacaciones, así como el ministro de la Guerra, Falkenhayn, el jefe del Estado Mayor Central, Moltke, y su lugarteniente, Waldersee. Sí, incluso el gran almirante Tirpitz, el más destacado de los «halcones», se ha llevado sus mapas del mundo de vacaciones. Se han ido, la central está vacía. Pero todos estarán de vuelta a tiempo.

31. LA GRAN GUERRA

Solamente hay tragedias de la incertidumbre.

PETER ALTENBERG, *Pròdromos*

La crisis de julio de 1914 es el acontecimiento político más documentado, más intensamente investigado, de la historia europea. Y aun así, es también—junto al Holocausto—el acontecimiento que somete a la prueba más dura nuestra comprensión de la Historia. En ningún momento como en éste se pueden señalar con tanta precisión las causas ideológicas, culturales, económicas y políticas de una catástrofe, y la supremacía de todos estos factores sobre la voluntad del individuo, incluso sobre la voluntad de aquellos que se aliaron, es manifiesta: como si fueran los «sistemas» y las «estructuras» los que deciden, no las personas. Pero, al mismo tiempo, también las decisiones de los responsables, incluso sus móviles subjetivos, son comprensibles en todos sus detalles, y cuanto más se profundiza en el asunto tanto menos creíble parece la pretensión de que en última instancia es indiferente quién, cuándo y por qué quiso o no la guerra.

Aquel que ponga únicamente su atención en las causas estructurales de la Primera Guerra Mundial—especialmente el militarismo alemán y los nacionalismos pujantes dentro del Imperio habsbúrguico—obtendrá la impresión de que, desde hacía años, toda Europa se movía en un plano inclinado cuya pendiente cada vez mayor hacía que *en un momento u otro* fuera inevitable resbalar: todos los factores trabajaban en la misma dirección, y en esa dirección estaba la Gran Guerra. En cambio, si seguimos la actuación de los protagonistas, que está documentada día a día—y conforme se aproximaba la decisión casi hora a hora—, se obtiene una imagen enteramente distinta: había que cambiar de posición unas cuantas palancas, apretar cierto número de botones para que la

guerra imaginaria se hiciera real, y, de no haberse procedido con toda deliberación a pulsarlos, la Gran Guerra *no* habría tenido lugar.

Así, cabe preguntarse si la Primera Guerra Mundial «estalló» o fue «desencadenada». Como toda respuesta a esta pregunta tiene consecuencias morales de gran alcance, no sorprende que transcurriera más de medio siglo antes de que pudiera discutirse con cierta ecuanimidad. Los que más convencidos estaban, al principio de la guerra, de que la Historia podía ser conducida eran los que con más insistencia apelaban después, cuando todo estaba perdido y habían muerto nueve millones de soldados, a un destino ominoso y abrumador. Así, uno de los principales actores del conflicto, el jefe del Estado Mayor Central austríaco Franz Conrad von Hötzendorf, escribió: «Por lo demás, la guerra mundial fue una de esas catástrofes que no pueden ser provocadas ni impedidas por un individuo».¹ El historiador militar Manfred Rauchensteiner, autor de un libro nada patriótico sobre la decadencia de Austria-Hungría, se adhirió a esta afirmación, y puede que una votación entre *todos* los historiadores actuales arrojará el mismo resultado.

Desde luego, a la vista del aplastante material probatorio, ya nadie puede afirmar que Austria-Hungría «se deslizó», como decía antaño la versión oficial, hacia una guerra mundial, una guerra «que nadie quería», según Stefan Zweig seguía creyendo décadas después.² La decisión de tomar el atentado de Sarajevo como pretexto para un ataque militar a Serbia se adoptó pocos días después en conversaciones informales entre los políticos con capacidad decisoria, y la única voz de peso que se opuso—la del primer ministro húngaro, Tisza—enmudeció muy pronto bajo la impresión de que se podía confiar del todo en la cobertura del poderoso aliado

¹ Citado según Rauchensteiner [1993:88].

² Zweig [2015].

alemán. El anhelado «cheque en blanco» de Guillermo II fue extendido ya el 5 de julio, sin conversaciones previas, sin condiciones, sin definición de los objetivos de la guerra, y acompañado de la exigencia de que si realmente se quería golpear se hiciera *de inmediato*... ni los más duros partidarios de la línea dura podían pedir más. Sólo dos días después, el Consejo de Ministros austríaco se pronunció a favor de la guerra.

Con eso quedaban sentados los cimientos más serios en Berlín y Viena, y los debates de los días siguientes sólo sirvieron para dar con un procedimiento que legitimara la decisión y asentara el derecho de Austria ante la opinión pública mundial. En contra del consejo de los militares de mayor rango de invadir Serbia sin más rodeos, el 14 de julio se decidió emitir un breve ultimátum con exigencias inaceptables. Llevó cinco días formular ese ultimátum, y pasaron más días antes de que el emperador Francisco José autorizara y firmara el texto. El 23 de julio de 1914, exactamente a las 18 horas, el ultimátum fue entregado en la capital serbia, Belgrado. Daba un plazo de sólo cuarenta y ocho horas, y para asegurarse de que nadie pudiera mediar se dejaron pasar otras quince horas antes de comunicar el texto a las otras grandes potencias.

La noticia causó espanto, porque el ultimátum contenía exigencias que violaban gravemente la autonomía de Serbia y no dejaban más elección que el sometimiento o la guerra. Se contaba con que Rusia y los aliados de Serbia no se quedarían mirando de brazos cruzados semejante «acción de castigo», y los comentaristas políticos se extendieron abiertamente al respecto. Aun así, en muchos lugares de Austria reinaba un sentimiento de alivio. Los caballeros de Viena se habían tomado tiempo, demasiado tiempo, habían pasado casi cuatro semanas desde el atentado, y la prensa diaria tenía cada vez más dificultades para explicar por qué seguía sin pasar nada. Había que esperar los resultados de las in-

vestigaciones, era la fundamentación oficial, pero nadie creía en eso. Estaba claro que el magnicidio de Sarajevo, si no había sido organizado por Serbia, sí había sido al menos directamente inducido por la propaganda serbia, así que ¿qué era lo que había que investigar? Aún parecía más incomprensible que personas como Conrad von Hötzendorf y el ministro de la Guerra austrohúngaro, Krobotin, cuya palabra tenía peso en ese asunto, se fueran precisamente ahora de vacaciones.

Pero la impresión de que en Viena no se trabajaba era engañosa. No sólo hacía mucho que se habían tomado las decisiones esenciales, una vez acordadas con Alemania (de lo que, sorprendentemente, no se filtró nada a la opinión pública), también había habido razones de peso para mantenerse tranquilos por unos días. Poincaré, el presidente francés, estaba en esos momentos haciendo una visita de Estado al zar de Rusia, y habría sido muy poco inteligente desde el punto de vista táctico golpear precisamente en un momento en el que los dos principales adversarios de la política austríaca se sentaban juntos en confidencial conversación. El hecho de que los diplomáticos austríacos supieran muy bien cómo se comportan los diplomáticos en una situación así, y lo decididos que estaban a no dejar nada al azar, lo demuestra el resumen de una conversación entre el conde Tisza y el ministro de Exteriores austríaco conde Berchtold, en la que se decidió definitivamente el momento del ultimátum y por tanto también el del comienzo de la guerra:

En la conversación de hoy, ha habido unanimidad en que es recomendable esperar en cualquier caso la partida de San Petersburgo del señor Poincaré antes de dar el paso en Belgrado. Porque, si es posible, hay que evitar que en San Petersburgo, en medio del ambiente creado por el champán y bajo la influencia del señor Poincaré, Izvolski (embajador ruso en París) y el gran duque, se celebre una fraternidad que influiría y tal vez fijaría la postura de am-

bos países. Es bueno que los brindis hayan precedido a la entrega de la nota.³

«¡Lástima!», escribió el káiser Guillermo II al margen de este informe. Para él las cosas no iban lo bastante deprisa. Pero los vieneses tenían razón. Así que había que informarse de cuándo partiría de San Petersburgo el señor Poincaré, y exactamente a esa hora se fijaría la entrega del ultimátum. Era un trabajo de precisión.

¿Y los permisos de vacaciones? Estaban prescritos; una medida de los austríacos para dar sensación de seguridad en el extranjero. Era inteligente, tan inteligente que los alemanes lo imitaron enseguida. Menos inteligentes fueron los serbios. También su jefe de Estado Mayor estaba de vacaciones... en territorio enemigo, en Austria.

Si se observan las últimas medidas que los responsables de Viena y Berlín adoptaron para desencadenar la guerra, parece como si realmente hubieran pensado en todo; en todo, menos en las consecuencias. Los problemas de transporte de las tropas se discutieron mucho más a fondo que la cuestión de qué iba a pasar con el archienemigo serbio después de ganar la guerra. Hacía mucho que las telefonistas imperiales tenían órdenes de impedir las conversaciones de larga distancia en las que se hablara de la guerra cuando seguía sin estar claro en cuántos frentes habría que librarla. Parecía dominar la escena una actividad tan perfeccionista como desprevenida, la caricatura de una razón ciega, instrumental, que traza rutas pero deja en manos de otros el recorrerlas.

Desde luego, una segunda mirada revela otra imagen, y las

³ Informe del embajador alemán en Viena, Heinrich von Tschirschky, al canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg, 14 de julio de 1914. Citado según Geiss [1965:95].

fuentes no dejan lugar a dudas acerca de que no sólo los técnicos de la guerra trabajaban en el asunto. Tanto en el Consejo de Ministros como en la dirección militar de Austria-Hungría tenían completamente claro que esta vez se trataba de algo más que de castigar a un alborotador, de algo más, también, que del posible desencadenamiento de una tercera guerra balcánica. Ya en febrero de 1913 el heredero del trono, Francisco Fernando, había declarado que todos los planes bélicos antiserbios eran «una locura»: «Si actuamos contra Serbia, Rusia estará detrás de ella, y tendremos guerra con Rusia. ¿Es que el emperador de Austria y el zar de Rusia van a echarse mutuamente del trono para abrir el camino a la revolución?».⁴ Proféticas palabras. Todavía más sobria era la argumentación del conde Tisza el 8 de julio de 1914, en un momento en que la guerra contra Serbia estaba ya decidida. Este ataque, advertía a su emperador, conllevaría inevitablemente una «guerra mundial». Porque Rusia, militarmente fortalecida, ya no miraría de brazos cruzados—como cinco años antes, cuando Austria se anexionó Bosnia y Herzegovina—cómo se humillaba a su puesto avanzado eslavo. Austria tendría que hacer frente a un contragolpe ruso, y éste a su vez desencadenaría la mecánica de alianzas europea: Alemania contra Rusia, Francia contra Alemania.

Había más riesgos, completamente imprevisibles: sobre todo la conducta de Italia, que sin duda estaba vinculada a Austria y Alemania por acuerdos políticos secretos, pero en los últimos tiempos se presentaba cada vez más abiertamente como competidora de Austria. Incluso Conrad von Hötzendorf, plenamente consciente del peligro ruso, tenía que aceptar que no se podía ganar una guerra en *tres* frentes (algo que realmente se produciría en mayo de 1915). Y aun así se mantuvo en que primero había que ir contra Serbia: luego ya se vería. Poco antes del comienzo de la guerra escribía: «En

⁴ Citado según Bardolff [1943:177].

los años 1908-1909 habría sido un juego con las cartas boca arriba, en 1912-1913 todavía un juego con posibilidades, ahora es una partida contra la banca».⁵ Los caballeros estaban sentados a la ruleta, y lo sabían.

No menos temerarios eran los militares alemanes. Se ha planteado repetidas veces la cuestión de qué movió en realidad a los responsables del Imperio alemán, que hablaban constantemente de la amenaza de quedar «cercados», a *forzar* de manera tan torpe y segura de sí misma la alianza militar de las grandes potencias adversarias. Bueno, los alemanes tenían su plan Schlieffen, es la respuesta de los manuales: un plan estratégico militar que preveía en caso de guerra vencer *uno detrás de otro* a los dos adversarios más importantes, concretamente envolver y aniquilar en pocos días al ejército francés desde el norte, atravesando territorio belga, y sólo después dirigir contra Rusia la energía militar concentrada.

Las últimas investigaciones históricas ya no dejan lugar a dudas de que esto es una leyenda.⁶ Incluso aquellos militares que en 1914 todavía creían que el desarrollo de una guerra moderna se puede prever más allá de unas pocas semanas dudaban de que un plan semejante pudiera *decidir* la guerra. Por no hablar de que sólo podía funcionar si el Gobierno inglés se quedaba mirando tranquilamente... cosa que en absoluto iba a hacer, según dio a entender con claridad. Por eso, nadie en su entorno creía en la corta guerra que Guillermo II prometió a sus súbditos, y es realmente estremecedor leer con qué fatalismo consciente ponían rumbo a la catástrofe los más agresivos defensores de la guerra. Precisamente el jefe del Estado Mayor alemán, Helmuth von Moltke,

⁵ Conrad a Leopold von Chlumecky, citado en Conrad von Hötzendorf [1923:72]. Hay que tener presente que Conrad hizo publicar esta increíble afirmación más adelante para documentar su *perspicacia*.

⁶ Véase para lo que sigue Förster [1996:156-158]; en el mismo volumen, también el artículo de Günther Kronenbitter «Austrohungria y la voluntad de guerra».

que como su colega austríaco Conrad no había dejado pasar desde hacía años ninguna ocasión de exigir alguna «guerra preventiva», hablaba el 28 de julio de 1914 de que pendía la amenaza de una «guerra mundial» que «aniquilará durante décadas la cultura de casi toda Europa». Y el ministro de la Guerra de Prusia, Falkenhayn, para quien el mismo Moltke resultaba demasiado dubitativo, manifestó el 4 de agosto, el día de la invasión alemana de Bélgica: «Aunque sucumbamos a causa de esto, habrá sido hermoso». Europa, en manos de jugadores de azar.

Como más adelante la mayoría de los historiadores, también los directamente afectados atribuían a la dirección militar y política de 1914 un alto grado de inteligencia estratégica, independientemente de cuál fuera su actitud respecto a la guerra. «Ellos saben qué hacer, tienen un plan», era el tenor de las frases de aquellos que avanzaban de manera febril hacia el día en el que al fin estallaría todo. Mientras los otros, que más bien temían ese día, se aferraban a la idea de que los de arriba no llegarían a una guerra «porque eso significaría la guerra mundial». Pero nadie, ni siquiera el clarividente Karl Kraus o el demócrata radical Franz Pfemfert, tenía al principio de la guerra una idea de la indiferencia asesina que realmente reinaba tanto frente a los hechos como frente a los «recursos humanos».

Políticos y militares sabían lo que hacían, pero la población estaba en la ignorancia. No existía una opinión pública crítica, los monarcas especialmente eran intocables y pasaban por ser la última instancia fiable, aunque se supiera que en modo alguno tenían en la mano todos los hilos y firmaban más de una cosa que no habían leído.⁷ En cualquier caso, for-

⁷ De hecho, tanto el emperador alemán como el austríaco, en los momentos previos al comienzo de la guerra, se vieron empujados por sus pro-

malmente reinaba la libertad de prensa, y era posible golpear al sistema incluso en puntos nerviosos sensibles. Así, bajo el título «¡Desprenderse de Austria!», Franz Pfemfert advertía ya año y medio antes de la guerra sobre el «peligro para todos de la solidaridad militar germanoaustriaca».⁸ Desde luego, la prensa diaria estaba muy lejos de disponer de los márgenes de que dispone en la actualidad para ejercer un periodismo «de investigación», y ofrecía una imagen de la realidad nebulosa y a la vez desfigurada. Bullía de rumores sin confirmar procedentes de «círculos bien informados», y como la red de corresponsales autónomos aún era extremadamente precaria, los periódicos se citaban unos a otros por extenso o roían las migajas que las instancias oficiales les echaban en las infrecuentes conferencias de prensa. Y en lo referente a la política exterior, los periódicos socialdemócratas no se encontraban en distinta situación que los mucho más numerosos diarios liberales, conservadores y católicos.

También en el centro del desastre, en Viena, reinaba una ignorancia ni más ni menos que grotesca, comparada con la cuantía de la apuesta. Los lectores del *Neue Freie Presse* se enteraron de lo que realmente decía la ominosa «nota» a Ser-

pios políticos a la toma de decisiones. El 27 de julio, se sometió a la firma del emperador Francisco José la declaración de guerra a Serbia. En ella se decía que soldados serbios ya habían abierto el fuego en la frontera. Al emperador sólo se le dijo que se trataba de una falsa noticia (muy probablemente de encargo) días después, cuando el ministro de Exteriores ya había manipulado convenientemente el documento. Cuando Guillermo II llegó a ver la respuesta serbia, servil (y aun así valorada como insuficiente), al ultimátum austríaco, tiró del freno y envió al Ministerio de Exteriores la instrucción escrita de que se aconsejara a Viena cambiar de rumbo: ya no había razones para la guerra. El canciller Bethmann Hollweg modificó esta instrucción y esperó a transmitirla el tiempo suficiente como para que fuera demasiado tarde y la declaración de guerra austríaca ya hubiera sido entregada a Serbia. De este modo quedaban apretados los dos botones que faltaban.

⁸ *Die Aktion*, año 3, n.º 3, 15 de enero de 1913, col. 69.

bia anunciada hacía semanas pocas horas antes de expirar el ultimátum. En cambio, se especulaba por extenso acerca de la deseable «focalización» del conflicto—sobre la no injerencia de los Estados europeos, pues—, y ese concepto propagandístico de la diplomacia austríaca estaba en casi todos los titulares. «Por la focalización y contra la guerra mundial», era el titular del *Prager Tagblatt* la mañana del 27 de julio... en un momento en que hacía mucho que se había decretado la movilización general y la prensa estaba sometida a la censura de guerra. Esa censura procedía de modo extremadamente torpe, dejaba espacios en blanco en las páginas del periódico, y el lector que aún estaba interesado en la verdad podía intuir unas cuantas cosas. Por no hablar de que los censores aún estaban lejos de tener los medios para apoderarse también de la memoria. Ningún periodista se habría atrevido a escribir que soldados de la Baja Austria murieron a manos de munición de la Fábrica de Cartuchos, Fulminantes y Metales Hirtenberg, o que a los trabajadores de la Sociedad Austríaca de Fabricación de Armas Steyr que marchaban hacia el frente de Serbia les estaban esperando doscientos mil fusiles enemigos que ellos mismos habían fabricado apenas seis meses antes. Pero para saberlo los lectores no tenían más que pasar unas cuántas páginas: hasta la sección de Economía.

Para nosotros, la guerra estaba en el *mismo* estante que otras ensañaciones semiolvidadas de la humanidad, en el mismo estante que el *perpetuum mobile* o el gran elixir, la piedra filosofal de los alquimistas, el medicamento que da la vida eterna. La guerra era posible, en todo caso, en la periferia de la vida civilizada, en los atrasados países balcánicos, en las colonias. Entre pueblos cultivados que trabajaban pacíficamente pasaba por ser una insensatez utópica. Aunque nuestros padres la habían vivido en 1866 y 1870. Pero nosotros éramos la generación malcriada [...] La disputa en torno a Richard Wagner, en torno a los fundamentos del judaísmo y del cristianismo, en torno a la pintura impresionista, etcétera, era mucho más importante para nosotros. Y ahora, de repente, ese tiem-

po de paz había terminado. Nunca una generación ha sido tan brutalmente arrollada por los hechos.⁹

Max Brod dejaba en el aire a quién se refería en realidad con ese «nosotros», pero su descripción caracteriza con acierto una actitud apolítica que sin duda estaba extendida en su entorno inmediato, incluso en las últimas semanas de paz. Desde un año antes, bajo la presión de los acontecimientos, las charlas de café giraban alrededor de si Austria se vería o no arrastrada a las guerras balcánicas, pero era como preocuparse por el contagio de una epidemia *ajena*. Que fueran precisamente los pueblos «cultivados» los que ejercían la violencia en los protectorados y las colonias era un problema periférico que se recordaba de forma ocasional, comparable a la protección de los animales, y ni siquiera los pacifistas declarados habrían osado especular que esa violencia se dirigiría tan pronto contra la propia cultura europea. La guerra estaba completamente ausente de la planificación de la vida individual, de las fantasías y los sueños que giraban en torno al propio futuro: eso valía tanto para los que habían hecho la «mili» como para los que no, para judíos como para no judíos, valía para Brod, Baum, Werfel, Haas, Weiss, Musil, Wolff, para el escenario de Hellerau, el círculo en torno a *Die Fackel*, para los sionistas de Praga. Y lo mismo valía, como se puede demostrar, para Kafka.

Congelado en lo más íntimo tras el «tribunal» que le había condenado al ostracismo en el Askanischer Hof, desdichado pero a la vez violentamente liberado de sus torturantes dudas y por eso singularmente fortalecido, receptivo y concentrado, Kafka había viajado al mar Báltico, su destino vacacional. ¿Qué iba a pasar ahora? La hermana de Felice, Erna,

⁹ Max Brod, *Una vida en conflicto*, pp. 82 y ss.

había intentado en el último momento, antes de la despedida, hacerle cambiar de opinión y consolarlo, pero no era consuelo lo que necesitaba ahora, y ya había cambiado de opinión bastantes veces. Se abría un vacío que había que llenar. La tarea era pensar en quién era él *sin Felice*.

También Ernst Weiss y su amada «Hanni» Bleschke (la futura actriz Rahel Sanzara) estaban en camino hacia las vacaciones de verano, y puesto que sus caminos iban a cruzarse habían acordado un encuentro con Kafka en Lübeck. Weiss apenas pudo ocultar su satisfacción ante el largamente aplazado estallido: ¿cómo había podido Kafka esperar jamás insertarse en semejante entorno absolutamente burgués, adaptarse a una mujer que era eficiente y nada más que eficiente? Él le había advertido, y había tenido razón. Pero también tiene que haber percibido que Kafka irradiaba ahora una sospechosa tranquilidad. Quizá era mejor no dejarle solo. Así que le convenció de que renunciara a su alojamiento en Gleschendorf para viajar con él y con Hanni a Dinamarca, a los baños de Marielyst, en la isla de Falster.

Kafka se dejó llevar, pero tampoco esta vez sin cierto arrepentimiento. La seguridad con la que Weiss afrontaba todas las cuestiones prácticas era contagiosa; lo mismo que Brod, tendía al monólogo. Llevaba consigo el manuscrito de su segunda novela, *La lucha*, Kafka ya conocía el texto, y sin duda no era la peor de las ocupaciones ayudar un poco a Weiss con las correcciones, trabajar con el *lenguaje* mientras no tuviera en perspectiva un trabajo propio. Por otra parte, Weiss, el buen consejero, no sabía al parecer aconsejarse a sí mismo, porque sus disputas con su amada eran enervantes, y además había elegido un lugar y un alojamiento absolutamente desoladores y que eran un abuso para un vegetariano (el «hotel balneario», con techo de paja, era una antigua granja). No pasaron ni veinticuatro horas antes de que Kafka volviera a hacer la maleta, y sólo con esfuerzo pudieron disuadirle de que se marchara.

Había que tomar una decisión ahora, ahora que quizá se podía sacar impulso de la terrible derrota. Había comunicado a Praga la separación de Felice al día siguiente, pero no había hablado de otros planes. Sin embargo, sus padres sabían con qué pensamientos jugaba, ya había amenazado expresamente con despedirse, incluso el «tío de Madrid» estaba al tanto de eso y había mostrado a Franz el índice admonitorio. Los Kafka sabían que su hijo era influenciable, y unos reproches serios siempre hacían su efecto, aunque sólo fuera por un cierto tiempo. Pero aún no sabían qué pétreas consecuencias era capaz de sacar.

Tiene que haber sido un *shock* duradero el que los padres de Kafka, que llevaban días calculando los horribles gastos que comportaría la anulada boda, pero sobre todo la vivienda absurdamente alquilada en Praga, recibieran el siguiente y extenso alegato:

Mirad, hasta ahora tal vez no os haya infligido un sufrimiento real y grave, salvo que esta disolución del noviazgo lo sea, cosa que no puedo juzgar desde la distancia. Sin embargo, mucho menos os he causado una alegría real y duradera y ello, creedme, sólo por el motivo de que yo mismo no era capaz de hacer duradera para mí esa alegría. Precisamente tú, padre, a pesar de que no puedes reconocer lo que verdaderamente quiero, lo entenderás con más facilidad. A veces cuentas lo mal que te fue muy al principio. ¿No crees que significó una buena formación para apreciarse a sí mismo y para sentirse satisfecho? ¿No crees, como, por cierto, me has dicho ya directamente, que me ha ido demasiado bien? Hasta ahora he crecido plenamente en la falta de autonomía y en el bienestar externo. ¿No crees que ha sido muy negativo para mi naturaleza, por muy bondadoso y cariñoso que fuese por parte de quienes se encargaron de ello? Sin duda, existen personas que saben garantizarse su autonomía donde sea, pero yo no pertenezco a ellas. Eso sí, también hay personas que en ninguna parte pierden la falta de autonomía, y todos los intentos merecen a mi juicio la pena para comprobar si no pertenezco, con todo, a ellas. Tampoco es

válida la objeción de que soy ya demasiado viejo para tales intentos. Soy más joven de lo que parece. El único efecto positivo de la falta de autonomía es que mantiene joven. Eso sí, siempre y cuando acabe algún día.

En la oficina, sin embargo, nunca conseguiré esa mejora. Ni, en general, en Praga. Aquí está todo organizado en el sentido de mantenerme a mí, un hombre, en el fondo, afanoso de falta de autonomía, en esta dependencia. Todo se me ofrece de manera tan próxima. La oficina me resulta muy molesta y a menudo insoportable, pero en el fondo es liviana. De este modo tan fácil gano más de lo que necesito. ¿Para qué? ¿Para quién? Seguiré ascendiendo en la escala salarial. ¿Con qué fin? Si este trabajo no es idóneo para mí y si ni siquiera me proporciona autonomía y autoestima como recompensa, ¿por qué no lo desecho? No tengo nada que perder y tengo todo por ganar si renuncio y me marcho de Praga. No arriesgo nada, pues mi vida en Praga no conduce a nada bueno. A veces me comparáis en broma con el tío Rudolf. Pero mi camino no se desvía mucho del suyo si me quedo en Praga. Previsiblemente tendré más dinero, más intereses y menos fe que él, pero estaré, como corresponde, más insatisfecho, y no habrá muchas diferencias más. (Lejos de Praga puedo ganarlo todo, es decir, puedo llegar a ser un hombre autónomo y tranquilo que aprovecha todas sus facultades y recibe como recompensa de su trabajo bueno y veraz la sensación de estar realmente vivo y de sentirse satisfecho de manera duradera). Una persona así también adoptará—no será la más nimia de las ganancias—una mejor actitud respecto a vosotros. Tendréis a un hijo cuyas acciones aisladas tal vez no aprobéis, pero con el cual estaréis satisfechos globalmente, pues tendréis que deciros: «Hace lo que puede». Esa sensación no la tenéis hoy en día, justificadamente.

Imagino la ejecución de mi plan de la siguiente manera: poseo cinco mil coronas. Me permitirán vivir en algún lugar de Alemania, en Berlín o en Múnich, durante dos años sin ingresar dinero, si es necesario. Esos dos años me permitirán trabajar literariamente y extraer de mí aquello que en Praga, entre la molicie interna y la perturbación externa, no podría conseguir con esa claridad, plenitud y uniformidad. El trabajo literario me permitirá vivir de los ingresos propios después de esos dos años iniciales, aunque sea de una forma modesta. Por muy modesta que sea, sin embargo, no po-

drá compararse con la vida que llevo ahora en Praga y que me espera allí en el futuro.¹⁰

Una carta irresistible, cuya madurez, cuya relajada aceptación y rechazo de las exigencias paternas parecen anticipar ya la más famosa *Carta al padre*. Y se pone aquí de manifiesto una estrategia superior, una juguetona «identificación con el agresor» que desarma y que sin duda hizo algo más que «excitar» al padre de Kafka. Año tras año, había tenido lista para cada gesto de oposición, para cada aparente resistencia de sus hijos, siempre la misma frase, ese «¡Os va demasiado bien!» lanzado con voz tonante. Su hijo no lo negaba. Acataba la sentencia, como siempre había hecho. Pero de pronto le volvía la punta hacia fuera, y su voz mucho más baja penetraba más hondo: '¿Me va demasiado bien? Cier-to, así que vamos a arreglarlo'. A Hermann Kafka tiene que haberle sonado a escarnio que alguien preguntara con toda seriedad para qué servía ganar dinero, y se apoyara con tal desvarío en sus propias palabras, las del padre. «Ingratitud, excentricidad, desobediencia, traición, locura»: Kafka recordó y levantó acta posteriormente de la desvalida reacción del patriarca ante este sorprendente ataque.¹¹

Sin embargo, la tranquilidad que irradiaba la carta de Kafka a sus padres, y que está en una casi inquietante contraposición con los vuelos en picado de las cartas a Felice y Grete de pocas semanas, incluso días antes, era una tranquilidad que tenía su precio. Había sido arrancada a la concentración que ahora Kafka dirigía sobre sí mismo con hermética exclusividad. Kafka estaba decidido a no seguir más que su propia lógica, a no dejar intervenir a nada ni nadie más, ni siquiera a las exigencias morales de la «vida», desde que pagó su última, su ultimísima cuenta en el Askanischer Hof.

¹⁰ Carta a Hermann y Julie Kafka de alrededor del 20 de julio de 1914.

¹¹ *Carta al padre* (OC II, 821).

Pero el momento que—una vez más—eligió para cerrar por dentro las puertas acolchadas no habría podido ser más inadecuado.

No conocemos la fecha exacta en la que Kafka llevó la carta a los padres a la oficina de correos danesa; probablemente fue el 20 o 21 de julio. En ese momento no sólo estaba decidido el tenor literal del ultimátum austríaco que iba a traer la guerra, sino que también se había llevado al papel aquel funesto manifiesto imperial, «¡A mis pueblos!», con el que, una semana después, Francisco José enviaría al infierno a sus inconscientes súbditos. «Lo he analizado y sopesado todo»: pronto estas palabras, famosas y después tristemente famosas, estarían pegadas en once idiomas en todos los tablones de anuncios del Imperio.

Pero ¿quién iba a sospecharlo? Uno tiene la tentación de atribuir a Kafka una extravagante mala suerte: toma la decisión, largamente aplazada, de empezar una vida propia, justo en el momento en que se ve interceptada por acontecimientos externos de orden superior que suspenden *toda* vida propia. Tuvo que ser una guerra mundial la que impidiera a Kafka abandonar el coto paterno. Sólo le quedará la elección entre el servicio militar y la oficina. Tendrá que rellenar solicitudes para hacer visitas al otro lado de la frontera. Ya no podrá llamar por teléfono a Alemania. Las revistas de las que esperaba obtener el mínimo existencial enmudecerán o se sumarán al coro patriótico. Permanecerá prisionero en Praga, ya no mentalmente, no, *de verdad*.

Kafka tuvo mala suerte, cierto. Pero ¿consistió realmente esa mala suerte en que la guerra mundial se anticipara en un día a su despido? Si Felice Bauer hubiera dicho «no» en la primavera de 1914 y Kafka, como tenía convenido consigo mismo, hubiera empezado una existencia literaria en Berlín con el apoyo de Musil, de todos modos habría tenido que regresar al empezar la guerra y—sin relaciones, sin la cobertura de sus superiores—se hubiera convertido inevitable-

mente en una ruedecilla de repuesto de la defensa civil austríaca.

No, la desdicha de Kafka fue que el último esfuerzo que exigió esa nueva decisión absorbió cualquier otro interés; que la guerra se hizo inevitable en un momento en que Kafka ya no podía percibirla, ya no podía pensar en ella. Observaba a los huéspedes de la pensión danesa y describió en su diario la comunidad que había entre ellos, sus gestos y sus miradas, en contraste con el aislamiento de él. No anotó *de qué* hablaban, aunque es imposible que no oyera la palabra *guerra* repetida una y otra vez. ¿No leía los periódicos? Al parecer no, de lo contrario habría descubierto riesgo de guerra, fiebre bursátil, miedo, propaganda anticipada casi en cada página. ¿Cabe imaginar que entre Kafka, Ernst Weiss y Hanni Bleschke nunca se hablara de lo que estaba ocurriendo *en casa*? No lo sabemos. En cualquier caso, la gran y relajada carta a los padres se convirtió en papel mojado en el mismo momento en que fue firmada.

El fin de semana del 25 al 26 de julio terminaron las vacaciones de Kafka. Viajó a Berlín, volvió a reunirse con Erna, luego siguió hacia Praga. En el tren se sentaban ya austríacos que habían sido «llamados a las armas» y habían tenido que interrumpir sus vacaciones antes de tiempo. Fue el último día en que los trenes de larga distancia transitaban conforme a su horario, el último día en que no resonó en cada estación «La guardia del Rin». Cuando Kafka llegó a Praga, se encontró en el torbellino de una agitada multitud. Todo el mundo estaba en la calle, numerosas tiendas estaban abiertas a pesar de ser domingo. El 8.º cuerpo de ejército, cuya comandancia se encontraba en el Hradschin de Praga, había sido ya movilizado, y por eso toda Bohemia afluía a la ciudad. Por todas partes maletas de soldados, grises uniformes de campaña, oficiales corriendo de un lado para otro, sonido de sables, griterío, canciones, escenas de despedida. En medio de todo eso, un sorprendido funcionario de seguros

ligeramente bronceado, con ropa de viaje y un pequeño equipaje.

La posición de Austria era «inamovible», decía el periódico al día siguiente. Y se habían agotado los revólveres en toda Praga.

El entusiasmo bélico de finales de julio y principios de agosto de 1914 es uno de los fenómenos de masas más espantosos, más difíciles de explicar y comprender, del siglo xx. No hay ninguna de las ciencias humanas que no se haya esforzado en hacerlo, apenas un historiador importante de la historia reciente que no lo haya intentado. Pero el súbito delirio, el odio insensato, la absoluta certidumbre de la victoria, siguen siendo un enigma: todo eso nos parece como manifestaciones de una religión desaparecida, bien investigada y sin embargo ajena y remota.

Hay toda una serie de filtros que un siglo después dificultan la adecuada percepción de aquellos acontecimientos. En primer lugar, naturalmente, el hecho de que sabemos *cómo terminó*. Todos los intentos, absolutamente todos los intentos de constituir una «comunidad» poseída de entusiasmo sirviéndose de los medios de una moderna sociedad de masas han terminado hasta la fecha en baños de sangre, terror y espantosa decepción. Lo sabemos. En agosto de 1914, en cambio, no había experiencia alguna de tales experimentos psicosociales a gran escala, y la promesa y la tentación de la comunidad eran abrumadoras, con total independencia de la forma romántica o realista en que se imaginase la guerra.

Un segundo filtro es nuestra actitud, radicalmente modificada, respecto a todo lo que ocurre más allá de las propias fronteras nacionales. Si duda el conocimiento mutuo entre alemanes y franceses, alemanes y británicos sigue siendo escaso, si se considera su proximidad geográfica e histórica. Pero a principios del siglo xx la gran mayoría de la pobla-

ción sólo conocía el «extranjero» por la prensa, con frecuencia de forma anecdótica o folclórica. Unos cuantos ciudadanos instruidos viajaban a París o Roma, unos cuantos hombres de negocios a Londres. Los idiomas no se aprendían sin finalidad específica, como ahora, sino por motivos económicos, para poder mantener correspondencia y negociar (como Kafka hizo con el italiano). Viajar era caro y sobre todo llevaba tiempo, y a nadie se le habría pasado por la cabeza viajar al Imperio otomano sólo para pasar unas vacaciones al sol. La experiencia *propia* del extranjero era escasa: por tanto, la imagen cultural y política del mundo dependía en grado superlativo de las noticias que sobre él proporcionaban los periódicos, las revistas y los noticieros del cine... una pantalla de proyección en la que, durante la guerra, aparecieron los fantasmas del «pérfido» inglés, el «cruel» eslavo y el «cobarde» italiano, sin que un número suficiente de personas hubiera podido oponer a esto una imagen propia y por tanto una idea material y diferenciada.

Una tercera dificultad, que ha sido muy subestimada, se deriva por último de que *nosotros mismos* seguimos dependiendo de las imágenes que los medios han difundido de aquella época. Las necesitamos como fuentes, pruebas, material gráfico. Pero en esas imágenes y esos textos aparecen sobre todo masas jubilosas, soldados que ríen, gestos enérgicos y consignas patrióticas de periodistas irresponsables. En cambio, se mantienen invisibles y apenas se han descrito los puños en los bolsillos de los obreros cuyos líderes habían fracasado de forma lamentable, se mantiene invisible también el dolor masivo, pero silencioso, de amadas, novias, esposas, madres que se despedían de hombres jóvenes con la conciencia a medias de que era una despedida para largo tiempo o para siempre. *Ese* dolor tiene que haber sido mucho más claro y perceptible en las ciudades pequeñas y en el campo, lejos de las grandes y embriagadoras concentraciones. La idea de que todo un «pueblo» se entregó al entusias-

mo por la guerra es engañosa, y referida a Austria-Hungría, donde incluso en el momento de mayor tensión los numerosos grupos étnicos articulaban intereses completamente distintos, es doblemente falsa. Por no hablar de que el entusiasmo realmente «ciego» fue más bien la excepción: días antes del comienzo de la guerra, los berlineses hacían cola para conseguir marcos de oro, y las mismas personas que en el Altstädter Ring jaleaban a los soldados que partían, con los cañones cubiertos de flores, con gritos en alemán y en checo, eran las que días después asaltaron los bancos de Praga para vaciar sus cuentas de ahorro. Tan convencidas estaban de la rápida victoria.¹²

Pero en absoluto es culpa sólo de la manipulación política, de la propaganda y de la censura que veamos presos de la embriaguez a pueblos en guerra. La perspectiva se ve desfigurada sobre todo por aquellos cuya palabra fue difundida y conservada, periodistas, escritores, eruditos, en pocas palabras: los «multiplicadores». En su inmensa mayoría, éstos mantuvieron una actitud de *afirmación* de la guerra: explicaban por qué era inevitable, por qué Alemania y Austria tenían razón, por qué sólo se podía vencer y por qué la guerra, a pesar de todos los necesarios sacrificios, traería la redención, una «renovación moral», una «gran depuración» que daría al pueblo nuevos valores, una nueva conciencia de sí mismo, una nueva unidad.

Son *esas* voces las que oímos con más fuerza y las que—al contrario que millones de desesperadas cartas del correo de campaña—dejaron profundas huellas en la memoria cultu-

¹² Sólo el 27 de julio, los ciudadanos de Praga (entre ellos sin duda también Hermann Kafka) retiraron más de dos millones de coronas... un fenómeno que se repitió en todas las ciudades del Imperio habsbúrguico (Stefan Zweig anota en su diario que había tenido que *rogar* que le entregaran trescientas coronas en el mostrador de su banco en Viena). Los gobiernos de Viena y Berlín hicieron imprimir a toda prisa nuevos billetes de banco para controlar la situación.

ral. Los infames poemas de guerra de Alfred Kerr, Richard Dehmel y Gerhart Hauptmann. El «Llamamiento al mundo de la cultura» firmado por noventa y tres intelectuales alemanes que justificaba la invasión de Bélgica. Las patrióticas distorsiones de Thomas Mann y Hugo von Hofmannsthal. La «Canción de odio a Inglaterra» que se aprendía de memoria en todos los colegios. Finalmente, el coro inmenso de editorialistas que amenazaban con la guerra como si ellos mismos tuvieran las palancas del poder, el periodista de a pie que la invocaba, los eruditos y los ensayistas que la embellecieron y la justificaron.

Para las masas que vacilaban entre el temor y el entusiasmo, tuvo una influencia determinante el que no sólo se les prometiera la guerra, sino también, y al mismo tiempo, la *paz*: la gran paz ciudadana, la gran reconciliación. «Ya no conozco partidos, sólo conozco alemanes»: estas palabras mil veces citadas de Guillermo II, pronunciadas la tarde del primero de agosto, treinta minutos después de la declaración de guerra a Rusia, contenían nada menos que una promesa utópica y alcanzaban en lo más hondo al subconsciente colectivo. El final de las peleas entre los partidos, de la lucha de clases, del frío y el anonimato de la vida urbana, parecía al alcance de la mano. Todos iban a formar parte de eso: socialdemócratas, judíos, mujeres, parados, estudiantes... cada uno tendría su tarea, su lugar, nadie tendría que volver a luchar por el reconocimiento social de su existencia. Y las escenas de confraternización pública que pudieron verse en los primeros días de la guerra parecían confirmar que esa promesa se iba a hacer realidad.

En Austria-Hungría se jugó la misma carta. Allí eran sobre todo los sentimientos nacionalistas, cargados de odio, los que se atizaban y exasperaban mutuamente. Pero de pronto su lugar quedaba ocupado por una comunidad transfronteriza de súbditos en armas, de orientación monárquica, con una identidad «habsbúrguica» renovada por la presión exterior.

Hubo sin embargo dificultades para encontrar las consignas adecuadas. «Ya no conozco nacionalidades...», con una frase así Francisco José no habría cosechado júbilo, sino alboroto. De ahí que, en lugar de eso, en el manifiesto imperial de guerra se dijera con más cautela: «Confío en mis pueblos, que en todas las tempestades se han arremolinado siempre unidos y leales en torno a mi trono»... Eso era un pío deseo, todo el mundo lo sabía, y además sonaba tibio. Pero la llamativa ausencia de eslóganes propagandísticos susceptibles de arrebatar a la gente, un déficit que la prensa diaria no podía ni ocultar ni compensar con sus proclamas, tenía una razón muy sencilla: mientras los alemanes podían señalar un pérfido enemigo común, al que—según Thomas Mann—se abatiría en una «gran guerra popular, radicalmente decente, incluso solemne»,¹³ en Austria-Hungría nadie sabía decir si la parte eslava de la población, si checos, eslovacos, polacos, croatas, ucranianos, rutenos y bosnios se dejarían convencer para librar una guerra contra sus «hermanos eslavos» de Serbia y Rusia. Esa imprevisibilidad afectaba sobre todo a Bohemia, donde, en opinión del ministro de Exteriores Berchtold, amenazaba una revolución si no se preparaba suficientemente para la guerra a la opinión pública, es decir, si no se creaba un *motivo* convincente para la misma.¹⁴

Esa desconfianza hacia la mayoría checa de Bohemia siguió envenenando la atmósfera incluso después de empezar la guerra. En Praga se produjeron registros en casas de es-

¹³ Thomas Mann a su hermano Heinrich el 18 de septiembre de 1914 (en Thomas y Heinrich Mann, *Briefwechsel 1900-1949*, p. 134). En el momento que se escribían estas palabras el plan Schlieffen ya había fracasado y el jefe de Estado Mayor Von Moltke había sido destituido después de sufrir un colapso nervioso. Ambas cosas fueron ocultadas a la opinión pública.

¹⁴ Así se manifiesta Berchtold en conversación con Conrad von Hötzendorf el 29 de junio de 1914, un día después del atentado de Sarajevo. Véase Conrad von Hötzendorf [1923:33 y ss.].

tudiantes sospechosos de «agitación paneslavista». Circulaban rumores de que regimientos enteros de soldados checos se entregaban a los rusos sin ofrecer resistencia. A finales de noviembre, por fin, el mando supremo del ejército solicitó implantar en Bohemia la ley marcial para poder perseguir de forma más eficaz las deserciones y los actos de alta traición. No faltó mucho para que la ciudad de Praga viviera los cuatro años de guerra restantes bajo el látigo de una dictadura militar. Pero el emperador rechazó tal pretensión... no era difícil prever que con tales presiones no se podía motivar a nadie a defender el Imperio.

Fue mucho más inteligente el gobernador de Bohemia, príncipe Franz Thun-Hohenstein, que subrayó con énfasis la lealtad checa y de ese modo privó de impulso a los pocos que de hecho tenían simpatía por el imperio zarista enemigo o incluso soñaban con un Estado propio. Sabía que los checos temían una guerra *perdida* tanto como los germanoparlantes, y la idea de una entrada de los rusos en Praga o incluso en Viena era una pesadilla que *nadie* tenía ganas de vivir. De hecho, mientras la guerra pareció una aventura limitada en el tiempo los checos se dejaron arrastrar por el entusiasmo general tanto como todos los demás; se produjeron confraternizaciones casi impensables después de tantas disputas nacionalistas, y más de una agotadora marcha a pie en dirección al frente terminó con una velada de canciones checas y alemanas. Las fatigas sufridas en común engendraban cercanía, y el ambiente de depresión observado por Egon Erwin Kisch en sus camaradas checos era más atribuible a las vejaciones de los omnipresentes superiores germanoparlantes que a la general «eslavofilia».

Desde luego, donde más fuerte era la tentación patriótica era allá donde la identidad común era más frágil: entre los judíos. Todas las organizaciones judías, desde la asimilacionista Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Religión Judía hasta los sionistas, pasando por los ortodoxos re-

ligiosos, acogieron la inesperada oferta de una paz civil y la asumieron sin reparos. «Más allá del deber» al que estaban llamados, los judíos debían poner sus fuerzas al servicio de la patria.¹⁵ La guerra ofrecía la ocasión de poner a prueba la fiabilidad de la comunidad judía; era un medio de comprar el derecho a convivir al precio del mayor sacrificio posible: la vida misma. Esta lógica la siguieron en Alemania más de diez mil judíos que se apuntaron voluntarios al servicio en armas, instigados por belicistas como Martin Buber y Maximilian Harden.

Los judíos sintieron que se les necesitaba. Pero la buena acogida de los gobiernos y la llamativa contención de la prensa antisemita eran medidas tácticas que no alteraban en lo más mínimo el hecho de que en el *día a día* de la guerra, y ya desde un principio, los judíos seguían actuando de pararrayos colectivo. Todo aquel que se sentía perjudicado por los sacrificios que se le exigían declaraba «holgazanes» a los judíos. Los oficiales judíos—una figura casi inédita hasta la fecha—tenían que hacer más que los otros para ganarse el respeto. Y si se extendía el escepticismo entre las tropas combatientes, eran judíos los «causantes de la flojera». Es paradójica, pero característica, una observación del diario de Kisch, quien un trimestre después de empezada la guerra seguía en el frente serbio: «El ambiente de la población [de Praga] está encrespado contra los judíos porque ocupan muchos puestos locales. ¿Sí? A mí me rebosa la bilis de los muchos judíos que hay aquí».¹⁶

Incluso aquellos que rechazaban la guerra observaban a los judíos con repugnancia... por su exceso de celo patriótico. Sobre todo el pequeño partido de los «realistas» checos, dirigido por Tomáš Masaryk, se sentía horrorizado ante «la

¹⁵ Citado según Zechlin [1969:87]. En Praga este llamamiento se dio a conocer por medio de un artículo en el *Prager Tagblatt* del 5 de agosto.

¹⁶ Kisch [1986:308].

más belicosa de las tribus austríacas»;¹⁷ y en vista de los desfiles de lealtad al emperador que encabezaban los judíos y alborotaban día tras día en la ciudad vieja de Praga, había motivos más que suficientes para ello. Masaryk pasaba por ser uno de los muy pocos políticos inmunes a las consignas antisemitas, y no se había olvidado su tenaz defensa de un supuesto asesino ritual judío (el «caso Hilsner»): entonces, en el año 1899, su propia actividad docente se había visto imposibilitada durante un tiempo, y él había sido calificado de monstruo.¹⁸ Cuando, al principio de la guerra, a Max Brod, Franz Werfel y el psicólogo de la Gestalt Max Wertheimer se les ocurrió que un llamamiento a la paz en el último minuto podía quizá frenar el autodesgarramiento de Europa, les resultó evidente ir a visitar al circunspecto Masaryk, quizá el único político de Bohemia que gozaba de algún prestigio en los países más occidentales. Pero les esperaba una ducha fría, porque Masaryk despachó a los pacifistas diciéndoles que debían empezar por hacer que sus entusiasmados «compatriotas» dejaran de denunciar a los checos.¹⁹

Resultó funesto que todos los judíos a los que se profetizó un pronto final de su embriaguez comunitaria contaran con un firme argumento político a su favor: la lucha era contra el imperio zarista, y por tanto contra el único régimen abiertamente antisemita, que seguía no sólo tolerando, sino empleando como medio de represión sistemática los pogro-

¹⁷ Herben [1936:457]. Herben era uno de los hombres de confianza de Masaryk y redactor de la revista *Čas* ('Tiempo').

¹⁸ Véase *Los primeros años*, capítulo 11.

¹⁹ Max Brod, *Una vida en conflicto*, pp. 97 y ss. Es ilustrativa una manifestación posterior de Masaryk sobre su relación con el judaísmo: «Durante toda mi vida he intentado no ser injusto con los judíos; por eso se ha dicho que estaba de su parte. ¿Cuándo he superado el antisemitismo latente en mí? Sentimentalmente, sepa usted que quizá nunca, sólo intelectualmente; mi propia madre me educó en esa sangrienta superstición» (Čapek 2001:43).

mos, las acusaciones de crímenes rituales, las expropiaciones y las expulsiones. Desde el punto de vista judío, Rusia era el imperio del Mal, y cuanto más consciente era la identificación con el destino de los hermanos y hermanas que allí vivían tanto mayor era la esperanza y la fe en que la guerra—la guerra *ganada*—pusiera fin a esas situaciones. Naturalmente, fueron los sionistas, y dentro de ellos en no poca medida el soñador sionismo cultural de Praga, los que sucumbieron a esa ilusión del modo más duradero. Hugo Bergmann, amigo de juventud de Kafka, que el primero de agosto ya estaba en camino hacia el frente de Galitzia, anotó en su diario: «En Pererau me entero de que se ha declarado la guerra a Rusia. Me entusiasmo, grito incluso: “¡Abajo los zares!”, y un judío me responde: “¡Venganza por los pogromos!”».²⁰

Tales escenas se repiten de mil maneras. Se callaba o, en el mejor de los casos, se tildaba de «trágico» el que también Francia e Inglaterra se opusieran a las potencias centrales. Rusia era el verdadero enemigo, y hacia allí iban dirigidos todos los pensamientos. Quedaba descartado el antisemitismo en el propio país, y muy pocos pensaban al principio lo que una guerra en el Este significaba para los judíos de Galitzia, cuya patria se convertiría de forma inevitable en campo de batalla; lo que significaba una guerra para la organización sionista internacional, cuyos miembros se encontraban de pronto en campos enemigos; lo que reportaba, finalmente, a los colonos de Palestina, a los que un régimen turco fuerte, aliado con los vencedores, no podía favorecer en lo más mínimo. Pocos pensaban en eso, y el que lo pensaba lo guardaba para sí. En los primeros meses de la guerra, la revista sionista *Selbstwehr* se limitó casi exclusivamente a dos temas: los heroicos logros de los soldados y oficiales judíos, que eran reseñados minuciosamente junto con todas las distinciones recibidas, y la persistente represión de los judíos de Ru-

²⁰ Bergmann [1985:59].

sia, que ahora se había convertido en terror abierto. «El diluvio», rezaba el titular del editorial del 27 de agosto: como si la idea de liberar a los judíos hubiera tenido la menor influencia en los planes de conquista de los gobiernos, en los cálculos de los generales. Ciertamente, ésta no era una guerra judía, más bien una *guerra mundial*; todos hablaban y escribían y gritaban *guerra mundial*, eran las palabras del momento, unas palabras nuevas y terribles. Pero también tan grandes, tan generales, tan lejanas como el mundo... Y por eso dicha guerra sólo podía verla y pensarla cada uno desde *su* lado... también los judíos, también los sionistas.

Karl Kraus fue el primero que entendió y articuló este radical exceso. *En esta gran época* fue el título de la primera charla que dio después de un silencio que duraba ya meses, desde el comienzo de la guerra. Quienes lo oyeron pronunciar esta conferencia—que Kraus leyó por vez primera el 19 de noviembre, en Viena—se cohibieron bajo la furia apocalíptica de las frases iniciales: «En esta gran época en la que está ocurriendo precisamente aquello que no cabía imaginar, y en la que tiene que *ocurrir* lo que ya no es posible *imaginar*, y que si pudiera, no ocurriría...», clamaba Kraus. Ésa era la idea clave. La Gran Guerra era distinta, distinta de todo lo que se había podido imaginar hasta la fecha. Y, sobre todo: la Gran Guerra era demasiado grande.

Ya ante un accidente de ferrocarril con cien víctimas la imaginación humana retrocede como ante una realidad inconmensurable e insoportable: se muestran impotentes los ademanes y las palabras que envuelven la muerte del individuo y lo hunden en el recuerdo. Una de esas catástrofes—extremadamente raras en «tiempo de paz»—que extingue en un solo día miles de vidas humanas, necesita décadas para ser digerida social y psicológicamente. Pero durante la Primera Guerra Mundial morían por término medio unos seis mil soldados *al día*, y otros trece mil eran heridos: una catástrofe permanente, que supera la capacidad de comprensión

de cualquiera. Si en el año 1914 alguien hubiera tenido el conocimiento, la imaginación y la sangre fría necesarias para prever el escenario de una carnicería altamente tecnificada que duró más de cuatro años—de hecho hubo quien lo previó—,²¹ hubiera encontrado a muy pocos oyentes dispuestos a darle crédito, ya no digamos comprender su importancia.

La frivolidad en el trato con la guerra observada con espanto por Kraus, el abismo abierto entre las más banales preocupaciones cotidianas y el sufrimiento infernal, la disponibilidad a dejarse aturdir por eslóganes políticos... todo esto es comprensible únicamente ante el telón de fondo de ese exceso psíquico, sin parangón en la Historia, cuya huella se encuentra en innumerables documentos. Lo único que aún cuenta, en el mejor de los casos, es el sufrimiento *visible*... aquel que se despliega en el limitado radio de percep-

²¹ La predicción más exacta es la de Friedrich Engels, que en diciembre de 1887, décadas antes de la catástrofe, escribía: «Y por fin ya no es posible para Prusia-Alemania otra guerra que una guerra mundial, y una guerra mundial de una extensión y virulencia insospechadas hasta ahora. De ocho a diez millones de soldados se estrangularán entre sí, y devastarán Europa como ninguna plaga de langosta lo ha hecho nunca. Las devastaciones de la guerra de los Treinta Años concentradas en tres o cuatro y extendidas por todo el continente; hambre, epidemias, salvajismo general, provocado por la aguda miseria, tanto de los ejércitos como de las masas populares; insalvable confusión de nuestro artificial engranaje de comercio, industria y crédito, terminando en la bancarrota general; derrumbamiento de los viejos Estados y su tradicional razón, de tal modo que las coronas rodarán a docenas por el adoquinado de las calles y no habrá nadie que las recoja...» (Engels, introducción al folleto de Sigismund Borkheim, *Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten, 1806-1807*, en Marx y Engels 1962:21, 350 y ss.). Pocas horas antes de desencadenarse la guerra, Arthur Bernstein, editorialista del *Berliner Morgenpost*, escribió bajo el título «La última advertencia»: «Un millón de cadáveres, dos millones de tullidos y cincuenta mil millones de deudas serán el balance de esta guerra “fresca y alegre”. Nada más». Sin embargo, los lectores no llegaron a ver estas clarividentes palabras. El artículo ya compuesto fue retirado en el último momento, una vez anunciado el «estado de inminente peligro de guerra» (citado según Mendelssohn 1982:254).

ción de los actores y espectadores. En cambio, todo lo que ocurre más allá de ese horizonte, aunque sea lo más espantoso, se deja reprimir, falsear y «justificar» con asombrosa facilidad. Ni siquiera las personas cuya profesión y vocación era precisamente la de hacer imaginable lo inimaginable—intelectuales, escritores, artistas—fueron capaces de romper esta dura cáscara de la imaginación.

El que quizá sea el ejemplo más instructivo de la excesiva carga emocional proporcionada por los primeros meses de guerra lo ofrecen los diarios de Stefan Zweig: «La Historia Universal es espantosa vista de cerca», se queja el 2 de agosto, todavía razonable. Pero, a pesar de que Zweig escribía regularmente para el oficialista *Neue Freie Presse* y desde allí formulaba él mismo, desde el primer día, los eslóganes propagandísticos; a pesar de ser plenamente consciente de la nefasta coalición entre la política y los medios de comunicación, y de ver con toda claridad el papel monstruoso desempeñado por la censura; a pesar de que finalmente consiguió un puesto tranquilo en el Archivo de Guerra y pasó allí sus días dedicado a adornar estilísticamente las hazañas austríacas... a pesar de todas estas experiencias y conocimientos, no dejó de sucumbir a los mismos reclamos que el lector común, con tanta más convicción cuanto *más alejados* estaban los acontecimientos, tanto geográfica como psíquicamente. Zweig celebra cada victoria de los ejércitos alemán y austríaco, habla de «nuestros» éxitos y acciones con un sentimiento de alivio, sin pensar ni por un instante en el precio, ya no digamos en la legitimidad de la violencia empleada. «Lieja asalada, primero en vano, luego con éxito por los alemanes: una acción heroica», dice el 7 de agosto. «Por fin la primera noticia victoriosa procedente de Serbia, por desgracia aún desde la frontera», se alegra Zweig una semana después. Zweig se siente reconfortado por los supuestamente diez mil franceses que han sido apresados por los alemanes en Metz: «Con un valor único: uno se siente orgulloso de hablar alemán». A

los soldados serbios los califica de «hordas», y el hundimiento de tres cruceros ingleses con dos mil hombres de tripulación por un submarino alemán es para él «un acto heroico de cautela y osadía». El enemigo no tiene rostro, aunque muera entre tormentos.²²

Todo cambia cuando Zweig se ve obligado a digerir derrotas. Como se identifica con las tropas austríacas, los temidos reveses le afectan, y en lugar de los eslóganes aparecen de pronto *imágenes*. «[...] no puedo evitar pensar en las matanzas, las montañas de Lemberg tienen que estar rojas de sangre», escribe el 2 de septiembre, poco después de conocerse la retirada austríaca. Días antes, cuando los informes censurados aún hablaban de victoria, aquella sangre no se le había pasado por la cabeza: «Vivir este día ha sido en verdad hermoso, me alegro ya pensando en mañana. Se habla de cien mil prisioneros». Zweig piensa con suficiencia en los miles de civiles que cerca del frente son ejecutados bajo mera sospecha de espionaje: «hay que cauterizar con el hierro al rojo lo que la suciedad ha hecho supurar». Pero cuando él mismo recorre Galitzia recogiendo material para un texto patriótico, siente compasión incluso por sus adversarios, a los que ve por primera vez.²³

Esta anómala ambivalencia, de la que Zweig jamás rinde cuentas y que niega por completo en su autobiografía, es extraordinariamente característica del ambiente del primer año de guerra. Sólo ella puede hacer comprensible la impotente desesperación de aquellos a los que la guerra golpeó «personalmente», y que por eso se vieron obligados a abrir los ojos. Para muchos que perdieron a un hijo, un hermano o un amigo, se trató de un golpe como «caído del cielo», tan profundo era el abismo entre el discurso público y lo que siempre les ocurre a otros: la realidad de la muerte violenta y

²² Stefan Zweig, *Diarios*, pp. 82, 85, 89, 91, 104.

²³ *Ibid.*, pp. 95, 94, 99.

masiva. Cada vez era más sangrante la contradicción entre las noticias victoriosas de las primeras páginas de la prensa diaria (las derrotas se denominaban «reagrupamientos») y las listas de caídos de la sección local, cada día más largas. Los gobernantes comprendían muy bien qué clase de combustible social estaban acumulando, y mientras pudieron mantuvieron a la población apartada de la experiencia sensorial de la guerra. Pero luego llegaron los primeros trenes con heridos. En las estaciones de Viena y Praga se produjeron desgarradoras escenas ante la visión de los mutilados. Se establecieron cordones «para proteger a los combatientes», sólo los más allegados podían acceder a la visión de la miseria; finalmente sólo se permitieron visitas en el hospital, detrás de los muros. Eran las últimas débiles barreras, los últimos tenues velos. A finales de 1914 comenzó el despertar.

Gerhart Hauptmann, el escritor alemán más conocido de su tiempo, lo ilustra de manera ejemplar. Desde el éxito de sus dramas naturalistas se le consideraba el paladín de un humanismo incorruptible. Que fuera políticamente ingenuo era más bien un plus en su caso, y le ganó adeptos en todas las clases sociales: era una prueba de que su humanidad era auténtica y no programática. Tanto mayor fue el espanto cuando el premio Nobel y doctor *honoris causa* por Oxford se convirtió en propagandista de una política bélica agresiva y expansionista e invocó en torpes cantos de batalla el «honor alemán», que había que defender contra los «tres bandidos»: Rusia, Inglaterra y Francia... Versos intragables que fueron incluidos a toda prisa en los libros de lectura de los institutos de enseñanza media alemanes.

Hauptmann era demasiado viejo para defender el honor alemán «con la espada», es decir, con su propia vida. Además, tuvo suerte: los tres hijos habidos de su primer matrimonio, Ivo, Eckart y Klaus, regresaron vivos de la guerra. Pero la desgracia golpeó muy cerca de él: el escritor y profesor silesio Hermann Stehr, uno de sus pocos amigos íntimos, per-

dió a su hijo mayor en el primer año de la guerra. Para Hauptmann tiene que haber sido el momento de la verdad. Hacía mucho que estaba harto de los eslóganes de marcha y victoria, de los discursos fúnebres, de la censura, de los cupones de racionamiento, de la falta de gasolina, de *esta guerra gris*, pero necesitó el dolor para comprender qué estado de ánimo era el que no dejaba terminar a la guerra. En su diario anotó: «El 20 de junio, Willy Stehr ha caído también en las alturas de Loreto. Quien vuelve la vista hacia allí no ve más que crimen, sangre, muerte, dolor, lágrimas: sólo quien la aparta ve fama, honor, patria, futuro. Aparto la vista».²⁴

¿Fue Kafka inmune a la fraseología de la guerra? Así lo quisiéramos, porque, a la vista de la incomprensible quiebra del sentido común y del sentimiento de humanidad que revelan los documentos contemporáneos, buscamos un apoyo espiritual que la haga soportable. Sería un consuelo escuchar en medio de tanta cacofonía una voz que se mantuviera pura y auténtica. Pero precisamente esa necesidad nos obliga a escuchar con atención. Latiguillos periodísticos como «morir por la patria», «hombro con hombro», «lealtad nibelunga» o «hechos de armas judíos» sin duda le resbalaron a Kafka, a quien ni siquiera se le pasaría por la cabeza emplearlos, y es del todo impensable que, como Musil, manifestara públicamente su entusiasmo por «lo hermosa y fraterna que es la guerra»;²⁵ por no hablar de los desvaríos de Gerhart Hauptmann. Aun así, había estereotipos del discurso público, del «espíritu de la época», que coincidían con las convicciones y preferencias de Kafka. Su a veces ingenua admiración del ta-

²⁴ Gerhart Hauptmann, *Tagebücher, 1914 bis 1918*, p. 104 (anotación del 2 de julio de 1915).

²⁵ Robert Musil, «Europeidad, guerra, germanidad», *Neue Rundschau*, año 25, septiembre de 1914, pp. 1303-1305.

lento alemán para la organización, que se distinguía tan positivamente de la «chapucería» austríaca, no hizo más que reforzarse con todo lo que observó durante el viaje de regreso de finales de julio de 1914; Brod cuenta incluso que Kafka era el único de su círculo de amigos que estaba convencido de la «victoria final» de los alemanes, tanto le había impresionado la «circunspecta, enérgica, valerosa resolución de la población».¹⁶ El reverso de esto es que precisamente la confianza en la superioridad alemana fue uno de los motivos determinantes de que el gabinete de Viena se lanzara con despreocupación a la guerra; finalmente, la precisión alemana que todos ensalzaban—esas sábanas sin arrugas de los trenes-hospital alemanes, contempladas con asombro por Stefan Zweig—fue una de las razones de que se planificaran y exprimieran hasta los últimos recursos para la prolongación de la guerra... un ejemplo concluyente de ese tipo de patrones culturales que sólo tiene gracia y algún sentido cuando se trata de cuestiones anecdóticas, mientras que a gran escala conducen al abismo.

Kafka *no* fue inmune a todo esto, y—hasta donde resulte posible dar crédito a los recuerdos de su compañero de colegio Ernst Popper—también él sucumbió a la tentación de dejar a un lado sus propias dudas y prevenciones, y entregarse, al menos por unas horas, al entusiasmo colectivo. Al borde de una de las primeras grandes manifestaciones de comienzos de la guerra, cuenta Popper, había visto en la plaza de San Wenceslao a Kafka, que estaba «como en trance» y, «con las mejillas inverosímilmente enrojecidas», «manoteaba furiosamente». Por la noche, en un café, le habló de ello, y Kafka no había negado su excitación: «“Fue magnífico”, dijo con énfasis. Pero enseguida se quedó pensativo y dio a entender que su arrebató de entusiasmo no era en absoluto por la guerra, a la que temía y detestaba, sino que había sido

¹⁶ Max Brod, *Una vida en conflicto*, p. 93.

la dimensión de la experiencia de las masas la que le había subyugado».²⁷

Una distinción que en los primeros días de la guerra era característica de los intelectuales austríacos de corte liberal: se alegraban de que el multiétnico Imperio habsbúrguico, debilitado, socavado por los nacionalismos, se alzara de una vez consciente de sí mismo, y desde *ese* punto de vista sólo se podía desear la victoria. Incluso Sigmund Freud, que mantenía numerosos contactos internacionales, se sintió «austríaco quizá por primera vez en treinta años» en el momento de la declaración de guerra a Serbia, si bien por otra parte estaba «muy feliz de que ninguno de nuestros hijos y yernos esté personalmente afectado». Por mucho que le horrorizase la realidad de la guerra, también él se dejó impresionar por la promesa de que su país saldría moralmente reforzado de esta prueba de fuerza.²⁸

Para Kafka, esta distinción quedó sin validez en el momento en que el entusiasmo patriótico que convirtió la vida pública en una fiesta permanente dejó de ser espontáneo para ser atizado y escenificado de forma planificada. La *repetición* bastó para desilusionarle. El 6 de agosto, tan sólo una semana después de la escena atestiguada por Popper, en el diario de Kafka se encuentran tonos muy distintos:

Desfile patriótico. Discurso del alcalde. Luego desaparece, aparece de nuevo y grita en alemán: «¡Viva nuestro querido rey! ¡Viva!». Asisto a ello con expresión torva. Estos desfiles son uno de los más repugnantes fenómenos que acompañana la guerra. Son promovi-

²⁷ Ernst Popper, «Encuentro al declararse la guerra», en Koch [2009: 128].

²⁸ Freud y Abraham [1980:180 y ss.]. Pocos días después, el hijo de Freud, Martin, se presentó voluntario al servicio militar, también él, al parecer, espoleado por el antisemitismo ruso: «La motivación que dejó en su carta fue que no podía cruzar la frontera rusa sin cambiar de religión» (*ibid.*, p. 186).

dos por comerciantes judíos, que un día son alemanes y otro checos, lo cual reconocen, ciertamente, pero nunca como ahora podían gritar tan alto. Naturalmente, arrastran consigo a muchos. Estuvo bien organizado. Parece que se repetirá cada atardecer, mañana domingo dos veces.²⁹

Una mirada al manuscrito revela, como tantas veces, los decisivos pensamientos subconscientes. «*Además* estaba bien organizado», había escrito Kafka inicialmente, pero tacha la palabra *además*: arrastraba a la gente—ahora lo sabía por propia experiencia—*porque* estaba bien organizado. Y él se había dado cuenta. Pero la mirada desde fuera, la mirada «torva» la había recobrado pronto, y la dirigía al centro del tumulto, allá donde se encontraban los que más gritaban, los organizadores, esos oportunistas judíos que también causaban espanto a Masaryk.

Es difícil valorar hasta qué punto Kafka podía expresar tales aversiones. En casa, a la hora de cenar, mejor que no, porque allí estaba frente a uno de esos «comerciantes judíos»: es inimaginable que precisamente el padre de Kafka, que se regodeaba recordando su tiempo en el ejército y alegraba de vez en cuando a su familia entonando canciones militares, fuera a ignorar el tremendo festival que pasaba ante la puerta de su casa. En todo caso, la consideración de que *su* negocio era el último al que los pragueños que se habían quedado en casa llevarían su dinero ahorrado tiene que haber amortiguado tempranamente el entusiasmo de la familia: para los Kafka no había nada que ganar en la guerra, y pronto la clientela se hizo esperar. Cuando a finales de julio los esposos de Elli y Valli partieron hacia el frente, la inmensa pero irreal amenaza que hasta ese momento sólo conocían en forma de grandes titulares se condensó en una madeja de personalísimas preocupaciones que pronto dominaron por completo la

²⁹ Diario, 6 de agosto de 1914.

vida cotidiana e hicieron olvidar los pesares de las pasadas semanas. «Naturalmente, esto ha hecho pasar a segundo plano el asunto de Franz», escribió la madre de Kafka a Anna Bauer.³⁰ Con ello se refería no sólo a la ruptura del compromiso, sino también, secretamente, a los espeluznantes planes de futuro de su hijo, que ahora habían quedado sin objeto y aparcados sin más disputa.

De las anotaciones de Kafka se desprende poco de la cara visible de la guerra; al contrario que, por ejemplo, Zweig, no sentía ninguna necesidad de convertirse en cronista de los acontecimientos. Sin embargo, se hace patente que un corte recorría la existencia de Kafka, porque, sorprendentemente, se encontraba *solo*. Y eso resultaba paradójico e inquietante en un momento en que todos confraternizaban con todos. Por una parte, la guerra forzaba a cada uno a manifestarse, tomar postura respecto a las exigencias de la comunidad, y esa presión tiene que haber sido perceptible también en la oficina de Kafka, donde ahora se improvisaban las tareas con un personal disminuido y ya nadie podía atrincherarse detrás de una rutina burocrática y una sonrisa impenetrable. Por otra parte, la débil red de relaciones sociales que Kafka había anudado se rompía por todas partes, e incluso los descomprometidos escenarios y subescenarios de los cafés literarios se descomponían. Werfel iba de uniforme, igual que Willy Haas y Otto Pick. Ernst Weiss, especialmente valioso dada su condición de médico, se unió justo después de las vacaciones pasadas en común a su regimiento de infantería en Linz, y el teniente Musil, cuya carrera berlinesa había terminado igual de abruptamente, fue al Tirol, a las tropas de «seguridad de fronteras». Kurt Wolff estaba en el frente belga; algunos sionistas de Praga, entre ellos Hugo Bergmann, marchaban en dirección a Galitzia.

Sólo los amigos más íntimos se quedaron en Praga. Pero

³⁰ Julie Kafka a Anna Bauer. 7 de agosto de 1914.

para el ciego Oskar Baum, en cuyas clases de piano sonaba ahora día tras día el «himno del príncipe Eugenio», la guerra tenía lugar en otro continente que él nunca podría pisar. Él se ahorró ver lo que otros *tenían* que ver. También Felix Weltsch estaba a salvo por el momento, en su calidad de persona que no había hecho el servicio militar, pero se había comprometido poco antes del comienzo de la guerra y estaba ocupado, en medio del tumulto general, con los trámites del matrimonio, dolorosamente conocidos para Kafka, que prefería apartar la vista del asunto. Sólo con Brod seguía siendo posible una conversación abierta y útil, pero precisamente a él, dueño de una red de relaciones personales y literarias en constante crecimiento, el inesperado golpe le alcanzó con la mayor dureza. «La excitación aquí no tiene parangón. Toda Praga ha sido llamada a las armas: ¡mi hermano, dos cuñados, mis mejores amigos! No puede imaginarse este desastre. Hace tres días que no pensamos en comer ni en dormir», escribió Brod a Kurt Wolff.³¹ A esto se añadían los enfrentamientos con los sionistas, que se quejaban muy acalorados de que no hubiera rabinos castrenses y de que estuviera prohibido enviar correo de campaña escrito en hebreo. Fueron extravíos sin duda dolorosos para Brod, aunque en sus memorias pasa por encima de este asunto.

¿Con quién hablar, qué leer? ¿Quedaba aún un rincón al que no hubiera llegado la palabra *guerra*? Kafka había sido declarado «inútil» y por eso estaba excluido de la movilización general. Si la gran matanza terminaba tan pronto como los periódicos prometían, no le necesitaban. Se alegraba de eso, ahora *quería* estar solo, dada su petrificación psíquica, contra la que unos cuantos días de vacaciones no habían podido hacer nada. Al mismo tiempo, sentía crecer una pendiente interior, una tensión nerviosa. Escenas nítidamente delimitadas, imágenes, frases, cruzaban su subconsciente,

³¹ Max Brod a Kurt Wolff, 28 de julio de 1914; en Wolff [1980:177].

era un rumor que él conocía, que aguardaba desde que había tenido que dejar a un lado el borrador de *El desaparecido*, hacía más de año y medio. «Si no me salvo en un trabajo, estoy perdido».³² Podía decirlo, porque la salvación estaba próxima.

El 2 de agosto de 1914, pocas horas después de que diera comienzo la catastrófica historia del siglo xx, Kafka dejó atrás el júbilo desatado, las ediciones extraordinarias de los periódicos, los cantos, las proclamas, las alocuciones, los rumores, los acaparamientos, los desfiles, la gente corriendo con equipajes, el ruido de caballos, las cureñas rodando, los uniformes relucientes, las banderas recién planchadas y las muchachas llorosas. La anotación en el diario con la que vuelve la espalda al mundo se ha hecho tristemente famosa: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, Escuela de Natación». Resulta frío y grotesco, pero era todo lo que había que decir.

Pocos días después, también entre los Kafka tiene lugar un gran «reagrupamiento». Sus hermanas están fuera de sí, no saben dónde están sus maridos, no soportan el silencio de sus casas. Elli vuelve a la casa de sus padres junto a sus dos hijos, a la Oppelthaus, al gran dormitorio de Franz. También Valli, que está embarazada, necesita ayuda y se marcha, llevando consigo a Marianne, que aún no tiene un año, a casa de sus suegros, en Brod, Bohemia. Nadie puede ocuparse de Franz, es un hombre y sabrá arreglárselas solo. En silencio, recoge su ropa, su cepillo de dientes, su colonia, unas cuantas cartas y manuscritos importantes, y lo lleva todo a la casa de Valli, ahora vacía: Bilekgasse 10, su primer dormitorio independiente fuera de la casa paterna, a cinco minutos a pie del Altstädter Ring.

³² Diario, 28 de julio de 1914.

Allí, esa noche, vuelve a abrir sus cuadernos: «Por lo demás, soledad perfecta. Ninguna anhelada esposa me abre la puerta. Dentro de un mes debería haberme casado. Una frase terrible: lo que has querido, eso tienes».¹¹

32. AUTOJUSTICIA: «EL PROCESO» Y «EN LA COLONIA PENITENCIARIA»

Incluso en el banquillo de los acusados
siempre es interesante oír hablar de uno.

ALBERT CAMUS, *El extranjero*

El 29 de diciembre de 1899, un mediodía de viernes, un jornalero en paro entró en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga a solicitar apoyo económico. Después de un breve examen de su caso, fue rechazado. El peticionario empezó a insultar a voz en cuello a los funcionarios, tiró algunas sillas y, cuando debido al ruido inusual entraron corriendo los celadores, sacó una navaja del bolsillo. Hubo que llamar a un policía, y sólo entonces fue posible, uniendo fuerzas, arrebatar el arma al hombre, presa del frenesí. Fue entregado al departamento de seguridad de la dirección de policía, donde se tomaron sus datos personales. El hombre se llamaba Joseph Kafka y procedía del pueblo de Rotoř, en la Bohemia oriental. Como aún no existía el derecho al anonimato para estos casos, la historia llegó a los periódicos con plena mención del nombre del afectado.¹ Hoy, ese hombre se habría llamado «Joseph K.»: un héroe de la sección de local.

«Lo modestas que son esas personas», decía aproximadamente diez años después el funcionario de seguros Franz Kafka a su amigo Max Brod. «Vienen a rogarnos a nosotros.

¹¹ Diario, 3 de agosto de 1914.

¹ *Prager Tagblatt*, 31 de diciembre de 1899, p. 7.

En vez de asaltar el instituto y hacerlo todo picadillo, vienen a rogar».² Su superior, el director Marschner, sabía más al respecto, porque en su momento era consultor del instituto y probablemente fue testigo del incidente. Puede que Kafka supiera más adelante de esa historia. De ser así, seguramente le conmovió y se divertiría contándola a sus amigos. El hecho de que el agresor (tal vez un pariente lejano) debiera su nombre, igual que él, al emperador reinante, lo hacía todo más grotesco aún.

Josef K.: la abreviatura apareció por vez primera el 29 de julio de 1914, sólo un día después de que Kafka decidiera «salvarse» acudiendo al trabajo literario. Una vez más, fue una historia padre-hijo la que se fue abriendo paso, y su protagonista se llamaba inicialmente «Hans Gorre». Más adelante, sin embargo, a Kafka se le ocurrió poner en lugar del nombre una inicial, inequívoca y discreta a un tiempo. Él *sabía* lo que significa K. El lector se lo puede *imaginar*.

No sabemos si Kafka hizo otros experimentos con esa sombra de sí mismo antes de someterla a *proceso*. En el noveno cuaderno de los diarios, que empleó para el comienzo de la novela, faltan algunas páginas: intentos de escritura de esos primeros días de soledad a medias anhelada, a medias impuesta, que encontró en casa de su hermana. Sólo en torno al 10 de agosto—según permiten coleccionar las hojas conservadas—se le ocurrió a Kafka la idea decisiva. Hizo, como solía, una breve raya horizontal para marcar el inicio de un nuevo comienzo y escribió entonces una extraña frase: «Alguien debía de haber calumniado a Josef K., porque, sin haber hecho nada malo, fue apresado una mañana».

¿*Apresado*? Eso es lo que dice el manuscrito, bien legible. Pero el concepto conduce por caminos extraviados, como Kafka tuvo que advertir muy pronto. El apresamiento es un acto de guerra, ahora eso se podía leer todos los días en la

² Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 76.

prensa, y por esa vía la guerra se filtró hasta las primeras palabras de su novela. Pero en tiempos de paz—y en *El proceso* reina expresamente la *paz*—el apresamiento sólo es imaginable como juego de niños o como pesadilla. Tenía que corregir la frase, porque sin duda no era un sueño lo que quería describir, como tampoco en *La transformación*. Al día siguiente tenía la solución. Bastaron dos trazos de pluma para poner la novela en otra vía. Y así surgió una de las que posiblemente sean las más famosas «primeras frases» de la literatura narrativa: «Alguien debía de haber calumniado a Josef K., porque, sin haber hecho nada malo, fue *detenido* una mañana».³

El proceso de Kafka es un monstruo. Nada es aquí normal, nada es sencillo. Ya se dedique uno al origen, al manuscrito, a la forma, al contenido o a la interpretación de la novela, lo que encuentra es siempre lo mismo. Tinieblas, allá donde se mire.

El primero que advirtió esto fue Max Brod, al que Kafka leía de vez en cuando algunas páginas, y que finalmente se llevó el manuscrito para protegerlo de la destrucción que lo amenazaba. *El proceso* era una obra capital, adecuada por tanto para que la fama literaria de su amigo resplandeciera como una supernova, Brod no tenía de eso ni la menor duda. Pero lo que al final quedaron en sus manos fueron 161 hojas sueltas, la mayoría escritas por las dos caras, arrancadas de distintos cuadernos. Kafka había clasificado esas hojas en un orden precario al dar a cada montón de páginas que podía interpretarse como «capítulo» una hoja de portada y un

³ Al comienzo de la cuarta página manuscrita Kafka vuelve a escribir *prisionero*, sólo a partir de la octava página se habla siempre de *detención*. Esto indica que la mejora decisiva del comienzo de la novela sólo se le ocurrió el segundo día de trabajo.

título provisional. Pero había «montones» que consistían en una sola hoja; a su vez, otros parecían contener más de un capítulo. Ni Kafka se había manifestado acerca de qué partes consideraba concluidas ni las había numerado. Brod se encontró ante un cajón de sastre de capítulos terminados, casi terminados, medio terminados y acabados de empezar, cuya sucesión tenía que establecer él mismo si alguna vez había de salir un libro de ello. Ciertamente, durante varios años tuvo oportunidad de preguntar al propio autor. Pero se guardó de hacerlo. Estaba contento de haber protegido ese tesoro en su propio cajón, así que se limitó a presionar a Kafka de la forma acostumbrada, hablando en público de una «novela completa» y amenazando incluso en una ocasión con «terminarla por su cuenta». Si a Kafka se le hubiera pasado por la cabeza que Brod podía decirlo en serio, seguro que le habría exigido la devolución de sus papeles.

Brod era un consumado publicista, pero no tenía ni el instrumental ni los escrúpulos del filólogo profesional. No tuvo inconveniente en tachar pasajes estenográficos de Kafka y anotar en la misma hoja su propio texto pasado a limpio. Cualquier medio le parecía bueno con tal de alejar a los lectores a los que aún había que convencer del genio de Kafka de la sospecha de que la obra estaba incompleta; añadió puntos y comas, unificó nombres, incluso cambió frases de sitio para redondear un capítulo incompleto. Lo que era demasiado fragmentario lo eliminó o lo desterró al anexo de ulteriores ediciones, lo restante lo ordenó conforme a su percepción. De este modo tan profano surgió finalmente el texto sobre el que generaciones de exegetas se inclinaron como si se tratara de una revelación.

Hoy, cuando cualquiera puede contemplar el facsímil de los valiosos originales,⁴ no es difícil reconocer que Brod hizo

⁴ En 1997 se publicó *El proceso* como primer volumen de la «edición histórico-crítica de manuscritos, impresos y textos mecanografiados com-

un buen trabajo, dadas las circunstancias, que no podían ser peores. Su objetivo era, tras la muerte de Kafka, brindar su obra principal a la opinión pública lo antes posible, y alcanzó ese objetivo en sólo nueve meses. Brod no podía responder a la cuestión de cómo habría el autor dispuesto y ensamblado finalmente las piezas, y a pesar de los avances de la filología en materia de edición, hasta hoy nadie ha logrado dar una solución completa y satisfactoria. El problema, con *este* manuscrito, es insoluble. Así que no nos queda más remedio que esperar que un día, en algún olvidado desván de Praga, se descubra un índice confeccionado por el propio Kafka...

Si Kafka hubiera querido, con mala intención, complicar la vida todo lo posible a sus futuros editores, apenas sí hubiera podido hacerlo con mayor refinamiento. Pero el caótico estado de sus manuscritos, que condujo a décadas de disputas entre los especialistas, no tiene nada que ver con el notorio «secretismo» de Kafka. Todas esas dificultades son—por paradójico que suene—la consecuencia de una decisión completamente pragmática, con la que no tenía otra cosa en mente que *disciplinar* su escritura. Había estado reflexionando acerca de por qué no había terminado *El desaparecido*, y esta vez quería hacerlo de distinta manera y mejor. Su deseo de extraer imágenes y escenas de su interior en estado de éxtasis, sin ninguna interrupción ni perturbación, de forma parecida al nacimiento de un organismo vivo, era irrealizable en cuanto esas imágenes desbordaban el marco de un relato corto y se desplegaban para constituir un cosmos autónomo. Había límites para el cuerpo humano: ya los había sentido a menudo, ahora empezaba a aceptarlos. También un novelista tiene que dormir, y aunque estuviera sentado en un sótano protegi-

pletos» editada por Roland Reuss y Peter Staengle. Dicha edición ofrece un facsímil completo en blanco y negro.

do por unos muros impenetrables no se libraría de su propio y menesteroso cuerpo, *la vida*, el trastorno por antonomasia.

Trabajar de manera más regular: ése era un presupuesto fundamental, del que Brod trataba de convencerle desde hacía años. Pero Kafka no se sentía en condiciones de imponer a la escritura la constancia y el ritmo de un trabajo diario. Si no se daban las condiciones adecuadas, era mejor retirarse y volver a intentarlo al día siguiente. De otro modo, se corría el riesgo de arruinar el más bello de los trabajos con meras «construcciones» externas. El trabajo en «Richard y Samuel» lo había demostrado hacía años: no funcionó. Kafka recordaba con un escalofrío aquella obra en común, redactada conforme a un horario al que Brod hubo de renunciar finalmente con gesto ofendido.

El proceso abrió en todo caso nuevas posibilidades de trabajo en las que ninguno de los dos amigos había pensado nunca. Kafka quería describir un verdadero proceso, con todos los atributos de lo jurídico, y quería describir el efecto de ese proceso sobre un acusado cuyo círculo vital es aprensible y cuya existencia se despliega dentro de un número muy limitado de relaciones cotidianas: la patrona, la vecina, la amada, la madre, los compañeros, los superiores, los clientes, el abogado, el consejero. ¿Era realmente necesario abrirse paso por el destino de estos personajes de forma tan lineal y cronológica como Kafka había pretendido en *El desaparecido*? ¿No cabía pensar en otras estrategias? El caso es que, mientras al héroe le espere una sorpresa detrás de cada esquina, al autor no le queda más remedio que quedarse con él y retomar su relato allá donde lo ha dejado. Allí o en ningún sitio. Porque tiene que tender unos carriles de cuya existencia sólo se entera *ahora*, en el momento en que aparecen en el cono de luz de su imaginación estética. Pero ese círculo es estrecho, y por eso su tarea sigue siendo eternamente la misma: el paso de la última frase de la noche pasada a la primera frase del nuevo día.

El proceso era distinto; era un reloj cuyo mecanismo estaba a la plena luz de la conciencia. Tenía un comienzo, en el que tenían que golpear de alguna forma los rayos de la acusación, y tenía un final, que sólo podía consistir en la ejecución de la sentencia. Con esto se daba un marco y una sucesión de escenas unidas de una forma laxa, que se derivaban de manera forzosa de la idea del todo. El expediente más socorrido, al que recurrió Kafka, consistía en trabajar siempre en aquella escena que más intensamente se tuviera en mente. Ora en este cuaderno, ora en aquél. Si no había un cuaderno vacío a mano para nuevos impulsos, daba la vuelta a uno ya utilizado y escribía en él desde el final. Y como el principio y el final de la novela eran unos pilares de contornos nítidos y todo el edificio había de descansar sobre ellos, escribió esos capítulos al principio, y es posible que hasta *simultáneamente*.

Con eso, Kafka se aseguraba el avance sobre un campo de operaciones limitado, y su decisión de ocuparse de una vez de las dificultades técnicas de la escritura, en vez de soñar con condiciones ideales, fue sin duda apoyada y aplaudida por sus amigos. Seguramente no intuían que Kafka, que desde hacía meses parecía nervioso, agotado y desbordado por todas las cuestiones prácticas, tenía ante sus ojos, precisamente ahora, los frutos que anhelaba. La concentración, la intensidad que llevaba más de un año esperando en vano, estaba de pronto ahí. Ahora había que cogerla, cosecharla, rápido y con ambas manos.

Desde el punto de vista de la literatura, mi destino es muy simple. Mi inclinación a describir mi onírica vida interior ha desplazado al reino de lo accesorio todas las demás cosas, las cuales se han atrofiado de un modo horrible y no cesan de atrofiarse. Ninguna otra cosa podrá jamás contentarme. Ahora bien, mi fuerza para esa descripción no es de ningún modo previsible, quizá ya haya desaparecido para siempre, quizá vuelva todavía a mí alguna vez, las circunstancias de mi vida no le son, desde luego, favorables. Así que vacilo,

vuelo incesantemente a la cima de la montaña, pero apenas puedo mantenerme un instante en lo alto. También otros vacilan, pero en zonas más bajas, con fuerzas mayores que las mías; y si corren peligro de caerse, son sujetados por el pariente que con ese fin camina a su lado. Yo en cambio vacilo allá arriba; desgraciadamente no es la muerte, sino el eterno tormento de la agonía.⁵

Uno de los pasajes más conocidos y más citados del diario de Kafka. Ha sido aducido como testimonio de dudas torturantes, incluso como despedida de la vida, que ahora, tras la separación de Felice, se ha vuelto «secundaria». De hecho, se trata de una de las más enérgicas estilizaciones de la propia existencia que conocemos de la pluma de Kafka, tan sólo comparable en su énfasis dramático a aquellas evocaciones de un ilimitado mundo interior de las cartas a Felice, evocaciones que luego fueron haciéndose oír con insistencia creciente conforme se acercaba el matrimonio. Pero aquí Kafka habla consigo mismo: habla de una cima sobre la que vuela y de la zona de muerte en la que se encuentra completamente solo. Y no hablaría de ella si no viera la cima *ante sí*. En ella va a estar pocos días después; apenas ha dado los primeros pasos por las inhóspitas regiones del mundo de *El proceso*, no le cabe ninguna duda de que se encuentra allí.

Vengo escribiendo desde hace un par de días, ojalá dure. Hoy no me siento tan completamente protegido, tan acurrucado en el trabajo, como lo estuve hace dos años; con todo, tengo la impresión de que mi vida de soltero, ordenada, vacía, demente, tiene una justificación. Puedo volver a mantener un diálogo conmigo mismo y de este modo no me quedo enfrascado mirando fijamente al vacío. Sólo por esta vía hay una mejoría para mí.⁶

⁵ Diario, 6 de agosto de 1914. La frase «Ninguna otra cosa podrá jamás contentarme» fue añadida por Kafka posteriormente.

⁶ Diario, 15 de agosto de 1914.

Kafka está al comienzo de la fase creadora más productiva de su vida. Podemos sospechar de dónde procede el repentino aporte de combustible: es ese mismo *quantum* de energía que había consumido durante meses y años la lucha psicológica en torno al matrimonio. Es como si se alzara un telón. El escenario interior, largo tiempo sumido en la penumbra, resplandece como a la luz de lámparas eléctricas. Aparecen personajes, escenas, paisajes reales y físicos, como en el delirio de la fiebre. Primero esto le inunda, escribe frases, pequeñas escenas que relampaguean y se oscurecen; pero pronto Kafka se convierte en director de esos sueños, toma las riendas, aprieta los puños, trata de «motivarse» una y otra vez, como si fuera su propio agente: «Pero sé que no debo ceder si, más allá de los sufrimientos iniciales de un escribir ya reprimido por mi restante forma de vivir, quiero llegar a esa libertad más grande que quizá está aguardándome».⁷

Kafka quiere recuperar lo que perdió, y cosecha más de lo que puede concebir. Ya al poco tiempo el trabajo simultáneo en los cuadernos de *El proceso* no le basta, saca el manuscrito de *El desaparecido*, la novela largamente abandonada y semiolvidada en el cajón, lee, reflexiona, empieza a elaborar una nueva escena. Brotan nuevas e inauditas imágenes que rompen definitivamente el ámbito de experiencias de los callejones y las oficinas de la ciudad: así, una noche, el escenario de un paisaje extenso, llano y monótono, cortado por una vía férrea que va de ninguna parte a ninguna parte. Un punto en ese paisaje, una sucia cabaña que sirve de estación, y en ella un extraño que presta un servicio tan solitario como absurdo. «Recuerdos del ferrocarril de Kalda», llama Kafka a esta visión siberiana que, como cabe imaginar, está lejos del mundo de *El proceso*, y en la que aun así trabaja *al mismo tiempo*... las anotaciones del diario lo atestiguan. También resurgen las viejas fantasías punitivas, imágenes de una violencia mecáni-

⁷ Diario, primero de septiembre de 1914.

ca y desapasionada. La escena de la ejecución en *El proceso*, en la que dos cortesés verdugos clavan un cuchillo en el corazón del acusado, arrastra a Kafka de tal modo que, segundos antes de la muerte de su héroe, pierde la distancia del narrador y se precipita directamente en la novela: «Levanté las manos, separando los dedos», dice el manuscrito. Yo.

El ritmo de trabajo de Kafka en los últimos meses del año 1914 fue endiablado, y para medirlo adecuadamente hay que tener presente, ante todo, el modificado escenario exterior, que pocas semanas antes nadie en su entorno hubiera podido imaginar. «Las contrariedades me fortalecen de un modo curioso», había asegurado a Grete Bloch cuando hacía mucho que se perfilaba la debacle de Berlín.⁸ No en modo alguno exagerado. Aquella traumática escena del Askanischer Hof... allí caracteres más firmes hubieran luchado por mantener su equilibrio. Pero Kafka había respondido con un extraordinario acto de fuerza: con la decisión de despedirse de Praga, de sus padres, de su carrera funcionarial.

Lo que experimentó después del comienzo de la guerra, sin embargo, ya no eran incomodidades, eran las siete plagas. Su vida se transformó en una vacilante provisionalidad, y su capacidad de dar la espalda al mundo, de atrincherarse en toda regla detrás de su propia frente, fue sometida a la más dura de las pruebas. Se le había expulsado de su hermoso y gran dormitorio en el Altstädter Ring, y apenas se había acomodado un poco en la Bilekgasse tuvo que volver a mudarse en septiembre, a casa de Elli. En la cena en común, a la que Kafka asistía puntualmente, veía las lágrimas de sus hermanas, los ojos temerosos de tres niños, oía los suspiros y las quejas de sus padres y los torturantes rumores del frente, que cambiaban constantemente. También la lamentable fá-

⁸ Carta a Grete Bloch del 3 de julio de 1914.

brica de asbesto, cuyas preocupaciones le habían ahorrado por un tiempo, volvía a estar en el orden del día. Desde que el marido de Elli estaba en la guerra, llevaba los negocios su hermano Paul, un tunante al que había que vigilar cuando abría la caja, y que se comportaba respecto a los Kafka con tal frescura que incluso para Franz era demasiado. La producción se estancó, las ventas decayeron, los viejos reproches regresaron. «Tú me has metido en este lío», exclamaba Hermann Kafka mirando a su hijo con ojos centelleantes, consciente de que no pensaba en otra cosa que en sus repletos cuadernos, que le esperaban en casa de su hermana. Hacía dos años, Kafka había estado a punto de tirarse por la ventana ante esos constantes reproches. Esta vez se conformó con no acudir a las cenas siguientes.⁹

También en la oficina se había roto la rutina que Kafka había conseguido mantener incluso en tiempos de crisis. La guerra tenía consecuencias económicas para las que nadie estaba preparado, y a las que el pesado aparato funcional tuvo que ajustarse trabajosamente. No sólo los trabajadores, también los pequeños empresarios eran reclutados, y naturalmente dejaban de pagar sus cotizaciones al seguro de accidentes. Las empresas «con valor en tiempos de guerra» fueron puestas bajo inspección militar. Las fábricas cuyos productos estaban destinados a la exportación tuvieron que cerrar, y en toda Bohemia se redujo drásticamente el número de horas trabajadas. El nivel técnico de la prevención contra accidentes, la especialidad de Kafka, ya no interesaba a nadie desde que los partes diarios permitían adivinar accidentes de muy distinta dimensión. Llegaban consultas, se planteaban problemas en los que nadie había pensado antes. ¿Cómo había que proceder con empresas que eran dirigidas por sustitutos sin ningún conocimiento jurídico? ¿Se podían pagar pensiones por accidente cuando el beneficiario estaba en fi-

⁹ Diario, 19 de diciembre de 1914.

las y no se sabía siquiera si estaba vivo? ¿Estaba plenamente asegurado un mutilado de guerra en su puesto de trabajo cuando su minusvalía aumentaba de forma clara la posibilidad de un accidente? Finalmente, se apuntaba la posibilidad de que el Estado tuviera que delegar el destino profesional de los «mutilados de guerra» *en su conjunto* en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo... al fin y al cabo eran víctimas de la técnica, y no había ninguna otra alternativa a la vista. En febrero de 1915 llegó el correspondiente decreto del Ministerio del Interior, conforme al cual la «previsión social de los combatientes retornados» incumbía al instituto y, por tanto, se convertía en una de las tareas de Kafka.

Había que aclarar verbalmente aquello para lo que aún no había formularios, y consecuentemente el «tráfico de gentes» y la inquietud en los pasillos del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo aumentaba de forma constante. Tampoco la correspondencia se podía despachar de forma tan mecánica como los juristas estaban acostumbrados a hacer; la excepción se convirtió en regla, y los numerosos precedentes exigían frecuentes deliberaciones y rápidas decisiones. Era imposible atrincherarse detrás de las crecientes montañas de expedientes: el trabajo de Kafka no sólo consistía en tramitar los casos corrientes, también era responsable de la memoria anual, cuya formulación tenía que ser esta vez especialmente diplomática dada la miseria de la guerra, y sin duda también participó en la organización de las celebraciones del 25 aniversario del instituto, que coincidió con el momento más caótico de la economía de guerra. En consecuencia, tenía que prestar mucha atención a lo que ocurría, y se esperaban de él no sólo tramitaciones, sino también propuestas competentes y diseños precisos. Al mismo tiempo, el número de sus colegas disminuía sin cesar: también los funcionarios iban a la guerra. A los pocos meses, en el departamento de setenta personas cuyo subdirector era el doctor Kafka, uno de cada dos asientos estaba vacío.

Aun así, en octubre logró otras dos semanas de vacacio-

nes, que pasó en la vivienda de Elli en la Nerudagasse, a dos kilómetros del centro de la ciudad. Como Kafka sin duda intuía, iba a ser la última oportunidad en mucho tiempo para despejar la cabeza, el último «permiso laboral» que no necesitó disimular con mentiras, y cuyas noches explotó disciplinadamente, sin concederse descanso... por lo menos hasta las cinco de la madrugada, en una ocasión hasta las siete y media. Trabajó en *El proceso*, escribió el legendario capítulo del «teatro natural» de *El desaparecido* y construyó el infierno mecánico de *En la colonia penitenciaria*. Había llegado al punto culminante de su capacidad de concentración, donde todo el espectro psíquico se tensaba simultáneamente, donde se vislumbraba la incierta expectativa de una libertad futura que había que «ganarse escribiendo» para no tener que reprimir la idea de una muerte liberadora por su propia mano, donde vertía fantasías sádicas en el lenguaje de los clásicos y constataba el «buen trabajo» y una «perfecta comprensión» de su situación.¹⁰

Aun así, Kafka tenía la más sincera convicción—y no era una queja mecánica—de que hubiera podido aprovechar mucho mejor aquellos primeros meses de la guerra. Cuando por fin la presión exterior se impuso y paralizó su productividad—a más tardar a mediados de enero dejó de hacerse ilusiones al respecto—, se echó la culpa, como acostumbraba, a sí mismo. No hubiera debido dormir tanto por las tardes. Hubiera debido ir antes a la fábrica de asbesto. Por la noche, no hubiera debido sentarse ante los cuadernos manuscritos a las once, sino dos o tres horas antes. Entonces hubiera pasado ante ellos el doble de tiempo y aun así dormido lo suficiente como para salir adelante en la oficina. En otras palabras: había estado en sus manos, en las de nadie más. Era una cuestión de organización. Y ese resumen era lo que Kafka tenía que ratificarse de vez en cuando y, en caso necesario, de

¹⁰ Diario, 15 de octubre de 1914.

lo que tenía que convencerse: la libertad de decisión, la libertad de una total responsabilidad sobre sí mismo. «[...] es mi lucha por la supervivencia», había constatado, pocas horas antes del comienzo de la guerra. Y si hubiera podido gritarse esa verdad, lo habría hecho.¹¹

«Todos los que empezamos a leer un libro sabemos después de veinte o treinta páginas adónde va a parar el autor; qué es esto; cómo discurre; si va en serio o no; hacia dónde apunta en líneas generales un libro así. Aquí no sabes nada: tanteas en la oscuridad. ¿Qué es esto? ¿Quién habla?».

Hoy ya no podemos escribir con tanta ligereza acerca de *El proceso* de Kafka. Era la época de la inocencia, del primer asombro. Era Kurt Tucholsky quien no sabía qué hacer ante un cosmos estético que no le parecía ni sueño ni realidad, ni alegoría ni símbolo. Un mundo que precisamente por eso exigía sentido y comprensión de un modo tan apremiante que Tucholsky se dirigió a Brod con el ruego de que le diera una redentora explicación.¹²

Los actuales críticos literarios sonreirán al oír esto: sin duda, no se puede salir al paso de los refinamientos estéticos de *El proceso* de un modo tan informal; nosotros ya estamos un considerable tramo más allá. Y, sin embargo, ¿acaso la sorpresa de Tucholsky ante el enigma insondable de este texto, la disposición a dejarse atrapar y abrumar, no es el presupuesto para una lectura que es la única adecuada a tal enigma? *Aquí no sabes nada*. Ésa es la experiencia que ningún lector se puede ahorrar.

En todo caso, se ha vuelto difícil leer *El proceso* con unos ojos así de inocentes. La obra de Kafka comparte el destino

¹¹ Diario, 31 de julio de 1914.

¹² Peter Panter (Kurt Tucholsky), «*El proceso*», *Die Weltbühne*, Berlín, 9 de marzo de 1926; en Tucholsky [2016:226-232].

de esas maravillas de la naturaleza que han sido difundidas con tanta frecuencia desde la misma perspectiva que ya no hace falta visitarlas, dado que hace mucho que una imagen interior ha ocupado el lugar de la realidad. Ni siquiera la más intensiva de las lecturas, la total inmersión en el lenguaje de Kafka inmuniza en modo alguno contra las imágenes secundarias que la versión fílmica de Orson Welles hace arder en la mente; cabe imaginar que haya quien vaya al cine y quede decepcionado con la ulterior lectura de la novela: el héroe es menos simpático, habla demasiado, y en general se regatea con las palabras y los matices lingüísticos, como si el autor no quisiera contar algo, sino *demonstrarlo*.

Con muy parecidas dificultades luchan aquellos cuya profesión es la lectura, los críticos, los germanistas. A ellos les dan menos trabajo las imágenes fijadas en el celuloide que las «traducciones» discursivas que los expertos en humanidades han hecho de *El proceso*, como de todas las obras literarias excepcionales. Ya en las décadas de 1930 y 1940 la obra de Kafka se convirtió en campo de pruebas de procedimientos de investigación cada vez más novedosos y estrictos: psicoanalíticos, religiosos, sociológicos, inmanentes... Y cada uno de esos experimentos dejó sus huellas en el campo de asociaciones despertado por el nombre universal de Kafka. Las encarnizadas discusiones en torno a la «clave» correcta, el incontable número de expediciones emprendidas, pisándose unas a otras los talones, en dirección a la cima del «sentido»... todo esto puede parecer grotesco hoy; aun así, pesa sobre nuestra lectura de la novela. Porque todo esfuerzo intelectual, por errado que sea, afecta a su objeto, lo remueve y altera sus valores. Cuando mil personas buscan la llave maestra pero no pueden encontrarla, la sospecha de que está oculta de un modo especialmente refinado es culturalmente mucho más atractiva que la seca confesión de que no existe semejante llave.

Desde luego, está claro que el propio Kafka no es nada ino-

cente de este furor teórico, y que la sospecha de que habría que empezar por traducirlo para entenderlo tiene que ver con su singular temor a ir «al grano». Todos sus grandes textos—*El desaparecido*, *El proceso*, *El castillo*, pero también *La condena* y *La transformación*—tratan de personas que se encuentran ante un enigma tan impenetrable como estimulante. A Josef K. y Gregor Samsa este enigma les alcanza, como un rayo, en el momento de despertar. Es «el dolor de no entender» (Valéry), que se nos traslada irresistiblemente y que tratamos de sacudirnos. Kafka ha profundizado de manera consciente esta frustración haciendo que el lector sepa poco más que el personaje principal, y que sólo por escasas señales dispersas (que a su vez tiene que interpretar) pueda reconocer si lo que el héroe hace para aclarar el enigma tiene siquiera expectativas de éxito. Es como caminar detrás de alguien que anda tanteando en la oscuridad. Uno ve igual de poco que él, pero en cuanto trata de liberarse de esa dependencia y se queda atrás, ha perdido la última posibilidad de orientación que le quedaba.

Es posible mostrar con más claridad el origen de estas tinieblas si se intenta *contar* uno de estos textos, por ejemplo, *El proceso*, a alguien que no lo haya leído. A un apoderado de banca se le comunica una mañana que está detenido. Se enteran de que hay un proceso contra él en marcha, pero nadie sabe decirle a causa de qué delito. Todos sus intentos de llegar a través de intermediarios a una instancia del tribunal que esté dispuesta a informarle fracasan. Tampoco su abogado alcanza ningún progreso visible. Los encuentros con mujeres de las que el acusado espera ayuda se quedan en fugaces episodios. Al final es recogido por dos verdugos, llevado a una cantera y ejecutado.

Enseguida se advierte por qué semejante relato del argumento, que se limita a la *trama* de la novela, yerra completamente a la hora de explicar su verdadero contenido: es demasiado *claro*. ¿Es realmente detenido Josef K.? El narrador

lo afirma ya en la primera frase. Pero la supuesta detención se limita a la comunicación de la misma, y después el detenido puede hacer lo que le plazca. Va al trabajo como cualquier otro día. El tribunal le comunica su existencia, pero no se advierten signos de que esté actuando. La primera citación se produce en el desván de una casa de alquiler y no pasa de la recogida de los datos personales, que además son falsos. Se trata de la caricatura de un tribunal, y tiene poco que ver, al menos, con la justicia que el lector conocía hasta el momento.

«Detención», «interrogatorio», «acusación»: nada puede entenderse en sentido literal, todo es un poco diferente, aunque no *del todo* diferente a lo esperado. Con razón se ha hablado de «lógica onírica»—el propio Kafka proporcionó una clave importante al evocar su «ensoñadora vida interior»—, y de hecho se encuentran muchos puntos en común entre la realidad de *El proceso* y los extraños efectos de alienación que distinguen los sueños intensos. Esto incluye los detalles vistos con extrema nitidez, los inquietantes desplazamientos de espacio y tiempo, las inexplicables resistencias, pero sobre todo la falta de motivos, explicaciones, causas. Se reconocen muchas cosas, pero de manera quebrada, como vistas a través de un prisma. Por su forma, el tribunal de Kafka es realista: hay acusados, vigilantes, abogados, jueces, oficinas, jerarquías, expedientes, penas. Pero es inexplicable qué finalidad persigue este monstruoso aparato que parece girar sobre sí mismo, alimentarse a sí mismo.

Un adversario cuyo rostro se mantiene oculto nos parece especialmente peligroso... un atavismo que el cine gusta de emplear para suscitar el miedo. Porque en la medida en que ese «otro» no sale a la luz, el espectador se hace involuntariamente su propia imagen de él, que viene a ser la encarnación de *su* miedo. Eso es lo que ocurre en *El proceso*. Kafka muestra e interpreta. Pero si seguimos su dedo con nuestra mirada, enseguida se abate un velo. Su tribunal tiene una su-

perficie visible. Pero todo lo que se ve en ella remite siempre a otra cosa, más esencial, inimaginable: «los jueces supremos», «la Ley». Cuanto menos se sabe, más se especula. Todos hablan de ello, todos tienen algo que aportar, pero nadie puede referirse a su propia experiencia, sino siempre tan sólo a lo que otros supuestamente oyeron o vivieron. El tribunal ocupa pensamiento y lenguaje y se vuelve por tanto omnipresente. No es sólo el sentimiento de culpa el que lleva al acusado ante el tribunal para enfrentarse al fin cara a cara a sus anónimos jueces: ningún adversario visible es tan temible como el imaginado, ningún duelo abierto inspira tanto miedo como vivir bajo el campo de visión de un francotirador.

Pero si el tribunal es omnipresente, entonces, *stricto sensu*, está *aquí*, en las llanuras físicas de la vida. Josef K. es detenido en la cama, los guardianes se comen su desayuno, negocian acerca de su camisa de dormir. Los vecinos miran por la ventana. Los compañeros del banco también están enterados, e incluso como amante K. está expuesto ahora a los ojos y oídos de inaprensibles testigos. El comienzo del procedimiento significa el fin de toda intimidación. Este total despojo de la víctima se ha leído muchas veces como profecía, y de hecho es asombroso lo mucho que las descripciones de Kafka se aproximan, sobre todo en su atmósfera, a la constitución interior de las sociedades sometidas a un régimen totalitario. ¿Cómo podía saberlo Kafka, dos décadas antes de que la Gestapo y las «purgas» estalinistas congelaran a millones de personas en un estado de permanente miedo? Pensemos en las prácticas de vigilancia, comparativamente cómodas, a las que el Švejk de Jaroslav Hašek sabe sustraerse con sencillos trucos. Esta chapucera dejadez austrohúngara, descrita con tanto realismo, nos parece históricamente muy lejana, prácticamente legendaria, mientras la pesadilla de *El proceso* recoge en imágenes una situación fundamental del siglo XX.

Kafka no *sabía* todo eso. Pero su radar social llegaba lejos, y no hacía falta una guerra mundial para proporcionarle

la experiencia de una violencia colectiva que penetraba por doquier como la arena del desierto, sin rostro, por así decirlo. Como judío, había sabido desde muy temprano que existía una cosa así. Y que lo espantoso del poder reside precisamente en sus leyes propias y su arbitrariedad impenetrable, en apariencia carente de objetivo, lo advirtió en el ejemplo de su propio padre. La carne cruda y sangrienta que la guerra puso al descubierto no fue más que una propina, igual que el fantasma de un cuerpo ensartado por máquinas, que Kafka conocía por su propia correspondencia oficial mucho antes de que fuera capaz de darle forma literaria en *En la colonia penitenciaria*.

Pero no fueron diagnósticos de la época, ni tampoco mensajes codificados a los lectores, los que dictaron el esquema de *El proceso*. Desde que tenemos acceso a los diarios de Kafka, sabemos que fue en el «tribunal» del hotel Askani-scher Hof donde se engendraron las imágenes y escenas decisivas, y que Kafka no sólo incluyó en la novela las humillaciones acumuladas en el transcurso de un año entero, sino innumerables partículas de experiencia, recogidas en una escala de uno a uno. Se pueden rastrear cientos de paralelismos y alusiones biográficas, y probablemente haya otros cientos que se nos escapan para siempre. Kafka tiene que haber tenido claro que era un juego que jugaba para sí mismo: incluso sus primeros lectores—Brod, Baum, Weltsch, también Ottla—podían intuir la relación entre la señorita Bürstner y Felice Bauer, pero no verificarla. No sabían que empleaba la abreviatura «F. B.» para ambas personas, y menos aún que la blusa de la habitación de la señorita Bürstner que aparece tantas veces mencionada es, naturalmente, la blusa de su prometida. Grete Bloch, que nació un lunes [en alemán, *Montag*], aparece como «señorita Montag»; un director al que Kafka detestaba, como triunfante «director suplente». La muerte por accidentes en las canteras y su prevención era un tema que desde hacía años daba quebraderos de cabeza

profesionales al experto en accidentes Kafka. Y el desolador consuelo de la señora Grubach a su realquilado detenido de que «no debe tomárselo demasiado a pecho» procede—podemos apostar—de la madre de Kafka.

Un encaje de claves privadas y abreviaturas, pues, que estaba oculto incluso a los más próximos. ¿Y sólo a partir de ahí logró Kafka levantar un mundo de ficción tan imperioso y, sobre todo, plausible? Sería un milagro. Pero no confundamos génesis y vigencia: la pregunta curiosa, y sin duda legítima, ¿de dónde ha sacado eso?, proporciona en el mejor de los casos imágenes topográficas del cráneo del autor, pero nunca respuestas referentes al por qué y para qué. *El proceso* no es una novela autobiográfica, como no lo es *El desaparecido*, y se estará ciego ante estas obras mientras no se tenga en cuenta la inaudita capacidad de Kafka para fundir hechos en *signos* que prescinden de su origen material. Pruebas de ello se encuentran a cada página, desde la primera:

Inmediatamente llamaron a la puerta y entró un hombre que nunca había visto en aquella casa. Era delgado pero de complexión robusta, y llevaba un traje negro ajustado que, como las prendas de viaje, estaba provisto de diversos pliegues, bolsillos, hebillas y botones, y de un cinturón, y en consecuencia, sin que se supiera muy bien para qué servía, parecía muy práctico. «¿Quién es usted?», preguntó K...

No sabemos dónde había visto Kafka un traje así; es dudoso que lo inventara. Pero lo decisivo es que esta vestimenta aparece aquí como signo, porque remite a una función: es una vestimenta profesional. Lo que falta es el correspondiente oficio. Y cuanto más llamativo resulta el fenómeno semiótico, tanto más dolorosa y amenazadora se hace la oscuridad que se percibe tras él. Cada detalle dice: estoy aquí, significo algo, pero no digo qué. Y por eso pensamos en agentes de un servicio secreto, en esbirros uniformados y agentes de

las SS, aunque esos personajes *reales* no tenían en absoluto un aspecto parecido a los inofensivos guardianes del ficticio tribunal.

El refinamiento de Kafka consiste sobre todo—y en esto dio un importante paso más allá que en *La transformación*—en que en apariencia no es el narrador quien señala siempre hacia la oscuridad, sino que son los propios personajes. Cier-to, Josef K. está en toda regla rodeado de signos. Pero los vemos exclusivamente con sus ojos, y esa mirada es altamente inestable. Las impresiones que considera carentes de importancia siguen haciendo efecto largo tiempo en él, y lo que declara importante resulta normalmente ser insignificante. El hecho de que la notificación de su detención tenga que producirse precisamente en el cuarto de la señorita Bürstner le parece una falta de consideración por parte del tribunal; pocas horas después le atormentan sentimientos de culpa, como si él mismo hubiera elegido el lugar de la detención.

Se topa aquí con un estrato profundo de la novela, que se manifiesta sobre todo en el comportamiento «oníricamente» ilógico del protagonista. La verdad es que no actúa de manera especialmente digna, vacila entre ademanes de sumisión y fanfarrones ataques al tribunal. Sin que nadie se lo pida, planea un gran «memorial», una justificación escrita de su vida; pero cuando se trata de hacerlo no se centra. De su patrona, una mujer ingenua, espera la confirmación de su inocencia; lo mismo que de la señorita Bürstner, una vecina de cuarto a la que hasta ese momento apenas ha prestado atención y a la que ahora se aferra con ahínco. De pronto se le ocurre visitar a su madre, a la que ha evitado durante años. Es imposible no ver que la detención le ha afectado en lo más íntimo. Se siente culpable, y aunque en ningún sitio se dice en qué consiste esa culpa, sin duda tiene que ver con la forma y manera en que K., que hasta entonces llevaba una existencia uniforme, sin alegrías, fría, quiere de pronto que todo el mundo le ayude.

Eso arroja una luz diferente también sobre el tribunal. Aunque, según se manifiesta, ha sido «atraído» por la culpa de K., en el fondo es impotente. Con el más fino de los pinceles, Kafka ha suprimido todo rastro de actividad independiente del tribunal. Incluso la fecha de la primera citación la decide el propio acusado, y no hay ninguna sanción prevista para el desprecio de ulteriores citaciones, según se le confirma expresamente. Son los guardianes los que son castigados, y esto aunque sólo sea porque K. se ha quejado de ellos. Los verdugos aparecen al fin cuando K. los espera, y ni una hora antes. Cuando, «por probar», ofrece resistencia física, no lo gran mover a su víctima del sitio, y la ejecución sólo puede tener lugar después de que K. ha capitulado moralmente. El tribunal funciona como un monstruoso espejo en el que se hace visible lo que K.—en contra de sus afirmaciones—*realmente* quiere, sólo a eso parece reaccionar. Y sólo porque no se conoce a sí mismo (lo que quizá forme parte de su culpa) su propio rostro se le aparece a K. ajeno e intimidante en ese espejo.

Las propias instancias judiciales no ocultan su indiferencia. La frase quizá de más peso de la novela, una de las pocas manifestaciones auténticas de ese adversario tan estoico como terrible, se encuentra al final del capítulo titulado «En la catedral», y sale de la boca del capellán de la prisión: «El tribunal no quiere nada de ti. Te recibe cuando vienes y te despide cuando te vas». Walter Benjamin ha comentado esta asombrosa comunicación de forma congenial: «Con estas últimas palabras que K. escucha, ha quedado dicho en realidad que el tribunal no se diferencia de cualquier otra situación. Esto vale para cualquier situación, siempre con la condición de que no se entienda como desarrollada por K., sino como algo exterior a él y que está, por así decirlo, esperándole».¹³

Quizá ningún otro lector se haya acercado tanto al gélido núcleo de *El proceso*. Porque esto significaría que la lógica

¹³ Citado por Schweppenhäuser [1981:129].

onírica privada de Kafka es una con la pesadilla de la modernidad: la expropiación de la vida que se desarrolla por así decirlo a espaldas de cada individuo. Todo el mundo es libre. Pero decida lo que decida sigue siendo un «caso», para el que hace mucho que existen las reglas, medidas, instituciones adecuadas, y hasta su más espontáneo y feliz movimiento sigue dentro del horizonte cerrado de un mundo planeado y administrado hasta el último detalle.

Una de las anécdotas que se suele citar de Kafka dice que, cuando leyó a sus amigos el primer capítulo de *El proceso*, se rio de tal modo que «durante un rato no pudo seguir leyendo», y también sus oyentes se divirtieron «como locos». Es «de por sí asombroso, si se tiene en cuenta la terrible seriedad de ese capítulo. Pero así fue», escribe Brod mirando retrospectivamente.¹⁴

Seguro que el propio Brod no es del todo inocente de que la disputa sobre «las cuestiones últimas» que supuestamente se tratan en las novelas de Kafka permanecieran tanto tiempo ocultas por rasgos cómicos y paródicos. Si se pone al lado de *El proceso*, por ejemplo, la novela *Leviatán*, de Julien Green—también una novela que describe un infierno herméticamente cerrado—, la diferencia es palpable: mientras Green priva consecuentemente al lector de la acción analgésica del humor, y no le deja por tanto otra elección que o bien ser testigo de un destino inevitable o cerrar el libro, en Kafka existe el placer de la observación distanciada, incluso de la alegría por el mal ajeno. En Green vemos sucumbir lentamente a unas cuántas personas que reman con desesperación. En Kafka seguimos la trayectoria de una teja que cae y golpea a un hombre en la cabeza mientras éste declara altamente improbable que tal cosa ocurra.

¹⁴ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 156.

Es sobre todo la comicidad del acto fallido la que se impone por doquier y abre al lector una vía de escape del campo de fuerza de la fatalidad; esa comicidad que se produce siempre que los móviles de una persona están a la vista de todos, menos de ella misma. Al acusado le parece inaudito que unos extraños entren en su habitación sin presentarse; entonces se le ocurre que podría enseñar la «licencia de su bicicleta» o, eventualmente, matarse. Discute con su patrona sobre la forma de vida de la señorita Bürstner, y al hacerlo olvida que va a llegar tarde a su acostumbrada visita a una prostituta. Se sienta en el taxi orgulloso de haber ignorado una citación para ser interrogado, pero entonces se le pasa por la cabeza que, «por distracción», podría haber dado al conductor la dirección del tribunal.

El conjunto es terrible, pero los detalles son cómicos. Esto vale también para el tribunal, que siempre que un rayo de luz cae sobre sus funcionarios tiene el aspecto de un decorado teatral. Los jueces estudian revistas pornográficas en vez de libros de leyes y hacen que les lleven a mujeres como si fueran gordos animales domésticos. Sus lacayos casi se desmayan cuando, en cierta ocasión, en lugar del polvo de los legajos llegan a respirar aire fresco. Los verdugos parecen tenores entrados en años. Sobre el acusado, en la sala de espera de la secretaría, hay un agujero en el techo por el que asoma de vez en cuando la pierna de un abogado defensor. Y todo esto se ve superado por una «anécdota» que, naturalmente, una vez más nadie puede atestiguar, pero tiene «muchas apariencias de verdad»:

Un viejo funcionario, señor bondadoso y tranquilo, tenía un asunto difícil, que se había complicado sobre todo por las peticiones de los abogados, y lo había estudiado sin interrupción un día y una noche enteros; esos funcionarios son realmente diligentes como nadie. Al llegar la mañana, después de veinticuatro horas de un trabajo probablemente no muy fructuoso, fue a la puerta de entrada,

se escondió allí y empezó a lanzar escaleras abajo a todos los abogados que pretendían entrar. Los abogados se congregaron abajo en el descansillo y deliberaron sobre lo que debían hacer; por una parte, no tenían verdadero derecho a ser admitidos, por lo que difícilmente podían emprender jurídicamente acción alguna contra el funcionario, y debían guardarse también, como ya se ha dicho, de indisponerse con el cuerpo de funcionarios. Por otra, sin embargo, todo día no pasado en el tribunal era para ellos un día perdido, de ahí su interés por entrar. Finalmente, se pusieron de acuerdo en fatigar al viejo funcionario. Una y otra vez enviaban a un abogado, que subía corriendo la escalera y entonces, ofreciendo la mayor resistencia posible, aunque pasiva, se dejaba arrojar escaleras abajo, en donde era recogido por sus compañeros. Eso duró alrededor de una hora, momento en que el viejo funcionario, que estaba ya agotado por su trabajo nocturno, se cansó realmente y regresó a su oficina. Los de abajo no querían creérselo al principio y enviaron primero a uno para que mirase tras la puerta y se asegurase de que no había realmente nadie. Sólo entonces entraron, sin atreverse probablemente a refunfunar siquiera.¹⁵

Esto es pura bufonada, y si en una de aquellas innumerables películas cómicas con las que Kafka se divertía desde hacía años se descubriera un feliz día esta escena, no sorprendería a nadie. Su risa es la risa del cinéfilo.

Desde luego, las ocasiones de *oír* esta risa eran raras. Kafka se escondía, se esfumaba casi, y desde el momento en que se entregaba por entero a su trabajo nocturno mantenía a distancia todo lo que sonara remotamente a posible perturbación. Brod daba regularmente un pequeño rodeo para recogerle en la oficina al final de la jornada de trabajo. Pero, apenas habían caminado juntos unas cuantas calles, Kafka doblaba sonriendo una esquina y ya no se dejaba ver más. Después

¹⁵ *El proceso* (OC I, 562-563).

de su boda, Felix Weltsch esperó en vano durante semanas la visita de Kafka... casi una afrenta, por la que el caprichoso amigo se disculpó después con tibias razones. Tampoco al ciego Oskar Baum se le escaparía que las conversaciones discurrían a rastras y Kafka se aburría a su lado.

La única ocasión en que Kafka estaba realmente presente era cuando los amigos hacían lecturas en voz alta, y su gusto por dar un ritmo audible a sus mudas visiones no había disminuido. El 20 de noviembre leyó a Brod un nuevo relato ya concluido, *En la colonia penitenciaria*, y aunque más adelante Brod ya no podía recordar con claridad aquel momento, no es difícil medir su sorpresa: Kafka—que, como sabían sus amigos íntimos, trabajaba como un poseso en una novela—no sólo se descolgaba inesperadamente con un extenso producto secundario; además, había superado de manera inaudita la lógica onírica de *El proceso*, cuyas primeras muestras ya eran lo bastante extrañas y vertiginosas. No es casualidad, y seguro que fue iniciativa de Brod, que apenas dos semanas después Kafka tuviera oportunidad de leer otra vez su relato en un lugar inusual: en la casa paterna de Werfel, donde, junto a Brod, se encontraba también Otto Pick. Por desgracia Kafka, disperso como estaba, porque no podía apartar la vista de las bellas hermanas de Werfel, no nos ha dejado nada escrito sobre el efecto que causó su texto. Pero una cosa es segura: nadie se rio, ni el autor, ni los oyentes.

En la colonia penitenciaria convertía por vez primera en literatura lo que—a pesar del espanto desbordante que los rodeaba a todos—en el año 1914 no se consideraba en absoluto literaturizable: la tortura. Sin duda hubo entre los primeros oyentes y lectores quienes observaron que esto no era *absolutamente* nuevo y que Kafka se había servido de un modelo: estaba claro que había leído *El jardín de los suplicios* (1899), una maquinación del periodista francés Octave Mir-

beau que se vendía por debajo del mostrador de las librerías debido a algunos pasajes pornográficos. Pero lo que Kafka había tomado de este secreto aunque ya un poco polvoriento *best-seller* era poco más que un truco de técnica narrativa que justificaba la ponderada descripción de la tortura: el personaje del viajero europeo que contempla, en parte fascinado y en parte horrorizado, las sádicas prácticas punitivas de una isla lejana. Sin embargo, al contrario del forzado exotismo que Mirbeau extrae de esta situación, Kafka este halla visiblemente interesado en abstraerse de ella, y en tanto que hace mirar al lector a través de los ojos de un observador le fuerza a asumir el papel del testigo neutral. Se plantea una fría distancia, que hace que el lector se asuste de sí mismo. ¿Con quién ha de identificarse? Con el verdugo (el «oficial») seguro que no, ni siquiera obedece a un impulso de odio que sea posible comprender, sino a una locura jurídica. ¿Con el viajero? Éste se queda mirando la sangre que se derrama, pero muestra poca compasión y rehúye toda responsabilidad. Y la víctima es obtusa, desvalida y «sumisa como un perro».

El escenario está lejos de toda humanidad, y sin embargo Kafka pone todo de su parte para que sea imposible apartar la mirada. La parquedad del escenario de Beckett parece anticiparse aquí en varias décadas: aparte del *proceso* mismo no hay nada más que luz que cae implacable de un foco colgado del cielo. Las *tareas* a su vez se llevan a cabo de forma tan planificada y sistemática que ya ni siquiera necesitan de intervención humana. La espantosa idea de Kafka de dejar el procedimiento de la tortura en manos de una máquina programable, mientras el verdugo sólo se ocupa de cuidar el *software* (cuyo código es el único en conocer) sigue actuando hoy—porque su realización sería fácilmente posible y los robots industriales hacen tareas mucho más difíciles—como un insuperable faro de la inhumanidad.

Kafka privó a sus lectores del alivio que hubiera supues-

to el que se tratase de un proceso quizá tan sólo simbólico, una utopía negativa o un juego intelectual: la misma abierta corporeidad, totalmente iluminada, que supera en mucho a las imágenes de muerte y putrefacción del expresionismo, obstruye toda vía de escape. El cuerpo humano aparece aquí sólo como suciedad: se habla de saliva, de sangre, de vómitos, lo que—como el verdugo constata indignado—«ensucia» el brillante acero de su máquina. Metal que penetra en el cuerpo vivo: una visión a la que los contemporáneos de los primeros meses de guerra se enfrentaban con frecuencia, y a la que estaban empezando a acostumbrarse. Pero Kafka, el experto en accidentes, que sabía desde hacía mucho más y con mucha mayor exactitud lo que las máquinas pueden hacer al cuerpo humano, atraviesa también las barreras de la náusea (que ya había rozado en *La transformación*) y llega hasta ese límite en el que termina la sublimación literaria y empieza *lo indecible*.

Ese límite es hoy menos angosto, y hace mucho que un material mucho más duro—literario, gráfico, por no hablar de los abusos cometidos por el cine—se presenta bajo el manto de la libertad estética. Aun así, todavía hoy se plantean reparos contra *En la colonia penitenciaria* de Kafka, y la sospecha de que no se trata tanto de un relato como de un exceso planeado incluso se ha reforzado, una vez extinguido su efecto de choque. De hecho, *En la colonia penitenciaria* parece desplegar su mayor encanto en los seminarios de literatura. Porque la constricción sin igual a la que Kafka somete a conceptos tan saturados de significado como «técnica», «cuerpo», «escritura», «poder», «justicia», es un desafío al que ninguna gran teoría hermenéutica puede resistirse. Pero precisamente por eso, cuanto más anémico es el discurso, cuanto más perceptible es el susurro de la literatura secundaria, tanto más popular se vuelve *En la colonia penitenciaria*.

En cambio, muy pocos sienten una necesidad de releer a fondo y varias veces, por puro placer, este estallido de vio-

lencia literario. El relato jamás ha sido incluido en el canon más selecto de la alta cultura literaria: no haberlo leído o encontrarlo repugnante viola mucho menos el consenso general que decir algo malo acerca de *El proceso*. La razón está clara: el texto parece demasiado dominado por la mecánica de su contenido material, es como un juguete de cuerda que se pone en marcha una o dos veces y luego se arrumba porque ya se sabe cómo funciona. El propio Kafka advirtió enseguida este defecto, que se plantea especialmente en las últimas páginas: la máquina de ejecución ha hecho su trabajo, su programa ha terminado, y resulta sorprendente que el relato aún no haya terminado... tanto se identifica su forma con el trabajo de la máquina misma. La breve parte final, la malhumorada partida del observador, parece una postdata cuya necesidad no se acaba de ver, y a la que Kafka trató años después de dar peso propio, sin hallar una solución plenamente satisfactoria.¹⁶

En cambio, a Kafka le preocupó poco que ya en los primeros comentarios a su relato le saliera al paso el reproche de sensacionalismo.¹⁷ Defendió su obra, y la puso en expresa relación con el presente saturado de violencia. Cuando Kurt Wolff aceptó publicar *En la colonia penitenciaria*, no sin dar expresión a su propio espanto y hablando de «desagrado», recibió de su autor una respuesta extremadamente característica, como siempre amable en su forma, pero inflexible y terminante en su contenido:

¹⁶ Véanse las anotaciones de diario del 7 al 9 de agosto de 1917. Como no se han conservado ni el manuscrito ni una copia mecanografiada, no se pueden reconstruir hoy el resto de los intentos de mejora (que los hubo, según se desprende de las cartas de Kafka).

¹⁷ «Kafka es un vicioso del horror», se podía leer en 1916 en el *Münchener Zeitung*. Y también la *Zeitschrift für Bücherfreunde* estaba poco satisfecha con *En la colonia penitenciaria*: «Ojalá pronto muestre su arte en una fábula menos sensacionalista», criticaba un reseñista, evidentemente no muy leído (Born 1979:121 y 97).

Sus objeciones relativas a lo que resulta penoso coinciden por entero con mi opinión, la cual se extiende en este mismo sentido a casi todo cuanto me rodea hasta el momento. Dése Vd. cuenta de qué pocas cosas quedan libres ya de este penar en una u otra forma. Como explicación de este último relato añadido que no sólo él resulta penoso sino que más bien todo este tiempo nuestro ha sido y es penoso, y el mío en particular lo es y lo lleva siendo más todavía que el general.¹⁸

Eran sobre todo las delicadas acuarelas de *Contemplación* y la luminosidad lingüística de *El fogonero* las que Kurt Wolff tenía presentes cuando pensaba en su tímido autor Franz Kafka. Nunca tuvo acceso a su taller, y aunque Brod y Werfel le hablaban a veces de los innumerables proyectos *casi* acabados con los que su amigo habría podido subir hacía mucho a la planta noble de la literatura alemana, el editor tenía en todo caso una vaga idea de las gélidas regiones hacia las que Kafka avanzaba ahora, y a las que casi nadie podía seguirle. Naturalmente, si el manuscrito de *El proceso* hubiera llegado a tiempo a manos de Kurt Wolff, *En la colonia penitenciaria* le habría sorprendido mucho menos.

Porque aquella isla en los trópicos, el sol ardiente sobre el «pequeño valle profundo y arenoso, totalmente circundado por laderas yermas»... todo eso no eran más que bambalinas que el autor ponía y quitaba con oficio, pero que no podían distraer ni por un instante de dónde se encontraba uno de hecho. Aquel instrumento de tortura que graba con sangre la condena en las espaldas del delincuente, una y otra vez, hasta que el reconocimiento de la propia culpa coincide con la muerte... ese aparato es en realidad un instrumento de *la Ley*, que no despliega su furia a la clara luz del día, sino en algún profundo e inaccesible sótano del tribunal.

Una primera y fugaz mirada revela ya que *En la colonia pe-*

¹⁸ Carta a Kurt Wolff del 11 de octubre de 1916; en Wolff [2010:178]. La carta previa de Wolff no se ha conservado.

nitenciaria es, aunque tenga lugar al otro extremo del mundo, un vástago temático de *El proceso*, y es de lo más natural que ambas obras fueran escritas de forma simultánea. En todo caso, resulta sorprendente que Kafka diera con este filón de forma completamente impremeditada. Se había tomado sus valiosas vacaciones—una semana entera, y luego otra más—, y no con la vaga esperanza de poder volver a «aguantar» una noche más, sino con el claro propósito, que hacía rechinar los dientes, de dar un empujón decisivo a *El proceso* o incluso terminarlo. A pesar de lo cual, dejó esos cuadernos a un lado y empezó algo en apariencia enteramente nuevo. ¿Por qué? Ésta es una de esas raras ocasiones en las que se abre una rendija que da al laboratorio de Kafka, donde sus creaciones, en apariencia tan perfectas, elaboradas y pulidas hasta la última sílaba, se muestran en estado de fermentación.

Empezó por una idea de Dostoievski que Kafka tomó como pilar de sustentación, la famosa trama de *Crimen y castigo*: un culpable que no soporta su culpa se abre paso hasta su juez, hasta que éste pone fin al terrible juego... la idea del autocastigo, de la *autojusticia* en el sentido literal del término, que a Kafka le parecía lo bastante fecunda y paradójica como para volver a ser desplegada en una nueva novela.

A nadie le sorprenderá que a Kafka le pareciese atractiva esa idea, en vista de las innumerables fantasías autopunitivas, a menudo excesivas, que anotaba en sus diarios desde hacía años. Un afán masoquista que no siempre podía contener aunque lo reconoce con claridad, y que tenía parte considerable en su persistente miedo a perder la razón algún día. Pero ¿qué significa *masoquismo*? Un delincuente consciente de su culpa, que permanece en su escondite hasta que la policía llama a la puerta, parece estar actuando de manera natural, explicable para todos. Otro prefiere ir dando un paseo hasta el despacho del juez de instrucción y decir: «He sido yo, haga conmigo lo que quiera». Esto parece loco, masoquista. Pero ese segundo delincuente tiene mucho mejo-

res posibilidades de superar la inevitable sanción sin que su dignidad quede dañada irreparablemente. Se ha sometido a la Ley sin entregarle del todo las riendas, e incluso si ha de hacer frente a la muerte sigue teniendo la dignidad del que decide *cuándo* va a ocurrir: la dignidad última del suicida.

Kafka tenía un marcado sentido de esa dignidad, en apariencia sólo defensiva, pero que en realidad reclama una autonomía integral, y sufría tanto más cuanto que *no* podía controlar sus ansias masoquistas. El masoquismo es una perversión que obtiene su placer del dolor. Como toda perversión, es una fijación que se sustrae al propio afectado y socava su autonomía: salir con febril alegría al encuentro del látigo es un estado difícilmente compatible con la dignidad y la autoestima. Tampoco se concederá autonomía a una obra literaria inundada de fantasías masoquistas. Porque la comprensión de un acto creativo diferenciado que se reproduce en la conciencia del lector es algo muy distinto a convertirse en mero espectador de una descarga.

No hay duda de que mientras trabajaba en *El proceso* Kafka se vio asediado una y otra vez—igual que en el diario—por escenas de desbocada crueldad que tenía que lidiar si no quería denunciar la autojusticia de su héroe como placentera autoaniquilación. No obstante, como la escritura de Kafka se guiaba por imágenes, esta constante búsqueda de compromisos entrañaba un notable desgaste: «abrirse» también significaba crear una abertura por la que inundara la conciencia una imprevisible cantidad de material perverso, mientras la completa represión de ese material hubiera asfixiado a su vez esa «ensoñadora vida interior» que era lo que distinguía la flotante concentración de la escritura del estado de vigilia habitual.

A qué límites llega Kafka se advierte sobre todo en el capítulo de «El flagelador» de *El proceso*, en el que el acusado se convierte en involuntario testigo de un castigo. Las dos pobres víctimas—son los mismos guardianes de los que K. se

quejó ante el tribunal—tienen que desnudarse por completo, mientras el flagelador—«estaba tostado por el sol como un marinero y tenía un rostro salvaje y saludable»—lleva un atuendo de cuero que deja ver gran parte de su piel y que normalmente es una característica exclusiva del escenario sado-masoquista. Kafka ha puesto aquí tan de manifiesto los impulsos sexuales de los que se alimenta la enérgica disponibilidad a la autojusticia como era posible en el mundo artificial de su novela; incluso hace pensar a su héroe en ponerse él mismo bajo la vara. Una palabra más, y correría la sangre de Josef K. Pero *esa* sanción llegaría a destiempo: no sólo se habría atravesado en la trama de la novela, que presupone precisamente una actitud de espera y observación del tribunal; también la identificación del lector con el acusado se desplomaría de inmediato, porque éste quedaría desenmascarado como un «simple» masoquista, y la misteriosa atracción del tribunal tendría una evidente aunque profana explicación. De hecho, en el capítulo de «El flagelador» Kafka retrocede ante esta consecuencia literalmente en el último momento. Aun así queda un regusto insípido, la escena termina como una alucinación, y es uno de los pocos pasajes en los que enmudece la risa subterránea del autor.

En la obra *En la colonia penitenciaria* Kafka hace correr esa misma sangre que amenaza con brotar incesante de los poros de *El proceso*. Filtró lo que hubiera envenenado su novela y lo recogió *en otra parte*. El resultado fue un relato denso y ardiente como plomo derretido, un texto cuya seriedad y violencia se mantiene tan aislado dentro del conjunto de su obra como la pena de flagelación en el contexto de *El proceso*. Kafka asumió esta ruptura... el alivio que sentía incluso al leer el texto en voz alta era demasiado grande. Sus oyentes, en cambio, descendieron con espanto hasta ese sótano. No estaban en condiciones de ver ahí nada que fuera *literatura*. Y nadie podría censurárselo. Porque la continuación de esas escenas estaba ahora en los periódicos, día tras día.

Hace ya un año que dura el proceso de Josef K. Él cree que ya es suficiente. La víspera de su trigésimo primer cumpleaños se viste con ropas negras, ropas solemnes, ropas de luto. Se sienta en un sillón y espera. El tribunal ha entendido, a las 21 horas llaman a la puerta de K., por segunda y última vez. Nadie tiene que pronunciar la sentencia, ha «recaído», y es: muerte por apuñalamiento.

Su trigésimo primer cumpleaños. Había sido el viernes 3 de julio de 1914. Ese día, Kafka había recibido una carta de Grete Bloch en la que por primera vez no le hablaba como persona de confianza, sino como acusadora; fue el día en el que le dio la espalda. Al mismo tiempo llegó otra notificación desagradable, probablemente de Musil, que se veía obligado a decirle que *La transformación* no sería publicada en la *Neue Rundschau*... El fin de dos esperanzas.

Pero aún ocurrió otra cosa ese día. La descubrió el periodista Heinrich Kanner, que después de la guerra tuvo una conversación con Leon von Biliński, el antiguo ministro de Hacienda austrohúngaro. Después del atentado de Sarajevo, Biliński había tomado parte en las decisivas sesiones del Consejo de Ministros, y contribuido a establecer su línea agresiva.¹⁹ «Decidimos la guerra muy pronto, eso fue muy al principio», declaró. Kanner quería saberlo con más exactitud, preguntó por la fecha exacta. «Fue el 3 de julio», respondió Biliński. El día en que se dictó la sentencia, la sentencia sobre Europa.

¹⁹ El acta del Consejo de Ministros del 7 de julio de 1914 documenta la participación retórica de Biliński en la decisión de la guerra: «El serbio sólo es accesible por medio de la violencia, un éxito diplomático no haría ninguna impresión en Bosnia...». Véase para lo que sigue Rauchensteiner [1993:68].

33. EL RETORNO DEL ESTE

*The gods forget they made me
so I forget them too.*

DAVID BOWIE, «Seven»

Uno de los primeros días de septiembre del año 1914 pudo observarse una extraña escena en la estación de ferrocarril de Praga. De un tren que acababa de llegar salieron personas como nunca se habían visto allí antes: figuras harapientas, los hombres con hirsutas y crecidas barbas, algunos con caftán, las mujeres cargadas de equipaje, con bebés e indefinibles hatillos de tela, con numerosos niños aferrándose a sus faldas, todos ellos sucios y con rostros hambrientos. Más de doscientas personas, que se instalaron con todas sus posesiones en la sala de espera y que—al parecer sin que nadie las esperase—deliberaron ruidosamente acerca de adónde dirigirse. Los viajeros refrenaban el paso, observaban el espectáculo. Eran judíos, eso seguro. Pero no se les entendía, no se entendía una sola palabra.

Finalmente, un guardia puso fin a la escena. Una vez que le explicaron que todos ellos eran ciudadanos de la monarquía austrohúngara y que tenía que haber «compatriotas» en Praga que se hicieran cargo del problema, condujo al grupo a la sede del Hogar Judío, Langegasse 41. Allí, al fin, entre los sobresaltados miembros de la asociación obrera Paole-Zion encontraron personas que entendieran yiddish o polaco; allí por fin hubo té, pan y palanganas para lavarse.

Procedían de la Galitzia oriental, llevaban días en camino. Su pequeña comunidad, su *Schtetl*, había sido arrasada por los terribles cosacos; habían escapado en el último momento, al principio a pie y en carros, para librarse de los saqueos y las violaciones. Habían dejado atrás numerosos parientes, cuyo destino no se atrevían a imaginar. Algunas familias habían quedado separadas durante la huida; había en el grupo

niños sin sus padres, algunos estaban en el frente, no se sabía dónde. Sólo una cosa era segura: ese grupo era una avanzadilla. Vendrían más, muchos más.

Se montaron guardias en la estación para esperar los próximos trenes. Sobre todo eran jóvenes de la asociación de senderismo judía Blau-Weiss los que esperaban durante horas, con carteles escritos en hebreo, para recibir a esas personas desorientadas. Una semana después eran ochocientas. A finales de septiembre, cuando también empezaron las evacuaciones en la Galitzia central y occidental, eran dos mil. En noviembre, seis mil. A finales de año, más de once mil.¹

La invasión de refugiados a la que se enfrentaron tanto Bohemia y el centro de Austria como Hungría, ya desde el segundo mes de la guerra, tuvo en primer lugar un impacto *político*: nadie, ni siquiera los mejor informados, había contado con una cosa así. El primer e insensato júbilo ante la guerra

¹ Las cifras son inciertas y ya no verificables, aunque reproducen de modo realista el incremento exponencial. Cuando hacia finales de 1914 la política con los refugiados en las ciudades austríacas se fue haciendo cada vez más represiva, muchos desplazados—sobre todo judíos—evitaron registrarse en las comisarías. Los transeúntes de camino hacia el Imperio alemán y los refugiados que aún podían vivir un tiempo de sus propios ahorros no estaban completamente incluidos en las cifras oficiales publicadas. Por eso, cabe suponer que incluso en las cifras que *Selbstwehr* publicó para Praga se da una considerable zona de oscuridad. En Praga, se calculó el máximo alcanzado en enero de 1915 en treinta mil, incluyendo los refugiados no judíos (Kudela 1989:125 y ss.). También las dimensiones globales de los movimientos de refugiados han de ser estimadas a grandes rasgos, ya que los desplazados a diferentes lugares eran contados conforme a distintos criterios (a veces se distinguía incluso entre «evacuados» y «refugiados»). En otoño de 1914 podía haber unos cuatrocientos mil refugiados en la retaguardia austríaca, un año después alrededor de un millón. Para fundamentar estas cifras, véase Mentzel [1997]. En lo que sigue, otros detalles no referenciados se basan en los resultados de la investigación de Mentzel.

pronto había dado paso a una temerosa expectativa, y hacía mucho que todo el mundo veía con claridad que esa guerra sería más larga y más dura de lo que sugerían los altaneros gestos de amenaza de diplomáticos y militares. Pero la prensa seguía llena de noticias de victorias... alemanas en la página uno, austríacas inmediatamente detrás.

La verdad era que los ejércitos austrohúngaros habían sufrido ya, dos semanas después de empezar los combates, una primera y devastadora derrota. Los serbios, que movilizaron en el plazo más breve a todo hombre disponible y no dudaron en enviar a los niños y a los abuelos al frente, rechazaron el ataque austríaco e incluso cruzaron las fronteras de Bosnia y Hungría. Esta debacle habsbúrguica se repitió en diciembre, con unas dimensiones aún mayores: entraron en combate doscientos mil austríacos, de los que sólo regresaron ciento sesenta mil, muchos de ellos heridos o víctimas de graves congelaciones. No habían conseguido nada. Tal era el final de una acción de castigo que la prensa belicista había propugnado durante semanas empleando metáforas relativas al honor, como si se tratara de la fugaz administración de una bofetada.

Naturalmente, todos eran conscientes de que los serbios contaban con la ventaja estratégica y propagandística: sólo tenían que vérselas con *un* adversario, mientras que a los austríacos les esperaba una tarea muchísimo mayor en su frontera nororiental con la Polonia rusa. Pero aún seguía intacta la locura de la dirección del ejército austríaco, para la que la expedición punitiva a los subdesarrollados Balcanes era una simple *faena*, que una vez despachada les permitiría reunir fuerzas y someter al imperio zarista. Ya en las primeras semanas de la guerra quedó claro que se trataba de un craso error de apreciación, porque las unidades que se desgastaban sin sentido en Serbia se necesitaban urgentemente en Galitzia, donde un ejército ruso superior en número, mejor equipado y sorprendentemente rápido aprovechaba enseguida los flan-

cos abiertos. Pero en Viena todas las dudas eran ahogadas de raíz por la pretensión, ajena a toda realidad, de conseguir algo «equivalente» al glorioso avance de sus hermanos de armas alemanes sobre París y a las sensacionales victorias en la Prusia Oriental, que habían demostrado a ojos vistas la vulnerabilidad de los rusos.

Al principio, los acontecimientos bélicos en los cuatrocientos kilómetros del frente de Galitzia fueron tan poco claros que a las autoridades militares no les costó mucho simular una campaña exitosa ante la población de la retaguardia: las conquistas territoriales austríacas, se anunció, eran sólo los primeros pasos hacia la «liberación» de toda Polonia. Sin embargo, al mismo tiempo unidades rusas penetraban casi sin resistencia en Galitzia oriental y Bucovina, y desencadenaban una inmensa marea de refugiados, que se prolongó durante meses. Los lectores de Viena y Praga se frotaban los ojos: se avecinaban grandes batallas en torno a Lemberg y Przemyśl, se decía de pronto. Se trataba de ciudades fortificadas que estaban muy al interior del propio territorio. Por el amor del cielo, ¿qué estaba pasando?

Los fugitivos trajeron la verdad consigo. Sólo el número en el que vagaban por el país atestiguaba que no podía tratarse en ningún caso de evacuaciones planificadas o—como se decía en el caso de Lemberg—«estratégicas». Por no hablar de que también de más allá de la frontera, de la Polonia rusa, llegaban más refugiados, por miedo a los pogromos y las deportaciones del ejército ruso. No había duda: *el enemigo* estaba ahí, y las autoridades locales estaban completamente sorprendidas por una situación que no se había previsto en absoluto. Empujaban a los refugiados hacia el oeste, de una ciudad a otra, cuando no abandonaban a los «evacuados» a su destino. Lo que al cabo decidía quién de entre ellos terminaba instalándose en alguna pequeña ciudad de Bohemia, en Praga, en Viena o incluso en Alemania (que *aún* no se atrevía a rechazar a los ciudadanos del Es-

tado aliado) eran azares logísticos, la esperanza de encontrar a algún pariente lejano, el lugar de destino del próximo tren disponible.

Después del impacto político vino el impacto *social*. Se sabía que Galitzia no era una región próspera. Pero las primeras personas que vinieron de allí no poseían literalmente nada más que los harapos que llevaban puestos. Entre ellos se encontraban hombres de negocios, propietarios de inmuebles, políticos locales, eruditos talmúdicos, cuyo aspecto era más miserable que el de los últimos mendigos. Los ciudadanos de Praga oscilaban entre el asco y la compasión, y a la vista de las fisonomías que ahora se veían a diario por la calle más de uno recordó las caricaturas antisemitas en boga. Había risas y maldades. «Galitzia en Praga», titulaba el *Prager Tagblatt*, y completaba su relato con retratos de personajes... como si hubiera indios en la ciudad. Se produjeron ataques de patriotas que se negaban a aceptar que esa gente huida de la guerra, que fomentaba la desmoralización, viviera encima a costa del contribuyente. Se debió casi en exclusiva a iniciativas privadas que la mayoría de los refugiados se salvara de la ruina social o incluso física.

Se instaló una cocina popular judía, se recogieron objetos domésticos y ropa; médicos y abogados trabajaron gratis, se aportaron viviendas. Dado que las ayudas económicas del Estado, aunque aseguradas ya en septiembre, se hicieron esperar semanas y meses, la comunidad religiosa judía contrajo gigantescos créditos para poder anticipar los pagos: setenta céntimos por cabeza y día. Del trabajo práctico se encargaban organizaciones benéficas judías, pero también las asociaciones sionistas (entre ellas la Asociación de Muchachas y Mujeres Judías a la que Ottla Kafka se había afiliado) trabajaban casi las veinticuatro horas. Sólo hacia finales de año, cuando quedó claro que no cabía pensar en un pronto regreso de los desarraigados a sus hogares, despertaron también las autoridades. Hicieron levantar barracones a las afueras

de la ciudad, para separar a los judíos orientales, que entre tanto llegaban de manera incesante, de los nativos.

Como la mayoría checa de Praga se distanció enseguida del problema, e incluso los judíos checoparlantes no veían motivo para asumir la responsabilidad sobre personas que les eran culturalmente ajenas,² la cuestión de los refugiados quedó completamente en manos de los judíos germanoparlantes. Muchos se sintieron afectados: precisamente ahora que la guerra ofrecía la oportunidad de poner a prueba la integración cultural sin fisuras de los judíos, venían estos «parientes pobres», semicivilizados, a los que había que enseñar por enseñar trabajosamente las formas de conducta básicas. En realidad nadie quería ser visto con ellos, y menos aún identificado. Sobre todo en la dirección de la comunidad debieron producirse, en vista del «aire de gueto» que emanaba de las ropas de los refugiados, virulentos debates. Mientras tres años antes, cuando Kafka se codeaba con Jizchak Löwy, cabía mirar a otra parte, esta vez era imposible escurrir el bullo. Significativo del más que frío recibimiento es el balance del presidente de la comunidad judía germanoparlante, formulado como si saliera de la pluma de un administrador de fincas: sin mencionar ni de pasada los puntos de roce social y lingüístico, calcula para los lectores de *Selbstwehr* los gastos que los «judíos conservadores» suponen para la comunidad de Praga, hasta el último céntimo.³

² «Lo que nos une con los refugiados judíos sólo es la compasión patriótica con gentes que son perseguidas por el enemigo común; por lo demás, ninguna persona razonable puede afirmar que son nuestros hermanos», escribía el periódico checojudío *Rozvoj* acerca de los judíos de Galitzia. Citado según Moses Wiesenfeld, «Encuentro con judíos orientales», en *Weltsch* [1934:55].

³ Arnold Rosenbacher, «La agencia de la comunidad judía de Praga», *Selbstwehr*, 8 de enero de 1915, pp. 1-2. Rosenbacher se queja de que se ha «dado a conocer que los refugiados viven mejor aquí que en otros lugares, y ha venido masivamente a Praga gente de otras comunidades, incluso bohemas». El verdadero motivo para la huida a la ciudad tenía que ser bien

Sin embargo, la tradición viva de la solidaridad entre judíos se impuso, al menos inicialmente, y no hubo en Praga ninguna familia judía de habla alemana que no aportara su contribución al problema de los refugiados. Las huchas para las colectas circulaban sin cesar, y si alguien no se dejaba ver en la sinagoga llamaban a su puerta los chicos de Blau-Weiss, que se llevaban en carretillas ropa vieja y mantas. Tampoco los judíos aculturados podían sustraerse a esta presión, y muchos a los que nunca se les habría pasado por la cabeza ir a una de esas chillones representaciones en dialecto del café Savoy en vez de al Teatro Alemán se enteraban ahora de que los miserables actores judeo-orientales no eran en absoluto los últimos representantes de una especie en extinción, sino embajadores de un pueblo extremadamente populoso y vital. El Este había regresado a Praga, pero esta vez no como folclore.

Kafka tiene que haber sentido cierta satisfacción por que al fin su propia familia se viera sacudida en su autocomplacencia «judeo-occidental». El comerciante en artículos finos de regalo Hermann Kafka había donado cien pares de medias para niña, pero por lo demás mantenía las distancias. Esta vez, sin embargo, no se podía despachar a los judíos orientales con limosnas y observaciones despreciativas. Porque, sorprendentemente, a esta gente no le impresionaba ninguno de los logros que los judíos urbanos habían conseguido en largos años de adaptación consciente. Ciertamente, también los niños galitzianos pegaban la nariz a los escaparates del centro de Praga. Pero sus padres no veían motivo alguno para aprender el alemán de Praga o adaptarse a la idea de la higiene de

conocido por la dirección de la comunidad: el antisemitismo floreciente en el campo, que ya en otoño de 1914 había producido ataques físicos a los refugiados.

sus benefactores burgueses. Preferían quedarse sin comer nada antes que consumir carne que no hubiera sido sacrificada conforme al ritual, y si se les regalaban vajillas daban las gracias, pero explicaban con la mayor calma que lo necesitaban todo *por duplicado*: vajilla «para la leche» y «para la carne», como era preceptivo para los judíos.

Kafka reseñó con precisión el impacto *cultural* desencadenado por la autarquía e impasibilidad de los judíos orientales. Ottila, la familia Weltsch y otros conocidos sionistas le contarían unas cuantas cosas, y como también Brod y sus padres participaban en la organización y ejecución de esas medidas, se le ofreció ocasión de observar de cerca el choque de culturas:

Ayer, en la Tuchmachergasse, donde se distribuye ropa de casa y vestidos viejos a los refugiados de Galitzia. Max, la señora Brod, el señor Chaim Nagel [...] La lista, vivaz, orgullosa y modesta señora Kannegiesser, de Tarnow, que sólo quería dos mantas, pero bonitas, y que, pese a la protección de Max, sólo ha recibido, sin embargo, mantas viejas y sucias, en tanto que las mantas nuevas, buenas, estaban en una habitación aparte, donde se guardan generalmente todas las piezas buenas para la gente fina. Tampoco quisieron darle las mantas buenas porque ella sólo las necesitaba para dos días, hasta que le llegase de Viena su ropa de casa, y por el peligro del cólera no está permitido admitir la devolución de las prendas usadas. La señora Lustig, con muchos niños de todas las tallas y una hermana bajita, descarada, segura de sí misma, que no se estaba quieta. Tarda tanto tiempo en escoger un vestidito de niño que la señora Brod le grita: «O coge usted ahora mismo éste, o se queda sin ninguno». Pero la señora Lustig responde dando gritos aún más fuertes y acaba diciendo, con un movimiento amplio y furibundo de su mano: «La *Mizwe* [buena acción] vale más que todos estos *Schmatten* [trapos]». ⁴

⁴ Diario, 24 de noviembre de 1914. La «traducción» de *Schmatten* sigue a Brod, que en su ensayo «Experiencias en el sector escolar judeo-oriental», *Der Jude*, 1 (1916-1917), p. 33, relata el mismo incidente.

En otras palabras: poder hacerme un favor debería importarle a usted más que a mí sus trapos. Ahí quedaba eso. Es imposible no ver la ligera alegría malsana de Kafka ante esta prontitud en la réplica, como también la mirada asombrada y admirativa que dirige a esos gestos vivaces, todo lo contrario de sumisos. Es la misma mirada que antaño lanzó sobre Löwy y su compañía: ve lo ridículo, la suciedad, la falta de formación, pero también ve una dignidad que está por encima de todo esto y lo hace inatacable.

No sólo los aculturados «judíos asimilados» y los representantes de la comunidad judía, también los sionistas de Praga se vieron confundidos por la afluencia de refugiados. Su propia postura ante los judíos orientales, cuya cotidianidad la mayor parte de ellos no conocía de forma directa, era más que ambigua. Quien apostaba por el sionismo oficial, rígidamente organizado, cuyo gran escenario había sido el congreso de Viena, consideraba el «judaísmo yiddish» una manifestación degenerativa que dificultaba la unidad de los judíos y que en todo caso merecía compasión. Muchos sionistas culturales en cambio, que estaban bajo la influencia de Buber y Birnbaum, habían transfigurado de forma poética la vida de los judíos orientales y ahora caían del burro, por así decirlo. Allí no había que vérselas con espíritus puros que esperaban convertirse en una nación judía bajo la dirección de los estudiantes de Praga. Eran personas regidas por la ortodoxia judía, las corrientes místicas del jasidismo y la más cruda superstición. Se mantenían aislados, temían la influencia de la inmoralidad occidental sobre sus hijos y observaban con la más profunda desconfianza los gestos de integración de los sionistas.

Porque no los entendían. No entendían el discurso acerca de una supuesta sustancia del alma judía, que debía fundamentar la unidad del pueblo judío por encima de todas las diferencias externas. Y sólo meneando la cabeza aceptaban que el «dialecto», la lengua en la que se comunicaban, era

de origen germánico, y por tanto ellos mismos eran puestos avanzados de la cultura alemana. Eso era retorcer las cosas, eso estaba traído por los pelos. Y no tenía nada que ver con la Ley ni con las Escrituras.

Era la prueba más dura que el sionismo de Praga había tenido que superar hasta la fecha, y en las pocas frases que Kafka dedica al conflicto se pone de manifiesto que difícilmente se podía pensar en un entendimiento. Ni siquiera una serie de bienintencionadas veladas de debate que la Asociación Popular Judía dedicó al tema «Este y Oeste», que contaron con amplia asistencia, y en las que Brod participó como orador, supusieron acercamiento alguno, y con mirada aguda observó Kafka cómo su normalmente tan elocuente amigo se ponía nervioso y se situaba poco a poco a la defensiva:

El desprecio de los judíos orientales por los judíos de aquí. La justificación de ese desprecio. Cómo los judíos orientales conocen la razón de ese desprecio, pero los judíos occidentales, no. Por ejemplo, la mentalidad espantosa, ridícula del todo, con que mi madre intenta abordarlos. Incluso Max, insuficiencia, endeblez de sus palabras, desabrochándose la chaqueta, abrochándose la chaqueta. Y en él hay, desde luego, buena, óptima voluntad. En cambio, un tal Wiesenfeld, embutido dentro de una mísera chaquetilla, con un cuello postizo más sucio imposible, dispara alegremente Sí y No, Sí y No. Una sonrisa diabólica, desagradable, alrededor de su boca, arrugas en su cara joven, movimientos bruscos y desconcertados de sus brazos. El mejor, el bajito, todo él puro formulismo, con una voz aguda, más aguda imposible, una mano en el bolsillo de los pantalones, taladrando con la otra a los oyentes, haciendo preguntas sin parar y probando enseguida lo que hay que probar. Voz de canario. Con la filigrana de sus palabras llena surcos laberínticos grabados a fuego hasta la tortura. Sacudidas de cabeza. Yo, como un madero, un perchero transportado al centro de la sala. Y, sin embargo, esperanza.⁵

⁵ Diario, 11 de marzo de 1915.

Lo que Brod y algunos otros oradores de Praga exponían puede leerse en *Selbstwehr*: no hay contradicción, afirmaban, entre el sionismo y la tradición religiosa. Eso no sólo era «endeble», eso era sencillamente falso, y si los jóvenes fanáticos jasídicos estaban tan bien adiestrados como Kafka intuía, no les costaría trabajo tirar a la cabeza de sus anfitriones las correspondientes sentencias antirreligiosas de Herzl. De nada servía que en otro acto—Kafka volvía a sentarse, mudo, en la sala—el exaltado Brod se contuviera y hablara, con más cautela, de la síntesis que había que empezar por hacer entre el sionismo y la tradición religiosa. ¿Para qué?, se le podía replicar. La comunidad anclada en la Ley, la tradición y la memoria que Brod invocaba con tanta unción sólo era un problema para los adaptados y decadentes occidentales: ellos eran los que gustaban de soñar con tales cosas. En Galitzia y Polonia, en cambio, ésa era la vida cotidiana de dos millones y medio de personas, que no tenían ninguna necesidad de «síntesis».

A Kafka no se le escapaba que los oradores orientales no discutían de verdad, que más bien oponían, a todo lo que Brod objetaba y hubiera podido objetar, no argumentos, sino certezas religiosas y, en última instancia, *a sí mismos*, y puede que ésa sea la razón de que en el diario no dedique una sola palabra al núcleo conceptual de la confrontación. No merecía la pena, porque no era cuestión de argumentos, era una cuestión de *identidad*... una identidad que no se discutía, que más bien estaba enraizada en el cuerpo y en el lenguaje. Asombrado, sin ninguna ironía, Kafka observaba «la forma en que las judías orientales se entusiasman con parcialidad»: jaleaban a los suyos, daba igual que chillaran con voz de falsete, llevaran cuellos sucios o se repitieran hasta la saciedad. No se planteaban dudas acerca de «pueblo huésped» y «pueblo anfitrión», y no necesitaban a la «nación judía», porque tenían la comunidad. Ellos no conocían el tormento de la dualidad, la interminable reflexión de los individuos

separados del tronco común. No cabe duda de que también ellos pagaban un precio: había terquedad, limitación, oscurantismo en su actitud. Pero lo que Kafka retuvo en su memoria de esas imágenes fue la «naturalidad de la vida judía», la imposibilidad de no pensar en su *evidencia*.⁶

Sin duda Brod sintió algo parecido, aunque, como la mayoría de los sionistas de Praga (pero en abrupta contradicción con Kafka), prefería apartar la vista de las contradicciones insuperables.⁷ Para él fue sobre todo la convivencia con los numerosos niños y jóvenes judeo-orientales la que años después, cuando escribió sus memorias, recordaba de forma más agradable. Se fundaron «escuelas de emergencia» judías—una vez más, por iniciativa privada y con donativos de las logias B'nai-B'rith—para garantizar al menos una instrucción rudimentaria a los hijos de los refugiados. Entre alrededor de cien voluntarios, también se presentaron Brod y su esposa: Elsa enseñaba trabajos manuales, Max se encargaba de «Literatura universal». Fiel a la divisa de Buber de que había que llevar cuidadosamente a los judíos orientales a los niveles de instrucción occidentales, Brod hablaba a muchachas de Galitzia de entre quince y diecinueve años de las obras de Homero, Dante y Shakespeare, y manejaba como *literarios* los materiales bíblicos. Naturalmente, eso le reportó protestas de los padres ortodoxos. Les parecía inaudito que se enfrentara a sus hijas con contenidos religiosos que fueran más allá del conocimiento del ritual: al fin y al cabo, desde siempre la «enseñanza» judía había sido cosa de hombres. Pero esta vez Brod reaccionó con algo más de ingenio

⁶ Diario, 25 de marzo de 1915.

⁷ Acerca del tumultuoso acto que Kafka describe en su diario, *Selbstwehr* escribe, de manera muy característica: «También hoy tuvimos la impresión de que las diferencias existentes podían ser superadas con buena voluntad. La reunión fue muy numerosa y el público se comportó de forma bastante temperamental» («La reunión de la asociación del pueblo judío», 12 de marzo de 1915, p. 7).

y habló de las tentaciones a las que los hijos del Jasidim estaban expuestos en el oeste: «Si sus hijas no saben nada del judaísmo, ¿qué debe moverlas a no apartarse de nosotros?».⁸

Sin duda la ingenuidad, el ansia de saber y la atención de los niños galitzianos eran lo que más correspondía al sueño cultural sionista de unos judíos que no estuvieran mal formados. Eran seres con los que uno podía soñar sin tener que cavilar sobre síntesis culturales y sustancias espirituales, y tampoco Kafka se cansaba de ver esas caras tímidas pero hermosas y seguras de sí mismas: «tez aceitunada, párpados abombados, caídos, Asia profunda».⁹ Era como si sintiera tranquilidad, incluso curación a la vista de esa remota generación que, en medio de un océano de violencia, sabía mantener su dignidad infantil y parecía poseer la llave que daba a otro mundo. Visitaba a menudo a Brod durante sus clases, estiraba sus largas piernas bajo un banco escolar (naturalmente en la última fila) y participaba en algunas de las excursiones que los profesores hacían con los niños. Al parecer, el silencioso y siempre sonriente señor doctor inspiraba confianza, porque se entablaron relaciones que perduraron en los años siguientes: por ejemplo, con una tal «señorita Fanni Reiss» de Lemberg, a cuyos padres visitó Kafka y a la que pudo llevar a la Biblioteca Municipal y, en una ocasión, incluso al teatro. Tener confianza con una joven judeo-oriental: era—él no lo sospechaba—el anticipo de un futuro inimaginable.

Sin embargo, para la gran mayoría de los judíos germanoparlantes de Praga las barreras culturales fueron insuperables. Incluso entre los generosos donantes se encontraron pocos que estuvieran dispuestos a abrir la visera social del yelmo y aceptar conocimientos o incluso amistades. Además, ya a los pocos meses se hizo notar un funesto reflejo sociopsi-

⁸ Max Brod, *Una vida en conflicto*, p. 231.

⁹ Diario, 3 de noviembre de 1915.

cológico: la desdicha del individuo conmueve, pero la miseria de la masa despierta rechazo, incluso repugnancia. No es difícil despertar sentimientos de solidaridad cuando el donante sabe o incluso experimenta en persona a qué manos va a parar su donativo y qué beneficio concreto significa. Pero para hacerse cargo del abastecimiento de una masa anónima en constante crecimiento ya no basta con entregar mantas de lana en persona; los donantes tienen que adoptar una actitud por así decirlo administrativa, que prescinde completamente de las necesidades y condiciones de los receptores concretos (sobre todo de los extraños o desagradables)... algo que muy pocos consiguen. Además, la curiosidad de los pragueños por las increíbles historias que los refugiados traían de la zona de guerra pronto se agotó: los escenarios se repetían, y ya tenían bastantes preocupaciones propias.

Así ocurrió que el flujo de donaciones empezó a secarse cuando llegaron ya no vagones, sino trenes especiales enteros llenos de judíos orientales expulsados. Ocurrió que en medio de la rica Praga—rica a los ojos de los galitzianos—había familias que dormían en el puro suelo porque ni siquiera se podían conseguir sacos de paja, y los niños mendigos que ahora se veía con frecuencia creciente topaban con transeúntes cada vez más agresivos. «Imploramos la ayuda de todo aquel que tenga sentimientos humanos», se leía en *Selbstwehr* a finales de 1914, pero también este último llamamiento de emergencia del Comité de Ayuda de la Comunidad Israelita resultó poco fructífero. Antes de que se hubieran reunido la mitad siquiera de los donativos necesarios, el número de recién llegados se había vuelto a duplicar, y a la comunidad no le quedó más remedio que comunicar a las autoridades bohemias que sus recursos se habían agotado. El 18 de enero de 1915, por decreto del Ministerio del Interior, la ciudad de Praga quedó cerrada a los refugiados.

Cierre y expulsión. El fin de la «paz civil». O mejor: el fin de un eslogan de propaganda que sobrevivió apenas semanas a su propia popularidad. En Viena y Budapest, la libre elección de domicilio ya no existía desde diciembre. Concretamente, esto significaba que los nuevos refugiados que llegaban eran transportados forzosamente a pueblos o a campamentos para los que poco a poco fue tomando carta de naturaleza el concepto «campo de concentración».

El hecho de que un Estado en guerra internase en estos campos a miles de sus ciudadanas junto con sus hijos mientras al mismo tiempo sus esposos y padres combatían era algo sin parangón en la historia política de Europa anterior a 1933. Hasta hoy, ha caído un velo de ignorancia sobre él, y también en los testimonios de los contemporáneos el enfrentamiento cultural se superpone y oculta la catástrofe social. Pero en el entorno inmediato de Kafka tienen que haberse producido escenas de desesperación. Y si aún tenía la costumbre de pasear a primera hora de la tarde por los alrededores de la estación—su diario nada dice al respecto—, ya no se encontraría en un centro de urbanidad que le recordaba benéficamente a Berlín, sino en un lugar de transbordo, sucio y repleto, de la guerra. Trenes con heridos. Trenes con refugiados. Hacía mucho que allí ya nadie cantaba «La guardia del Rin».

El bloqueo de Praga siguió en vigor, aunque a lo largo del año 1915 la gran mayoría de los desplazados había vuelto a salir de la ciudad, y sólo cuando en 1916 una nueva ola de la miseria de Galitzia alcanzó el oeste, y dado que Praga, como capital regional, no podía quedarse mirando sin intervenir, se admitió hacer una excepción, con un plazo y un riguroso contingente. Se dejó pasar a tres mil quinientos nuevos refugiados: escogidos uno a uno, y todos cristianos.

34. LA GRAN PERTURBACIÓN

Lléname del orgullo que infunden tus méritos.

HORACIO, *Odas*, Libro III

En lo que a mí atañe, Felice, entre nosotros no se ha producido el menor cambio en estos últimos tres meses, ni para bien ni para mal. Yo, naturalmente, estoy dispuesto a responder a tu primera llamada, y habría contestado sin falta e inmediatamente a una carta tuya precedente a ésta, caso de haberla recibido. Ciertamente que no había pensado en escribirte—en el Askanischer Hof quedó demasiado patente la carencia de valor que poseen las cartas y todo lo que se dice por escrito—, pero, como mi cabeza sigue siendo la misma (también en lo que respecta a sus dolores, y esto hoy precisamente), no han sido pensamientos y sueños que trataban de ti lo que ha faltado; en cuanto a la vida común que hemos llevado en esa cabeza mía tú y yo, sólo de vez en cuando era amarga, generalmente era, por el contrario, una convivencia apacible y feliz [...]

Pero si no pensé en escribirte fue, sobre todo, porque nuestra relación me pareció que estaba clara en lo principal. Hacía ya mucho tiempo que habías caído en el error de invocar con demasiada frecuencia el hecho de que hubieran quedado cosas por decir entre nosotros. Lo que ha faltado no ha sido el decir cosas, sino el creer en las que se decían. Puesto que tú no dabas crédito a lo que oías y veías, pensaste que había cosas que no se habían llegado a decir. Fuiste incapaz de comprender la ascendencia que el trabajo tiene sobre mí; lo comprendiste, pero ni de lejos totalmente. Como consecuencia de esto no pudiste por menos que interpretar mal todas las rarezas que sólo la inquietud—y sólo ésta—por ese trabajo provocaba en mí, desconcertándote. Ahora bien, dichas rarezas (rarezas execrables, admitido, y para mí más repelentes que para nadie) ante ti se manifestaban con mayor virulencia que ante ninguna otra persona. Esto era muy natural, y no se daba sólo por despecho. Mira, tú no solamente constituías el mayor amigo, sino también, y al mismo tiempo, el mayor enemigo de mi trabajo, al menos desde el punto de vista de éste, y en consecuencia del mismo modo que

en el fondo mi trabajo te amaba de forma ilimitada, su instinto de conservación le hacía defenderse de ti con todas sus fuerzas. Y hasta el último detalle [...]

En mí ha habido, y hay, dos seres que luchan entre sí. El uno es casi tal como tú lo querías, y lo que le falta para colmar tus deseos habría podido alcanzarlo mediante una mayor evolución. Ni uno solo de los reproches que hiciste en el Askanischer Hof iba dirigido a él. El otro, en cambio, sólo piensa en su trabajo, ésa es su única preocupación, así como la causa de que las ideas más innobles no le sean extrañas, la muerte de su mejor amigo no representaría para él, en el primer momento, otra cosa que un obstáculo, si bien pasajero, para su trabajo, la compensación por esta bajeza radica en que también es capaz de sufrir por su trabajo. Esos dos seres luchan, pero no se trata de ningún auténtico combate en el que cada cual pelea a brazo partido. El primero depende del segundo, jamás, jamás—por razones internas—estaría el primero en condiciones de hacer morder el polvo al segundo, al revés, el primero es feliz cuando el segundo también lo es, y cuando el primero parece que va a salir derrotado, el segundo se arrodilla a su lado y no tiene ojos para nada excepto para él. Así es, Felice. Y, sin embargo, combaten uno contra otro, pese a que ambos podrían pertenecerte, lo único es que no se les puede hacer cambiar en nada, so pena de destruirlos a los dos.¹

«No se les puede hacer cambiar en nada». No era la primera vez que Felice Bauer tenía que oír eso. Nada *había* cambiado: en eso se engañaban o él o ella. Porque nunca antes había él trazado límites tan claros, y para su gran sorpresa su novia, su antigua novia, tenía que soportar ahora sus reproches casi sin filtrar, despojados de toda la diplomacia del amor. La humillante indiscreción del Askanischer Hof, que Kafka seguía sin perdonar después de un trimestre, la decoración de la casa que ella había querido imponerle... todo

¹ Carta a Felice Bauer de finales de octubre-principios de noviembre de 1914.

eso salía ahora detalladamente a la luz. Nunca antes, ni siquiera en el diario, había declarado con tal tranquilidad y determinación lo que podía y lo que no podía, lo que quería y lo que no quería. Kafka se tomó tiempo para escribir veinte páginas de carta.

También Grete Bloch había sentido ya esa nueva y terca reacción cuando llamó cautelosamente a su puerta a mediados de octubre, precisamente durante las vacaciones de Kafka, en la que quizá fuera la semana más productiva de su vida. Al parecer le habló de Felice—no se puede saber nada más preciso—y con ello volvió a entrar en su vida por la misma puerta por la que la había abandonado: como mediadora. Desde luego, no podía sospechar que Kafka estaba trabajando en ese momento en una novela que revelaba la profunda inutilidad de toda intercesión, y el tormento incurable de quien trata de salvarse mediante la intercesión. Tenía mala conciencia, quería arreglar algo. Pero Kafka no pensaba absolverla:

Su carta me sorprende mucho. No me sorprende que me escriba. ¿Por qué habría usted de no escribirme? Ciertamente que, según dice, yo a usted la odio, pero eso no es verdad. Aunque la odiara a usted todo el mundo, yo no la odio, y no sólo porque no tengo derecho alguno a hacerlo. Ciertamente que en el *Askanischer Hof* se rió usted en juez frente a mí—fue horrible para usted, para mí, para todos—, pero sólo fue así en apariencia, en realidad era yo quien estaba en su lugar, lugar que hasta el momento no he abandonado.²

De forma cuidadosa, casi ostentosa, Kafka evita todo término dubitativo o interrogativo que pudiera servir para ulteriores intentos de aproximación; estas frases son frías como piedras pulimentadas. Pero además—conforme ha señalado Canetti—la carta contiene un mensaje subconsciente

² Carta a Grete Bloch del 15 de octubre de 1914.

que era imposible no escuchar: la notificación de que Grete Bloch ha sido depuesta de su cargo de juez, y que ya no hay ningún tribunal exterior que Kafka reconozca.³ Con lo que, al mismo tiempo, el papel que ella cree representar aún en su vida se vuelve tan carente de importancia que ni siquiera queda margen para el odio. No sorprende que Grete Bloch necesitara toda una semana para encontrar una respuesta a esto. Pero en última instancia no logró reanimar la correspondencia.

Es una visión asombrosa, y un proceso de la máxima importancia, el éxito con el que Kafka convirtió entretanto sus puntos débiles en puntos fuertes, la manera compacta en que supo fundir los viejos reflejos psíquicos, que un día fueron de naturaleza completamente defensiva, en una nueva identidad más consciente de sí misma. «Di contra mí lo que quieras, no puedes empequeñecerme más de lo que yo ya lo he hecho». Con ese argumento, Kafka había sabido durante mucho tiempo escapar a toda crítica... pero el uso demasiado frecuente de este recurso menguaba su eficacia y, poco a poco, a la vista de todos, empezaban a transparentarse los sentimientos de inferioridad que subyacían al argumento. «No necesito juez, porque yo mismo lo soy». La afirmación es en el fondo la misma. Pero ahora aparece en cierto modo al revés, y sus espinas apuntan hacia fuera. Mientras la autoirónica y a veces encantadora contricción de Kafka recordaba siempre la conducta de ciertos acusados, el juez es una figura que inspira respeto. Kafka levanta un mito de su propio ser, con el que puede vivir y que no sólo cura su autoestima, sino que la refuerza, porque está orgulloso de su cargo de juez. E inventa un mito en el sentido literal del término: imagen, historia y explicación en uno. Kafka ya conocía la imagen desde hacía mucho: es la del «tribunal». La historia que se desarrolla la cuenta en *El proceso*. Y el mito del juez interior explica

³ Canetti [2012:420]

por qué Kafka tiene que sufrir y por qué ese sufrimiento no es absurdo, como antaño creía, sino necesario. Es un *mito privado* en el que Kafka sabe instalarse confortablemente.

Exactamente con los mismos medios se afirma luego contra Felice. Esa vacilación, esa eterna indecisión... al principio se la había pintado en colores tan vivos que por un tiempo pudo creerse a salvo de ese reproche: «Lo que quiero ahora al momento siguiente ya no lo quiero. Al acabar de subir la escalera, me quedo en el rellano sin saber jamás en qué estado me hallaré si entro en el piso».⁴ Eso era ingenioso, y pasó mucho tiempo antes de que Felice Bauer comprendiera que además era la verdad. Por fin, en el Askanischer Hof reventó porque todas esas autoacusaciones, creía ella, no servían para disculpar ni lo más mínimo.

Ahora, casi cuatro meses después de aquella debacle, Kafka tiene lista una sorprendente explicación. No puede ni quiere negar que le cuesta trabajo tomar decisiones y mantener las decisiones tomadas. Pero ello no se debe a un carácter inconstante, no es la falta de energía y firmeza la que hace difícil la vida a los demás. No, Kafka no vacila, está *dividido*, y eso es algo completamente distinto. Porque la indecisión es mera debilidad, pero la división tiene un punto de tragedia. ¿Acaso no es un signo de vitalidad sobrevivir con semejante constitución interior? Él no lo dice, pero es fácil pensarlo.

No hay que equivocarse: lo que Kafka pone en juego aquí no son recursos didácticos, y la invención de los dos combatientes no sirve tan sólo, por ejemplo, para hacer comprensible a Felice una vivencia interior para la que no existen conceptos. Kafka *crea* en esa imagen, y ya la forma y el modo en que la pinta de manera teatral y cariñosa demuestra su convicción de haber descubierto algo fundamental. Sin duda no era algo realmente original representar las fuerzas interiores

⁴ Carta a Felice Bauer del 28 de septiembre de 1912.

como personas autónomas en conflicto; también el psicoanálisis tiene predilección por este tipo de imágenes, y cabe pensar que Kafka sucumbiera a la suya propia porque las instancias psíquicas introducidas por Freud, que «actuaban» de manera autónoma, hacía mucho que se habían convertido en un concepto familiar. Pero Kafka no sigue la lógica de ese concepto, sino la de la imagen; toma ésta literalmente, la convierte en un acontecimiento mítico. La *imagen*: los dos combatientes. La *historia*: la lucha eternamente indecisa. Y una *explicación* maravillosamente sencilla y evidente de por qué Felice se siente atraída y repelida a la vez.

No esperaba volver a saber nada de ella. De vez en cuando recibía una carta de Erna, que le mantenía al día sobre el estado de ánimo de los Bauer; por lo demás, sólo soñaba con ella «como con una muerta». Viceversa, no sabía que también Felice estaba bien informada de que trabajaba como un poseso... fue Elsa Brod la que se esforzó en no dejar que los débiles hilos entre Praga y Berlín se rompieran del todo, y la que a su vez observó con atención la reacción de Kafka a los nuevos intentos de aproximación, e incluso se los comunicó por telegrama a Felice, que esperaba impaciente.⁵

«Muy contento conmigo mismo durante todo el día», escribía Kafka el primero de noviembre de 1914, el día en que empezó a redactar el balance solicitado por Felice, una obra accesoria, intempestiva, pero está claro que también un alivio. Por otra parte, enseguida tuvo claro que era imposible que una nueva sacudida emocional, sobre todo la espera de una respuesta, dejara de influir en *El proceso*: «ahora que se me ofrece una posibilidad de acercarme a ella, vuelve a ser el centro de todo. Sin duda ella perturba también mi trabajo». Eso habría de confirmarse pronto. Durante tres meses,

⁵ Diario, 16 de octubre de 1914. «Kafka otra vez con Felice, papel de Elsa en Berlín», se dice en un extracto del diario de Max Brod, según el cual también él estaba en el secreto del asunto.

incluyendo sus vacaciones, había soportado todas las contradicciones externas: la habitación desacostumbrada, el cambio en su ritmo de vida, los diarios y excitados debates sobre el destino del negocio, de la fábrica y de los dos cuñados, la visión conmovedora de los refugiados judeo-orientales y la necesidad de enfrentarse a su destino; sin olvidar las constantes noticias, deprimentes y fáciles de descodificar incluso para lectores más crédulos, sobre las derrotas austríacas. Noche tras noche, se había desprendido de todo eso para hacer lo que consideraba su irrenunciable deber. Pero de pronto regresaban el insomnio y los dolores de cabeza, y Kafka tenía que pasar algunas noches en la cama como todo el mundo, para recuperarse e impedir el desplome en la oficina. «Las culpables de ello son las cartas, intentaré no escribir cartas, o sólo muy breves», supo enseguida. Y se atuvo a ello. Hasta finales de enero, a lo largo de casi un trimestre, no se ha conservado una sola carta suya.⁶

Mil novecientos catorce, *annus horribilis*, un año de desgracias. Para Felice Bauer, incluso sin la guerra fue el más sombrío de su vida hasta ese momento. La bancarrota social y la emigración de su único hermano varón, las pérdidas patrimoniales, la preocupación por Erna, el fracasado compromiso con un funcionario de Praga, y finalmente las embarazosas preguntas de la Lindström AG, donde había renunciado—antes de tiempo, según se demostró—a un puesto brillante y ahora tenía que rogar que se le permitiera quedarse. Suficiente para un solo año, se podría pensar. Nada indicaba que el peor golpe estuviera aún por venir.

El 5 de noviembre, probablemente el mismo día en el que recibió el extenso memorial de Kafka, Carl, el padre de Felice, murió a la edad de sólo cincuenta y ocho años. Las cir-

⁶ Diario, primero de noviembre, 15 de octubre y 3 de noviembre de 1914.

cunstancias exactas no nos han llegado, pero fue una muerte rápida y abrupta, por infarto, para la que nadie estaba preparado.

Las constantes pruebas a las que su familia se había visto expuesta tampoco podían haber dejado de hacer su efecto en Carl Bauer, y como su *laisser-faire*, precisamente en malos tiempos, llevaba a nuevas disputas conyugales, tenía que soportar cada desgracia por duplicado. Al parecer, el paso en falso de su hija Erna había llegado a sus oídos, sin hacerle perder la compostura moral. Agradecida, ella escribió: «Nada le era ajeno, aunque ya no era joven, nunca había olvidado que había sido joven una vez, lleno de sangre ardiente e impetuosa, por eso tenía tanta comprensión para todas las debilidades y los fallos de sus hijos».⁷ Sin duda la desdicha de Felice le afectó, incluso había suspendido un viaje de negocios para salvar lo que se pudiera salvar. Aun así Felice era fuerte, sabría salir adelante, y al fin y al cabo no había ocurrido nada que no se pudiera arreglar en circunstancias mejores. En cambio, la despedida de su único hijo varón—una despedida para siempre, según se decía a sí mismo—era una catástrofe vital comparable al trauma de los hijos caídos en el frente que ahora dejaba heladas a innumerables personas de su generación. Si realmente existe la posibilidad de una «muerte por rotura del corazón», Carl Bauer tenía un alto nivel de riesgo de sucumbir a ella desde la primavera de 1914.

Pero en medio de la guerra la muerte se convierte en una pálida costumbre, habita en casi todas las familias, la compasión ante la muerte de otros se atenúa, el tiempo de luto público y privado se acorta. Donde mueren muchos, los supervivientes se quedan solos. Además, la idea de la guerra se abre paso también hasta la muerte pacífica, que amenaza con

⁷ Erna Bauer a Kafka, 2 de diciembre de 1914. De las manifestaciones de Kafka no se desprende si entretanto sabía de qué se estaba hablando.

perder importancia. «Probablemente la culpa de este fracaso habrá también que achacársela en gran medida a la guerra, pues las grandes emociones cotidianas no se quedan en la ropa», escribió la madre de Kafka en su carta de condolencia. Y añadía una frase cierta, aunque no precisamente consoladora, que sin duda hubiera omitido en tiempos de paz: «si se reflexiona bien, lo peor no es la muerte».⁸

La noticia no podía llegar en peor momento para Kafka. Acababa de prometer a Felice una respuesta, le pidió incluso que confirmara telegráficamente la llegada de su carta gigante. Pero cuando ese telegrama llegó contenía un mensaje completamente distinto, que le devolvió a la conversación consigo mismo que llevaba ya meses manteniendo. Porque en Berlín tenían ahora otras preocupaciones.

Era la peor prueba que su nuevo mito personal tenía que soportar, apenas levantada y revestida su estructura más primaria. Si la noticia hubiera llegado un año antes, el sentimiento de culpa le habría consumido. Ahora en cambio buscó enseguida el concepto y la imagen correspondiente para evitar que la desgracia pusiera en marcha el carrusel de las autoacusaciones inútiles y encajarla en un contexto en el que de alguna manera tuviera un sentido. Kafka buscaba una interpretación que dejara a salvo su recién ganada autonomía, y esa interpretación no se hizo esperar mucho.

Mi relación con la familia [Bauer] sólo adquiere para mí un sentido unitario cuando me considero a mí mismo la perdición de la familia. Es la única explicación orgánica que hay, la única que supera sin dificultad todos los asombros. Es también el único vínculo real que subsiste en este momento entre yo y la familia, pues, por lo demás, en cuanto a los sentimientos estoy completamente sepa-

⁸ Carta de Julie Kafka a la familia Bauer del 27 de noviembre de 1914.

rado de ella, aunque no más que lo estoy quizá del mundo entero. (Una imagen de mi existencia en este aspecto la da una estaca inútil, cubierta de nieve y escarcha, apenas hincada oblicuamente en el suelo, en un campo removido hasta muy hondo al borde de una gran llanura en una oscura noche de invierno). Sólo la perdición actúa. He hecho desdichada a Felice, debilitado la capacidad de resistencia de todos los que ahora la necesitan tanto, contribuido a la muerte de su padre, separado a Felice y Erna y, finalmente, hecho desdichada también a Erna, una desdicha que, según todas las previsiones, seguirá haciendo progresos [...] además, he sufrido tanto que ya no me recuperaré nunca (mi sueño, mi memoria, mi energía mental, mi capacidad de resistencia a las más minúsculas preocupaciones están incurablemente debilitadas, y, cosa extraña, vienen a ser las mismas consecuencias más o menos que las que arrastran consigo las largas penas de prisión)...⁹

Es preciso prestar mucha atención: «Yo soy la perdición». Esto parece un suicidio moral, una acusación que no podría ser más devastadora. Y, sin embargo, se percibe el alivio semántico que Kafka se permite. Porque sólo es perdición aquella que «actúa»; él mismo está «destinado» a cuidar de que siga actuando, y ya ha cumplido su condena. Sí, es vergonzoso lo que hace a esa familia, pero también tiene su lado trágico: la aparente predestinación del gran crimen, que no es sólo la intensificación del pequeño. Kafka lucha por la coherencia de su mundo, y arroja de sus hombros ese exceso de culpa que le aplastaría, que volvería a desterrarlo de su escritorio y a arrojarlo a un torbellino de miedo y aburrimiento. Kafka lucha por su trabajo. Y mientras en su escritura empiezan a entrar cada vez más elementos de ese mito privado, empiezan por así decirlo a reproducirlo, la autointerpretación mítica proporciona la protección y la energía que Kafka necesita ahora para poder trabajar.

Y mantiene el equilibrio. Los revulsivos mensajes de Gre-

⁹ Diario, 5 de diciembre de 1914.

te y Felice, la noticia del fallecimiento... Kafka se atasca, desesperado, cree que todo ha terminado, cuando de pronto se abren nuevos canales y la corriente acumulada sigue arrasándolo. El 18 de diciembre—todavía se sienta noche tras noche sobre las actas de su *proceso*—, Kafka empieza una nueva narración, «El maestro de pueblo»; en los últimos días del año, otra, «El fiscal suplente»; a principios de enero se niega a ceder a sus grandes deseos de «empezar una nueva historia», y poco después empieza otro cuaderno con un texto sobre los notorios «Caballos de Elberfeld» y sus supuestas capacidades matemáticas. Sin duda Kafka conocía el relato de Maurice Maeterlinck en la *Neue Rundschau*, en el que defiende narrativamente las capacidades intelectuales de esos caballos; la disputa se remontaba ya a años atrás. Pero a Kafka no le interesaban los caballos, necesitaba la *imagen*, nada más. Se propuso «consagrar a su verdadero trabajo la mayor parte de la noche», dice el fragmento de Elberfeld sobre el discutido adiestramiento, y se comprende a qué «caballos» se hace referencia aquí. Poco después viene la confirmación en el diario: «he comenzado una nueva historia, pues tuve miedo de estropear las antiguas. Ahora están erigidas delante de mí cuatro o cinco historias como los caballos delante de Schumann, el director de circo, al comienzo de su número».¹⁰

Las circunstancias que acompañaron los seis meses que duró aquella fase de inspiración fueron desdichadas, paradójicas, hasta extravagantes. Casi parece increíble que Kafka, que durante años se había retratado a sí mismo como una figura vacilante, lograra mantener en tales condiciones la tensión

¹⁰ Maurice Maeterlinck, «Die Pferde von Elberfeld. Ein Beitrag zur Tierpsychologie», *Neue Rundschau*, 25, n.º 6 (1914), pp. 782-820. «Elberfeld» (OC III, 464). *Diario*, 18 de enero de 1915.

entre el cosmos interior y exterior mientras al mismo tiempo ganaba autonomía. Y todo eso en un estado de aislamiento intelectual que apenas tiene equivalente entre los autores importantes de su tiempo. ¿Con quién iba a poder hablar de literatura? Ahora veía raras veces a Felix Weltsch, porque era inconsolable y sembraba además la idea de que uno era testigo de un matrimonio obviamente desdichado. Hacía mucho que no sabía nada de Wolff. También los contactos con Weiss y Musil se habían roto desde el comienzo de la guerra. Con esto se secaban las fuentes de un múltiple impulso literario, y se cerraban todas las perspectivas que llevaban más allá de Praga. Precisamente ahora que Kafka llenaba los cajones con paquetes de hojas escritas, no hubiera sabido decir si se daba por satisfecho con la felicidad del acto de escritura. ¿Para qué todo eso, para quién? Hablaba del trabajo nocturno como de una «obligación». Pero sólo su persistente gusto por la lectura en voz alta permite dudar de que no estuviera pensando al decirlo en la versión protestante del cumplimiento del deber, que no precisa de testigos.

Sin duda resultó un acicate la energía y la resistencia con la que Brod se había mantenido fiel a su gran novela, a pesar de los múltiples trastornos. Entretanto *El camino hacia Dios de Tycho Brahe* estaba terminada, y Brod había logrado incluso convencer a René Schickele, el nuevo editor de *Weisse Blätter*, para que publicara la extensa obra por entregas... una decisión con la que Schickele atascó la revista y casi la arruinó. Seguro que Kafka se sentiría conmovido al abrir el primer número del nuevo año: Brod no había dedicado la novela a ninguno de sus compañeros de lucha política, sino «a mi amigo Franz Kafka»: signo de una cautelosa y nueva aproximación que sin duda sólo el renovado interés de Kafka por los judíos orientales había hecho posible. Pero por mucho que Kafka admirase la tenacidad con la que Brod se abría camino en el mercado literario, y por convencido que Brod estuviera de que su amigo era «el creador más grande de nues-

tro tiempo».¹¹ Eso no significaba una sintonía *estética*, y las exuberantes especulaciones de Brod sobre el valor que la literatura tenía para los fines del sionismo no eran en modo alguno el *feedback* que Kafka hubiera podido aprovechar ahora. Sin duda no es casualidad que en las anotaciones de este primer invierno de la guerra reaparezcan con más frecuencia las preferencias literarias de Kafka, y que—dejando a un lado su natural inclinación por las más variadas lecturas—se detuviera casi un año en un autor al que sentía psíquicamente próximo: Strindberg. «No lo leo por leerlo, sino para apoyarme en su pecho», se dice con mucha claridad en su diario.¹² Strindberg había demostrado que era posible salir de las más profundas y amenazadoras crisis a través de la literatura, y sólo esa demostración, más allá de todos los paralelismos de contenido, representaba para Kafka un aliento que a veces significaba más para él que las palmadas de consuelo de sus amigos más íntimos. Desde luego, también Strindberg había trabajado siempre rápido, con tenacidad y mirando de reojo al público: un prodigio de productividad que se podía admirar, pero era imposible imitar.

Brod desaprobó, siempre que tuvo noticia de ella, la tendencia de Kafka a lanzarse constantemente a nuevas historias, y no es difícil adivinar sus razones. Incluso en el propio balance de trabajo de Kafka, confeccionado con motivo del cambio de año—del todo en contra de su costumbre, según señaló expresamente—, tenía que confesarse que, aparte de *En la colonia penitenciaria* y otro capítulo de *El desaparecido*, no había podido terminar nada, nada en todos esos cuadernos, en todas esas noches. Era preocupante, pero seguía sin ser una derrota irrevocable. Porque si Kafka hubiera estado en condiciones de contemplar de modo más intensivo pasadas

¹¹ Brod anotó esto en su diario el 10 de abril de 1915, después de haber oído otros dos capítulos de *El proceso*.

¹² Diario, 4 de mayo de 1915.

situaciones, habría tenido que decirse que la copa no estaba medio vacía, sino medio llena: las condiciones externas a las que había arrancado *En la colonia penitenciaria* y el muy avanzado *El proceso* eran infernales comparadas con las molestias que, dos años antes, le habían parecido tan destructivas que no creía poder seguir viviendo. Si estaba en condiciones de resistirse a tales condiciones, aún había esperanza. Suponiendo, desde luego, que las cosas no empeorasen. Pero ¿acaso era posible «no empeorar» en medio de una guerra mundial?

A principios de enero de 1915, Paul Hermann, el hermano del cuñado de Kafka, Karl, fue reclutado para el servicio militar. Ya se habían producido frecuentes discusiones acerca de la decadencia de la fábrica de asbesto de los Kafka, que Paul Hermann dirigía provisionalmente, pero no se había llegado a ninguna decisión que supusiera intervenir de manera enérgica. ¿Quién iba a vigilar los dudosos negocios de Paul, quién iba a sustituirle? Ahora esa pregunta se respondía por sí misma, porque con una nueva negativa Kafka habría cruzado una última línea y se habría declarado enemigo, «perdición» de su propia familia. Hacía mucho que no quedaba expectativa alguna de que la mísera empresa pudiera contribuir en lo más mínimo al ascenso social del clan. La producción se había detenido—probablemente por falta de materias primas, que no se podían seguir importando en medio de la guerra—y todo lo que por el momento se podía hacer era levantar un inventario y consolar tanto a clientes como a los acreedores con frases lo más persuasivas posible, para aplazar un poco más la quiebra total.

El 4 de enero Kafka escribe: «Y mañana voy a la fábrica; cuando Paul se incorpore al ejército, quizá tenga que ir todas las tardes. Eso es el fin de todo».¹³ Así fue. Ya en la noche si-

¹³ Diario, 4 de enero de 1915.

guiente tuvo que interrumpir «El maestro de pueblo» y «El fiscal suplente», y a pesar de hacer desesperados esfuerzos de salvar por lo menos *El proceso*, la presión exterior resultó más fuerte: un tumulto de nuevas distracciones, que colmó la medida y apenas dejó un hueco para la reflexión en la agenda de Kafka. El feliz azar de que Paul Hermann fuera enviado a Praga después de cuatro semanas de instrucción militar llegó demasiado tarde para Kafka. Había dado la espalda a su trabajo demasiado tiempo. La puerta se había cerrado.

«¿Por qué no intentas hacer algo con la fábrica?». Era la voz de Felice, la voz amada, la voz temida. Probablemente Kafka la oyera de vez en cuando al teléfono, porque las cartas no sólo perturbaban el ánimo, eran lentamente arrastradas de ciudad en ciudad y, bajo la mirada de los censores que desde el principio de la guerra había en todas las oficinas de correos, perdían esa intimidad que compensaba *casi* todos los tormentos.

En Navidad, no había habido sitio para él en la mesa de la enlutada familia. Así que se acordó un encuentro para enero... Kafka iría a Berlín un fin de semana, como siempre. Pero habían pasado los tiempos en que se subía a un tren de largo recorrido con tan pocas complicaciones como a un tranvía. El Estado, preocupado de que los hombres en edad militar pudieran escaparse, había transformado el pacífico cruce de las fronteras en una carrera de obstáculos burocráticos. Había que aportar sólidos motivos por escrito, y por eso los Bauer procuraron a Kafka telegramas que le llamaban a Berlín por urgentes asuntos familiares. Pero, aunque él, experimentado en la lentitud de las autoridades, había solicitado el viaje con tiempo—visita a su «novia», con nombre, dirección, ascendencia, aparte de la presentación de los telegramas—, la delegación del gobierno austrohúngaro en Praga se mostró incapaz de tener los papeles a tiempo. Así que

Kafka no pudo volver a ver el Askanischer Hof, un dolor que difícilmente se habría ahorrado por sí mismo.

Felice encontró una salida. Como de todos modos tenía que hacer un viaje de trabajo después del previsto fin de semana en común, daría un rodeo por la frontera germanoaustríaca; le darían fácilmente el pasaporte. Bodenbach, se llamaba la estación fronteriza de Bohemia en la que Kafka tenía que bajar de su tren... una pequeña ciudad industrial a orillas del Elba, que conocía más de lo que le hubiera gustado debido a sus expedientes de seguros, y en la que, en sus anteriores visitas profesionales, nunca se le hubiera ocurrido que algún día bajaría del tren por motivos «privados». Ahora Bodenbach era un punto de encuentro para parejas, y los hosteleros se habían acostumbrado a la nueva clientela.

Es de una comicidad abismal—y sin duda fue uno de los no pocos momentos «kafkianos» de la vida de Kafka—que hiciera falta la lentitud de las autoridades para procurarle el primer encuentro a solas con la mujer anhelada, lejos de todos los parientes y conocidos, en un entorno completamente anónimo, el primer encuentro libre de vigilancia familiar después de casi dos años y medio. No fue una noche, puede que no fuera ni siquiera un día entero. Pero sí lo bastante largo como para constituir la prueba de la promesa incommensurable que se había acumulado en centenares de cartas.

La sexualidad era el tema de este examen: tanto Kafka como Felice Bauer lo tenían completamente claro. Él había viajado el sábado, había cogido una habitación de hotel, y Felice llegó el domingo, probablemente a mediodía. Comieron juntos en un restaurante, luego fueron al cuarto de Kafka y allí estuvieron solos durante dos horas. «Llevar a la habitación» a una mujer era en aquellos tiempos sinónimo de sexo. La situación era inequívoca, exigía claridad, y en ningún caso—Kafka lo sabía—Felice se hubiera expuesto a tal situación si no hubiera estado dispuesta a la ternura. «Qué

formales estamos aquí juntos», dijo al cabo de un rato. Eso no era una frase, era un gesto que revelaba ya casi impaciencia. Una dama no podía ir más lejos. Pero Kafka calló y no se movió. No sentía ninguna cercanía, ningún deseo. Sentía vacío. Esta mujer—había constatado una vez en el diario—era la «persona más ajena» con la que nunca se había encontrado. Y allí, en la intimidad de la habitación cerrada, tuvo la confirmación, que no podía ser más decepcionante.

A mi alrededor, nada más que aburrimiento y desolación. Aún no hemos tenido juntos ni un solo momento bueno durante el que yo haya respirado con libertad. Excepto en las cartas, nunca he tenido con Felice esa dulzura de la relación con una mujer amada que tuve en Zuckmantel y en Riva, sólo admiración, sumisión, compasión, desesperación y desprecio por mí mismo ilimitados. También le he leído algo mío, las frases se embrollaban de forma repulsiva, sin la menor conexión con la oyente, que estaba tumbada en el canapé con los ojos cerrados y acogía mi lectura sin decir palabra.¹⁴

Intuimos cuál sería el panorama detrás de aquellos párpados. Felice Bauer estaba cansada. Había pasado la noche haciendo preparativos de viaje, tenía a sus espaldas un largo viaje en tren. Quizá quería arreglar algo, y lo que hacía pocos meses le había irritado hasta la furia aparecía bajo una luz más suave tras la muerte de su padre. Pero ahora, aquí, en esta habitación de hotel, lo encontraba todo como lo había dejado. El hombre con quien un día había celebrado su compromiso se mantenía inalcanzable, opaco, una voz sin cuerpo. Y si cerraba los ojos era como si le leyera una carta.

Kafka le leyó también el cuento del portero, el corazón de *El proceso*. Es la historia de un hombre que se pasa la vida a la puerta de «la Ley», y espera en vano que se le permita entrar... para enterarse, al final, de que esa entrada estaba destinada sólo a él. Felice escuchó con más atención. Quizá en-

¹⁴ Diario, 24 de enero de 1915.

tonces entendió por qué Kafka hablaba siempre de la «verdad» que una historia tenía que tener, aunque no se pudiera formular esa verdad de manera más clara que la historia misma. ¿Acaso no estaba también él delante de una puerta abierta como una invitación? No había ningún guardián en todo el alcance de la vista. Y, sin embargo, Kafka no entró. En vez de hacerlo leyó una historia de entradas, porteros y vanas esperas.

10 de febrero de 1915: Kafka volvía a meter cuidadosamente ropa, libros y manuscritos en su maleta. La hermosa y silenciosa vivienda de Elli era reclamada por la familia, él llevaba días buscando un nuevo lugar donde quedarse, por fin había encontrado una habitación en la ciudad vieja, en una casa que conocía desde hacía mucho: Bilekgasse 10, la dirección de Valli y su ruidoso marido Josef Pollak.

Por primera vez, Kafka vivía como *realquilado*; y, si lo miramos con atención, su existencia se había aproximado un paso más a la falta de domicilio de su protagonista Josef K., porque, como él, ahora era *subarrendatario*, con una patrona que le llevaba el desayuno por la mañana, y con vecinos que no vivían al otro lado del descansillo de la escalera, sino detrás del papel de la pared. Y aunque hacía mucho que había anticipado de forma literaria esa estrechez, esa cercanía involuntaria que asediaba al soltero, le parecía como si ahora tuviera que desesperarse por ella desde el primer momento.

Y con todo, no ha sucedido nada de particular, todo el mundo está lleno de consideraciones hacia mí, para complacerme mi patrona se volatiliza hasta convertirse en una sombra, el joven que ocupa la habitación contigua vuelve por las tardes cansado del trabajo, da unos pocos pasos apenas y ya está metido en la cama. A pesar de todo la vivienda es pequeña, se oye el abrir y cerrar de las puertas; la

patrona se pasa el día entero callada, pero antes de irse a dormir no puede por menos que susurrar algunas palabras al otro inquilino; a ella apenas se la oye, al inquilino se lo oye un poco: los tabiques son lo que se dice espantosamente finos; para consternación de la patrona, he parado el reloj que hay en mi habitación, es lo primero que hice cuando entré, pero, como contrapartida, el reloj de la habitación de al lado da las horas con un sonido tanto más fuerte, procuro no prestar oídos a los minutos, pero las medias horas las marca ensordecedoramente, aunque de forma melódica; me resulta imposible representar el papel de tirano y exigir también la detención de ese reloj. Además, no serviría de nada, siempre tendrá que haber unos pocos susurros, sonará la campanilla de la puerta, ayer el inquilino tosió dos veces, hoy ha tosido más, su tos me hace más daño a mí que a él. No puedo enojarme con nadie, esta mañana la patrona me presentó sus excusas por los cuchicheos, dijo que había ocurrido sólo excepcionalmente, pues el inquilino se había cambiado de habitación (por mi causa) y la patrona quería llevarle a su nuevo cuarto; además me dijo que pensaba poner delante de mi puerta una gruesa cortina. Muy amable, pero lo más probable es que me despidan el lunes.¹⁵

Kafka tenía del todo claro—lo dice expresamente, en esta carta y en el diario, pero la comicidad de su relato lo pone más que de manifiesto—que no oía un nivel de ruidos mensurable en decibelios, sino a personas ajenas, de ahí que su tormento resultara sobre todo de que su radio de intimidad se veía perturbado y atravesado por los vivos. Ciertamente, no era posible transmitir a alguien que no escribe la tranquilidad que necesita la escritura. Pero esa tranquilidad tampoco la había tenido con sus padres, ni siquiera los sanatorios que conocía podían garantizar una paz supraterrrenal como la que él anhelaba. Curiosamente, sin embargo, la patrona de Kafka parece haber luchado por conservar a un arrendatario tan extremadamente nervioso, porque, según él cuenta

¹⁵ Carta a Felice Bauer del 11 de febrero de 1915.

a Felice: «Casi cada mañana se acercaba la vieja señora a mi cama y me susurraba nuevas propuestas de mejora, mediante las cuales tenía la intención de incrementar aún más la tranquilidad del alojamiento».¹⁶ No sirvió de nada. Al cabo de un mes, Kafka volvió a hacer la maleta.

Lange Gasse 18, casa Zum goldenen Hecht. Una habitación haciendo chaflán en el quinto piso, con balcón, justo enfrente de la casa que había alquilado antaño para irse a vivir allí con Felice y de la que tanto esfuerzo le había costado librarse. Por un instante, Kafka fue casi feliz: sol por dos lados y amplias vistas sobre los tejados de la ciudad vieja; le admiraba que esas cosas ensancharan por sí solas el pecho e insuflaran nueva esperanza. Pero enseguida alguien empezó a jugar a los bolos sobre su cabeza: una pesada bola corrió en diagonal por el techo de la habitación, chocó con el rincón y rebotó pesadamente. Kafka llamó a la nueva patrona, señaló hacia arriba. Bueno, dijo ella, arriba estaban los desvanes, aparte de ellos tan sólo un estudio, pero no estaba arrendado. Así que no *podía* haber nada. Entonces, respondió Kafka, ese ruido forma parte de los tormentos sin motivo de este mundo, que precisamente por eso no se pueden subsanar. Fue como si entregara una tarjeta de visita: «Doctor Franz Kafka, neurasténico». Ahora sabían a qué atenerse con él.

Pero incluso para tipos así se habían discurrido remedios: Ohropax, una masilla para taparse los oídos, fabricada por una empresa de Berlín. Kafka encargó una caja. Por encima de su cabeza siguieron rodando las ruedas mecánicas del ascensor. Estaría dos años en esa habitación.

Quizá debía comprarse un perro. Un perrito fiel, por ejemplo, del tipo del *fox terrier* que los Kafka habían tenido hacía mucho tiempo. Quien tiene un perro no está del todo

¹⁶ Carta a Felice Bauer del 3 de marzo de 1915.

solo. Un perro entretiene y siempre es agradecido. Por otra parte, un perro también tiene sus desventajas. Es inevitable que traiga suciedad a la habitación, porque no se le puede estar bañando todo el tiempo. Los perros también enferman de vez en cuando, lo que siempre resulta molesto y, en el peor de los casos, nauseabundo. E incluso si se conserva sano, un día envejecerá. «Y entonces no nos quedará más remedio que contemplar los achaques del animal medio ciego, de pulmones debilitados y obeso corpachón ya casi inmóvil, y así pagar caras las alegrías que nos diera en los años anteriores».¹⁷

Reflexiones de un «soltero entrado en años». Blumfeld es su nombre, y Kafka lo inventó en febrero de 1915, como un último intento de tomar nuevo impulso, como el último modelo, durante largo tiempo, de esa existencia fútil y vacía que—desde *La condena*—había levantado como una amenaza ante sus propios ojos. Blumfeld es un retrato silueteado de su autor (aunque vive en un *sexto* piso, quizá en un estudio hasta entonces vacío), pero al mismo tiempo es la sombra de Josef K. (cuyo nombre también aparece en el manuscrito, tachado a toda prisa). Porque, igual que el acusado de *El proceso* se pierde en interminables consideraciones acerca de la esencia del tribunal y consume su vida de ese modo, Blumfeld sigue las ramificaciones de una posible desdicha futura que elude, inteligentemente, evitando la vida, ya sea humana o canina. El golpe que hace descarrilar la vida de Josef K. aparece aquí, por así decirlo, repartido en una sucesión de irritaciones, y mientras Josef K. todavía alcanza cierta talla en virtud de la tarea en verdad metafísica que le asedia, Blumfeld se roza hasta hacerse sangre con los guijarros de la cotidianidad.

Blumfeld quiere sobre todo paz, la paz de los cementerios, y por eso vive la realidad como una barrera de perturbacio-

¹⁷ «Blumfeld» (OC III, 468).

nes. Cuando llega a casa una noche, encuentra en su cuarto dos saltarinas pelotas de ping-pong que, de manera mágica, se mueven solas y le siguen como si estuvieran a su servicio. Elucubra un plan para librarse de las pelotas sin llamar la atención, pero se ve perturbado por dos niñas pequeñas. Luego va a su oficina, donde dos jóvenes aprendices que supuestamente han sido asignados para ayudarlo convierten en tormento la jornada de trabajo con su pueril agitación.

Con perceptible placer masoquista, Kafka prueba aquí un modelo tan sencillo como susceptible de infinitas variaciones: la fuente de alteración que aparece en forma de un ser doble e indistinguible, la perturbación «en estéreo», que uno siempre tiene detrás, junto a uno o debajo de uno, pero cuya causa jamás llega a ver: ese tipo de perturbación que raras veces se experimenta en un hogar burgués, pero es casi forzoso en las habitaciones de alquiler y los cuartos de hotel. Kafka sólo apunta las posibilidades de variación, porque la historia de Blumfeld quedó incompleta: aun así, treinta páginas manuscritas, el texto coherente más largo—y el más cómico—que Kafka logrará escribir en años. En *El castillo* retomará y llevará a su cumbre ese modelo de perturbación. Porque los dos «ayudantes» del agrimensor que entran por la ventana cuando los echa por la puerta son personajes de comicidad anónima, ridículos como adversarios y al mismo tiempo plagas que no se sabe qué tipo de divinidad ha impuesto al mundo para convertirlo en infierno.

Pero la herida no duele por tocarla, duele porque es una herida. Ni siquiera Kafka habría sabido decir qué fue primero: si los nervios sobreexcitados, el dolor de cabeza o el ruido. Pero sabía que todo eran ecos que salían de su propio interior. No es casual que los aprendices de Blumfeld, como los ayudantes de *El castillo*, sean llamados expresamente por aquel a cuyo tormento están destinados. También el ruido del mundo es un eco que se convierte en ruido incesante en la caja de resonancia de una vida solitaria y

vacía. El Ohropax de nada sirve contra eso, qué duda cabe. Pero quizá un perro... Sí, un perro también tiene ventajas; a pesar de todo, Blumfeld debería comprarse un perro. Y si Kafka hubiera terminado la historia y hubiera, como siempre, buscado un final lo más lógico, formalmente riguroso, cómico y cruel posible, es fácil imaginar la ocurrencia adecuada para él: Blumfeld consigue su perro, gratis y a domicilio. Pero le llevan *dos*.¹⁸

35. EN TIERRA DE NADIE

No me lo habría podido imaginar...
Han tenido que contármelo.

HANS HENNY JAHNN, *Fluss ohne Ufer*

«El teniente Trotta pasó en el tren diecisiete horas. En la decimoctava apareció la última estación ferroviaria oriental de la monarquía. En ella se bajó». El reino que Joseph Roth describe en *La marcha Radetzky*, años después de la definitiva ruina del Imperio habsbúrguico, es un reino de leyenda, más allá de la Historia. Un reino en el que los botones de los uniformes brillan, las canosas perillas están cuidadosamente peinadas y el emperador paga las deudas de sus servidores. Pero la información ferroviaria de Roth es correcta, conoce el tramo, porque en aquella estación terminal está su lugar de nacimiento.

Para Kafka fue demasiado tarde para hacer una excursión a la frontera, porque la frontera ya no existía. En el verano de 1914 habría tenido la última oportunidad de visitar las garitas

¹⁸ Al día siguiente de comenzar el manuscrito de «Blumfeld», Kafka habla de su «historia del perro» (diario, 9 de febrero de 1915; OC 11, 549). Esto podría ser una referencia a que para el motivo estaba de hecho previsto un papel más destacado de lo que el fragmento permite advertir.

de vigilancia austrohúngaras más orientales, muchas de las cuales estaban en medio de pantanos, rodeadas de lodo, polvo y el concierto incesante de miles de ranas, y en las que la única distracción era un cómodo tráfico de barriles de aguardiente y desertores. Pero ¿quién iba a ir a Galitzia antes de la Gran Guerra? «Nunca he visto Lemberg y Czernowitz y quizá visite cien ciudades italianas antes de que se me ocurra viajar a Galitzia», escribía Max Brod en el otoño de 1914. Así hablaba un sionista cultural de Praga, uno de los pocos urbanitas que habría tenido *motivos* para un viaje al Este, en contra de la corriente. Y proseguía: «Pero cuando quisieron quitarme Lemberg y Czernowitz sentí en mi cuerpo que me pertenecían y que no podía pasarme sin ellas». Ahí estaba otra vez la voz del patriota judío.¹

Sin embargo, esa voz se había atenuado mucho. Uno recordaba los desfiles de lealtad al emperador ante el Ayuntamiento viejo, los obuses adornados con flores, como imágenes de épocas remotas, y era difícil hacerse a la idea de que ni siquiera hacía un año de todo eso. Praga se había vuelto gris, las plazas, los parques, las estaciones, todos los espacios públicos empezaban a estar abandonados sin que fuera posible ignorarlo, y la gente en las colas ya no discutía sobre victorias y derrotas, sino que se quejaba de los precios, de la diletante planificación económica de las autoridades y de la desvergonzada buena vida que llevaban los pocos que obtenían beneficio con la guerra, objeto de irritación para los más desvalidos. No cabía seguir negando que la vida cotidiana en las ciudades del Imperio habsbúrguico estaba repleta de carencias, y éstas, a su vez, no obedecían tanto a las dis-

¹ Max Brod, [sin título], *Zeit-Echo. Ein Kriegstagebuch der Künstler*, Múnich, n.º 3, octubre de 1914, p. 31. Al parecer, sus experiencias con refugiados de Galitzia no pudieron modificar esta actitud, porque un trimestre después Brod volvió a escribir estas frases (en «Sentido de una transformación del Estado», *Die Weissen Blätter*, julio-septiembre de 1915).

posiciones de los boletines oficiales como a las sencillas leyes del mercado negro. No servía de nada limitar al cien por cien el aumento de los precios de los alimentos básicos mientras la cantidad de dinero en circulación fuera aún mayor que el hambre. Al cabo de sólo un año de guerra los precios de los alimentos se habían duplicado y triplicado en Praga, y desde la llegada del invierno todos mascaban el «pan de guerra» hecho con el cereal reducido.

En abril de 1915 llegó el inevitable racionamiento, en primer lugar del pan y la leche. Una medida que, según decían los comunicados, pretendía servir ante todo a la justicia distributiva. Eso sonaba bien, pero causaba malentendidos. Porque los «cupones del pan» (un concepto nuevo, que en el Berlín acostumbrado a las victorias se conocía ya desde principios de febrero) no eran en modo alguno, como se creyó al principio, el equivalente al pan. Sin duda daban a cada ciudadano el derecho a la diaria adquisición de una ración básica (140 gramos, correspondientes a unas 350 calorías), pero esos cupones no servían de nada si los estantes estaban vacíos. Y en Praga, donde antes de la guerra había unas trescientas panaderías, los de doscientos ochenta de ellas estaban vacíos, porque estaban cerradas.

De las cartas y anotaciones de Kafka no se desprende cuáles fueron las repercusiones de esta decadencia en su entorno inmediato. Era un hombre frugal, indiferente al dinero y por tanto en cierta medida sordo ante las tempranas señales de miseria inminente. Aun así, hay indicios de que también los Kafka tuvieron que luchar. ¿Habría sido imaginable en tiempos mejores que las hijas pagaran gastos de manutención a sus propios padres? De hecho, Elli y sus hijos, Felix y Gerti, no vivían en absoluto como huéspedes permanentes en el cuarto de Franz, sino como realquilados, lo que rápidamente se divulgó, muy a pesar de todos. El hecho de que Kafka se acordara en enero de 1915 de su última petición de subida de sueldo, a la que sólo se había dado una respuesta

parcial, se debía sin duda a las insistentes preguntas de la familia, que hablaba de dinero con más frecuencia que nunca. Él repitió su petición, exigiendo una suma más alta—al fin y al cabo habían pasado otros dos años de servicios—, y se quedó asombrado de tener éxito: se le concedieron otras mil doscientas coronas al año, una suma que, si las cosas no empeoraban y el matrimonio con Felice seguía siendo un sueño indeterminado, no podía gastar él solo. Así que no se le ocurrió nada mejor que hacer como sus padres y suscribir a la primera oportunidad empréstitos de guerra. Se prometían unos intereses del 5,5 por ciento, libres de impuestos, a quince años. No era una donación, sino un negocio. Pero si era o no un buen negocio se decidía en otra parte, en Galitzia, a muchas horas de tren al Este de Praga.

La frontera ya no existía. Hasta doscientos cincuenta kilómetros de anchura ocupaba la franja de tierra que antes había pertenecido a los Habsburgo y ahora servía de «zona de preparación» al ejército ruso. Habían querido repartírsela, y ahora eran ellos los repartidos. No sólo se había perdido Lemberg, también había habido que abandonar a su suerte la prestigiosa fortaleza de Przemyśl, considerada inexpugnable. En ella se habían quedado encerrados ciento treinta mil soldados y otros treinta mil civiles; unos y otros pasaban frío, mataban a sus caballos y sus perros, elaboraban sucedáneos de harina con corteza de abedul. La dirección del ejército ruso, perfectamente informada a través de espías de la situación en Przemyśl, sólo tenía que esperar; el hambre y las epidemias hicieron el resto. Fue difícil explicar esa humillación a los suscriptores de los periódicos liberales.

Pero el sentimiento de honor patriótico de los lectores de prensa ya no era tan sensible en la primavera de 1915 como al principio de la guerra. Habían tenido que oír, ver y leer cosas con las que no hubieran podido soñar. El ejército austría-

co, que originariamente había partido hacia una expedición de castigo (pero quién se acordaba de eso), se había dejado vapulear en toda regla fuera del país por los «comerciantes de ratoneras» serbios. Altos oficiales habían empujado a sus tropas a la muerte por agotamiento y no se veían enfrentados a consejos de guerra, sino pasados a retiro con todos los honores. Y el gran Conrad von Hötzendorf sólo se dejaba oír para echar las culpas a otros. Como muy tarde en junio, se decía, los rusos estarían ante Budapest.

Los Cárpatos formaban la barrera natural que había que defender ahora. Tres veces en un trimestre, y en medio del más crudo invierno, tropas austrohúngaras y alemanas atacaron juntas allí para hacer retroceder al enemigo. Ofensivas en medio de tormentas de nieve, a veinticinco grados bajo cero; nunca en la historia de la guerra se había visto algo así. Se arrastraron hasta allí y se inmolaron masas de personas como si no fueran más que munición. Sus ropas se convertían en corazas de hielo que durante semanas no se podían desprender de los rígidos cuerpos. Quien se entregaba al sueño moría congelado ineludiblemente. A mediados de marzo, el ejército austrohúngaro tuvo que admitir que, de noventa y cinco mil hombres, había perdido alrededor de cuarenta mil, pero de ellos tan sólo seis mil por la acción del enemigo, el resto a consecuencia de enfermedades y congelaciones.

Naturalmente, tales comunicados no llegaban a los despachos de las agencias de noticias, e incluso años después Kafka recordaba lo «pacífica» que resultaba la guerra mundial a la luz del *Neue Freie Presse*.² Quien buscaba una imagen realista de la guerra hacía mucho que no leía los periódicos. Todo el mundo tenía algún pariente o conocido «en filas», que había vivido cosas increíbles o las había sabido por otros, y tampoco los Kafka, más inclinados a la contención que al enfrentamiento, se libraron de los detalles. Cuando Jo-

² Carta a Max Brod del 30 de junio de 1922.

sef Pollak, el esposo de Valli, regresó a Praga durante unas semanas con una herida en la mano, la crudeza de la guerra se abrió paso con fuerza hacia el interior burgués:

Ha regresado Pepa: gritón, excitado, desquiciado. Historia del topo que abría galerías debajo de él en la trinchera y al que consideró como una señal divina para retirarse de allí. Nada más irse él de aquel sitio, una bala hirió a un soldado que lo había seguido a rastras y que en ese momento se encontraba encima del topo. Su capitán. Se vio claramente cómo lo hacían prisionero. Al día siguiente lo encontraron desnudo, traspasado por bayonetas, en el bosque. Probablemente llevaba dinero encima, quisieron cachearlo y robarlo, pero él, «ya se sabe cómo son los oficiales», no se dejaría poner la mano encima [...] Durmió una vez en el castillo del príncipe Sapieha, otra vez delante casi de las baterías austríacas en acción, mientras estaba en la reserva, otra vez en la habitación de una casa de labor en la que dormían, una en cada una de las dos camas situadas a derecha e izquierda, junto a las paredes, dos mujeres, también una muchacha, detrás de la estufa, y en el suelo, ocho soldados. Castigo para soldados: quedar atado a un árbol hasta ponerse lívido.³

Nunca antes el estrépito de su cuñado, que atravesaba las paredes, le había interesado lo suficiente como para citarlo; sin embargo, era la suya una forma de transmisión popular que Kafka apreciaba, porque era sensorial y simbólica (y porque por fin hizo callar los dorados recuerdos del período militar de su padre). En todo caso, como ya había ocurrido durante la guerra de los Balcanes, disponía de otras fuentes más fiables: testigos oculares y activos, que ni siquiera en medio del más profundo horror abandonaban del todo la reflexiva distancia de la observación. Sobre todo Egon Erwin Kisch y Hugo Bergmann, que llevaban cada uno un diario de guerra y aparecían de vez en cuando en Praga, tienen que

³ Diario, 4 de noviembre de 1914.

haber transmitido a Kafka imágenes de la guerra muy próximas a la realidad, imágenes que tenían poco que ver con las frases carentes de sustento y las atribuciones de culpas que llenaban los artículos editoriales. Se esforzaba en seguir los acontecimientos políticos hasta donde los informes oficiales lo permitían. Pero una y otra vez se rendía ante la espuma conceptual que todo lo envolvía, ante las abstracciones multiplicadas como el eco, que pasaban la censura con tanta mayor facilidad cuanto más huecas sonaban: «Las amenazas de la Triple Alianza», «Neutralidad», «fuentes suecas autorizadas», todo fácilmente comprensible, y sin embargo, le parecía a él, «formaciones de aire apelotonadas en determinada forma».⁴

Si uno se atiene sólo a los diarios y las cartas de Kafka, no se obtiene una idea de la presencia de la guerra, que todo lo impregnaba. Él, el maestro de la queja artística, se mantiene mudo cuando no se trata del destino de individuos, sino de causas estructurales y grandes evoluciones. Sobre todo en la oficina, Kafka tiene que haber sufrido más que nunca por su incapacidad para participar en discusiones políticas con observaciones tan generales como era de esperar. Las tensiones entre alemanes y checos habían aumentado de forma dramática desde el comienzo de la guerra y, sobre todo desde que las devastadoras derrotas militares se excusaban de manera abierta aludiendo a lo poco fiables que eran los «elementos eslavos», las hostilidades amenazaban con convertirse en violencia manifiesta. Es impensable que Kafka, que ahora tenía que escuchar a unas «partes» más indignadas que nunca, pudiera mantenerse completamente al margen.

Los checos tenían la culpa. Y los más desleales de todos los checos—eso se sabía desde hacía mucho—eran los de Praga. Si había alguien que no lo creía, el 3 de abril de 1915 tuvo la última prueba: ese día, en Zborów (Cárpatos), todo el re-

⁴ Diario, 19 de enero de 1915.

gimiento de infantería número 28, el regimiento insignia de Praga, se entregó casi sin combatir. Eran soldados jóvenes e inexpertos, casi dos mil reservistas, que entraban en combate por vez primera. Tenían orden de cavar trincheras, pero el suelo estaba congelado hasta varios metros de profundidad. Cuando llegó el ataque ruso, los checos carecían de toda defensa. Levantaron las manos y cantaron *Hej Slovene!*, el himno de los que se pasaban al enemigo.

Se hizo un escarmiento, imponiendo la máxima pena: el regimiento de infantería número 28, de larga tradición, fue disuelto. Karel Kramář, alto representante de los jóvenes checos, fue detenido en Praga, y poco después también Josef Schreiner, el dirigente del temido (por proletario) movimiento Sokol. El rumbo conciliador del gobernador de Bohemia, que se había jubilado el mes anterior bajo presión política, había fracasado. Ahora soplaban otros vientos, y se iba a prestar más atención a de qué ventanas colgaban qué banderas.

La guerra no alcanzó con igual dureza a todos los praguenses. En el centro de la desgracia figuraban las familias cuyos hijos estaban «en campaña». Si se trataba de soldados de a pie, en la mayoría de los casos sólo se tenía noticia de ellos a través de postales censuradas en las que el emisor ni siquiera podía escribir el lugar donde estaba (si es que lo sabía). Con suerte, a los parientes que habían participado en combates sólo se les volvía a ver heridos. A veces, mucho años después, cuando regresaban de prisión. O, más frecuentemente, nunca. Sobre todo los combates en los Cárpatos, a principios de 1915, que no tuvieron nada que envidiar en crueldad a la «bomba de sangre» de Verdún, casi no dejaron a nadie la oportunidad de regresar ileso. «Por término medio, un hombre enrolado en las tropas del frente sólo prestaba servicio en él entre cinco y seis semanas antes de—estadísticamente—estar

muerto o preso o ser transportado enfermo a retaguardia».⁵ También Josef Pollak estuvo unos días en ese frente antes de ser llevado nuevamente a un hospital, inmovilizado por su propio nervio ciático.

Karl Hermann, el marido de Elli, tuvo suerte por partida doble. No era soldado raso, sino que, como Pollak, había servido con anterioridad como voluntario durante un año, y por eso había ido a la guerra en calidad de teniente de la reserva. Y pertenecía a un regimiento de intendencia, una unidad que tenía que cuidar de que llegaran los abastecimientos, pero no destinada al combate mismo. *Retaguardia* era la palabra mágica que decidía sobre la vida y la muerte, y el que conocía de cerca las fronteras y las alambradas soñaba con ser trasladado a ella. Las unidades de intendencia, que en tiempos de paz pasaban por ser unidades paramilitares de rango inferior (razón por la que eran donde los judíos más podían progresar), se habían convertido en la envidia de todos: no sólo podían, sino que *tenían* que estar fuera del alcance del enemigo, y por eso allí se tenía mayor probabilidad de seguir con vida.

Los oficiales destinados en retaguardia podían recibir visitas de familiares, sin bien sólo por breve plazo y después de pasar por amplias supervisiones burocráticas, inconvenientes que apenas tenían importancia comparados con el alivio psíquico que todos anhelaban. Hugo Bergmann, cuya salud estaba quebrantada, fue más que feliz cuando en enero de 1915 su anciana madre cargó sobre sus espaldas las molestias de un viaje en tren de varios días para visitarle. Pudo quedarse veinticuatro horas.

También Elli, que hacía meses que no veía a su marido, estaba decidida a arriesgarse al viaje y dejar a los niños al cuidado de la familia durante algunos días. Karl Hermann estaba destinado en Nagy Mihály (hoy Michalovce, Eslovaquia),

⁵ Rauchensteiner [1993:203].

un pequeño pueblo húngaro al borde de la línea férrea que llevaba de Budapest hacia el norte, en dirección a Przemyśl. El frente estaba a más de ochenta kilómetros de distancia, al otro lado de la cordillera de las Beskidas; el territorio estaba considerado seguro. Pero ¿cómo se iba allí, cómo informarse, dónde encontrar un alojamiento? Cabe imaginar los ruidosos debates en la mesa de los Kafka, que no tenían la menor intención de enviar sola a su hija a esa aventura. Por lo menos para el viaje de ida tenía que ir con ella un acompañante masculino, y dadas las circunstancias sólo podía ser su hermano mayor. Era el único pariente próximo que todavía vestía de civil.

No sabemos cómo consiguió Kafka librarse del trabajo en la oficina durante una semana. En algún momento a mediados de abril recibió la noticia de que las autoridades militares de Praga tenían listas las autorizaciones. La mañana del 22 de abril, subió con su hermana Elli al tren de Viena.

Una muchacha de Žižkov. Un hombre de negocios judío de Viena. Un teniente polaco con su compañera. La esposa de un periodista vienés. Dos viajeros de comercio judíos. Un teniente húngaro. Una familia judía de Bistritz. Un húsar con dolmán. Un anciano matrimonio. Un oficial alemán. Una judía húngara con su hija. Una enfermera. Un jefe de estación húngaro y su hijo pequeño.

Un viaje en tren en el año bélico 1915: poco tenía que ver con los largos viajes a Berlín, casi rutinarios, puntuales al segundo; menos aún con el casi placentero deslizarse por paisajes ajenos que Kafka había conocido en sus viajes por Suiza, a Italia y París. Ya no se estaba durante horas, sino durante días y noches en contacto con destinos ajenos a los que era imposible sustraerse. Un escenario rodante en el que se hablaba en alemán, checo, húngaro, polaco y yiddish, en el que iban y venían refugiados y retornados, empleados y gentes

de permiso. Todo el mundo exponía su punto de vista, todo el mundo quería contar cosas. Un espectáculo de duración indefinida, porque los horarios eran casi inútiles. El tren rodaba, hacía interminables paradas en diminutas estaciones, dejaba pasar trenes militares, seguía rodando.

Kafka, poco comunicativo, la mayor parte de las veces encogido en la esquina del compartimento, escuchaba y observaba. Poco antes, había anotado: «Al parecer, no puedo penetrar en el mundo, pero sí estar tranquilamente tumbado, concebir, extender dentro de mí lo concebido y después dar tranquilamente un paso al frente».⁶ Estaba dicho sin pasión. Pero detrás de ello se ocultaba una capacidad de percepción que entretanto se había condensado en un potencial intelectual que Kafka manejaba como al vuelo. Observaba a las personas, y días después era capaz de reproducir lo que había visto como si sacara un álbum de instantáneas. Era todo ojos. Pero esos ojos no sólo veían imágenes, sino signos. Y, con una seguridad que es uno de los más íntimos secretos de Kafka, ese ojo siempre señalaba el punto de máxima significación, la máxima densidad de significado.

Las anotaciones posteriores de Kafka sobre su viaje a Hungría permiten advertir que era plenamente consciente de esa percepción que filtra y sintetiza. Se fija en un matrimonio entrado en años que se despide entre lágrimas en el andén. La superposición de intimidad y decadencia física, que le recuerda forzosamente a sus propios padres, desencadena al principio vergüenza y rechazo: «Comportamiento familiar, sin consideración al entorno. Ocurre así en todos los dormitorios». Pero luego observa que el hombre, «con melancólico ademán», toca la barbilla de su mujer. «Qué encanto hay en eso, cuando a una mujer mayor la agarran debajo de la barbilla. Finalmente se miran llorando, a la cara. Ellos no le dan este sentido, pero podría interpretarse así: la gue-

⁶ Diario, 20 de enero de 1915.

rra destruye incluso esta mísera y pequeña felicidad que es la unión de nosotros dos, pobres viejos».⁷ Kafka no habla de sentimientos. Pero precisamente por eso la escena es impresionante, no se puede mostrar de forma más penetrante que hay gestos humanos cuyo carácter de signo supera con mucho la conciencia de los implicados. Ellos no lo piensan... y sin embargo es así.

Un día hasta Viena. Otro día, pasando por Budapest, hasta Sátoralja-Ujhely, una pequeña ciudad en la helada frontera de la guerra, uno de esos lugares inhóspitos del camino de donde habían echado a los refugiados judíos de Galitzia nada más instalarse. Allí había un regimiento de infantería, se había levantado un gran hospital militar que ya había dejado atrás el primer reflujo de la desgracia masiva. En el Archivo de la Guerra de Viena se conservan fotografías en las que se ven enfermeras sonrientes (una de ellas iba en el departamento de Kafka), pulcras sábanas y un cómodo centro de cuarentena. Una sola imagen muestra un detalle de la verdad, un *signo* que tampoco Kafka hubiera pasado por alto de haber tenido acceso allí: hay unos raíles de vía estrecha que llevan directamente de la estación al hospital, por los que los heridos podían ser transportados cómodamente en vagones industriales.

Sátoralja-Ujhely era estación final, y quien quería continuar hacia el norte necesitaba una orden para hacerlo u otros buenos motivos. Los documentos de legitimación de Praga que Kafka enseñó no fueron, en todo caso, suficientes para abrirse paso entre los soldados hacia algún tren militar. Una vez más, una autoridad había fracasado y cerraba el paso a Kafka. Así que no quedó más remedio que esperar en su sucio hotel con su hermana, que hacía ya mucho que se consumía

⁷ Diario, 27 de abril de 1915.

de impaciencia, al tren correo que debía partir a la mañana siguiente. Malhumorado, paseó por la plaza circular, oyó música zíngara en un café, escribió una triste postal a Felice, observó el incomprensible trajín de los habitantes y, finalmente, incluso se encontró a un conocido de Praga. Pero llegó a su destino. Al día siguiente—probablemente el 25 de abril—, Elli abrazó a su uniformado esposo. Y en el diario de Kafka cae el telón.

De hecho, se le había escapado un signo. Más bien lo había visto, pero no había entendido su significado. Eran los militares alemanes los que se paseaban orgullosos por todas partes. Ya en Budapest se había visto rechazado en toda regla por la colosal aparición de un oficial alemán que primero recorrió a paso de marcha el andén y luego el tren, con todo su armamento colgando del cuerpo. «Su estatura y su marcialidad le confieren rigidez; es casi asombroso que se mueva; la firmeza de su talle, la anchura de su espalda, la esbeltez del conjunto le hacen a uno abrir mucho los ojos para poder captar todo de una sola mirada». Alemanes también en Sátoralja-Ujhely, donde Kafka observa a un joven soldado que fuma un puro con «ojos severos, pero juveniles». Es imposible no percibir el tono de admiración; Kafka sigue creyendo a los alemanes capaces de *todo*, incluso de la salvación de Austria, mientras no puede descubrir en los militares austrohúngaros más que una indolencia conocida hasta el hastío, tan sólo débilmente envuelta en ironía. «Hay que ganarse el sueldo»: con esas palabras se levantó de la mesa en la que comía un teniente coronel austríaco para examinar los papeles de Kafka. Una frase así era impensable en boca de un oficial profesional alemán.⁸

Pero ¿qué hacía esta gente aquí, en mitad de Hungría? Si

⁸ Diario, 27 de abril de 1915.

Kafka les hubiera preguntado, no habrían sabido decírselo con exactitud. Era un secreto, pero uno que se adivinaba entre las líneas de la prensa diaria. Porque hacía mucho que se había filtrado la insistencia con la que la dirección del ejército austrohúngaro clamaba por un masivo apoyo alemán y amenazaba, en actitud de clara extorsión, con su propia derrota, que arrastraría consigo a Alemania al Orco. El 13 de abril, Guillermo II cedió al fin: se decidió que todo el 11º ejército alemán interviniera en Galitzia occidental, entre Tarnów y Gorlice, donde los austríacos y los húngaros mantenían a duras penas sus posiciones, y pusiera a los rusos bajo «fuego graneado» (una nueva e infernal invención). El 21 de abril empezaron a rodar los trenes, desde el oeste y desde el sur. Y cuando Franz y Elli Kafka empezaron su viaje, sólo un día después, no sospechaban que se dirigían a un terreno de despliegue en el que se preparaba la mayor y más salvaje batalla de la guerra mundial hasta ese momento. Y a la vez la más exitosa: porque la reconquista de Galitzia, la retirada de los rusos, conseguida con la fuerza bruta tecnológica, iba a alargar la guerra durante años.

Dónde estuvo realmente, lo cerca que había estado de la guerra, lo sabría Kafka pocos días después, por los periódicos. En el viaje de vuelta aún no sospecha nada. Ha dejado a su hermana, que volverá muy pronto, sus hijos la esperan.

Elige la ruta más rápida, desciende sólo para cambiar de tren, duerme en el compartimento. Ahora no tiene la sensación de pertenecer a nadie, de poder contarle algo importante a nadie. En Budapest, hace una escala de dos horas. Es por la tarde, va a un café. Budapest, un lugar desconocido, pero allí vive una hermana de Felice, una mujer que no parece especialmente feliz, a pesar de su hija pequeña, encantadoramente hermosa. Felice la visitó, *entonces*, bajo la viva impresión de sus nuevas amistades de Praga, divertidas y ex-

trañamente provincianas. Seguro que habló de eso en Budapest, *entonces*—¿de verdad habían pasado ya tres años?—, y sin duda que se rieron mucho. Kafka se lo podía imaginar con la corporeidad de un escenario, unos cuántos recuerdos le bastaban, fotografías, imágenes de imágenes, y ya tenía la escena.

Pero pasa de largo ante la realidad. No es recuerdo, no es imaginación, no es sueño, sino más bien profana realidad el que *entonces*, justo en ese instante, en el mismo momento en que Kafka mira el reloj en un café de Budapest y llama al camarero para pagar, precisamente *entonces* Felice se halle en esa ciudad, quizá a unos centenares de metros de él, y que para verla y tocarla le hubiera bastado dar un paso en otra dirección. Ella no se lo había dicho a tiempo... quizá voluntariamente, quizá se había perdido una carta... él no sabe nada. No sabe qué es y qué será.

Y por eso elige la otra dirección, la equivocada. Se dirige a la estación, sube a su tren, sale hacia la noche. De vuelta de la tierra de nadie, de vuelta a Praga, solo.

LOS AÑOS
DEL CONOCIMIENTO

PRÓLOGO: LAS HORMIGAS DE PRAGA

El centro de Europa es una región boscosa, no especialmente favorecida por el clima, de espaldas a los océanos, sin minerales u otras riquezas naturales dignas de mención. Varias veces despoblada por guerras y plagas, fragmentada durante siglos en parcelas políticamente insignificantes, es un centro pobre, vacío.

Raras veces, y siempre por breves períodos, el campo de fuerza del poder superó sus propias fronteras. Sobre el reparto del globo, sobre formas nuevas y más racionales de la economía y el dominio social, se decidía en otros lugares, desde siempre. Aun así, los habitantes de esta región consiguieron en pocas generaciones acumular una riqueza—medida por la escala de la economía mundial—muy superior a la media. En el umbral del siglo xx, después de una fase de acelerada industrialización, el Imperio alemán y Austria-Hungría eran Estados acomodados, con desproporcionados ejércitos, cuya conciencia de sí se manifestaba ruidosamente. Eran arribistas que no comprendían que tan rápido ascenso desplazaría los equilibrios del mundo y exigiría un precio político.

De pronto se vieron rodeados, amenazados por vecinos codiciosos y hostiles. Con demasiado retraso, los «círculos decisorios» de Alemania y Austria advirtieron que grandes potencias más antiguas, establecidas, aprovechaban su ventaja en destreza diplomática y no estaban dispuestas en modo alguno a apartarse en silencio. Es posible que se hubieran puesto de acuerdo hace mucho en ocupar juntos el emergente centro y hacer botín... una sospecha de la que se encontraban sin cesar nuevas pruebas. Al este, Rusia, un coloso imprevisible, dispuesto a enviar millones de esclavos a una guerra de conquista. Al oeste, la envidiosa Francia y los ne-

gociantes británicos, que hablaban de los valores de la civilización mientras pensaban en sus beneficios. Al sur, por último, la oportunista Italia, un codicioso Estado satélite que, a pesar de todas las promesas de alianza, se inclinaría previsiblemente del lado que fuera superior en número. El círculo estaba casi cerrado, era un estrangulamiento, al que el primero de agosto de 1914 puso freno al fin. Eso al menos decían los periódicos. Y, en pocos días, todos los habitantes del centro se acostumbraron a un nuevo concepto, de interesante resonancia: *guerra mundial*.

Un año después, el doctor Franz Kafka, un funcionario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga, judío de treinta y dos años, soltero, seguía sin haber visto la guerra. Un hombre alto, delgado, casi larguirucho, en extremo nervioso a pesar de su aspecto juvenil, asediado por dolores de cabeza y por el insomnio pero enteramente útil para las armas; ya en junio de 1915 se le certificó, tras breve inspección de su cuerpo, que era completamente apto para el servicio. Sin embargo, la institución aseguradora—o más bien sus superiores Pfohl y Marschner, que sentían simpatía por él—lo reclamó como especialista jurídico imprescindible, y la administración militar accedió a la petición: inscribió *pro forma* a Kafka en los listados de alguna compañía de reserva y comunicó al mismo tiempo que el afectado quedaba «relevado por tiempo indefinido».

No hacía mucho—la guerra aún era joven, aunque la excitación patriótica ya se había esfumado—que el doctor Kafka había hecho un corto viaje a Hungría, que le había llevado hasta la zona de despliegue del frente de los Cárpatos. Allí se veían oficiales, uniformes imperiales, clérigos castrenses, enfermeras de la Cruz Roja, trenes hospital, cañones empaquetados conforme a las normas y, sobre todo, refugiados, caravanas enteras de harapientos refugiados de Polonia y Galit-

zia, que acababan de escapar de los rusos que avanzaban e iban al encuentro del visitante. Observó los preparativos de espantosos acontecimientos, y vio sus consecuencias. Pero ¿dónde estaba lo auténtico, el gran combate, la gran liberación? En el cine, en el noticiero, todo se veía un poco distinto, menos miserable, sobre todo, menos profano.

Kafka no estaba en absoluto solo con esas dudas. El momento excitante, aventurero de la guerra, el trato con la tecnología más moderna, la camaradería, la victoriosa superación... todo eso quienes estaban en casa sólo lo conocían por los periódicos y por las pocas imágenes animadas que centelleaban mudas ante sus ojos, sin transmitir nada esencial. Lo que experimentaban en su propia cotidianidad eran los alimentos escasos y deficientes, la inflación anómala, las habitaciones sin calefacción, la censura, las vejaciones de las autoridades, una militarización y al mismo tiempo devastación del espacio público. «Frente interior», lo llamaba la prensa, pero la mentira de ese concepto era demasiado evidente, y nadie la tomaba en serio. Sólo quien estaba en el verdadero frente vivía algo; los que se habían quedado en casa estaban condenados a una resignación cuyo origen y sentido tenían que deducir de los afectados partes militares. Se abría así un abismo entre ambos mundos que creaba mal ambiente y podía resultar peligroso.

Esto formaba parte de los modernos problemas, entonces todavía poco familiares, de la *mediación*, que cuanto más duraba la guerra más acuciantes se volvieron para los políticos: si no era posible ganar muy pronto, entonces había que «venderla» mejor. Por eso una idea propagandística bienvenida, aunque fácil, fue proporcionar a la población civil el sabor de la *auténtica* guerra, ofrecerle una experiencia que la integrara en la invocada comunidad de combatientes. La idea era *emular* la guerra en casa... no bajo el aspecto de aquellas indecibles exposiciones de armas y banderas que todavía en el siglo XIX momificaban, por así decirlo, pasadas batallas y

ponían las piezas históricas expuestas al nivel de las polvorientas colecciones de historia natural. No, se quería ofrecer una verdadera *experiencia* a los embotados sentidos de los habitantes de la gran ciudad, algo que les diera qué pensar y hablar durante mucho tiempo.

Ya poco después de empezar la guerra se habían llevado en triunfo por las ciudades las armas conquistadas, y la famosa Exposición Universal del Libro y Artes Gráficas de Leipzig (que, naturalmente, el doctor Kafka, también interesado en la literatura, ya había visto) abrió una sección propia dedicada a la guerra, en la que cuatro soldados enemigos y armados, hechos en cera, miraban fijamente a los ojos al visitante: un cosquilleo barato que se aceptaba con gratitud. En otoño de 1914 aún no se le había ocurrido a nadie no sólo mirar a esa gente, sino literalmente *participar*. Porque en aquel momento la guerra se imaginaba como un movimiento explosivo y masivo en grandes superficies, tan difícil de reproducir artificialmente como, por ejemplo, el mar. Tan sólo la paulatina petrificación de la guerra y el decisivo papel de las trincheras—profetizado hacía mucho tiempo por los expertos militares—abrió la posibilidad de *jugar a la guerra*. Porque en todas partes se podía revolver la tierra, así que por qué no también en la Reichskanzlerplatz, al oeste de Berlín, donde, en el verano de 1915, los curiosos tuvieron ocasión de descender por primera vez a unas «trincheras» revestidas de madera, secas y limpias.¹

Hoy en día es difícil comprender por qué esas trincheras, que naturalmente pronto fueron imitadas en otras ciudades, se convirtieron con tal rapidez en centro de atracción de las masas, haciéndose populares: al fin y al cabo, se trataba de una construcción de aspecto arcaico, puramente defensiva,

¹ Sobre la historia de las exposiciones bélicas del Imperio alemán, cada vez más caras, que tenían una función de modelo para Austria, véase Lange [2003].

que se exponía como si se tratara de una maravilla de la técnica. Escondarse como topos bajo tierra y acechar desde allí al adversario durante semanas, incluso meses, nada tenía que ver con el combate viril y caballeresco pintado con tan brillantes colores, y sin duda la prometida victoria *rápida* no iba a alcanzarse con esos medios. Pero la propaganda y la plasticidad de la exposición surtieron efecto, y poco a poco la gente se convenció de que estaba participando de algo grandioso: se les instruía sobre complejos *sistemas* de trincheras, que discurrían en meandros o en zigzag, y que estaban equipados con refugios habitables, pasillos con puestos de escucha, teléfonos, alambradas y, naturalmente, escaleras para futuros asaltos. Todo eso se podía contemplar de cerca, y quien no podía acudir tenía los noticieros: en ellos se podía ver a damas de la alta sociedad, con sombreros a la moda y vestidos largos, bajando las escaleras de la trinchera apoyadas en acompañantes uniformados para obtener una *impresión* de la guerra.

Naturalmente, en Praga también querían ver algo así. Rápidamente se encontró un terreno sin utilizar al que era fácil llegar con medios de transporte público: la alargada isla del Emperador, que divide el río a lo largo de kilómetros al norte de la ciudad, cuya punta quedaba justo enfrente del Baumgarten, un amplio parque. En verano, ésta era la zona de recreo de todos los praguenses que no podían permitirse una casita propia en el campo, y no era difícil prever que una trinchera original sería muy bienvenida como oferta de ocio próxima a los cafés al aire libre, las zonas de juegos y las praderas.

El éxito fue abrumador. A pesar de que, apenas inaugurada solemnemente la trinchera, empezó a llover a cántaros y el sol no se dejó ver durante semanas, la línea 3 del tranvía apenas podía con la concurrencia: sólo el 28 de septiembre, el día de San Wenceslao, fiesta en Bohemia, diez mil personas pasaron el turno de la «trinchera de exposición», mientras junto a ella rodaban los barriles de cerveza y la banda

de música del regimiento de infantería imperial número 51 soportaba con bravura la lluvia racheada. Aquello ya no era un complemento al Baumgarten: era un parque de atracciones por derecho propio. Y lo mejor era que allí podía uno divertirse con la conciencia enteramente tranquila; porque, por supuesto, la recaudación de las entradas iba destinada a «nuestros guerreros heridos», e incluso el obispo auxiliar de Praga consideró oportuno apoyar el espectáculo con cincuenta coronas.

Que «ni el viento ni la lluvia pueden hacer el menor daño a las instalaciones», como aseguraba el *Prager Tageblatt*, se reveló un error, porque la constante lluvia hizo que el nivel del Moldava subiera metro a metro y que por fin inundara la isla y con ella la trinchera construida con tanto esfuerzo. Hicieron falta semanas para retirar el lodo y los escombros. Pero por fin, a principios de noviembre, llegó la orgullosa noticia de que se podía ofrecer a la población de Praga una versión mejorada: junto a la trinchera recién reforzada, se había instalado una zona de restauración cubierta, con cerveza y salchichas, donde *todos* los domingos se escucharía música militar.

El doctor Kafka no era un hombre musical, pero sí curioso. Estuvo a punto de perderse el sensacional espectáculo, porque no había tenido ningunas ganas de hacer cola doliéndole las sienes y muy cansado, entre paraguas abiertos y niños llorones. En Praga ya se había proyectado una película de la ceremonia inaugural, circulaban tarjetas postales, todos los escolares hablaban de ello... no hacía falta exponerse a las inclemencias del tiempo para mantenerse al corriente. Pero quizá mereciera la pena la visita, porque últimamente volvía a hablarse mucho de la guerra, los partes victoriosos tanto tiempo añorados dominaban los titulares día tras día y, por primera vez desde hacía meses, en las conversaciones de oficina y en la calle todo el mundo se hacía la pregunta de qué pasaría *después*, cuando todo hubiera terminado.

También el funcionario Kafka, que se mantenía al margen de las discusiones políticas allá donde surgían, cayó en un estado de excitación que le era impropio, casi inquietante. Tenía planes. Quería irse de Praga, se sentía atraído por la vida urbana que había vislumbrado en París y Berlín y en relación a la cual la vieja Praga, su ciudad natal, le parecía un asfixiante patio trasero. Sus padres, hermanas y amigos sabían de esa atracción, aunque raras veces hablara Kafka de ella. Pero nadie se la tomaba del todo en serio. Eran sueños de futuro, que no dejaban olvidar ni por un momento la creciente mezquindad de la vida cotidiana ni permitían olvidar el miedo. Kafka tenía dos cuñados en el frente. Si al final regresaban con vida, quizá entonces pudiera pensar en Berlín.

Fue el propio Estado el que puso en el orden del día la cuestión del *después*. La monarquía austrohúngara planteó a sus súbditos lo siguiente: quien apostara por la victoria y ganara, recibiría un 5,5 % de interés anual y, al final, el reembolso de la cantidad apostada; quien perdiera, lo perdía todo. Naturalmente, hubiera sido poco astuto hablar expresamente de una apuesta, pues con ello se habría sugerido la posibilidad de una derrota militar, algo que seguía siendo tabú incluso entre los tecnócratas de la guerra. A la transacción se la llamó «empréstito de guerra»: el ciudadano prestaba dinero a su Estado para que éste pudiera continuar la guerra y hacer botín, de modo que una parte de éste fuera repartido entre los millones de acreedores. Así todo el mundo sería ganador de la guerra. Desde esta perspectiva, la operación adoptaba un aspecto mucho más amigable. Y como nadie podía imaginar que el día del vencimiento ya no hubiera deudor alguno, las aportaciones afluían en abundancia. Así había ocurrido ya en dos ocasiones, pero el éxito del «tercer empréstito de guerra austrohúngaro» superó las predicciones más optimistas: más de cinco mil millones de coronas fueron canjeadas por cupones en los que, enmarcado por el águila bicéfala, ornamentos modernistas, sellos y firmas de

las máximas instancias oficiales, se prometía el cielo, férreamente garantizado hasta el año 1930.

Elevados intereses a largo plazo... La idea electrizaba a Kafka cuando pensaba en sus planes berlineses. Tenía tan pocas dudas de la seriedad de la oferta como sus compañeros de oficina: al fin y al cabo, para la propia institución que lo empleaba, el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, había sido un acto patriótico indiscutible invertir una parte considerable de sus valiosas reservas—seis millones de coronas hasta el momento—en bonos de guerra. Aun así, Kafka había dudado mucho tiempo, consciente de lo mucho que dependía de su decisión. La huida del trabajo, de la familia, de Praga... si quería hacer realidad ese sueño algún día, eso presuponía forzosamente que los dos salarios anuales que había ahorrado entretanto, alrededor de seis mil coronas, estuvieran disponibles en el momento decisivo. Pero los intereses significaban la posibilidad de, en un futuro, estar en condiciones de alimentar a una familia.

Kafka se encaminó al centro de suscripción. Era viernes, 5 de noviembre de 1915; el tiempo apremiaba, porque el día siguiente al mediodía la ventanilla se cerraría y la oportunidad se habría perdido. «Cada cual debe preguntarse qué objetos de valor elegiría para alcanzar una suma tan alta. Aprovechad pues correctamente las últimas horas que aún quedan para suscribir la emisión», acababa de leer en el *Prager Tagblatt*. Sonaba razonable, pero ¿cuánto había que apostar, cuánto? Kafka se detuvo delante de la oficina, dio la vuelta, recorrió a largos pasos el camino hacia casa, dio la vuelta otra vez, regresó excitadísimo a la oficina de suscripción, y tampoco esta vez se atrevió a entrar. Otra vez a casa, la tarde perdida... Ahora sólo quedaba encargárselo a su madre, porque el sábado por la mañana Kafka estaba de servicio y no podía andar dando vueltas por la ciudad. Debía invertir en su nombre mil coronas. No, quizá eso era demasiado prudente; mejor dos mil coronas.

La tarde del día siguiente—sus ahorros estaban ya entre tanto en las mejores manos—,² Kafka se decidió por fin a visitar las trincheras de Praga, en la isla del Emperador. ¿Por qué precisamente ese día? ¿Intuía una relación? ¿Sentía una responsabilidad ahora que por primera vez participaba por cuenta propia en la guerra? No lo sabemos, y una extraña frase que anotó acerca de esta vivencia no revela nada al respecto: «Espectáculo del movimiento de hormigas del público delante de las trincheras y dentro de ellas». Una excavación en el suelo y muchos seres vivos apretujados en ella, sí, en realidad eso era todo lo que se veía.

También Kafka se puso a la cola y fue parte de un gran y bullicioso movimiento. Luego volvió a la ciudad y visitó a la familia de un amigo de juventud con el que, en un tiempo—hacía más de diez años—, había intercambiado una correspondencia casi íntima. Se llamaba Oskar Pollak, había estado desde el principio convencido y entusiasmado con la guerra, y hacía cinco meses había muerto en Isonzo, siendo alférez. Hacía mucho que Kafka debía haber ido a dar el pésame. No lo hizo hasta ese día, de camino a casa desde las trincheras, casi ya demasiado tarde, como todo.

² El ingreso de las dos mil coronas el 6 de noviembre de 1915 no está documentado con total seguridad. En las listas diarias que publicaba la prensa aparece no obstante, en este último día de suscripción del tercer empréstito de guerra, la anotación: «Dr. K., 5000 K» (*Prager Tagblatt*, 7 de noviembre de 1915, edición de la mañana, p. 5). Es probable que se trate de Kafka: por una parte, la suma fue anotada en el *Böhmischen Eskompte-Bank*, el banco de cabecera del Instituto de Seguros de Accidentes del Trabajo; por otra, los padres de Kafka ya habían invertido en su nombre tres mil coronas (aunque sin su conocimiento, véase el diario, 5 de noviembre de 1915), y en tales casos en la lista de nombres publicados solía mencionarse la suma total. Es obvio que Kafka no quería ver impreso su nombre completo en este contexto, probablemente porque también la cuantía de la cifra le resultase un tanto embarazosa. A modo de comparación, el abogado de Kafka, el acomodado doctor Robert Kafka, suscribió el mismo día ocho mil coronas; días antes, Egon Erwin Kisch suscribió dos mil coronas; los sionistas Robert Weltsch y Hans Kohn, quinientas coronas cada uno.

1. AUTOABANDONO

Es curiosa la sensación de soledad
que infunde el fracaso.

KAREL ČAPEK, *El meteorito*

No escribas esas cosas, Felice. No tienes razón. Se trata de malentendidos entre nosotros, cuya disipación aguardo, eso desde luego, y además sin falta, aunque no por obra de tus cartas. No he cambiado (por desgracia), la balanza cuyas oscilaciones represento sigue siendo la misma, lo único que se ha modificado un poco es la repartición del peso, creo saber más cosas sobre ti y sobre mí, y de momento tengo un fin. En Pentecostés hablaremos sobre esto, caso de que resulte posible. No creas, Felice, que yo no resiento como una odiosa y casi insufrible carga todas esas reflexiones y preocupaciones que se constituyen en obstáculo, no creas que no me gustaría mandarlas a paseo, no creas que no prefiero el camino recto a cualquier otro, no creas que no quisiera ser feliz aquí y ahora, dentro de un pequeño círculo natural, y sobre todo hacerte feliz a ti. Pero es imposible, la carga me ha sido impuesta por las buenas, la insatisfacción me sacude, y aunque tuviera el fracaso claramente ante mis ojos, y no solamente el fracaso sino también la pérdida de todas mis esperanzas y el reflujo de toda culpabilidad, sin duda no sería capaz de contenerme. Por otro lado, ¿por qué, Felice, crees en la posibilidad de una vida común para ti y para mí aquí en Praga—al menos parece que a veces crees en ella—? Antes, sin embargo, tenías serias dudas al respecto. ¿Qué es lo que las ha eliminado? Eso sigo sin saberlo.¹

«La imposibilidad de ser Kafka» es el título de un ensayo que la narradora estadounidense Cynthia Ozick publicó en el *New Yorker*,² un título que sorprende y a la vez ilustra,

¹ Carta a Felice Bauer presumiblemente del 3 de mayo de 1915.

² Ozick [1999].

porque invoca de forma subliminal el familiar retrato de un hombre neurótico, hipocondríaco, escrupuloso, difícil en todos los sentidos y sensible, que gira eternamente en torno a sí mismo y para el que, en última instancia, *todo* se convierte en un problema. Es la estampa acuñada por la imaginería del mundo occidental desde hace mucho, y ha calado tan hondo que finalmente Kafka se ha convertido en arquetipo de ese modelo, en caso paradigmático de una interioridad ajena al mundo, que se devora a sí misma.

Que es imposible ser Kafka... él mismo habría ratificado esa afirmación, sonriente y sin un titubeo. Sí, *imposible*, y además esa palabra era uno de esos adjetivos característicos de Kafka, que pronunciaba con facilidad incluso en contextos sorprendentes y a la que siempre daba un secreto segundo sentido. No parecía preocuparle despertar con eso la sospecha de notoria exageración y sublevar una y otra vez contra él a amigos y familiares. Porque ante las dificultades de la vida él no se refugiaba en modo alguno en una pasividad resignada (lo que, conforme a sus propias quejas—de haber podido tomarlas en serio—, habría sido lo más consecuente). Más bien solucionaba casi siempre a satisfacción de todos lo que acababa de declarar imposible, a veces incluso por iniciativa propia y sin que hubiera que apremiarle a hacerlo. Mostraba una relación pragmática, a veces incluso irónica, con lo imposible, y quien le conocía aunque no fuera más que fugazmente bien podía albergar la idea de que allí había alguien que quería mostrarse más difícil de lo que era. «[...] no hay que postrarse ante los imposibles de poca envergadura, de lo contrario los de mucha nos pasarían desapercibidos», así fundamentaba Kafka esa contradicción.³ Pero ¿lo decía en serio?

Incluso Max Brod, que conocía a Kafka desde sus primerísimos días escolares, se mostraba en última instancia incapaz de arrojar luz sobre ese punto. En incontables ocasiones ha-

³ Carta a Felice Bauer del 31 de octubre de 1912.

bía sido paciente confidente de Kafka, había soportado sus lamentos, su vacilante voluntad y unos escrúpulos que jamás dormían, que roían hasta las decisiones más cotidianas. Y la paciencia de Brod descansaba en el conocimiento cada vez mayor de que todos los obstáculos que su amigo acumulaba delante de sí mismo no eran meras elucubraciones hipocondríacas, sino que más bien surgían de una abrumadora e implacable voluntad de perfección. Kafka quería la perfección, en lo más grande como en lo más pequeño, y la perfección era *imposible*... eso ni Brod podía discutirlo, ni se le hubiera pasado por la cabeza descartar de antemano aquella exigencia utópica por ajena al mundo o incluso hostil a la vida. Pero ¿tirar un manuscrito a la hoguera porque no es perfecto? ¿Renunciar a una profesión, un viaje, una mujer, porque uno mismo no es perfecto? Eso era irresponsable, pensaba Brod, e injustificable incluso conforme a una rigurosa escala moral. Y es que la rigidez de Kafka terminaba por volverse en contra de él mismo, era autodestructiva, pues hacía imposible incluso lo posible, hasta lo más sencillo.

Sin embargo, Kafka vivía. De ahí que fuera del todo ilógico atribuir los persistentes problemas literarios, sociales y sobre todo eróticos de su amigo únicamente a su ansia de perfección. Si esa fuera realmente la fuente de toda desdicha, argumentaba Brod, se plantearía la pregunta de por qué esa voluntad de perfección no le hacía imposible todo lo demás, la vida cotidiana, el trabajo en la oficina, hasta la comida. Kafka respondía secamente: «Esto es cierto. Aunque mi afán de perfección no es más que una pequeña parte de mi gran nudo gordiano, pero en este caso cualquier parte es la totalidad y por ello es correcto lo que dices. De hecho esta imposibilidad persiste, esta imposibilidad de comer, etcétera, sólo que no se manifiesta de forma tan evidente como la imposibilidad del matrimonio».⁴ Sí, ése era Kafka. No había

⁴ Carta de Max Brod a Kafka del 19 de enero de 1921; carta de Kafka

forma de cogerlo. Y quizá durante la lectura de esas líneas tan maduras como desdichadas Brod se acordase de que apenas había leído un texto de su amigo en el que no ocurriera algo imposible.

Su antiguo prometido había cambiado, pensaba Felice Bauer en la primavera de 1915, y probablemente era el cambio en su propia situación el que le aguzaba la vista al respecto. Hacía mucho que no era la «dama infantil» que como tal se había presentado un día, petulante, a Kafka, y su acostumbrado optimismo había quedado erosionado por la presión de las catástrofes familiares. El amado y único hermano, huido a Estados Unidos por un desfalco, no dejaba saber gran cosa acerca de su estado. ¿Volvería a verlo alguna vez? El padre, un carácter débil, cuya presencia podía ser no obstante un consuelo, había sido repentina víctima de un infarto, con sólo cincuenta y ocho años, y el luto de Felice y sus hermanas era sin duda más profundo que el de su madre. Entretanto, ella también había perdido su puesto directivo en la Lindström AG de Berlín, del que su prometido estaba tan orgulloso como si fuera propio. Porque la boda había sido planeada para el otoño de 1914, con la perspectiva de empezar en Praga una nueva vida, una vida sin oficina, como correspondía a las convenciones conyugales, y por eso Felice se había despedido de la empresa. Aún podía estar contenta, ahora que todos los planes habían quedado destruidos, de haber encontrado trabajo en la recién fundada Technische Werkstätte, una pequeña empresa proveedora de mecánica de precisión, que sin duda no necesitaba una elegante representante en las ferias de comercio alemanas y por la que Kafka raras veces preguntaba.

a Max Brod de finales de enero de 1921. En Brod y Kafka, *Una amistad. Anotaciones de viaje*, pp. 302, 310.

Este decreciente interés de Kafka por la actividad de Felice, cuyos detalles reclamaba constantemente el año anterior y absorbía como una droga, no era en modo alguno el único cambio llamativo que ella había tenido que aceptar, deprimida, en medio de todas sus demás preocupaciones. En enero se habían encontrado en la localidad fronteriza de Bodenbach, con la esperanza de un entendimiento, tal vez de una reconciliación, pero Kafka se mantuvo reservado, se negó a todo acercamiento físico y planteó, en vez de eso, insistentes preguntas que ella no había podido responder. Así que la correspondencia se arrastraba a intervalos irregulares, dejando pasar a veces semanas, un mísero arroyuelo comparado con el impetuoso torrente de cartas que Kafka había desencadenado tras su primer encuentro en el otoño de 1912. Y aun así afirmaba él que «no había cambiado», cuando casi cada línea de cada carta atestiguaba lo contrario.

Antaño la madre de Felice y su hermana Toni leían las cartas de Kafka en secreto; lo hacían de vez en cuando y sin remordimientos; pero hubo un pequeño escándalo familiar, y las cartas de Kafka fueron conservadas en lugar más seguro. La nueva carta, sin embargo, podía leerla quien quisiera: se trataba de un *meta-lamento* enteramente incomprensible para quien estuviera al margen de aquella desdichada relación, a partir del cual la inquisitiva madre no hubiera podido sacar conclusión alguna. Era como si Kafka proporcionara unos pocos contornos, finamente trazados; como si remitiera a un rastro emocional enterrado por miles de sollozos, en la convicción de que la destinataria le daría por sí sola el colorido del detalle. No es que hubiera evitado siempre las vaguedades y las alusiones. Pero esta nueva carta era la primera erigida, frase por frase, a fuerza de cifras y abreviaturas: un estenograma espiritual que invoca lo mil veces dicho, mil veces repetido, sin ofrecer a la lectora un sólo punto de apoyo para saber si ha descifrado correctamente el mensaje.

«Se trata de malentendidos entre nosotros», escribe Kafka; pero ¿cuáles? El reparto de los pesos ha cambiado un poco; ¿qué pesos y en qué dirección? «[...] creo saber más cosas sobre ti y sobre mí», pero ¿qué?, «y de momento tengo un fin»; ¿sí, cuál? Todas las «reflexiones y preocupaciones que se constituyen en obstáculo» son una carga «insufrible» e incluso «odiosa»; pero ¿qué consideraciones, qué preocupaciones? «[...] la carga me ha sido impuesta», ¿qué carga?; «la insatisfacción me sacude», ¿insatisfacción con qué?; «y aunque tuviera el fracaso claramente ante mis ojos, [...] sin duda no sería capaz de contenerme?»; pero ¿contenerse ante qué? Si Kafka hubiera enumerado los lamentos de los años anteriores y aquí se limitase a anotar las cifras, la carta habría sido menos seca y mucho más comprensible.

Kafka parece haberse sustraído a la comicidad latente de este «discurso», pero en modo alguno a su propia y creciente inclinación por las formulaciones exangües, hipercautelosas, que hace que la correspondencia se deslice poco a poco hacia lo fantasmagórico. Sabía que con eso ofrecía una diana para nuevos reproches, pero, como casi siempre, tenía lista la defensa antes de que se formulara la acusación. Porque sabía lo que hacía, sin que ese reflexivo estado de alerta, esa conciencia de sí mismo, abrumadora, estridente, insomne, por así decirlo, le hiciera capaz de controlar siquiera los impulsos fugitivos que registraba de manera en extremo minuciosa. Y por eso su defensa de la vaguedad tenía que ser tan vaga como todo lo demás:

Mira, Felice, lo único que ha sucedido es que mis cartas se han hecho menos frecuentes y han cambiado. ¿Qué es lo que consiguieron aquellas otras cartas, más frecuentes? Ya lo conoces. Tenemos que empezar de nuevo. Claro que el nosotros no se refiere a ti, pues tú siempre estuviste en lo cierto en aquello que te concernía exclusivamente a ti; el nosotros se refiere más bien a mí y a nuestra relación. Pero para semejante comienzo las cartas no son válidas, y si son necesarias—que lo son—, tienen que ser diferentes a como eran antes.

Cierto, distintas. Pero una vez más no dice *cómo* tendrían que ser, y las formularias abreviaturas que elige difícilmente son adecuadas para presentar a Felice un modelo convincente, ya no digamos atractivo, de una futura correspondencia amorosa. Desde siempre ella había tenido la sospecha de que las artes retóricas que Kafka empleaba, y que ella sabía disfrutar y admirar, eran en última instancia un método de ocultación especialmente refinado, y aunque él rebatía tal cosa con vehemencia una y otra vez y negaba la existencia de obstáculos *inexpresados*, en el mismo instante proporcionaba nuevos motivos de sospecha: se escabullía, inventaba imágenes, citaba en vez de hablar. Era como si sus cartas girasen en torno a un oscuro centro en el que se ocultaba algo indecible.

Es altamente improbable que Felice Bauer, que tenía ella misma demasiados asuntos familiares que ocultar, se manifestase demasiado, con demasiada concreción, acerca de esos obstáculos *inexpresados*: reparos paternos, problemas financieros, un amorío en Praga, una enojosa enfermedad tal vez... Sin duda había indicios de ese tipo, y en una ocasión Kafka había esgrimido de tal modo su miedo a la impotencia—le había faltado poco para mencionar el asunto por su nombre—que ella había tenido que pensar que todos sus tormentos de conciencia eran posiblemente atribuibles a ese único punto, y que en la futura convivencia se regularían de forma enteramente natural. En eso estaba equivocada.

Sin embargo, no le engañaba su sensación de que, en contra de todas sus afirmaciones, había algo decisivo que no se expresaba. Kafka *había* cambiado. Y la fecha en la que se había producido ese cambio se podía citar con exactitud: era el 12 de julio de 1914, el día en que el compromiso había quedado roto en el hotel Askanischer Hof de Berlín, en presencia tanto de la hermana de Felice, Erna, como de su más íntima amiga, Grete Bloch. Una fecha que, en adelante, marcaría para Kafka una catástrofe. Porque ser sorprendido de un modo tan «frío», inesperado, incluso insospechado, en sus

puntos más sensibles; ser, por así decirlo, atacado en su núcleo físico, y encima delante de testigos... desde su infancia nunca lo habían puesto en evidencia de ese modo, y el horror de que todos sus instintos defensivos hubieran fracasado esa única vez ya no lo abandonaba. Aquella escena ardía en su interior como una bofetada en público, y sin duda lo ocurrido pasaba incontables veces ante sus ojos. Entonces, en el hotel, no había sido capaz de responder gran cosa, y finalmente se había quedado en silencio... lo que sin duda era torpe, pero, según sentía ahora, quizá le había salvado de otras humillaciones. Mucho peor era que no podía olvidar aquella experiencia, ni mediante la reflexión ni mediante los autorreproches ya casi rutinarios. No, no podía perdonárselo a *ella*: por primera vez, Kafka tiene que haber sentido odio contra Felice Bauer, sin tener un lenguaje para él. No podía decírselo, *eso* no.

En todo caso, no podía evitar que aquel odio se filtrara hacia el exterior y se asentara en los poros de sus textos. Felice Bauer aún no conocía la novela *El proceso*, y por buenas razones él sustrajo el manuscrito a su curiosidad: habría quedado horrorizada al ver con qué frialdad estaban retratadas ella y Grete Bloch. En vez del retrato, ella obtuvo tan sólo su justificación: en el Askanischer Hof, él había oído cosas, le escribía, «que casi hubiera sido imposible decir a solas»; había sido «una retahíla de balbucientes vaciedades». Incluso en la primavera de 1916, casi dos años después, Kafka no pudo privarse de recordar por última vez a Felice aquel desdichado tribunal y remitirlo definitivamente al reino del Mal: «En el fondo, siempre se me hacen los mismos primitivos reproches cuyo máximo y más próximo y consanguíneo representante es mi padre».⁵

Kafka sacaba las uñas, a ella no se le pasó por alto. Pero no pudo arrancarle una razón suficiente para ello. Porque su

⁵ Cartas a Felice Bauer del primero-2 de noviembre de 1914, 20 de abril de 1915 y principios de marzo de 1916.

declarada desconfianza hacia las cartas—que era paradójica, porque ¿quién había construido más sobre las cartas entonces?—se basaba en un profundo, radical escepticismo respecto del poder del lenguaje, y ese escepticismo había quedado confirmado y radicalizado por el incidente del Askani-scher Hof. Kafka ya no creía en absoluto que algo esencial, algo cierto, que no fuera visto, sentido, reconocido de todos modos, pudiera ser transmitido o iluminado por frases esclarecedoras. Esto afecta a sus textos literarios—que se negó a explicar durante toda su vida—, pero se refería sobre todo a las relaciones humanas, que conforme a su convicción, entretanto inamovible, no vivían de palabras, sino de gestos. Quizá habría sido saludable que Kafka hubiera ahorrado a su antigua novia aquella carta desleída, que se perdía en secos lamentos, y se hubiera decidido a arrancar en vez de eso una hoja de su diario y enviarla a Berlín; notas que probablemente había llevado al papel ese mismo día y que, en un lenguaje sorprendentemente sencillo y sin derroche metafórico alguno, revelaban el núcleo de la desdicha:

Reflexión sobre la relación de los otros conmigo. Por muy poca cosa que yo sea, no hay nadie aquí que me comprenda totalmente. Tener a alguien que me comprendiera así, acaso una mujer, significaría tener apoyo en todos los aspectos, tener a Dios. Ottla comprende algunas cosas, incluso muchas. Max [Brod], Felix [Felix Weltsch], algunas, otros como E. [?] sólo comprenden cosas aisladas, pero éstas, con una intensidad odiosa; Felice quizá no comprende nada, lo cual plantea, desde luego, una situación muy especial, dado que hay una relación innegable de intimidad. A veces creí que ella me comprendía sin saberlo, por ejemplo cuando en una ocasión, teniendo yo una insoportable nostalgia de ella, estuvo aguardándome en la estación de metro, yo, en mis ansias de llegar cuanto antes a ella, a la que suponía arriba, iba a pasar corriendo a su lado cuando ella me tomó en silencio la mano.⁶

⁶ Diario, 4 de mayo de 1915. La abreviatura «E.» podría referirse a la

Ella quizá no comprende nada. A Kafka le costó trabajo escribir esta frase, tanto que al principio no escribió el decisivo «nada», y tuvo que insertarlo más tarde, como si dudara antes de firmar una sentencia jurídicamente aniquiladora. Si no se engañaba por completo, más de trescientas cincuenta cartas habían sido entonces escritas en el viento, y la mujer que un día iba a entrar en el círculo más íntimo de proximidad humana no estaba en realidad más cerca que su propia familia, en cuya estructura cada vez más laxa él seguía siendo un observador inmóvil. Que los padres no entendían nada, nada en absoluto, se lo había confirmado expresamente su madre; era algo tan evidente e irrefutable que él *tenía* que expresar ese agravio, y esperar comprensión a pesar de todo le parecía de tal modo extraviado que ni siquiera incluía a sus padres en su balance. Y sin embargo, también existía una «innegable relación íntima» con ellos, a pesar de la más espantosa incomprensión. ¿Era pues—y ahí se abría paso un pensamiento que Kafka rehuía con esfuerzo—realmente la de Felice Bauer una «situación muy especial»?

Uno de los azares peculiares, desdichados, pero característicos de toda la existencia de Kafka, es que las dos catástrofes que se atravesaron, tanto psíquica como materialmente, en las esperanzas que él abrigaba de nuevo comienzo, cayeran casi *simultáneamente* sobre él: el tribunal «público» del Askanischer Hof y—apenas tres semanas después—el comienzo de la Primera Guerra Mundial. «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, Escuela de Natación», anotó Kafka al enterarse de la segunda catástrofe, y la involuntaria comicidad de esa anotación en el diario—causa de que

hermana de Kafka, Elli, con la que hizo un viaje a Hungría unos diez días antes de esta anotación y, con esta ocasión, habló probablemente por extenso de sus preocupaciones; véase *Los años de las decisiones*, capítulo 35.

sea citada un tanto demasiado a menudo—parece realmente atestiguar que Kafka estaba aún demasiado ocupado con la debacle berlinesa como para cobrar siquiera conciencia de la catástrofe más amplia. De ahí se ha sacado muchas veces la conclusión de que la constitución interna de Kafka era mucho más recia que todo lo que caía sobre él desde fuera, de que su evolución seguía exclusivamente leyes propias y que, en consecuencia, ni su vida ni su obra habrían tomado una dirección sustancialmente distinta si se le hubiera ahorrado el sufrimiento de aquella guerra.

Una imagen en extremo seductora, y sin duda también un consuelo: el alma del genio como una roca en medio de un mundo caótico y áspero. Por desgracia, también un sueño que los intérpretes de Kafka gustan de compartir con sus lectores. Porque de la obra de Kafka, y por tanto de la administración de su fama, se encargan expertos especializados en la lógica de las formaciones *intelectuales*; expertos en las «ciencias del espíritu», cuyo menosprecio de lo biográfico es notorio. A esos «científicos» también les satisface secretamente saber que la vida y la obra de un autor clásico europeo forman una «unidad espiritual», sometida a leyes autónomas, y «autonomía espiritual» es el máximo predicado de nobleza que les cabe conceder. Si el autor en cuestión suministra de propia mano indicios de que el mundo de los hechos «puros y duros» no le interesaba, o al menos de que no ejercía una influencia determinante sobre él, entonces se vuelve abrumadora la tentación de creer tal cosa sin someterla a prueba alguna, y percibir lo social, lo político, lo económico en todo caso como elementos ambientales, como bambalinas en el escenario de una conciencia singular; tanto más cuando esas bambalinas arden mientras el autor se inclina sobre sus manuscritos, aparentemente impertérrito.

Sin embargo, la vida vivida sigue otra lógica. Obliga a tomar decisiones que no sólo pueden ser contrarias a las necesidades psíquicas, sino a toda la organización espiritual de

una persona, y la situación de Kafka en julio de 1914 ofrece uno de los más ilustrativos ejemplos de esto en la historia de la literatura. Había empleado toda su fuerza de voluntad en no caer en la depresión, e incluso había conseguido sacar consecuencias productivas y «autónomas» de la separación de Felice Bauer. Porque ahora estaba decidido—y nunca en su vida había estado *tan* decidido—a no reparar aquel edificio medio derruido, sino a derruirlo del todo y levantarlo de nuevo: dimisión del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, abandono de la casa paterna, traslado a Berlín, plena dedicación a la escritura... Toda la dicha literaria y la desdicha erótica que le habían sobrevenido iba a parar a esa decisión, la hacía poco menos que obligada. Por fin estaba concebido el plan, elaborado por escrito y explicado a los padres en forma de una larga carta... y entonces la guerra mundial.

Hay que tener claro—Kafka necesitó pocos días para aclarárselo a sí mismo—que la ruptura del compromiso y la guerra, la desgracia pública y la privada, no sólo coincidieron en el tiempo, sino que también golpeaban en la misma muesa, en la misma herida. Porque ambas eran catástrofes que cortaban valiosos vínculos humanos y lo devolvían a sí mismo: catástrofes de soledad. La desesperada necesidad de cercanía de una persona amada y comprensiva, la necesidad de intimidad, de contacto, que Kafka graba poco después a fuego en la imagen del acusado aislado que—atormentado por su *proceso*—besa con incontrolable codicia, «como un animal sediento», el rostro de una indiferente, esa necesidad se veía ahora enfrentada a un espacio vacío en que resonaba el eco. «Total soledad—anotó—. No hay una anhelada esposa que abra la puerta». Y añadió «una frase terrible», una frase que quizá Felice Bauer le había lanzado a la cara en el Askanischer Hof: «Tienes lo que querías».⁷

⁷ *El proceso* (OC II, 489); diario, 3 de agosto de 1914.

Esto era injusto, y Kafka estaba completamente seguro de que *nunca* había querido un vacío así. Pero no podía esperar una revisión de su condena, y el camino a la instancia de apelación estaba cerrado por tiempo indefinido. Porque la Gran Guerra significaba el triunfo de un poder anónimo que hasta entonces Kafka sólo conocía como amenaza y que, en pocas horas, le alcanzó como a todos los demás. Llevaba años sintiéndose encerrado en Praga y ahora lo estaba en realidad. Estaba desesperado por no poder comunicar en las cartas lo auténtico, lo esencial de sí mismo, y ahora eso se había vuelto del todo imposible, porque todas las cartas al extranjero, incluidas las enviadas al Imperio alemán, eran abiertas y leídas por los censores. Con cuánta frecuencia, cuando se aproximaba el fin de semana, había jugueteado con la idea de ir a Berlín sin plan, sin anunciarse, en el próximo tren; con cuánta frecuencia había aplazado el viaje por escrúpulos... Ahora se habían anulado los transportes de pasajeros y las fronteras estaban cerradas a los varones «aptos para las armas». Quedaba el teléfono: Kafka había odiado siempre ese suceso de presencia, que apenas duraba unos pocos minutos; nunca había tiempo de retirar algo torpemente dicho o explicar algo mal entendido, el teléfono obligaba a una penosa cautela; en cualquier caso, el Ministerio de la Guerra austrohúngaro había llegado a la conclusión de que era demasiado arriesgado dejar telefonar a sus propios súbditos más allá de las fronteras del país, así que también esa vía de conexión fue cortada.

La guerra impedía el contacto de los rostros, de las voces, de las pieles. Era un impedimento grave, aunque en una época en la que la movilidad estaba aún lejos de incluirse entre los derechos fundamentales del individuo uno se acostumbraba pronto a esperar con estoicismo y soportar largas separaciones. Sin embargo, más allá de esta esfera de cercanía entre las criaturas la guerra cortó también el tejido de *todas* las relaciones sociales; destruyó en pocos días lo que a Kafka

le había costado meses y años construir, tanteando trabajosamente los límites de su coto praguense. Su editor Kurt Wolff partió como oficial al frente belga, ya no podía ocuparse de sus autores y cedió sus negocios (por breve tiempo, creía él) a un librero enérgico y de buena voluntad, pero no especialmente sensible desde el punto de vista literario... un no lector. También Robert Musil, que había estado dispuesto a allanarle a Kafka el camino a Berlín, tenía que hacer él mismo las maletas: tres semanas después de empezar la guerra fue destinado a Linz como teniente, y el contacto con Kafka se interrumpió provisionalmente. No fue diferente lo que le ocurrió a Ernst Weiss, el único amigo, el único consejero literario digno de ser tomado en serio que Kafka había alcanzado a tener dentro de la incestuosa escena praguense. También Weiss tuvo que emprender viaje de Berlín a Linz: era médico, y por tanto imprescindible para mantener en marcha la Gran Maquinaria.

Fueron, en no poca medida, estas esperanzas defraudadas las que movieron a Kafka a dejarse ver cada vez menos incluso dentro de su círculo de amigos de Praga. Había visto de lejos el anhelado alimento; ahora que se le negaba, tampoco la comida cotidiana le gustaba ya. En ella había consuelo, pero también la sensación de estar completamente desplazado en una situación que empujaba a casi todo el mundo al puro egoísmo. Y era tan comprensible como inevitable que en medio del estrépito de una guerra mundial nadie tuviera paciencia para escuchar las quejas de un amante rechazado o un escritor que no escribía.

Max Brod y Felix Weltsch eran inútiles para el ejército; de ese modo, podían contar con ahorrarse lo peor. Lo mismo cabía decir del escritor ciego Oskar Baum, que hasta ese momento sólo conocía la guerra como un patriótico ruido de fondo y en forma de una angustia financiera cada vez más amenazadora. Pero todos tenían parientes o amigos que tenían que «entrar en filas», y la repentina y abrumadora proxi-

midad de un peligro mortal agobiaba pensamientos y sentimientos. «Naturalmente, esto ha hecho que el asunto con Franz pase a segundo término», escribió incluso la madre de Kafka,⁸ que pocos días antes se mesaba los cabellos ante la suspendida boda y los planes de emigrar de su desdichado hijo, y que ahora, inopinadamente, tenía que consolar a sus hijas Elli y Valli, cuyos esposos se jugaban la piel en algún lugar del Este.

De pronto, Kafka también tenía que contenerse ante Ottla, la hermana menor, la de confianza. Porque había surgido un rival: Ottla tenía un novio, probablemente desde hacía mucho, y aunque en las notas de Kafka no se encuentra ningún rastro de la revelación de este secreto, no es difícil imaginar su significado, en extremo ambivalente. Ottla era la primera y única de las hermanas que—por supuesto sin conocimiento de los padres—había emprendido por voluntad propia una relación erótica. Y había elegido a un hombre que no era ni germanoparlante, ni judío, ni acomodado: un *Gaj* checo, un empleado de banca cuyo único capital era su ambición profesional. No hay duda de que esta triple prueba de la decidida autonomía de Ottla despertó también el orgullo de Kafka: él mismo no había perdido ocasión de estimular la voluntad de independencia de su hermana, al principio reacia, luego cada vez más consciente, y ahora era ella la que aportaba la prueba de que una libre decisión, quizá incluso una auténtica escapatoria, era *posible*. Escapatoria de la «jauría doméstica».⁹ Fue sin duda el respeto, la reverencia ante este logro lo que movió a Kafka a buscar enseguida una relación amistosa con el futuro esposo de Ottla.

Pero también tienen que haber intervenido los celos. El es-

⁸ Carta de Julie Kafka a Anna Bauer del 7 de agosto de 1914, en Kafka, *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del compromiso*, pp. 613 yss.

⁹ Expresión acuñada en una carta de Kafka a Felice Bauer del 19 de octubre de 1916.

fuerzo de adaptación que debió de suponer para Kafka tener que compartir la confianza de la que disfrutaba en exclusiva con Ottla se puede intuir a partir de los conmovedores sueños de Gregor Samsa, el mediocre protagonista de *La transformación*. Cuanto mayor es la degradación a la que es reducido el desdichado Samsa, apartado de todo trato social y relegado a la existencia residual de una criatura monstruosa, tanto más amables son los colores con los que es pintada su hermana. Lo que Gregor anhela de ella no es realmente comprensión, como tampoco pide comprensión alguien que se ahoga. Lo que él quiere es salvar la vida mediante la simbiosis con ella. Pero la hermana se niega y corre a unirse al enemigo; una amenaza que Kafka siempre tenía presente, y que incluso se cuenta entre los impulsos que determinaron la escritura de *La transformación*.¹⁰ Pero una amenaza así no podía sino aumentar conforme mayor fuera el radio de acción de Ottla y su integración fuera de la camada:

[...] sus pensamientos no están puestos en la tienda sino exclusivamente en la institución para ciegos en la que, desde hace algunas semanas, y en especial desde hace catorce días, tiene varios buenos amigos, y entre ellos uno que es el mejor. Un joven cesterero, de cuyos ojos uno lo tiene cerrado y el otro terriblemente hinchado. Éste es su mejor amigo, es tierno, inteligente, fiel. Ottla le visita los domingos y días festivos y le lee en voz alta, a ser posible cosas alegres. Desde luego un placer algo peligroso y doloroso. Lo que por regla general se expresa con la mirada, los ciegos lo muestran con las puntas de los dedos. Le palpan el vestido, se le agarran de la manga, le acarician las manos, y esta niña grande y fuerte que—aunque no por culpa mía—desgraciadamente se ha visto un poco desviada del camino recto por mí llama a todas esas cosas su más grande felicidad. Como ella dice, cuando al despertarse se siente feliz, nunca sabe por qué hasta que se acuerda de los ciegos.¹¹

¹⁰ Véase *Los años de las decisiones*, capítulo 14.

¹¹ Carta a Grete Bloch del 11 de junio de 1914.

Esto ocurría en el verano de 1914. El tono es aquí el de un hermano preocupado, en modo alguno libre de los temores convencionales y ligeramente ofendido. Pero ahora, tras la insospechada entrada en escena de un pretendiente serio, Kafka entendía de pronto que para Ottla el «camino recto» ya no era una opción. Ella sola había tomado la decisión sin pedirle consejo. Y había hecho bien. Era mayor de edad, y hubiera sido cuestión de tiempo que los padres llegaran con las bien conocidas casamenteras. Y sin embargo... cuando Kafka alquiló una habitación propia en la primavera de 1915, ¿por qué pasaron semanas antes de que su hermana fuera a visitarle allí, a pocos minutos de la mercería de sus padres? Eso era algo que a él le oprimía, como no pudo evitar manifestar: «A eso sólo puedes objetar que me ocupo poco de tus cosas (pero eso se debe a una especial razón) y que te pasas todo el día en la tienda. Admito que eso lleva a un cierto equilibrio», le decía abruptamente a Ottla.¹² El tono jurídico era una señal inequívoca de que aquella espina estaba clavada especialmente hondo, y de hecho Kafka, de momento al menos, incluía a su querida hermana entre aquellos que le habían abandonado y se dedicaban ahora a sus propias preocupaciones. En cualquier caso, está claro que aquella «especial razón» era un joven checo llamado Josef David y apodado «Pepa»; un nombre, por supuesto, que no había que mencionar en una familia en la que todos lo leían todo.

Pasaron meses antes de que Kafka *comprendiera* realmente lo que hasta ese momento tan sólo intuía: que en realidad no era la simbiosis, no era la exclusividad lo que prometía la salvación, sino la comprensión, y más concretamente «la comprensión por mí en conjunto». Volvió entonces a poner a Ottla a la cabeza de su jerarquía de afectos. Pues ahora empezaba a entender que ella era capaz de devolver en forma de atención lo que tenía que sustraerle de confianza sus-

¹² Postal a Ottla Kafka de febrero-marzo de 1915.

rrante y regresiva; más aún: que precisamente las experiencias que ella adquiriría ahora más allá de los viejos vínculos, más allá del clan familiar, eran el único sustrato que a la larga podía mantener vivos esos vínculos. ¿Acaso Kafka había podido hacer comprensible a su hermana, ignorante de todo, la desdicha erótica experimentada en Weimar, en Riva y finalmente también en Berlín? No sabemos si lo intentó, pero parece excluido que con eso hubiera podido conseguir otra cosa que compasión. Ahora en cambio, en la primavera de 1915, también la joven Ottla tenía una idea de lo que eran la nostalgia, el dolor y la separación. Porque su amado llevaba uniforme, y había tenido que subir a uno de esos trenes fuera de horario con destino desconocido, había tenido que apretujarse en uno de los vagones, entre soldados que reían, charlaban, decían obscenidades y fumaban con desesperación, y que sabían qué aspecto tenían los que *regresaban* en esos mismos vagones. Ottla había visto todo eso. Y también ella volvía transformada.

Es difícil saber hasta qué punto Ottla podía desempeñar objetivamente el nuevo y exigente papel que su hermano le asignaba. Los indicios que nos ha llegado al respecto son escasos, pero las excursiones que hacían juntos al campo, los libros que leían en común, el recíproco y creciente interés por el sionismo y el destino de los refugiados judíos orientales que iban a parar a Praga... todo eso permite como mucho intuir una nueva y naciente confianza. Aun así, es digno de mención que en las cartas de Ottla a Josef David no se encuentre una sola mención irónica o enojada a su difícil hermano: aquella mirada «irritada», etnológicamente distanciada, por así decirlo, que Kafka dirigía de preferencia hacia su propia familia, le era del todo ajena a Ottla, y la reserva de paciencia que puso de manifiesto en los años de la madurez, como *mujer*, fue inagotable. Cabe preguntarse—aunque, naturalmente, no se pueda decidir con fundamento—si Kafka habría sobrevivido sin su apoyo a la soledad de los

primeros años de guerra; si habría sobrevivido tanto física como psíquicamente. Es más que discutible. Como fuere, incluso esta persona de máxima confianza no podía ofrecer otra cosa que apoyo, un ancla, y mal podía anticipar, ni entender a tiempo, ni impedir la funesta dinámica que Kafka ponía ahora en marcha para ahorrarse otras heridas. Nadie podía hacerlo.

Busco un buen escondite y acecho la entrada de mi casa—esta vez desde fuera—durante días y noches. Aunque se diga que es una estupidez, a mí me proporciona una gran alegría y, más aún, me tranquiliza. Tengo la sensación no de estar delante de mi casa, sino frente a mí mismo mientras duermo, con la suerte de poder vigilar-me atentamente a la par que duermo con profundidad. Poseo, por así decirlo, el privilegio de distinguir los fantasmas de la noche no sólo desde el confiado desvalimiento del sueño, sino también, de hecho, con la energía y la serenidad de juicio de la vigilia. Y descubro que, aunque parezca extraño, mi situación no es tan mala como creo a menudo y como volveré a creer con toda probabilidad cuando descienda a mi casa.

Uno de esos pasajes lingüísticamente sencillos, pero silenciosamente abismales, abrumadores en su condensación sin igual de imagen y lógica, del relato de Kafka «La obra». Apenas habrá un lector atento que no se sienta obligado a seguir ideando por cuenta propia las paradójicas implicaciones de este escenario. Un animal similar a un tejón se construye con inmensos esfuerzos una laberíntica fortaleza subterránea, pero, en vez de quedarse tranquilamente allí y gozar de la seguridad alcanzada con tanto trabajo, este ser desdichado sale al exterior para vigilar la entrada *desde fuera*. Se siente el hálito de la locura. Es como si alguien construyera una mansión para luego *acampar* junto a ella.

Y sin embargo, ¿no se lleva aquí una idea hasta sus últimas consecuencias, que pueden resultar iluminadoras, incluso simpáticas? La funcionalidad de una mansión sólo es

experimentable desde dentro, pero la unidad material de forma y función—en otras palabras: su belleza—está reservada a aquel que la observa desde fuera. El animal que se queda en su cueva experimenta «seguridad». Pero el placer del propio esfuerzo, de haber arrancado a la vida un máximo de seguridad, esa «gran alegría» requiere visión de conjunto, distancia. Ése es el placer de la reflexión, del inventario, de la comprensión de lo alcanzado; un placer que es humano en tanto que la satisfacción inmediata, incluso la realización de los sueños más desbordantes, siempre es «demasiado poco».

La cosa llegaba al extremo de que a veces me entraban unas ganas infantiles de no regresar y de instalarme en las proximidades, dedicando el resto de mi vida a observar la entrada, sin perderla de vista y hallando la felicidad en la firmeza con que la obra me protegería si yo estuviese dentro.¹³

Esta doble condición de posibilidad es lo que lleva al narrador, y con él al lector, a la reflexión: el precio es demasiado alto, sería literalmente una locura poner en juego la propia supervivencia por nada más que el lujo de poder observar esa misma supervivencia como espectáculo. Así que el animal termina retornando a la obra para disfrutar *imaginariamente* de su belleza funcional en el futuro... por ejemplo, contándose a sí mismo.

Kafka escribió este texto a finales de 1923, en un momento en el que ya podía mirar hacia atrás, transcurrida apenas una década de esforzada actividad en su propia *obra*. Todo

¹³ «La obra» (OC III, 917, 918). También en este pasaje se encuentra una instructiva corrección, que muestra a Kafka vacilando en toda regla en el punto culminante de la reflexión: en vez de «me proporciona una gran alegría y, más aún, me tranquiliza», al principio había escrito: «me proporciona una gran alegría, que naturalmente está más que turbada por la inquietud».

aquel que ponga su vida bajo la primacía de la seguridad se verá sometido a un constante y en rigor interminable trabajo de apuntalamiento de sí mismo: tal es la gloria y la miseria de quien acepta vivir a la defensiva. Esto es lo que Kafka describe con una clarividencia y precisión metafórica que serían igual de abrumadoras si no supiéramos *nada* sobre el núcleo autobiográfico de la historia. Pero conviene discutir en detalle este núcleo.

Los cimientos estaban echados desde tiempo inmemorial, pero Kafka empezó a levantar los muros el 15 de octubre de 1914. Ese día recibió una carta de Grete Bloch, quien al parecer se sentía obligada a explicar otra vez por qué se había visto impelida a intervenir en el engranaje, al mismo tiempo al rojo y rodando en vacío, entre Kafka y Felice. Su intervención había conducido a la ruptura y a una temporal separación que, poco a poco, dado que no se movía una página desde hacía meses, amenazaba con convertirse en definitiva. Felice era desdichada por eso, pero estaba demasiado ofendida en su orgullo como para dar una señal de reconciliación. Que también Kafka era desdichado era algo fácil de adivinar, e igual de fácil de confirmar indirectamente, sobre todo a través del parlanchín Max Brod y de su esposa Elsa. Pero esa doble desdicha era más de lo que Grete Bloch era capaz de asumir en su cuenta moral, así que se le ocurrió la idea de aliviar la primera intervención mediante una segunda. «Tiene usted que odiarme», le escribía más o menos a Kafka... una seña, un estirar el meñique al que él—ella estaba segura—iba a reaccionar de un modo u otro. Sí, le conocía un poco. Un poco, ciertamente, pero no lo bastante como para sospechar el desplante que le llegó pocos días después.

Extraña coincidencia, señorita Grete, la de que reciba su carta precisamente hoy. No voy a decir en qué consiste la coincidencia, sólo

me atañe a mí y a los pensamientos que me pasaron por la mente esta noche al acostarme a eso de las tres de la madrugada.

Su carta me sorprende mucho. No me sorprende que me escriba. ¿Por qué no habría usted de escribirme? Ciertamente que, según dice, yo a usted la odio, pero eso no es verdad. Aunque la odiara a usted todo el mundo, yo no la odio, y no sólo porque no tengo derecho alguno a hacerlo. Ciertamente que en el Askanischer Hof se rigió usted en juez frente a mí—fue horrible para usted, para mí, para todos—, pero sólo fue así en apariencia, en realidad era yo quien estaba en su lugar, lugar que hasta el momento no he abandonado.

Respecto a F. se engaña usted por completo. No se lo digo para sonsacarle detalles. No puedo imaginarme ningún detalle—mi imaginación se ha visto tan ajetreada en estas ideas que puedo confiar en ella—, digo que soy incapaz de imaginar un solo detalle que pudiera convencerme de que no se engaña usted. Lo que insinúa usted es totalmente imposible, me hace desdichado el pensar que F., por algún incomprensible motivo, se engañe a sí misma. Pero también eso es imposible.

Siempre he considerado que su interés era sincero y abnegado. Tampoco le habrá resultado nada fácil el escribir la última carta. Se lo agradezco de corazón.

FRANZ K.¹⁴

Una carta escrita casi exclusivamente a fuerza de gestos defensivos: mis pensamientos, con los que esta carta ha coincidido, no le importan a usted. Escribame, nadie puede impedirselo. Los detalles de la vida de Felice con los que trata de atraerme no me interesan. Se equivoca en cuanto a mi

¹⁴ Carta a Grete Bloch del 15 de octubre de 1914. De los documentos conservados no se puede deducir lo que Grete Bloch insinuaba acerca de Felice Bauer. Sin embargo, que Kafka hable de un autoengaño de Felice que le haría desdichado permite al menos conjeturar que estamos hablando de una renuncia permanente al matrimonio y a la familia, en el caso de que el contacto con Kafka quedara interrumpido definitivamente. Felice Bauer ya había manifestado esa intención durante una discusión verbal con Kafka; véase la carta a Grete Bloch del 2 de marzo de 1914.

odio, ¿acaso la odian a usted en Berlín? Con Felice también se equivoca. Y sobreestima su competencia si se imagina que puede dictar una sentencia sobre mí. Sé que le ha costado trabajo escribirme, pero eso no le sirve de nada... En todo caso, el reconocimiento del «auténtico interés» servía para halagar a su destinataria: Grete Bloch marcó esta frase con lápiz rojo, y sólo esa.

La agresividad, apenas aliviada por una cortesía convencional, es asombrosa, una novedad que no tiene parangón en toda la correspondencia de Kafka. Ni siquiera se puede hablar de una agresividad «a duras penas contenida»: el impulso es manifiesto, y se ve aguzado por un tono de condescendencia, de intencionada arrogancia. Kafka muestra aquí su superioridad, y lo sabe, es la superioridad moral del que ya no necesita ninguna sentencia ajena, porque se ha convertido él mismo en juez implacable.¹⁵ Pero el mensaje central es: déjeme en paz.

Kafka tenía motivos para alejar de sí tales perturbaciones precisamente ahora. Desde hacía dos meses, vivía inmerso en una escritura nocturna que se precipitaba como en un sueño, excesiva y a la vez en extremo controlada. Incluso los valiosos días de vacaciones que le quedaban aún en 1914 los pasó sentado a su escritorio, y aunque no había ninguna esperanza de que el fantasmagórico estado de excepción en el que Praga, Austria, el planeta entero se encontraba ahora tuviera fin en un plazo previsible, quería estar dispuesto a salir a la luz con un gran texto y acometer así un nuevo intento de escapar a la servidumbre del funcionariado. Y ese gran texto, *El proceso*, tomaba forma con rapidez.

Pocas horas antes de que llegara la carta de Grete Bloch, Kafka había vuelto a pensar en la escapatoria del suicidio, y

¹⁵ Sobre este contenido *manifiesto* de la carta de Kafka a Grete Bloch, la imaginación de un tribunal interior, véase *Los años de las decisiones*, capítulo 14.

a modo de prueba había confeccionado una lista de últimas voluntades que enviaría en este caso extremo a Max Brod: esta y no otra era la «curiosa coincidencia» que en modo alguno podía revelar precisamente a la berlinesa. Pero esta vez no era la desesperación la que le empujaba a tales consideraciones. «Catorce días, buen trabajo en parte, perfecta comprensión de mi situación», anotó en su diario. Un elevado autoelogio, dadas sus varas de medir, pero sobre todo un indicio de lo estrechamente unido que en Kafka iba el trabajo logrado como escritor a una conciencia de sí mismo radical y carente de ilusiones. Esta conciencia podía ser amarga, hasta devastadora—«lo que sí sé es que está decretado que yo permanezca solo», proseguía—, pero llegar a tal claridad albergaba un momento de dicha que no era capaz de distinguir del placer por el logro lingüístico. Sin duda no hubiera querido morir precisamente ese día en el que veía con tanta nitidez las opciones que quedaban en su vida.

Sin embargo, esa clarividencia envolvía también la comprensión de su propia precariedad, esa nostalgia, sobre todo, de poner fin a la eterna tensión y dejarse caer: si no en brazos de la muerte, sí de un ser humano. «[...] pese a todo, su infinito atractivo reaparece, he estado jugando toda la noche con la carta, el trabajo no avanza», anota Kafka después de haber contestado a la carta de Grete Bloch. Y después de haber trasladado de memoria, casi palabra por palabra, su implacable respuesta al diario, formulaba este secreto *postscriptum*:

¿Qué se ha conseguido con esto? La carta parece inflexible, pero sólo porque yo sentía vergüenza, porque consideraba irresponsable esto, porque temía ser indulgente, no porque no quisiera serlo. De hecho no quería otra cosa. Para todos nosotros lo mejor sería que ella no contestase, pero contestará y yo estaré aguardando su contestación.¹⁶

¹⁶ Citas todas de la anotación de diario del 15 de octubre de 1914.

Indecisión, doblez, terco tacticismo. Y notorio lamento cuando llega la hora de tomar decisiones. Ésos eran los extremos que le habían costado su compromiso, «reproches primitivos», según le parecía a él, y que sin embargo no podía abandonar del todo. Porque delimitan un sistema de defensa móvil con el que había esperado evitar enfrentamientos ofensivos sin tener que cerrarse por completo. No había funcionado, y ahora Kafka estaba decidido a no volver a dar pie a *tales* reproches.

La carta de Kafka a Grete Bloch es el documento más antiguo, entre los salidos de su mano, del que puede decirse que es, desde la primera a la última línea, una mascarada, un juego de rol que permite la libre agresión, incluso una especie de triunfo, que sin embargo está en total contradicción con la importancia del momento. Basándose en el propio y enfático concepto que Kafka tiene de la verdad, esta carta es mentira. Y con ello muestra un cambio radical de estrategia: porque hasta ahora sólo había jugado con aquellos ademanes corteses de distanciamiento socialmente habituales y aceptados, sólo había insinuado que bajaba la celada... no como amenaza, sino como ruego de que no le hicieran llegar a eso, de que no le obligaran a tomar medidas de emergencia. Pero ahora se ponía serio. Ya no defendía sólo el propio y fluido ego, sino una posición, un lugar, una *obra*. Kafka empezaba a atrincherarse. Y era consciente de la importancia de ese comienzo, porque, como si se tratara de un importante documento fundacional, copió la carta y la conservó entre sus papeles.

Felice Bauer advirtió el cambio; Kafka lo negó temporalmente, confesó tan sólo que las futuras cartas serían «distintas que antes». ¿Cuánto de distintas? ¿Se podía establecer, planear, prever algo semejante? Sin duda que no. Pero Kafka sabía ahora lo que *ya no* quería: era del sueño de una simbiosis de lo que se despedía, aquel sueño de una apertura libre, sin reservas, incluso irresponsable, del cuerpo y del

alma, una tolerancia universal, un perdón integral. Kafka se acordaba de la queja casi infantil que había enviado en una ocasión a Felice cuando—durante un viaje de negocios—ella le había olvidado durante unos días. Eso no debía volver a ocurrir.

¿Recuerdas las cartas que te escribí a Fráncfort hará más o menos dos años, debió de ser en este mismo mes? Créeme, en el fondo no estoy nada lejos de escribirlas igual ahora. Están al acecho, agazapadas en la punta de mi pluma. Pero no llegan a ser escritas.

Y se atuvo a ello. Ni una queja indigna más, pero tampoco aquellas irónicas, encantadoras, a ratos ingeniosas autoinculpaciones con las que antaño la había cortejado y en las que ella le reconocía. Kafka apretaba los dientes, se entrenaba en el autocontrol, cubría con esfuerzo todas las zonas sensibles y, cuando el asunto era doloroso, tampoco rehuía refugiarse en el lenguaje oficial: «En tu última carta se dice que hay una fotografía adjunta. Pero no había nada. Eso para mí significa una privación».¹⁷

Sólo al volver la vista atrás se daría cuenta Kafka de que la nueva estrategia que él mismo se había prescrito no era en modo alguno gratuita y en absoluto representaba sólo un alivio. A quien vive en las trincheras el mundo le parece un sistema de trincheras, que sin duda puede observar con absoluta atención, pero ya no puede realmente vivir en él. Y el camuflaje es agotador. Kafka se había impuesto la autocensura—en el mismo momento, grotescamente, en el que también la censura del Estado obligaba a la prudencia—, se forzaba a un acto de disimulo, a un intencionado enmudecimiento, y esa separación entre deseo y lenguaje, esa conti-

¹⁷ Carta a Felice Bauer del 18 de enero de 1916.

nua atención a lo que podía comunicarse sin peligro, consumía energía psíquica. No está en modo alguno claro si fueron las preocupaciones de la guerra, el rápido incremento de la carga de trabajo en la oficina o más bien el trabajo maniaco en la construcción de un bastión psíquico y el aislamiento causado por él lo que le exigió el mayor sacrificio. Y el precio psicossomático fue enorme: el insomnio, la exacerbada sensibilidad al ruido y los dolores de cabeza se hicieron crónicos; Kafka padecía dolores, ataques de migraña que duraban días, que por así decirlo le abrasaban por dentro, y contra los que el Ohropax encargado expresamente a Berlín por supuesto nada podía. Tuvo accesos de dolor cardíaco. Las notas de Kafka atestiguan que las fases de vacío depresivo que sólo conocía como amenazadores estados limítrofes regresaban ahora regularmente y con intensidad apenas soportable. «Incapacidad en todos los aspectos, y completa»; «sentimiento de una casi desgarradora desdicha»; «hueco como una concha en la playa»; «incapaz de convivir con seres humanos, de hablarles»; «completa indiferencia y apatía. [...] Monotonía, aburrimiento, no, no aburrimiento, sólo monotonía, falta de sentido, debilidad»; incluso vivió una excursión dominical con Ottla y el matrimonio Weltsch «como en un potro de tortura». Fingir interés, dar conversación, eran prácticas para él todavía inusuales.¹⁸

Pero ¿dónde estaba el beneficio? ¿No era el dolor de una humillación como la que Kafka había sufrido en el Askaniischer Hof más soportable a la larga que esta apatía, este eterno erosionar la propia coraza? Eso aún estaba por demostrar. Por lo menos de puertas afuera Kafka había ganado en actitud, y la distancia confería decisión. Así que propuso a Felice Bauer un nuevo encuentro en Bodenbach; podía llevar consigo a quien quisiera, pero él preferiría que

¹⁸ Diario, 22 de febrero, 13 de marzo, 23 de marzo, 27 de abril, 3 de mayo y 14 de mayo de 1915.

fuera sola. Y le recordaba incluso una fecha especialmente delicada: la celebración del compromiso, hacía un año, desde luego sin «yo» y «tú», como si se tratase de conocidos comunes y como si sus propios sentimientos estuvieran anestesiados precisamente en ese punto:

Dime, entonces, adónde quería llevarla; es impensable. Lo que ocurre es que la amaba y era insaciable. No es que hoy la quiera menos, pese a haber aprendido al fin la lección de que no puede hacerla suya tan fácil y tan simplemente, ni siquiera consintiéndolo ella.¹⁹

No sabemos si ella lo comentó; sin duda Kafka ya no podía desconcertarla con instrumentos retóricos. Pero no quería en modo alguno ir sola a Bodenbach; esta vez llevaría consigo a dos amigas, respondió tras alguna reflexión, y una de ellas sería Grete Bloch. Es probable que Kafka oyera los latidos de su propio corazón al leer esto, y pocos meses antes se le habría ocurrido enseguida la explicación adecuada para rehuir este encuentro. Pero ahora... ningún reparo, ninguna emoción, ni en sus notas ni en las cartas que se conservan. De hecho Kafka tuvo la sangre fría de viajar en Pentecostés de 1915 a la Suiza bohema, pasar allí dos días y medio en compañía de sus «juezas» y, en medio de las masas de excursionistas, visitar algunos *hot spots* recomendados por la guía Baedeker. Podía estar seguro en cierta medida de que no iba a removerse el pasado—sobre todo no se hablaría del «tribunal berlinés», que quedaba diez meses atrás—, de eso se encargaba la segunda amiga, la señorita Steinitz, en cuya presencia no eran posibles las confianzas y que sin duda (también Felice sabía emplear tácticas) había sido invitada *precisamente por eso*. En cambio, hubo una superficial reconciliación con Grete Bloch. Y por la tarde, de vuelta en el hotel, el mun-

¹⁹ Carta a Felice Bauer del 20 de abril de 1915.

do había avanzado un poquito, lo pasado era un poco más pasado: Italia acababa de declarar la guerra a Austria-Hungría; quizá eso era ya el fin de todo; quién quería, quién podía mostrarse sensible.

Sí, Kafka mantuvo el tipo. A qué precio, fue por el momento su secreto, y en tiempos de guerra no se necesitaba especial motivo para estar tenso, cansado, sobrecargado por el trabajo e irritable. Pero Kafka había aprendido a utilizar la salida trasera, *no estaba presente*, estaba disperso, había superado el límite entre la autoobservación y el autodistanciamiento, y sólo por eso podía estar desesperado y sobrio a un tiempo. En febrero había anotado:

Si yo fuera un extranjero dedicado a observarme a mí mismo y a observar el transcurso de mi vida, tendría que decir que todo tiene que acabar en la inutilidad, consumido en dudas incesantes, creativo sólo en la mortificación de mí mismo. Pero en cuanto participe de ello, mantengo la esperanza.²⁰

¿Participe de su propia vida? El concepto mismo refleja ya la división interior. Pero Kafka dio un decisivo paso más allá: abandonó la obra, se ocultó en las cercanías, observó la entrada, abarcó todo el sistema de atrincheramiento junto con la criatura desnuda que se ocultaba dentro de él, y disfrutó de la visión desde una distancia intocable.

Era ésta una forma radicalizada de autoobservación, un *abandono de sí mismo* en toda regla, que ahora pedía expresión. Kafka descubrió muy rápido la forma lingüística adecuada, estaba bien a mano, era el discurso en tercera persona, el discurso del «él», que ahora empezaba a experimentar y que muy pronto incluyó en el arsenal de sus recursos literarios. Apenas regresada del viaje, Felice Bauer recibió ya las primeras muestras.

²⁰ Diario, 25 de febrero de 1915.

Querida Felice:

últimamente me has formulado algunas fantásticas preguntas acerca del novio de F. En estos momentos me encuentro en mejores condiciones de darte una respuesta, pues estuve observándole en el tren durante el viaje de regreso. Resultó fácil, pues eran tales las apreturas que él y yo íbamos lo que se dice sentados en el mismo sitio. En mi opinión él está loco por F, tenías que haberle visto pasarse el viaje entero buscando en las lilas (nunca suele llevar en los viajes una cosa así) el recuerdo de F. y de su habitación. [...] Creo que el hombre en cuestión confía más en mí que en F.

Querida Felice:

ya ves, dice que tiene miedo. Dice que se quedó allá demasiado tiempo. Que dos días eran demasiados. Después de un día cabe estar libre de ataduras, pero al cabo de dos días se crean vínculos cuya disolución hace daño. Dormir bajo el mismo techo, comer a la misma mesa, vivir dos veces las mismas horas e instantes del día es algo que acaso represente poco menos que una ceremonia, lo cual encierra un imperativo.

Dos en un mismo asiento. Yo y el prometido interfecto. Si no se escuchaba con mucha atención, sonaba casi como un eco de aquellos días largamente pasados en que Kafka parodiaba sus propios padecimientos y los ponía al servicio del coqueteo. Sin embargo, pocas horas después de haber enviado estas postales, se replegaba a su obra segura y cogía el diario: «Mucha desdicha desde la última anotación. Me estoy viniendo abajo. Venirse abajo de forma tan absurda e innecesaria».²¹ Por el momento no se le ocurría más. Kafka volvió a cerrar el cuaderno. Aún quedaban dos, tres páginas vacías. Así siguen hasta hoy.

²¹ Cartas a Felice Bauer del 26 y 27 de mayo de 1915; anotación de diario del 27 de mayo de 1915.

¿Se había dejado Felice Bauer distraer, engañar? Por un momento, quizá. Porque ya en julio aceptó volver a pasar dos días con Kafka, en Karlsbad, y esta vez sin acompañamiento protector. Así de eficaz había sido el juego de Kafka.

Pero las cosas no salieron bien. Mientras ella cantaba en sus paseos, Kafka se acercaba a su trigésimo segundo cumpleaños agotado por el insomnio, apático. Tampoco los libros que ella le había traído como regalo sirvieron de ayuda—*Los hermanos Karamazov*, *Inferno* de Strindberg—, ni la insinuación que había escrito en la página de cortesía de la novela de Dostoievski: «Quizá muy pronto volvamos a leerla juntos». Por fin, en el viaje de vuelta, en el mismo tren hasta Aussig, Felice ya no pudo contenerse y se dijo que había sido un viaje «verdaderamente abominable».²²

Esta vez, sin embargo, Kafka se llevaba a Praga un recuerdo que iba a darle un poco de consuelo. Como en todos los viajes, Felice Bauer se había llevado también a Karlsbad su cámara fotográfica, y Kafka tuvo ocasión de apretar el pulsador algunas veces. Se tomaron instantáneas de monumentos, pero también se fotografiaron el uno al otro. Y como Kafka estaba tan ansioso de fotos y nunca parecía satisfecho con las copias que ella le enviaba, ella le propuso, razonablemente, que revelara la película en Praga: así, él mismo podría elegir de qué instantáneas quería tener copia.

Y así ocurrió. Pero cuando Kafka, pocos días después, fue a recoger los negativos, le esperaba una sorpresa. Felice, la experta tecnóloga y fotógrafa aficionada, había puesto el carrete al revés, con la capa fotosensible hacia atrás y el papel protector hacia delante. Todas las fotos mostraban *nada*. Y así sus sonrisas de Karlsbad se perdieron para toda la eternidad.

²² Carta a Felice Bauer del 9 de agosto de 1915.

2. NO HAY PREMIOS LITERARIOS PARA KAFKA

Al arte hay que sacrificarlo todo
salvo el arte mismo.

Karl Kraus a Herwarth Walden

Cuaderno con tapas de hule rojizas, con láminas protectoras azul claro, que contiene veinte hojas (excepto la última, sueltas) de papel blanco-amarillento, no rayado, con las esquinas redondeadas; altura, 24,85 cm; ancho, 19,8-20,0 cm; en dos bloques de dos y dieciocho (en total veinte) hojas, originariamente cosidas (dos orificios); bordes rojos; marca de agua tipo 2ª o 3ª; hojas 19 y 20 en blanco. Las hojas están descosidas.¹

Cabe dudar de si Kafka habría reconocido a bote pronto el objeto al que se refiere esta minuciosa descripción. Los manuscritos de otros escritores los conocía bien como sacrosantas reliquias expuestas en una vitrina—como por ejemplo la copia inmaculada de la canción *Mignon* de Goethe que había admirado en Weimar, tomándola por el original—, bien como cuadernos y hojas recién escritas, desfiguradas por trazos en diagonal y correcciones al margen, como los que yacían por los escritorios de Max Brod y Ernst Weiss (por no hablar de las notas en los bolsillos de los pantalones y chalecos de Werfel). Los unos venían directamente del Olimpo, lo otro era tarea cotidiana.

Ningún autor de principios del siglo xx—y menos que nadie Kafka—habría podido imaginar que su legado escrito sería medido, fotografiado y descrito como si se tratara de rollos de papiro de una cámara funeraria egipcia; el interés por el soporte y la materialidad de los documentos era completamente ajeno a aquella generación. Al contrario de las pági-

¹ Descripción de uno de los «legajos» de Kafka en el aparato de la edición crítica alemana.

nas ya impresas, los cuadernos y las anotaciones que en ellos se hacían se consideraban simples herramientas, y es característico de la época que Kafka arrancara hojas cuando quería separar las anotaciones privadas de las literarias, que empezara a llenar sus cuadernos por los dos extremos al mismo tiempo—por delante y por detrás—, que la tinta y el lápiz, la escritura corriente y la taquigráfica se alternasen conforme a las necesidades, e incluso que intercalara en lo que iba escribiendo garabatos inconscientes. A diferencia de lo que ocurre en la actualidad, cuando, recién sacados de una impresora láser, los borradores de cualquier obra en marcha parecen textos ya editados, los manuscritos de antaño conservaban los rastros del proceso creador. Brod no tuvo escrúpulos de ninguna clase a la hora de hacer anotaciones propias con lápiz rojo en las hojas que le confiaba su amigo, al que consideraba un genio literario y figura principal de una nueva religiosidad; tampoco en confiar al correo algunas de estas hojas insustituibles e incluso en regalarlas.² Naturalmente, Brod sabía que la «edición histórico-crítica» que archiva y comenta cada sílaba de un autor es el título de nobleza de un escritor consagrado como clásico, y estaba completamente seguro—aunque siempre pensaba en ello con sentimientos encontrados—de que también la obra de Kafka aparecería un día envuelta con los cuidados de la ciencia editorial. Pero jamás se le habría ocurrido pensar en el *papel* en el que Kafka había escrito. ¿Para qué? Lo que importaba era la copia exacta. Así que Brod se tomó todas las molestias en despejar el lugar de los hechos mucho antes de que llegaran los investigadores filológicos.

² Véase la correspondencia de Brod con Hans-Joachim Schoeps, en la que se menciona varias veces el envío postal de manuscritos de Kafka (Schoeps 1985). En 1935 Brod regaló a Stefan Zweig una hoja del manuscrito de *El desaparecido*, en cuyo dorso en blanco había hecho anotaciones propias; véase su descripción en el aparato de la edición crítica alemana.

Medio siglo después, los cuadernos de Kafka fueron puestos en una caja de luz. Se descubrieron marcas de agua del fabricante del papel, tréboles de cuatro hojas dispuestos en determinadas formas, y estas formas se distinguían apenas según se tratara de la cara «izquierda» o «derecha». Con eso quedaba asegurado un rastro decisivo que, en muchos casos, permitía insertar la hoja correspondiente allá donde Kafka la había arrancado de forma descuidada, y con ello datar el texto en cuestión. ¿Hacen falta más pruebas de que aquí literalmente todo puede ser importante? Cuando decimos todo es *todo*: anchura, altura, color, borde, sin olvidar las esquinas redondeadas... un mensaje para la eternidad. Entretanto, el original se descompone, con infinita lentitud, pero inexorablemente, ese «soporte textual» que ahora lleva el nombre científico «KBod AI, 10», porque se conserva en la Bibliotheca Bodleiana de Oxford y porque es el décimo cuaderno de los diarios de Kafka.

Apenas cabe suponer que él advirtiera nunca de forma consciente esa marca de agua sobre la que el plumín de acero se deslizaba. Tampoco pudo soñar que un día alguien *contaría* hoja por hoja las palabras que se encontraban en cada página manuscrita. Le habría divertido, y Brod se habría llevado las manos a la cabeza. Y, sin embargo, el investigador de la literatura Malcolm Pasley ha aportado la prueba de que con ese peculiar procedimiento se pueden datar pasajes concretos de *El proceso*... un valioso incremento de conocimiento ante una novela universalmente canonizada, cuyo autor ni siquiera estableció de forma indiscutible la sucesión de los capítulos.³ Es cierto que esta forma de adentrarse en la herencia material del autor no deja de tener un punto cómico. Pero tiene, a su vez, efectos sorprendentes... es como observar una jugada profesional de billar a tres, cuatro bandas, que no se le ocurriría a ningún mortal y cuyo acierto desen-

³ Véase Pasley [1990].

cadena siempre una especie de alegre sobresalto. Ya no podemos volver a la época anterior a las habilidades del especialista, y la mirada «inocente» sobre Kafka, tantas veces invocada—si es que la hubo alguna vez—, no sería hoy más que una ilusión.

El balance era terrible. *El proceso* y *El desaparecido*, incompletos y probablemente incompletables. «Recuerdos del ferrocarril de Kalda», «El maestro de pueblo», «El fiscal suplente», el relato sobre «Blumfeld» y otros dos, sin terminar; todo fallido: interrupciones, fragmentos y ruinas hasta donde alcanzaba la vista. Tan sólo la muy sangrienta narración titulada *En la colonia penitenciaria* se podía enseñar, quizá publicar, después de algunos retoques. Tal era el resultado de meses de encarnizado esfuerzo, los frutos inmaduros a los que Kafka había sacrificado su sueño, sus vacaciones, cualquier posibilidad de descanso; los que con tanto esfuerzo había arrancado a los dolores de cabeza, el ruido de las habitaciones alquiladas, la creciente carga de trabajo en la oficina durante la guerra. Como Kafka sólo muy a disgusto hablaba de sus *works in progress*, probablemente nadie de su entorno tenía una idea ni siquiera aproximada de esas luchas, y sólo la filología avanzada, capaz de analizar hasta el último y más delicado trazo de lápiz, ha permitido conocer la entera dimensión de esa debacle existencial.

Hoy, cuando las creaciones verbales están expuestas a la abrumadora competencia de medios más duros y más rápidos, no la escritura, pero sí el *tener que escribir*, pasa por ser una pasión obsoleta. La fama de Kafka no hace sino dificultar la empatía por su desesperación por el texto. Sabemos que en última instancia *no* fracasó, y nos preguntamos qué más podía querer. Pero ese «en última instancia» surge de un juicio realizado desde una distancia histórica que abarca toda la vida, la vida en su forma coagulada, junto a su contexto, que

sólo hoy es posible abarcar de verdad. Para el propio Kafka, que tenía por delante un trayecto sumido en una oscuridad de varias décadas (acaso, probablemente, ojalá), esto no habría podido ser ningún consuelo, aun si hubiera vislumbreado y asumido su propia talla literaria.

Para advertir con toda nitidez esta diferencia entre la existencia concreta y singular y la importancia póstuma, hay que empezar por tener claro cuánto se acercó Kafka a la meta que él mismo se había fijado y qué consecuencias habría tenido para él, de haberlo conseguido en vida, el éxito literario. Sobre todo en lo relativo a su obra principal, *El proceso*, esto puede estimarse de forma relativamente precisa, porque es evidente que Kafka había concebido esta novela como una construcción circular, es decir, enteramente planificable y controlable desde un punto de vista formal. Tanto en la primera como en la última página de la novela el héroe está solo, pero entre una y otra, capítulo a capítulo, se recorre todo el radio social de Josef K.: la patrona, la vecina, colegas y superiores, los amigos, el tío, la madre, el abogado, la amante... y, naturalmente, el propio tribunal. No sabemos si Kafka planeaba introducir más escenas judiciales o dar entrada a otros equívocos consejeros procedentes del ámbito marginal del tribunal; en cambio, las relaciones sociales del acusado están casi completamente presentes, y el desarrollo del capítulo de la madre, apenas esbozado, casi se puede adivinar. No se tiene en modo alguno la sensación de estar explorando los vagos contornos de un fragmento y, por enigmático que resulte *el conjunto*, es fácil reconocer las lagunas que—sin demasiado esfuerzo por su parte—a Kafka le habría bastado llenar para conducir a su término la lógica inherente y hasta cierto punto obligada de esta obra.

Por lo que toca a las perspectivas que tenía el texto de ser publicado, Max Brod se había encargado de allanar las cosas. Kafka no tenía por qué hacer antecámara en ningún sitio; tenía un editor influyente, del que hacía mucho que no

tenía noticias y que en esos momentos no estaba en su despacho de Leipzig, pero que habría aceptado sin titubear una novela completa, y más ésta. Dado que los plazos de producción de un libro eran bastante cortos—comparados con los actuales—, *El proceso* bien hubiera podido aparecer en otoño, como muy tarde a finales de 1915. E incluso si no hubiera obtenido un éxito mensurable a corto plazo—el público quería más que nunca entretenimiento, durante la guerra—, sin duda Kafka habría podido contar con el apoyo de los más grandes, de Thomas Mann a Robert Musil, y no le habrían faltado a corto plazo lecturas, honores y nuevos conocimientos, quizá amistades. Surgen imágenes seductoras: Kafka conversando con sus traductores, sentado a la mesa del café del influyente Karl Kraus, en una recepción en la mansión de Samuel Fischer, en Grunewald... No hay duda de que la publicación de *El proceso* muy pronto habría hecho saltar por los aires los límites del angosto horizonte vital de Kafka, y le habría proporcionado un gran número de «contactos» (tanto agradables como molestos) por los que incluso Brod habría tenido que envidiarle.

«[...] toda esa fiebre que abrasa mi cabeza día y noche tiene su origen en la falta de libertad», concluía Kafka el año siguiente,⁴ y no hace falta demasiada imaginación para calibrar la torturante sensación de fracaso a la que, cuanto más sobriamente hacía balance, más expuesto quedaba, sin coartada alguna. La guerra había impedido el posible golpe liberador en el último minuto, y su propia fuerza agotadora empujaba todas las opciones de libertad restantes a una distancia inabarcable. Él sabía que el fracaso no es ni obligatorio ni irreversible. Pero la distancia entre lo que había estado al alcance de la mano y la realidad de Praga, ahora incurablemente dominada por los problemas de la guerra y las horas extraordinarias, era espantosa. Ya a principios de enero de

⁴ Carta a Felice Bauer, probablemente de mediados de febrero de 1916.

1915 Kafka mostraba síntomas inequívocos de agotamiento; poco después dejaba a un lado el manuscrito de *El proceso*, seguía trabajando esporádicamente en las narraciones comenzadas, intentaba cosas nuevas, desechaba otras viejas; por fin, el 9 de abril, se habla en el diario por última vez de «buen trabajo»; en mayo Kafka abandona incluso el propio diario, y en adelante se niega a leer sus textos a los amigos. Fue como un último y prolongado soltar el aire, al que siguió un silencio aterrador. Aún no sospechaba que esa estupefacción iba a durar más de año y medio. En septiembre se animó a empezar un nuevo cuaderno de diario, pero estaba convencido desde la primera frase de que no era «tan necesario como antes»; y como no veía sentido a llenar las páginas con la repetición de antiguos lamentos, sólo recurría a la pluma cuando especiales acontecimientos, encuentros o impresiones de lectura le obligaban a ello. Entre medio, un silencio de semanas. Sólo hacia finales de 1916, cuando la fisionomía de su ciudad, su mundo, se habían desfigurado hasta lo irreconocible, Kafka acometió un nuevo intento de justificar la vida mediante el «trabajo».

No cabe sorprenderse de que, en estas circunstancias, Kafka mostrara poca iniciativa a la hora de dar al menos a sus obras terminadas un repaso definitivo. No siempre había sido así. Sabía que sus esfuerzos de largos años tenían para los lectores el efecto de una débil llamita; sabía que su reputación era la de un minimalista sin aliento para grandes diseños. Hasta ahora sólo había publicado dos libros, de aspecto más que lánguido: noventa y nueve páginas tenían las piezas en prosa de *Contemplación*, y sólo cuarenta y siete *El fogonero*. Todo lo demás estaba disperso por periódicos y revistas, y ni siquiera en las más importantes. En cuanto a *La condena*, la única de sus narraciones a la que Kafka no oponía el menor reparo y que gustaba de leer a menudo en voz alta, formaba parte de un volumen colectivo concebido por Max Brod que nadie quería comprar.

Kafka se había esforzado por cambiar este estado de cosas. Había propuesto un volumen de relatos a Kurt Wolff e incluso recibido una promesa al respecto: *Los hijos*, era el título provisional de ese proyecto de libro, que debía reunir *La condena*, *El fogonero* y *La transformación*, los resultados de su fase creadora en torno al año 1912, al menos los que en su opinión se podían enseñar. Pero se tomó demasiado tiempo con el manuscrito de *La transformación*, y Wolff no se lo reclamó; tampoco preguntó sobre él, ni manifestó mediante ningún gesto—seguramente esperado por Kafka—que se acordase siquiera de su propia «declaración vinculante» de abril de 1913. Y aunque, en sus negociaciones con Wolff, Brod sacaba tercamente a colación el nombre de su amigo, durante más de dos años el cortés envío de recensiones y del almanaque de la editorial fue lo único con lo que Wolff animó a su tímido autor. Aquello era bien poco, sin embargo, y después de que Kafka se enterara, en agosto de 1914, de que tanto Kurt Wolff como su lector, Franz Werfel, se iban a la guerra, y que temporalmente diez de los doce empleados de Wolff «estaban en campaña», dejó de contar con recibir de Leipzig ninguna forma de «tutela». Eso le pareció bien. Si el editor—en contra de sus hábitos—hubiera preguntado repentinamente por los planes y proyectos literarios de Kafka, éste se habría visto en apuros. Le habría tocado explicar por qué la novela en la que estaba embarcado seguía sin llegar a nada. Kafka rehuía tales conversaciones siempre que podía. Y después de que sus reiterados esfuerzos por ver impresa *La transformación* al menos en una revista no condujeran a nada—hacía ya un semestre que el manuscrito estaba en manos de René Schickele, el redactor de *Weisse Blätter*—, ya no quería hablar de publicaciones. No era ningún mendigo.

Pese a ello, a mediados de octubre de 1915 Brod le puso en las manos una carta de la editorial Kurt Wolff y varios ejemplares de *Weisse Blätter* recién salidos de la imprenta. Al parecer se había extraviado la dirección de Kafka, y se había

hecho preciso recurrir a su agente. El asunto era importante y, debido a las prisas, en lugar del director de la revista quien firmaba la carta era un tal Meyer: «su seguro servidor, Meyer». Cuando Kafka hojeó la revista, apenas pudo dar crédito a sus ojos: habían impreso *La transformación* en toda su extensión y sin que él hubiera visto ni una galerada.

Georg Heinrich Meyer, de cuarenta y siete años, era un comerciante bonachón, algo prolijo y tanto más intrigante, de mostacho jovial y maneras amables y paternalistas. Un hombre al que nadie creía capaz de doblez, y que por eso se ganaba pronto la confianza, si bien su constante optimismo resultaba un tanto sospechoso. Porque en el gremio no era ningún secreto que aquel librero ya había quebrado dos editoriales propias y estaba endeudado hasta las cejas.

Resultaba sorprendente que Kurt Wolff hubiera nombrado gerente de su editorial precisamente a ese hombre y que, al principio de la guerra, le hubiera designado también como su representante. Meyer ni siquiera podía «aportar» autores contemporáneos descubiertos por él en ninguna de sus fracasadas empresas. Y es que, por muy cuidadosamente hechos que estuvieran sus libros, su programa literario había sido modesto, y la literatura costumbrista, que él apreciaba especialmente—había editado incluso una revista con el título *Patria*—, estaba en grotesca contradicción con la modernidad avanzada que ahora tenía que representar en nombre de Wolff. Por no hablar de que los autores publicados en su día por Meyer producían ahora mayoritariamente baratijas patrioterías, mientras que Wolff era el único editor alemán importante que se negaba de forma consecuente a publicar literatura de afirmación bélica. Al margen de algunas joyas para bibliófilos procedentes de los fondos editoriales de Meyer, Wolff, desde la lejanía, se preocupó de mantener sus propias escalas de calidad literaria y reservarse las deci-

siones programáticas, por mucho que la comunicación, sobre todo el ir y venir de manuscritos, era ahora extraordinariamente trabajosa y ya no permitía tomar decisiones rápidas. Ocurría que Meyer viajara a la sucursal belga para mantener al corriente a Wolff, pero después de que, en abril de 1915, el editor fuera trasladado al frente de Galitzia, también quedó cerrada esa posibilidad, y en adelante Meyer tuvo que llevar casi en solitario el negocio diario, incluyendo la «atención» a los autores.

Cabe imaginar las miradas que Franz Werfel, Kurt Pinthus y Walter Hasenclever intercambiaron cuando, en mangas de camisa, Meyer les comunicó su entrada en funciones. Y sin embargo, Wolff mostró haber acertado con su extraña decisión. Porque Meyer, que durante algunos años había viajado de librería en librería por encargo de la editorial Deutsche Verlags-Anstalt, disponía de una enorme experiencia comercial, y a fuerza de innumerables conversaciones tenía una idea muy precisa de lo que impresionaba a los libreros y lo que de hecho «llegaba» a un público cuya conducta lectora se podía determinar cada vez más a través de las modas culturales y la publicidad. Estaba claro que esa habilidad era lo que Wolff había buscado. Y cabe dudar que su editorial, que no tenía para ofrecer ni poesía de guerra, ni recopilaciones de cartas del frente, ni los populares testimonios personales sobre las experiencias sufridas, hubiera podido resistir sin perjuicio económico el primer año de guerra sin las exitosas ideas de Meyer. Mientras impresionaba a los lectores de periódicos con anuncios de gran tamaño—no de la editorial, sino de novedades concretas, lo que hasta entonces era enteramente inusual—, atraía a los libreros con descuentos especiales que representaban, ni más ni menos, la ruptura de un tabú económico; pronto se dejaron oír las quejas por los «métodos estadounidenses de distribución» de Kurt Wolff Verlag. Quien pedía y pagaba treinta ejemplares del *best-seller* *El Golem*, de Gustav Meyrink, recibía cuarenta: cual-

quier aprendiz de librería podía contar con los dedos que eso (calculado sobre el precio de venta) entrañaba un increíble descuento del 55 %. También las campañas de cartelería de Meyer en las columnas publicitarias causaban impacto, porque con ellas las novedades literarias se presentaban por vez primera como acontecimientos, y se equiparaban en su carácter de sensación al cine. Los textos publicitarios, redactados en su mayoría por el propio Meyer, reforzaban aún más ese soplo de falta de seriedad, porque trataban de despertar una y otra vez expectativas emocionales que no tenían lo más mínimo que ver con los libros de los que se trataba. Así, las obras del Premio Nobel Rabindranath Tagore (que nada sabía de ello) se anunciaban como «auténticos libros para la Navidad», y para *Napoleón* de Carl Sternheim, la historia de un gran cocinero presentada en un estilo analítico, a Meyer se le ocurrió decir que «esta novela se lee como si se estuviera comiendo en el Sacher», tras lo cual el autor le amenazó con «fusilarlo».⁵

Todo el que supiera un poco de economía tenía que tener claro enseguida que una propaganda así de costosa hacía saltar por los aires el cálculo tradicional del libro. ¿Quién iba a cubrir las lagunas financieras que Meyer abría? Los autores, naturalmente, era la respuesta, seductora de puro sencilla. De hecho, Meyer fue el primer director editorial que se atrevió a hacer que los autores participaran en los costes de publicidad de sus propios libros: un salto sensacional, en una época en la que la importancia económica de los anuncios estaba lejos de ser valorada tanto como hoy, y cuando en muchos lugares ni siquiera existían presupuestos de publicidad para las novedades editoriales. Hacer digerir esto a los afectados fue una tarea a la que Meyer se entregó con pasión: se dice que en caso necesario perseguía hasta la estación

⁵ Carta de Carl Sternheim a Thea Sternheim del 15 de agosto de 1915, en Sternheim [1988:175].

a los irritados escritores y trataba hasta el último minuto de convencerlos. Con un éxito considerable, al parecer. Incluso Max Brod, extremadamente alerta en lo concerniente a sus finanzas, renunció a un cuarto de los honorarios habituales en el sector para que fuera posible insertar grandes anuncios de su novela *La redención de Tycho Brahe*.

Naturalmente, no se podía hablar de contenidos literarios con el notorio «agente de ventas» Meyer. Como mucho, él hojeaba los trabajos que le presentaban, y si recordaba los títulos era a todas luces siguiendo el criterio de su comercialidad. Años después, todavía seguía hablando de la «colonia de criminales» de Kafka. Insistía a los autores en que se aplicasen a escribir novelas—también a las de Kafka les prometía un «éxito sensacional», aun sin conocer de ellas una sola línea—, pero las cartas que no tenían que ver con decisiones inminentes quedaban sin respuesta por docenas. Meyer no supo muy bien qué hacer—cosa que en modo alguno ocultó al autor, que al mismo tiempo era un colega—con los poemas de Werfel, que durante el invierno de crisis de 1914-1915 consideró «la única perla sustanciosa en el insípido plato sopero de Kurt Wolff».⁶ En cambio, reaccionaba con sensibilidad sismográfica, y con un activismo tan original como infantilmente falto de consideración, a los acontecimientos que afectaban a las relaciones con el público, y por tanto a las expectativas de venta.

No se comportó de distinta manera en el caso de Kafka. Aunque ya no es posible reconstruir el proceso de toma de decisiones, el hecho de que René Schickele, el director de *Weisse Blätter*, para la cual *La transformación* resultaba en

⁶ Carta de Georg Heinrich Meyer a Max Brod, 7 de julio de 1916; citada según Unseld [1982:131]. Carta de Max Brod a Kafka del primero de agosto de 1919, en Brod y Kafka, *Una amistad. Correspondencia*, p. 267. Carta de Georg Heinrich Meyer a Franz Werfel del 28 de febrero de 1915; citada según Göbel [2000:col. 715].

realidad demasiado extensa, se decidiera de todos modos a publicarla es atribuible con toda probabilidad a una intervención de Meyer.⁷ Éste, a su vez, propuso a Kafka editar también la narración como título independiente en la colección «El Juicio Final», y hacerlo además enseguida, ese mismo mes, junto a una nueva edición de *Contemplación*. Una prisa que resultaba en alguna medida sorprendente, después de los años de silencio de la editorial. Pero Meyer tenía un argumento muy persuasivo:

Dentro de poco va a fallarse el Premio Fontane, destinado a los mejores narradores modernos. Según hemos sabido de fuentes confidenciales, este año el premio lo recibirá Sternheim por sus tres relatos *Busekow*, *Napoleón* y *Schublin*. Sin embargo, como usted sabrá muy bien, Sternheim es millonario, y, como no queda bien dar un premio económico a un millonario, Franz Blei, que es quien otorga el Premio Fontane, ha convenido con Sternheim en que le haga llegar la suma, creo que de ochocientos marcos, a usted, por ser el más digno de recibirla. Sternheim ha leído sus cosas y está sinceramente entusiasmado con usted, como puede ver en la tarjeta adjunta.

A pesar de su indignación, Kafka tenía que admitir que no era una mala noticia. En todo caso, que Meyer se hubiera enterado por «fuentes confidenciales» de un acontecimiento tan importante no era de recibo: el dinero del premio provenía de un fondo aportado por el mecenas Erik Schwabach, el más importante socio capitalista de Wolff; Sternheim y Kafka eran autores de Wolff, y a su vez el crítico Franz Blei, al que correspondía otorgar el renombrado premio por mandato de la Asociación para la Defensa de los Escritores Ale-

⁷ Sobre las interdependencias organizativas entre *Weisse Blätter*, la editorial de los libros blancos y la editorial Kurt Wolff, véase *Los años de las decisiones*, capítulo 28. El contacto entre Schickele y Kafka, así como también con Brod, se había interrumpido porque Schickele emigró a Suiza por motivos políticos y cambió varias veces de domicilio en corto espacio de tiempo.

manes, pertenecía al entorno próximo de la editorial, el año anterior había sido él mismo editor de *Weisse Blätter*, y pasaba por ser el «descubridor» de Sternheim... Así que todo aquello parecía más bien una operación de *marketing*, idea probablemente por el propio Meyer. Kafka ya había oído que éste era capaz de tal cosa; en cambio, al parecer, Meyer no sabía con quién tenía que vérselas:

Así pues, por *La metamorfosis* le cabría esperar: 1) Los honorarios de *Weisse Blätter* (no sé si Schickele lo ha hablado con usted, y en qué términos); 2) los honorarios de «El Juicio Final», que pueden ascender a un pago único de trescientos cincuenta marcos por una pequeña tirada: la mayor cantidad que «El Juicio Final» ha pagado nunca, y los ochocientos marcos del Premio Fontane. ¡De modo que es usted un auténtico hombre de suerte!⁸

Por desgracia, ésta era una frecuencia a la que Kafka era completamente sordo. La afirmación de Meyer de que no él, sino Schickele y la actual marcha del mundo, eran los culpables de que Kafka nunca hubiera visto una sola galerada de *La transformación* no podía engañarlo acerca del hecho de que se trataba de un atropello y un visible desprecio de los derechos del autor. Por su parte, Meyer iba a dejar claro en lo sucesivo que no tenía la menor intención de dejar que un autor al que se quería imponer su suerte pudiera frenarlo en su activismo. Mientras la consulta a Kafka aún estaba en camino, ya había encargado la edición en libro de *La transformación*, y pocos días después—el autor nada sabía al respecto—ya

⁸ Carta de Georg Heinrich Meyer a Kafka del 11 de octubre de 1915. No nos ha llegado la tarjeta adjunta de Carl Sternheim, y de otras fuentes biográficas es imposible obtener indicio alguno de que Sternheim hubiera leído la obra de Kafka. Una entrada del diario de Thea Sternheim del 3 de marzo de 1947 permite incluso deducir que Sternheim nunca se manifestó ante ella ni sobre Kafka ni sobre las circunstancias de la concesión del premio.

estaban listas las galeradas. Esta vez, Kafka tuvo la oportunidad de proceder a numerosas pequeñas correcciones en el texto, y eso era para él mucho más importante que la cuantía de los honorarios. Pero el acuerdo con Wolff acerca de un siguiente libro que reuniera *más* narraciones quedó, naturalmente, sin efecto, debido a la arbitraria actuación de Meyer.

Tras una breve reflexión—y probablemente después de hablar con Brod—, Kafka aceptó conformarse con la nueva situación. Él mismo había asegurado muchas veces que tenía «especial interés» en una publicación de *La transformación*, cuando y donde fuera.⁹ Tres años después de escrito el relato, ese deseo se había hecho realidad al fin, y sin duda nadie habría entendido una negativa. Kafka no pudo privarse de lanzar algunas puyas irónicas contra Meyer, pero también hizo propuestas respecto al formato del libro y se manifestó incluso con inusual contundencia acerca de la cubierta, en la que no quería ver en ningún caso al desdichado Gregor Samsa: «¡Eso no, por favor, eso no!... El insecto mismo no puede ser dibujado. Ni siquiera puede ser mostrado de lejos».¹⁰ Por suerte este mensaje no se quedó entre los grandes montones de papel de Meyer, sino que fue remitido al ilustrador (Otto Starke, un íntimo amigo de Sternheim), que se atuvo a él.

Pero ¿qué pasaba con la curiosa distribución del Premio Fontane? ¿El honor para el famoso Carl Sternheim, el dinero para el desconocido autor de Praga? Ése era un punto en el que no era tan fácil tranquilizar a Kafka:

Según su escrito, sobre todo también según su escrito a Max Brod, la cosa parece estar en el punto de que Sternheim recibe el premio pero quiere darle su cuantía económica a alguien, posiblemente a mí. Por muy amable que sea esto, se plantea la cuestión de la necesidad; pero no de la necesidad de ambos, del premio y del dinero,

⁹ Carta a René Schickele del 7 de abril de 1915.

¹⁰ Carta a Georg Heinrich Meyer del 25 de octubre de 1915.

sino de la necesidad únicamente del dinero. Tal como yo lo siento, no se trata de si el afectado va a necesitar en alguna ocasión quizá el dinero, más bien podría ser decisivo si lo necesita en este momento. Por importante que el premio, o una participación en el premio, fuera para mí, no puedo aceptar sólo el dinero sin participación alguna en el premio, creo que no tendría ningún derecho a hacerlo, porque en este momento no sufro esa necesidad de la que hablaba."

Así era. Kafka sólo tenía que imaginarse las caras intrigadas de sus colegas y de su jefe, interesado por la literatura. Ellos sabían exactamente lo que un funcionario del «primer nivel salarial de la III clase» recibía todos los meses en su cuenta. Habría sido preciso dar algunas explicaciones de cómo además se recibían en público regalos monetarios.

No es que Kafka envidiara el premio al privilegiado Sternheim: tampoco un escritor *rico* estaba a salvo de las penalidades de la guerra. Sternheim, psíquicamente inestable, había tenido que abandonar temporalmente su confortable vivienda en las cercanías de Bruselas (de lo que no eran en absoluto responsables sus vecinos belgas, sino sus compatriotas, los ocupantes alemanes); las representaciones de sus obras teatrales topaban con la resistencia de la censura prusiana, y sobre todo, desde su aproximación al círculo berlinés de la revista *Aktion*, Sternheim era objeto del odio político, y era persistentemente vejado por las autoridades militares. Hacía mucho que todo eso se sabía en Praga. Aun así, a Kafka le disgustó la manera informal con la que fue informado de su propia y secundaria participación en el premio. Desdichado o no, ¿por qué no escribía el propio donante unas pocas palabras amables? O cuando menos Franz Blei, al que Kafka conocía personalmente, y que quizá habría podido justificar aquel extraño proceder. ¿No sería que, de hecho, Sternheim había sido meramente «designado» por Blei?

¹¹ Carta a Georg Heinrich Meyer del 15 de octubre de 1915.

No se podía obtener al respecto ninguna información precisa por parte de Meyer, que no estaba interesado en cuestiones estilísticas y trataba tan sólo de despejar los reparos de Kafka sin entrar seriamente en ellos. Que un autor al que inesperadamente le caía en las manos la mitad del salario anual de un pequeño funcionario tuviera que ser trabajosamente convencido para que lo aceptara constituía, en su orden de experiencias, un caso sin parangón. ¿Quién podía, en la escena literaria—descontados los muy pocos millonarios que escribían—, permitirse tal excentricidad? Probablemente a Meyer no le sorprendió ni por un momento que en última instancia Kafka se mostrara dispuesto a aceptar el regalo e incluso a agradecerse por escrito a Sternheim. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Pero Kafka, que quería el reconocimiento, pero no limosnas, y que desde las humillaciones de Berlín estaba decidido a defender a casi cualquier precio su autoestima, Kafka tenía que sobreponerse: «no es que sea fácil escribir a alguien del que no se ha tenido noticia directa para darle las gracias sin saber exactamente por qué», se quejaba a Meyer.¹² Y fue quizá, quién sabe, el temor a los reproches de los amigos el que finalmente inclinó la balanza. Pero cuando el ocupado Meyer, que trabajaba casi día y noche en la desierta oficina de Kurt Wolff Verlag, se desplomó por primera vez bajo la carga de trabajo, cuatro semanas después, Kafka pudo decirse que no tenía ninguna culpa *de eso*.

No sabemos si recibió alguna vez respuesta de Carl Sternheim. Como en ese momento no tenía un destino que dar a los ochocientos marcos que Sternheim le regalaba, los invirtió en bonos de guerra. Fue la única distinción literaria que Kafka recibiría jamás. Pero aún no podía saberlo.

¹² Carta a Georg Heinrich Meyer del 20 de octubre de 1915.

Quizá la expresión más significativa de la extrañeza que Kafka irradiaba entre sus contemporáneos sea que casi todos los intentos de animarlo, de motivarlo, incluso de «ensalzarlo», se equivocaban de una manera curiosa. Sin duda, ser elogiado como «hombre de suerte» por un director editorial que, cuando menos, tendría que haber tenido una vaga idea del perfil intelectual de su autor, era algo que había que anotar en la columna de la cruel ironía que tantas veces preside las relaciones entre la vida y la literatura, y sin duda Kafka aún tenía suficiente humor como para contar a los amigos esa singular distinción. En lo que a confusiones y malentendidos se refiere, hacía mucho que había vivido cosas peores, por ejemplo que el narrador vienés Otto Stoessl percibiera en el volumen *Contemplación* una sobriedad peculiar y el «humor que tiene uno cuando está de buen ánimo»,¹³ lo que naturalmente estaba pensado como un elogio, pero estaba tan alejado de la intención de los textos que Kafka tuvo que dudar seriamente de su propia capacidad de expresión.

Max Brod lo intentó por su parte con superlativos. «Es el más grande autor de nuestro tiempo», anotó en su diario, después de que Kafka le leyera, en abril de 1915, dos capítulos de *El proceso*. Estaba sencillamente abrumado, y por eso tampoco sus elogios verbales fueron más contenidos.¹⁴ A Kafka, en cambio, que sabía disfrutar del efecto de sus textos, no le gustaban tales afirmaciones, que nada tenían que ver con su propia vivencia y que por tanto ni siquiera le ha-

¹³ Carta de Otto Stoessl a Kafka, probablemente del 30 de enero de 1913; citada en una carta de Kafka a Felice Bauer del 31 de enero-primer día de febrero de 1913. Véase *Los años de las decisiones*, capítulo 17, n. 5.

¹⁴ Una prueba de ello—así como el rastro de la reacción de rechazo de Kafka—se encuentra en una carta de Brod a Kafka del 18 de diciembre de 1917: «Werfel [...] considera que eres el más grande autor en lengua alemana. También es mi opinión desde hace mucho, como sabes. Con la única reserva que tú me has enseñado a tener contra formulaciones tan faltas de matices, pero que no sale de mi corazón».

lagaban. Él mismo no se privaba de poner en relación consigo a autores como Grillparzer, Dostoievski, Kleist y Flaubert, a los que llegó a calificar de «verdaderos hermanos de sangre». Pero no por sus logros, porque ¿cuando se había dado, en toda la historia de la literatura, semejante desproporción entre esfuerzo y resultado? ¿Cuándo un gran autor que no concluyera ninguna novela, ninguna obra de teatro, ningún verso memorable? ¿Que no tuviera durante meses ninguna idea digna de ser conservada? ¿Que necesitase una paz ultraterrena para poder escribir una auténtica frase? La mera comparación era ridícula, y el propio Brod había tenido que aceptar, entretanto, que no se trataba de meros fallos de carácter, de falta de energía y disciplina; no sólo de la temerosa y estéril preocupación del perfeccionista neurótico, no. Era el «material» interior, la imaginación, el que dejaba a Kafka en la estacada una y otra vez, y *ése* era el motivo por el que los himnos de alabanza de Brod le sonaban tan huecos.

El que dio en el blanco fue Franz Werfel, que llevaba años recomendando en todas partes *La transformación*, a pesar de que sólo conocía fragmentos del relato, de cuyo manuscrito jamás se había ocupado como lector de Kurt Wolff, lo que irritaba sinceramente a Kafka. Ahora, al fin, una vez que el relato se había publicado, había retomado su lectura y estaba boquiabierto. Se dio cuenta de que había subestimado a Kafka, esa estrecha sombra detrás de Max Brod; es más, lo había ignorado por completo. Y quería, tenía que decirse-lo para arreglarlo todo. ¿Pero cómo se ensalza al creador de un texto *como ese*? Werfel, que de por sí tendía al énfasis, se lanzó al teclado. Y engendró un ruido que tuvo que llegarle a Kafka hasta la médula. Aquel eterno adolescente que se derretía al calor de su propio sol, al que todo parecía caerle en suerte, precisamente él, falto de todo conocimiento del ser humano, fue el autor de la carta de elogio más absurda, inocente, cruda y auténtica que Kafka recibió en su vida:

No tengo palabras para decirle lo conmovido que estoy, le ha dado usted un saludable golpe a mi seguridad, y me siento (¡gracias a Dios!) muy pequeño.

Querido Kafka, es usted tan puro, nuevo, independiente y logrado, que en realidad habría que tratarle como si ya estuviera muerto y fuera inmortal. Algo así no se siente ante un vivo.

Lo que usted ha logrado en sus últimos trabajos *realmente* no existía antes en ninguna literatura: representar, con una historia redonda, y a su modo casi real, algo general, simbólico, trágico desde el punto de vista de toda la humanidad. Pero me expreso de una forma necia...

Todas las personas que le rodean tendrían que saberlo, y no tratarlo a usted como a un congénere.

Le agradezco profundamente el respeto que puedo albergar por usted.¹⁵

Como si ya estuviera muerto. No vivo. En cualquier caso, no un congénere. Kafka lo había sospechado, lo había temido siempre. Ahora lo tenía por escrito.

3. EL CIVIL KAFKA: EL TRABAJO DE LA GUERRA

Hay que pensar las cosas. No antes, claro; si no, no se hacen. Pero después hay que pensar qué conviene.

JUAN CARLOS ONETTI, *La vida breve*

¡GRAN VICTORIA SOBRE LOS RUSOS! Hacía mucho que la expectante población de Praga no veía titulares de prensa tan gigantescos, nueve meses ya. Entonces había sido el comienzo de una gran guerra, que había convertido en carteles las portadas de la prensa diaria, tanto la escrita en ale-

¹⁵ Carta de Franz Werfel a Franz Kafka del 10 de noviembre de 1915.

mán como en checo, y la inusual visión de los edificios de las redacciones cercados por la gente, los transeúntes sumidos en la lectura de la última «edición especial» en medio de la calle y los incesantes gritos de los vendedores de periódicos indicaban que algo terrible había ocurrido. Pero luego los titulares habían vuelto a contraerse a su formato habitual, la trabajosa cotidianidad de la guerra había empezado, acompañada por el monótono susurro de cientos de partes diarios, que en su mayoría no decían nada, y en los que la palabra *paz* aparecía cada vez menos.

Hacía falta cierta práctica para desprender de esos partes lo que realmente estaba pasando. Había que encajarlos como piezas de un mosaico, había que prestar atención a aquello de lo que *no* hablaban, había que estudiar los grandes espacios blancos producidos por la censura de guerra, y había que aprender a traducir al lenguaje corriente las frases dictadas por el estado mayor. Sólo entonces se hacían visibles los contornos de una catástrofe. Porque Austria-Hungría estaba en trance de perder una guerra mundial. La «expedición punitiva» contra Serbia había terminado en una debacle, y en la provincia de Galitzia las tropas rusas se abrían paso, empujando a los regimientos de infantería austríacos y a los refugiados judíos.

Poco a poco, los lectores comprendieron que ya no tenía sentido esperar el gran titular prometedor. En vez de eso, se aprendió a estudiar la letra pequeña: listas de «caídos» ordenadas alfabéticamente, en columnas, día tras día; a su lado, los nombres de los supervivientes que habían sido ascendidos o condecorados; en la página siguiente, los avisos de búsqueda de los refugiados cuyas familias habían sido dispersadas. La parte económica, que la mayoría pasaba por alto antes, era ahora lectura obligada: allí estaba indicado qué alimentos había a precios alcanzables, cuáles tan sólo a precios de espanto y cuáles ya no había. Un huevo, catorce céntimos. Una libra de mantequilla, tres coronas. Un kilo de carne de

ternera, cinco coronas. Fresas, melocotones, cerezas: puntos suspensivos, lo que significaba: sólo en el mercado negro.¹ Eran malas noticias, pero al menos fiables, ningún censor osaba intervenir en esto.

Por lo demás, se sabía que en alguna parte se había «tomado» una colina, se había «degradado» un sector del frente, se habían capturado unos cuantos cañones y se habían «hecho» algunos centenares de prisioneros. Hacía mucho que no había noticias que transmitieran esperanza, en todo caso era posible alegrarse con los éxitos militares de los alemanes, que luchaban muy adentrados en Francia, que asesaban golpes demoledores a los ejércitos del zar y cuyos submarinos hundían un crucero inglés tras otro. Pero eran acontecimientos que estaban muy lejos del ámbito de experiencia propio, y no se advertía que ralentizaran siquiera la general decadencia social. Al parecer, ni siquiera los alemanes cosechaban los frutos de sus continuas victorias. Repartían cupones de pan, igual que sus aliados austríacos, y los viajeros procedentes de Berlín contaban que la ciudad estaba igual de sucia y era igual de cara que Praga, Viena y Budapest, y que también allí empezaban a acostumbrarse a ver prótesis y sillas de ruedas.

La guerra se había vuelto monocorde y gris. Así que aquello fue como un grito lejano que llegara a los oídos de alguien medio sordo: ¡GRAN VICTORIA SOBRE LOS RUSOS! ¿Era un sueño, un rumor, un error? Parecía ser que no. Porque cuando los ciudadanos de Praga fueron a sus tareas a la mañana siguiente hallaron la ciudad decorada con banderas.

¹ Los precios sólo pueden calcularse muy aproximativamente en moneda actual: unos cincuenta y cinco céntimos por un huevo; doce euros la libra de mantequilla y veinte euros el kilo de carne (referidos al poder adquisitivo promedio del año 2000).

Cuando aquel 3 de mayo de 1915 Kafka dejó vagar la mirada por la portada del *Prager Tagblatt*, en el borde inferior, a la sombra de la noticia de la victoria, topó con un segundo titular mucho menos llamativo pero que, como sin duda advirtió enseguida, le estaba destinado personalmente: «Nueva revisión médica a los reservistas de las quintas de 1878-1894». Sin duda esas quintas, así se explicaba oficialmente, ya habían sido sometidas a revisión al principio de la guerra, pero entretanto se había descubierto que las «comisiones médicas de clasificación» de los distintos centros habían procedido conforme a varas de medir muy diferentes. Esto había causado injusticias que ahora se pretendía corregir.

Una mentira de la que hasta el más crédulo de los patriotas tenía que percatarse. ¿Desde cuándo las autoridades, ya no digamos las militares, habían estado interesadas en la justicia? La simple verdad era que de los más de cinco millones de hombres, de aquel ingente material humano que desde agosto de 1914 se había reunido y acuartelado sólo en Austria-Hungría, ya se había consumido una cuarta parte... muertos, prisioneros, desaparecidos. Por no hablar de los cientos de miles que estaban heridos y por tanto ya no podían ser empleados en primera línea. El Estado necesitaba refuerzos. Los necesitaba con tanta más urgencia cuanto que precisamente ahora se cernía una nueva desgracia que en vano se intentaba ocultar a las miradas de los lectores de prensa: la neutral Italia, aliada sobre el papel, había cambiado de bando y negociaba desde hacía mucho con el enemigo, que le prometía un enorme botín si entraba en la guerra.

Esto hacía que al ejército imperial y real le amenazara el peor escenario imaginable: una guerra en tres frentes; una guerra que iba a sacudir el Imperio habsbúrguico de forma previsible y total. Dirigentes militares—entre ellos Franz Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor y uno de los más agresivos paladines de la guerra—habían declarado imposible resistir a la vez a Rusia, Serbia e Italia, y habían exi-

gido desde el principio que tal pesadilla fuera evitada por medios políticos... ningún precio era demasiado alto. De hecho, el Gobierno austríaco intentó casi desesperadamente crear buen ambiente en Roma, con ofertas tan generosas y complacientes que tenían que ser mantenidas en secreto ante la población propia. Pero entretanto el precio había subido, el Gobierno italiano hacía apuestas cada vez más altas, ya no sólo exigía el italo parlante Tirol del Sur, sino también la ciudad portuaria de Trieste, incluso echaba un ojo a Dalmacia y Albania. Y mientras en Viena seguían deliberando acerca de si la aceptación de tales exigencias no equivalía a una capitulación, en París, Londres y San Petersburgo elevaban constantemente sus contraofertas: cobertura militar por mar y tierra, suministros de carbón, indemnizaciones de guerra en efectivo... Italia sólo tenía que elegir, al final pagaría el adversario.

La noticia de estas negociaciones secretas pronto llegó a Viena, y como muy tarde a mediados de abril quedó claro que ya no tenía sentido querer apartar a Italia de la guerra con más concesiones. *No jugamos*, decidió el emperador. Era más honorable renunciar al apoyo de los italianos que continuar con ese regateo y repartir a los ojos del mundo regalos que después habría que recobrar por la fuerza de las armas.

La declaración de guerra de Italia a Austria-Hungría fue entregada la tarde del 23 de mayo de 1915, el domingo de Pentecostés. Nadie se sorprendió, en todo caso lo único sorprendente fue que el rey italiano se tomase la molestia de firmar un documento hecho de frases completamente vacías, y que no fuera capaz de alegar un sólo motivo concreto para la guerra... salvo que ésta era una ocasión favorable de rascar lo que hubiera que rascar.

Pocos días después, a las ocho de la mañana, Kafka se encontraba en la isla Střelecký de Praga, cuyos amplios loca-

les de restauración se empleaban ahora con fines militares, como centro de reunión de los nuevos refuerzos esperados. Era viernes, el repicar de las campanas flotaba sobre la ciudad, había unas pocas personas caminando ya a lo largo de la orilla. Sin embargo, en la isla, Kafka se encontró en medio de un excitado tumulto de voces, predominantemente checas.

No sabemos cuántas horas pasó allí, si encontró a conocidos, si pasó el tiempo conversando o leyendo el periódico. Tampoco si tuvo el recuerdo—lo que hubiera sido muy natural—de que un día, exactamente en este lugar, se hallaba a la espera de una iniciación totalmente distinta, una iniciación sexual. Sin duda tuvo tiempo para observar. Era una escena irreal. Cientos de hombres se sentaban y charlaban a su alrededor, y no, como solían hacer en su tiempo libre, siguiendo impulsos de pertenencia lingüística, religiosa o social, sino congregados por un sólo criterio, completamente abstracto: su correspondiente «quinta», o dicho de manera más sencilla: su año de nacimiento. Todos tenían la misma edad. Porque hoy les tocaba a los de treinta y dos años.

Kafka ya estaba familiarizado con el procedimiento que le esperaba, aunque habían pasado más de diez años desde sus últimas experiencias con la casta militar. Por aquel entonces, el ejército había renunciado a formarlo como «voluntario por un año», si bien después de largas consideraciones y tres dictámenes. Sólo entonces se habían convencido de que aquel estudiante alto y flaco no estaba hecho para los esfuerzos físicos. Una época pacífica, comparativamente incluso agradable, aquella del comienzo del nuevo siglo, una época en la que incluso otros más fuertes lograban escapar con poco esfuerzo al servicio militar. Nadie entonces habría podido suponer que Austria-Hungría se vería obligada a recurrir un día a los inútiles, los nerviosos, los enjutos.

Aquí, contra la pared, por favor, desnúdese, uno ochenta y uno, un paso adelante, erguido, los pies juntos. ¿Alguna dolencia? ¿Enfermedades en la familia? ¿Necesita gafas? Aho-

ra abra la boca. Paladar sin novedad; oído, lo mismo. Respire hondo, estire los brazos, en horizontal, ahora crúcelos a la espalda, cierre el puño, abra las piernas y dóblese hacia delante... Por fin el temido tacto testicular... y *la condena*: útil para el servicio en armas mientras dure la guerra, categoría A, ¡el siguiente! *Další, prosím!*

¿Aún era cuestión de personas, de *hombres*? Los políticos así lo predicaban, los militares lo creían. Por natural que les resultara incluir en sus cálculos a los combatientes como masa numérica, como formación de cuerpos (eso se aprendía ya en la escuela de cadetes), y por moderno, por muy a la altura de los tiempos que les pareciera incluir en la cuenta las cualidades psíquicas del individuo como potencial destructor (se consideraba especialmente *cool* fanfarronear acerca del «material caractereológico» de los subordinados), con la misma parcialidad e inconsecuencia rehuían la pregunta de si lo que importaba en realidad no era la pura acumulación de armas, vehículos y combustibles, y si tal vez las guerras del siglo XX no se decidirían más bien en una cadena de montaje. Esto contradecía las imágenes atávicas del combate, que tanto emocionaban, y también los rudimentarios conceptos del honor seguían influyendo incluso en los dirigentes tecnocráticos de la jerarquía militar, que en no pocas ocasiones se creían su propia propaganda. Todavía al principio de la Guerra Mundial había generales que no podían acostumbrarse a matar al enemigo desde gran distancia, es decir, *sin verlo*.² Y la aversión de los oficiales con años de servicio

² Uno de los documentos más curiosos de esa mentalidad lo proporciona el influyente ministro de Marina alemán, el gran almirante Alfred von Tirpitz, que en el año 1912 aún insistía en dotar a los barcos de guerra de espolones de abordaje, aunque hacía mucho que era evidente que las futuras batallas navales iban a librarse con torpedos y artillería pesada, es decir, a una distancia de kilómetros.

a los experimentos con armas que violaban el derecho internacional, sobre todo los gases, era notoria. *Somos soldados, no desratizadores.*

Desde luego, había motivos para subestimar la tecnología bélica, porque era incómoda, poco fiable y sensible al mal tiempo, y no sustituía la fuerza humana sino que, por el contrario, exigía mantenimiento intensivo e incesantes remiendos y parches. Los alemanes pusieron en marcha hacia el oeste cuatro mil vehículos de carga, pero dos tercios de ellos se quedaron tirados por avería antes de alcanzar el Marne, sin que un enjambre de mecánicos fuera capaz de evitarlo. La «gran Berta», festejada en los noticieros, un monstruoso mortero cuyos proyectiles pesaban casi una tonelada, sólo podía ser transportada sobre raíles, que había que tender expresamente en las cercanías del frente... un trabajo muy pesado, peligroso, maldecido mil veces. Por no hablar de los últimos inventos, que todavía estaban en fase embrionaria y en muchos lugares provocaban más risa que espanto: granadas de polvo para estornudar en Flandes, gas lacrimógeno en el frente oriental, pilotos que arrojaban largos clavos («dardos volantes») y apuntaban al suelo con escopetas de postas, y finalmente los primeros «tanques», lentos dinosaurios, fáciles de capturar, que pesaban veintiocho toneladas y se hundían en el lodo o en terraplenes a la primera oportunidad.

En cualquier caso, también se habían recopilado otras experiencias con la técnica: la experiencia de un poder mecánico absoluto, que se autonomizaba, que reducía al individuo a la condición de impotente masa de maniobra. Sobre todo las nuevas ametralladoras, bien refrigeradas, capaces de realizar hasta diez disparos por segundo, demostraron ser un invento infernal, que ya en las primeras semanas de la guerra causó inconmensurables víctimas y obligó a un cambio radical en el modo de pensar. Porque si un sólo puesto de ametralladoras podía defenderse con éxito contra cientos de atacantes, estaba claro que ya no tenía sentido contraponer las cifras de

soldados y oficiales movilizados en toda Europa para demostrar aquí o allá una supuesta «superioridad».

Al fin y al cabo la ametralladora, que pesaba quintales, seguía siendo un arma defensiva, estática: para estar seguro frente a ella bastaba con quedarse en las trincheras y no ser activo uno mismo. Tanto más duradero fue por eso el segundo *shock* tecnológico que alcanzó a las tropas combatientes en diciembre de 1914: la introducción del «fuego graneado», que privaba definitivamente al individuo de toda protección, que no le ofrecía refugio alguno, ni tan siquiera ya la posibilidad de la capitulación. Fuego graneado significaba fuego de artillería durante días y noches, ininterrumpido y planeado con precisión, literalmente «con todas las bocas de fuego», una violación física y psíquica del adversario, que se veía condenado a la total pasividad y al que—sin dormir, sin comer, sin sanitarios—no le quedaba más que esperar la muerte. Con él, toda la experiencia militar anterior quedaba obsoleta, y al mismo tiempo se aportaba la prueba de que no hacían falta milagrosas armas de laboratorio para librar la «guerra moderna»: lo que importaba era la superioridad cuantitativa en material, y por tanto, en última instancia, la capacidad de las industrias nacionales, a las que en adelante se exigía ese material en cantidades inimaginables. Había nacido un nuevo concepto: la *batalla de material*.

Así que tampoco aquella ¡GRAN VICTORIA SOBRE LOS RUSOS! de la primavera de 1915 fue, como se informó a la población, el resultado de una valerosa lucha; más bien se debió al empleo de una técnica militar que los alemanes ya habían puesto a prueba en el frente occidental, y que ahora los austríacos—bajo dirección alemana, *de facto* incluso bajo mando alemán—dirigían por vez primera contra los rusos que habían penetrado en Galitzia: la secreta acumulación de munición de artillería, la localización desde aviones de las posiciones enemigas, y luego un fuego graneado dirigido con precisión, que no sólo convertía la primera línea del

enemigo, sino todo su sistema de trincheras en una zona de muerte, que la aplanaba en toda regla. A las tropas rusas no les quedó más que la huida desordenada, y así la batalla de Gorlice-Tarnów, una orgía de violencia tecnificada hasta entonces desconocida en el frente oriental, se convirtió de hecho en el punto de partida de una marcha victoriosa alemana y austríaca que «liberó» la Galitzia ocupada desde hacía meses y llevó finalmente hasta Varsovia. Había mucho que festejar en el verano de 1915.

Felice Bauer apenas daba crédito a sus ojos. Su antiguo prometido escribía desde Praga: «por qué no sabes si representaría para mí la felicidad convertirme en soldado, suponiendo, ciertamente, que mi estado de salud lo permita, y yo espero que sí lo permita». Y continuaba: «Debes desear que resulte admitido, tal como yo lo deseo».³ Ése era el mismo hombre que se ponía tapones de cera para escapar a los ruidos de la vida, el mismo que sentía repugnancia ante las habitaciones sin ventilar y las camas sin hacer, que insistía en tener un plan de comidas propio y que incluso había afirmado—sin mucho más detalle—que su «estado físico» le impedía casarse. Ciertamente, Felice estaba acostumbrada a que Kafka exagerase y jugara con opciones fantasiosas, sobre todo las relacionadas con la fuga: saltar por la ventana, despedirse del trabajo, emigrar. Y ahora, al parecer, le tocaba el turno a hacerse soldado. Pero ¿no era eso de mal gusto, casi frívolo, en vista de los cientos de miles que vivían la guerra como un tormento impuesto por la fuerza? Que hasta ahora ese cáliz hubiera pasado de largo ante él... Ella le había felicitado por eso, sin sospechar nada, y ahora se enteraba de que hacía mucho que había incluido la guerra en su juego hipocondríaco.

³ Carta a Felice Bauer del 3 de mayo de 1915.

Sin embargo, Kafka estaba hablando muy en serio, y, como había de verse, persiguió precisamente *ese* proyecto con una terquedad de la que nadie le habría creído capaz después de los acontecimientos del año anterior, sobre todo después del compromiso, más soportado que felizmente alcanzado... y menos que nadie la mujer que más había sufrido con su incapacidad para la decisión. Quizá ella intuía entretanto qué energías era capaz de movilizar Kafka cuando estaba convencido de la importancia existencial de algo. Pero ¿por qué precisamente *eso*? Nadie lo entendía, y cuando Kafka volvió de la isla de Střelecký a la vivienda familiar con un «¡Útil!», resplandeciente de alegría—más o menos así debió de ser—, sin duda no halló a nadie que compartiera su satisfacción. Naturalmente que eran patriotas, como todos los judíos germanoparlantes. Pero tener que despedirse del único hijo varón con la inexpresada pero inevitable idea de la muerte y la separación eterna... eso era muy distinto; incluso al padre, tan fácil de inflamar con el tatachán, le hubiera causado horas de secreta desesperación.

Pero aún no se había llegado tan lejos, surgieron nuevos impedimentos, y las botas militares, adquiridas un tanto apresuradamente, se quedaron por el momento en el armario. Porque, según se pudo ver, el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo no estaba en absoluto tan convencido de la inutilidad social del doctor Kafka como éste mismo; no tenía la menor intención de dejar a uno de sus funcionarios más capaces y serviciales en las garras del ejército, que ya había dejado suficientes lagunas y que, con su avidez de hombres en la mejor edad, impedía que la institución pudiera conseguir relevos cualificados.

Tal eventualidad era tanto más desastrosa en cuanto precisamente ese año 1915 tocaba revisar las cotizaciones de todos miembros, es decir, la «recalificación» de miles de empresas en las distintas «clases de riesgo», y desde hacía meses grani-

(de las que no pocas llevaban la firma de Kafka). Tramitar lo más rápido posible esa montaña de correspondencia era interés prioritario del instituto: de lo contrario, se habría dado a los empresarios un bienvenido pretexto para suspender sus pagos. Así que estaba más que justificado que, tras el examen médico a Kafka, el instituto presentara de inmediato la solicitud de eximir del servicio militar a ese funcionario extremadamente capaz, junto al matemático que le asistía, porque ambos caballeros eran «imprescindibles e insustituibles para la atención de asuntos de interés público». Esto pareció obvio al mando militar de Praga, al menos en parte. Alois Gütling, el vecino de despacho y poeta aficionado, fue eximido por otros dos meses; el doctor Kafka, en cambio, que parecía ser el foco del interés público, «por tiempo indeterminado», es decir, hasta una nueva revisión de su caso.⁴

Había tenido que contar con eso. Pero no pudo hacer que nadie comprendiera su decepción, al parecer tampoco Felice Bauer, de la que cabía pensar que lo conocía mejor que sus padres, eternamente preocupados tan sólo por su propio clan. No es difícil imaginar por qué aquel último encuentro en Karlsbad, tan sólo pocos días después de que quedara tomada la decisión sobre el futuro inmediato de Kafka, tenía que terminar en disgusto, probablemente incluso en disputa: él volvió a alegar cuestiones de principio sin concretar de forma suficiente; Felice, en cambio, encarnaba el sentido práctico, a cuya luz el nuevo intento de evasión de Kafka tenía que parecer irracional, socialmente irresponsable, cuando no suicida. ¿Se creía capaz de soportar una vida de uniforme? Sin duda, ella esgrimió este argumento irrefutable.

El contragolpe no se hizo esperar. Kafka había acordado con Felice recuperar por fin las vacaciones comunes en el

⁴ Petición del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo al mando militar de Praga del 10 de junio de 1915; decisión del mando militar del 21 de junio de 1915; véase *Escritos oficiales*, pp. 860-863 y materiales anexos.

Báltico que habían planeado el año anterior, *antes* del choque del Askanischer Hof; el primer viaje común, una primera convivencia a prueba, tres semanas enteras... suponiendo, por supuesto, que, en contra de su apremiante deseo, Kafka siguiera siendo civil y por lo tanto conservara en alguna medida la posibilidad de viajar. Esta condición se cumplía ahora, y de hecho Kafka salió de Praga... *solo*. En julio de 1915—la revisión, la reclamación, el encuentro en Karlsbad, todo aquello había quedado pocas semanas atrás—Felice Bauer recibió inesperadamente una postal desde Rumburg, en el extremo norte de Bohemia: él ya no aguantaba en la ciudad, casi le daba igual adónde ir, primero había querido ir al Wolfgangsee, pero eso habría significado diecisiete horas de tren, así que ahora estaba en el sanatorio Frankenstein. Sólo por dos semanas, aún les quedaría una semana para estar juntos en otoño, «en el peor de los casos». Era un débil consuelo, pero Felice Bauer se conformó rápidamente con la situación y anunció una carta con nuevos y más modestos planes de viaje. Absurdo, repuso Kafka, por desgracia también esta última semana desaparecía. Porque los funcionarios reclamados como imprescindibles dejaban de inmediato de obtener permisos.⁵

Y así terminaba el capítulo «1915». Otra vez un final, otra vez una despedida. Tendría que pasar un año entero antes de que volvieran a verse, y nada, nada en absoluto apuntaba a que aquella pareja pudiera esperar un milagro.

La estancia de Kafka en Rumburg—hablar de vacaciones sería sin duda demasiado eufemístico—ha dejado pocas huellas en sus anotaciones, y de la alegre expectativa de una vida más libre y próxima a la naturaleza, con la que había llama-

⁵ Postal a Felice Bauer, probablemente del 20 de julio de 1915; carta a Felice Bauer del 9 de agosto de 1915.

do tres años antes a las puertas del legendario Jungborn, no había quedado mucho más que la necesidad de que le dejaran en paz. Él había elegido, sencillamente, el Instituto Médico Físico-dietético Frankenstein, a menos de media hora de distancia de la ciudad y situado en la localidad del mismo nombre, porque era la mejor de las pocas casas soportables de Bohemia—él conocía el ramo—, y porque, de hecho, en medio de la guerra, a cualquier destino lejano que fuera al mismo tiempo bello, desconocido y en alguna medida confortable, ya sólo se podía llegar con dificultades o no se podía llegar en absoluto. Rumburg era una escapatoria y, para Kafka, el símbolo de su vida burocráticamente vigilada, porque la ciudad estaba en un entrante de Bohemia en Alemania, y por eso la validez de sus documentos terminaba a pocas horas de camino hacia el oeste, el norte y el este.

Las colinas que lo rodeaban, los tranquilos bosques, en apariencia interminables, le gustaron; un paisaje suave, tranquilizador, casi consolador. Aun así, Kafka necesitó pocos días para comprender que la huida había sido demasiado apresurada y el destino no había sido elegido con especial inteligencia. Por una parte, el distrito de Rumburg pertenecía a su jurisdicción profesional, y cuando, desde cualquiera de los numerosos miradores, Kafka bajaba la vista a la pequeña ciudad industrial, era inevitable que le vinieran a la cabeza las trescientas tres empresas asentadas allí que hacía poco había sido preciso volver a «clasificar» y anotar, o las sesenta y dos advertencias y ocho denuncias penales que su departamento había lanzado a Rumburg el año anterior, o los tan sólo siete procedimientos de queja (gracias a Dios) de Rumburg que circulaban por su escritorio. Conocía esas cifras demasiado bien, e inevitablemente bañaban el lugar en los colores de la cotidianidad.⁶

⁶ Las cifras provienen del *Informe del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, Praga, sobre su actividad durante el*

Por otra parte, era un momento, como cabe imaginar, desfavorable para entregarse a la preocupación por el propio cuerpo, a esa regresión que es el verdadero atractivo de los sanatorios. Curas de reposo, dietas, baños termales y dirección médica... De pronto todo aquello le parecía a Kafka un mundo ficticio lleno de pseudoactividades, que no ofrecía relajación sino hueca repetición, «casi como una nueva oficina al servicio del cuerpo»,⁷ y por tanto sólo soportable con la conciencia limpia para quien está realmente enfermo, es decir enfermo a los ojos de los demás. Pero Kafka no quería ni oír hablar de tal cosa, no ahora. Era útil para el servicio en campaña, así que, ¿qué se le había perdido en un sanatorio? No había abandonado en absoluto su plan de ingresar en el ejército, y allí no se conocían ni aceptaban enfermedades invisibles. «[...] nunca más volveré a un sanatorio»⁸ era su conclusión al cabo de pocos días, y a ella se atuvo... mientras la decisión estuvo en su poder.

El primer asalto tuvo lugar la Nochebuena de 1915. Kafka iba bien preparado, la noche anterior no sólo había estado repasando cada detalle, sino que se había *jurado* a sí mismo hablar claramente y no volver a dejarse despachar en modo alguno. Así que se presentó a cara descubierta ante su superior: Eugen Pfohl, el director de su departamento.

Su estado nervioso—expuso Kafka con su usual precisión, pero con determinación enteramente inusual—sólo le permitía optar entre cuatro posibilidades: o todo seguía como estaba (insomnio, dolores de cabeza, palpitaciones), o termi-

período comprendido entre el primero de enero y el 31 de diciembre de 1914, redactado principalmente por Kafka y publicado en 1915 (Escritos oficiales, pp. 306-457).

⁷ Postal a Felice Bauer del 31 de mayo de 1916.

⁸ Postal a Felix Weltsch del 26 de julio de 1915.

naba en algún momento «con fiebre nerviosa, loco o quién sabe cómo» (siendo este *quién sabe cómo* la mayor amenaza posible). La alternativa, tomar otro permiso, no era una verdadera solución (Rumburg lo había demostrado), y además, dadas las condiciones de la guerra, sería un privilegio que repugnaba al sentido del deber del funcionario. En tercer lugar, estaba la inmediata *dimisión* (Pfohl tuvo que comprender en ese momento, si no antes, que la cosa iba en serio), que por desgracia actualmente no entraba en consideración por razones familiares. Por último, en cuarto lugar, el servicio militar, que quizá parecía liberador, pero suponía que el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo prescindiera de su funcionario directivo Kafka, es decir, que retirara inmediatamente su «reclamación» ante el mando militar.⁹

Eso eran palabras mayores, y al día siguiente Kafka estaba orgulloso de haber pronunciado en voz alta por vez primera la palabra *dimisión* y haber agitado «el aire de la oficina» con ella «de manera casi oficial», lo que no era en absoluto exagerado, porque de hecho era mucho más probable que debido a la sobrecarga de trabajo un funcionario enloqueciera o se quitara la vida que el que renunciara voluntariamente a su pensión. Kafka había roto un tabú. Pero sirvió de poco. Puede que agitara el aire, pero su jefe se mantuvo firme. Porque Pfohl conocía los achaques y oscilaciones nerviosas de su lugarteniente desde hacía mucho, y sabía que era posible influir sobre Kafka mediante la presión moral. Él mismo, repuso, estaba seriamente enfermo, y tenía que someterse de manera urgente a un tratamiento sanguíneo reconstituyente (y espantosamente caro) con «hematógenos», siquiera fuera

⁹ Diario, 25 de diciembre de 1915. «Despedirme, aunque ahora no puedo hacerlo, por mis padres y por la fábrica», escribe Kafka. Probablemente esperaba responder como deudor ante la inminente bancarrota de la fábrica de asbesto Kafka, de la que era gerente. Si se hubiera despedido en 1915, es decir, si hubiera renunciado a unos ingresos regulares, habría trasladado esa responsabilidad a sus padres.

por una semana. ¿No podían hacer juntos esa cura? Si Kafka se iba durante largo tiempo, ya no digamos para siempre, el departamento quedaría «huérfano» y «se desplomaría»... Así que mejor el sanatorio. Y ni una palabra sobre el servicio militar. Kafka dio las gracias y rechazó la oferta.

El segundo asalto, mejor pensado y todavía mejor preparado, lo ejecutó unos meses después ante una instancia superior. Se había notificado oficialmente que tampoco en el año 1916 los «reclamados» tendrían derecho alguno a permisos, en todo caso excepcionalmente y sólo por unos días. Kafka tomó esta mala noticia, por supuesto esperada desde hacía mucho por todos los afectados, como pretexto para enviar un escrito al director en el que hablaba una vez más de sus nervios destrozados pero, sabiamente, reducía el número de opciones posibles a *dos*, para dificultar nuevas escapatorias: o bien, decía Kafka, la guerra terminaba ese otoño, y en ese caso pedía unas largas, muy largas vacaciones, sin sueldo, porque su enfermedad no era manifiesta desde un punto de vista orgánico y por tanto tampoco demostrable por un médico, o bien la guerra duraba, y en ese caso quería prestar servicio en filas y rogaba de nuevo que se retirase la reclamación.

Tres días después, el 11 de mayo de 1916, el director Marschner recibió a su empleado para tener una conversación con él. Hacía mucho que entre ellos se había desarrollado una relación aún no amistosa pero sí de confianza, fomentada por los comunes intereses literarios y sin duda también por el sentido de la responsabilidad profesional de Kafka. En esa conversación bien podían sacarse a la luz asuntos privados, algo que estaba tácitamente sugerido en la carta, pues apelar formalmente a la *autoridad* para que eximiera del servicio a uno de sus mejores hombres hubiera sido algo por entero carente de expectativas.

Pero de esa licencia para la intimidad en la que se apoyaba Kafka se sirvió también Marschner, y aunque Kafka era del todo consciente de que se trataba nada menos que de

su vida—así lo apuntó expresamente en su diario—, se vio expuesto de forma inesperada a una situación que cabe calificar de objetivamente cómica. Porque Marschner estaba muy preparado para la ocasión; está claro que había hablado con Pfohl y asumido su exitosa estrategia de ignorar los extravagantes planes de Kafka y, en vez de eso, apelar a su conciencia. Le ofreció tres semanas de permiso y le convenció de que hiciera la pausa *enseguida*, consciente de que esa oferta chocaba con las disposiciones vigentes y de que también Kafka lo *sabía*. Así que Marschner estaba dispuesto a asumir un riesgo personal por la recuperación de Kafka. Y eso, prosiguió Marschner, que su propia posición, de mucha más responsabilidad, sí que era como para hacerle enfermar a uno. ¿Había trabajado Kafka once horas alguna vez? ¿Había tenido que temer por su puesto o carrera? Él, en cambio, Marschner, había tenido que abrirse paso frente a «enemigos» firmemente decididos a serrar la «rama de su vida». *Eso* sí que ponía enfermo.

Kafka vaciló. ¿Acaso todo eso no recordaba de manera fatal a su padre, que, enfrentado a justificadas quejas, se llevaba la mano a su débil corazón y ahogaba cualquier objeción con su propio historial de padecimientos? ¿Y por qué ni una palabra sobre la escritura? ¿Era posible que Marschner, que conocía y apreciaba los logros literarios de su subordinado, considerase irrelevante el sufrimiento de un silencio de años?

Kafka agarra el último pico de decisión. No, tres semanas de permiso no le bastan, no es eso lo que él esperaba. Él quiere ser soldado. En cualquier caso, salir de la oficina, incluso sin sueldo, medio año, un año entero... aunque en ese momento el director se sonría: conforme, querido colega, en ese caso, continuaremos la conversación en otro momento.¹⁰

¹⁰ La decisiva conversación de Kafka con Marschner se puede reconstruir de forma aproximada a partir de una entrada de diario de ese mismo

Por vez primera te veo alzarte,
Dios lejanísimo e increíble de la guerra, tantas veces oído.
La terrible acción sembrada entre el fruto pacífico
es de pronto adulta.
Ayer aún era pequeña, requería alimento, y ya
se alza con estatura de persona: mañana
superará al hombre. Porque el ardiente Dios
arranca de golpe lo crecido
entre el pueblo enraizado, y empieza la cosecha.

Admirados, discutidos, censurados versos, escritos en las primeras horas de la Primera Guerra Mundial, y sin embargo no más que partículas de una inconmensurable nube de palabras que se alza de los estratos ilustrados, penetra en los despachos de los diarios, revistas y editoriales y, finalmente, asfixia los cerebros de los lectores. Miles de poemas por día. Además de cartas, relatos de experiencias, llamamientos a la resistencia, indignación contra el pérfido enemigo. Una nube explosiva, altísima, que abarca todo el país, que deja literalmente sin aliento.

El autor de los *Cinco cantos*, sin embargo, no tiene en absoluto que temer que sus versos no sean oídos en medio de la cacofonía general. Eran esperados, deseados. ¿Quién sino él, Rainer Maria Rilke, estaba llamado a dar la forma adecuada, sublime, definitiva, al terrible momento? El primer *Almanaque de guerra* de la editorial Insel era un lugar sin duda alguna digno de recoger tal acontecimiento.

Sin embargo, antes de que se publicara el almanaque, el autor ya se había arrepentido. «De mí no se pueden esperar

día (11 de mayo de 1916), así como de una carta a Felice Bauer, escrita probablemente tres días más tarde. Ambos documentos, en lo esencial, reproducen su transcurso en idénticos términos. En todo caso, en el diario Kafka desliza una errata digna de mención (y observada luego por él mismo). En vez de «solicito [...] la anulación de la exención», al principio escribe: «solicito [...] la exención», y por tanto lo *contrario*.

“cantos de guerra”, ni con la mejor voluntad», decía con inusual claridad al editor berlinés Axel Juncker. Sin duda tenía que aceptar que ya había escrito «un par de cantos», «pero no deben ser consideradas canciones de guerra, y tampoco quisiera que fueran empleadas en otro lugar». Esto ocurría en octubre de 1914, menos de tres meses después de despertarse el ardiente dios de la guerra.¹¹

La breve exaltación de Rilke y la decepción que surge ya a los pocos días, y que se abre paso gradualmente, se puede observar de manera precisa en su correspondencia. La impresión es conmovedora: como si en la experiencia de Rilke y en sus reacciones hubiera algo paradigmático que, saltando por encima de las barreras históricas, hace casi físicamente perceptible el ambiente y el pulso de aquellos días. Sobre todo la retórica de la sublimidad, que, jugando con mitos huecos, nos parece enloquecida, se hace directamente comprensible como expresión de la falta de palabras: lo impactante y nuevo reclama nuevas formas e imágenes literarias, que no están a disposición de Rilke.

En todo caso, él comprende muy pronto que la verdadera y moderna fatalidad de esta guerra no debe buscarse en el ruido del combate, ni—como se lamentaba Freud—en la generalizada legitimación de la natural ansia de matar, sino en una colectividad que nunca antes se había manifestado de este modo, ciega, suicida y, sin embargo, fríamente calculadora, e incluida ella misma en los cálculos: «lo perturbador

¹¹ Carta de Rainer Maria Rilke a Axel Juncker del 19 de octubre de 1914. En Rilke [1992:97-98]. La consulta de Juncker se refería a las dos colecciones previstas de *Nuevas canciones de guerra*, que en 1914-1915 se publicaron sin participación de Rilke. De manera consecuente, Rilke también se negó a entregar una contribución al segundo *Almanaque de guerra* de la editorial Insel. Además, se negó a que se hiciera una grabación del *Canto de amor y muerte del corneta Cristóbal Rilke*, cuyo abuso con fines propagandísticos temía (con razón); véase su carta a Kurt Stieler del 15 de junio de 1915 (Rilke 1992:112-113).

no es la guerra en sí, sino que sea utilizada y explotada en un mundo comercializado, que no es otra cosa que humano». Rilke llega a concretar más, menciona culpables: «a lo largo de toda esta guerra, las apresuradas mentiras de los periódicos no han cesado de arrojar al mundo nuevos hechos vivientes; se tiene la impresión de que, desde que hay una prensa dispuesta a todo, la guerra, una vez llega, ya no puede cesar, porque esas infames publicaciones siguen sin fin su propio curso». La guerra es, en otras palabras, todo lo contrario de ese acontecer prehistórico, embriagador, que Rilke quería acompañar con sus *Cinco cantos*. «Salve, a mí que veo emocionado...», se dice en ellas. Ahora sabe que esto es «maquinación humana».¹²

Las notas de Rilke son testimonios importantes, sobre todo porque no sólo sufre, sino que también refleja el proceso de desilusión. No olvida nada, expresa lo que otros sólo soportan al precio de reprimir sus sentimientos o de una evidente insinceridad, como por ejemplo Stefan Zweig, que ya el primer día de la guerra se pone al servicio de la propaganda, mientras interiormente sigue sintiéndose «ciudadano del mundo», según afirma décadas después;¹³ o como Hugo von Hofmannsthal, quien declara sentir «mucho alegría» por ceñirse «un afilado sable» a la vez que hace todo lo imaginable para escapar al servicio en el frente y que, tras la exitosa intervención de influyentes amigos, se lamenta con «sentimiento terrible y lacerante» de «no estar allí».¹⁴

¹² Cartas de Rainer Maria Rilke a Helene von Nostitz del 12 de julio de 1915, y a Erica Yvette Hauptmann-von Scheel del 18 de agosto de 1915 (Rilke 1992:125-126 y 134).

¹³ Zweig [2015:292]. Sobre el chovinismo de Zweig y su conducta oportunista, políticamente insincera incluso ante su amigo Romain Rolland, véase Walter [2003:520 y ss.]; sobre la reacción de Zweig a los horrores de los primeros meses de la guerra, véase *Los años de las decisiones*, capítulo 31.

¹⁴ Hugo von Hofmannsthal y Richard Beer-Hoffmann, *Corresponden-*

Rilke sabía casi desde el principio que no estaba allí, más aún, que ya no se trataba ni de él ni de ningún otro individuo. No necesitó ocultar su espanto cuando, en noviembre de 1915, fue declarado inesperadamente útil y, pocas semanas después, tuvo que incorporarse al Regimiento de Cazadores de la reserva de Viena n.º 1 para hacer la instrucción. Sin embargo tuvo suerte, por esta vez la monarquía austrohúngara entró en razón. En enero de 1916 Rilke fue destinado al archivo de guerra, donde se le encargó rotular fichas y rayar el papel.

La insistencia de Kafka en la opción del servicio militar se encuentra entre las actitudes más difíciles de entender de su vida, obediente a un impulso psicológico por completo oscuro. Nos sentimos tentados a interpretarlo como un acto de desesperación, de momentánea indiferencia ante el propio destino... Kafka no sería el primero en alistarse sin pensar. Pero no se trata de eso; los pasos que da son meditados, dirigidos, incluso enérgicos, y se repiten a lo largo de los años: quiere conseguir su objetivo. Ni siquiera el discurso apaciguador de Marschner, que quiere proteger a su ciego subordinado de las heridas y de la muerte, que se niega a discutir con Kafka al respecto, que ni siquiera archiva su petición escrita; ni siquiera Marschner, que para Kafka es indudablemente una autoridad, puede determinarlo a abandonar su proyecto.

Me mantendré firme en lo siguiente: quiero ingresar en el ejército, satisfacer ese deseo refrenado durante dos años; por varias consideraciones que no me conciernen directamente, preferiría un permiso largo, si me lo concediesen. Pero esto es sin duda imposible, tanto por razones de trabajo como militares.¹⁵

cia, p. 134; *Correspondencia con la condesa Ottonie Degenfeld y la baronesa Julie von Wedelstadt*, p. 314.

¹⁵ Diario, 11 de mayo de 1916.

Palabras anotadas pocas horas después de aquella decisiva entrevista. Kafka se muestra, como tantas veces, impresionado, sin dejarse influir en lo más mínimo. Pero las fuerzas contrarias son superiores, y de nada le sirve haber ganado por esta vez la batalla con sus propios escrúpulos y haber hecho saber cuál era su voluntad. Obtendría el largo permiso, varias veces incluso—aunque por motivos que aún no puede intuir—, pero jamás llevaría un uniforme. En agosto de 1916 Kafka fue asignado al Regimiento de Infantería Imperial n.º 28 (el mismo regimiento de infantería de Praga, tristemente famoso, que el año anterior había sido disuelto de forma temporal debido a desertiones en masa), pero sólo para ser retirado ese mismo día del servicio, obviamente debido a una nueva petición del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo. Marschner, el comprensivo director, se mantuvo inflexible. El mismo juego se repitió en los años siguientes: el 23 de octubre de 1917 Kafka quedó dispensado hasta el primero de enero; el 2 de enero de 1918, hasta el 30 de junio; luego se renuncia definitivamente a la participación del paisano Kafka (así figura en la hoja de revisión).

Él no lo considera una suerte, ni siquiera un poco de libertad regalada. Y tiene que haber sido consciente de la contradicción que encarnaba respecto a la casta de los literatos austriacos, patriotas o no, cuyo entusiasmo por ocupar un puesto en el archivo de guerra, en el departamento de prensa de guerra, en la oficina de previsión social de guerra o en cualquier otro destino carente de riesgo dio muy pronto lugar a maliciosos chistes. Desde luego, es difícil imaginar a Kafka dedicándose al «maquillaje heroico», como se llamó a las florituras con que se adornaban los gloriosos actos bélicos para que fueran valorados por la prensa. Si uno de los numerosos escritores y periodistas que, gracias a un enchufe, se habían «adaptado» a las circunstancias y servían a su emperador como publicitarios de la guerra, hubiera pedido, asqueado, su reintegración a la tropa, habría sido más que compensi-

ble.¹⁶ Como fuere, Kafka no conocía a nadie que, llegado el caso, hubiera podido sacarlo de la zona de fuego y trasladarlo a algún escritorio alejado del frente. En el mejor de los casos, había cambiado un apretón de manos profesional con hombres de rango político o militar, así que difícilmente habría escapado a la «instrucción» en un cuartel, seguida del «embarque» y «traslado» al frente del Isonzo. Con toda probabilidad, debía a Pfohl y Marschner seguir vivo el día de su trigésimo cuarto cumpleaños. ¿O es que no lo sabía?

Aunque sus diarios y cartas apenas revelan nada al respecto, Kafka conocía *en detail* la realidad de la guerra a más tardar en 1915, y su *naturaleza* desde el principio. También en él, lo mismo que en Rilke, la decepción empezó al presenciar el arrebato colectivo, y ya la segunda manifestación patriótica que pasó armando ruido por el Altstädter Ring, justo debajo de sus ventanas, le pareció un espectáculo organizado.¹⁷ Luego vinieron las noticias de primera mano, las excitadas descripciones de sus dos cuñados y sin duda también de algún que otro compañero de la aseguradora; los relatos de Hugo Bergmann, Otto Brod y otros sionistas de Praga, no pocos de los cuales se habían alistado voluntarios; las espantosas experiencias de los refugiados judíos de Galitzia, que ya en el otoño de 1914 causaron consternación; las experiencias del médico escritor Ernst Weiss en los hospitales de la retaguardia; por último, los cuadernos de notas de Kisch y Werfel, que eran leídos en voz alta en círculos semipúblicos. En cuanto a lo que le esperaba en el frente italiano, sobre todo

¹⁶ De hecho, ninguno de los afectados manifestó nunca semejante deseo. El único caso conocido de resistencia es otra vez Rilke, que se negó al «maquillaje heroico». Hofmannsthal, en cambio, ni siquiera retrocedió, salvo prueba en contra, a la hora de estilizar como muerte heroica el suicidio de Trakl ante el horror de la batalla de Gradek, como cabe demostrar (véase Sauermann 2000:60 y ss.).

¹⁷ Sobre la reacción de Kafka al comienzo de la guerra véase *Los años de las decisiones*, capítulo 31.

en la guerra de montaña, cuyos horrores superaban con mucho la imaginación, Kafka podía saberlo también a través de Musil, que en abril de 1916 fue tratado en un hospital de Praga, y al que visitó al menos en una ocasión.

Incluso entre los curiosos de Praga que se apretujaban en torno a las limpias «trincheras visitables», pocos creían que en ellas se ofreciera una impresión realista de la guerra, y sin duda Kafka no se contaba entre ellos. Sabía que el ejército austriaco no sólo combatía, sino que también expandía enfermedades, vejaba a la población y, como «escarmiento contra los espías», colgaba a personas de los árboles y de las farolas, basándose en meras sospechas. Tenía noticias del hambre, de las congelaciones, de la falta de sueño, de los hospitales atiborrados, de los burdeles del frente y de las granadas de gas, y aunque de vez en cuando se hubiera tapado los oídos, había demasiados testigos de aquellos horrores, demasiados: estaban sentados en todos los cafés, de nada valían ya los soplonos de la policía (a los que Hašek gustaba tanto de tomar el pelo) que acechaban en la mesa de al lado. Era absolutamente imposible no enterarse de *nada*, no saber *nada*, y ya en 1915 incluso los censores renunciaron al intento de mantener la realidad de la guerra lejos de los lectores de la prensa diaria.¹⁸ Tampoco el corto viaje de Kafka a la retaguardia húngara, donde—por primera y única vez—vivió un escenario completamente dominado por los militares, fue en absoluto un viaje a lo desconocido: sin duda pocas semanas antes había

¹⁸ Un ejemplo significativo de los retrocesos de la censura es el artículo «El efecto de las bombas de gas», publicado por el *Prager Tagblatt* el 3 de junio de 1915, el día de la revisión de Kafka. Con ocasión del primer ataque alemán con cloro a tropas francesas en Flandes (el 22 de abril), se describen de forma sin duda realista los síntomas físicos de la intoxicación, pero se niega el efecto mortalmente masivo perseguido por las nuevas armas: se habla tan sólo de tres víctimas mortales, «entre ellos dos personas con predisposición tuberculosa». Hasta hoy no se sabe cuántas víctimas se cobró de hecho el exitoso ataque alemán.

leído en *Weisse Blätter* cómo estaban las cosas entre Sátoralja-Újhely y el frente de los Cárpatos.¹⁹ Y eso no era todo. Porque desde hacía poquísimo existía para los funcionarios del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo una «vía oficial» que se ocupaba de asuntos relativos a la guerra, una vía que no llevaba al infierno, pero sí pasaba bastante cerca de él.

INDUSTRIA QUÍMICA Las personas sin un brazo o un pie pueden ser empleados de oficina, porteros o responsables de básculas públicas.

TEJADORES Los defectos o deformidades en las piernas incapacitan.

TINTOREROS La falta de un brazo o antebrazo convierte en inempleable. (Pie artificial con zanco inempleable).

PELUQUEROS, BARBEROS Y FABRICANTES DE PELUCAS Estas personas pueden ser empleadas faltándoles el dedo meñique o un ojo, mientras el segundo esté completamente sano. Las deformidades del rostro, incluyendo llevar un ojo de cristal, acarrear incapacidad laboral, porque la visión de auxiliares de peluquería lisiados o deformes ahuyentaría a los clientes.

TRABAJADORES AUXILIARES Es posible emplearlos en caso de falta de un pie, un ojo o el aparato maxilar.

CORTADORES DE CARTONAJES Basta con un ojo. La falta del pie izquierdo tendría que ser sustituida por una pierna artificial.

MECÁNICOS Se necesitan los dos brazos. Los mecánicos de precisión podrían tener un solo brazo.

FOTÓGRAFOS Los retocadores o copistas podrían prescindir del brazo izquierdo, así como de algunos dedos o un ojo.

EBANISTAS Inempleables en caso de falta de un brazo, pero no si tan sólo les falta la mano. No es impedimento la falta de un ojo o del maxilar.

TÉCNICOS DENTALES Tienen que tener ambas manos, pero pueden tener una pierna artificial.²⁰

¹⁹ Véanse los relatos de testigos oculares en *Weisse Blätter*, año 2, n.º 3 (marzo de 1915), pp. 269-284. Sobre el viaje de Kafka a Sátoralja-Újhely en abril de 1915 véase *Los años de las decisiones*, capítulo 35.

²⁰ Extractos de una lista de «Posibilidades de empleo para inválidos»,

Hasta el otoño de 1914, según parece, la acción militar pasaba por ser esencialmente un juego a vida o muerte: se mataba bajo el constante riesgo de que lo mataran a uno, y la mera participación en este juego prometía honor y fama. Porque también el perdedor, el «caído», se apuntaba una ganancia simbólica: moría con la «muerte de los héroes», daba igual si su última acción había sido absurda y suicida—como fue el caso de los «héroes de Langemarck», convertidos en mito nacional alemán, y que en realidad no eran más que colegiales que no sabían lo que estaba pasando—o si había sido descuartizado por una granada mientras estaba en una letrina. Era un héroe sólo porque había arriesgado la vida, y por tanto había hecho la mayor apuesta imaginable, al servicio de la comunidad, es decir, de la causa justa. Así figuraba en todos los manuales escolares, y los escritos oficiales de condolencia a las desesperadas esposas y madres lo ofrecían como el único consuelo que cabía dar, el consuelo de la memoria colectiva agradecida. Aún se estaba muy lejos de aquel heroísmo de la supervivencia de los rapaces que se desplegó *post festum* en *Tempestades de acero* de Ernst Jünger.

Sin embargo, una de las primeras enseñanzas de la Primera Guerra Mundial fue que se puede no sólo «caer», sino también sobrevivir de muy distintas maneras, y esta complicación suplementaria arrebató al concepto de heroísmo su aura de por sí gastada. Se corrió la voz de que alguien que ponía su vida en la balanza se arriesgaba también a llevarse un tiro en el vientre, un brazo amputado, una lesión tetrapléjica o el rostro desgarrado y, por trivial que esta conciencia pueda parecer, fue desilusionante. Porque ambos grupos—tanto los combatientes como sus allegados—estaban básicamente de acuerdo en asumir lo menos posible esos riesgos, y la infantil convicción de que esas cosas sólo podían pasarle a otros

en *El registro de Trabajo. Revista sobre desempleo, mediación laboral, emigración y colonización interior*, año 9, Viena, 1915, pp. 272-279.

fue un fenómeno extendido de forma ni más ni menos que patológica en las trincheras de Europa. Por no hablar de los administradores e ideólogos de la guerra, que preferían con mucho un «caído» a un herido grave, que costaba dinero y además se convertía en una viva advertencia a la vista de la opinión pública.

La sobrecarga simbólica de la muerte, pero sobre todo la unánime omisión de los riesgos de lesiones, fue una de las causas esenciales de que la sociedad quedara completamente sorprendida ante las dimensiones de *esas* consecuencias de la guerra. Se creía suficientemente preparada: al fin y al cabo había batallones de sanidad, hospitales de campaña y hospitales militares, existía la Orden de los Caballeros de Malta y el trabajo de la Cruz Roja, especialmente protegido por el derecho internacional, y de todo lo que iba más allá del ámbito médico se encargaba la «asistencia a inválidos de guerra», ya mucho menos popular. Sin embargo, ninguna de esas instituciones estaba preparada para encargarse de un fenómeno de masas, y menos para encargarse de sus consecuencias *sociales*, que finalmente sólo se admitieron a regañadientes y bajo la masiva presión de los acontecimientos.

En febrero de 1915, un decreto del Ministerio Imperial del Interior encargó a las filiales del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo añadir a sus tareas habituales la «atención a los combatientes retornados». Una ocurrencia administrativa nacida de la necesidad—ya no era momento de establecer nuevos servicios sociales, así que se echaba mano de los ya existentes—, que no obstante daba testimonio de una sutil lógica sociopolítica. Porque el seguro de accidentes se encargaba sobre todo de las víctimas de la técnica moderna, más exactamente de las personas que habían sufrido daños causados por la técnica *en el ejercicio de sus obligaciones*, y eso valía también para aquellos que habían sufrido accidentes graves en el frente, para los «lisiados» de uniforme, pues. Porque de eso se trataba: heridos graves, amputados, ciegos,

soldados y oficiales a los que ningún tratamiento médico podía volver a hacer útiles para la guerra, y que por tanto «regresaban a casa» irrevocablemente.

La tarea era inmensa, y exigía un enorme coste técnico-administrativo. Al principio se fundaron «centrales regionales» que coordinaban la asistencia y que—subdivididas a su vez en diversas comisiones—se ocupaban del registro, el tratamiento, la recapacitación y la búsqueda de empleo para los inválidos: todo esto—como no podía ser menos tratándose de Austria-Hungría—recurriendo a lentos procedimientos burocráticos y rígidas distinciones sociales. No se podía dar un paso sin la «declaración personal principal», el «pliego personal de invalidez» y el «catastro de lesionados de guerra», y por parte de los administradores se distinguía estrictamente entre aquellos que representaban a las centrales regionales, pero tan sólo con funciones asesoras (políticos, profesores de facultades de medicina, representantes de la Cruz Roja y de los comandantes militares), y aquellos que hacían el trabajo corriente.

Sin duda al ministro del Interior le vino muy bien que esa «agenda» se tramitara en Praga casi exclusivamente en los locales del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, y con su personal propio: un compromiso en modo alguno evidente, que se debió sobre todo al director Marschner. Éste sostenía que, igual que en los accidentes de trabajo, la previsión del Estado no podía ser «una gracia salida de las manos de la beneficencia»; más bien era «un derecho que hay que dar a todos los habitantes a los que la moderna guerra de expansión ha infligido daños».²¹ Sin duda esto hacía menos gracia en el Ministerio del Interior, y también en Praga los conceptos «derecho» y «guerra de expansión» debieron tocar algún nervio político sensible. De hecho, los derechos de los inválidos de guerra siguieron sin disponer durante años

²¹ Marschner [1916:4].

de un claro fundamento legal; incluso las ayudas prometidas por escrito por Viena solían tardar meses en llegar a Praga (eso ya lo habían experimentado los refugiados de Galitzia), así que a Marschner no le quedó otra elección que cuidar, mediante un fondo de apoyo informal, vigente al menos en el territorio de Bohemia, de que se prestara ayuda *inmediata* en los casos más apremiantes.

La actitud social de Marschner es tanto más digna de mención cuanto que llevaba consigo una carga de trabajo que iba hasta los límites de lo soportable, no sólo para su oficina, sino para él personalmente. Marschner era el único miembro de *todas* las comisiones de las centrales regionales, en cuyas sesiones participaba sin excepción; tenía que decidir a qué trabajadores podían exigírseles las tareas suplementarias; tenía que cuidar multitud de contactos para conseguir donaciones; apoyaba las nuevas medidas desde el punto de vista propagandístico mediante conferencias e incluso mediante una revista propia (*Kriegsbeschädigtenfürsorge*, 'Asistencia a los lesionados de guerra'); por último pero no por ello menos importante, era el presidente de la «comisión de asignaciones», que decidía semana tras semana el destino de más de cien personas. Y, por supuesto, debía rendir cuentas regularmente de todo esto en Viena.

Es comprensible que en tales circunstancias Marschner no tuviera el menor interés en enviar a especialistas bien entrenados al servicio militar, ni tampoco en concederles un «permiso largo, sin sueldo», y es igual de comprensible que en su conversación con Kafka tratara de relativizar estas preocupaciones poniendo ante sus ojos su propia carga profesional, por ingenuo que esto pudiera parecer desde el punto de vista retórico. «¡Si no fuera tan amable y tan simpático!», anotó Kafka en las líneas que levantaban acta de su conversación.²² Eso escondía una verdad mayor de lo que él sospechaba. Por-

²² Diario, 11 de mayo de 1916.

que el hecho de que Marschner tuviera tiempo y paciencia para ocuparse de las dolencias nerviosas de Kafka y de sus fantasías de evasión era más que sorprendente, en tanto que Kafka apenas se daba cuenta del trabajo de su jefe máximo.

Desde luego, preservar de nuevos agobios a su desesperado empleado superaba las posibilidades de Marschner. Con la preocupación por los lesionados de guerra, la guerra misma había entrado en los pasillos, hasta entonces tranquilos, del instituto, y de forma llamativa e impactante. Cuando Kafka entraba por las mañanas al edificio en el que trabajaba, se topaba ya en la escalera con docenas de inválidos, entre ellos sin duda alguno cuyo aspecto inspiraba horror: se había demostrado imposible canalizar la oleada (hasta ochenta «lisiados» al día) mediante salas de espera despejadas apresuradamente, de forma que la visión de las víctimas, en su mayoría amputados, en el espacio semipúblico destinado al «tráfico general» era inevitable. Lo mismo se veía en otros lugares, y una de las preocupaciones de las autoridades consistía precisamente en «sacar de la calle» a los inválidos, que deprimían la moral del pueblo... sobre todo cuando exhibían sus condecoraciones y tendían la mano vacía. Hacia el final de la guerra, Kafka reconocía que apartaba la vista tanto como todos los demás.²³ Sin embargo, a la puerta de su propio despacho y en forma de una grotesca asamblea eternamente renovada, era una experiencia de la miseria distinta, concentrada, literalmente pegada al cuerpo, comparada con la cual la tramitación de los expedientes de accidentes de trabajo corrientes resultaba un trabajo propio de un paraíso funcional.

Sólo se puede reconstruir de forma insuficiente hasta qué punto este cambio afectó profesionalmente a Kafka, hasta qué punto era consciente de sus trasfondos. Él mismo roza el tema en observaciones hechas muy de pasada, y si no dis-

²³ Carta a Ottla Kafka de mayo de 1918.

pusiéramos de una memoria de actividades del seguro, redactada en checo,²⁴ no podríamos hacernos siquiera una idea de las circunstancias, en extremo deprimentes y en parte caóticas, que reinaban durante la guerra en el atiborrado edificio de Na Poříči 7, ni sabríamos por qué el instituto suprimió el popular horario intensivo—el único consuelo de Kafka durante años—e hizo que, a partir de enero de 1916, sus funcionarios acudieran al trabajo también por las tardes, de 16 a 18 horas. De otro modo resultaba imposible tramitar el trabajo adicional. Como demuestra la memoria de actividades, ni siquiera en los servicios inferiores, ni entre los mecanógrafos, hubo prácticamente nadie que pudiera sustraerse a la avalancha de trabajo.

También al departamento de gestión le correspondió lo suyo: allí, Pfohl y Kafka se hicieron cargo de las actividades corrientes de la Comisión de Tratamientos, y eso significaba, para empezar, hacer un inventario lo más rápido posible de quién tenía experiencia con prótesis, qué sanatorios en Bohemia eran adecuados para recibir a heridos de guerra, qué clínicas y sanatorios había que ampliar, reconvertir o incluso, suponiendo que hubiera recursos, someter a dirección propia. Por supuesto, de la amplia correspondencia necesaria (que era Kafka sobre todo quien tenía que despachar), la lectura de publicaciones especializadas, las conversaciones con médicos y también los viajes y visitas no hay *casi* ni rastro en las cartas y diarios de Kafka, aunque todo apunta a que las nuevas tareas le reclamarían varias horas diarias hasta el final de la guerra, y que también en su entorno privado pronto fue valorado como fuente de información cuando se trataba de pensiones de invalidez. Y no sabríamos mucho más

²⁴ «A la dirección de la secretaría de la Central de Previsión para Soldados Retornados del Reino de Bohemia», memoria de actividades del Instituto de Seguros de Accidentes del Trabajo para los años 1917-1918 (*Escritos oficiales*, pp. 752-759).

si a los superiores de Kafka no se les hubiera ocurrido la idea de nombrarle agente especial, de encargarle una delicada misión que le obligó a levantar un poco su cascarón:

Poco después de estallar la guerra, apareció en las calles de nuestras ciudades una figura especial, que suscitaba espanto y compasión. Era un soldado venido del frente. Sólo podía moverse con mulletas, o ser transportado. Su cuerpo se veía ininterrumpidamente sacudido como por desmedidos temblores, como si en medio de la calle se hallara bajo la directa impresión de sus experiencias en el frente. Se veía también a otros que sólo podían moverse a brinco; pobres, pálidos, esmirriados seres humanos ejecutaban saltos como si tuvieran en el cuello una mano implacable que los arrastrara a hacer esos dolorosos movimientos.

Se les miraba con dolor, pero más o menos sin pensar, sobre todo porque tales apariciones se multiplicaron y se convirtieron casi en parte integrante de la vida callejera. Hacía falta alguien que instruyera al respecto, y dijera por ejemplo lo siguiente...

Palabras salidas de la pluma del vicesecretario Kafka, correspondientes a las frases iniciales de un llamamiento a hacer donaciones, publicado en un periódico de provincias.²⁵ Son palabras sugerentes, que atrapan al lector con una imagen familiar y el sentimiento correspondiente, que, literalmente, lo apresan. Tenía práctica en eso. Lo nuevo era, en todo caso, el objeto, con el que pisaba un campo de minas de emociones colectivas. Ahí hacían falta algunas admoniciones sobre la gravedad del asunto.

Se sabía desde hacía mucho que las heridas y otras experiencias traumáticas podían conducir a graves, en parte gro-

²⁵ «Un gran plan de previsión de guerra exige ser llevado a cabo. Fundación de un sanatorio para enfermos nerviosos en la Bohemia alemana», *Rumburger Zeitung*, 8 de octubre de 1916 (*Escritos oficiales*, pp. 494-498). El artículo está firmado por el «inspector superior Eugen Pfohl», aunque con toda seguridad fue redactado por Kafka; véase el comentario correspondiente en *Escritos oficiales*, pp. 894 y ss.

tescas reacciones histéricas, que no parecían guardar relación alguna con su desencadenante: accesos de llanto y vómito, apatía, parálisis, dolores fantasma, incontinencia urinaria, ataques de pánico... También se habían dado casos aislados de esto en las guerras de 1866 y 1870-1871. También los accidentes ferroviarios y los accidentes de trabajo graves dejaban en ocasiones a personas físicamente «curadas» (lo que no excluía amputaciones) pero físicamente muy cambiadas o perturbadas, que ya no eran útiles como fuerza de trabajo. Hasta entonces la ciencia no había podido aportar una explicación convincente de tales casos, que solían despacharse bajo la etiqueta de «minusvalía psíquica», si bien a menudo aleteaba la sospecha de una simulación, especialmente desde que también las lesiones psíquicas daban derecho a una pensión.

Con el comienzo de la guerra mundial y el alud de las «neurosis de guerra», la cuestión cambió de forma tan radical que la clase médica suspendió por un tiempo, al menos en público, su metódico desenmascaramiento de simuladores y «neuróticos de la pensión»; las consecuencias psíquicas y psicomotoras del impacto de la guerra tecnificada y el desgaste para los nervios del fuego graneado eran demasiado masivos y demasiado extensos: espasmos faciales, tartamudez, mudez, sordera y ceguera, especialmente la «convulsión histérica» que Kafka describe de forma tan penetrante, con fuertes temblores y movimientos incontrolados, que podían prolongarse sin mejoría alguna durante meses y años. De hecho, esos «temblorosos de guerra», como pronto se les llamó, se habían convertido ya en 1915 en «parte de la vida pública», una visión a la que costaba mucho más acostumbrarse y de la que era mucho más difícil desentenderse que de las vendas ensangrentadas o las mangas vacías, por ejemplo. Las dolencias de los «temblorosos de guerra» se mostraban, por así decirlo, al desnudo; era como si se obligase al público a mirar fijamente una herida abierta, algo de lo que el Estado

se vengaba negándoles, en la mayoría de los casos, la distinción de herido de guerra.

¿Qué se hacía con esas personas? Mientras estaban en manos de la psiquiatría militar, las «neurosis traumáticas» eran más bien combatidas que tratadas, y no se tenía escrúpulos en emplear el *electroshock*, las operaciones fingidas, la provocación de ataques de asfixia y las semanas de completo aislamiento. De esos tormentos, que a veces producían casos de muerte, sólo se informaba a la opinión pública de manera vaga y con eufemísticos circunloquios, y ni siquiera los expertos que rechazaban la «faradización» con corriente alterna, extremadamente dolorosa (la tristemente famosa «cura de Kaufmann») dudaban de que se trataba de intentos terapéuticos básicamente legítimos.

Sea como fuere, quedaba en manos de la iniciativa de cada médico probar y refinar estos nuevos métodos. Así lo hacía en Praga, por ejemplo, el doctor Wiener, que trabajaba en un pequeño hospital de la reserva alojado en el Rudolfinum. Lo que ocurría allí, a pocos minutos del despacho de Kafka, las medidas con las que se impedía volver a casa a los traumatizados «soldados retornados», quedaba sin duda oculto a los transeúntes (en tanto se velaba por que los gritos de dolor no traspasaran los muros), pero en absoluto a los funcionarios de seguros recientemente encargados de los tratamientos. Aun cuando Kafka se librase de seguir *in actu* el progreso de las ciencias psiquiátricas—eso era cosa de los médicos—, allí se entraba en contacto con un mundo alternativo en el que se combinaban la sangre y los instrumentos relucientes, los tormentos físicos y los aparatos de discreto zumbido, los tratamientos más arcaicos y los últimos avances tecnológicos. Kafka sabía que un mundo parecido había salido de su imaginación en otoño de 1914, por mucho que lo hubiera desplazado a una exótica *colonia penitenciaria*. Pero esto de aquí, dos, tres años después, era realidad, y no podía ser tomado por otra cosa que por tortura, conforme a los conceptos ac-

tuales y sin duda también conforme a los suyos, trasladada desde los trópicos a la ciudad vieja de Praga.²⁶

En el amplio hospital militar del Hradschin, el más importante de los que había en Praga, aún estaban, gracias a Dios, muy lejos de tal furor terapéutico. Como los pocos psiquiatras estaban completamente desbordados, allí se trataba ante todo de librarse del mejor modo posible de un problema que no cesaba de crecer. En ese sentido, se percibía como especialmente molesto tener que tratar a heridos y neuróticos de guerra en un mismo edificio, pues se temía el «contagio». Finalmente, los enfermos nerviosos fueron enviados a unos barracones de madera junto al Belvedere, que quedaron bajo vigilancia militar, pero cuya ampliación y mantenimiento se cedió con gusto a la «Central estatal». Así nació el Sanatorio Nervioso Provisional de Praga-Belvedere, con ochocientos pacientes a veces, a los que se trataba con masajes eléctricos, baños de sudor, lámparas de cuarzo, diatermia e hidroterapia, es decir, con las medidas de un *sanatorio* contemporáneo, que varios señores del Instituto de Accidentes de Trabajo conocían por propia experiencia.

La solución exigida para todo el reino de Bohemia no era, naturalmente, ésta, y con las escasas subvenciones que el Ministerio del Interior estaba dispuesto a dar, tampoco era posible llevarla a cabo en todas partes. Alexander Margulies, el

²⁶ De los supuestos éxitos del doctor Wiener informaba la revista *Bohemia* de Praga con el título: «Curaciones milagrosas. El mudo habla, el sordo oye, el paralítico camina» (9 de octubre de 1917, edición matinal). Probablemente antes de 1917 Kafka aún no sabía que se empleaban distintas formas de tortura terapéutica, incluso a gran escala, por ejemplo en el hospital número 11 de la guarnición de Viena, bajo la responsabilidad de Julius Wagner-Jauregg, posterior Premio Nobel e «higienista de la raza» nacionalsocialista. Informes verosímiles al respecto no aparecen en la prensa diaria hasta después del final de la guerra, una vez que antiguos pacientes lo denuncian (véanse los detalles en Eissler 1979). En algunos territorios del Imperio alemán, por ejemplo en Baviera, la «cura Kaufmann» se prohibió incluso durante la guerra.

director del Sanatorio Nervioso Provisional, propuso comprar y reestructurar un gran sanatorio. Eso sólo era posible mediante donaciones. Pero ¿quién iba, en esos tiempos asediados por la inflación, a llevar sus ahorros a una autoridad anónima, aunque en ella hubiera profesionales tan amables como los del Instituto de Accidentes de Trabajo? Era como hacer regalos a un banco. Pfohl y Kafka comprendieron muy pronto que su «comisión de tratamientos» tenía que ganarse un prestigio distinto, menos oficial, para ser popular y por tanto digna de recibir donaciones. Tenía que ser una asociación de interés público, o mejor aún: dos asociaciones, una para cada una de las dos comunidades lingüísticas, eso haría más fácil apelar a la solidaridad del «pueblo». Y así nació, para los pacientes checos, la «Asociación bohemia para la instauración de un sanatorio popular para enfermedades nerviosas en Bohemia», y para los retornados de cultura alemana, en cambio, la «Asociación alemana para la instauración y mantenimiento de un sanatorio nervioso para soldados y ciudadanos de la Bohemia alemana»... sutiles distinciones lingüísticas que cualquier praguense con experiencia sabía entender.

Kafka, quién si no, volvió a encargarse de la propaganda; de hecho, estuvo a punto de ir a parar a la «comisión preparatoria» de la asociación alemana, donde se habría encontrado entre un diputado del Reichstag, un capitán, un consejero áulico y un gran industrial, cosa que supo evitar a tiempo. Pero también Marschner formaba parte de ese selecto grupo, y una vez decidida la publicación de un nuevo y fogoso llamamiento con la mayor cantidad de firmas del mayor renombre posible, no hizo falta romperse mucho tiempo la cabeza con la cuestión de su redactor: sí, tenemos un funcionario en el instituto con grandes dotes lingüísticas, magnífico redactando actas, escribe, incluso ha recibido una vez un premio...

¡COMPATRIOTAS!

La guerra mundial, que acumula en su seno toda la miseria humana, es también una guerra de nervios, más que ninguna de las precedentes. A esa guerra de nervios sucumben demasiados. Igual que en la paz de las últimas décadas el trato intensivo con las máquinas puso incomparablemente más en peligro que nunca los nervios de los que trabajaban con ellas, los perturbó y los hizo enfermar, también la parte mecánica, enormemente incrementada, de las actuales acciones bélicas, ha causado los peores riesgos y padecimientos para los nervios de los combatientes. Y esto en tal medida que ni siquiera los expertos son capaces de formarse una idea exacta. Ya en junio de 1916, según una estimación estadística prudente, se contabilizaron sólo entre los bohemios germanoparlantes más de cuatro mil lesionados de guerra de carácter nervioso. ¿Qué más nos aguarda? ¿Cuántos enfermos nerviosos están aún en los hospitales de fuera de Bohemia? ¿Cuántos prisioneros de guerra no regresarán afectados por alguna enfermedad nerviosa? Un sufrimiento incalculable espera que pongamos remedio...²⁷

Bueno, no era especialmente original. Ya Guillermo II había anunciado dos años antes de la catástrofe que la próxima guerra la ganaría el pueblo cuyos nervios estuvieran en mejor estado. Eso parecía ponerse a prueba ahora en una medida espantosa; nunca antes una guerra había «atacado los nervios» de la población civil como lo hacía ésta, y cuanto más duraba, más codiciados eran los elixires para «reforzar los nervios», cuyos omnipresentes anuncios daban realmente la impresión de que la batalla decisiva tenía lugar en las farmacias. La publicidad de Kafka no ofrecía tanto optimismo, pero no era menos refinada desde el punto de vista retórico: aprovechaba el lugar común para presentar lo nuevo y amenazador, los «temblorosos de guerra», como una consecuen-

²⁷ *Escritos oficiales*, pp. 498-501; Kafka redactó este texto a finales de octubre de 1916.

cia en cierto modo lógica de lo que todos sabían o creían saber: el desgaste y agotamiento de la capacidad nerviosa.

Cuesta trabajo y causa incomodidad reconocer al autor Kafka en tales eslóganes. Ciertamente, en un manifiesto destinado a satisfacer a una asamblea de personalidades leales al emperador no era posible eludir tales frases, y es improbable que los alrededor de ciento treinta alcaldes, médicos, abogados, terratenientes, directores de banca y jueces que (junto al propio Kafka) firmaron finalmente el texto hubieran aceptado sin protestar que se les brindara limado de toda parafernalia patriótica. Pero Kafka estuvo dispuesto a ir uno o dos pasos más allá y recordar, en llamamientos destinados a la prensa, a «nuestros ejércitos victoriosos», «esta época que educa en el amor a la patria» y las «muchas y hermosas pruebas de sentimiento patriótico»; ni siquiera retrocedió ante la afirmación de que el Estado había cumplido de sobra su deber para con los inválidos de guerra... sin duda la mentira más desenvuelta que jamás llevó al papel. Pero en el centro de todos sus llamamientos oficiales está el palpable e incompatible dolor del individuo, cuya dignidad—en este punto Kafka coincidía con el Marschner sociopolítico—tenía que ser preservada incluso en caso de máximo desvalimiento, y que tiene *derecho* a ser ayudado: «No, esto no es una petición a los compasivos, esto es un llamamiento a cumplir con el deber».²⁸ Kafka no se avergonzaba de este tono de exigencia moral, está claro que nadie tuvo que convencerle de que en este caso el fin justificaba los medios, y su llamamiento a

²⁸ Todas las citas proceden del extenso artículo «¡Ayudad a los inválidos de guerra! Un llamamiento urgente a la población», en el que también se presentan en detalle las tareas y los primeros éxitos de la «Central estatal» (*Escritos oficiales*, pp. 506-513); este artículo se publicó (sin mención de autor) el 16 de diciembre de 1916 simultáneamente en el *Prager Tagblatt* y en el *Bohemia*. Probablemente también salió de la pluma de Kafka otro llamamiento, más breve y llamativamente sobrio, del 10 de mayo de 1917, que fue publicado en *Bohemia* (*Escritos oficiales*, pp. 513 y ss.).

los «compatriotas» germanoparlantes fue incluso una de esas raras pruebas de estilo oficiales que facilitó a Felice Bauer sin que ésta se lo pidiera.²⁹

El no argumentar exclusivamente con las necesidades de la guerra—que iba a terminar al mes siguiente, así que, ¿para qué donar?—fue muy inteligente desde el punto de vista propagandístico. Porque también había dolencias nerviosas entre civiles proletarios y pequeñoburgueses que no podían permitirse una cura en un sanatorio, por no hablar del tratamiento psicoanalítico; no había ninguna institución que se encargara de tales pacientes (lo que podía tener mortales consecuencias, como Kafka había experimentado una vez muy de cerca, en la jardinería Dvorský). También esto iba a cambiar ahora. Porque, una vez que los «soldados retornados» estuvieran atendidos y hubiera vuelto la paz, se podrían abrir los nuevos sanatorios a todos, y la Bohemia alemana estaría en posesión de un modélico «sanatorio nervioso popular».

Eran perspectivas convincentes, y los donativos afluyeron en tal abundancia que ya a los pocos meses la compra de un sanatorio era cosa hecha. Pero ¿qué sanatorio? También en este asunto el creativo funcionario del instituto hubiera podido decir algo. Pero se renunció a preguntarle, porque, ya desde muy pronto—probablemente mucho tiempo *antes* de fundar la asociación—, hubo acuerdo en torno a un nombre que significaba algo para todos los neurasténicos de Bohemia. El capitán en cuestión había colaborado en la «comisión preparatoria» de la asociación y servía en el ejército como máximo experto en atención a los lesionados de guerra, y cuando vestía de civil no era otro que el señor director Eger del sanatorio Rumburg-Frankenstein, donde Kafka había pasado su precario permiso un año antes. No sabemos si Eger reconoció durante las negociaciones a su antiguo pa-

²⁹ Anexo a la carta a Felice Bauer del 30 de octubre de 1916.

ciente, pero seguro que Marschner no dejaría de señalarlo con ironía.³⁰

Una vez más, como tantas veces, el trabajo se interponía a la vida. Hacía mucho que Kafka estaba harto del aislado mundo de los sanatorios; necesitaba concentración, no relajación organizada, y si hacían falta pruebas de que la verdadera curación no dependía del trabajo Rumburg las había aportado. Aquello estaba terminado, era el pasado. Y ahora esa locura de los sanatorios volvía a él por una puerta completamente distinta, en forma de un grueso expediente, de más correspondencia que robaba tiempo, que se insertaba en el conocido circuito: Kafka dictaba, Pfohl firmaba, y Marschner negociaba allá donde las sumas de seis cifras exigían certificación mediante rango y título.

Y una vez más aquel ensayado trío funcionó con éxito. Ya el 15 de mayo de 1917, tan sólo siete meses después de la fundación de la asociación, tuvo lugar en Rumburg una pequeña fiesta semipública: entrega del sanatorio, nombramiento del anterior director Eger, instructivas alocuciones al (sin duda nervioso) personal, que ahora tenía que hacerse cargo de unos pacientes muy distintos y además quedaba bajo inspección militar. En medio de todo estaba el doctor Marschner, cuya humanitaria intervención volvía a dar frutos, acompañado por el inspector superior Pfohl. El tercer hombre se había quedado en Praga, de guardia en el departamento, y sin duda nadie había tenido que convencerle para que lo hiciera.

³⁰ Karl Dittrich, propietario del sanatorio de Rumburg y productor textil en la vecina Schönlinde (Krásna Lípa), estuvo también en la asamblea fundacional de la asociación y entre los firmantes del llamamiento de Kafka a sus «compatriotas». También el hecho de que el estremecedor artículo de Kafka sobre los «temblorosos de guerra» se publicara precisamente en el *Rumburger Zeitung*—semanas antes de fundarse la asociación—habla en favor de que muy pronto hubo acuerdo en torno al sanatorio local.

La decisiva promesa con la que finalmente se había recaudado la ingente suma de seiscientas mil coronas se mantuvo.³¹ Pocos meses después de terminar la Primera Guerra Mundial, en febrero de 1919, Rumburg se convirtió en sanatorio nervioso popular de la Bohemia alemana, con unos gastos de tratamiento muy reducidos para las personas socialmente necesitadas. Con eso quedaba alcanzado el objetivo, y la historia hubiera podido terminar así. Pero veinte años después se produjo una nueva red denominación, que sus iniciadores—Marschner, Pfohl, Kafka—no habrían podido prever: nació el Sanatorio del Distrito de los Sudetes Rumburg-Frankenstein.³² Ellos no lo habrían aprobado. Pero ninguno de ellos tuvo que vivirlo.

«Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Clase de natación por la tarde». Lo más insignificante posible junto a la catástrofe mundial, lo más interior junto a lo más exterior, y en medio nada más que un punto y seguido... ¿no es la genuina lejanía del mundo del poeta la que aquí se nos muestra con incomparable ingenuidad y ensimismamiento?

Cabe imaginar que un escritor tome el pulso a su época, la haga perceptible en lenguaje e imagen, y aun así, en lo que se refiere a la confrontación real con el mundo, siga siendo torpe e ignorante. Es una constelación imaginable, aunque infrecuente. Mucho más a menudo se malinterpreta como «ajeno al mundo» a quien de hecho está en su elemento en *dos* mundos: en el cosmos externo, social, al que da forma y sufre junto a otros, y en un espacio intrapsíquico dominado

³¹ En la segunda asamblea general de la «Asociación alemana», el 12 de mayo de 1918, se dio a conocer que el patrimonio de la asociación, incluyendo las subvenciones estatales, había alcanzado entretanto la cantidad de un millón y medio de coronas, con más de mil seiscientos miembros. No se sabe hasta qué punto Kafka participó de este continuado éxito.

³² Bajo dominio nazi. (N. del T.).

por sentimientos, sueños, fantasías, asociaciones e ideas, en el que está *solo*. Aquel a quien ese «mundo interior» ofrece una corriente de impresiones tan constante como la experiencia exterior no puede estar continuamente «al tanto». Pero ¿dónde está entonces? En *otra* película.

Sin embargo, pocas veces el ajeno al mundo es lo bastante privilegiado como para abrir y cerrar a voluntad las sutiles esclusas que separan el interior del exterior. El torbellino que arrastra al interior siempre es perceptible, pero el principio de realidad exige que se mantenga alerta, la gente espera que se limite a lo transmisible. Suscita extrañeza quien en la calle, en una tienda, ya no digamos en su puesto de trabajo, cuenta de repente las cosas con las que sueña despierto, por intensas y significativas que sean. Sigue siendo extraño porque conoce y *reconoce* un segundo mundo y, para su desgracia, sigue siendo extraño en aquel mundo interior *por la misma razón*. Está presente, pero no en sí... ni aquí ni allá.

Esta duplicidad puede llevar a la locura, cuya proximidad temió con razón Kafka durante toda su vida. Pero tiene poco que ver con el rendimiento que la sociedad exige a cada individuo. El ajeno al mundo puede demostrar su eficacia tanto como artesano, abogado, maestro o político como en calidad de vicesecretario de una aseguradora de accidentes, y que en todas esas funciones se mantenga, por así decirlo, en equilibrio sobre una sola pierna y tenga que superar constantemente el balanceo del yo como tarea suplementaria puede ser, en determinadas circunstancias, un secreto durante toda su vida. Así ha ocurrido sin duda en millares de cerebros, sin dejar rastro alguno.

Muchas cosas apuntan a que Kafka sabía más del auténtico horror de la guerra que la abrumadora mayoría de los autores contemporáneos; lo cierto es que no necesitaba visitar la reproducción de ninguna trinchera para hacerse una idea próxima a la realidad, y no sólo desde que la regulación de daños de guerra pasó a formar parte de su oficio. No sólo vio a

los mutilados y los «temblorosos», habló y trató con ellos, penetró en su destino desde su puesto administrativo. Es prácticamente seguro que Kafka tuvo que ir a las dos «escuelas para lesionados» de Praga, donde se aprendía a llevar las prótesis—estaban a pocas paradas de tranvía, tampoco en este caso la «comisión de tratamiento» tenía necesidad de intercambiar prolija correspondencia—, y por tanto que entró en esa zona de silencio de la guerra que quedaba en un simple rumor para la población, incluyendo a casi todos sus amigos y parientes.

Pero cuanto más luz se arroja sobre la condición de testigo de Kafka, cuanto más se diluye a la luz de los indicios la ingenua imagen del poeta ajeno al mundo, al que la guerra no llega a alcanzar, tanto más sombría se vuelve la espesura psíquica en la que conocimientos y experiencias se condensan en decisiones. Kafka sabía lo que era ser soldado, y apenas queda duda de que aun así quería serlo. «Habría sido una mentira a medias si hubiese solicitado un largo permiso inmediato y, caso de serme negado, la dimisión. Verdad habría sido si hubiera dimitido. No me atreví a plantear ninguna de estas dos cosas, así que mentira completa», anotaba después de la última e infructuosa conversación con Marschner. Era aquel viejo sueño de escapar con el que soñaba casi a diario desde el primer encuentro con Felice Bauer, desde la primera noche que había pasado escribiendo, la noche en la que surgió *La condena*. Pero, mientras soñaba, fuera cambiaba el telón de fondo. Sin duda hubiera debido irse entonces, lo había comprendido hacía mucho; porque en 1912 la dimisión le habría llevado a Berlín, a la mayor independencia interior posible, a una relación erótica, cerca de la meta del matrimonio y la familia y cerca también de las posibilidades de rehuir la guerra con escaso coste.³³ En cambio, en 1916 la dimisión

³³ Los ciudadanos austríacos residentes en el Imperio alemán podían ser eximidos del servicio militar por las autoridades alemanas si demostraban ejercer una actividad cultural «de interés público para Alemania». En

llevaba a las trincheras irrevocablemente, al hospital quizá, a la prisión, a la invalidez, a la nada.

Él lo sabía, y aun así guardó silencio al respecto, incluso en los cuadernos privados, que estaban a salvo del ojo del censor. Casi parece como si Kafka hubiera perdido, precisamente en ese instante decisivo, todo el gusto por la anticipación estratégica, como si aquel ansia «funcionarial» de anticipar calculadoramente la vida y resistir así el miedo a lo impensable se hubiera extinguido. Él lo sabía. Sabía muy bien lo que esperaba en el frente a un hombre que, en tiempo de paz, torcía el gesto al ver la rodilla sangrante de un caballo.³⁴ Pero había un segundo platillo de la balanza, en el que se había reunido el peso de años de paralización forzosa. ¿Qué le retenía aún? No quería, como en 1912, llegar a alguna parte, quería *irse de allí*, y casi a cualquier precio.

A Kafka no se le escapaba que su conducta tenía que parecer grotesca, incluso extravagante. Un funcionario intermedio que reclama a su superior que lo envíe a la guerra o le dé un permiso, a voluntad... no es sorprendente que incluso Marschner, que sabía lo que estaba en juego en ese momento, fuera incapaz de reprimir una sonrisa. No podía saber con cuánta decisión hacía mucho que Kafka había incluido la condición de soldado en el arsenal de sus fantasías de evasión: ya en la primavera de 1915 Felice Bauer había tenido ocasión de oír aquel «¡Guerra o permiso!», y una nueva variante pocos meses después: «En estos momentos parece que sólo hay dos remedios que puedan curarle, remedios no en el sentido de que den el pasado por no sucedido, sino en el de que le preserven de otras cosas que le puedan suceder.

cualquier caso, la petición tenía que ser llevada a cabo por un tercero, por ejemplo una editorial alemana o la redacción de un periódico. No está claro que Kafka tuviera conocimiento de este acuerdo entre las potencias centrales. «Debería haberme marchado en 1912», escribe el 21 de diciembre de 1915 a Felice Bauer, sin más comentarios.

³⁴ Diario, 5 de octubre de 1915.

Uno de ellos sería F., el otro el servicio militar».³⁵ Al contrario que al director, es difícil que verse incluida en la lista de *remedios* pudiera divertir a Felice Bauer, y el empleo distanciadador de ese «él» sólo hacía la cosa más clara, es decir, peor.

Protegerle de lo futuro: esto hace pensar en aquellas amenazas nerviosas que Kafka también formuló ante Marschner. Pero no es preciso pensar aquí en el suicidio, ni siquiera es probable que Kafka tuviera la energía necesaria para imaginarse una situación final concreta. Luchaba contra la ruina, y se veía en un plano inclinado cuya inclinación crecía sin cesar, y en el que *todo* apuntaba en la misma dirección: la semana de cincuenta horas en la oficina, el encierro, la necesidad de escribir asfixiada por los dolores de cabeza y la falta de sueño, la soledad que no dejaba de aumentar. Toda posibilidad de cambiar radicalmente esa situación y detener la decadencia psíquica que Kafka vivía con la torturante noción del tiempo de quien se ahoga, toda, era bienvenida: permiso, boda, servicio militar... *casi* daba igual. Incluso la falta de responsabilidad del simple soldado, el «gris de campaña», que no tiene que hacerse preguntas sobre la justificación de lo que le ordenan, tenía que parecer una dulce tentación a Kafka en esos momentos. Después de un nuevo viaje de trabajo, escribía: «Los dolores de cabeza no han sido menos fuertes en Karlsbad que en Praga. En el frente todo iría mejor».³⁶

Entonces, ¿la guerra como terapia? De hecho, durante el primer año de la misma se habían oído voces que prescribían la lucha física por la supervivencia como cura adecuada contra la neurastenia y la hipocrondría: preocupaciones reales frente a las imaginarias, un cálculo sencillo. También «la vida diaria al aire libre» que habían disfrutado los combatientes hacía milagros «en no pocos que hasta entonces pa-

³⁵ Postal a Felice Bauer del 27 de mayo de 1915; carta a Felice Bauer del 9 de agosto de 1915.

³⁶ Postal a Felice Bauer del 14 de abril de 1916.

saban por búhos», incluso en «pálidos candidatos a la tisis, eternamente enfermizos».³⁷ Es improbable que Kafka se dejara impresionar por semejante despropósito que incluso algunos psiquiatras difundían, a falta de experiencia propia: incluso él sabía que el «aire libre» era mortal en muchos lugares (concretamente cuando se mezclaba con difenilclorarsina), y que del ruido de la batalla no necesariamente cabía esperar un efecto reforzante para los nervios. Eso lo atestiguaban de sobra los «temblorosos de guerra».

Sin embargo, Kafka no era en absoluto inmune a la presión moral, en parte subliminal y en parte manifiesta, ejercida sobre cualquier hombre en edad «militar» que se quedaba en casa. Esa presión podía adoptar formas bien amenazadoras: así, el lejano mecenas de Kafka Carl Sternheim tenía que pensarse muy bien si quería dejarse ver en público y en qué ocasiones. En cualquier momento, a un crítico se le podía ocurrir plantear la pregunta de por qué ese hombre joven de aspecto vital ponía sus capacidades a prueba en el teatro en vez de en el frente, y eso podía tener consecuencias. También en la atmósfera de Praga, intoxicada por las denuncias, donde los unos se achacaban a los otros que los de la de etnia alemana, checa o judía eran los más hábiles a la hora de escapar al servicio militar, uno podía convertirse sin querer en el «caso» probatorio que la parte contraria señalara triunfante: ahí va otro que se ha librado haciéndose pasar por imprescindible; y en el caso concreto de Kafka: claro, un judío.

Desde la declaración de guerra de Italia, esa presión había vuelto a aumentar sensiblemente. Porque incluso aquellos que poco a poco iban deslizándose dudas acerca de si la acción de castigo contra Serbia merecía realmente una guerra mundial podían decir ahora que la monarquía de los Habsburgo había sido engañada y traicionada. Aquella espanto-

³⁷ «¿Qué se siente al luchar a la bayoneta? Cuestiones psicológicas del frente», *Prager Tagblatt*, 8 de mayo de 1915, edición de la mañana, p. 4.

sa guerra en las montañas, aquellas absurdas matanzas en el Isonzo: ésa era una guerra impuesta, una guerra defensiva; hasta el más consecuente de los pacifistas habría tenido que aceptarlo. Pero con eso el razonamiento político y «patriótico» pasaba a segundo plano, y la moral salía a escena.

Ahora todas las consideraciones tienen que callar. Cada hombre que no sea un «intelectual» tiene que alistarse. Ha pasado la hora de las consideraciones acerca de los insustituibles y los imprescindibles. Insustituibles e imprescindibles somos todos y ninguno. Por más que alguien posea las mayores dotes para el arte y la ciencia, no puede hacer nada más sublime en su vida que sostener la moral arrastrada por el polvo.

Es dudoso que Kafka hubiera firmado sin reservas este llamamiento a dejar de pensar. Pero la cadena de la insustituibilidad, con la que sus superiores le mantenían alejado de la guerra, se había convertido hacía mucho en una fuente de vergüenza para él, y aquellas frases del *Schaubühne* de Berlín, publicadas tan sólo unos pocos días después de la exención militar de Kafka, alcanzaban (si es que las vio, lo que es muy probable) una conciencia que ya estaba moralmente herida.³⁸ Pero ¿a qué lógica respondía esa vergüenza? Si de hecho Kafka sabía tanto más sobre la realidad física de la guerra que todos los redactores de llamamientos de lealtad al Estado, ¿por qué esa vacilación, esa presión de conciencia, de dónde salía la decisión de seguir *a pesar de todo* la corriente general de los *lemmings*? ¿Es que no tenía ninguna «opinión» respecto a la guerra?

Entre las singularidades determinantes de la vida de Kafka está que sus decisiones eran meditadas hasta la extenuación, casi nunca determinadas por consideraciones generales, con-

³⁸ *Die Schaubühne*, primero de julio de 1915, p. 26. Se trata de una cita del *Süddeutsche Monatsheft* de junio de 1915.

vicciones o conceptos; nunca decidió deductivamente, por mera voluntad de consecuencia. Esto sólo parece sorprendente a primera vista; de hecho, seguía con eso una norma de conducta «blanda», que suele ser la regla general en las relaciones personales íntimas y que en ellas también se exige desde el punto de vista moral. Así, por ejemplo, la imagen que alguien tiene de sus padres puede ser desilusionada y realista, puede tener en cuenta las dependencias sociales e ideológicas en las que ellos estén enredados... todas las decisiones que afecten directamente a las relaciones con los padres sólo en los casos más infrecuentes vendrán determinadas *únicamente* por la perspicacia. Esa falta de lógica no sorprende a nadie, muy al contrario, pasa por ser humana, y el propio Kafka, que conocía a su padre, apenas utilizaba ese conocimiento como arma, ni jamás eso le ayudó a mantener su propia y débil posición frente al padre. Raras veces sirve tener la razón cuando hay que convivir.

Lo que era en extremo inusual, y resultaba sorprendente incluso para los amigos más próximos, era cómo esa lógica de lo íntimo desbordaba en Kafka sus propios confines: se extendía al trabajo, a la política, en el fondo al mundo entero, y por tanto, forzosamente, a ámbitos en los que no podía menos que parecer desplazada y «marciana». Sin duda él tenía una opinión acerca de la guerra, como todo el mundo: era un patriota moderado, temía una derrota militar de Austria y como muy tarde al tercer año de conflicto empezó a sentir aquella matanza sin sentido como un descarrilamiento de la Historia universal, como una perversión social. En este sentido, Kafka era completamente inocuo desde el punto de vista intelectual: ni le era propia la temprana clarividencia política de un Karl Kraus, ni tenía la conciencia de elite de Thomas Mann o Werner Sombart, que trataban de justificar la continuada carnicería en términos de compensación histórica o mediante constructos ideológicos.

Sin embargo, más allá de la mera opinión Kafka era *dis-*

tinto, se diferenciaba de la gran mayoría de sus compañeros masculinos—incluso de Max Brod, Felix Weltsch y otros amigos de Praga—en una praxis social peculiarmente «no ilustrada». Ni los conocimientos generales ni cualesquiera puntos de vista sobre el acontecer mundial tenían influencia reconocible en sus acciones. No se le habría pasado por la cabeza «correr a las banderas» para defender la monarquía habsbúrguica o, como postulaba Sombart, a la comunidad de los «héroes» frente a una banda de «mercaderes». Tampoco su conocimiento de las consecuencias más inmediatas y terribles de la guerra lograba producir lo contrario, es decir, mantenerlo alejado de la guerra. Toda la publicística social, hinchada bajo la presión de los acontecimientos hasta convertirse en un estrépito coral, parece haber interesado e influido tan poco en Kafka como la charla política en la oficina o en casa, y sin duda en más de una ocasión esto se interpretó como indiferencia y frialdad por su parte.

Injustamente. Porque Kafka se tomaba la guerra como algo *personal*, en el más estricto sentido de la palabra. Por inalcanzable que fuera para los reproches abstractos («En estos graves tiempos, cuando nuestro emperador llama, hay que...»), siguió siendo sensible a las manifestaciones preverbales, gestuales, espontáneas, a las que concedía de antemano un mayor grado de verdad y frente a cuyas implicaciones morales estaba por eso mismo mucho más indefenso. Los argumentos rebotaban en Kafka, pero las miradas penetraban en él hasta lo más íntimo: las miradas del padre, que soñaba despierto con su propia época en el ejército cuando sus dos cuñados contaban sus experiencias bélicas en Galitzia; las miradas en la oficina, cuando circulaban postales de campaña de compañeros a los que sólo se conocía con pechera almidonada (también Kafka recibía postales así: «¿Qué nos traerá el mañana? ¿Quién se pregunta eso!», decía en una de ellas);³⁹ las

³⁹ Carta de Albert Anzenbacher a Kafka del 17 de abril de 1915. An-

miradas de los jóvenes sionistas cuando se hablaba de los actos heroicos y condecoraciones de Hugo Bergmann; las miradas de las mujeres de mediana edad, madres de hijos alistados, a las que en modo alguno se podía explicar con qué derecho seguía uno paseando por el Altstädter Ring; por no hablar de las miradas de las víctimas en las escaleras del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, que por su profesión Kafka no podía eludir.

No, él *no* había cambiado. Los argumentos de los judíos orientales, incluso de sus portavoces más elocuentes... ¿le habían conmovido decisivamente alguna vez? Apenas se encuentra rastro de tal cosa en el diario. En vez de eso, describe sus ademanes, conscientes siempre de sí mismos y ensayados, y los compara con la insegura presencia de Brod: con eso basta. ¿Le había preguntado alguna vez sus opiniones a Felice Bauer? Buscaba sus ojos, su mano. «Lo que exige un matrimonio es una concordancia humana, una concordancia muy por debajo de toda opinión, es decir, una concordancia que no tenga que ser verificada, sino sólo sentida», explicaba.⁴⁰ «Y así hago con todo», hubiera podido añadir. También con respecto a los judíos, también con la guerra. Ahí estaban las miradas de las personas que lo rodeaban, y ahí estaba el hecho irrefutable de que se le iba en la oficina una vida que se había vuelto sin objeto: una desproporción, una falsedad, una inconcordancia, *que subyacía profundamente a todas sus opiniones*.

Ni siquiera sus allegados, ni siquiera Felice Bauer, llegaron probablemente a tener conciencia de lo incondicionalmente que Kafka seguía esta lógica de lo íntimo. Porque no siempre la dejaba ver, y por más que buscara con insistencia en las miradas y gestos de otros signos *destinados a él*, sabía

zenbacher, el único compañero de trabajo con el que Kafka se tuteaba, fue atravesado en 1916 por una bayoneta rusa en Przemyśl.

⁴⁰ Carta a Felice Bauer del 8-16 de junio de 1913.

defenderse de los reproches que apuntaban *expresamente* a él. Demasiadas veces había oído a su padre decir que en realidad le iba demasiado bien... ahora, en las condiciones impuestas por la guerra y la carencia, ese bobo lamento se hincha hasta convertirse en una presión social siempre perceptible, en una acusación generalizada, que podía ver en todos los labios y a la que Kafka no quería en absoluto entregarse sin resistencia.

No te rías, F., no encuentres despreciables mis sufrimientos, cierto que son muchos los que están sufriendo ahora, y que la causa de su sufrimiento es algo más que un cuchicheo en la habitación contigua, pero en el mejor de los casos justamente luchan por su existencia o, más exactamente, por las relaciones de su existencia con la comunidad, no otra cosa que lo que yo hago, no otra cosa que lo que hace cualquiera.⁴¹

También Kafka reclama sus derechos. Pero calla sus celos de aquellos que combaten *visiblemente*. Y es a éstos a los que quiere unirse. Sólo ahí habría concordancia, verdad y, si la suerte lo permitía, al mismo tiempo un camino de salida, hacia la libertad.

A la Dirección General de Policía, Praga.

En la cuestión de la solicitud de distinciones por méritos en el ámbito de la previsión social para lesionados de guerra, solicitamos incluir en la lista de las mismas al doctor Franz Kafka, vicesecretario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, Praga.

El doctor Franz Kafka se encarga, junto a la agenda del departamento técnico de seguros, de la preparación y tramitación de la agenda de la Comisión de Tratamiento desde el año 1915. Despacha la correspondencia referente a la fundación y explotación de

⁴¹ Carta a Felice Bauer del 11 de febrero de 1915.

los sanatorios. Especialmente le incumben los asuntos referentes al sanatorio nervioso para soldados que la Central Estatal de Previsión gestiona en Frankenstein.

Una distinción para Kafka, solicitada por la Central Estatal de Previsión para Soldados Retornados el 9 de octubre de 1918. Pero ¿desde cuándo era la policía imperial la encargada de otorgar condecoraciones? Desde siempre. Porque primero había que comprobar si *en algún momento y en algún lugar* había habido alguna queja contra el aspirante, y para comprobar esto todas las comisarías austríacas tenían que hojear sus correspondientes ficheros y comunicar por telégrafo el resultado. Una vez que esa revisión nacional de datos hubo arrojado, en un plazo de pocas horas, un resultado negativo, es decir positivo, la Dirección General de Policía podía pronunciar, ya el 20 de octubre, una recomendación incondicional:

No hay, ni desde el punto de vista civil ni desde el punto de vista moral, nada en contra del señor Franz Kafka, doctor en derecho, vicesecretario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo.⁴²

Así que no había sido «calumniado» por nadie. Una absolución de primera clase, y al mismo tiempo un bono para un elogio de sus máximos superiores. Sin embargo, Kafka también se quedó sin este premio. Porque apenas tres semanas después las autoridades correspondientes habían dejado el cargo en silencio y, naturalmente, habían olvidado la condecoración pendiente.

⁴² Carta de la Central Estatal de Previsión para Soldados Retornados de Praga a la Dirección General de Policía del 9 de octubre de 1918; telegrama de la Dirección General de Policía a las comisarías en el exterior del 16 de octubre de 1918; carta de la Dirección General de Policía al Gobierno Civil de Praga del 22 de octubre de 1918 (*Escritos oficiales*, pp. 864 y ss. y materiales anexos).

4. EL MILAGRO DE MARIENBAD

Dado que se trataba de un viaje de placer,
tuvimos que atenernos a ello y divertirnos.

LOUIS-FERDINAND CÉLINE,

Viaje al fin de la noche

«En los últimos tiempos he visto muchas cosas; menos dolores de cabeza». Una lacónica anotación en el diario. ¿De qué habla? ¿De los inválidos de guerra? ¿De los monumentos de Praga? ¿De los refugiados? ¿De cine?... «A pesar de mis dolores de cabeza, cuántas complicaciones con las muchachas... desde el verano han sido al menos seis». ¿Muchachas? ¿Dónde había tenido ocasión Kafka de conocer a seis muchachas? No sabemos nada al respecto, y el biógrafo se mantiene en la penumbra de una transmisión que como mucho permite intuir lo que sucede. Contornos, sombras, mudos ademanes: el resto es reconstrucción.¹

Hay azares que llenan de agujeros la imagen de una vida productiva, que incluso arrastran al olvido definitivo épocas enteras de esa vida: manuscritos destruidos, cartas y fotografías esparcidas por el exilio, herederos ignorantes o inaccesibles, la temprana muerte o el anonimato de los testigos, sin olvidar la codicia de los coleccionistas. A este proceso de disolución, desaparición y olvido, el biógrafo tiene poco más que oponer que el precepto estoico de conformarse con lo que queda. Sin que eso implique, naturalmente, apaciguar de forma duradera la sospecha de que precisamente allí donde la transmisión fracasa ha ocurrido lo más interesante, incluso lo decisivo.

Que esta oscuridad coincidiera, en la vida de Kafka, con el verano de 1915 no forma parte de esos azares; es una tiniebla tan autocreada como sufrida, de la que no logra salir a lo lar-

¹ Diario, 3 de noviembre de 1915 y 2 de junio de 1916.

go de un año entero. Ha caído en un estado de espera impuesto por la guerra, y sus intentos, siquiera ocasionales—aunque enérgicos—, de sustraerse a él quedan sin resultado palpable. Al parecer, ha intentado abrir las puertas equivocadas.

Está decidido a dimitir en cuanto termine la guerra, a trasladarse a Berlín, a hacer balance allí en algún desván y hacer nuevo acopio de fuerzas. A Felice Bauer sólo le comunica este plan cuando ella le pregunta expresamente, como si fuera obvio. Pero no basta con saber lo que *habría* que hacer, y la conciencia que Kafka extrae de su decisión se erosiona cada vez más bajo la presión de una paralizante incertidumbre: ¿cuándo llegará ese momento? ¿Qué hacer *hasta que llegue ese momento*?

Sabemos poco acerca de lo que Kafka hizo y vivió en el invierno de 1915-1916, y ese apagón de la transmisión deriva, ante todo, de que Kafka ya no sentía deseos de levantar acta del silencio: raras y malhumoradas cartas, escasas anotaciones, que van poco más allá de palabras sueltas. «No es tan necesario como otras veces, no tengo que intranquilizarme, ya estoy bastante intranquilo, pero ¿con qué fin, cuándo llegará [...]?» dice ya en la primera página de un nuevo cuaderno.² Tenemos noticias de las «trincheras» de Praga, de bonos de guerra, de medio premio literario, de la publicación más bien casual de *La transformación*, del vano asalto al superior. Pero tan sólo un único y chillón relámpago hace emerger la vida cotidiana por la que Kafka parece moverse como una sombra:

Completa inutilidad. Domingo. Durante la noche particular insomnio. Hasta las doce menos cuarto en la cama, con sol. Paseo. Almuerzo. Leído el periódico, hojeado catálogos viejos. Paseo, Hy-

² Diario, 13 de septiembre de 1915.

bernegasse, Stadtpark, Wenzelsplatz, Ferdinandstrasse, luego hacia Podol. Penosamente alargado a dos horas. He sentido de vez en cuando fuertes dolores de cabeza, en una ocasión casi como quemaduras. Cena. Ahora en casa. ¿Quién sería capaz de ver esto desde arriba, del principio al fin, con los ojos abiertos?

He abierto el diario con la especial finalidad de facilitarme el sueño. Pero acabo de ver la última anotación casual y puedo imaginar mil anotaciones similares de los últimos tres o cuatro años. Me consumo insensatamente, sería felicísimo si pudiera escribir, no escribo. Ya no me libro de los dolores de cabeza.³

Dolor de cabeza e insomnio son las últimas constantes que permanecen, Kafka las menciona casi en cada página, se esfuerza en vano en contraponer cualesquiera «intereses» al agotamiento y los frecuentes estados de apatía. Incluso sus lecturas parecen ahora completamente expuestas al capricho y la condición del día; lee memorias de la campaña de Napoleón en Rusia, redacta incluso una lista, que ocupa varias páginas, de sus «errores militares, luego vuelve a hojear la Biblia. No aparece ni la menor referencia a literatura contemporánea, Kafka parece temer ahora incluso las terapéuticas conmociones que le causan Flaubert, Dostoievski y Strindberg. Va al teatro cuando se trata de un estreno de Werfel, y al cine al parecer ya no va en absoluto.

Desde la distancia, no es posible distinguir—y quizá sea *objetivamente* equívoco—si el progresivo aislamiento de Kafka, que deja tan llamativas huellas en las escasas fuentes, profundizó la depresión o no era en última instancia más que su consecuencia. Ciertamente, aquella imagen de su propio aislamiento social e intelectual que ya había formulado en mayo de 1915 seguía siendo tan amarga como cierta: «no hay nadie aquí que me comprenda totalmente». Pero nadie

³ Diario, 21 de noviembre y 25 de diciembre de 1915. Las dos anotaciones son inmediatamente sucesivas.

tan poco al que Kafka *diera* esa oportunidad. Se agarraba a las pocas personas de su confianza, a Ottla sobre todo, que poco a poco adquiría rasgos maternos; a Max Brod, que volvía a estar más accesible, y probablemente también a Felix Weltsch. Pero Kafka se dejaba ver cada vez menos fuera de este estrecho círculo, y cuando eso ocurría—tenemos noticia de un encuentro con Heinrich Mann a finales de 1915—,⁴ siempre era con acompañamiento protector.

Los vínculos que exigían una mayor aportación de Kafka amenazaban con disolverse. Es significativo que ya no se digne a hacer ningún comentario escrito respecto a su propia familia—otra vez con la excepción de Ottla—, mientras las brasas de los viejos conflictos seguían ardiendo, sobre todo mientras la incesante decadencia—debida a la guerra—de la fábrica de asbesto de los Kafka provocaba alguna ruidosa confrontación a la hora de la cena. Pero incluso entonces, cuando había pendientes decisiones de alcance existencial, Kafka apartaba de su camino cualquier protesta, cualquier disputa: no hay duda de que incluso la huida a las trincheras, de haber tenido éxito, habría pillado a los padres completamente desprevenidos. Era un «secretista» desde siempre, y Brod se lo había reprochado a menudo. Pero hacía mucho que ya no era posible salir al paso del silencio de Kafka levantando amablemente el índice.

Así tuvo que experimentarlo Ernst Weiss, que servía como médico en cambiantes hospitales militares pero se mantenía en permanente contacto epistolar con Kafka. Weiss sentía poca comprensión hacia las inhibiciones y reparos neuróticos, consideraba un extravío la unión con Felice Bauer, y te-

⁴ Véase la postal colectiva a Egon Erwin Kisch del 28 de diciembre de 1915, que junto a Kafka también firman Max y Elsa Brod, Franz Werfel y Heinrich Mann y su esposa Mimí. Probablemente hubo otras reuniones por el estilo, porque Heinrich Mann siguió en Praga. El 11 de enero leyó en el hotel Palace su ensayo *Zola*, así como la novela corta *La inocente*, y sin duda Kafka estuvo presente.

nía que parecerle fruto de un obcecamiento el que, a pesar de su alienación y humillación, Kafka no dejara de soñar con Berlín. Aun así la relación entre ambos hombres se intensificó, y a partir del inicial respeto entre escritores se desarrolló una amistad que a finales de 1915 optó por el tuteo,¹ una delicada suspensión de la distancia que Kafka, normalmente, sólo se permitía en el caso de vínculos muy enraizados e «indisolubles». Raras veces tenían los dos amigos la oportunidad de verse y hablar—Weiss visitaba ocasionalmente a su madre, que vivía en Praga—, pero precisamente la distancia y el enmarañado destino de su amigo hacían de cada encuentro una ocasión solemne: una situación ideal para Kafka, que estaba ansioso de cercanía humana pero temía toda exigencia suplementaria, permanente, físicamente próxima.

Ese equilibrio se vio destruido en la primavera de 1916, y sin duda no es casualidad que la ruptura se produjera en el preciso instante en que Weiss desplazó su domicilio a Praga... a todas luces con la esperanza de quedarse allí más a menudo y quizá conseguir un cómodo puesto de médico en la guarnición. Es muy improbable que Kafka sintiera pura alegría al respecto. Porque, al contrario que Brod, que había aprendido hacía mucho a respetar la necesidad de tranquilidad y a ratos la pasividad de Kafka, Weiss no podía imaginar una amistad digna de ese nombre sin un incesante toma y daca. Como muy pocos, logró fortalecer moralmente a Kafka, insuflarle nuevas esperanzas y abrirle nuevas perspectivas. Pero medía el intenso *feedback* que esperaba guiándose por sus propias necesidades y posibilidades, no por las de su delicado interlocutor, al que tan exigente atención le parecía demasiado próxima, a veces agotadora. «Era un eterno

¹ La correspondencia de Kafka con Ernst Weiss se ha perdido. Sin embargo, se conserva un ejemplar de *La transformación* con la dedicatoria manuscrita de Kafka: «A mi querido Ernst, 20/XII/15, Franz», así como la firma del propietario: «Ernst Weiss».

adulador y un eterno frustrado», anotaba Hans Sahl en sus recuerdos del Weiss entrado en años. «Malcriaba y tiranizaba a un tiempo a sus amigos». ⁶ Esta caracterización se adecua muy bien a su relación con Kafka, quien de forma tan inesperada como enérgica abatió primero las barreras que lo protegían de ella y, poco después, sobrio y en apariencia sin pena alguna, comunicó a Felice la consumación de su distanciamiento:

No queremos tener que ver más el uno con el otro, mientras yo no me encuentre mejor. Una muy razonable solución.

Nuestro distanciamiento, primero provocado por mí, luego por él, y finalmente por mí, ha sido muy justo, el resultado de una decisión sin titubeos, como no es frecuente en mí, dicha sea la verdad. ⁷

¿Qué había ocurrido? Kafka lo deja en el aire, y sin duda la censura del correo tiene mucho que ver con que no describa las circunstancias concretas de la disputa. Sin embargo, apunta que Weiss le había hecho «los mismos reproches primitivos» que habían hecho inevitable la separación ya en el Askanischer Hof, acusaciones por tanto de insinceridad y de irresponsable elusión de las dificultades. Pero si había algún propósito que pudiera mover a un Kafka psíquicamente erosionado a tomar una «decisión del todo indudable» era éste: nada de repetir el tribunal de Berlín.

Acerca del motivo en concreto nos ilustran las quejas cartas que Weiss dirigió a su amante Rahel Sanzara. Kafka, se lee en ellas, se había negado inesperadamente a apoyar con una recomendación pública la segunda novela de Weiss, *La lucha*; era un «perverso fariseo», un hipócrita, pues. ¿Acaso previamente no se había manifestado acerca de la novela

⁶ Sahl [1973].

⁷ Postales a Felice Bauer del 19 de abril y del 11 de mayo de 1916.

siempre en términos de la máxima admiración, no había estado dispuesto incluso a colaborar en la última revisión del texto? Para Weiss, eso habían sido signos de colegialidad, de amistad, que suponían más que la disponibilidad a someterse al pequeño esfuerzo de escribir una reseña. Pero Kafka le había hecho fundar expectativas, le había insuflado ánimos, y luego se había negado.

De hecho, cabe imaginar que, ya en el verano de 1914, durante el viaje en común al Báltico, hubiera una promesa explícita, nacida del sincero entusiasmo de Kafka por *La lucha*, de la que tenía incluso una copia, y quizá también de la gratitud por la elegíaca reseña que Weiss había dedicado a *El fogonero*. Cabe incluso imaginar que Kafka—en contra de su declarada incapacidad para el análisis crítico literario—hubiera cumplido su promesa si la novela se hubiera publicado *entonces*, inmediatamente después de terminarla. Sin embargo, la editorial S. Fischer había dudado mucho; las catastróficas caídas que el comercio del libro alemán experimentaba desde el comienzo de la guerra forzaban a restricciones de la producción, y así *La lucha* no pudo publicarse hasta abril de 1916. Pero para entonces Kafka era otro. Ya no escribía: no lo hacía para sí mismo, y por tanto tampoco por hacer un favor, eso *sí que no*.

Weiss estaba profundamente afectado, se sentía rechazado, engañado incluso, y lo que Kafka le confiaba sobre supuestas inhibiciones internas, sobre neurastenia y sobrecarga profesional, le parecía tan traído por los pelos que el afecto largamente madurado se convirtió directamente en odio: «Cuanto más tiempo estoy alejado de él, Kafka se me hace tanto más antipático, con su viscosa maldad», escribió a su amiga.⁸ Y aunque en años posteriores habría otros encuentros con Kafka, que discurrirían pacíficamente, aunque ad-

⁸ Cartas de Ernst Weiss a Rahel Sanzara del 27 de junio de 1916 y el 10 de enero de 1917 (Deutscher Literaturarchiv, Marbach).

vertía su singular rango literario y lo reconocía en público, hasta sus últimos años en París Weiss no pudo superar haberse equivocado tan radicalmente con aquel hombre. Kafka se había portado «como un canalla» con él, aseguró a Soma Morgenstern, y en una revista del exilio trazó incluso la imagen de un autista social: Kafka había tenido «espléndidos amigos», «una buena familia, una mujer encantadora, pura y bondadosa, que quería ser suya, y a la que durante diez años alimentó exclusivamente de esperanzas y fantasmas... pero nada llegaba hasta él».⁹ La «mujer encantadora, pura y bondadosa» era, por supuesto, Felice, la misma cuya moral burguesa Weiss siempre había despreciado. Pero aquí está hablando de sí mismo, las exageraciones (¡diez años!) lo hacen ver. Así que a Weiss le quedó el honor de entrar en la historia de la literatura como el único enemigo confeso de Kafka.

No hay duda de que Kafka se sintió no menos ofendido, y encontrar precisamente a Weiss en el coro de sus acusadores morales también fue una decepción para él (aunque más adelante se atribuía en exclusiva la disputa).¹⁰ Tanto más notable resulta que mantuviera su opinión acerca del trabajo literario de su antiguo amigo y no se circunscribiese al frío juicio estético. Al contrario, recomienda a Felice «escuchar sobre todo al hombre» mientras ella lee su novela, y sigue distinguiendo con mucha precisión entre el yo que escribe y la manifestación empírica, a veces agotadora, del doctor Weiss.

La lucha cuenta la desgracia devastadora que un hombre incapaz de vivir y decidir trae al mundo: un hombre que oscila entre dos mujeres, de las cuales la más débil finalmente sucumbe, mientras que la más fuerte, Franziska, se libera de él

⁹ Soma Morgenstern, carta a Peter Engel del 22 de abril de 1975, en Morgenstern [2001:564-565]. Weiss [1937-1938:319-325]; reimpresso en Born [1983:443]. En el ensayo de Weiss se encuentran otras valoraciones críticas que apuntan una y otra vez a la autorreferencialidad de Kafka.

¹⁰ En una carta a Milena Pollak del 10 de junio de 1920.

tras años de tormento y encuentra su destino como pianista. Felice Bauer sólo estaba moderadamente entusiasmada ante una trama no precisamente original, según le parecía, y monacorde en su ejecución. Pero el protagonista era auténtico, mostraba cualidades que le resultaban familiares, demasiado familiares. No fue *por eso*, sin embargo, por lo que Kafka le recomendó el libro: «También a mí me parece que yo salgo en el libro, pero no más que muchos otros, pues a decir verdad no se me hace objeto de individualización». Los rasgos del personaje eran los del arquetipo que primero venía a la mente al escritor judío occidental, no tenía más que cerrar los ojos y emergían figuras así. «Pero me gustaría que me dijeras algo más sobre Franziska. Pues ahí está la exigencia del libro. Si lo coge uno por ahí, tiene uno al autor agarrado por el cuello».¹¹

Kafka como lector. No se fija en las coincidencias externas, ni siquiera cuando él mismo proporciona el modelo; los rasgos de carácter privados, incluso el sexo de los personajes, le parecen contingentes, y esa indiferencia no es en modo alguno fingida: si se hubiera sentido retratado en la novela de Weiss, habría tenido ocasiones de defenderse; al fin y al cabo, el manuscrito estuvo sobre su mesa durante meses, en la primavera de 1914. Lo dejó pasar. En cambio, el destino de Franziska, la fría y ardiente decisión con la que se desprende de sus orígenes, incluso de las personas que le son próximas, en aras de una meta que no puede justificar, ni siquiera articular del todo, y que aun así ha reconocido como *la suya*... eso era lo que hacía latir el corazón de Kafka. Se trataba de la identidad. Convertirse en aquello que se es. A *cualquier* precio.

No sabemos si Ernst Weiss compartía esa opinión, si también él aceptaba ese impulso que hacía saltar todos los vínculos estéticos y sociales como verdadero centro de su novela.

¹¹ Carta a Felice Bauer del 28 de mayo de 1916.

Pero cuando, algunos años después, se decidió a revisar el texto, pulirlo y presentarlo en una nueva versión, aprovechó la oportunidad para elegir también un título más preciso: *La lucha* se convirtió en *Franziska*.¹²

«No queremos tener que ver más el uno con el otro, mientras yo no me encuentre mejor». Eso le sonaba muy familiar a Felice, y al parecer—aunque en vano—, preguntó varias veces qué había pasado en realidad. Kafka prometió explicárselo, y guardó silencio.

Llevaba ya mucho tiempo guardando silencio. Atrás quedaba la época en la que había una línea permanente, mejor dicho, un túnel, con Berlín y su sueño secreto e insensato; y hacía mucho que no tenía ni capacidad ni ganas de hacer soportable la monotonía de la queja aplicando encanto e ironía. Pero la pura repetición tenía algo de indigno, la repetición era estancamiento, era decadencia intelectual, difícilmente soportable para él mismo según refleja el diario, e imposible de aceptar para cualquier otra persona. Así que a Kafka se le ocurrió la escapatoria de evitar todas las frases en caliente, nacidas del estado de ánimo de cada momento, para emitir en vez de ellas, a intervalos cada vez mayores, declaraciones, descripciones generales de su estado, que ya se habían reflejado muchas veces y, precisamente por eso, impedían todo acceso a su vivencia inmediata.

[...] hay situaciones en las que el decir se diferencia poco del callar. Mi sufrimiento es, por ejemplo, cuádruple:

No puedo vivir en Praga. Si soy capaz de vivir en otra parte es

¹² Con este título (mucho más conocido) se publicó la novela revisada en el año 1919, también en S. Fischer. Pero tan importante o más que la influencia de Kafka en el cambio de título fue la aspiración de excluir en la medida de lo posible las asociaciones de índole militar. Los lectores ya estaban hartos de luchas, al menos por el momento.

cosa que ignoro, pero que aquí no puedo vivir es para mí lo más indudable que conozco.

Es más, por eso me resulta imposible hacer mía a F.

Más aún: me veo obligado (esto está ya incluso impreso) a admirar a los hijos de los demás.

Por último: a veces pienso que este tormento que me viene desde todos los lados va a acabar triturándome. Pero el dolor de estos momentos no es lo más grave. Lo peor es que el tiempo pasa, que el sufrimiento me hunde en una miseria y una incapacidad cada vez mayores, que las perspectivas de futuro se hacen cada vez más sombrías, sin tregua.

¿No basta esto? Lo que, por ejemplo, estoy padeciendo desde nuestra última entrevista con F., ella no puede ni sospecharlo. Durante semanas no he sabido lo que es dormir, excepto siendo presa de la fiebre. Me voy a un sanatorio y estoy convencido de que es una locura. ¿Qué busco allí? ¿Es que acaso allí no hay noches? Pero, aun, allí los días son como noches. Vuelvo y me paso la primera semana como si hubiera perdido el conocimiento, no pienso en otra cosa que en mi desdicha, o la nuestra, y ni en la oficina ni en las conversaciones logro entender nada más allá de lo más superficial, y esto a costa de todos los dolores y tensiones de cabeza que puedan imaginarse. Se apodera de mí una especie de imbecilidad. ¿No estaba igual en Karlsbad?¹³

Tampoco a Kafka puede habersele escapado que había algo que no encajaba allí: en esas actas del dolor no aparecía ninguna persona más. Precisamente a Felice, que sólo se sentía viva en las relaciones sociales, tiene que haberle resultado enteramente incomprensible que Kafka pudiera hablar de sufrimiento sin ninguna referencia concreta a familia, amigos, colegas. Por no hablar de los éxitos, perfectamen-

¹³ Carta a Felice Bauer del 9 de agosto de 1915. La observación de Kafka de que el sufrimiento reseñado en tercer lugar estaba «ya incluso impreso» se refiere a la pieza en prosa «La desventura del soltero», incluida en *Contemplación*.

te demostrables, que tenía como escritor, y que no parecían afectar en lo más mínimo a su desgracia herméticamente cerrada. De que Kafka había recibido (en cierto modo) un premio literario—un acontecimiento entonces mucho más infrecuente, y por ello tanto más significativo—tuvo que enterarse por los periódicos, e incluso la inesperada publicación de *La transformación* (en revista y en libro) la mencionaba él tan de pasada que casi resultaba ofensivo. En fin, ella nunca le había preguntado por sus escritos...

Después del pequeño tratado de Kafka sobre las cuatro raíces de su sufrimiento, no nos ha quedado ninguna otra carta hasta diciembre de 1915... Cuatro meses enteros. Se acercan las vacaciones navideñas, y llega la inevitable, dolorosamente esperada, pregunta de Berlín: Felice propone un encuentro, urgente, porque está «triste» por él. Pero Kafka lo rechaza: «No debes verme así», «sólo podría causarte una nueva decepción, incluso ahora». Aun así, Felice juega con la idea de viajar a Praga, finalmente la abandona y descansa unos días esquiando en Garmisch. «[...] muy encomiable», le parece a él. En enero, tras una consulta casi desesperada, el nuevo informe de situación, invariable: dolores de cabeza, insomnio, desmoronamiento interno. «[...] no conozco ningún remedio e ignoro dónde ves tú un remedio al que no se haya recurrido ya. [...] El ser viviente que hay en mí tiene esperanzas, esto no es para asombrarse, como es lógico. Pero el que juzga no». Y, de manera cada vez más abrupta, a principios de marzo: «Mientras no sea libre no quiero dejarme ver, ni verte a ti». Finalmente, otro mes después, el telegráfico canto del cisne: «no me dan pasaporte, afectuosos saludos, Franz».¹⁴

¹⁴ Cartas a Felice Bauer del 5 y 26 de diciembre de 1915, y del 18 de enero y principios de marzo de 1916. El telegrama, del 6 de abril, es la respuesta a una proposición de Felice Bauer de encontrarse en casa de la hermana de Brod, Sophie Friedmann, en Waldenburg (distrito de Breslau), a pocos

Feliz no es quien olvida [...] lo que ya no cabe cambiar; esto lo puede decir a lo más algún personaje de opereta. Un criterio de esta especie significaría nada menos que el cese de la evidencia, es decir, habría que considerarla tal. Feliz es, en cambio, el que mide sus propios deseos y pone sus exigencias tan por debajo de un designio superior venido de arriba que experimenta después naturalmente un notable gozo.

Si Kafka hubiera tenido una vida de la duración habitual (hoy), sin duda habría leído esta famosa definición de la felicidad que Heimito von Doderer pone en boca de un consejero austríaco en la última página de su novela *Las escaleras de Strudlhof* (1951). Y sin duda le habría divertido muchísimo. Porque el grotesco contraste entre intimismo y estereotipado lenguaje burocrático era uno de sus propios recursos estilísticos, manejado con virtuosismo sobre todo en *El proceso* y *El castillo*.¹⁵ También en estas novelas se encuentran pasajes en un lenguaje conscientemente inadecuado, seco, «muerto», a cuyo efecto subliminal ningún lector puede sustraerse: antes de comprenderlo, ya oye el susurrar de papeles de un entendimiento extraviado que calcula y disputa cuando en última instancia es la vida misma quien decide... una prueba *ex negativo*, una demostración de cómo *no* funciona.

kilómetros de la frontera bohema. En el expediente policial de Kafka no se encuentra ninguna solicitud de pasaporte para ese período.

¹⁵ Ni siquiera el extraño concepto, naturalmente decisivo aquí, de «notable gozo» es al parecer una invención de Doderer, sino que está tomado de una normativa austríaca. Doderer vuelve a emplearlo en su novela *Las ventanas iluminadas o La humanización del consejero Julius Zihal*: «Si un funcionario (servidor) cuya prima de productividad se abona trimestralmente adquiere durante el trimestre derecho a una prima superior, esto deberá ser tenido en cuenta en la siguiente liquidación de su nómina. En cambio, cualquier deducción que afecte al funcionario (servidor) deberá llevarse a cabo en tantas mensualidades como notable gozo se haya producido» (p. 37).

También en Doderer la forma se entrecruza con el contenido. Su definición de la felicidad, obviamente inspirada en Schopenhauer y radicalmente opuesta al invocable *fun* de la desbocada «sociedad del rendimiento», resulta evidente a primera vista. Pero hay un malestar latente en esa solución demasiado plana. Si de hecho se pudiera *calcular* la medida de la felicidad, ¿cabe imaginar que una simple resta bastaría para llevar hasta su meta más de dos mil años de metafísica?

Sin embargo ésta no es la única cuestión, hay otras trampas que nos esperan. Porque de la definición de Doderer se desprende la conclusión forzosa de que es suficiente con rebajar las propias aspiraciones, esperanzas y expectativas para aumentar la probabilidad de alcanzar la verdadera dicha. Una estrategia puramente defensiva, pues, cuyos límites cada cual tiene que explorar por sí mismo. Tal vez lo más sensato fuera renunciar por completo a las aspiraciones en la vida, o darles la vuelta, es decir, esperar solamente dolor y desdicha. Entonces la mera ausencia de dolor ya sería dicha... ¿es *eso* lo que quería decir?

Casi parece como si el milagro de Marienbad—aquella dicha que Kafka persiguió en el verano de 1916 realmente como un «designio superior»—fuera una demostración práctica de que la reflexión de Doderer no es un juego intelectual vacío que desemboca forzosamente en un triste quietismo. Pero ¿cómo puede ser de otra manera? ¿Cabe imaginar que ese primitivo truco—así nos los parece—de la modestia es tan sólo la *imagen* de una dinámica psíquica paradójica: rendirse para salvarse, apurar preventivamente la desgracia para evitarla? ¿Y cómo cabría imaginar este fabuloso mecanismo?

Lo cierto es que todavía en primavera Kafka hubiera considerado dicha cualquier alivio, incluso un día despierto y sin dolor; porque no sólo desde el punto de vista psíquico, sino también físico, se encontraba tan mal como nunca antes. Seguía rechazando ponerse en manos de la medicina académi-

ca, pero ahora estaba dispuesto—probablemente por insistencia de la familia—a dejar que al menos un neurólogo le examinara. El diagnóstico fue «neurosis cardíaca»... algo bastante inespecífico, que no explicaba nada.¹⁶ Pero Kafka sufría, y se le notaba. De lo contrario, no habría cabido imaginar que sus superiores le impusieran en toda regla un permiso de reposo suplementario: tenían que estar convencidos de que ni siquiera el estresado médico del instituto negaría su consentimiento.

A nadie de su entorno se le habría ocurrido pensar que a Kafka *en absoluto le iba lo bastante mal*... algo, desde luego, que no sería insensato en modo alguno sostener, a la vista de los documentos que nos han llegado, por muchas que sean sus lagunas. Porque ¿en qué empleaba Kafka la energía que le quedaba, la que conseguía arrancar a sus estados de agotamiento y dolor cada vez más frecuentes? Esencialmente, en evitar despojamientos y humillaciones, en estabilizar su autoestima; en pocas palabras: en mantener el tipo. De ahí el rígido distanciamiento de Ernst Weiss, de ahí la negativa a ver a su antigua prometida, de ahí, finalmente, las visitas, tan atípicas en él—exigentes, incluso tercas—a los despachos de Pfohl y Marschner. Pero todos esos intentos de salvamento eran socialmente defensivos: huida de la mirada crítica de los otros, huida a la soledad o al anonimato. Para mantener el tipo, Kafka estaba dispuesto a romper los últimos vínculos, incluso a arriesgar la muerte en las trincheras. Los instantes de orgullo por haber conseguido, al menos a corto plazo, conservar la autoestima, habían sido pagados a un alto precio. Porque ahora él destruía toda posibilidad

¹⁶ Véase la postal a Felice Bauer del 19 de abril de 1916. Como terapia, el neurólogo propuso «corrientes eléctricas», lo que Kafka rechazó por escrito. Dos semanas antes, el 3 de abril, Ottla había escrito a su enamorado, Josef David, refiriéndose a su hermano Franz: «Realmente no está bien, y a veces tengo que tener paciencia con él».

de un cambio profundo a largo plazo, un cambio que, fuera cual fuera, necesitaba la colaboración de personas cercanas... precisamente aquellas personas que ahora él mantenía a distancia, cuya capacidad de empatía fatigaba hasta el extremo y que, en algún momento, se apartarían de él. No echarse en brazos de nadie: un respetable propósito. *Mientras esos brazos aún existieran.*

Sin embargo, en mayo de 1916, justo a tiempo, el frente privado de Kafka se desplomó. Marschner se negó a enviar a la guerra a su rebelde subordinado, y la rápida negativa de éste a aceptar regalos extraordinarios se quedó en un gesto simbólico. Porque sólo unos días después las tentaciones se hicieron insuperables: Kafka viajó por vez primera, para una entrevista oficial, a Marienbad, y a pesar del tiempo ventoso y lluvioso quedó entusiasmado con aquella pequeña ciudad, limpia y alejada de la guerra, con sus muchos parques y con los bosques que la circundaban. Allí se estaba bien, porque faltaba el público internacional, y era «inconcebiblemente hermosa». No podía imaginar que aún quedara un lugar así, a su alcance, a pocas horas de tren de la «fosa» de Praga, y después de dar el primer paseo supo que pronto regresaría.¹⁷

Enseguida cambia el tono de sus cartas, Kafka siente una corriente de aire, mueve los miembros y relaja la mano que escribe. Pero le cuesta trabajo ceder, no tiene práctica. ¿Cómo va a decírselo a Marschner sin perder dignidad? Otra vez es preciso un incremento de la presión, un ataque *del cuerpo* para superar la última barrera: del 23 al 28 de mayo, cinco días enteros con sus noches, le martirizan incesantes dolores de cabeza, que convierten en una tortura el estudio de los expedientes y tampoco permiten relajación alguna el fin de semana. Con esto se alcanza la crisis, las reservas están agotadas, retroceder se hace imposible. Kafka tiene que sucumbir o ac-

¹⁷ Postal a Felice Bauer del 15 de mayo de 1916; carta a Felice Bauer del 28 de mayo de 1916.

tuar. Aceptará las tres semanas de permiso ofrecidas con el más humilde de los agradecimientos, se irá a Marienbad. «Mi intención era mantenerme firme [...] pero no aguanto más».¹⁸

De pronto, también otras trincheras psíquicas caen como las piezas de un dominó. Felice Bauer, que se da cuenta de que algo decisivo está pasando, aprovecha la oportunidad y asalta a Kafka con una propuesta sorprendente, que ignora sin protección alguna todo rechazo: ¿no podrían pasar juntos las vacaciones de verano? Sería la primera vez que se vieran desde hace casi un año, y la primera empresa íntima lejos de las miradas de las familias. Un paso de imprevisibles consecuencias. Kafka está dispuesto y, «por supuesto que extraordinariamente de acuerdo», ni rastro de reparos; decide impulsivo que no entra en cuestión otro sitio que no sea Marienbad, sueña incluso con poner a prueba todas sus dispersas energías productivas precisamente allí, en la irritante proximidad de una mujer, de *esa* mujer.¹⁹

Kafka pierde compostura, y lo disfruta. Sabe que vuelve a encaminarse a una prueba, pero no *quiere* saberlo. Espera con paciencia la señal de Felice, y consigue despachar en pocas semanas la casi inabarcable montaña de expedientes y dejar su oficina en un estado de perfecto orden... como si fuera para siempre. Finalmente, el sábado primero de julio, los últimos dictados, apretón de manos a los colegas, felicidad de la despedida. Por desgracia, también la ignorante familia reclama su parte; le quita medio día de vacaciones, le fuerza a asistir en la sinagoga a la ceremonia de boda de un pariente notoriamente exitoso. «Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jakob, tus moradas, oh Israel...». Kafka mira el reloj.²⁰ Por

¹⁸ Carta a Felice Bauer del 28 de mayo de 1916.

¹⁹ Dos postales a Felice Bauer del 31 de mayo de 1916.

²⁰ Se trató de la boda de un primo, el abogado doctor Robert Kafka, con Elsa Robitschek. Que Kafka no se sentía particularmente preocupado permite sospecharlo su postal a Max Brod del 5 de julio, en la que, curiosamente, alude a la «boda de mi cuñado».

fin, a primera hora de la tarde del sábado, es libre. Se sienta en un compartimento del tren—tercera clase, como siempre—envuelto por el único ruido que nunca le ha molestado: el batir y chirriar de ruedas metálicas sobre raíles. Detrás de las ventanas, la ciudad queda lentamente atrás.

Se busca: una imagen que reúna proximidad y lejanía, la lejanía abismal de aquello que nos parece lo más próximo y la provocadora presencia de la lejanía inalcanzable, pero *casi* alcanzable. Una imagen dialéctica, pues, un constructo mental.

Kafka encontró esa imagen y la utilizó de manera intensiva; una imagen de extrema sencillez y supuesta inocencia: se trata de *la puerta*, y de su noble descendiente, el portal. En sus obras se encuentran puertas que no están cerradas y aun así es imposible atravesar (la puerta de *Ante la Ley*, y la puerta por cuya mirilla se ve al funcionario de *El castillo*, Klammm); puertas abiertas detrás de las cuales reina una oscuridad impenetrable (la ilustración de portada de *La transformación*, según la propuesta de Kafka); puertas miserables que se abren solas («Un médico rural») o amenazan con desvanecerse (el acceso a la cámara del pintor Titorelli en *El proceso*); puertas cuyo mero contacto trae consigo la tortura y la muerte («El golpe a la puerta de la granja»); finalmente, puertas que alteran aquello a lo que dan paso de un momento a otro y sin razón aparente: una puerta así inventó Kafka en abril de 1916, como símbolo anticipado de lo que iba a ocurrirle dos meses después.²¹

Pero en Marienbad, ya el primer día, topó con una nueva variante, especialmente refinada desde el punto de vista esté-

²¹ Véase la anotación de diario del 19 de abril de 1916. Pocos días después, Kafka empieza un relato cuyos protagonistas infantiles son arrastrados violentamente a una puerta (el fragmento «Hans y Amalia»; OC III, 589-592).

tico: «con Felice. Puerta con puerta, llaves a ambos lados».²² Sin duda las habitaciones de hotel tienen llaves, esto es algo común, que no necesitaba constatar de manera expresa. Pero esa doble puerta que él palpaba con ojos y oídos era un símbolo casi indiscreto, y precisamente ese día, el de su trigésimo tercer aniversario, él era un poco más sensible que de costumbre a esas señales.

Muchos indicios apuntan a que esa puerta estuvo *abierta* desde el principio por el lado de Felice. También ella tenía que superar inhibiciones: pasar las vacaciones junto con un hombre sin ser una pareja casada, ni siquiera prometida, y encima con un hombre al que dos años antes había deseado mandar al infierno... no era fácil hacerlo plausible a la familia. Si al menos hubiera sido un sanatorio, donde cada uno se ocupa de sí mismo de manera planificada... Pero Kafka había rechazado tal cosa, y las reservas convencionales, incluso las exigencias de la moral pública, le interesaban ahora tan poco que le costaba trabajo recordarlas. ¿Por qué ella no hacía como él? No contar *nada* en casa, al menos nada que tuviera verdadera importancia, era lo más seguro.

Apenas quedó fuera del campo de visión de su madre, Felice floreció, y ya en la estación de Marienbad recibió a su amigo, cuya cabeza ardía, con tanta ternura y naturalidad cómo él siempre había esperado en vano en Berlín. Ni siquiera los contratiempos de los primeros días—cambio de hotel, lluvia incesante, sin olvidar las susceptibilidades y rígidas costumbres de Kafka—hicieron mella en su ánimo. «Lo ímprobo de la convivencia», anotó él ya al tercer día, y aunque sin duda era consciente de que Felice habría tenido muchos más motivos para esa queja, deja que sus ecos penetren aún más hondo: «Imposibilidad de vivir con Felice. Insoportabilidad de la convivencia con alguien, sea quien sea».

Sin duda era sobre todo su conciencia excesivamente aler-

²² Diario, 3 de julio de 1916.

ta la que le mantenía en tensión: Kafka sabía—y no podía olvidar ni de día ni de noche—que en breve plazo tenía que ocurrir *algo*. Sin duda, las circunstancias externas eran felices como nunca antes, y él mismo las había provocado. Pero precisamente por eso el encuentro en Marienbad estaba bajo la presión y expectativa de un experimento que lo decidía todo: si cuatro años de preparación no bastaban para alcanzar, en *tales* circunstancias, algo parecido a la plenitud, cualquier otra esperanza sería ilusoria, sería una despedida para siempre, una despedida cuyo sentido y necesidad habrían quedado claramente demostrados. Porque ¿qué le impulsaba en realidad a someterse a pesar de todo a esa «convivencia ímproba»? Nada más que «la escasa familiaridad, la compasión, la voluptuosidad, la cobardía, la vanidad, y sólo en lo más hondo quizá un delgado arroyuelo digno de ser llamado amor, inaccesible a toda búsqueda, brillando de pronto alguna vez en el instante de un instante. Pobre Felice», creía.²³

El deseo de intimidad no aparece en la enumeración de Kafka, aunque sabe que precisamente ese impulso es capaz de crecer hasta convertirse en un ansia casi inaplacable, que supera todas las inhibiciones y todos los reparos de la razón. Nadie lo sabe con más exactitud que él, y las correspondientes imágenes angustiosas ya las ha encontrado en *El proceso*. Pero ha olvidado el sabor de la plenitud. El deseo sexual le resulta más molesto que nunca (hace ya mucho que las prostitutas no aparecen en sus anotaciones, ni siquiera como fantasía), y no consigue poner en conjunción ese deseo con el enamoramiento dulce y doloroso en Weimar, con la pequeña felicidad de Riva, con el coqueteo compulsivo de Praga, del que apenas hace unas pocas semanas, y menos aun con su propia y sorprendente disposición a buscar la proximidad

²³ Diario, 5 y 6 de julio de 1916. Las palabras «Pobre Felice» están separadas por una raya, es decir que probablemente fueron añadidas después.

de Felice. Por más agudamente que se observe a sí mismo, la conexión se le escapa, y la separación de sexo y ternura, que en el entorno burgués de Kafka aún sería la normalidad durante mucho tiempo, tenía sin duda un papel en ello... aunque en él sólo sea perceptible en forma interiorizada, como filtro mental, como punto ciego en su autopercepción. Su vivencia psíquica parece dividida, controlada por instancias ajenas entre sí: el deseo de escapar de la célula eternamente iluminada de su propia conciencia; el deseo de ser entendido y aceptado en paz por otras personas; el deseo, al fin, de una comunidad no racional, que abra todos los poros, con una mujer, piel a piel, boca a boca... Kafka sabe todo eso, y sin embargo no quiere darse cuenta de que son formas de manifestación de un solo deseo, un deseo profundamente arraigado en lo somático y que, por tanto, no puede ser imaginado ni hecho realidad sin cuerpo.

En Marienbad cruzó esos umbrales, y Felice, que al parecer sentía por primera vez deseo ella misma, lo hizo posible. Y era tiempo, era la última oportunidad, la crisis había llegado, Kafka apenas era ya dueño de sí mismo. «¡Qué clase de individuo soy! ¡Qué clase de individuo soy! La martirizo a ella y a mí mismo hasta la muerte», se queja en una postal apresuradamente escrita a lápiz. Pero tan sólo unas horas después vivieron en Marienbad, a plena luz del sol, «una tarde maravillosa, suave y buena».²⁴ Poco después se abre la doble puerta. Todavía les quedaban cinco días.

Realmente me parecía que la rata se hallaba en la última de sus cuevas. Pero como no podía empeorar, mejoró. Al menos se soltaron las cuerdas con las que yo estaba atado, me sentí algo más a gusto, ella, que constantemente estiraba las manos al vacío absoluto pidiendo ayuda, volvió a colaborar y establecí con ella, de persona a persona, una relación hasta ahora desconocida, cuyo valor alcanza

²⁴ Dos postales a Max Brod del 8 de julio de 1916.

el de aquella relación que en los mejores tiempos había tenido el autor de cartas con la autora de cartas. En el fondo, jamás había tenido una relación íntima con una mujer, si exceptuó dos casos, aquel de Zuckmantel (pero allí era una mujer y yo un muchacho) y el de Riva (pero allí era casi una niña y yo estaba completamente confundido y enfermo en todo sentido). Ahora he visto la mirada confiada de una mujer y no pude cerrarme en mí mismo. Se rasgará algo que yo pensaba conservar para siempre (no se trata de cuestiones puntuales, sino de una totalidad) y a partir de esa rasgadura, lo sé, surgirá tanta desgracia que alcanzará para más de una vida (pero no es una invocación sino una imposición). No tengo derecho a defenderme de ello, porque si no ocurriera lo que ocurre, lo haría por mí mismo, voluntariamente, tan sólo para volver a conseguir aquella mirada. Yo no la conocía, antes efectivamente me lo impedía (por cierto que entre otros escrúpulos) el temor a la realidad de aquella autora de cartas; me estremecí cuando vino hacia mí en la gran habitación para recibir el beso del compromiso matrimonial; la expedición con mis padres rumbo al compromiso fue para mí una tortura en cada uno de sus pasos; nada me intimidaba tanto como estar solo con F. antes de la boda. Ahora todo es distinto y está bien. Nuestro contrato se celebrará próximamente: boda poco después de que termine la guerra, dos o tres habitaciones en un suburbio de Berlín, cada uno asumirá por su cuenta sus preocupaciones económicas, F. continuará trabajando y yo, pues yo, eso aún no puedo decirlo. Pero si se quiere visualizar la relación, aparecen dos habitaciones, por ejemplo en Karlshorst, en una F. se levanta temprano, se va y por las noches cae cansada en la cama; en la otra hay un sofá sobre el que estoy recostado yo y me alimento de leche y miel.²⁵

Brod tiene que haber leído con un estremecimiento este detallado relato, asombrosamente ordenado; no sólo porque en él tormento y placer parecen haberse acercado tanto, sino sobre todo porque se le informaba por primera vez de acontecimientos cuya repercusión psíquica Kafka había ocultado

²⁵ Carta a Max Brod del 12-14 de julio de 1916.

durante tres años enteros. Nadie había sabido de esa «tortura», Kafka se lo guardaba todo para sí. Tampoco cabe duda de que Brod, que, además de su matrimonio, mantenía al menos otras dos relaciones eróticas, tuvo que empezar por traducir a su propia experiencia el severo lenguaje de Kafka, que se movía entre imágenes de contornos muy delimitados. La connotación sexual era inequívoca. Pero—esto era lo más extraño—se concentraba en la mirada femenina, y por tanto en lo más inmaterial. ¿Por discreción? También eso, quizá. Pero si Brod hubiera podido hojear ya entonces los diarios de Kafka no habría encontrado otra cosa en ellos: «es bella la mirada de sus ojos aplacados, el abrirse de la profundidad femenina».¹⁶ Hasta el fin de su vida, esa mirada siguió siendo para Kafka el símbolo de lo bueno, garantía de que la redención no sólo era imaginable, sino también experimentable, «una vez, en el instante de un instante». Para él *ése* fue el milagro de Marienbad. Y sólo en una nota insignificante, escrita poco antes de su muerte, se encuentra el rastro de un recuerdo también al «noble cuerpo» de Felice.²⁷

Aguantó su mirada, y soportó con sorprendente facilidad que aquella «profundidad femenina» tuviera que volver a cerrarse en algún momento. Marienbad no era el paraíso, la vida cotidiana era tan profana como en todas partes, incluso en el distinguido hotel Balmoral, en cuyas comodidades probablemente había insistido Felice. Salían a pasear, caminaban por los bosques, visitaban los locales recomendados por la guía Baedeker, el Egerländer, el Dianahof, anudaban ino-

¹⁶ Diario, probablemente 10 de julio de 1916. La preocupación de Kafka por la discreción se desprende de su frase final a Brod: «Esta carta desde luego que puedes mostrársela a Felix [Weltsch], pero rotundamente no a mujeres».

²⁷ Se trata de una nota de las conversaciones de Kafka (véase el capítulo 28): «Ella no era hermosa, pero sí esbelta, de noble cuerpo, que según me cuentan (la hermana de Max, su amiga) ha conservado» (*Cartas, 1902-1924*, p. 491).

fensivos conocimientos de mesa a mesa, leían juntos los periódicos (acababa de empezar el infierno en el Somme, pero nadie allí podía ni quería imaginárselo), y entrada la tarde se sentaban el uno frente al otro, en el balcón de Felice, a una mesita con una lámpara eléctrica. Él aceptaba que ella aún no le hubiera perdonado del todo el antiguo sufrimiento, y no oponía reparos a volver a presentarse como yerno a su «querida madre», es decir Anna Bauer—habían renovado *de facto* el compromiso, aunque Kafka evitaba estrictamente esa palabra—; incluso aceptó una visita común al cercano Franzensbad, donde Julie Kafka y Valli estaban haciendo una cura y le lanzaron inquisitivas miradas, con un sentimiento de ligereza que hacía pocos días le habría parecido inimaginable: «extraordinario, es tan extraordinario que al mismo tiempo me asusta mucho», escribió a Brod.²⁸

Este estado de levitación intangible y libre de miedos ni siquiera terminó con la marcha de Felice. Sin duda fue una decepción que los trastornos del sueño y los dolores de cabeza siguieran sin querer desaparecer incluso ahora que todo estaba bien. Además, la semana que le quedaba Kafka tuvo que trasladarse—por supuesto, error de la dirección del hotel—al cuarto, mucho menos tranquilo, de Felice, con huéspedes a ambos lados tras las dobles puertas (ahora férreamente cerradas). Pero cuando se sentaba por las tardes en «su» balcón, en «su» sitio, volvía a ver también aquellos ojos, que seguían mirándole. Bajo esa mirada volvió por fin la paz, bajo esa mirada podía soportarse casi todo, y años después Kafka incluía los seis días felices que pasaron juntos y los ocho días

²⁸ Carta a Max Brod del 12-14 de julio de 1916. El rastro de los viejos conflictos con Felice Bauer se advierte en «oscurecimientos» de la convivencia que aparecen mencionados varias veces, así como en una posterior observación hecha a Felice de que en Marienbad había transitado uno de sus «viejos caminos», el «paseo de la obstinación y el secreto», una alusión a los dos principales reproches que se habían hecho a Kafka en 1914, y que al parecer volvieron a ser discutidos en Marienbad.

felices que pasó él solo en Marienbad entre los grandes enigmas de su vida...²⁹ Catorce días: nada, comparado con los cientos de noches a los que habían sido arrancados, pero una experiencia asombrosa, maravillosa y singular para un yo nervioso al que el tiempo no le pasaba volando, sino luchando, y que sólo conocía la relajación como una forma de paralización de las energías.

Un enigma, naturalmente, también para nosotros. Porque ¿dónde habían quedado aquellos impedimentos *objetivos*, en apariencia insuperables, que Kafka había sitiado durante años, y que le habían hecho imposible la decisión del matrimonio? ¿El bien fundado temor a una vida en la oficina, a la carga de la responsabilidad material, a la absorción de todas sus fuerzas creativas dentro de la jaula familiar, al fin de la escritura? ¿Acaso el propio Kafka, «desesperado como una rata encerrada», no había declarado hacía pocos meses que la constante «falta de libertad» exterior era el núcleo de su desgracia?³⁰ ¿Y acaso no había estilizado hacía mucho el proceso de decisión entre matrimonio y literatura hasta darle la categoría de mito propio e irrenunciable?

Puede que Max Brod, que no sólo conocía esa letanía, sino que de vez en cuando se sumaba a ella, se sobresaltara al entender el sentido del alegre mensaje: ¿había sucumbido Kafka a una momentánea tentación, o realmente había olvidado? Al contrario. Había hecho saltar el círculo por los aires. Había encontrado una escapatoria que ninguno de sus amigos había sospechado antes en él, una solución más allá de toda convención. Y, más asombroso aún: tenía una mujer a su lado que compartía esa solución, que según todos los indicios incluso la *deseaba*. «[...] cada uno asumirá por su cuenta sus preocupaciones económicas, F. continuará trabajando...», decía la frase decisiva de la carta de Kafka.

²⁹ Diario, 29 de enero de 1922.

³⁰ Carta a Felice Bauer, probablemente de mediados de febrero de 1916.

Eso era inmenso, una opción con la que los esposos Brod y Weltsch en todo caso *soñaban*, y cuya realización sólo era alcanzable al precio del escándalo. Eso también lo sabía con claridad Felice, que esta vez se resistió a las presiones de su madre. No, nada de detalles. Aún no sabemos. Ya veremos. Cuando la guerra termine... Naturalmente, Kafka no se comportaba de otro modo, así que también Julie y Valli, que todavía fueron a visitarle en su último día de permiso en Marienbad, tuvieron que conformarse con la escueta información de que se habían reconciliado y en algún momento habría boda.

Una informalidad que habría sido impensable antes de la guerra. Por no hablar de los secretos acuerdos financieros con los que Kafka y su novia volvían la espalda, por así decirlo, a su origen social. Porque la capacidad del marido de «sostener» a su mujer y el talento de la mujer a su vez para mantener un espacio doméstico y vigilar la correcta educación de los hijos seguían siendo elementos que sustentaban la forma de vida burguesa, y nítidas marcas de diferenciación respecto del entorno proletario. Sin duda había familias respetables que vivían exclusivamente de la herencia de la esposa, pero incluso en esos casos se mantenía como un decorado la función masculina de asegurar la subsistencia, y naturalmente las facturas y cheques eran firmados por el *señor*. En cambio, era del todo impensable ofrecer la propia fuerza de trabajo siendo esposa y madre: eso despertaba la sospecha social, incluso moral, y arrojaba una sombra de proxenetismo sobre el marido. Si había excepciones, era en todo caso en las metrópolis, en el ambiente liberal y académico, en círculos artísticos y naturalmente dentro de las redes marginales y subculturales, que estaban bajo la influencia de ideas reformistas. Pero tales modelos no existían entre la burguesía de Praga, allí seguían vigentes los derechos y obligaciones del cabeza de familia. Incluso Max Brod consideraba oportuno, cuando negociaba sus honorarios, indicar que estaba

casado... un gesto provinciano difícilmente imaginable entre los literatos vieneses.

La rapidez con la que estas convenciones se deshojaron y volvieron obsoletas tiene que haber sido, sobre todo para los contemporáneos entrados en años, una impactante experiencia... y al mismo tiempo una de las consecuencias más directas y sensibles de la guerra. De repente la fuerza de trabajo de las mujeres se hacía necesaria, incluso en ámbitos que hasta entonces habían sido tabú: se hicieron legendarias las innumerables trabajadoras de las fábricas de municiones, que trabajaban día y noche y se convirtieron en heroínas del «frente interior» en todos los países beligerantes. Pero sobre todo era la presencia pública directa de las mujeres la que causaba irritación e inquietud social. Costaba trabajo subir por vez primera a un tranvía conducido *por una mujer*; no sólo porque los pasajeros tenían, sencillamente, miedo (atizado por los médicos y psicólogos), sino, sobre todo, porque se trataba de una anomalía, una ruptura terrorífica e irreversible del orden tradicional. Todo el mundo tenía claro—aunque la prensa conservadora asegurase lo contrario—que las mujeres que se hacían cargo de tales empleos en modo alguno «relevaban» a los hombres que estaban en el frente. Ya no dejarían libres los puestos recién conquistados, ni siquiera cuando llegase la esperada paz victoriosa. Ya nada volvería a ser como era.

También la sorprendente valoración pública del trabajo doméstico reforzaba esa sospecha. A nadie (salvo a algunas defensoras de los derechos de la mujer) se le había ocurrido hasta entonces leer en el concepto «ama de casa» una denominación profesional. Comprar, lavar, cocinar y cuidar a los niños: en eso pasaban normalmente sus días las esposas, eran servicios específicos de su sexo, aprendidos por imitación, incluso cuando eran delegados en el personal de servicio. Sin embargo, a más tardar en 1916, con el principio de la economía de escasez, varias de esas habilidades fueron

clasificadas como de importancia bélica, y todo el «reino de la mujer» se vio abruptamente reevaluado en el discurso público: se convirtió en un tema político, y por tanto *serio*. Con todas las consecuencias, por supuesto. Desde entonces también las amas de casa tuvieron que escrutar la sección de economía de la prensa diaria, en la que veían qué alimentos estaban racionados, qué precios de mercado habían fijado las autoridades, en qué días estaba prohibido cocer bollos y qué sanciones cabía esperar si en las colas, cada vez más largas y casi exclusivamente femeninas, difundían un «clima derrotista». Incluso la zona nuclear de lo doméstico, el ámbito de la sexualidad y la reproducción, iba haciéndose objeto de atención de manera creciente. Por primera vez, las mujeres con muchos hijos recibían honores oficiales; había subsidios estatales a los nacimientos, incluso a la lactancia; y si el padre ilegítimo era soldado, se proporcionaba apoyo familiar con inusual generosidad... en tanto que las «canas al aire», que debilitaban la moral de combate de los maridos, ya no sólo se condenaban desde el punto de vista moral, sino también político.

El hecho de que las condiciones de la guerra obligaran a conceder e imponer al «sexo débil» multitud de nuevas funciones, algunas importantes y, sobre todo, *visibles*, dio a la emancipación de las mujeres burguesas un impulso mucho más fuerte del que el movimiento feminista organizado, predominantemente fiel al Estado y la familia, había logrado nunca. Éste impulsó un proceso en extremo importante en la historia social, que las fuentes históricas documentan sin lugar a dudas. Sin embargo, sus logros pierden relieve en cuanto se observan sus repercusiones concretas en la vida cotidiana, en la praxis vital, en el cambio de las mentalidades. ¿Cómo explicar que una mujer como Felice Bauer, que temporalmente mantenía a flote a una familia entera, que ya *antes* de la guerra tenía una posición profesional de responsabilidad, y que podía considerarse por tanto muy «avanzada»,

sólo durante la guerra equiparase a esta condición su propia conducta social y moral, es decir, reclamara los espacios que desde el punto de vista económico le correspondían hacía ya mucho? Y eso a pesar de que en el ambiente de gran ciudad de los empleados llevaba practicándose desde hacía años un trato entre los sexos menos formal, más laxo, en cierto sentido también más sobrio.

Cabe sospechar que el cambio económico no sirve *por sí solo* en modo alguno para hacer plausibles tales procesos de relevo dentro de una sola generación. Al contrario: cabría imaginar (y en el caso de Felice Bauer es incluso probable) que la tendencia «uniformadora» del mercado de trabajo no sólo fuera experimentada como liberación, sino también como amenaza, como desarraigo. De ahí el deseo de buscar, al menos en el ámbito privado, apoyo en lo tradicional, es decir, en el papel de la esposa, de la hija, de la dama, de la prometida. Tuvo que sumarse otro poderoso motivo para forzar, en las capas más profundas del destino individual, en la zona caliente de las identidades y mentalidades sexuales, aquel cambio y aquella liberación que la sociedad modernizada tenía listo en forma de *posibilidad* desde hacía mucho. Ese motivo fue la guerra, o, más exactamente: el brutal descarrilamiento ético de todas las circunstancias de la vida que supuso. ¿Por qué atenerse a leyes que quizá no estarán en vigor mañana? ¿Por qué guardar fidelidad a un hombre que probablemente esté muerto o en prisión? ¿Por qué negarse a un placer que el mes que viene sólo será accesible previo pago, o no lo será en absoluto? ¿Por qué ahorrar cuando todo se encarece sin descanso, por qué limitarse mientras otros ganan desvergonzadamente con la guerra? Y por último: ¿para qué todos esos aburridos procedimientos matrimoniales, en un mundo que se ha salido de sus casillas, en el que personas, instituciones y valores desaparecen, y en el que toda planificación vital que mira más allá de los próximos dos meses está construida sobre arena?

Eso ya no importa. Esa sensación, surgida primero en el ámbito privado, caracterizó a más tardar desde 1916 un cambio dramático en la mentalidad social que ninguna contrapropaganda fue capaz de frenar. Las uniones cuestionables, los matrimonios apresurados y el claro aumento de los hijos de madre soltera eran sólo la cara externa y visible de un temblor social mucho más amplio. La gente se había hecho adicta al hedonismo, se quejaba la prensa conservadora, y el hedonismo era sin duda lo más vergonzoso en una época en la que cientos de miles de personas se jugaban la vida. Pero ¿se trataba de una *adicción*? Eso era, sin duda, un malentendido. La gente cogía lo que aún quedaba porque sabía que no estaría disponible mucho tiempo. Y en las proximidades de la muerte y la ruina la vida se vuelve más vital. Eso era todo.³¹

La guerra abría perspectivas y volvía a cerrarlas... tanto en el gran y sucio Berlín como en la idílica Marienbad, con sus paseos barridos y regados todos los días, por los que en julio de 1916 un funcionario de Praga y una empleada de Berlín pa-

³¹ Que se trataba esencialmente de propaganda y no, por ejemplo, de piedad, se desprende claramente de las fuentes. De hecho, los gobiernos de las potencias centrales se esforzaban en poner esa misma «adicción al hedonismo» de la que constantemente se lamentaban al servicio de la guerra, para ocultar su carácter catastrófico. Así, en la gran exposición bélica de Viena, que ya el primer fin de semana atrajo a sesenta mil personas (fue el 2 de julio de 1916, el día en que Kafka viajó a Marienbad), se presentaron películas de producción propia. En el programa estaba: *Viena en guerra. Cuatro actos lúdicos*. También los juguetes bélicos formaban parte de este contexto: la Oficina de Previsión de Guerra de Praga vendió durante un tiempo el juego de paciencia *Muerte del ruso* por 3,60 coronas. Y ya en 1915 la Oficina de Subsidios de Guerra del Ministerio del Interior de Viena publicó *¡Jugamos a la guerra mundial! Un libro ilustrado y actual para nuestros pequeños*, «a beneficio de la Cruz Roja, de la Oficina de Previsión de Guerra y de la Oficina de Subsidios de Guerra».

seaban cogidos del brazo. También ellos eran presa del tiempo acelerado en el que eso ya no importaba. Así que concibieron un plan que sólo les hubiera resultado *imaginable* en una época así. Tenían que agradecerse a la guerra. Pocos días después, el Imperio alemán endureció sus leyes sobre pasaportes, y la distancia entre Berlín y Marienbad se multiplicó. No hacía ni un mes que había regresado de sus afortunadas vacaciones cuando Felice Bauer tuvo que asumir más tareas en su empresa, la Technische Werkstätte, porque faltaban los hombres. Como contraprestación se la nombró apoderada, pero eso no era nada nuevo para ella.

A los ojos de Kafka se había abierto, tan sólo por un momento, una perspectiva utópica: librarse de ganarse el pan, concentrarse en escribir y *a la vez* la paz que sólo una mujer puede dar. Después de la partida de ella, por la tarde, sólo en el balcón del hotel, sintió ese algo inmenso, imposible: la unión de protección y autonomía. Cabe imaginar que abriera su cuaderno de notas y buscara una metáfora, una imagen acertada de esa imposibilidad. No la encontró. Pero luego la *deslizó* en una postal,³² en forma de una de esas diminutas y fugaces erratas, tan frecuentes en él. «Palacio de Balmoral», quiso escribir en la dirección del remitente; pero estuvo a punto de omitir una letra de la palabra alemana, y *palacio* se convirtió, por un instante, en *regazo*. No había terminado de escribirlo cuando lo repasó a toda prisa... Hubiera podido dejarlo como estaba.³³

³² A Felice Bauer del 20 de julio de 1916.

³³ En alemán, 'palacio' o 'castillo' se escribe *Schloss* y 'regazo', *Schoss*. (N. del T.).

5. ¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

Sin duda admiro el aleteo, pero me pregunto:
¿qué ha pasado volando por los aires?

ARTHUR SCHNITZLER,
Buch der Sprüche und Bedenken

Nuestro emperador estuvo aquí en el año 1904, supremo honor, toda la ciudad en pie, todo lleno de banderas e iluminado, flores por doquier, en el hotel Weimar aún se habla de eso, y a su mesa el rey inglés Eduardo, el mismo que volvería hasta poco antes de su muerte, medio de incógnito, y entraban y salían sin parar ministros y príncipes...

Si en el balneario de Marienbad se hubiera preguntado al alcalde en ejercicio, a las dos docenas de médicos de los balnearios o incluso al director de la Orquesta Municipal por los visitantes más importantes que habían pasado por el lugar, probablemente todos habrían mencionado a los dignatarios políticos, aun si se «detuvieron» sólo durante pocas horas y, como Francisco José I, se limitaron a mojarse los labios con las aguas para irse enseguida a «la competencia», al cercano Karlsbad. Los criterios de relevancia eran estrictos. Lo que hipnotizaba a todos era el poder, la capacidad de «hacer Historia» y disponer a los propios vasallos como limaduras en un campo magnético, y como mucho se permitía al inmortal Goethe (de cuyas visitas tomaba su nombre el curioso hotel Weimar) ser importante *per se* y sin séquito alguno. Esto no cambió radicalmente hasta mucho después, transcurridas varias décadas más de explotación balnearia, y hoy es posible ver en las pertinentes guías de la pequeña ciudad checa de Mariánské Lázně que también Chopin, Gogol, Ibsen, Mark Twain, Johann Strauss, Nietzsche, Dvořák, Mahler y Freud, personajes todos ellos sin poder alguno, pasaron en Marienbad semanas o meses (lo de «detenerse» ya

no está de moda). El menos poderoso de toda una larga serie de nombres sería un judío de Praga. Pero él tenía un concepto completamente propio de la importancia. A su novia, que acababa de partir, le escribió:

Figúrate, al principal personaje que había en el balneario de Marienbad, es decir, aquel sobre quien recae la mayor confianza humana, no le llegamos a conocer: el rabino de Belz, sin duda el jefe actual del jasidismo. Hace tres semanas que está aquí. Ayer, por primera vez, me encontré entre las más o menos diez personas de su séquito durante el paseo que da por las tardes.¹

Se habían perdido algo... incomprensiblemente, porque los alojamientos y restaurantes «israelitas» estaban a pocos minutos del centro. Pero aquella pequeña acumulación de casas encajadas unas con otras no era digna de ver, e hizo falta una intimación por escrito de Brod para poner en movimiento a Kafka.

No era la primera vez que tenía la oportunidad de observar de cerca a autoridades jasídicas y su séquito. También en Praga había gente así, llevada por las oleadas de refugiados de la guerra y que se había quedado en los alojamientos baratos de los suburbios. Se apartaban, evitaban los lugares concurridos, y ni siquiera se les veía en la sinagoga reformada, que consideraban impura. No hay duda de que en la ciudad vieja germanoparlante había bastantes judíos que sólo sabían de su presencia por los periódicos.

No era el caso de Kafka. Ya en 1915, el año anterior a Marienbad, un intermediario se había ofrecido a procurarles, a él y a otros interesados de la escena sionista, el acceso a la vida de los miembros de la secta. Se trataba del praguense Jiří (Georg) Langer, un judío occidental tránsfuga que a los diecinueve años, para espanto de sus padres, burgueses checos,

¹ Postal a Felice Bauer del 18 de julio de 1916.

se había unido a los seguidores de un «rabino milagrero» de Galitzia y poco después se había dejado ver en su ciudad natal vestido con caftán, el pelo en caireles y un sombrero de fieltro de ala ancha, rodeado de una nube de olor a cebolla. El propio Langer era ya una curiosidad, si bien agotadora: fanático, dispuesto al sacrificio, misógino; un fundamentalista *par excellence*. Ni siquiera el ejército pudo con él cuando lo reclutó, ninguna amenaza de sanción le impresionaba, menos aún durante el *sabbat*, así que a los pocos meses fue licenciado como «trastornado psíquico». Langer, a quien el hebreo le resultaba envidiablemente fácil, también tenía conocimientos de la escritura jasídica y de algunas obras de la Cábala de difícil acceso, lo que despertaría sin duda la curiosidad de Kafka, y más aún la de Brod. Porque ése era el corazón de la tradición judía, oculto incluso a los sionistas culturales de Praga. Para ellos quedaban las tendenciosas antologías de Buber, que proporcionaban la imagen de una «espiritualidad» judía específica... leyendas jasídicas en elaboraciones románticas cuyo lenguaje resultaba «insoportable» a Kafka.²

Si se tomaba en serio el folclore de Buber, la realidad de la vida de los judíos orientales sólo podía resultar desilusionante, como también la vista de aquel pequeño grupo de seguidores que se arremolinaba en torno al rabino de Grodek en una fonda miserable de Praga-Žižkov. Langer, que allí actuaba como guía, por así decirlo, llevó a sus conocidos, un tanto reticentes, hasta un círculo de hombres vestidos de negro que rezaban en voz alta y acto seguido susurraban de forma extraña. Llegaron justo a tiempo para la «tercera comida» del *sabbat*: una tradición especialmente sagrada, y enteramente incomprensible para los no iniciados, en la que la mesa del superior en rango, el *tzadik*, y los alimentos que él repartía cobraban literalmente la cualidad mítica de altar y sacrificio. Pero la chispa no quiso saltar. Kafka, sobre todo,

² Carta a Felice Bauer del 20-21 de enero de 1913.

estaba mucho más ocupado con la peculiar relación entre pureza y suciedad que observaba con la práctica ritual, que no le decía nada. Y mientras se servía a regañadientes el pescado de la fuente común, en la que el rabino acababa de hurgar con los dedos, se le escapaba que incluso aquellos tocamientos no eran casuales, sino una acción sagrada. «En sentido estricto fue como estar en una tribu salvaje africana. Pura superstición», le decía a Brod mientras regresaban a la ciudad.³

La mirada de Kafka se había dirigido sobre todo al rabino mismo: ¿qué era lo que distinguía a ese hombre frente a todos los demás, cuáles eran las marcas visibles, las cualidades sensibles, que fundamentaban su autoridad? «Lo que caracteriza al rabino es su intensísima naturaleza paternal», anotó en su diario; no está claro si ésta era su propia idea o una de las enfáticas manifestaciones de Langer.⁴ Se trataba, de todos modos, de una idealización. Porque hacía mucho que Kafka tenía que saber que en los centros del jasidismo (treinta al menos, sólo en Galitzia) imperaba desde hacía generaciones el principio dinástico: no sólo el cargo de rabino junto a su autoridad eran hereditarios, sino también el estatus de *tzadik*, el «perfecto», del que se suponía que tenía acceso directo a esferas superiores. En esas «cortes», instaladas en la mayoría de los casos en pequeñas ciudades, pero relativamente fastuosas, se rendía homenaje a soberanos muy distintos, que no siempre eran paternas, y que planteaban algunas exigencias financieras a sus adeptos.⁵

³ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 137. Muy parecida fue la reacción de Werfel, que también peregrinó con Langer («un psicópata») a Žižkov y que consideraba intelectualmente comprometedor la «insensibilidad a la suciedad» que allí había visto; véanse sus anotaciones del diario en Werfel [1975:696 y ss.].

⁴ Diario, 14 de septiembre de 1915.

⁵ También en Sátoralja-Újhely, en Hungría, donde Kafka estuvo por un breve tiempo en abril de 1915, había una de esas cortes jasídicas, de influen-

El extenso relato sobre Marienbad de Kafka muestra que incluso después de la desilusionante excursión a Žižkov su interés por el enigma de la autoridad seguía vivo. El importante huésped del balneario Issachar Dow Ber Rokeach, el rabino de Belz, era una de las figuras más influyentes del jasidismo. No era casual que el joven converso Langer hubiera elegido como maestro precisamente a este hombre, porque en la «corte» de Belz, al norte de Lemberg, cerca de la frontera rusa, no sólo se atenían de manera férrea a la liturgia tradicional, sino que incluso la práctica vital jasídica conformada por el culto era inmune a cualquier innovación (llegando hasta el rechazo de los cubiertos en la mesa). Belz era territorio judío por derecho propio, un lugar donde el tiempo parecía detenido desde hacía siglos y que atraía una continua corriente de peregrinos, incluso de allende las fronteras. Pero ya en las primeras semanas de la guerra el pueblo fue arrollado por las tropas rusas, el rabino huyó a Hungría y su comunidad se dispersó.

Si el rabino se detuvo por un tiempo en Marienbad fue exclusivamente por motivos de salud; de hecho, los torpes esfuerzos de los jasidim por conseguir puntualmente el agua medicinal que su maestro exigía ocupa un espacio llamativamente amplio en las trece páginas que Kafka envía a Brod. No iba a permitirse interpretación alguna, advertía de manera cautelar, sino que se atendería exclusivamente a lo que pudiera ver con sus propios ojos; «Pero sólo se ven insignificantes insignificancias y, en mi opinión, esto al menos es sintomático. Es en beneficio de la veracidad incluso ante lo más estúpido. Con el simple ojo no se pueden ver más que insignificancias cuando se trata de la verdad».⁶ Sonaba convincente, y Kafka supo apreciar la rara ocasión de observar

cia suprarregional. Sin embargo, las anotaciones en el diario no permiten especular si él lo sabía.

⁶ Carta a Max Brod del 17-18 de julio de 1916.

¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

de cerca a un personaje tan exótico, por una parte gracias a la reciente mediación de Langer, que apareció de repente en Marienbad, y por otra porque allí el rabino no podía aislarse como acostumbraba. Era inevitable que, a pesar del respeto que le inspiraba, la situación también despertara en Kafka su gusto por la descripción escénica: el rabino, de sesenta y un años, blanca y susurrante barba, de complexión robusta, con un caftán de seda y un alto gorro de piel, caminando por el bosque mientras llovía a cántaros, acompañado de un pequeño séquito de sumisos *Joschiwim* que tenían que mantenerse constantemente a su altura o detrás de él, y de los que el uno llevaba una silla, el otro una toalla seca, el tercero un vaso y el cuarto la botella del agua... Para una comedia era suficiente. Pero ¿dónde iba Kafka a ver alguna verdad?

Lo visita todo, pero especialmente los edificios, le interesan detalles ínfimos, formula preguntas, personalmente llama la atención sobre algunas cosas, lo característico de su comportamiento es la admiración y la curiosidad. En general se trata de las conversaciones y preguntas irrelevantes de majestades que pasan revista, quizá algo más infantil y más alegre, en todo caso, sin que se produzcan contradicciones, hacen descender el pensamiento de todo el cortejo al mismo nivel. L. busca o intuye en todo un sentido profundo, yo creo que el sentido profundo se halla en que éste no existe y en mi opinión esto ya es suficiente. Realmente es la gracia divina; no conduce al ridículo, como ocurriría si faltase una base consistente.

Otra vez esa mirada insobornable, tan característica de Kafka, que puede referirse tanto a su propio padre como al profesor de instituto que pontifica desde su cátedra, al fundador de la antroposofía rodeado de admiradores, al líder judío oriental de Praga o al jovial presidente del Instituto de Accidentes de Trabajo. Es la mirada que se dirige al poder, la mirada que distingue el vacío detrás de las bambalinas, sin contentarse con un desenmascaramiento autosatisfecho.

Porque al mismo tiempo Kafka sabe sentir de manera intensa esa «confianza tranquila y feliz» que se ofrece de modo tan impertérrito a ese *centro vacío*. Él la conoce, como también—lo admitan o no—los ciudadanos de Marienbad, pues se trata de ese mismo sentimiento infantil con el que ellos rendían homenaje a su emperador y con el que habían escuchado sus frases joviales, ensayadas desde hacía décadas, por grande que fuera el desprecio que a su vez mostraran ante la sumisión de los jasidistas.

Sin embargo, eso no era lo que Brod había querido oír. Sin duda apreciaba la insobornable capacidad de observación de Kafka, y si la comparaba con el reportaje aparecido al mismo tiempo en el *Berliner Tageblatt*, en el que un corresponsal obviamente ignorante disparataba hablando de los «enigmáticos ojos» del rabino milagroso,⁷ sabía a quién tenía que hacer caso. A Kafka no se le había escapado en modo alguno que el rabino *bizqueaba*: era tuerto de un ojo, ése era todo el enigma. Pero lo que más interesaba a Brod—y lo que no había de esperar en aquella fonda de Žižkov—era el destello de un judaísmo originario, auténtico, sin falsificar, y Kafka no dedicaba a eso una sola palabra.

¿Vivían los jasidistas junto a la fuente del espíritu judío, de la cultura popular judía? Eso era algo discutido incluso entre los sionistas y los defensores de una nación judía. Se admiraba el radicalismo, la seguridad en sí mismos con la que, cantando, bailando y rezando, convertían la vida cotidiana en oficio divino: un eterno *sabbat*, una eterna fiesta de la fusión con Dios, sin el aguijón de la duda, sin ningún sentimiento trágico y con infantil irresponsabilidad. Tomaban al pie de la letra la Torá y la Cábala, vivían lo que otros tan sólo relataban. Pero hacía mucho que el jasidismo había alcanzado el destino que corrompe inevitablemente todo éxtasis al que

⁷ Julius Elias, «Marienbad», *Berliner Tageblatt*, 20 de julio de 1916, edición de la tarde, p. 2.

¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

se fija un plazo: había evolucionado hasta pasar de un movimiento místico a un culto rígido, que mantenía a sus adeptos en una evidente dependencia e ignorancia. Buber había intentado distinguir el despótico imperio del *tzadik* de un jasidismo originario, socialmente inocente, pero esa interpretación sonaba demasiado a intento de salvar la cara, y además era históricamente insostenible cuando se examinaba con más atención.

A los idealistas de Praga también les daba qué pensar el que el jasidismo rechazara estrictamente toda forma de sionismo (que consideraban una inadmisible anticipación a la obra del Mesías). Las bienintencionadas veladas de debate de la Asociación Popular Judía, que pretendían mediar entre las comunidades del oeste y las del este, habían resultado fallidas, y Brod tuvo que resignarse a ser desdeñado por los rigoristas inmigrantes como un típico judío occidental, dijera lo que dijera. Y lo que era aún peor: los líderes jasidistas habían empezado a intervenir activamente en política, combatiendo a los candidatos sionistas siempre que tenían oportunidad. El milagroso rabino de Belz no retrocedió ante una alianza con los representantes del Gobierno católico, lo que probablemente causó risas entre los judíos liberales de Praga, pero fue recibido con espanto por los sionistas. Poco a poco—mucho antes de que apareciera en Marienbad—, ese hombre empezaba a ser un adversario que había que tomar en serio. Con tanta más razón tenía Brod curiosidad por saber de primera mano lo que ocurría en su círculo más cercano.⁸

Kafka participó dos veces en el paseo vespertino del rabino, junto con Langer y como único judío vestido «de cor-

⁸ Ya el 6 de febrero de 1916 se había publicado en el periódico sionista *Selbstwehr* un polémico artículo redactado por Abraham Kohane que iba dirigido expresamente contra el rabino de Belz, cuyo régimen presentaba como corrupto.

to»... y con eso ya había visto bastante. Sin duda no encontró allí ningún misterioso judaísmo originario, pero sí una actitud, un ademán intelectual que en su opinión tenía raíces más profundas que todas las otras manifestaciones de sectarismo limitado, *más profundas que el propio judaísmo*. Brod se habría quedado perplejo si hubiera sabido que, durante la misma semana en la que había estado observando al *tzadik* y escuchando al excitado Langer, Kafka no leía mucho más que una biografía (expresamente sacada de la biblioteca de la Universidad de Praga para llevarla a Marienbad) de la condesa Erdmuthe von Zinzendorf, miembro de una secta cristiana y cofundadora de la comunidad pietista de Herrnhut. Ése era un mundo totalmente distinto, muy alejado de la perspectiva de Brod, pero desde el punto de vista de Kafka se trataba de la misma pretensión intelectual, la misma totalidad de pensamiento, sentimiento y vida, la misma autenticidad. De pasada, pero en absoluto por casualidad, en su informe a Brod había empleado las palabras clave *verdad* y *autenticidad* con valor de sinónimo: de hecho, hacía tiempo que era evidente para Kafka que la verdad no podía ser el extracto de las valoraciones filosóficas o religiosas, sino que tenía una dimensión esencialmente moral y social: la verdad no puede ser enseñada, tiene que ser vivida, es un campo de fuerza cuya fuente se sustrae a nuestra mirada, pero en cuyo radio cabe imaginar una vida digna del ser humano... sin perjuicio de toda la comicidad que una vida así suscita a veces, especialmente entre vegetarianos, actores judío-orientales, fanáticos de la gimnasia, pietistas y otros místicos. Una verdadera vida *dans le vrai*: de eso era de lo que, ahora que el matrimonio estaba decidido, trataba de convencer también a su futura esposa.

De hecho, Kafka se puso didáctico, y las pequeñas admoniciones, frecuentemente cargadas de ironía para consigo mismo, que antes salpicaba como bromas recurrentes, cobraron de pronto el tono insistente del proselitista. Ella le conocía

¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

lo bastante como para saber que despreciaba las bromas convencionales y que, cuando hablaba de aspirinas, aire fresco y viajes en tercera clase, de alguna manera se trataba siempre de la totalidad. Pero ahora se trataba *expresamente* de la totalidad, y el desnivel entre las crudas cotidianidades que para Kafka eran tan importantes y los contundentes argumentos acerca de *por qué* lo eran quitaba el aliento. Tenía algo en contra del trabajo manual, confesaba. Y una vida sin una comida ordenada tampoco era posible. Y en el futuro, escribía desde Marienbad, ella debía hacerle el favor de no romper terrones de azúcar con los dientes. Aunque eso sólo fuera el principio, porque «el camino que lleva hacia la cumbre es infinito».⁹ Y todo lo decía en serio.

Ella prometió corregirse. No cabía duda de que el azúcar no podía ser bueno para una dentadura ya de por sí dañada (había vuelto al dentista, aunque sólo a disgusto lo mencionaba). Pero Kafka parecía creer que esos pequeños e indolores actos de autodisciplina eran tan sólo los primeros travesaños de una escala infinita que en alguna parte, más allá de las nubes, llevaba al reino de la perfección. Eso sonaba a lección, a programa, y pronto se demostraría que al sospechar esto Felice no se engañaba en modo alguno. Porque, apenas terminada para él la libertad de Marienbad, apenas regresado Kafka, a finales de julio, a su escritorio de Praga, empezó a impartir instrucciones en toda regla.

Le pidió que fuera a visitar al pintor Friedrich Feigl, que vivía en Berlín, al que Kafka conocía desde el colegio y cuyo trabajo admiraba. Felice debía elegir un cuadro de Feigl que pudiera servir como «regalo de boda judío medio» para una prima... algo para lo que ella, según él aseguraba con doble sentido, tenía una «mirada insobornable». Lo singular era que Kafka ponía menos énfasis en el cuadro mismo—en el que se disponía a invertir un mes de sueldo—que en la visita de

⁹ Postales a Felice Bauer del 20, 26 y 16 de julio de 1916.

Felice al domicilio del pintor y su esposa, o más exactamente: en la impresión que Felice recibiría allí. Bastaba que fuera. Había «muchas cosas dignas de ser vistas», le aseguraba. ¿Qué cosas?, preguntó ella. Bueno, resonó la voz del maestro de Praga, «lo que para ti podría valer la pena de ver radiaría, en mi opinión, en la ejemplaridad del conjunto, en la edificación de un hogar fundado sobre cosas muy verdaderas y poco tangibles».¹⁰

Lo verdadero: otra vez ese concepto clave, que Kafka siempre emplea cuando tiene que dar rango máximo a un predicado; más clave que concepto. Porque sólo de forma muy vaga es capaz de establecer qué criterios son los que separan lo verdadero de lo incierto. *Alude* a ellos, como si fueran obvios. Y ha de confesar que no tiene ni siquiera una imagen aproximada de la modélica «economía» del matrimonio Feigl: tan sólo conoce fugazmente a la mujer, y en absoluto su casa de Berlín. Es sólo la *forma* del tipo de convivencia con el que sueña, la fusión aparentemente lograda de matrimonio y trabajo artístico, esa utopía concreta cuyo secreto ha intentado sonsacarle más de una vez a Feigl.¹¹ Pero una utopía quiere ser vivida, y Felice Bauer, que obedece fielmente el encargo de Kafka, encuentra al pintor en un estado que parece todo lo contrario a feliz. Eran personas simpáticas, sin duda, pero ni con la mejor voluntad había podido ver en ellas nada de «ejemplar», y menos para su propio matrimonio. Una vez más, como tantas, los rodeos didácticos de Kafka se estrechaban contra el sobrio juicio de Felice. Pero aún le quedaba

¹⁰ Postales a Felice Bauer del 18 y del 25 de agosto de 1916.

¹¹ Ya algunos años antes Kafka había contado que las manifestaciones de Feigl acerca del arte le interesaban bien poco; su vida, en cambio, bastante más: «Yo [...] quería oírle decir continuamente que está casado, que vive feliz, que trabaja durante todo el día, que habita en Wilmersdorf en una casa de dos habitaciones, con jardín, y cosas por el estilo, que despiertan la envidia y las energías» (carta a Felice Bauer del 28 de noviembre de 1912).

un último triunfo, y en verdad se demostraría—para sorpresa de ambos—muy contundente.

Durante los días que pasaron juntos en Marienbad, él le había hablado de un «hogar popular» judío que se había fundado en Berlín poco antes, en mayo de 1916: en la Dragonerstrasse 22, cerca de Alexanderplatz (hoy Max Beer Strasse), en medio del tristemente famoso Scheunenviertel, que desde el comienzo de la guerra tuvo que digerir una enorme afluencia de judíos orientales—en parte refugiados, en parte trabajadores de la industria armamentística reclutados en la Polonia ocupada—, y que se vio especialmente afectado por la creciente falta de alimentos. Siegfried Lehmann, un joven médico, había asumido la dirección del hogar, que debía ocuparse ante todo de niños y jóvenes judeo-orientales. Una tarea infinita, porque hacía mucho que las amplias redes de seguridad de la comunidad judía ya no eran capaces de abarcar la miseria de la guerra, y ni siquiera los huérfanos podían contar ya con alojarse *en casas judías* (como se decía en el este), es decir: con *algún* judío que se sintiera responsable. Esos niños estaban amenazados de abandono. Y esa situación era la que el hogar popular quería contrarrestar, mediante atención, instrucción, orientación hacia el trabajo práctico y, sobre todo, mediante «clubes» y «convivencias» con otros muchachos dispuestos a proteger a sus compañeros. Todo eso, se entiende, sobre la base de donativos, trabajo honorífico e idealismo nacional judío.

Kafka sabía por propia observación lo serios, ansiosos de saber y a la vez dúctiles que podían ser los niños judíos orientales: más de una vez había sido silencioso espectador cuando Brod trataba de impartir las primeras nociones de la lengua y la cultura occidentales a un grupo de muchachas de Galitzia que habían ido a parar a Praga, con o sin padres; incluso había participado en excursiones con los jóvenes judíos. La tarea le entusiasmaba: no sólo porque era socialmente útil y despertaba la gratitud de los afectados—esas cosas también

las vivía Kafka en la «previsión de guerra»—, sino, sobre todo, porque allí se sentía en campo abierto, lejos de las acotadas convenciones padre-mundo, en las que nunca resplandecía una idea nueva. Judíos occidentales y judíos orientales: eso entrañaba un encuentro vivo con un final abierto; allí tan sólo se sentaban las bases, allí el que enseñaba era también enseñado, y no era un principio docente el que decidía el resultado del experimento, sino la vida misma, el ejemplo vivo que los seres humanos se daban mutuamente.

La expectativa de ganar también a Felice Bauer para una tarea así, y la primera reacción por parte de ella, favorable aunque cautelosa, puso a Kafka en estado de máxima excitación. En Marienbad había vivido el brotar de la confianza y la intimidad; lo que faltaba era un sustrato espiritual común, una unidad, anclada en algún lugar profundo, pero consciente, *en la causa*, que daba estabilidad a la anhelada simbiosis, sustrayéndola de oscilaciones externas e internas. De otro modo no era posible pensar en el matrimonio, ésa era su opinión desde hacía mucho, y no tenía motivos para ocultar esta esperanza, la más profunda de todas: «en el conjunto, y más allá, no existe, que yo sepa, ningún otro vínculo espiritual que nos mantenga más estrechamente unidos que dicho trabajo».¹² «Dicho trabajo»; desde luego, con eso ya no se refería a la literatura, porque ese sueño estaba agotado.

Apenas Felice estuvo de vuelta en Berlín, ya tenía en sus manos una invitación del hogar popular. La dirección se la había dado Kafka, quien ya no se dejaba apartar del asunto, insistía casi a diario en tener noticias, daba consejos preventivos. Ni siquiera la reiterada promesa que le hizo Felice de dirigirse por escrito a Lehmann y ocuparse «muy enérgicamente» del asunto podía calmar a Kafka. ¿Para qué escribir? ¡Que fuera, simplemente!¹³

¹² Carta a Felice Bauer del 12 de septiembre de 1916.

¹³ Véase la postal a Felice Bauer del 5 de agosto de 1916.

Por grande que fuera en principio su simpatía por el hogar, lo de visitarlo sin más no entraba en absoluto en consideración para la atenta y ocupada empleada. Primero había que recabar informes. Y al contrario que a Kafka—que en su ímpetu ni siquiera había comprendido a qué barrio la enviaba, lleno de chabolas, *Stibbelek* ('locales de oración') polacos, pollerías *kosher*, baños rituales por inmersión en patios traseros y ocupantes no censados, una zona en la que sin duda a ella no se le había perdido nada...—, al contrario que a su prometido, a Felice le parecía que había algunas objeciones que hacer. Para instruir a los niños y tratar de problemas pedagógicos con otros colaboradores hacía falta cierto grado de formación teórica, haber estudiado... ¿Cómo iban a tomarla en serio en ese círculo? Luego estaba la cuestión del sionismo. Años atrás, ella había tenido cierto interés por éste, incluso había considerado seriamente la posibilidad de hacer un viaje a Palestina, llenando de asombro y arrobo a los amigos de Praga. Pero las discusiones ideológicas la dejaban fría, no estaba en absoluto al corriente de ellas, y dado que el de Berlín era abiertamente un proyecto de jóvenes sionistas—ideológicamente dirigido por Martin Buber y Gustav Landauer—, también en ese sentido cabía sospechar que le aguardaba un papel de marginal. Por último, y sobre todo: se trataba de niños educados en la religión, crecidos mayoritariamente en un ambiente ortodoxo, a los que las fórmulas y rituales judíos, incluso los nombres y conceptos del Antiguo Testamento, eran familiares desde que sabían hablar. Esos niños le harían a ella, judía occidental, ciertas preguntas, embarazosas quizá, que no era posible responder sin confesar abiertamente su escepticismo e ignorancia.

Hay que agradecer a estas dudas de Felice Bauer—y probablemente a su abierta pregunta de qué tenía él mismo que ver con la causa sionista—el que Kafka tuviera por su parte que adoptar una postura. No—trató de apaciguarla—, en el fondo no se trataba de la convicción sionista. «El Hogar pone

en juego otras fuerzas que a mí me importan mucho más. El sionismo, al menos en uno de sus extremos, el accesible a la mayoría de los judíos vivos, representa únicamente la puerta de entrada a aquello que importa más».¹⁴ Una hermosa idea... Kafka volvía a invocar un ademán intelectual, más allá de todas las convicciones concretas. Pero cuando Felice (con Grete Bloch como acompañamiento y protección) se puso finalmente en camino para visitar el hogar y escuchar una propuesta de Lehmann, volvió a resonar en sus oídos aquella jerga de los sionistas culturales que hacía mucho que había dejado atrás, como no podía menos que admitir: trabajar con el pueblo, vivir con el pueblo, el cuerpo del pueblo, el pueblo como fuente de energía...

¡No!, gritó Kafka, a quien la nueva unión con Felice daba alas para insistir, de lo que se trataba era sencillamente de humanidad, y por tanto de algo fundamental: «Allí verás que hay necesidad de ayuda, y posibilidad de ayudar racionalmente, y en cambio en ti fuerza auxiliadora, por lo tanto: auxilia. Esto es muy sencillo, y sin embargo más insondable que todos los pensamientos fundamentales». Y a esa apelación a la sensibilidad social de Felice—él sabía que en ese punto era posible persuadirla—añadió una propuesta propia, recurriendo a toda su elocuencia; una propuesta en la que se acudía a nuevos registros, totalmente distintos. No hay duda de que ella oía por primera vez a *este* Kafka:

En la medida en que soy capaz de juzgar, éste es absolutamente el único camino, o el umbral del camino, que puede conducir a una liberación espiritual. Y antes para los que dan que para los que reciben la ayuda. Guárdate contra el orgullo de la opinión contraria, eso es muy importante. ¿En qué consistirá, pues, la ayuda que se imparta en el Hogar? Puesto que está uno cosido dentro de su propio pellejo para toda la vida, y puesto que—al menos con sus propias

¹⁴ Postal a Felice Bauer del 2 de agosto de 1916.

¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

manos y de forma inmediata—no es posible modificar nada en dichas costuras, lo que hará es intentar adaptar a los pupilos—a lo sumo respetando en todo lo posible su personalidad—a la disposición del ánimo de quienes les ayudan, y después, a más largo plazo, se les intentará adaptar a su mismo modo y nivel de vida, es decir, a la condición del judío occidental de nuestro tiempo, coloración berlinesa, el cual, concedámoslo, quizá represente el tipo óptimo de esta especie. Muy poca cosa sería lo que se lograra con eso. Si yo, por ejemplo, pudiera elegir entre el Hogar de Berlín y otro en el que los pupilos fueran los auxiliadores berlineses (incluida tu, mi amor, y yo, por cierto, el primero) y los auxiliadores fueran simples judíos de Kolomea o Stanislaw, daría mi preferencia, incondicionalmente y sin postear, a este último Hogar, y además con un inmenso suspiro de alivio. Ahora bien, yo creo que tal elección no se da, a nadie le es dada, en un Hogar no se puede transmitir nada que esté a la altura del valor de los judíos orientales, en este punto falla, en los últimos tiempos, incluso la educación entre consanguíneos, y cada vez más hay cosas que no se pueden transmitir, pero si, tal vez—ahí está la esperanza—se pueden adquirir, merecer. Y esa posibilidad de adquisición es la que, imagino, tienen quienes prestan su ayuda en el Hogar. Poco será lo que consigan llevar a cabo, pues son pocos, y escasos son sus poderes, pero si llegan a comprender el problema lograrán hacer lo que puedan, y justo el que lo hagan todo con todas sus fuerzas y toda su alma ya es mucho, sólo a eso puede conceptrársele de mucho. Esto tiene que ver con el sionismo únicamente en el sentido de que la labor en el Hogar recibe de él un método joven y poderoso, recibe lo que se dice fuerza joven; y también en el sentido de que aviva el fuego de la aspiración y el esfuerzo nacionales allí donde quizá otras cosas fracasarían, y en que exalta la asunción de los viejos tiempos formidables, aunque, esos sí, con las limitaciones sin las cuales el sionismo no podría vivir. La manera en que tú te las entiendas con el sionismo es cosa tuya, toda explicación mutua entre tú y él (por consiguiente queda excluida la indiferencia) será acogida por mí con alegría. Por el momento aún no se puede decir nada sobre ello, pero si algún día te sintieras sionista (desde luego una vez ya te rozó ese sentimiento, pero se trataba sólo de una idea incipiente, no de una discusión)

y luego te dieras cuenta de que yo no lo soy—tal sería sin duda el resultado si me sometieran a examen—, yo por mi parte no siento miedo, y tú tampoco debes de sentirlo, el sionismo no es nada que separe a las personas de buena fe.¹⁵

Esto era enérgico, radical, y tomado al pie de la letra habría llevado a Felice Bauer al límite de su existencia burguesa. Y sin embargo el «egoísmo» del cooperante sionista no era una paradójica exageración de Kafka: era precisamente mediante aquella actitud como los promotores del hogar popular se distinguían del sionismo partidista de la generación anterior. La mera beneficencia no sólo era insuficiente, sino que bloqueaba, les parecía a ellos, la conciencia de una historia e identidad común judías. «El judío occidental acude al pueblo no sólo para ayudar, sino para ser uno con el pueblo en la vida del pueblo y mediante el aprendizaje...», escribía en retrospectiva Lehmann.¹⁶ Ése era el lenguaje que Buber empleaba desde la cátedra cultural sionista, con demasiada superioridad. Por su lado, el apolítico Kafka evita conscientemente el concepto de «lo popular»: de hecho, no nos ha llegado ni una frase suya de los años anteriores a 1920 en la que use la palabra *pueblo* de manera afirmativa, y mucho menos normativa. En vez de eso apuesta por «congéneres», «libertad de prejuicios», «sinceridad fundamental»... Estar abierto a esas personas, y en modo alguno sólo con el megáfono: de eso era de lo único que se trataba.

Ciertamente, la postura de Kafka no es tan pura y libre de ideología ni se mantiene tan alejada de la política como pretende: idealiza a los judíos orientales, y jamás se apartará de esa herencia sionista. Aun así, deja la «liberación espiri-

¹⁵ Carta a Felice Bauer del 12 de septiembre de 1916.

¹⁶ Siegfried Lehmann, «La posición del judío occidental respecto al pueblo», *Der Jude*, año 4, n.º 5 (1919), pp. 207-215; el pasaje citado se encuentra en la p. 211.

tual»—¿cuándo había empleado él una expresión así?—enteramente bajo la responsabilidad del individuo, a su entrega no a un partido, un movimiento, un pueblo, sino a los hombres de carne y hueso... y no quiere oír hablar de otra cosa. «Lo principal son las personas, solamente ellas», exhorta a Felice,¹⁷ y se refiere con eso a judíos occidentales y orientales por igual. A pesar de toda la idealización, de toda la tipificación contemporánea, a cuya influencia Kafka no puede sustraerse, siempre pone tales conceptos colectivos entre comillas, por así decirlo, sin concederles un carácter moral vinculante. Porque las imágenes colectivas son constructos neblinosos, articulados y contradictorios; muy raramente ofrecen una hermosa homogeneidad—como no sea aquella droga, anhelada por los jóvenes sionistas, de la «proximidad al pueblo»—, y sin duda no lo hacen en el *melting pot* del gueto de una gran ciudad. El propio Lehmann abandonó el hogar popular de Berlín cuando tal cosa se le hizo evidente.¹⁸ Lo que queda, en cualquier caso, es el rostro del individuo. Su mirada se fija.

Tampoco es posible encontrar en las confesiones de Kafka la diferencia fundamental, probablemente dolorosa para ambas partes, con Max Brod. Éste ya no se definía como escritor o crítico, sino como sionista; se veía al servicio de un movimiento que perseguía metas políticas, organizativas y cul-

¹⁷ Carta a Felice Bauer del 11 de septiembre de 1916.

¹⁸ Mirando hacia atrás, Lehmann escribió acerca del hogar popular de Berlín: «la gran experiencia de volver a sentir, en estrecha convivencia con el pueblo, al pueblo como fuente de energía para la propia vida, no se produjo; no podía producirse, porque las partes del pueblo judío que abandonaban su hogar y buscaban una nueva vida en las ciudades europeas ya no eran precisamente pueblo. Eran partículas muertas, que ya no recibían su alimento del cuerpo popular y por tanto no eran adecuadas para proporcionar al que buscaba la gran experiencia "pueblo"» («De horda callejera a comunidad», *Der Jude*, año 2, n.º especial del año 1926, pp. 22-36, el pasaje se encuentra p. 23). Lehmann se fue a Lituania en 1920, a construir en Kaunas un hogar infantil para refugiados judíos retornados. En 1927 fundó en Palestina el poblado infantil de Ben Shemen, junto a Lod.

turales concretas, e incluso cuando apelaba a la conciencia del individuo su lenguaje estaba entretejido de la fraseología política de la época, a menudo contaminado por un tono misionero y vehemente que repelía. Incluso Buber se había visto impelido a recomendar más contención. Gustav Landauer decía que desde Praga llegaban los sonidos malsonantes de un chovinismo judío, si bien a su vez trataba con toda seriedad de convencer a Brod de la superioridad de la religión judía sobre la cristiana.¹⁹ Pero por el momento ésa era una cuestión secundaria. Porque al principio a Brod le preocupaba la cuestión de la praxis social; la cuestión, pues, de si alguien colaboraba enérgicamente o no; las meras profesiones verbales de judaísmo, como las que hacían Schnitzler, Werfel, Wassermann o Stefan Zweig, despertaban su disgusto... incluso cuando esos autores no expresaban otra cosa que sus verdaderas convicciones y sentimientos.

Por el contrario, para Kafka ni las ideas que uno profesaba ni su praxis eran en última instancia lo decisivo, sino más bien el que unas y otra, cualesquiera que fuesen, se vieran respaldadas por una actitud de absoluta autenticidad, capaz de conferirles sustancia y peso. Autenticidad: eso suponía la coincidencia perfecta, intocada por cualquier intervención ajena, por cualquier eslogan de pensamiento, sentimiento y acción: *ser uno con uno mismo, ser auténtico*. Kafka encontraba ejemplos de tal autenticidad en los más remotos lugares, con independencia de sus propias convicciones: en el Antiguo Testamento, en Napoleón, en Grillparzer, en Dostoievski, en *Emanuel Quint, el loco en Cristo*, de Gerhart Hauptmann, en Rudolf Steiner y Moritz Schnitzer, en la comunidad pietista de Herrnhut y en la «corte» del rabino de Belz, en la vida conyugal del pintor Feigl y en el idealismo nacional judío de un estudiante cuya existencia física Kafka

¹⁹ Véase Gustav Landauer, «Cristiano y cristiano, judío y judío», *Der Jude*, año 1, n.º 12 (marzo de 1917), pp. 85 y ss.

declara más valiosa que la propia. A la futura «maestra» del hogar popular de Berlín, Felice Bauer, Kafka no le propone hacer lecturas preparatorias sobre temas judíos, políticos o pedagógicos (como sin duda habría hecho Brod), sino, insistente y repetidamente, que lea las *Memorias de una socialista* de Lily Braun, que ella ya había dejado a un lado, un tanto aburrida, hacía años. Tenía que volver a intentarlo, le ruega, porque «basta con un soplo de la disposición de espíritu» de ese libro para el trabajo que había que hacer en el hogar popular. Mientras tanto, rechaza de plano el estado de ánimo de esos sionistas de Praga que se apretujaban en la sinagoga y pretendían con eso demostrar algo.²⁰

Con esa crítica se refería sin duda también a Max Brod, que tras su conversión al sionismo y a la nación judía también empezaba a acercarse poco a poco a los contenidos religiosos del judaísmo. No sabemos si hubo discusiones explícitas al respecto entre los dos amigos, pero es poco probable. «¿Qué tengo yo en común con los judíos?», había escrito Kafka en su diario ya en 1914, al parecer sin pensar que, *stricto sensu*, sólo podía plantear semejante pregunta en cuanto *meschumed*, es decir, 'bautizado'. «¿Qué tengo yo en común con los judíos? Apenas tengo algo en común conmigo».²¹ Sin duda Brod ya había oído otras veces semejantes declaraciones de distanciamiento; sin duda Kafka había aceptado, en general, la obligación de salir en defensa de la comunidad judía, de

²⁰ Cartas a Felice Bauer del 11 y del 16 de septiembre de 1916. La novela de Gerhart Hauptmann *Emanuel Quint, el loco en Cristo* se la regaló Kafka a Felice Bauer cuando ésta cumplió veintiocho años, en noviembre de 1915. El estudiante Abraham Grünberg había llegado de Cracovia a Praga como refugiado y allí se había unido a la escena sionista; véase la anotación de diario del 6 de noviembre de 1915. En noviembre de 1916, Grünberg entregó a Kafka su delgado escrito, publicado en autoedición, *Un jubileo judeo-polaco-ruso (el gran pogromo de Sedlice en el año 1906)*: «Al estimado señor doctor y escritor Franz Kafka...».

²¹ Diario, 8 de enero de 1914.

su propio pueblo, pero la había negado para sí mismo (aunque ocasionalmente donara unas coronas para Palestina). De modo que Brod se fue volviendo más cauteloso y evitaba la confrontación directa con su amigo, empelando para atraerlo vías más indirectas.

Por ejemplo, facilitándole el acceso a según qué publicaciones. La leyenda *Ante la Ley*, núcleo de la novela *El proceso*, fue publicada por primera vez en otoño de 1915 en la sionista *Selbstwehr*,²² lo que sin duda alegró a Kafka, aunque el círculo de influencia de ese panfletillo, que luchaba por sobrevivir desde el principio de la guerra, había disminuido drásticamente («incluso el que la tiene no la lee», era el chiste que circulaba). Pero ¿tenía por eso *Selbstwehr* que calificar al nuevo autor de «colaborador» del año 1916? Era un poco apresurado, y en vano esperaron nuevas aportaciones de ese «colaborador».

No fue muy distinto lo que pasó con Buber, quien a finales de 1915 preguntó a una serie de autores si estaban dispuestos a colaborar en una revista de nueva fundación y orientación conscientemente judeonacionalista: *Der Jude* [El judío]. Como el omnipresente Brod estaba allí desde el principio, también Kafka recibió una carta. Ésta no contenía una sola palabra de índole personal, sino tan sólo los eslóganes habituales: ahora se trataba, escribía Buber, de «afirmar la totalidad judía como algo vivo, testimoniarla, hacerla visible». Se trataba de una pretensión que Kafka ni podía ni quería hacer realidad: «Su amable invitación me honra mucho, pero no puedo corresponder a ella; estoy aún [y este *aún* parece albergar alguna esperanza] demasiado agobiado e inseguro como para poder decir ni lo más mínimo dentro de esa comunidad», aseguraba.²³ Sonaba un poco tibio... ¿Cuán-

²² *Selbstwehr*, año 9, n.º 34 (7 de septiembre de 1915), pp. 2 y ss.

²³ Carta de Martin Buber a Kafka del 22 de noviembre de 1915; carta de Kafka a Martin Buber del 29 de noviembre de 1915.

do había renunciado un escritor a la publicidad debido tan sólo a la *inseguridad*? Pero para Kafka era impensable subir a un escenario, hacer profesiones de fe públicas, y mucho menos representar a la «totalidad» sin estar seguro de sí mismo hasta la última fibra, es decir: sin sentirla parte de su propia identidad. Pero, de eso, «aún» no era posible hablar.

Para Buber su rechazo no fue sorprendente, ni podía considerarlo una pérdida esencial para su revista. Puede que no se acordara muy bien del autor de Praga—hacía ya muchos años de una visita de Kafka al domicilio berlinés de Buber—, de quien por otro lado no le constaba que hubiera escrito ensayos ni, menos aún, obras programáticas que permitieran depositar muchas expectativas en sus eventuales colaboraciones, más allá de la insistencia de su activo agente. Éste, en cambio, no retiró su recomendación sin reparos. Porque una revista que postulaba una nación judía con su propio fondo cultural no podía, en opinión de Brod, renunciar a mostrar ejemplos de la última literatura judía, y en tal caso había que recurrir a los mejores. Pero ¿qué era «literatura judía»? Tal como Buber le respondía, no podía ser otra cosa que una literatura en lengua hebrea o como mucho yiddish. La literatura en alemán no era genuinamente judía y por tanto tampoco se le había perdido nada en *Der Jude*. Brod estaba perplejo: ¿desde cuándo argumentaba Buber, precisamente él, con esos criterios contables? No se trataba, le dijo, de características externas como la lengua, sino del contenido, del «espíritu» de la literatura. Jóvenes autores judeo-occidentales como Werfel, Kafka o Wolfenstein no pertenecían en modo alguno a la literatura alemana, más bien constituían un «grupo aparte en la literatura judía».²⁴

Brod quiso aportar un ejemplo convincente. Ofreció a Buber un extenso ensayo titulado «Nuestros literatos y la co-

²⁴ Carta de Max Brod a Martin Buber del 9 de mayo de 1916, en Buber [1972:433].

munidad», en el que se enfrentaba la ética del acto social—en su opinión, un rasgo inequívoco de la literatura judía—al amoral ensimismamiento de la vanguardia expresionista. Lo decisivo para la reorientación moral, y por tanto también estética, de los autores, era hasta qué punto podían salir—si no de forma práctica, sí al menos en la intención—de la maraña de un individualismo desarraigado. En ese sentido, Kafka era «el más judío» de todos, porque su ansia de comunidad era la más profunda; Kafka consideraba la soledad un pecado, y se acercaba por tanto «a la más sublime concepción religiosa del judaísmo»: redención del mundo, en vez de redención personal. Brod propuso publicar enseguida, como ejemplo, el breve texto en prosa de Kafka «Un sueño», que había tenido que «arrebatar en toda regla» a su reticente autor.²⁵

Judío, más judío, lo más judío: una discutible escala, una tesis arriesgada y una muestra que apenas podía ser más inadecuada. Porque aquel «sueño» o, mejor, aquella visión de un hombre que desciende en vida a la tumba porque le gusta tanto el adorno dorado de su propia lápida... ¿qué había de *judío* en eso? Si se tomaba al pie de la letra a Brod, con el «sueño» de Kafka se habría podido ilustrar, en todo caso, lo contrario, la exacerbación surrealista de un narcisismo al que ninguna comunidad es capaz de salvar de su placentera autodestrucción. Con tales muestras de trabajo no se iba a apartar a Buber de su decisión de renunciar a la literatura en lengua alemana. Rechazó el texto de Kafka, *tenía* que rechazarlo, aunque supo endulzar la negativa con grandes alabanzas. La decisión no desanimó lo más mínimo a Brod: si no en *Der Jude*, el texto se publicaría en *Jüdische Prag*, una antología aparecida a finales de 1916 bajo el paraguas de *Selbst-*

²⁵ Carta de Max Brod a Martin Buber del 21 de junio de 1916 (copia en el Archivo Max Brod de Tel Aviv). «Nuestros literatos y la comunidad» se publicó en octubre de 1916 en *Der Jude*, año 1, n.º 7, pp. 457-464; las manifestaciones de Brod acerca de Kafka figuran en las pp. 463 y ss.

webr. Y pocos días después la pesadilla de Kafka aparecía incluso en el *Prager Tageblatt*, expuesta a las miradas de colegas, hermanas, padres.¹⁶ No era la primera vez: si uno se dejaba «arrebatar» algo por Brod, pronto se lo encontraba en un periódico.

A Kafka no podía escapársele que el tono apodíctico con el que Brod medía todo el mundo literario por el rasero de *judío-no judío* se compadecía mal con su llamativa falta de criterios. En sus juicios literarios, además, Brod se dejaba influir por relaciones e inclinaciones personales, dispuesto siempre a mantener una lealtad a sus principios tan ruidosa como llena de agujeros. También en su caso se trataba de encasillar a unos y otros, así y no de otra manera funcionaba el mundo literario en general, y el hecho de que casi toda la publicística judía se conformara a estos usos era lamentable, pero difícilmente se podía cambiar. ¿No hacía lo mismo la contraparte aria?

Puede que el artículo de Max «Nuestros literatos y la comunidad» aparezca en el próximo número de *Der Jude*. A propósito, ¿es que no vas a decirme qué soy realmente? En la última *Rundschau* se habla de *La transformación*, se la recusa con argumentos más razonables, para acabar diciendo poco más o menos: «El arte narrativo de K. posee un algo de raíz profundamente alemana». En el artículo

¹⁶ Buber aceptó en un principio la propuesta de Brod, pero cambió de opinión después de leer el texto de Kafka. No se ha conservado su carta de rechazo; de entrada, a Kafka le pareció «más honrosa de lo que hubiera podido serlo una aceptación corriente» (postal a Felice Bauer del 23 de septiembre de 1916). Naturalmente, Brod conocía la estrecha relación de «Un sueño» con un fragmento de *El proceso*, relación que ponía de manifiesto el nombre del protagonista, «Josef K.», pero a Buber tuvo que escapársele, igual que a los lectores de la antología judía, que se publicó el 15 de diciembre de 1916, y a los del *Prager Tagblatt* del 6 de enero de 1917. (Casi al mismo tiempo «Un sueño» apareció también en el *Almanach der Neuen Jugend auf das Jahr 1917*, Berlín, Verlag Neue Jugend, dirigido por Wieland Herzfelde).

de Max, por el contrario: «Las narraciones de K. forman parte de los documentos más judíos de nuestra época».

Un caso difícil. ¿Soy un jinete circense montado sobre dos caballos? Por desgracia no soy ningún jinete, sino que yazgo por tierra.²⁷

Si hubiera esperado unas semanas más, habría tenido ocasión de ver cómo en noviembre, en el *Deutsche Montags-Zeitung*, un anónimo reseñista de *La transformación* decretaba: «El libro es judío». Con lo que el tanteo se elevaba a dos a uno a favor de Brod, a favor del espíritu judío.²⁸

Tales atribuciones y delimitaciones resultan hoy extrañas, y el furor con el que a principios del siglo XX se discutía por cosmovisiones e *ismos* de todos los colores empalidece a la vista de los escasos resultados que aquellos debates a voz en cuello finalmente aportaron. Incluso en las filas de los sionistas (y en absoluto sólo en la fracción cultural), la fogosa profesión de fe estuvo desde el principio más valorada que el fino análisis, y la aparición de desviacionistas era motivo de indignación mucho antes que una ocasión para revisar los propios argumentos. Se trataba de identidad, no de conocimiento. Pero la identidad no puede hacer concesiones, tiene que encargarse de ser *immune*, de rechazar lo que no forma parte de ella.

Kafka estaba familiarizado con esta lógica; también su idea de la autenticidad era, en el fondo, purista y, para des-

²⁷ Carta a Felice Bauer del 7 de octubre de 1916. Kafka se refiere a la reseña colectiva «Fantasía», de Robert Müller, aparecida en el número de octubre de *Neue Rundschau*. Allí se dice acerca de *La transformación*: «gusta como juego ingenioso, trabajado y pensado, sin lagunas, pero la pretensión es demasiado grande [...] El arte narrativo de Kafka, normalmente carente de intencionalidad, que tiene algo de primigeniamente alemán, de laudablemente formal en su dominio de la narración, queda deformado en su hermosa vestimenta por ese remiendo hipotético».

²⁸ M. G., «Motores acelerados», en *Deutsche Montags-Zeitung*, 20 de noviembre de 1916.

gracia de su entorno, no hacía concesiones, ya se tratara de comer un asado, comprar muebles o colaborar en una revista. En cambio, cedía todo lo posible mientras se tratase de meras opiniones o visiones del mundo; no era ningún misionero, y en todo caso se limitaba a querer convencer a personas que le eran próximas y cuya incomprensión le dolía. A veces, eso parecía indiferencia. Pero la autenticidad no persigue aprobación alguna, puede ser auténtico alguien que pone al mundo entero en su contra, y si a Kafka le remordía la conciencia social no era sin duda porque no pudiera compartir las opiniones de la mayoría.

Naturalmente, los defensores de «movimientos» no pueden permitirse esta actitud relajada respecto a los que piensan de otro modo. Redimir el mundo, sí; pero con nuestras condiciones. Semejante postura sólo era sostenible si, apartándola de las entonces vigentes relaciones de poder y posibilidades de influencia, se dirigía la mirada hacia metas lejanas. Así, los portavoces sionistas dejaban a un lado el hecho de que la abrumadora mayoría de los judíos germanoparlantes se negara enérgicamente a ser redimida por cualesquiera escritores, profesores de hebreo o refugiados polacos, o de que, entre la minoría de sionistas—apenas un cuatro por ciento—, sólo unos pocos emprendieran realmente el camino a Palestina. «Un sionista es un judío que trabaja con toda la fuerza de su convicción nacional para que otro judío emigre a Palestina con el dinero de un tercer judío», resumía Leopold Schwarzschild.²⁹ La ironía golpeaba también a los sionistas de Praga en un punto especialmente sensible: aspiraciones y realidad diferían de forma grotesca, en el movimiento faltaba *autenticidad*; pero quien trataba de hablar abiertamente de estas carencias enseguida topaba con las propias limitaciones ideológicas: al fin y al cabo, no se podía declarar *no judío* el comportamiento de una mayoría tan abrumadora.

²⁹ *Das Tagebuch*, Berlín, año 11, n.º 18 (3 de mayo de 1930), p. 726.

No menos fatal resultaba el modo en la que tales pulsiones identitarias y necesidades de delimitación proyectaban su sombra sobre la literatura, sobre un territorio en el que precisamente lo singular, lo irrepetible, ocupa el rango más alto, y en el que nadie puede darse por satisfecho con ser mero representante de un movimiento o una «orientación». La cantidad de papel y energía que se derrochó en torno a la cuestión de si un autor, una obra concreta, debían ser atribuidos al simbolismo, al expresionismo o al activismo, a la literatura «judía», a la «alemana primigenia» o a cualquier otra, cuántas relaciones de compañerismo, incluso de amistad, se rompieron a consecuencia de tales discusiones, es algo que sólo resulta comprensible como síntoma de un devorador *horror vacui*: cuando ya nada se entiende por sí mismo, cuando de repente *todo fluye*, las banderas ondeantes de los colectivos, los *ismos* y el *pueblo*, son las últimas marcas de reconocimiento fiables. Los agotadores esfuerzos de los primeros reseñistas de Kafka por clasificarlo de algún modo son un rasgo característico de esta época.

También la creciente inclinación de Brod a tomar esas etiquetas colectivas más en serio que las fisionomías intelectuales hubiera podido conducir a la ruptura con Kafka. Se engañaba al interpretar su entusiasmo por el trabajo cultural judío como signo de una progresiva aproximación; de hecho, el abismo entre la ética de la autenticidad de Kafka y la política identitaria de Brod se había profundizado de tal modo que obligaba a Brod a hacer un *spagat* intelectual: para mantener la conversación con Kafka, tenía que abandonar el papel de propagandista. Y pudo hacerlo porque era un *papel*, y junto al ambicioso sionista también estaba el Brod vulnerable, desilusionado por la guerra, que luchaba por orientarse y a veces se entregaba al sentimentalismo; que tenía necesidad de relajarse, de salir de su escondite, de cultivar la amistad más allá de todas las luchas partidarias, y cuya receptividad al mérito literario en absoluto había desaparecido.

¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

«Yo personalmente considero a Kafka el más grande escritor vivo, junto a Gerhart Hauptmann y Hamsun. ¡Ah, si usted conociera sus grandes novelas, por desgracia incompletas, de las que a veces, raras veces, me lee fragmentos! ¡Qué no haría yo para movilizarlo!», escribió Brod a Buber, que seguía mostrándose terco y no quería una literatura judeoalemana.³⁰ Pero Brod estaba plenamente convencido del judaísmo de Kafka, al fin y al cabo, él *personalmente* era el que con más precisión conocía la profundidad del lenguaje de Kafka. Sin embargo, como sionista, Brod defendía una opinión enteramente opuesta, porque allí se trataba de un principio: del principio de la pertenencia de sangre, conforme a cuya lógica no hubiera debido darse un potencial lingüístico del rango del de Kafka, *no entre judíos germanoparlantes*: porque «a nosotros sólo se nos ha confiado el lenguaje, por lo que somos improductivos en el terreno puramente lingüístico», decía Brod.³¹ Nosotros, los autores judíos, huéspedes permanentes de culturas ajenas... El Brod privado se habría guardado de dar nuevo alimento a las dudas de Kafka con tales argumentos. Pues si los autores judíos en lengua alemana eran demostrablemente improductivos, Brod pisaba un terreno bastante resbaladizo cuando declaraba la obra de Kafka esencialmente judía. Arriesgaba ese paso para poder admirarla también en público. Al parecer se trataba—una vez más—de identidad, no de consecuencia.

Años después, en una larga carta de difícil interpretación, Kafka hablaba incluso de la «arrogancia respecto a la propiedad ajena», de una «literatura de gitanos» germanojudía, «que había robado de su cuna al niño alemán». No menciona ningún nombre, y en modo alguno incluye sus propios tex-

³⁰ Carta de Max Brod a Martin Buber del 21 de junio de 1916 (copia en el Archivo Max Brod de Tel Aviv).

³¹ Carta de Max Brod a Martin Buber del 20 de enero de 1917, en Buber [1972:461].

tos. Sin embargo, es llamativo que Brod, que habría podido deducir de esas polémicas manifestaciones la definitiva conversión de Kafka al sionismo cultural, reaccionara con el silencio. ¿Había entendido cuánto socavaba esa tesis también su propia obra?³²

El trajín en el hogar popular de Berlín era contemplado con desconfianza por los vecinos judío-orientales. ¿Qué estaba pasando en realidad allí? Si las ventanas estaban abiertas, se oía cantar o leer en voz alta, pero a veces también martillos y sierras. Cuando los niños venían a casa les contaban a sus padres, predominantemente obreros y pequeños comerciantes, lo malo que era regatear y lo buena que era en cambio la solidaridad, la responsabilidad de todos para con todos. Niños de doce años—era inconcebible—podían juzgar los errores de sus compañeros, incluso votar sobre sus profesores adultos, y su máximo título de honor era el de «TD»: tipo decente. Aprendían poemas de memoria y se llevaban libros a casa, curiosos libros que no tenían lo más mínimo que ver con la vida real. Y el fin de semana se iban de excursión al campo, incluso pernoctaban en pajares; luego, los padres tenían que oír lo fabuloso que era ver *cómo se ponía el sol*. ¿Y eso preparaba para la lucha por la vida en la metrópolis hostil?

Pasó mucho tiempo antes de que también un número de

³² Carta a Max Brod de finales de junio de 1921. Se ha conservado la inmediata carta de respuesta de Brod, del 4 de julio de 1921, que no obstante no contiene ningún comentario a las manifestaciones de Kafka, inusualmente extensas y agudas, sobre crítica del lenguaje. Más tarde, Brod tuvo ocasión de ver con qué facilidad esos constructos mentales sionistas se ponían al servicio de la política cultural nacionalsocialista. Por eso, en su monografía *La fe y la doctrina de Franz Kafka*, Brod habla de forma contenida del «radicalismo de Kafka, que en mi opinión es incierto» (p. 274).

judíos orientales adultos digno de mención se atreviera a ir al hogar popular a pedir el asesoramiento materno gratuito, la información jurídica o el consejo médico que ofrecía. Sin embargo, sólo con buena voluntad no era posible abolir las barreras sociales y mentales entre los que ayudaban y su clientela, y la meta fijada por Siegfried Lehmann de que la población del Scheunenviertel «vea en el hogar el punto central para todas las cuestiones importantes de la vida diaria» se reveló totalmente ilusoria.³³ Así que el «trabajo popular judío» se concentró cada vez más en los niños, cuya ductilidad y gratitud compensaban todos los reveses.

Felice Bauer, a la que, como a Kafka, le importaban más las personas que los principios, enseguida se sintió impresionada, incluso entusiasmada, por la atmósfera del hogar popular. Se había encontrado con unos locales confortables y asombrosamente limpios, en realidad más vivienda que albergue; tenían una sala de lectura, un baño, un pequeño taller, incluso un piano. Y allí se conocía a personas interesantes, como cuidadoras de guardería venidas de Palestina, un joven rabino, un compositor, algunos estudiantes de medicina; también se veía a personas importantes a veces, como Buber y Landauer, junto a jóvenes radicales como Salman Rubaschow (nadie pensaba ni en sueños que ese hombre llegaría un día a ser presidente del Estado de Israel) y Gerhard Scholem (que más adelante cambió su nombre por el de Gershom y comentó la obra del prometido de Felice). No había ni rastro de presunción académica: todo el que estaba dispuesto a dejarse contagiar por el ambiente de eclosión que predominaba y a colaborar regularmente era bienvenido. Los problemas prácticos se imponían, por lo que la fiabilidad era mucho más importante que cualquier profesión

³³ «El trabajo popular judío», *Der Jude*, año 1, n.º 2, pp. 104-111; las palabras citadas, en la p. 106. Lehmann tomó esta idea rectora expresamente de la praxis del movimiento inglés y estadounidense Settlement.

de fe sionista, que Felice Bauer no podía ni quería hacer. Al parecer, nadie se lo tomó a mal. Incluso Lehmann (que pudo colaborar sólo durante unos meses, pues fue llamado a filas) estaba impresionado por la energía con la que esa mujer trabajadora ponía manos a la obra: dos veces a la semana se plantaba en el hogar hacia las cinco o seis de la tarde y se quedaba hasta entrada la noche; los fines de semana participaba en las excursiones y se encargaba también de voluminosas tareas de mecanografía. El hogar popular tendía, escribió ella, a apoderarse de sus colaboradores; viniendo de ella, eso era un elogio, sin duda, aunque Kafka se sintió un poco incómodo al leerlo. Y entretanto Felice, según parece, seguía sin estar sobrecargada y, en otras veladas, todavía escuchaba conferencias sobre Strindberg.

Desde luego, no bastaba con sacar de la calle a unos cuantos niños y rodearlos de cuidados. Se defendía una aspiración pedagógica que en su núcleo debía ser judía; por eso se esperaba de los colaboradores honorarios que, en sesiones de grupo regulares, se informaran acerca de problemas religiosos, culturales y educativos, y se sometieran a una especie de supervisión. Así, en el grupo de Felice Bauer se presentó y comentó capítulo a capítulo una obra pedagógica estándar, la *Educación de la juventud* de Foerster, lo que naturalmente resultaba más fácil a las estudiantes allí presentes que a aquella trabajadora técnica, que no estaba acostumbrada a *interpretar* textos. Felizmente, tenía un amigo que precisamente había hecho de eso su profesión: a toda prisa, en mitad del trabajo de oficina, Kafka sobrevoló los fragmentos esenciales del libro y mecanografió en persona una ponencia que Felice no tuvo más que leer.³⁴ Kafka también actuó

³⁴ Felice Bauer tenía que comentar el capítulo «Puntos de vista éticos de las distintas asignaturas». La ponencia de Kafka se encuentra en su carta de 25 de septiembre de 1916. En el texto de Foerster, de orientación cristiana, no hay una sola palabra acerca de «valores étnicos», y no diga-

como asesor literario y silencioso donante; así, por ejemplo, envió al hogar una docena de ejemplares del *Peter Schlemihl* de Chamisso, que fueron repartidos entre los niños para que los leyeran en común.

Al contrario de lo que había temido Felice Bauer, allí no tenía preferencia la educación religiosa; las lecturas eran predominantemente profanas, occidentales, y se solapaban con su propio fondo de formación burguesa. Eso daba seguridad. También le resultó ilustrativo que la experiencia de la belleza—ya fuera en la naturaleza, ya en la prosa alemana—era un importante instrumento pedagógico y moral. Al parecer, estaban de acuerdo en *mostrar* todo lo posible a los niños, aunque el plan de lecturas estuviera extrañamente confeccionado a partir de un canon escolar burgués y un par de recomendaciones sionistas. De qué servía, preguntaba decepcionado Kafka, presentar a los niños precisamente la *Minna von Barnhelm* de Lessing. Había que interrumpir eso, aconsejó, había que interrumpirlo de inmediato. Sólo para tener que oír que en el Club de Muchachas Sionistas, en el que se reunían solteras entradas en años y jóvenes esposas, se había discutido incluso el ensayo sobre la «comunidad» de Brod, un texto que suponía el conocimiento de la más reciente literatura expresionista. Todas se habían mostrado entusiasmadas, aseguraba Felice, el concepto de «comunidad» había producido ni más ni menos que un recogimiento colectivo, las chicas habían estado a punto de escribir al autor una carta de salutación y agradecimiento. «¿Has pensado tú mismo al respecto?—le escribía—. ¿Y cuál es tu opinión respecto a las ideas comunitarias de Max Brod?». Extraña pregunta.

mos acerca de una educación «judeonacional». Aun así, se eligió esa obra para la educación pedagógica de los colaboradores, escribía Siegfried Lehmann, «porque carecemos de una obra pedagógica construida sobre la ética judía» (*El hogar popular judío de Berlín. Primer informe. Mayo-diciembre de 1916*, Berlín, 1916, p. 15). Véase Foerster [1904:49-83].

¿Acaso aún no sabía con quién tenía que vérselas? Él hubiera tenido que entregarle sus propios diarios para responderle con sinceridad.³⁵

Por supuesto, también había otras personas que se quejaban de que en el hogar popular de Berlín se leía de forma bastante arbitraria, y sobre todo demasiado escolar. Jóvenes sionistas, muy bien equipados desde el punto de vista ideológico, planteaban la pregunta de si la (re)socialización e instrucción occidental de los niños judíos orientales no desembocaba en realidad en la asimilación. ¿Dónde quedaba la tradición judía, dónde la preparación para Palestina? En vez de ocuparse con «tonterías y cháchara literaria», increpaba a sus dieciocho años Scholem al director del hogar, «haría mejor en enseñar hebreo e ir a las fuentes». Scholem tampoco se recataba respecto a las colaboradoras, cuyas «faldas drapeadas con elevada estética» revelaban al primer vistazo falta de espíritu de lucha nacional. El trabajo popular en la diáspora (él la llamaba *Golus*, en yiddish) era absurdo, un despilfarro de los recursos judíos, si no servía a la verdadera labor, que empezaba en Palestina. Aquella máxima pedagógica de Buber, tan citada: «Ser persona, para ser judío», sonaba sin duda distinguida, iba directamente al corazón. Pero ni en los territorios orientales de los que procedían los refugiados ni aquí en el Imperio alemán habría nunca una solución para la cuestión judía, ni con las personas mejores y más judías. La solución era la emigración a Erez en Israel, nada más.³⁶

³⁵ Fragmento de carta de Felice Bauer a Kafka, probablemente de octubre de 1916. En la misma hoja, ella se autodenomina «la única no sionista» del club de muchachas. No nos ha llegado una respuesta directa de Kafka a esta carta.

³⁶ La actitud de Scholem hacia el hogar popular se puede reconstruir con bastante precisión a partir de sus primeros diarios (Scholem 1995:262 y ss.); además, habla de ello en sus recuerdos de juventud (Scholem 1997:83 y ss.). La respuesta a la agresiva crítica de Scholem se encuentra en el «epílogo» de Lehmann a su *Primer informe* sobre el trabajo del hogar

¿QUÉ TENGO YO EN COMÚN CON LOS JUDÍOS?

Sin duda una ducha fría para las colaboradoras de buena voluntad, que no tenían gran cosa que oponer a Scholem, tan elocuente e instruido. Pero no para Kafka:

El debate que me cuentas es característico, en mi fuero interno me inclino siempre hacia las propuestas como las del señor Scholem, las cuales exigen a un tiempo el *súmmum* y la nada. Lo que tiene uno que hacer es no medir tales propuestas y su valor por el efecto real visible. Por lo demás, ésta es una opción mía general. Lo que Scholem propone la verdad es que resulta imposible de llevar a cabo.³⁷

Pero ¿donde está el valor de las propuestas irrealizables? En su verdad, naturalmente, en su autenticidad. Kafka comenta a Scholem, y lo hace con simpatía. Cuando éste se enteró de ello, tenía setenta años.

Todos los días una postal. Entre una y otra, de vez en cuando, una carta, en ocasiones especiales. En una ocasión incluso una ponencia. Y preguntas, muchas preguntas. Lo importante era no romper el hilo. Y economizar las propias quejas.

Se nota que el milagro de Marienbad no sólo ha ablandado a Kafka, sino que también lo ha vuelto más realista. Ahora sabe que no basta con invocar la común pertenencia o soñar con ella. La relación con una mujer—incluso a tal distan-

popular, en el que no aparece el concepto «sionismo» y en cambio se habla con llamativa frecuencia de arte y literatura no judíos. Lehmann habla de «valores de otro tipo», «que, brindados por Europa, cayeron en suelo judío, fueron recogidos y elaborados por el espíritu judío y en verdad son adecuados para contribuir a la educación para la humanidad judía. En cambio, la opinión de aquellos judíos que se ponen tan profundamente a la sombra de su propia individualidad nacional que no ven el sol que brilla sobre toda la humanidad nos parece completamente antijudía [...] Al contrario de otros nacionalistas, no consideramos doloroso que la voz del espíritu se sobreponga a la voz de la sangre» (Lehmann 1916:17 y ss.).

³⁷ Carta a Felice Bauer del 22 de septiembre de 1916.

cia—requiere de un interés común, de un proyecto. Y logra convencer a Felice de que el trabajo en el hogar popular judío podría ser ese proyecto. «Me siento muy bien entre los niños, y en realidad mucho mejor con ellos que en la oficina», escribe ella.³⁸ A Kafka le hace feliz esta frase: sí, ella es hábil para los negocios, es trabajadora, y él la admira por eso, pero también tiene la voz comprensiva de una mujer con la que se puede hablar, con la que se puede vivir; eso era lo que él quería oír entonces, palabra por palabra, y con razón pudo atribuirse esa felicidad: él dio el impulso, fue persuasivo, fue testarudo, lo hizo todo bien. Se podría aplaudir. Pero la vida no es una tarea escolar. Aquí son las cuentas *demasiado sencillas* las que no salen.

6. KAFKA ENCUENTRA A SUS LECTORES

Sólo en la propia mesa puede saciarse uno.

Proverbio judío-oriental

Muy señor mío:

Me ha hecho usted desdichado.

He comprado su *Transformación* y se la he regalado a mi prima. Pero ella no consigue explicarse la historia.

Mi prima se la ha dado a su madre, que tampoco es capaz de explicársela.

Mi madre le dio el libro a otra prima, y tampoco ella tiene explicación alguna.

Ahora me han escrito a mí. Quieren que yo les explique la his-

³⁸ Palabras citadas en una carta a Felice Bauer del 12 de octubre de 1916. Está atestiguado que Felice estableció vínculos personales con algunos de esos niños, y que al menos en un caso incluso surgió una amistad de por vida. Cuando Felice Bauer fue enterrada en octubre de 1960, cerca de Nueva York, estaba presente Trude Bornstein, antigua «alumna» del hogar popular de Berlín (comunicación de Henry F. Marasse).

toría, porque se supone que soy el doctorado de la familia. Pero estoy perplejo.

Señor mío: he pasado meses luchando con los rusos en las trincheras sin pestañear. Pero no soporto que mi fama con mi prima se vaya al diablo.

Sólo usted puede ayudarme. Tiene que hacerlo; porque me ha agitado la fiesta. Así que haga usted el favor de decirme qué tiene que pensar mi prima de *La transformación*.

Atentamente, su seguro servidor,

DR. SIEGFRIED WOLFF

Así eran las pequeñas, grotescas turbulencias que se producían cuando los primeros textos de Kafka topaban con sus primeros lectores... inofensivos heraldos de la inmensa oleada discursiva que rompería sobre su legado una generación después. Este buen Siegfried de Berlín-Charlottenburg existió realmente, su título de doctor era auténtico (en ciencias políticas), lo de las trincheras también (herido en 1915), y de profesión era director de banco. Es improbable que Kafka pudiera sustraerse a la diversión de instruirle lacónicamente.¹

Sus diarios casi nunca hablan de ello, pero a partir de la publicación de su primer libro, *Contemplación*, Kafka quedó expuesto a la extraña experiencia que supone la aparición de *lectores*, el hecho de que el texto literario cobre vida propia y se sustraiga para siempre al control y a la voluntad de perfección del autor. El término técnico es «historia de la recepción»; desde el punto de vista del lector, no hay otra. Para el autor, en cambio, para quien el texto es el resultado de un esfuerzo, para quien motivos, ideas y asociaciones, variantes

¹ La carta de Siegfried Wolff está datada el 10 de abril de 1917, pero no nos ha llegado ninguna respuesta de Kafka. Los datos sobre Wolff están tomados de Meyer [2006:53]. Otro dato curioso: a finales de 1917, por motivos que desconocemos, Kafka anotó la dirección de la autora de *best-sellers* Hedwig Courths-Maler (Berlín-Charlottenburg, Kneesebeckstrasse 12), probablemente sin saber que Siegfried Wolff vivía en la misma casa.

desechadas y ocurrencias inesperadas, bloqueos y delirios narcisistas se insertan en una historia completamente distinta; para el autor, hasta para el más exitoso, el comienzo de la recepción es al mismo tiempo un final: se le quita algo de las manos, y personas a las que no conoce se arrojan sobre ello. Kafka no se ahorró esta experiencia: es asombroso, absurdo a veces, todo cuanto ha podido leerse en sus delgados textos. Pero, al contrario que Brod, resistió a la tentación de intervenir mediante explicaciones a posteriori o incluso de poner en juego la autoridad del creador: se guardó para sí su propia interpretación, y dejó a los lectores la suya.

El que Kafka se acostumbrara tempranamente a la existencia de lectores autónomos, provistos de juicios asimismo autónomos, y eludiera salir al paso de un juego verbal demasiado privado y en última instancia irresponsable, podría deberse, en no poca medida, a la tradición de la lectura en voz alta, cultivada en su más íntimo círculo de amigos. Le gustaba mucho leer a otros... en parte porque quería poner a prueba el logro de los textos, en parte porque quería compartir y por tanto multiplicar el goce de ese logro. Desde luego, ambas cosas eran posibles ante un público pequeño y escogido, con el que había alguna relación personal: sus propias hermanas, Brod, Baum y Weltsch; la familia Bauer o, en todo caso, un círculo semipúblico, como el de los huéspedes de la esposa del director Marschner, que tenía un «salón» abierto.

Algo más difícil era mover a Kafka a subir a un escenario frente a una concurrencia completamente anónima. En ese caso, se activaba inevitablemente su resistencia a toda forma de exposición social, y el gusto por la lectura se veía menoscabado por el ruido perturbador del superego, por la duda corrosiva de con qué derecho precisamente *él* se abría paso hasta el centro del escenario. Kafka no temía en absoluto a sus espectadores, pero sacaba las garras en cuanto su curiosidad, pasando por encima de sus textos, apuntaba a su persona, y se sintió ni más ni menos que enfermo cuando un estu-

diante de instituto, entusiasta de la literatura, le saludó como «un muy devoto seguidor suyo».² Tan sólo una vez había leído en Praga ante un montón de desconocidos, en aquella embriagadora desinhibición en que le había sumido *La condena*, pero de eso hacía ya cuatro años, y desde entonces ni se le había ofrecido ni había buscado otra oportunidad. Incluso en su círculo de amigos, hacía mucho que Kafka se limitaba a escuchar. ¿Qué iba a leerles? Todos esperaban que terminara *El proceso* y *El desaparecido*. Pero Kafka estaba harto de ánimos bienintencionados, sabía que ya no cabía pensar en una novela, no mientras durase aquella guerra. Así que, para practicar la voz, se había dedicado a la lectura ocasional de textos ajenos, con Ottla como única oyente, en ardientes días de verano, tendido en la hierba en un valle tranquilo, a las afueras de la ciudad.

Esa paz se vio alterada por una inesperada invitación: la Galería de Arte Moderno Hans Goltz, de Múnich, propuso a Kafka organizar una velada literaria con textos propios. Aquello era asombroso. ¿Qué tenía él que hacer en aquella ciudad, quién sabía allí de su existencia? Antaño había querido estudiar en Múnich, había estado echando un vistazo a la ciudad durante dos semanas, pero de eso apenas le quedaba más que un turbio recuerdo. La última vez que había estado allí había sido en 1913, a la vuelta de Riva... y eso era todo, o casi. No conocía en absoluto el vitalista escenario del barrio de Schwabing, o si lo conocía era por las anécdotas difundidas por Franz Blei, pero hacía mucho que todo aquello había quedado eclipsado por la irradiación, poderosa como un faro, de la metrópoli literaria de Berlín. Allí sí que le habría gustado leer. Hacía años que algunos de sus conocidos

² Anécdota narrada en una carta a Felice Bauer del 6-7 de marzo de 1913. Probablemente se trataba del escritor de Praga Hans (Jan) Gerke, que también conocía a Oskar Baum, y que contaba entonces dieciocho años de edad.

de Praga habían alcanzado cierto nombre en Berlín, incluso Oskar Baum tenía padrinos allí, pero antes de que el nombre de Kafka hubiera llegado a sonar al oído de las pertinentes instancias berlinesas la guerra mundial había roto unas relaciones todavía incipientes.

Aun así, la decisión de Kafka de viajar a Múnich fue cuestión de horas: apenas tuvo la invitación en sus manos, dictó la solicitud para el obligatorio pasaporte. Porque rápidamente tuvo claro que no se trataba en modo alguno de un malentendido local, que el librero, editor y galerista Hans Goltz presentaba un programa completamente serio y orientado hacia la vanguardia berlinesa: «Veladas de nueva literatura», se titulaba la serie, cuyo estreno había protagonizado Salomo Friedländer. Y habían aceptado participar Else Lasker-Schüler, Alfred Wolfenstein y Theodor Däubler. Era un elenco presentable. Aunque sin duda a Kafka no le hiciera gracia que el organizador presentara a los participantes como «expresionistas alemanes», y pusiera por tanto las lecturas en el contexto de una corriente de moda.

Pero ¿cómo habían ido a parar precisamente a él? No parecía haber un motivo directo... exceptuando quizá aquella reseña, experta y llena de reconocimiento, que había aparecido en verano en el *Berliner Tageblatt* y que comparaba a Kafka con Kleist.³ ¿O es que ya tenían noticia de que *por fin* era inminente la publicación en libro de *La condena*, un fino volumen de cuya publicación había logrado convencer a su editorial? Tampoco era eso. Todo era mucho más sencillo, en todo caso frustrante para Kafka. Porque, como ya había ocurrido el año anterior con el premio Fontane, volvían a pensar

³ Oskar Walzel, «Lógica de lo maravilloso», *Berliner Tageblatt*, 6 de julio de 1916. La reseña de Walzel de *El fogonero* y *La transformación* gustó tanto a Kafka que consideró la posibilidad de dar las gracias por escrito a su autor. Georg Heinrich Meyer, el gerente de la editorial Kurt Wolff, escribió enseguida a Brod que había que «explotar en favor de Kafka» la reseña de Walzel (carta del 7 de julio de 1916; Archivo Max Brod, Tel Aviv).

en él sólo como copiloto; la verdadera invitación había sido para Max Brod, mucho más conocido, y éste había propuesto que también Kafka leyera en alguna ocasión... junto con otro autor, en caso de que el talento praguense no fuera atracción suficiente. «[...] las ganas de hacer el viaje me han disminuido proporcionalmente»,⁴ suspiraba Kafka. Una sola aparición pública en todos esos años, e incluso eso, como tantas cosas, volvía a debérselo a Brod.

Aun así no pensó en renunciar. Porque, al fin y al cabo, el viaje a Múnich también ofrecía la oportunidad de encontrarse con Felice... lo que no era poca cosa, en vista de las gravosas disposiciones sobre pasaportes que acababan de entrar en vigor, y que hacían prácticamente imposibles los viajes de placer al Imperio alemán. Ahora había que demostrar que el viaje era *necesario*, se necesitaba el pasaporte austríaco, un «certificado de cruce de fronteras» y un sello del consulado alemán, y naturalmente había que registrarse ante la policía alemana al entrar y salir del país. Como también entonces las conferencias formaban parte de los hábitos profesionales de un escritor, el que hubiera sido invitado a dar una solía ser reconocido como motivo suficiente para viajar (siempre que el individuo correspondiente fuera «fiable y libre de reparos», como puede leerse en el expediente policial de Kafka). En cambio, para un viaje de fin de semana a Berlín habría tenido que presentar un nuevo anuncio de compromiso matrimonial, y ahora no cabía hablar de ello.

De hecho, Felice se declaró inmediatamente dispuesta a sacrificar dos valiosos días de vacaciones, además de pasar un viernes y un domingo en el tren, sólo para volver a ver a Kafka unas pocas horas. En esas cosas no vacilaba; incluso le sorprendió que él no aprovechara la oportunidad para, sorteando a la policía, darse una vuelta por Berlín, donde, por ejemplo, habría podido visitar el tan comentado albergue

⁴ Postal a Felice Bauer del 19 de septiembre de 1916.

popular judío. Pero Kafka no se prestaba a nada prohibido, aunque, debido a la censura, no pudiera decirlo tan claramente. De todos modos, averiguó que los trenes de Praga y Berlín se reunían en su camino a Múnich, de forma que podían celebrar su reencuentro a mediodía en el vagón restaurante... también él contaba las horas.

Había otros obstáculos más graves. ¿Qué tenía Kafka que ofrecer al público muniqué? Leer pasajes de obras fragmentarias no entraba en absoluto en consideración; a Kafka le habría parecido que no podía ni siquiera aspirar a la seguridad en sí mismo de un Thomas Mann, que en esos mismos días hacía una gira de lecturas con su fragmento *Felix Krull*. Por otra parte, había que dar a los entendidos que estuvieran presentes al menos una idea de cómo se había desarrollado su obra desde su debut, y dónde se encontraba *actualmente*. Tan sólo había un texto no publicado que pudiera dar idea de esto último: *En la colonia penitenciaria*. Pero precisamente ese relato iba a someter a una dura prueba a los espectadores de mejor voluntad, y ya tenía pruebas de ello. Porque Kurt Wolff, eximido desde hacía unas semanas del servicio militar y de vuelta por fin en su editorial de Leipzig, había puesto reparos a la idea de publicar separadamente *En la colonia penitenciaria*. Su carta no se ha conservado, pero la respuesta de Kafka permite advertir que no se trataba de sutilezas programáticas, sino de cuestiones básicas:

Las amables palabras que dedica a mi manuscrito me han sido muy gratas. Sus objeciones relativas a lo que resulta penoso coinciden por entero con mi opinión, la cual se extiende en este mismo sentido a casi todo cuanto me rodea hasta el momento. Dése Vd. cuenta de qué pocas cosas quedan libres ya de este penar en una u otra forma. Como explicación de este último relato añadido que no sólo él resulta penoso sino que más bien todo este tiempo nuestro ha sido y es penoso, y el mío en particular lo es y lo lleva siendo más todavía que el general. Dios sabe hasta dónde habría caído por este camino si hubiera seguido escribiendo o, mejor dicho, si mis circuns-

tancias y estado me hubieran permitido dedicarme a la escritura como era mi más ferviente deseo. Pero no ha sido así. Tal y como me hallo ahora, sólo me queda esperar que llegue la tranquilidad, con lo cual tan sólo me muestro, al menos en lo aparente, como innegable hijo del tiempo en que vivimos. También comparto su opinión de que la historia no debe publicarse en «El Juicio Final».⁵

Kafka rechazó la contrapropuesta de Wolff, más cortés que entusiasta, de reunir la narración con otras. Y, con cierta obstinación, comunicó a Wolff que en breve iba a leer *En la colonia penitenciaria* en público.

A pesar de las autoinculpaciones, que nunca faltaban en Kafka, al sutil editor no puede habersele escapado el tono de irritación. Sin embargo, lo enteramente inusual era que esta vez Kafka no justificaba su obra a partir de necesidades interiores, sino como manifestación sintomática de la actualidad. A todas luces, le extrañaba que el primer teniente Wolff, que podía volver la vista hacia dos años de guerra en Francia y los Balcanes, aún pudiera considerar «dolorosas» las crueldades y brutalidades físicas de *En la colonia penitenciaria*. Sin duda, lo uno era terrible realidad, lo otro sólo literatura. Pero ¿qué escritor que tome en serio su propio trabajo puede conformarse con ese orden jerárquico? ¿Había que explicarle precisamente a Kurt Wolff que la literatura, la auténtica literatura, sólo se mide por hasta dónde puede avanzar hacia el núcleo de la realidad? El relato de Kafka había nacido en un momento en el que en otros lugares se desencadenaba una orgía de violencia, una violencia por así decirlo hiperrealista, que parecía transformarse en fantástica; le habría sido fácil poner este contexto ante los ojos del editor de manera mucho más concluyente (incluso el censor lo habría entendido).

⁵ Carta a Kurt Wolff del 11 de octubre de 1916. Respecto a la colección «El Juicio Final», en la que *La condena* se publicó un mes después, véase *Los años de las decisiones*, capítulo 23.

Por ajeno que fuera a Kafka el pensar en conceptos políticos, era muy consciente de que *En la colonia penitenciaria*, que termina con la muerte de un torturador tecnocrático, podía decididamente ser leído como una «contemplación contemporánea», que el texto era todo lo contrario de oportuno, y que podían darse motivos suficientes para prohibir su lectura. La decisión dependía de la oficina de prensa de la Dirección de Policía de Múnich, a la que había que presentar por anticipado cualquier texto que se hiciera público, y el resultado de su inspección era imprevisible. Sobre todo porque el nombre del galerista Goltz no era el más popular entre los círculos policiales de Múnich. El mecenas de Franz Marc y Vasily Kandinski ya había provocado al público corriente con sus exposiciones de arte moderno, y en cierta ocasión había habido que disolver a la multitud indignada que se había congregado ante los escaparates de la Briennerstrasse, justo junto al Café Luitpold, lugar de encuentro de artistas.

Así que el reencuentro de Kafka con su amada dependía de la benevolencia de un anónimo e inalcanzable funcionario de policía de Múnich... una experiencia impresionante incluso para él, que vivía a diario la forma en que un sello decidía acerca de una existencia. «La cosa me sigue poniendo nervioso, y si he de decir la verdad, no puedo imaginarme en absoluto que se produzca la autorización, por muy inocentes que, en su esencia, sean los textos», confesaba pocos días antes del previsto viaje.⁶ ¿Inocente? Bueno, de hecho no había ninguna norma por la que hubiera que proteger al Estado y a la sociedad del relato de Kafka. Pero era preferible evitar el concepto *colonia penitenciaria* en los anuncios, según le indicaron a Hans Goltz. Porque las colonias penitenciarias correspondían al negociado del Ministerio de la Guerra bávaro, y era mejor no desafiar a su censor. Así que entre todos

⁶ Postal a Felice Bauer del 3 de noviembre de 1916.

los títulos que se le ocurrieron Goltz eligió uno en verdad inocente: «Franz Kafka: fantasía en los trópicos».⁷

¿Podían empeorar aún más las cosas? Inesperadamente, llegó la noticia de que Brod no conseguía permiso, y de que la noche del 10 de noviembre de 1916 Kafka representaría en solitario al «expresionismo» de Praga, enteramente por su cuenta. Con una historia embustera.

Con las primeras palabras pareció extenderse por la sala un desabrido olor a sangre, y un regusto extrañamente insípido e impreciso se me instaló en los labios. Su voz podía sonar a disculpa, pero sus imágenes penetraron en mí como un cuchillo afilado [...] Un golpe sordo, confusión en la sala. Sacaron a una dama que se había desmayado. La descripción, entretanto, continuó. Sus palabras dejaron tendidas de nuevo a dos personas que habían perdido el conocimiento. Las filas de oyentes empezaron a clarear. Algunos huyeron en el último momento, antes de ser aplastados por la visión del escritor. Jamás he presenciado un efecto semejante en una lectura pública.⁸

Uno querría saber más. ¿Quiénes fueron esos tres desdichados, cómo habían ido a parar a una lectura de Kafka? ¿Y qué les había derribado exactamente: aquellos indecibles poemas de Brod (entre otros una larga «Cantata cósmica») que Kafka había leído a modo de introducción y pidiendo disculpas en nombre de su amigo, o el «olor a sangre» que emanaba del estrado? ¿O había sido el mero aburrimiento el que los había forzado al sueño? ¿Qué hicieron al despertar? ¿Presentaron denuncia por lesiones físicas? ¿Contra el propietario de la galería? ¿Contra Kafka?

Una arrebatadora fantasía, sin duda: un poeta que sigue leyendo imperturbable mientras se llevan en camilla a parte

⁷ Anuncio en el *Münchener Neuesten Nachrichten* y en el *Münchener Zeitung*, 7 de noviembre de 1916.

⁸ Pulver [1953:52-53]. El fragmento completo que se refiere a la lectura de Kafka está reproducido en Koch [2009:162-163].

de sus oyentes y otra parte de ellos busca la salida por su propio pie. Aun así, no deja de ser irritante que esta única descripción detallada de la lectura de Kafka en Múnich, obra del escritor sueco Max Pulver, adopte ella misma la forma de una fantasía: un relato en el que, literalmente, hasta el último detalle es inventado, y que extrae su *thrill* de las más sencillas leyendas sobre Kafka.⁹ Incluso décadas después, el espiritista, astrólogo aficionado y posteriormente grafólogo Pulver aún no había entendido la oportunidad que había dejado pasar: no sólo había sido testigo de la única lectura de Kafka que tuvo lugar fuera de Praga, sino que al parecer también había estado presente en el único encuentro de Kafka con Rilke... un acontecimiento completamente extraordinario incluso para el propio Kafka, cuya existencia recogida y alejada de los medios literarios apenas ofrecía oportunidad para tales encuentros. Así que todo queda sumergido en una singular penumbra: aquella conocida galería en el primer piso de la librería Goltz, en la que colgaban obras de la Nueva Secesión, y en ella algunas docenas de espectadores, la mayoría con abrigos (también en Múnich reinaba desde hacía

⁹ Así, por ejemplo, Pulver afirma que al día siguiente dio un paseo con Kafka por las afueras de Múnich—¡el único día que Kafka y Felice Bauer tenían para estar juntos!—y que debido a una dolencia pulmonar Kafka luchaba constantemente por respirar. Pulver tiene que haber escuchado su propia respiración, porque en octubre de 1916 Kafka no sólo estaba sano, sino que en los meses anteriores había hecho varias marchas a pie de media jornada por los alrededores de Praga. Pulver tampoco puede justificar con ninguna cita auténtica la fijación negativa de Kafka con su propio padre que se supone puso de manifiesto en aquella conversación. Es instructivo que, a pesar de su flagrante impertinencia, Pulver diga que «sedujo durante un tiempo a Kafka», cuando, poco después, Kurt Wolff, que publicó un volumen de poemas y dos dramas de Pulver, se sintió repelido por su autor ya en su primer encuentro, y finalmente se alegró de librarse de él (carta de Kafka a Gottfried Kölwel del 3 de enero de 1917; cartas de Kurt Wolff a Rainer Maria Rilke del primero de febrero y 10 de diciembre de 1917, en Wolff [1980:141-142 y 148]).

mucho tiempo la escasez de carbón), entre ellos Rilke, junto a otros autores y críticos, sin olvidar a Felice Bauer, sin duda en un sitio de honor en la primera fila. Luego, la habitual ronda reducida en un restaurante, por desgracia sin Rilke; en su lugar, representantes de la escena literaria local como Eugen Mondt, Gottfried Kölwel y Max Pulver. «No tendría que haber leído mi breve y sucia historia»: ésa es la única manifestación de Kafka sobre aquella velada que nos ha llegado de forma creíble.¹⁰ Después de largo tiempo, había vuelto a intentar calentarse con su propio fuego. Pero había faltado la chispa.

Eso tampoco se les había escapado a los representantes de la prensa. Era «un comunicador bastante insuficiente», pudo leer Kafka al día siguiente en el *Münchner Neuesten Nachrichten*; «un vicioso del horror», decía el *Münchner Zeitung* el domingo, cuando Kafka ya estaba en el tren; «demasiado largo, demasiado poco cautivador», le llegó aún el lunes el eco del *München-Augsburger Zeitung*... Renunció a que le enviaran otras recensiones. Y, naturalmente, dio a todos la razón, enfatizó incluso el «fracaso realmente grandioso de todo el conjunto»:

He utilizado mi creación literaria como vehículo para ir a Múnich, con el que no tengo el menor vínculo espiritual, y al hacerlo he cometido un uso indebido de la misma; además, tras dos años sin escribir, he tenido la fantástica arrogancia de dar una lectura en público, cuando durante un año y medio no he leído nada a mis amigos más íntimos. Por lo demás, en Praga me he acordado una vez más de las palabras de Rilke. Después de decir algo muy lisonjero sobre *El fogonero*, expresó su opinión, según la cual ni en *La transformación* ni en *En la colonia penitenciaria* se había logrado aquella coherencia. Es éste un comentario que no resulta inteligible así como así, pero que es penetrante.¹¹

¹⁰ Eugen Mondt, «Una velada con Franz Kafka», en Koch [2009:158].

¹¹ Postal a Felice Bauer del 7 de diciembre de 1916. Por desgracia no

Está claro que Rilke lo había leído *todo*... sólo eso bastaba para que, a pesar de todos los disgustos, Kafka volviera a Praga con ánimo decidido. Qué le importaban a él unos cuántos oyentes para los que la lectura había sido demasiado larga, o los periodistas, para quienes su contenida actitud no acababa de resultar expresionista. Le hizo una impresión mucho más profunda la experiencia de que en aquel ambiente extraño nadie se interesase por él en calidad de hermano, amigo, amante, colega, inquilino, propietario de fábrica o sionista. Había sido invitado y percibido como escritor, *exclusivamente como escritor*: se habló de sus trabajos, le preguntaron por la escena literaria de Praga, incluso le mostraron poemas para que opinara acerca de ellos, como si su palabra crítica tuviera peso. Nada de eso era justificable, le parecía a él, visto sobre todo lo que él mismo había hecho en Múnich. Pero era valioso como exhortación. Kafka se acordó de que representaba papeles en Praga, demasiados papeles. Y de que tenía una tarea que estaba sin hacer.

Dejó pasar tan sólo unos pocos días. Luego fue al despacho de una corredora de fincas. Ahora necesitaba una vivienda, ése era el primer paso, indispensable; una vivienda grande, silenciosa y sobre todo *propia*.

Felice Bauer fue la primera que percibió el cambio. Y sabía qué parte tenía en él. Porque detrás de la súbita tirantez de Kafka se ocultaba una decepción que iba mucho más allá del fracaso externo de la lectura. En una situación tan estrechamente delimitada, dominada por personas ajenas y planes de viaje, no habían conseguido rescatar la intimidad de Marienbad. ¿Qué iban a hacer con esas pocas horas? No

existe una clara afirmación de testigos respecto a la presencia de Rilke en la lectura de Kafka. Sin embargo, que la manifestación de Rilke tuvo lugar en conversación directa con él (y no que, por ejemplo, se la contaron) se desprende de la agenda de Rilke, no publicada; en ella está apuntado: «Velada con Franz Kafka en Goltz» (Archivo Rilke, Gernsbach).

se produjo la anhelada comunión, surgieron tensiones, finalmente fueron a sentarse a una pastelería y discutieron. ¿Por qué? No lo sabemos. Quizá por el saludo por la fiesta judía de Año Nuevo que la severa madre de Felice esperaba y al que Kafka se había negado. Quizá por las flores que hubiera debido entregar a sus padres por encargo de Felice... también a eso se había negado. Cuando se trataba de vínculos familiares, seguía siendo tan terco como siempre. Ella le reprochaba «egoísmo», y eso después de que Kafka, según él creía, se hubiera sumergido en la vida de ella hasta prácticamente renunciar a sí mismo, se hubiera identificado con su trabajo en el hogar popular y se hubiera volcado durante semanas y meses en sus intereses comunes.

No volverá a ocurrir, le apaciguaba ella desde Berlín. Sí, seguro que volverá a ocurrir, repuso él (e iba a tener razón). Pero precisamente de ella, que tenía motivos para saber, no podía aceptar en modo alguno la acusación de egoísmo. Sin duda esa acusación estaba justificada, pero—y aquí se alzaba de pronto un tono de seguridad en sí mismo que a Felice le resultaba nuevo—también el propio egoísmo estaba justificado cuando «se refiere menos, incomparablemente menos, a la persona que a la causa». *La causa*: la escritura, pues. Y, como si tuviera que ahuyentar la última sombra del Askanischer Hof (cuyo frío aliento había sentido sin duda en la pastelería de Múnich), añadía: «la conciencia de mi propia culpa es siempre lo bastante fuerte, no necesita que la nutran desde fuera, pero mi organismo no es lo bastante fuerte como para engullir con frecuencia semejante alimento». Yo me siento en el sillón del juez, y nadie más. Ésa era la vieja estrategia, reducida al mínimo común denominador.¹²

¹² Postal a Felice Bauer del 21 de noviembre de 1916. Otro indicio de que el intercambio de golpes en Múnich no pudo haber sido del todo inofensivo es el hecho de que las primeras postales de Kafka después de ese incidente falten en el volumen de las cartas, comunicaciones que según

Kafka retira los tentáculos. Su deseo simbiótico ha errado su objetivo, ha sido rechazado... En los días que siguen a Múnich, empieza a comprender que no puede ser de otra manera, que no cabe esperar la plenitud mientras insista en *incluir* la literatura en la simbiosis. Pero Felice ha leído *La transformación*; en Múnich, ha soportado—probablemente sin ser preparada para ello—el *shock* de *En la colonia penitenciaria*. Le resulta literalmente incomprensible que el desencadenamiento de tales fantasías, el juego con el horror, la ofensiva superación, incluso en público, del límite de la náusea, pueda convertirse nunca en una *causa* a cuyas exigencias pueda orientarse la vida más íntima de dos personas. No carece de buena voluntad, pero siente los límites de su propia capacidad de empatía. Vagamente anuncia una «solución», alguna medida pragmática para reconciliar aún literatura y matrimonio. Pero no llega a ser más concreta, y a su vez Kafka no cree en medidas.

El hogar popular judío desaparece abruptamente de la correspondencia. Kafka sigue enviando libros, consigue un catálogo de literatura recomendable para jóvenes, hace incluso enviar a Berlín sus honorarios como autor. Pero ya no pregunta, ya no aconseja, ya no mantiene despierto el interés común. A su vez, Felice no comprende el carácter, profundamente imaginativo, de su participación. La reflexión común sobre los niños judíos orientales es más importante para él que los propios niños, y por tanto los informes escritos de ella más importantes que la visión directa con la que podría constatar el contenido real de sus representaciones. La poderosa utopía—constitutiva de identidad—de la *verdad* y de

su propio testimonio afectaban «al núcleo de la convivencia». Está claro que Felice Bauer no quería ver publicado el «comentario» de sus enfrentamientos verbales, en particular cartas en las se le citaba literalmente a ella misma. En febrero de 1914 ya había ocurrido algo análogo, también allí faltan las correspondientes cartas; véase *Los años de las decisiones*, capítulo 27.

la *vida auténtica* es el núcleo en torno al que giran todas estas imaginaciones, y el hogar popular, esperaba él, es un *ejemplo* que le enseñaría lo que esos conceptos significan para él. Pero encuentra a Felice inalterada, impermeable a esa enseñanza, y la aguja de la brújula, que siempre apunta a la verdad, gira de nuevo. Ya no señala a Berlín, señala a un par de cuadernos en blanco que Kafka se ha comprado.

«¿Navidades? No podré hacer el viaje». ¹³ Con eso no se refiere esta vez a las ordenanzas sobre pasaportes. Felice tiene reparos, hace propuestas que Kafka ignora con sequedad. Necesita esos días de vacaciones, esos pocos días libres, para sí mismo, y con más urgencia que nunca. Para qué, se lo explicará más adelante.

A finales de 1916, cae el telón; nuevamente, lo que nos llega se interrumpe. Sólo se ha conservado una única carta a Felice Bauer de la primera mitad de 1917, y unas pocas líneas del diario de Kafka. No se han visto a lo largo de cuatro, cinco, quizá seis meses, una inanición silenciosa, sustraída a nuestras miradas, pero apenas sorprendente. ¹⁴ Porque en cuanto la seductora voz de Kafka calla, se pone de manifiesto que falta algo decisivo, y que la falta de ademanes cariñosos, de todo momento erótico, indica un espacio vacío que a la larga no es posible compensar: ni con el trabajo común en la causa de los judíos orientales ni con los problemas comunes de una identidad judío-occidental, ni siquiera con la empatía, en verdad virtuosa, de Kafka. La simbiosis sólo es imaginable en un estado de olvido de uno mismo, de

¹³ Postal a Felice Bauer del 24 de noviembre de 1916.

¹⁴ Que esta impresión no sólo está causada por las lagunas en lo conservado lo atestigua una carta de Kafka a Ottila del 29 de agosto de 1917. En ella se dice, en alusión a Felice: «En los últimos tiempos he vuelto a sufrir terriblemente de la vieja locura, tan sólo el último invierno fue la, hasta ahora, mayor interrupción de estos cinco años de padecimiento».

entrega al propio deseo, como el que se produce en el sueño y en la locura. Imposible, en cambio, producir la simbiosis de forma voluntaria y planificada. Es precisamente el coste, el esfuerzo, aunque temporalmente tenga éxito, lo que trae consigo la inevitable decepción.

7. EL ALQUIMISTA

Incliné la cabeza sobre el pliego y contemplé la sombra de la pluma...

S. Y. AGNON, *Der Brief*

A lo largo del muro norte que rodea el Hradschin, por la parte interior, es decir, perteneciente aún al castillo, se encuentra una de las innumerables reliquias de la vieja Praga: la Calle de los Alquimistas, también llamado Callejón del Oro, un conjunto arquitectónico único accesible tan sólo por un costado, puesto que termina en un callejón sin salida en ambas direcciones. Pegadas al muro, empotradas en él, se alzan una serie de diminutas casitas, todas ellas de tan sólo una o dos habitaciones. Se supone que en torno a 1600 vivían allí los alquimistas del emperador loco Rodolfo II, según quiere la leyenda. Las casas se alinean pared con pared, como cajitas de colores, y sus puertas son bajas, hechas para personas de otra época; la imagen es conmovedora.

En otoño de 1916, una de estas casas encontró una nueva inquilina: Ottla Kafka, de veintiséis años. Una habitación con fogón en un sótano diminuto, sucio, gastado, y por eso asequible por tan sólo veinte coronas al mes. Justo lo necesario para convertirlo en una cueva confortable y relajarse un poco en las raras horas libres, sin ser observada por las desconfiadas miradas del padre, o para charlar sin ser escuchada con Irma, la prima y mejor amiga. Y cuando el amante de Ottla, Josef David, de cuya existencia los padres sospecha-

ban tan poco como del Callejón de los Alquimistas, conseguía por fin que le dieran permiso en el frente, se trataba de un escondrijo ideal: en la parte alta de la ciudad, se estaba en alguna medida a salvo de encuentros casuales.

Ottla hizo pintar la habitación, compró un par de sillas de mimbre, puso percheros en la pared, aprendió a manejar la obstinada estufa de carbón. Mucho esfuerzo, si tenemos en cuenta que tanto ella como Irma—ambas trabajaban en la mercería de Hermann Kafka—disponían como mucho, además del domingo, de una pausa larga a mediodía, y tenían por tanto que conformarse esencialmente con el secreto orgullo de tener su propio escondite.

Su hermano Franz tenía menos suerte. También él llevaba mucho tiempo pensando en conseguir un refugio y escapar del cuarto de la esquina de la casa Zum goldenen Hecht, donde pronto haría dos años que esperaba noche tras noche que se apagara el ruido general, como antes hacía en casa de sus padres. Había estado buscando sobre todo en la Malá Strana, fuera de los caminos trillados, a veces solo, a veces con Ottla, pero siempre sin éxito. Ahora, en cambio, pocos días después de su regreso de Múnich, vino una sorprendente oferta: una vivienda en el Palais Schönborn, cerca del Kleinseitner Ring, dos habitaciones de techo alto, pintadas en rojo y dorado, con baño, teléfono, luz eléctrica, y ante la ventana el silencioso parque, perteneciente al palacio real, cuyo terreno ascendía con suavidad. Un sueño en medio de la ciudad. Sin embargo, para hacer realidad ese sueño el inquilino anterior reclamaba un traspaso más elevado que el alquiler de un año entero. Kafka renunció... un poco quizá por avaricia, pero sobre todo porque el esplendor de todo aquello le asustaba, y porque no podía imaginar hacer el trabajo que se había propuesto bajo un techo pintado al fresco.

Quizá fue precisamente esa oportunidad desestimada la que llevó los pensamientos de Kafka hacia la casita de Ottla, que carecía de las más elementales comodidades y que era

exactamente lo contrario de un palacio barroco. Ni siquiera hubiera podido pernoctar en ella. Pero de pronto le atraía la idea de sentarse allí un par de horas al día delante de sus cuadernos, de jugar con la pluma y el lápiz en total aislamiento. Del vecino, un amable señor entrado en años, apenas llegaba sonido alguno a pesar de las finas paredes, y el Callejón de los Alquimistas también estaba silencioso durante el día: ni cascadas de caballos, ni tranvías eléctricos. Una de las pequeñas ventanas ofrecía una vista del Hirschgraben y sus árboles de hoja caduca, un panorama al que incluso las guías de viaje dedicaban unas cuantas líneas. Llegaba el canto de los pájaros, el único sonido que se oía allí. Estaban en guerra, ya nadie iba a Praga por mero placer: era altamente improbable que algún turista se abriera paso hasta la habitación y (como se recomendaba expresamente en las guías) dejara una propina sobre la mesa a cambio de divisar el amable paisaje.

Era un experimento, y salió mucho mejor de lo que Kafka podía soñar. Porque Ottla no sólo estuvo dispuesta a cederle una llave de la casita, sino que se cuidó de que estuviera en condiciones de ser utilizada. Hubo que llevar carbón, y a mediodía Ottla iba corriendo para ventilar, sacar la ceniza de la estufa y calentar la casa. Cuando, hacia las cuatro de la tarde, Kafka llegaba al Callejón de los Alquimistas, encontraba una habitación limpia, cálida y silenciosa. Se quedaba allí cuatro o cinco horas, y luego bajaba dando un paseo hacia la casa paterna para cenar con la familia, antes de irse por fin a su propio domicilio en la Lange Gasse. Poco a poco fue renunciando a dar ese rodeo, prefería llevar algo de comida a la casita de Ottla y pasar allí toda la tarde; sólo hacia medianoche se ponía en camino a casa, bajando por la vieja escalera del castillo, a veces entre la nieve, a veces bajo un cielo estrellado, un ritual nocturno tranquilizador, que refrescaba la cabeza y preparaba para el sueño.

Ottla era feliz de ver feliz a su hermano. Aunque, desde que faltaba a la mesa familiar, le veía incluso menos que an-

tes. Si hubiera sabido que a las pocas semanas él se refería a aquel arreglo provisional como «mi hogar», incluso «mi casa», lo habría aceptado más contenta que enfadada.¹ Incluso los fines de semana ella renunciaba ocasionalmente a sus propios derechos para no obligar a su hermano a interrumpir la escritura: calentaba la habitación, llenaba la lámpara de petróleo y se iba a pasear durante horas, a despecho del clima. Así, contaba del domingo 3 de diciembre: «Iba camino de Stern, y ahora, en el camino de vuelta, puedo ver lo que pasa en mi casita. Sólo por fuera, pues dentro está mi hermano, y creo que allí está bien. Por eso no me importa tener que ir por las calles».²

Pero ¿qué pasaba allí dentro? Eso era un secreto, por el momento. Kafka se debatía entre «imposibilidades», ni siquiera Felice conseguía sacarle mucho más. Lo que escribía un día lo tachaba al siguiente.³ Así que nada nuevo en el Callejón del Oro. A sus supuestos habitantes de antaño, los legendarios alquimistas, no les había ido muy distinto tres siglos atrás.

Que el Estado, el mundo o los tiempos se «salen de sus casillas» de vez en cuando es uno de esos giros eufemísticos que llevan consigo su oscuro sentido para—después de décadas de trivialización y desgaste—revelarlo de pronto de manera terrible. Desde luego sucede raras veces, y no todas las generaciones se ven obligadas a vivirlo. Las tradiciones tocan a su fin, las riquezas son despilfarradas, y la gente se ríe de la moral de ayer: algo se sale siempre de sus casillas, pero la Tierra gira, y la vida sigue.

¹ Postales a Felice Bauer del 9 y del 14 de diciembre de 1916.

² Carta de Ottla Kafka a Josef David, 3 de diciembre de 1916. Citada por la traducción al alemán de Binder [1968:426]. Stern (Hvězda), es un castillo en forma de estrella situado al oeste del castillo de Praga, con un gran jardín zoológico, por aquel entonces un popular lugar de excursión.

³ Postal a Felice Bauer del 14 de diciembre de 1916.

En el invierno de 1916-1917, los ciudadanos de la monarquía de los Habsburgo se vieron asaltados por primera vez por el presentimiento de que de hecho *todo* estaba saliéndose de sus casillas, y la vida seguiría, si es que seguía, de forma muy distinta e impensable. Se habían acostumbrado a la guerra, la contemplaban como una plaga del destino cuyo fin había que esperar con paciencia. A la acelerada relajación de las costumbres, al cambio de los papeles sociales impuesto por la guerra, se le podía ver un punto liberador, incluso... si se era lo bastante joven para ello. Los entrados en años se decían que, cuando todo pasara, las cobradoras del tranvía y las trabajadoras de las fábricas de munición volverían a ser amas de casa. ¿Y la muerte? Todo el mundo tenía algún conocido que guardaba luto por alguien, y entretanto hasta el más tonto comprendía que a una desgracia tan masiva, que abarcaba todas las clases sociales, no podría seguirle el repentino retorno a la normalidad. Pero ¿podía un pueblo entero quedarse petrificado en el dolor? Era imposible, según toda experiencia. Todas las guerras, incluso las perdidas, se convierten en recuerdo alguna vez. Incluso esa herida, creían, se cerraría.

Pero de pronto el ataque llegó de un flanco completamente inesperado, e incidió en un estrato muy profundo y sensible, contra el sustrato biológico de la sociedad misma. La gente empezó a pasar hambre. Ya era bastante malo que desde hacía dos años se calcularan sus necesidades hasta la última miga de pan: por «cartilla» correspondían cuarenta gramos de azúcar, un cuarto de litro de leche, veinte gramos de manteca y diez gramos de sucedáneo de café diarios, incluso el pan se pesaba ahora con toda exactitud, y sólo teniendo buenas relaciones era posible conseguir más de una hogaza a la semana. La situación recordaba de manera sutil el reparto de las raciones de rancho... una impresión que se veía reforzada por el hosco llamamiento a masticar más tiempo las reducidas raciones (al menos a los partidarios de la dieta re-

formada no había que decírselo dos veces). Entretanto, esas humillaciones oficiales ya no eran nada inusual, y el que quería podía ver también algo positivo en aquellas precisas indicaciones: justicia distributiva. Sin embargo, tomar en serio el lenguaje paternalista de las autoridades pronto se reveló (una vez más) poco inteligente. Porque el consumo autorizado a cada individuo no era en modo alguno el mínimo asegurado al que tenía derecho. Sin duda se instalaron a toda prisa panaderías urbanas y «cocinas populares» baratas para prevenir revueltas por el hambre. Pero las autoridades no podían garantizar nada más: no funcionaban, ni en el ámbito civil ni en el militar. Y eso no lo cambió ni la recién fundada Oficina de Alimentación Popular, ni las innumerables «centrales» semiestatales que durante la guerra debían vigilar todos los circuitos de comercialización (había incluso una central para harapos), ni las draconianas sanciones contra el «matuteo» y el acaparamiento ilegal.

La presión moral era un medio probado para ocultar ese inesperado fracaso del Estado y, en última instancia, hacer responsable de él a la sociedad. Al que se quejaba de que el pan urbano estaba hecho cada vez más de harina de patata, bellota y virutas de madera; al que no le gustaban las ortigas o tenía algo en contra de los cigarrillos rellenos hasta la mitad de hoja de haya, se le recordaba severamente que «nuestros combatientes tienen otras preocupaciones» (lo que ni siquiera era cierto, si se oía hablar a los que venían de permiso). También la personalización del problema era un popular recurso de emergencia para derivar hacia otros canales la creciente ira de la población: como no se podía admitir en público que la escasez general era en última instancia un éxito del bloqueo naval del adversario, y como la prensa tampoco podía informar acerca del catastrófico fracaso de la Administración, clamaba con tanto mayor vehemencia contra ciertos «acaparadores» e «intermediarios» (preferentemente judíos) que provocaban escasez para elevar los precios.

Sin embargo, cuantas más personas se veían obligadas a despreciar las leyes, abastecerse en el mercado negro o incluso robar con nocturnidad sus frutos a los campesinos, tanto más fuerza perdía la válvula de escape de los espectaculares reportajes judiciales, tanto menos servía insultar a los pocos beneficiarios de la guerra. A la larga el hambre crecía, los cuerpos exigían algo más que propaganda, y a los ojos de todos se hacía realidad imposible de ignorar lo que hasta entonces nadie había sido capaz de imaginar: un Estado poderoso y acomodado en medio de Europa, un Estado de brillante historial y ambiciones imperiales, ya no estaba en condiciones de saciar el hambre de sus ciudadanos. Y, si no sucedía un milagro, el próximo invierno tampoco alcanzaría a preservarla del frío. Se extendía la sensación de un abandono físico miserable, una sensación de mendicidad.

Sin embargo, el *shock* y el rechazo psíquico desencadenado por este fracaso iba mucho más allá de la inmediata privación física. La gente se encontraba desamparada en una sociedad de lobos en la que el trabajo, el ahorro y la lealtad ya no se veían recompensados. En vez de eso, se necesitaban astucia social y osada capacidad de abrirse paso, flexibilidad y las mejores relaciones. Pero eso significaba la disolución, precisamente la inversión del sistema de valores burgués... una catástrofe moral que producía miedo y desesperación.

Aun así, o precisamente por eso, casi nadie podía creer que se tratase de un descarrilamiento irreversible del *sistema*. En lugar de eso, se buscaban culpables. Se protestaba de la indolencia de los pequeños funcionarios, luego de las autoridades, que no habían sido previsoras, y finalmente de la dirección del ejército, que se servía sin consideración alguna de unos recursos que se acababan, sin olvidar a los ministros de Viena, que no eran capaces de dar un puñetazo encima de la mesa. Los hambrientos vieneses se quejaban por su parte de los judíos orientales, que se apiñaban en las colas con sus numerosos hijos; luego de los húngaros, que ya no su-

ministraban cereal porque les importaba más alimentar a sus vacas y cerdos; y finalmente de los checos, que se quedaban con parte de los suministros de carbón acordados. Y cada vez era más frecuente oír una frase que permitía apreciar en su verdadera dimensión la regresión social que se extendía: «¡Si el emperador supiera esto!».

De hecho, el entorno más íntimo del monarca era el único lugar apacible en medio de aquella cacofonía de odio y desorientada desesperación: un espacio al margen del derecho y la política en el que cada uno podía proyectar lo que le hacía feliz, y en el que todos podían confortarse juntos con un sentimiento de cercanía totalmente ilusorio. Cada uno de sus contemporáneos estaba informado con todo detalle de los personales golpes del destino que Francisco José I había tenido que encajar durante su interminable reinado. En cambio, nadie parecía tener la más remota idea de la responsabilidad real que el emperador tenía en la muerte, mutilación y consunción de sus súbditos. Cualquier niño de colegio sabía que el soberano, fiel a sus obligaciones, empezaba su jornada de trabajo a las cinco de la mañana. Casi nadie hubiera podido decir en qué consistía ese trabajo. El emperador se hallaba a la vista de todos como figura que daba y concedía: el contenido esencial de los comunicados diarios del Hofburg consistía en enumerar quiénes habían sido llamados en audiencia ante el emperador, quiénes habían sido ascendidos o condecorados; lo demás eran paternales admoniciones, agradecimientos y llamamientos a resistir. Sólo muy excepcionalmente se llegaba a conocer lo que el emperador realmente quería, en qué decisiones estaba implicado y qué había decidido personalísimamente (los ciudadanos de Praga no se enteraron de que les había evitado el estado de excepción). En marzo de 1915 había ordenado convertir todos los jardines imperiales en huertos. Por amor a sus súbditos. De eso se acordaban.

Rodear la cúspide de la pirámide del poder de un cons-

tante velo de niebla, presentar al emperador como una figura ajena a la política y por encima de los partidos: ésa era la tradición en Austria, y respondía a un cálculo político y socio-psicológico muy inteligente. Sin embargo, en un Estado que se hallaba al borde del abismo y cuyo discurso público lo dominaban casi enteramente las peleas por el reparto y la disputa nacionalista, no quedaba otra elección que «mantener al margen» al monarca de forma consecuente. Él era el gran mediador, el último punto de referencia común, tras del cual amenazaba el caos y cuya importancia por tanto nadie se atrevía a poner en cuestión. Era impensable que ninguno de los partidos hubiera podido atacarlo a él, ya no digamos perpetrar un atentado como el que acababa de sufrir, en octubre de 1916, el primer ministro austrohúngaro conde Karl Stürgkh.⁴ Pero era igualmente impensable que ese padre superior pudiera apartarse un día, que su dinastía pudiera extinguirse. Hasta el momento, incluso entre los nacionalistas más agresivos había pocos que pudieran imaginar un mundo de posguerra sin la casa de Habsburgo.

Pero esa cuestión emergió de pronto a la superficie: Francisco José I murió el 21 de noviembre de 1916, tan sólo un día después de abrirse la suscripción del quinto empréstito de guerra, un mes después de la muerte violenta de su primer ministro, sesenta y ocho inconcebibles años después de su coronación como emperador de Austria. El conocido lema

⁴ Stürgkh fue tiroteado el 21 de octubre de 1916 en el restaurante de un hotel de Viena. El autor del atentado, Friedrich Adler, de treinta y siete años, era marxista convencido y redactor jefe del periódico socialdemócrata *Der Kampf*. Su padre, Viktor Adler, era diputado y jefe del partido de los socialdemócratas austriacos. Incluso la prensa conservadora (por ejemplo el *Reichspost* del 22 de octubre) se sorprendió de que el atentado no se hubiera dirigido contra nadie al que se hubiera podido atribuir una culpa concreta de la Primera Guerra Mundial. El oficioso *Pester Lloyd* advertía de que «en el extranjero enemigo» no debían creer que el atentado tenía algo que ver «con las cuestiones alimentarias».

de que los súbditos de los Habsburgo nacían y morían bajo el mismo retrato del emperador no estaba tan lejos de la verdad: muchos habían vivido con la sensación de que el emperador *siempre* había estado presente, y habría costado trabajo encontrar a alguien que pudiera recordar en primera persona la legendaria época *anterior* a Francisco José.

La conmoción general superó con mucho el luto que la muerte de un soberano caduco hubiera provocado en otros tiempos. Un simbólico fin del mundo para cada individuo: era imposible no ver que después de esa pérdida no podía haber retorno al saturado mundo, cada vez más transfigurado en la memoria, del fin de siglo, ni siquiera si esa guerra «terminaba bien» de alguna manera (algo en lo que de hecho ya sólo creían los generales). Ciertamente, había un heredero legítimo, y pocas horas después de la terrible noticia el archiduque Carlos, de veintinueve años, sobrino nieto de Francisco José, era designado emperador. La dinastía seguía con vida. Pero los visibles esfuerzos de Carlos I por ganar enseguida autoridad y salir con medidas enérgicas al paso de la crisis de abastecimientos demostraron, a pesar de su buena voluntad, que el nuevo emperador tenía que *demostrar* algo y que actuaba como un *político*, enredado en las exigencias pragmáticas del momento. La representación simbólica quedaba vacía. La última ancla había sido arrancada; ya no había instancia alguna que hubiera podido impedir al mundo salirse definitivamente «de sus casillas».

No hay duda de que los fuertes temblores sociales de finales del año 1916 también conmovieron a Kafka. En qué medida los reflejó de manera consciente, es algo que sólo se puede medir de manera indirecta a partir de las fuentes accesibles. Queda claro, en cualquier caso, que le afectaron físicamente. Porque incluso los acomodados Kafka sufrieron carencias, a pesar de las muchas y útiles relaciones que, en su cali-

dad de mayoristas, tenían en los alrededores de Praga. Una carta de Julie Kafka a Felice Bauer—escrita todavía muy al principio de aquel catastrófico invierno—permite ver de manera inequívoca que ya ni el dinero ni las relaciones servían para llenar el estómago:

Hemos observado las festividades judías como auténticos judíos. El Año Nuevo tuvimos cerrada la tienda los dos días, y ayer, Día de la Reconciliación, ayunamos y rezamos cumplidamente. El ayuno no nos ha resultado difícil, puesto que nos venimos entrenando para ello a lo largo de todo el año. Por otro lado, para nosotros, aquí en Praga, el hambre no reviste caracteres tan terribles, y nos alegraría mucho poder saludarte pronto en nuestra casa.⁵

Estaba claro: ni siquiera al censor (al que está claro que Julie temía menos que su hijo) pudo escapársele el sentido de tal comunicación. Porque que el hambre «aquí en Praga [...] no reviste caracteres tan terribles» sólo podía significar: no es tan dura como en Viena, donde ya se habían producido saqueos y motines, y sobre todo: no es tan dura como allí en Berlín. Aunque nadie podía prever que los meses siguientes pasarían a la historia alemana como «el invierno del colirrábano», y que en las ciudades miles de personas morirían de hambre, hacía mucho que se había corrido la voz de que la vida cotidiana en la capital de Alemania, al contrario que en Praga, empezaba a adoptar los rasgos deformados de una incansable lucha por la supervivencia. Allí ya no quedaba mucho que comer, e incluso con el sueldo de una apoderada se estaba condenando al «embutido uniforme» (que sabía como su nombre indicaba) y a los 0,7 huevos por semana oficialmente autorizados. A Julie Kafka le resultaba completamente incomprensible que su hijo no invitase a su amiga de tantos años a pasar los días de Navidad a la mesa familiar en Praga, donde aún se

⁵ Carta de Julie Kafka a Felice Bauer del 8 de octubre de 1916.

podían servir cosas mejores que alimento para ganado. Pero tampoco Felice parecía insinuar en modo alguno su deseo de ir de visita. ¿Era ése el aspecto de una reconciliación?⁶

A Kafka, que comía poco, le resultó al parecer más fácil arreglárselas con las decrecientes raciones diarias: no le atraían ni los platos de carne ni los de bollería, y las desoladas cartas de los restaurantes y los cafés no le importaban nada. Ante la preocupada Ottla, afirmó incluso que en el Callejón de los Alquimistas tenía todas las noches más víveres de los que podía comer,⁷ y que ni siquiera la amenazadora falta de carbón (poner la calefacción por las noches ya estaba prohibido) podría impedirle seguir todo el tiempo posible en su nuevo refugio. Cuando Brod fue en una ocasión a visitarlo allá arriba y él le leyó un poco—volvía a haber algo para leer—, se asombró ante esa «celda monacal de un verdadero poeta» y tuvo la impresión de que Kafka sufría menos que él con el horror del tercer invierno de la guerra.⁸ Puede que eso fuera cierto: era—habría podido responderle Kafka—la época de los ascetas. Una época sombría, una época gélida, una época para escribir.

De este invierno de 1916-1917 nos han llegado un total de cuatro cuadernos en octavo, sin rayas, de unas ochenta páginas cada uno: un formato pequeño, manejable, apropiado

⁶ A mediados o finales de noviembre de 1916, una carta de Felice Bauer a Kafka fue objetada por la censura y devuelta, probablemente a causa de manifestaciones sobre la situación alimentaria en Berlín. En esa carta ella volvía a abogar por un encuentro en Navidad, lo que Kafka seguía rechazando; véase la postal a Felice Bauer del 4 de diciembre de 1916. Véase también la carta de Julie Kafka a Anna Bauer del 31 de diciembre de 1916: «Creí que Felice nos iba a dar la sorpresa de visitarnos estas Navidades».

⁷ Carta a Ottla Kafka del primero de enero de 1917; se trata, al parecer, de una nota que Kafka dejó para Ottla en el Callejón de los Alquimistas.

⁸ Cita de un extracto inédito de diario (Archivo Max Brod, Tel Aviv).

para ser llevado por la ciudad en el bolsillo de la pechera. Otros dos cuadernos que Kafka tiene que haber empleado han desaparecido.

Si se abren estos insignificantes borradores, repletos de texto hasta la última página (la filología kafkiana se refiere a ellos como «cuadernos en octavo A a D»), obtenemos una visión sorprendente y confusa: anotaciones largas, cortas y cortísimas, prosa y diálogo, un par de versos, cosas datadas y otras sin datar, escritura normal y taquigrafía en arbitraria sucesión, pocos títulos, páginas enteras de tachones, repeticiones al pie de la letra, frases arrancadas, transiciones fluidas y largas líneas de separación, y en medio garabatos, nombres enigmáticos, una dirección, esbozos de cartas, una lista de palabras clave de gestiones pendientes, hojas arrancadas y cambiadas de sitio, una nota adjunta... todo como escrito sobre las rodillas. Es—después de los desordenados cuadernos del manuscrito de *El proceso*—la prueba más difícil que Kafka dejó a sus futuros editores, una tarea en la que Max Brod iba a fracasar de manera significativa.⁹

Una mirada más detenida no contribuye a aclarar esa jungla textual. Un lector contemporáneo, incluso un conocedor de las pocas obras publicadas de Kafka, no hubiera reconocido *nada* aquí: ni una palabra de la «dicción de Kleist», de narración realista, de fantasía fríamente inyectada, y tampoco el humor de lo sorprendente y de los actos fallidos cuidadosamente escenificados que Kafka había desplegado tan placenteramente por última vez en el abandonado relato «Blumfeld». En vez de eso, un desencadenamiento siempre contenido, pero mucho más radical, de la imaginación; un baile sin igual entre mundo real y mundo lingüístico. «Yo estaba rígi-

⁹ Sobre las muchas y deformantes intervenciones con las que Brod trató de ordenar el caos y preparar, a partir de los cuadernos en octavo de Kafka, unidades textuales «amigables para el lector», véase en detalle la monografía de Schütterle [2002:268-283].

do y frío, era un puente», rezan las primeras palabras del cuaderno B; «Toda persona lleva en su interior una habitación», se dice unas páginas más adelante; «Nadie leerá lo que estoy escribiendo», profetiza un no muerto; «Habíamos acampado en el oasis; los compañeros dormían», y: «Ayer vino a mi casa una extenuación. Vive en la casa de al lado...».

Incluso al lector actual, ya familiarizado con algunos de estos textos, le irritará el contexto experimental en el que los encuentra en los cuadernos de Kafka (o en su edición crítica): hay incontables variantes, interrupciones, cambios de perspectiva y conexiones cruzadas. Esta caligrafía es como lava fluida, y provoca la ilusión de que el movimiento es posible incluso allá donde el propio Kafka se ha decidido por una versión definitiva, «lista para la imprenta». Un largo pasaje del libro D empieza: «Todos conocemos a Rotpeter, medio mundo lo conoce. Pero, aprovechando que venía a nuestra ciudad para dar una función, decidí conocerlo más de cerca, personalmente». ¿Rotpeter? Sin duda es el chimpancé que en «Un informe para una academia» nos habla de su prisión y conversión en ser humano. De hecho lo conoce medio mundo: se trata de un texto canónico de Kafka, popularizado ante todo por las representaciones en solitario de incontables actores. Sin embargo, en el cuaderno escolar de Kafka el mono aparece al principio como interlocutor de un periodista; siguen otras dos anotaciones, muy distintas desde el punto de vista temático, y sólo entonces las conocidas palabras introductorias: «Ilustrísimos señores académicos: Es para mí un honor que me hayan ustedes invitado a presentar a esta academia un informe sobre mi anterior vida de simio». Sin que en este monólogo ahora libre se olvide al tan torpe como insistente periodista. Porque Kafka-Rotpeter alude abruptamente a él como «uno de esos diez mil mentecatos que se exhibían sobre mí en los periódicos».¹⁰

¹⁰ OC III, 515-524 y 560. En el manuscrito, primero escribe «insignifi-

Tales ecos y alusiones no son sin embargo sino efectos secundarios en el gran juego de formas que Kafka despliega. Es como si estuviera decidido a probar *todo* lo que las tradiciones narrativas aportan: comparación, fábula, parábola, cuento, relato, enumeración, monólogo y diálogo, retrospectiva y narración enmarcada, perspectiva en primera y tercera persona... y, al mismo tiempo, parece sobrevolar todas esas formas, entremezclarlas, por así decirlo. Funde lo que la tradición tiene que ofrecerle y obtiene nuevas e insólitas síntesis: el plomo se convierte en oro.

No se puede confundir esto en absoluto con expresionismo, y menos aún con la *écriture automatique* descubierta pocos años después por los surrealistas, esa escritura sonámbula destinada a engañar a la censura interna. En Kafka todo sigue bajo control, y precisamente la multiplicidad de arranques es el más poderoso testimonio de que sigue sometiendo sus ideas a una rígida selección: lo que no se sostenía, lo que no era lo bastante plástico, lo que no mostraba cohesión orgánica o provocaba la sospecha de ser una mera «construcción» era interrumpido. Kafka tampoco se dejaba arrastrar nunca a manipular los fundamentos del lenguaje: nada de inventar nuevas palabras, ningún juego vacío con aliteraciones, nada de imitación de la oralidad, ningún abuso de la gramática, nada de acumular guiones y signos de exclamación. El alemán elevado sigue siendo el único medio respetado por Kafka, cuyos límites nunca supera arbitrariamente, no digamos en aras del mero efecto... sólo que el viaje *al interior* de ese medio le lleva a regiones que nadie ha transitado antes.

Sin duda al principio de esos productivos cinco meses esa no era la intención de Kafka, y sus primeros pasos parecen más que inocentes. Era la tercera fase de escritura intensiva

cancias», luego «bromistas», luego otra vez «insignificancias», luego nuevamente «bromistas» y finalmente «mentecatos». Al parecer, Kafka tenía dificultades con las invectivas.

desde otoño de 1912, y quería intentar algo nuevo, algo que nadie esperase de él, pero tampoco espantase a nadie. Su primera elección recayó sobre la forma dramática. Ésta formaba parte, como todo el mundo sabía, de la artesanía habitual del escritor: autores destacados como Gerhart Hauptmann y Arthur Schnitzler oscilaban entre los textos en prosa y los dedicados a la escena, según las necesidades del material, sin que por eso se les admirase como talentos omnímodos. Incluso autores con claras preferencias cambiaban de género de vez en cuando... Thomas Mann había escrito una obra de teatro, Carl Sternheim algunas narraciones, el poeta Rilke había publicado una extraordinaria novela, y Werfel celebraba éxitos en la escena con sus *Troyanas*, por no hablar del agente de Kafka, Max Brod, que no dejaba de probar nada, desde la historia de terror hasta la lírica sionista. ¿Por qué no una obra de teatro?

Pero el intento fracasó. Por mucho que Kafka se esforzara—y la acumulación sin parangón de correcciones y tachaduras pone de manifiesto que se empeñó a conciencia en ello durante semanas—, por muy minuciosamente que extrajera y volviera a ensamblar los materiales útiles de entre la grava del texto, «El guardián de la cripta» se quedó en fragmento, y tan sólo unas pocas escenas le parecieron a Kafka lo bastante maduras como para mostrarlas. Con ese fin mecanografió personalmente una copia en limpio, aunque no sabemos si alguien llegó de hecho a escuchar los diálogos.¹¹

¹¹ Oskar Baum se acordaba a finales de la década de 1920 de que Kafka había escrito en el Callejón de los Alquimistas un drama titulado «La gruta» o «La cripta», y lo había terminado. Sin embargo, se había negado terminantemente a leerlo en público, respondiendo con ironía: «Lo único que no es diletante en la obra es que no la lea». Baum se refiere, obviamente, a «El guardián de la cripta», que sin embargo, según todos los testimonios que tenemos, quedó inconclusa, y cuyo manuscrito tampoco tiene título (el que se emplea actualmente procede de Brod). Tampoco el hecho de que la copia a limpio mecanografiada esté plegada de una forma especial para

«El guardián de la cripta» no es una de las obras más importantes de Kafka; la posteridad no ha sabido muy bien qué hacer con ella, y los intentos de pequeños teatros por reanimarla siguen siendo episódicos. En ella es demasiado evidente la dependencia de modelos (sobre todo de Strindberg), la construcción es demasiado torpe, el conjunto demasiado inacabado. Justo al principio se requiere un minucioso relato para hacer mínimamente comprensible la verdadera sensación del asunto: la aparición de fantasmas de antepasados reales. Eso ya lo había hecho mejor Shakespeare en el acto primero de *Hamlet*. Y Kafka hizo bien en archivar muy pronto esas «imposibilidades» con las que había llenado la mayor parte del primer cuaderno y volver al ámbito que mejor dominaba.

Con eso despejaba el escenario para unos fuegos artificiales imaginativos sin parangón: «Un médico rural», «El puente», «En la galería», «La aldea más cercana», «El jinete del cubo» y «Un fratricidio» nacieron en diciembre y enero. «Chacales y árabes» y «El nuevo abogado», en febrero. «Un viejo folio» y «Once hijos», en marzo. «La preocupación del padre de familia», «Una visita a la mina», «Un cruzamiento» y «Un informe para una academia», en abril. Sin olvidar el proyecto del «Cazador Gracchus», surgido en Riva, y en el que Kafka trabajó de enero a abril, así como otros importantes fragmentos, entre ellos «El vecino», «El golpe a la puerta de la granja» y «Durante la construcción de la muralla china», que incluye «Un mensaje imperial», textos datados todos ellos en febrero o marzo. Una acumulación de joyas que por sí sola hubiera bastado para fundamentar, si no la fama mundial, sí la *exégesis* mundial de Kafka, esa humilde lectura que tantea con el ojo y con el índice, que toma el texto como revela-

facilitar la lectura concuerda del todo con los recuerdos de Baum (también en otras cosas poco fiables). Véase Oskar Baum, «Retrospectiva sobre una amistad», en Koch [2009:79-84].

ción y lo sustrae de una vez para siempre a la crítica terrenal. Fueron sobre todo los enigmáticos textos de los cuadernos en octavo de Kafka los que llevaron a los lectores profesionales, y también a los normales, a una constante búsqueda del sentido, que retuerce las letras... una actitud que poco a poco habría de extenderse a toda la obra de Kafka.

Hoy, cuando el proceso creativo está bañado en la luz de neón de la filología editorial, esta tendencia al culto al texto nos parece poco ilustrada e ingenua. Ningún admirador de *La transformación* o *El fogonero* tendrá dudas de que estas obras, a pesar de su precisión y elasticidad lingüística, a pesar de su integridad formal y aparente intemporalidad, surgen de una relación genética: estas historias tienen ellas mismas una historia, revelan experiencias muy personales, preferencias y obsesiones de su autor, y son el resultado de una labor artesanal aprendida y practicada durante años. Ni siquiera puede rechazarse en absoluto la afirmación de Kafka de que en condiciones externas más favorables habría podido hacerlo aún mejor, y no hace falta estudiar el proceso de corrección de los manuscritos para tomar mínimamente en serio las dudas del autor acerca de sí mismo.

Desde luego, con las obras en prosa de los cuadernos en octavo—uno sigue titubeando antes de llamarlas «narraciones»—Kafka ha expuesto a sus lectores a las mayores tentaciones de la religión del arte, como nunca antes y como nunca después. Tan sólo la multiplicidad de motivos, imágenes y temas lleva la sospecha *ad absurdum*. Aquí hay un autor que gira únicamente en torno a sí mismo: allá donde se encuentran variaciones y parentescos, son evidentemente *queridos*, e incluso las obsesiones y juegos privados que también cabe descubrir dan testimonio de una libertad distinta de la de las monocromas fantasías punitivas de las obras tempranas. Son textos de una densidad y una perfección casi irreales a veces, textos en cuya superficie es inútil buscar residuo alguno de su génesis. Por ejemplo, las dos largas e inmaculadas

frases que han entrado en numerosos libros escolares con el título de «En la galería»: no cabe imaginar que en ellas haya habido correcciones o incluso etapas previas (y tampoco podemos comprobarlo, porque no nos han llegado).¹²

Tampoco quien recurra a los cuadernos en octavo para, en contra de las apariencias, tratar de cerciorarse de que incluso esas revelaciones no son insufladas, sino *elaboradas*, puede estar seguro de no llevarse una desilusión, por lo demás saludable. El contexto es caótico, sin duda; los rastros de pluma y lápiz demuestran que también aquí hay gato encerrado. Pero precisamente allá donde la perfección es indudable, el autor parece del todo seguro. Así, por ejemplo, la escritura de «Un mensaje imperial» no tiene prácticamente correcciones sustanciales... y eso a pesar de que Kafka volvió a revisarla críticamente para la imprenta. Realmente, parece como si todo hubiera estado allí desde el principio. El autor como creador *ex nihilo*.

Supongamos que fuera posible presentar a un lector experimentado los cuadernos de Kafka sin que dispusiera de pista alguna sobre su lugar de origen, su época y su autor. Muy probablemente ese lector advertiría al primer vistazo la pertenencia de esos textos a la modernidad literaria, así como los signos de una profunda crisis de orientación, que va más

¹² Las siguientes obras en prosa del invierno de 1916-1917 sólo nos han llegado en texto impreso: «Un médico rural», «En la galería», «La aldea más cercana», «Un fratricidio», «Once hijos», «La preocupación del padre de familia» y «Una visita a la mina». Al parecer, estas obras estuvieron en otros cuadernos en octavo (en los que, por supuesto, pueden haber estado otras obras y fragmentos desconocidos para nosotros), no conservados, pero cuyo mes puede al menos datarse con exactitud. En una carta a Ottla del 19 de abril de 1917 Kafka afirma que ha usado «manuscritos» para encender fuego en el Callejón de los Alquimistas... otro indicio de que el volumen de su productividad es aún mayor de lo que atestiguan los testimonios conservados.

allá del destino individual. Pero que estos textos fueran redactados en medio de un invierno de catástrofe, en una cabana miserable y con los dedos agarrotados, a pocos minutos de las colas de personas hambrientas, en una ciudad desolada, que pasaba frío, escasamente iluminada y bajo ocupación militar; que los escribiera un funcionario intermedio que trabajaba sufriendo malestares y *shocks* nerviosos... de todo eso apenas descubriría rastro alguno.

Ese mismo lector quizá adivinaría que el autor ha perdido a un emperador. De eso trata expresamente «Un mensaje imperial», una breve narración del tipo de las leyendas en la que ni siquiera la orden expresa del monarca moribundo basta para hacer llegar una carta a su destinatario. Igualmente desvalido aparece el emperador en «Un viejo folio», situado junto a la ventana, contemplando la ruina de su capital. Y en «Durante la construcción de la muralla china» se dice expresamente: «El imperio es inmortal, pero el emperador, como individuo, cae y se precipita». «El guardián de la cripta» tiene lugar poco después de un cambio de poder, el nuevo príncipe sólo lleva un año en el cargo, su autoridad es vacilante, su propia esposa se une a sus adversarios...¹³ Y la pequeña pieza en prosa «El nuevo abogado» recuerda a un legendario monarca e invoca un mundo sin dirección: «Hoy en día—esto nadie puede negarlo—no hay ningún Alejandro Magno [...] nadie, eso sí, nadie puede acaudillar un ejército hasta la India [...] la espada del rey indicaba la dirección a seguir».

¹³ Una de las variantes de «El guardián de la cripta» contiene una característica del príncipe todavía inexperto que encaja con sorprendente precisión con Carlos I. Dado que sus primeros pasos como monarca eran el más importante tema público precisamente durante las semanas en que fue escrito «El guardián de la cripta», cabe excluir una influencia azarosa: «El príncipe tiene una doble cara. Una se ocupa del Gobierno y vacila, ausente, delante del pueblo y desprecia sus propios derechos. La otra busca, en su caso de forma muy precisa, reforzar sus cimientos. Busca en el pasado, cada vez más hondo en él».

Es característico de Kafka—y aquí reside sin duda una de las causas de ese malentendido que lo califica de ajeno al mundo y políticamente imperturbable—que grandes, incluso catastróficas pérdidas le conmuevan menos que el *significado* sublimado de esas pérdidas: su importancia más allá del instante y su cualidad de poner de manifiesto el núcleo de toda una época. La decadencia de un gran símbolo, el final de una tradición, la punta truncada de la pirámide... Como la mayoría de sus contemporáneos, Kafka vivió estos acontecimientos como signos de una irreversible disolución. Pero incluso en la vida cotidiana le impresionaban y ocupaban menos la necesidad real y las limitaciones cada vez más duras—todo eso lo soportaba sin queja y con asombrosa paciencia—que el *carácter de signo* de esos procesos. Desde luego que era malo que Ottla volviera de la carbonería con el cubo vacío;¹⁴ eso no había ocurrido nunca, y era una amenaza que ni siquiera Kafka podía ignorar del todo. En febrero de 1917 las temperaturas bajaron hasta veinte grados centígrados bajo cero, los teatros, cines y colegios cerraron temporalmente, el suministro de gas se suspendía durante el día, los tranvías dejaban de funcionar a primera hora de la tarde, y por las noches Kafka caminaba a tientas, en una completa oscuridad, por la ciudad vieja, congelada y desierta. Pero si la narración «El jinete del cubo», escrita durante los días peores, en la que un yo que se muere de frío mendiga carbón, no hubiera sido escrita, Kafka no habría sentido ese aliento mortal como un signo de su tiempo: «Consumido el carbón; vacío el cubo [...] exhalando frío la estufa; por toda la habitación el soplo de la helada [...] el cielo, un escudo de

¹⁴ Tal cosa ocurrió por vez primera—pero sin duda no por última vez—el 10 de diciembre de 1916, según documenta una carta de Ottla a Josef David. La «crisis del carbón» (que sobre todo se debía a la falta de trenes provocada por la guerra) se agudizó de tal modo que a mediados de febrero Carlos I ordenó garantizar el abastecimiento de carbón de Praga, en caso necesario con ayuda del ejército.

plata opuesto a quien le pide ayuda», se dice justo al principio: la estufa no es lo único que está vacío. Y por eso el narrador no regresa a su propia y fría habitación, sino que se pierde por indeterminadas «regiones de las montañas heladas», igual que el médico rural del relato que lleva ese título, cuya frase final proporciona la clave hermenéutica: «Desnudo, expuesto a la helada de esta época aciaga, con un carruaje terrenal y unos caballos no terrenales, vago por los campos, yo, un hombre viejo».

Kafka percibe las catástrofes epocales detrás de las cotidianas, pero, mientras las observa, las sufre también. En una época en la que el Estado abandona físicamente a sus súbditos y al mismo tiempo pierde a su supremo representante, literalmente en ese mismo momento Kafka empieza a reorganizar su vida externa y su escritura: experimenta, se lanza a formas nuevas, lo mismo en la vida que en la escritura. La estrecha relación temporal es asombrosa,¹⁹ la coincidencia evidente, está excluido el puro azar: Kafka reacciona de forma *productiva* a una crisis que le obliga a superar costumbres e inhibiciones y a buscar posibilidades de supervivencia. Los acontecimientos externos—las múltiples carencias, la muerte del emperador (cuyo nombre lleva él mismo)—los registra, como muchos otros, como confirmación última de que nada volverá a ser como era; la conclusión que saca para sí mismo es que *nada puede seguir siendo* como era. La pérdida le obliga a sacar nuevas fuerzas; al mismo tiempo *desencadena* esas fuerzas, y con ellas una corriente de imágenes e ideas... Del mismo modo había superado dos años atrás la debacle del Askanischer Hof. De nuevo se pone en marcha esa dinámica tan

¹⁹ Esto en modo alguno se aplica tan sólo al comienzo de la nueva fase de escritura: la pieza en prosa «Un viejo folio» fue escrita pocos días después de la perdida lucha por el poder y la abdicación del zar de Rusia, a mediados de marzo de 1917, un acontecimiento inmenso para la conciencia contemporánea.

extraordinariamente significativa para Kafka, que marca su vida, que le *mantiene* con vida: una *dinámica de la emergencia*. Una carta que lleva retraso, una tos en el cuarto de al lado le desestabilizan; en cambio, un mundo que se hunde le abre nuevos recursos, en apariencia ilimitados.

El 24 de noviembre de 1916, dos días después de tener noticia de la muerte de Francisco José, Kafka trata de hacer comprender a Felice por qué una vivienda propia es ahora más importante que todo lo demás, más importante incluso que la expectativa de un reencuentro: «Esa vivienda no es que, desde luego, fuera a devolverme la paz interior, pero sí me daría una posibilidad de trabajar; las puertas del paraíso no se me abrirían de nuevo de par en par, eso por supuesto, pero tal vez a mis ojos les fueran dadas dos rendijitas en los muros».¹⁶ *El paraíso*: es la imagen más fuerte de que dispone, una inmensa aspiración a la redención que ninguna otra persona ha planteado antes a la literatura. Pero ya no hay muro—él lo nota—que le separe de las anheladas libertades imaginativas: ese mismo día, corre al Callejón de los Alquimistas y abre su primer cuaderno en octavo, vacío por el momento, rodeado del olor de la pintura fresca.

Aún no sabe que pasará medio año allí. Y no puede sospechar... o digamos: no puede sospechar «humanamente», que casi con las primeras palabras que escribe—se trata de una acotación para «El guardián de la cripta»—encuentra ya una imagen insuperablemente exacta de su propia existencia y al mismo tiempo el lema de su futuro trabajo: «Escenario muy estrecho abierto por arriba».

¹⁶ Carta a Felice Bauer del 24 de noviembre de 1916.

8. OTTLA Y FELICE

Vivimos aquí, al borde del universo. El intento de vivir aquí está en marcha.

HALLDÓR LAXNESS, *Kristnibald undir Jökli*

Uno de los primeros días en que Ottla Kafka entró a su restaurada casita del Callejón de los Alquimistas, descubrió un fino volumen sobre la mesa: *La condena*, editorial Kurt Wolff, veintinueve páginas. Estaba al corriente, hacía cuatro años que su hermano había irrumpido en su cuarto, sobreexcitado tras una noche en vela, con la tinta del relato todavía húmeda. Eso era lo que la obra había tardado en aparecer al fin como título autónomo, y ahora estaba allí, en su casa, como regalo. Lo abrió: «Para F.», decía de forma críptica en la hoja de guarda (claro, para quién si no), pero debajo había una dedicatoria manuscrita del autor: «Para mi casera». Eso era encantador, y cosquilleó su orgullo; enseguida escribió para contárselo a su amigo Josef David. Pero la firma añadida era bastante singular y descolocó un poco a Ottla, que no sabía cómo explicársela y que por eso prefirió no decir nada al respecto, al menos de momento: «La rata del Palais Schönborn».

Era una de las típicas bromas de Kafka, enteramente a su costa. Kafka se encoge, y todos ríen con él. De hecho, en aquella gigantesca vivienda en alquiler del Palais Schönborn se había sentido completamente desplazado; tan sólo alzar la vista a los altos techos le hacía estremecerse. Pero el administrador le contó que había allí otros alojamientos, de proporciones menos intimidantes, y le guió hasta un ala lateral, en el segundo piso. Allí, Kafka apenas dio crédito a sus ojos: «un apartamento compuesto por dos habitaciones sin cocina, el cual parece concordar con las más extravagantes ensoñaciones de mis deseos».¹ Desde luego, no era posible

¹ Carta a Felice Bauer del 24 de noviembre de 1916.

ocuparla de inmediato; quizá más adelante, en algún momento.

Kafka decidió que quería *esa* vivienda o ninguna; renunció a hacer más visitas. Pero ¿era conveniente para su trabajo volver a alterar el *statu quo*? La cabaña de Ottla en el Callejón de los Alquimistas, aceptada al principio a regañadientes como solución provisional, se había revelado la cueva ideal para escribir, y después de que una amiga de Ottla, una muchacha enanoide llamada Růžena, aceptara previo pago hacerse cargo de la limpieza, la calefacción y el acarreo de carbón, Kafka podía pasar sus tardes en el castillo incluso con la conciencia tranquila... hasta jugaba seriamente con la idea de trasladarse allí arriba con sus escasas pertenencias y someter así sus capacidades ascéticas a una nueva e inaudita prueba. Con lo que, desde luego—como su padre había predicho hacía años—, se habría convertido en el loco de la familia.

Sin embargo, la familia se ahorró esa nueva penalidad, porque de repente—habían pasado unos dos meses desde la visita—Kafka tuvo noticia de que la sencilla vivienda del Schönborn estaba en alquiler: bastaba una promesa verbal. Y esta vez siguió su primer impulso, quería agarrar ese sueño... aunque, como de costumbre, enseguida empezara el enervante escalofrío de los reparos y la enérgica decisión amenazara con perder consistencia. Enseguida se le ocurrieron seis argumentos en contra de la vivienda, y otros seis a favor. Se los expuso con todo detalle a Felice Bauer, temblando de emoción ante aquella decisión existencial. Pero ya no era su consuelo, la mano fresca sobre la frente, lo que necesitaba ahora, era su *placet*:

[...] después de la guerra lo primero que pienso hacer es intentar conseguir un año de permiso, lo cual sin duda no será posible de inmediato, si es que lo es de alguna manera. Bueno, en tal caso tú y yo tendríamos el alojamiento más maravilloso que pueda imaginarse en Praga, dispuesto para recibirte, claro que por relativamente

poco tiempo, durante el cual te verías obligada a prescindir de una cocina propia, e incluso de cuarto de baño. Pero no obstante todo estaría a mi gusto, y tú podrías reposar a fondo dos o tres meses.²

Se trataba de una propuesta asombrosa. ¿Sin cocina, sin baño? Es decir, una vivienda proletaria, según los estándares berlineses.³ Pero, sobre todo, si realmente Kafka, como tantas veces habían hablado y habían acordado expresamente en Marienbad, quería trasladarse a Berlín después de la guerra, no bastaría con tomar un permiso en el Instituto de Seguros, por largo que fuera: tendría que *despedirse*. Si había cambiado de planes, si creía seriamente que a la larga podía compaginar escritura y trabajo en la oficina y seguir viviendo como funcionario en Praga, entonces era *ella* la que tenía que despedirse. Y, en efecto, podría descansar todo lo que quisiera. La carta de Kafka era ilógica, se le dieran las vueltas que se le dieran. Más exactamente: era de una lógica prolija, cómico-jurídica, en lo que se trataba de las medidas a tomar—vivienda propia sí o no, no o sí—, pero singularmente difusa cuando se preguntaba por la *intención* de esa decisión.

Esta extraña forma de elocuencia, que desemboca, con precisión analítica, en la oscuridad, se nos ha hecho familiar como una componente esencial de lo que hoy llamamos *kaf-*

² Carta a Felice Bauer de enero-febrero de 1917. Sigue habiendo dudas acerca de si Kafka llegó a enviar esta única, larga y significativa carta que nos ha quedado del invierno de 1916-1917. En su legado se encontró una copia mecanografiada, pero falta el correspondiente original en el paquete vendido por Felice Bauer.

³ En los edificios antiguos—incluso en los «señoriales»—de aquella época los baños eran una excepción. El anterior arrendatario de aquella gran vivienda que se le había ofrecido en primer lugar a Kafka en el Palais Schönborn había hecho instalar un baño a su propia costa (para lo que necesitó la mitad del pasillo). En el ostentoso palacete Fuchschlössl de Rodaun, que Hugo von Hofmannstahl habitaba con su familia desde 1901, no hubo ningún baño hasta el final de la guerra, y en el piso de arriba ni tan siquiera había agua corriente.

kiano. Cuando aparece en las cartas o diarios de Kafka, siempre es como reacción protectora frente a una situación que empuja a actuar de inmediato pero que es muy compleja e impredecible en sus consecuencias. El estilo de argumentación de Kafka, contaminado de lenguaje jurídico, incluso el creciente *esfuerzo* por argumentar, son los indicios más seguros de que se trata de algo decisivo y de que la decisión pendiente está «cargada» en alto grado. De «cuestión de peso» califica él el «asunto de la vivienda» ya en la primera frase de su carta, pero sólo puede comunicar a Felice una parte ínfima de ello, y que su exposición en la carta apunta *in toto* no es algo que se diga en modo alguno en broma. Por el amor de Dios, ¿qué era tan emocionante en una pequeña mudanza dentro de la misma ciudad, de una esquina bien conocida a la próxima?

Sin duda no se podían despreciar las dudas pragmáticas de Kafka: había encontrado—más por casualidad que por planificación—un nuevo ritmo de vida, psíquicamente equilibrado y extremadamente productivo. ¿Para qué entonces poner en juego esa felicidad con más experimentos? Ya había experimentado más de una vez que tenía el tiempo contado, que después de un invierno de escritura amenazaba un nuevo parón.

Pero los motivos de la excitación de Kafka eran, de hecho, otros, y el bullir de pros y contras no podía engañar a nadie acerca de que, en realidad, se trataba de un acto simbólico. Un cuarto amueblado alquilado como el de la Lange Gasse: eso seguía siendo un enclave del territorio paterno, no un lugar para vivir; como no lo era, por ejemplo, un cuarto de estudiante, cuando hacía mucho que había superado los treinta años. En cambio, la llave de una vivienda propia era el símbolo visible e inconfundible de la emancipación, y por tanto de la separación. Él lo sabía muy bien. Ya en el Callejón de los Alquimistas, abrir y cerrar la «propia» casa había sido una nueva y placentera experiencia, y para la misma

Ottla esa *sensación* de tener una llave en el bolsillo, la sensación de ser dueña de la casa, le ofrecía una satisfacción mucho más profunda que el uso propiamente dicho (de todos modos limitado a unas horas) de la casita.

Es imposible pasar por alto, en aquel sombrío y gélido invierno de 1916-1917, una resonancia emocional entre los hermanos, un mutuo refuerzo de impulsos que empujaban hacia la independencia. De los documentos que nos han llegado no se desprende si Kafka representaba un papel decisivo como modelo o siquiera como consejero para Ottla; sea como fuere, ella podía confiar en que, llegado el momento, él no dudaría en enfrentarse a los padres para apoyarla, incluso si *en la práctica* él mismo no podía seguir el ritmo emancipador de su hermana. Ahora Ottla se daba cuenta de que también él trataba de poner fin a la quietud de años: se quejaba menos, escribía con tanta disciplina como hacía mucho tiempo, luchaba por una vivienda, incluso se dedicaba a asegurar sus planes desde el punto de vista material y solicitaba el nombramiento de secretario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, con el correspondiente salto a dos categorías salariales más arriba.⁴

Durante las excursiones veraniegas en común con su hermana, Kafka tiene que haberse dado cuenta de que la creciente pulsión de Ottla hacia la independencia ya no se podía calmar por medios «pacíficos», es decir, tolerables para la familia. Y entendía muy bien—a él mismo no le pasaba otra cosa—por qué ella proyectaba esa pulsión hacia la naturaleza, en la que al menos se podía conseguir sin esfuerzo una *apariencia* de libertad. Caminos conocidos desde hacía

⁴ Carta al Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del 5 de febrero de 1917. La solicitud fue rechazada; tan sólo se autorizó un aumento del «plus por carestía de la vida», lo que reportó a Kafka un suplemento anual de apenas seiscientas coronas. Lo que, de todos modos, correspondía al alquiler de la vivienda en Schönborn.

mucho en los alrededores de Praga, incluso el parque Chotek, familiar desde la infancia, le parecían a Ottla como hechizados; en el bosque de Bohemia, donde pasó sola algunos días, la cálida lluvia de verano la sumió en éxtasis, y en el Callejón de los Alquimistas su hermano la obligaba una y otra vez a alzar la vista hacia el cielo nocturno lleno de estrellas. «Es un error pasar la vida en la ciudad, en la tienda. Ahora no hago planes, pero no se puede evitar tener deseos. Ni dudaría un solo momento en decidir pasar toda mi vida en el campo, aquí o en otro sitio, y no ver nunca más la ciudad...», escribió a Josef David.⁵

Pero sí hacía planes, naturalmente, y sabía muy bien que en las luchas que le esperaban no se trataría del amor a la naturaleza. En noviembre de 1916, mientras arreglaba en secreto su casita, hablaba por primera vez del asunto a sus padres: no quiero seguir trabajando en el negocio familiar. Quería dedicarse a la agricultura o a la horticultura, estaba tratando de adquirir los conocimientos necesarios para hacerlo. Fue una bomba, una revolución como la familia no había conocido antes: «*Meschugge!*»,⁶ fue la sentencia, aniquiladora y por supuesto irrevocable, del viejo Kafka. Para él, que contemplaba la topografía social desde el centro—es decir, desde su palco, duramente alcanzado, en el Altstädter Ring—, para él la tierra llana seguía impregnada de connotaciones de humillación, dependencia y falta de formación. De allí venía él, y no quería ni oír hablar de regresar. Su esposa sólo podía darle la razón en esto. La infantil Ottla, eternamente terca y al parecer empeñada en atormentar a sus padres, igual hubiera podido unirse al personal de servicio (con el que desde siempre tenía unas relaciones demasiado buenas), la vergüenza no habría sido menor. Pero ella hablaba en serio, y

⁵ Ottla Kafka a Josef David, 20 de agosto de 1916; carta citada según Binder [1968:439].

⁶ En yiddish: '¡Qué disparate!'. (N. del T.).

cuando resultó, tres meses después, que de hecho Ottla reunía información sobre escuelas de capacitación agrícola y el cultivo de las verduras, y que Franz—un perfecto «bribón», gritó el padre—incluso la apoyaba en eso, volvieron a oírse palabras fuertes en el salón de la familia.⁷

Ottla tenía entonces veinticuatro años, así que hacía mucho que estaba en edad de casarse; naturalmente, había que contar con echarla de menos en la tienda un día no demasiado lejano... Y la *echarían* de menos, en efecto: hacía pocos meses que incluso su padre había elogiado expresamente su capacidad (ante terceros, se entiende). Pero ahora Ottla no tenía en mente a ningún novio, sino una idea fija. Los sionistas se la habían infundido en aquel desdichado Club de Mujeres y Jóvenes Judías en el que se despreciaban los negocios, mientras se admiraba el esforzado trabajo en el campo como máxima dicha humana. Sí, también la hija de otro comerciante acomodado de Praga se había tomado en serio las ensoñaciones de ese «club» y se había ido a Palestina a trabajar en el campo, venciendo la fuerte resistencia de su familia. Bonitos modelos.

Pero el caso de esta muchacha entrañaba también una advertencia. Precisamente en febrero de 1917, cuando Ottla daba los primeros pasos decididos y buscaba plaza en una escuela de capacitación agrícola, apareció en uno de los periódicos sionistas un largo artículo sobre «Educación agrícola de las muchachas» en Palestina, una enérgica descripción del todo adecuada para acicatear aún más la voluntad

⁷ Se ha conservado un esbozo de carta de Kafka en la que hace averiguaciones para Ottla. El destinatario de esa carta es probablemente Moritz Schnitzer, vegetariano fanático y fundador de numerosas asociaciones de medicina natural, que vivía en Warnsdorf, al norte de Bohemia. Kafka se había hecho «examinar» por Schnitzer en abril de 1911. El insulto paterno de «bribón» está documentado en una carta de Kafka a Ottla del 19 de abril de 1917; una impresión de la dureza del enfrentamiento entre Ottla y sus padres la da la *Carta al padre* (OC I, 828-829 y *passim*.).

de sacrificio de Otla.⁸ Si el conflicto con ella iba demasiado lejos, si se le ponía demasiado contra las cuerdas, era capaz—aunque fuera entre lágrimas—de abandonar a la familia, y en tal caso no volverían a verla sino muchos años después, convertida en uno de esos colonos tostados por el sol. Una pesadilla para los Kafka.

Que las cosas no llegaran tan lejos no se debió al ruidoso padre, siempre empeñado en mantener el *statu quo*, sino más bien a las sutiles estrategias de compromiso e integración—manejadas con virtuosismo por la madre—que eran tradición en el seno de las agrupaciones familiares judías: si amenazaba una ruptura, se aflojaba la cuerda... pero no más de lo que permitía el radio del propio clan. Quien quería irse, quien no se dejaba apartar de su camino ni por los reproches ni por la presión moral, era despedido... pero no hacia la libertad.

Hacía siete años que Karl Hermann, el novio de Elli, había sido presentado a su futuro cuñado Franz como brillante modelo de energía y sentido de los negocios. *Tempi passati*. La común fábrica de asbesto, una idea del recién «incorporado» Karl, había tenido que suspender su producción hacía mucho: los sueños de un segundo milagro económico de los Kafka, incluida una carrera empresarial del hijo, se habían disuelto, sumergidos en la enorme oleada de quiebras que la guerra y el cierre de los mercados internacionales había traído consigo. Había que dar por perdida la inversión del padre y la del tío de Madrid, también la participación del co-pro-

⁸ Channa Meisel, «La educación agrícola de las niñas», *Jüdische Rundschau*, año 22, vols. 8 y 9 (23 de febrero y 2 de marzo de 1917). Es seguro que en el club de Otla se debatió este artículo, sobre todo porque raras veces se oía algo concreto sobre la vida de las mujeres judías en Palestina. También Kafka, que leía regularmente la *Jüdische Rundschau*, pudo haber conocido y discutido el artículo con su hermana.

pietario Franz, quien, desinteresado desde un principio del negocio, anhelaba el momento en el que aquel desolado taller de Žižkov desapareciera de una vez del registro mercantil. En 1917 llegó ese momento: las últimas esperanzas de volver a poner en marcha la empresa habían demostrado ser ilusorias; a finales de año se cerraron las actas y se puso en marcha la liquidación... en el mismo momento en que el asbesto, material de interés bélico, era de todos modos sometido a un rígido control del Estado. La diferencia entre los artículos de la mercería y las materias primas industriales fue otra dolorosa lección que los Kafka aprendieron durante la guerra.⁹

Sin embargo, la familia se enteró con asombro de que al inventor y (según el tribunal del distrito) «liquidador único» de la fábrica de asbesto se le había ocurrido entretanto una nueva idea para invertir su dinero (y seguramente también el de su esposa Elli) con beneficio. Se había hecho cargo en su pueblo natal, Zürau (Siřem), al noroeste de Bohemia, de una granja altamente endeudada, de unas veinte hectáreas, que unos parientes atendían a duras penas. Qué esperaba Karl Hermann de esta nueva operación de alto riesgo, si especulaba con obtener ayuda de su familia, con el dramático incremento de los precios de los productos del campo, o incluso con retirarse él mismo para llevar una vida tranquila como terrateniente, no lo sabemos. Pero al parecer no había encontrado a nadie que quisiera llevar las riendas de la granja, y como oficial en activo él tenía pocas oportunidades de ocuparse de ella en persona. Si la guerra no terminaba pronto, se podía dar por finiquitado también este proyecto.

Entonces surgió una brillante idea en la mesa familiar de

⁹ Respecto a los conflictos familiares en torno a la Prager Asbestwerke, véase *Los años de las decisiones*, capítulo 8. La cancelación del registro mercantil tuvo lugar el 26 de julio de 1918.

los Kafka, una idea sencilla y, sin embargo, de asombrosas consecuencias. Si no se podía impedir que Ottla abandonara la ciudad, ¿por qué no encargarle *a ella* la dirección de aquella granja? Había poco que perder: Ottla haría *todo* lo que estuviera en su mano por subsanar lo antes posible su falta de conocimientos, pues tenía algo que demostrar. Sus finanzas estarían bajo la inspección de la familia, porque tendría que dar cuenta de ingresos, inversiones y gastos corrientes a aquellos que le entregaban el capital inicial: a Karl Hermann—cuando estuviera de permiso en Praga—y, si no, a Elli. Y en el caso de que la empresa fuera exitosa se podía incluso contar con la gratitud de Ottla... gratitud porque se le hubiera ofrecido la base material para esa vida campestre que desde hacía poco con tanta vehemencia propagaba como la única digna del ser humano. A su vez, también Karl y Elli contraían deudas morales: al fin y al cabo, eran los Kafka los que se hacían cargo de su finca, por el momento sin valor, y preservaban a la pareja de otra debacle financiera. Era justo, así, que Elli asumiera, al menos durante algunas horas al día, el puesto de Ottla en el negocio paterno. Era perfecto. Y, por mucho que el padre siguiera refunfuñando, al fin y al cabo tenía que reconocer que ese plan era más inteligente que todo lo que a él se le había ocurrido.

Ottla se dio prisa en aceptar. Zürau era la oportunidad de irse sin tener que romper con los padres... lo que de hecho temía mucho más de lo que cabía desprender de sus obstinados discursos. Y, naturalmente, resultaba atrayente la perspectiva de ganarse la vida por primera vez bajo su propia responsabilidad: ya sólo eso hacía que cualquier esfuerzo mereciera la pena. Una vez al frente de la explotación—probablemente el próximo invierno—, ella adquiriría por su parte los fundamentos teóricos de los que carecía apuntándose a la anhelada escuela de capacitación. Hasta entonces, se haría con una base de bibliografía agrícola que su hermano le iba a mandar. Partió a mediados de abril de 1917, se despidió del

Callejón de los Alquimistas, de Franz, de su querida prima Irma. ¿Sospechaba en lo que se estaba metiendo?

A Kafka, el golpe liberador de su hermana tiene que haberle parecido un milagro. Por muy involucrado que estuviera en los preparativos prácticos, por muy clara que viera la jugada de ajedrez de sus padres, le pareció que el logro final iba mucho más allá de lo esperado. Una chica de ciudad como aparcera de una granja, en un entorno desconocido, entregada por completo a sus propias fuerzas... a todas luces, Ottla estaba resuelta a afrontar lo imposible. Ya su primer informe escrito demostraba de lo que era capaz: era una carta razonable, muy pragmática (que, como todas las demás rendiciones de cuentas, naturalmente fue estudiada con atención en Praga y sólo entonces enviada al propietario de la granja, «que se hallaba en campaña»). Incluso el padre—que en secreto lamentaba la pérdida de su más celosa trabajadora—reaccionó a las noticias procedentes de Zürau con tal calma que la familia lo miraba con asombro. Desde luego, Ottla echaba de menos su hogar. Más aún que a Josef David, su amante, echaba de menos los familiares callejones. Pero eso *no* estaba en aquella carta, e incluso frente a su prima Irma se avergonzaba de confesarlo.

También a Kafka la pérdida le afectó con más dureza de lo que era capaz de prever. Sólo el verano pasado había cobrado conciencia (y así se lo había dicho expresamente a Felice) de que Ottla ya no era su discípula, de que en realidad era la persona que él deseaba como *madre*, y el juego con la imagen materna formaba desde entonces parte del repertorio irónico entre los dos hermanos. Era lógico, escribía él ya en la primera carta a Zürau, que después de la partida de Ottla se hubiera encontrado una habitación gélida en el Callejón de los Alquimistas. Una tormenta había apagado el fuego en la estufa, «quizá casual, quizá intencionadamente».¹⁰

¹⁰ Carta a Ottla Kafka del 19 de abril de 1917.

Y cuando ella se atrevió a aludir ante él al precio emocional de su despedida, él respondió:

Me he sentido completamente abandonado por ti y, pensando en un posterior futuro (siempre pensando en el futuro), me he dicho: «Así que me va a dejar perecer...». Pero, aparte de tu carta, eso no es cierto, porque con la casa de allí arriba tú has propiciado una época mejor para mí, que se prolonga incluso ahora que (debido a los días de buen tiempo y a las dificultades para dormir que conllevan) por desgracia he abandonado el trabajo y además tú te has ido. Desde luego que habría muchas cosas de las que quejarse, pero todo está incomparablemente mejor que los últimos años.¹¹

Sin duda mejor, en general, más o menos... pero ¿incomparablemente mejor? Difícilmente podía convencer a Ottla de que la escritura (*por desgracia* abandonada) era una variable dependiente del clima de Praga: ésa era exactamente la clase de explicación con la que solían despacharse las cuestiones existenciales en el seno de la familia. Ella estaba por encima de eso. Su hermano la subestimaba.

El martes 10 de julio de 1917 Kafka se movía a cuatro patas por el domicilio de su hermana Valli. Buscaba una cartera, la cartera de mano de su prometida Felice Bauer, y la buscaba presa del pánico, porque esa cartera contenía novecientas coronas. Días antes habían estado los dos juntos en casa de los Brod, azorados ambos, Kafka con vestimenta inusualmente formal, con cuello duro, como si acudiera a una petición de mano; luego habían ido a casa del matrimonio Weltsch, y luego... Sí, Felice estaba segura, pero no *absolutamente* segura, de que aún llevaba la cartera consigo. Revolvieron armarios y cajones, pusieron a toda la familia en estado de agitación. *Semejante cantidad de dinero*. Y el

¹¹ Carta a Ottla Kafka del 16 de mayo de 1917.

tiempo apremiaba, porque el miércoles la pareja salía de viaje rumbo a Hungría; Felice iba a Arad, a casa de su hermana Else, y Kafka la acompañaba por lo menos hasta Budapest. No quedaba más remedio que repasar sistemáticamente todas las posibilidades... así que primero fueron corriendo a casa de los Weltsch. No, informó la señora Irma con bastante aspereza (y sin advertir que Kafka realmente se desesperaba ante la amenaza de la pérdida), sin duda el bolsito no se había quedado allí, ella se lo habría dicho.¹² Así que... de vuelta a casa de Valli, donde Felice se había alojado durante los pocos días de su visita a Praga. Allí lo habían revuelto todo, pero Kafka, otra vez sistemático, empezaba ahora a examinar el suelo, a mirar debajo de los sillones, armarios y camas. Entonces movió la maleta de Felice. Y debajo de la maleta estaba la cartera.

La repentina aparición de Felice Bauer en Praga—hacia más de tres años que no había visitado la ciudad—resulta extraña: ninguna carta, ni una sola nota de Kafka indica que tras la repentina paralización de la correspondencia pudiera haberse producido una nueva aproximación. Pero no puede haberse tratado de una visita espontánea, y mucho menos de un intento de sorpresa:¹³ de hecho, Kafka, como se ha visto, se mostró dispuesto a acompañar a Felice a su viaje a Hungría, para lo cual (como en el viaje a Hungría con Elli) no sólo tenía que solicitar el pasaporte semanas antes, sino superar también la resistencia del director Marschner, que a los funcionarios que le quedaban sólo podía autorizar

¹² Ante la pregunta de Kafka, que al parecer interpretó como un signo de la peor desconfianza, Irma Weltsch se puso tan furiosa que no sólo insultó a su marido por traer a casa a semejantes «amigos», sino que escribió a Kafka una carta bastante agresiva (como se desprende de los diarios inéditos de Weltsch). Kafka no recibió esa carta hasta su regreso de Budapest, y se disculpó enseguida de forma exuberante y diplomática.

¹³ De una carta de Julie Kafka a Felice Bauer del 26 de marzo de 1917 se desprende que esa visita estaba ya prevista para primeros de año.

los permisos imprescindibles, más aún si estaban en edad militar. Pero sobre todo la aparición de Felice en Praga significaba inevitablemente el ceremonioso encuentro con los padres de Kafka, que naturalmente estaban informados del compromiso de Marienbad, y a cuyas indiscretas indagaciones—¿cuándo os casáis de una vez?—era preferible replicar con respuestas bien preparadas de antemano. En cualquier caso, en el inventario de las formalidades burguesas no estaba previsto un segundo compromiso; lo que se celebraba era el reencuentro y la superación de algunos *malentendidos*, que habían retrasado la alianza acordada ya hacía años y bendecida en su momento por los padres. Cabe suponer que, como muy tarde a partir de mayo de 1917, Kafka había vuelto a intensificar el contacto con Felice y había preparado a conciencia su aparición. Las visitas que hizo con su novia a sus amigos más íntimos apuntan además a que la pareja se había puesto de algún modo de acuerdo en seguir considerando válidos los acuerdos de Marienbad.

Aun así, no fueron días felices; sólo el alivio que supuso encontrar la cartera les dio un poco de vuelo. Aunque no hay testimonios directos, la presión de las convenciones, las miradas dubitativas de los padres, el espectáculo que Kafka representó del brazo de su prometida—y que, en realidad, como Brod observó con razón, bien podía haberle ahorrado...—,¹⁴ todo aquello evocaba sin duda recuerdos que él hubiera preferido enterrar para siempre, recuerdos de Pentecostés de 1914, de aquella desdichada «expedición de compromiso» a Berlín que había distorsionado con asuntos prácticos su deseo más íntimo y que aún avivaba terribles fantasías. Sin duda, Kafka estaba más seguro de sí mismo, y cuan-

¹⁴ Brod, *Franz Kafka. Una biografía*, p. 140. La ulterior observación de Brod de que en ese verano de 1917 también habían «alquilado una casa para la joven pareja» y adquirido muebles se basa obviamente en un fallo de memoria.

do pensaban en la fallida compra de muebles con la que todo había terminado tres años antes... Él sabría impedir algo semejante en Praga. Pero ¿y ese manojo de billetes que Felice llevaba en su cartera? ¿Estaba destinado a su hermana, en Hungría? ¿O era un anticipo para la futura vida en común con Franz? A él no le gustaban las personas que pensaban en todo, pero precisamente *ella* pensaba en todo.

Por su parte, las medidas prácticas de Kafka se revelaban una y otra vez totalmente ajenas a la vida. Porque «la más maravillosa vivienda que puedo imaginar en Praga», ese refugio en el Palais Schönborn que había descrito con tanto entusiasmo a Felice presentándolo como futuro lugar de descanso común, resultó ser un húmedo antro para solteros, que olía a cerrado incluso en verano, por más que la fiel Růženka, que entretanto atendía las dos casas de Kafka, fregara y calentara cuanto quisiera. Incluso si Felice—para quien *confortable* era el adjetivo supremo—se hubiera decidido a invertir parte de sus ahorros en alojarse allí por algún tiempo de forma soportable (siempre sin baño, sin cocina y—eso era lo más increíble—sin llave propia del portal), la resolución de Kafka ponía en cuestión su voluntad de vivir juntos. Y tampoco testimoniaba esa voluntad la casita pintada de verde oscuro en el Callejón de los Alquimistas, que Kafka tampoco se ahorró darle a conocer. La casita había sido construida en el año 1600. Uno hubiera querido estar allí cuando Felice asomó la cabeza cautelosamente, sujetándose el sombrero.

Sin duda ambos estaban contentos de salir por fin de Praga, pero lo estaban por muy distintas razones, y los pocos días que pasaron juntos en Budapest estuvieron bajo desfavorables augurios. Kafka tiene que haber percibido la creciente alienación de la mujer con la que seguía queriendo casarse, y con la que toda convivencia—sobre todo en presencia de la familia—se convertía en un ejercicio agotador, como un penoso contraste con la cálida y relajada confianza de la que había disfrutado con Ottla hasta hacía poco. «El viaje ha

sido medianamente soportable pero desde luego no ha sido un viaje de descanso y entendimiento», le decía a su hermana.¹⁵ Mucho más no se podía decir en una postal. De hecho, los prometidos estuvieron al borde de una ruptura definitiva, y cuando finalmente subieron a sus trenes en direcciones opuestas—Kafka hacia Viena, Felice hacia Arad, al sureste—, no estaba en absoluto claro cuándo volverían a verse, y si volverían a hacerlo. Ella le escribió dos largas cartas a su regreso; las dos quedaron sin respuesta, las dos han desaparecido.¹⁶

Su retrato tal vez más conocido, el más reproducido, muestra a Kafka con su novia Felice Bauer: es la única foto en la que se les ve juntos a ambos. Una convencional fotografía de estudio: Kafka de pie, Felice sentada en una silla que, para compensar las estaturas, o tiene la altura de un taburete de bar o está sobre una tarima. Kafka con un traje de verano claro y pañuelo en el bolsillo, corbata oscura estampada sobre camisa blanca; Felice con falda larga y blusa blanca, con un medallón sobre el pecho en el que probablemente se encuentre el retrato de Kafka, y en el regazo una cartera negra que puede que contenga novecientas coronas. Apenas se tocan, tan sólo la mano de Kafka se apoya, extrañamente doblada,

¹⁵ Postal a Ottla Kafka del 28 de julio de 1917.

¹⁶ El escritor Rudolf Fuchs, al que Kafka se encontró en el viaje de vuelta a Viena, cuenta en sus memorias: «Ya antes, en Praga, me había hecho alusiones a que en Budapest decidiría si mantenía un compromiso o lo deshacía. En Viena me contó que había roto con su novia. Estaba del todo sereno. Parecía incluso encontrarse bien» (Rudolf Fuchs, «Kafka y los círculos literarios de Praga», en Koch 2009:123-124). Es posible que Kafka no se expresara con tanta claridad, pero esta tesela del mosaico encaja, con todas las reservas. El viaje invernal de Felice Bauer a Arad aparece mencionado en la biografía de Kafka que escribió Brod, pero no hay una prueba inequívoca de ello. Aunque Arad ya no estaba bajo amenaza militar, las hermanas podían haberse puesto de acuerdo para encontrarse en Budapest.

en un pliegue de su falda. Ambos miran de frente a la cámara, en sus pupilas se reflejan dos lámparas de estudio. Felice, con los gruesos labios entreabiertos, espera el ¡clac! del aparato; en cambio la expresión de Kafka es completamente indeterminada. ¿Sonríe? Así parece, a primera vista. Pero hay algo que no encaja en los rasgos de ese rostro, es como si se estuviera contemplando una imagen asimétrica, cuyo mensaje oscila de continuo. Una impresión enigmática, casi inquietante, que sólo se aclara cuando se observan uno a uno esos rasgos que no se dejan clasificar. Entonces resulta que *es* en efecto una imagen asimétrica. Porque, si se cubre la mitad derecha del rostro de Kafka, aparece una sonrisa inequívoca, formada por la boca y el ojo; en cambio, si se cubre la mitad izquierda, se tiene un rostro serio, neutral y atento. La epifanía de una verdad oculta, que no es raro encontrar precisamente en fotografías muy preparadas.

¿Por qué en el año 1917 se pusieron en manos de un fotógrafo profesional? Eso no solía hacerse sin un motivo formal, y en este caso el motivo sólo puede haber sido el estatus de compromiso recientemente reafirmado. Es una *foto de compromiso*, y en la mano izquierda de Felice vemos el correspondiente anillo (el mismo, probablemente, que se había quitado furiosa en otoño de 1914). En Praga no había habido tiempo para ir a un estudio, las copias no habrían estado listas antes de partir, y a nadie le gusta fotografiarse mientras piensa con pánico que ha perdido un manojo de billetes. Pero la hermana en Hungría también esperaba una foto, y en Budapest se presentaba la última oportunidad de hacérsela. De hecho, la última. Fue, como quizá ambos intuían, una foto de despedida. Una foto que fijó el momento en el que el capital sin duda no contable, pero sí erótico, quedó irrevocablemente gastado. Una foto en la que, con sólo mirar con atención, se podía leer el futuro.

No sabemos nada del viaje de regreso de Felice Bauer a Berlín. Está claro que no pasó por Praga.

9. PUBLICACIÓN DE «UN MÉDICO RURAL»

... entonces abrí el libro, leí tu nombre
impreso, y fue como si te viera.

BETTINA VON ARNIM,
Goethes Briefwechsel mit einem Kinde

Llevo lo que se dice una vida monótona, se desenvuelve encerrada en mi desdicha innata, la cual, por así decirlo, está dividida en tres partes. Si no soy capaz de nada, me siento desgraciado; si soy capaz de algo, no dispongo de suficiente tiempo; y si pongo mis esperanzas en el futuro, enseguida me sobreviene el miedo, ese miedo de otra especie, miedo de que con mayor motivo me resulte imposible trabajar. Un infierno magníficamente calculado—y esto es lo principal actualmente—, no faltan en él los buenos momentos.¹

Eran, como Kafka sabía hacía mucho, más que meros momentos. Ya en febrero de 1917 hacía balance por primera vez y anotaba una lista de once títulos, marcados con rayas y signos de interrogación: el extracto aprovechable de tres cuadernos en octavo. Un mes después otra lista, más segura esta vez, doce títulos en un orden bien definido: se trataba de un índice, sin duda, y la prueba inequívoca de que Kafka volvía a pensar en la publicación de *un libro*.

Sin duda las expectativas de su editor no le habían movido a ello, porque hacía tiempo que desde la central de Leipzig no le llegaban palabras de ánimo o comprensión. Su escepticismo hacia Kurt Wolff había recibido nuevo alimento en los últimos tres años: nadie parecía acordarse de la expresa promesa de reunir *La condena*, *El fogonero* y *La transformación* en un volumen—Kafka seguía lamentando que no llegara a realizarse ese libro, que debía titularse *Los hijos*—, y el bondadoso pero continuamente desbordado gerente Meyer,

¹ Carta a Felice Bauer del 20 de diciembre de 1916.

al que costaba trabajo hacer que leyera, sólo se entusiasmaba con ideas «comerciales» y jugosas liquidaciones. Recientemente, Wolff incluso había rechazado incluir *En la colonia penitenciaria* en la colección «El Juicio Final», importante desde el punto de vista programático, y había dejado a Kafka en la duda de si el relato llegaría a publicarse en la editorial.

Había motivos para dudarlo, y Kafka ya no podía esperar un trato preferente. Porque la pequeña y accesible editorial, cuyo comité de lectura solía reunirse alrededor de una botella de vino, se había convertido en pocos años en una empresa que hacía literalmente «parecer viejas» a sus competidoras establecidas, aunque aún no fuera una amenaza económica. Wolff se expandió, absorbió colecciones y fondos completos de otras editoriales, y hacía mucho que no necesitaba enviar cartas publicitarias. En vez de eso la editorial era cortejada por un número creciente de autores, y en absoluto sólo debutantes. Incluso autores emblemáticos de editoriales como S. Fischer o Cassirer echaban de vez en cuando miradas envidiosas a Leipzig, donde la intuición editorial y los anuncios imaginativos se combinaban de manera en extremo atractiva.

El catálogo del año 1916 recogía más de cuatrocientos títulos activos, lo que obligaba a Wolff a controlar sus programaciones y las nuevas adquisiciones. Porque ¿quién iba a trasegar esas masas de papel? Ya no se disponía de asesores cualificados, y, mientras durase la guerra, había pocas esperanzas de poder delegar un volumen significativo de dictámenes sobre manuscritos en los autores más ligados a la casa. Werfel era soldado, Ehrenstein había discutido con Meyer, el morfínmano Johannes R. Becher sólo llegó a colaborar episódicamente, y Brod, como asesor externo, estaba demasiado lejos como para poder intervenir en el negocio cotidiano.

Se percibían indicios de cierta sobrecarga del catálogo que amenazaba con hacer que a largo plazo la editorial resultara intercambiable con otras, algo que Wolff trató de evitar con

una rigurosa clasificación en colecciones y series: «La Nueva Novela», se llamó la primera y más exitosa de ellas; una iniciativa que no parece haber reforzado la confianza de Kafka en su propio papel dentro de ella. Mientras todas las novelas de Brod se reeditaban en colecciones en las que se codeaba con títulos de Anatole France, de Knut Hamsun, de Heinrich Mann, Kafka tenía que decirse a sí mismo que también ese tren partía inevitablemente sin él. Porque, si su editor realmente tenía intención de, en medio de una guerra mundial, ofrecer una plataforma a la novela europea—y había signos que apuntaban a que tanto la apuesta por este género literario como la internacionalización del catálogo debían ser entendidos como gestos de política cultural—, Kafka no podía contar con un gran interés hacia sus insignificantes granos de oro, hacia las «imposibilidades» de sus cuadernos en octavo. De hecho, cuando Kurt Wolff pidió a sus autores, a finales de 1916, que le enviaran textos para el nuevo almanaque anual, Kafka partió de la base de que tenía que tratarse de extractos de *novelas*. «La Nueva Novela»: ése era el título del almanaque, del que, aunque sólo fuera por la enorme tirada de treinta mil ejemplares, ningún autor quería quedar excluido. Pero Kafka no tenía nada para enviar, y la breve pieza en prosa «Un crimen», que Brod propuso en nombre suyo, fue rechazado a vuelta de correo: no había excepciones para Kafka.

No fue más que un débil consuelo que su nombre volviera a aparecer, después de años, en el *Prager Tagblatt*.² Los suscriptores de este diario se concentraban en un área que Kafka podía abarcar en su vespertino descenso del Hradschin; pero publicar en periódicos—Brod le insistía una y otra vez—no era el peor medio de mantenerse vivo en la memoria de los lectores: en ellos, precisamente, las pequeñas formas literarias ofrecían magníficas posibilidades de alcanzar un efec-

² «Un sueño», *Prager Tagblatt*, 6 de enero de 1917, suplemento de ocio, p. 1.

to al que, finalmente, también editores y críticos tenían que reaccionar. A Kafka no se le escapaba tal cosa; ahora respondía con más frecuencia a las invitaciones, incluso sus severos reparos hacia la industria literaria parecían diluirse poco a poco. De hecho, las bibliografías reseñan, sólo en el año 1917, nueve publicaciones en periódicos, revistas, almanaques y antologías—la mayoría proporcionadas por Brod—, y aún estaba previsto mucho más: la exclusiva revista de literatura y arte *Die Schöne Rarität* ofreció a Kafka una colaboración regular en ella, y el investigador de la literatura Josef Körner, condenado por el archivo de guerra a redactar la revista patriótica *Donauland*, aceptó el ofrecimiento de ayuda que Kafka le hizo.³ Éste sin duda habría aceptado con entusiasmo una oferta de la que seguía siendo la más renombrada revista de literatura en alemán, la *Neue Rundschau*. Pero desde que Musil se había ido a la guerra Kafka ya no tenía ningún defensor en S. Fischer, y ésta no era la menor de las numerosas consecuencias de la catástrofe general que ya habían alcanzado a Kafka.

Bajo el influjo de la propia y placentera productividad, no sólo cambió la actitud de Kafka respecto a las revistas, sino también respecto al diálogo con otros autores. Aunque seguía sin poder forzarse a ofrecer textos para la imprenta sin que se los pidieran, ocurría que hiciera de mediador para otros. Así, por ejemplo, el poeta Gottfried Kölwel, que había asistido a la lectura en la galería Goltz de Múnich, consideró a Kafka lo bastante influyente como para pedirle que abogara en su favor ante Wolff (un encargo que luego Brod tuvo que llevar a cabo a escondidas). El escritor y traduc-

³ En los primeros seis números de la revista mensual *Die Schöne Rarität* (julio a diciembre de 1917) se menciona a Kafka como colaborador, si bien no publicó nada en ellos. A finales de 1917, en condiciones tanto exteriores como interiores totalmente distintas, Kafka retiró su aceptación. La breve relación con *Donauland* se desprende de dos cartas a Josef Körner del 8-10 y del 16 de diciembre de 1917.

tor de Praga Rudolf Fuchs, con el que Kafka se veía a veces, también le pidió ayuda... y con éxito, porque Kafka logró despertar el interés de Martin Buber en algunos poemas de Fuchs. Kafka incluso mediaba por iniciativa propia: así, por ejemplo, mostró a Buber poemas del poeta de Praga Ernst Feigl sin que éste lo supiera.⁴

Quien fuera capaz de dar a Kafka la impresión de una sinceridad sin artificios y un interés personal básico podía vencerle de casi todo, en eso él no conocía barreras ni sociales, ni culturales, ni ideológicas. Lo había demostrado en 1911, cuando—para horror de sus padres y asombro de sus amigos—se había mostrado en público por las calles de Praga con el desharrapado y sin duda llamativo Jizchak Löwy. También el ingenuo fanático de la salud Moritz Schnitzer, al que Kafka admiraba sin por ello dejarse engañar por él, era todo lo contrario de un personaje presentable: en los cafés literarios (en los que naturalmente Schnitzer no ponía un pie) ni siquiera se le habría aceptado como un original entretenido, y como orador estaba por debajo de toda crítica... algo que Kafka aceptaba de buen grado, sin admitirlo como un argumento *ad personam*.⁵

Kafka era capaz de aliarse con su propia antípoda. La prueba la dio en julio de 1917, cuando en el tren nocturno de Viena a Praga topó con una ruidosa pero interesante pareja de amigos, lejanamente conocidos: el redactor de suplementos literarios y artista de la oratoria Anton Kuh, un personaje conocido en el café Arco de Praga, y el escritor, psiquiatra y psicoanalista Otto Gross. Una pareja muy desigual a prime-

⁴ También en este caso, sin embargo, la iniciativa partió en última instancia de Feigl, que ya en el otoño de 1916 había pedido a Kafka su intercesión ante Kurt Wolff Verlag. Kafka había accedido a ese deseo (carta a Georg Heinrich Meyer del 30 de septiembre de 1916), aunque sin éxito.

⁵ Refiriéndose a Schnitzer, Weltsch escribía a Kafka en octubre de 1917: «la simplicidad personificada», a lo que Kafka respondía en carta del 19-21 de octubre de 1917: «no es tan fácil despacharlo así».

ra vista. Porque mientras Kuh sólo se hacía astutamente el loco (a veces también se fingía homosexual, lo que aún le garantizaba más atención), el cuarentón Gross era un personaje de mala fama, surgido del inframundo burgués, siempre envuelto en espantosos rumores: médico drogodependiente, anarquista, propietario de distintas clínicas psiquiátricas, estuvo durante años en una lista de acusados por un supuesto crimen; tenía cuatro hijos de cuatro mujeres distintas, era amante simultáneo de tres hermanas, y finalmente, a instancias de su propio padre, el famoso penalista y criminólogo Hans Gross, fue detenido en Berlín, internado en un sanatorio e incapacitado en un espectacular proceso. Dado que el caso Gross había sido ampliamente tratado en *Die Aktion*, de Berlín, y otras revistas, Kafka debía de saber exactamente a quién tenía delante: un hombre que, aunque sólo fuera seis años mayor que él, tenía detrás suyo una amplia gama de experiencias humanas de todo tipo, desde los paseos por las alturas intelectuales con Freud, de quien había sido discípulo predilecto y paciente, hasta la miseria de los paritorios y los hospitales de guerra, en los que se encargaba de las dolencias *de otros*. Sin olvidar la guerra abierta con su propio padre, que dio mucho que hacer a los tribunales incluso después de su muerte, y que fue seguida conteniendo el aliento por la escena expresionista: como si Gross, que hacía saltar desde el psicoanálisis la chispa de la revolución social, que por tanto no sólo combatía a su padre, sino al patriarcado en general, hubiera cargado sobre sus espaldas las dolencias de toda una generación.⁶

⁶ La detención de Gross en Berlín tuvo lugar el 9 de noviembre de 1913; el 20 de diciembre, tanto *Die Aktion* (Berlín) como *Revolution* (Múnich) lanzaron números especiales sobre Otto Gross que atacaban personalmente a su padre en varios artículos. Produjo especial indignación la cooperación de la policía berlinesa con el profesor austriaco de Derecho penal, que se había producido entre bastidores y de forma probablemente ilegal. Es posible que Kafka recuerde este asunto en la secuencia inicial

El tren estaba repleto, como todos los trenes de larga distancia durante la guerra, así que a los viajeros Kafka, Kuh, Gross, su amiga Marianne («Mizzi») Kuh y la pequeña Sophie, de ocho meses, no les quedó más remedio que pasar la noche de pie en el pasillo: la niña, obediente y sin hacer ruido; Anton Kuh, cantando y charlando, como era propio de él; Gross, en cambio, entregado a un insistente monólogo de horas, sin consideración hacia el agotado Kafka, que tan sólo asentía y sonreía mecánicamente (Gross probablemente ni sospechaba que estaba hablando con un antiguo alumno de su padre). Al parecer, se trataba de una de las últimas ideas de Gross: la interpretación del Génesis en clave matriarcal, especialmente del «pecado original»; al describir la escena unos años después, Kafka no recordaba haber entendido lo más mínimo. Pero le había quedado una impresión gráfica y precisa, y la convicción de que en Gross había «algo esencial».⁷

Kafka no tuvo apenas ocasión de constatar esta impresión, porque pocos días después tuvo lugar su segundo y último encuentro con Gross. Brod lo había invitado a un encuentro al que además asistieron Werfel (también, como él, desde Viena) y el músico Adolf Schreiber, un amigo de juventud de Brod. Nada nos ha llegado sobre el desarrollo de esta curiosa reunión... salvo que Gross impuso una vez más su carismáti-

de *El proceso*, escrita tan sólo ocho meses después. Sobre Hans Gross y su padre, véase *Los primeros años*, capítulo 20.

⁷ Carta a Milena Pollak del 25 de junio de 1920. «Explicaba su doctrina con un pasaje bíblico. Desmenuzaba constantemente ese pasaje, constantemente pedía mi aprobación». Con elevada probabilidad, el contenido de las divagaciones nocturnas de Gross se encuentra en su ensayo «La idea básica comunista en el simbolismo del paraíso», publicado en *Soujet*, n.º 1 (1919), pp. 12-27, porque éste es el único de sus textos en el que interpreta *in extenso* pasajes del Génesis. Kafka había atendido las lecciones de Hans Gross en los cursos 1903-1904 y 1904-1905, y también había participado en un seminario. Había ido con Brod a sus clases de Historia de la Filosofía del Derecho (verano de 1904).

ca presencia, de tan desconcertante efecto. Lo prueba el hecho de que Kafka, poco amigo de involucrarse en la puesta en marcha de revistas literarias, siempre titubeante a la hora de publicar en cualquiera de ellas, ese mismo Kafka se dejara convencer para participar en la *fundación* de una nueva revista. *Hojas para Combatir la Voluntad de Poder*, iba a llamarse: un título provocativamente antipatriarcal, que a Freud no se le habría ocurrido ni en sueños, pero que sin duda fue acogido con aplauso en el mundo en el que vivía Gross, los círculos bohemios de Viena, Berlín, Múnich y Ascona, y que además recordaba de forma paródica a las *Hojas para Combatir el Alcohólicismo* de Viena.

A Brod, no le gustaba la idea, con su aspecto de broma, y tampoco Werfel quedó convencido de momento; en su condición de persona destacada sometida a disciplina militar, no le convenía ver su nombre asociado al de un morfinómano, declarado enemigo de la sociedad militarizada. Kafka, en cambio, estaba entusiasmado; y aunque seguramente le advirtieron de que, a pesar de su genio, Gross era un tipo inconstante, que era mejor no confiar dinero, dos veces preguntó por escrito por el proyecto. «Una revista que durante largo tiempo me ha resultado atractiva (actualmente desde luego que todas) ha sido la del doctor Gross, porque, al menos aquella tarde, me pareció que emergía del fuego que genera un cierto compromiso personal. Síntoma de una aspiración moldeada personalmente, una revista quizá no pueda ser más que eso», escribió a Brod.⁸

La revista quedó en nada; tan sólo tres años después, Gross, al que la drogadicción había socavado intelectualmente, haciéndolo cada día más imprevisible, pereció de manera miserable en las calles de Berlín. Aun así, aquella velada en Praga tuvo un vehemente epílogo, y de eso habría de encargarse un día Franz Werfel.

⁸ Carta a Max Brod del 14 de noviembre de 1917.

Max Brod tuvo que percibir el persistente interés de Kafka por Gross como un aguijón, y sin duda no es casualidad que no le dedicase una palabra. «Síntoma de una aspiración moldeada personalmente»: eso sonaba especialmente torpe viniendo de *esa* boca, por mucho que también en opinión de Brod una aspiración así fuera la base ideal de una revista. Pero ¿cómo imaginaba Kafka la comunidad de intereses con una persona en cuyo vocabulario no aparecía el concepto «judío», para la que todas las cuestiones relacionadas con la política identitaria judía—incluyendo el sionismo—eran en todo caso manifestaciones marginales de una crisis cultural mucho más amplia? Y si se trataba de revistas «atractivas» por las que sentirse concernido, ¿por qué no pensar en *Der Jude*, el órgano nacionalista cuyo acceso Brod en persona le había franqueado a Kafka?

Las obstinadas reclamaciones de Brod a Buber en el sentido de que en *Der Jude* debía publicarse literatura en lengua alemana habían acabado por surtir cierto efecto, pese a las diferentes perspectivas de uno y otro. El criterio decisivo para saber si una obra literaria pertenecía o no a la escritura judía era, para Brod, el «espíritu judío», y para Buber, en cambio, la lengua. «Es evidente que en la literatura alemana hay elementos de un espíritu específicamente judío, en síntesis peculiar con lo alemán», concedía ante Brod. Pero no por eso se convertía a sus ojos en literatura judía: «Va contra mi pensamiento y sentimiento que una obra pueda pertenecer a dos literaturas; y seguramente ni Werfel, por ejemplo, ni usted piensan en segregarse de la literatura alemana».⁹

Precisamente era en eso es en lo que pensaba Brod, sin embargo. Y, al mencionar a Werfel, Buber estaba echando piedras contra su propio tejado, hasta el punto de obligarlo a cuestionar su posición. Porque hacía mucho que Werfel ya no era un «literato» enamorado de sí mismo; había madura-

⁹ Martín Buber a Max Brod, 15 de enero de 1917, en Buber [1972:459].

do bajo el impacto de la guerra, y se había vuelto hacia cuestiones religiosas, sobre todo la cuestión de la *identidad* religiosa. De manera titubeante, empezaba a cerciorarse de sus propias raíces judías; pero al mismo tiempo crecían sus simpatías por la interioridad contemplativa, apartada del mundo, de un cristianismo idealizado (lo que reportó una reprimenda pública de Brod).¹⁰ El mundo, pensaba, sólo podía salvarse mediante un milagro, no por una actividad orientada por una determinada cosmovisión, menos aún por una mezcla de literatura y política de partido como la que practicaban ciertos sionistas de Praga. Pues, en última instancia—y éste era el punto en el que Werfel coincidía con Otto Gross—, eso llevaba a *otra* forma organizada de poder, por honorables que fueran sus motivos. Ser radical, afirmaban los sionistas, significaba dejar de seguir hablando y poner manos a la obra. Lo verdaderamente radical, les contradecía Werfel, era dar absoluta vigencia al individuo. El yo, y más aún el yo que escribía, era responsable ante sí mismo, en todo caso responsable ante Dios, y ante nadie más.

Sin duda ésa no era la postura de Buber, y la contemplación pura era lo último que hubiera querido prescribir al «judaísmo nacional» que vibraba a escala internacional. Pero la intensidad con la que Werfel luchaba por lograr una posición desde la que pudiera responder ante sí mismo impresionaba mucho más a Buber que la fidelidad a los principios sionistas de Brod: esa seriedad casi desesperada, esa lucha por la autenticidad, tenía que conmover a alguien que hasta ese momento había creído que sólo importaban la creencia correcta y los éxitos exteriores del «movimiento». Así que Buber publicó dieciséis nuevos poemas de Werfel, con una

¹⁰ Véase Franz Werfel, «La misión cristiana. Una carta abierta a Kurt Hiller», *Neue Rundschau*, n.º 28 (1917), pp. 92-105; así como Max Brod, «La "misión cristiana" de Franz Werfel», *Der Jude*, n.º 1 (1916-1917), pp. 717-724.

«Nota preliminar» que reclamaba para el judaísmo la íntima ansiedad de este poeta.¹¹

Eso era lo que Brod había estado esperando: así que literatura alemana en *Der Jude*. Pero, si Werfel hacía aquí su gran entrada en escena, ¿por qué no también Kafka de una vez? Apenas tuvo Brod el número de abril en sus manos, envió un nuevo requerimiento a Buber para que se fijara en los manuscritos de Kafka, porque tenía «muchas pequeñas y maravillosas obras en prosa, leyendas, cuentos escritos en esta última época». ¹² Ésas eran (como Brod, naturalmente, sabía) palabras no enteramente fieles a la verdad, pero atractivas, que no dejarían de hacer su efecto en Buber.

La ocasión era muy favorable, porque Kafka, que seguía encontrándose en una buena racha y, eufórico, acababa de empezar a llenar otro cuaderno en octavo y estaba ansioso de ver por fin impresa la cosecha del pasado invierno. Cuando, a mediados de abril de 1917, tuvo por fin en las manos una invitación de Buber, no dudó un instante en presentarle casi todas sus nuevas obras pasadas a limpio, y dejar libre elección al redactor. Buber quedó obviamente impresionado, pero por otra parte le preocupaba cómo justificar ante sus lectores la publicación de textos tan ambiguos: en *Der*

¹¹ Martin Buber, «Nota preliminar sobre Franz Werfel», *Der Jude*, n.º 2 (1917-1918), pp. 109-112. Buber podía invocar una comunicación confidencial de Werfel del 31 de enero de 1917: «Ahora, tome mi mano y mi confesión (quizá esto no sea importante) de que me siento enteramente "nacional" como judío y me reconozco como tal, con todos los malos contenidos de este nombre y algunos buenos» (Buber 1972:468). Sobre la desconfianza de Buber hacia los éxitos externos, políticos, véase una carta a Siegmund Kaznelson del 9 de julio de 1917: «El signo externo de la situación es el actual "éxito" del sionismo; hay muy pocos sionistas que compartan este dolor, o entiendan siquiera que éste me lo causa» (Buber 1972:302).

¹² Max Brod a Martin Buber, 7 de abril de 1917 (Jewish National and University Library, Jerusalén). El propio Max Brod hacía una aportación ensayística a este número de *Der Jude*, que se ocupaba de los horrores del taylorismo («Dos mundos»).

Jude nunca se había publicado nada ni remotamente parecido. Así que eligió dos piezas en prosa a las que se podía atribuir una temática judía: «Chacales y árabes» y «Un informe para una academia», y, para garantizar a duras penas su conexión con el debate ético-religioso de su revista, propuso presentarlas como «Dos parábolas». Esto último lo rechazó Kafka a vuelta de correo: no eran parábolas, eran «dos historias de animales», y no se podía prometer más a los lectores.

Y así fue. «Chacales y árabes» fue publicada en octubre; «Un informe para una academia», en noviembre de 1917. Para Kafka, fueron días festivos y comprometedores a un tiempo: se trataba de sus primeras publicaciones destinadas a lectores judíos cualificados. «Así que finalmente voy a salir en *Der Jude*, cuando siempre lo había considerado imposible», había escrito a Buber.¹³ Probablemente nunca antes un autor haya declarado de modo más abierto el placer y temor intelectuales ante la propia obra publicada:

Después de los estallidos de vanidad y autosatisfacción, ante todo hay que tomar aliento. La orgía al leer el cuento en *Der Jude*. Como una ardilla enjaulada. El gozo de moverse, la desesperación de la estrechez, la locura de la perseverancia, el sentimiento de dolor ante el silencio de fuera. Todo eso al mismo tiempo y también alternativamente, en el mismo fango del final una franja de sol de felicidad.¹⁴

La preocupación de Buber por mantenerse dentro del horizonte de lo judío con cada texto publicado—una autorestricción que ya otros habían criticado—¹⁵ tuvo las consecuencias más delicadas precisamente en el caso de Kafka. Sobre todo

¹³ Carta a Martin Buber del 12 de mayo de 1917.

¹⁴ Anotación en el «Cuaderno en octavo G», 19 de octubre de 1917 (OC III, 605). En vez de «ante el silencio de fuera», Kafka escribió al principio: «ante la silenciosa mirada del espectador».

¹⁵ Hugo Bergmann había pedido a Buber en el invierno de 1916-1917 que no tratara sólo temas judíos, sino también «temas de general interés humano» (Buber 1972:488, n. 1).

«Chacales y árabes» era a primera vista una obra directamente antisemita: allí se describía un pueblo animal que espera un redentor desde tiempo inmemorial, importuno, servil, empeñado en la propia «pureza» y engullendo ansioso la carroña que le arrojan; por el otro lado, unos árabes irónicamente superiores, verdaderos señores que con un movimiento de sus fustas ponen fin al espectáculo y restauran la jerarquía natural. Todo eso era inequívoco: se trataba del judío aculturado, que es incapaz de dar forma a su propio destino, y cuya ocasional sublevación contra la mano que le da de comer no puede tomarse demasiado en serio.

Así que Kafka había retratado a los judíos como chacales (y, para reforzar la imagen, incluso había calumniado a los *verdaderos* chacales, que en modo alguno se limitan a esperar la carroña). Una obra dura, que sin embargo, si se hacía una interpretación bienintencionada, se mantenía dentro de la línea ideológica de la revista de Buber.¹⁶ Los lectores ya estaban acostumbrados a las metáforas animales degradantes, a los lobos, cerdos, chivos, serpientes y arañas judías que vagabundeaban desde hacía siglos por la literatura alemana.¹⁷ Lo que podía chocar más a los lectores instruidos de *Der Jude* era el retrato en extremo positivo de los árabes: precisamente el pueblo al que los sionistas prometía hacer partícipe de su economía, instrucción e higiene «conforme a los estándares europeos» (si bien los emigrantes judíos en

¹⁶ Ya en el primer número de *Der Jude*, Buber había publicado un texto propagandístico procedente de Palestina en el que los judíos occidentales eran caracterizados como oportunistas y parásitos: «Poseemos un talento para la adaptación que se ha desarrollado en el *Galuth* [en el exilio] [...] un talento para elaborar los productos de la vida de los otros conforme a nuestro espíritu y sacar del fruto de su trabajo bocados agradables a nuestro paladar» (A.D. Gordon, «Trabajo», *Der Jude*, n.º 1 (1916-1917), pp. 37-43; el pasaje citado se encuentra en las pp. 39-40).

¹⁷ Una selección de muestras en Schoeps y Schlör [1995:21 y ss.]. De estrecha convivencia entre «sucios judíos» y chacales se habla en el relato de Stifter *Abdias*, que con seguridad conocía Kafka.

Palestina tendían con más frecuencia a verlo como reserva de mano de obra barata), precisamente los árabes aparecían en Kafka como una raza muy superior, como «pueblo anfitrión» que tolera a su lado al chacal—el judío—sólo como consumidor de residuos y bufón.

Igualmente posible, aunque no tan forzosa, era una interpretación judía de «Un informe para una academia», o la «historia del mono», como la llamaban los amigos de Kafka. Los recuerdos de un chimpancé que, sometido a una severa instrucción, niega su propia naturaleza y adopta costumbres humanas podía leerse como parábola del proceso general de la civilización, como enérgica denuncia de la educación burguesa y su carácter contrario a la naturaleza o, finalmente, como metáfora de la adaptación y autoalienación judías. Naturalmente, Buber sabía—y así lo deseaba—que los lectores de *Der Jude* lo interpretarían de esta última manera; para Brod, esta interpretación judía era la única imaginable, en *Selbstwehr* ensalzó el relato de Kafka como «la sátira más genial de la asimilación que jamás se ha escrito», y Elsa Brod leyó la historia ante los miembros del Club de Mujeres y Muchachas Judías en la sala de la Chevra Kadischa ('Fraternidad funeraria') de Praga.¹⁸ Pero si Rotpeter, el simio capturado, adiestrado y por tanto también psíquicamente sometido, es en efecto una metáfora del judío asimilado, ¿cuál es el aspecto del mundo originario de los judíos *no* asimilados? El propio Rotpeter no puede (o no quiere) decir nada acerca de su origen, aunque la innominada academia le ha invitado expresamente a hacerlo. Los rastros que quedan de su «vida anterior como simio» permiten sospechar que se ha tratado de una forma de existencia sin duda libre pero en absoluto preferible a la «civilizada», y mucho menos paradisíaca. Así que también aquí Kafka ha elegido un pueblo animal con-

¹⁸ Max Brod, «Velada literaria del Club de Mujeres y Muchachas Judías» (19 de diciembre de 1917), *Selbstwehr*, 4 de enero de 1918.

notado negativamente, un pueblo *inferior*, como símbolo de los judíos, y no sería de extrañar que sus lectores de orientación nacionalista tuvieran que dejar de lado esta perspectiva para poder disfrutar el texto.

Para Buber, aquel fue un experimento sin continuidad: en los siguientes números de *Der Jude* no aparecen más textos literarios. Para Kafka, en cambio, fue una ratificación de su trabajo, una prueba superada, y entre las numerosas publicaciones menores del año 1917 las de *Der Jude* fueron sin duda las más importantes y satisfactorias. Aun así, hacía mucho que Kafka apuntaba más alto, a una mayor visibilidad, y su plan de reunir los nuevos textos en prosa en un volumen propio había madurado de tal modo, ya incluso antes del intercambio epistolar con Buber, que hasta tenía pensado el título: su próximo libro habría de llamarse *Responsabilidad*.¹⁹

Pero ¿por qué su editor no sabía nada de esto, por qué no tenía contratado el libro? Kurt Wolff había oído hablar de esos nuevos textos, Kafka podía estar seguro de esto, y aun así no daba un paso. Kafka no era el único al que el comportamiento de Kurt Wolff resultaba cada vez más contradictorio, incluso misterioso: cuando escribía era encantador, casi cordial; pero no escribía sin una razón concreta. Y cuando había una razón, no siempre era Wolff el que escribía. Eso despertaba la desconfianza de Kafka. Por más que temiera el rechazo, habría preferido una conversación franca y abierta. Pero en eso poco podía ayudarle Brod, que también tenía quejas de las negligencias de la editorial.

Con todo, la férrea terquedad de Brod, que ya había conseguido hacer cambiar de opinión a Buber, mostró sus efectos también en Leipzig. El 3 de julio de 1917, el día en que Kafka cumplía treinta y cuatro años, Wolff dio la señal, largamente esperada, de que estaba dispuesto a arriesgarse de nuevo: Kafka debía hacer el favor de enviar los manuscritos

¹⁹ Carta a Martin Buber del 22 de abril de 1917.

del invierno pasado en una copia mecanografiada, porque, «Para mi gran alegría he podido inferir de una reciente carta de Max Brod...», etcétera.²⁰

A juzgar por su impetuosa reacción una vez recibidos los textos, lo que Wolff se encontró tiene que haberle impresionado mucho. A pesar de que la prosa que Kafka escribía ahora (que imitaba los sueños con una precisión que no tenía igual en la literatura) parecía aniquilar toda esperanza en una futura novela, y a pesar también de que las nuevas piezas no podían menos que recordarle el fracaso de *Contemplación*, Wolff propuso publicarlas con todo esmero. Y eso también valía para *En la colonia penitenciaria*. Wolff aseguraba ahora que seguía considerando ese relato inadecuado para publicarlo en la colección «El Juicio Final», pero «huelga decir que se sobreentiende que jamás he pensado en renunciar a la publicación de esta obra que tan extraordinariamente admiro y aprecio».²¹ Eso sonaba muy diferente al año anterior.

Kafka, al que esas ofertas pusieron eufórico, lamentó luego no haber aguardado a su cumplimiento con la reserva necesaria; eran promesas, y ya sabía que no todo lo que se prometía en Leipzig tenía que ser tomado al pie de la letra. Pero en el verano de 1917 Wolff dio un importante paso más, e hizo a su autor una propuesta realmente abrumadora. Porque cuando Kafka, animado por la rápida aceptación, preguntó si, como escritor «libre», podía contar con el apoyo de la editorial—para casarse, dejar su puesto de funcionario, trasladarse a Berlín—, Wolff respondió sin titubear: «En lo que respecta a sus planes de futuro, le deseo lo mejor de todo corazón. Con mi mayor sinceridad y placer me declaro dispuesto a procurarle una retribución material continuada, también durante el período posterior a la guerra; estoy segu-

²⁰ Kurt Wolff a Kafka, 3 de julio de 1917.

²¹ Kurt Wolff a Kafka, primero de septiembre de 1917.

ro de que no hallaremos dificultad en entendernos en cuanto a los detalles».²²

Más claro no se podía desear: por primera vez, Kafka recibía un mensaje de su editor que no se refería a un texto, un futuro libro o una decisión estratégica sobre una publicación determinada, sino a su estatus *como autor*; aquélla era una de las cartas más importantes que nunca había tenido en sus manos. Wolff tenía que tener claro (conocía la situación de Kafka mucho mejor de lo que daba a entender) que con una oferta semejante no sólo había de influir en la «escritura» de Kafka, sino también en sus decisiones existenciales, razón por la que—no podía escapársele—estaba asumiendo una seria responsabilidad. Fue precisamente eso lo que convenció a Kafka. Le convenció tanto que, por su parte, se lanzó a una promesa que sin duda nadie había oído antes de su boca: la promesa de una mayor productividad. «[...] si mis fuerzas resisten más o menos, podré enviarle obras mejores de lo que es *En la colonia penitenciaria*».²³

Pero las cosas iban a salir de otro modo. Como si todo lo esencial estuviera ya dicho, Wolff interrumpió de pronto la correspondencia con Kafka; no le comunicó cuándo podía contar con las primeras pruebas ni que tenía problemas, provocados por la guerra, con la calidad del papel y el particular tipo de letra que había previsto emplear. Y antes de que las piezas de Kafka vieran finalmente la luz, el proyecto atravesó una serie grotesca, casi interminable, de contratiempos.

La cosa empezó ya con el título del nuevo libro. Kafka había optado por un título más neutral: el volumen no se llamaría *Responsabilidad*, sino *Un médico rural. Relatos breves*. Obviamente atendía la misma consideración que le había hecho rechazar la propuesta de Buber: tanto «responsabilidad» como «parábolas» son conceptos que, de forma dema-

²² Carta de Kurt Wolff a Kafka del primero de agosto de 1917.

²³ Carta a Kurt Wolff del 4 de septiembre de 1917.

siado directa, desvían la atención del lector a un estrato de significado situado *detrás* del texto; no sólo son conceptos que retan a la interpretación, sino que incluso señalan por qué camino debe encontrarse la interpretación *correcta*, o al menos la *deseada* por el autor. Pero precisamente eso—y aquí está la clave de la negativa de Kafka, durante toda su vida, a interpretar sus propias obras—es lo que el texto literario tiene que hacer por sus propias fuerzas: tiene que generar una evidencia que destierre definitivamente toda idea de que «Chacales y árabes», por ejemplo, es sólo una «historia de animales», o que la narración que daba título al volumen, «Un médico rural», es un relato sobre médicos.

Así que detrás del título había para Kafka consideraciones estéticas de cierto alcance y, hechas varias exhortaciones a la editorial, insistió en revisar la primera página. Con mucha razón, según se vería. Porque cuando por fin estuvieron las pruebas resultó que el título del libro había sido cambiado arbitrariamente: *El médico rural. Nuevas contemplaciones*, se llamaba ahora... una decisión no sólo desconsiderada con el autor, sino también totalmente absurda desde cualquier punto de vista. ¿Qué tenía que ver la lógica implacable de la «historia del mono» o el abismal sueño de «Un médico rural» con las fugaces impresiones de *Contemplación*, que hacía mucho que Kafka incluía en su *prehistoria* como escritor?

También la cuestión del orden de las distintas piezas en prosa escogidas por Kafka fue manejada por la editorial de forma claramente negligente, aunque ya desde agosto de 1917, justo después de la generosa oferta de Wolff, se disponía un índice preciso elaborado por el autor.²⁴ Para colmo, las galeras le fueron enviadas a Kafka de manera incompleta, con meses de retraso, y sólo después de varias intervenciones de Brod. En septiembre de 1918—entretanto los manuscritos llevaban ya más de un año en manos de Kurt Wolff—,

²⁴ Véase carta de Kafka a Kurt Wolff del 20 de agosto de 1917.

Kafka recibió una confusa carta del gerente Meyer conforme a la cual el orden de las piezas volvía a estar mal; a Meyer incluso se le había escapado que dos títulos de su lista, «El crimen» y «Un fratricidio», se referían *al mismo* relato. De hecho, ya nadie parecía tener tiempo en la editorial para hacer una lectura cuidadosa. Porque «El crimen» era aquel texto que Wolff no había querido incluir en su almanaque, y «Un fratricidio» era la versión corregida, autorizada y ya publicada del mismo. Probablemente Kafka no daba crédito a sus ojos cuando comprobó que Wolff había reproducido en un almanaque posterior la primera versión, largamente superada, con el viejo título... naturalmente sin consultarle, y sin ni siquiera enviarle un ejemplar justificativo.²⁵

Casi todas las editoriales literarias se habían visto obligadas a improvisar con creciente frecuencia durante la guerra. El circuito de la producción, desde el comité de lectura hasta la imprenta, se resentía de la falta de personal cualificado, y la disminución de las materias primas, que ya no se podían adquirir libremente, sino que tenían que ser solicitadas a centrales estatales, hacía casi imposible una planificación fiable. Kafka sabía por experiencia propia lo que significaba «economía de guerra», y no le habrá sorprendido que a Wolff no le apeteciera enviar a sus autores una circular de disculpa o consuelo tras otra. Wolff estaba completamente desbordado, y además ignoraba la gravedad de la situación: todavía en 1917, planeaba trasladarse con la editorial a un caro palacio que había adquirido en Darmstadt, fundó la editorial Neue Geist para poder tener voz también en el ámbito del libro de texto y, mientras se temía para el próximo invierno el caos

²⁵ Para más detalles acerca de los numerosos errores y retrasos cometidos por Kurt Wolff Verlag, véase Unseld [1982:155-157 y 160-168]. «Un crimen» apareció a finales de 1917 en el almanaque *Die Neue Dichtung* de Wolff; la nueva versión, «Un fratricidio», ya se había publicado antes en *Marsyas*, año 1, vol. 1 (julio-agosto de 1917).

de las revueltas por el hambre, se permitía prometer a un autor apenas implantado como Kafka el más caro papel de tina y encuadernaciones en media piel (que había podido conseguir en Praga, de manera ilegal, gracias al fabricante de guantes de cuero Rudolf Werfel).²⁶ Incluso un año después, pocas semanas antes del final de la guerra y en medio de una grave crisis del comercio del libro, Wolff insistía en publicar por fin *En la colonia penitenciaria*, texto del que el propio Kafka estaba inseguro, en una «edición Drugulin» de bibliófilo cuyos costes de fabricación se habían vuelto incalculables. Es comprensible que el feliz autor quisiera creerlo; en cambio, el optimismo del editor era directamente negligente.

Hay abundantes indicios de que Wolff nunca llegó a darse cuenta de con quién tenía que vérselas en Praga. Después de su período militar en Viena hubiera podido conseguir fácilmente un visado para Bohemia y celebrar encuentros personales con sus autores, pero dejó pasar esa rara oportunidad, a pesar del interés de Kafka por tener una vinculación estrecha y a largo plazo con una editorial. Además, destruyó la nascente confianza con una inexplicable ducha escocesa: cartas encantadoras seguidas de meses, incluso años de silencio. Por más que Kafka se esforzaba en explicarse la situación poniéndose en el lugar del editor—«de alguna manera hay que gritar para que un editor enterrado entre autores escuche», escribía al redactor de *Donauland*—,²⁷ no podía desprenderse de la impresión de que el comportamiento de un editor verdaderamente *interesado* tenía que ser distinto. Y si Kafka hubiera estado en condiciones de hacer realidad sus planes y emigrar a Berlín en 1919, cabe dudar de que le

²⁶ La correspondencia al efecto de Wolff con el padre de Franz Werfel (octubre y noviembre de 1917) se encuentra en el Archivo Kurt Wolff de la Universidad de Yale, New Haven.

²⁷ Carta a Josef Körner del 16 de diciembre de 1918.

hubiera recordado a Wolff la promesa de un «apoyo material constante», hecha por propia iniciativa.

Era una cuestión de autoestima. Y esa cuestión se hizo aún más apremiante cuando Kafka, sorprendido y halagado, tuvo en sus manos, en la primavera de 1918, dos invitaciones simultáneas de otros editores alemanes: de Erich Reiss y de Paul Cassirer, ambos orientados hacia la vanguardia literaria y que habían editado revistas importantes, como *Pan* y *Die Schaubühne*. Tales oportunidades—esta vez sin la mediación de Brod, encima—nunca se le habían ofrecido a Kafka; y como entretanto cabía la sospecha de que en Leipzig no querían o incluso habían olvidado *Un médico rural*, pidió explicaciones a su editor en términos de ultimátum... lo que a su vez no fue respondido mediante un escrito personal, sino mediante el mudo envío de más galeras. Era para tirarse de los pelos. Pero exactamente así era en todas las editoriales, aseguraba Brod; se podía quedar tranquilamente en Wolff.¹⁸

El rabino Baal-Shem, el fundador del movimiento jasídico, fue a parar a una fonda de pueblo en uno de sus viajes. Era un miércoles por la tarde. «Soy un famoso predicador», explicó al posadero. «He oído decir que un hombre muy rico celebra su boda en Berlín, y quiero acudir al *sabbat*; quizá pueda ganar algo de dinero». El posadero respondió: «¿Qué está diciendo? De aquí a Berlín aún quedan cincuenta millas. ¿Cómo piensa llegar antes de que empiece el *sabbat*?». A lo que el rabino Baal-Shem replicó: «Tengo un caballo

¹⁸ Por desgracia, el escrito de Kafka a Wolff no nos ha llegado, pero ante Brod lo calificó de «ultimatum» (carta a Max Brod de finales de marzo de 1918). «No te aconsejo dejar a Wolff—respondió Brod el 29 de marzo—. La desorganización es ahora, como dicen los libreros, general en todas las editoriales» (Brod y Kafka, *Una amistad. Correspondencia*, p. 249).

muy bueno, llegaré a Berlín antes de que empiece el *sabbat*». El posadero rio y dijo: «¡Eso es imposible! Salvo que pueda volar». Tampoco al día siguiente el rabino mostró ninguna prisa, su viaje se retrasó hasta el jueves por la tarde. Y en la noche siguiente cubrió trescientos cincuenta kilómetros.

Otro rabino llamado Leib Sores se detuvo algún tiempo en un pueblo ruso llamado Maguilov, junto al Dniéper. Un día pidió que engancharan los caballos, y que un criado los guiara. «Y cuando salieron de la ciudad, al criado le pareció de pronto que estaban volando, y vio abajo ciudades y pueblos. Así viajaron durante dos horas. Por fin llegaron a una gran ciudad...» que, sorprendentemente, era la metrópolis de Viena, a mil doscientos kilómetros de Maguilov en línea recta.

Al médico rural del relato de Kafka así titulado le espera, en medio del más gélido invierno, un enfermo que vive a diez millas de distancia. Sin embargo, el caballo del médico ha muerto la noche anterior, y no le es posible conseguir otro. Entonces, de repente, de una pocilga en ruinas salen dos vigorosos caballos, junto a un criado que, con toda naturalidad, engancha el coche y, sin esperar una orden, da una palmada:

[...] el coche es arrastrado como un tronco en la corriente; aún oigo cómo la puerta de mi casa cede y se astilla bajo la embestida del mozo, luego mis ojos y oídos se llenan de un zumbido que invade uniformemente todos mis sentidos. Pero esto también dura sólo un instante, pues como si el patio de mi enfermo se abriese justo ante el portón de mi patio, ya estoy ahí [...]

Diez millas en pocos segundos. Lo que los caballos jásídicos no consiguen, lo logran los caballos de ensueño del médico rural. Rompen la barrera del sonido.

El motivo, tanto el de los caballos incomprensiblemente rápidos como el de los caballos sin guía, lo descubrió Kafka en una colección de *Leyendas de judíos polacos* que compró

en 1916, poco antes de emprender el trabajo en el Callejón de los Alquimistas.²⁹ Pero no se conformó con llevar el milagro ingenuamente reproducido a lo completamente irreal, a lo ya no representable gráficamente. Más bien planteó una pregunta que sin duda hubiera parecido irrelevante a los contadores de historias jasídicos: ¿qué pasa con el viaje de vuelta? No sabemos nada de la forma en que el sabio rabino Baal-Shem abandonó Berlín, y el viaje a casa del rabino Leib Sores parece una sencilla repetición: en dos horas de Viena a Maguilov. Sólo que esto, en realidad, le parecía increíble a Kafka, *falso* en el más profundo sentido del término. Porque ir y venir no son procesos simétricos, igual que no lo son caer y ascender. Mientras estoy fuera, *allí* ocurre algo, nunca más vuelvo a encontrar *exactamente* lo que dejé, y también yo he cambiado, estoy desilusionado por la experiencia de la distancia. La tradición popular nos daba la imagen, pero Kafka hizo de ella un símbolo; para él no había duda de que los caballos no *podían* regresar volando:

[...] lentamente, como ancianos, echamos a andar por el desierto de nieve [...] A este paso nunca llegaré a casa [...] Desnudo, expuesto a la helada de esta época aciaga, con un carruaje terrenal y unos caballos no terrenales, vago por los campos, yo, un hombre viejo.

Kafka redactó las breves narraciones de *Un médico rural* en pocos meses. El envío de las copias mecanografiadas a Kurt Wolff Verlag tuvo lugar el 7 de julio de 1917. Corrección, producción, impresión y distribución del pequeño volumen llevaron casi tres años; como muy pronto en mayo de

²⁹ Eliasberg [1926]. El volumen se encuentra en la parte conservada de la biblioteca de Kafka. Las dos historias citadas son «Resucitar a la novia muerta» (pp. 40-44) y «Rápido viaje a Viena» (pp. 182-184). En otra pieza breve, «La música de luto del rabino Mosche Leib» (p. 195), los caballos alcanzan su destino solos, galopando con un carro «sobre montañas y valles».

1920—en medio había ocurrido el fin del mundo—se publicó por fin *Un médico rural*, con una tirada de alrededor de mil ejemplares. El regreso a Praga transcurrió en silencio; el acontecimiento fue observado por un solo reseñista.³⁰

10. «MYCOBACTERIUM TUBERCULOSIS»

Se puede ser tan listo como se quiera,
y aun así se respira involuntariamente.

HERMANN MELVILLE,
Mardi and A Voyage Thither

Sábado, 11 de agosto de 1917, cuatro de la mañana. Kafka despierta. Siente que algo no va bien. Tiene la garganta tomada, la boca llena de saliva, trata de tragarla. Pero no parece servir de nada. Se levanta, enciende una luz. Ve que no sólo es saliva, es sangre, sangre coagulada. Es algo extraño, pero tampoco una desgracia que ahora, en medio del sueño, requiera una inmediata explicación.

Kafka quiere volver a la cama. Pero no puede ser, porque de repente su garganta empieza a manar, la sangre le llena la boca, corre al aguamanil y en la blanca fuente se vierte un líquido rojo; coge un pañuelo, retrocede unos pasos en el enorme dormitorio vacío, se acerca a la ventana, la abre, arriba el cercano Hradschin está bañado en la primera luz de la aurora, se inclina hacia delante, mira sin objeto la calle silenciosa, aún desierta. Pero la hemorragia sigue, cada vez más sangre, Kafka tiene que volver al aguamanil, durante minutos le brota la sangre de la boca; largos minutos, Kafka se

³⁰ Sobre la datación de la publicación véase Unseld [1982:173]. La única recensión de *Un médico rural* en vida de Kafka se publicó el 31 de octubre de 1920 en el *Prager Tagblatt*: R[udolf] Th[omas], «Tres autores de Praga».

siente desvalido. Por fin el chorro se hace más débil, el manantial parece secarse. Se echa agua sobre las manos ensangrentadas, luego se tumba con cuidado, ni feliz ni infeliz, sólo un poco aliviado, y el esperado sueño viene con rapidez.

Tres horas más tarde, la celosa Růženka está en la habitación para despertar a Kafka, calentar la estancia y preparar el parco desayuno. Lo primero que ve es el aguamanil salpicado de sangre. «*Pane doktore*—dice, y alza la vista hacia Kafka, que es dos cabezas más alto que ella—, *vámi to dlouho nepotrvá*», 'Señor doctor, no va a durar usted mucho'.

Si se leen los relatos epistolares de Kafka sobre los acontecimientos de aquella mañana, lo que asombra ante todo es la impavidez con la que acepta la sorprendente aparición de la mortal amenaza. Lo más importante parece, por el momento, que la enfermedad le produce sueño; porque hace mucho que el efecto benéfico de Marienbad se ha esfumado tanto como la relajante dicha del logro literario, y desde hace meses le martirizan el nerviosismo, el insomnio y los dolores de cabeza, como en los peores tiempos de la lucha en torno al compromiso. Es comprensible que, cuando de repente el dolor cesó y el debilitado cuerpo se dejó caer en el sueño, mirase el peligro casi con alivio... en contra de toda racionalidad.

Como sea, uno va al médico cuando le sale sangre por la boca... incluso si se considera la medicina convencional una benéfica superstición. Sea como fuere, Kafka conocía a un internista, un judío, que le parecía en alguna medida digno de confianza: el corpulento, casi cincuentón Gustav Mühlstein, al que ya había consultado el año anterior sus incesantes ataques de dolor. El doctor Mühlstein le gustaba porque en él no había rastro de los malos hábitos profesionales que tienden a poner al paciente en una posición subordinada; Kafka había odiado desde siempre el interés rutinariamente fingido y el arrogante saberlo todo de la mayor parte de los médicos. Al relajado Mühlstein, en cambio, no le causaba ningún problema admitir que no podía encontrarle nada a Kafka,

aparte de un marcado nerviosismo. ¿Y el dolor de cabeza? ¿Y el insomnio? Bueno, contra eso sólo podía recomendar una forma de vida sana. Kafka debía fumar lo menos posible, no tomar alcohol, comer más verdura que carne—¡sobre todo, nada de carne por las noches!—y nadar de vez en cuando.

Puede que este Mühlstein involuntariamente humorístico no tuviera gran conocimiento de las personas, pero quizá sí la capacidad de hacer un diagnóstico correcto. Después de pasar tosiendo sus horas de oficina, Kafka se dirigió a la Obst-gasse para ser examinado. Para Mühlstein, se trataba de una fuerte bronquitis. Le prescribió alguna medicina (probablemente un reconstituyente), de la que debía tomar tres frascos antes de volver a la consulta un mes después. Pero ¿y si la hemorragia se repetía la noche siguiente? En ese caso, no dé vueltas por el cuarto, sino quédese tumbado tranquilamente y regrese mañana.

Eso no era lo que Kafka quería oír y, cuando al día siguiente regresó a la consulta—había sangrado por segunda vez—, su propio diagnóstico era ya tan firme que la vaga cháchara en la que Mühlstein se refugiaba de nuevo no consiguió impresionarlo lo más mínimo. Poco después tenía que informar a Ottla, y lo hizo sin paño caliente alguno:

Tres posibilidades. *La primera*: enfriamiento agudo, como el doctor afirma y yo niego; ¿enfriarme en agosto? Yo, que no me resfrío nunca. En tal caso, la culpa podría ser de la casa, fría, húmeda, maloliente. *La segunda*: tisis. Por el momento, el doctor la niega. Pero habrá que ver; todos los habitantes de las grandes ciudades están tuberculosos, sufren «neumonía apical» (esa es la expresión, como llamar «cochino» a alguien cuando lo que se quiere decir es «cerdo»), lo cual no es tan grave, se inyecta tuberculina y ya está. *La tercera*: apenas apunté esta posibilidad, él la rechazó. Y sin embargo es la única correcta, y es compatible con la segunda. En los últimos tiempos he vuelto a sufrir terriblemente la vieja locura, en realidad sólo el último invierno ha supuesto una relativa interrupción en cinco años de continuado sufrimiento. Es la mayor lucha que

me ha sido impuesta, o mejor confiada, y una victoria (que podría ser, por ejemplo, una boda: quizá F. sea la representante del único principio posiblemente positivo en esta lucha), quiero decir, una victoria con pérdida de sangre a medias soportable, habría tenido algo de napoleónico en mi historia universal privada. Ahora parece que he de perder la lucha de este modo. Y, de hecho, es como si me hubieran desinflado y desde entonces duermo cuatro horas por las noches; mejor, aunque tampoco mucho mejor; pero al menos el dolor de cabeza, que entonces no sabía cómo solucionar, ha cesado por completo. Me imagino que la locura ha tenido algo que ver en la hemorragia, puesto que me causaba incesantes insomnios, dolores de cabeza, estados febriles, tensiones, que me han ido debilitando hasta hacerme proclive a desarrollar algo de tipo tísico [...]

Éste es pues el estado de esta enfermedad espiritual, tuberculosis. Por lo demás, ayer volví a visitar al doctor. Le parece que los ruidos del pulmón han mejorado (llevo tosiendo desde entonces), niega la tisis incluso con mayor decisión, dice que soy demasiado mayor para padecerla, pero, como quiero estar seguro (aunque la total seguridad no existe), esta semana va a mirarme por rayos y analizar los esputos.¹

Incluso Kafka, devoto de la medicina natural, había acechado cada palabra de este médico convencional del mismo modo que lo hubiera hecho cualquier otro paciente en su situación. Pero, aunque no cabe dudar de la fiabilidad de su descripción, había callado algo importante, quizá decisivo: semanas *antes* de la hemorragia había observado que su saliva estaba teñida de rojo, y aunque ese síntoma alarmante ya nunca desapareció por completo, al principio lo había ignorado y después reprimido. Eso no era jugar limpio. De haber conocido ese antecedente, Mühlstein habría tomado la cosa más en serio y difícilmente hubiera diagnosticado un enfriamiento. Pero a Kafka no le apetecía que le hicieran reproches a toro pasado, fuera quien fuese. Era el único que *sabía*

¹ Carta a Ottla Kafka del 29 de agosto de 1917.

que con toda probabilidad era tuberculosis, pero se guardó para sí de dónde sacaba esa asombrosa certeza, por qué confiaba más en el espontáneo diagnóstico de su chica de servicio que en el optimismo del especialista.²

Kafka no era un paciente «cooperador», ni siquiera «fácil»; pero eso no cambiaba el hecho de que había caído en las manos equivocadas. Porque los llamamientos a la tranquilidad de Mühlstein carecían de toda base médica. Kafka no era en absoluto demasiado mayor para sufrir una tuberculosis pulmonar, y hacía mucho que se sabía que la reactivación de una tuberculosis anterior, no manifiesta, es posible hasta avanzada edad, y más en condiciones de alimentación deficiente, viviendas heladas y calles afectadas de suciedad crónica, como las de Praga durante la guerra, de las que se alzaba una incesante nube de polvo. Las estadísticas y valores experimentales a los que Mühlstein se remitía procedían de la época de preguerra; sin embargo, en las grandes ciudades el cuadro había cambiado de forma drástica desde 1915, y la tuberculosis había adquirido poco a poco, sobre todo entre las clases bajas (incluidos los centenares de miles de refugiados), el carácter de plaga, responsable de la cuarta parte de los fallecimientos. Ciertamente, Kafka no pertenecía a esas clases, sus condiciones de vida eran privilegiadas. Pero, con una cuidadosa anamnesis, Mühlstein habría tenido que desprender consecuencias del hecho de que su paciente trabajaba en

² Dado que la débil hemorragia inicial tampoco es mencionada en las descripciones destinadas a Ottla y a Felice Bauer, es probable que Kafka se la ocultase también a los amigos. Sólo tres años después, el 28 de julio de 1920, le habló de ello a Milena Pollak, sin poder ocultar un matiz de mala conciencia. «Si entonces hubiera ido al médico..., bueno, probablemente todo habría sido exactamente igual que ha sido sin el médico, pero entonces nadie sabía nada de lo de la sangre, en realidad ni siquiera yo, y nadie estaba preocupado». Tales hemorragias de infiltración no son en sí mismas un síntoma típico de tuberculosis, pero naturalmente sí son alarmantes si se combinan con subsiguientes vómitos de sangre.

una entidad *con tráfico de público*, por la que circulaban personas en mal estado de salud, que tosían con frecuencia.

Todo aquello no era tan grave, porque para eso estaba la tuberculina. Pero la ostentosa confianza de Mühlstein en aquel arma milagrosa era todo lo contrario de una prueba de perspicacia y de pericia médicas. La tuberculina, obtenida a partir de agentes infecciosos muertos, salía al mercado en variantes constantemente nuevas, cuyo éxito clínico jamás había sido puesto a prueba... incluso la «vieja tuberculina», de triste reputación, con la que Robert Koch se había puesto en evidencia internacionalmente hacía casi tres décadas, seguía siendo empleada para la inmunización activa por médicos de cabecera y militares. Se trataba de un medicamento temido entre los pacientes, y con razón, porque cuando la dosis era incorrecta podía desencadenar fuertes reacciones, sobre todo fiebre alta y en el peor de los casos un *shock* tuberculoso, y no había indicaciones fiables de cuál era la dosis «correcta», que podía variar mucho de individuo a individuo. Así que ya antes de la guerra se había renunciado a llevar a los pacientes a sanatorios para ser tratados con tuberculina, y había sido una buena decisión. Tampoco a Kafka le gustaba exponerse a tales riesgos; cuando unas semanas después Mühlstein tuvo que abandonar su hipótesis del enfriamiento y anunció que, «para no dejar hilos sueltos», quizá le inyectara tuberculina, Kafka lo rechazó y propuso en su lugar una cura en un sanatorio. No hacía falta, le dijeron, también podía curarse en Praga.³

Kafka no era en absoluto el profano por el que su médico le tomaba, y si Mühlstein se hubiera interesado un poco más por el entorno profesional de aquel paciente habría tenido noticia, por ejemplo, de aquella «comisión de tratamientos» en la que Kafka llevaba ya más de dos años, una comisión que (bajo la dirección de Eugen Pfohl) se ocupaba ahora con

³ Postal a Ottla Kafka del 4 de septiembre de 1917.

más intensidad del tratamiento de soldados tuberculosos. Kafka guardaba silencio cuando nadie le preguntaba. Pero tiene que haber tenido claro que la tendencia de Mühlstein a minimizar el riesgo—«todos los habitantes de las grandes ciudades están tuberculosos»—era sencillamente irresponsable. Es verdad que prácticamente todos los habitantes de las ciudades de Centroeuropa estaban infectados de tuberculosis, eso lo sabía cualquier lector de prensa, como se sabía que en el noventa y cinco por ciento de los casos el sistema inmunológico aislaba el agente patógeno y lo volvía inocuo, por lo menos en tiempos de paz. Pero Kafka no quería saber si estaba «tuberculoso»: quería saber si su enfermedad era aguda, y exigió expresamente averiguar si se trataba ya de una tuberculosis «declarada», es decir contagiosa. Eso sólo podía revelarlo el análisis del esputo... y resulta incomprensible que sólo se hiciera por iniciativa del paciente. Al parecer, la prueba dio negativo (de lo contrario, el internamiento en un sanatorio habría sido seguro), mientras que el examen por rayos x confirmó una «neumonía apical» bilateral, y por tanto el diagnóstico de Kafka.

Kafka quería estar seguro, pues a la larga era difícil ocultar un problema tan grave, y por otra parte porque tampoco quería inquietar innecesariamente a nadie. Decidido desde un principio a mantener a sus padres al margen, dejó pasar tres semanas antes de informar a Ottila, y un mes entero antes de dejar que Felice se enterase de lo que había ocurrido. Al parecer, Felix Weltsch fue el primero al que Kafka se confió, pero él ya tenía más que suficiente con su crónica crisis matrimonial y los preparativos de una mudanza. Brod, en cambio, que volvió de permiso el 21 de agosto, es decir, diez días después de la hemorragia, quedó horrorizado por la aparente negligencia con la que Kafka se exponía a un médico de cabecera evidentemente falto de interés. Insistió en pedir el consejo de un especialista, un médico de la talla del profesor Gottfried Pick, director del departamento de Laringolo-

gía de la Universidad Alemana, y, para estar seguro de que el ahorrativo Kafka no cambiaba de opinión en el último momento, lo acompañó hasta la sala de espera.

Pick no necesitó los rayos x para constatar que el ápex pulmonar estaba afectado. Podía ser el principio de una tuberculosis, advirtió, y por eso era urgente una estancia en el campo de varios meses. *Eso* era lo que Kafka quería oír... tan sólo se preguntaba si para eso servía un alojamiento privado en cierto pueblecito al norte de Bohemia, lejos de toda vigilancia médica y con su propia hermana como única enfermera. Sí, respondió el profesor, pero tiene usted que comer, comer mucho, tiene que tomar preparados de arsénico para promover la formación de sangre y el aumento de peso, y tiene que informarme regularmente. Y así figuraba en el dictamen que Kafka se llevó a casa como un tesoro.

Brod, en cambio, se llevó las manos a la cabeza. ¿A curarse a Zürau? ¿Pasar el invierno en aquel rincón lluvioso, sin un médico de confianza en las cercanías? ¿Y si se presentaba otra hemorragia estando allí? Al parecer, el profesor Pick consideraba faltar de recursos a su paciente; de otra forma, era inexplicable que no lo enviase a Meran o a uno de los famosos sanatorios suizos. Había que aclarar a toda prisa ese malentendido, Brod insistió en ello, así que el 10 de septiembre los dos amigos estaban de nuevo juntos en la consulta. Como siempre que se trataba de cuestiones existenciales, Kafka se impuso: estaba harto de sanatorios de todo tipo, y pensaba con espanto en un anónimo balneario, dominado por las preocupaciones físicas. Comer todo lo que el cuerpo admitiera, la famosa «alimentación hipercalórica», podía hacerlo en cualquier parte, incluso había empezado a hacerlo, en contra de todos los consejos de la medicina natural, con la mayor repugnancia y sólo para obedecer al médico. Pero quería ir con Ottla, y sin duda tiraría a la basura el arsénico prescrito.

No se puede reprochar a los amigos de Kafka—como tampoco a su familia, más adelante—que considerasen absoluta-

mente incomprensible su reacción a la enfermedad. Se trataba de tuberculosis, es decir, de una cuestión de vida o muerte. Kafka, en cambio, parecía relajado, hacía lo que consideraba oportuno, reía y estremecía con manifestaciones fatalistas, casi cínicas. «[...] me parece que ayer debí causarte la impresión de un individuo terrible», escribió a Brod.⁴ Ésa era la palabra exacta. De todos modos, se disculpaba por sus frívolas manifestaciones, que no por eso se hacían más comprensibles. Porque, incluso si al principio se mostraba ajeno a la cuestión de la supervivencia física—más o menos tan ajeno como un funcionario que se encuentra inopinadamente en una trinchera—, tenía que reconocer que se trataba de un punto de inflexión, en el que todos sus planes y esperanzas, incluyendo la capacidad para casarse y para el trabajo literario, quedaban en suspenso. Sólo hacía pocas semanas que había recibido el escrito, largamente anhelado, de Kurt Wolff, la promesa de «un constante apoyo material» para el caso de que se decidiera a seguir una existencia autónoma como escritor. Tenía que curarse para que esa carta, esa oferta conservara su valor incalculable. ¿Es que no lo entendía?

Lo entendía. Es seguro que Kafka, a pesar de todas las apariencias, estaba afectado hasta lo más íntimo por la aparición de la tuberculosis, y el indicio más claro de ello es la repentina interrupción del diario, el resto de cuyas páginas quedaron en blanco. En vez de eso abrió un nuevo cuaderno en octavo, que estaba destinado exclusivamente a anotaciones literarias. Pero hasta allí se abrió paso también el impacto de la enfermedad: «Si he de morir o quedar totalmente inútil dentro de poco—lo cual es muy posible, porque me he pasado las dos últimas noches tosiendo sangre sin parar—, podré decir que me he destruido a mí mismo».⁵

⁴ Postal a Max Brod del 29 de agosto de 1917.

⁵ OC III, 566 («cuaderno en octavo E»).

En los meses siguientes, Kafka se vio obligado una y otra vez a responder por escrito a las preocupadas preguntas referentes a su enfermedad. Sus respuestas fueron inusualmente sinceras y extensas: al parecer, la correspondencia absorbió parte de la función que el diario solía desempeñar como cauce de reflexión. El cambio de la situación lo había sacado de su aislamiento, había despertado en él una necesidad de comunicación y entendimiento. Nunca antes la lógica de Kafka, tan característica de su modo de pensar, se había manifestado con tanta claridad como en sus cartas de tuberculoso. Empezó ya con la primera carta en la que le habló sobre el asunto a Ottla, que contenía una evidente contradicción: si se creía en posesión de la «única explicación correcta» de su enfermedad, ¿para qué el consejo de un médico?

Al principio, Kafka hace lo que se espera de una persona en su situación, asume el punto de vista de la medicina convencional, piensa en las causas y en posibilidades de encontrar ayuda. No le cabe duda de que su húmeda vivienda y la casita, poco más saludable, del Callejón de los Alquimistas han tenido que ver con la manifestación de la enfermedad. Casualmente, el contrato de la casita ha vencido hace poco, así que de todos modos no está disponible para el próximo invierno. A su vez, es el propio Kafka el que deja la anhelada vivienda del Palais Schönborn, símbolo para él de su independencia; lo hace sin pensárselo demasiado, sin tener ningún otro alojamiento en perspectiva, obligado por tanto a trasladarse provisionalmente a la cálida aunque ajetreada vivienda de los padres. Se pregunta también si la tuberculosis, o la *predisposición* a la tuberculosis, puede ser heredada—un importante tópico médico de su época—;⁶ de hecho, se ente-

⁶ Estaba muy extendida la idea de que las personas de complexión grácil y poco atlética, de caja torácica plana—el llamado *habitus phthisicus*, al que también Kafka respondía, y que se consideraba hereditario—, eran

rá más adelante, con el mayor interés, de que dos parientes de su madre son enfermos crónicos de pulmón. Finalmente, muestra más iniciativa que su médico de cabecera cuando se trata de identificar el patógeno oculto. Sin duda no cree ni en la tuberculina ni en el arsénico, pero su negativa a exponer su propio cuerpo a tales experimentos no es en absoluto irracional, y puede fundamentarse perfectamente desde un punto de vista médico.⁷ Kafka únicamente se equivoca en lo que respecta a la bronquitis: pretende que él nunca se acatarró, pero se trata de una idea sobre sí mismo que carece de fundamento. Por otros indicios, sin embargo, sabe que esta vez no se trata de un enfriamiento.

Las consideraciones de Kafka también eran sólidas en el plano de las repercusiones psicosomáticas. Si para rechazar el omnipresente *mycobacterium tuberculosis* es decisiva la funcionalidad del sistema inmunológico, y si, en segundo lugar, el sistema inmunológico no sólo puede verse debilitado por la deficiente alimentación, sino también por el estrés psíquico (lo que tampoco entonces discutía ningún médico),

especialmente propensas a las enfermedades pulmonares. Aunque puesta en cuestión por los datos empíricos, esta hipótesis seguía divulgándose en las facultades de Medicina durante la guerra. Sólo en la década de 1920 se archivaron todas las teorías del *habitus* y la constitución, y como único factor hereditario de la tuberculosis quedó el funcionamiento del sistema inmunológico. Gilman [1995] ha intentado leer la historia de la enfermedad y el autodiagnóstico de Kafka sobre el trasfondo de las teorías contemporáneas sobre la tuberculosis, sobre todo con vistas al *habitus phthisicus* y la especial constitución atribuida a los judíos. Gilman aporta un material de historia de la Medicina extraordinariamente rico; sin embargo, la importancia de tales ideas eugenésicas para la propia interpretación de Kafka no deja de ser especulativa, porque no nos ha llegado ninguna cita de Kafka que ponga su enfermedad en relación directa, menos aún originaria, con su origen judío o con el hipotético *habitus phthisicus*.

⁷ Aún no se sabía, pero fue descubierto pocos años después, que los preparados de arsénico que se prescribían de forma rutinaria (y que con frecuencia eran eficaces) conllevaban un riesgo considerable de cáncer de piel.

de ello se desprendía que los «incesantes insomnios, dolores de cabeza, estados febriles, tensiones» padecidos a lo largo de cinco años podían haber preparado el terreno para la tuberculosis.⁸ Y se desprendía además que para la curación podía ser decisivo reducir ese estrés; por tanto, no había que buscar, por simple reflejo y presa del pánico, atención médica especializada en el mejor clima posible, sino irse allá donde uno se *sintiera bien*. Y sin duda ese lugar no era la maquinaria curativa de Davos. «De hecho, algunos de mis pacientes prefieren una estancia en el campo en casa de parientes a una cura en un sanatorio, y regresan a casa con muy buenos resultados», escribía el médico de Kiev David Epstein en su difundido manual sobre la tuberculosis.⁹ Ése habría sido un médico del gusto de Kafka.

Sin embargo, a amigos y parientes les costaba trabajo ver a Kafka como un paciente comprensivo y consciente de su responsabilidad, y no resulta sorprendente que Brod se sintiera obligado a tener que llevar de la mano a Kafka como si fuera un escolar. Porque, cuando se le hablaba de la tuberculosis, la conversación se desarrollaba siempre conforme al mismo patrón: Kafka despachaba en pocas palabras lo que cabía decir desde el punto de vista de la medicina convencional y el psicosomático, como si no valiera la pena hablar de ello; en cambio, intentaba de forma terca, elocuente, con desbordantes imágenes, en *otro* nivel de su pensamiento, arrancar un sentido a la enfermedad, verla como un signo, incluso atribuirle dignidad moral. Ante Ottla la califica de «enfermedad espiritual», en conversaciones con Brod se refiere a la tuberculosis como «derrota definitiva» y «castigo»: castigo por haber deseado tan a menudo, en la lucha por Felice, una solución violenta que le librara de la presión de decidir. Al mismo tiempo, la herida sangrante es un

⁸ Carta a Ottla Kafka del 29 de agosto de 1917.

⁹ Epstein [1910:85].

«símbolo», y precisamente con ese reconocimiento empieza el nuevo cuaderno de diario que abre a principios de septiembre.

Pero ése era un terreno al que ninguno de sus amigos de Praga podía seguirle. Que después de tanto tiempo Kafka siguiera sin poder hallar un compromiso entre matrimonio y literatura, como hacían cuantos le servían como modelo, y que viviera ese conflicto como una «lucha» en el escenario del propio yo, como una lucha que *tenía* que terminar en una enfermedad mortalmente peligrosa... ni Brod podía entender eso ni podía decidirse a asumir, siquiera fuese a modo tentativo, tal perspectiva. Si estuviera en su lugar, escribió a Kafka, él sabría muy bien lo que habría que hacer. «Concretamente, cuando veo a la señorita F[élice] y oigo lo bien que siempre hablas de ella, no acabo de entender tu resistencia».¹⁰

De forma más expresa, aunque igual de ingenua, abordaba Felix Weltsch la teoría de la enfermedad de Kafka. Pero sólo para decirle que no se trataba de teorías e imágenes, sino de vivir «lo más posible, con la mayor tranquilidad posible y lo mejor alimentado posible, en un aire sano»:

Cuando el camino a la curación está tan claro y además responde tanto a tus ideas y deseos, no cabe temer complicaciones, a no ser que tu teoría de la salud y la razón natural te lleven a falsas concepciones acerca de tu dolencia. Así que quisiera añadir a la terapia general: no busques una naturaleza antropomórfica *chochme* y desfigurada detrás de tu enfermedad, sino tan sólo la consecuencia de la mala vivienda, la mala alimentación, cien azares y puede que también depresiones psíquicas. Pero estas últimas *no* son suficientes, y además, precisamente para ellas el respirar bien, la vida rural y el total cambio de hábitos son la mejor cura. A esto se añade—éste es mi particular punto de vista—la firme decisión de curarse, que actuará sobre esos esquemas psíquicos.

Desde luego, no se puede hablar con tanta claridad de lo que

¹⁰ Max Brod a Kafka, 24 de septiembre de 1917.

quizá también te agobia (repito: puede que tenga relación con el cuerpo, pero niego que sea forzosa, o decisiva en algún sentido). Pero no somos las personas más adecuadas, ni Max ni yo."

Se percibe el disgusto: el que Kafka dedique más atención a la explicación correcta de la enfermedad que a «combatirla» no es ni comprensible ni aceptable para sus amigos. Si tu teoría se sostuviera, parecen decir, *todos* aquí estaríamos enfermos: tanto Max Brod, eternamente agotado entre su esposa y sus amantes, como Felix Weltsch, que soportaba a duras penas los síntomas histéricos de su esposa. ¿No demostraba eso lo ocioso que era plantearse tales hipótesis?

Lo tenían difícil con Kafka. Incluso para el lector actual, que ha interiorizado las formas de expresión paradójica de la modernidad literaria, sus manifestaciones sobre la peligrosa enfermedad resultan peculiarmente presuntuosas, voluptuosas, a veces directamente sobreactuadas. Sin embargo, también parece extraño—si se echa un vistazo a la correspondencia de ese pequeño círculo—que, después de una década de trato íntimo, Brod, Weltsch y Baum siguieran sin haber desarrollado una mayor sensibilidad hacia la inestabilidad psíquica de Kafka, hacia su existencia amenazada, literalmente expuesta, y hacia su—a pesar de todo—asentado sentido de la realidad. Era ese sentido de la realidad el que le decía a Kafka qué había que hacer contra la enfermedad y qué no. Pero era una necesidad mucho más fundamental, en absoluto bajo su control, la que le obligaba a darle también un *sentido* al acontecimiento.

Max Brod temía sinceramente por la vida de su amigo, lo escribió en su diario. El propio Kafka no temía el fin en lo más

" Felix Weltsch a Kafka, 5 de octubre de 1917. El término yiddish *chochme* significa tanto 'humor' como 'sabiduría' y corresponde por tanto al antiguo significado doble de la palabra *ingenio* (según el diccionario de Grimm: 'entendimiento', 'inteligencia', 'ocurrencia inteligente', 'broma').

mínimo, y durante años reprimió con éxito la idea de que a la propia muerte podría precederle una agonía dolorosa, larga y miserable. Porque su verdadero miedo era la disolución psíquica, la descomposición de la identidad, la apertura de las fronteras del yo, la cercanía de la locura, y por eso le resultaba insoportable la experiencia, la mera sospecha de un acontecer contingente, arbitrario, absurdo. El propio Felix Weltsch había empleado la funesta expresión: «cien azares» influían en esta enfermedad, y está claro que él lo decía a modo de consuelo. Pero para Kafka el concepto del azar representaba lo insoportable por antonomasia. Porque le arrebatava la única arma psíquica que podía emplear contra los golpes del destino: identificarse con la desgracia, volverla parte integrante de la propia identidad, someterla a la lógica de la existencia propia. El azar negaba esa integración, era imposible arreglárselas con él, imposible huir de él al refugio psíquico de la *comprensión*. Con eso Kafka hacía soportable su situación: desterraba la idea de un azar insensato, no *podía* soportarla.

Esa postura era innegociable, y se demostró que precisamente esa tendencia a la «teorización», sobre la que los amigos ironizaban con suavidad y que consideraban extraviada, era para Kafka de una importancia aguda, porque era cuestión de supervivencia psíquica. Saludaba, pues, todas las interpretaciones psicossomáticas porque hacían comprensible la catástrofe y reforzaban así la integración psíquica. En cambio, todo lo que ponía en cuestión la importancia existencial de la enfermedad lo rechazaba amablemente, pero sin aceptar reparo alguno. Así también en su respuesta a Weltsch:

En cuanto a las causas de la enfermedad, no soy testarudo, pero, dado que en cierto modo estoy en posesión de los documentos originales del «caso», mantengo mi opinión y oigo cómo incluso el primer pulmón afectado resuena en señal de asentimiento.

Para curarse—por supuesto que en eso tienes razón—, es preciso ante todo voluntad de curarse. La tengo, aunque, hasta donde esto

se puede decir sin afectación, también tengo la voluntad contraria. Es una enfermedad especial, si se quiere, una enfermedad prestada, muy distinta de todas aquellas con las que he tenido que vérmelas hasta el momento. Algo así como un amante feliz que dice: «Todo lo anterior fueron sólo espejismos, sólo ahora estoy enamorado».¹²

¿Una enfermedad prestada? Kafka habla como si estuviera junto a una tumba abierta, donde nadie—por justificado que sea objetivamente—quiere oír hablar de terribles azares, sino de tragedia, destino o sufrimiento «impuesto». El lenguaje de una *pietà* desesperada, que reviste de grandes palabras lo inconcebible para dar algún apoyo a sus miradas que vagan en la oscuridad.

Pero Kafka no se conforma con iluminar la desgracia. Siempre habla de la enfermedad en imágenes *positivas*, no deja escapar ni un solo grito de terror, y, cuando se queja, es de la desproporción entre el carácter único de su «caso» y su «tramitación», por así decirlo, rutinaria, por medio de una epidemia corriente, en vez de por un fallo de su atormentado corazón, lo que habría sido metafóricamente más ajustado y por tanto más explicativo. Como escribe a Ottla:

Sin duda hay justicia en esta enfermedad, es un golpe justo, que, dicho sea de paso, no siento como un golpe sino como algo dulce, comparado con la media de los últimos años; es justo, pero tan burdo, tan terrenal, tan simple, tan clavado en la muesca más cómoda. En realidad, creo que aún tendrá que buscar otra salida.¹³

Kafka refunfuñaba como si Dios le hubiera castigado con un resfriado, pero por lo demás estaba contento: sonaba frívolo, pero era totalmente sincero. Porque la nueva carga que la tuberculosis le imponía era mucho más fácil de soportar

¹² Carta a Felix Weltsch del 11 de octubre de 1917.

¹³ Postal a Ottla Kafka del 4-5 de septiembre de 1917.

que la presión moral y social, que le reventaba el cráneo y de la que acababa de librarse de golpe. Si realmente estaba tan enfermo como suponía—y la sangre fluyendo durante semanas no dejaba dudas al respecto—, nadie, ni sus padres, ni su prometida, ni sus superiores, ni sus amigos sionistas, podía impedirle concentrarse en sí mismo en el futuro; la tuberculosis proporcionaba una justificación para la retirada social, y con ella un «beneficio secundario» de la enfermedad que superaba con mucho la medida habitual. Ya no tendría que explicar a nadie por qué no participaba en cualesquiera empresas familiares, por qué no tenía ni sentido de los negocios ni ganas de hacer una carrera burguesa. Felice entendería al fin que su constitución física, a la que tantas veces se había referido tan misteriosamente, era de hecho un obstáculo decisivo que le impedía formar una familia. Y lo mejor era que el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo tendría que abrir sus garras, tendría que darle la libertad... También ése puede haber sido uno de los primeros pensamientos de Kafka cuando una mañana, después de la hemorragia, despertó de un sueño tranquilo. Estaba de mejor humor que desde hacía meses. Estaba de tan buen humor que incluso dirigió a su lejano y desconocido editor unas palabras dichas en confianza, una confesión: la enfermedad «atraída» desde hacía años había brotado al fin. «Es casi un alivio».¹⁴

Lo único extraño era que nadie quería entenderlo. Para Brod, la conciencia de una derrota definitiva habría sido aniquiladora; para Kafka, significaba ante todo que la lucha había quedado suspendida. Pero si sentía alivio, si hablaba incluso de redención, ¿cómo podía entonces la tuberculosis ser al mismo tiempo castigo? ¿No se estaba enredando Kafka, con sus palabras demasiado grandes, en espantosas contradicciones? En absoluto. El castigo *es* la redención. Porque significa: *tu proceso ha terminado*. Y luego no queda más que

¹⁴ Carta a Kurt Wolff del 4 de septiembre de 1917.

la vergüenza... la vergüenza de no haber alcanzado ese fin con las propias fuerzas.

Estaba nervioso, le dice Kafka a su madre el 5 de septiembre, muy nervioso, y por eso por el momento no iba a trasladarse a ninguna otra vivienda, sino que iba a intentar conseguir un permiso lo más largo posible. Lo pasaría con Ottla en el campo.

¿Advierte algo ella? Nadie que tuviera siquiera un mínimo conocimiento de la situación en las instancias oficiales de Praga iba a creerse esa historia. ¿Un permiso por nerviosismo? ¿En mitad de una guerra mundial? Al parecer, Julie Kafka *no* tiene ese conocimiento, cree a su hijo, se alegra de que se preocupe por su salud, y comunica esa novedad a su esposo.

La cosa se pone seria al día siguiente, cuando Kafka comunica oficialmente su enfermedad en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo. Se sienta en el despacho de su superior Eugen Pfohl y pone sobre la mesa el dictamen médico del profesor Pick, su pasaporte hacia una nueva vida. Se ha propuesto pedir el retiro, el abandono definitivo de la oficina y de su «carrera», pero no se siente bien al hacerlo. Porque, si la tuberculosis es en realidad una enfermedad espiritual, que por así decirlo desborda las propias orillas—y de eso no tiene ni la menor duda—, entonces las autoridades no tienen ninguna culpa. Al contrario: la regularidad de las horas de oficina, el indiferente estudio de los expedientes y la conversación, la mayoría de las veces igual de indiferente, entre colegas ofrecían apoyo, le estabilizaban, le aturdían de forma benéfica cuando la locura se acercaba demasiado. ¿Qué habría sido de él *sin* la oficina? Por difícil que fuera admitirlo, quizá sin ella la tuberculosis, u otra catástrofe igualmente lógica, se habrían presentado mucho antes.¹⁵ Pero, natural-

¹⁵ Años después, Kafka saca esta paradójica conclusión: «Sería fácil

mente, con escrúpulos así casi no es posible dar el necesario énfasis a las exigencias propias bajo la mirada de un superior benevolente que hace tantas horas extra como todos los demás. No, asegura Kafka, desde luego que no quiere explotar al instituto, también es posible un permiso para recuperarse.

El día siguiente, el 7 de septiembre, tiene lugar la decisiva conversación con el director Marschner. Kafka, que aún no ha abandonado la esperanza de retirarse, vuelve a ponerse a la defensiva, tanto más cuanto que Marschner todavía intenta consolarle: no debe tomarse tan en serio esa enfermedad, más grave resulta para el instituto tener que renunciar a un especialista tan valioso. Desde luego, una jubilación anticipada (con una pensión por tanto más reducida) no entra en consideración, en ningún caso puede interesar a Kafka. Pero sí un permiso de tres meses, que él, Marschner, puede autorizar sin más basándose en el certificado. No es necesario presentar una solicitud formal.¹⁶

No es un triunfo, pero significa tres meses en Zürau, tres meses de libertad. El consentimiento de Ottla es evidente, y una vez que Kafka ha dejado su puesto de trabajo en un orden modélico, empieza a empaquetar. Tiene prisa, ni siquiera encuentra tiempo para despedirse de los amigos como es debido.

El día de su partida—es miércoles, 12 de septiembre de 1917—, Max Brod aprovecha su descanso de mediodía para ir a toda prisa desde la oficina de correos al domicilio de los Kafka en el Altstädter Ring. La despedida le duele, va a ser la separación más larga desde hace muchos años, y precisamente ahora le atormentan preocupaciones que apenas

pedir un permiso si pudiera decirme, a mí y a otros, que la enfermedad es culpa de la oficina o que ésta la empeora, pero lo cierto es lo contrario, la oficina ha contenido la enfermedad» (carta a Ottla David de abril de 1921).

¹⁶ Kafka informa de sus conversaciones en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo en dos postales a Ottla del 6 y del 7 de septiembre de 1917, así como en una carta a Felice Bauer del 9 de septiembre de 1917.

puede confiar a nadie más. En el último momento, también Kafka ha recibido un golpe: ha llegado una postal de Felice, con frases inusualmente tristes, aunque sigue sin saber nada de la enfermedad de Kafka y sus consecuencias. Kafka le da a leer esa carta a Brod, hablan de ella. Kafka dice que no puede casarse teniendo tuberculosis. Luego, la despedida en el pasillo: Brod tiene que volver a la oficina.

A las dos de la tarde el tren partirá en dirección oeste. Por desgracia no es más que un tren tranvía, que necesita tres horas y media para hacer menos de cien kilómetros. Como Kafka no puede llevar en persona su equipaje—probablemente también vayan en él víveres para Ottla—, dos mozos de la tienda paterna acuden con carretillas de mano. Bajan el equipaje en ascensor, desde la casa al piso de abajo. Kafka señala una maleta: «Coged el ataúd».¹⁷

11. EL ARCA DE ZÜRAU

Una piedra sólo pesa en el lugar al que pertenece.
Refrán albanés

Zürau está hermoso como siempre, sólo que es invierno, el estanque que hay ante la ventana se congela a veces, es bonito ver patinar a los niños, y por la mañana casi ha habido que descongelar mi sombrero, que durante la tormenta de viento de esta noche se me fue volando al estanque. Los ratones se han mostrado de manera terrible, cosa que es imposible que te oculte, los he ahuyentado un

¹⁷ Esta cita y otras informaciones sobre la partida de Kafka proceden de un extracto de diario inédito de Max Brod. Kafka había informado a Felice Bauer de su enfermedad cinco días antes de su partida; sin embargo, debido a los largos plazos de entrega del correo durante la guerra, la postal mencionada no puede haber sido su reacción a la carta en que se lo decía. De hecho, Brod anota en su diario: «Carta desesperada de ella, aunque aún no sabe nada».

poco con el gato, que siempre llevo a casa por las tardes «calentito en brazos» cuando cruzo la Ringplatz, pero ayer volvió a presentármese una tosca rata de horno, que probablemente nunca había estado en mi dormitorio, armando un estrépito inaudito; tuve que traer al gato de la habitación de al lado, donde lo suelo dejar debido a mi incapacidad para educarlo en la limpieza y por miedo a que se suba a mi cama; el buen animal salió de buen grado de una caja de desconocido contenido, que en cualquier caso no está destinada a dormir y pertenece a mi casera; luego se hizo el silencio. Otras novedades: han cebado un ganso hasta matarlo, el zorro tiene la sarna, las cabras ya han estado con el chivo (que debe de ser un tipo especialmente hermoso, una cabra que ya ha estado con él recorrió de nuevo, al recordarlo repentinamente, el largo camino desde nuestra casa hasta el chivo), y el cerdo va pronto a ser matedo, lisa y llanamente.¹

Gansos, ratones, ratas, gatos, zorros, cabras y cerdos; además de topos, conejos, pollos, perros, vacas y caballos. Kafka se encontraba en un pequeño y bullicioso planeta, inconcebiblemente lejos de la actividad urbana de la Wenzelsplatz, reservada a una única especie, en la que como mucho circulaban coches de caballos, e igual de lejos del mundo de papel, débilmente iluminado, del Instituto de Seguros de Accidentes, en el que nada se movía de manera espontánea. Por el contrario, Zürau estaba poblado por una extensa familia de los más variados seres vivos, que se levantaban por la mañana con la primera luz del sol, sobrepujando en ruido unos a otros, con los trescientos cincuenta habitantes humanos en medio de ellos;² y por las tardes, cuando anochecía, volvía a hacerse un silencio perceptible, porque aquí nadie tenía ganas de prolongar de forma intencionada el día que Dios les

¹ Carta a Oskar Baum de finales de noviembre de 1917.

² Según un padrón de febrero de 1921 (*Statistický Lexikon obci v Čechách*, Praga, 1924, p. 254). La actual Sifem tiene menos de cien habitantes.

había concedido. No había luz eléctrica en Zürau, el que no quería irse a dormir necesitaba petróleo para su lámpara, y el petróleo era caro. Finalmente, en la oscuridad sólo quedaban los ratones, últimos mensajeros de una vida que se reproducía hasta el infinito.

Ni luz eléctrica, ni agua corriente, ni calles pavimentadas. Ni cafés, ni cine, ni librería, ni quiosco. Ni oficina de Correos, ni un teléfono en el pueblo, la estación de ferrocarril de Michelob (Měcholupy) accesible tan sólo empleando un carro de caballos. Y sobre todo: ningún amigo. ¿Con quién podía hablar allí Kafka? Con el viejo y malhumorado capataz, que no aceptaba instrucciones de Ottla, pero sí una botella de ron que otra; con las dos criadas, Mařenka y Toni; con los vecinos, todos ellos familias campesinas cuyo centro intelectual era la plaza del pueblo; y con ocasionales vagabundos a los que Ottla invitaba a entrar y con los que Franz compartía la cena. Por no hablar de que sólo podía seguir con esfuerzo el dialecto local del alemán.

Sí, él sabía lo que le esperaba allí, había visitado a su hermana en Zürau dos o tres veces durante el verano, y luego lo había pintado todo en los más hermosos colores. Sus padres en cambio negaban tercamente con la cabeza; para el furioso padre era inevitable representarse ante sus ojos Klein Wossek, el lugar de su infancia, un lugar de pobreza y trabajo durísimo. A su vez, Max Brod y Felix Weltsch sólo conocían la naturaleza como paseantes que buscaban el contraste estético con la ciudad: el panorama, el río, los bosques tranquilos, el aire tibio. Zürau tenía poco que ofrecer de todo eso: un paisaje moderadamente montuoso, marcado por sembrados, huertos de lúpulo y algunos bosquecillos en los que se buscaría en vano un confortable local para excursionistas. Naturaleza en estado puro, campo llano, un leve olor a estiércol entremezclado con las emanaciones de tres tabernas en las que los jornaleros engullían la diluida cerveza de la guerra, y cerca de allí (*demasiado* cerca para un enfermo de tubercu-

losis) una polvorienta cantera de arcilla.³ Brod no se dejó ver por allí ni una vez, y Weltsch sopesó las ventajas y desventajas entre el coste del viaje y los víveres que tal vez pudieran conseguirse en Zürau. Era impensable que alguien del entorno intelectual de Kafka hubiera querido compartir esa vida campestre durante más de unos días, por no hablar de todas esas figuras urbanas contemporáneas que hoy se mencionan a la par de Kafka, como Thomas Mann, Musil, Schnitzler o Kraus: ninguno de ellos habría ido de forma voluntaria a semejante desierto.

En conjunto no leo mucho, la vida en el pueblo me resulta tan atractiva. Una vez que se ha superado, con todas sus incomodidades, la sensación de vivir en un zoológico, organizado conforme a modernos principios, en el que se ha dado plena libertad a los animales, no hay vida más agradable, ni sobre todo más libre, que la del pueblo, libre en un sentido espiritual, lo menos apremiada posible por el entorno y el pasado. No se puede confundir esta vida con la de una pequeña ciudad, que probablemente sea terrible. Siempre he querido vivir aquí...⁴

Bueno, Kafka estaba enfermo, para él regían criterios especiales, y los amigos le perdonaban que idealizara una forma de vida a la que de todos modos se veía obligado. Además tuvo suerte, porque algunas semanas después de su llegada el tiempo seguía siendo tan cálido y despejado que no se vio confinado a su sombría habitación, orientada al norte. Casi todas las mañanas, después de disfrutar de un vaso de leche en la cama, Kafka se llevaba una silla acolchada y dos escabeles a una pequeña elevación, y allí se pasaba el día tum-

³ En el distrito de Podersam (Podbořany), al que pertenecía Zürau, había ya antes de la guerra una tasa de enfermos de tuberculosis superior a la media (véase Rott 1902-1905:30). Es probable que esto tenga relación con las numerosas canteras de arcilla existentes en la zona.

⁴ Carta a Felix Weltsch de alrededor del 11 de octubre de 1917.

bado, con el torso desnudo, como un turista de veraneo; y siempre que quería había tiempo para dar unos pasos por la colina cercana o por el sendero que llevaba al vecino pueblo de Oberklee (Soběchleby): «la libertad, sobre todo la libertad», escribió a Brod después del primer paseo, y era comprensible, porque venía de la oficina, y escribía bajo el sol de un largo final de verano.⁵ Tan sólo poco a poco comprendió que aquel sol de Zürau tenía otras consecuencias. Porque la persistente sequía causó en 1917 una cosecha catastróficamente escasa, y las semillas para el año próximo sólo podían conseguirse por medio de múltiples solicitudes y buenas relaciones: la granja de Ottla estuvo a punto de irse a pique a causa del «buen tiempo».

Ni siquiera Kafka pudo evitar adaptarse a las reglas de una estructura social que le resultaba profundamente ajena; tuvo que renunciar a las comodidades y—lo que era peor—modificar sus costumbres. Ya no estaba en su mano estar solo casi a voluntad. Y Zürau no era un sanatorio en el que, si a uno no le gusta el vecino de mesa, se hace llevar la comida a la habitación. Habría sido del todo impensable atravesar la Ringplatz y quejarse en la casa de enfrente de «el único piano del noroeste de Bohemia», que era maltratado regularmente allí, o de dos incansables «picadores», de los cuales uno martilleaba sobre madera, el otro sobre metal, puntualmente, a las seis de la mañana.⁶ También ocurría que el sitio preferido de Kafka en la cocina estuviera ocupado por la tarde, porque allí se instalaba el malhumorado capataz con alguno de sus compañeros, y naturalmente en el cuarto de Ottla, inmediato a la cocina y separado de ella tan sólo por una puerta de cristal, no había tranquilidad posible. En esos casos, no quedaba otro remedio que dar un paseo o retirarse temporalmente a la habitación propia, que estaba en un

⁵ Carta a Max Brod del 14 de septiembre de 1917.

⁶ Carta a Oskar Baum del 23 de septiembre de 1917.

edificio aparte. Pero allí esperaban los ratones... una plaga que aumentó notablemente con las primeras noches frías, y a la que Kafka reaccionó con un espanto propio de una fobia. No, había que tomar las cosas como venían, y no había en Zürau ningún libro de reclamaciones.

Que a pesar de todas las contrariedades Kafka estuviera en condiciones de relajarse y concentrar las energías que le quedaban en superar *espiritualmente* la nueva situación, se lo debió ante todo a Ottla. Ella continuó lo que había empezado en el Callejón de los Alquimistas, ofreció a su hermano un espacio protegido, le procuró todo lo necesario; y aunque ya estaba visiblemente desbordada con las veinte hectáreas de terreno que tenía que cultivar con ayuda de unos pocos auxiliares, supo atenuar el sentimiento inicial de alienación de él, su temor a resultar molesto para todas esas personas que trabajaban con dureza. «Ottla literalmente me lleva sobre sus alas a través del difícil mundo», escribió Kafka nada más llegar, y a los pocos días esa sensación se había concentrado de tal modo que él recurría a las imágenes más potentes: «Con Ottla vivo como en un pequeño buen matrimonio; un matrimonio no en el sentido de la habitual confluencia de torrentes opuestos, sino en forma de una corriente que avanza con pequeñas ondulaciones», contó a Brod.⁷ Un estado utópico, parecía. Pero hacía mucho que a Brod no le sorprendían tales arrebatos, sabía que Kafka echaba de menos lo «habitual» tanto como todo el mundo, y que la mera visión de un cochecito de niño podía bastar para que el péndulo se moviera en la dirección opuesta.

Sea como fuere, Kafka tenía motivos para defender con especial énfasis su propia visión asexuada de la felicidad. Porque el día en que tendría que explicarse se acercaba mucho más deprisa de lo esperado. Felice Bauer estaba horrorizada ante la aparente resignación con la que Kafka aceptaba la tu-

⁷ Cartas a Max Brod del 14 y del 18 de septiembre de 1917.

berculosis; se agitaban en ella la compasión, una conciencia inquieta y quizá también el recuerdo de Marienbad. Quería verle, quería saber si estaba bien atendido, quería saber qué iba a pasar ahora... y todo eso, según creía ella, no toleraba aplazamiento alguno ante la catástrofe que los había alcanzado a ambos. Envío un telegrama, anunció su viaje a Zürau y, sin esperar la confirmación de Kafka, se subió a uno de esos desolados trenes de repuesto que necesitaban un largo día y una noche más larga aún para hacer el viaje de Berlín a Praga, sin sospechar que Kafka ya tenía la carta de despedida escrita en la cabeza y casi ya pasada al papel.

Kafka temía esa confrontación, porque le ponía forzosamente en la posición de ser injusto. Había comprendido—y ese conocimiento era el primer fruto de los días pasados en la tumbona—que una época de su vida tocaba irrevocablemente a su fin, una época en la que había seguido la pugna entre literatura y matrimonio, por así decirlo, como atormentado espectador, al que no quedaba sino esperar el último acto de la representación. Esa pasividad, le parecía, ese constante enredo en desesperados compromisos, no podía mantenerse ni un día más después de lo que le había ocurrido. Había recibido una señal, la tuberculosis era una señal, y su significado era evidente: había llegado el momento de hacer balance, de concentrarse en lo esencial y asumir de una vez la tarea asignada con todas las consecuencias. Y Kafka tenía menos dudas que nunca de en qué consistía esa tarea.

Felice Bauer lo encontró completamente cambiado. Sin duda había esperado encontrar a un hombre abatido, necesitado de afecto, al que había que insuflar algo de valor en vista de la enfermedad que le afectaba, y sin duda había viajado con el firme propósito de dejar a un lado todo lo que se interponía entre ellos y someterse durante unas horas a sus necesidades. Ésa era la manera pragmática en la que su compasión se expresaba desde siempre. Pero Kafka no estaba en absoluto abatido, y nada le interesaba menos que buscar con-

suelo en la discusión de medidas de atención. Le irritó oír-la pontificar sobre la cocción de la leche, sobre lo inadecuado y falto de luz que era su cuarto (en el que ella misma pasó dos noches sola), sobre la necesidad de comidas más frecuentes, ropa de cama caliente y control médico. Eso no era más que el sentido común de Brod en su forma aguda. Pero ahora Kafka estaba interesado en cosas más fundamentales, en cuestiones de identidad, de significado, en cuestiones en torno a la vida y la muerte. Y no tenía ni la inclinación ni la capacidad para tender un puente a su prometida, permitirle participar de la radicalización intelectual que la hemorragia había forzado pocas semanas antes. Ya no tendió la mano. Se mantuvo mudo. Se aburría con la mujer que un día había sido su amada, y no ocultaba ese aburrimiento.

Fueron horas desoladas y tristes, pero tristes en un sentido muy distinto, y peor, del que Felice Bauer había esperado. Cinco años después de su primer encuentro, todos los temas comunes estaban agotados, el interés de Kafka por su trabajo en el hogar popular judío parecía haberse esfumado,¹ tan sólo decía vaguedades acerca de sus propios planes. Qué consuelo podía ofrecer ella; chocaba contra una «barrera» (como la llamó unos días después) y, en vez de mostrarse emocionalmente generosa, tenía que luchar contra un sentimiento de humillación. Se había suavizado desde la explosión del Askanischer Hof, pero parecía como si Kafka la empujara de nuevo, y con deliberación, al papel de acusadora. ¿Y para eso había pasado treinta horas en un tren? Por fin regresó a Praga, junto con Ottla, que tenía que hacer gestiones en la ciudad. Durante algunas horas, las dos mujeres es-

¹ No nos consta cuándo suspendió Felice Bauer su actividad pedagógica en el hogar popular de Berlín. En la correspondencia de Kafka se encuentran, a principios de 1917, las últimas indicaciones indirectas de esta actividad, cuando pide a su editorial que remita a Felice Bauer los honorarios vencidos por el volumen *Contemplación*, de apenas cien marcos (postales a Kurt Wolff Verlag del 20 de febrero y del 24 de marzo de 1917).

tuvieron la una frente a la otra. Cabe dudar que pudieran entenderse acerca de su más importante preocupación, la única que compartían.

Felice Bauer aún tenía que hacer unas cuantas visitas de despedida, a Max y Elsa Brod y a los curiosos pero todavía ignorantes padres de Kafka. Julie Kafka preguntó si el malhumor de Franz había mejorado ya en Zürau. No había observado nada de eso, respondió Felice.

Que en mi interior hay dos seres que combaten, es cosa que ya sabes. Que el mejor de ambos combatientes te pertenece, es algo que en estos últimos días he dudado menos que nunca. Sobre las vicisitudes de la lucha has sido informada a lo largo de cinco años mediante la palabra y el silencio y mediante sus entremezcladuras, por lo general para tu tormento. Caso de que me preguntes si ha habido siempre veracidad, sólo te puedo decir que jamás hacia ninguna otra persona me he abstenido tan enérgicamente de decir mentiras conscientes, o para ser aún más exacto, más enérgicamente, que hacia ti. Disimulos ha habido algunos, mentiras muy pocas, suponiendo que, de por sí, sea posible eso de que haya «muy pocas» mentiras. Soy un ser mentiroso, de otra manera no sé conservar el equilibrio, mi barca es muy frágil. Si me someto a prueba para averiguar cuáles son mis fines últimos, resulta que no estoy verdaderamente empeñado en llegar a ser una buena persona, capaz de responder adecuadamente ante su Tribunal Supremo, sino que, muy por el contrario, me esfuerzo por abarcar con la mirada a la comunidad humana y animal en su totalidad, por entender sus predilecciones, sus deseos, sus ideales morales fundamentales, por trasladarlos a preceptos simples y por desarrollarme yo mismo en esa dirección lo antes posible, de forma que resulte agradable a absolutamente todo el mundo, tan agradable (aquí viene el salto) que, sin perder el amor general, al final me esté permitido—en mi calidad de único pecador al que no se le asa—llevar a cabo abiertamente, ante los ojos de todos, mis inmanentes bajezas. En suma, que lo único que me importa es el tribunal de los hombres, y para colmo es a éste al que pretendo engañar, aunque eso sí, sin trampas.

Aplica esto a nuestro caso, que no es un caso cualquiera, sino más bien mi caso auténticamente representativo. Mi tribunal humano eres tú. Esos dos combatientes que hay en mí, o mejor dicho, de cuya lucha—salvo por un pequeño resto martirizado—estoy hecho, el uno es bueno y el otro malo; de vez en cuando intercambian entre sí las máscaras, lo cual viene a introducir una confusión aún mayor en el ya de por sí confuso duelo; pero al final, no sin contratiempos que han durado hasta las épocas más recientes, he podido llegar a creer que iba a producirse lo más inverosímil (lo más verosímil sería la lucha eterna), aquello que al sentimiento último pareció esplendoroso, que yo, pobre de mí, quebrantado por los años, al fin pueda hacerte mía.

De pronto se pone de manifiesto que la pérdida de sangre ha sido demasiado grande. La sangre que el bueno (de ahora en adelante le llamaremos el Bueno) derrama con objeto de hacerte suya revierte provecho en el Malo. Allí donde el Malo probable o posiblemente habría sido incapaz—por sus propios recursos—de encontrar ninguna cosa nueva y decisiva para su defensa, tal cosa resulta que es el Bueno quien se la ofrece. El caso es que, en mi fuero interno, yo no tengo a esta enfermedad por una tuberculosis, o al menos no la considero tal primordialmente, sino que la tengo por una quiebra general. Creí que las cosas seguirían aún marchando hacia delante, pero no ha sido así. La sangre no proviene del pulmón, sino de la estocada, o de una estocada definitiva, de uno de los combatientes [...]

Por otro lado, voy a decirte un secreto en el que yo por mi parte en estos momentos no creo en absoluto (pese a que, cuando trato de trabajar y pensar, la tiniebla que desde lejos cae sobre mí a mi alrededor tal vez pudiera convencerme), pero que tiene que ser verdad: jamás recobraré la salud. Ni más ni menos porque no se trata de una tuberculosis a la que se coloca en la tumbona y a la que se cuida hasta su curación, sino que se trata de un arma cuya necesidad seguirá siendo extrema mientras yo continúe con vida. Y ambas no pueden continuar con vida.⁹

⁹ Carta a Felice Bauer del 30 de septiembre de 1917.

Elias Canetti ha calificado esta carta de la más dolorosa que nos ha llegado de la mano de Kafka: es tan dolorosa que cuesta trabajo citarla.¹⁰ Sobre todo la mezcla de la sangre real con la metafórica repele a Canetti; se trata de «un mito indigno y falso», gravado además con una mentira evidente. Porque no es cierto que «el mejor» de los dos combatientes pertenezca a Felice, de hecho ya nada le pertenece, puesto que hace mucho que Kafka se ha decidido por la separación.

Se comprende la aversión de Canetti: después de cientos de cartas, de un cortejo desesperado, de los días de plenitud de Marienbad, al final de una historia de cinco años, común por triste que fuera, Kafka no encuentra una palabra de consuelo o de gratitud. Su carta es un autonálisis que se pierde en imágenes chispeantes, dirigido a un público imaginario y sin consideración hacia su destinataria, cuya vida está tan involucrada en esto como la de él. «Si analizo mi meta final...». Ésta no es la alocución íntima de una carta, es la confesión que quizá hubiera ahorrado la pena máxima al acusado Josef K., es *literatura*, y de hecho Kafka, orgulloso de su alegato preciso, plástico y paradójico, copió ese pasaje dos veces palabra por palabra, en su diario y en una carta a Brod. Finalmente: «Tú eres mi tribunal humano». Una frase que Felice Bauer no puede haber leído sin espanto, por condicionados, vacilantes o faltos de comprensión que puedan haber sido sus sentimientos hacia Kafka. Una frase de inaudita furia, una frase destructiva, que no deja lugar a esperanza alguna. Porque no se vive con el propio juez, y no se le toca: se está *frente a él*, para siempre.

Pero ¿de qué habla Canetti cuando ataca el *falso* mito de Kafka? Sin duda, el autorretrato de Kafka, su interpretación tanto de la enfermedad como de la relación con Felice, son alienantes, causan perplejidad, porque no siguen una lógica ni emocional ni fáctica, y evitan artísticamente las frases que

¹⁰ Canetti [2012:461].

podrían esperarse en una situación similar: «No me comprendes», o: «No nos amamos». En vez de eso se sirve de un arsenal de plasticidad mitológica y una corriente de conceptos que se sostienen por sí mismos pero no son accesibles a ninguna otra explicación: lucha, sangre, arma, pecado, tribunal, bien y mal, oscuridad, muerte. Incluso su «bancarrota general» Kafka la certifica con laconismo, como si con eso estuviera dicho todo, como si no se tratara de una metáfora cuyo sentido práctico pudiera ser ponderado en común. No «comunica» nada, sino que presenta un mito: *Así fue, así es, así será*. Sin embargo, esa confianza en la fuerza imaginativa de las asociaciones, ese tomar al pie de la letra imágenes y metáforas intemporales, es una característica de todos los mitos, y en este sentido *todo* mito es falso. Porque, al contrario de la psicología, el mito no tiene conciencia de su propio alcance. Apunta, como la obra de arte, a la fuerza de convicción y coherencia internas, y el momento de verdad que contiene siempre es *toda* la verdad para él.

Es evidente que Kafka no veía con claridad que la complejidad de su mundo de experiencias somáticas y psíquicas no podía ser explicada, y menos controlada, con medios tan arcaicos, por atractivos que fueran desde un punto de vista literario. Haber encontrado metáforas que extraían sentido a la falta de felicidad le daba seguridad, le erguía, le hacía incluso sentirse orgulloso. El precio era que se quedaba por detrás de su propia capacidad de comprensión, y que tenía que cortar demasiados hilos sueltos: lo que era incompatible con el mito, lo reprimía o lo ocultaba con plena conciencia de su falta de autenticidad. Kafka *sabía* que había otras lecturas posibles de su destino, y algunas de ellas se las había confiado ya a sus amigos o a su propio diario. Pero eso no podía llegar a ojos de Felice en ninguna circunstancia.

¿Qué hubiera dicho ella, por ejemplo, de sus manifestaciones acerca del «pequeño buen matrimonio» que su prometido mantenía con su propia hermana? Felice Bauer no

era en absoluto mezquina desde el punto de vista erótico, había aceptado sin queja, tres años antes, el agri dulce asunto de Kafka en Riva, tenía experiencias propias con sentimientos incestuosos, y aunque Ottla le había parecido desde siempre inmadura y carente de interés, sólo podía aprobar su sincera y cálida confianza con Franz. Pero ¿cómo se compadecía el evidente bienestar que transparentaba un manifestación como ésa con el estatus de esa «bancarrota general» a la que Kafka aludía? Seguramente no era tan general, y estaba próxima la sospecha de que la gran felicidad de Marienbad, que Kafka había desechado, guardaba una secreta relación con la pequeña felicidad de Zürau: aquélla había sido alcanzada tras una dura lucha; ésta, en cambio, era gratis. ¿Había optado, sencillamente, por el camino más cómodo? No hay una palabra de esto en la carta «mítica» de Kafka, no hay una palabra sobre Ottla.

Había otros pensamientos, más abismales, que Kafka difícilmente hubiera podido poner en consonancia con el autorretrato destinado a Felice. «Hasta ahora no he anotado lo decisivo aún sigo fluyendo en dos cauces. El trabajo que me aguarda es enorme», escribía después de dos meses en Zürau.¹¹ Tampoco eso suena a fracaso y final. Al contrario, Kafka había interpretado desde un principio la tuberculosis y el forzado trastorno en su rutina vital como una crisis purificadora, como oportunidad de desprenderse de lo no esencial y hacer acopio de las fuerzas que le quedaban. Y, para retener ese instante, había abierto su nuevo cuaderno de diario de Zürau con una admonición a sí mismo:

Hasta cierto punto, ahora tienes la posibilidad, si realmente existe tal posibilidad, de comenzar. No la desperdicies. Si quieres penetrar en ti mismo, no podrás evitar tanta suciedad que te desborda. Pero no te revuelques en ella. Si, como tú mismo dices, la herida

¹¹ Diario, 10 de noviembre de 1917.

de tus pulmones solo es un símbolo, un símbolo de la herida cuya inflamación se llama Felice y cuya profundidad se llama justificación, si eso es así, entonces también son símbolos los consejos médicos (luz, aire, sol, reposo). Agarra ese símbolo.¹²

De nuevo la voz de un mito propio. Pero este mito habla inequívocamente de un futuro, y la mirada con la que se afronta es firme y clara. Ya llamó la atención de Max Brod que las cartas de Kafka desde Zürau contuvieran muchas menos quejas que de costumbre. Eran cartas asombrosamente tranquilas, sobre todo cuando aludían al núcleo de la propia desgracia, y más tranquilas aún cuando hablaban del irrevocable fracaso. Una contradicción que le parecía tanto menos comprensible en cuanto que sus propios ataques de desesperación (la mayoría de las veces debido al conflicto entre dos mujeres, y en otoño de 1917 peores que nunca) ya no le dejaban pensar con claridad. No, esa calma de Zürau era todo lo contrario de tranquilizadora, era inquietante, y Felice Bauer no puede haber sentido otra cosa.

Kafka intentó justificarse una última vez. Lo hace en la última carta suya a su prometida que nos ha quedado, escrita como desde muy lejos, dictada por una voz que ya no está destinada a ella. También a él le había atormentado el encuentro en Zürau, pero no por eso había sido desdichado. La diferencia está en el punto de vista: es desdichado aquel que siente el dolor en su propio cuerpo, atormentado en cambio el que tan sólo lo observa. Kafka nunca había dicho con tal sinceridad que ya no estaba *implicado*, y si Felice Bauer aún alberga esperanzas después de esta confesión, sólo cabe explicarlo a la luz de las «exageraciones» de él en años anteriores: ella conoce sus extremas oscilaciones, sabe que se le puede tranquilizar e incluso seducir, aunque ahora la tuberculosis lo ha hecho todo mucho más difícil.

¹² Diario, 15 de septiembre de 1917.

Felice Bauer sigue escribiendo, con más frecuencia aún, a Zürau; incluso si ha podido intuir que todo ha terminado, despedirse de un enfermo de tuberculosis en semejante estado contraviene de forma dolorosa su propia ética social. En Berlín se asesora con su amiga Grete, sin duda horrorizada con la aparente indiferencia de Kafka. Las cosas llegan al punto de que Grete Bloch, que al parecer no ha aprendido nada de su anterior y fracasada injerencia, le recuerda a Kafka que existe, y le anuncia una extensa carta. Fue una amenaza que, literalmente, le quitó el sueño. Porque, desde la última aparición de Felice, Zürau se había vuelto sombrío para Kafka; de pronto se sentía incapaz de recibir visitas, incapaz incluso de soportar el más mínimo abuso. Si llegaba una carta de Felice, la dejaba sin abrir durante horas, y el miedo a nuevas quejas—todas ellas acusaciones a los oídos de Kafka—le asfixiaba de tal modo que no estaba en condiciones de probar bocado.

Ni Brod ni posteriormente Canetti supieron apreciar la desesperada energía con la que Kafka luchaba por su supervivencia psíquica: sus distanciamientos parecían demasiado asentados, demasiado seguros de sí mismos, sus interpretaciones demasiado reflexionadas, sus descripciones de la vida rural demasiado literarias, incluso sus graciosas «cartas sobre ratones», que en Praga corrían de mano en mano, demasiado humorísticas. Había dejado atrás los rituales de queja de años anteriores, y parecía en camino hacia una elocuencia madura y dominante. ¿No es diferente el aspecto de la verdadera desesperación? Kafka, en alerta en su tumbona de Zürau, también se planteó esa pregunta:

Me resulta siempre incomprensible que a casi todo el que sabe escribir le sea posible objetivar el dolor en medio del dolor, de tal manera que yo, por ejemplo, en medio de mi desdicha, todavía con la cabeza ardiendo de desdicha, puedo sentarme y comunicar a alguien por escrito: soy desdichado. Sí, puedo incluso ir más allá de

eso y fantasear con distintas florituras sobre mi desdicha, conforme a mi propio talento, el cual no tiene nada que ver con la desdicha misma; puedo fantasear con sencillez, o mediante antítesis, o con orquestas enteras de asociaciones. Y no es en absoluto mentira, y no calma el dolor, es, sencillamente, un exceso de fuerzas que por sí sólo se produce en un instante en que, sin embargo, el dolor ha consumido visiblemente todas mis fuerzas hasta el fondo de mi ser, fondo que el dolor continúa arañando. ¿Qué clase de exceso es ése?»¹³

Kafka habla de escritores y se le escapa una tautología: no podemos saber si realmente (casi) todo el que sabe escribir es capaz de articular la más profunda desgracia propia, porque no tenemos los documentos al respecto de los que no lo son. Kafka, de hecho, apunta a una experiencia extraordinariamente característica *para él*, a una verdad vital cuya maravillosa fiabilidad encuentra confirmada una y otra vez: «Uno nunca sabe qué cosas tiene en su propia casa», tal como lo formuló en «Un médico rural». En el cero absoluto hay nuevas reservas. Eso le protegerá, hasta el final. Pero precisamente por eso está convencido de que en el futuro sólo encontrará la seguridad en sí mismo: la vida—en el más enfático sentido del término—se ha cerrado delante de él, y la «tarea que espera», por mucho que se ansíe y por imperativa que sea su exigencia, viene de una oscuridad totalmente imposible de definir y ajena a la vida.

¿Es el combatiente «bueno» o el «malo» el que trata de dirigirse allí? Es mentira, dice Canetti, o en todo caso un acto de falsa caballerosidad, cuando Kafka sigue afirmando que la antigua amada representa el bien, o al menos lo preferible. ¿Acaso no estaba decidido desde hacía mucho a negarse a su

¹³ Diario, 19 de septiembre de 1917. Es digna de mención una pequeña corrección en la primera frase: Kafka quiso escribir al principio «que a todo el que sabe escribir...», pero lo corrigió y puso «que a *casi* todo el que sabe escribir...».

llamada y recorrer un camino enteramente distinto? ¿Acaso no se califica Kafka a sí mismo, y en la misma carta, de «mentiroso»? Pero aquí es claramente Canetti el que ya no soporta la tensión y el que—tras un agotador estudio de las actas del «proceso»—insiste, *post festum*, por así decirlo, en reclamar una sentencia, una viril profesión de fe en la literatura que ponga fin de una vez al caso. Para el propio Kafka, en cambio, persiste la ambivalencia, incluso después de la decisión, y se ha conservado un signo conmovedor de ella. Porque existe una postdata de aquella carta que Canetti aún no conocía, una única frase en una hoja separada, una frase que hace enmudecer por un momento el ruido de la lucha retórica y da espacio a la pena, a la mirada hacia lo perdido:

Aún quería decir una cosa más: hubo y hay momentos en los que, en realidad o en el recuerdo, la mayoría de las veces es el recuerdo de tu mirada dirigida hacia mí el que es más fuerte aún de lo que ya lo eres para mí, y en mí ser parece surgir algo superior, pero soy, como de costumbre, demasiado débil para retener esos momentos o para mantenerlos ante mí.¹⁴

Fueron las últimas palabras. Desde luego, Felice insistió en su derecho. Tenía derecho a escuchar cara a cara la sentencia. Pocas semanas después cumpliría los treinta. Ya no era ninguna niña.

Cada cuatro semanas, había recomendado el profesor Pick, Kafka debía ir a Praga a hacerse una revisión; y como Brod había sido testigo de ese acuerdo, unos días después de expirar el plazo empezó a insistirle. Kafka, en cambio, titubeaba. ¿Qué había que revisar? No había hemorragias, ni fiebre, y

¹⁴ Fragmento sin fecha, si bien la hoja en que está escrito forma parte probablemente de la larga carta (citada más arriba *in extenso*) a Felice Bauer del 30 de septiembre de 1917, escrita en el mismo papel cuadriculado.

tan sólo la tos frecuente y la respiración ligeramente acelerada le recordaban que no estaba de vacaciones en Zürau. En sólo cuatro semanas había engordado siete libras, estaba moreno como un campesino de la cintura para arriba, su madre—en este punto Kafka exageraba—no le había reconocido cuando fue a recogerla un día a la estación del ferrocarril. Tenía mejor aspecto que desde hacía años. ¿Acaso el profesor no le echaría de la consulta al verlo? Kafka había recibido amigables cartas del Instituto de Seguros interesándose por su estado. Una vez en Praga, tendría inevitablemente que exponerse a las miradas de sus agobiados colegas, que probablemente le tomarían por un tipo con suerte. Kafka se avergonzaba.

De hecho, Brod tuvo que ir a buscar a su reticente amigo. La ocasión se dio a finales de octubre, cuando, junto con su esposa, fue invitado a un acto literario organizado por sionistas en Komotau, en el noroeste de Bohemia. Kafka subió al tren en el que los Brod viajaban, asistió a la lectura, se quedó una noche en Komotau, y al día siguiente fueron juntos a Praga. Sin duda Brod miraba con más atención que la ignorante Julie: no le impresionaban ni el bronceado de Kafka ni las libras ganadas, y tampoco el (esperado) dictamen tranquilizador del profesor de Praga pudo apartarle de la idea de que antes de empezar el invierno tenía que ocurrir algo. Más en serio que en broma, amenazó a Kafka con dirigirse también a sus padres «como último recurso», si él seguía manteniendo su terquedad y no buscaba de una vez un entorno más apto y, sobre todo, un clima más suave. Había que buscar la curación en el sur, sólo en el sur... Y, con encantadora ingenuidad, añadía que también podía ser adecuado un «medio generalmente reconocido». Pero no era fácil impresionar a Kafka con las opiniones comunes, y parar ese golpe le resultó especialmente fácil, dado que «ni siquiera el profesor ha hablado del sur».¹⁵

¹⁵ Max Brod a Franz Kafka, 8 de noviembre de 1917; carta a Max Brod del 14 de noviembre de 1917.

Kafka se sentía lo bastante sano como para seguir reprimiendo la idea de un peligro real. Más que su estado físico objetivo le preocupaba la *imagen* que ofrecía: un funcionario que sin signos externos de enfermedad se pasa meses tumbado en una pradera, dejando que su hermana le alimente, en medio de una guerra y rodeado de personas que trabajan en duras condiciones... Eso podía provocar en Zúrau miradas torcidas y preguntas incómodas, aunque, por supuesto, aquí nadie se atrevía a dirigirse abiertamente al «señor doctor». Esa preocupación por el qué dirán era probablemente una proyección de Kafka, pero le bastó para echar por tierra todas las prescripciones médicas y participar cada vez más en los trabajos del campo, que de todas formas le atraían. Recolectó escaramujos, plantó un huerto, recogió a cuatro patas las patatas, alimentó al ganado, guió el carro, llegó a cortar leña e incluso probó—sin especial habilidad—con el arado. Todo esto le relajaba, le hacía dormir mejor y, finalmente, tranquilizaba la mala conciencia. Apenas retornado de la primera visita al médico en Praga, confió a su hermana que quería quedarse, pero ahora en serio: una casita propia en el pueblo, un jardín, un sembrado, era todo lo que necesitaba. Kafka soñó con convertirse en campesino. Y nadie lo entendió mejor que Ottla: «Yo misma creo que Dios le ha enviado esta enfermedad, sin la que nunca se habría librado de Praga», escribió.¹⁶

Pero a Kafka aún le faltaba mucho para librarse de Praga, porque el director Marschner seguía rechazando una jubilación anticipada, aunque dejaba entrever que con el pertinente certificado se podía prorrogar el permiso de tres meses. Tampoco consiguió más Ottla, que en noviembre fue a ver a Marschner y probablemente empleó palabras más sinceras que su hermano, siempre a la defensiva. En cualquier

¹⁶ Ottla Kafka a Josef David, 8 de noviembre de 1917; carta citada según Binder [1968:445].

caso, Marschner prometió ir él mismo a Zürau durante unas horas; quizá allí, lejos de los rituales de la oficina, pudiera hacer entender a su subdirector de departamento qué era lo que le convenía y qué no. Y explicarle, de paso, los actuales límites de sus facultades directivas. Se entiende que Marschner se empleara enérgicamente en librar a Kafka del servicio militar también el año siguiente.

Mucho más duras y dolorosas resultaron las negociaciones con sus propios padres, que seguían ejerciendo una importante presión moral sobre Ottla. Durante un tiempo se habían consolado con la expectativa de que, en el campo, su hija contribuiría un poco a que en Praga volviera a haber por fin algo jugoso encima de la mesa. Sin el mercado negro, hacía ya mucho tiempo que no era posible mantener un abastecimiento digno, y los Kafka hacían lo que todos los que aún tenían dinero en metálico: también ellos tenían un «proveedor» regular y digno de confianza—Kafka incluso lo había recomendado con éxito a sus amigos—, que sin embargo no podía garantizar entregas puntuales y encima había despertado las suspicacias de la policía. Pronto se demostró que Ottla no podía cubrir ese hueco, porque las triquiñuelas económicas y burocráticas con las que había que luchar en Zürau eran las mismas que en Praga. El párroco de Oberklee, que había llegado a la comarca tan sólo un mes después de que Kafka anotara consternado: «Espantosa carestía, la gran carencia de alimentos no sólo reina en las ciudades, sino también entre nosotros. La usura y la infamia dominan».¹⁷

Ottla tenía poco que oponer a eso; su granja era demasiado pequeña, demasiado pobre. Ni siquiera el abastecimiento de patatas funcionaba conforme al plan previsto, porque el envío de frutos del campo estaba estrictamente reglamen-

¹⁷ Wilhelm Reinwarth tomó posesión de su cargo en Oberklee el 31 de octubre de 1917. La crónica de su parroquia se encuentra hoy en el archivo municipal de Žatec (Saaz).

tado, y los diez quintales al año con los que los padres esperaban abastecer a todo el clan no pasaron de ser un sueño. Ottla enviaba de vez en cuando a Praga una lechera grande o unos cuantos huevos (aunque ella misma no tenía ni vacas ni aves), además de harina, pan hecho por ella misma, unas cuantas perdices y alguna otra pieza de caza. Kafka se esforzaba por hacer llegar alguna de estas exquisiteces a sus amigos e incluso a su superior, pero sólo lo lograba a veces y en pequeñas cantidades, porque el «primer lote»—se veía obligado a informar en tono quejumbroso— estaba siempre reservado a la familia de Praga. Lo cual era justo, porque Ottla seguía necesitando su apoyo regular. En el campo apenas se podía conseguir jabón, manteca de ternera, petróleo y papel, y pronto se descubrió que incluso las manzanas y las peras, las verduras, los zumos de frutas y las nueces eran dones muy bienvenidos para los vegetarianos de Zürau. Julie Kafka hacía llevar a la estación al menos un paquete por semana, y de vez en cuando incluso adjuntaba un poco de chocolate, bollos y revistas escogidas.

No es difícil adivinar con qué comentarios acompañaba su esposo ese tráfico de mercancías cada vez más unilateral. De todos modos, su humor había tocado fondo, porque las ventas de la mercería seguían disminuyendo, el cuarto invierno de la guerra se acercaba y hacía esperar nuevas privaciones. Desde un punto de vista objetivo, el «jefe» tenía razón a menudo, decía Irma Kafka, pero sus gritos y regañinas en la tienda eran ya casi insoportables, y las constantes admoniciones de Julie—«¡No te excites de ese modo! ¡Piensa en tu corazón!»—servían de poco. Y la situación ya había llegado a los tribunales: hacía poco, uno de los empleados no había aguantado más y había denunciado a Hermann Kafka por ofensas.¹⁸

¹⁸ Las impresiones sobre la tienda de Hermann Kafka se las debemos sobre todo a los informes regulares de Irma Kafka a su prima Ottla (las cartas no están publicadas, y se encuentran en propiedad privada).

Era difícil, sin embargo, enfrentarse a ese hombre, que sin duda advertía intuitivamente que Ottla y Franz, por inflexibles que se mostraran, sufrían mucho más que él en cualquier discusión. Sobre todo Ottla acechaba cualquier palabra amable de su padre (cuyas quejas acerca de su difícil infancia, harto repetidas, entendía ahora mucho mejor), y, con la conciencia de culpa de la persistente dependencia, en sus ocasionales visitas a Praga trataba de evitar nuevas disputas acerca de su forma de vida.¹⁹ A su vez, a Hermann le costaba trabajo negar su apoyo a su hija, que trabajaba muy duramente, y cuya fortaleza él había ignorado, y de todos modos cualquier intento de poner fin por hambre al experimento de Zürau habría topado con la enérgica resistencia de Julie. Así que la mayor parte del tiempo se conformaba con recordar que otra vez tenía él razón, y si enviaba unas líneas a Ottla de su puño y letra—cosa que ocurría raras veces—siempre llevaban como dirección «*actualmente Zürau*».

Con todo, incluir también al hermano en esta lábil paz resultaba difícil. A los padres les resultaba incomprensible cómo podía Franz pasar semanas y meses en la tumbona viendo arar a Ottla... aparte de que su agujero de ratones en Zürau costaba gastos de arrendamiento y manutención. Franz, encima, los tenía a todos en la ignorancia acerca de dónde pensaba vivir a su regreso, y si Julie o Irma iban a visitar una vivienda por encargo suyo, no veía más que pegas en todas partes y no era posible contentarle con nada. Todo eso exigía una pronta explicación.

Entretanto, ya eran más de una docena de personas las que conocían la tuberculosis de Kafka: Felice, Ottla, Irma, Růženka, los matrimonios Brod, Weltsch y Baum y un número indeterminado de superiores y colegas en el Instituto de Seguros. A todos les había insistido en que ahorraran a sus

¹⁹ Escribía a Josef David el 14 de noviembre de 1917: «Me gustaría que mi padre me tuviera más en cuenta, no importa en qué modo».

padres la mala noticia. Pero ¿por cuánto tiempo sería posible mantener en pie aquel decorado? Una sola rendija en él bastaba para desencadenar una explosión, y ese punto débil podía ser por ejemplo Max Brod, que había amenazado expresamente con la traición y ya se había ido de la lengua en otros lugares.²⁰

A mediados de noviembre, Kafka decidió no seguir exponiendo a su hermana a la continua angustia de no dar explicaciones y le pidió que en su próxima visita explicara a su padre—pero no a su madre—la verdadera razón de su permiso. El efecto fue asombroso: Hermann se mostró consternado y apocado, preguntó una y otra vez si Zürau era el lugar adecuado para un enfermo de tuberculosis, si Franz tenía allí todo lo que necesitaba y si realmente estaba en peligro. Por un momento, el patriarca cayó de su pedestal: estaba acostumbrado a dejar en manos de Julie todo lo que afectaba al equilibrio emocional de la familia, y toleraba que los problemas, mientras no se pudieran medir en coronas, fueran despachados por su mujer y en total silencio. Pero ahora, puede que por primera vez desde hacía décadas, *él* era quien tenía un secreto que le exigía una cierta dosis de diplomacia e incluso disimulo ante su propia esposa. La ensayada estrategia de silencio de los Kafka, cuyo beneficiario casi exclusivo había sido hasta ahora Hermann, se convertía de pronto en una carga opresiva, y nadie que le conociera habría apostado a que soportaría durante mucho tiempo esa inusual autodisciplina. Aun así, Kafka se indignó cuando resultó que su padre no había aguantado ni tres semanas antes de ponerle la verdad encima de la mesa a la horrorizada Julie. Le pareció «desconsiderado».²¹

²⁰ El 20 de noviembre de 1917, Brod pidió por carta al escritor Rudolf Fuchs discreción respecto a los «muy personales asuntos» de Kafka (Archivo de Literatura del Museo Nacional de la Escritura, Praga).

²¹ Carta a Ottla Kafka del 30 de diciembre de 1917. Ottla describió la

¿Puede casarse un enfermo de tuberculosis? ¿Fundar una familia? Kafka no tenía a mano bibliografía médica en Zürau, pero la cuestión le daba qué pensar, y observó con el mayor interés que, por ejemplo, el padre de Flaubert, médico, había sido tuberculoso y aun así había engendrado a un genio. «[...] de modo que durante varios años se habrá discurrido en secreto con respecto a si el pulmón del niño acabaría silbando (propongo esta expresión para "hacer un ruido áspero") o si llegaría a ser Flaubert». Tales ejemplos eran del gusto de Brod, que trataba de aliviar el fatalismo de Kafka y que aportaba una y otra vez nombres de conocidos que habían superado sin secuelas una afección pulmonar apical, sin tener que cambiar sus objetivos vitales: «Bien mirado, todo el mundo ha tenido ya tuberculosis».²²

La opinión de los médicos era en este punto mucho más cautelosa. Todo hombre soltero que sufría una infección aguda oía decir a su médico que por el momento no debía contraer vínculos íntimos, y en la mayoría de los casos a las pacientes femeninas se las trataba con más severidad aún. El médico de Praga Gustav Weiss escribía: «Sólo debería permitirse a los enfermos el matrimonio en el llamado primer estadio, y cuando lo que se llama una tuberculosis curada no se ha reavivado durante al menos dos años». Otros autores recomendaban un tiempo de espera de al menos tres años,²³ y también el internista de Kafka, doctor Mühlstein, quedó aliviado al oír que su paciente había aplazado voluntariamente y por tiempo indefinido sus planes de boda.

Que incluso la tuberculosis «cerrada», no contagiosa, fuera lo bastante temida como para ser aceptada como causa de

reacción del padre en una carta a Josef David del 23 de noviembre de 1917 (propiedad privada).

²² Carta a Elsa y Max Brod del 2-3 de octubre de 1917. Carta de Elsa y Max Brod a Franz Kafka del 29 de septiembre de 1917.

²³ Weiss [1922:336]. Véase Epstein [1910:50].

separación, significó un notable alivio psíquico para Kafka. Porque, de otro modo, habría tenido que explicar por qué ya no quería compases de espera y por qué consideraba la enfermedad como, en última instancia, incurable. A su vez, la temida palabra *tuberculosis* ofrecía a los padres la oportunidad de dar a su propia y extensa parentela una explicación plausible de la extravagante conducta de su hijo: prometerse dos veces con la misma mujer sin llegar a la boda parecía frívolo, falta de seriedad, y afectaba a las mismas cuestiones de reputación moral que hacía mucho que ardían en el alma de la severa madre del novio. La *tuberculosis*, en cambio, era algo distinto: era *trágica*. Kafka sacó buen provecho de este estado de opinión, sin por ello abusar de su enfermedad como mera excusa. De hecho, no la entendía tanto como un impedimento médico al matrimonio sino, más bien, como un símbolo, el imperativo designio de que ya no *debía* casarse. Y esa convicción estaba tan hondamente anclada en él que le dio fuerzas para poner fin a una relación amorosa evidentemente fracasada.

Cuando, en las Navidades de 1917, Felice Bauer volvió a subirse al tren, tenía que intuir que la ruptura era inminente. Probablemente había planeado otra visita a Zürau, muy lejos de todas las perturbaciones y obligaciones familiares. Hasta ahora, eso había sido siempre lo que Kafka quería. Pero los pesos se habían desplazado, ahora Zürau representaba la verdadera y—por tanto—en extremo vulnerable vida de Kafka, mientras Praga era, por así decirlo, territorio neutral. Kafka necesitó tres días de reflexión, antes de decidirse por un último encuentro en Praga.²⁴

25 de diciembre. Por la tarde vinieron Kafka y Felice. Ambos desdichados, no hablan una palabra. *26 de diciembre.* Kafka viene a

²⁴ El anuncio de Felice Bauer llegó a Zürau el 18 de diciembre; Kafka respondió por telegrama el 21 de diciembre; no se ha conservado ninguno de los dos escritos.

las siete y media, me pide que le conceda la mañana. Café París. Pero no me quiere como consejero, su decisión es admirablemente firme. Sólo quiere pasar el rato. Ayer se lo dijo a F[elice] con toda claridad. Hablamos de todo menos de eso. Excursión por la tarde a Schipkapass [un local en Praga-Dejwitz] con Baum, Felix y las tres mujeres. Kafka infeliz. No se ahorra el dolor de infligirle dolor. Yo al contrario. Él dice: lo que tengo que hacer, tengo que hacerlo solo. Aclarar las últimas cosas. El judío occidental no lo tiene claro, y sin embargo [*sic*] no tiene derecho a casarse. Aquí no hay matrimonios.

Incluso en los escuetos extractos de diario de Max Brod, que sólo nos han llegado en esta forma de extractos, el drama se palpa. Las generalizaciones de Kafka, la impersonal severidad de la sentencia incluso ante los amigos, cuyos matrimonios declara implícitamente no matrimonios: todo revela el esfuerzo. Se pone rígido para soportar el último acto. Y, al parecer, no titubea: apenas se queda solo con Felice, plantea la conversación decisiva, sin dejarse confundir por su mirada compasiva. Y luego le obliga a soportar la conversación con sus amigos, con sus esposas, en un local de ocio lleno de ruidos, que sin duda a ella no le apetece. Kafka se muestra cruel.

Al día siguiente, 27 de diciembre, acompaña a Felice Bauer a la estación. Ella se ha resignado; ha encajado con la mayor tranquilidad y autodominio posible la decisión de aquel hombre, al que probablemente sólo aprendió a amar el año pasado. No quiere discutir con un enfermo, incluso encuentra, al parecer, palabras de consuelo. Y, a pesar de todo, conserva una chispa de esperanza, porque han acordado mantenerse en amistoso contacto epistolar. Kafka en cambio está totalmente seguro de que jamás volverá a ver a esa mujer atormentada a la que ayuda por última vez a subir a un tren. Y tendrá razón.²⁵

²⁵ La posterior correspondencia entre Kafka y Felice Bauer no se ha conservado, a excepción de una postal de Felice que, no obstante, con-

Ahora, Kafka no está en condiciones de ver a nadie de su familia. Se presenta por sorpresa en la inhóspita oficina de Brod, aunque sabe que allí, al alcance del oído de otro funcionario, no es posible una conversación confidencial. Kafka está pálido, como petrificado, dice que sólo quiere descansar un momento. Se deja caer en un silloncito que hay junto al escritorio de Brod, destinado a peticionarios y otros clientes. Sin embargo, a los pocos instantes su autodomínio se desmorona, y ocurre algo completamente inesperado, una escena tan conmovedora como Brod nunca ha vivido antes: Kafka empieza a sollozar, sus mejillas se humedecen. «¿No es terrible que tenga que pasar algo así?». Eso es todo lo que logra decir.

Más tarde, Kafka dirá que aquella mañana lloró más que en todos los años que habían transcurrido desde su infancia. Lo dice con un matiz de orgullo. Ahora sabe que, a veces, puede ser como todos.²⁶

Si los padres de Kafka habían esperado tener una fiesta de Navidad recogida, en la que la familia dispersa volviera a reunirse en torno a la mesa común, se llevaron una decepción. No sólo Franz no estaba en absoluto de humor para fiestas, tampoco Ottla participó. Había aplazado su plan de aprovechar la pausa invernal en el trabajo para su formación agrícola, y aun así, para general indignación, se había quedado en Zürau. ¿Qué había que hacer por esas fechas en la granja, en los campos pelados? ¿Qué razón plausible había para pasar los días festivos con dos criadas (también carentes de ocupación), en vez de con la propia familia... y para quemar además un precioso carbón?

tiene pocos deseos de curación (12 de noviembre de 1918). Al parecer, el contacto se interrumpió hacia finales de 1918.

²⁶ Carta a Ottla Kafka del 28 de diciembre de 1917. Véase la descripción detallada en Brod, *Franz Kafka*, pp. 147 y ss.

Pero había un motivo, que exigía ser mantenido en secreto: el amigo de Ottla, Josef David, había obtenido un permiso de algunos días, y la pareja nunca había gozado de una oportunidad tan favorable para estar juntos. Desde luego, al precio de que, en Praga, el pobre Franz quedara expuesto él solo a las parrafadas nuevamente inflamadas de su padre, que pronto alcanzaron su habitual volumen. Que su hijo acabara de superar la peor separación de su vida no era para el patriarca motivo alguno de especial contención, como tampoco la tuberculosis que Franz había contraído en el Palais Schönborn, como daba a entender con toda intención, en una casa sobre cuya inadecuación él le había advertido desde el principio.

El principal adversario volvía a ser, sin embargo, la ausente Ottla, que, cabía temer, pronto se convertiría realmente en una campesina, impresentable a los ojos de cualquier pretendiente. Lo que le hacía falta era pasar hambre de verdad, rugía Hermann Kafka (que poco antes se había comido un plato de salchichas y un pavo de Navidad procedentes de Zürau, mientras Franz engullía un rabo de cerdo), y tener verdaderas preocupaciones. Porque era fácil dejar en la estacada a sus pobres padres cuando luego éstos le enviaban paquetes. Ottla era ingrata, estaba loca, toda aquella situación era anormal, y Franz había apoyado aquel desorden, también él tenía la culpa.

Nada nuevo, pues, en casa de los Kafka. Y sin embargo, según parece, la escena no discurrió del todo conforme a lo previsto. Porque días después Hermann seguía sin poder tranquilizarse ante la insubordinación de su hijo, que esta vez no había cerrado la boca y le había contestado con prontitud, distancia y ni más ni menos que superioridad. Una conspiración, al parecer. De nada servía descargar, como de costumbre, la propia rabia con los empleados de la tienda, era una derrota evidente, y no había conseguido nada.²⁷

²⁷ El «espantoso humor» de Hermann Kafka tras la conversación con

De hecho Kafka, que desde la partida de Felice se había liberado de una presión para decidir que lo bloqueaba todo, se había estabilizado con gran rapidez, y era capaz de distinguir—totalmente impávido ante la voz tronante del padre—lo que, en una confrontación, era mera cháchara y lo que realmente merecía la pena. «Mientras no podamos renunciar a su ayuda para ahuyentar el hambre y las preocupaciones económicas, nuestra conducta ante él seguirá condicionada y tendremos que someternos de algún modo a su autoridad, incluso aunque exteriormente no lo hagamos. Aquí habla por él más que el mero padre, más que el mero padre que no ama», explicaba a Ottla. Era algo que daba por sentado. Pero que en modo alguno constituía una disculpa. Porque no estaba dispuesto a que ese hombre volviera a acusarle de ser ingrato, *meschugge*, anormal. «Lo anormal no es lo peor. Normal es, por ejemplo, la guerra mundial», replicó fríamente, regodeándose en el asombro de los padres.²⁸ Eso dolía.

12. MEDITACIONES

Siempre estoy donde no debo, excepto allá
donde lo falso es verdadero.

SAMUEL BECKETT a Barney Rosset, 1956

ARMISTICIO CON RUSIA. Palabras en versalitas, martilleadas sobre una estrecha tira de papel en la pequeña oficina postal de Flöhau. Un telegrama de Praga. Remitente: un tal Max Brod. Destinatario: el amable doctor Kafka, del vecino

su hijo está documentado en una carta de Irma a Ottla del 3 de enero de 1918. Allí también se encuentra el único rastro de la visita a Zúrau de Josef David: «Tu huésped navideño». La «señorita invitada» que Kafka menciona en su carta a Ottla del 28 de diciembre de 1917 es la hermana de Josef David, Ella.

²⁸ Carta a Ottla Kafka del 30 de diciembre de 1917.

pueblo de Zürau, el mismo que recibe correo casi todos los días. Era el 4 de diciembre de 1917, por la mañana temprano, pero antes de que Kafka, todavía en la cama—como siempre a esa hora—, recibiera sorprendido el sobre, el rumor ya se abría paso por el pueblo.¹

Ya el año pasado habían corrido varias noticias de tenor muy distinto al de las sempiternas proclamas de victoria y la divulgación de casos personales, la mayoría de las veces carentes de interés. Eran noticias que centelleaban como relámpagos en la tiniebla y que, por un instante, permitían intuir los contornos de un mundo futuro y diferente. En marzo de 1917, el zar ruso había sido obligado a abdicar por los militares y los políticos burgueses, un tremendo acontecimiento que causó espanto en toda Europa, pero sobre todo en Austria, para la que constituía un temible precedente. Si el soberano de una gran potencia era tan fácil de derrocar, ya no cabía esperar que al vacilante régimen del emperador Carlos le fuera mejor. Bastaría que los numerosos enemigos interiores de la monarquía austrohúngara se lo propusieran en serio un día. El abrupto final a que eso podía abocar se experimentó de manera drástica en noviembre, cuando los bolcheviques llegaron al poder mediante un golpe de Estado y emprendieron la inmediata liquidación del viejo sistema, expulsando a sus beneficiarios con una brutalidad que hizo estremecer incluso a los demócratas decididos. Pero ¿y si ése era el único camino hacia la paz mundial? Lenin anunció, al día siguiente mismo de su victoria, que «firmaría inmediatamente condiciones de paz que pusieran fin a esta guerra». Cuatro semanas después, las armas callaban en el frente oriental, y a cambio de eso se le perdonaba casi todo.

¹ Brod había conocido la noticia, al parecer, por los diarios de Praga del 3 de diciembre de 1917. De hecho, el encuentro entre delegados alemanes y rusos en Brest-Litovsk no fue más que el comienzo de las negociaciones para conseguir un armisticio válido en todo el frente oriental.

Estos acontecimientos fueron observados con la mayor emoción por los conocidos de Kafka en Praga, y se debatió acerca de qué consecuencias tendrían para el destino de la «nación judía». En Rusia mismo cabía esperar que la era de las emigraciones forzosas y los pogromos tolerados por el Estado hubiera pasado al fin; la vida cotidiana de los judíos se normalizaría, aunque todavía podían pasar años antes de que las directivas del nuevo Gobierno llegaran al último pueblo de Siberia. También para los más de doscientos mil refugiados judíos a los que la guerra había expulsado de Galitzia y Polonia, y que se amontonaban desde el invierno de 1914-1915 en barrios miseria y campamentos improvisados, se ofrecía un rayo de luz: si la paz en el Este se hacía duradera, podrían regresar a sus pueblos y, si eso era demasiado arriesgado—¿quién sabía cómo estarían allí las cosas?—, el final de la guerra mundial despejaría al menos el camino al paraíso, a la anhelada América.

Por otra parte, la revolución en Rusia y la vocación internacionalista del comunismo hacían temer un nuevo rebrote de las teorías conspirativas antisemitas. Se puso de moda el concepto «bolchevismo judío», y se hizo un recuento riguroso de cuántos de los hombres y mujeres elegidos para el «consejo de comisarios del pueblo» de Petrogrado eran de origen judío. Ellos habían demostrado la voluntad y la capacidad de hacerse con el poder, algo que se esperaba también de los judíos de Alemania y Austria, tanto más dispuestos a ello cuanto más evidente se hacía el propio fracaso político y militar. Ahora los Gobiernos se mostraban mucho más tolerantes que al principio de la guerra con el antisemitismo de la prensa, y si la ira de la población hambrienta se dirigía contra usureros y estraperlistas judíos, en vez de contra la propia dirección política, uno se guardaba de intervenir de forma demasiado tajante. Al contrario, ya a finales de 1916 se dio un paso en el sentido de reforzar los más tercos prejuicios antijudíos, y además por parte del Estado: el llama-

do «recuento judío» en el ejército alemán en campaña debía aportar la prueba de que los judíos estaban infrarrepresentados en el servicio de las armas, y que por tanto eran malos patriotas y buenos para escurrir del bulto. La prueba no fue aportada, pero el recuento mismo fue considerado por los judíos un procedimiento humillante y una traición a la igualdad entre los ciudadanos. «Estamos acostumbrados a que nos cuenten», escribió Buber en tono irónico y desvalido, así que más bien eran los alemanes quienes tenían razones para protestar.²

Medio siglo después de la «emancipación», el antisemitismo seguía siendo un elemento omnipresente en el universo vital de los judíos; miradas despectivas, alusiones indirectas y ostentosos gestos de exclusión eran experiencias cotidianas ante las que los judíos se habían acorazado con años de costumbre, que ya no se tomaban como «personales» y que por tanto sólo excepcionalmente quedaban en la memoria o se documentaban por escrito. También en las anotaciones de Kafka y Brod se encuentran a veces rastros de experiencias como éstas, aunque en Praga—y más desde la llegada de los incómodos refugiados judíos orientales—siempre cabía esperarlas. En una ocasión en que Kafka fue invitado al salón de Emilie Marschner, la esposa de su director, una de las damas presentes comentó su presencia diciendo: «Así que ha invitado a un caballero judío».³ No sabemos si la frase llegó a oídos de Kafka, quien sin duda se habría sentido menos ofendido que divertido ante la especial estrechez de miras

² B[uber], «Recuento judío», *Der Jude*, año 1, n.º 8 (noviembre de 1916), p. 564. El «recuento judío» fue ordenado el 11 de octubre de 1916 por el ministro de la Guerra prusiano Wild von Hohenborn, e incluía tanto a los sujetos en edad militar en la retaguardia como a los exentos y declarados inútiles. El recuento fue interrumpido en febrero de 1917; los resultados completos jamás fueron publicados.

³ Citado según una carta de Ruth Haubrich, nieta de Emilie Marschner, a Waltraud John, 22 de junio de 2004.

que ponía de manifiesto. Lo que es seguro es que no se le habría pasado por la cabeza quejarse con gran derroche de palabras.

Atrincherarse tras una actitud estoica era la estrategia habitual entre los judíos aculturados para poder mantener la autoestima; pero esto sólo era practicable porque *en principio* se sentían seguros. Ante la ley, un judío podía (la mayoría de las veces) reclamar sus derechos como cualquier otro ciudadano, y la extraña lealtad judía al Estado, que años después, tras las experiencias de la época nazi, se recordaba con un reticente movimiento de cabeza, tenía aquí su origen: el Estado seguía prometiendo la protección, la justicia que la gran comunidad social negaba. Las cosas sólo se volvieron realmente amenazadoras—mucho más amenazadoras que para cualquier otro ciudadano en una situación comparable—cuando las instancias supremas incurrieron en actitudes preliberales y dieron a entender que aquella protección se concedía con carácter revocable.

También en Praga había señales de eso. Se sabía que a los judíos orientales les iba mal allí: venían en vagones de ganado, muchos vivían en campamentos, sus bebés morían, pasaban hambre y frío. Al principio, no había acuerdo acerca de si el Estado mismo, el gran garante, era consciente de esa miseria y la aceptaba con intención hostil, porque al fin y al cabo todos sufrían la frialdad social, el embrutecimiento causado por la guerra y la carestía generalizada. Sin embargo, en febrero de 1917 el ayuntamiento hizo público que, con el fin de contener el tifus exantemático, a los «refugiados israelitas»—y sólo a estos!—les estaba prohibido utilizar los tranvías. Esta medida, de efectos inmediatos, se adoptaba en un momento en el que la ciudad era presa de la más terrible helada y a los habitantes de los suburbios apenas les era posible llegar a pie a los mercados centrales. Con esto se superaba, por así decirlo, un límite de la civilización: ya no se trataba de mera postergación, sino de expresa exclusión admi-

nistrativa de todo un grupo de población. El asunto causó escándalo, y aunque los censores se esforzaron por sofocar el debate crítico,⁴ la situación de Praga llegó hasta el tribunal del Reichstag de Viena.

Al mismo tiempo, y procedente de un flanco totalmente distinto, ocurrió algo que impuso a la conciencia judía la necesidad de repensar su propio papel desde sus cimientos. En noviembre de 1917 se dio a conocer la solemne garantía del ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur Balfour, en favor de un «hogar nacional» para los judíos en suelo palestino. Era la primera vez que una potencia mundial se manifestaba explícita y favorablemente respecto a los fines del sionismo político, que pasaba por tanto de ser una ideología marginal a un factor de poder, como Herzl había soñado desde un principio. Un susurro pasó por entre el bosque de periódicos judíos durante semanas, todos reprodujeron la «Declaración Balfour», y el *Selbstwehr* de Praga se permitió incluso un número extraordinario.

Y sin embargo, en ningún sitio se percibió el júbilo por este inesperado quiebre. Nadie tenía dudas de que a una afirmación tan rotunda, expresamente acordada por el gabinete británico, le seguirían cualesquiera consecuencias prácticas. Pero los británicos hablaban como si hiciera mucho que hubieran ganado la guerra; se preocupaban, en tono patriarcal, por los derechos de toda la población palestina, sin dedicar ni una palabra a los *actuales* dueños de Palestina, los turcos.⁵ Eso sólo podía significar una cosa: la oferta a los ju-

⁴ Véanse los huecos en blanco en las páginas de *Selbstwehr*, año 11, vols. 7, 10, 11 (16 de febrero y 16 de marzo de 1917).

⁵ El pasaje fundamental rezaba: «El Gobierno de Su Majestad contempla favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará uso de sus mejores esfuerzos para facilitar la realización de este objetivo, quedando bien entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina ni los derechos y el estatuto político de

díos regía con la condición tácita de una total derrota de las potencias centrales, y eso no lo deseaba casi nadie en Alemania y Austria, ni siquiera entre los sionistas más radicales, por no hablar de la mayoría de los judíos, que seguían siendo leales al emperador.

La Declaración Balfour planteaba implícitamente una cuestión de conciencia en la que estaba en juego el destino de millones de personas: la cuestión de la identidad. Quien no estaba en condiciones de renunciar a la lealtad a su propio Estado y a la estrategia vital de la asimilación—y la mayoría de los judíos alemanes y austríacos no estaban en situación de hacer tal cosa—, tenía que mostrar su rechazo a la oferta británica, lo más alto posible y sin reservas: «Alemania es nuestra única patria y debe seguir siéndolo», anunciaba la *Allgemeine Zeitung des Judentums*. Pero ¿cómo iban a comportarse todos los demás, aquellos a cuyos labios el concepto «patria» ya no acudía tan fácilmente desde el último recuento? ¿Qué les quedaba a aquellos que tomaban en serio el concepto de una nación judía? Por el momento, podían desechar la declaración calificándola de propaganda británica: así lo hizo *Dr. Bloch's Österreichische Wochenschrift*, el órgano de la gran comunidad judía de Viena. Podían esperar mantener la buena relación con los turcos—que poco tiempo antes Max Brod trataba de razonar en la *Neue Rundschau*—, y por tanto declarar superflua la declaración.⁶ O podían

que gocen los judíos en cualquier otro país» (carta de Arthur Balfour a Lord Walter Rothschild, 2 de noviembre de 1917).

⁶ *Allgemeine Zeitung des Judentums*, año 81, vol. 47 (23 de noviembre de 1917), p. 556. *Dr. Bloch's Österreichische Wochenschrift*, año 34, vol. 44 (16 de noviembre de 1917), pp. 718-720. Max Brod, «La colonización judía de Palestina», *Neue Rundschau*, año 28, vol. 9 (septiembre de 1917), pp. 1267-1276. Cuando Brod redactó ese artículo, en el que invocaba la «tranquila pervivencia del dominio turco y la prudencia de los estadistas turcos», el Gobierno turco ya había empezado la evacuación forzosa de los asentamientos judíos.

derribar las barreras psíquicas, abandonar la identificación con el «pueblo anfitrión» y apostar por la derrota militar y la ruina de su propio Estado. Por doloroso que fuera, para todo aquel que había dejado de creer en la asimilación sólo quedaba, de hecho, *ese* camino, y a quien seguía dudando los acontecimientos políticos iban a darle una lección. El 7 de diciembre de 1917, Estados Unidos declaró la guerra a la monarquía de los Habsburgo. Dos días después, exactamente un mes después de publicarse la Declaración Balfour, los británicos entraban en Jerusalén y las derrotadas tropas turcas huían presa del pánico. Era evidente en quién tenían que ampararse los judíos en el futuro, y tampoco el alivio, demasiado tardío, del ARMISTICIO CON RUSIA cambiaba nada en eso.

«El doctor es un buen hombre, Dios se apiadará de él». La frase es de un innominado poeta local de Zürau. Se refería al doctor Kafka. Cabe dudar de que éste hubiera confiado a los amigos un sencillo homenaje como éste cuando aún estaba sano. ¿Por qué ahora sí?

Aunque sólo poco a poco, a lo largo de meses, fuera cobrando conciencia de ello, el polo magnético hacia el que su vida se orientaba había cambiado de posición. Ese movimiento había empezado ya en el Callejón de los Alquimistas, imperceptiblemente al principio, y había llevado a un resultado inesperado, que tal vez sólo en Zürau, a más tardar a principios del año 1918, le había quedado claro: Kafka ya no se sentía ni definía como escritor. Escribía, pero la escritura se le había convertido en un medio, la había puesto al servicio de otra causa.

Indicios de ello se encuentran ya en las obras en prosa de *Un médico rural* y en las anotaciones paralelas. Son textos rigurosos, una prosa que desemboca una y otra vez en lo ana-

⁷ Carta a Max Brod del 9-13 de febrero de 1918.

lítico, en la que el gusto por el despliegue escénico sólo centellea ocasionalmente. No parece en modo alguno extraviado que Kafka tomara en consideración un primer título que hubiera encajado bien con un libro de texto: *Responsabilidad*. Ciertamente, la densidad imaginativa de los textos de *Un médico rural*, su riqueza en asombrosas ocurrencias, la fácil, sonámbula superposición de pasado y presente... todo eso eran logros *poéticos* que llevaban a una nueva dimensión la escritura de Kafka. Pero, al mismo tiempo, ahora aspiraba a una validez general, incluso más allá de la literatura. Así se dice en la pieza «El nuevo abogado»:

Hoy en día—esto nadie puede negarlo—no hay ningún Alejandro Magno. Más de uno sabe asesinar, es cierto [...] pero nadie, eso sí, nadie puede acaudillar un ejército hasta la India. Ya entonces las puertas de la India eran inalcanzables, pero la espada del rey indicaba la dirección a seguir. Hoy las puertas han sido trasladadas a un lugar totalmente distinto, más lejano y más elevado; nadie señala la dirección a seguir; muchos llevan espadas, pero sólo para blandirlas, y la mirada que pretende seguirlas se extravía.

Sin duda se trata de un texto elocuente, pero a la vez programático, y suena más a diagnóstico de una época que a literatura. Después de esperar las galeradas durante meses, cuando hacía mucho que Kafka ya no recordaba el índice que él mismo había hecho, seguía teniendo plena seguridad de que esa pieza, con sus frases como tesis, tenía que ir al *principio* de *Un médico rural*. No podía sospechar que el movimiento reflexivo que encerraba cada una de las páginas de ese fino volumen, y con el que Kafka impulsaba sus juegos literarios,⁸

⁸ Algunos de los textos de *Un médico rural* son autorreflexivos ya por su propia forma, lo que sin duda tenía que permanecer oculto a los lectores contemporáneos. Así, Pasley [1965] ha expuesto de forma convincente que «Una visita a la mina» y «Once hijos» no son otra cosa que literatura

iba a convertirse en movimiento dominante de su existencia. Fue la hemorragia la que se encargó de ello.

«¿Escribes algo?». Brod no pudo reprimir la pregunta. Al fin y al cabo, hacía apenas tres años que Kafka peleaba por cada hora libre para sacrificarla a la literatura; para escribir las narraciones de *Un médico rural*, había asumido incomodidades que daban fe de su completa entrega a su trabajo. ¿Y ahora? Kafka estaba físicamente afectado, pero magníficamente atendido en Zürau; había escapado de la oficina durante meses, era libre. Y no era posible que no pensara utilizar esa libertad para la literatura. «No estoy escribiendo. Mi voluntad no me lleva a escribir».⁹

Hacían bien en no apremiarle: no llegó de Praga ninguna admonición para que aprovechara de forma más efectiva los meses de tumbona. Brod y Weltsch habían aprendido que el oleaje de la productividad de Kafka apenas estaba bajo su propia influencia, no digamos bajo influencia externa, y cuando pensaban con cuánta frecuencia había elegido a favor de la escritura y contra las necesidades de su propio cuerpo se sentían más bien aliviados de que el enfermo no acometiera enseguida un nuevo proyecto que consumiera sus energías.

Sin embargo, según se iba a comprobar, Kafka no estaba en modo alguno tan inactivo como gustaba de hacer creer. Poco después de su llegada al pueblo, había aprovechado la rara y maravillosa oportunidad de «empezar de cero», y en eso siempre estaba incluida la escritura. Desde luego, no la

sobre literatura. Esto se ve confirmado por una declaración de Kafka que nos hace llegar Brod: «Los once hijos son sencillamente once historias en las que estoy trabajando ahora» (*Franz Kafka*, p. 122).

⁹ Max Brod a Franz Kafka, 4 de octubre de 1917. Carta a Max Brod del 6 de octubre de 1917.

narración. Sus amigos de Praga se habrían quedado estupefactos si hubieran podido ver lo que pasó en los meses siguientes en aquellos cuadernos escolares azules (hoy llevan el nombre de «cuadernos en octavo G y H») que Kafka se había llevado consigo. En ellos se reconocen sin duda ecos aislados del invierno pasado, resonancias de la prosa entretrejada de sueño que había ideado en el Callejón de los Alquimistas... sobre todo, el desmontaje irónico de los mitos educativos que Kafka llevó a cabo en «El silencio de las sirenas» y «La verdad sobre Sancho Panza» hubiera encajado muy bien en el volumen *Un médico rural*.¹⁰ Pero ni siquiera esas piezas son ya propiamente narrativas, son apuntes experimentales, movimientos mentales convertidos en imágenes, coagulados en imágenes. Y son soluciones a una nueva tarea formulada de manera radical por Kafka. Una tarea, como aseguraba en conversaciones con Brod a finales de 1917, ya no *precisamente* literaria, sino más bien moral. «Lo que tengo que hacer, tengo que hacerlo solo. Aclarar las últimas cosas». Sonaba inusualmente patético, pero lo decía totalmente en serio, y, llevado a sus últimas consecuencias, significaba la despedida de la industria literaria. Casi de pasada, en una frase suelta, Kafka le recordaba a su amigo, tres meses después, que *Un médico rural* «probablemente sea mi último libro».¹¹

No fue así, las cosas saldrían de otro modo. Sin embargo, la convicción de Kafka de que el contenido de los cuadernos en octavo de Zürau servía exclusivamente a su propia ilustración y era inadecuado para ser publicado—y más en la forma cerrada de un libro—se confirmó en un sentido irónico. Se trata sobre todo de notas formuladas de manera compacta, que apuntan a cuestiones religiosas y filosóficas, el bien y el mal,

¹⁰ Ambos textos carecen de título en el original; los títulos actuales proceden de Max Brod (véase OC III, 610-613).

¹¹ Diario de Max Brod, 26 de diciembre de 1917 (inédito). Carta a Max Brod de antes del 28 de marzo de 1918.

la verdad y la mentira, la alienación y la redención. Por último —y no es sorprendente en un autor que seguía bajo el *schock* de un despertar sangriento—, son notas que están siempre al borde de un abismo, allá donde el pensamiento se enfrenta a su propia extinción. Muchas cosas son fragmentarias: frases aisladas, colgadas en el vacío; entre una y otra, formulaciones que relampaguean como aforismos, plásticas y penetrantes, interrumpidas a su vez por difusos movimientos de búsqueda que se rompen de pronto, y que Kafka separa rígidamente mediante rayas horizontales. Hay pocas cosas comparables en la literatura universal, al menos en la forma: el cuaderno de notas de Valéry (una enorme cantera, que sin embargo no fue abierta hasta 1945) y, naturalmente, los *Pensées* de Pascal. Sin duda no es casual que precisamente en los días anteriores a la manifestación de su enfermedad Kafka hubiera estado hojeando las caóticas anotaciones de Pascal: poco después, *después* del catastrófico acontecimiento, parece haber emprendido enseguida una forma de escritura lo bastante abierta como para adentrarse en un territorio casi carente de caminos.

Voy a la deriva. El camino verdadero pasa por un alambre que no está tendido en lo alto, sino muy cerca del suelo. Parece hecho más para tropezar que para andar por él.

Una jaula salió a cazar un pájaro.

Su cansancio es el de un gladiador después del combate, su tarea ha sido encalar un rincón de un despacho oficial.

El hecho de que sólo exista un mundo espiritual nos quita la esperanza y nos da la certeza.

Corre detrás de los hechos consumados como un patinador principiante, que además practica en un lugar en el que está prohibido.

Esa sensación: «Aquí no echo el ancla», y enseguida sentir alrededor la corriente ondulante que te lleva.

Si no nos hubieran expulsado del Paraíso, habría sido necesario destruirlo.

Siempre dispuesto, su casa es portátil, vive siempre en su tierra.

El lamento junto al lecho de muerte es en realidad el lamento por el hecho de que no se ha producido una muerte en el sentido verdadero, y seguimos teniendo que conformarnos con esa muerte, seguimos jugando el juego.¹²

¿Qué corriente, qué casa, qué juego? ¿Esperanza de qué, certeza de qué? Y un alambre tendido a un palmo del suelo... una imagen penetrante, sin duda, pero ¿qué camino es ese que se supone pasa por ahí, y hasta qué punto es el *verdadero* camino?

Las meditaciones de Kafka en Zürau (cabe dudar de que hubiera aceptado el concepto «aforismos») son mucho menos conocidas que su obra narrativa para la mayoría de los lectores. Los textos son incómodos, difíciles de valorar tanto desde el punto de vista de su contenido como del estético, parecen más bien una colección de enigmas que literatura. Ciertamente, son asombrosos testimonios de una tarea de reflexión que penetra en la roca más dura, y a veces las formulaciones de Kafka, que parecen operar en la frontera del conocimiento humano y algunos pasos más allá, llegan a la zona despejada y falta de oxígeno entre el conocimiento y la *sabiduría*. Y sin embargo, nunca llega a una conclusión; cada frase, cada imagen exige una nueva interpretación, y en vez de afirmaciones parecidas a tesis nos proporciona imágenes mentales y paradojas que no sólo son ambiguas, sino que se interrelacionan: así, la jaula que atrapa el pájaro es enteramente enigmática sin su contexto, aunque éste está asentado con claridad en el manuscrito. Kafka parece experimentar,

¹² OC III, 605, 614, 619, 626, 629, 631, 635, 647, 653.

y parece interrumpir sus experimentos en distintos estadios de su desarrollo, a veces incluso antes de tiempo. Eso ha provocado, una y otra vez, la duda de dónde y cómo incluir las notas de Zúrau en el legado escrito de Kafka. Difícilmente como partes de la obra propiamente dicha... ésa es al menos la intuición de la mayoría de sus lectores.

Sin embargo, aunque sea asombroso, hay serios indicios de que el propio Kafka tenía una opinión muy distinta. Ya en febrero de 1918 empezó a revisar sus notas para ver qué era utilizable, qué podía considerarse válido. Cogía un montón de papel de cartas (carísimo en el último año de la guerra), plegaba y cortaba los pliegos en horizontal y vertical y hacía de ese modo más de cien fichas; luego, empezaba a numerar las hojas y a llenarlas de notas seleccionadas—un «aforismo» por ficha, y en el orden cronológico en que habían sido escritos—, haciendo al copiarlos ocasionales (y en parte muy importantes) correcciones. En otras palabras: Kafka recogía la cosecha; filtraba pensamientos e imágenes mentales de las que tenía la impresión de que habían avanzado hasta el mayor grado de conocimiento posible en ese instante y que, además, estaban redactadas con la suficiente precisión como para ser transmitidas. Sólo podemos intuir *para qué* se tomaba Kafka la molestia de hacer ese fichero; meses después se quejaba a Brod de su supuesta «vaguería» de Zúrau, y por tanto no es probable que hiciera circular sus notas,¹³ ya no digamos que considerase la posibilidad de publicarlas. Pero sin duda no hubiera pasado a limpio y numerado meros esbozos, estadios preliminares, bocetos. Más aún: Kafka tiene que haber vuelto a revisar el montón más adelante, porque al menos dos docenas de las fichas seleccionadas están a su

¹³ En octubre de 1920 Kafka hizo una versión modificada del «aforismo» 69 en una carta a Brod, sin hacerlo válido como tal, un indicio de que Brod no había visto las notas de Zúrau ni siquiera transcritas varias años antes. Véase Brod del 6 de agosto de 1920.

vez anotadas a lápiz. Y casi tres años después, a finales de 1920, completó su colección con ocho nuevos textos aforísticos. Un almacén de conocimiento, al parecer, que trataba de mantener al día con añadidos y derivaciones, al paso de su propia evolución intelectual.

La cuestión de si esto era escritura *literaria* no inquietaba a Kafka: era *escritura*, aunque en un nuevo nivel. «Todavía puedo obtener una satisfacción pasajera de trabajos como *Un médico rural*, en el supuesto de que aún logre escribir algo así (cosa muy improbable), pero felicidad, sólo si puedo elevar el mundo a lo puro, verdadero, inmutable», anotaba en su diario de Zürau.¹⁴ Uno de los más conocidos y más agudos comentarios de Kafka sobre la importancia y objetivo de su trabajo literario. Delimita el trabajo «enorme» que, según cree ver, le espera después de renunciar al matrimonio, y apunta a que va a ensayar también nuevos textos *narrativos* para hacer justicia a esa tarea. Pero la aspiración que Kafka formula es en verdad inmensa—incluso la perfección artística le parece demasiado poco—, y más inmensa aún la conciencia de sí mismo que moviliza en ese instante para considerar como una posibilidad real el alcanzar una verdad trascendente por antonomasia. Ahora lo quiere *todo*: el logro, el conocimiento, la justificación, la felicidad.

Max Brod publicó las reflexiones de Zürau, extraídas del legado, en el año 1931, y como el propio Kafka había hecho una selección, es decir, había dado ya en cierto modo un paso hacia la publicación, parecía justificado ignorar por el momento el contexto de los cuadernos. Por supuesto, Brod creyó tener que revalorizar el paquete de fichas poniéndole un título que sonara lo más esotérico posible: *Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el verdade-*

¹⁴ Diario, 25 de septiembre y 10 de noviembre de 1917.

ro camino.¹⁵ A los ojos de los lectores que aún no estaban familiarizados con el mundo de Kafka—¿y quién lo estaba a principios de la década de 1930?—, allí parecía alzar su voz uno de los numerosos profetas ideológicos del siglo xx. Pero ¿cómo se compadecía esto con las encantadoras pinceladas de *Contemplación*, la prosa pura y clásica de *El fogonero* o las fantasías sádicas de *En la colonia penitenciaria*? ¿Había probado aquel narrador a cambiar de oficio, por las razones que fuera? ¿Era quizá uno de esos casos (a menudo penosos) en los que el autor sucumbe a la tentación de hacer *personalmente* el extracto «ideológico» de sus obras?

Sin duda Brod no podía ofrecer una explicación literaria de ese curioso fenómeno, pero sí una biográfica. Kafka era un autor *judío*, constataba, y eso ya quedaba suficientemente acreditado en la elección de sus temas: rechazo, aislamiento, alienación ante la propia familia, ansia de comunidad social y redención. Sin embargo, con las notas de Zürau Kafka había avanzado hacia un judaísmo *explícito*, había desarrollado en otro plano lo que hacía mucho que estaba planteado en su obra narrativa. Una tesis cuando menos discutible, expuesta con la autoridad del íntimo amigo de toda la vida. Sin embargo, Brod despilfarró en gran medida ese crédito al ampliar su interpretación judía a una teológica y, finalmente, cuando creyó encontrar en Kafka una «fe» positiva, incluso una «doctrina» religiosa.¹⁶ A cualquier lector atento y en alguna medida imparcial tenía que saltarle a la vista que aquélla era una lectura equivocada.

Por otra parte—y esto es imposible de ignorar incluso en una lectura rápida—, los «aforismos» de Kafka beben a ma-

¹⁵ Franz Kafka, *Durante la construcción de la muralla china. Relatos y prosa inéditos procedentes del legado*, eds. Max Brod y Hans Joachim Schoeps, Berlín, 1931; las *Consideraciones* están en las pp. 225-249. Como base se empleó una copia mecanografiada (no procedente de Kafka), que contiene varios errores que desfiguran el sentido.

¹⁶ Brod [1974].

nos llenas de la tradición judía: textos y temas bíblicos, gnosís judía, ecos de los mitos de la cábala y las narraciones jasídicas. Así que había buenos motivos para que las meditaciones de Zürau se convirtieran en campo de juego predilecto para una interpretación expresamente *judía*, incluso en círculos que consideraban un error las expansiones de Brod. Así, por ejemplo, Walter Benjamin y Gershom Scholem mantuvieron un año de disputa epistolar sobre la relación de Kafka con la tradición judía, y esa correspondencia ofrece tal cantidad de opiniones sorprendentes que por su parte se convirtió en objeto de interpretaciones y comentarios. En cambio, los críticos e investigadores de la literatura, que no conocían tan bien la tradición judía, tendían a dar un amplio rodeo en torno al problema: como si el interés judío de Kafka fuera un ala especialmente enrevesada de su obra, que era mejor dejar a los colegas de judaística.

El hecho de que era imposible calibrar el rango literario de esa extraña división del trabajo de Kafka se hacía tanto más claro cuanto más precisa era la mirada que se dirigía a su vida y a su época. De hecho, las relaciones entre judaísmo, literatura y modernidad son mucho más extensas, y sobre todo políticas, y desbordan con mucho el marco de una investigación literaria. Porque la serie de crisis mundiales que estremecieron el mundo, de las que Kafka fue testigo, y que a más tardar desde la muerte del emperador suscitaron el vértigo de la desorientación, la torturante sensación de enfrentarse a un terrible choque, fueron crisis que afectaron a los judíos, y más en especial a los escritores judíos, da igual qué relación (o no relación) mantuvieran con la tradición propia. No era la tierra firme la que temblaba bajo sus pies, sino un alambre. Y mientras el resto de los habitantes de Austria-Hungría empezaban a aferrarse a sus identidades nacionales, la publicística judía seguía discutiendo acerca de qué eran la «identidad judía», la «nación judía», y si tras ella se escondía algo más que una forma especial de ejercicio de la religión.

Esa necesidad de reubicar, ahora también desde el punto de vista histórico, la propia y precaria posición, esa sutil pulsión justificatoria, que se estaba volviendo cada vez más tangible hasta para los judíos más asimilados, arraigó hasta lo más íntimo del corazón de Kafka. Lo que leía, lo que le ocupaba, sólo nos ha llegado de forma fragmentaria para el año anterior a su enfermedad; sin embargo, es evidente que en esa época se volvió hacia la tradición judía con un nuevo interés, con un interés, por así decirlo, experimentado, maduro. Puede que no consiguiera reavivar aquel entusiasmo tan ingenuo como ardoroso por la «cultura popular» judeo-oriental que se había apoderado de él cinco años antes, a pesar de que en la vida cultural de Praga seguían ofreciéndose oportunidades suficientes para ello.¹⁷ En vez de eso estudiaba la prensa judía, recurría al Antiguo Testamento y, por un tiempo, publicar en la revista de Buber, *Der Jude*, le pareció tan importante como el plan de un nuevo libro propio.

Pero, sobre todo—y éste es sin duda el indicio más fuerte de una nueva conciencia judía—, Kafka había empezado a aprender hebreo moderno. El manual estándar del profesor Rath había aparecido en marzo de 1917 en una nueva edición corregida, y en todas partes había obtenido reseñas elogiosas.¹⁸ Una ocasión que Kafka no sólo quiso aprovechar,

¹⁷ Sobre todo en los escenarios. Sin embargo, durante la guerra Kafka prácticamente no vio, al parecer, teatro judío. En enero de 1917, una compañía de teatro judía se alojó en el hotel Schwan, a pocos metros de su oficina; el 18 de enero incluso se celebró allí una «velada de honor» en honor a la actriz Flora Klug, a la que Kafka conocía de la compañía de Löwy. Pero ni siquiera esas representaciones parecen haberle movido a interrumpir su trabajo en el Callejón de los Alquimistas. Únicamente mantuvo aún algún tiempo el contacto con Jizchak Löwy, cuyos recuerdos—«Del teatro judío»—había prometido redactar. Respecto al encuentro de Kafka con el teatro judío oriental véase *Los años de las decisiones*, capítulo 3.

¹⁸ Moses Rath, *Manual de lengua hebrea para colegios y autoaprendizaje*, 2.ª ed., Viena, 1917.

sino con la que también quiso concederse una especial satisfacción. Porque estaba decidido a aprender *en secreto*. Sabía de sobra que muchos de sus conocidos sionistas preferían hablar *de* la lengua hebrea, y eso se aplicaba incluso a Brod, que precisamente en aquella época mostraba un incrementado celo misionero. Kafka le consultaba vocablos de vez en cuando, le preguntaba incluso, con gesto inocente, cómo se pronunciaban los números hebreos. Brod cayó en la cuenta cuando, poco antes de la partida de Kafka hacia Zürau, se enteró de que, sin decírselo a nadie, éste había empollado cuarenta y cinco lecciones en un semestre. «¡Ese secretismo solitario!», se quejaba en su diario, para luego aceptar que en la extraña contención de Kafka, junto a lo «malo», también se mostraba algo «muy bueno».

El propio Brod tiene que haber intuido que precisamente la soledad en que fue adoptada la decisión, al margen de la presión de los sionistas insistentemente razonada, era «lo bueno» para Kafka. Quería aprender el hebreo ante todo para sí mismo, no para Palestina, y por mucho que fuera consciente de que sin la influencia de sus amigos no se le habría ocurrido en absoluto semejante idea, igual de importante le resultaba tomar la decisión de forma enteramente autónoma, y no como parte de un programa de renovación política o cultural. Quizá Brod entendiera por primera vez en ese instante—su ambivalente comentario en sus diarios así lo indica—que la asombrosa independencia de los juicios y decisiones de Kafka (que precisamente él tanto ensalzaba) sólo era posible al precio de una marcada reserva social, cierta inmunidad ante las sugerencias bienintencionadas de todo tipo. Y que sólo las decisiones de verdad libres podían ayudar a Kafka a dar forma y a estabilizar la frágil imagen que de sí mismo tenía. Lo que, desde luego, no le impedía medirse con los logros menos autónomos de otros, y a veces con satisfacción: los sionistas de Praga, anotaba Kafka con ironía, estaban condenados a empezar una y otra

vez con la lección primera del manual de Rath, porque utilizaban las vacaciones de verano para olvidar lo que habían aprendido.¹⁹

Su propia opción en favor del hebreo se reveló mucho más persistente; Kafka continuó sus ejercicios con los vocablos incluso después de la hemorragia, y como muy tarde a finales de 1918 estaba en condiciones de mantener una conversación sencilla en lengua hebrea. Fue a un curso en Praga, y tanto Friedrich Thieberger (un profesor de instituto, antiguo activista de Bar Kojba) como Georg Langer, estrecho de miras desde el punto de vista religioso, pero mejor informado que nadie, le dieron clases particulares. También Weltsch y Brod se unieron algún tiempo a estos esfuerzos; se aprendía en grupos pequeños, pero ya durante los primeros tanteos para mantener correspondencia en *Ivrit* Kafka exhibió amablemente su ventaja: «Tu hebreo no está mal, al comienzo hay algunos errores; pero una vez que el asunto se pone en marcha desaparecen los errores».²⁰

A pesar de la energía que Kafka empleó en el nuevo proyecto, a pesar del orgullo con el que más adelante lo incluiría entre los pocos aspectos positivos de su vida en Praga (según Brod constató en su diario), durante mucho tiempo siguió siendo un experimento, un medio de autodefinición que en modo alguno exigía exclusividad y que ni limitaba sus otros intereses ni influía de forma visible sobre ellos. Pocos días después de su llegada a Zürau anotaba:

Todos libramos un mismo combate. (Cuando, atacado por la última pregunta, me doy la vuelta en busca de armamento, no puedo

¹⁹ Miriam Singer, «Clases de hebreo con Kafka», en Koch [2009:172-176]. Los deficientes conocimientos de hebreo de los sionistas de Praga fueron durante años materia de conflicto; véase Oskar Epstein, «Los sionistas de Praga y el hebreo», *Selbstwehr*, año 14, vol. 42 (22 de octubre de 1920).

²⁰ Postal a Max Brod del 21 de septiembre de 1918.

elegir las armas, y aunque pudiera elegir tendría que echar mano a armas «ajenas», pues sólo existe un arsenal para todos).²¹

En otras palabras: *no* depende de uno la forma de superar una crisis existencial, y confirmó esta tesis de manera enfática mediante las lecturas, en apariencia «al azar», que cultivó en Zürau. El bibliotecario Felix Weltsch quedó en extremo asombrado al saber que Kafka no pedía textos judíos o literarios, sino más bien *cualesquiera* biografías y autobiografías, con la condición de que estuvieran escritas en francés o en checo. Se pedían y enviaban revistas a Zürau por paquetes: *Neue Rundschau*, *Die Aktion*, *Der Jude*, *Jüdische Rundschau*, *Selbstwehr*, la revista teatral *Proscenium*, la revista pacifista *Les tablettes*... Kafka lo devoraba todo. Junto a esto, Dickens, Herzen, los diarios de Tolstói, probablemente Schopenhauer, la correspondencia de J. M. R. Lenz y escritos de R. M. Holzapfel, Max Scheler, Hans Blüher y Theodor Tagger, que hacían un diagnóstico de la época. Casi parecía como si Kafka, liberado de la responsabilidad de elegir, se hiciera enviar todo el «arsenal».

Así que en modo alguno es posible justificar una interpretación unívocamente judía de las meditaciones de Kafka recurriendo a las influencias intelectuales a las que estuvo expuesto en el invierno de 1917-1918, y en su lista de lecturas tampoco es posible constatar un interés explícitamente *religioso*. La única excepción son los escritos de Kierkegaard, a los que se dedicó de forma un poco más sistemática a partir de noviembre. Leyó *El instante*, *Temor y temblor* y *La repetición*, retomó los extractos del diario ya leídos con anterioridad (*El libro del juez*) y mantuvo una extensa correspondencia al respecto con Brod. Pero incluso en esas cartas no es posible ignorar que Kafka—como le ocurría desde siempre—no siente especial curiosidad por los refinamientos teo-

²¹ Anotación de 19 de octubre de 1917; OC III, 604.

lógicos e histórico-filosóficos, y en cambio sigue, conteniendo la respiración, el *caso* Kierkegaard: aquel drama con el compromiso conyugal que se parece tan asombrosamente al suyo, aquella negativa, consecuente y pagada a un alto precio, a tomar la vida «tal como es». Lo que impresiona a Kafka en Kierkegaard es su seriedad existencial, su radical revalorización de la experiencia del individuo. Eso incluía, por una parte, la disposición a llevar constantemente la propia implicación hasta el discurso filosófico más abstracto; pero, por otra, también la capacidad de articular con precisión la aparente ambigüedad íntima incluso en el instante del más profundo sufrimiento, reconocerla como algo paradigmático y, finalmente, sumergirse en esa fría luz que emana la cuestión de la *legitimidad*.

Son las propias preguntas de Kafka, cuyo eco escucha. ¿Puede haber alguna justificación para limitarse a observar y describir la vidas, en vez de vivirla? ¿Cabe imaginar alguna instancia más allá de todos los vínculos sociales, una instancia que en determinadas circunstancias no sólo permita, sino incluso exija desafiar al propio colectivo? Éstas son cuestiones que corroen los fundamentos de toda comunidad social, que nunca se pueden despachar de manera definitiva y que retornan con terquedad en los más variados contextos. Juristas y censores conocen el problema demasiado bien, afecta al grado de «repulsión moral» del arte que una sociedad puede tolerar. Para el escritor, a su vez, es una cuestión de supervivencia; sabe que su capacidad imaginativa es todo lo contrario de socialmente tolerable, y que empieza a desangrarse cuando cede a la presión de la adaptación externa. Y los teólogos, por último, lo conocen como el escándalo bíblico, la prueba de obediencia a Dios: la exigencia a Abraham de que mate a su propio hijo e infrinja al hacerlo una regla elemental de la comunidad social a favor de una norma «superior». En *Temor y temblor*, Kierkegaard elige precisamente ese episodio para demostrar que la fe en un orden superior (ya sea

Dios, el arte o la moral) no garantiza sentirse ni bien ni protegido, más bien que no es posible conseguir tal cosa sin el miedo: miedo al salto imposible de evitar, al absurdo, a la nada.

Kafka conocía muy bien ese miedo, y que la historia de Abraham le ocupó durante años, que se identificaba completamente con ella, lo atestigua una carta posterior a Robert Klopstock. Kafka imagina en ella variaciones contemporáneas del tema de Abraham que podrían haber surgido directamente de su universo literario. Hay, por ejemplo, alguien

que estaría dispuesto a cumplir de inmediato, de buen grado, como un camarero, la exigencia del sacrificio, pero no lo lleva a cabo porque no puede salir de casa, es imprescindible, la economía le necesita, siempre hay algo que ordenar, la casa no está lista, pero sin que su casa esté lista, sin esa cautela, no puede salir, eso también aparece en la Biblia, porque dice: «que arregle su casa».

Esto es grotesco, subversivo, un juego superior con el mito; pero al fondo espera otro fantasma de Abraham, en absoluto más divertido:

uno que quiere hacer el sacrificio y tiene la percepción correcta del caso, pero no puede creer que se refieran a él, el viejo repugnante y su hijo, el sucio chico. No le falta la fe verdadera, la tiene, haría el sacrificio como es debido si pudiera creer que se refiere a él. Teme salir con su hijo como Abraham y transformarse por el camino en Don Quijote [...] ;Un Abraham que acude sin ser llamado! Es como si el mejor estudiante fuera a recibir solemnemente un premio al final del curso y, en medio del silencio expectante, el peor estudiante ha oído mal y se levanta de su sucio último banco y la clase entera rompe a reír. Y quizá no ha oído mal, realmente han dicho su nombre, la recompensa del mejor ha de ser al mismo tiempo, en intención del profesor, un castigo al peor.

Cosas espantosas...²²

²² Carta a Robert Klopstock de junio de 1921.

Esparatoso, sin duda, pero no porque allí se esté discutiendo un abismal problema teológico o filosófico, sino porque ante todo es una experiencia vital, una ofensa que el mito de Abraham devuelve dolorosamente a la conciencia. Las preguntas de si *se refieren* a uno (con una dicha, un don, una tarea, una obligación...), en qué se *reconoce* que se refieren a uno, y si se puede estar seguro de eso, no son para Kafka cuestiones de convicción religiosa, e incluso allá donde aduce imágenes religiosas, mitos o doctrinas, no es en absoluto seguro que esté hablando de religión.

De ahí también la sensible resistencia con la que tanto los diarios de Kafka como las meditaciones de Zürau salen al paso de todo intento de deducir una fe positiva. Kafka apela directamente a Dios,²³ alude a él casi exclusivamente como protagonista de mitos bíblicos, sobre todo la historia del paraíso perdido. Pero incluso ahí Dios sigue siendo un comparsa, una figura de pensamiento, y ni siquiera plena.²⁴ Kafka no tuvo en cuenta ninguna de esas consideraciones exegéticas en su colección de fichas. En cambio, allá donde abandona la perspectiva literaria, donde renuncia a la metáfora y la parábola y habla directamente de la religión, enseguida interpone una distancia intelectual:

El ser humano no puede vivir sin una confianza duradera en que hay en él algo indestructible, aunque tanto lo indestructible como la confianza pueden estarle ocultos permanentemente. Una de las

²³ La única excepción digna de ser mencionada son dos anotaciones del diario del 20 de julio de 1916, en las que Kafka habla directamente a Dios. Pero incluso esas frases—escritas en la situación psíquica excepcional de Marienbad—son todo lo contrario que humildes: «Si estoy condenado, no sólo estoy condenado hasta el final, sino también condenado a defenderme hasta el final».

²⁴ «Según Dios, la consecuencia inmediata de comer del árbol de la ciencia sería la muerte; según la serpiente (o por lo menos así se podían entender sus palabras), nuestra igualdad con Dios. Ambas cosas eran falsas en un sentido similar» (OC 111, 634).

posibilidades de expresión de esa ocultación es la fe en un Dios personal.²⁵

Un pensamiento maravillosamente profundo, si bien formulado con extrema sencillez. Pero así no habla alguien que cree en un Dios personal. De hecho, este aforismo (pues lo es, excepcionalmente) fue eliminado posteriormente por Kafka. Si consideráramos seriamente las fichas de Kafka, en la última versión respaldada por el autor, como texto de una obra listo para imprimir, estaríamos ante un texto en el que el concepto de Dios no aparece ni una sola vez.

Eso es igual de válido para las obras mayores de Kafka, y la afirmación de Brod de que los «aforismos» despliegan algo que estaba preparado hacía mucho no es en este sentido completamente errónea. Porque, cuanto más se penetra en la maraña de las reflexiones de Zürau, tanto más se refuerza la impresión de que en ellas Kafka no se hallaba en modo alguno tan alejado de su universo narrativo como puede parecer a primera vista. Con todos los recursos retóricos de que dispone, invoca una trascendencia que incluye todo en su conjuro (la Ley, la verdad, lo indestructible...), y al mismo tiempo aleja esa trascendencia hasta una lejanía sin esperanza. Es como si obligara a todos sus lectores a mirar en la misma dirección... sólo para decirles: «La dirección es correcta, *allí está*, pero vuestros ojos no alcanzan, y nunca alcanzarán, a verlo». Una afirmación aplastante, pero en absoluto una novedad: es exactamente ese ademán hacia el vacío que predomina ya en *El proceso*.

Pero no es un ademán religioso. Kafka corta toda salida, emplasta cada grieta. Muestra las sombras, pero nunca la correspondiente luz. A veces se le escapa un rayo de sol, y por un instante da calor... luego, corre a reparar el error. Primero habla de «confianza en algo indestructible»; al pasar a limpio

²⁵ OC III, 669; véase también OC III, 624.

las fichas, lo que queda es la «confianza en algo indestructible *en sí mismo*». Nos desarrollamos—se dice en el «cuaderno en octavo H»—«no menos íntimamente unidos a la humanidad que a nosotros mismos, pasando por todas las penas de este mundo, hasta la redención común». También eso sueña a promesa religiosa, a una expectativa absolutamente positiva a pesar de toda su indeterminación. Un malentendido que Kafka elimina de inmediato. Tacha las palabras «hasta la redención común» y escribe encima: «de la mano de todos nuestros congéneres». De un solo plumazo cancela toda esperanza, retuerce la historia de la Humanidad, corta la última vinculación con el exterior, y todo lo que queda es la comunidad *terrena*, ahora doblemente invocada. Pero con esto también sobra la muerte como medio de redención. La fundamentación es estremecedoramente sencilla: «Al más acá no puede seguirle un más allá, pues el más allá es eterno, y por lo tanto no puede estar en relación temporal con el más acá». Y con esto se cierra la última, la ultimísima puerta.²⁶

También en sus conversaciones Kafka parece haber seguido durante años cautivado por este motivo intelectual, que revela más la persistente influencia de Platón que la de la escritura judía. Con lo que decepcionaba una y otra vez a Brod, que exhortaba a su amigo a seguir el mejor camino hacia una religiosidad judía confesa. Sin duda estaba impresionado de lo seriamente que Kafka se tomaba la verdad, el bien, lo indestructible; también utilizaba a menudo conceptos religiosos, o que sonaban a religiosos, para poner las ideas que consideraba decisivas bajo la mayor tensión posible. «Escribir como una forma de orar»: sonaba impresionante, pero parecía muy alejado de una metafísica inerme.²⁷

Sin embargo, en cuanto Brod trataba de que su amigo fijara su atención en el significado propiamente dicho, el religioso, de tales conceptos, topaba con resistencia. Las fórmulas no le

²⁶ OC III, 649 y 627.

²⁷ «Escritos póstumos», OC III, 769.

interesaban a Kafka, y cuando se trataba de los supuestos garantes de aquel mundo espiritual que él consideraba el único real, era capaz de manifestaciones directamente blasfemas. Así, a la idea de que su enfermedad de tuberculosis podía ser una especie de juicio de Dios, replicó varias veces, obviamente complacido, con una cita de *Los maestros cantores* de Wagner: «Le habría considerado más sutil».²⁸ Y ante Brod calificaba a los seres humanos de «pensamientos nihilistas brotados de la mente de Dios»; sin embargo, no se mostraba en eso un mal creador del mundo, como afirman ciertos gnósticos, sino tan sólo «uno malhumorado». Con tales supuestos, preguntaba inquieto Brod, ¿había alguna esperanza fuera de nuestro mundo? Kafka sonreía: «Mucha esperanza... para Dios... infinita esperanza... pero no para nosotros».²⁹

Suena raro: he aquí un narrador que, en un momento en el que todo se cae en pedazos, en que la historia universal se acelera y millones de individuos se ven arrastrados a un torbellino y expuestos al mero azar, en un momento, pues, en el que la Historia se derrama en una cifra inimaginable de *historias* emocionantes... un narrador que, precisamente ahora, ya no quiere narrar, y en vez de eso se vuelve a lo que en apariencia no tiene rostro, las «cosas últimas», el bien y el mal, la verdad y la mentira, la vida y la muerte. Es probable

²⁸ Carta a Ottilia Kafka del 4-5 de septiembre de 1917; la frase también aparece en el diario de Brod de ese mismo día. La frase original es: «¡Habría dicho que erais más sutil!» (Richard Wagner, *Los maestros cantores de Nuremberg*, acto II, escena IV).

²⁹ Estas manifestaciones son de febrero de 1920; véase Brod, *Franz Kafka*, p. 71. Brod tiene que haber lamentado más tarde haber contado esta conversación, porque le puso en notables dificultades para explicar sus esfuerzos por estilizar a Kafka como pensador judío. Finalmente, se refugió en la afirmación de que con esto Kafka sólo quitaba las esperanzas a los secularizados *judíos occidentales*... una restricción claramente refutada por el contexto de la manifestación (Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 246).

que Kafka también buscara un último apoyo en esos conceptos. Y es más que comprensible que a veces ya no supiera distinguir si se trataba del conocimiento último o del último intento de salvación. Estaba viviendo una crisis universal que superaba toda capacidad imaginativa, una guerra mundial, la disolución de la sociedad y sus valores, la ruina del propio Estado. Además, observaba esa crisis desde una expuesta atalaya—la judía—que hacía ya mucho que vacilaba cuando todos los demás aún se creían sobre terreno firme. Y, por fin, en el mismo instante tenía que aceptar la irrupción de una segunda crisis, igual de amenazadora, pero absolutamente *intima*: un ataque a su cuerpo, que de pronto empezaba a sangrar.

Tanto las meditaciones de Kafka como sus cartas de Zürau permiten advertir que era muy consciente de esa doble crisis. Sabía que en tales circunstancias ya no bastaba con justificarse ante el propio tribunal interior, ante la prometida o unos cuantos amigos bienintencionados. Porque incluso las más vigorosas y convincentes metáforas—por ejemplo, el vocabulario bélico de sus últimas cartas a Felice—tenían un eco falso, de murmullo, que era imposible ignorar, en tanto remitían a una mitología meramente privada, una mitología de la pura interioridad. Se dio cuenta de que el trabajo de reflexión, si se lo tomaba en serio, lo transportaba inevitablemente fuera del sistema de referencias de su destino individual. Ahora tenía que confiarse a esas fuerzas centrífugas. Ya no sólo quería saber quién era, cómo era y por qué era así. Ahora quería saber dónde estaba su *sitio* en aquel torbellino de disolución general.

A su vez, Max Brod fue el primero en enfrentarse a esa nueva y sorprendente dimensión del pensamiento kafkiano. El motivo fue en apariencia inofensivo: la llamativa madurez, incluso jovialidad, con la que Kafka parecía aceptar su enfermedad, una conducta que nadie entendía en Praga. Brod escribía a Zürau: «Si no temiera inquietarte con esto te diría que

tus cartas dan testimonio de una gran calma. Ya lo he dicho... una prueba de que ni siquiera temo de verdad que esto, o cualquier otra cosa, pueda inquietarte. Eres feliz en tu desgracia».³⁰

No era la primera vez que Kafka oía este reproche, que (con razón) *ignoraba*, si bien es probable que pocos meses antes hubiera contestado con las rutinarias autoacusaciones, con esa ensayada estrategia defensiva de convertirse en el más implacable de los jueces y ejercer la *autojusticia*. Sin embargo, esta vez no hubo acusaciones; en vez de ellas, Kafka respondió con un contraataque lleno de contenido:

Querido Max, siempre me ha llamado la atención que utilices la expresión «feliz en la desgracia» en relación conmigo y otros, y no lo haces como afirmación o como sentimiento de pesar o como advertencia ante un caso extremo, sino como reproche. ¿Acaso no sabes lo que significa? Con esta segunda intención, que naturalmente al mismo tiempo implica «desgraciado en la felicidad», probablemente le fuera impuesto el estigma a Caín. Si alguien es «desgraciado en la felicidad» significa en primera instancia que ha perdido el compás del mundo, pero además quiere decir que todo se le ha derrumbado o se le está derrumbando, que ya ninguna voz le llega sin que se quiebre y que por ello no puede seguir sinceramente ninguna. Tan grave no es el asunto conmigo o al menos hasta ahora no ha llegado a serlo; yo he sido tocado plenamente por la felicidad y la desgracia; pero en lo que se refiere a mi término medio, ciertamente tienes razón en gran medida también en lo referente al tiempo presente, pero debes formularlo en otro tono.³¹

Brod quedó de tal modo perplejo que no fue capaz de reaccionar en su carta de respuesta. Kafka no había acometido nunca un intento tan a la ofensiva de explicar su propio comportamiento como algo epocal, sintomático, y con una calma y superioridad que asfixiaba toda idea de que pudiera

³⁰ Max Brod a Kafka, 10 de octubre de 1917.

³¹ Carta a Max Brod del 13 de octubre de 1917.

tratarse de meras excusas. No, lo decía en serio, ahora sentía una aversión en toda regla a todo lo que parecieran astucias psicológicas,³² y como hacía mucho que sospechaba que tal vez Felice sufriera el mismo malentendido, trató de despegarlo *preventivamente*. Citó el «burdo» reproche de Brod, preguntó si no era secretamente también el de ella, y parafraseó detalladamente su respuesta, cuya plasticidad incluso agudizó: un hombre que es feliz en la desgracia, escribió, es alguien que «ha abatido el mundo con sus golpes, y que, incapaz de volverlo a poner en pie con vida, corre acosado entre sus ruinas».³³

No eran en absoluto inspiraciones momentáneas. Ya las anotaciones de Kafka de agosto de 1917—de los días anteriores y posteriores a la hemorragia—marcan exactamente, con su tono lacónico, el punto en que el lamento ante la propia desorientación pasa a un diagnóstico más amplio. «¿Tú crees? No sé», se dice de forma todavía vaga, pero luego más nítida: «Lo que toco se deshace». Y en un giro poético: «El bosque y el río: pasaban flotando a mi lado mientras yo flotaba en el agua».³⁴

En las meditaciones de Zürau hay numerosos fragmentos más que permiten advertir con claridad que lo que impulsa a Kafka es todo lo contrario de una voluntad de conocimiento abstracta e impersonal. Quiere reunir lo más propio con lo más contemporáneo, trata de situarse en su tiempo, busca un lugar en el que sea posible sobrevivir espiritualmente. Kafka se comporta como alguien semidesnudo al que molesta taparse las vergüenzas con torpes movimientos y decide que prefiere salir desnudo a escena: allá, pues, donde la desnudez ya no es una mácula, sino que tiene un *significado*. Es la tuber-

³² «Me mareo con tanta psicología», dice en el «cuaderno en octavo F» (OC III, 581). La entrada no se puede datar con exactitud, pero podría haber sido escrita poco *antes* de la carta de Brod.

³³ Carta a Felice Bauer del 16 de octubre de 1917.

³⁴ OC III, 566, 569, 567 («Cuaderno en octavo E»).

culosis, explica, la que le ha abierto «una nueva salida, cuya perfección no me parecía posible anteriormente»; y esa salida

consistiría en que reconozca no sólo en privado, no sólo hablando indirectamente, sino abiertamente, por mi comportamiento, que aquí no soy capaz de satisfacer las exigencias. Para esto no tengo más que dibujar con absoluta decisión la silueta de mi vida precedente. La consecuencia inmediata sería que me concentre, que no me disperse en asuntos carentes de sentido, que mantenga la vista despejada.³⁵

Estas son las frases con las que Kafka tiende las vías. Que no puede salir adelante es, sin duda, una vieja frase. Pero ahora se trata de sacar de ella consecuencias tanto prácticas como intelectuales. Y sólo hacía falta un pasito más para decidirse a no *querer* ya salir adelante a cualquier precio, sino, como le habían enseñado hacía poco los diarios de Kierkegaard, a insistir en sus propias escalas de medida: «En cuanto viene alguien... que dice: tal como el mundo es, me quedo en un estado originario que no pienso cambiar conforme cambie el mundo; en el mismo instante en que se oye esto, se produce una transformación en todo el ser».³⁶

En Zürau, Kafka ha dado ese paso. Lo que empezó como escapatoria desembocó en una nueva interpretación, radicalmente distinta, de la propia existencia. La corriente de seguridad en sí mismo que se procuró de este modo fue enorme, la mirada insospechadamente despejada le permitió vislumbrar una autonomía que, después de la «lucha» perdida por Felice, después de todos esos años de autoencadenamiento neurótico, le pareció un milagro. Había abierto de golpe una ventana. Lo que entraba era frío, demasiado frío quizá para poder soportarlo y vivir a la larga. Pero ahora no pensaba en eso. Era la hora del conocimiento.

³⁵ Carta a Max Brod del 2 (20 el 20?) de noviembre de 1917.

³⁶ Kierkegaard [1905:160]. Kafka cita este pasaje muy detalladamente en una carta a Max Brod, antes del 28 de marzo de 1918.

No es pereza, mala voluntad ni torpeza [...] lo que hace que todo me salga mal o no llegue siquiera a salirme mal: la vida familiar, la amistad, el matrimonio, el trabajo, la literatura; sino la falta de suelo, de aire, de mandato. Mi tarea es crear el mandato, no para poder recuperar lo perdido, sino para no haber perdido nada, ya que esa tarea es tan válida como cualquier otra. Es incluso la tarea más primigenia, o por lo menos su reflejo, de modo parecido a como, al ascender a una cumbre donde el aire está enrarecido, uno puede de repente dar con el resplandor del sol lejano. Tampoco es una tarea excepcional, sin duda ya ha sido impuesta muchas veces, aunque no sé si en semejantes dimensiones. Por lo que sé, no he tomado nada prestado de las exigencias de la vida, a excepción de la general debilidad humana, con la cual—y en ese sentido se trata de una fuerza gigantesca—he absorbido hasta el fondo lo negativo de mi tiempo, que me es muy cercano, y que no tengo el derecho de combatir, sino en cierto modo de representar; no me correspondía herencia alguna de lo escaso positivo ni de lo negativo extremo, que yase vuelve positivo. No he sido traído a la vida, como Kierkegaard, por la mano ya flaqueante del cristianismo, ni he agarrado al vuelo en su huida el último pliegue del manto de oración judío, como los sionistas. Soy fin o principio.³⁷

13. GRIPE ESPAÑOLA, REVUELTA CHECA, MIEDO JUDÍO

Temo que algún creador se ha excedido.

HANS HENNY JAHNN,

Fluss ohne Ufer

«Franz Kafka, ganador del Premio Fontane por sus narraciones *El fogonero* y *La transformación*, se ha retirado, hipersensible, se ha comprado un huerto en algún lugar de la Bohemia alemana y busca—vegetariano en alimentos y ocupa-

³⁷ OC III, 651-652. El texto fue escrito el 25 de febrero de 1918.

ciones—el retorno a la naturaleza». Esto decía el *Prager Tagblatt* en el verano de 1918.¹ Por aquel entonces aún no existía la legendaria Radio Yerevan, pero sí su manera de informar. La noticia era, en principio, cierta. Sólo que Kafka no había ganado el premio Fontane, sino que tan sólo había recibido la suma económica vinculada a él. No había comprado el huerto en el que trabajaba, sino que pertenecía a la finca de su hermana, que a su vez no la había comprado, sino que la había arrendado su cuñado. Kafka no se había «retirado, hipersensible», sino que estaba intentando curarse de una tuberculosis. Y hacía ya seis semanas que volvía a estar en su puesto en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo. Todo aquel caos se había cocinado, no sin participación del *insider* Max Brod, en el café Arco, y no había muchas expectativas de arreglarlo.

Ya a comienzos de abril, Kafka había decidido no pedir más permisos al director Marschner. Los tres meses originalmente concedidos se habían convertido en casi ocho, y el instituto nunca había ejercido ni la menor presión. Era la mejor política que podía aplicar, ensalzó Kafka: «guardan silencio, toleran, pagan, esperan. Esto no es fácil de tolerar».² El 27 de abril puso en orden su huerto por última vez, tres días después Ottla lo llevó en carro a la estación de Michelob; la mañana del 2 de mayo Kafka se presentó en el despacho de su superior, Pfohl, con una ligera tos, pero con un aspecto saludable como hacía años que no tenía.

Kafka debe haber advertido muy pronto que la refinada «política» del instituto en absoluto se debía a consideraciones tácticas o humanitarias. El hecho de que no se hubieran ocupado de él durante casi tres trimestres se lo debía más bien al caos organizativo que las crecientes tensiones entre

¹ Richard Katz, «En el Café de los Literatos de Praga», *Prager Tagblatt*, 11 de junio de 1918, edición matinal, p. 3.

² Carta a Max Brod de primeros de abril de 1918.

checos y germanoparlantes traían inevitablemente consigo. Dos días antes de la partida de Kafka hacia Zürau, el honorable presidente del Instituto Otto Přibram (que, a despecho de su nombre, era de nacionalidad alemana) había muerto de forma inesperada, y los miembros checos de la presidencia, que ahora se encontraban de pronto en mayoría, insistieron en que sólo un checo podía ser su sucesor. Los germanoparlantes lo rechazaron, y como no podían imponerse con los votos dejaron de ir a todas las reuniones de la dirección. El Instituto de Seguros operaba ahora, por así decirlo, sin cabeza, los intentos de conciliación continuaron sin éxito durante meses, antes de que por fin el recién creado Ministerio de Previsión Social interviniera, enviara a su casa a la dirección y nombrara a un administrador comisario. Bajo una dirección que sólo se ocupaba de sí misma, el director Marschner podía (y tenía que) decidir como le placiera, y en gran medida sin control alguno, los permisos pendientes... una feliz situación para Kafka, y una de las raras ocasiones en su vida en que el azar y las circunstancias exteriores actuaron claramente a su favor.

Lo que ocurría en el instituto sólo era un síntoma, comparativamente inofensivo, de los cambios que entretanto se habían apoderado de la atmósfera de Praga. Dado que la ciudad no estaba en condiciones de seguir garantizando el abastecimiento de la población—ni siquiera se disponía de la cuarta parte de las asignaciones oficiales de pan, ya de por sí escasas—, se había impuesto el sálvese quien pueda, y había quienes acaparaban lo más necesario sin pensar en la ley ni en la responsabilidad social. Lo único que seguía funcionando de manera fiable era el «matuteo», y a los pocos que podían permitírselo no les faltaba de nada. Pero ¿de dónde venían todas esas mercancías negociadas «bajo mano», adónde iban, y quiénes eran los beneficiarios de los espantosos precios de tanta usura? Éstas eran preguntas que tenían una carga cada vez más nacionalista. Los campesinos checos

eran los que se estaban llenando los bolsillos, se decía por una parte; los alimentos iban a parar a Viena o incluso al Imperio alemán, replicaban los otros. Lo que quedaba desaparecía, supuestamente, en los sótanos de los judíos que se dedicaban al mercado negro, que a su vez eran lo bastante arteros como para denunciar continuamente a las autoridades a la competencia indeseada, sobre todo checa: eso lo sabía hasta un niño.³

Sólo era cuestión de tiempo que tales rumores ganaran influencia en la política de la calle. Hacía mucho que las huelgas y manifestaciones contra el hambre eran cotidianas en Bohemia, pero desde 1917 se acumulaban los incidentes en los que el objetivo de los ataques no eran «la autoridad» o «los ricos», sino sencillamente todo el que perteneciera a una nacionalidad distinta. En las manifestaciones masivas de Praga, en las que participaron hasta ciento cincuenta mil personas en enero de 1918, esa corriente subterránea aún era en gran medida invisible. Pero dos meses después empezaron los «tumultos del hambre», inequívocamente dirigidos contra germanoparlantes y judíos, y que las autoridades a duras penas eran capaces de controlar. Ahora se demostraba que en absoluto hacían falta refugiados judíos orientales para espolear el furor antisemita. Porque, aunque su número disminuía de continuo, aunque cada vez más refugiados eran devueltos por la fuerza a sus lugares de origen en Galitzia y Polonia—con la eficaz asistencia de la comunidad religiosa judía, que quería librarse de una vez de esos «parásitos»—,⁴ el

³ Al principio de la guerra, incluso Masaryk había hecho suya la acusación de que los judíos eran especialmente activos como denunciantes; véase *Los años de las decisiones*, capítulo 31. Aunque este insistente rumor no pudo ser confirmado por los expedientes del Gobierno Civil, accesibles después de 1918, las reacciones vengativas contra los supuestos denunciantes judíos fueron durante años el desencadenante de los excesos antisemitas, sobre todo en los suburbios de Praga.

⁴ El concepto fue empleado de manera explícita por un miembro des-

resentimiento antisemita se manifestaba de forma cada vez más abierta y amenazadora. Las circunstancias en Praga se habían vuelto insoportables, se quejaba *Selbstwehr* en agosto de 1918; literalmente, ya no se podía dar un paso por la ciudad «sin encontrarse con esa repugnante expresión de odio nacionalista».⁵

No se puede reprochar a los Kafka que en tales circunstancias tomaran la decisión de poner oportunamente a salvo lo que habían conseguido en más de tres décadas de duro trabajo. Desde siempre, la preocupación por sus propiedades les había mantenido en una constante tensión subliminal; mejor renunciar a un descanso apremiante que exponer su negocio, siquiera por un día, al peligro de la mala gestión o la malversación. Pero ahora que su propio personal se unía a la gran huelga,⁶ ahora que bajo sus ventanas del Altsädter Ring se apiñaba cada vez más gente y cada vez con más frecuencia, ese nerviosismo temeroso recibía nuevo alimento. ¿Quién les garantizaba que los saqueos que de momento sólo se producían en busca de alimentos y carbón no iban a extenderse pronto a otros sectores? Que los comerciantes judíos serían las primeras víctimas era algo tan obvio y predecible que no hacía falta justificarlo.

Hermann y Julie Kafka decidieron poner fin a su carrera empresarial, abandonar cuanto antes la tienda e invertir todo el capital acumulado en valores estables, es decir poco llamativos. En enero de 1918 adquirieron una gran casa mo-

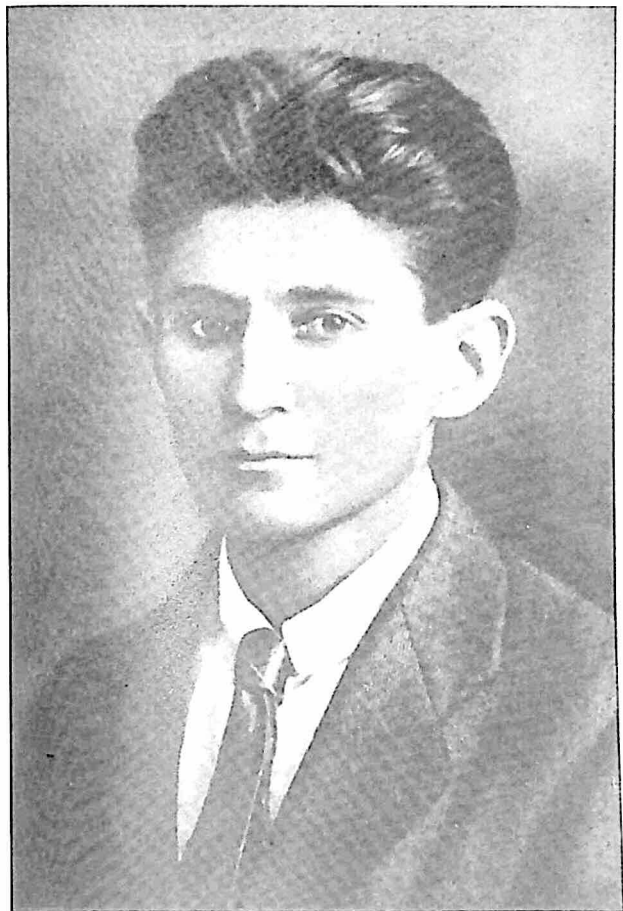
tacado de esa comunidad, que exigió que «las autoridades procedieran con toda severidad contra los parásitos». Citado en Welling [2003:203].

⁵ B.R., «Odio alrededor», *Selbstwehr*, año 12, vol. 31 (16 de agosto de 1918), p. 1. En ese momento vivían ya en Praga menos de seis mil refugiados judíos, lo que suponía un descenso de unos dos tercios.

⁶ El 18 de enero de 1918, y probablemente también al día siguiente, la mercería permaneció cerrada, dado que todos sus empleados participaron en una huelga general (carta de Irma Kafka a Otrla Kafka del 18 de enero de 1918).

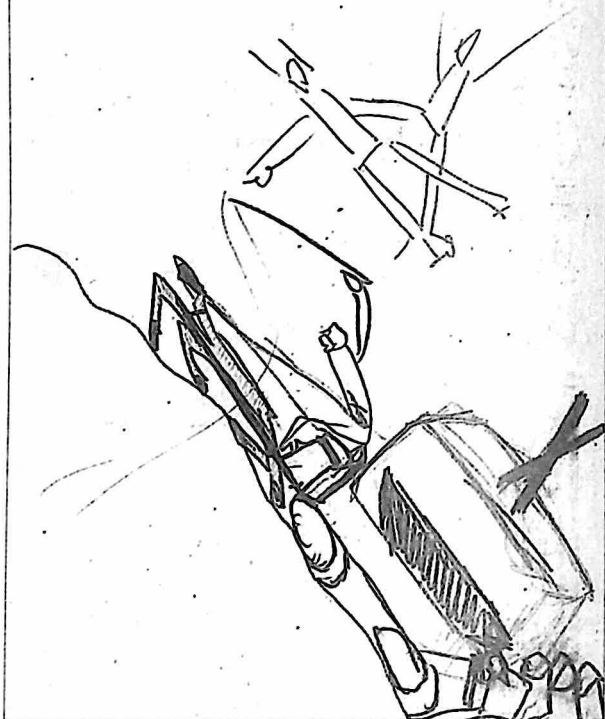
derna de alquiler en la Bílekgasse 4, en la que sobre todo vivían checos. El precio de compra ascendió a medio millón de coronas, y era de notar el orgullo de los nuevos caseros, que durante semanas no hablaban de otra cosa y discutieron con apasionamiento un extenso reglamento para la casa. El elevado coste del traspaso fue cubierto por la venta del negocio familiar a un pariente de Julie, Bedřich Löwy, que al parecer creía que podría nadar dentro de la corriente teniendo un nombre checo, y que por tanto era un poco menos pesimista. Los Kafka permanecieron aún unos meses más, para despedirse de la obra de su vida, y el 15 de julio la responsabilidad pasó definitivamente a Löwy.

Pese a que estaba al corriente de los acontecimientos de Praga, Kafka, al volver de Zürau, tenía motivos para sorprenderse de lo profundamente que la erosión social había penetrado en la vida cotidiana: peleas diarias entre estudiantes de bachillerato checos y germanoparlantes, furiosas manifestaciones de hosteleros que ya no tenían nada que ofrecer a sus huéspedes, evacuaciones de niños desnutridos, días sin tranvías ni trenes de pasajeros, disputas a voz en cuello ante los quioscos que entregaban las «cartillas de fumador», ocasionales apedreamientos en los suburbios de desvalidos funcionarios... Era una imagen social deformada de la ciudad que había dejado ocho meses antes. Mientras fuera capaz de trabajar, no había modo de escapar de esa sociedad de lobos. Arreglárselas, esperar estoicamente el final de la guerra... no había otras opciones a la vista; ni la rápida publicación de los relatos de *Un médico rural*, ni siquiera un improbable éxito literario habría podido ya cambiar nada. Kafka tuvo que abandonar el plan de buscar una vivienda nueva y conservar de ese modo un mínimo de independencia: el temor a otro invierno de guerra en estancias mal calentadas—¿de dónde sacar el carbón?—era demasiado grande, demasiado alto el riesgo de quedar expuesto a una nueva hemorragia. Quedaba el regreso a la casa de los padres,



Franz Kafka, finales de 1917. (© Archiv Klaus Wagenbach).

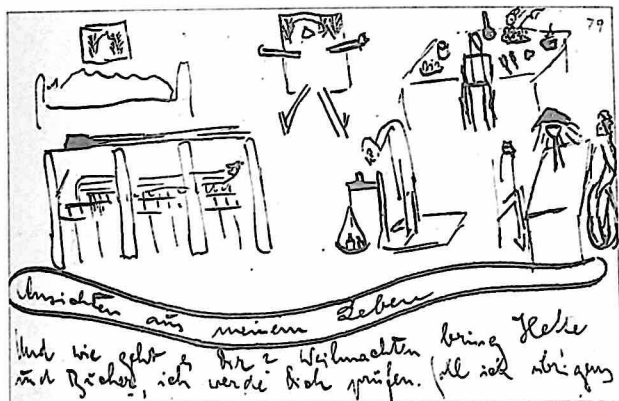
Das Elend wurde empfunden. Der
 Mann würgte. Die Frau schlug die
 Hände als Zeichen der Zustimmung.
 Von der Landstraße her kam ein
 kumpfer. Man begrüßte einander.



Del «cuaderno en octavo A», finales de 1916.



En el campo, en Zürau, 1917; de derecha a izquierda, Kafka, su secretaria, Julie Kaiser, Ottla, la prima Irma, la criada Mařenka.



Postal a Ottla Kafka, diciembre de 1918.

Ein Landarzt.

Ich war in großer Verlegenheit: eine dringende Reise stand mir bevor; ein Schwerkranker wartete auf mich in einem zehn Meilen entfernten Dorfe; starkes Schneegestöber füllte den

[6]

weiten Raum zwischen mir und ihm; einen Wagen hatte ich, leicht, großräderig, ganz wie er für unsere Landstraßen taugt; in den Pelz gepackt, die Instrumententasche in der Hand, stand ich reisefertig schon auf dem Hofe; aber das Pferd fehlte, das Pferd. Mein eigenes Pferd war in der letzten Nacht, infolge der Überanstrengung in diesem eisigen Winter, verendet; mein Dienstmädchen lief jetzt im Dorf umher, um ein Pferd geliehen zu bekommen; aber es war aussichtslos, ich wußte es,

sein Gesamturteil, das Du über mich hattest, auf
das Abgesenlichte, Blimpste, Lächerlichte. Und zög-
test keinen Augenblick, mir das auf ebensolcher
Weise zu sagen. Die Schande, die Du damit mir
antust, war Dir nicht im Vergleich zu der
Schande, die ich Deiner Meinung nach Deinem
Namen durch die Heirat machen würde.

Wann kommt Du je hinsichtlich meiner
Heiratsversuche manches mir antworten und
hast es auch getan: Du kümmerst nicht viel
Respekt vor meiner Entscheidung haben, wenn
ich die Verlobung mit F. einmal ange-
hört und einmal wieder aufgenommen habe,
wenn ich Dich und die Mutter mittelbar in
der Verlobung nach Berlin geheißt habe u. s. v.
Das alles ist wahr aber wie kam es dazu?

Der Grundgedanke beider Heiratsversuche
war ganz korrekt: einen Hauptand gründen,
selbstständig werden. Ein Gedanke der Dir je
sympathisch ist, nur das es dann in Wirklich-
keit so anfällt, wie das Kinderspiel, wo einer
die Hand des andern hält und weg presst
und dabei rüft: "Geh doch, geh doch, we-
ren gehst Du nicht?" Was sich allerdings
in unserem Fall dadurch compliciert, das

In das "geh doch!" mit jener ehrlich gemeint hast, da Du ebenso mit jener, ohne es zu wissen, nur Kraft Deines Wunsches mich gehalten oder richtiger niedergehalten hast.

Beide Mädchen waren zwar durch den Zufall, aber außerordentlich gut gewählt. Wieder ein Zeichen Deines vollständigen Missverständnisses, das Du glauben kannst, ich der ängstliche, Zögernde, Verächtliche, entschliesse mich mit einem Tausch für eine Heirat, strebe aus Entzücken über eine Kluge. Beide Ehen wären richlicher Vermählungen geworden, somit damit gesagt ist, das Tag und Nacht das erste Mal Jahre, das zweite Mal Monate alle meine Denkraft an den Plan gewendet worden ist.

Keins der Mädchen hat mich enttäuscht, nur ich sie beide. Mein Urteil über sie ist heute genau das gleiche, wie damals als ich sie heiraten wollte.

Es ist auch nicht so das ich beim zweiten Heiratsversuch die Erfahrungen des ersten misachtet hätte, aber leichtsinnig gewesen wäre. Die Fälle waren eben ganz verschieden, gerade die früheren Erfahrungen konnten mir im zweiten Fall der überhaupt viel anreicher war Hoffnung geben. Von Einzelheiten will ich hier nicht reden.

Warum aber habe ich nicht geheiratet? §



Milena Jesenská, 1915. (© Archiv Verlag Neue Kritik).



Kafka y otros huéspedes del sanatorio; de pie, al fondo, Robert Klopstock.

1
Liebster Max, meine letzte Bitte: alles was sich
in meinem Nachlass oder im Bücherkasten, Kasten, Schrank
Schriftlich oder mündlich und im Archiv oder wohin sonst
insgesamt getragen worden sein sollte und die aufgeführt
an Tagebüchern, Manuskripten, Briefen, Zeitschriften und dergleichen,
beschiedenen i. d. v. findet, sollte und eingesehen zu
verbrennen, ebenso alle handschriftliche oder beschriftete
das Du oder andere, die Du in meinem Namen darüber
bitten sollst, haben. Bitte, da man Dir nicht
übergeben will, soll man wenigstens selbst zu verbrennen
sich verpflichten.

Dein
Franz Kafka

Disposición testamentaria de Kafka, otoño-invierno de 1921.



Kafka en Spindlermühle, enero-febrero de 1922.

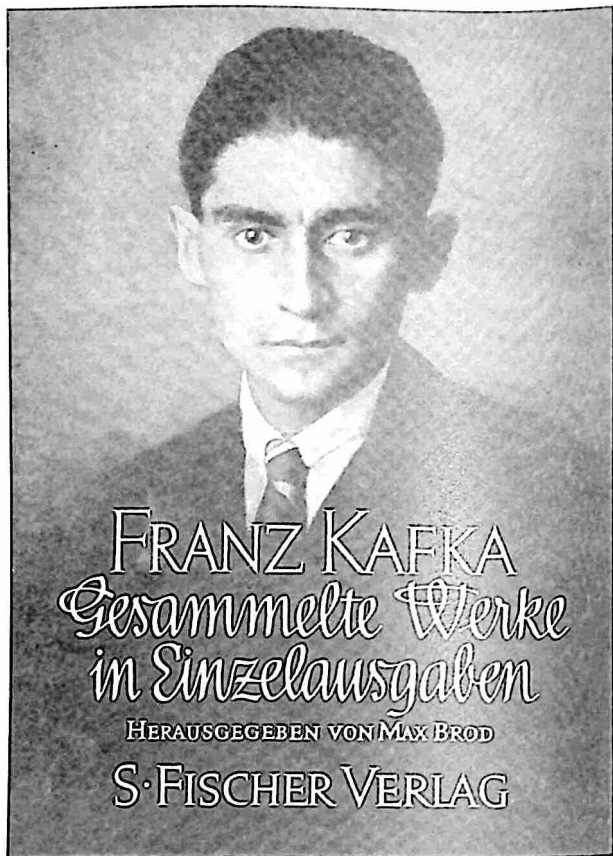
[illegible][illegible]



Franz Kafka, 1921. (© Archiv Klaus Wagenbach).



Primera edición de *Un artista del hambre*, que incluía cuatro narraciones de Kafka, noviembre de 1924. (© Archiv Klaus Wagenbach).



Folleto editorial, 1950. Esta última foto de Kafka fue hecha probablemente en septiembre de 1923 en los grandes almacenes Wertheim, en Berlín.

por difícil que fuera esa decisión después de los recientes enfrentamientos. Kafka decidió escribir una carta preparatoria a su padre (que por desgracia no nos ha llegado), pero la conversación sincera había sido desde siempre la peor estrategia para mejorar el ambiente dentro de la familia. Una vez más, el patriarca anduvo varios días tronando en la tienda y descargando sobre sus empleados lo que ya no se atrevía a decir a su propio hijo.⁷

En Praga, Kafka echaba de menos sobre todo a su hermana, su ingenuidad, el alivio que su presencia le aportaba. Ella no compartía la tendencia analítica ni los oscuros pensamientos en torno a la muerte de su hermano; en cambio, ocurría que en su proximidad él se dejara llevar por un humor directamente infantil y alegre, se metía con ella, la molestaba en sus pocos minutos libres...⁸ Eso no solía permitírsele ni siquiera con sus más íntimos amigos de Praga, con los que de hecho empleaba un tono totalmente distinto. Max Brod se sintió muy afectado cuando Kafka le dijo que las amistades en modo alguno formaban parte de la sustancia irrenunciable de su vida, y que, por tanto, estaba decidido a retirarse *aún más* y cortar los pocos lazos que le quedaban. Era un nuevo incremento de su purismo que, le parecía a Brod, adquiriría poco a poco formas hostiles a la vida.

⁷ Tan sólo sabemos de la existencia de esa carta—escrita más o menos una semana antes de la partida de Kafka de Zürau—a través de una carta de Irma en la que se queja «de la que Franz ha armado con su carta a su padre» (Irma Kafka a Ottla Kafka, 25 de abril de 1918). Dos días después, Ottla escribe a su amigo Josef David: «Vuelvo a entenderme bien con mi hermano, estoy contenta de que no se interponga nada entre nosotros». Eso podría indicar que también hubo diferencias de opinión con Ottla sobre el tono y contenido de la carta.

⁸ El 18 de marzo de 1918, Ottla escribe a Josef David: «no me dejan escribir, sobre todo Franz, ya sabes, es mi habitación y podría echarlos, a mi hermano y a la chica [una de las criadas]. pero él promete que se estará callado, y además estoy contenta cuando él está contento» (citado en Binder 1968:443).

Kafka no cumplió, sin embargo, esa decisión de hacer *tabula rasa* social... probablemente necesitaba alguna expectativa concreta, algo seguro a lo que agarrarse para justificar un paso tan extremo. Así que la cosa quedó en los habituales paseos, ocasionales excursiones en grupo y el baño común en el Moldava. De alguna manera, Kafka logró salvar en su existencia de Praga el nuevo fermento de lo «rural», que se había convertido para él en expresión de la auténtica vida: empezó a pasar su tardes libres en el Instituto de Pomología, Viticultura y Horticultura, que estaba situado al norte de Praga, vecino al palacio barroco de Troja, y con una amplia vista sobre la ciudad. Allí se ofrecía desde hacía poco instrucción en horticultura, una vía de formación continua que desde luego requería explicación en un funcionario directivo de treinta y cinco años. Pero no era nada que afectara al honor querer saber cómo se organizaba profesionalmente un huerto—muchos que pasaban hambre querían saberlo ahora—, y un pretexto como éste ya le había prestado buenos servicios a Kafka unos años antes, en el huerto Dvorský.

En aquel entonces él había considerado el trabajo en el huerto como algo terapéutico—«nerviosismo», era la palabra con la que se justificaban las costumbres más extravagantes—, y se había limitado a seguir las recomendaciones de la medicina natural, que daba por bueno casi cualquier movimiento físico con tal de que se hiciera a cielo abierto. Entretanto, claramente bajo el influjo de lecturas sionistas, la actividad física se había convertido para él en un fin moral, en una cuestión de estilo existencial, y sobre todo la cuidadosa atención que exigía el trabajo con las plantas era uno de los logros que quería mantener tan puros como le fuera posible. Con todas sus consecuencias sociales. Incluso las dos semanas de permiso normal que aún le correspondían no las utilizó en modo alguno para la cura que le habían prescrito, sino para seguir su formación hortícola: en septiembre de 1918, Kafka trabajó en el centro de formación de unos grandes vi-

veros de Turnau (Turnov), en el norte de Bohemia, y no tuvo la sensación de estar renunciando a comodidad alguna.

Es fácil imaginar que tampoco esta extraña decisión dejó de provocar reparos de sus padres y amigos. Y había que estar contento de que a Kafka no se le hubiera ocurrido la idea de volver a Zürau. La granja se estaba haciendo insostenible, y cuando Ottla pasaba por Praga durante unas horas—lo que ocurría cada vez menos—, a la familia y entre tanto también a su hermano les parecía la viva imagen de una luchadora desesperada. Ottla estaba enflaquecida, agotada, decepcionada. Ya no había forma de conseguir legalmente semillas y forraje, y nadie en el pueblo esperaba contar con ayuda administrativa desde que la terrible crisis alimentaria había agotado las últimas reservas estatales en los centros industriales bohemos más próximos. De hecho, había sido preciso pedir su intervención al Imperio alemán para evitar la muerte masiva por hambre. Y los alemanes salieron al quite: harina a cambio de ayuda armada, era el nuevo lema. Pero naturalmente esos suministros no llegaban a Zürau, porque allí vivía gente que *de alguna manera* se autoabastecía.

El proyecto de Zürau había perdido su sentido, e incluso Irma, admiradora y simpatizante del empeño de Ottla, le aconsejaba ahora interrumpir lo antes posible el desesperado experimento. Allí ya no había nada que ganar; finalmente, también tuvo que aceptarlo así Karl Hermann, que en agosto visitó su granja y se puso rápidamente de acuerdo con Ottla en liquidar toda la explotación en el plazo de uno o dos meses. Alivio entre los Kafka: era la señal que los padres llevaban meses esperando, y una buena ocasión, creían, para devolver a Ottla al carril correcto: retorno a Praga, inscripción lo más rápida posible en una escuela de economía doméstica, nueva citación de la casamentera... Pero se equivocaban. Lo que había hecho desesperar a Ottla no había sido ni la dureza del trabajo en el campo ni el deficiente abasteci-

miento, que no podía durar eternamente, sino el miserable trabajo sin perspectivas un día tras otro, la imposibilidad de *avanzar* en tales circunstancias, de aprender algo, de crearse opciones profesionales. No, su camino no llevaba a Praga, de eso no se podía ni hablar con Ottla. Era la formación agrícola, planeada desde hacía mucho y aplazada una y otra vez, la que ahora estaba en su agenda, y la que finalmente le daría el anhelado estatus profesional. Precisamente ésa era también la opinión de su hermano, que enseguida empezó a recabar información en el Instituto de Seguros y a enviar una circular a los directores de las escuelas agrarias. Budweis entraba en consideración; Tetschen, la gran escuela de horticultura de Klosterneuburg, cerca de Viena... La elección no era sencilla, en parte porque se exigía graduado escolar o amplios conocimientos previos que Ottla no podía aportar, y en parte porque las mujeres sólo eran admitidas como oyentes, sin derecho a examen. Por fin, Kafka le recomendó presentarse—iba a ser la primera mujer en hacerlo—en la Escuela Agrícola de Invierno de Friedland, y para aliviar el temor de su hermana a una renovada dependencia, le ofreció asumir temporalmente los gastos de su formación, con lo que por lo menos se dejaba a los padres sin argumentos. Naturalmente, esto no hizo sino atizar el enfrentamiento en torno a la terquedad de Ottla y la irresponsabilidad de Franz, y habría podido conducir a una ruptura duradera si no se hubiera producido un acontecimiento de dimensión totalmente distinta, un acontecimiento que forzó una paz cuando menos exterior y que durante algunas semanas unió a la familia en torno a un pavor común.

Personas hasta ahora sanas y vigorosas se quejan de pronto de agobiantes dolores de cabeza, dolores en todos los miembros, nariz obstruida, constipado seco, falta de apetito, sensación de calor unida a leves escalofríos, y sobre todo un gran abatimiento. Pronto se presenta una sensación de sequedad, un picor en la garganta con

pequeñas molestias al tragar y algo de ronquera, al mismo tiempo suele presentarse una tos torturante, que agota, que extenua a los enfermos...⁹

Ya no se trataba de una gripe común. Eran los síntomas de una enfermedad que iba a convertirse en una pandemia devastadora, que abarcaría todo el globo terráqueo. Y con una rapidez que hizo que la masiva infección se declarase como una catástrofe natural, y desbordó enseguida los sistemas de protección social e higiénica. A finales de septiembre se conocieron los primeros casos; en la primera semana de octubre murieron unas doscientas personas en cada una de las metrópolis, Viena y Berlín; a mediados de octubre ya eran doscientas *al día*. Teatros y cines cerraron, el principio de curso fue aplazado en todas las universidades, las autoridades llamaron a evitar en lo posible las acumulaciones de personas. Pero era demasiado tarde. Más del quince por ciento de la población fue infectada por la llamada «gripe española»,¹⁰ y, mientras se llenaban los depósitos de cadáveres, había que cerrar secciones de los hospitales en las que ya no quedaba un sólo médico o enfermero sano.

Sin embargo, lo que inspiraba temor no era sólo el incontrollable riesgo de contagio (con un período de incubación de uno o dos días) y el rápido ritmo con el que la epidemia pasaba de un barrio al próximo, de una región a otra. Más aterradora aún era la súbita furia con la que tumbaba en toda regla a los infectados. Los dolores en los miembros aumentaban con mucha rapidez, la lengua se ponía gris, la temperatura corporal alcanzaba a menudo valores extremos en sólo una o

⁹ Elias [1926:55-56].

¹⁰ Los conceptos «enfermedad española» y «gripe española» sólo cobraron carta de ciudadanía, al parecer, porque la prensa española, que no estaba sometida a censura de guerra, fue la primera en informar en detalle de la epidemia. También el rey español Alfonso XIII enfermó.

dos horas. Y circulaban historias de personas que por la tarde habían sido vistas del mejor humor y al mediodía siguiente ya estaban en uno de los ataúdes fabricados a toda prisa.

Y sin embargo, la gripe española no era mortal *per se*. Quien podía permitirse descansar al sentir los primeros síntomas y cuidarse durante el tiempo suficiente tenía una expectativa de supervivencia del 97 %... suponiendo que no hubiera complicaciones y, sobre todo, no se declarase una neumonía. Pero ninguna epidemia de gripe conocida había traído consigo tantas neumonías de tan mala evolución, la mayoría de ellas ya al tercer o cuarto día de enfermedad. Las cifras de mortandad notificadas por las distintas clínicas eran terribles, los pacientes se desangraban y se ahogaban. Y afectaba precisamente a los que parecían más sanos y más vitales. Quien tenía entre veinte y cuarenta años podía prepararse para lo peor.¹¹

A Kafka le tocó el turno en el punto culminante de la ola, el lunes 14 de octubre. El médico, doctor Heinrich Kral, constató más de cuarenta grados de fiebre ya a mediodía. Auscultó los pulmones de Kafka sin poder descubrir nada inquietante, y como su paciente le había ocultado el apenas curado «catarro pulmonar apical», el resultado podía estimarse doblemente feliz. Cabe imaginar que Kafka quería someter a ese médico a un pequeño examen, pero también es posible que empezase ya a subestimar el riesgo. Porque los síntomas de la tuberculosis—sobre todo la respiración entrecortada, la tos constante y el sudor nocturno—habían desaparecido

¹¹ Hasta hoy sigue sin haber una explicación concluyente de este fenómeno, estadísticamente documentado. Por aquel entonces se sospechaba que las personas entradas en años, que ya habían vivido la ola de gripe de 1889, habían quedado inmunizadas. Hoy se supone que muchos casos de muerte fueron provocados por una violenta reacción autoinmune, de manera que, paradójicamente, los pacientes bien alimentados de mediana edad, cuyo sistema inmunológico reaccionaba de modo más vital, eran los más amenazados.

poco a poco en verano, incluso el profesor Pick había hablado de un «muy buen» estado de los pulmones, y el trabajo en la huerta de Turnau le había sentado bien. Lo peor parecía superado.

Sin embargo, eso no conseguía tranquilizar a nadie, y menos que nadie a la madre, que ya el primer día en que Kafka sucumbió a la fiebre fue presa del pánico y rompió a llorar una y otra vez. Fue una feliz coincidencia que Ottla—que ya se había despedido de Zürau—pasara algunas semanas en Praga hasta el comienzo de su curso. Fue, al parecer, la única que conservó la cabeza fría y estuvo en condiciones de tomar enérgicamente las riendas de los asuntos de su hermano. Informó a sus superiores de la situación, y sin duda ella fue también la que mantuvo al círculo de amigos más íntimo al corriente durante las semanas que siguieron; porque, naturalmente, Kafka ya no podía recibir visitas. Pronto tuvo también que soltar el lápiz. Tenía «un poco de fiebre» y estaba en cama, anunció a Brod poco antes de declararse la enfermedad, y tenía que renunciar a las siguientes horas de hebreo en común.¹² Éste fue su último mensaje durante casi un mes.

Porque ahora venía lo que más temían todos: la neumonía. Sabemos poco acerca de su desarrollo—nadie en la familia tenía motivos para levantar acta de esta catástrofe—, pero es probable que Kafka, como casi todos los pacientes en su situación, tosiera sangre nuevamente, y esta vez durante semanas. Su fiebre alcanzó valores que tienen que haber asombrado al médico que acudió corriendo: se supone que superó los cuarenta y un grados.¹³ Con esto, Kafka entró en

¹² Carta a Max Brod de mediados de octubre de 1918.

¹³ En una carta a su superior Eugen Pfohl del 25 de noviembre de 1918, Kafka llega a escribir: «hasta cuarenta y dos de fiebre». Los informes clínicos contemporáneos indican que la fiebre solía estar entre los treinta y nueve y los cuarenta grados. Apenas se mencionan casos en los que se superase los cuarenta y uno, por lo que el curso de la neumonía de Kafka fue inusual incluso ante el trasfondo de la epidemia.

el umbral del delirio, en el que había que contar con la posibilidad del fallo orgánico en cualquier momento. Brod escuchó horrorizado que su amigo estaba «casi deshauciado» por los médicos: al parecer, se había alcanzado ya un punto de crisis en el que el optimismo se había vuelto insostenible.

De hecho, la medicina convencional no sólo estaba indefensa ante la gripe española—cuyo agente, el virus H1N1, no fue identificado hasta ochenta años después—, sino que tampoco tenía prácticamente nada que oponer a las neumonías masivas. Se administraban sobre todo antipiréticos como la aspirina, el piramidón y la quinina, en caso de insuficiencia respiratoria se inyectaba alcanfor, y además cada clínica experimentaba con recursos propios (adrenalina, electrocologol, neosalvarsán, cloruro de mercurio...), sin conseguir efectos significativos. Por eso carece de importancia lo que el doctor Kral anotase en su talonario de recetas. Sin embargo, es evidente que la menor sobrecarga suplementaria—por ejemplo el traslado a un hospital—habría significado para Kafka la muerte segura, y que la única protección eficaz de la que disponía era el cuidado intensivo en su casa. Pronto fue trasladado al dormitorio de sus padres, mucho más confortable; los matuteros procuraron la dieta necesaria; unas criadas sin miedo, una higiene concienzuda, y hubo un parte médico todos los días. Fue el bien acolchado estatus social de la familia el que en última instancia hizo posible escapar por muy poco de la muerte... y muy pronto Kafka tuvo que darse cuenta con espanto del agobiante *debe* en su cuenta que se le había cargado nuevamente *como hijo* en aquel terrible otoño de 1918. Sólo hubo un verdadero consuelo: no había contagiado a nadie. Y eso era en sí mismo un pequeño milagro.

La gripe española, cuya segunda y con mucho más fuerte oleada amainó en la primavera de 1919, tan inesperadamente como había venido, se considera hoy un acontecimiento

histórico mundial. Por una parte, debido al enorme número de víctimas: más de veinte millones de personas sucumbieron a la pandemia. Sin duda las poblaciones de Asia y África fueron proporcionalmente las más afectadas, pero también en Estados Unidos y en Europa la infección se convirtió en una catástrofe social y demográfica.

Por otra, en cambio, la gripe apareció en un *momento* históricamente significativo y—por así decirlo—a espaldas de sus contemporáneos la gripe y la política entablaron múltiples relaciones, que nadie podía ver porque nadie estaba informado de manera fiable. Hoy resulta extraño que en muchos periódicos la mortandad masiva sólo apareciera en la tercera página de los periódicos, parece incomprensible que no se decretara de inmediato la obligación de notificar la enfermedad, inconcebible que un ministro de Sanidad austriaco creyera poder calmar a la población con la promesa de tres toneladas de aspirina.¹⁴ Pero ¿qué otra cosa iba a decir? La gripe era terrible, sin duda, pero quizá la semana siguiente ya todo estuviera superado. El desplome de los frentes militares, el agotamiento de los recursos económicos, los motines por el hambre y la amenaza de guerra civil eran incomparablemente peores, porque era imposible prever sus consecuencias a largo plazo. Por no hablar de que unas medidas higiénicas que abarcaran todo el país presuponían un monopolio indiscutido de la fuerza, o al menos la autoridad. Pero precisamente ahora, cuando por vez primera se hubieran podido prohibir las grandes asambleas con argumentos *razonables*, el espacio público había escapado al control del Estado. Las manifestaciones y las marchas nacionales se habían convertido en *hot spots*, en los que se hacía Historia... y en absoluto con un pañuelo delante de la boca.

La gripe española fue percibida como una catástrofe limitada ante el telón de fondo de una mucho más amplia, y en

¹⁴ Véase *Prager Tagblatt*, 10 de octubre de 1918, p. 3.

consecuencia fue desdeñada tan pronto se manifestaron los primeros signos de mejora. Aceptar la muerte de los otros sin impedirla, sin tener verdadera conciencia de ella, ya no era nada especial. ¿Acaso no morían muchas más personas de hambre que de gripe? Los políticos negaban con vehemencia que la censura ocultara las cifras concretas, pero ésa era la verdad. Y tampoco se trataba ya de si el hambre o la gripe o ambas a la vez debilitaban la combatividad y voluntad de resistencia de los soldados, se había vuelto indiferente que los hospitales militares estuvieran simplemente llenos o ya miserablemente abarrotados. Los ejércitos de las potencias centrales no sólo estaban debilitados, estaban en las últimas: ya no había repuestos de armas útiles, ni vehículos, ni combustible, ni víveres. Desde abril se estaban produciendo motines entre prisioneros de guerra retornados que no querían volver a las trincheras, apenas era posible hacer avanzar a los soldados del frente occidental. La marina alemana se resistía a obedecer. Los soldados austríacos, húngaros, checos, que un año antes habían roto juntos las líneas italianas en la duodécima y última de las batallas del Isonzo, se volvían a casa por su cuenta.

En estas circunstancias, el solapamiento de epidemia y crisis política podía adoptar las formas más extrañas. La gripe actuaba como gran igualador, embalsaba, por así decirlo, la corriente histórica y con eso ella misma ganaba connotaciones históricas. Martin Buber, por ejemplo, sufrió una neumonía en el preciso momento en que la atención de todo el entorno sionista estaba puesta en él, porque muchos adeptos esperaban que tras la conclusión de la paz se haría cargo enseguida de los problemas prácticos de la Palestina liberada. Pero Buber, siguiendo el consejo médico, decidió cuidarse y retirarse de la vida pública por algún tiempo. También a su amigo de muchos años Gustav Landauer le ocurrió lo mismo: el destacado pacifista y socialista, que casi desde el principio de la guerra había esperado de manera febril el final del ré-

gimen guillermينو, pasó los primeros y decisivos días de su caída encadenado a la cama, y luego se movía por Múnich, capital de la recién instaurada República de Baviera, asediado por dolores en los miembros.

Muchos de quienes querían vivir el gran momento histórico, el fin de un infierno de cuatro años, la caída de un régimen manchado de sangre, la llegada de una nueva época, quedaron condenados al papel de simples espectadores. En la existencia de Kafka, esta contradicción entre cuerpo e Historia se elevó a una paradoja casi insuperable. Porque en el otoño de 1918 precisamente el Altstädter Ring—ese barrio demasiado familiar, orlado de fachadas burguesas, del que conocía cada adoquín y casi cada rostro que pasaba a su lado—se convirtió en escenario de la política mundial. Y Kafka estaba en una butaca de palco. Quizá se acordó de agosto de 1914, cuando «con mirada irritada» observaba desde el tercer piso las marchas belicistas, con su demagógica puesta en escena. Esta vez, todo era distinto. No había gritos triunfales, ni grandes discursos. Directamente al pie de su ventana se tomaban *decisiones*.

Así fue desde el primer día de su gripe. Aquella mañana, la familia fue despertada por ruidos inusuales, entrechocar de armas y gritos que daban órdenes. Cuando corrieron las cortinas, se ofreció a sus miradas una visión que inspiraba miedo: compañías enteras con equipo de campaña salían de la oscuridad de las calles laterales y empezaban a cortar sistemáticamente el Altstädter Ring. Había además gendarmes, en número inusual. Si se miraba desde las ventanas orientadas a la mal iluminada Niklasstrasse, se veían los contornos de soldados que se atrincheraban detrás de ametralladoras y cajas de munición. Las embocaduras de sus armas estaban dirigidas hacia la salida de la ciudad, hacia todo el que se acercase al Ring. ¿Qué había ocurrido?

Era el miedo a la revolución el que había puesto en alerta a la cadena de mando militar, y ese miedo era justificado. Por-

que el Národní Výbor, el Comité Nacional en el que se habían reunido todos los partidos checos, había decidido organizar el 14 de octubre manifestaciones masivas en toda Bohemia. Las protestas iban dirigidas ante todo contra la catastrófica situación del abastecimiento, cuya responsabilidad se atribuía a Viena y su notoria preferencia por los territorios habitados por germanoparlantes. Pero los dos partidos de izquierda representados en el Národní Výbor ya no se conformaban con protestas verbales. Planeaban una huelga general, y llamaban a los trabajadores de los suburbios de Praga a concentrarse ese día en el centro. «Según las octavillas encontradas—comunicaba un informante del mando militar—, existe la intención de proclamar un Estado checo independiente desde el balcón del Ayuntamiento de Praga y de las casas consistoriales de los pueblos cercanos».¹⁵ Se trataba de alta traición. Aunque se supiera que ésa (aún) no era la línea oficial del Comité Nacional, se trataba de la amenaza concreta de un golpe de Estado que, una vez puesto en marcha, arrastraría consigo a los burgueses moderados checos. Se trajeron a toda prisa batallones de refresco, y mientras en los pueblos de alrededor se desplegaban ya, esperanzadas, las banderas rojas, el gigantesco despliegue militar dispersaba sin esfuerzo a los grupos de manifestantes y curiosos que a pesar de todo se habían atrevido a llegar hasta la Wenzelsplatz y el Altstädter Ring. La situación en las ciudades de provincia también fue controlada con rapidez. Tan sólo en Strakonitz (Strakonice), al sur de Bohemia, un policía auxiliar llamado Karl Kraus había proclamado la República Checoslovaca. Por descuido, según afirmó al día siguiente ante el tribunal.

No hay duda de que Kafka, en cuanto podía mantenerse en pie aquella mañana, siguió con emoción los acontecimientos en el Altstädter Ring. Vio que todas las tiendas se man-

¹⁵ Citado en Plaschka *et al.* [1974:145].

tenían cerradas, y tampoco se oían los sonidos familiares de los tranvías. Una calma que no era dominical, sino amenazadora. Se esperaban los disparos, y circulaban tremendos rumores. Pero por la tarde el cordón fue levantado de improviso, y tras los soldados que se retiraban se oyeron risas relajadas. Los checos sabían que ya no habría muchas demostraciones de fuerza austrohúngaras de ese tipo, e incluso el *Prager Tagblatt* hablaba al día siguiente, sin ser censurado, de la «liquidación del viejo Estado», que no obstante debía «producirse con total calma».¹⁶

El momento llegó dos semanas después, y esta vez no fueron necesarias octavillas ni directrices políticas. Bastó una chispa retórica, menos aún: un insignificante malentendido, para poner fin para siempre a casi cuatro siglos de dominio de los Habsburgo en Praga y Bohemia. Entretanto, el último intento del emperador Carlos de evitar la disgregación de Austria-Hungría había fracasado: su lamentable manifiesto del 16 de octubre, en el que prometía «a todos mis pueblos» la instauración de un Estado federal con amplia autonomía para todas las nacionalidades, ya recordaba demasiado a las concesiones tardías de un acusado que, en situación desesperada, busca circunstancias atenuantes. La oferta de Carlos había quedado muy superada por los hechos políticos, y tampoco el presidente estadounidense, Wilson, el verdadero destinatario de la proclamación, tenía ya ningún interés en entablar conversaciones con un régimen manifiestamente encaminado a la decadencia. Como entretanto divisiones enteras del ejército austrohúngaro se negaban a obedecer, e incluso los soldados estacionados en la capital se reclamaban

¹⁶ «Experiencias de un día», *Prager Tagblatt*, 15 de octubre de 1918, p. 1. El gobernador militar de Praga, Eduard von Zanantoni, anotó en sus recuerdos de guerra que de Viena habían llegado instrucciones de evitar el derramamiento de sangre en el centro de Praga (manuscrito, p. 464, Archivo de Guerra de Viena).

ya miembros de sus «propios» Estados nacionales, a Carlos no le quedó otro remedio que ofrecer a los Aliados negociaciones incondicionales para un armisticio... incondicionales, es decir: sin tener en cuenta si los «hermanos de armas» alemanes querían proseguir o no la guerra.

El 28 de octubre de 1918, sobre las diez y media de la mañana, ante el edificio de redacción en Praga de *Národní politika* ('Política popular'), el periódico checo más importante, fue arracimándose una multitud creciente. La causa era un tablero en el que, en grandes letras rojas, podía leerse una única palabra: *Příměří*, 'armisticio'. La pesadilla había terminado. Pero ¿era fiable la noticia? Durante veinte minutos, los transeúntes congregados por azar miraron con fijeza el cartel, discutieron animadamente. Luego salió un empleado del periódico y cubrió el letrero con un texto más largo, que enseguida fue leído en voz alta por los más próximos. Era la comunicación oficial del Ministerio de Exteriores austríaco, el texto literal de la «Nota Andrásy», que había sido remitida la noche antes al presidente Wilson a través de la neutral Suecia. En ella se hablaba abiertamente de armisticio, e incluso, entre líneas, del derecho de los checos a la autonomía. Eso bastó. Se alzó un ruido inmenso, resonaron cánticos, más gente acudió corriendo desde todos los callejones, y finalmente en las ventanas de la redacción se desplegaron las banderas rojiblancas que estaban preparadas desde hacía mucho. Sin duda algunos circunspectos intuían que el entusiasmo era un poco prematuro; *stricto sensu*, era un malentendido, porque la guerra continuaba, la sutil diferencia entre un armisticio tan sólo ofrecido y uno ya firmado marcaba, para más de uno que estaba en el frente, la diferencia entre la vida y la muerte. Pero en Praga eso ya no le interesaba a nadie. *Kde domov můj?*, preguntaba la canción de los checos, el posterior himno nacional, que aún resonaría incontables

veces aquel día memorable. ¿Dónde está mi hogar, mi casa? La pregunta parecía al fin respondida.

En la vivienda de los Kafka—en la que una persona también luchaba por su existencia, aunque de forma muy diferente—, los acontecimientos de la jornada se anunciaron en primer lugar por un ruido lejano e impreciso. Era la multitud que, como si se hubiera puesto de acuerdo, se encaminaba a la Wenzelsplatz. Algunos grupos corrían por el Altstädter Ring, se oían gritos: «¡Viva Masaryk!», «¡Viva Wilson!», «¡Abajo los Habsburgo!», y—parecía que soñaban—en medio de esa masa que se engrosaba corrían soldados e incluso oficiales, tiraban a la calle sus charreteras, se arrancaban las insignias de las gorras. El dique se había roto, los militares checos desertaban: sin duda un momento de peligro para los judíos germanoparlantes, un momento en el que era mejor esperar tras las puertas cerradas. En cualquier caso, podían enviar al personal checo a la Wenzelsplatz para saber si amenazaba un pogromo. No, todo transcurría de forma casi apacible, entre risas y cánticos se desmontaban las águilas bicéfalas para sustituirlas por banderas checas y estadounidenses, se arrancaban o tachaban los carteles de las empresas alemanas, se «insultaba» o simplemente se tomaba del brazo a los oficiales que se resistían, y ya nadie temía a las ametralladoras montadas a toda prisa ante el café Rococó. En el plazo de una o dos horas ya se habían congregado en la Wenzelsplatz miles de personas, ya no cabía pensar en despejarla por la fuerza. Y el Comité Nacional checo, casi tan sorprendido por los acontecimientos como la jubilosa población, proclamó sin impedimento alguno el Estado autónomo checoslovaco.

Luego, entrada la tarde, se encendieron—por primera vez desde hacía meses—todas las farolas de gas disponibles, la ciudad se iluminó como en tiempos de paz, cabalgatas con farolillos cruzaban las plazas bajo una incipiente llovizna, y la familia Kafka—que sin duda se había pasado horas detrás de sus ventanas—siguió desde Altstädter Ring, con acelera-

ción histórica, por así decirlo, la caída de una desvalida gran potencia: por la tarde, bayonetas bajas, cornetas militares, hombres indignados que gritaban a los soldados húngaros y rumanos que habían acudido y que ya se encogían de hombros... y poco después pesados trípodes, gigantescos rollos de película, cámaras checos que captaban las imágenes del día, ilustraciones de un futuro mito fundacional checo. Por fin, el familiar grito que durante cuatro años les había sobresaltado una y otra vez, y que ahora prometía algo completamente distinto, inimaginable: *¡Extra! ¡Extra!*

El hecho de que la revolución del 28 de octubre y la fundación del Estado checoslovaco transcurrieran enteramente sin derramamiento de sangre fue un milagro casi sin precedente histórico, y ese milagro Praga tuvo que agradecerse a los dirigentes del Comité Nacional checo. Más exactamente, a los que estaban *in situ*. Porque los verdaderos arquitectos del nuevo Estado, que ya habían logrado el reconocimiento de la nación checa en el escenario de la política global, seguían en el exilio—Beneš en Suiza, Masaryk en Estados Unidos—, y los medios de comunicación disponibles no eran lo bastante rápidos para acordar con ellos una lista de los pasos administrativos más urgentes o recabar instrucciones concretas. Pero con eso faltaba en Praga la gran figura con la que identificarse que, en caso de crisis, pudiera ocupar el lugar del emperador, una autoridad que llamara a la moderación a los vencedores de la jornada e insuflara nueva confianza a todos los demás, sobre todo judíos y germanoparlantes.

Ciertamente, los ciudadanos de Praga tuvieron suerte, pues un ataque irreflexivo de la multitud excitada hubiera podido fácilmente causar una masacre.¹⁷ Pero sobre todo

¹⁷ Hubo varios puntos de la ciudad en los que el estallido de la violencia pudo ser evitado a duras penas. Así, por ejemplo, en el bloqueado puente

fueron las eficaces y en extremo ágiles medidas de los políticos checos, completamente dejados a su albedrío, las que condujeron al éxito por una vía en gran medida pacífica: en pocas horas se hicieron cargo de la policía, la oficina de correos y telégrafos y el gobierno militar, y a fuerza de negociaciones personales consiguieron persuadir al comandante del ejército habsbúrguico de retirar las tropas de todas las plazas públicas (también del Altstädter Ring). Para mantener el orden se emplearon miembros del movimiento juvenil Sokol—reconocibles desde muy lejos por sus camisas rojas—, y donde el ambiente estaba especialmente agitado se llevaron bandas de música para animar a festejar e impedir que brotaran ideas de venganza. En tan sólo veinticuatro horas se consiguió reunir compañías checas integradas por voluntarios y hacer que jurasen lealtad al nuevo Estado, y al día siguiente el mando militar situado en Malá Strana ya no tenía nada que oponer a esa amenaza potencial: fue destituido, y los últimos generales obstinados que seguían invocando el nombre de su emperador fueron detenidos.

Con todo, los políticos checos tenían totalmente claro que la peor amenaza para la paz civil provenía de sus *propias* filas. ¿Qué pasaría cuando la música enmudeciera? ¿Qué hacer si los sentimientos nacionales tan repentinamente atizados se desfogaban de forma incontrolada contra germanoparlantes y judíos? Esa cuestión les fue planteada también sin ambages por los judíos activos en política, que por su parte se esforzaban de manera febril en aprontar todas las fuerzas disponibles. Sólo seis días después de la revolución habían conseguido fundar un Consejo Nacional Judío siguiendo el modelo de las otras nacionalidades. Probablemente fue el puro

de Carlos IV dos ametralladoras apuntaron a la multitud checa que quería forzar el paso a Malá Strana. Dado que allí, a pocos cientos de metros de distancia, se encontraba el mando militar, si los checos hubieran avanzado puede que se hubiera producido un inevitable baño de sangre.

miedo al pogromo el que hizo posible la alianza de los grupos partidarios de la asimilación, de los religiosos y de los sionistas, enfrentados entre sí,¹⁸ y fue el renombre internacional de la minoría sionista, que había crecido considerablemente (sobre todo desde la Declaración Balfour), el que le otorgó el papel dirigente, al menos ante la percepción pública. Max Brod fue elegido uno de los dos vicepresidentes del Consejo Nacional, y le correspondió la tarea de comprometer a las asociaciones judías que aún titubeaban, negociar con las autoridades hostiles de la comunidad religiosa y, finalmente, hablar en Praga ante las mayores concentraciones de judíos que la ciudad había visto nunca. Se elaboró un memorándum judío con exigencias a la futura república checa y, casi simultáneamente al comienzo de la revolución, el documento fue entregado en persona por la presidencia del Comité Nacional Judío a los nuevos titulares del poder: se trataba del reconocimiento de la nacionalidad judía, de la igualdad de derechos, de la autogestión cultural.¹⁹ Tales exigencias no se exponían en absoluto en un ensayado tono de sumisión, sino con la advertencia inconfundible de que los checos estaban bajo las miradas de la opinión pública internacional. El crédito que Wilson otorgaba a los checos se basaba en no poca

¹⁸ Lo concreto que era ese miedo lo revela una carta de Max Brod a Leo Hermann, sionista de Praga que actuaba en Londres, enviada el 18 de octubre de 1918, es decir, pocos días antes de la esperada caída de la monarquía. Brod propone en ella un código telegráfico secreto para poder informar de inmediato a Hermann en caso de excesos antisemitas: «Felicidades por la boda», significaba 'El pogromo ya ha estallado en Praga'; «He conseguido permiso» quería decir 'el ejército procede contra los judíos', etcétera. Según la propuesta de Brod, en caso de recibir un telegrama como éste, Hermann debía transmitir enseguida la noticia a los políticos ingleses y estadounidenses bien dispuestos hacia ellos, que por su parte podrían presionar telegráficamente al Consejo Nacional Checo. Véase Max Brod, *Una vida en conflicto*, pp. 236 y ss.

¹⁹ El tenor literal íntegro del memorándum, corregido por Brod, en Chasanowitsch y Motzkin [1919:51-55].

medida en el supuesto de que tratarían a las minorías nacionales de su propio país de distinta manera a como lo habían hecho los Habsburgo, un asunto que iba a representar un papel de mucho peso en el futuro establecimiento de las fronteras del país. Ésa era por el momento la única carta, aunque en extremo eficaz, que germanoparlantes y judíos podían jugar desde su posición política subordinada.

Por primera vez en su vida, Max Brod había llegado a una posición en la que ya no se trataba de «combates intelectuales» sin riesgo ni consecuencias, preferentemente librados en el café, ni de la refutación escrita de «ideologías», sino de decisiones de las que dependía el bienestar de un colectivo inmenso. Lo habían convertido en político, en representante. Y había en ello una lógica a la que él no podía negarse. Porque, precisamente gracias a sus múltiples actividades de mediación entre las dos culturas, Brod era una figura a la que la parte checa miraba con cierto respeto: había protegido a autores checos, había traducido y promovido traducciones, y finalmente había empezado a ayudar a un compositor checo, Leoš Janáček, ya de sesenta y cuatro años de edad, a alcanzar la atención internacional... contra la resistencia de la crítica especializada checa.²⁰ Todo eso provocaba una y otra vez el disgusto de los chovinistas alemanes, mientras a los ojos del Consejo Nacional Checo, incluso entre notorios antisemitas, lo cualificaba como un interlocutor que había que tomar en serio.²¹

²⁰ Brod tradujo al alemán los libretos de las cinco óperas en total de Janáček (empezando por *Jenufa*, 1917), lo que hizo posibles estrenos en metrópolis como Berlín y Viena. Todavía en vida del compositor, publicó una breve biografía suya (*Leoš Janáček. Vida y obra*, Viena, 1925). Brod y Janáček tuvieron que hacer frente sobre todo a la resistencia del influyente investigador y crítico musical de Praga Zdeněk Nejedlý, que calificaba de folclore las óperas de Janáček.

²¹ Las primeras conversaciones de tanteo entre los sionistas de Praga (Brod entre ellos) y parlamentarios checos habían tenido lugar ya a finales

Con contactos tan destacados, Brod era una cotizada fuente de información: de él podían obtenerse datos mucho más fiables sobre la situación actual de los judíos que leyendo cualquier periódico. No nos ha llegado, pero es indudable que de este modo también los Kafka se harían una imagen bastante verídica de la situación... y, tal y como estaba, podían estar satisfechos de haber dejado a tiempo el negocio familiar. Una y otra vez se oía decir que los judíos eran boicoteados, que los germanoparlantes, sobre todo los judíos, eran despedidos de sus empleos por motivos traídos por los pelos, e incluso ocurría que propietarios de tiendas judíos echaran cautelarmente a sus empleados también judíos sólo para no perder a la clientela checa. El antiguo dueño de la mercería podía estar contento de haberse ahorrado semejantes pruebas. Poseer una casa de alquiler era, comparativamente, un descanso social; nadie veía al propietario de una casa de alquiler.

Kafka, debilitadísimo, sólo pudo enterarse poco a poco de los cambios en Praga, pero con lo que observaba desde sus propias ventanas le quedó claro que el mundo que le era familiar empezaba a desaparecer irrevocablemente. Hundirse en la fiebre siendo súbdito de la monarquía de los Habsburgo y despertar como ciudadano de una democracia checa; ya eso era inquietante, aunque grotesco. Pero había acontecimientos más intensos, más impactantes: por ejemplo, la aparición de manifestantes checos que, presos del entusiasmo nacio-

de 1917. Por parte checa participó en estas conversaciones Karel Baxa, un agresivo antisemita y uno de los principales responsables de la escalada del «proceso por muerte ritual» contra Leopold Hilsner (véase *Los primeros años*, capítulo 11). Después de la revolución, Baxa se convirtió en alcalde de Praga, y se mantuvo en el cargo hasta 1937; por tanto, tiene que haber tenido más encuentros con Brod. También la prensa checa trataba a Brod con mucho más respeto que al resto de representantes del Consejo Nacional Judío.

nal, derribaban delante de sus ojos la centenaria Columna de la Virgen, de dieciséis metros de altura, agrediendo así dolorosamente la topografía de su infancia. Quizá de haber estado sano se habría mezclado entre la multitud para saber *por qué* ocurría aquello. Pero aún habían de pasar otras dos semanas antes de tener fuerzas suficientes como para atreverse a salir de casa.

Salía a un mundo que formalmente había puesto fin a la guerra, pero en absoluto había recobrado la paz. En las calles, personas que hacía poco eran enemigas: prisioneros de guerra franceses, italianos, rusos. Los carteles de las calles en alemán retirados, banderas inusuales en todas las esquinas. Ya no había una Estación de Francisco José, ahora se llamaba Nádražy Wilsonovo ('Estación de Wilson'), la Estación del Estado se había convertido en la Nádražy Masarykovo, y el muelle Franzenskai se llamaba Masarykova nábřeží. También había ya una Calle del 28 de octubre. Había desaparecido la cursilería bélica que durante años había desfigurado los escaparates. Ahora se ofrecían a la vista postales con caricaturas antialemanas y antisemitas.

Otro mundo: uno que él no había podido imaginar. En cuántas cartas, en cuántas anotaciones había hablado de un legendario futuro «después de la guerra», en el que habría querido despedirse, mudarse, casarse y convertirse en autor independiente. Ahora que había llegado la hora de la decisión, no hacía nada de todo aquello. Estaba enfermo. La tuberculosis, en apariencia curada, había vuelto bajo la tormenta de la fiebre; Kafka había adelgazado, tosía, y de vez en cuando le faltaba el aliento. Y aunque aún no podía sospechar que la gripe española le había dado un golpe mortal, sentía con claridad los síntomas de una debilidad física que, una vez más, remitía todos los proyectos vitales a tiempos futuros, acaso mejores.²²

²² En publicaciones médicas especializadas de alrededor de 1920 se

Entretanto, algunas decisiones parecían haberse tomado por sí solas. Del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, que ahora estaba bajo dirección checa y había abolido el alemán como lengua oficial, iban a echarlo de todos modos, según los rumores que corrían, si es que la institución, al borde de la ruina, con ochenta y dos millones de coronas invertidas en bonos de guerra que habían quedado sin valor alguno, aún tenía futuro. Berlín, hambriento, sufriendo la dureza del persistente bloqueo comercial, había quedado liberado desde el punto de vista político, sin duda, pero los conflictos sociales acumulados se libraban con un encarnizamiento que daba escalofríos: ya no era para Kafka un lugar en el que añorara estar. Y llevar una existencia como autor profesional parecía del todo ilusorio desde el momento en que Kurt Wolff había aparcado tan persistentemente sus propias promesas. Por no hablar de que Kafka había invertido en bonos de guerra sus reservas acumuladas durante tanto tiempo, dieciocho mil coronas en total, que debían permitirle el salto a una vida independiente y que había perdido definitivamente.

«En secreto, sin darme cuenta y a lo largo de los años, he pasado de ser un hombre de ciudad a un hombre de campo, o al menos algo que se le parece mucho»: ²³ así de cautelosamente lo había formulado hacía dos años, cuando era sólo una intuición; pero después de la experiencia de Zürau estas palabras eran ya una convicción. Kafka quería volver al

afirmaba a menudo que el desarrollo de las tuberculosis pulmonares *no* se había visto influido de forma desfavorable por la gripe española: una conclusión obviamente precipitada, debido a un período de observación demasiado corto. Durante las subsiguientes discusiones, a lo largo de décadas, se fue imponiendo la opinión contraria. En el caso de Kafka, es probable (aunque naturalmente no demostrable) que el proceso inflamatorio rompiera de nuevo los encapsulamientos del tejido pulmonar que ya se habían formado, y por tanto el agente tuberculoso volviera a circular libremente por el cuerpo.

²³ Carta a Felice Bauer del 23 de octubre de 1916.

campo, éste era ahora el único impulso lo bastante fuerte como para moverlo a actuar. Y otra vez se constataba que, en cuanto dejaba de ponerse a la defensiva, era capaz de resoluciones firmes y atrevidas. Pues el lunes 19 de noviembre—tras cinco semanas de ausencia y en un estado físico visiblemente peor—Kafka se presentó puntualmente en su puesto de trabajo, pero sus pasos no lo llevaron esta vez al despacho del director Marschner para hablar de sus futuras tareas y de un eventual permiso de convalecencia, sino a la sala de espera del doctor Kral, con cuyo amable certificado Kafka se autorizó *él mismo* su permiso. Le hubiera gustado seguir atendiendo sus obligaciones, comunicó al perplejo director de departamento Pfohl, pero el médico se oponía, y además «el actual período de transición hacía más fácilmente disculpable mantenerse alejado del servicio»... En otras palabras: dada la actual pugna por las competencias en esta institución, de todos modos mi ausencia no se va a notar. Pfohl, a quien durante meses Kafka había abastecido desde Zürau con perdices y venados, no tuvo más remedio que tragarse esa píldora y, tal como le había pedido Kafka, hacérsela tragable al director.²⁴

¿Y ahora, adónde iría? Ottla ya se había marchado a Friedland, en el extremo más septentrional de Bohemia, a una región que Kafka conocía bien por sus viajes de trabajo: «una ciudad curiosamente bella y triste en mi memoria».²⁵ Pero, por mucho que le hubiera gustado pasar allí unas semanas con ella, era imposible. Porque también la resistencia de su hermana tenía sus límites, estaba haciendo dos cursos a la vez para acortar en lo posible el período formativo y la preocupación por Franz la habría desbordado por completo. Pero, so-

²⁴ Carta a Eugen Pfohl del 25 de noviembre de 1918. Posiblemente Kafka tenía presente el ejemplo de Brod, que también aparecía muy esporádicamente por su puesto de trabajo en Correos.

²⁵ Carta a Ottla Kafka del 3 de septiembre de 1918.

bre todo, Friedland estaba en la Bohemia alemana, una zona políticamente en fermentación, cuya población quería pertenecer o a Alemania o al nuevo Estado «germanoaustriaco», y que por eso se resistía a voz en cuello al Gobierno de Praga. Dado que los checos no estaban dispuestos a renunciar en modo alguno a las «fronteras históricas» de Bohemia, cabía prever que pronto habría enfrentamientos... No era un lugar tranquilo, y tampoco seguro, para un convaleciente judío.¹⁶

Fue al parecer la madre de Kafka la que trajo a colación el pueblo de Schelesen (Želízy), a treinta kilómetros largos al norte de Praga, en las cercanías de la confluencia del Elba y el Moldava, y por tanto dentro de la zona de poder checa. A tiro de piedra en tiempos pacíficos, muchos ciudadanos de Praga empleaban esa zona boscosa como lugar de veraneo. También los Kafka habían pasado las vacaciones allí en una ocasión.²⁷ Costaba trabajo llegar al pueblo ahora, los trenes seguían siendo infrecuentes y estaban consiguientemente abarrotados. Por otra parte, contaban allí con una persona de mucha confianza: una tal señorita Stüdl, de Praga, conocida personal de los Kafka, que regentaba en Schelesen una pequeña pensión en la que albergaba casi exclusivamente a enfermos de pulmón. Un compromiso tolerable y una oportunidad de desaparecer de Praga sin largas correspondencias y formalidades de pasaporte. Kafka estaba de acuerdo, y Julie, que seguía temiendo por la vida de su hijo, insistió en acompañarle en el viaje. Le explicaría a la señorita Stüdl cómo tenía que atender a su hijo, y cabe pensar que aprove-

¹⁶ A partir de diciembre de 1918, los territorios germanobohemos fueron ocupados poco a poco por el ejército checo, los días 16-17 de diciembre lo fue también Friedland. Ya en noviembre se habían producido allí saqueos.

²⁷ En agosto de 1902, Kafka estuvo con su familia en el cercano Liboch (Liběch). Muy probablemente también conocía el pueblo de Schelesen por visitas hechas con Oskar Baum, que pasó varias veces allí sus vacaciones de verano.

chara la ocasión para acordar con ella el envío de informes confidenciales regulares.

Sin embargo, poco antes de partir, Kafka sufrió una recaída: nuevamente fiebre durante días; no estaba en condiciones de hacer por sí mismo los últimos preparativos, incluso tuvo que enviar a su madre al trabajo para explicar la nueva situación a Pfohl. Finalmente, la partida quedó fijada para el domingo 30 de noviembre. Días antes Kafka volvía a estar en pie: había sobrevivido, y estaba feliz de irse. Entretanto, ya no quedaba tiempo para hacer a todos los amigos una visita de despedida, pero al menos quería volver a estrechar la mano de Brod, el vital Brod, que corría de una entrevista a otra, de un mitin a otro, que estrechaba cientos de manos, escribía, hablaba y escribía, y que durante semanas le había parecido una especie de «aval en la vida».²⁸ Pero no se encontraron.

Pocas horas después de la partida de Kafka, Max Brod encontró en casa unas pocas líneas del resucitado amigo. Ahora iba a proseguir con sus ejercicios de hebreo, decía, esta vez a distancia, por carta.²⁹ Alegraba leer eso. Pero por el momento Brod se fue a la cama. Tenía fiebre. Tenía la gripe española.

14. LA MUCHACHA PARIA

*Just when you least expect it, just when you feel at ease
That's when you get selected.*

DEVO, *Pink Jazz Trancers*

Kafka reía. Kafka no podía dejar de reír. Al final, después de algunas semanas, empezaba a dolerle reírse. Era inquietante, y un poco vergonzoso. No porque no le gustaran las ton-

²⁸ Postal a Max Brod del 17 de diciembre de 1918.

²⁹ Carta a Max Brod del 29 de noviembre de 1918.

terías; más bien porque era una risa con segundas intenciones, una risa común con una mujer de la que prácticamente no sabía nada, una risa que no procedía de la intimidad, sino que ocupaba su lugar de manera enrevesada. Una risa injustificable.

Ya era la segunda estancia de Kafka en Schelesen. La primera sólo había durado tres semanas. Antes de Navidad ya había vuelto a Praga, pero entretanto su constante tos y la temperatura que a menudo aumentaba por las tardes preocupaban al médico del instituto. Había que prorrogar el permiso de descanso, prescribió a su paciente, y esta vez por lo menos durante tres meses.¹ Dado que al parecer el instituto (que entretanto se llamaba Úrazová pojišť'ovna dělnická pro Čechy v Praze) tenía que demostrar que volvía a sujetar las riendas, hicieron esperar un poco a Kafka, fragmentando el nuevo permiso y siempre bajo reserva. Pero, según se fue viendo poco a poco, no había la menor intención de echarlo de su puesto. Kafka dominaba bastante bien la lengua checa incluso al dictado,² siempre se había mantenido al margen de las disputas nacionales y su posición era demasiado poco expuesta como para ser un objetivo digno de mención para los chovinistas checos, muy al contrario del ámbito de responsabilidad de sus superiores alemanes. Éstos, a los que ahora se acusaba de años de mala gestión y «compadreo» con los germanoparlantes, se veían públicamente desacreditados e incluso tenían motivos para temer por su pensión. Como en todas las demás instituciones de Praga en las que se vivieron dramas semejantes, también en el Instituto de Seguros hubo un proceso de transición: Eugen Pfohl fue despedido y sus-

¹ Véase el certificado del doctor Josef Popper, 8 de enero de 1919 (en *Cartas, 1918-1920*).

² Sin duda preocupado por su puesto de trabajo, Kafka se esforzó enseguida por mejorar su checo. Desde 1919 estaba suscrito a la revista *Náš řeč. Listy pro vzdělávání a třibení jazyka české* ('Nuestra lengua. Revista de investigación y cuidado de la lengua checa').

tituido por el compañero de mayor edad de Kafka, Jindřich Valenta (lo que para Pfohl, de cincuenta y un años, supuso el fin de su carrera, porque murió pocos meses después). El director Marschner fue destituido y pasado a la jubilación forzosa en marzo de 1919.³ Este tiroteo pasó por poco por encima de Kafka, y probablemente fue ante todo su buen entendimiento con Valenta y con el nuevo director Bedřich Odstrčil lo que le protegió en ese momento crítico del acoso antigermano.⁴

El 22 de enero de 1919, Kafka fue nuevamente a la pensión Stüdl sin saber cuánto tiempo podría quedarse. Lo único seguro era que esta vez no estaría tan solo y tranquilo como en su primera visita. Una praguense de diecinueve años, también afectada de tuberculosis, coincidía con él; era una tímida muchacha llamada Hermine, y aunque Kafka se hacía subir las comidas a la habitación, era un imperativo de cortesía darle un poco de conversación al menos durante las horas de reposo común, en un balcón techado, bien envueltos en mantas, con vistas al bosque y a los campos. Dado

³ Los ataques checos a Pfohl no cesaron ni siquiera después de su muerte. Así, en el *Národní Listy* de 26 de octubre de 1919 se le insultaba tachándolo de «intrigante» y de «espíritu perverso». Marschner y Pfohl, decían, habían llegado a acuerdos «inmorales» con empresarios germanoaustriacos; en cambio, los empresarios checos habían sido abiertamente perjudicados durante la guerra (*Escritos oficiales*, pp. 766 y ss. y materiales anexos). De los expedientes personales de Marschner y Pfohl se desprende que ambos dominaban también la lengua checa (Státní ústřední archiv, Praga).

⁴ El funcionario Václav K. Krofta relataba décadas más tarde que después del final de la guerra había examinado, como miembro del «consejo revolucionario del instituto», el expediente personal de Kafka, y recomendado mantenerlo en su puesto porque «durante el tiempo que había trabajado en la oficina no había cometido falta alguna contra el pueblo checo» (V.R. Krofta, «En la oficina con Kafka», en Koch 2009:110-111). Sin embargo, no hay prueba constatable de esta versión. Dado que en el momento en cuestión Krofta tenía sólo veintitrés años, no cabe suponer que tal juicio tuviera importancia alguna para la ulterior carrera de Kafka.

que los pocos temas que entraban en consideración pronto se agotaron, Kafka aprovechó la oportunidad para que Hermine le preguntara los vocablos hebreos que se aprendía todos los días. Al fin y al cabo, ella conocía el alfabeto. Sin embargo, Kafka guardó para sí por qué ese asunto era tan importante.⁵

Alrededor de diez días después llegó otro huésped, otra joven de Praga, lánguida, encantadora, también enferma del pulmón, pero lo que irradiaba no era en absoluto enfermizo, sino muy vital, y enteramente carente de afectación. Se llamaba Julie, como la madre de Kafka, y su apellido, Wohryzek, era bastante común en Praga, seguro que Kafka lo había oído más veces. No mostraba ni rastro de la coquetería de las chicas burguesas, que era como una máscara destilada sin pensar. Ya no era ninguna adolescente, pero todavía no era una señora, según Kafka pudo comprobar muy pronto. La observaba sonriente. Entablaron conversación, primero en el balcón, al alcance de los oídos de la todavía levemente enferma Hermine, luego en el pequeño comedor, en el que Kafka se acomodó para poder acompañarla un poco más. Era difícil apartar la vista de ella. Y cuando él la miraba, ella reía. Cuando ella reía, él también se echaba a reír. Hicieron juntos breves recorridos a través de la nieve, empezaron a contarse cosas, alternando el checo y el alemán, interrumpidos una y otra vez por las risas. Y cuando se encontraban por casualidad, reían también sin palabras.

Una figura corriente y también sorprendente. No-judía y no no-judía, sobre todo no no-judía, no alemana, no no-alemana, enamorada del cine, de las operetas y las comedias, de los polvos cosméticos y los velos, posee un argot inagotable e incontenible con las más

⁵ Hermine Beck, de soltera Pomeranz, tenía en 1985, a la edad de ochenta y seis años, muy escasos recuerdos de su encuentro con Kafka (véase Hermine Beck, «¿Por qué no deja en paz a la pobre mosca?», en Koch 2009:180-182).

atrevidas expresiones, en general, poco instruida, más bien alegre que triste—así es aproximadamente. Si se quiere precisar cuál es su procedencia social, habría que decir que forma parte de la población de los dependientes de tienda. Es valiente, honesta, generosa—tan grandes virtudes en una criatura que sin duda físicamente no carece de belleza, pero es tan insignificante como el mosquito que vuela contra la luz de mi lámpara.⁶

Un reflejo familiar. No es la primera vez que Kafka sucumbe a él. Felice Bauer—había anotado aún bajo la primera impresión y presa de la mayor emoción—parecía en realidad una criada.⁷ Julie Wohryzek, se da cuenta ahora—ahora que quiere describirla—es en el fondo una «criatura insignificante» comparada con las cualidades que duermen en ella. Porque esas cualidades no son en absoluto cotidianas: distinguen a Julie, la convierten en una persona inconfundible, incluso original. Como mujer, en cambio, le parece a él, es a pesar de todo intercambiable; como mujer representa lo que quieren todos. Es una tentación.

A Max Brod esa magia defensiva le era muy familiar, también para él las mujeres eran «representantes», y lo mismo que a Kafka jamás se le habría ocurrido calificar de «criatura» a un hombre. Brod idealizaba el sexo, Kafka lo temía, pero el almacén discursivo del que sacaban sus palabras e imágenes era el mismo. Quizá por eso Brod sucumbió una y otra vez al engaño de «conocer» a Kafka: confundía comprensión con concordancia. Y así ocurrió sin duda también esta vez. «Las muchachas hermosas no le interesan tanto como a mí», había anotado Brod el año antes, después de una conversación entre amigos. ¿Creía de verdad eso?

⁶ Carta a Max Brod del 8 de febrero de 1919.

⁷ Diario, 20 de agosto de 1912.

Sabemos poco acerca de Julie Wohryzek; apenas unos datos sobre su relación con Kafka, al margen de los que se filtran a través de los expedientes policiales y los recuerdos tardíos de algunos parientes.⁸ Kafka tiene que haber advertido ya desde la primera conversación que provenía de una familia pequeñoburguesa acomodada. A pesar del maquillaje y de los velos, la desenvoltura con que afloraba a sus labios un «argot descarado» indicaban sin lugar a dudas que no formaba parte del *establishment* judío, que—a modo de marca de la aculturación conseguida—se preciaba de tener en total olvido el yiddish. Julie había crecido en ambientes más modestos. Su padre, Eduard, al principio comerciante de ultramarinos en Zázec (al este de Praga, en las cercanías de Pardubitz), en 1888 se había mudado con su esposa Minna a la desangelada Josefstadt, el antiguo gueto de Praga, sin duda con la esperanza de ascender socialmente. Al contrario de Hermann Kafka, no logró la independencia empresarial; trabajó como zapatero y fue luego *Schammes* ('sirviente de la sinagoga') en el suburbio de Königliche Weinberge, un puesto mal pagado que probablemente obligó muy pronto a sus cuatro hijos—tres hijas y un hijo, todos nacidos en el barrio pobre—a contribuir al sustento de la familia.

Julie no fue una excepción. Aprobó un curso de formación mercantil, y trabajó luego como secretaria en oficinas que cambiaban con frecuencia, entre ellas cinco bufetes de abogados. Su último empleo lo terminó en mayo de 1918, luego estuvo ayudando a ratos en la tienda de modas de su hermana menor, Růžena, pero ya no era físicamente capaz de tener un empleo a tiempo completo, con las cincuenta horas semanales habituales, porque entretanto se le había diagnosticado una neumonía apical bilateral crónica. La situación era gra-

⁸ Sólo en la década de 1990 se obtuvieron datos fiables acerca de Julie Wohryzek y su familia; véase Northey [1994:3-16], así como Binder [2001b:49].

ve; se hacía urgente someterse a una cura. Una vez que sus hermanos reunieron el dinero, Julie, muy enflaquecida, solicitó en agosto de 1918 un pasaporte para Suiza, para ir a un sanatorio en Davos. Eran tiempos de guerra, la policía austrohúngara aún funcionaba, y la petición fue rechazada. Así que—como a Kafka—no le quedó otro remedio que buscar alternativas en los alrededores de Praga. Y finalmente eligió Schelesen.

Para su nuevo conocido, era una caja de sorpresas. Él la consideraba muy joven, pero pocas semanas después celebró su vigésimo octavo cumpleaños. Kafka exploró con cautela su identidad judía, dejó caer de vez en cuando la palabra *sionismo*, y se enteró de que no hacía demasiado tiempo Julie había estado a punto de casarse con un sionista convencido, que sin embargo había muerto en la guerra. Su hermana mayor, Käthe, ya casada, iba a actos judíos; su mejor amiga era socia de la federación juvenil judía Blau-Weiss y había oído varias conferencias de Max Brod. No cabe sorprenderse de que Julie leyera a conciencia una obra sionista que Kafka pidió a Brod ex profeso para ella, y que la entendiera mejor de lo que su aparente ignorancia y sus intereses femeninos permitían esperar. Kafka quedó consternado, y le costó trabajo explicar a Brod que aquella criatura de mostrador era más interesante de lo que parecía a primera vista.

Sin embargo, Brod no supo toda la verdad, y difícilmente pudo haberla adivinado en base a las escasas alusiones que Kafka se dejaba arrancar. Reían mucho en Schelesen, decía una de las cartas, «pero también es un tiempo difícil. Bueno, por ahora lo soporto, pero no carece de razón el hecho de que no esté muy bien de salud. Por lo demás, este período concluirá en los próximos días, al menos en su forma actual».⁹ En otras palabras: Julie había empezado a hacer las maletas, y Kafka se iba a quedar de nuevo solo. Ocultaba que llevaba

⁹ Carta a Max Brod del 2 de marzo de 1919.

sufriendo insomnio algunas noches—las primeras desde hacía un año—, y sin duda ocultaba a Brod que eran las torturas de la autonegación erótica las que le mantenían despierto.

Kafka estaba enamorado, y no se le escapaba en absoluto que despertaba en su compañera simpatía, más que simpatía. El rápido incremento de la tensión sexual, el placentero miedo a la decisión, no sólo le asustaban a él, también Julie parecía retroceder un paso; a veces tomaban distancias, incluso abandonaron las comidas en común; en vez de eso se enviaban inofensivas notitas de habitación a habitación. El deseo atormentaba a Kafka, era como si una herida apenas cerrada volviera a abrirse. Además, tenía que preguntarse si lo que estaba viviendo era auténtico: una mujer y un hombre en una solitaria pensión, lejos de su familia y sus amigos, abandonados a sí mismos en un silencioso paisaje nevado, amenazadoramente enfermos y por eso llenos de ansias de vivir... Era un escenario conocido, algo literario, por así decirlo, que sin embargo causaba un dolor real. Se sabía cómo terminaban esas cosas: en el noventa y nueve por ciento de los casos todo acababa cuando uno de los dos partía. Y Kafka estaba convencido de que no cabía pensar otra cosa, de que ese encuentro tenía que terminar igual que el dulce coqueteo de Riva, años atrás. ¿Valía la pena? ¿El placer, los secretos, la despedida, la pena, los dolorosos recuerdos? Sin olvidar las impertinentes preguntas de los padres, que *enseguida* se enterarían. No, mejor resistirse. Y Kafka aguantó hasta el último día. Cuando la joven se despidió, seguían tratándose de «usted»: el «señor doctor» y la «señorita Wohryzek». Durante tres semanas, hasta finales de marzo, Kafka estuvo solo en Schelesen. Resistió la tentación de escribirle. Esperó en vano un saludo venido desde la ciudad. Pero, poco a poco, del dolor del repentino silencio fue surgiendo la certeza de que era imposible que ése fuera el fin. Y en eso iba a tener razón.

[...] sin embargo, cuando regresé a Praga, volamos uno al encuentro del otro. No hay otra posibilidad, para ninguno de nosotros. En cualquier caso, la dirección externa de todo eso la llevé yo.

Luego vino una época relativamente feliz y tranquila. Dado que mantenernos alejados superaba nuestras fuerzas, suspendimos ese esfuerzo... Se nos podía ver en la profundidad del bosque, en los callejones entrada la tarde, bañándonos en Černošice, y si se nos hubiera preguntado si íbamos a casarnos, los dos habríamos dicho: no...

Palabras de una larga carta, un escrito de justificación, con el que Kafka se dirigía a finales de 1919 a la hermana de Julie, Käthe... el único documento—llegado hasta nosotros por oscuros caminos—que permite asomarse a esa nueva pasión de Kafka.¹⁰ Por lo demás, guardó silencio. A sus padres, y al parecer incluso a sus amigos, apenas les contó nada, y mantuvo alejada a Julie de todas las relaciones sociales que habían determinado su vida hasta entonces... con la excepción de Ottla.¹¹

Cualquiera que se encontrase con Kafka en aquel momento topaba con una máscara social que no era fácil de interpretar: siempre amable, servicial, sin rehuir ningún intento de comunicación por abusivo que fuera, y al mismo tiempo de

¹⁰ Carta a Käthe Nettel del 24 de noviembre de 1919. La carta fue publicada por primera vez en 1947 (en Siebenschein *et al.* 1947), reproduciendo una página en facsímil como prueba de autenticidad. Sin embargo, el manuscrito de la carta se encuentra hoy desaparecido.

¹¹ «No escribes nada de la señorita W.», dice una carta de Kafka a Ottla del 13 de noviembre de 1919. Ésta es la única referencia conservada de que Kafka presentara a su prometida a *nadie*. Tampoco Max Brod tenía, cuando redactó su biografía de Kafka, recuerdo alguno de Julie Wohryzek. Lo explicaba diciendo que en 1919 Kafka «no estaba en Praga la mayor parte del tiempo», lo que es demostrablemente falso (Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, pp. 27-274).

una reserva gélida en cuanto entraban en juego problemas personales o incluso su condición de escritor. Él mismo se encargaba de que llamaran a esa puerta lo menos posible. Porque prefería de forma cada vez más evidente relaciones en las que él pudiera dirigir, instruir y ayudar; no para tener a otros dependiendo de él, y mucho menos bajo control, sino con la expectativa instintiva de que el que da es intocable. Si sacrificaba su valioso tiempo, si daba consejos, dinero o libros, no tenía que darse a sí mismo, y esa maniobra era tanto más difícil de advertir cuanto que la dedicación de Kafka era en general *menos* superficial y además más fiable de lo que exigía la convención social. Su consejo no sólo era útil, también estaba marcado por una extraordinaria empatía. Kafka siempre partía de la perspectiva vital y las necesidades del otro, necesidades que él mismo podía comprender a la perfección aun cuando se trataba de una mujer, de un joven o de una persona con un trasfondo social y religioso completamente distinto del suyo. Eso le ganaba confianza, y se le confiaban muchas cosas. Tanto mayor era la sorpresa cuando Kafka no se dejaba arrancar de su reserva por *nadie*.

Así les ocurrió, por ejemplo, a los hermanos Klaus, de Praga. Kafka había conocido al químico Viktor Klaus, enfermo del pulmón—primo de Felix Weltsch—, en clase de hebreo; volvió a encontrarse con él en Schelesen. Durante algún tiempo vivieron pared con pared, inspeccionaron juntos la abundante biblioteca de la pensión Stüdl, leyeron juntos a Dickens. Pero cuando el hermano de Viktor, Hans, de diecisiete años, que tenía lecturas y ambiciones literarias, venía de visita, se le indicaba que era mejor no hacer preguntas sobre la enfermedad de Kafka, ni tampoco sobre sus obras: una limitación difícilmente comprensible para un estudiante de instituto y escritor en ciernes, que estaba acostumbrado a moverse entre personas de iguales intereses, que pocos meses antes había dado sus primeros textos a publicar y para el que la literatura era una inagotable fuente de

entusiasmo. Para el novicio, el silencioso Kafka seguía siendo una autoridad; a partir de finales de 1919 fue a visitarle a su oficina del instituto alrededor de una docena de veces, le habló del grupo literario Protesta, del que era cofundador, y a veces le confiaba alguno de sus intentos literarios para que le diera su opinión, si era tan amable. Kafka escuchaba con paciencia, hacía útiles indicaciones, regalaba libros y proporcionaba algunos contactos que quizá pudieran ayudar a Hans. Pero la distancia psíquica entre mentor y discípulo se mantenía invariable, y toda vez que la conversación afectaba a la propia existencia de Kafka, éste se mostraba «absolutamente cerrado».¹²

Exactamente el mismo patrón siguió la relación de Kafka con el aún más joven, pero igualmente entusiasta de la literatura, Gustav Janouch. Fue su padre, un colega de Kafka, el que los puso en contacto, al parecer con la esperanza de que el escritor ejerciera una influencia educativa y estabilizadora sobre aquel soñador muchacho de dieciséis años. Porque la familia Janouch estaba conmocionada; el joven se sustraía de las constantes disputas de los padres sumiéndose en megalómanas fantasías literarias e inofensivas fanfarronerías, y en vez de ir al colegio andaba por los cafés y bibliotecas disfrazado de «artista», con sombrero blando y pañuelo de colores al cuello.

Janouch, que en aquella época se hacía llamar «Axel», impresionaba sobre todo por sus lecturas—Thackeray, Whitman, Laforgue, Strindberg: lo conocía todo—, y además era un buen pianista y estaba aprendiendo la técnica del linogrado. Sin embargo, su evidente ansia de reconocimiento, que a veces trataba de forzar por medio de una desbordante

¹² Todas las informaciones acerca de los hermanos Klaus proceden de Binder 1991:62 y ss.). Viktor Klaus murió el 12 de octubre de 1919, tras una fallida operación de pulmón. Hans Klaus terminó, como su hermano, estudios de Química.

te producción lírica, guardaba un grotesco contraste con su inmadura presencia y sus púberes escenificaciones, que en ocasiones atacaban los nervios incluso del paciente secretario del instituto. En una ocasión posterior, Kafka escribía:

Vino a verme a la oficina llorando, riendo, gritando, me traía un montón de libros que yo debía leer, manzanas y, finalmente, a su amada, hija de un guardabosques, pequeña y amable, que vive a las afueras, en casa de sus padres. Se autocalifica de feliz, pero a veces da una impresión de perturbación que inspira miedo, tiene mal aspecto, quiere hacer la reválida y después Medicina («porque es un trabajo tranquilo y modesto») o Derecho («porque conduce a la política»). ¿Qué diablo atiza ese fuego?¹³

Janouch tenía entonces dieciocho años; no es difícil imaginar qué inquietud le llevaba desde hacía dos años al despacho de Kafka.

Pero incluso las tristemente famosas *Conversaciones con Kafka*—ese conglomerado de fragmentos de conversación, unos auténticos, otros a medias ciertos, otros estilizados y otros obviamente inventados que Janouch publicó décadas después, en dos versiones distintas y con la asistencia de Max Brod—,¹⁴ incluso esa impenetrable espesura de mentira y verdad, muestra claros rastros de las maniobras defensivas con las que Kafka trataba de proteger su existencia íntima

¹³ Carta a Robert Klopstock, mediados de septiembre de 1921, en Wetscherek [2003:15]. Véase la carta a Milena Jesenská del 6 de septiembre de 1920: «¡ay!, ha estado aquí el poeta unas dos horas y se ha marchado llorando».

¹⁴ La primera versión se publicó en 1951 en lengua alemana, en 1968 se publicó una edición ampliada supuestamente con material recién encontrado. Dado que entretanto en esas publicaciones se han comprobado numerosos errores cronológicos, las notas en las que Janouch se basó difícilmente pueden haber sido simultáneas a sus conversaciones en la oficina de Kafka.

ante su joven amigo. Precisamente esos testimonios «directos» de Kafka, que muestran indicios de una autocaracterización o incluso pueden leerse como confesiones—frases que empiezan por «yo»—, se cuentan entre los menos creíbles, y yerran su dicción de manera en ocasiones grotesca. El nombre de Ottla no aparece siquiera en esas *Conversaciones*, ni tampoco el de Julie Wohryzek, y Janouch parece incluso haber conocido sólo como traductora a Milena Jesenská: está claro que todos los accesos le estaban vedados. Kafka tampoco se dejaba arrastrar a discusiones acerca de sus obras ya publicadas, como mucho se le podían sonsacar observaciones distanciadas sobre la relación entre vida y literatura, y cuando Janouch se ponía demasiado terco interrumpía la conversación.¹⁵

Aun así, Kafka mantuvo su simpatía por el perturbado joven, y es imposible no ver que al hacerlo seguía un patrón de conducta que ya había marcado, algunos años antes, su amistad (que también despertó extrañeza) con Jizchak Löwy. Precisamente la ingenuidad con la que Janouch vertía sus problemas psíquicos, haciéndose así vulnerable en gran medida, desencadenaba en Kafka un impulso protector, y también de identificación: «Así sería yo si no fuera tan calculador». Casi parece como si Kafka intentase liberar de una culpa moral al vulnerable. Ayudó a Janouch a conseguir una primera y pequeña publicación, disculpaba ante otros sus triquiñuelas y pidió incluso al grupo literario en torno a Hans Klaus que fuera indulgente, admitiera a Janouch y le diera así apoyo social y espiritual. Todo en vano, por supuesto. Janouch nunca pasó de sus ejercicios literarios de principiante, siguió su propio camino y cayó pronto en el olvido.¹⁶

¹⁵ «Las conversaciones sobre sus libros siempre eran muy breves» (Gustav Janouch, *Conversaciones con Kafka*, p. 46).

¹⁶ Janouch conoció a Hans Klaus en la oficina de Kafka, pero nunca fue tomado en serio por su círculo literario, al que abrumaba con sus produc-

En las anotaciones privadas de Kafka se encuentran raras veces manifestaciones de satisfacción, logro, seguridad en sí mismo: no sólo porque—como casi todo el que lleva un diario—buscara alivio en el lamento escrito y por tanto diera a la desdicha una cuota de tiempo y tinta desproporcionadamente grande, sino también porque sentía un marcado temor atávico a llamar a la felicidad por su nombre. No quería «formularla». Temía que el balance escrito de una ganancia, incluso su expectativa, manifestada con demasiada claridad, provocase inevitablemente un revés. Kafka se comportaba como si estuviera frente a un demiurgo desfavorable ante cuya mirada era mejor velar las ventanas de la propia casa. Y desde que no tenía más remedio que sentirse un superviviente, se volvió aún más cauteloso. Kafka fue renunciando cada vez más a poner por escrito el núcleo de su vivencia, se acostumbró a un lenguaje alusivo, como si temiera, por así decirlo, ser oído por una instancia superior. Finalmente, incluso manejaba abreviaturas privadas, cuyo descifrado pone en dificultades al lector.

Nuevo diario, en realidad sólo porque he estado leyendo el antiguo. Imposible ya averiguar ahora, a las doce menos cuarto, algunas razones e intenciones.

En el Riegerpark. He caminado arriba y abajo con Julie junto a las matas de jazmín. Mentiroso y veraz, mentiroso en los suspiros, veraz en la obligación, en la confianza, en el recogimiento. Corazón inquieto.

Continuamente el mismo pensamiento, mi anhelo, mi angustia. Pero, sin embargo, más tranquilo que otras veces, como si estu-

ciones líricas, y finalmente fue excluido de él. El pequeño texto de Janouch facilitado por Kafka a la revista *Selbstwehr* (año 14, vol. 13), una reseña de la novela *Die Tür ins Unmögliche* [La puerta hacia lo imposible] de Oskar Baum, está escrito en un lenguaje tan vago como exánime, que ya en 1920 tenía que parecer una parodia del expresionismo.

viera en marcha un gran desarrollo cuyo lejano temblor noto. Demasiado decir.¹⁷

Eso es todo: las únicas anotaciones privadas que nos han llegado del período comprendido entre principios de 1919 —cuando conoció a Julie Wohryzek— y diciembre del mismo año, un mísero arroyuelo comparado con las cascadas de palabras que inundaron desde el principio la relación con Felice Bauer. Sea como fuere, destaca la palabra *recogimiento*, hasta donde sabemos Kafka nunca la había utilizado antes, tampoco en el futuro osará hacerlo, e incluso lo poco que, por así decirlo, se ofrece aquí es «demasiado decir».

Y además ni siquiera llama por su nombre a su verdadero deseo, ese pensamiento que late incesante, que provoca miedo. ¿Qué pensamiento es? ¿La seducción de la juvenil Julie? Es improbable, porque no se trató en ningún momento de un amor platónico, la posterior carta a la hermana de Julie revela claramente la intensidad de la pasión. Que por primera vez desde hacía varios años—no sabemos exactamente cuántos—Kafka mantuviera una relación sexual que durase más de una noche puede haber contribuido sustancialmente a desmontar las torturantes tensiones psíquicas y mirar con más calma todo lo que aún iba a venir. Con la excepción, en todo caso, de una única cuestión: la del matrimonio y la familia. Ese pensamiento era el que agobiaba sin cesar a Kafka, porque despertaba un antiguo deseo y un miedo aún más antiguo.

Kafka y la señorita Wohryzek ya se habían puesto de acuerdo en Schelesen respecto al problema del matrimonio. Ambos sentían que había suficiente motivo para hablar de ello, y ambos lo hicieron con toda la claridad que era posible en las condiciones en que se hallaban. Ella *no* iba a casarse, aseguraba Julie (que, tras la muerte violenta de su prometido,

¹⁷ Diario, 27 de junio, 30 de junio y 6 de julio de 1919.

había llevado luto como una viuda), y su deseo de hijos no era lo bastante fuerte como para hacer vacilar tal decisión. Él, a su vez, no *podía* casarse, respondía Kafka, algo que quedaba suficientemente demostrado por el hecho de que había hecho esperar cinco años a una mujer que insistía en casarse, que incluso se había prometido con ella por dos veces, sólo para arruinar después todas sus esperanzas. En todo caso—y aquí terminaba la sorprendente coincidencia de ambos—, consideraba el «matrimonio y los hijos la máxima aspiración en la tierra, en cierto sentido»;¹⁸ nada había cambiado en eso, por mucho que hubiera tenido que aceptar que en todos esos años no se había acercado ni un paso a esa meta.

La cosa habría podido quedar así. El propio Kafka califica el verano de 1919 de «un tiempo relativamente feliz y tranquilo», lleno de una «dicha relativamente apacible». Es decir, feliz en comparación con todo lo que hasta entonces había experimentado con las mujeres, incluidos los pocos días maravillosos de Marienbad. Sin embargo, prolongar la situación, acampar juntos a las puertas del matrimonio e incluir en apariencia sin esfuerzo al resto de la humanidad era una idea que Kafka soportaba cada vez peor. «No podía conformarme con esa vida... lo que había de bueno en ella sólo lo era a medias, y ni siquiera lo malo era completo». Se trataba de algo provisional, pues, y en absoluto sólo en el sentido espiritual. Porque las condiciones sociales y familiares en que se encuadraba la nueva felicidad de Kafka apenas se distinguían de las propias de un amor adolescente. Tanto él como Julie vivían con sus padres, estaban sometidos a observación, no tenían un lugar donde no ser molestados, estaban condenados a verse en plena naturaleza y (probablemente) en fondas muy lejos de la ciudad. Kafka no podía presentar a Julie a las esposas de sus amigos, ni tampoco a sus colegas,

¹⁸ Ésta y las siguientes citas están entresacadas de la carta de Kafka a la hermana de Julie, Käthe Nettel; véase la nota 10.

y cuando, yendo del brazo con ella, se encontraba a un pariente, la turbación era grande. Incluso si, pasando por encima de todos los reparos morales—que había interiorizado tanto como cualquier burgués de su generación—, hubiera llegado a la determinación de vivir los dos «amancebados» en una vivienda común, imponiéndolo como un hecho consumado tanto a sus padres como al resto del mundo, los familiares de Julie se hubieran encargado de hacer fracasar la intentona. Difícilmente hubieran dejado a su «niña», aunque ya tuviera «experiencia», en manos de un funcionario que se negaba a contraer obligación alguna hacia ella.

Una situación indigna, le parecía a Kafka. Así que empezó a hablar de nuevo de matrimonio, pero ahora en serio: pedía e insistía. Esta vez las circunstancias le parecían «mucho más favorables que antes, tan favorables como cabía imaginar». Porque también Julie estaba enamorada, no presionaba en absoluto a su amigo y, al parecer, comprendía sus complicaciones, su moral singularmente estricta, su insistencia en ser consecuente, sus rasgos poco convencionales, que le hacían la vida cotidiana tanto más rica como difícil. A su vez, Kafka había descubierto a un «ser casi hechicero», sentía profunda cercanía y coincidencia con ella, vivía una dimensión erótica que hasta entonces le había estado vedada: la intimidad segura. Iba a ser una «boda por amor», soñaba, «pero más aún una boda racional, en sentido elevado». Julie se asustó. Sobre todo la expectativa de futuros hijos, de la que Kafka hablaba a menudo, despertaba leve resistencia en ella, y el hecho de que precisamente aquel notorio solterón, que ya mostraba las primeras canas, soñara con una gran familia, casi forzosamente floreciente, era un poco extraño. Pero no quería perderlo. Por fin cedió y pronto se acostumbró a la nueva perspectiva. Se prometieron en total secreto, probablemente sin testigos.

Seguro que se ha puesto una blusa bien bonita, como saben hacer las judías de Praga, y a ti, claro, te ha faltado tiempo para pedirle

que se casara contigo. Y además lo antes posible, dentro de una semana, mañana, hoy mismo. No te entiendo. Eres una persona adulta, estás en una ciudad, y no se te ocurre otra salida que casarte con la primera que pasa. ¿Es que no hay otras posibilidades? Si te da miedo, te acompaño yo.¹⁹

La voz de su amo. Lo que de ella quedaba en la memoria lo anotaba Kafka dándole forma literaria, en un alemán mejorado y reducido al núcleo esencial. Más no era posible. Porque, mientras los sonoros insultos de Hermann resonaban en su oído, tenía la sensación de estar viviendo una de esas terribles pesadillas en las que, antes del momento culminante, se abre paso la certeza de que *no puede ser verdad*. Ya no escuchaba del todo. El padre había hablado de burdel, de sexo mercantil, y en absoluto a solas, bajando la voz, de hombre a hombre o de padre a hijo, no, lo había hecho en voz alta y en medio del pacífico comedor de los Kafka, en presencia de su esposa. Kafka alzó la vista, y por un momento sintió vergüenza ajena por su madre con más intensidad que por sí mismo. Julie Kafka se levantó en silencio, recogió algo de la mesa y salió.

Una escena primigenia, supo Kafka enseguida. Un *déjà-vu* se agitó en él, ya había vivido aquella humillación antes. Entonces, siendo un joven, había hecho a sus padres preoces reproches por mantenerlo en la ignorancia sexual y exponerlo así a los mayores riesgos, a lo que el padre le había contestado con acreditados consejos acerca de cómo «se podían hacer esas cosas sin peligro». Bueno, así era él. Mejor tomárselo por el lado cómico. Kafka se había ganado el rubor que le inundó ante la respuesta. Pero veinte años después el cabeza de familia seguía portándose como si estuviera ante un adolescente, como si su hijo tuviera problemas que se pudieran subsanar empleando preservativos. Aquella repetición

¹⁹ *Carta al padre* (OC II, 847).

de la escena era «espantosa», le reprochaba Kafka a su padre. «Creo que, valiéndote sólo de la palabra, nunca me has causado una humillación más profunda ni me has mostrado más claramente tu desprecio».²⁰

Era el punto culminante de ruidosos enfrentamientos que ya duraban días. Resultaba imposible calmar a Hermann Kafka desde que se había enterado del nuevo compromiso de su hijo, y su esposa, aunque más amable y preocupada de mantener la paz, le daba la razón en todo. Una novia de una familia por completo carente de recursos, la hija de un *Schammes*: si ese vergonzoso matrimonio se consumaba, rugía el viejo, emigraría. Por no hablar de que quedaría como un embustero delante de todos sus parientes. Porque no hacía ni dos años que había tenido que explicar a esas gentes la razón por la que Franz había despedido a su elegante prometida de Berlín, de la que tanto habían hablado durante años: «Tuberculosis», había sido entonces la razón oficial. Y ahora que el hijo estaba visiblemente peor, ¿de pronto nuevos planes de matrimonio? ¿Y encima con una enferma? Iban a convertirse en objeto de escarnio.

La confrontación no puede haber sido muy sorprendente para Kafka, porque ya había tenido que soportar cien veces los reproches acerca de sus cuestionables planes de vida. Dado que, según creía el padre, él era incapaz de optar conscientemente y con plena responsabilidad por una mujer de su clase social, algún día tenía que ocurrir que alguna mujer optara *por él*: una despreciativa profecía tan habitual para Kafka que hacía mucho que la había interiorizado, que incluso la había convertido en componente de la imagen del padre.

Los lectores de Kafka topan aquí con una de esas inquietantes anticipaciones que de vez en cuando se dan en la historia de la literatura, y al mismo tiempo con un claro indicio

²⁰ *Carta al padre* (OC II, 848).

de que la falta de consideración del padre no se explicaba sólo por una falla de su carácter. Más bien se trataba de una maniobra patriarcal estándar observable en otras familias: si ya no se podía evitar que los hijos e hijas que se habían hecho adultos tomaran sus propias decisiones, siempre se les podía tocar un punto especialmente sensible negando a voz en cuello que se tratara de decisiones *libres*. Kafka había descrito ese escenario con sorprendente exactitud siete años antes, en su relato *La condena*. También allí un viejo hombre de negocios achaca a su hijo la avidez sexual como móvil para un compromiso, y trata de humillarle de este modo:

«Porque ella se remangó la falda—empezó el padre con voz aflautada—, porque se remangó así la falda, esa boba asquerosa—y, para reproducir el gesto, se levantó el camisón tan alto que en el muslo se le vio la cicatriz de su herida de guerra—, porque se remangó la falda así y así, tú te le acercaste...».²¹

Para Kafka tiene que haber sido toda una señal que esas venenosas frases volvieran a aparecer impresas precisamente ahora. Ciertamente, el verdadero Hermann Kafka estaba muy lejos de hacer ademanes tan obscenos, y sin duda no se habría levantado el camisón delante de su hijo. Sin embargo, en la voluntad de sometimiento moral coinciden el padre real y el ficticio. Coinciden incluso *demasiado*. Porque lo que en la escena ideada por Kafka resulta enteramente convincente como expresión gestual de una mortal lógica relacional, aparece en la realidad del año 1919 como un ataque teatral, casi inverosímil.

Sin embargo, difícilmente se le habrá escapado a Kafka

²¹ *La condena* (OC 11, 45). La segunda edición de *La condena* se publicó en otoño de 1919, manteniéndose la dedicatoria «Para F.», lo que permite sospechar que Kafka volvió a ser sorprendido por la editorial y no tuvo ocasión de hacer correcciones.

que había algo que no encajaba, que la indignación de los padres no se adecuaba bien con sus reparos, objetivamente débiles si se examinaban con atención. ¿Emigrar porque su hijo se casara con una mujer sin recursos? Hermann no podía estar hablando en serio... No al menos en una época en la que todo el mundo estaba contento de haber sobrevivido, en que las familias se consideraban afortunadas si sus hijos no habían muerto, no habían sido heridos o caído prisioneros. Los años de la guerra habían acabado radicalmente con la manera en que las familias judías acomodadas venían planificado sus enlaces durante generaciones. Eso no podían ignorarlo ni los padres de Kafka. ¿A qué venía entonces ese alboroto, por tan nimio motivo?

La clave de ese enigma iba a tenerla Kafka demasiado pronto en sus manos, y debemos a un feliz azar en su transmisión—y a una nueva intervención de Max Brod—el que se conservara para la posteridad. Porque la testarudez con la que Kafka mantuvo alejada a su amada del círculo habitual de amigos también despertó la preocupada curiosidad de Brod, y no le pareció menos extraño que a mediados de septiembre se le informara de pronto de los nuevos planes de boda, ya decididos sin recabar ningún consejo. Unos días después, Brod se encontró a una de sus antiguas amigas, que resultó estar informada sobre los Wohryzek. Su informe fue aplastante: «St., desfavorablemente sobre W., todas putas... ¿Cómo decírselo? ¿Lo sabrán tal vez sus padres?», anotó Brod.²²

Podemos tachar tranquilos ese *tal vez*. Para una familia como la de los Kafka, recabar «información» acerca de los eventuales candidatos a ingresar en ella era algo corriente, y para ello se recurría con toda normalidad a los servicios de cualquiera de las numerosas agencias de detectives que se encargaban de ello. Años antes, para hacer averiguacio-

²² Extracto inédito del diario de Max Brod, entrada del 23 de septiembre de 1919.

nes sobre la familia Bauer, los Kafka habían pedido consentimiento a su hijo, desencadenando así discusiones que habían durado semanas. Esta vez *no* habían repetido el error: las investigaciones sobre los Wohryzek tuvieron lugar sin su conocimiento. Pero no se atrevieron a presentarle los resultados, quizá por cobardía, quizá también para no provocar una reacción contraproducente.

Sólo más tarde Kafka se enteró de que la humillante confrontación con sus padres obedecía a motivos que iban más allá de la supuesta pobreza de Wohryzek, que apuntaban a la ligereza sexual de las hijas... No cabe sorprenderse de que el padre pensara enseguida que su hijo, de voluntad débil, había sido seducido conscientemente. Hay otro indicio de esto. Hallándose solo en Schelesen y en trance de aceptar o no una visita de Oskar Baum durante varios días, el principal argumento en contra era, para Kafka, que «me traería una repugnante “información” de la que Max ya me ha dicho algo». Incluso si todos los demás reparos desaparecían, «la información... me la traerá sea como sea».²³

Los trasfondos se mantienen en la penumbra, pero hay dos conclusiones inevitables. Brod ya había leído esa información, pero Kafka aún no: así que se trataba de un documento relativamente nuevo. Y no hubo forma de disuadir a Oskar Baum—que nunca se había mezclado en los asuntos familiares de Kafka—de presentarle por escrito unas noticias que eran todo lo contrario de agradables. Eso sólo puede significar que el dossier iba *destinado* a Kafka. No nos han llegado ni más detalles de este asunto ni la «repugnante información» misma, pero hay dos escenarios plausibles: o Julie Kafka visitó al matrimonio Baum y le pidió que presentara la información a Franz y le apartara, con su consejo amistoso, de sus planes de boda (una acción de la que era perfectamente capaz), o Max Brod había abierto los ojos a su amigo

²³ Carta a Ottla Kafka, en torno al 9 de noviembre de 1919.

sobre la mala fama de las Wohryzek («¿Cómo decírselo?») y le apremiaba a recabar por su parte información, o a que la recabase una instancia libre de sospecha, para que dispusiera de los mismos conocimientos que sus padres. Eso ocurrió, obviamente, a través de Baum, y con la aquiescencia de Kafka. Con el resultado de que algún fisgón pagado declaró parias a las hermanas Wohryzek, y con ellas a su familia.

A Kafka le pareció un abuso difícilmente soportable tener que leer los rumores reunidos sobre la alegre vida de Julie. Él estaba mejor informado, confiaba en sus propias experiencias; su larga carta a su futura cuñada Käthe, también condenada socialmente, es respetuosa y no muestra el menor rastro de desprecio. En Schelesen había observado que la propia Julie era una mujer contenida desde el punto de vista erótico, y entretanto le mostraba una tierna entrega que excluía pensar en la mentira y la deslealtad. E incluso si hubiera tenido dudas, la certeza de no merecer a la larga la presente dicha, de estar disfrutándola en todo caso a modo de gracia y «a pesar de todo», le protegía del tormento de los celos, más aún de los celos por un supuesto «pasado» de su amada. Otros podían «poseer» a una mujer, él nunca: Kafka utilizaba ese giro típico de la época igual que cualquiera, pero la sensación que le acompañaba le estaba vedada.

Una vez más, Hermann Kafka tuvo que percatarse de que tenía por hijo a un jurista que, cuando se trataba de hablar, estaba perfectamente en condiciones de devolver el golpe en el momento decisivo. «Entonces, prohibeme casarme», respondió fríamente Franz a su irritado padre. Daba en el blanco, y el tiro era gratis. Porque el viejo retrocedería ante una maldición expresa, eso era seguro, rehuía esa responsabilidad, rehuía también el riesgo de hacer saltar la familia definitivamente por los aires, y más ante los ojos y oídos de su esposa, la instancia suprema cuando se trataba de decisiones del corazón. «Haz lo que quieras, por mí, eres libre; ya eres mayor de edad; a mí no tienes que hacerme caso...», se

le oía decir en tales casos. Las viejas frases, muchas veces repetidas, que no tenían otro fin que ocultar la propia impotencia.²⁴ De hecho, Hermann también retrocedió esta vez, abandonó la actitud ofensiva y pronto el tema pasó a ser evitado por la familia. Ahora, todas las decisiones quedaban fuera de los muros de los Kafka.

Hay indicios de que también los Wohryzek tenían ciertos reparos, que no obstante manejaron con extrema discreción frente a Kafka. Sin duda eran felices de ver a Julie como futura esposa de un funcionario judío bien pertrechado desde el punto de vista material, y además de un escritor con intereses culturales que daban color a la vida cotidiana... un hombre extremadamente considerado, de buen aspecto y que sabía reír. Por otra parte, aquel funcionario estaba enfermo, su constante tos tenía un sonido amenazador, una y otra vez tenía que faltar al trabajo por una ligera fiebre, y era previsible que sólo unas curas largas y caras podrían ayudarle de verdad. No eran buenos cimientos para fundar una familia.

Naturalmente, Kafka sabía desde hacía tiempo que el médico tenía mucho que decir en el asunto. En septiembre volvió a hacerse examinar a fondo por el profesor Pick, con un ambiguo resultado: sin duda era posible hacer frente físicamente a un matrimonio, concedía el especialista, pero sólo si Kafka volvía a recuperar peso. Una «cura de cebado», pues: el concepto mismo le inspiraba repugnancia a Kafka, y confió a Brod que le resultaba del todo imposible engullir la cantidad exigida. Aun así, no quería abandonar el plan que había defendido en su casa, y durante un tiempo las dificultades prácticas lo distrajeron de sus dudas y miedos.

Sobre todo, la escasez de vivienda en Praga era un considerable impedimento. Durante la guerra casi no se había construido, muchos edificios estaban en un estado lamentable, las viviendas aceptables eran consiguientemente muy

²⁴ *Carta al padre* (OC II, 813-814).

caras. Kafka tenía presente el ejemplo, ni más ni menos que trágico, de un colega de trabajo, el padre de Gustav Janouch, que compartía no sólo la vivienda, sino incluso el dormitorio, con su esposa, de la que ya se había separado: sencillamente, ninguno de los dos tenía adonde ir, y el muchacho estaba más bien en camino de irse que de poder animar el ambiente de aquella jaula. También Kafka, que nunca en su vida se había visto en dificultades financieras, tuvo que pasar por la dolorosa experiencia de que lo deseable fuera inalcanzable: ni siquiera el salario de un funcionario medio alcanzaba para mantener una vivienda mínimamente cómoda en el centro. La participación en una cooperativa alemana que había adquirido antes de la guerra había quedado hacía mucho sin valor alguno, y pedir a los padres una de sus viviendas de alquiler en la Blickgasse quedaba enteramente excluido después del último encontronazo. Por fin, después de semanas de esfuerzo, Julie encontró una oferta en el barrio de nueva construcción de Wrschowitz (Vršovice), cerca de su familia, pero a muchas estaciones de tranvía del centro. Sin duda no era lo que habían esperado; se trataba de una vivienda amueblada, de finos tabiques, de un solo dormitorio, que engulliría casi la mitad de su salario anual, un nuevo alojamiento provisional, pues, y aun así una suerte. Kafka aceptó. Y preparó la publicación de las amonestaciones en un registro civil de Praga para uno de los próximos domingos, a finales de octubre de 1919.

Ahora sólo estaba a un pequeño paso del matrimonio, sólo unos pocos días lo separaban de eso con lo que había fantaseado constantemente durante años: la primera mañana en que despertaría junto a una mujer, una compañera. Días extraños, vertiginosos... Más tarde, Kafka dirá que los pasó en completa «ofuscación»;²⁵ la multitud de gestiones y formalidades en los que había que pensar hicieron que el tiempo

²⁵ Carta a Milena Pollak del 10 de junio de 1920.

pasara rápido y que resultara sencillo sobreponerse al coro de voces interiores. Al final, faltaban cuarenta y ocho horas. Entonces llegó la noticia de que la vivienda, aunque prometida en firme, había sido otorgada a otro interesado.

Sin embargo, el obstáculo esencial, por desgracia invariable en todos los casos, es el hecho de que por lo visto soy mentalmente incapaz de casarme. En la práctica, lo que sucede es que, desde el momento en que decido casarme, no puedo dormir más, tengo terribles dolores de cabeza día y noche, mi vida se convierte en un infierno, y voy por ahí dando tumbos presa de la desesperación. No es por culpa de las preocupaciones; desde luego, como es lógico en una persona tan depresiva y obsesiva como yo, me asaltan incontables preocupaciones... pero el golpe decisivo no lo han dado ellas. Es la presión generalizada del miedo, la debilidad, el desprecio a mí mismo.²⁶

La boda fue suspendida, aplazada, postergada indefinidamente. Kafka, que había empujado a Julie a la gran decisión, tuvo que confesarle que había sobreestimado sus propias fuerzas. No sabemos si ella lo aceptó triste o aliviada... Su hermana Käthe, a la que enseguida se confió, le dio el obvio consejo de separarse de Kafka. Le daba la impresión de que un hombre que se dejaba apartar de su camino tan abruptamente por azares externos no iba de verdad en serio.

Pero sí que iba en serio, repuso Kafka, que en modo alguno quería sustraerse al tribunal femenino que volvía a formarse ante él de forma tan silenciosa como cinco años antes en Berlín. No era ningún embustero, aseguró a Käthe, su decisión era sincera. Pero lo que para Julie no era más que una calamidad práctica—la pérdida de una vivienda que creían segura—había sido para él «el punto de inflexión», «después del que ya no se podía parar, el plazo que se me había dado para esta ocasión había expirado, lo que hasta ahora me ad-

²⁶ *Carta al padre* (OC II, 849-850).

vertía desde lejos me atronaba ahora en el oído día y noche». Para hacer comprensible a esa mujer desconocida, pero peligrosamente influyente, cómo sonaba ese fuego perturbador, levantó acta de una de esas innumerables conferencias que su martirizado cerebro se daba a sí mismo, una concisa alocución interior, la quintaesencia del miedo:

Tú, que tienes que luchar constantemente por tu existencia interior, con todas tus fuerzas que no alcanzan, ¿tú quieres ahora fundar una casa propia, el acto quizá más necesario, pero en cualquier caso más positivo y audaz que hay? ¿Con qué superávit de fuerzas piensas hacerlo? Tú, que apenas llevas la responsabilidad de ti mismo momento a momento, ¿vas a cargar con la responsabilidad de una familia? ¿Con qué fuerzas piensas atenderlo? Quieres tener tantos hijos como te sean dados, porque te casas para ser mejor de lo que eres, pero cada limitación que entrañan los hijos en el matrimonio te causa escalofríos. No eres ningún campesino cuyo campo alimenta a sus hijos ni, descendiendo a lo último, tampoco un comerciante, quiero decir en cuanto a tu disposición interior, sino un funcionario (sin duda la escoria del profesional europeo), y encima hipernervioso, perdido profundamente en todos los peligros de la literatura, de pulmones débiles, al que agobia y agota su insignificante trabajo de oficina. ¿En esas condiciones (y teniendo que admitir sin más que hay que casarse) quieres casarte? ¿Y aún tienes la osadía de pretender, con tales intenciones, dormir de noche y no andar al día siguiente medio enloquecido, como incendiado por dolores de cabeza? ¿Y con esa dote quieres hacer feliz a una muchacha confiada, entregada, inconcebiblemente desprendida?²⁷

Cabe dudar de que las hermanas Wohryzek estuvieran en condiciones de entender esta lógica: es el mismo pensamiento simbólico, fatalista en sus consecuencias para la vida práctica, que ya marcaba la relación de Kafka con su enfermedad: si la tuberculosis tiene un significado existencial, entonces

²⁷ Carta a Käthe Nettel del 24 de noviembre de 1919.

en realidad no se puede curar. Si el soltero supera ese «plazo que se le ha dado», si ignora las apremiantes «advertencias desde lejos», provoca una quiebra general, que arrastra inevitablemente a la futura esposa. Porque incluso un Kafka casado no sería un marido *propiaamente dicho*: el deseo y la incapacidad de hacer realidad el sublimado ideal de un matrimonio auténtico se habrían mantenido invariables. Sin embargo, para hacer plausible esto, Kafka tiene que operar con hipérboles que perjudican la credibilidad de sus explicaciones. Sin duda hacía mucho que los Wohryzek sabían que a él no le «agobiaba» en absoluto ningún trabajo de oficina, sino que era un funcionario exitoso y de gran prestigio, al que precisamente ahora, a finales de 1919, le esperaba el próximo ascenso. Aquello sonaba tanto a excusa como los supuestos «peligros de la literatura» que Kafka es incapaz de concretar y de los que nada ha dicho en los meses pasados. Por último, en este autotribunal tampoco encaja el insistente deseo de Kafka de continuar la relación con Julie. Pide a Käthe que no disuada de ello a su hermana, afirma incluso que Julie sigue formando parte «imprescindible» del «único futuro imaginable» para él. ¿Qué se imagina este hombre?

No sabemos si Kafka esperaba realmente que en otro momento, en otro lugar, el matrimonio aún fuera posible. Pero Julie cedió otra vez a sus propios sentimientos y tampoco se dejó amedrentar por el carácter cada vez más sombrío de Kafka. ¿Para qué todos esos discursos morales, quién estaba hablando de derrota? El verano había sido hermoso, incluso sin planes conyugales. Vendría otro verano. Ella ya había superado la muerte real de un amado, pero Kafka vivía, y estaban juntos.

Las escasas notas de Max Brod que se han conservado de esos meses aún albergan otro pequeño secreto. Revelan que Kafka, el escritor que en ese momento no escribía, estaba de

hecho expuesto a ciertos «peligros de la literatura», desde luego en un sentido muy distinto al que quería transmitir a las Wohryzek: como lector. Devoró, hondamente impresionado, la obra mayor de Hamsun *Bendición de la tierra*, recién publicada, una saga campesina de una intensidad que quitaba el aliento, en la que tenía la impresión de que incluso él mismo aparecía: como el, hijo mayor del titánico hacendado Isak, Eleseus un dubitativo, incapaz tanto física como intelectualmente de hacerse cargo de la herencia del padre, que prefiere vivir en la ciudad a costa de la familia y más tarde incluso emigra a América. Un personaje, pues, alejado de su propio origen, una persona que, conforme a los valores aceptados en su comunidad—y finalmente incluso conforme a los suyos—, ha fracasado. La historia era combustible para el mito privado de Kafka, que en el diario utiliza el nombre de Eleseus como abreviatura de uso privado. Pero ¿por qué todos los personajes de esa novela se extravián, por qué son tan seducibles, por qué no pueden darse por satisfechos con lo sencillo? Kafka lo veía completamente claro: «Las mujeres lo echan todo a perder», declaró secamente a su amigo.

15. HERMANN KAFKA, LISTA DE CORREOS

Lo que a uno le tortura son las posibilidades perdidas. Estar seguro de una imposibilidad es un beneficio.

KARL KRAUS, *Dichos y contradichos*

La señorita Olga Stüdl estaba contentísima. Venía un huésped de confianza, conocía a su familia de Praga; un hombre modesto, cortés, lleno de humor, unos años más joven que ella, que ya el invierno anterior había pasado varios meses en su pensión de Schelesen. En su momento se había desarro-

llado incluso una especie de familiaridad; ella le había contado que después de un compromiso fallido se había quedado sola, el huésped por su parte le leía a veces en voz alta, y en una ocasión incluso le entregó un montón de galeradas: era un librito suyo que iba a ser publicado pronto, y quería saber qué opinaba. Había pasado mucho tiempo con otra huésped, una joven que también estaba enferma, y no se le había escapado que ambos se habían aproximado. Sólo que, al parecer, en aquel entonces él no se había recuperado, porque se quejaba de dolores de cabeza e insomnio, y ahora tosía más que hacía un año. Pero eso no era nada inusual, se tosía mucho en la pensión Stüdl.¹

Esta vez Kafka sólo se había inscrito por dos semanas, demasiado poco para una cura. Estaba allí por otras razones, como la señorita Stüdl sabría pronto, y en destacada compañía. Max Brod aprovechó la oportunidad para relajarse también unos días y poder volver a hablar *in extenso* y sin ser molestados con Kafka, que no se había dejado ver durante mucho tiempo y que la última vez había compartido con una mujer las delicias del verano. Brod estaba agotado; dejar atrás el día a día de la política sionista, los enfrentamientos con los políticos checos, las estériles discusiones, los muchos viajes, conferencias, discursos de campaña—tanto los que había dejado atrás como los que tenía por delante—le hizo disfrutar de la tranquila e intensiva compañía de Kafka y de los paseos por los bosques nevados como de un auténtico respiro. No faltó mucho para que se convirtiera en político profesional: en la «Lista de candidatos del judaísmo consciente», dominada por los sionistas, y que se presentó a las elecciones municipales en Praga el 15 de junio de 1919, iba en quinto lugar, pero sólo los tres primeros resultaron

¹ Los escasos recuerdos que de Kafka guardaba Olga Stüdl fueron publicados en 1931 con el pseudónimo de «Dora Geritt»; véase Koch [2009: 177-179].

elegidos. Cabe dudar de que eso le disgustara. El privilegio de poder sentarse de vez en cuando en el despacho del presidente Masaryk, de formación humanista, e incluso recibir enviados extranjeros en su propia casa, apenas le compensaba de los insultos públicos que como político judío tenía que soportar regularmente.²

Brod no pudo quedarse más que unos días, luego volvió a dejar solo a Kafka en Schelesen. «Ha sido (para mí) maravilloso pasar estos días contigo», le escribió. El paréntesis revela que Brod era consciente de las muy distintas necesidades de su amigo. «A mí me va tolerablemente bien, dado que no se me plantea exigencia alguna», escribía Kafka a Ottla. «Max ha estado aquí hasta ahora».³ Y amenazaba una visita de Oskar Baum, lo cual era ya demasiado. Porque Kafka estaba ocupado en un proyecto que, en el breve tiempo sin ser molestado que le quedaba allí, exigía toda su concentración.

Ya había acometido varias veces el intento de llegar por vía escrita a algún entendimiento con su padre, que en la conversación despachaba abruptamente cualquier crítica, por cautelosa que fuere. No sabemos cuántos intentos hubo, pero nos consta que Kafka dirigió a su padre desde Zürau al menos dos cartas que causaron agitación durante días, y otra carta a la madre que no le llegó. Se ha conservado además un fragmento de carta, probablemente del verano de 1919; un escrito que había de alcanzar a Hermann Kafka en su lugar de descanso de Franzensbad. El motivo eran los recientes reproches acerca de la presunta indiferencia de Kafka respec-

² Un episodio característico tuvo lugar el 30 de mayo de 1919, dos semanas antes de las elecciones. Brod había sido invitado a un mitin de los socialdemócratas germanoparlantes. Cuando declaró que el Consejo Nacional Judío representaba honestamente los intereses de todo el pueblo judío, le gritaron: «¡Intereses de usura!» (*Selbstwehr*, 5^a ed. junio de 1919, p. 2). Esa misma semana volvieron a ser saqueados los Praga comercios judíos.

³ Max Brod a Kafka, 11 de noviembre de 1919; carta a Ottla Kafka, en torno al 9 de noviembre de 1919.

to a los asuntos de la familia, sobre todo los financieros, un punto en el que la conciencia de culpa de Kafka desde la debacle de la fábrica de asbesto reaccionaba con especial sensibilidad. Su postura era, consiguientemente, defensiva: «Empiezo pues la carta sin confianza en mí mismo, y sólo con la esperanza, padre, de que a pesar de todo aún me quieras y me leas mejor de lo que escribo».⁴ Pero Kafka pronto le perdía el gusto a tales gestos de sumisión. Lo mejor que podía conseguirse de ese modo era la reconciliación externa, y eso no merecía el esfuerzo. Después de todo lo que había pasado en esa familia el año anterior, y más después de las desdeñosas invectivas del padre contra los planes de boda, una carta así tenía que ser totalmente distinta, tenía sobre todo que aportar *claridad*, claridad como fundamento de una convivencia más humana. En eso Kafka estaba de acuerdo con Ottla, la única persona a la que confió su nuevo plan. También ella, que ahora volvía a vivir con sus padres, tenía en verdad motivos suficientes para esperar el inminente duelo entre su hermano y su padre con el corazón palpitante, pero también con ciertas esperanzas.

La situación de Ottla había vuelto a complicarse desde finales de 1918, y el responsable de esto era su amigo Josef David. Sin anuncio alguno, y evidentemente en contra de la voluntad de Ottla, se había presentado como futuro yerno a los consternados Kafka. Fue invitado y minuciosamente examinado por la familia—en presencia de Franz, al corriente desde hacía mucho tiempo—mientras Ottla, atrapada en Friedland, no podía hacer otra cosa que esperar, desvalida, el resultado de la confrontación. Hacía mucho que había dejado claro a sus padres que se negaba a dejarse ofrecer, como sus hermanas, en el mercado de la casamentería. Quería elegir

⁴ Carta a Hermann y Julie Kafka, anterior a noviembre de 1919. El fragmento comienza con la fórmula «Queridos padres», pero está dirigido sólo al padre.

por sí misma. Desde luego, que tuviera que ser precisamente *ese* candidato era una sorpresa con la que nadie había soñado.

Josef David, de 27 años, procedía de una familia católica—su padre era sacristán en la catedral de San Vito—, no esperaba recibir ninguna clase de herencia material y se definía como checo nacionaldemócrata: tres cualidades que sin duda poco años antes le habrían vedado el acceso a la familia Kafka. Ahora en cambio, en medio de la euforia de la reciente fundación del Estado checo, hacía sólo unas pocas semanas, los pesos sociales se habían desplazado: los jóvenes checos ambiciosos que, como David, habían vuelto ilesos de la guerra, podían sentirse vencedores, mientras la burguesía germanojudía, cuyo bienestar era visto de pronto como una mácula, se veía empujada a sostener actitudes defensivas. Ottla sabía muy bien que el encuentro de su amante con sus padres podía dar lugar no sólo a un conflicto individual, sino también, implícitamente, social. Josef David no era en absoluto inmune al reavivado antisemitismo, y Ottla ya había tenido que advertirle: de ningún modo quería—le escribió a Josef con inusual claridad—que mostrara desdén hacia los judíos en general y tan sólo hiciera una excepción con ella.⁵

La entrada en escena de David había sido «grandiosamente fácil y natural, ningún corazón parecía albergar carga alguna», afirmaba Kafka ante su irritada hermana.⁶ Exageraba, como tantas veces. El hecho de que los Kafka se tomaran toda clase de molestias para mostrarse ante el abrupto pretendiente (que no «pretendía» de manera formal) sin condescendencia social alguna tenía motivos que él conocía tan bien como Ottla. Semanas después, a los padres les resultó en extremo incómodo ser sorprendidos por David tomando un pavo asado que, dada la persistente carencia económica, no podían haber conseguido más que de los matuteros ju-

⁵ Ottla Kafka a Josef David, 14 de octubre de 1918 (propiedad privada).

⁶ Postal a Ottla Kafka del 11 de diciembre de 1918.

díos. Respiraron aliviados cuando David aceptó la invitación a participar de la comida.

Una vez superada la confusión primera, resultó que no había mucho que objetar *personalmente* a este joven checo: un hombre con aspiraciones, aplicado en los estudios, que trabajaba como empleado de una caja de ahorros, a la vez estudiaba Derecho pagándose él mismo y estaba ya a punto de licenciarse. Además, tocaba el piano, hablaba el francés y aún mejor el inglés—había animado a Ottla a aprenderlo hacía años—, y, cuando no se ponía a hablar de sus expectativas de hacer carrera o de su ya remota estancia en Inglaterra, de lo que más le gustaba conversar era de fútbol o de su colección de sellos. Era un hombre que sabía lo que quería, y con el que—incluso el viejo Kafka lo admitía—se podía charlar. Desde luego, sólo en checo. Porque David se negaba a pasar de un idioma a otro de esa manera tan frívola en que lo hacían los Kafka;⁷ es más, se negaba a hablar alemán, aunque dominaba sin duda ese idioma. Si se le preguntaba en alemán, respondía en un checo impoluto... como era de cajón para cualquier ciudadano con conciencia nacional de la nueva república. Desde luego, los Kafka no se atrevían a protestar abiertamente, y en cambio le preguntaban a Ottla si no podía quitarle a Josef David esa obstinación, porque era muy cansado y hacía incómoda la convivencia. A más tardar después de que David se declarase lector del órgano de la inteligencia patriótica *Národní listy*, mientras en casa de los Kafka el *Prager Tagblatt* seguía como siempre sobre la mesa del salón, debió quedarles claro que o se conformaban con ese hombre o tenían que echarlo.

⁷ El propio Kafka proporcionaba un curioso ejemplo de esta confusión lingüística: su padre había querido contar a Josef David que estaba «en pie de amistad» con alguien, pero tradujo literalmente la expresión al checo: «*na přátelské noze stojí*». El asombrado David se enteró de este modo de que Hermann Kafka le pisaba el pie a alguien con toda amistad (carta a Ottla Kafka del 20 de febrero de 1919).

Nos ha causado la mejor impresión, pero no puedo negar que nos ha resultado muy extraño y que primero hay que acostumbrarse a su trato. Sin duda es un hombre muy bueno e inteligente, pero tu padre tiene algunos reparos: en primer lugar, su bajo salario, luego la religión, ojalá que todo se arregle.⁸

En eso Ottla no podía ayudar a sus padres; a su amante sólo le faltaba el olor a establo, y eso nunca iba a poder compensarlo del todo, ni con su carácter emprendedor ni con su encanto. De todos modos, lo que llegó de Praga no fueron los virulentos reproches habituales, sino las reservas, por así decirlo rutinarias, que no podían faltar en semejante choque de culturas. No había que tomarlas demasiado en serio. Cuando el padre tenía reparos y la madre, en cambio, simpatías, por regla general se imponía la madre. Y exactamente eso fue lo que ocurrió también esa vez. Los Kafka visitaron a los David; los padres y hermanos de Josef David fueron presentados a los Kafka; una agradable partida de naipes facilitó la aproximación, y finalmente el futuro yerno fue sometido a una prueba cuyo resultado selló definitivamente la nueva alianza: fue presentado a dos parientes competentes, que tenían un alto rango en el clan debido a sus múltiples contactos: el abogado de Colonia Robert Kafka y su esposa Elsa; su voto fue unánime: David era un hombre capaz y llegaría lejos, aseguraron; además, hacía tiempo que nadie les gustaba tanto.⁹ Eso bastaba. Pocos días después, el pretendiente era llamado de pronto «Pepa» o incluso «Pepíček»; por el día de su santo los Kafka le regalaron seis pares de calcetines con su nombre bordado y Julie le pidió que dejara de llamarla *milos-*

⁸ Julie Kafka a Ottla Kafka, primero de diciembre de 1918 y 5 de febrero de 1919 (propiedad privada).

⁹ Julie Kafka a Ottla Kafka, 14 de marzo de 1919 (propiedad privada). Robert Kafka tenía él mismo simpatías nacionalistas, lo que pudo haber contribuido a su juicio entusiasta sobre Josef David.

tivá paní ('estimada señora') y la llamara *maminka* ('madre'). La partida estaba ganada.¹⁰

¿Por qué entonces pasó más de un año antes de la boda?, se pregunta uno. El caso es que en 1919 hubo otros graves enfrentamientos entre Ottla y sus padres, que al parecer se aliaron con «Pepa» contra su propia hija. Estaban contentos de ver amarrada a la rebelde. Pero Ottla no pensaba—como todos sus parientes esperaban de ella—prepararse exclusivamente para el matrimonio con el dominante, ambiciosísimo y a veces iracundo David. Mostraba él tan poco respeto hacia sus intereses, se quedaba tan a menudo hasta muy tarde en la oficina (lo que a ella le parecía «antinatural»), pasaba tanto tiempo con sus compañeros checos de Sokol, que ella tenía la impresión de que no la necesitaba en absoluto, y de que posiblemente le iría mejor sin su amante judía.¹¹

Después de aprobar, en marzo, los exámenes de la escuela de capacitación agrícola, Ottla regresó al domicilio paterno en Praga, pero sólo para buscar un empleo adecuado, como administradora de una finca, un huerto o algo similar. Sin embargo, esos planes fracasaron, a pesar de dedicarles meses de esfuerzos, y una vez más los pensamientos de la decepcionada Ottla volaron hacia Palestina, donde se necesitaban con urgencia mujeres con su cualificación. Algunas de sus amigas sionistas del Club de Mujeres y Muchachas Judías se preparaban ahora seriamente para emigrar (la atmósfera de Praga, cada vez más hostil, facilitaba la decisión), y la idea de decir adiós para siempre a esas felices mujeres y quedarse a su vez en Praga sin empleo y con el estatus de novia tiene que haber sido difícilmente tolerable para Ottla. Pero ¿a quién podía pedir consejo ahora, quién le ofrecería la comprensión, el respal-

¹⁰ Julie Kafka a Ottla Kafka, 20 de marzo de 1919 (propiedad privada).

¹¹ Véase la carta de Kafka a Ottla de en torno al primero de mayo de 1920. En ella se habla expresamente de los «titubeos» de Ottla ante el matrimonio.

do necesario, para tomar decisiones de ese alcance? La nostalgia del campo, y más aún las ideas sionistas, le eran del todo ajenas a su prometido, no le importaban nada. En presencia de los padres no se podía ni hablar de planes que terminaran en una separación. Irma Kafka, la prima, la única amiga a la que Ottla podía confiárselo *todo*, murió de pronto en mayo de 1919 (probablemente de la gripe española). Y precisamente ese verano su hermano Franz lo estaba pasando con otra mujer y daba vueltas a decisiones que no tenían menos consecuencias. Aun así Ottla siguió en sus trece. En la primavera de 1920 envió una solicitud a Opladen, cerca de Colonia, para tomar parte en un curso preparatorio para Palestina; incluso pidió una recomendación a Max Brod para conseguir una de las pocas plazas libres... Todo en vano.¹²

Dado que Ottla y Josef David volvían a vivir en la misma ciudad, y Kafka y su hermana bajo el mismo techo, no nos ha quedado correspondencia alguna de esta etapa crítica. No sabemos cuán abandonada a sus propias fuerzas estaba Ottla, como tampoco sabemos por qué—a pesar de las experiencias de Zürau, a pesar del examen de capacitación agrícola—no logró hacer realidad su sueño de independencia. Los últimos mensajes de Kafka a Friedland señalan las líneas por las que discurre el frente familiar: exhorta a Ottla a seguir su propio camino, y se muestra desabrido cuando ella, asediada por la mala conciencia, quiere discutir su futuro profesional precisamente con su madre, y viajar para ello ex profeso a Praga... Con su madre, que afirma constantemente no querer más que lo mejor para sus hijos sin poder imaginar siquiera qué es lo mejor, que envía alimentos con generosidad y a cambio reclama obediencia.¹³ El hecho de que la complacencia de Ottla,

¹² Esta única, aunque inequívoca referencia a que pocos meses antes de su boda Ottla estaba pensando en emigrar se encuentra en una carta de Kafka a Max Brod de marzo de 1920.

¹³ A Kafka se le escapa aquí uno de sus—notablemente frecuentes—

su disposición a aceptar consejos y reconocer errores, fueran muy poco apreciados por su madre, y en absoluto por su padre, apenas indignaba menos a Kafka que las burdas injerencias de sus padres en su propia vida. Esos enervantes enfrentamientos, que él seguía como indignado espectador y en cuyo resultado tenía muy poca influencia, contribuyeron notablemente—y son los que lo hacen de verdad comprensible—a que en el otoño de 1919 sintiera la necesidad de un amplio y despiadado ajuste de cuentas, a que Ottla se convirtiera en tema central en él y a que su hermana fuera su aliada natural en esta empresa. Ottla es la segunda demandante, el procedimiento se abre de acuerdo con ella, y consta en acta:

Queridísimo padre:

No hace mucho me preguntaste por qué afirmo tenerte miedo. Como de costumbre, no supe qué responderte, en parte precisamente a causa de ese miedo que te tengo y en parte porque para explicarlo necesitaría tener presentes más factores de los que soy capaz de manejar al mismo tiempo cuando hablo. Esta respuesta que intento darte ahora por escrito será igualmente muy incompleta, porque también a la hora de escribir me atenazan el miedo y sus consecuencias, y porque las dimensiones del asunto van mucho más allá de lo que mi memoria y mi entendimiento son capaces de abarcar [...]

Curiosamente, parece que no ignoras del todo lo que pretendo decirte. Hace poco, por ejemplo, me dijiste: «Siempre te he apreciado, por más que en apariencia no me haya comportado contigo como suelen hacerlo otros padres, precisamente porque no soy capaz de fingir como otros». Pues bien, padre, nunca he dudado de que, en

actos fallidos. «¿Cómo piensas buscar un puesto, y por qué tienes que hablar antes con madre? No lo entiendo del todo», escribía el 20 de febrero de 1919. En su respuesta, al parecer, Ottla decía que la vida era demasiado corta como para mantener indefinidamente tales tensiones entre madre e hija. A eso responde Kafka el 24 de febrero: «que la vida sea corta habla no menos en favor del viaje que en su contra». Naturalmente, lo que quería decir era lo contrario: «habla no menos en contra del viaje que a su favor».

general, me quieres bien, pero no puedo estar de acuerdo con ese razonamiento. No sabes fingir, es cierto, pero deducir de ello que los otros padres fingen no es más que una simple cabezonería, sobre la que no cabe discusión alguna, o bien—y eso es lo que, en mi opinión, sucede realmente—la expresión inconsciente de un problema: entre nosotros hay algo que falla y tú has contribuido a ello, aunque sin culpa. Si es eso lo que piensas en el fondo, entonces estamos de acuerdo.¹⁴

Un comienzo no muy prometedor. Por miedo al padre, no puede explicar su miedo al padre... ¿quién iba a creerse eso? Y se supone que el padre había reconocido hacía tiempo su parte de responsabilidad, aunque «veladamente» y, por así decirlo, sin saberlo. Tiene que ser su hijo el que le instruya sobre qué ha querido decir *en realidad*. Es una actitud condescendiente, cuando no algo peor.

La *Carta al padre* de Kafka goza de una fama tan duradera como ambigua: como texto fundamental de la modernidad literaria, también como texto manipulador, que quiere ser interpretado y comentado desde el punto de vista moral. Es indiscutible que se trata de uno de los análisis más penetrantes de la psicogénesis burguesa, especialmente de las raíces psíquicas del poder y la dependencia. En su claridad, su precisa línea argumental, y no menos en su intuitiva comprensión de la ejemplaridad, cuyo valor para el conocimiento va mucho más allá del destino individual, la carta de Kafka sólo es comparable a los «casos» de Freud. Es evidente que las lecturas psicoanalíticas influyeron en la carta, pero Kafka no se entrega en ningún pasaje a hipótesis generales, en ningún sitio cede a la tentación de abreviar la trabajosa presentación de pruebas por medio de constructos psicológicos, y mucho menos de sustituirla por meros conceptos acuñados. Está en la cumbre de sus capacidades, tanto intelectuales como lin-

¹⁴ *Carta al padre* (OC II, 803-804).

güísticas, y su carta, leída como testimonio autobiográfico, es una de las más impresionantes que jamás se han publicado.

Por otra parte, la carta ha suscitado mucha incomodidad entre sus lectores póstumos, y apenas ha habido un comentarista que no haya opuesto al documento un gran «Sí, pero...». Max Brod creyó tener que prevenir al lector, ya antes de la publicación completa de la carta, contra sus exageraciones y «construcciones»; Klaus Wagenbach declaró discutible el valor como fuente de la carta misma; Heinz Politzer la analizó como una prosa rica en refinamientos, y por tanto parte de la obra literaria; los biógrafos de orientación psicoanalítica hablaron de «muerte simbólica del padre». ¹⁵ Sobre todo la sospecha de que Kafka no pensaba tanto en una descripción objetiva de la historia común como en la superación retórica del destinatario ha perjudicado la credibilidad de la carta. Su inusual longitud—un original de más de cien páginas manuscritas—es en sí misma sospechosa. Así no son las cartas, así son los relatos. ¿No se inculpaba el propio Kafka de emplear trucos argumentativos, no denunciaba el documento en su conjunto como «carta de abogado»? ¹⁶ Sobre todo el desconcertante cambio de perspectiva al final de la carta, que queda en la memoria de todo lector, parece reforzar tal impresión: de pronto, Kafka empieza a hablar con la voz del padre, de sesenta y siete años, anticipa sus objeciones a la concentrada acusación del hijo, en estilo directo... Demasiado artificio, demasiado juego. De hecho, Kafka parece perder completamente de vista a su destinatario: de todos modos sabe lo que dirá el otro, puede formularlo con más elegancia y perspicacia que él, no necesita una *verdadera* réplica. Eso obliga a preguntarse si la carta fue *empezada* con la esperanza de recibir respuesta.

¹⁵ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 30; Wagenbach [2008:10]; Politzer [1965:439-450]; Mitscherlich-Nielsen [1977:60-83]; Pawel [1990:432].

¹⁶ Carta a Milena Pollak del 4-5 de julio de 1920.

La heroica empresa de Kafka, la de hacer más tolerable una relación que se había hecho insoportable mediante un único y gran esfuerzo verbal, se ubica en un contexto de autoesclarecimiento biográfico que probablemente se remonta a su juventud. En el diario ya había acumulado gran número de observaciones y recuerdos adecuados para explicar su estatus extraterritorial, su alejamiento—en apariencia sin parangón—de la familia, a partir de su propia dinámica, y cabe asumir que revisó ese material (y quizá incluso se lo llevó a Schelesen) antes de atreverse a emprender el proyecto de la carta: son demostrables coincidencias literales con anotaciones muy anteriores.¹⁷

Kafka había soñado en una ocasión con redactar una autobiografía; más tarde, ante las dolorosas derrotas, concentró sus energías en compensar las debilidades puestas de manifiesto y encontrar una normalidad socialmente aceptable. Por último, la enfermedad le había convencido de que tales intentos eran absurdos; el único camino que quedaba, creía ahora, consistía en

que reconozca, no sólo en privado, no sólo hablando indirectamente, sino abiertamente, por mi comportamiento, que aquí no soy capaz de satisfacer las exigencias. Para esto no tengo más que dibujar con absoluta precisión los contornos de mi vida precedente. La consecuencia inmediata sería que me concentre, que no me disperse en asuntos carentes de sentido, que mantenga la vista despejada.¹⁸

Esa definición de los contornos se refiere, en principio, a la vida práctica: Kafka quiere volverse hacia sí mismo, quiere aceptar conscientemente como su destino las formas atro-

¹⁷ Compárense, por ejemplo, los recuerdos de infancia del padre citados por Kafka, siempre en tono de acusación moral (*Carta al padre*, OC 11, 821), con el correspondiente pasaje del diario del 26 de diciembre de 1911.

¹⁸ Carta a Max Brod del 2(0?) de noviembre de 1917.

fiadas de vida social de las que hasta ahora sólo se lamentaba (aislamiento, soltería, estatus de observador) y encontrar así una relativa paz. «Convertirse en aquello que se es», llamaría Sartre a esa estrategia, que no puede confundirse con la mera resignación o con un dejarse caer en lo cómodamente alcanzable. Para identificarse voluntariamente con cualidades que la comunidad considera extrañas, extravagantes o antisociales hace falta una elevada cuota de reflexión, que Kafka trata de alcanzar por vía lingüística, literaria, tanto en cuanto lector como en tanto que autor: eso explica sus extensas lecturas de biografías en Zürau y el estilo meditativo de las anotaciones hechas allí.

Sin embargo, definir los contornos también significa atenerse a los hechos. La idea de que Kafka deforma el sentido de las circunstancias reales, y que por tanto la *Carta al padre* no puede utilizarse como fuente biográfica, es completamente equivocada. El padre estaba ahí, es el testigo más próximo de todos los acontecimientos que el acusador extiende ante él como material probatorio, y habría ridiculizado cada error fáctico, cada cita equivocada, privando a la carta de su efecto. Las observaciones despreciativas del dueño de mercería sobre sus propios empleados («¡Que reviente, ese perro enfermo!»), sobre los amigos de su hijo (Jizchak Löwy era para él una especie de insecto), incluso acerca de una pariente que le había servido sacrificadamente casi hasta su temprana muerte («La difunta me ha dejado muchas porquerías en herencia», dice refiriéndose a Irma)... todo es cierto: se dijo, o mejor, se escupió exactamente así.

Ya a las pocas páginas se hace evidente que Kafka ha seleccionado esos recuerdos conforme a determinados criterios, tanto estratégicos como didácticos, que además los ha organizado de una forma que puede llamarse literaria, y que el autor de la misiva tenía claro que incluso al padre, ajeno a la literatura, le llamaría la atención su carácter artístico. Pero ¿iba precisamente la carta más larga que Kafka escribió nunca a

distinguirse en esto, de manera sustancial, de cualquier otra de sus cartas? Cabe dudarlo, y la pregunta de cómo interpretar la carta de Kafka ha de responderse para *todas* las cartas o no responderse en absoluto. Porque él nunca se conforma con «informaciones»; cada observación, cada acontecimiento, pasa por un proceso de elaboración lingüística y metafórica, se convierte en un relato en miniatura, en metáfora, en pequeña tragedia o, más a menudo aún, en anécdota. Kafka juega, obtiene placer del dominio del lenguaje. Por otra parte, su mirada está entrenada para filtrar de una situación lo que tiene de esencial, típico o instructivo. Para transmitir a otra persona esa impresión, que al mismo tiempo es un acto de conocimiento, se necesita el hábil control de la atención, y la literatura pone en manos de Kafka los instrumentos más eficaces para eso: omitir lo que no es esencial, resaltar o «exagerar» lo significativo, jugar con las expectativas del lector, desplegar una dinámica narrativa, seducir con la agudeza.

Esas técnicas narrativas, publicitarias, por así decirlo—y que sin duda le eran familiares por el cine—, tienen que habersele poco menos que impuesto a Kafka en la *Carta al padre*. Porque aquí no se trata en absoluto de una cronología lo más completa posible de los acontecimientos, de un protocolo autobiográfico que haga justicia al padre en todos los sentidos. Kafka quiere más bien mostrar que no se trata de si la conducta del padre respecto a su hijo fue cruel desde un punto de vista objetivo y sin excepciones: incluso actitudes relativamente inofensivas, como por ejemplo la continua ironía, las órdenes contradictorias, los gestos despreciativos o la atronadora amenaza de castigos, pueden resultar devastadoras cuando encuentran por parte de la «víctima» un «complejo» previo, como por ejemplo un profundo sentimiento de insuficiencia o hasta nimiedad. Kafka admite sin reservas que, debido a su carácter, tiene que haber habido algo de eso. Pero quiere entender—y al mismo tiempo hacer comprensible—cómo pudo ocurrir que el encuentro de dos personas

tan distintas en su esencia, *este* padre y *este* hijo, pudiera llevar a un dominio tan duradero, en apariencia ya irreversible, a una inhibición vital sin parangón, y con ella también a una alienación reproducida hasta la eternidad, a nuevas ofensas, malentendidos y desconocimientos mutuos.

Según esto, el tema de Kafka es lo imaginario: el eco de la esencia paterna en la conciencia del niño, el solapamiento de la realidad con imágenes cargadas de miedo. Durante largos pasajes, la carta distingue de manera muy prolija entre el «verdadero» carácter del padre—«en el fondo un hombre bondadoso y blando»—y la omnipotente imagen paterna: «como padre fuiste demasiado fuerte para mí». A Kafka le importa esta distinción sobre todo porque quiere librarse de una vez de la cuestión, tan torturante como infructuosa, de la culpa. Nadie puede evitar ser como es. Nadie puede evitar que otro le influya de este modo y no de otro. Kafka ruega encarecidamente que las mutuas atribuciones de culpa queden a un lado de una vez: «Has ejercido sobre mí la influencia que tenías que ejercer; sólo te pido que dejes de interpretar como una singular maldad por mi parte el hecho de que sucumbiera a ella». Es el *efecto* el que Kafka trata de explicar. Pero eso que es imaginario no se puede describir con el lenguaje de los hechos, el único que el padre maneja. Así que Kafka inventa impactantes imágenes, de la misma manera en que lo hace en sus textos literarios:

Es como si un hombre tuviera que subir cinco escalones bajos y otro un solo escalón, pero tan alto como los otros cinco juntos; el primero no sólo logrará subir los cinco, sino cientos y miles de escalones más, y al final habrá tenido una vida grande y trabajosa, pero para él ninguno de los escalones habrá tenido tanta importancia como para el otro el primer y único escalón, que le resultará imposible subir aunque eche mano de todas sus fuerzas; nunca lo superará y por supuesto nunca irá más allá de él [...]

Sin embargo, tal como somos, no me puedo permitir casarme, por el hecho de que ése es precisamente tu territorio más genuino. A veces me imagino el mapa del mundo extendido y a ti estirado a lo ancho sobre él. Y tengo la sensación de que para mí sólo son habitables las regiones que tú no cubres o que no están al alcance de tu mano. Y, conforme a la idea que me hago de tus dimensiones, esas regiones no son muchas, ni muy prometedoras, y desde luego el matrimonio no es una de ellas.¹⁹

Kafka no pretende que éstas sean descripciones auténticas de la realidad. Ni siquiera pretende afirmar haber visto de niño, de adolescente, en su imaginación, al padre extendido sobre el mapa del mundo. Son imágenes que funcionan como modelos heurísticos: *es como si...* Tan sólo con imágenes, con parábolas, puede decirse por qué lo imaginario alcanza tal poder sobre la vida. El procedimiento le es familiar a Kafka (y si el padre hubiera leído los finos volúmenes de Kurt Wolff Verlag también él lo habría reconocido): *es como si* un gran insecto habitara en una familia humana. *Es como si* el padre sacara de la ruina del hijo la fuerza para su propia resurrección. Son escenas que siguen la lógica de ciertos sueños, proceden del mismo reino de sombras del inconsciente, son tan herméticas, inquietantes y «supercodificadas» como éste. Pero Kafka se guarda de hablar expresamente de sueños y dar con eso al padre un nuevo ejemplo de lejanía del mundo. Busca la empatía. Quiere sustituir las imágenes erróneas por las correctas. Escribe *como si* las imágenes correctas permitieran romper al fin con las mutuas atribuciones cotidianas, ensayadas desde hace décadas, y empezar a *otro* nivel, más allá de los meros hechos, a un nivel, cree Kafka, más profundo y por eso más real.

Un proyecto condenado al fracaso. Porque lo que Kafka exige de sí mismo—y por tanto también del destinatario de la

¹⁹ *Carta al padre* (OC II, 843-844 y 851).

carta—es una distancia mantenida ni más ni menos que con violencia respecto de su propia historia, un grado de control autoterapéutico que a nadie le ha sido dado. Literalmente en cada párrafo se advierte el esfuerzo de mantenerse, si no objetivo, al menos justo. Sobre todo el estilo objetivo con el que se narra la devastación espiritual, un estilo que a pesar de su fuerza gráfica renuncia a ademanes expresivos, es expresión de la máxima tensión. Incluso la confesión de haber escrito entre lágrimas algunas frases de esta carta es todo lo impersonal posible: «uno llora».

Kafka consigue mantener el rumbo marcado hasta la última página, pero su texto se embalsa, desborda—por así decirlo—sus propias orillas. Es impensable que *ningún* padre entendiera esta carta más que como un abierto enfrentamiento y a la vez un escrito de acusación, una terrible acumulación de material probatorio de carácter moral... por más a menudo que el acusador reitere que no le importa la cuestión de la culpa. Las impresiones de la infancia, presentadas aquí como traumas, ni siquiera son lo decisivo. Ciertamente, la experiencia de la galería, descrita con tanta viveza (y mil veces interpretada desde entonces) puede haber sido mala para el niño: ser sacado de noche por el padre al balcón y encerrado fuera... incluso otros menos sensibles se habrían acordado de por vida. Pero el viejo Kafka no podía hacer nada respecto al sentimiento de profunda nulidad que ese *schock* había desencadenado en su hijo, no había tenido esa intención, y otros padres hacen otras cosas con sus hijos. Tampoco la falta de envergadura física, que había sido—y seguía siendo—para el hijo una constante fuente de vergüenza (el joven lánguido, de aspecto frágil, junto al padre robusto y musculoso), era nada realmente trágico, tenía incluso, bien mirado, su lado cómico. Eran pasajes ante los que el destinatario de la carta quizá hubiera sonreído, posiblemente junto con aquel que la había escrito.

Pero la risa pronto se le habría borrado a Hermann Kafka

al seguir leyendo. Cuando se dice que se portaba como un cerdo en la mesa de la comida; que sentía predilección por las obscenidades; que estaba siempre de mal humor; que atacaba los nervios de todos con sus quejas acerca de la dureza de su propia infancia; que no se atenía a las normas que dictaba para los demás; que maltrataba a sus empleados, sin dejar explicarse a nadie, incapaz de mantener una conversación objetiva, insultando a todos y cada uno; que despreciaba con ironía los logros de sus hijos; que cuando no sabía qué decir, empezaba a gritar o se entregaba a la autocompasión; pero que aún era más penoso su oportunismo social, su admiración por cualquier persona que tuviera un millón en su cuenta o incluso algún título imperial; que su sentido de la familia, que invocaba constantemente, se veía en el odio con el que perseguía a su propia hija menor. Todas estas cosas no eran meras impresiones o reacciones psíquicas, eran hechos. Kafka hacía el retrato de un tirano doméstico.

Esta vez Kafka lo soltó *todo*, y aprovechó la oportunidad con manifiesto regodeo. La necesidad de aflojar la presión se había vuelto absoluta tras las humillaciones de las pasadas semanas, y los encarnizados enfrentamientos con Ottilie le daban también la razón ante su propia conciencia: el padre atormentaba visiblemente a personas que *no* lo merecían. Además, la concentración exclusiva, durante días, en la propia biografía liberaba estratos de la memoria cada vez más profundos, a cuya intensidad Kafka ya no podía sustraerse: hasta las raíces del odio prohibido que sólo entre tormentos se confesó a sí mismo.

Hasta ahora, sólo en una ocasión había llamado por su nombre a esa agresión apenas controlable, e incluso la había reconocido como ineludible realidad psíquica: «Por eso me han engañado, y sin embargo no puedo, sin volverme loco, alzarme contra la ley natural. Así que, de nuevo, odio y casi nada más que odio». Había sido una confesión ante Felice Bauer, hacía tres años. Había tratado de explicarle por qué,

harto de vivir con esa «jauría doméstica», no podía sin embargo ponerse en contra de sus propios padres con todas las consecuencias: también aquella había sido una carta que finalmente había alcanzado el aspecto y la extensión de un manifiesto, y que era tan importante para Kafka que la había redactado de antemano en su diario.²⁰ Era el intento de ir al fondo de una discrepancia en apariencia insoluble, de un enredo. Pero en aquel entonces la destinataria había sido su novia, una persona ajena que no tenía ninguna responsabilidad en los acontecimientos del pasado, y en tanto que Kafka asumía su perspectiva lograba retirarse él mismo a la posición del observador, atenerse «al asunto» y renunciar a todas las invectivas que hubieran podido atentar a la dignidad de los padres. La *Carta al padre*, en cambio, era correo interno, allí el destinatario estaba en la misma mesa, el adversario, el causante, y eso hacía imposible a Kafka seguir siendo un consejero desapasionado en su propia causa. Su carta misma está contaminada de odio, no está ni remotamente tan controlada, tan escríctamente construida para su finalidad como Kafka pudo creer más tarde. Lo sucedido está presente de forma abrumadora, las heridas sangran eternamente, lo imaginario es intemporal. Para hacer comprensible tal cosa, Kafka está dispuesto incluso a sacrificar la literatura: «Mis escritos trataban sobre ti, lo único que hacía en ellos era llo-

²⁰ Carta a Felice Bauer del 19 de octubre de 1916; diario, 18 de octubre de 1916. Las palabras «sin volverme loco» fueron añadidas al diario posteriormente. También con ocasión de la disputa en torno a Jizchak Löwy Kafka habla de «odio», pero más bien como si se tratase de una perturbación atmosférica: «Pero no debería haber anotado estas cosas, porque al escribir he llegado a sentir contra mi padre un odio para el que hoy, al fin y al cabo, no me ha dado ningún motivo» (diario, 31 de octubre de 1911). De forma similar, tras una discusión en torno a la fábrica de asbesto: «sentí que la amargura—no sé si no sería otra cosa que bilis—me recorría todo el cuerpo» (carta a Max Brod del 7-8 de octubre de 1912). En uno de los blocs de notas que Kafka empleaba antes de la guerra se encuentra, en escritura taquigráfica, la observación: «Mi odio hacia el padre».

rar lo que no podía llorar en tu pecho. [...] Era un adiós intencionadamente retardado». Eso podía haber sido cierto alguna vez, entonces, hacía veinte, quizá incluso quince años, una faceta esencial de la verdad al menos, pero era sin duda incierto para el presente de la guerra y la posguerra. A Max Brod, que no vio la carta más que en el legado, le causó un especial malestar este pasaje, porque Kafka, le parecía, devoluaba en él la propia felicidad del logro creador.²¹

De hecho, vuelve a ser la lógica de lo imaginario, la lógica de un mito privado la que Kafka sigue y a la que subordina en gran medida el acontecer real. Apunta a una constelación oculta detrás de esa realidad, y esa constelación es, en su opinión, tan inamovible como los cimientos de una casa, por más que a lo largo de los años cambien los pisos de arriba. De ahí también la impresión dominante de que, incluso allá donde se trata de vivencias datables de la infancia, no habla de un antaño situado décadas atrás, sino de un estado eternizado que no *se puede* ubicar en el tiempo. Es como si un ínfimo paso uniera entre sí las épocas más alejadas. O un «marchar sin moverse del sitio», como Kafka trató de concretar más tarde la ley de su vida.²²

Pero si no hay auténtica evolución, sino tan sólo figuras cambiantes de una desgracia originaria, tampoco hay ninguna posibilidad de poner fin al procedimiento pendiente: no con un acuerdo limpiamente negociado que por fin permita respirar, y menos aún con una absolución. De hecho, Kafka niega—en contra de la intención de su carta—todo indicio de verdadero entendimiento; dibuja la imagen de una familia en la que sólo los hijos adultos reflejan lo que pasa, mientras los padres manotean ciegos; una familia en la que todo lo que no sirve al mantenimiento material y social es recibido o con el silencio o con frases de rechazo, ayer y hoy. Y sin em-

²¹ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 30.

²² Diario, 23 de enero de 1922.

bargo, según sabemos de pasada, el padre se ha informado acerca del miedo de su hijo; ha confesado apreciarlo; ha leído un libro recomendado por Franz que trata de educación y familia.²³ Ha habido conversaciones que al menos rozaban el torturante conflicto. Se trata de contradicciones, y no da la impresión de que Kafka sea del todo consciente de ellas.

No sabemos hasta qué punto ponía con esto en cuestión la verdad interior, la fuerza de convicción y el efecto esperado de la «carta de abogado»; harían falta más testimonios, de testigos independientes, para valorar lo selectivos que eran los recuerdos de Kafka y, por tanto, también el retrato familiar que bosqueja. Tampoco queda claro qué esperaba, más allá de un alivio momentáneo, de una alocución tan estilizada y tan amplia. «[...] que puede tranquilizarnos un poco a los dos y hacernos más llevaderas la vida y la muerte», rezan las secas palabras finales, con un tono un tanto de predicador. No se habla de reconciliación. Kafka sabe muy bien que ésta no puede alcanzarse sólo con explicaciones, ni siquiera es deseable mientras las partes no se traten de igual a igual. La reconciliación con un oprimido cuyo régimen persiste sería sometimiento. La reconciliación con una persona ajena a la esencia, cuya cercanía e influencia tan sólo se soportan a regañadientes, sería un ademán vacío. Mientras Kafka siga bajo ese yugo, también su carta queda enredada en una contradicción performativa que, por así decirlo, la embota. Aplaza la despedida, y no llega a ningún fin. Menciona por su nombre al adversario, con inaudita sinceridad, pero no puede apartarse de ese adversario.

Para las personas que estaban próximas a Kafka esa ambivalencia había sido desde siempre una de sus más curiosas e impenetrables cualidades, y sin duda Kafka se había visto enfrentado a menudo a la pregunta de por qué le importaba

²³ Una traducción checa de la autobiografía de Benjamin Franklin, *The Life of Benjamin Franklin* (1868).

ranto el asentimiento, ya no digamos el elogio, de su iletrado padre. Sólo desde que se decidió a anteponer a su próximo libro, los relatos de *Un médico rural*, una dedicatoria dirigida precisamente a ese superior contrincante, sólo desde que tomó esa decisión, afirmaba Kafka, le importaba que *Un médico rural* se publicara lo antes posible. «No es que con ello pueda reconciliarme con él, las raíces de esta enemistad son demasiado profundas, pero al menos habré hecho algo; si no he emigrado a Palestina, al menos habré ido hasta allí con el dedo sobre el mapa», le aseguraba a Brod.²⁴ No era un argumento especialmente convincente, y no justificaba en modo alguno la insistencia con la que se ocupó del asunto.²⁵ Mucho más probable era—y también el amigo debe haberlo adivinado—que Kafka se regodeara en secreto con la representación escénica del momento en que su padre, después de la habitual partida de naipes con la que ocupaba las tardes, se acomodase al fin para hojear fugazmente en la cama el último producto literario de su hijo y topara con una página en la que sólo había tres palabras: «A mi padre». Una idea exquisita. Y una jugada en extremo sutil. Porque el padre no podría evitar sentir algo parecido al orgullo, quizá incluso se arrancase algunas palabras de agradecimiento, y en la próxima visita de algún pariente quizá el libro estuviera como al descuido encima de una mesa. No sabemos si aquella fantasía se hizo realidad alguna vez. Más tarde, Kafka afirmó que la dedicatoria a su padre era irónica. Pero cuando lo dijo estaba muy serio.²⁶

No es posible imaginar la honda impresión que el gigantesco padre causa en la desvalida criatura [...] todo lo que el niño recibe y ne-

²⁴ Carta a Max Brod de antes del 28 de marzo de 1918.

²⁵ «Ruego no olviden la dedicatoria de todo el libro "A mi padre"» (carta a Kurt Wolff Verlag, primero de octubre de 1918). «Faltan el título y la dedicatoria del libro *Un médico rural*» (carta a Kurt Wolff Verlag de finales de febrero-principios de marzo de 1919).

²⁶ Friedrich Thieberger, «Kafka y los Thieberger», en Koch [2009:152].

cesita le pertenece, es la última instancia a la que el niño se vuelve, la terca y egoísta resistencia del niño sucumbe ante su voluntad. De él vienen el castigo y la recompensa. Con él es con quien hay que reconciliarse cuando está furioso, y obedecerle es un mandato de la educación y de la inteligencia que despierta.²⁷

Estas frases de Paul Federn, discípulo de Freud, se publicaron más o menos nueve meses antes de que Kafka ensayara su propia fenomenología del dominio paterno. Las coincidencias son asombrosas, incluso en el empleo de los conceptos, si bien no hay ninguna prueba de que Kafka hubiera siquiera oído hablar del escrito de Federn sobre *La sociedad sin padre*. El tema era, no obstante, de rabiosa actualidad: el desplome de los grandes sistemas de poder, la expulsión o el asesinato de las figuras políticas paternas y el desesperado intento de muchas personas de encontrar lo antes posible autoridades sucedáneas, son catastróficas manifestaciones en las que parece imperar una ley profundamente anclada en el destino psicológico del individuo. La teoría psicoanalítica ya había explicado de manera plausible por qué en el microcosmos de la familia el poder del padre se concentraba en una *disposición* inhibidora, una inhibición que mantenía su efecto de por vida y perduraba mucho más allá de la presencia real del padre: un mecanismo del que, en opinión de Freud, era posible ser consciente, pero que en modo alguno se podía erradicar.

Ya en los años de la preguerra, Otto Gross contradijo tal cosa con vehemencia: la fijación en la autoridad del padre, argumentaba, no sólo tenía consecuencias fatales para la convivencia social; el lugar adecuado para ir a las raíces de esa fijación era la esfera de lo social, y no el diván del psicoanalista. Todo intento de emancipación política y social tenía que tener en cuenta que hay poderosos factores de psicolo-

²⁷ Federn [1919:7].

gía individual que empujan a las personas a la falta de libertad. «El revolucionario de ayer», escribía Gross en *Aktion*, había fracasado una y otra vez porque «llevaba la autoridad dentro de sí mismo. Sólo ahora se puede reconocer que el foco de toda autoridad está en la familia». Por eso «el revolucionario de hoy» no podía conformarse con combatir al padre, tenía que volverse contra el principio del poder mismo, contra el *patriarcado*.²⁸

Como atento observador de la escena berlinesa, sin duda Kafka se acordaba también de las publicaciones tempranas de Gross. Cuando Gross le presentó en el verano de 1917 el proyecto de una nueva revista que iba a dedicarse al problema de la autoridad, a Kafka le llamó la atención el título: iba a llamarse «Hojas para combatir la *voluntad* de poder», y no, por ejemplo, «para combatir el poder». No se trataba de levantar la mano contra el propio padre, por mucho que la literatura expresionista—empezando por el clásico para la escena de Hasenclever, *El hijo* (1915), y siguiendo con las novelas cortas *El culpable no es el asesino, sino el asesinado* (1920), de Werfel, y *El parricidio* (1920), de Arnold Bronnen—había desarrollado una predilección temporal por este ademán arcaico. Más bien se trataba de darse cuenta de que el adversario habita en el interior del individuo, de que la víctima no está menos fijada en el poder que el autor del crimen. La singular parálisis que impide a los protagonistas de Kafka irse y empezar una vida nueva deriva precisamente de ahí: allá donde se dirijan llevan en sí el veneno, se mantienen dentro del campo de fuerzas de una instancia omnipotente de la que no pueden apartar la vista, ni siquiera cuando se sublevan, como el acusado de *El proceso* intenta seriamente durante un tiempo. La imagen paterna se mantiene vital aunque el verdadero padre esté caduco o ausente. Y fue precisamente

²⁸ Otto Gross, «Sobre la superación de la crisis cultural», *Die Aktion*, año 3, vol. 4 (2 de abril de 1913), cols. 386-387.

Kafka el que encontró la expresión literaria adecuada para aquella imaginación del padre, al hacerla moverse *viva*. Cabe perfectamente imaginar que Gross pensara en Kafka como competidor, pues había entendido el realismo psíquico de *La condena* y *La transformación*.

Desde luego, Kafka no estaba tan interesado en los modelos teóricos y las utopías sociopolíticas como en la ayuda práctica. ¿Qué tenía que ocurrir concretamente, cómo había que imaginar una educación que pusiera fin a ese círculo infernal de opresión y auto-opresión? Había pedagogos liberales burgueses que ponían manos a la obra de forma incomparablemente más ingenua que la de Gross, de orígenes psicoanalíticos, y que aun así hacían propuestas que, tomadas al pie de la letra, conducían a una revolución en el cuarto de los niños. Así, por ejemplo, Friedrich Wilhelm Foerster, que en sus muy difundidos textos divulgativos defendía una educación que no sólo renunciaba a la violencia externa, sino a las demostraciones de poder paterno en la mayor medida posible. Cuando la *Educación de la juventud* de Foerster se convirtió en 1904 en lectura obligatoria para todas las educadoras del Hogar Popular Judío—y por tanto también para Felice Bauer—, Kafka empezó a dedicar más atención al asunto. El pensamiento inductivo de Foerster, enemigo de la abstracción y siempre orientado a la «realidad vital», tiene que haber resultado simpático de antemano a Kafka. Sobre todo, le impresionaba que la pedagogía de Foerster apostara por el desarrollo de las capacidades existentes y otorgara ya al niño una personalidad que había que tratar con respeto. Las tendencias amorales y destructivas latentes en todos los niños, decía Foerster, no debían ser combatidas mediante la represión, sino recompensando constantemente las fuerzas opuestas positivas también latentes, fortaleciéndolas de ese modo.

Aquello sonaba humano y razonable. Pero Kafka advirtió al primer vistazo que aquella filantrópica ingenuidad tenía

un reverso oscuro. Los niños y jóvenes, decía Foerster, no debían hacer el bien para obedecer, sino porque ellos mismos *quisieran*. Debían por tanto hacer por propio impulso lo que sus educadores consideraban bueno, y debían aprender a dominar las debilidades humanas y los impulsos egoístas, incluso a disfrutar de ese autocontrol. Pero con esto la pedagogía de Foerster se ponía al servicio de una dinámica psíquica que de todos modos era la norma en la familia burguesa: la voluntad del educador se convierte en la voluntad del educado; el niño se convierte en ejecutor de una instancia que se le implanta—consciente o inconscientemente, por la fuerza o con los recursos, más sutiles, del modelado del carácter—y que puede amar u odiar, pero de la que ya no puede librarse. Después de haber leído la parte teórica de la *Educación de la juventud*, Kafka llamó a esta técnica social «La educación, conjura de los adultos. Con espejismos en los que tampoco nosotros creemos, al menos en el sentido adecuado, atraemos a nuestra estrecha morada a los que andan por ahí alborotando en libertad. (¿A quién no le gustaría ser un noble? Cierre de puerta)». Y pocos días después, con ironía: «Nos es lícito fustigarnos de propia mano con el látigo de la voluntad».²⁹

Después de las meditaciones de la época de Zürau y de las profundidades autobiográficas de la *Carta al padre*, Kafka llegó a ideas mucho más radicales acerca de una educación digna. Ponía en cuestión la competencia pedagógica de la familia, y en varias y extensas cartas instaba a su hermana Elli a no seguir teniendo a su propio hijo—su sobrino Felix, de apenas diez años—en su solitario cuarto infantil, sino a educarlo en el círculo de sus coetáneos, a someterlo a una educa-

²⁹ Diario, 8 y 16 de octubre de 1916. Véase la carta a Max Brod del 10 de diciembre de 1917, en la que Kafka escribe, refiriéndose expresamente a Foerster, que la «pedagogía del autocontrol» le parece «más y más desvalida».

ción en comunidad.³⁰ La ciudad jardín de Hellerau, situada en un lugar favorable desde el punto de vista climatológico, centro antes de la guerra de las corrientes de reforma vital, por las que Kafka nunca había perdido del todo el interés, le parecía el sitio más adecuado para eso: allí se había fundado en 1920 la Neue Schule Hellerau, un hogar educativo rural según el modelo de la escuela de pedagogía reformada de Odenwald, con aulas grandes y luminosas en el legendario edificio de los festivales. Llamaba allí la atención la educación conjunta de niños y niñas, lo mismo que el (muy amplio) derecho de codecisión de los «compañeros» en todas las decisiones que les afectaban. Pero sobre todo el proyecto escolar seguía el modelo de la «escuela taller», con cocina, huerto, talleres de metalurgia y madera, baño al aire libre y campo de deportes propio. Se trataba de fomentar las capacidades físicas e intelectuales en pie de igualdad hasta que las dotes individuales se manifestaran de forma clara; la especialización hacia los estudios o el oficio no se planteaba hasta los cursos superiores, a partir de los catorce años y bajo constante y muy personal asesoramiento por parte de los pedagogos. Toda la instrucción y educación—así figuraba en el prospecto que Kafka solicitó—se llevaban a cabo en el recogimiento de una comunidad de extensión abarcable: «Según su propia elección, los niños se unen a los educadores y educadoras que conviven con ellos y forman círculos más estrechos de comunidad humana, que nosotros llamamos familias pedagógicas y que están llamadas a hacer juntas las tareas humanas y educativas del trabajo y la vida en común».³¹

Familia pedagógica: este concepto tiene que haber tenido para Kafka la resonancia de una promesa religiosa, una uto-

³⁰ Sólo se han conservado tres de estas cartas (de mayo a agosto de 1921); sin embargo, algunas formulaciones permiten advertir que la correspondencia pedagógica entre Kafka y su hermana Elli fue más amplia.

³¹ Citado por Nitschke [2003:75].

pía que era exactamente lo contrario de aquel infierno familiar pequeñoburgués, edípico y carente de experiencias que su *Carta al padre* alumbra de forma tan despiadada. Sin duda, el prospecto, que enseguida envió a Elli, contenía sobre todo declaraciones de intenciones, y es probable que Kafka se acordara de los inicios del Hogar Popular Judío, que no pudo cumplir ni de lejos todas sus promesas y tuvo que hacer innumerables concesiones. Pero lo que Kafka percibía era el inconfundible sabor de la libertad, y raras veces se equivocaba en eso. «Conocí, dicho sea de paso, lo que es la libertad y ya no pude olvidarla», recordaba Peter von Mendelssohn, discípulo de la Neue Schule, medio siglo después. «Pero si se le pregunta qué quiere en realidad, no acierta a responder, pues no tiene [...] ninguna noción de libertad», anotaba en cambio Kafka sobre sí mismo.³²

La educación en una escuela campestre era una idea que también resultaba simpática a Elli y Karl Hermann; hacía mucho que pensaban que había que sacar a su hijo del angosto ambiente de Praga, y probablemente también interviene el cotidiano hostigamiento antisemita, que querían ahorrarle. Pero ¿no era Felix demasiado joven para tales experimentos?, preguntaba Elli. Kafka rechazaba semejante cosa:

Se puede ser demasiado joven para casarse, para morir, pero ¿demasiado joven para una educación tierna, sin coacciones, que desarrolle todo lo bueno? Diez años son pocos, pero en ciertas circunstancias son una edad avanzada, diez años sin ejercicio físico, sin cuidado del cuerpo, en una vida acomodada, sobre todo en una vida acomodada sin ejercitar los ojos y los oídos y las manos (salvo para ordenar las propinas), metido en la jaula de los adultos, que, en el fondo, como no puede ser de otra manera en la vida normal, tan sólo se desfogan con los niños... esos diez años no son pocos.³³

³² Mendelssohn [1993:54]. Diario, 17 de enero de 1920.

³³ Carta a Elli Hermann de mayo-junio de 1921.

Aquello impresionó a Elli. Sin embargo, durante largo tiempo tuvo miedo a la separación, y respecto a si Hellerau era la preparación adecuada para la vida práctica de un hombre... había dudas. Pero ¿sería quizá el lugar adecuado para la educación de una muchacha? Cuando Gerti, su segunda hija, cumplió también diez años, Elli y Karl Hermann se pusieron en camino a Hellerau para hacerse una primera impresión. Allí conocieron a la profesora Lilian Neustätter, amante y posterior esposa del nuevo director del colegio, Alexander S. Neill. La señora Neustätter se lo desaconsejó. Y así fue como la «familia pedagógica» no pasó de ser un sueño compartido de los hermanos Kafka.³⁴

Los funcionarios del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo se habrían asombrado mucho de haber sabido que su colega el doctor Kafka, que dedicaba esencialmente sus horas de trabajo a despachar correspondencia, se había tomado dos semanas de permiso regular para redactar una *carta*: una carta con cuyo destinatario vivía en una y la misma casa. Ni siquiera el jefe de sección Jindřich Valenta intuyó nada cuando recibió la escueta nota en la que Kafka decía que—suponiendo que el buen tiempo aguantara—le gustaría quedarse en Schelesen tres días más.

De hecho, Kafka había empleado la primera semana casi exclusivamente en diseñar un plan para ordenar los recuerdos que le asaltaban y anotar formulaciones utilizables (la

³⁴ Carta a Elli Hermann de alrededor del 10 de julio de 1922. Ya no es posible reconstruir en detalle por qué el matrimonio Hermann, tras la conversación con Lilian Neustätter, optó en contra de Hellerau. Es probable que en aquel encuentro, además de la inestable situación política, se mencionaran también los problemas financieros de la escuela, que amenazaban constantemente su pervivencia. Ya en 1924, Neill regresó a Inglaterra para fundar el Summerhill School; en 1925 la Neue Schule Hellerau tuvo que cerrar.

versión manuscrita que nos ha llegado es claramente una copia en limpio). En la pensión reinaba la tranquilidad tras la marcha de Brod, y aparte de la señorita Stüdl y una muchacha de dieciocho años que al parecer se llamaba Minze y se interesaba por la agricultura, apenas hablaba con nadie. Aun así, el tiempo resultó demasiado corto para cumplir una tarea de tales dimensiones. Además, no podía enviar la carta sin que Ottla la viera. Kafka le había preguntado en una ocasión a su padre si creía seriamente que Ottla le enfadaba todo el tiempo de manera intencionada, obteniendo satisfacción de ese enfado. Sí, exactamente así era, había sido la respuesta. Al respecto había cosas que decir, el viejo no creía capaz de tal maldad ni siquiera a su hijo. Pero la cuestión de cómo abordar ese tema deparaba dolores de cabeza nocturnos a Kafka. «Acerca de Ottla casi no me atrevo a escribir, porque sé que al hacerlo pongo en peligro todo el efecto que espero conseguir con esta carta», admitía al fin.³⁵

Para Ottla, que fue a Schelesen a pasar el fin de semana, la lectura de la carta tiene que haber sido un *shock*, y no sólo por los pasajes que le afectaban. Hasta donde ella guardaba memoria, nunca habían hablado con su padre en semejante tono, con tal sinceridad, y ni la constante invocación de una «inocencia» por ambas partes ni el hecho de que el autor tampoco fuera amable consigo mismo podían engañar acerca del hecho de que se trataba de un implacable ajuste de cuentas. No había caducado ni una partida, todo se contabilizaba con intereses e intereses compuestos, como a ningún padre se le había planteado nunca. No nos ha llegado el juicio de Ottla, pero, al contrario que su hermano, que llevaba semanas enredado en torturantes recuerdos, lo más probable es que pensara sobre todo en los efectos que cabía esperar de una carta así. Si se consideraba con realismo, sólo podían ser los efectos de una bomba. Después de un ataque como

³⁵ *Carta al padre* (OC II, 828).

ése, la vida en una familia cuya cohesión se basaba no poco en el hábito de la represión apenas seguiría siendo soportable; precisamente el caso de Ottla había demostrado de sobra que su padre no era capaz de distinguir entre contradicción, crítica y ofensa. Además, el momento estaba singularmente mal elegido: pocas horas antes de la partida de Kafka hacia Schelesen, Elli había dado a luz a su tercer hijo, una niña, y que Hermann y Julie estuvieran dispuestos a cuestionar tan radicalmente las reglas de la convivencia familiar precisamente ahora, bajo la emoción por su nuevo nieto, era todo lo contrario de probable. A Ottla no le costaría trabajo imaginar el previsible estallido, y Kafka se vio obligado a revisar sus planes.

Aun así terminó la carta. No está claro qué pasó después. Max Brod cuenta que Kafka quiso forzar a su padre a leerla pero no se la entregó directamente, sino a su madre para que se la diera. Sin embargo, ésta le devolvió la carta—Brod no dice si tuvo ocasión de leerla—y nunca volvió a hablarse del asunto.³⁶ Si esta versión es cierta, el propio Kafka se encargó de ahorrar a su familia la hora de la verdad tan trabajosamente preparada. Porque incluso si el sobre que entregó estaba cerrado, sólo había que *palparlo* para intuir la desgracia que amenazaba en él. Y él sabía demasiado bien que su madre podía ser muy enérgica cuando se trataba de mantener a su marido alejado de las «emociones violentas».

Por otra parte, sus posteriores manifestaciones acerca de la carta hacen pensar que fue él mismo el que aplazó *sine die* la entrega: Kafka habla de una «larguísima carta que escribí a mi padre hace cosa de seis meses pero que todavía no le he entregado», y recalca: «quizá, a pesar de todo, puede que quiera entregársela algún día».³⁷ Eso apunta a un posible error de Brod: de hecho, Kafka parece haber dudado al

³⁶ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 23.

³⁷ Cartas a Milena Pollak del 21 de junio y del 4-5 de julio de 1920.

principio, pero luego haber ponderado durante mucho tiempo sobreponerse a todos sus escrúpulos prácticos y morales y hacer uso de ese arma.

Probablemente fue el efecto catártico del gran esfuerzo autobiográfico el que le evitó apuntarlo sin más como fracaso; la satisfacción de haber iluminado una región psíquica inaccesible, de haber superado intelectualmente un problema tan complejo y doloroso. Fuera o no desestimada la entrega, en noviembre de 1919 Kafka no estaba en absoluto dispuesto a encerrar la carta en su cajón sin una queja. Y menos aún podía dar por terminado el procedimiento con este acto de autoesclarecimiento. Se dejó llevar por él. Apenas había concluido la *Carta al padre*, se lanzó a otro extenso escrito defensivo destinado a la hermana de Julie Wohryzek. Y poco después sacó el diario, intacto desde hacía meses. Empezó otra vez a tomar pequeñas notas autorreflexivas, comparables en su fuerza plástica a las meditaciones de Zürau.

Pero ahora Kafka ya no escribe de ética y religión, del bien y la verdad. Se concentra en su propia existencia, cuyos «contornos» le parecen tanto más ajenos cuanto más trata de definirlos. Los recorre tal como se contempla una casa. Elimina la palabra *yo*, habla de sí mismo en tercera persona. Ya lo ha hecho antes en cartas, con un distanciamiento juguetón, pero ahora le parece la única perspectiva correcta, y la mantiene durante unos dos meses. Se han calificado esas anotaciones como «aforismos en tercera persona» y entre hay ellos formulaciones que se han hecho famosas y han sido objeto de múltiples interpretaciones. Pero lo más impresionante aquí—y no hay duda de que se trata de un derivado de la carta paterna, resultado de semanas de autoanálisis—es la idea de Kafka de que sin duda la capacidad para la libertad se fundamenta en la infancia, pero la anhelada liberación en modo alguno puede venir de fuera. La libertad requiere anticipación intelectual: cuando las puertas se abren, uno tiene que saber adónde ir. Si no lo supiera tan sólo se iría, se iría de sí mismo,

del «no ser libre» a un libre «ninguna parte»... y eso no sería una promesa, sería una amenaza. Kafka comprende que se vigila a sí mismo, que lleva la llave en su propio bolsillo.

Él se habría conformado con una cárcel. Llegar al final estando preso—eso sí sería una meta de su vida. Pero era una jaula de barrotes. Indiferente, imperativo, como si estuviera en su propia casa, el ruido del mundo entraba y salía a oleadas por entre los barrotes, el preso en realidad estaba libre, podía participar en todo, no se le escapaba nada de lo de fuera, incluso habría podido abandonar la jaula, los barrotes estaban a muchos metros unos de otros, él ni siquiera estaba preso.³⁸

Una imagen hermosa, una imagen terrible. Regresará a ella.

16. MERAN, SEGUNDA CLASE

Esto sigue sin ser la verdadera soledad, en la que uno está ocupado consigo mismo.

KARL KRAUS, *Dichos y contradichos*

El director Bedřich Odstrčil estaba consternado. Sobre su mesa había un dictamen médico, elaborado por el médico de empresa doctor Kodym, y decía que uno de sus subordinados directos, el doctor Kafka, que pronto iba a ser ascendido a «secretario», a pesar de varias curas no sólo mostraba un estado general muy malo, sino además «signos de una avanzada infiltración pulmonar». Tejido inflamado, pues; eso podía significar muchas cosas, su colega ya había superado una grave pulmonía. Pero la palabra «avanzada» despertaba una sospecha de futura desgracia.

Odstrčil, sucesor del director Marschner y hombre de confianza de Masaryk, apreciaba a Kafka desde hacía mucho;

³⁸ Diario, 13 de enero de 1920.

para él había sido evidente que el instituto no podía renunciar a un funcionario tan competente—ya fuera alemán o judío—ni siquiera después de la revolución política. Cuando, a principios de 1920, la institución fue reestructurada y los asuntos jurídicos fueron delegados a una oficina central, le pareció indiscutible que para esa función sólo podía pensarse en el experimentado jurista Kafka. Naturalmente, todos eran conscientes de que con eso el instituto corría cierto riesgo; en el año 1919, Kafka sólo había estado útil para el servicio durante siete meses, y no parecía que nunca fuera a restablecerse del todo. El nuevo puesto, por otro lado, significaba un alivio para Kafka. Ya no sería vicedirector de una sección hipertrofiada en la que—junto a la clasificación de mil ramas de actividad en clases de riesgo, que todo el mundo temía—tenía que ocuparse de la protección contra accidentes, las medidas de rehabilitación y las publicaciones del instituto; en vez de eso, como jefe del «Negociado común de planes», podría concentrarse por entero en la correspondencia de importancia jurídica que llegaba a los otros departamentos. Y como se había decidido aplazar indefinidamente la «clasificación» pendiente para 1919, para evitar el alud de quejas y procesos que traía siempre consigo (de hecho, Kafka ya no vivió ninguna clasificación más), en la actualidad el frente jurídico estaba relativamente tranquilo. Tan sólo el estatus organizativo, algo especial, de su puesto, podía dar motivo de conversación. Porque, mientras en las secciones reducidas recién creadas en las que Kafka trabajaba ahora seguía habiendo docenas de funcionarios, el «Negociado común de planes», que desde el punto de vista formal también era una sección, consistía en un único puesto de trabajo. Kafka era presidente de una sección de un solo hombre, y por consiguiente superior de *nadie*.

Odstrčil era un hombre atento, pero podía reaccionar de forma muy susceptible si se sentía puenteado. Sólo tenía cuarenta y un años, su autoridad aún no se había asentado, así

que había que respetar la cadena de mando a toda costa. Selo había dejado inequívocamente claro—y además por segunda vez—a su jurista de cabecera cuando se había concedido a sí mismo algunos días de permiso suplementarios. Pero todo estaba olvidado cuando Kafka, que había vuelto a pasar unos días en cama con fiebre, se sentó en el despacho del director, a finales de febrero de 1920, para hablar de las consecuencias de aquel fatal dictamen. El doctor Kodym había recomendado una larga cura en un sanatorio; por el momento, Odstrčil podía autorizar dos meses. Y añadió: «Si le va bien allí, escriba al instituto y podrá quedarse más tiempo».¹ Al día siguiente, Kafka recibió el permiso también por escrito, y un días después los detalles de su aumento salarial. Quien disfrutaba de protección estaba bien en aquel instituto, en eso las cosas habían cambiado notablemente poco.

Hacía ya meses que Kafka había decidido no pasar la primavera en Praga, probablemente poco después de la fallida boda y las conversaciones con Brod en Schelesen. «En febrero, tengo alguna esperanza de ir a Múnich, quizá un trimestre», había anunciado, e incluso había propuesto a Julie Wohryzek que le acompañara.² Una sorprendente decisión, en más de un sentido. Porque, si superaba sin fiebre diciembre y enero, podría emplear para Múnich, como mucho, las cinco semanas de permiso regular, y luego tendría que solicitar un permiso sin sueldo. En cambio, si su estado físico empeoraba, el médico de empresa sin duda no lo enviaría a un «balneario» de 630 000 habitantes.

¿Por qué precisamente Múnich, qué «expectativas» despertaba en Kafka esa ciudad sacudida por crímenes políticos y revueltas ahogadas en sangre, con la que no mantenía

¹ Carta a Hermann, Julie y Ottla Kafka del 4 de mayo de 1920. Los permisos por enfermedad tenían que ser aprobados formalmente por el comité administrativo del instituto.

² Carta a Käthe Nettel del 24 de noviembre de 1919.

relaciones dignas de mención desde la lectura pública que hizo allí, tres años atrás? El proyecto sólo podía apuntar a la editorial Kurt Wolff, que desde octubre de 1919 se había trasladado de Leipzig a Múnich con la mayoría de sus sesenta empleados. Wolff, que había oscilado durante años entre Darmstadt y Leipzig, quería por fin tener la editorial y el domicilio en el mismo sitio; también quería aprovechar las ventajas del público muniqués, que al contrario de los tenderos de Leipzig pasaba por ser especialmente «sensible al arte», con un entorno vital agradable desde el punto de vista climatológico y cultural. Esta vez Wolff no prestó atención al consejo de su gerente Meyer, que naturalmente prefería ir a la mediática ciudad de Berlín. Sin embargo, la mudanza paralizó la editorial durante meses; en Múnich era difícil conseguir viviendas con calefacción, la situación de los abastecimientos era catastrófica, una huelga de los libreros se encargó de causar más estancamiento... incluso Kafka tiene que haber visto con claridad que en esas circunstancias no tenía objeto preguntar por sus relatos de *Un médico rural*. Aun así, se puso en contacto con Wolff—al parecer a instancias de Brod—y mantuvo en pie sus planes muniqueses, hasta que nuevos ataques de fiebre le convencieron de que no necesitaba unas vacaciones, sino una verdadera cura.

Al parecer, también Wolff tenía interés en conocer al fin personalmente a su huido autor, porque sin motivo aparente preguntó por los planes de Kafka—cosa que nunca antes había ocurrido—y le ofreció ayuda práctica. Sólo después se enteró por Brod de lo que pasaba con la enfermedad de Kafka, y tuvo que disuadirle honestamente de ir a Múnich. Kafka se esforzaba en esos momentos en encontrar un alojamiento en los Alpes bávaros, en Partenkirchen, a sólo dos estaciones de ferrocarril de Múnich, un lugar especialmente recomendado para la «tuberculosis incipiente».³ Sin embargo, ape-

³ *Internationales Bäderhandbuch* [Manual internacional de balnearios],

nas había reservado una habitación cuando llegó la noticia de que, debido a las carencias generales, en todos los balnearios bávaros había entrado en vigor un «bloqueo para extranjeros», razón por la que no se podía otorgar permiso de viaje alguno. Y sin ese papel no había visado para Alemania. Eso acabó con la paciencia de Kafka; decidió así hacer algo en extremo inusual en él: seguir el consejo de sus amigos, el consejo del médico.

Todavía esperó el nombramiento oficial como secretario. El primero de abril de 1920 se sentó a su escritorio para responder rápidamente una carta de «Minze», aquella joven interesada en la agricultura a la que había conocido en Schelesen y a la que desde entonces—en el tono de un bondadoso tío—daba consejos ocasionalmente. «Mañana me voy a Meran. Lo mejor es que viaje solo... aunque lo mejor dista mucho de ser bueno», escribió.⁴ La noche siguiente, Ottla le acompañó al tren nocturno. No sabemos si Julie Wohryzek también estuvo en la estación. Es poco probable.

Meran, el balneario más privilegiado de los Alpes Orientales, tanto desde el punto de vista paisajístico como climatológico, había conocido días mejores. Desde la apertura de la línea férrea que cruzaba el Brennero (1868), pero sobre todo desde el cambio de siglo, la pequeña ciudad austríaca había vivido un explosivo desarrollo del turismo; en el último año de paz había tenido siempre más huéspedes que habitantes, y la mayoría de esos huéspedes—entre ellos, numerosos pacientes acomodados y convalecientes de la Europa Orien-

Berlín, 1914, p. 286. Partenkirchen era, tras el aplastamiento de la República Soviética de Múnich (1919), uno de los pocos balnearios bávaros en los que los huéspedes judíos aún eran expresamente bienvenidos. No sabemos si Kafka conocía esta circunstancia.

⁴ Carta a Minze Eisner del primero de abril de 1920.

tal—se quedaban más de un mes. Situada en un circo montañoso que se abría hacia el sur, protegida por el norte por kilómetros de paredes de roca, Meran disfrutaba hasta que estalló la guerra de la fama de ser un lujoso puesto avanzado subtropical y tenía líneas directas desde París, Berlín y Viena. En los vestíbulos de los hoteles, los pequeños parques y los cuidados y bien barridos paseos solían oírse conversaciones en inglés, francés y ruso; caros coches de caballos y automóviles de alquiler dominaban el tráfico en las calles, y la vida cotidiana se ofrecía a los huéspedes como una «temporada» bien organizada, una incesante sucesión de clases de tenis, excursiones, picnics, conciertos en los balnearios, bandas militares, veladas de entretenimiento, fiestas en los jardines y carreras de caballos.

Con esta reputación, era demasiado fácil olvidar el hecho de que la emergente Meran estaba en una región políticamente «caliente»; incluso después de la entrada en guerra de Italia, que supuso la desbandada de casi todos los visitantes, nadie creía seriamente que el brazo de la Historia universal fuera a llegar a los amables valles del sur del Tirol. Sin embargo, en noviembre de 1918 Meran fue ocupada por tropas italianas, y para siempre. Porque los que habían ganado la guerra insistieron en que en el futuro el Estado italiano tenía que asegurarse una frontera norte «estratégica», y esa frontera sólo podía ser la divisoria de aguas situada muy al norte de Meran, una línea que pasaba por el paso del Brennero. La población, predominantemente germanoparlante, fue ignorada, y sólo después del Tratado de Paz de Saint-Germaine los tirolese del sur comprendieron que se habían quedado en el lado equivocado: el irredentismo italiano había aprovechado su oportunidad histórica, Meran quedó bajo soberanía italiana, ahora se llamaba oficialmente Merano y estaba en el Alto Adigio.

No sabemos cómo consiguió Kafka un permiso para viajar a esa zona inestable, ocupada por los antiguos adversarios.

Probablemente se sirvió de sus tratos rutinarios con oficinas y formularios. En el mismo momento de llegar al vestíbulo de la estación de Meran—después de veinticuatro horas de viaje, incluyendo dos de exhaustivo control de equipajes—tiene que haberse dado cuenta de que sobre el lugar aún pendía la sombra de la guerra. Encontró allí una concentración de tirolese patrióticamente excitados, vigilados por nerviosos *alpini* y *carabinieri*, que se dedicaban a la consagración solemne de un monumento levantado en memoria del héroe local y «combatiente por la libertad» Andreas Hofer. «Por Dios, el emperador y la patria», estaba cincelado en el pedestal. Una provocación.

Sin duda Kafka ya se había enterado en Praga de que en Meran sólo había en esos momentos un alojamiento distinguido: el hotel Frau Emma, también en la estación. Más sorprendente era que casi año y medio después de terminar la guerra Meran siguiera sometido a la carestía, y de manera tan llamativa que uno se sentía devuelto al año de miseria de 1918: colas delante de las panaderías, cupones de alimentos y «días sin carne», calles sucias y parques descuidados, iglesias saqueadas sin campanas, el teatro de la ciudad, así como el balneario y todos los baños públicos, cerrados. Meran estaba endeudada sin remedio, la administración municipal se sentaba encima de una montaña de bonos de guerra sin valor, totalmente entregada a la clemencia de los ocupantes, y se alegraba de cada huésped que gastaba unas liras, aunque se tratara de un huésped tan ahorrativo como el hombre de Praga que se inscribió como «funcionario» en el libro de registro del Frau Emma.

Aunque Kafka enseguida se vio atraído por el protector anonimato del gran hotel, y aunque sabía que allí podía esperar la mejor atención, no podía ignorar los precios de las habitaciones y mezclarse con los ricos huéspedes italianos, no durante una o dos semanas. Ya después del primer desayuno—era domingo de Resurrección—empezó a vagar por

el lugar, bajo la lluvia y con un frío inusual, en busca de un alojamiento más tranquilo y barato. Un sanatorio no entraba en absoluto en consideración, quería atenerse a esta decisión tomada, pero había habitaciones para huéspedes en abundancia, en todas partes se era bienvenido. Finalmente, Kafka descubrió en el suburbio de Meran-Untermals (por aquel entonces aún un municipio independiente) una pensión rodeada de espeso arbolado. Se la mostraron, visitó los cuartos y el comedor, y como la amable y corpulenta propietaria no se dejó arredrar en absoluto por sus exigencias vegetarianas y demás deseos, aceptó. Quince liras al día, que hacían cuatro coronas checas y media. No demasiado para un señor secretario.

Se sentaba en una habitación casi a pie de tierra, con las puertas abiertas de par en par a un jardín con gigantescos macizos floridos. Seguía haciendo frío, así que por las tardes se encendía la calefacción en la pensión Ottoburg. Sin embargo, durante el día los rayos del sol llegaban sin impedimentos al cómodo balcón, y si Kafka se quedaba quieto se acercaban pájaros y lagartijas.

Disfrutaba de estar solo en el extranjero, y después de las torturantes luchas familiares del año anterior estaba más decidido que nunca a rechazar todo lo que le recordase a su hogar y su forzada intimidad. Por eso se arrepintió un poco de no haberse quedado en el hotel. Porque en esas pequeñas pensiones, escribía a Ottla, se estaba como en una «cripta familiar», por no decir una «fosa común», aunque naturalmente Meran era «incomparablemente más libre, más espacioso, variado, grandioso, puro y soleado que Schelesen».⁵ Al principio, intentó rehuir a los otros huéspedes de la pensión—había un total de dieciséis habitaciones—; cuando,

⁵ Carta a Ottla Kafka del 5 de abril de 1920.

por las noches, se sentaban en el comedor, él desaparecía en su cuarto, que estaba justo al lado; ya en los primeros días insistió en tomar sus comidas vegetarianas en una mesita separada. Quería «masticar» sin ser molestado, explicó a la patrona, que se mostró comprensiva y que probablemente ya había albergado a hipocondríacos mucho más huraños. Sin embargo, el hombre solitario que masticaba cada bocado metódicamente en su rincón incomodaba a los otros huéspedes. Un antiguo coronel imperial alemán, que se aburría entre las damas de edad en la mesa común, terminó pidiéndole con desarmantes aspavientos que se uniera a la sociedad.

Kafka cede. Ya sabe que va a ser el único judío en esa mesa. Hay muchos judíos en Meran, en el Frau Emma ha visto algunos e incluso ha hablado con ellos, y a pocos minutos de distancia de Ottoburg hay un «Sanatorio para israelitas sin recursos». Pero aquí es el único, y eso va a depararle, como probablemente intuye, alguna experiencia dolorosa.

En compensación, su tranquila habitación del jardín se convertirá muy pronto en fuente de una deliciosa embriaguez jamás conocida. Kafka no puede saber que respira por última vez el suave aire del sur, que las palmeras, cipreses y pinos que prosperan aquí por doquier serán los últimos que verá en su vida. Está contento de estar *lejos*, sin duda también lo está de no estar en Múnich, se entrega a la observación, como está acostumbrado a hacer en los viajes, lee periódicos y bebe los zumos de fruta de los que se ha privado durante largo tiempo. De vez en cuando informa por carta a Ottla, a Brod; obediente, cuenta a los padres qué le dan de comer en la pensión. No siente obligación alguna respecto a su verdadero *trabajo*; no escribe, hace mucho que no escribe nada más que sus meditaciones secretas, y el hecho de haber inventado alguna vez historias emocionantes no le parece en esos momentos importante, o no tanto como a otros. Como, por ejemplo, a una joven checa, una mujer llamada

Milena Jesenská Pollak. El año pasado Kafka había recibido una consulta suya desde Viena, con el ruego de que le permitiera traducir algo suyo al checo. Él no tenía nada en contra, incluso se sintió un poco orgulloso; enseñó la carta a su prometida Julie, pocos días antes de la prevista boda. En invierno se había reunido brevemente en un café con la señora Pollak, natural de Praga. Apenas recordaba su rostro, pero luego llegó esa carta en la que ella se quejaba de que ya no podía respirar en Viena. Eso le interesó a Kafka. La señora Pollak no parecía una interlocutora muy fiable, pues dejó sin responder una pregunta de Kafka. Él, sin embargo, sentía demasiada curiosidad por su traducción, y como en Meran tenía tiempo, nada se oponía a volver a insistir. «Vivo muy bien aquí, el cuerpo mortal apenas podría soportar más cuidados [...] ; cómo le recomendaría este Merano!», le asegura a la señora Pollak.⁶

Ella tampoco responde esta vez. ¿Acaso el tono había sido demasiado personal? ¿O había ocurrido algo en Viena? Sabe que la joven lleva una vida difícil allí, aunque está casada. Se siente obligado a preguntar otra vez, un poco más insistente. ¿Por qué, si le va mal en Viena, no deja la ciudad por algún tiempo?

Es fácil contestar a eso. Tiene que trabajar, termina por responder la señora Pollak, tiene que trabajar porque su marido no le da ni un céntimo. Escribe para periódicos, malos panfletos en su mayoría, y por las noches traduce, últimamente *El fogonero* de Kafka.

Además, está enferma del pulmón.

⁶ Carta a Milena Jesenská de en torno al 8 de abril de 1920. Kafka aún no sabía en ese momento que poco después de su partida de Praga había llegado una carta de Milena que le estaban guardando en la oficina de correos del Instituto de Seguros.

17. MILENA

Formo parte de las máquinas que
pueden explotar.

FRIEDRICH NIETZSCHE

a Peter Gast, 1881

Para ella el orden del mundo no estaba hecho como para nosotros. Lo infringía cada día, cada minuto. Cogía lo que le convenía aunque entre burgueses eso se llamase hurto o robo, y lo daba a manos llenas. Para ella nada era imposible: aquel a quien amaba, sobre quién extendía su mano protectora, podía seguir su camino sin mirar a derecha o izquierda... lo que necesitaba, lo conseguía: dinero, hechizo, seducción, elegancia, intrigas. Milena arrancaba la bendición del cielo con los puños cerrados. Habría sido capaz de asesinar por pura amistad.¹

Al igual que Felice Bauer, también Milena Jesenská fue durante décadas poco más que el nombre de un rumor: una de esas sombras sin esencia que surgen dentro del cono de luz de un genio y desaparecen, como figurantes entre las bambalinas. También su aparición estuvo envuelta en el halo de la ficción literaria, tuvo lugar en el resonante espacio de las cartas—emocionantes, apasionadas—en cuyo sobre figuraba su nombre. Milena era una dirección.

Sólo en Praga quedó, tras la Segunda Guerra Mundial, un tenue reguero de memoria cultural, alimentado en base a encuentros personales, leyendas y los pocos textos de su puño y letra aún disponibles: el recuerdo de que era una mujer asombrosa y una periodista aún más asombrosa. Sólo desde que sus trabajos y otros documentos son también accesibles en otros idiomas hay una idea de *qué* destino se cruzó entonces en el camino de Kafka. Ella era—a diferencia de Felice Bauer, a diferencia de Julie Wohryzek—la más fuerte. Cabe

¹ Haas [1957b:36-37].

imaginar que él se dejara llevar a su esfera vital, que hubiera podido unirse a la persona que era Milena; pero no que ella le siguiera a *su* mundo. Ella lo supo, y lo razonó.

El nombre de Milena Jesenská tiene que haber significado algo para Kafka mucho antes de intercambiar las primeras cartas con ella. Probablemente ya poco después del comienzo de la guerra, cuando aún era una estudiante de bachillerato, aparecía regularmente por el café Arco, junto con dos amigas: tres muchachas checas jóvenes y extravagantes en medio de literatos alemanes, con ropas ondulantes, sin corsés y sin medias, ansiosas de vivir, descaradas y dispuestas para el riesgo. Es seguro que la mirada de Kafka también se posó alguna vez en esas originales *groupies*; cabe dudar de que viera en ellas algo más que una inclinación adolescente hacia la propia escenificación. Las tres eran un bienvenido fermento erótico; nadie intuía en ellas a las futuras periodistas y traductoras, a pesar de su notable formación literaria. En cualquier caso, las desenfundadas historias que pronto circularon sobre Milena, Jarmila y Staša provocaron fantasías... aunque nadie sabía qué parte de ellas era cierta.

Hacia el final de la guerra las muchachas se dejaron ver cada vez menos, y Kafka ya no se dejó ver en absoluto. Jarmila y Staša se casaron con checos; Milena, en cambio, con uno de los líderes del Arco, el literato Ernst Pollak, con el que se mudó a Viena. Cuando escribió a Kafka, tenía veinticuatro años. A esas alturas ya cargaba con un bagaje que superaba con mucho los frívolos rumores de Praga, y que excedía la vaga idea de un libertinaje «antiburgués»: dos abortos; dos intentos de suicidio; robos en tienda, falsificación de documentos; una relación lésbica; estupefacientes; cuatro meses en una institución psiquiátrica; unos cuantos días en la cárcel, de nuevo por robo; una etapa trabajando como portamaletas; vida en común con la amante de su marido... Realmente, era como si aboliera el orden del mundo, tanto el económico como el moral. Actuaba de forma desconsi-

rada, derrochadora, daba y tomaba. Sabía que siempre quedaba un déficit. *Já jsem ten který platí*, formuló poco después la ley de su vida: «Yo soy quien paga».²

Milena Jesenská nació el 10 de agosto de 1896 en Praga-Žižkov. Ya de niña supo que el dinero y el amor, el éxito social y la desgracia íntima pueden estar entrelazados de forma dolorosa: su padre, Jan Jesenský, que provenía de una respetada—aunque empobrecida—familia de Praga, basó su carrera como dentista sobre la dote de su esposa Milena Hejzlarová, pero reclamó exclusivamente para sí el grado de libertad que el bienestar creciente trajo consigo. Jesenský aún estudiaba cuando nació su hija; en 1902, la familia ya pudo permitirse la mudanza a una moderna casa de nueva construcción en la Obstgasse, a pocos pasos de la Wenzelsplatz, y en el mismo edificio Jesenský abrió su confortable consulta. Un año después obtenía una plaza de profesor, y desde entonces alternaba casi a diario entre el aula, el ambulatorio en la Karlsuniversität y su propia clientela, formada exclusivamente por checos.

El doctor Jesenský era vital, ambicioso; un médico capaz, especialista en enfermedades maxilares, de estricta obediencia nacionalista; uno de los numerosos académicos checos que actuaban en constante competencia con los colegas e instituciones de lengua alemana. En casa representaba el papel del déspota amante: la jornada tenía que atenerse estrictamente a sus necesidades, de lo contrario amenazaban estallidos de cólera. Por las tardes Jesenský se reunía con sus amigos de Sokol, atendía diversos amoríos (al parecer incluso con pacientes) o arriesgaba los honorarios conseguidos jugando a las cartas en el club. Y durante el fin de semana aún le quedaban energías para hacer excursiones a los alrededores.

² Recogido en carta de Kafka a Milena Pollak, alrededor del 21 de mayo de 1920.

res de Praga y marchas a pie que nunca le parecían lo bastante largas. Una persona cuyo ostentoso buen humor podía ser tan aplastante como su estruendosa furia.

Es difícil imaginar que la madre de Milena hallara en ese matrimonio la satisfacción de sus deseos. Como hija de un académico, tenía una amplia formación y sin duda estaba en condiciones de atender tareas de representación y mantener una conversación.³ Pero sus intereses apuntaban en otra dirección: amaba los vestidos bonitos, los muebles bien hechos, hacía sus pinitos con la cerámica y la pirografía y se ocupaba personalmente de la educación de su hija, en todos los aspectos. El doctor Jesenský apenas tenía parte en ese mundo interior femenino, y aún se retiró más después de que su segundo hijo—que, naturalmente, debía llamarse Jan—muriera a los pocos meses de vida.

El hecho de que Milena quedara como hija única y no se convirtiera en protectora de un príncipe más pequeño fue probablemente de una importancia decisiva para su destino. Porque si Jesenský quería proyectar hacia el futuro su propia carrera científica, si quería conservar el rango social y el buen nombre conseguido, gracias a la instrucción, por la familia Jesenský, esto sólo podía conseguirse proporcionando a su única hija la mejor formación posible. Así que Milena sería médico. Para ello tenía que hacer el bachillerato. En 1907 se tomó la decisión de confiar a la niña de once años al instituto femenino checo Minerva.

Una elección feliz, sin duda. Porque el Minerva era más que un centro de enseñanza, era una de las pocas instituciones con las que los checos de Praga—después de años de en-

³ El padre de Milena Hejzlarová era el pedagogo checo František Hejzlar, que en el año 1886 había sido nombrado inspector regional de enseñanza primaria y acto seguido se había trasladado con su familia a Praga. Hejzlar era autor, entre otras cosas, de un manual de química utilizado tanto en las escuelas checas como en las germanoparlantes.

frentamientos con las autoridades de Viena—habían conseguido una ventaja emancipatoria. Un centro de enseñanza para chicas en el que se proporcionaba una formación clásica, integral, que capacitaba para cualquier profesión académica, incluyendo las lenguas vivas:⁴ los muy cultos germanoparlantes no tenían tal cosa. Igual de marcada era la conciencia de profesores y discípulas de pertenecer a una elite, de estar en primera fila de un movimiento. El Minerva había sido fundado en 1890, sus primeras graduadas ya eran ellas mismas profesoras, y reforzaban a sus sucesoras en su ambición por demostrar a las mujeres burguesas de lengua alemana de lo que las checas eran capaces. Poco a poco el Minerva se convirtió en una cuestión de identidad, en el origen de una forma de vida que difuminaba las fronteras intergeneracionales. Las estudiantes acudían junto con las comprometidas profesoras a exposiciones, conciertos y representaciones teatrales, y se exhortaba a las «minervistas» a hacer deporte: tenían acceso preferente a piscinas y campos de tenis, había marchas organizadas, y en invierno practicaban el patinaje. Un programa convincente, también a los ojos del doctor Jesenský, que, como la mayoría de los nacionalistas checos, había interiorizado la idea de que el ascenso de una joven nación tenía mucho que ver con la educación física.

El orgullo común por su capaz hija fue probablemente el último vínculo sustancial del matrimonio Jesenský. Sin embargo, ese frágil triángulo no tenía futuro, porque la madre de Milena sufría una enfermedad crónica—es probable que anemia perniciosa—y murió en 1913, después de años de languidecer. Por indicación de su padre, Milena había asumi-

⁴ El griego y el latín eran obligatorios en el Minerva; el alemán, el francés y el inglés, optativos. Milena acudió, según puede probarse, a clases de alemán; véase la carta a su profesora Albina Honzáková de la primavera de 1915: «Hace poco que tengo alemán a las diez...», en Wagnerová [1996:30].

do una parte importante de sus cuidados domésticos: pasaba las tardes en la habitación de su madre, y durante los últimos meses tenía que encargarse, incluso durante la noche, de que la enferma, que apenas podía ya moverse, tomara sus medicamentos a las horas prescritas. Una experiencia de radical desilusión. Porque significó para la adolescente una especie de prisión, que inevitablemente tenía que alimentar la ira y el odio: contra su desconsiderado padre, que rehuía la responsabilidad y no moderó en lo más mínimo su tren de vida, pero también contra la inocente madre, cuya muerte fue finalmente esperada como una liberación.

Lo que siguió tiene que haber resultado incomprensible para el doctor Jesenský, que guardaba un mesurado luto. Su bella y dócil hija, a la que conocía como una joven reservada, que soñaba junto al piano, se enterraba en novelas y se sumía en la contemplación de libros de arte, se transformó en pocos meses en un demonio. Al parecer, tenía algo que recuperar. Quería escapar al olor y el remordimiento de conciencia del cuarto de la enferma. Desde luego, no se podía reprochar a una muchacha de diecisiete años que después de semejante golpe del destino perdiera un poco la compostura y se propasara. Pero la forma en la que Milena ejerció su recién obtenida libertad, reclamando una atención constante, equivalía a una declaración de guerra contra su padre: saqueaba su cuenta, falsificaba su firma, contraía deudas excesivas, le robaba ropa para regalarla a amigos necesitados, incluso echó mano a las ampollas de morfina que Jesenský tenía en su consulta y de las que tenía que rendir cuentas. Desarrolló una obsesión por las flores: compraba ramos a cuenta del padre o la sorprendían arrancándolas en los parques públicos a las cinco de la mañana. Se entregaba a amoríos; quedó embarazada, y una vez más fue el padre el que pagó. Pero sobre todo—y ella sabía muy bien que ésta era la provocación más dolorosa para el orgulloso nacionalista Jesenský—Milena iba ahora con alemanes, paseaba con sus amigas por

los lugares que éstos frecuentaban, llamaba la atención, más allá de las barreras nacionales, siempre que tenía la oportunidad. Era como si buscara de manera febril sus propios límites, orientación, quizá autoridad; era como si golpeará con el puño contra el pecho del padre, en el que la mayoría de las veces sólo encontraba la cartera.

La esperanza de Jesenský de que la acción disciplinadora de la carrera de Medicina calmaría las olas y pondría a Milena en relación con círculos más serios tampoco se hizo realidad: el absurdo experimento sólo duró dos semestres. A Milena le gustaban más las personas que «centrarse en el asunto»; no sabía ordenar y estructurar sus conocimientos, y menos aún diseccionar cadáveres. Pero, sobre todo, era la inevitable especialización la que le echaba a perder no sólo la medicina, sino cualesquiera estudios: sus intereses intelectuales y estéticos eran errantes, juguetones, identificativos. Absorbía aquello que le impresionaba: literatura, música, arte... Si le interesaba un concierto no le importaba escucharlo de pie; si había conseguido un asiento, se llevaba las partituras. Pero la música como especialidad, como ciencia, ya no digamos como oficio... ésas eran opciones tan ajenas a ella como una carrera de médico especialista. Y así los cursos que atendió en el conservatorio de Praga, una vez interrumpidos los estudios de Medicina, no fueron más que fases de un relato de formación, no de una formación profesional.

Jesenský parece haberle seguido la corriente un tiempo; se negó a ejercer presión directa, en vez de eso pedía de vez en cuando a familias amigas que se ocupasen de Milena. Aun así, no pudo evitar el enfrentamiento abierto. Porque un día llegó a sus oídos que su hija se había liado con un literato y que iba a casarse. Alemán, naturalmente, y, según resultó, un judío famoso por sus incontables «historias de faldas». Eso colmaba el vaso. Milena apenas tenía veinte años, todavía no era mayor de edad. El doctor Jesenský hizo uso de su derecho legal y dijo «No».

Ernst Pollak, nacido en 1886 y por tanto diez años mayor que Milena, era un desconocido en la literatura en lengua alemana, pero en los círculos literarios de Praga se le consideraba una eminencia. Un caso curioso de «literato sin obra».⁵ Como Brod, como Kafka, como Pick, había elegido una profesión corriente—era corresponsal de lenguas extranjeras en el Österreichische Länderbank—, pero sus inmensas lecturas, su elocuencia y su definido juicio literario le convirtieron en asesor de toda una generación de autores de Praga. Con quien más estrecha amistad tenía era con Werfel; también a Willy Haas lo conocía desde el colegio. Los contactos con Brod fueron esporádicos (el sionismo no era un tema que interesara a Pollak), pero naturalmente conocía desde hacía años los cafés pertinentes.

Pollak era todo lo contrario de un tipo imponente; la ropa marcadamente elegante con la que trataba de revalorizar su escasa estatura producía a veces un efecto cómico, y en la foto del año 1913 que nos ha llegado el muchacho de veintisiete años parece un triste aprendiz de dependiente. Aun así, los testigos hablan de una singular y cautivadora irradiación de Pollak, que lo convertía frecuentemente en el centro de las discusiones literarias, incluso en presencia de destacados escritores. Él era plenamente consciente de ese enigmático efecto, lo cultivaba, lo reforzaba con una pizca de arrogancia, y lograba superar su casi dolorosa incapacidad literaria (una inhibición neurótica casi incontrolable para la escritura) luciendo sus dotes en la conversación. También su compulsiva promiscuidad era evidentemente de naturaleza compensatoria; pero ésa era una conducta habitual en la bohemia literaria, que en todo caso se despachaba con bromas

⁵ El concepto procede de Hartmut Binder, que en su retrato «Ernst Polak: literato sin obra», recopiló los rastros dispersos de su vida. (Binder 1979a:366-415); la grafía checa *Polak* data de los años de la emigración, a partir de 1938.

de inspiración psicoanalítica, y que por lo demás convenía al aura de Pollak.

Así que ése era el personaje que había escogido por esposo la hija del prestigioso doctor Jesenský. No sabemos si fueron recabados informes profesionales acerca del candidato, pero Jesenský no los necesitaba: su aversión tenía sus raíces en reservas de tipo ideológico, le resultaba insoportable la idea de tener que presentar como yerno a ese calavera y galán de café judío. Después de haber asistido comprensivamente a Milena en un aborto (que estuvo a punto de costarle la vida), había vuelto a surgir la esperanza: quizá el sangriento *shock* la hiciera entrar en razón. Pero Milena declaró que en el futuro iba a vivir con Pollak, en caso necesario sin certificado de matrimonio.

Dado que los reproches no servían de nada, en junio de 1917 Jesenský recurrió a una medida de fuerza: con ayuda de un médico amigo—el doctor Procházka, el padre de la amiga más íntima de Milena, Stása—, hizo recluir a su hija en el sanatorio psiquiátrico de Veleslavín, un suburbio de Praga. El diagnóstico rezaba: «Carencia patológica de conceptos y sentimientos morales». En tiempos como aquéllos, una razón suficiente para mantener prisionera nueve meses enteros a una mujer soltera. Pollak intentó presionar a Jesenský retándolo a duelo—lo que, naturalmente, corrió como la pólvora tanto por los cafés checos como por los alemanes—, pero ese gesto impotente y un poco anacrónico careció por completo de efecto: Jesenský, que tenía experiencia en duelos, tenía su propia opinión acerca de quién era un adversario digno de obtener satisfacción y quién no.

El tiempo trabajaba en favor de Milena. Mientras, pasada la primera conmoción, encontraba poco a poco en su nuevo entorno medios y vías de establecer contacto con el mundo exterior, e incluso de volver a ver regularmente a Pollak, Jesenský fue tomando conciencia de que al alcanzar la mayoría de edad su hija corría el riesgo de precipitarse al abismo

si antes no se alcanzaba un entendimiento. Como seguía rechazando empezar una carrera, y como sus escándalos semipúblicos no eran compatibles por más tiempo con el estatus social del destacado médico, que además se sentía empujado por el viento nacionalista a favor, sólo quedaba una solución imaginable: Milena tenía que quedar fuera del alcance de la vista, tenía que desaparecer de Praga, y los cotilleos cesarían por sí solos. Esta vez Jesenský estaba dispuesto a comprar su libertad: pagando todas las deudas, un ajuar adecuado, una dote y una renta mensual, fuera cual fuese. El 14 de marzo de 1918, Milena se casó con su pequeño e infiel literato, el rey del «café Pollak». ⁶ Pocos días después se iban juntos a Viena.

No hay combustible: ni carbón, ni leña, ni coque. Los trenes no funcionan en todo el país, las fábricas se paran a cada momento, las tiendas cierran a las cinco, en los restaurantes y cafés arde desde las ocho una vacilante lamparilla de carburo. Pronto se cortará la corriente eléctrica para el consumo privado, así que tendremos que encender velas, ¡que no hay forma de conseguir! No hay nada para calentar, nada de comer [...] Lo que dan por semana alcanza, aplicando la mayor modestia—cuantitativa y cualitativa—para una sola y mísera cena. Hay un chusco de pan por persona (un pan negro), y aunque he pasado aquí un período de dos años de miseria, no he conseguido tragar ese «don de dios» amarillo, duro, añejo y mohoso. ⁷

Milena se había imaginado aquello de otro modo. Pero ya mucho antes del final de la guerra se veía que la catástrofe de la derrota afectaría con mucha más dureza al centro polí-

⁶ Así denominaba Egon Erwin Kisch al café Arco; véase Kisch [1978:135].

⁷ Milena Jesenská, «Viena», en Jesenská [1984:11-12]. El original checo, con el título «Videň», en el diario *Tribuna* de Praga, 30 de diciembre de 1919.

tico que a la periferia. Mientras Bohemia y Hungría seguían reduciendo sus envíos de alimentos y carbón a la capital y, tras la proclamación de los nuevos Estados nacionales, incluso los supendían por entero durante un tiempo, la millonaria ciudad de Viena se convertía en un coloso desvalido al que le cortaban las arterias vitales. Las relaciones de poder seculares se habían invertido: si hasta ahora habían sido los checos, eslovacos y húngaros los que tenían que pelear en Viena por poder *conservar* una parte justa de sus propios recursos, ahora era el Gobierno del Estado «germanoaustríaco» convertido en un torso sin brazos, el que mendigaba cereales en Praga y Budapest. Y, como no tenía nada que ofrecer a cambio, alegaba «consideraciones humanitarias».

Al principio, Milena Pollak no se sentía en condiciones de adaptarse a la nueva situación, inesperadamente sombría. Su marido ganaba un salario regular—había pedido el traslado a la filial de Viena de su banco, y había ascendido allí a responsable de divisas—, pero no alcanzaba ni con mucho para financiar el estilo de vida acostumbrado. La dote fue derrochada en pocos meses, también el ajuar de Milena fue vendido o empeñado, y después de eso Pollak se negó tercamente a dar dinero a su esposa. Se le escapaba entre los dedos: en ropa, joyas, flores, cocaína... era hora, pensaba él, de que se ganara la vida por sí misma. Sin duda en eso tenía razón, y así le parecía incluso a ella, sobre todo cuando pensaba en sus nuevas deudas de Viena, con las que en absoluto se hizo más popular entre las pocas personas que podían ayudarle allí. (Mientras que al parecer el endeudamiento propio de Pollak no causaba daño alguno a su renombre).

Es perfectamente creíble que Milena—según ella misma apuntó más tarde—estuviera a punto de optar por la prostitución, en la miseria de la posguerra vienesa.⁸ En ese mo-

⁸ A finales de la década de 1930 escribió a Willy Schlamm que en sus primeros tiempos en Viena el periodista checo Josek Kalmer había sido el

mento había superado ya casi todos los límites que definían el universo social y moral de una chica burguesa, y posiblemente habría preferido soportar una humillación anónima antes que una nueva y humillante petición de ayuda a su padre. Así que mejor recibir propinas de viajeros a los que vez en cuando llevaba las maletas al hotel, o de congelados vieneses que tenían que pasar el invierno sin carbón, y a los que llevaba leña picada a domicilio.⁹ La enseñanza en colegios checos, donde probablemente fuera muy bienvenida como «minervista», le ofreció un breve alivio—alrededor del cinco por ciento de la población de Viena tenía el checo como lengua de conversación—, y también había demanda de clases privadas de lengua. Pero luego volvieron a atraparla en un robo y tuvo que comparecer ante un juez de distrito germanoaustríaco. «Estaba en medio de una crisis erótica», fue su disculpa, que se ha vuelto legendaria.¹⁰

Milena Pollak carecía de todo apoyo social en Viena. Su importante apellido, la red de emancipadas mujeres checas, la fama local de la que había disfrutado en Praga... todo eso no contaba allí. La anhelada liberación nacional, la fundación de la República Checoslovaca, que recibió con tanto entusiasmo como su padre, sólo pudo vivirlas desde lejos. En su vida cotidiana, tampoco ese acontecimiento le trajo otra cosa que molestias, porque ahora Praga era el extranjero, las fronteras estuvieron cerradas durante meses, inclu-

único que la había ayudado desinteresadamente: «[Me] salvó, si no la vida, sí probablemente de hacer la calle» (citado según Wagnerová 1994:70).

⁹ En una carta de Kafka a Milena Pollak del 15 de septiembre de 1920 se mencionan tres de sus actividades: cargar leña, llevar maletas, el organillo. Ella ya describió en su primer artículo, «Viena» (véase la nota 7), el trabajo de recoger y picar la leña, desde luego sin mencionar que ella misma se ganaba la vida de ese modo. Lo del «organillo» podría aludir a que ocasionalmente trabajó también tocando en locales nocturnos.

¹⁰ Kaus [1979:56]. También a Kaus le robó Milena Pollak en una ocasión, véanse las pp. 55 y ss.

so para los envíos de dinero y los urgentes paquetes de ayuda con alimentos.

A las pocas semanas fue consciente de que no podía esperar ninguna forma de solidaridad conyugal. Pollak no tomaba a su mujer lo bastante en serio, desde el punto de vista intelectual, como para entender por qué se sentía desarraigada. Naturalmente, conservó su forma de vida poligámica, mantuvo las relaciones eróticas que había hecho en Praga y no dudaba en llevar a la espaciosa casa común del distrito VII a sus favoritas de cada momento. También Milena hizo algunos intentos, poco decididos, de vivir un matrimonio «abierto»—así, por ejemplo, tuvo una breve relación con Hermann Broch—, pero ese punto maníaco, adictivo, que había caracterizado desde siempre la sexualidad de Pollak le era tan ajeno como la promiscuidad cargada de ideología que allí se cultivaba, preferentemente citando a Otto Gross. Soportó mucho más de lo que aceptó, a veces incluso más de lo que podía soportar... sin duda también temerosa de que los amigos de Pollak, que marcaban en Viena tanto el tono literario como el moral, se rieran de ella calificándola de convencional o mojigata. En el piso más alto del número 114 de la Lerchenfelderstrasse tiene que haber pasado muchas horas sombrías, de las que sabemos poco, y al menos una de ellas la llevó de nuevo al borde de su existencia física: un intento de envenenamiento del que sólo se libró con ayuda de una fiel portera húngara."

" La muy robusta Paní Kohler, que tiene que haber representado un considerable papel en la vida de los Pollak como «portera, cocinera, ama de llaves, doncella, lavandera, costurera, fregona y comadre», y que fue tratada por Milena en dos artículos: «Meine Freundin» [Mi amiga] y «Scheiden tut weh» [Separarse duele], en Jesenská [1984:27-32 y 50-54]. Los originales en checo fueron publicados en *Tribuna* el 27 de enero y el 17 de agosto de 1921, firmados en ambos casos «A. X. Nessey». Probablemente Kafka conoció a Paní Kohler durante su estancia en Viena. El 10 u 11 de julio de 1920 preguntó por telegrama a Milena cómo se encontraba, sin

El sentimiento desesperado de estar a la defensiva no era en modo alguno infundado. Porque mientras Pollak enseguida se sintió en su casa en la escena literaria vienesa y pronto alcanzó en el café Central, y más tarde en el Herrenhof, una posición de tanta autoridad como la que había tenido en Praga, Milena apenas sobrepasó el estatus de una interesante acompañante. Sin duda eso también se debía a su aspecto (desde la perspectiva vienesa era una belleza marcadamente eslava, «áspera», lo que aún quedaba más subrayado por su renuncia a toda coquetería), pero sobre todo la barrera lingüística le daba problemas. Con Pollak hablaba en checo, igual que con sus conocidos de su ciudad natal que pasaban a veces por Viena, como Egon Erwin Kisch u Otto Pick. Pero en los cafés importantes sólo se aceptaba el alemán como lengua de cultura, de manera que—precisamente en el primer y peor año—no sólo se vio limitada a escuchar, sino que además le quedó la mácula del provincianismo. Franz Blei, Egon Friedell, Anton Kuh, Alfred Polgar, Robert Musil, Franz Werfel... en un círculo como ese, de individuos acostumbrados a la autoescenificación, las opiniones chapurreadas por la hija de un profesor bohemio tenían una importancia limitada. Y también en la percepción de los acontecimientos políticos había mundos enteros de distancia: mientras Milena aún estaba bajo la impresión de la «liberación» checa, y a duras penas podía ocultar su entusiasmo, las cuestiones relacionadas con la identidad nacional y la reordenación de los territorios políticos despertaban un tibio interés entre sus nuevos conocidos. Se trataba de la constitución del Estado en el que uno vivía—ése fue el reproche que tuvo que escuchar de boca de Gina Kaus, literariamente exitosa, una de las pocas mujeres que la tomaron en serio allí—,

recibir respuesta. El 15 de julio le envió un sobre con dinero, destinado a Milena.

no de si ese Estado era grande o pequeño.¹² No, la cuestión nacional era un escenario propagandístico secundario, en eso estaban de acuerdo en el Herrenhof, y que de pronto todos los austríacos quisieran ser alemanes tenía menos que ver con las emociones nacionales que con el puro miedo al hambre.¹³ Era la cuestión del orden *social* la que ahora estaba en boga, la cuestión de si cabía imaginar un nuevo comienzo político y cultural sin una revolución social. Durante algunas semanas, Werfel, al que era fácil poner en ebullición, se declaró bolchevique y participó—bajo la dirección de Kisch, políticamente igual de desorientado—en el intento de golpe de la Guardia Roja de noviembre de 1918: fueron días de emoción, cuyos acontecimientos se podían seguir en el Herrenhof, estratégicamente situado, como en un escenario.

No cabe duda de que Milena Pollak obtuvo una impresión de las fallas y abismos sociales de la vida cotidiana en Viena mucho más intensa que sus educadores intelectuales, y que su naciente simpatía por la izquierda política estaba saturada de experiencia. Sus empleos, las clases de lengua, pero también las horas vagando en busca de alimentos, haciendo cola y regateando con la gente del mercado negro, le proporcionaron incontables encuentros con personas de todos los estratos sociales, y le fueron dando poco a poco una visión caleidoscópica... y un creciente vocabulario germanovienés. También fuera de los cafés seguía siendo en la mayoría de los

¹² Kaus [1979:75]. Gina Kaus, la amante de Franz Blei, alcanzó el éxito en 1920 en el Burgtheater de Viena con la comedia *Ladrones en la casa* (bajo el pseudónimo «Andreas Eckbrecht»). Ese mismo año recibió el Premio Fontane por su relato *La ascensión*.

¹³ «La Austria alemana es parte integrante de la República Alemana», decía ya el artículo 2 de la proclamación de la República de 12 de noviembre de 1918. Sin embargo, tal unión fue prohibida por los aliados. En octubre de 1919 el nuevo Estado tuvo que cambiar su nombre por el de República de Austria. En ese momento, alrededor de seis millones y medio de personas tenían la nacionalidad austríaca, dos millones de ellas vivían en Viena.

casos visitante, observadora, de eso se encargaba su llamativo acento. Pero pronto tuvo que darse cuenta de que aquella distancia social y cultural que le impedía en el Herrenhof participar en pie de igualdad, le procuraba a su vez una aguda percepción de la vida «real», y tenía un punto de liberadora. Milena empezó a contemplar su entorno con mirada documental, con los ojos de una periodista. Y a finales de 1919 puso por vez primera por escrito lo que había visto. Nació así toda una serie de reportajes vieneses que impresionaron de tal manera al vicedirector jefe del periódico liberal de Praga, *Tribuna*, que se mostró dispuesto a pagar en adelante por todo lo que saliera de la pluma de Milena. A los veintitrés años, pues, consiguió ella su primer dinero ganado con trabajo intelectual. Pollak rio al ver los artículos en checo. Pero Milena comunicó enseguida el triunfo a su padre: firmado «M. P.».

Más o menos en esa misma época vivió por primera vez la experiencia de una Praga gobernada por checos: probablemente fue la misma visita que hizo posible tanto la breve conversación con Kafka como también el encuentro, temporalmente importante, con Arne Laurin, de *Tribuna* (que durante la guerra había pasado hambre en Viena). El hecho de que pudiera osar dirigirse en alemán a Kafka, que entretanto era una de las figuras locales, atestigua no sólo una creciente confianza en sí misma, sino también un creciente conocimiento de la literatura contemporánea en lengua alemana y una competencia lingüística adquirida con sorprendente rapidez. Ciertamente, aún cometía errores, se le escapaban matices y dobles sentidos. Aun así, Kafka tuvo la nítida sensación de que con ella sus textos estaban en las manos adecuadas. Y como aún no sabía lo que pasaba en el matrimonio de los Pollak, podía contar con la seguridad de que las traducciones de la señora Milena serían revisadas al menos por un conocedor bilingüe de la literatura... aunque, naturalmente, guardase para sí esa suposición.

A principios de mayo de 1920, Kafka tuvo en sus manos

el último número del semanario literario praguense *Kmen* ('El tronco'). Su nombre figuraba en la portada: «*Franz Kafka, Topič. Fragment. Se svolení autorovým přeložila Milena Jesenská*» («El fogonero. Un fragmento», traducido, con el permiso del autor, por Milena Jesenská). Se había sentido «casi decepcionado», escribía a Milena, al no ver en el sobre que le habían entregado en la pensión Ottoburg ninguna noticia personal de ella, sino tan sólo su propia historia, esa «voz demasiado conocida proveniente de la vieja tumba». Pero el comentario era pura coquetería. Aunque no podía sospechar que Kafka ya se había apresurado a encargar veinte ejemplares del número a través de su hermana Ottla, Milena sabía que ésa era la primera traducción de uno de sus trabajos literarios, y podía sentirse orgullosa de haber convencido al redactor comunista de *Kmen*, Stanislav K. Neumann, para que publicara *El fogonero* a toda plana, en doce páginas a dos columnas.

Sólo ahora se le pasaba por la cabeza—otro indicio de lo fugaz que tuvo que haber sido la conversación con el autor—preguntarle a Kafka si podía leer la traducción. Claro que sí, fue la respuesta, entendía bastante bien el checo, y por eso ella debía emplear su lengua materna cuando le escribiera a él. Sólo en eso se mostraría Milena entera, y precisamente su traducción era la mejor prueba:

[...] es para mí incomprendible que se haya tomado tanto trabajo y hondamente conmovedor que lo haya hecho con tal fidelidad, frase tras frase, una fidelidad que nunca habría creído posible en la lengua checa, ni tampoco la hermosa y natural legitimación con que usted se sirve de ella. ¿Están tan cerca el alemán y el checo?¹⁴

¹⁴ Carta a Milena Pollak del 9 de mayo de 1920.

Y otra vez, pocos días después:

[...] esa verdad, que parece tan natural, de la traducción, me asombra una y otra vez cuando tomo conciencia de que no es tan natural; no hay apenas errores, eso por otra parte no sería tan extraordinario, pero sí hay en todo momento una comprensión intensa, resuelta, del texto.¹⁵

Se trataba, como ella sabía, de un elogio de primera magnitud. Aun así, se sintió aliviada de poder escribirle en su idioma en adelante, mientras él lo hacía en el suyo.

Había pasado el tiempo de llevar maletas. A pesar de la persistente escasez—algunos días no comía otra cosa que té y manzanas—, Milena Pollak se acostumbró a un fuerte ritmo de trabajo y a la entrega puntual de los manuscritos. Se retiró en gran medida del círculo de conocidos de su esposo, y pasaba el tiempo así ganado en su escritorio. En el año 1920 publicó en *Tribuna* un promedio de tres artículos al mes, mientras en *Kmen* aparecían numerosas traducciones, entre otras de textos de Werfel, Döblin, Meyrink, Landauer, Rosa Luxemburg y Upton Sinclair. Había leído cuanto podía encontrar de Kafka en las librerías, y al parecer le gustaron sobre todo los relatos de *Contemplación*, todos los cuales tradujo y de los que también publicó una selección. En otoño logró incluso colocar en *Tribuna* en toda su extensión «Un informe para una academia».¹⁶ «Todo lo que usted haga con los libros

¹⁵ Carta a Milena Pollak de en torno al 20 de mayo de 1920. Sobre la calidad de las traducciones de Kafka hechas por Milena Pollak y sobre los comentarios de Kafka véase Nekula [2003:243 y ss.].

¹⁶ «Zpráva pro jistou akademii» [Un informe para una academia], en *Tribuna*, 26 de septiembre de 1920, pp. 1-4. Del volumen *Contemplación* se publicaron «Náhlá procházka» [El paseo repentino], «Výlet do hor» [La excursión a la montaña], «Neštěstí mládence» [La desventura del soltero], «Kupec» [El tendero], «Cesta domů» [El camino a casa] y «Ti, který beží mimo» [Los transeúntes], todos ellos en *Kmen*, 9 de septiembre de 1920. Otro texto de *Contemplación* se publicó en *Tribuna* del 16 de julio de 1920: «Nešťastný» [Ser desdichado]. La traducción de Milena Pollak

y traducciones estará bien hecho», escribió Kafka después de la lectura de su texto, y nunca tuvo motivos para arrepentirse de esos plenos poderes. Milena Jesenská—sólo en esto seguía firmando con su nombre de soltera—se convirtió en su traductora, y él se acostumbró muy pronto a eso. Si algún otro se ponía a la tarea, y sin consultar, se enfadaba. Hablaba de «injerencia en nuestros asuntos». Decía «en *nuestros*».¹⁷

18. FUEGO VIVO

Duele tanto, da tanto placer luego,
¿quién va a resistirse?

J. W. GOETHE,
West-östlicher Divan

«¿Es usted judío?». Por un momento le pareció que tenía que ser una broma. Ella ya sabía tanto de él. Incluso había oído hablar de la larga y dolorosa historia de su compromiso, sin duda Pollak se lo había contado. ¿Y no sabía que era judío?

También el lector póstumo se siente sorprendido: ¿Kafka se vio enfrentado a preguntas tan directas? Ocho años antes, en la correspondencia con Felice Bauer, se habían necesitado meses de tanteos para pasar de la fase ritual del coqueteo y del relato de estados de ánimo momentáneos. Las condiciones financieras se mantuvieron en la penumbra hasta el

de *La condena* se publicó en la revista *Cesta*, 5.º año, vol. 26-27 (diciembre de 1923-enero de 1924).

¹⁷ Cartas a Milena Pollak, en torno al 20 de mayo y 22 de octubre de 1920. El 24 de octubre de 1920 se publicó «Před zákonem» [Ante la Ley] en el suplemento dominical del diario de orientación socialdemócrata *Právo lidu* [El derecho del pueblo], traducido por Milena Illová. Era la esposa de un compañero de colegio de Kafka, Rudolf Illový, que le había informado por carta pocos días antes la publicación.

final, igual que las disputas en el seno de la familia, y lo que significaba ser judío y judía... ese doloroso punto se tocaba alguna vez, pero nunca se ponía abiertamente de manifiesto. El concepto «antisemitismo» no aparece una sola vez en esos cientos de páginas.

Comparado con aquélla, la relación con Milena evoluciona de manera explosiva. Ambos protagonistas están decididos, parece ser, a saltarse el preámbulo social. Esta vez es la joven la que fuerza a Kafka a una sinceridad hasta entonces desconocida, pero luego incluso él la anima a hacer lo mismo. Después de que, en sus primeras cartas, conforme al modelo conocido, él no hace otra cosa que dar calidez para que se la devuelvan, a las pocas semanas empiezan las inesperadas confesiones y las preguntas sinceras, relacionadas con lo más íntimo de sus vidas. Ella no teme hablar de Pollak—le ama, aunque se siente maltratada por él—, pero enseguida quiere saber también si Kafka tiene una amante. No es ninguna «confesión» para ella decirle que vive al día, y a veces de alimentos enviados desde Praga, y no es coquetería que a las pocas cartas le hable de su cuerpo, que está tuberculoso. Quizá asume que un escritor de Praga que ha pasado más de una velada en el café Arco se acordará de todos modos de los rumores acerca de las discípulas del Minerva; y hace mucho que está acosumbrada al trato (más o menos voluntario) con personas que saben cosas de ella. Pero no es sólo eso. Con su negativa a atenerse a las reglas de juego de la discreción burguesa, ella pone a Kafka ante una tarea enteramente nueva. La diplomacia social le importa tan poco como el esfuerzo retórico del doble lenguaje. Si a él se le escapa una frase demasiado cautelosa o vaga, ella le pregunta, o le manifiesta incluso su disgusto.

Tampoco ella es indiferente a la ternura que emana ya de las primeras cartas... le hace bien que un hombre se preocupe por ella sin que haya un interés sexual manifiesto de por medio. Al enterarse de su enfermedad pulmonar, Kafka pregunta: «¿Y qué hará usted ahora? Probablemente, todo

quedará en nada si la cuidan a usted un poco. Pero que hay que cuidarla un poco, eso tiene que entenderlo todo el que sienta afecto por usted, todo lo demás es secundario.¹ Frases de cálido centelleo, muy lejos de los agobios cotidianos de Milena. Ella piensa que son frases que no obligan a nadie a nada. Kafka tiene otra opinión:

Si uno lo toma como un deber escolar, por ejemplo, usted tenía respecto a mí tres posibilidades. Habría podido, por ejemplo, no decirme nada de usted misma; entonces me habría privado de la dicha de conocerla y, lo que es más que esa dicha, de ponerme a prueba en relación con ella. Por tanto, no debía ocultármelo. Luego habría podido no mencionar algunas cosas o presentarlas a una luz más favorable, y todavía podría hacerlo, pero en la situación actual yo lo notaría, aunque no dijera nada, y me dolería el doble. Por tanto, tampoco puede usted hacer eso. Como tercera posibilidad sólo queda tratar de salvarse un poco a sí misma [...]

Lo que dice sobre su salud (la mía es buena, lo único es que duermo mal en el clima de altura) no me basta.²

La cosa va un poco demasiado deprisa incluso para ella. Kafka no sólo escribe cartas, habla *de* las cartas como si ya hubiera una correspondencia digna de mención. ¿Y esa «dicha de conocerla», «de ponerme a prueba»? No lo entiende, es demasiado poco lo que «se siente» después de media docena de cartas, y sin duda por ese camino no se «conoce» a nadie. Son declaraciones como éstas las que durante algún tiempo mantienen en ella vivas las dudas respecto a qué debe tomar en serio y qué no. También alberga la sospecha de una escritura táctica, muy controlada: no encuentra en las cartas de Kafka «ni una sola palabra que no esté muy pensada»; sin duda ese hombre no es espontáneo, mantiene una reserva imposible de pasar por alto, le parece a ella. No puede aún sa-

¹ Carta a Milena Pollak del 8 de mayo de 1920.

² Carta a Milena Pollak de en torno al 21 de mayo de 1920.

ber que su permanente estado de alerta moral, el propósito de no perdonarse a sí mismo ni la sombra de un pensamiento oculto, forman parte de los rasgos elementales de la imagen que de sí mismo tiene Kafka. Y por eso la primera ofensa—nada irrelevante—que ella le inflige tiene lugar cuando le exige expresamente *sinceridad*.³

A pesar de esa duda, Milena siente la corriente de calidez que le llega de Meran, y empieza a acostumbrarse a ella. A finales de mayo, empieza un aguacero de mensajes casi diarios, que ella responde con la misma regularidad y extensión. No nos han llegado las cartas de Milena Pollak,⁴ pero está claro que están marcadas por oscilaciones de ánimo que a Kafka le cuesta trabajo seguir: habla de sentimiento de ni-miedad, incluso de odio a sí misma, a veces anuncia espantosas revelaciones, luego se queja de la ridiculez de la gente de la que se rodea su marido. Con Kafka es sensible, teme no ser tomada en serio, no entiende alguna de sus extrañas bromas y se niega a enseñarle sus propios trabajos periodísticos. Pero ya no quisiera perderlo... «jen strach o Vás», cita Kafka, ‘sólo temo por usted’ si la corriente se interrumpe.⁵ Si en alguna ocasión piensa que se le han escapado palabras demasiado malvadas, ella envía un telegrama, y ya a mediados de junio—pocos días después de que él haya pasado insistentemente al «tú»—le envía flores.

³ «Ni una sola palabra que no esté muy pensada»: Kafka cita a Milena en checo: «*Ani jediné slovo které by nebylo velmi dobře uvaženo*». Carta a Milena Pollak del 10 de junio de 1920.

⁴ «Si tiene usted ocasión encárguese de que las cartas mías que Franz tenía vayan a parar al fuego, se las confío tranquilamente, desde luego no es importante», escribió a Max Brod poco después de la muerte de Kafka (Wagnerová 1996:52). No está claro si Brod atendió ese ruego, ni siquiera si encontró las cartas en el legado de Kafka.

⁵ Carta a Milena Pollak del 11 de junio de 1920. Esto se refiere probablemente a una manifestación de Kafka de primero de junio: «Tiene usted la bondad de preocuparse, echa de menos mis cartas, sí, varios días de la semana pasada no he escrito nada...».

La tentación es abrumadora: cartas que ocupan el lugar de la experiencia sensorial; cartas que crean un mundo paralelo, un espacio exclaustrado de la imaginación como él sólo conoce por la literatura; cartas cuya intensidad supera la experiencia física de la vida. Kafka conoce demasiado bien esa tentación, conoce también el precio que exige, y desde las solitarias meditaciones de Zürau, desde los últimos y mudos encuentros con Felice, sabe qué potencial de desgracia acecha en ella. Y aun así, sucumbe. Durante algunas semanas no tiene en absoluto la sensación de estar repitiendo una lección aprendida. Precisamente la oportunidad—del todo inesperada, pero evidente—que se le ofrece por primera vez en la vida, la oportunidad de unirse a una mujer sensual, espiritual, intelectualmente a su altura, precisamente ese contenido real de la nueva experiencia le hace olvidar que está jugando con la misma droga que hace ya mucho que conoce. Otra vez empieza a «consumir» cartas. Las lee varias veces, escucha el sonido de las frases, los matices y los subtonos. Extiende las hojas ante sí, las toca con el rostro. Y sin embargo, sabe que ese placer, que le cuesta el sueño nocturno, es «insensato».⁶

Milena muestra poca comprensión por esos excesos de la imaginación. No lleva la vida exteriormente despreocupada del paciente de un balneario, quien, si le apetece soñar, puede mantener apartado de sí casi cualquier trastorno. Pero, sobre todo, tiene una distinta idea de para qué pueden servir las cartas y para qué no. La codicia de Kafka de una intensidad pura y simbiótica no le es en absoluto ajena (durante años, Milena ha asediado con cartas a una profesora querida), pero la adolescencia la ha desencantado; ahora es el contenido lo que importa, toma las cartas al pie de la letra, espera—más allá de los sueños, metáforas y palabras amables—preguntas y respuestas que estén llenas de vida. Kafka, que enseguida percibe la diferencia, escribe:

⁶ Carta a Milena Pollak del 31 de mayo de 1920.

Milena, usted se queja de algunas cartas: que les da vueltas y vueltas y que no sale nada de ellas; pero, si no me equivoco, precisamente en ésas yo estaba tan cerca de usted, refrenaba tan bien mi sangre y asimismo la suya, me hallaba tan en lo hondo del bosque, reposaba tanto en el reposo...⁷

Eso es demasiado poco para ella. La soledad, según su experiencia, no puede abolirse oyendo la voz incorpórea de una persona lejana. Las cartas pueden preludiar la realidad, en el mejor de los casos, y ayudan a preservar los recuerdos. Pero la realidad tiene preferencia frente a la imaginación, y esa preferencia es *absoluta* e independiente de las circunstancias. Por eso, hasta la más intensa y cariñosa correspondencia queda por detrás de una relación amorosa dolorosamente imperfecta pero realizada. Dos horas de vida, resume ella casi con frialdad, son más que dos páginas de escritura. Kaka responde: «La escritura es más pobre pero más clara».⁸ Y con eso queda dicho que la paz que ambos anhelan no es la misma.

Es fácil despertar a un soñador que juega con las cartas, a veces basta con unas pocas palabras inofensivas: «¿Es usted judío?», por ejemplo, o: «¿Cuándo viene a Viena?». Son preguntas que señalan enérgicamente más allá del papel escrito. Preguntas que no reclaman un gesto, sino información. Ella todavía no puede saber a qué abismos va a arrastrarlo con ellas.

Ha ocurrido una curiosa historia que quiero por lo menos «referirte» en líneas generales. El joven redactor Reiner, de *Tribuna* (como suele decirse, un joven fino y realmente exagerado, tal vez de veinte años), se ha envenenado. Eso ocurrió cuando tú aún estabas en Praga... creo. Ahora se ha sabido el motivo: Willy Haas tenía una

⁷ Carta a Milena Pollak del 10 de junio de 1920.

⁸ Carta a Milena Pollak del 6 de junio de 1920.

relación con su esposa (de soltera Ambrožová, cristiana, amiga de Milena Jesenská y parecida a ella, dicen), que se supone se había mantenido dentro de unos límites intelectuales. No es que les sorprendieran ni nada parecido, sino que la mujer atormentaba al hombre, al que conocía desde años antes del matrimonio, principalmente con palabras y con su conducta, de tal modo que se mató en plena redacción. Por la mañana temprano, ella fue con el señor Haas a la redacción a preguntar por qué no había vuelto del turno de noche. Él ya estaba en el hospital, y murió antes de que llegaran. Haas, que estaba a punto de hacer su último examen, interrumpió los estudios, se peleó con su padre y dirige una revista de cine en Berlín. Parece ser que no le va bien. La mujer también vive en Berlín, y se cree que él va a casarse con ella. No sé por qué te cuento esta terrible historia. Quizá porque sufrimos bajo el influjo del mismo demonio, y por tanto la historia nos pertenece, tal como nosotros pertenecemos a ella.

Kafka recibió estas nuevas de Max Brod el 12 de junio de 1920. Ese mismo día las copió para Milena, casi palabra por palabra; tan sólo omitió, por cortesía, la observación de que era una «cristiana», además «amiga de Milena Jesenská», la que había empujado a la muerte a su joven esposo Josef Reiner. Pero ¿para qué ese esfuerzo? Aquella desgracia había ocurrido ya hacía meses—era el 19 de febrero, de hecho en aquella época Kafka todavía estaba en Praga—, así que tenía que tener claro que Milena estaba informada de primera mano y con mucho más detalle de la suerte de su amiga Jarmila. ¿Por qué entonces esta historia?

Pero Kafka hizo algo aún más incomprensible. Colocó el episodio citado en un marco, lo dotó de una introducción y

⁹ Max Brod a Franz Kafka, 9 de junio de 1920; carta a Milena Pollak del 12 de junio de 1920. El relato de Brod contiene algunas inexactitudes: dice que Jarmila Reinerová sigue aún en Praga, mientras Haas no estaba en Berlín como director sino como redactor de *Film-Kurier*. El rumor del parecido ente ambas amigas deriva probablemente de la circunstancia de que durante un tiempo Jarmila trataba de imitar a Milena.

una conclusión que no eran menos sorprendentes. «Formas parte de mí, aunque no vuelva a verte nunca [...] ¿cómo seguiremos viviendo? Si dices "sí" a mis cartas de respuesta, no puedes seguir viviendo en Viena, es imposible». Y terminaba: «Repito que no puedes quedarte en Viena. Qué horrible historia». Hay que suponer que incluso una mujer como Milena Pollak, acostumbrada a los golpes de efecto y que de vez en cuando también los daba, se quedaría sin aliento ante *esta* composición. Si lo había entendido bien—y cómo si no iba a entenderlo—, eso era nada menos que una intimación a abandonar a su propio marido y empezar una nueva vida con un hombre al que había visto fugazmente una sola vez, al que conocía tan sólo por textos literarios y algunas cartas personales. Una *doble* intimación, interrumpida por una historia de suicidio que no guardaba ninguna relación visible con la decisión exigida. No sabemos si después de ese susto se hizo preguntas acerca del estado psíquico de Kafka... motivos no le faltaban. Por el momento le comunicó algunos detalles que había sabido por la propia Jarmila, pero naturalmente pidió a Kafka que le dijera por qué precisamente esa desgracia le afectaba tanto como para vincularla a sus asuntos más personales. Porque al parecer no conocía a Jarmila en absoluto y «el señor Haas» tampoco se contaba entre sus amigos íntimos.

Quizá Milena hubiera podido intuir una explicación, esperada sin duda en tensión, si Kafka no se hubiera, por así decirlo, guardado la llave de ese enigma. Porque precisamente aquellas palabras que había omitido al copiar eran, según se veía ahora, las decisivas. El relato de Brod le había llegado desde Praga en un momento crítico, casi a la misma hora en la que se había resuelto a ponerse serio y desafiar a Milena: un momento de máxima excitación, pues, en el que le era absolutamente imposible no leer la noticia de aquella catástrofe—en la que, para mayor desgracia, aparecía el nombre *Jesenská*— como comentario a su propio destino. Enseguida

su mirada había ido más allá de la necia Jarmila y se había dirigido a Willy Haas, que al parecer había actuado con plena conciencia de su responsabilidad: era judío, y había destruido el matrimonio de una cristiana. Esta historia—Kafka estaba convencido de ello como si se tratara de una revelación divina—*estaba pensada para él*. Y esa certeza fue la que le indujo a apartar por un momento la cortina de un espectáculo de miedos judíos que tal vez Milena, del todo sorprendida, siguió únicamente con un escalofrío:

Para mí, de entrada, lo más horrible de esta historia es esa convicción de que los judíos tienen que matarse necesariamente, como animales de presa, y horrorizados, ya que no son animales sino gente de gran lucidez, han tenido que lanzare contra vosotros. Tú no puedes percibir esta imagen con toda su fuerza y plenitud, pero el resto de esta historia puede que lo entiendas mejor que yo. No comprendo en absoluto cómo los pueblos, antes de que ocurrieran los hechos recientes, pudieron concebir la idea del asesinato ritual (antes era, todo lo más, una envidia y un miedo difusos, pero aquí hay un espectáculo inequívoco, aquí se ve a «Hilsner» cometer el crimen paso a paso; que la joven lo abrace al mismo tiempo, eso qué importa); por otra parte tampoco comprendo que los pueblos hayan podido creer que el judío asesine sin marginarse a sí mismo a la vez, porque es eso lo que hace; pero, claro, eso no tiene por qué interesar a los pueblos.

Otra vez estoy exagerando, todo esto son exageraciones. Son exageraciones porque quienes buscan la salvación siempre se abalanzan sobre las mujeres, y lo mismo da que sean cristianas o judías.¹⁰

Así que ése era el motivo por el que Brod hablaba de una historia que les era común a todos, el motivo por el que Kafka la había «leído diez veces y las diez veces me ha hecho temblar de miedo». Ambos se identifican con el «criminal» ju-

¹⁰ Carta a Milena Pollak del 20 de junio de 1920.

¹¹ Carta a Max Brod de mediados de junio de 1920.

dío, ambos ven un ejemplo en Haas. Pero tan sólo Kafka se siente obligado a continuar esa historia; precisamente ahora, en el momento de la decisión, las imágenes tienen mayor poder sobre él, le siguen como a un sonámbulo, y él deja pasar el momento en el que podrían hacer descarrilar su pensamiento. Habla de crimen, sí, incluso trae a colación al funesto Leopold Hilsner, aquel supuesto «crimen ritual» cometido con una inocente muchacha cristiana que dos décadas antes la prensa había convertido en símbolo de una raza odiada.¹²

Kafka apenas hubiera podido tocar un concepto más cargado de emoción colectiva, y Milena ya no entendía de qué se trataba, después de aquellos excursos que convertían la historia de su amiga en una cuestión política. No se trataba de «exageraciones», sino de devastadores juicios morales, en los que Kafka podía contar como mucho con el asentimiento de los adversarios convencidos de los judíos. ¿Acaso sospechaba antisemitismo en ella? Al fin y al cabo, en una ocasión había explicado con llamativo sarcasmo por qué la pregunta en checo por su judaísmo («*Jste žid?*») le recordaba en su sonido un puñetazo, y naturalmente ella había intentado tranquilizarlo acerca de ese punto. Aquello no había sido más que una «broma tonta», afirmaba Kafka, sólo había querido hacerla reír con esos juegos fonéticos, y para despejar enseguida las dudas continuaba la supuesta broma, soltaba las riendas y olvidaba una vez más con quién estaba hablando:

[...] más bien podría yo reprocharte que tengas una opinión excesivamente buena de los judíos que conoces (yo incluido)—¡hay otros!—; a veces querría embutirlos a todos ellos (yo incluido) en el cajón del armario ropero, esperar después, luego abrir un poco el cajón para ver si ya se han asfixiado todos; si todavía no es el caso, cerrar otra vez el cajón y continuar así hasta el final.¹³

¹² Sobre el «caso» Hilsner véase más arriba la nota 21 del capítulo 13.

¹³ Carta a Milena Pollak del 12 y 13 de junio de 1920.

Milena Pollak era la amante y esposa de un judío. Por la unión con un judío había dejado su ciudad natal. Cabe dudar de que la lectura de estas caprichosas opiniones le hiciera reír.

Un año después, demostró ante Max Brod que podía incurrir en la ira alentada por esos mismos fantasmas ideológicos que Kafka hacía desfilar. Cuando Brod llevó la conversación hacia una de sus rivales, Milena disparó de inmediato: todas las judías eran «desdichadas, portadoras de desdicha, consagradas a la muerte». Ella *sabía* en ese momento que estaba hablando con el esposo judío de una mujer judía.¹⁴

Hay frases de Kafka que son penetrantes, pero apenas descifrables, que parecen oscuras desde el principio... sobre todo las notas de Zürau ofrecen sorprendentes ejemplos de ello. Sus manifestaciones acerca del judaísmo *no* se incluyen entre ellas, son manifestamente la herencia de una sangrienta historia, la deformación de conceptos, la demolición de tradiciones discursivas las que dificultan de forma tan extraordinaria su comprensión a los actuales lectores. Dicho con más exactitud: su comprensión empática. Después de los crímenes antisemitas de las décadas de 1930 y 1940, ya no es posible convertir la muerte del colectivo judío en objeto de broma. Es igual de imposible ponerse en el lugar de una persona para la que crímenes de tal dimensión no sólo están en la oscuridad del futuro, sino que son sencillamente inimaginables; en una conciencia, pues, en la que la idea de unos judíos

¹⁴ Carta de Max Brod a Kafka del 24 de mayo de 1921, en Brod y Kafka, *Correspondencia*, p. 348. Brod contaba que en aquella conversación Milena incluso había confesado su «odio instintivo» hacia su mujer. Kafka explicó que probablemente eso tenía que ver con la admiración que Elsa Brod mostraba hacia su marido, que Milena consideraba demasiado «servil». «M[ilena] odia a casi todas las judías», completaba poco después (carta a Max Brod de finales de mayo y mediados de junio de 1921).

que se ahogan no está ineludiblemente unida al concepto *gas*. Ni en su imaginativo juego con la muerte—que es raro en sus cartas—ni en la reflexión sobre las bases antisemitas de su mundo podía ocurrírsele a Kafka que tal destino pudiera de hecho alcanzar un día a la población judía, y la idea, finalmente, de que se privaría a sus propias hermanas del derecho a la vida, de que un día serían eliminadas conforme a un plan como insectos, superaba con mucho incluso las imaginaciones sugeridas por la guerra química. Kafka bromeaba con lo que ya no era humano, y podía hacerlo porque le parecía tan imposible y legendario, como las fantasías sádicas de *Pedro Melenas*, de Heinrich Hoffman. Esa ignorancia nos aterra. Sin embargo, ese desbordamiento de los límites de la civilización que Kafka no podía imaginarse sigue siendo *inimaginable* en sentido estricto, y sólo eso consigue abrir camino a la empatía histórica.

Para entender las manifestaciones de Kafka sobre el judaísmo en los años que siguieron a la guerra hay que ser consciente de que la acusación de antisemitismo aún no tenía entre los *judíos occidentales* el actual olor a sangre, ni siquiera connotaciones inequívocamente negativas. De otro modo, no cabe explicarse que Kafka calificara en una ocasión un artículo de Milena de «mordaz, malvado y antisemita», y en la misma frase lo calificara también de «espléndido».¹⁵ Por otra parte, llama la atención que ahora hable con mucha más frecuencia de experiencias de exclusión y de odio antisemita. Se siente obligado a ir más allá de la preocupación por la identidad judía, a estar más atento a la política, comprende que la época de una seguridad jurídica amplia para los judíos

¹⁵ Se trataba de la segunda parte del artículo de Milena Pollak «Nový velkoměstský typus» ('El nuevo arquetipo urbano'), que se publicó en *Tribuna* el 7 de agosto de 1920. Curiosamente, en este texto se habla de «nuevos ricos» y «beneficiados por la guerra», pero en ninguna parte de judíos. Véase la traducción al alemán de Marek Nekula (en *Cartas, 1918-1920*), y la carta de Kafka a Milena Pollak del 10 de agosto de 1920.

toca a su fin, y reacciona como todo aquel que se ve privado de la seguridad: se vuelve más sensible, y su mirada hacia los demás se agudiza.

Esta sensibilidad es especialmente llamativa en la época de Kafka en Meran. No era en absoluto la primera vez que estaba rodeado durante semanas de personas que o bien rechazaban a los judíos o al menos convertían en problema su trato con ellos. Sin duda años antes, en el sanatorio naturista de orientación cristiana de Jungborn, ya había tenido experiencias parecidas, sin considerarlas dignas de ser mencionadas en sus cartas o diarios. Ahora, en la pensión Ottoburg, era muy diferente:

[...] el público es completamente cristianoalemán, particularmente llamativos son: unas cuantas damas mayores, uno que fue o sigue siendo—da igual—general y, en el mismo sentido, un coronel, dos personas inteligentes, agradables [...] Sin embargo hoy, cuando llegué al comedor, el coronel (el general aún no había llegado) me invitó con tanta amabilidad a que me sentara a la mesa común, que tuve que acceder. Y las cosas siguieron su curso. Después de las primeras palabras quedó en evidencia que soy de Praga; ambos, el general (yo estaba sentado frente a él) y el coronel conocían Praga. ¿Un checo? No. Entonces expliqué ante los leales ojos militares alemanes aquello que en verdad eres tú. Alguien dice: «alemán de Bohemia», otro: «Malá Strana». Todo el asunto pasa y se sigue comiendo, pero el general, con su oído agudo educado filosóficamente en el ejército austríaco, no ha quedado satisfecho, después de la comida comienza a cuestionar el tono de mi alemán, por cierto que quizá sea más bien la vista y no el oído lo que dude. A partir de ese momento puedo intentar explicar lo de mi judaísmo. Ahora ha quedado satisfecho desde un punto de vista científico, pero no desde el punto de vista humano. En ese mismo instante, probablemente por casualidad ya que todos no pueden haber oído la conversación o quizá por alguna otra razón, todos se levantan para irse (en cualquier caso, ayer hicieron una larga sobremesa, yo lo oí porque mi puerta da al comedor). También el general está muy tranquilo, por cortesía lleva la conversación a una especie de tér-

mino antes de salir de prisa dando grandes zancadas. En lo humano esto tampoco me gratifica mucho, ¿por qué he de torturarlos?, en todo lo demás es una buena solución, yo nuevamente estaré solo sin provocar la situación extraña de sentarme solo, siempre y cuando no inventen algún tipo de normas.¹⁶

El tono de indiferencia engaña, el dolor está presente, sólo superficialmente amortiguado. Kafka sabe que *es* casualidad que todos se levanten en el mismo momento en el que él se confiesa judío, pero su sentimiento en contrario, una expectativa profundamente enraizada, es tan fuerte que aun así olfatea «alguna relación». Incluso el cortés general, le parece, tiene de pronto una prisa llamativa, y al final Kafka evoca incluso la visión de una secreta deliberación que proscriba al indeseado comensal judío.

Pasarán semanas antes de que la momentánea rigidez se afloje y Kafka vuelva a ver con más claridad. La cosa no es tan mala, concede ahora, probablemente ha exagerado. El general le aprecia como contertulio y es más amable con él que con todos los demás, el coronel sospecha incluso del «tonto» antisemitismo que cultiva el general, y cuando en la mesa se habla de «bajeza» y «descaro» judíos, hay risas e incluso se disculpan ante él. En pocas palabras, «en la mesa el antisemitismo presenta la inocencia que le es característica», que consiste precisamente en absolver con un guiño a los judíos de aspecto contenido y asimilado con los que se trata de alguna manera, mientras se ve con satisfacción, por ejemplo, que a los líderes judíos de la República Soviética de Baviera, la pesadilla de la burguesía alemana, los fusilen.¹⁷ En esa mesa, Kafka

¹⁶ Carta a Max Brod del 6-8 de abril de 1920.

¹⁷ Carta a Max Brod de después del 15 de mayo de 1920. Una ilustración de a qué se refería Kafka con la «inocencia del antisemitismo» la proporcionaba ese mismo año—y sin duda por experiencia propia—Otto Pick en *Selbstwehr*. En su ficticia «Conversación sobre el antisemitismo» dice: «Dado que, a pesar de haber nacido judío, no suelo ser considerado

tiene que haber visto muy pronto con claridad lo ingenuos que habían sido sus planes originales de viajar a Baviera: allí sólo aceptaban a los huéspedes judíos para matarlos, según él matizaba más tarde.¹⁸

Brod sabía de sobra de qué hablaba Kafka. «¡Desvergüenza judía!», había sonado en sus propios oídos pocos días antes, en circunstancias mucho más amenazadoras y a la luz pública. Había sido en un palco de la Orquesta de Cámara de Múnich, Brod estaba sentado junto a Kurt Wolff y su gerente Meyer, esperando recibir el acostumbrado aplauso para su obra en un acto *Las cumbres del sentimiento*, una obra inofensiva y alejada de la política, que el público había acogido con emoción en otras ciudades. En esta ocasión, sin embargo, hubo risas y siseos, llovieron silbidos y gritos de escarnio. En Múnich las cosas estaban mal: desde el violento fin de la república de corte soviético, cada judío que tomaba la palabra en público se encontraba con gente dispuesta al pogromo, y sin duda la mayoría de los que allí reían y jaleaban había aprobado que se eliminara sin juicio ni condena a una figura tan insignificante desde el punto de vista de la política de poder como Gustav Landauer. Quizá también había uno o dos espectadores que habían estado presentes cuando en febrero, apenas dos meses antes, un agitador recién surgido llamado Hitler había propuesto una sencilla solución administrativa para el problema judío: concretamente, la privación de ciudadanía a todos los judíos alemanes. En esa misma ocasión—había sido en el acto fundacional

como tal ni por mi aspecto ni por mi forma de hablar, me ha ocurrido repetidas veces que en mi presencia los cristianos se hayan entregado a abiertas manifestaciones antisemitas [...] Si en ese momento me daba a conocer como judío, acogían la declaración con las apaciguadoras observaciones de que yo constituía una excepción a la norma (¿¡porque no tengo aspecto judío!?) y que si todos los judíos fueran como yo no habría antisemitismo» (24 de diciembre de 1920, p. 1).

¹⁸ Carta a Ottla Kafka del 16 de marzo de 1921.

del NSDAP,¹⁹ en la cervecería Hofbräuhaus de Múnich, ante dos mil personas entusiasmadas—había prometido trabajar «sin descanso» con ese fin, «en caso necesario, empleando mi propia vida».²⁰

Kafka se sintió ratificado al leer el relato de terror llegado de Múnich, aunque en un sentido distinto al que Brod había esperado. Si los judíos, como afirmaban los sionistas, eran un pueblo histórico, cultural, racialmente autónomo, que tan sólo tenía que tomar conciencia de su autonomía, entonces no cabía sostener que los judíos intervinieran masivamente en la historia política de *otro* pueblo, por idealistas que fueran sus motivos. La conclusión era fatal, aunque obligada, y tan sólo unas semanas antes Martin Buber la había reforzado de manera expresa—precisamente en un solemne discurso en memoria de Landauer—, haciendo un llamamiento a la contención: «Ignoró por completo que la circulación sanguínea de este organismo popular ajeno es completamente distinta de la nuestra y la suya. Quiso imponer el *tempo* de su sangre, el ritmo de su sangre, a ese organismo ajeno; él y algunos otros judíos con él», dijo Buber acerca del amigo asesinado.²¹ Así era como argumentaban también los antisemitas. Pero la concepción de Buber—cuya ceguera ideológica resulta hoy llamativa—cautivó a Kafka, que la hizo suya. También la reacción del público teatral de Múnich, escribió a Brod, era perfectamente comprensible:

¹⁹ Siglas alemanas del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. (N. del T.).

²⁰ El punto 4 del «Programa de 25 puntos» del NSDAP, leído por Hitler en la cervecería Hofbräuhaus el 24 de febrero de 1920, decía: «Sólo podrá tener la condición de ciudadano quien sea compatriota. Sólo podrá tener la condición de compatriota quien tenga sangre alemana, sin tener en cuenta la confesión. Por eso, ningún judío puede ser compatriota».

²¹ Buber pronunció este discurso en Praga el 27 de marzo de 1920; estaban presentes Max Brod y Hugo Bergmann. El texto completo fue reproducido en *Selbstwehr* el 2 de abril de 1920, pp. 6 y ss.

Quizá los judíos no perjudiquen el futuro de Alemania, pero el presente de Alemania puede parecer perjudicado por ellos. Desde hace mucho tiempo que le han impuesto cosas a Alemania, a las que quizá se habría llegado lentamente a su manera, pero en relación con ellas se ha generado una oposición porque provenían de extraños. Una ocupación espantosamente estéril, el antisemitismo y todo lo relacionado con él, y Alemania se lo debe a los judíos.²¹

¿Por qué no se pone furioso Kafka? ¿Por qué muestra tan llamativa comprensión, e incluso echa la culpa del antisemitismo a los propios judíos? La actitud resulta tanto más chocante porque, en Praga, la época de la posguerra ofrecía ejemplos sobrados de que los antisemitas convencidos *siempre* encuentran motivos y pretextos. A través de la prensa, pero sobre todo a través de Brod, Kafka estaba informado con exactitud de lo frecuentes que eran los ataques físicos contra los judíos germanoparlantes y lo desvalido que estaba el nuevo Gobierno ante este problema. No hay ninguna duda de que también él había observado en persona tales incidentes, y de que la amenaza de un pogromo general, que de hecho fue impedido por poco a finales de 1920, no era una experiencia esencialmente nueva:

Paso ahora las tardes enteras en las calles, inmerso en el odio a los judíos. «Prašivé plemeno» ['raza sarnosa'] he oído una vez llamar a los judíos. ¿No es lo natural marcharse de donde lo odian tanto a uno? Para ello no hace falta ser sionista ni nacionalista. La heroicidad que consiste en quedarse pese a todo es la de las cucarachas, que no hay forma de eliminar del cuarto de baño.

Acabo de mirar por la ventana: policías a caballo, gendarmes preparados al ataque con bayoneta, muchedumbre vociferante que

²¹ Carta a Max Brod de después del 15 de mayo de 1920. Kafka se hacía enviar regularmente *Selbstwehr* a Meran; naturalmente, podía suponer que los dos conocían el artículo de Buber.

se dispersa, y aquí arriba, en la ventana, la repugnante vergüenza de vivir constantemente bajo protección.²³

En Múnich: alemanes contra judíos. En Praga: checos contra alemanes y judíos. Todo iba a parar a lo mismo. Pero el resumen de Kafka permite advertir que su atención no iba dirigida al indudable derecho de las víctimas, sino a su posición moral, que le parece sospechosa. Porque es vergonzoso vivir bajo un muro protector de bayonetas; no es fortaleza, sino repugnante importunidad, querer vivir allí donde no se es querido. Sin duda fue también la apresurada disponibilidad a adaptarse de muchos judíos de Praga la que indignó a Kafka y lo movió a hacer observaciones inusualmente despreciativas: los apellidos alemanes se cambiaban a grafía checa, los niños germanoparlantes eran enviados de pronto a escuelas checas, y uno ya no quería ser visto en el Casino alemán.²⁴ Pero, sobre todo, era la estricta sensibilidad de Kafka en cuestiones de dignidad personal la que le impedía sentir un odio inquebrantable hacia los autores de los excesos y una compasión pura por los perseguidos. Los antisemitas checos sabían lo que querían, mientras que los judíos alemanes se li-

²³ Carta a Milena Pollak del 17-19 de noviembre de 1920. Los excesos aludidos, originariamente motivados por la hostilidad hacia los germanoparlantes, duraron varios días; los dos teatros de habla alemana fueron ocupados, así como varios cafés y las redacciones del *Prager Tagblatt* y el *Bohemia*. Una vez más, el alcalde antisemita de Praga, Baxa, se encargó de que la mayoría de los autores de los incidentes fueran rápidamente liberados después de ser detenidos.

²⁴ En Meran, en el hotel Emma, Kafka había hablado con un judío de Praga que le parecía un ejemplo perfecto de ese oportunismo. También su hijo había cambiado de colegio: «ahora no sabrá ni alemán ni checo, sino que ladrará» (carta a Max Brod del 6-8 de abril de 1920). Que cambiarse de nombre no sirvió de nada a los judíos lo demostraron de forma paradigmática los excesos de noviembre de 1920: las placas de comercio destruidas a docenas llevaban casi exclusivamente apellidos checos, pero que *sonaban* judíos.

mitaban a llamar a la policía. De ahí surgía un dilema moral: si bien las víctimas tenían toda la razón de su parte, el *papel* social de las víctimas judías apenas era compatible con la autoestima. Y ese dilema era contagioso; implicaba, por así decirlo, al observador judío, que en absoluto podía alegrarse de formar parte del colectivo de los inocentes.

A Milena Pollak, que no tenía una idea tan intensa del cambio de atmósfera de Praga, le costaba trabajo entender por qué de pronto la cuestión de su judaísmo se había vuelto tan virulenta para Kafka. ¿Por qué lo tomaba de forma tan personal? ¿Tenía miedo a cruzar la trinchera? Pero eso ya lo hacía: se relacionaba con una mujer de otra lengua y confesión, una mujer de otra moral incluso, y nada permitía pensar que hubiera tenido que superar escrúpulo alguno. Hacía mucho tiempo que ella no apostrofaba como «cristiano» a nadie, se interesaba tan poco como Pollak por las cuestiones de religión, y la diferencia de confesiones no había planteado fricciones *dentro* de su matrimonio. Kafka veía fantasmas, se debatía entre problemas que eran fáciles de solucionar en una conversación amistosa. Ya a las pocas cartas, a finales de mayo, ella le había invitado a ir a Viena. Ahora que sabía qué extraviados escenarios lo atormentaban, eso le importaba tanto más. Sólo dependía de él encontrar un poco de paz. Así que, ¿por qué no iba?

El director Odstrčil había mantenido su palabra. Y el doctor Kafka se lo había puesto fácil. En realidad, nadie en el instituto esperaba que el secretario y director de sección recientemente restablecido regresara puntualmente a su escritorio a finales de mayo. Pero, sorprendentemente, Kafka no pidió que se prorrogara su permiso por enfermedad, sino tan sólo poder enlazarlo con sus cinco semanas de vacaciones normales y poder quedarse en Meran. Incluso encargó a su hermana Ottla hablar personalmente con el director y explicarle

esa solicitud. En vista de los últimos informes médicos, era imposible que la rechazaran.

Naturalmente, Kafka no podía prometer su completa curación, aunque la autoterapia por la que había optado apenas era inferior a un tratamiento en un sanatorio pulmonar. Lo más importante era tumbarse tranquilamente al aire libre todos los días, durante horas; un ejercicio indicado para personas que sueñan despiertas, algo para lo que Kafka no necesitaba guía alguna, sin duda. Lo siguiente en importancia era la alimentación, que en la pensión Ottoburg, a pesar de la persistente carencia, respondía en gran medida a sus deseos: Kafka pudo anotar un saludable incremento de peso, de hasta siete libras. «No volveré a encontrar una pensión y un trato tan buenos», escribía a su hermana, que tuvo que sentirse bastante sorprendida frente a la total ausencia de quejas.²⁵ Entretanto, Kafka también había conocido a un compañero adecuado, un ingeniero y fabricante bávaro con el que daba paseos o emprendía pequeñas excursiones, y en Meran incluso había ocasión de trabajar unas pocas horas en el huerto, sin fatigarse demasiado.

Sin embargo, todo eso se veía socavado por constantes trastornos del sueño, que no hacían sino empeorar y que ponían a Kafka en un estado de excitación sin objeto. Nada inusual, decía la guía Baedeker: el insomnio podía deberse al aire de la montaña. Pero Kafka no podía contar con que en Praga, donde iban a someterlo a una rigurosa revisión médica cuando regresara, aceptaran tales excusas. De hecho, la continua privación de sueño amenazaba con impedir el éxito de la cura; si quería quedarse en Meran, necesitaba un antídoto eficaz. Kafka bebió cerveza, se dejó convencer para tomar infusiones de valeriana, incluso echó mano del odiado bromuro, que le reportó más aturdimiento que sueño. Naturalmente, con tales remedios no iba a la fuente del mal, que sabía muy bien dónde se encontraba, sin que pudiera hablar de ello con nadie.

²⁵ Carta a Ottla Kafka de la segunda quincena de mayo de 1920.

Kafka había acordado con Julie Wohryzek—que seguía siendo su prometida—sumar a su estancia en Meran algunos días juntos en Karlsbad. Hasta entonces, él debía informarle regularmente... Julie estaba preocupada, y sucedió que se dirigió a Ottla para saber más detalles acerca de cómo se encontraba él. Así que hubo dos correspondencias, que Kafka mantuvo en paralelo y con igual frecuencia, sin que al principio tuviera la sensación de estar haciendo algo contradictorio, y menos aún reprochable. Y es que las comunicaciones con Julie eran de naturaleza completamente distinta a la de las de Milena. Con Julie no había enfrentamientos, y en sus postales (que no se han conservado) no hay duda de que Kafka evitaba todo lo que podía causar inquietud. En la correspondencia con Milena, en cambio, se penetraba en cámaras psíquicas que él había mantenido bajo llave desde hacía años. Si se aplicaba a ellas tan sólo la medida de la intensidad y la plenitud imaginativa—y esa medida era la vinculante para Kafka—, no había ninguna razón para relacionar las emocionantes cartas de Viena con las cautelosas de Praga, ya no digamos para dejarse quitar el sueño por la mala conciencia. Milena estaba presente, Julie lejana; la una era un milagro, la otra, más de cinco años mayor, seguía siendo «la mu-chacha».

Este telón intrapsíquico se vio bañado en una luz totalmente distinta en el mismo instante en que Milena le pidió que fuera a Viena. Para ella era una transición natural: uno se escribe con alguien, y luego se encuentra con ese alguien. Para Kafka, en cambio, fue un despertar estremecedor, que lo arrastraba desde lo imaginario a la lógica de las relaciones sociales. Era imposible ir primero a Viena y luego a Karlsbad. Era imposible cancelar Karlsbad sin mencionar Viena. Aquellos lugares estaban en *el mismo* continente, y los caminos eran cortos.

A eso se añadía la amenaza de una reñida relación triangular o incluso cuadrangular, una situación en la que Kafka no

tenía experiencia de ninguna clase. Le parecía enteramente impensable ver juntos, por ejemplo, al señor y la señora Pollak; retornar, después de *esas* cartas, a una conversación cortés, regida por la táctica social, habría significado un final, o por lo menos una abismal mentira, que hacía absurda toda la empresa. Pero sin ese juego del escondite tampoco era posible ver a Milena a solas: la probabilidad de ser reconocido por alguien en el centro de Viena era grande, y en cuanto la noticia llegase al café Herrenhof Kafka no podría retirarse sin topar con toda una manada de conocidos, incluyendo a Ernst Pollak. Se tomara por donde se tomara, la situación era incontrolable, y su resultado enteramente incierto. Estaba espiritualmente enfermo, escribía Kafka, al que el miedo mantenía despierto; un encuentro en Viena era imposible «porque no soportaría el esfuerzo espiritual». Sin embargo, pocas horas después enviaba un telegrama también a Julie: no, no habrá días comunes en Karlsbad. Siguen motivos.

Si Milena Pollak hubiera tenido ocasión de leer las cartas a Felice Bauer—murió mucho antes de su publicación—, sin duda habría reconocido el modelo. Controlar el vuelo de la imaginación para dar paso al esfuerzo de la realidad era lo que tanto costaba a Kafka; era el *miedo antes del aterrizaje*, el miedo a soltar los mandos *luego*, el que lo forzaba a hacer maniobras extravagantes. Voy, no voy, iré más tarde... Felice también había oído eso innumerables veces. En Berlín, desde luego, todo había girado en torno al tema del matrimonio y el temor a no poder tomar una decisión verdaderamente libre en la ciudad ajena, entre personas extrañas y a la vez demasiado próximas. En Viena, en cambio, le atraía una aventura erótica y existencial que no escondía un potencial de destrucción en absoluto imaginario. En Viena podía hacerse culpable—la historia de Jarmila le había hecho consciente de ello, como si la hubieran inventado ex profeso para él—, y culpable ante personas cuya demostrada fuerza vital sólo podía admirar con humildad. La nostalgia era abruma-

dora, la responsabilidad también: «No iré, con toda seguridad, pero si pese a todo...».²⁶

Pasaron más de tres semanas; fueron necesarias por lo menos otras veinte cartas antes de que Kafka pudiera aminorar su agitación interior lo bastante como para tomar una decisión práctica. Poco a poco fue haciéndose consciente de que la imaginación no puede preceder a la vida *tanto como se quiera*. Había alcanzado una profunda confianza, como quizá nunca antes. Había dejado al descubierto la herida judía ante los ojos de una no judía. Había hablado a Milena de su miedo, el miedo a plantear exigencias a la vida, a aquella «conspiración interior contra mí» que se oponía a cualquier paso esperanzador; y le había prometido su *Carta al padre*, que seguía descansando en un cajón, para que pudiera hacerse una idea de los orígenes de ese miedo. La había intimado a dejar Viena y, para reforzar la seriedad de sus palabras, había dado un gran paso más: «no gano mucho, pero más que suficiente para nosotros dos».²⁷ Había cogido impulso, se había lanzado a lo casi imposible. Y, si no quería tachar todas esas cartas—tanto las suyas como las de ella—, ahora tenía que ir a Viena: a la metrópoli antaño odiada, cuya decadencia había profetizado hacía años y sobre la que, vista desde el Oeste, se extendía inesperadamente una luz muy distinta, más prometedora.²⁸

El lunes, 28 de junio, Kafka hizo cansado sus maletas, echó una última mirada inquisitiva al espejo del armario, se despidió de las personas que le habían atendido cuidadosamente desde hacía casi un trimestre, repartió propinas, recibió los buenos deseos—en parte formales, en parte cordiales—de

²⁶ Carta a Milena Pollak del 31 de mayo de 1920.

²⁷ Carta a Milena Pollak del 23 de junio de 1920.

²⁸ En una carta a Grete Bloch, a la que también apremiaba a dejar Viena lo antes posible, Kafka hablaba antes del comienzo de la guerra de un «gigante urbano moribundo» (8 de abril de 1914).

algunos de sus comensales, echó rápidamente al buzón una postal para Ottla y, hacia el mediodía, subió al vagón rotulado VIENA. Probablemente miró un tiempo atrás, hacia las laderas adornadas por castillos, exploradas en innumerables paseos, del gran valle. Tienen que haberle parecido muy lejanas, la imagen petrificada de una vida pasada. Entrada la tarde, aburridos controles de equipajes en el Brennero. Presentación de un visado austríaco caducado hace mucho, que es pasado por alto con indulgencia. Detrás de Innsbruck, el atardecer. Las estaciones nocturnas de Salzburgo y Linz. Kafka sigue despierto.

Cuando sentía ese miedo me miraba a los ojos, esperábamos un rato, como si nos hubiéramos quedado sin aliento o como si nos dolieran los pies, y al cabo de un rato se pasaba. No hacía falta el menor esfuerzo, todo era sencillo y claro, me lo llevé a las colinas que hay detrás de Viena, yo iba delante, porque él caminaba despacio, detrás de mí, y si cierro los ojos aún veo su camisa blanca y el cuello requemado, y cómo se esfuerza. Caminó todo el día, arriba y abajo, al sol, y no tosió ni una sola vez, comió muchísimo y durmió como una manta, estaba sencillamente sano, y en aquellos días su enfermedad nos parecía algo así como un pequeño resfriado.²⁹

Ella le llamaba «Frank». Puede que nunca antes le hubiera llamado nadie por un nombre distinto del suyo, pero esa singular, íntima denominación, provenía de él mismo. Porque así había firmado sus cartas durante un tiempo, sólo al segundo vistazo se advertía que eso quería decir «Franz K», primero con punto, luego sin él, antes de acercarse un poco más con «Su F» o sencillamente «F». Pero se quedó con Frank, Milena se atuvo a eso mientras él vivió.

Su descripción de los cuatro días que pasaron juntos en

²⁹ Carta de Milena Pollak a Max Brod de enero-febrero de 1921, en Wagnerová [1996:46]. El término *requemado* significa aquí 'moreno', un austriacismo que a veces también Kafka utilizaba.

Viena es la única que tenemos. En las propias cartas de Kafka no se encuentran más que alusiones, evocaciones de instantes felices de plena relajación, como él nunca había experimentado antes. El miedo a entregarse a una persona desconocida, y por tanto a la caótica plenitud de la vida, se había demostrado superable, y el recuerdo de que durante unas pocas horas había podido entrar a la zona prohibida de la felicidad simbiótica estuvo disfrutándolo durante meses, en sueños solitarios. Naturalmente, tampoco en Viena faltaron momentos de desilusión. Kafka se había alojado el martes por la mañana en un hotel miserable junto a la Estación Sur, pero estaba tan agotado que aplazó el primer encuentro con Milena hasta el día siguiente. Se encontraron en la acera, delante del hotel, en medio de un tráfico estruendoso, y si visitaron los lugares en torno a los que su imaginación llevaba volando desde hacía semanas—la incómoda Lerchenfelder Strasse, en la que vivía; la oficina de Correos en la Bennogasse, donde recogía sus cartas—fue lanzando miradas huidizas a su alrededor y temiendo encontrarse testigos indeseados. Pero allí, en las laderas del Wienerwald, estaban solos, y la timidez pronto desapareció. El primer día, escribió Kafka, había sido «el inseguro»; el cuarto y último, el «bueno».³⁰

Sin embargo, la rápida decisión que Kafka había esperado en secreto no tuvo lugar. Milena aún no estaba ni con mucho segura de qué esperaba de él, y no digamos de cómo sería la vida en Praga con un hombre cuya presencia intelectual era abrumadora, pero cuya sensualidad era tímida, a la defensiva, inocente, por así decirlo. Aquel último día en el bosque—era el trigésimo séptimo cumpleaños de Kafka—fue el día de mayor aproximación física, casi de seducción. Pero si el *miedo* era su auténtico y más hondo problema, ¿cómo era posible que recordarse precisamente ese día como el bueno?

No es posible responder esa pregunta sin dar la palabra al

³⁰ Carta a Milena Pollak del 15 de julio de 1920.

mudo sexo. Hoy en día, es difícil medir el desafío, la aceleración del pulso que eso tiene que haber representado, qué inhibiciones de discurso, escrúpulos y cuestiones impuestas por el reparto de papeles había que superar en el año 1920 antes de que un hombre definiera ante una mujer—mucho más joven, encima—su propia sexualidad, sin el doble fondo del coqueteo, más allá de los juegos verbales del cortejo erótico. Aquello tenía algo de utópico, escondía la promesa de una dicha ajena e insospechada. Felice siempre había rehuido los titubeantes intentos de Kafka de avanzar desde los asuntos del corazón a los del sexo. Milena, en cambio, preguntaba, era experimentada, sabía que los instantes de dicha sin palabras presuponen instantes de confianza *articulada*. Y ahora Kafka tenía esa confianza. Ya no distinguía entre muchacha, mujer y congénere femenino. Empezaba a hablar a las tres:

Las cartas tuyas más bonitas (y eso ya es mucho decir, porque en su conjunto son, casi línea por línea, lo más hermoso que me ha ocurrido en mi vida) son aquellas en las que das la razón a mi «miedo» y al mismo tiempo tratas de explicar que no debo tenerlo. Porque yo también, aunque a veces parezca ser un defensor sobornado de mi «miedo», probablemente, en lo más hondo, le doy la razón, es incluso una parte de mí y quizá sea lo mejor que tengo. Y como es lo mejor, quizá sea lo único que tú amas. Porque, fuera de eso, ¿qué puede haber en mí digno de ser amado? Eso, sin embargo, sí lo es.

Me preguntaste una vez cómo podía considerar «bueno» aquel sábado, con el miedo en el corazón: es fácil de explicar. Como yo te quiero (y te quiero—qué difícil te resulta entenderlo—, como ama el mar un diminuto guijarro que tiene en el fondo, exactamente así te anega mi amor; y que yo sea para ti ese guijarro, si lo permiten los cielos), quiero al mundo entero, y a él pertenece también tu hombro izquierdo, no, era primero el derecho y por eso lo cubro de besos cuando me apatece (y si tú tienes la bondad de retirar un poco la blusa), y a él pertenece también el hombro izquierdo y tu rostro sobre el mío en el bosque y tu rostro bajo el mío en el bos-

que y el descansar junto a tu pecho casi descubierto. Y por eso tienes razón cuando dices que ya hemos estado unidos y yo no tengo ningún miedo de eso, antes bien, es mi única felicidad y mi único orgullo y no lo limito al bosque.

Pero precisamente entre ese mundo diurno y aquella «media hora en la cama» de la que me escribiste una vez con menosprecio como de una cosa de hombres, hay para mí un abismo que no puedo superar, probablemente porque no quiero. Aquello es un asunto de la noche, en todos los sentidos asunto de la noche; aquí está el mundo y yo lo poseo, ¿y ahora he de pasar de un salto a la noche para tomar otra vez posesión de ella? ¿Se puede tomar posesión otra vez de algo? ¿No significa eso perderlo? [...]

¡Querer atrapar por arte de magia en una noche, con apresuramiento, respirando con dificultad, desvalido, obsesionado, querer atrapar por arte de magia lo que cada día está ofreciendo a los ojos abiertos! («Quizá» no se pueda tener hijos de otro modo, «quizá» también sean magia los hijos. Dejemos de momento esta cuestión). Por eso estoy tan agradecido (a ti y a todo) y es por tanto *samožřejmě* ['evidente'] que yo, a tu lado, esté muy tranquilo y muy intranquilo, muy coaccionado y muy libre, debido a lo cual, después de haber visto esto, he renunciado a cualquier otra vida.³¹

Cabe dudar de que Milena Pollak pudiera entender el pleno significado de esta última frase, con una coma equivocada en el punto decisivo. Porque dice, nada menos, que Kafka se despide de su propia sexualidad. Pero no porque la considere una mácula personal, sino porque no puede integrarla, porque no tiene nada que hacer con su aspiración a la felicidad, porque sigue siendo algo extraño, que se opone a su propia psique como un poder inconcebible, incontrolable. El Bien atrae al Mal como la mujer atrae a la cama, había anotado Kafka lacónicamente en Zürau. No había podido alcanzar ese rigorismo ético en su vida práctica: Julie Wohryzek se había convertido en su amante, el deseo sexual estaba pre-

³¹ Carta a Milena Pollak del 9 de agosto de 1920.

sente incluso en Meran, donde durante semanas había perseguido en sus pensamientos a una criada, y sin duda también la habría abrazado en caso de respuesta inconfundible por parte de ella. Todo eso «contra mi sincera voluntad», confesaba a Milena. Porque el sexo le parecía un rodeo, un camino extraviado, que, si no al Mal, conducía a la oscuridad, allí donde hombre y mujer se entregan a una tempestad que al final les arranca de la mano lo que ya creían poseer. Pero Kafka sólo puede imaginar la felicidad con imágenes de paz, de calma, de total relajación. Poder olvidar alguna vez que se es alguien «en busca de salvación»; poder dejar de estar alerta, dejar las puertas abiertas. Apoyar la cabeza en su pecho o en su regazo. Sentir su mano fresca sobre la frente. «[...] nada más, silencio, bosque profundo».³²

Kafka encontró casi vacía la gran vivienda del Altstädter Ring; los padres no regresarían de sus tradicionales vacaciones de verano en Franzensbad hasta al cabo de unos días. Tan sólo Ottla estaba allí, ocupada con los preparativos de su boda. Ella fue la primera a la que Kafka contó lo que había ocurrido. A su vez, supo por ella cómo le había ido entretanto a su amiga Julie y en qué estado iba a encontrarla. Ambos sabían que se avecinaba un difícil proceso.

Además, a Kafka le esperaba una sorpresa. Naturalmente, hacía mucho que había informado a Brod de que su vida había cambiado, que Meran había marcado un punto de inflexión, no desde el punto de vista de la salud, pero sí en un sentido totalmente distinto. Por segunda vez, una relación amorosa que no florecía a través de caricias sino de cartas; por segunda vez, el intento de atrapar y retener una imaginación erótica abrumadora. «Ella es un fuego vivo como no lo he visto jamás», había contado a Brod con entusiasmo, para

³² Cartas a Milena Pollak del 8-9 de agosto y del 29 de julio de 1920.

enseguida añadir: «pero un fuego que sólo arde para él».³³ *Para él*: se refería a Ernst Pollak. Aunque no mencionara expresamente el nombre—por precaución ante eventuales lectores indeseados—, Kafka creía haber esparcido suficientes indicios como para hacer ver de qué destacada pareja estaba hablando.

Pero ahora resultaba que su amigo no tenía ni idea. Se había roto la cabeza en vano preguntándose quién podía ser la misteriosa mujer de Viena, y tampoco se le había ocurrido pensar que se tratase de una «cristiana». Para Kafka, un descubrimiento asombroso, incluso estremecedor. Porque significaba que Brod no le había contado el trágico episodio en torno a Jarmila y su amante germanojudío (y posterior esposo) Willy Haas por ninguna razón en particular, y desde luego no para adoctrinarlo; significaba, además, que había dejado caer de forma puramente *casual* el nombre de Milena Jesenská en su carta.

«¿Acaso tiene esa historia alguna relación con nosotros?», acababa de preguntarle Milena en Viena. «¿Acaso es una advertencia?». Claro que no, había asegurado Kafka, que hacía mucho tiempo era consciente de a qué generalizaciones se había dejado arrastrar: no, no tenía ninguna relación, no era una advertencia. Y ésa era la verdad, como *ahora* se veía. Los caminos del tribunal interior seguían siendo insondables. Pero Max Brod, que nunca había visto a su amigo en semejante estado de exaltación, no estaba menos sorprendido. «Es muy feliz», anotó en la noche que siguió a su primer encuentro. «¿Estará a la altura de esta tormenta?». A esa misma hora, también Kafka se sentaba a su escritorio: «si espoleable morir de felicidad, tiene que ocurrirme a mí. Y si uno que está destinado a morir puede permanecer vivo de felicidad, entonces yo seguiré viviendo».³⁴

³³ Carta a Max Brod de la segunda quincena de mayo de 1920.

³⁴ Carta a Milena Pollak del 5-6 de julio de 1920.

19. EL GRAN «Y SIN EMBARGO»

Los arroyos se mueven, avanzan; el mar no.

HENRI MICHAUX,

«Le escribo desde un país lejano»

Cuando estaban juntos se habían reído mucho, sobre todo las primeras semanas, en la pequeña pensión de Schelesen. Más tarde se habían vuelto más silenciosos, soñaban con fundar una familia, buscaban una pequeña vivienda en Praga, habían ya decidido el día de la boda. Pero todo aquello había quedado en nada. La risa común terminó entrada la tarde del 5 de julio de 1920, en la Karsplatz, una plaza alargada, similar a un parque, en la ciudad nueva de Praga. Kafka había acudido corriendo al salir del trabajo, Julie Wohryzek venía del cercano salón de modas de su hermana.

La joven temblaba de pies a cabeza. Hacía semanas que sabía que tenía una rival; a finales de mayo había esperado en vano el regreso de Kafka, en vano el acordado encuentro en Karlsbad. Había una amiga checa con la que se carteaba, decía... una razón no muy convincente. Porque ¿cómo podían importar más las palabras escritas de una desconocida que las ternuras de una compañera? Luego Julie se enteró de que Franz había visitado a esa mujer, durante varios días incluso, y no se podía pasar por alto que había cambiado. Él insistía en que no era así, pero estaba tan abrumado por aquella nueva experiencia en Viena que a su lado todo lo demás perdía importancia y, por así decirlo, desaparecía. De modo que la separación era inevitable. Lo repitió varias veces. Era difícil de entender; precisamente ahora, cuando ya no se trataba de dinero o vivienda, sino de la vida de ambos, mostraba una inusual decisión, incluso una dureza, que no se dejaba impresionar por ningún argumento. Por fin, ella respondió que no podía despedirse por las buenas. «Yo no puedo marcharme, pero si me dices que me vaya, me voy. ¿Quieres que me

vaya?». «Sí», respondió Kafka, que en ese momento sin duda estaba preparado para una explosión, pero resuelto pese a ello a no abandonar el camino tomado. «Pero si no puedo marcharme», dijo Julie.¹

La pequeña y desolada escena de la Karlsplatz—y las únicas frases de Julie Wohryzek que nos han llegado—presentan a Kafka en un papel enteramente nuevo y sorprendentemente prosaico: el del amante que abandona a una mujer por otra. No hay duda de que adoptaba este papel de forma enteramente consciente. Por mucho que hubiera defendido a esa «muchacha» contra la oposición de los padres y contra los rumores acerca de su ligereza, ahora se desentendía de ella. Pero ni en uno ni en otro caso tuvo Kafka la sensación de estar actuando a su libre antojo; en vez de eso, seguía la pauta impuesta por lo que él juzgaba correcto.

Desde luego, eso no aplacaba los escrúpulos morales. «Más allá del momentáneo dolor, ha hecho usted a esa muchacha el mayor bien», escribió a la sin duda asombrada Milena, ya semanas antes de su encuentro en Viena. «Aparte de ésta, no puedo imaginar ninguna otra forma de que se libere de mí». Sonaba como si se tratara de un problema superado, pero era una explicación con la que Kafka no lograba convencerse ni siquiera a sí mismo. «Le he hecho lo peor que puede hacerse a nadie, y probablemente esté destruida. Así juego yo con un ser humano», confesaba a su hermana pocas horas después.² Con esto se acercaba un poco más a la verdad. Pero las autoacusaciones de Kafka estaban en esta ocasión muy lejos de aquella intensidad del pánico que había acompañado la separación de Felice Bauer. Entonces, hacía tres años, se había obstinado en la idea de haber destruido la vida de una inocente, de haberla apartado para siempre

¹ Carta a Milena Pollak del 5-6 de julio de 1920.

² Carta a Milena Pollak del 10 de junio de 1920; carta a Ottilie Kafka del 11 de junio de 1920.

de su destino como mujer, y cuando Brod le habló en abril de 1919 del matrimonio de Felice lo tomó como un indulto tardío. Kafka sólo consiguió la definitiva absolución en la primavera de 1920, antes de salir hacia Meran: Felice había tenido un hijo; y aunque Kafka se abstuvo, sabiamente, de felicitarla en persona, le recordó varias veces a Ottla que lo hiciera. Finalmente, para con Milena—que sin duda sabía de la existencia de Felice pero que no podía intuir lo próximas en el tiempo que estaban determinadas situaciones relacionadas con ella—, encontró un tono que transformaba el antiguo tormento en suave ironía: «Me ensañé con ella (o, si usted quiere, conmigo) a lo largo de casi cinco años, pero, por suerte, ella era indestructible, una mezcla de judeoprusiana, mezcla sólida y victoriosa».³

La reciente experiencia de que las mujeres son fuertes, de que pueden resistir indemnes el dolor y el abandono, pudo influir en la conducta de Kafka hacia Julie. Ya no albergaba ninguna duda de que para ella una separación era objetivamente lo mejor; en ningún sitio expresa su preocupación por el futuro de esta mujer desinteresada, que ya había aceptado sin queja alguna tantas de sus vacilaciones difíciles de entender. Desde luego que ella era sensible a las ofensas. Si antaño Felice había soportado la despedida con autocontrol, y sólo había dejado libre curso a sus sentimientos en una carta, ahora Julie mostró su desesperación en plena calle. Daba motivos para preocuparse, al menos por el momento, y si bien

³ Carta a Milena Pollak del 31 de mayo de 1920. De una carta de Milena Pollak a Max Brod se desprende que Kafka y ella hablaron sobre Felice Bauer: «Si le pregunta por qué amó a su primera novia, responde: “Era tan competente”, y su rostro empieza a resplandecer de respeto» (Wagnerová 1996:42); las palabras de Kafka están en alemán en la carta original. El propio Kafka le decía con ironía a Milena que le había enviado un ejemplar de *El pobre músico* de Grillparzer, entre otros libros, «porque [el protagonista del relato de Grillparzer] amaba a una muchacha hábil para los negocios» (carta del 4-5 de julio de 1920).

Kafka, tomado de su brazo, sentía menos compasión que inquietud, no se atrevía a robarle a Julie la última esperanza. Sencillamente ella no entendía, le dijo, por qué esa checa de Viena, que se suponía amaba a su esposo, tenía además que tener una relación secreta con otro hombre. Ella iba a escribirle, a esa Milena.

Kafka se sobresaltó, pero al mismo tiempo quizá se le pasó por la cabeza que de ese modo ganaba un par de días en los que no cabía temer una desgracia. Y eso le bastó para aceptar la absurda propuesta. Apenas dejó en su casa a la deprimida Julie, un poco tranquilizada, Kafka fue a la oficina de correos y envió un telegrama a Viena: «Te escribiré mucha, responde amable y severamente y no me abandones».

Había llegado el punto culminante de la ola. Kafka flotaba. Durante algunos días, le parecía como si la imaginación y la realidad se entrelazaran, como si esa continua prueba de resistencia que durante años lo había llevado sensiblemente cerca de la locura hubiera quedado al fin superada. Milena le había dado la licencia para la fantasía, y al mismo tiempo era la mujer que había paseado con él por las calles de Viena («piensa tan sólo que has caminado junto a mí»), cuya casa había visto y con la que, por fin, se había tendido tranquilamente en el bosque, en mitad del bosque inconmensurable, a salvo de los sonidos y el dolor del mundo, y cuya imagen evocará una y otra vez en las semanas siguientes. También la molienda de los escrúpulos parece detenerse poco a poco durante esos días; por primera y única vez se abría ante Kafka una dimensión apasionada y amoral del amor, en la que ya no parecía haber obstáculos ni reparos. Fusión, disolución en el otro, sin miedo.

Durante un tiempo prolongado, Kafka padeció el inevitable fuego graneado que el regreso a Praga y las inevitables ceremonias de saludo traían consigo. Casi a la vez que sus

padres llegó también Alfred Löwy, el legendario «tío de Madrid», el viejo soltero al que sus parientes de Praga llevaban sin ver seis años ya. Naturalmente, Löwy se alojó en la casa de los Kafka, Franz tuvo que ceder su cuarto y se trasladó durante dos semanas a la generosa vivienda—desocupada durante las vacaciones de verano—de su hermana Elli. Por una parte, todo aquello era incómodo, y además el tío Alfred esperaba de su sobrino que lo guiara por aquella ciudad totalmente cambiada y que lo pusiera al corriente de todo... lo que, por otra parte, era más agradable que soportar el creciente alboroto familiar en torno a la inminente boda de Ottla. Se había decidido que ocupara con su esposo, Josef David, una vivienda en la misma casa del Altstädter Ring, y la decoración de esa vivienda era cosa de los padres; en la práctica, de hecho, cosa de la madre. A nadie se le pasaba por la cabeza preguntarse por los últimos dilemas espirituales de Franz, por muy valientemente que se hubiera adentrado en ellos; la mirada de la familia pasaba esos días de largo ante él, por así decirlo, lo cual a él mismo le venía de perlas.

Aun así, Kafka no escapó a las insistentes preguntas acerca de su salud, y no pudo ocultar mucho tiempo el hecho de que Meran no había traído consigo ninguna mejoría radical. Sobre todo la constante tos, que ahora—a pesar del temprano calor veraniego—era más testaruda que nunca, causaba general consternación. Y tampoco se veían por ninguna parte los tres o cuatro kilos de peso que se suponía que había ganado en Meran. Por alegre y recuperado que Kafka pudiera parecer a primera vista, estaba enfermo y (con un índice de masa corporal de alrededor de 17) claramente bajo de peso, incluso para la vara de medir de la posguerra. Ésa era también la opinión del médico de cabecera, el doctor Kral, que encontró los pulmones de Kafka igual que como estaban y consideró inevitables las temidas «inyecciones» (al parecer, tuberculina otra vez) para cuando empezara el mal tiempo.

Pero las caras de preocupación le importaban poco a Kafka, encapsulado en su felicidad; tan sólo el regreso a la oficina le causaba un poco de taquicardia. Le avergonzaba presentarse al generoso director Odstrčil sin ningún éxito mensurable de su cura, también porque de forma tan incomprensiblemente frívola no había hecho su tratamiento en un *verdadero* sanatorio pulmonar. Tendría que confesar que había ignorado las recomendaciones del médico del instituto, que no había hecho una cura, sino que en realidad se había tomado unas vacaciones a costa de su institución. Pero todo fue como la seda; Odstrčil estuvo amable como siempre, y también la nueva tarea de Kafka como director de departamento resultaba más cómoda de lo esperado. Porque los funcionarios cuyo trabajo debía apoyar no estaban preparados para su regreso, así que pasó más de una semana antes de que los primeros expedientes llegaran a su escritorio. Durante ese período, Kafka iba de la mesa a la ventana, visitaba a intervalos regulares el «registro de entrada» para preguntar por su correo personal, y en cuanto tenía una carta en sus manos se sentaba enseguida a contestar. De vez en cuando tenía que asesorar a un cliente, y una de cada dos tardes aparecía el joven y excitado Gustav Janouch con sus últimos poemas. Visto desde fuera, aquello no valía el sueldo de un funcionario medio. Ostentaba el cargo de *tajemník* ('secretario')—escribía Kafka a Viena—porque lo que llevaba haciendo allí desde hacía semanas era muy *tajemné* ('misterioso').⁴

De hecho, que en secreto estaba muy ocupado era algo que tenía que escapar a la mirada de su superior. Durante los primeros ocho días de trabajo, Kafka había dictado únicamente seis escritos oficiales, y en cambio había escrito quince extensas cartas a Milena Pollak, todas ellas en la oficina. Entre una cosa y otra había estudiado atentamente sus artículos en *Tribuna*, revisado sus traducciones, y sin duda Kafka era el

⁴ Carta a Milena Pollak del 24 de julio de 1920.

único funcionario del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo que se sumía en la lectura de los exitosísimos artículos sobre moda de Milena, que ella escribía por los ingresos que le aportaban pero de los que se avergonzaba. Pero eso no era, ni con mucho, todo. Porque, de pronto, Kafka se encontró en el centro de una tormenta postal sin parangón, en la que a veces participaron hasta seis personas: un entendimiento cruzado, en parte abierto, en parte encubierto, que podía competir en complejidad con la correspondencia jurídica que tenía que despachar.

El asunto había empezado con Max Brod. Naturalmente, Milena quiso ver la carta en la que había descrito la trágica historia de Jarmila y Josef Reiner, y Kafka se la envió a Viena. A vuelta de correo recibió una carta de Jarmila a su amiga Milena, una carta violenta, agresiva, emocionalmente desatada, cuya lectura le pareció a Kafka como un atisbo del infierno. Poco después, Milena se dirigió varias veces a Brod, al que de momento apenas conocía, porque quería información sin tapujos sobre la tuberculosis de Kafka. Como la esposa de Brod no debía leer esas cartas, fueron enviadas a través del propio Kafka, en sobres cerrados. Pero muy pronto él comprendió de qué se trataba, y como consideraba indigno ser tratado por las personas próximas a él como un caso clínico, pidió a Milena que dejara de hacerlo.

Sguieron los enredos en torno a Julie Wohryzek: Kafka le había «permitido» escribir a Milena, pero al día siguiente se sintió muy arrepentido. Le envió una carta por correo neumático con el ruego de que por el momento no hiciera nada y volviera a discutir el asunto con él. Pero era demasiado tarde: Julie, como en trance, ya había escrito la carta a Milena y la había enviado de inmediato. Para no enfadar a Kafka, corrió a Correos, donde logró rescatar la carta. No se dejó convencer para destruirla, sin embargo; en vez de eso se la confió a Kafka para que él la enviara. Y Kafka resistió la tentación de abrirla. Como recompensa, poco después recibió

de Julie la carta de respuesta de Milena, con algunos tachones. Además, le comunicó ella, necesitaba a toda costa la dirección postal de los Pollak para poder escribir también al marido de Milena...

Un escenario similar, que recordaba un gabinete de espejos, se desarrollaba al mismo tiempo con Staša Jílovská, antigua compañera de clase de Milena, una de sus acompañantes habituales en el café Arco y más tarde su más leal visitante en la clínica psiquiátrica. Milena la echaba de menos; Staša era una amiga de toda la vida y quizá ella estaba en condiciones de mostrarle un camino para salir de la tensa situación a la que había ido a parar, entre dos hombres. Una vez más, Kafka se implicó hasta el fondo: visitó en Praga al matrimonio Jílovský, trasladó a Staša el ruego de Milena de que se desplazara enseguida a Viena (lo que le sumió en celosa irritación), llevó luego una extensa carta de Staša en la que ésta comentaba de manera crítica la situación de Milena y recibió de vuelta de Viena esa misma carta para que la leyera.

Sólo faltaba incluir al último protagonista: una carta más de Ernst Pollak a su rival de Praga. De hecho, Kafka, que vivía desde hacía semanas en una nube de cartas que él mismo había levantado y que tardaba en posarse, se había enterado ya de que Pollak tenía intención de escribirle, algo que no podía sorprender a nadie; Milena no era mujer para jugar al escondite erótico; después de la partida de Kafka había necesitado pocos días para tener claro que era inevitable hablar cara a cara con Pollak, y que en esa conversación tendría que plantearse un posible regreso a Praga. «Ernst lo sabe todo», leyó Kafka la misma tarde del 8 de julio: un momento importante en su vida, como sintió enseguida, un momento que, casualmente, compartió con Brod, que en ese instante se sentaba enfrente de él, en la silla de confidente de su oficina. Fueron al café Imperial para deliberar sin ser molestados. Luego, Kafka corrió al correo para enviar un telegrama relámpago: «Ha sido lo único correcto, estate tranquila, aquí

estás en casa...». Y en ese mismo instante le ofreció enviarle dinero.⁵

La reacción de Kafka fue generosa, humana; pero Milena tuvo que decirse a sí misma que él no había entendido la profunda paradoja de la situación. Porque había sido Ernst Pollak quien la había familiarizado con los relatos de Kafka, él era el que—en casa, en el café—ensalzaba de forma incansable a Kafka como el mayor escritor vivo en lengua alemana.⁶ Que ese genio se fijara precisamente en *su* mujer, tiene que haber sido un *shock* para aquel vividor narcisista, al que su propia esterilidad creativa atormentaba desde siempre y cuya conciencia de sí mismo era mucho más débil de lo que parecía. Además, leyó algunos pasajes de las cartas de Kafka—otra jugada de Milena de la que Kafka, probablemente, jamás se enteró—, y la misma intensidad lingüística del cortejo tuvo que llevarlo a la convicción de que no se trataba en absoluto de una ensoñación pasajera.⁷ Su matrimo-

⁵ Véase la carta a Milena Pollak del 10 de julio de 1920.

⁶ Heimito von Doderer afirmó más adelante que Pollak y algunos de sus conocidos de Viena practicaban un «culto a Kafka» en el café Central («No todos se fueron a Berlín», *Magnum*, 9, 1961, p. 61).

⁷ Décadas después, Pollak fue precisamente uno de los primeros lectores de *todo* el paquete de cartas. En 1946, un año antes de su muerte, Willy Haas, a quien Milena había confiado las cartas en el año 1939, pidió a Pollak consejo acerca de cómo proceder respecto a una posible publicación. Así que no fue Max Brod el que decidió sobre la publicación de las cartas de Kafka a Milena Pollak, sino precisamente las dos personas que más tenían que temer verse comprometidas: Pollak, por su dudoso papel como esposo; Haas, por su influencia en el destino de Jarmila y Josef Reiner, objeto en las cartas de drásticos comentarios. El resultado de la revisión común del epistolario fue una edición mutilada del propio Haas (1952), que sin duda contenía los pasajes referidos a Pollak, pero suprimía por completo el episodio Haas-Jarmila. «Por desgracia en esta edición ha sido preciso suprimir ciertos pasajes de las cartas, en atención a que hay personas todavía vivas», escribía Haas en su epílogo. «El editor lo lamenta tanto más cuanto que entre esos pasajes se encuentran algunos en que se repite su propio nombre. Personalmente—y así se apresura a dejarlo claro

nio estaba roto, apenas sabía cómo pasaba Milena sus días y sus noches, se habían producido estallidos de odio, incluso habían llegado a las manos. Pero de repente Pollak mostraba un nuevo interés hacia su esposa, a la que quizá empezó a mirar con los ojos de Kafka, temiendo perderla.

No sospechaba qué imagen proyectaba él mismo en aquel remoto espejo. De partida, Kafka no tenía recuerdos muy precisos de Pollak: «En el grupo del café me parecía el más fiable, el más sensato y tranquilo, paternal casi en exceso, pero también poco transparente».⁸ Un error de juicio de los que muy raras veces le ocurrían. Pero ni siquiera los estremecedores detalles que fue conociendo acerca de la vida de la pareja movieron a Kafka a desestimar a Pollak en modo alguno, menos aún a tomar partido en su contra. Al contrario: un hombre que estaba en condiciones de unirse durante años a una mujer tan vital y segura de sí misma tenía que disponer de energías que a él le eran enteramente inaccesibles. Sin darse cuenta, empezó a idealizar a Pollak, incluso a atribuir cualidades míticas a su mera existencia. Si antes de su viaje a Viena le había temido sólo como rival, ahora que Milena se atormentaba con la decisión de abandonarlo lo elevaba a una esfera en la que el enfrentamiento cara a cara ya no era posible, y en la que incluso los celos dejaban de tener justificación. «le quieres, digas lo que digas, y si tú y yo nos unimos hombro con hombro (¡os doy las gracias, hombros!), es a otro nivel, no en su terreno».⁹ Eso era fácil de malinterpretar, y *fue* malinterpretado; parecía como si Kafka se retirase físicamente y cediera sin lucha a Pollak lo que de todos

ante cualquier futuro editor—no tiene nada que objetar a su publicación, por fantásticas y extraviadas que sean ciertas conclusiones que Kafka sacó de cierto incidente trágico». En aquel momento la primera mujer de Haas, Jarmila, aún vivía; hizo carrera como periodista y traductora, y murió en 1990 a la edad de noventa y cuatro años.

⁸ Carta a Milena Pollak del 25-29 de mayo de 1920.

⁹ Carta a Milena Pollak del 8 de julio de 1920.

modos le correspondía desde el punto de vista sexual. Pero Kafka apuntaba a algo mucho más general: al baile sin temor sobre los abismos de la vida que esa sublime pareja celebraba; a la capacidad—concedida por sabe Dios qué poderes, y que él sólo admiraba desde la valla—de vivir *siquiera*.

Yo no lucho por ti con tu marido, la lucha tiene lugar sólo dentro de ti; si el resultado final dependiera de un combate entre tu marido y yo, todo estaría decidido hace tiempo. Sin embargo, no sobreestimo a tu marido, muy probablemente lo subestimo incluso, pero lo que sí sé es que si él me tiene afecto, se trata del amor del hombre rico a la pobreza (de lo que también hay un poco en tu relación conmigo). En el ambiente de tu vida en común con él yo soy en verdad sólo el ratón de una «casa grande» al que, todo lo más una vez al año, se le puede permitir correr tranquilamente de un extremo a otro de la alfombra.¹⁰

Es evidente que Kafka ya empieza a preparar la derrota que se dibuja en el futuro: una vez más, demuestra las estrategias imaginativas ensayadas desde hace años. Sabe que las imágenes que encuentra son «exageradas», que no pueden tomarse al pie de la letra. Sabe que Milena conoce *La transformación*, que probablemente malinterpretará esa mirada del animal que reptaba por el suelo, la mirada hacia arriba, a los ojos de seres humanos infinitamente superiores, tomándola por una ocurrencia literaria. Pero esa imagen apunta a una pendiente de vitalidad que Kafka—en la literatura como en la realidad—interpreta como un momento decisivo y que no puede seguir eludiendo: en casa de los Pollak se vive, se ama, se sufre; en casa del soltero en cambio se calcula y como mucho se sueña, y si hay plenitud alguna vez, es sólo con «permiso». Eso no tenía nada que ver con las cualidades humanas que Kafka concedía a su rival, ni siquiera con los pros y los contras de la decisión de Milena. Kafka creía saber que

¹⁰ Carta a Milena Pollak del 18 de julio de 1920.

el matrimonio con Pollak era *para ella* un callejón sin salida sencillamente porque estaba cargado de espantosos recuerdos, de los que sólo un nuevo comienzo radical podía sacarla. Pero las potencias que allí actuaban no eran accesibles a consideraciones de este tipo, ya no digamos a consejos prácticos: Milena seguía dependiendo de Pollak, dijera lo que dijera a Kafka, y poco a poco se afirmaba en éste la convicción de estar enfrentándose a una «indestructible unión», un «profundo e inagotable misterio».¹¹

En Viena apenas lo había notado. Incluso ahora, cuando de las cartas diarias de Milena se desprendía con claridad creciente lo mucho que la decisión la atormentaba, cómo incluso en ella, la persona más espontánea y libre de reparos que Kafka jamás había conocido, se acumulaban cada vez más obstáculos, incluso ahora él tenía confianza en que todo acabara de la mejor manera. Si ella no se trasladaba enseguida a Praga, como él había esperado en secreto, vendría luego, muy pronto. Otra cosa le parecía incompatible con la experiencia de Viena, que lo envolvía no sólo como recuerdo, sino como presente intemporal, como constante chorro de energía que lo sustentaba a través de las noches y los días. Y Milena daba la razón a esa sensación: cualquier cosa podía ocurrir, escribía, menos que él la perdiera. ¿Acaso cabía imaginar que ambos se engañaran? ¿Que el ratón que correteaba por la alfombra encarnara la auténtica realidad? Eso, como sabía incluso Kafka, no se decidiría en las cartas, sino en la realidad.

La primera prueba llegó antes de lo esperado. Había acordado con Milena que en caso de extrema necesidad cada uno acudiría a asistir al otro y subiría al primer tren disponible, sin ningún reparo. Un caso así era, tratándose de Kafka, una posibilidad bien probable. Frente a la perspectiva, que se prolongó durante días, de que Julie Wohryzek cometiera algún acto de desesperación, había pedido a Milena que no lo

¹¹ Carta a Milena Pollak del 13 de agosto de 1920.

dejara solo. Pero la situación se tranquilizó en el curso de pocas semanas, Julie terminó por resignarse, y a finales de julio desapareció sin alboroto de la vida de Kafka, de su correspondencia, de su pensamiento. Poco después, él constataba: «no creo que una falta de consideración hacia otro, en la medida en que sólo concierne al otro, pudiera quitarme el sueño».¹² Un conocimiento que quizá había obtenido con Julie, con su novia, a la que todavía el año pasado había defendido con tanta vehemencia, y de la que ahora se desentendía completamente. No le había dado ninguna oportunidad, y a ella le correspondía ese papel de ratón en la alfombra que para Kafka era sólo una figura imaginaria.

De pronto tenía los horarios de los trenes de Viena más presentes que a cualquier ser vivo de su entorno. ¿Cuándo y dónde volvería a ver a la mujer amada? Kafka se sintió ofendido cuando Milena le dejó claro que por el momento no cabía pensar en una continuación de aquellos días inocentes en el bosque... no ahora, que estaban involucradas *tres* personas. Pero pronto entendió que la simbiótica intimidad en la que se había sentido acogido quedaría con certeza destruida en un encuentro celebrado en circunstancias totalmente distintas. Eso valía incluso para Praga, lejos de la abrumadora influencia de Ernst Pollak. Así que Kafka sintió más inquietud que alegría cuando Milena empezó a hablar no del traslado, sino más bien de una *visita* a Praga. «Casi querría pedirte que no vinieras. Déjame la esperanza de que, si alguna vez estoy en una situación límite y te pido que vengas, vendrás enseguida; pero ahora prefiero que no vengas, porque tendrías que marcharte otra vez», respondió él.¹³

El hecho de que pocos días después esa llamada le llegara a él golpeó como un *shock* a Kafka. Milena le pedía que fuera a Viena, no en situación extrema, pero sí para una con-

¹² Carta a Milena Pollak del 27 de septiembre de 1920.

¹³ Carta a Milena Pollak del 18 de julio de 1920.

versación urgente. Había recibido una carta de su padre—la primera desde hacía tres años—, y ésta complicaba aún más difícil la disyuntiva a la que se enfrentaba. Porque el doctor Jesenský tenía la opinión de que Milena había fracasado en su matrimonio, celebrado por terquedad. Y le ofrecía ayuda, naturalmente, pero «en determinadas condiciones», entre las que se contaba en primer lugar la separación de Pollak y el regreso a Praga. Jesenský mostraba el *double-bind* que llevaba años practicando y era característico en él: una alternancia entre la atracción y el rechazo; por una parte, declaraba sentirse apenado por su hija, estar «terriblemente triste» por una disputa que duraba años; por otra, su carta estaba impregnada de gestos de dominio, y venía firmada de manera directamente ofensiva: *Jesenský*.

¿Qué hacer? Ahora había *dos* hombres que la llamaban de vuelta a Praga; los dos la querían a su manera, ambos la atraían con su apoyo desinteresado, y ambos le exigían el máximo. Pero el uno era judío y el otro antisemita. «[...] entre tu marido y yo no hay la menor diferencia a los ojos de tu padre; para el europeo tenemos los dos la misma cara de negro», observaba correctamente Kafka.¹⁴ Pero eso significaba para Milena que el regreso sólo era posible o bien sobre la base de una mentira, o bien con la certeza de un nuevo escándalo, pues comunicar al padre que abandonaba a un judío en Viena sólo para vivir en Praga con otro judío equivalía a una declaración de guerra, y probablemente habría impactado más a Jesenský que la prolongación del matrimonio. Es muy probable que Milena llamara a Kafka no sólo por desesperación ante esta carta y la nueva presión que suponía para ella, incrementada hasta niveles apenas soportables: quería además saber, cara a cara, cómo iba a manejar él esa situación. Acaso se hiciera necesario jugar al escondite. Podían producirse encuentros y situaciones desagradables, quizá incluso

¹⁴ Carta a Milena Pollak del 4 de agosto de 1920.

una confrontación entre Kafka y su padre. ¿Era él lo bastante de fiar como para asumir una cosa así?

La respuesta a esa pregunta vino con inesperada rapidez, porque Kafka se negó a viajar: en su trabajo no le daban permiso, no sin una razón plausible. Con eso inclinaba en su contra, sin sospecharlo, uno de los dos temblorosos platillos de la balanza, porque de repente Milena creyó ver la situación con más claridad, confirmadas sus reservas respecto de la infranqueable lejanía de Kafka. Estaba furiosa.

Le telegrafíé, le telefoneé, le escribí, le pedí por Dios que viniera a verme sólo por un día. Entonces me hacía mucha falta. Le maldije en todos los tonos. Pasó varias noches sin dormir, se torturó, escribió cartas autodestructivas, pero no vino. ¿Por qué? No había podido pedir permiso. Pero podía haberle dicho al director, a ese mismo director al que admira desde lo más hondo de su alma (¡en serio!) porque escribe muy rápido a máquina... podía haberle dicho al director que venía a verme. Puesto que contarle cualquier otra cosa—¿contarle mentiras?, ¿decirle una mentira al director?, como me dijo en otra carta horrizada—era imposible.¹¹

Ésa es la detallada versión de los hechos que Milena dió más tarde a Max Brod. Y es cierto que Kafka se sentía completamente incapaz de mentir en su cara a Odstrčil, el mismo hombre que había apostado con tanta paciencia por su salud y que, con incomprensible confianza, había dejado la fecha de su regreso a su propia voluntad. Pero Milena no lo entendía. No podía ser tan difícil—objetaba—alegar algo que sonara en alguna medida creíble; Kafka podía inventarse un tío Oskar o una tía Klara gravemente enfermos, incluso podía presentar un telegrama fingido, y le darían unos días... Eso

¹¹ Carta de Milena Pollak a Max Brod (Wagnerová 1996:52); la datación de esta carta «a principios de agosto de 1920» parece dudosa: en ese momento aún no se había tomado ninguna decisión definitiva sobre el viaje de Kafka a Viena; pero Milena escribe «Entonces me hacía mucha falta».

es lo que *ella* hubiera hecho, sin dudarle ni un segundo. Totalmente imposible, respondió Kafka, no podía presentarse ante su director con una historia así sin que le entrara la risa. Pero tenía otra idea mucho mejor.

Kafka, en cuyos oídos la llamada de auxilio de Milena resonaba día y noche, había repasado una vez más los horarios de los ferrocarriles checos y austríacos y había descubierto que el encuentro era posible sin presentar una solicitud formal: salida de Praga el sábado por la tarde, llegada a las 23 horas, regreso el domingo por la mañana. Siete horas juntos, de noche. Pero aún había otra solución mejor, proseguía alegremente. ¿Por qué en Viena, por qué no a mitad de camino, en la frontera, en Gmünd? Allí—haciendo el viaje en un tren de pasajeros—incluso era posible pasar veintiuna horas juntos, *veintiuna*, Kafka subraya la cifra expresamente, «y éstas podemos tenerlas (¡imagínate!), al menos teóricamente, cada semana».¹⁶ Ésa era la solución, por fin podía ofrecer una solución completa y practicable a una de sus innumerables preocupaciones.

Pero ésa era una clase de satisfacción que Milena no podía compartir. Se enfrentaba a una decisión existencial, estaba enferma, tenía hambre, estaba dividida entre el deseo de salvación inmediata y el temor a los salvadores masculinos que ponían condiciones. El celo con el que Kafka buscaba los compromisos de menor riesgo posible, que no perturbasen la marcha del mundo, su inocente alegría al encontrar una de esas madrigueras a las que tan aficionado era, y por fin la prolija exposición de los planes de viaje, el cálculo de las horas que les eran *dadas*... todo aquello tenía que parecerle mezquino, estrecho, impuesto. Lo más probable es que, no sólo con sus miedos y reparos, sino con sus alambicadas soluciones de repuesto, Kafka alimentara en Milena la sospecha de que él sólo era capaz de moverse con auténtica

¹⁶ Carta a Milena Pollak del 2 de agosto de 1920.

soberanía en el campo de la literatura. Había llamado a Milena su «maestra», en una ocasión incluso se había dirigido a ella, que tenía entonces veinticuatro años, como «madre».¹⁷ En el mundo imaginario, eso era impecable. Pero ahora ella tenía que preguntarse si él estaba en condiciones, incluso si quería pagar esa letra de cambio.

Milena se mostró dispuesta a pasar la prueba; se calmó y, finalmente, aceptó la propuesta de un encuentro en Gmünd. Le concedió a Kafka el tiempo que pedía: con algún pretexto—ella *sí era capaz* de mentir—, logró desaparecer de Viena un fin de semana entero sin que Pollak albergara sospechas. Llegó a Gmünd al final de la tarde. Kafka ya estaba esperándola. Fueron a pasear, se contaron el uno al otro las circunstancias de su vida, se tumbaron juntos en la hierba, pasaron la noche en el mismo hotel. No sabemos mucho más acerca de este encuentro, cargado de expectativas. Pero el milagro de Marienbad no iba a repetirse allí. Kafka echó de menos la cercanía experimentada en la ocasión anterior. Milena echó en falta claridad y pasión. En Gmünd la decisión quedó tomada, él se dio cuenta enseguida. Fue su segundo encuentro secreto, y el último.

Hubiera podido salir bien, los dos lo sabían, y todavía los lectores actuales de las *Cartas a Milena*, traducidas a todas las lenguas del mundo, son presa de una impaciente y expectante emoción, aunque conocen el resultado del drama. Las expectativas que se ofrecen a los protagonistas son demasiado valiosas como para no desear dolorosamente que por fin las alcancen. Hubieran podido convertirse en un matrimonio de escritores, una casa con dos escritorios, mirándose el uno al otro, comentando, enseñando y aprendiendo, una comunidad intelectual como ninguna otra persona del entorno

¹⁷ Cartas a Milena Pollak del 31 de mayo y del 12 de julio de 1920.

cercano de Kafka había alcanzado, y con la que éste hubiera podido superar a todos esos amigos suyos supuestamente tan vitales. Milena admiraba la prosa de Kafka, y para él los artículos de ella, sensuales, impactantes, que tan bien sabían jugar con las expectativas de los lectores, eran como una droga. Nunca antes había experimentado ese respeto a la expresión verbal en su trato con mujeres; que tal cosa existía, que también de ese modo cabía fundamentar y mantener a la larga una relación erótica, lo había visto antaño en las legendarias cartas de la pareja de poetas Browning, pero aquello se parecía demasiado a un cuento.

Tampoco la notoria sinceridad de Milena, con la que causaba disgusto en todas partes, espantaba en lo más mínimo a un Kafka, que tan a menudo se perdía en alusiones e imágenes. Al contrario, ese lenguaje deliberadamente informal no parecía dejar espacio a segundas intenciones, sonaba auténtico y reforzaba su confianza, tanto más cuanto que Milena también era capaz de revisar sus duras condenas. Él mismo podía aprender de eso. Si antes, casi por reflejo, había reaccionado a las ofensas con autoinculpaciones, ahora ocurría que respondía con la misma sinceridad, a veces incluso pedía que acusaciones injustas fueran retiradas por escrito. Precisamente la confrontación con una mujer con mucha mayor experiencia de la que correspondía a su edad, pero todavía inmadura, una mujer que estaba poniendo a prueba sus posibilidades, parecía agudizar en Kafka la conciencia de sus propias capacidades sin explotar. Y sus preguntas siempre sin tapujos le obligaban a dar información precisa, incluso cuando se trataba de tribulaciones que tenían su fuente en su propio inframundo psíquico. Kafka jamás se había expresado de forma tan concreta acerca de su miedo a la vida y al sexo (no rehuía contar experiencias penosas), y aunque ella confesaba abiertamente no entenderlo, aunque le reprochaba que no tuviera una verdadera idea del erotismo, él no caía en el silencio, sino que tomaba nuevo impulso. Una y otra vez ella

le aseguraba: y *sin embargo*, nos arriesgaremos. Y a él toda la dicha humanamente posible le parecía concentrarse en esas dos palabras, porque se había ganado ese y *sin embargo*.

Pero poco a poco se vio involucrado en una constelación de destinos ajenos que estaba destinada a superarlo. El matrimonio de los Pollak no era en modo alguno esa alianza vital y desafiante que había pretendido ser antaño; más bien estaba plagado de dependencias masoquistas fuera de control, y cuya presión Kafka sintió sin duda, si bien al principio malinterpretó. «De momento sólo hay que tener miedo por una cosa, por tu amor a tu marido», escribía a Milena pocos días después de su encuentro en Viena.¹⁸ Pero precisamente eso era lo que menos miedo le daba a ella. Para Milena, según creía él, se trataba de una decisión soberana entre dos hombres, una decisión en la que quizá cabía influir despertando otro amor en ella. La sorprendente revelación de que ella había informado inmediatamente a Pollak de sus relaciones ensombreció a Kafka, pero sólo por unas pocas horas; sus cartas siguieron siendo vitales, tiernas, a veces humorísticas y autoirónicas: las cartas de un enamorado que ama el momento.

Pasaron semanas antes de que Kafka comprendiera que allí había otras reglas de juego. Es irritante la frecuencia con la que ella le exhorta a no hacer nada por su cuenta, sobre todo a no buscar el contacto con su marido, incluso a apartarse de su camino cuando éste fue a Praga durante unos días. ¿Qué temía ella, la sin miedo, de un encuentro entre sus rivales? Y ésa no era la única contradicción. Ahora no podía abandonar a Pollak, escribía Milena, porque estaba enfermo. Pero ¿acaso ella misma, que tosía sangre y se debilitaba cada vez más (en una ocasión había perdido incluso el conocimiento), no necesitaba cuidados?, ¿acaso había recibido alguna vez los cuidados de Pollak? No aceptó la propuesta de Kafka de financiarle una estancia en un sanatorio... por-

¹⁸ Carta a Milena Pollak del 9 de julio de 1920.

que no habría sabido cómo explicar esa repentina riqueza; en cambio, aceptó los billetes que él metió en alguna de sus cartas. Finalmente, pasó unas semanas con el enfermo Pollak en Sankt Gilgen, junto al Wolfgangsee, aunque sabía que él había elegido ese lugar por motivos bien profanos: una vieja amante suya tenía un chalet allí. Ni siquiera entonces se atrevió Milena a escribir a Kafka en presencia de su marido. Entre Kafka y ella acordaron un nombre supuesto, como ya habían hecho en Viena, y en adelante ella sólo recibía las cartas en lista de correos.

Hiciera lo que hiciera estaba bien, aseguraba Kafka, y lo pasado estaba pasado. Penetrar en los secretos de aquella relación, ya no digamos querer influir en ella con condenas morales, le habría parecido completamente extraviado. Lo único llamativo era el énfasis con el que ella evitaba todo lo que pudiera poner en peligro su unión con Pollak. Y dado que esa temerosa preocupación estaba en tan flagrante contradicción con su conciencia de sí misma, incluso Kafka comprendía que esa unión era todo lo contrario que libre, y que Milena luchaba con los tormentos de una adicción. La cuestión de quién limpiaría en su ausencia los zapatos de Pollak le ocupaba a veces más que las *propias* ausencias de Pollak, y eso fatigaba la paciencia hasta del más benévolo observador: «si tú te marcaras, él viviría con otra mujer o se iría a una pensión y sus botas estarían mejor cuidadas que ahora», escribió atormentado Kafka.¹⁹

Lo fatal era que ahora ella no permitía a Kafka tocar tales debilidades, y mucho menos hacerlas *suyas*, pero, en total contradicción con eso, trataba de integrarlo con todas sus fuerzas en su mundo social. Mientras bloqueaba la decisiva aproximación, creaba una creciente confianza a otro nivel, al conectar—por así decirlo—a Kafka con sus contactos en Praga, y por tanto también con su historia en Praga. Me-

¹⁹ Carta a Milena Pollak del 13 de agosto de 1920.

diente ruegos y pequeños encargos, consiguió que fuera conociendo poco a poco a las personas más importantes de su entorno checo: a Arne Laurin, el redactor de *Tribuna*; a su más íntima amiga, Staša, y su marido, y finalmente también a Jarmila Reinerová, la protagonista de aquella fatal tragedia checojudía que a Kafka—que sin duda tuvo que superar cierto horror—tanto le había conmocionado durante su exilio en Meran. Kafka habría evitado gustoso estos encuentros; sus ásperas observaciones acerca de las dos mujeres, que le parecieron auténticos «ángeles de la muerte», revelan una fuerte resistencia a relacionarse con ellas.²⁰ Pero una y otra vez había nuevos motivos para mantener con vida esas relaciones, y encima ocurría que Jarmila, que parecía petrificada y estaba a todas luces bajo la influencia de las drogas, se presentara sin motivo aparente en el despacho de Kafka, o incluso a la puerta de su casa, algo de lo que él se veía obligado a informar por extenso a Viena.

A Kafka le disgustaba verse acaparado de ese modo; y no porque los encargos de Milena le fueran molestos; él mismo se ofrecía: visitaba a la hora de más calor la tumba de su hermano, le enviaba a ella libros y revistas, recorría la ciudad durante horas para conseguirle una camiseta... Pero el trato con todas esas personas lo distraía y no hacía sino apartarlo de la cuestión decisiva. Gustosamente se habría hecho cargo *junto con* Milena de esas personas, cuyos extraordinarios destinos en modo alguno le dejaban impasible. Pero no sabía bien cómo sobrellevar ese papel de mensajero en Praga,

²⁰ El concepto «ángel de la muerte» se encuentra en una carta a Milena Pollak del 3-4 de septiembre de 1920. Kafka se mostró inusualmente agresivo ya después del primer encuentro con Staša: «probablemente ha sido aniquilada por su marido. Está cansada y muerta y no lo sabe. Cuando quiero imaginar el infierno pienso en ella y en su marido» (carta a Milena Pollak del 13 de julio de 1920). Kafka no parece haber sabido que Staša Jílovská trabajaba como lectora, traducía de varias lenguas y conocía varios autores germanoparlantes, sobre todo jóvenes.

y tampoco sabía en calidad de qué debía presentarse a sus nuevos conocidos. Cada día tenía más claro que a los ojos de sus viejos amigos la condición de aspirante al amor de Milena podía fácilmente dejarlo en ridículo.

Cabe sospechar que, desde una posición aislada pero en cierta medida autárquica, como la que tenía durante la guerra, Kafka habría podido entregarse durante muchos meses a su amor epistolar... o, más exactamente, que poco a poco habría transformado su amor en un amor epistolar. Por el contrario, le suponía un gran esfuerzo verse constantemente involucrado en una vida femenina que no podía compartir. Al final no fueron la espera, los celos y la lejanía física los que consumieron por completo su capital emocional, sino más bien un nuevo encargo, el más delicado de todos.

Fue durante aquel encuentro no precisamente promotor en Gmünd cuando Milena le comunicó a Kafka su deseo de llegar a un entendimiento con el viejo Jesenský. Si realmente le dolía la separación de su hija, ¿por qué había caído en un nuevo mutismo? ¿Qué esperaba? ¿Exigía garantías? ¿Quería quizá forzarla, a sus veinticuatro años, a volver a la casa paterna? A Milena se le pasó por la cabeza que quizá resultara conveniente que su padre se hiciera una idea más objetiva de su propia situación, más allá de los rumores que en Praga no dejaban de bullir (rumores en los que siempre salía a colación la palabra *cocaína*); que comprendiera que ella luchaba y trabajaba. Jesenský daba trabajo en su clínica dental a una ayudante que conocía sus problemas familiares. Acaso valiera la pena el intento de emplearla como intermediaria. Pero primero había que aclarar a esa mujer que las circunstancias en Viena eran algo distintas a lo que se imaginaban en Praga. Se trataba, pues, de hacer un completo, *briefing*, para el que se necesitaba a su vez un mediador serio y elocuente. Y Kafka era el hombre adecuado para eso, quién si no. Pero no debía escribir prolijas cartas, exigió Milena, sino sencillamente llamar a esa tal señora Knappová y acordar con ella un encuentro privado.

Pasaron dos semanas antes de que Kafka pudiera decidirse a hacer tal cosa. Para su alivio, la ayudante de Jesenský resultó ser una mujer pragmática y abierta, a la que no hizo falta dar demasiadas explicaciones sobre la precaria situación de Milena, que, fuera o no culpa suya, no podía seguir siendo ignorada por su padre. Knappová le dijo a Kafka que las aventuras de Milena ya no eran asunto tabú en la casa Jesenský; entre otras cosas, porque de todos modos se consideraba fracasado su matrimonio y su regreso a Praga parecía evidente. Sin embargo, el profesor se negaba estrictamente a aumentar la renta mensual, y seguía indeciso acerca de financiar una cura (que naturalmente tendría que hacerse en suelo *checo*). De nada sirvió que Kafka, bien preparado para la ocasión, pudiera aportar pruebas, en concreto dos cartas recientes en las que Milena hablaba de forma explícita de hambre y enfermedad. Tampoco las noticias de que Milena acarreaba maletas en la Estación del Oeste de Viena y de que a veces incluso respondía de las deudas de su esposo parecieron impresionar mucho a la señora Knappová. «Enviar dinero no sirve de nada. Milena y el dinero...», le replicó. Pero Kafka se mantuvo en sus trece. En ese caso, había que enviarle ayuda en especie, al menos. «[...] un abono para un buen almuerzo y una buena cena en el Weisse Hahn de la Josefstädterstrasse».²¹

Había hecho todo lo posible; su habilidad diplomática era

²¹ Véase una descripción de la conversación con Vlasta Knappová en la carta a Milena Pollak del 3-4 de septiembre de 1920. Kafka menciona varias veces en su correspondencia el local favorito de Milena, el Weisse Hahn de la Josefstädterstrasse 24, lo que apunta a que lo conocía de primera mano. Kafka confirmó en una carta posterior, del 15 de septiembre de 1920, que también él había respondido por las deudas de Pollak. La situación financiera de los Pollak tampoco mejoró en los siguientes años: en una carta de Milena a Karel Horch del 5 de marzo de 1924, en la que le habla de su inminente divorcio, dice: «Dejo mi casa y vendo mis muebles... mi marido tiene elevadas deudas, y quiero pagarlas antes de irme».

bien conocida tanto entre sus superiores como en su propia familia, y no lo había hecho mal. Knappová hablaría con el profesor Jesenský, y Milena tendría noticias pronto, se lo prometía. Pero el alivio de Kafka por haber superado esa prueba no duraría mucho. Porque ya a los pocos días de su extenso relato le llegó un furioso telegrama de Milena: no pensaba presentarse ante su padre como una mendiga, no. Kafka debía volver a visitar «enseguida» a la señora Knappová y subsanar ese negligente malentendido.

Kafka también cumplió ese encargo. Rompió el telegrama. Era como si le hubieran dado una bofetada. Pero en ese mismo instante sintió la fría certeza de que aquel golpe sería el último. Respondió escuetamente:

Tienes toda la razón, he obrado de un modo desesperadamente estúpido y grosero, pero no fue posible hacerlo de otro modo, porque vivimos entre malentendidos, con nuestras respuestas rebajamos el valor de nuestras preguntas. Tenemos que dejar ahora de escribirnos y dejar el futuro al futuro.²²

¡El gran nadador! ¡El gran nadador!, gritaba la gente. Yo venía de los Juegos Olímpicos de X, donde había batido un récord mundial de natación. Desde la escalinata de la estación de ferrocarril de mi ciudad natal—¿dónde es?—contemplaba la multitud, a la que se veía borrosa debido al crepúsculo. Una muchacha, cuya mejilla acaricié fugazmente, me colgó con suma habilidad una faja en la que ponía en lengua extranjera: **AL CAMPEÓN OLÍMPICO**.

¿Una alucinación? ¿Un sueño? El gran nadador ha vuelto, pero no ha llegado a casa. Ve a la gente borrosa, en el ban-

²² Carta a Milena Pollak del 10 de septiembre de 1920. El tenor literal del telegrama de Milena Pollak no nos ha llegado (salvo la palabra *enseguida*), pero su tono y contenido se desprenden de las siguientes cartas de Kafka.

quete celebrado en su honor no puede «identificar a los invitados», pero sobre todo no puede entenderlos. Las mujeres se sientan de espaldas a la mesa, un hombre triste pronuncia un discurso solemne mientras se seca las lágrimas. Finalmente, al gran nadador le abrumba la sensación de que allí hay algo que aclarar. Se levanta y dirige la palabra a la multitud:

¡Estimados invitados! Admito haber batido un récord mundial, pero si me preguntaran cómo lo conseguí no podría ofrecerles una respuesta satisfactoria. De hecho, para serles sincero, no sé nadar. Siempre quise aprender, pero no se me presentó la oportunidad. ¿Cómo pudo ser entonces que mi patria me enviara a los Juegos Olímpicos? Ésa es precisamente la cuestión que me ocupa.

Ocupa a los lectores de Kafka hasta hoy, porque ese fragmento se interrumpe poco después, sin que lleguemos a saber cómo alguien que no sabe nadar consigue el récord del mundo. Las frases fueron escritas a finales de agosto de 1920, probablemente el mismo día en que Kafka se enteró de las competiciones olímpicas de natación que acababan de tener lugar en Amberes. Los grandes vencedores fueron deportistas estadounidenses: Norman Ross, con tres medallas de oro, y el hawaiano Duke Kahanamoku, con dos medallas de oro y un récord mundial. Kafka borró posteriormente esas huellas demasiado claras: «Venía de los Juegos Olímpicos de Amberes», había escrito al principio, pero luego sustituyó el nombre de la ciudad por una X mayúscula. También borró la cifra 1500, con razón, porque no hubo en Amberes ningún récord de esa distancia en libres.²³

²³ OC III, 704-705. Véanse las correspondientes variantes textuales en los apéndices de la edición crítica. La edición crítica de Kafka data el fragmento el 28 de agosto de 1920; las finales de las competiciones de natación de Amberes tuvieron lugar entre el 24 y el 26 de agosto. No está claro cuán precisa era la información de Kafka, porque, debido a la bancarrota del comité olímpico local, los periodistas sólo fueron informados de

El fragmento del nadador forma parte de una serie de experimentos literarios que ocupan un total de 51 hojas sueltas, hoy recogidas en el «legajo 1920». Muestran el modelo de arranque múltiple típico de Kafka: comienzos de narración separados entre sí por barras horizontales, entrelazados mediante motivos recurrentes, en distintos estadios de desarrollo, la mayor parte sin título, con frecuencia acompañados de material suplementario—variantes textuales, ideas para continuar—pendiente de ser integrado en un momento posterior. Todo apunta, sin embargo, a que hacia finales de año Kafka metió el legajo en un cajón y no volvió a sacarlo de ahí: no hay rastros de una posterior elaboración, ni tampoco indicios de que jamás leyera fragmentos en público, menos aún de que pensara en publicarlos.

El hecho de que aun así algunos de estos esbozos se cuentan entre los más conocidos de Kafka e incluso hayan llegado a los manuales escolares se debe a la política editorial de Max Brod. Cuando Brod empezó, a principios de la década de 1930, a publicar los textos cortos de Kafka procedentes de su legado póstumo, empezó por dar prioridad a los textos concluidos, o que al menos daban la impresión de concluidos, a los que puso títulos y canonizó de ese modo. Así procedió con las anotaciones de Zürau (de las que extrajo, entre otros textos, «La verdad sobre Sancho Panza», «Una confusión cotidiana» y «El silencio de las sirenas»), pero también con las hojas de 1920, que, para sufrimiento de los editores posteriores, revolvió y llenó de anotaciones propias. De ellas seleccionó en primer lugar «El escudo de la ciudad», «Fábulilla» y «Sobre la cuestión de las leyes», a las que, ya en la primera edición de las «obras completas» en varios volúme-

manera en extremo insuficiente: ni siquiera se publicó un boletín oficial definitivo. La prensa germanoparlante informó de manera muy contenida, dado que tanto Alemania como Austria fueron excluidas de los Juegos Olímpicos de verano.

nes se añadieron otras cinco piezas: «Poseidón», «El buitre», «El trompo», «El examen» y «Comunidad».²⁴

De este modo, ya la segunda generación de lectores de Kafka tuvo una imagen bastante completa de su obra, y a quien hasta entonces sólo conocía a Kafka como autor de relatos de tonalidad expresionista y fallidos proyectos de novela se le presentó una imagen totalmente distinta: parecía como si el autor hubiera perdido temporalmente el gusto por la narración opulenta; en lugar de eso—pero ya las piezas de *Un médico rural* señalan en esa dirección—, era como si hubiera desarrollado una preferencia por formas más abstractas, por el arte de la parábola, la agudización metafórica de problemas filosóficos y, sobre todo, por la forma de la paradoja, de la que obtenía efectos completamente nuevos. Si lo que hasta entonces había impresionado a la crítica había sido la perfección verbal de Kafka—a la que ni siquiera aquellos que ponían reparos a sus exageraciones fantásticas podían sustraerse—, las piezas en prosa que ahora veían la luz daban qué pensar, por cuanto *invitaban* explícita e irresistiblemente a pensar.

Así, por ejemplo, un innombrado filósofo que observa a los niños mientras juegan con el trompo se muestra desde el primer momento como un muñeco literario, el simple vehículo de un pensamiento; el autor ni siquiera se toma la molestia de levantar un telón ficcional, y toda la «historia» se desarrolla en una sola página. El trompo gira y gira a golpes de correa, pero en cuanto el filósofo lo sostiene en sus manos para examinarlo, se transforma en un «estúpido trozo de madera».... y enseguida entendemos a qué se refiere. El acierto del pasaje, sin embargo, consiste en que *después* de esa constatación, no especialmente original, Kafka añade: «el griterío de los niños, que no había oído hasta entonces y ahora, de pron-

²⁴ Todos los títulos mencionados proceden de Brod, a excepción de «La cuestión de las leyes».

to, se le clavaba en los oídos, lo ahuyentaba y se alejaba tambaleándose como un trompo impulsado por una torpe correa». El griterío de los niños, que no entienden pero *poseen* el trompo, se convierte aquí en un apremio vital, en el ruido impenetrable de la vida misma. Y la imagen final que de pronto hace saltar por los aires esta pequeña escena dirige los pensamientos del lector hacia esa mano invisible que maneja la *gran* correa. Ahora bien: ¿a quién pertenece esa mano?

La misma selección de Brod permite advertir que Kafka da vuelta a las mismas preguntas con un número de motivos muy limitado. Se trata de la alienación, de esa distancia imposible de abolir que genera inevitablemente la conciencia del mundo. Jugar con el trompo y entender el trompo son dos cosas distintas, pero Kafka alimenta la sospecha de que es al jugador al que corresponde el verdadero conocimiento, no a aquel que apuesta por la observación y la reflexión.

Sobre la misma figura de pensamiento, virada hacia lo cómico, descansa la pequeña pieza en prosa «Poseidón». El dios griego del mar administra su reino desde su escritorio, no le queda tiempo para largos viajes. Pero ¿cómo puede entender lo que nunca ha experimentado? Algo parecido ocurre en «El escudo de la ciudad». Aquí se habla de la planificación de la Torre de Babel, un edificio perfecto destinado a alzarse muy alto en el cielo. Pero la perfección exige tiempo, un tiempo infinito, según resulta. El plan ocupa paulatinamente el lugar de la obra, las inevitables fricciones que se producen durante la planificación ocupan el de la experiencia práctica. La reflexión se ahoga en sí misma, no hay nadie que coja *en sus manos* el primer ladrillo, y al final los humanos, que apostaban por la perfección, consiguen algo que no es ni perfecto ni imperfecto, sino más bien *nada*.

Numerosos lectores y críticos a los que estas tempranas ediciones de Brod abrieron el acceso a Kafka sucumbieron a la impresión de que se trataba en realidad de un autor filosófico: detrás de sus parábolas y apólogos se intuían ver-

dades metafísicas, algo que el propio Brod alentaba al remitir una y otra vez a la clave que según él procuraban los «aforismos» de Zürau, como si Kafka hubiera expresado allí de manera neta lo que sus textos narrativos se limitaban a apuntar de manera gráfica y a veces a codificar intencionalmente.

Lo inadecuado de esta idea quedó de manifiesto cuando finalmente se abolió la estricta separación entre documentos personales y literarios, entre obras y fragmentos. Desde que la «escritura» de Kafka está documentada de manera integral y es comprensible en su contexto originario, sabemos que tenemos que vérnoslas con un *continuum* de expresión verbal sin parangón: por estricto que él mismo fuera a la hora de seleccionar los textos dignos de ser publicados, todo lo que Kafka produjo seguía con naturalidad la dinámica de una circulación imaginativa. No se plantea ninguna pregunta, no se da ninguna respuesta que no brote de un tejido de experiencia íntima. Hasta en el más abstracto de los problemas late el dolor de la existencia de la criatura y el tormento de la neurosis. Y cuanto más ajustamos nuestra mirada sobre ese lenguaje, tanto más carente de esencia resulta la diferencia entre expresión «personal» y «literaria». Poco después de su encuentro en Viena escribía a Milena, por ejemplo:

Yo también estoy en contra de evaluar a fondo las posibilidades—estoy en contra porque te tengo a ti; si estuviera solo, nada me impediría examinarlo todo minuciosamente—, uno se convierte a sí mismo, en el presente, en el campo de batalla del futuro, ¿cómo va a sostener entonces el suelo removido la casa del futuro?²⁵

Si eliminamos el inciso, que sólo iba dirigido a la destinataria, queda una frase que podría muy bien caber dentro de

²⁵ Carta a Milena Pollak del 8 de julio de 1920. La obra en prosa «El escudo de la ciudad» fue escrita unos dos meses después.

la historia de la torre babilónica, que incluso podría servirle de síntesis.

Es la imagen, la metáfora, la que mantiene la circulación en marcha. En Kafka nunca se ilustran sin más cualesquiera «afirmaciones»—por no hablar de tesis metafísicas—; en ningún autor esta mala interpretación del proceso creativo induce a error tanto como en él. Kafka no busca la imagen, más bien *la sigue*; y prefiere errar en su tema que en la lógica de la imagen. Eso ya llamó la atención de algunos lectores tempranos. «No tenéis que preguntar a qué viene esto», advertía por ejemplo Tucholsky en la primera recensión de *En la colonia penitenciaria*. «No viene a nada. No significa nada». Pero tales apelaciones al sentimiento estético del lector tenían desde el principio pocas oportunidades, fracasaban una y otra vez ante el carácter provocativamente enigmático de los propios textos de Kafka, que en absoluto dejaba indiferente al mismo Tucholsky. Más adelante reconoció incluso que la novela *El castillo* le gustaba menos porque era «un libro en el que resulta casi inevitable una “interpretación” de los acontecimientos», mientras en *El proceso* el símbolo cobraba autonomía: «adquirió vida propia. Y vaya vida...».²⁶

Tucholsky aún no podía saber que esa vida propia de las representaciones llevaba a Kafka más allá de los límites de la obra individual, del género, incluso de la escritura decididamente literaria. Kafka sigue a las imágenes a la espesura de impenetrables asociaciones, las diferencia, se sirve de su dinámica, incluso cuando ya no tiene conciencia de que de ese modo surge literatura, incluso cuando no ha comprendido el núcleo del significado, la metáfora. Precisamente el frag-

²⁶ Peter Panter (es decir, Kurt Tucholsky), «*En la colonia penitenciaria*», *Die Weltbühne*, 3 de junio de 1920; del mismo autor: «*El proceso*», *Die Weltbühne*, 9 de marzo de 1926, y «*En la mesita de noche*», *Die Weltbühne*, 26 de febrero de 1929. Véase Born [1979:96] y Tucholsky [2016:229].

mento del gran nadador es uno de los ejemplos más impresionantes de esto. Al principio, Brod renunció a incluirlo en su edición del legado, dado que apenas pasa de la condición de esbozo y queda completamente en la oscuridad cómo pensaba Kafka explicar o resolver la extravagante situación. Los manuscritos y documentos biográficos publicados posteriormente permiten una aproximación muy distinta, sin embargo: nos revelan que Kafka no había agotado en absoluto la imagen del nadador que no sabe nadar. Puesto que a finales del caluroso verano de 1920 se bañaba a menudo en el Moldava, cabe pensar que la actividad misma de nadar mantuviera viva la imagen del nadador y moviera a Kafka a seguir desplegando su lógica interna. Más o menos dos meses después de escribir el fragmento anotó lo siguiente:

Sé nadar como los otros, pero tengo mejor memoria que ellos y no he olvidado el no-saber-nadar de antaño. Y como no lo he olvidado, el saber-nadar no me sirve de nada y, en consecuencia, no sé nadar.²⁷

Quien habla aquí es, sin duda, el campeón olímpico de Amberes, y el hecho de que esta declaración se contradiga con otras frases de su discurso solemne («Siempre quise aprender...») no molesta a Kafka en lo más mínimo. Ha elevado la coherencia de su trama, ahora puede intuirse por qué ese hombre practica precisamente la natación. Y la idea de que se puede dominar «en realidad» algo y sin embargo fracasar en ello en la práctica ya no es un juego intelectual, sino una paradoja vital, una experiencia completamente comprensible. Una experiencia como la que suele darse sobre todo en los *exámenes*: no se puede creer que se puede, y por eso no se puede. Nadie aguanta mucho tiempo con semejante miedo.

²⁷ OC III, 334, 756.

Milena Pollak se dio cuenta muy deprisa de que era un miedo elemental el que asediaba a Kafka y absorbía una y otra vez su voluntad a la hora de tomar decisiones prácticas. Él intentaba explicarlo, fundamentarlo, incluso es probable que sólo ahora, en la confrontación con Milena, tomara plena conciencia del significado de la palabra *miedo*, que de pronto escribía entre comillas, como si se tratara de un eslogan. «[...] sus leyes internas no las conozco, sólo conozco su mano en mi garganta, y eso es realmente lo más horrible que me ha ocurrido o que podría ocurrirme jamás», empezaba por conceder. Por otra parte, le parecía, ese miedo tenía que tener alguna justificación, era algo esencial, una forma de alerta, de conciencia, que no podía ser simplemente combatida, ya no digamos sometida a terapia. ¿Acaso Milena habría podido encontrar algo digno de amor en él, si no existiera ese miedo? «[...] es incluso una parte de mí y quizá sea lo mejor que tengo».¹⁸ Pero Kafka no logró hacer comprensible a su amada *cómo es* cuando se alza esa violencia interior.

A principios de 1921 prosigue esa discusión con Max Brod, que aún podía entender menos que Milena cómo incluso la dicha de un amor lleno de esperanzas podía convertirse en desencadenante del miedo. ¿Miedo a qué?, preguntaba una y otra vez, ¿de qué? Sí, se podían enumerar tantas cosas... Pero de repente Kafka se dio cuenta de que hacía mucho que había descubierto e incluso había puesto por escrito la imagen decisiva que podía sintetizar la experiencia del miedo como algo literalmente insondable. La imagen estaba ahí, pero él no la había entendido; sin duda Milena podría haberlo hecho, pero él no se la había dicho. Era una especie de miedo mortal, escribió a Brod:

Como si alguien no puede resistir la tentación de salir a nadar al mar, es feliz dejándose llevar, «ahora eres un hombre, un gran na-

¹⁸ Cartas a Milena Pollak del 21 de julio y del 9 de agosto de 1920.

dador», y de pronto se yergue, sin un motivo particular, y no ve más que el cielo y el mar y sobre las olas no hay más que su pequeña cabeza y lo sobrecoge un miedo terrible, todo lo demás le es indiferente, tiene que volver atrás aunque se le revienten los pulmones. No es más que eso.²⁹

El gran nadador, el campeón olímpico. Su secreto ha quedado al descubierto. Sin duda ha aprendido a nadar, pero nadar es algo espantoso, no lo puede olvidar. Y así ocurre que gana el récord mundial... en el intento de salir del agua antes que todos los demás.

Hace unos días he reanudado mi «servicio militar» o, mejor dicho, mi vida «de maniobras», que como descubrí hace años es para mí lo mejor de vez en cuando. Por la tarde dormir en la cama todo lo posible, luego moverme de un sitio a otro dos horas, luego permanecer despierto todo lo posible. Pero en este «todo lo posible» está la dificultad. «No es posible mucho tiempo», ni por la tarde, ni por la noche, y sin embargo por la mañana temprano estoy hecho un trapo cuando entro en la oficina. Y el auténtico botín se encuentra en lo más profundo de la noche, en la segunda, la tercera, la cuarta hora; pero si ahora no me acuesto lo más tarde a medianoche, estoy perdido, la noche y el día están perdidos. Sin embargo no importa todo esto, ese «estar de servicio» es bueno aun sin resultados. Y no los habrá, necesito medio año así, para, primero, «soltarme la lengua» y, después, comprender que se ha terminado, que se acabó el permiso para «estar de servicio».³⁰

Ella aún no le conocía, no podía saber que esa noticia contenía una amenaza. Milena era joven; Kafka, en cambio, lo bastante mayor como para acordarse de modelos probados. Después del día del «juicio» en Berlín, a finales de julio de 1914, él se había entregado al trabajo nocturno con la satis-

²⁹ Carta a Max Brod del 13 de enero de 1921.

³⁰ Carta a Milena Pollak del 26 de agosto de 1920.

factoria, incluso salvadora sensación de cumplir con un deber. De forma parecida lo había hecho en Zürau, donde ya no llenaba cuartillas, sino cuadernos de notas. Ahora, en agosto de 1920, era el encuentro en Gmünd el que le recordaba un encargo no cumplido. «Era la primera palada», rezaban las primeras palabras que escribió en su cuaderno, y las repitió enseguida, para disfrutar un poco más el énfasis del momento. Sin duda tendrá razón, no logrará hacer avanzar el pozo hasta las enjundiosas minas en las que cavó en noches anteriores. Aplazará la tarea y sólo dejará atrás un «paquete». Pero, una vez más, la escritura literaria ha creado una distancia, un espacio de retirada, que asegura la supervivencia. Pocos días después, el encuentro con la ayudante de Jesenský y el fustazo de Milena. Ahora sabe que va a despedirse, que en las noches ya no escribirá *para ella*. En adelante ya no habrá ninguna carta que no diga que las cartas tienen que terminar.

No sabemos si Milena Pollak comprendió su parte en el fracaso de este amor. Sus cartas posteriores dirigidas a Brod, en las que intentaba hacer un resumen de lo ocurrido y se colocaba en una posición lo menos indulgente posible, son extremadamente ambivalentes: por una parte, en cuanto expresan la desesperación de constatar cómo semejante posibilidad vital pasó de largo; por otra, en su discutible idealización de Kafka, que lo excluye de la comunidad de los seres capaces de vivir y amar:

Lo que se carga en la cuenta de la no-normalidad de Frank es precisamente su ventaja. Las mujeres con las que él ha topado eran mujeres normales, y no sabían vivir más que como mujeres. Yo creo más bien que todos nosotros, el mundo entero y todas las personas, están enfermas, y él es el único ser humano sano, el único que de verdad comprende y siente, el único puro. Sé que él no se resiste ante la *vida*, sino tan solo ante *ese tipo de vida*. Si hubiera logrado irme con él, habría podido ser feliz conmigo. Pero eso tan sólo lo sé hoy. Entonces yo era una mujer normal, como todas las mujeres del mundo, una hembra pequeña e instintiva. Y eso fue lo que

le dio miedo. Un miedo correcto. ¿Acaso es posible que ese hombre sienta algo que no sea correcto? Sabe del mundo diez mil veces más que todas las personas del mundo. Ese miedo suyo era correcto [...] Siempre se considera a sí mismo culpable y débil. Y no hay en el mundo otra persona que tenga su inmensa fuerza; esa absoluta e inmovible necesidad de perfección, de pureza y verdad.³¹

Con una encarnación de la pureza no se puede vivir, no como mujer, y no como hembra: cualquier otra mujer habría fracasado con alguien así... Ahí y no a otra parte es adonde va a parar este homenaje de Milena. Pero ¿cuándo se dio ella cuenta de con quién tenía que vérselas? Milena habla de un legendario *entonces* en el que aún no se había convertido en una mujer consciente. Pero, de hecho, el momento de la decisión se remontaba a tan sólo unos meses atrás, y en ese momento ya tenía una imagen muy precisa de Kafka, que mostraba muchas más facetas que el posterior icono, obviamente influido por la autoestilización de Kafka, que respondía al nombre de «Frank». No sólo conocía su miedo, también conocía su sentido del humor, su encanto, sus capacidades prácticas y diplomáticas y, por último pero no menos importante, su deseo de intimidad.

También «entonces», en el otoño de 1920, la conciencia de ella estaba herida, pero no por insatisfacción del deseo de perfección, sino por razones mucho más terrenales. Kafka llevaba ya demasiado tiempo haciéndola esperar, y después de meses de correspondencia ella seguía sin atreverse a confesarse a sí misma que no abandonaría Viena por sus propias fuerzas. Aun así, involucraba a Kafka en su vida como si se hallara ante una inminente solución feliz: daba a entender una comunidad entre los dos de la que él se daba cuenta, y

³¹ Milena Pollak a Max Brod, enero o febrero de 1921. No sabemos si Kafka llegó a leer estas frases; no sería inimaginable, si tenemos en cuenta la habitual laxitud de Brod en materia de discreción.

que poco a poco convertía en una tortura los encuentros con los amigos checos de ella. Un día viviría con él, escribía Milena todavía a mediados de octubre, y eso ocurriría antes de lo que él creía. Él lo consideraba *totalmente* imposible, «y “antes” que “nunca” es sólo, otra vez, nunca», le respondía.³²

Por poca claridad que Milena tuviera respecto a su propio papel, por poco control que tuviera de sus fatales dependencias y oscilaciones emocionales, su sensibilidad registraba el comienzo de la retirada de Kafka. Probablemente se alegró de que él volviera a escribir, pero poco después tuvo claro que también eso formaba parte de un repertorio histórico, de una estrategia ensayada de autosalvación a la que ahora retornaba. Y esa impresión era mucho más acertada de lo que ella podía suponer, las repeticiones eran ni más ni menos que angustiosas: Kafka sólo leía sus cartas por etapas, o con días de retraso, se entregaba a diversas autoinculpaciones y fantasías autoagresivas (una carta contiene incluso el dibujo de una persona que es desgarrada), y estilizaba su personaje hasta convertirlo en el de un ser sucio e inhumano que haría mejor en ocultarse en la oscuridad. Finalmente, retiró los puentes y se atrincheró detrás del lamento irrefutable de que ya no podía soportar más contactos. ¿Su contacto? ¿El contacto con *cualquier* mujer? «También tienes razón cuando pones lo que he hecho ahora a la misma altura que las cosas de antes; en efecto, yo sólo puedo ser siempre el mismo y vivir lo mismo». Sin embargo, por un momento no había estado lo bastante alerta. Porque si admitía que las experiencias radicalmente nuevas que esa mujer le había hecho posibles, la experiencia de un entendimiento a la vez erótico, humano, intelectual, de un entendimiento más allá de las barreras del sexo, de la edad, de la lengua, de las mentalidades... si admitía que todo eso no había podido cambiar su modelo de conducta y no había podido salvaguardarlo de recaídas,

³² Carta a Milena Pollak de septiembre de 1920.

entonces la intención de asegurar su propia autonomía quedaba, naturalmente, desbaratada. Así que el desmentido llegó a vuelta de correo: «Pero sí fue un error, y lo he lamentado mucho, que en la última carta hiciera comparaciones con cosas de antes. Eso lo tachamos en común».³³

Aún podía sentirse en su derecho, no se había enfriado en modo alguno. La nostalgia era fuerte esta vez, casi indomeñable, y Kafka no logró encontrar un final digno. Durante meses se sintió incapaz de escribir una «última» carta, no excluyó en absoluto nuevos encuentros, habría de llegar el final del año para que la decisión, psíquicamente ya irrevocable, tuviera consecuencias prácticas y condujera a una verdadera separación. Incluso entonces, la historia de Milena y Frank no termina. Ella volverá a verle, y le llorará. Pero—conforme al deseo de él—ya no se volverá a hablar de futuro.

Kafka encontró una especie de punto final el primero de octubre de 1920. Es la respuesta a una pregunta de Milena, cuyo contexto y tenor literal desconocemos pero intuimos. Un raro ejemplo de respuesta que no necesita pregunta, porque en ella ha quedado abolido todo lo que puede ser preguntado. «¿Que si sabía que todo pasaría? Sabía que no pasaría».³⁴

20. HUIDA A LAS MONTAÑAS

Pero me faltaba una instrucción más precisa de cómo llevar a cabo mi penitencia.

C. F. D. SCHUBART,
Leben und Gesinnungen

«¿Quiere usted dar un paseo?». Kafka creyó que no había oído bien. Una vez más, era uno de los últimos visitantes de la

³³ Cartas a Milena Pollak del 18 y 20 de septiembre de 1920.

³⁴ Carta a Milena Pollak de septiembre de 1920.

«escuela de natación» de la Sophieninsel, atardecía ya, y él caminaba por el borde de la gran piscina, perdido en sus pensamientos. Entonces, uno de los bañeros se acercó a él y le habló.

¿Un paseo? Con eso sólo podía referirse a los botes de remos amarrados justo al lado. Pero, naturalmente, el paseo ofrecido no era gratis. Más bien se trataba de llevar a un caballero distinguido, un empresario checo de la construcción, al otro lado del Moldava, a la Judeninsel. Al parecer, el bañero buscaba un remero lo bastante joven y fuerte como para que el paseo resultara placentero, pero a la vez lo bastante mayor como para confiar en que traería de vuelta el bote. Antes de que Kafka hubiera comprendido del todo la situación, se les sumó el señor Trnka, el arrendatario de la casa de baños. ¿Sabía nadar ese joven? El bañero aseguró que todo estaba en orden. Entonces llegó el pasajero checo. Subieron al bote y Kafka se puso a remar, siempre transversal a la corriente. Claro que *sabía* nadar.

Una hermosa tarde, dijo el hombre. «Ano»,¹ dijo Kafka. Aunque ya un poco fresca. «Ano», respondió Kafka, que se esforzaba hasta donde alcanzaban sus pulmones. Conduce usted muy bien, dijo el checo. Kafka tuvo que limitarse a sonreír. Atracó en la Judeninsel con elegancia. El caballero dio amablemente las gracias, desembarcó y olvidó darle una propina. Ni en sueños se le hubiera pasado por la cabeza que acababa de transportarle un doctor en derecho y jefe de departamento de treinta y siete años, que además tenía tuberculosis. Pero Kafka observó orgulloso la admiración general cuando, al poco tiempo, volvió a amarrar el bote en la Sophieninsel. Había sido su «gran día de gloria», escribió a Milena.² Un día de verano, de principios de agosto de 1920.

¹ 'Sí', en checo. (*N. del T.*).

² Carta a Milena Pollak del 10 de agosto de 1920. El concepto «gran día de gloria» alude a que la carta fue escrita el día del vigésimo cuarto cumpleaños de Milena.

Cuatro meses después, las calles de Praga estaban cubiertas de una nieve pastosa y ennegrecida. Kafka se sentía débil, tenía casi constantemente febrícula, sentía escalofríos y sudaba, le faltaba el aire, y, si emprendía una conversación al aire libre y respiraba el aire frío demasiado tiempo, le sobrevenía invariablemente un ataque de tos. Tampoco de noche la tos le dejaba respiro, a veces durante horas. Tenía que ocurrir algo, en eso estaban de acuerdo todos, sus amigos, su familia, y ante todo su hermana menor.

Ottla estaba casada ahora, y se apellidaba Davidová. Kafka no se había enterado del todo de su boda, en opinión de los padres más que tardía; sus pensamientos estaban puestos en otra mujer. Al serle presentada la familia David—algunos de cuyos miembros veía por primera vez—había sido consciente de que aquel día algo terminaba *para él*, por mucho que Ottla no quisiera oír una sola palabra al respecto. Todavía durante la luna de miel ella le aseguraba a él que no había perdido *nada en absoluto*. Pero a Kafka eso le parecía un consuelo tan superficial, tan negador de la realidad, que lo pasó por alto con una tibia broma.³

Se equivocaba. Aunque para Ottla no era fácil adaptarse al papel de ama de casa, que había rehuido durante años, y aunque ya pocas semanas después de la boda tenía la certeza de estar embarazada, las preocupaciones de su hermano le eran tan próximas como antes. Probablemente sabía más y con más precisión que cualquier otra persona del destino de su prometida Julie y de los líos de Milena. Y como él vivía pocos peldaños por encima de ella, veía diariamente con sus ojos el rápido deterioro de su salud con la llegada del frío. ¿Por qué no hacía nada? ¿Cómo pensaba superar el próxi-

³ «[...] sé muy bien que no he perdido nada, ¿acaso tú has perdido, por ejemplo, las orejas después de la boda? Y, si aún las tienes, ¿es que ya no puedo jugar con ellas? Pues entonces» (postal a Ottla David del 25 de julio de 1920).

mo invierno? Los amenazados pulmones de Milena parecían interesarle más que los suyos propios, le había ofrecido una pequeña fortuna para ayudarla a curarse, sin pensar que en los próximos meses él también iba a necesitar ese capital. Ya a finales de agosto el doctor Kral le había aconsejado visitar un sanatorio especializado en la Baja Austria, pero la perspectiva de pasar semanas y meses entre enfermos por primera vez en su vida provocaba extrema aversión a Kafka. Justo después de visitar al médico, escribía:

Son establecimientos exclusivamente antituberculosos, son casas que en su totalidad tosen y tienen fiebre día y noche, donde hay que comer carne, donde antiguos verdugos le dislocan a uno el brazo si rechaza las inyecciones y donde todo lo observan, acariciándose la barba, médicos judíos que son inflexibles con judíos y con cristianos.⁴

En absoluto quería ir de manera voluntaria a semejante cámara de tortura, de nada servían las exhortaciones de la familia ni los muy razonables argumentos de Brod, que (probablemente a espaldas del paciente) también había hablado con el doctor Kral.

Finalmente, fue Ottla la que cortó el nudo gordiano. Puede que ya hubiera anunciado a su hermano varias veces que informaría a sus superiores si no se esforzaba él mismo en conseguir un permiso por enfermedad, y Kafka, al que asediaba la mala conciencia respecto a su instituto, le había pedido que no lo hiciera. Pero ahora ella hizo realidad la amenaza y cursó una petición al director Odstrčil, con la consecuencia inmediata de que a mediados de octubre Kafka recibió una citación para el médico de empresa. El resultado fue el esperable: el doctor Kodým no pudo sino repetir lo que ya había constatado en primavera: infiltración de ambos

⁴ Carta a Milena Pollak del 31 de agosto de 1920.

lóbulo pulmonares, recomendación de una estancia de al menos tres meses en un sanatorio.⁵ El dictamen fue remitido sin tardanza a la comisión administrativa, y pocos días después—sin que Kafka presentara siquiera solicitud alguna—se decidió concederle un nuevo permiso, de tres meses por el momento. La notificación verbal fue inmediata, Kafka fue llamado expresamente para eso al despacho del director. Un proceso en verdad breve, por el que tuvo que dar las gracias.

Pero ¿por qué esa terca resistencia? Hay muchos indicios que apuntan a que Kafka, que desde hacía más de medio año estaba completamente absorbido por la confrontación con Milena, anhelaba ante todo una regeneración *espiritual*. El sentimiento de exposición, incluso de indignidad, que combatía desde hacía poco con un trabajo literario regular, regresaría en un sanatorio con redoblada furia: de ahí las fantasías de violencia que, por «exageradas» que fueran, representaban para él la verdad de aquel instante. Naturalmente que hacía mucho que se había informado acerca de los sanatorios que entraban en consideración, había estudiado folletos y comparado precios. Pero seguía creyendo en su vieja teoría de que era imposible que el cuerpo estuviera más sano que la psique, y consideraba tan ingenuas como inútiles las medidas encaminadas sólo al estado físico, daba igual que estuvieran prescritas por médicos convencionales o por naturistas. «Me gustaría ir al campo, mejor aún, quedarme en Praga y aprender un oficio, adonde menos me apetece ir es a un sanatorio. ¿Qué voy a hacer allí?», escribió a Milena.⁶ Pocos minutos después de haber escrito estas líneas le llegaba la noticia de que el instituto lo enviaba de permiso. Pero en absoluto a Zürau, y mucho menos a un taller de ebanistería de Praga.

⁵ Dictamen médico del doctor Odolen Kodým, 14 de octubre de 1920.

⁶ Carta a Milena Pollak de en torno al 15 de octubre de 1920.

Fue una acción concertada, y tuvo éxito: Kafka, que no halló ninguna comprensión para su negativa, terminó doblegándose a la presión, y decidió ir al sanatorio Grimmerstein, en la Baja Austria, a dos horas de tren al sur de Viena. Sin duda allí no trabajaban verdugos jubilados, pero la estancia era mucho más cara que en Meran, lo que dio ocasión a nuevas quejas.⁷ También había atractivos, desde luego: el viaje a Grimmerstein permitiría encontrarse con Milena sin todas las dificultades habituales para conseguir el pasaporte, e incluso durante la cura podrían reunirse de vez en cuando a mitad de camino, aunque naturalmente eso fuera «contra las normas» y fuera insensato por otros motivos. La tentación seguía siendo incontrolable, a pesar de la decepcionante experiencia de Gmünd y de la opinión que se había hecho Kafka de que tal convivencia, sin perspectiva alguna de felicidad en común, no era más que un dulce veneno. Era inevitable que la proximidad física despertara nuevos e ilusorios deseos: el precio era una cabeza ardiente que delegaba su desgracia en los pulmones. Si Kafka pensaba en serio que la tuberculosis era una enfermedad espiritual que desbordaba sus propias orillas, ¿acaso no tenía que evitar tales conmociones?

Los temblores se anunciaron ya en Praga: apenas había tomado la decisión de viajar a Austria cuando empezó una nueva serie de noches tan insomnes como literariamente productivas, que pasó imaginándose el encuentro en Viena. Allí iba a tener lugar un balance al que, simplemente, no podía sustraerse. ¿No había sido él quien siempre había apelado al «gran y *sin embargo*», a la oportunidad existente en todo mo-

⁷ En el sanatorio Grimmerstein podían conseguirse habitaciones por un precio de alrededor de trescientas coronas austríacas al día, incluyendo manutención y tratamiento médico, lo que correspondía a finales de 1920 a unas sesenta coronas checas. En consecuencia, Kafka habría tenido que pagar dos salarios mensuales enteros por cada mes de sanatorio.

mento de tomar el mando mediante una única y firme decisión? ¿No le había consolado, escuchado, animado ella con paciencia? Cabe perfectamente imaginar que en aquellos días estremecieran a Kafka los recuerdos del Askanischer Hof; también allí se le habían exigido con toda razón explicaciones que no podía dar, explicaciones, además, que ya no se referían al horizonte abierto de la vida, sino exclusivamente al pasado. Un tribunal que medía la culpa y que, incluso en el improbable caso de absolución, no podía devolver ni una chispa de la esperanza perdida. La diferencia era que esta vez Kafka vio venir el tribunal. Y eso le dio la oportunidad de reclamar a tiempo el papel del juez y aplazar la confrontación por sus propios medios. La mañana del 2 de diciembre, la decisión estaba tomada: después de otra noche casi sin sueño, cambió de pronto de rumbo y optó por la huida:

No tengo la fuerza de ponerme en camino; la idea de estar delante de ti no puedo soportarla ya por anticipado, no soporto la presión en el cerebro.

Ya tu carta es un incontenible, un infinito desengaño causado por mí; y ahora además esto. Escribes que no tienes esperanza, pero que tienes la esperanza de poder alejarte definitivamente de mí.

No puedo hacerte comprender a ti ni a nadie lo que pasa en mi interior. Cómo podría hacer comprender por qué es así; ni siquiera puedo hacérmelo entender a mí mismo. Pero esto no es lo esencial, lo esencial salta a la vista: en mi entorno es imposible vivir humanamente; ¿lo ves y aún no quieres creerlo?⁸

Dos semanas después, Kafka estaba en un tren que viajaba *hacia el Este*. Ya era hora. Las constantes preguntas acerca de qué se le había perdido en Praga en lo más profundo del invierno, con su deprimente estado médico, se le iban haciendo pesadas. Todos le insistían, algunos le acompañaron a la estación, entre ellos probablemente Ottla, que había queri-

⁸ Carta a Milena Pollak de noviembre de 1920.

do ir algunos días con él, pero que debido a su embarazo (y quizá también por miedo al contagio) prefirió quedarse en lugar seguro. Kafka viajó en segunda, como la primavera anterior, a Meran. Pero esta vez no le esperaban ni el olor de las flores ni las palmeras.

No llegó a su destino hasta entrada la noche. Un trineo abierto de doble tiro le esperaba en la estación y le recogió. Un viaje de media hora por un bosque sombrío y campos nevados que resplandecían a la luz de la luna. Luego apareció el sanatorio, un edificio en apariencia solitario, grande, con los alrededores iluminados como un hotel. Pero el cochero no giró allí, de modo que al cabo de algunos segundos Kafka se vio de nuevo envuelto en la oscuridad. Por fin el vehículo se detuvo ante un edificio más pequeño, carente de iluminación. No se veía un alma, hubo que llamar, pasó un rato antes de que al fin apareciera una criada y guiara a Kafka hasta su cuarto por un pasillo helado. La luz eléctrica se encendió, y él se sobresaltó. ¿Iba a vivir allí? Un armario viejo y roto, una puerta sencilla que daba al balcón, por cuyas rendijas silbaba el viento, y en vez de la esperada calefacción central tan sólo una estufa humeante, alimentada con leña. Pero lo peor era la cama de hierro, cuyo colchón ni siquiera tenía funda. No iba a tumbarse allí, prefería pasar la noche en el sillón, envuelto en una manta y un saco.

La imponente propietaria, una tal señora Forberger, se presentó para saludar a Kafka. Había respondido enseguida a su reciente petición y le había pintado su sanatorio en los más hermosos colores. Eso dio a Kafka derecho a manifestar, en términos claros, que había esperado otra cosa. Y mientras ella intentaba calmar a su huésped con promesas amabilísimas pero completamente vagas, Kafka ya estaba pensando de dónde sacar un trineo al día siguiente para marcharse lo antes posible de allí.

Finalmente, fue la criada la que tuvo la ocurrencia salvadora. Kafka había viajado solo, pero también había una ha-

bitación preparada para su hermana, que no había podido cancelar a tiempo porque las comunicaciones telefónicas estaban cortadas. Una habitación mucho mejor, más grande y más caliente, con cama de madera y un armario nuevo, aunque sin el imprescindible balcón. Kafka podía alojarse en ella y emplear el balcón de la habitación peor para la cura de reposo prescrita. Y así ocurrió. Cuando despertó a la mañana siguiente, comprobó que había tenido suerte. Otlá le había dado suerte, incluso allí.

Despertó en un pequeño caserío en el Alto Tatra, de edificios dispersos, que servían casi exclusivamente para albergar huéspedes: el antiguo Matlarenau, luego Matlárháza húngaro, ahora Tatranské Matliary eslovaco, situado en el área de colonización germánica de los Cárpatos, a novecientos metros de altitud, rodeado de pinares, con vistas a unas crestas cubiertas de nieve y a las cumbres alpinas de Lomnitz. Kafka constató satisfecho que su Villa Tatra se hallaba, protegida del viento, en una amplia pradera boscosa, de tal modo que el sol tenía libre acceso hasta su balcón y cuarto, que miraban al sur. Y reinaba el silencio alrededor, la casa parecía casi vacía. Bien, se arriesgaría a hacer la prueba. Se quedaría temporalmente, le dijo a la señora Forberger; dentro de unas semanas—pero este pensamiento se lo guardó para sí—habría encontrado algo mejor.

Pasó al edificio principal, para el desayuno común. Sentía curiosidad por los huéspedes y temor a encuentros exigentes, la conocida ambivalencia. En algún momento vería partir a la mayoría de ellos. Pero eso aún no podía saberlo.

21. FIEBRE Y NIEVE: TATRANSKÉ MATLIARY

No entiendo—con el corazón, me refiero—
la caída del héroe.

L. WITTGENSTEIN,
Movimientos del pensar. Diarios, 1931

«El caballero que vive debajo de usted pregunta si no querría visitarle alguna vez». A Kafka no le apetecía especialmente. Tan sólo conocía fugazmente a aquel hombre, había cambiado algunas palabras con él, un checo cincuentón, amable, al que apenas oía durante el día, aparte de la tos y el ocasional repicar del timbre de la habitación, y que al parecer no tenía a nadie con quien hablar. Los otros dos huéspedes checos, dos mujeres, no tenían ningún interés en él, y menos aún los oficiales checos del hospital militar, situado aún más alto, que sólo utilizaban el sanatorio como albergue y para buscar amoríos. Así que era difícil sustraerse a una petición expresa. Para indicar que se trataba en todo caso de una visita de cortesía, Kafka bajó poco antes de la cena general, pero el checo se mantuvo en sus trece y le pidió que volviera después.

El hombre yacía en cama, como la mayor parte del día, porque sufría una tuberculosis avanzada que ya había pasado a la laringe. Eso hacía esperar una prolija historia de la enfermedad. Kafka ya había oído suficientes conversaciones en sanatorios como para saber lo pesado que podía llegar a ser el natural egoísmo (por desgracia inobjetable desde el punto de vista moral) de los enfermos, y lo aburrida que podía ser la cháchara relativa a las últimas terapias, curaciones milagrosas, médicos y cualesquiera parientes enfermos. Además, él mismo se encontraba en un estado que hacía ineludible pensar en las consecuencias de su enfermedad. Max Brod, que esta vez no había podido despedirse de Kafka y

por tanto le enviaba por carta la necesaria salva de exhortaciones, le intimaba a asumirse a sí mismo como *paciente* de una vez y cumplir los tres meses previstos en el Alto Tatra como un «servicio militar», como una campaña contra la tuberculosis, en el mejor sanatorio posible y con ayuda de especialistas probados, costara lo que costase. En última instancia—y aquí Brod repetía sus propias palabras de 1917—era una cuestión «de vida o muerte». Kafka respondió, con sorprendente frialdad, que era perfectamente consciente de ello: «veo la antítesis de forma aun más grave, no es vida o muerte, sino vida o un cuarto de vida, respirar o jadear lentamente (no más rápido de lo que dura una vida de verdad) hacia una muerte febril».¹ Aquí ya no hablaba el paseante de Meran. Había oído ya unas cuantas cosas en Matliary. Pero ni él mismo sabía aún cuánta razón tenía. Porque sólo ahora iba a *ver* también la tuberculosis.

Sí, estaba bastante abandonado, constató el sociable checo cuando Kafka volvió a sentarse en su cama después de cenar. Tenía dos hijos adultos, pero hacía ya una semana que no sabía nada de su familia. Las úlceras en la laringe habían aparecido hacía tres meses, tenía que tratárselas él mismo regularmente, con luz solar. Para eso hacían falta—el enfermo se lo demostró enseguida—dos espejos: uno más grande, para ver su propio cuello, y otro más pequeño, para metérselo en la garganta y dirigir el haz de luz hacia el tejido afectado. Además, había hecho un dibujo de las úlceras para controlar sus cambios. ¡Aquí lo tengo, échele un vistazo!

Kafka cogió el dibujo y después el pequeño espejo. Lo mantuvo alejado, probablemente había pus en él, el checo tenía poco cuidado al toser, Kafka veía las partículas volar por los aires. De pronto se hizo un peculiar silencio a su alrededor, sintió la proximidad de un desvanecimiento. Se le-

¹ Carta de Max Brod a Kafka del 6 de enero de 1921. Carta a Max Brod del 13 de enero de 1921.

vantó, ya con notable esfuerzo, salió vacilante al balcón, se sentó en la barandilla en medio del frío invernal y pasó un rato allí. Finalmente, se recuperó lo bastante como para explicar que se sentía un poco mal, y dejar la estancia sin más salud. Caminó tanteando las paredes por el pasillo, luego escaleras arriba; llegó a su puerta y corrió enseguida al lavabo. Encontró poco sueño esa noche, y el checo ninguno en absoluto.

Lo que se ve allí en la cama es mucho peor que una ejecución, incluso que una tortura. La tortura no la hemos inventado nosotros mismos, sino que la hemos copiado de las enfermedades, pero ningún individuo se atreve a torturar como ella tortura durante largos años, con interrupciones artificiales para que no ocurra demasiado rápido y—lo más singular—el torturado es obligado a prolongar la tortura por propia voluntad, a partir de su pobre intimidad. Toda esta vida miserable en la cama, la fiebre, las dificultades respiratorias, tomar medicamentos, la atormentadora y peligrosa operación con el espejo (a la menor torpeza fácilmente puede quemarse) no tiene otra finalidad que prolongar lo más posible precisamente esta vida miserable, la fiebre, etcétera, retardando el crecimiento de las úlceras que finalmente provocarán la muerte por asfixia. Y los familiares y los médicos y los visitantes materialmente han construido andamios por encima de esta pira, que no arde pero que está en estado incandescente, para poder visitar, apaciguar, consolar y animar al torturado para que sufra miserias aun mayores sin correr el riesgo de contagiarse.²

Se nota que la experiencia es de pocas horas atrás, Kafka está en estado de *shock*, y lo que le irrita más que ninguna otra cosa es la indefensión de la víctima, para la cual la propia voluntad de supervivencia es funesta. Pasa por alto que, a pesar de todo, la enfermedad deja una puerta trasera que la distingue sustancialmente de la tortura. El paciente checo supo aprovecharla: al cabo de otros dos meses, dejó de esperar más

² Carta a Max Brod de finales de enero de 1921.

visitas (Kafka sólo pudo superarse para ir a verlo unas pocas veces), pero sobre todo dejó de tener «ánimos para aguantar más miseria», ánimos que, de todos modos, no le daba nadie más que el médico, las enfermeras y las criadas. En Pascua se subió al tren rápido que iba a Praga y se dejó caer, cuando iba a toda máquina, entre los topes de dos vagones.

Había sido el doctor Kral quien había recomendado a Kafka viajar al Alto Tatra, sobre todo debido al fuerte sol de las cumbres. Cuando el tiempo está tranquilo, en aquella región de los Cárpatos se produce a menudo una inversión térmica: los valles quedan fríos y cubiertos de nubes y en las pobladas cimas brilla un cielo claro. Además, había allí una serie de balnearios a disposición hasta de los clientes más exigentes; tanto el confort como las condiciones higiénicas estaban claramente por encima de la media del resto de Eslovaquia. Porque antes de la guerra el Alto Tatra había sido un lugar de veraneo popular entre los habitantes de Budapest, poco a poco se había abierto el acceso a los balnearios más importantes mediante trenes eléctricos y carreteras bien pavimentadas, y después de la guerra aquella infraestructura fue aprovechada, y por tanto también conservada, por el naciente turismo de deportes de invierno.

Naturalmente, el doctor Kral tenía en mente un sanatorio pulmonar, con estricta supervisión médica y dietas adecuadas, y no cabía hablar de tal cosa en Matliary. Puede que Kafka eligiera ese alojamiento por su precio más bajo, la expectativa de contar con cocina vegetariana y la posibilidad, prometida expresamente, de trabajar en el huerto. Aquí se aceptaba a todo el mundo, incluyendo esquiadores y cazadores, se obtenía la comida que se pedía (sólo se cargaba en cuenta lo que se consumía) y el que necesitaba atención médica y de enfermería—unos treinta huéspedes permanentes en invierno—tenía que llegar a un acuerdo privado con el personal com-

petente. Especialmente con el único médico disponible, el doctor Leopold Strelinger: un judío de mediana edad, casado, muy tratable, que también vivía en Villa Tatra, a tan sólo tres puertas de Kafka. Con ese presunto especialista de pulmón acordó una visita todas las mañanas, pero reservándose decidir por sí mismo qué consejos seguía. Naturalmente, Kafka rechazó las inyecciones de arsénico recomendadas por el doctor Strelinger (que éste siempre llevaba consigo), y redujo a la mitad la ingesta de leche y nata fresca prescrita. Strelinger se mostraba previsor incluso con los enfermos graves, según tuvo ocasión de observar Kafka, pero estaba animado por un incurable optimismo que se compadecía mal con sus conocimientos médicos, bastante limitados y en absoluto refrescados por ninguna clase de lectura especializada.

De hecho, de los extensos informes que Kafka enviaba a Praga se desprende que sus preocupaciones referentes a su atención médica no eran en modo alguno infundadas. Todo un coro de voces le intimaba a buscarse lo antes posible un alojamiento más adecuado, la madre había movilizado a su hermano Siegfried, el médico de Moravia, y durante un tiempo incluso Hermann Kafka consideró la posibilidad de ir a Matliary e intervenir en persona. Había un verdadero sanatorio pulmonar, muy conocido, a una hora de distancia, en Nový Smokovec (Neu-Schmecks), situado a mil metros de altura, Kafka también tenía folletos de ese lugar, pero, aunque pensaba en trasladarse una y otra vez, pasaron tres meses antes de que fuera allí a someterse a un examen al menos.

Como siempre, le costaba trabajo decidirse a un cambio en sus circunstancias y rutinas; esta vez, sin embargo, hubo obstáculos adicionales que resultaron insuperables. Ya en enero de 1921 Kafka sufrió una crisis que se manifestó ante todo en una sensibilidad a los ruidos que rompía los nervios. En aras de su tranquilidad, había renunciado a trasladarse al edificio principal, mucho más cómodo y dotado de calefacción central, pero en el que ya sólo la «sala de música» recién

inaugurada era más que amenazadora; pese a lo cual, aunque las habitaciones que tenía encima y al lado estaban casi siempre vacías, se retorció en su tumbona con dolores cardíacos y «casi espasmos»: para eso bastaba que alguien canturrease una canción encima de su balcón, que en el piso de arriba, a varias ventanas de distancia, resonara la voz leve pero especialmente penetrante de algún «pobre desconocido», o el silbido de un operario. La presión de la dolencia aumentaba a veces de tal modo que Kafka estaba a punto de *huir* a un sanatorio mejor. Pero un momento de reflexión bastaba para hacerle ver con claridad cómo le iría en Nový Smokovec, comparativamente mucho más animado, con un concierto de toses alrededor y donde se oía desde todos los balcones el ruido de la carretera y el del tranvía eléctrico. ¿De qué servía contra eso el mejor de los médicos jefe? Kafka no estaba triste por eso, renunciaba gustoso. Desde luego, no podía evitar preguntarse qué parte del mundo encontraría habitable en el futuro, a no ser que sus nervios se calmaran. «[...] por ahora todavía me molesta todo, a veces casi me parece que es la vida lo que me molesta; ¿de qué otro modo podría molestarme todo?», se quejaba a Brod.³

Sobre todo las personas. Desde el principio, Kafka estaba decidido a rehuir las típicas relaciones sociales de balneario, que llevaban al aburrimiento y la rutina. Se sentía herido, digerir el dolor le consumía, y el temor a contactos dolorosos, sobre todo con mujeres, superaba con mucho sus necesidades sociales. Cuando era imprescindible mostraba, como siempre, su más servicial sonrisa; estaba en las mejores relaciones con la señora Forberger, la propietaria, y el personal—sobre todo en la cocina, donde siempre tenía numerosos deseos particulares que formular—estaba bien dispuesto hacia él, gracias a las propinas bien medidas. Tan sólo el comedor, con sus asientos asignados, era un flanco abierto en

³ Cartas a Max Brod del 13 de enero y de finales de enero de 1921.

el que, como en Meran, había que contar con la fatalidad en cualquier momento.

Por ejemplo con aquel «inocente» antisemitismo, al parecer omnipresente desde la guerra, representado esta vez por una «señorita madura», perfumada, empolvada, nerviosa y charlatana, una checa a la que una noche colocaron junto a Kafka. Fue para desesperarse, él sufrió de manera casi física, y después del primer encuentro le costó trabajo tranquilizarse, ya en su cuarto. De todas formas—se le ocurrió—quedaba la posibilidad de arreglar la situación de forma rabiosamente astuta: se confesaría judío en el momento más embarazoso, y de este modo se libraría de ella. Pero estaba muy equivocado: esa mujer, que al parecer despreciaba todo lo que no fuera checo, se dirigía con especial amabilidad precisamente a su vecino judío. Y cuando se supo que estaba muy enferma y pasaba días enteros en cama con fiebre la situación se relajó por completo: la solidaridad de los infectados—que Kafka sentía en Matliary por vez primera—borraba todas las diferencias, incluso despertaba los deseos de compensación. ¿Qué tenía que ver aquella frágil señorita con el vital antisemitismo en el que se había «bañado» en Praga hacía pocas semanas? Kafka aún sabía distinguir de dónde derivaban sus sensibilidades.

Frente a ambos se sentaba un enviado de un mundo muy distinto: Arthur Szinay, un hombre flaco y enfermo, de veinticinco años (que aún no sabía que estaba enfermo del pulmón), procedente de Kaschau, en la Eslovaquia oriental, un judío que sin duda ocupaba el nivel más ínfimo en la imagen del mundo de la señorita, pero «un chico que enamoraba», según le parecía a Kafka:

Encantador en el sentido de un judío del Este. Lleno de ironía, tranquilidad, diferentes estados de ánimo, seguridad, pero también necesidad. Para él todo es «interesante, interesante», pero esto no significa lo habitual, sino más o menos «arde, arde». Es socialista,

pero en sus recuerdos de infancia hay mucho de hebreo, también ha estudiado el Talmud y el *Shulján Aruj*. «Interesante, interesante».⁴

Un «judío ardiente», pues, un tipo que Kafka ya se había encontrado entre los actores judeo-orientales, y especialmente en la figura del inolvidable Jizchak Löwy. Resultó que Szinay, que acudía a todas las conferencias y asambleas públicas imaginables, recordaba con devoción una intervención de Max Brod en su ciudad natal, e incluso se había encontrado con el (temporalmente) ultraortodoxo Georg Langer. Y ahora tenía la suerte de sentarse a la mesa con un buen amigo de esas celebridades. Szinay estaba entusiasmado, a Kafka le era difícil resistirse a su afecto.

Y sin embargo, le costaba trabajo entenderse con él. Porque la lengua materna de Szinay era el húngaro, sólo en Matliary había empezado a estudiar alemán, no dominaba en absoluto el checo y el eslovaco. Así que todo lo que Kafka tenía que decirle le parecía «maravilloso», aunque reconocía que de hecho no había entendido «ni la mitad». Sea como fuere, tenía la impresión de que nadie le había escuchado nunca con tal concentración y comprensión, aunque tan sólo hablara de la lamentable historia de su estómago.

El húngaro era la lengua vehicular más importante en la pequeña sociedad internacional que se había reunido en el sanatorio de Matliary; también el personal hablaba húngaro, de modo que el muy sociable Szinay no corría ningún riesgo de quedarse aislado. Si Kafka desaparecía en su cuarto o quería inequívocamente estar tranquilo, se pegaba a un joven médico de Budapest, casi igual de «interesante» e ins-

⁴ Carta a Max Brod del 31 de diciembre de 1920. El *Shulján Aruj* ('La mesa servida') es un compendio de leyes rituales judías y preceptos legales del siglo XVI, destinado a los laicos; su autor es el rabino y cabalista Yosef ben Efraim Karo (1488-1555). Dado que en ediciones posteriores proliferaron los comentarios al texto, desde el siglo XIX gozaban de mucha difusión los resúmenes compactos del mismo.

truido. Ambos, repetía Szinay, tenían que conocerse a toda costa. Por qué, preguntaba Kafka. Por qué, preguntaba con igual desconfianza el médico, poco interesado en la cháchara insustancial. «Porque yo no le entiendo a él y no le entiendo a usted. Estoy seguro de que se entenderán». Sin embargo, a pesar de tan contundente argumento, aún pasó algún tiempo antes de que la reunión tan enfáticamente deseada por Szinay se produjera.

Ocurrió en la carretera. Kafka había salido a pasear—había que ir por la carretera, los senderos del bosque aún estaban cortados por la nieve—cuando el joven de Budapest, conocido de vista, vino a su encuentro. Llevaba un libro en alemán bajo el brazo, Kafka lo miró con curiosidad, saludó y no pudo dejar de hacer una observación sobre la lectura. «¿Es usted el señor Kafka, de Praga?», respondió el joven. «El señor Szinay habla de usted cada día». Y dijo su nombre: «Robert Klopstock, estudiante de medicina».⁵

No es fácil imaginar una profesión más adecuada a la peculiar combinación de capacidades e inhibiciones sociales de Kafka. Probablemente ninguno de sus superiores dudó nunca de que Kafka estaba en el lugar adecuado: era concienzudo, preciso, hábil en la negociación... el modelo de un funcionario. A él, en cambio, le parecía que el Instituto de Seguros era un reino de sombras de dudosa legitimidad. Nadie

⁵ Todas las citas proceden de los escuetos recuerdos de Klopstock, comunicados verbalmente y recogidos por la editorial Schocken de Nueva York. Reproducidos bajo el título «Con Kafka en Matliary», en Koch [2009:188-192]. Lo que dice allí Klopstock respecto al libro que él mismo llevaba consigo en su primer encuentro, *Temor y temblor*, de Kierkegaard, que Kafka habría leído por esa misma época, se basa evidentemente en un fallo de memoria. Porque fue Kafka el que unas dos semanas después se hizo enviar a Matliary su propio ejemplar de ese libro para prestárselo a Klopstock.

fuera de ese edificio, ni siquiera los compañeros de los despachos vecinos, hubiera podido explicar con exactitud cuál era realmente su tarea allí. El grado de abstracción era demasiado alto, demasiado intermediada la relación con el cliente, que la mayoría de las veces sólo interesaba como caso relevante desde el punto de vista estadístico o del derecho de seguros.

La curiosidad de Kafka por las personas, su atenta observación de los destinos y luchas por la vida ajenas, raras veces alcanzaba su objetivo en esa profesión. Normalmente había montañas de expedientes que estorbaban la vista. Pero aquella curiosidad creció con el paso de los años: si antes la había calmado mediante la lectura de un sinnúmero de biografías y documentos autobiográficos (y no sólo de escritores con cuyo destino podía identificarse), ahora la dirigía cada vez más hacia las personas de su entorno. Y cuanto mayor se hacía tanto más en tensión seguía los destinos de sus contemporáneos más jóvenes, que disponían de opciones distintas e incomparablemente más atractivas que las suyas. ¿Cuándo y por quién se tendieron las vías de esas líneas vitales? ¿Se podía influir, incluso intervenir en ellas? Eso formaba parte—como atestigua su interés por la pedagogía reformada—de las pocas cuestiones sociales que le interesaban desde el punto de vista teórico. En sus relaciones con los demás, por otra parte, se imponía cada vez más un impulso pedagógico imposible de pasar por alto.

La prueba la proporcionan las relaciones con sus hermanas, especialmente con Ottla. Si al principio se había limitado a procurarles, mediante lecturas y pequeñas conferencias improvisadas, acceso a bienes generales de la cultura, poco a poco se había hecho consciente de que la satisfacción que les proporcionaba no procedía en absoluto de la mera mediación de conocimiento. Kafka se sentía orgulloso, sin duda, cuando podía proporcionar a Ottla una cita adecuada de Platón. Pero era mucho más importante que ella adquiriera gusto por el conocimiento, una creciente capacidad para la

percepción refleja, una conciencia creciente de sus propias capacidades y de su propia posición en el mundo. Ese proceso de maduración, sin embargo, no se podía dirigir; como mucho, se podía estimular, y conducía a resultados imprevisibles. Lo mejor que se podía hacer era respetar los intereses, capacidades y límites del otro, y abandonarlo al final a sí mismo, es decir, a sus propias fuerzas. Kafka topaba con la paradoja de que en cierto sentido el docente tiene incluso que subordinarse al discente, porque estar dispuesto a aceptar e *incorporar* algo ajeno es una cualidad que no es posible despertar sin poseerla uno mismo. A este respecto, a todo profesor le queda algo que aprender, y Kafka asumía consecuentemente que, por ejemplo, en la relación con los niños judeo-orientales—en la escuela para refugiados de Praga o el hogar popular de Berlín—, los maestros eran los que obtenían mayores beneficios.

La capacidad pedagógica para detectar el potencial de otra persona, reflejarlo y así desplegarlo, hizo que Kafka siempre cautivara a los más jóvenes. Gustav Janouch y Hans Klaus trataban con veneración la autoridad de Kafka, que era todo lo contrario a escolar y sin embargo sutilmente coactiva. Minze Eisner, de apenas veinte años, interesada en la agricultura, a la que Kafka había conocido en Schelesen, consideró el esporádico intercambio de cartas con él a tal punto importante que lo prolongó durante años, y pedía consejo a Kafka una y otra vez (consciente de que él siempre aconsejaba trabajar y nunca relajarse). Similares relaciones, que a su vez conllevaron pequeñas correspondencias, se establecieron también en Matliary. Antes de eso, el diferente nivel cultural entre Kafka y Julie Wohryzek sin duda incitó al primero a salpicar las excursiones veraniegas en bote con un poco de doctrina. E incluso en las correspondencias con Felice y Milena se encuentran una y otra vez rastros de una retórica maestro-discípulo, a pesar de que Kafka nunca exhibe su ventaja en conocimiento y experiencia.

Sin embargo, su obra maestra desde el punto de vista pedagógico fue la amistad con Robert Klopstock, quien, sin ser plenamente consciente de ello, en pocos días se convirtió en su fámulo. «Kafka resultaba tan envolvente, fascinante y al mismo tiempo era tan poco dado a ejercer dominio y autoridad, que no buscaba una legitimación o aprobación externa a su manera de ser».⁶ Y eso que durante semanas no supo con quién tenía que vérselas. Ese doctor Kafka se había presentado como un simple funcionario de seguros, y por eso sus nuevos amigos fueron presa de la emoción cuando se enteraron de que el importante Max Brod planeaba hacer una visita a Matliary para verlo. Al principio, ni el aplicado Szinay ni el leído Klopstock sospechaban que Kafka era escritor. Naturalmente, a la larga no era posible ocultarlo; según una anécdota por desgracia indemostrable, a la pregunta de si era la misma persona que el autor de *Un médico rural*, Kafka respondió con dos palabras susurradas: «¡Y encima esto!».⁷

Klopstock era un carácter desgarrado y melancólico, expuesto a fuertes oscilaciones psíquicas y cuya contradictoria figura fue causa de irritación durante toda su vida. Había nacido en 1899 en la pequeña ciudad húngara de Dombóvár, al sur del Plattensee, donde su padre, judío, ostentaba el puesto de «ingeniero jefe de los reales ferrocarriles húngaros». Después de la temprana muerte de Adolf Klopstock, su esposa Gizella (de soltera Spitz) se trasladó a Budapest con sus dos hijos, Robert («Robi») y Hugo Georg. Sabemos poco del tiempo que Robert pasó en el instituto a partir de 1912, pero ya a los diecisiete años dominaba tan bien la lengua alemana que era capaz de leer poesía clásica y leérsela a sus amigos. Al parecer, ya entonces tenía contacto con literatos húngaros, pero—conforme atestiguan sus numerosas matrículas en el examen de reválida—también tenía grandes

⁶ Robert Klopstock, «Con Kafka en Matliary», en Koch [2009:190].

⁷ Ludwig Hardt, «El autor y su recitador», en Koch [2009:251].

dotes para las ciencias naturales. El hecho de que finalmente eligiera estudiar Medicina tuvo motivos éticos: aunque instruido en materia religiosa por rabinos, desarrolló una marcada inclinación hacia los ideales de vida cristianos, y delante de Kafka—a quien Klopstock le parecía necesitado «de contacto humano en el sentido de un médico por vocación»—mencionó como su modelo personal a Jesús.⁸

Su orientación se vio reforzada por sus experiencias durante la guerra. Cuando aún estudiaba su primer curso de carrera le llegó el llamamiento a filas; sirvió en un cuerpo de sanidad, fue enviado al frente Oriental y a Italia... pero aquí se abre una laguna en la biografía de Klopstock, porque no nos ha llegado recuerdo alguno del horror que sin duda tuvo que experimentar allí a sus dieciocho años. Durante su servicio en los barracones sanitarios se infectó de tuberculosis, pero su caso no fue detectado hasta el final de la guerra, probablemente; en el otoño de 1920 interrumpió temporalmente sus estudios de Medicina para pasar largos períodos en sanatorios, regresando varias veces al Alto Tatra antes de poder considerarse curado.

Kafka repitió en Matliary un modelo de conducta ya mil veces ensayado por él mismo: el de convertir a la persona que en un momento determinado gozaba de su mayor confianza en mediador y mensajero, que amortiguaba el choque con el resto del mundo social. Klopstock asumió enseguida y de buen grado esa posición. «La verdad es que sólo trato con el estudiante de medicina, todo lo demás es casual, si alguien quiere algo de mí, se lo dice a él, si yo quiero algo de alguien, también se lo digo a él», escribió Kafka a Praga.⁹ La situación

⁸ Carta a Max Brod de principios de febrero de 1921. Sobre los primeros años de Klopstock, véase Wetscherek [2003]; en lo posible, las cartas de Kafka a Klopstock se citan por esta fuente. En el exilio estadounidense Klopstock se hizo miembro de la Iglesia episcopaliana.

⁹ Carta a Max Brod de principios de mayo de 1921.

parece contradecir lo que se ve en las fotos de grupo conservadas, en las que un Kafka relajado y casi juvenil aparece rodeado de otros pacientes del sanatorio. De hecho, aprovechó la relación con Klopstock para anudar sus contactos sociales; ahora se hacía llevar las comidas a su habitación, sin tener que temer caer en el aislamiento, y en adelante también «el estudiante» se hizo cargo de pequeños cuidados. A cambio, Klopstock ganó un consejero que—ahora comprendía el entusiasmo de Szinay—sabía escuchar como pocos y no se dejaba impresionar en lo más mínimo por las torpezas sociales y los humores incomprensibles. Al parecer, las oscilaciones emocionales de Klopstock, a quien desde hacía mucho atormentaba un amor sin esperanza, se reflejaban muy directamente en su rostro; a menudo parecía disgustado (las fotos así lo atestiguan) y eso no le granjeaba amigos precisamente, pero Kafka estaba fascinado con él:

Nunca había visto de cerca semejante espectáculo demoníaco. No se sabe si actúan en él potencias benignas o malignas; sea como fuere, son muy fuertes. En la Edad Media lo hubieran tomado por poseído. Y es un hombre joven, de veintiún años, alto, ancho, fuerte, de mejillas sonrosadas... extremadamente inteligente, de verdad altruista, sensible.

Parece que era una especie de dispersión juvenil lo que despertaba la atracción que Kafka sentía hacia Klopstock: lo encontraba «ni más ni menos que bello» cuando, con rostro serio, medio ausente, medio soñador, en camisa y «con el pelo revuelto», guardaba su cama. A los dos semanas de conocerlo ya le estaba pidiendo a Ottla que hiciera un paquete de libros para su nuevo amigo; libros que pertenecían a su propia biblioteca: un raro honor.¹⁰

¹⁰ Cartas a Ottla David del 16 de marzo y de alrededor del 10 de febrero de 1921. Carta a Max Brod de finales de abril de 1921.

Tiene que haber impresionado profundamente a Klopstock poder mantener con una misma persona largas y graves conversaciones sobre el sionismo, el cristianismo, Dostoievski, el amor... y a la vez gastar bromas e incubar trastadas. Kafka y él se reían juntos de un huésped checo, un oficial de alto rango que a horas establecidas tocaba la flauta en su habitación, pero al que también era posible observar dibujando y pintando al aire libre. A ese hombre solitario, llamado Holub, se le ocurrió un día exponer sus obras en Matliary: trabajos más o menos diletantes que constituían un acontecimiento en un sanatorio en el Alto Tatra, naturalmente, pero que no hubieran obtenido resonancia alguna entre personas sanas entendidas en arte. Kafka y Klopstock se preguntaron qué diría aquel hombre si, en contra de toda expectativa, su nombre apareciera impreso, mencionado como el de un gran artista. Con el objeto de averiguarlo, Kafka redactó para el periódico en lengua alemana *Karpathen-Post* una pequeña reseña anónima, que se deshacía en alabanzas sobre Holub; Klopstock, por su parte, hizo algo parecido para un periódico húngaro. Y la broma funcionó por encima de toda expectativa. Porque Holub, que no podía leer húngaro, corrió con la reseña a un camarero procedente de Budapest, y éste, a su vez, sin sospechar nada, se la fue a enseñar a Klopstock: él era una persona instruida, y seguro que podría traducirla. Casualmente Klopstock estaba ese día en cama con una ligera fiebre y Kafka sentado a su cabecera cuando el capitán de estado mayor Holub entró en la estancia con el periódico en la mano. Cabe imaginar la escena que siguió. Kafka le escribió a su hermana que se había pasado media tarde «partido de risa». Y, puesto que la jugada había salido tan bien, enseguida ideó otra, esta vez destinada a su propia familia: adjuntó a Ottla un artículo del periódico de Brunn *Lidové Noviny* en el que, invocando a grandes autoridades alemanas, se decía que la teoría de la relatividad de Einstein permitía una terapia completamente nueva para la tuber-

culosis. Toda la familia fue presa de una esperanzada emoción, hasta el punto de que, sin ocultar en modo alguno que al principio él mismo se había creído aquella tontería—era la edición del primero de abril—," Kafka tuvo que tirar del freno de mano: «Sois realmente insistentes a la hora de creer las inocentadas».¹²

Era una benéfica regresión. Hacía mucho que Kafka sabía que las alegrías de la simplicidad y la irresponsabilidad podían ser un excelente remedio contra la desdicha. En el sanatorio de Jungborn, casi una década antes, se había limitado a participar como observador de los juegos que allí se organizaban; en Schelesen había estado de vez en cuando un poco disperso, mostrándose alguna vez un poco tonto; en Matliary, en cambio, se dejaba llevar, se abandonaba a los propios recuerdos, a ensoñaciones, y se prestaba a veces a las inofensivas maquinaciones de los huéspedes, todos los cuales lo encontraban simpático. Allí Kafka no hacía prácticamente nada; le faltaban las fuerzas para dar largas caminatas, leía poco—sin duda lo que más a conciencia leía era el *Selbstwehr* y *Die Fackel*—, a menudo le costaba días terminar las cartas, había suspendido el trabajo literario y, cuando no andaba por ahí con Klopstock, se tumbaba en el balcón, con la botella de leche siempre al alcance de la mano, miraba las nubes durante horas o sesteaba un poco en un prado oculto y silencioso. Dejaba pasar el tiempo, casi sin deseos. Y defendía ese espacio protegido, levantaba barreras incluso frente a perturbaciones lejanas. «No volver a escribirme e impedir que jamás volvamos a vernos», leyó Milena Pollak en una carta recibida de Matliary ya a principios de enero.

¹¹ El primero de abril equivale en la cultura alemana al 28 de diciembre de la española (día de los Santos Inocentes). (N. del T.).

¹² Cartas a Ottla David de abril de 1921 y del 6 de mayo de 1921. El artículo en el *Karpaten-Post* de 23 de abril de 1921 llevaba el título «Des-de Matlárháza».

Y ya no se trataba de un mero ruego: Kafka estaba decidido a guardar el pasado—aunque no terminara de pasar realmente—en una cámara inaccesible, y a tirar la llave. De presentarse Milena en Praga—le escribía a Brod—, o en el caso de que cediera a las presiones de su padre para someterse a una cura en el Tatra, él debía informarle de inmediato, para evitar cualesquiera sorpresas de antemano.¹³

Había vuelto la espalda a la realidad. Y, desde que había salido casi inconsciente del dormitorio de un vecino gravemente enfermo, sabía que había *buenos* motivos para hacerlo. Es probable que la regresión de Kafka no obedeciera únicamente al hecho de estarse recuperando de las tensiones psíquicas del año 1920, que había girado únicamente en torno a Milena como un gigantesco torbellino; era también una forma de eludir la enfermedad que se manifestaba ahora de forma nueva, demasiado concreta. De ella huía Kafka durante sus estados crepusculares, que a veces duraban días. Se sentía como si viviera fuera del mundo, confesó a Brod. Durante mucho tiempo evitó decir nada concreto acerca de su enfermedad, a pesar de los reproches; pero entre líneas podía leerse que no estaba dispuesto del todo a regresar.

Brod parece que fue el único en desaprobador esa estrategia de ojos cerrados; todos los demás, con los padres de Kafka a la cabeza, se dejaron impresionar gustosos por los «éxitos de la cura». Mientras Kafka pudiera contar que engordaba debidamente, apenas cabía temer preguntas escépticas. Ocho libras en el primer mes, decía, y se esforzaba por seguir proporcionando cifras impresionantes. A pesar de la torturante inapetencia, y aunque la cocina de Matliary pronto se le volvió muy monótona, vaciaba los platos e incluso se forzaba a comer carne. Sólo en marzo, cuando el final del permiso por enfermedad se hizo inminente, tuvo que acep-

¹³ Véanse las cartas a Max Brod de finales de enero y del 13-14 de abril de 1921.

tar que los síntomas de la tuberculosis en modo alguno remitían y que, en medio de crisis que duraban días, había padecido estados de desesperante insuficiencia respiratoria. Al doctor Strelinger le parecía que su estado había mejorado ligeramente—se conformaba con auscultar los pulmones, y no llevó a cabo ningún análisis de esputo—, pero aconsejó con insistencia continuar la cura, incluso amenazó con una grave recaída si Kafka volvía a la oficina ya en marzo. Esto acabó por vencer las reticencias del paciente, que parecía temer más los reproches del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo que a la enfermedad. Ahora, sin embargo, empezaba a inquietarse: en el último momento, Kafka envió a Praga un grito de socorro que movió a Ottla a ir inmediatamente a visitar al director del instituto. Y, una vez más, Kafka tuvo suerte. Sin necesidad de presentar un certificado de Matliary, y a pesar de haber «olvidado» someterse a un examen médico oficial en Praga, Odstrčil autorizó una prórroga del permiso por dos meses, que luego prolongó otro trimestre, hasta el mes de agosto, con el salario completo. No cabía atribuir estas concesiones sólo a las habilidades diplomáticas de Ottla: Kafka sospechaba que, durante sus períodos de ausencia cada vez más largos, se había demostrado que era prescindible. Con tanto más motivo había que agradecer que el director se mostrara incomprensiblemente bueno, como un verdadero ángel salvador.

Kafka sintió un gran alivio cuando las tormentas de invierno pasaron y la primavera llegó al fin al Alto Tatra. Ya en abril pudo anunciar que casi no tenía fiebre, y que también la tos y la falta de aire habían cedido. Pero esta mejora se vio ensombrecida por toda una serie de malestares que le obligaron a guardar cama durante días: enfriamientos, abscesos dolorosos, una gastroenteritis grave con accesos de fiebre que le hicieron pensar que había llegado su hora... Tenía la sensación de estar destrozándose físicamente, y si volvía la vista hacia los tiempos de Zürau y Meran no podía por menos de

decirse que se encontraba en una pendiente, que las dolencias físicas nunca habían dominado su existencia como ahora. El progreso «objetivo» de sus pulmones con el que Brod trataba de consolarlo una y otra vez y que él consideraba lo único esencial, palidecía frente al manifiesto empeoramiento general de su salud. La información que Kafka enviaba a Praga se iba haciendo cada vez más esporádica. Sólo a Brod le confesó, en respuesta a un «cuestionario» médico que éste le hizo, que a lo largo de todos esos meses apenas había aumentado ocho kilos, alcanzando el peso máximo de sesenta y cinco kilos. «Tú siempre escribes sobre curarme. Para mí, eso está fuera de toda posibilidad», escribía resignado.¹⁴

¿Qué podía servirle de ayuda? Todos le aconsejaban cambiar de lugar, sin duda también Klopstock; Max Brod incluso le propuso tres semanas juntos de vacaciones en el Mar Báltico, en compañía de su nueva amante. Imposible, respondió Kafka, el médico le había prohibido estrictamente el clima marino. ¿Quizá entonces el lugar de veraneo de Ottla y su marido? También había reparos para eso. Kafka se avergonzaba de su constante tos y expectoración, y aunque no acababa de creer que una persona sana pudiera contagiarse de tuberculosis, le parecía irresponsable exponer durante semanas a tal «suciedad» a la primera hija de Ottla, Věra, nacida en marzo. Además, los David habían elegido como lugar de vacaciones Taus (Domažlice), en la Bohemia Occidental, en el flanco norte de los bosques de Bohemia, y a sólo treinta kilómetros, al alcance del ferrocarril, estaba el sanatorio en el que Milena estaba curándose ahora mismo... Excluido.¹⁵

¹⁴ Carta a Max Brod de principios de mayo de 1921. Las respuestas al «cuestionario» de Brod del 12 de junio de 1921 dicen, entre otras cosas: «¿diagnóstico objetivo de los pulmones? Secreto del médico, al parecer bueno. ¿Temperaturas? En general, sin fiebre. ¿Respiración? No está bien, en tardes frías como en invierno».

¹⁵ Kafka escribía en junio a Brod que «caso de que yo estuviese sano, la enfermedad del pulmón en otra persona me molestaría, no únicamente

Kafka se mantuvo inamovible. Echó raíces en toda regla, incluso el asalto veraniego de los turistas lo dejó impertérrito, y en algún momento le pareció que ya nunca se iría del Alto Tatra, a no ser que fueran a recogerlo o, mejor aún, se lo llevaran junto con su tumbona. No hay duda de que en ese estado letárgico habría opuesto poca resistencia a un eventual visitante de Praga dispuesto a intervenir enérgicamente... pero nadie tuvo tiempo de viajar a Matliary. Ottla no, debido a su bebé, cuya insaciable avidez la debilitaba y empujaba a la desesperación. Tampoco Brod, que tras un fallido intento de vivir de sus derechos teatrales había aceptado un puesto en la oficina de prensa del Gobierno, con pocas horas de oficina pero numerosas citas para asistir a representaciones de música y teatro checos. Y menos aún Baum y Weltsch, que hacía mucho tiempo que no tenían noticias de Kafka y para los que, por así decirlo, estaba desaparecido. Ni un solo visitante pues, durante un trimestre. Sólo Szinay y Klopstock, el doctor Strelinger y la señora Forberger, las cocineras y el camarero judío, y finalmente unas cuantas mujeres enfermas y un dentista con los que hizo dos o tres excursiones. Había mucha amabilidad, deferencia, incluso admiración. Pero ¿llegó a tocar alguien a Kafka en todos esos meses?

Una vez más, el regreso se retrasaba. El 14 de agosto de 1921, más o menos una semana antes de volver al trabajo, Kafka despertó con fiebre; la tos, de nuevo muy fuerte, lo mantuvo despierto noches enteras. Nada serio, dijo Strelinger, esas recaídas eran normales, su estado pulmonar era bueno. Aun así, Kafka tuvo que disculparse por enésima vez con su director. Por fin, el 26 de agosto, subió al tren. No, nadie

por el riesgo de contagio que existe, sino porque el hecho de estar permanentemente enfermo tiene algo de suciedad, es sucia la contradicción entre el aspecto de la cara y del pulmón, todo es sucio». Milena Pollak vivió en el verano de 1921 en un sanatorio en el Spitzberg (Špiák), cerca de Eisenstein (Železná Ruda).

tenía que ir a recogerlo a Tatra, había escrito a Praga pocos días antes, haría el viaje solo. Ahora se arrepentía. Porque todos los vagones estaban llenos y, debilitado por la fiebre, tuvo que sentarse sobre una maleta y más adelante incluso ir de pie. Se había vuelto de nuevo ahorrativo: con un billete de primera clase se habría ahorrado aquel esfuerzo, eso no se podía contar en casa.

Entonces le ocurrió un pequeño milagro. Un departamento de primera clase había sido ocupado por cuatro pasajeros que sin duda no tenían derecho a él pero que estaban hartos de permanecer de pie durante horas. Esos viajeros, entre los que había dos trabajadores ferroviarios y una mujer que conocía fugazmente a Kafka, convencieron al revisor de que, en vista de la desoladora situación, dejara libre el departamento, es decir, lo rebajara a segunda clase. El funcionario optó por hacer ese favor a sus colegas, sin contar con la sensibilidad de algunos clientes que, habiendo pagado por un billete de primera clase, exigían ser trasladados a otro departamento para no tener que sentarse en compañía de quienes sólo habían pagado por un billete de segunda clase. Finalmente esos pasajeros fueron trasladados, y con ello se liberaron otras plazas, una de las cuales pudo ocupar el desesperado Kafka... Un tardío efecto benéfico del espíritu de casta característico de la monarquía austrohúngara.

No sabemos cómo recibieron a Kafka en Praga. Tenía buen aspecto, moreno y bien alimentado; habría podido dejarse ver en las piscinas del Moldava. Discretamente repararon en su tos, a la vista de la cual cabía dudar de aquella «inminente curación» que el doctor Strelinger había prometido una y otra vez si Kafka se quedaba el tiempo suficiente en las montañas. Realmente sería mejor que *no* cogiera en brazos a su sobrina Věra, de cinco meses, a la que pronto iba a ver por primera vez. Sin embargo, cuando contaba cómo se habían

ocupado de él en Matliary, todos parecían dispuestos a creer que quizá había sido el lugar adecuado y que, en realidad, sólo regresaba de unas largas, muy largas vacaciones.

Él sabía más que ellos, desde siempre. Y con el regreso al mundo familiar, con las reiteradas invitaciones a relatar cómo había pasado todo ese tiempo, regresaba también lo reprimido. «Ha sido un error que hasta ahora no haya vivido entre enfermos del pulmón y que no me haya enfrentado cara a cara con la enfermedad, sólo aquí lo he hecho», había confesado a Brod ya durante el invierno.¹⁶ La experiencia había sido terrible, tenía que ocultársela a sus padres, pero ya no podía olvidarla. Y en algún momento de las siguientes semanas y meses se hizo inevitable la idea de que ese horror le afectaba de cerca, de que era una lección que ahora tenía que aprender al fin. Así que cogió una hoja de papel y anotó las siguientes líneas:

Queridísimo Max, mi último ruego: quema sin leerlos absolutamente todos los manuscritos, cartas propias y ajenas, dibujos, etcétera, que se encuentren en mi legado (es decir, en cajas de libros, roperos, escritorios de casa y de la oficina, o cualquier otro sitio donde pueda encontrarse algo y te llame la atención), así como todos los escritos o dibujos que tú u otros, a los que debes pedírselo en mi nombre, tengáis en vuestro poder. Deben al menos comprometerse a quemar en persona las cartas que no quieran entregarte.

Tuyo

FRANZ KAFKA¹⁷

¹⁶ Carta a Max Brod de principios de marzo de 1921. De forma similar, Kafka escribió al director Odstrčil acerca de su «desvalimiento ante la enfermedad pulmonar, cuya verdadera importancia en realidad sólo advierto por vez primera aquí, ahora que vivo entre enfermos de pulmón» (carta en alemán del 3 de abril de 1921).

¹⁷ Max Brod encontró esta primera disposición testamentaria cuando revisó los papeles de Kafka después de su muerte. La hoja, plegada, lleva la dirección postal de Brod.

22. EL RELOJ INTERIOR Y EL EXTERIOR

Los que conmigo están
no me han entendido.

Actus Vercellenses

El recitador Ludwig Hardt era un hombre muy ocupado. En su patria adoptiva, Berlín, después de la guerra, hacía docenas de recitales con mucho público, y entre una y otra hacía giras que le llevaban por todo el ámbito lingüístico germanoparlante. En abril de 1920 estuvo en Múnich, donde incluso Thomas Mann quiso ver de cerca a este virtuoso del arte de la lectura pública. El escritor lo citó en su casa, le pidió que le leyera uno de sus propios relatos, *El armario*, y la noche siguiente quiso presenciar su actuación. La impresión que producía desbordaba el marco de una lectura habitual. Porque Hardt era capaz de modular la voz, los gestos y las expresiones del rostro como si se tratase de una partitura compleja; su presencia y su capacidad de transformación eran excepcionales, y cualquier texto que leyera—poema, cuento, narración, drama—resultaba en su boca electrizante ya desde las primeras palabras. Y eso que Hardt renunciaba en buena medida a la habitual pose declamatoria, incluso se permitía en algunos momentos suprimir las distancias entre la tribuna y los oyentes, y cuando imitaba con absoluta exactitud a un famoso actor de la época—en un número que tenía mucho éxito—, él mismo podía terminar riendo. Thomas Mann se declaró dispuesto enseguida a apoyar a Hardt—que no tenía tanto éxito en Múnich—con una pequeña recensión, y como frase final de la misma eligió el famoso final de la *Anécdota de la última guerra prusiana* de Kleist: «No he visto un tipo así, dijo el posadero, en toda mi vida».¹

¹ Thomas Mann, «Ludwig Hardt», en Mann [2002a:303-305]. El tex-

Hardt, nacido en 1886, formado como actor en Berlín, era un hombre de lánguida figura, con la que hacían un peculiar contraste la pronunciada nariz y una frente muy retirada; alguien lo describió alguna como «un duende con máscara de César».¹ Ese hombre mercurial nunca había renunciado a la fiel veneración por los clásicos de su maestro Emil Milan, y menos aún a los ademanes casi sacrales con los que Gerhart Hauptmann, por ejemplo, solía encaminarse a la tribuna. Hardt se abandonaba por completo al potencial de la palabra, que trataba de explotar a fondo, y para eso aprovechaba a menudo los contrastes que se producían entre textos de distinto género, distinto rango y distinta época. La amplitud de su repertorio era enorme, casi todo lo recitaba de memoria, y como enfrentaba con total desparpajo libros clásicos de lectura obligada con la literatura alemana más reciente, sus programas siempre solían tener un carácter lúdico, de entretenido experimento. Hardt alcanzaba una intensidad inquietante cuando quería asombrar al público haciéndole apreciar la actualidad de obras muy conocidas, y especialmente la lírica de Heinrich Heine le ofrecía abundante ocasión para ello. Quien no había oído «Las ratas errantes» de Heine en boca de Ludwig Hardt, escribía Thomas Mann, no conocía ese poema.

En algún momento del invierno de 1920-1921, Hardt topó—probablemente por recomendación de Tucholsky—con los relatos de *Un médico rural*, apenas conocidos en Alemania, y decidió estudiar algunos de ellos. El efecto tiene que haber sido extraordinario. La pieza en prosa de Kafka

to se publicó por vez primera en la revista especializada de Múnich *Wort und Ton* el 17 de abril de 1920, tan sólo seis días después de la lectura de Hardt, que no vendió todas las entradas, a la que Mann acudió acompañado de su hijo Klaus. La reseña fue reimpresa en *Bohemia* de Praga el 17 de noviembre de 1922.

¹ E. Dietrichstein, «Berliner Podium», *Deutsche Zeitung Bohemia*, Praga, 21 de noviembre de 1920.

«Once hijos»—escribía el crítico del *Vossische Zeitung* tras una representación de Hardt en Berlín—había sido «la impresión más fuerte de la velada»; y eso que competía con piezas de Robert Walser, Georg Heym, Christian Morgenstern, Liliencron, Maupassant, Scheerbart, Börne y Heine.³ Al propio Kafka (al que Brod enseguida envió la noticia a Matliary) tiene que haberle impresionado que Hardt eligiera precisamente, junto a otras dos piezas suyas, «Once hijos», un texto enigmático y retórico, sin acción y sin mensaje, en el que *todo* dependía de la lengua empleada y por tanto también de la exactitud de la lectura. Kafka tenía claras las buenas consecuencias que el asunto le podía acarrear: si Hardt, cuyo nombre era mucho más conocido que el suyo para el público interesado en la literatura, recorría el país incluyendo en su repertorio una obra suya, eso equivalía a una campaña publicitaria. «En muchas ciudades la primera vez que se oyó el nombre de Franz Kafka fue en los recitales de Ludwig Hardt. En muchos periódicos, la primera vez que Franz Kafka fue mencionado, lo fue como autor de unas de las piezas que Ludwig Hardt recitaba», recordaba décadas después Soma Morgenstern, amigo de Hardt.⁴

Hacía mucho que Hardt era conocido también en Praga, ya antes de 1914. Por entonces, Max Brod se lo había presentado fugazmente a Kafka,⁵ pero la guerra había impedido nuevos encuentros entre ambos. En enero de 1921 Hardt regresó

³ H. St., «Vortragsabend» ('Velada poética'), *Vossische Zeitung*, Berlín, 10 de marzo de 1921; reproducido en Born [1979:130 y ss.]. La recitación de Hardt en Berlín el 9 de marzo de 1921 es la más temprana entre aquellas en las que consta que Kafka estaba incluido en el programa. Más tarde, Hardt escribió que, antes de conocer a Kafka, hacía «años» que leía sus obras, sin duda un fallo de memoria (Ludwig Hardt, «El autor y su recitador», en Koch 2009:247-253). En varios de los recitales que dio en Praga en enero y febrero de 1921 *no* leyó textos de Kafka.

⁴ Soma Morgenstern, «Franz Kafka», en Morgenstern [2001:433-454].

⁵ Una información creíble de Janouch, en *Conversaciones con Kafka*, p. 114.

a Praga con nuevos programas, los oyentes estaban entusiasmados, como siempre, hasta hubo que organizar con poco tiempo una tercera velada... pero en ese momento Kafka estaba tendido con fiebre entre las tempestades de nieve de Matliary, y probablemente no pudo ni siquiera leer las crónicas de prensa. Por fin, en otoño, llegó la noticia de que Hardt iba a reaparecer en el Mozarteum de Praga con una representación sensacional. Y esta vez estaban allí todos los concernidos.

Hardt recitó a Kafka. De nuevo eligió para la ocasión tres piezas de *Un médico rural*, entre ellas «Once hijos», ya varias veces leída en público. Ante él, en el auditorio, se sentaba mirándole amablemente el creador de aquellos diamantes, rodeado de su más estrecho círculo de amigos... No era una situación frecuente, ni siquiera para el mundano rapsoda, acostumbrado a ser invitado a las casas de famosos escritores. Presentó partes de su programa berlinés, volvió a poner a Kafka junto a Robert Walser, pero luego se atrevió con escenas de *Los últimos días de la Humanidad*, con las que ya su mismo autor en persona, Karl Kraus, había helado la sangre a los praguenses *en esa misma sala*.⁶ No, Hardt no rehuía en absoluto la comparación con ese otro genio de la lectura literaria. Y el éxito parecía darle la razón: el público aplaudió y pateó hasta que Hardt regresó al atril para declamar, a modo de final tranquilizador, algunos poemas de Gottfried Keller. Lo sabía todo, y era capaz de todo.⁷

⁶ Los días 11, 12 y 14 de junio de 1920 Karl Kraus había leído en el Mozarteum, en efecto, pasajes de *Los últimos días de la Humanidad*. En aquellos momentos Kafka estaba en Meran. A Kraus le disgustaba en extremo el estilo de lectura de Hardt; después de haberlo visto el 12 de mayo de 1922 en una lectura en Viena, anunció que iba a prohibir con carácter general las lecturas de sus obras por otras personas («Movido por la conducta de un actor berlinés...»; véase *Die Fackel*, vol. 595-600, p. 80). Al parecer, Kraus también apuntaba a Hardt con su poema satírico «El nuevo recitador» (*Die Fackel*, vol. 622-631, junio de 1923 pp. 74-75).

⁷ De «tempestades de entusiasmo» hablaba Max Brod en su reseña para el *Prager Abendblatt*: «El recitador Ludwig Hardt. (Velada poética en

Aquella fue la primera vez que Kafka oyó textos propios en boca de un recitador profesional, y fue uno de esos instantes, que se habían vuelto raros, de *feliz* agitación: «acepte mi agradecimiento por esas horas de palpito, de alegría, de respeto», escribió a Hardt, y nada de esto era exagerado.⁸ Porque Hardt había hecho sensorialmente perceptible—y para Kafka eso era como volver a casa después de años de extravíos—que era posible sentirse bien, sentirse realmente en casa en aquel enorme espacio de ecos que la tradición literaria creaba a su alrededor. Para Hardt no parecía haber contradicción entre vida y arte, su énfasis era auténtico, y el hecho de que además fuera judío y pudiera brillar en el café con anécdotas judeo-orientales y en el salón con poemas de Heine hacía vibrar una cuerda especialmente sensible en Kafka.

Ya la primera noche después de la comparecencia de Hardt se dio la oportunidad para una primera y larga conversación, en la que se habló de las sutilezas de la lectura literaria. En los días siguientes los dos hombres se citaron en el hotel Blauer Stern e incluso en el Instituto de Seguros. Allí pudo apreciar el humor de Hardt. A la hora acordada, éste se hallaba sentado en el sillón de confidente del despacho de Kafka, pero en el escritorio sólo estaba el sombrero del señor doctor. Cuando Kafka entró pocos minutos después y—cortés como siempre—quiso disculparse por el retraso, Hardt le dijo con extrema sequedad: «El sombrero le ha sustituido a la perfección».⁹ Ésa era una *frase kafkiana*: no se podía definir con más precisión su puesto en el Instituto de Segu-

el Mozarteum», 4 de octubre de 1921; reproducido en Born [1979:133]. Naturalmente, a Brod no le satisfizo que en esa velada se oyeran también obras de su peor adversario, Karl Kraus (como se desprende de una breve reseña anónima en el *Prager Tagblatt* del mismo día); el programa de Hardt era «quizá demasiado variado», escribió.

⁸ Carta a Ludwig Hardt del 5 de octubre de 1921.

⁹ W. Hardt, «El autor y su recitador», en Koch [2009:248].

ros, quizá incluso su lugar en el mundo. Kafka se echó a reír, liberado. Eso era distinto del pomposo absurdo que el *Prager Tagblatt* estaba difundiendo acerca de él: Kafka, se decía allí, era «una individualidad que necesitaba un mediador del rango de Hardt para liberarlo de su soledad». ¿Tenía que saberlo todo Praga? De alguna manera, ese plumífero había acertado.

Porque la expectativa de no volver a ver a Hardt durante meses preocupaba a Kafka. No pudo ir a una segunda velada debido a un nuevo acceso de fiebre, y fue algo tanto más doloroso cuanto que Hardt—atendiendo a un ruego de Kafka—había incluido hacía poco en el programa una pieza en prosa que ambos apreciaban por igual: la «Anécdota»... de Kleist. Felizmente, el recitador se quedó en Praga unos días más de lo previsto, se organizaron otras dos veladas, y Kafka aprovechó la inesperada oportunidad para entregarle un libro dedicado (el *Cofrecillo de joyas* de Hebel, «para darle una alegría a Hebel»). Luego, el artista de la recitación se fue, y él y Kafka sólo mantuvieron un leve contacto. Los encuentros de Praga, sin embargo, según habría de demostrarse, dejaron en Hardt una huella permanente. Incluso antes de su regreso a Berlín, aconsejó con insistencia a Kurt Wolff que volviera a ocuparse de una vez del que quizá era el más importante de sus autores. Todavía interpretaría con frecuencia «Once hijos», y pronto—Tucholsky lo anunció entusiasmado en *Die Weltbühne*—incluyó también en el programa el espectacular «Un informe para una academia».

Sin duda Max Brod se alegró de que Kafka regresara con tan inesperada rapidez al mundo de los vivos. Sólo tenía una vaga idea, demasiado inocente, del aislamiento psíquico hacia el que su amigo se había deslizado durante los largos meses de Matliary. Simplemente le parecía que allí Kafka se había malcriado demasiado y, al hacerlo, había abierto con frivolidad

las puertas a los fantasmas de la hipocondría. Ahora volvía a estar en la ciudad, y eso sólo podía hacerle bien.

De hecho, el cambio fue notable. Aunque al empezar el otoño Kafka volvió a sufrir ataques de tos y una temperatura constantemente elevada, y aunque apenas se atrevía a salir a la calle cuando el tiempo estaba lluvioso, volvió a anudar nuevas relaciones sociales, se encontró con viejos amigos como Werfel y Langer, y recibió a algunos visitantes: Ernst Weiss, Ehrenstein, su «discípula» Minze Eisner y al menos dos conocidos de Matliary, entre ellos el chispeante Szinay. Sin olvidar las agotadoras conversaciones con Gustav Janouch, que, si bien vivía fuera de Praga, no dejaba de aparecer constantemente por el Instituto de Seguros.

Kafka también se tomó considerables molestias en relación con los variados problemas de Klopstock: hizo un (inútil) intento con Jakob Hegner, en Hellerau, para conseguirle al estudiante un empleo temporal como impresor y por tanto una estancia en la ciudad jardín (una iniciativa «médica» de Kafka), y sondeó las posibilidades de ayudar a Klopstock, casi carente de recursos, a conseguir encargos periodísticos y continuar sus estudios en Praga. Junto con Weltsch, incluso visitó al internista Egmont Munzer, pariente lejano suyo, pero desconocido, para preguntarle si acaso necesitaba un «auxiliar de hospital» húngaro.¹⁰ Trató de prorrogar el permiso de residencia checo de Klopstock y de eximirle de toda clase de tasas—lo que sólo fue posible tras largas horas de espera en oficinas—, recogió información acerca de si debido a las tensiones políticas con Hungría el estudiante podía

¹⁰ De una observación de Kafka se desprende que Klopstock sólo había podido financiar *in situ* su estancia de más de un año en Matliary con actividades médicas auxiliares: «¿Cómo va su puesto en Matliary? ¿Qué tal es? ¿Lo tiene asegurado a la larga?» (carta a Robert Klopstock de noviembre de 1921). En una carta inédita a Julie Kafka, de alrededor del 17 de mayo de 1924, Klopstock escribe que había «trabajado mucho en los mayores sanatorios de pulmón», «durante casi cuatro años».

estar amenazado de internamiento y le ayudó a restablecer el contacto con su hermano mayor, Hugo Georg, que había ido a parar a Siberia.¹¹

Pero ocurrió algo mucho más asombroso. A principios de octubre, Kafka se enteró de que Milena Pollak había terminado su cura en los bosques de Bohemia y, en el viaje de vuelta, iba a quedarse unos días en casa de su padre, en Praga. Es probable que ella no quisiera dejar pasar esa pequeña oportunidad de encontrarse con Kafka y le hiciera llegar una nota en mano; tal vez no esperaba que, después de todos sus implacables gestos de rechazo, él se declarase dispuesto a recibirla, ni siquiera en su propio territorio. Lo cierto es que Milena entró por vez primera en casa de los Kafka en el Altstädter Ring, conoció a los padres y probablemente también a Ottla. La recepción no puede haber sido especialmente cordial («nunca me llevé bien con sus parientes», observaría más adelante),¹² pero con el propio Kafka mantuvo una

¹¹ El ingeniero Hugo Georg Klopstock (nacido en 1891) era prisionero de guerra de los rusos y había ido a parar a un campo de trabajos forzados en Krasnoyarsk (Siberia), pero luego se había quedado voluntariamente en Rusia, lo que tenía que hacerle sospechoso ante el régimen de Horthy, tan antisemita como nacionalista y estrictamente anticomunista. Era de la mayor importancia advertirle a tiempo de los peligros que le amenazaban en caso de retorno a Hungría. Aun así, en 1923 corrió el riesgo; no sabemos si realmente se expuso a represalias al llegar a Budapest con su esposa rusa. Tampoco el temor de Robert Klopstock a su propio internamiento era del todo infundado. Las tensiones con Hungría adoptaron tintes amenazadores después del segundo intento de golpe—nuevamente fracasado—del último emperador, Carlos I, a mediados de octubre de 1921. Se hicieron maniobras militares en la frontera eslovaca, y de hecho hubo breves internamientos de periodistas húngaros en Eslovaquia, sospechosos de estar a favor del retorno de Hungría a la monarquía. El 26 de octubre, el primer ministro Beneš declaró en la cámara de diputados de Praga que no se trataba de rechazar las ambiciones de Carlos I, sino de imponer la democracia en toda Centroeuropa: una manifestación interpretada en Hungría como una amenaza de guerra.

¹² Milena Pollak a Max Brod, 27 de julio de 1924.

conversación tan llena de confianza que continuó en los días siguientes. Al final, él optó por un gesto singular, que estaba en total contradicción con el silencio de los meses pasados: entregó a Milena sus diarios, los documentos íntimos de toda una década, se los entregó y completos, hasta la última página; incluso arrancó las hojas escritas del último cuaderno utilizado, el duodécimo, para completar el gigantesco paquete.

¿Por qué? La liberación interior que el temporal retorno a la vida «real» y sus nuevos y múltiples encuentros habían traído consigo debió procurarle el impulso para superar así el temor a nuevas noches insomnes y arriesgarse a una nueva confrontación. Si en Matliary sólo había habitado una única estancia psíquica, que cada llamada de Milena llenaba de inmediato y amenazaba con reventar, ahora trató de desplazar el encuentro en Praga—el primero desde hacía más de un año—a una habitación auxiliar y guardarlo allí bajo llave, tanto desde el punto de vista verbal como emocional. «No puedo decir gran cosa respecto a lo principal, está encerrado, incluso para mí mismo, en la oscuridad de mi pecho, donde probablemente comparte cama con la enfermedad», escribe a Klopstock. Kafka evita llamar por su nombre a eso «principal»; no anuncia la visita de una mujer, alude únicamente a un acontecimiento, con la mayor distancia verbal posible: «ha durado un día, ahora pasó».¹³ Es el día en que pone sus anotaciones en manos ajenas, para siempre.

No sabemos de qué hablaron Kafka y Milena Pollak en aquel otoño de 1921; sin duda la inesperada reconciliación de ella con su padre, el testarudo profesor Jesenský, incomprensible y decepcionante para Kafka, ocupó un espacio importante en su conversación; pero también desempeñaría un papel la esperanza—tácita o explícita—de Milena de oír por parte de Kafka una explicación comprensible de su conducta, una explicación que hasta ahora, en docenas de inten-

¹³ Cartas a Robert Klopstock del 4 y del 8 de octubre de 1921.

tos, sólo había recibido de forma fragmentaria. Ya después de los días que habían pasado juntos en Viena él había jugado con la idea de descargarse moralmente y poner en manos de ella el expediente de su caso. Le anunció varias veces que iba a darle para que la leyera la *Carta al padre*, pero luego retrocedía ante semejante intimidad.¹⁴ Ahora que ya no había nada que perder, y de todas maneras se sentía incapaz de emprender una revisión a fondo del texto, regresó a la vieja idea. Pero los *Diarios* eran mucho mejor que aquella carta, ni él mismo tenía más material probatorio, nadie podía pedirle más. «¿Has encontrado en los diarios algo decisivo contra mí?», le preguntó a Milena algún tiempo después, subrayando con eso una vez más que cuanto ella experimentara con tal lectura no debía reavivar el procedimiento en curso, sino más bien «resolverlo», es decir, ponerle fin.¹⁵

Ya durante las siguientes estancias de Milena en Praga—primero a finales de noviembre, luego otra vez en enero—Kafka tuvo la clara sensación de que se trataba de visitas a un enfermo. ¿O es que ella ya había estudiado a fondo sus diarios? Entonces quizá se trataba mejor de visitas a una celda,

¹⁴ «A lo mejor me la llevo a Gmünd», escribe aún el 9 de agosto de 1920. Kafka tiene que haber considerado larga y seriamente este plan, porque en el original de la *Carta al padre* se encuentra el comienzo de una explicación dirigida a Milena, a lápiz (con lo que, dicho sea de paso, se hacía imposible entregarla después al padre). Además, en el verano de 1920 Kafka encargó una copia mecanografiada: evidentemente, para poder conservar un ejemplar para sí. Que no copió la carta él mismo lo atestiguan algunos errores típicos de lectura (*Freunde/Fremde*; 'amigos'/'desconocidos'), pero por desgracia no sabemos a quién confió esa tarea. (No fue Julie Kaiser, a quien Kafka dictó durante años y que le visitó en Zürau, porque dejó el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo ya a mediados de mayo de 1920, mientras Kafka aún estaba en Meran).

¹⁵ La pregunta sólo ha quedado en el diario de 19 de enero de 1922, pero el contexto hace muy probable que fuera planteada expresamente a Milena. Y de manera verbal, porque cuatro días después en el diario Kafka dice que le ha «hablado» de algo a Milena.

a un condenado. «Hay un largo camino entre que su partida no me entristezca, pues no estoy realmente triste, y que me ponga infinitamente triste a causa de su partida. Ciertamente: la tristeza no es lo peor», anotaba.¹⁶

No nos han llegado suficientes anotaciones de la segunda mitad del año 1921 como para tener una imagen clara de la existencia cotidiana de Kafka en ese tiempo, pero es imposible ignorar el esfuerzo por seguir el consejo de sus amigos y salir de las honduras de la regresión no sólo social sino también intelectual. Las primeras señales las había dado ya desde Matliary: Kafka había leído allí el último ataque de Karl Kraus contra la escena literaria germanojudía—la «opereta mágica» *Literatura o ya se verá*, especialmente dirigida contra Werfel—y éste le había inspirado, durante las largas horas de tumbona, una carta ensayística a Max Brod. A principios de septiembre, inmediatamente después de su regreso, se propuso leer los diarios de Flaubert. A mediados de octubre decidió reanudar sus propias anotaciones de diario, después de una interrupción de casi veinte meses. Estuvo dos veces en el Nuevo Teatro Alemán para ver, después de mucho tiempo, al cómico Max Pallenberg; también vio una película sobre Palestina, acudió a una lectura privada, y es muy probable que a finales de diciembre volviera a ver *in personam* a Karl Kraus, que dio otras cuatro lecturas en un repleto Mozarteum.

Sin tenerlo claro él mismo, Kafka había recorrido un camino que debía llevarlo de vuelta a la literatura. No faltaron estímulos externos; precisamente en el año 1921 se reimprimieron algunas de sus obras menores en periódicos y revistas—tres en la semioficial *Prager Presse*, que se publicaba desde Pascua—; Brod publicó en la *Neue Rundschau* un largo artículo de sobre «El autor Franz Kafka», lo que por fin le procu-

¹⁶ Diario, primero de diciembre de 1921.

ró cierta atención suprarregional; Milena planeaba editar un volumen con traducciones checas de sus obras, y, sobre todo, las lecturas de Ludwig Hardt le recordaron que no sólo escribía para un puñado de amigos: era escritor.¹⁷ Nunca desde aquella desdichada lectura de Múnich había tenido tan clara conciencia de que, como escritor, era una figura de interés público. Cabía perfectamente imaginar que el admirado Thomas Mann—al que Hardt había leído entretanto textos de *Un médico rural*—se manifestara acerca de él; incluso la empresa de enciclopedias Brockhaus se interesaba ya por su figura.¹⁸ Más o menos hasta el final de la guerra, Kafka estaba considerado un talento local en la Praga germanoparlante; de entonces a esta parte, se había convertido en celebridad, y constataba con horror que últimamente el público era capaz de identificarlo. Si se presentaba en un acto la gente murmuraba su nombre, y si se dejaba convencer para una ronda en el café Edison—lo que aquel invierno ocurrió va-

¹⁷ Los propósitos de Milena se desprenden de una de sus cartas a Brod, de principios de 1921. El volumen que la editorial de Praga F. Borový planeaba para el invierno de 1921-1922 (Edition Vervén) iba a incluir una traducción de *La transformación*, además de un prólogo de Max Brod. Dado que la publicación se retrasaba (y finalmente fue abandonada, por razones desconocidas), Milena Pollak propuso a Brod que publicara en otro sitio el prólogo ya escrito. Cabe sospechar que el artículo de Brod en la *Neue Rundschau* de noviembre de 1921 es una versión ampliada de ese mismo prólogo, que originariamente iba dirigido a los lectores checos. (Wagnerová 1996:49-51).

¹⁸ En el diario de Thomas Mann figura que Hardt le leyó el primero de agosto obras en prosa de Kafka, y de ese modo llamó su atención por vez primera sobre este autor. El 22 de septiembre anota: «Muy interesado por los escritos de Franz Kafka, que me recomendó el recitador Hardt». Sin embargo, Kafka no llegó a ver la recomendación pública de Mann en el *Prager Tagblatt* de que se leyera el «extremadamente notable» *El proceso* (en respuesta a la encuesta «¿Qué libros va a regalar usted por Navidad?», 29 de noviembre de 1925, en Thomas Mann [2002a:1053]). En una carta a Kafka del 29 de noviembre de 1921, la empresa F.A. Brockhaus le pedía, «con fines enciclopédicos, un breve resumen de su vida y actividades».

rias veces—, desde las mesas vecinas le observaban de forma tan descarada que él se iba «temblando»; «ya ni siquiera soporto las miradas de la gente», escribió a Klopstock después de una de esas veladas.¹⁹

Estar en el centro de un interés «general», es decir falso, era algo que Kafka había odiado desde siempre, pero no era tan sólo la timidez la que le movía a sustraerse a la contemplación pública. Aquellas miradas en el café crecían, eran inquisitivas y desafiantes. Le recordaban a Kafka cuánto tiempo hacía que no *trabajaba*. ¿Tres años, cuatro años? Había sido en el Callejón de los Alquimistas la última vez que no sólo se había entregado a la embriaguez de escribir durante noches enteras, sino que había escrito con dicha y orgullo, pensando en una futura publicación. Fue en el invierno de 1916-1917, una época infinitamente lejana, la época de la salud y de la esperanza en un tiempo de posguerra que aún estaba en penumbra. Luego no habían venido más que los apuntes de Zürau, y eso no era literatura. Cuando, en las Navidades de 1921, abrió el *Prager Presse* y vio impreso allí por vez primera «El jinete del cubo», a Kafka tiene que haberle costado trabajo distinguir al hombre que había escrito esa y otras cosas en una fría habitación del Hradschin.

El abismo entre la propia improductividad y las expectativas que en los otros generaban sus anteriores trabajos se hizo dolorosamente perceptible cuando, para su enorme sorpresa, Kafka volvió a recibir una carta de su editor. Kurt Wolff no ocultaba que también esta vez—así había sido siempre—había sido precisa la iniciativa de un tercero para decidirlo a escribir esa carta. En esta ocasión, el incitador había sido

¹⁹ Carta a Robert Klopstock de septiembre de 1921. De una de esas veladas en el café Edison se acordaba también el escritor francés Fred Bérence, que al parecer mantuvo una larga conversación con Kafka; véase Bérence, «Dos veladas con Franz Kafka», en Koch [2009:193-198]. También se reunían en el café Edison después de las intervenciones de Ludwig Hardt; véase Urzidil [1965:14].

Ludwig Hardt. Pero Wolff no tenía la intención de limitarse a corteses preguntas acerca del estado físico de Kafka. Tenía claro que, después del infinito aplazamiento de los relatos de *Un médico rural*, tenía algo que reparar, antes de que ese autor le volviera la espalda por completo. Así que llegó a superarse a sí mismo en el coqueteo con el cortejado:

Nuestro intercambio epistolar es raro y escaso. Ninguno de los autores con los que tenemos trato acude a nosotros para expresar algún deseo o alguna pregunta con tan poca frecuencia como usted y con ninguno tenemos la sensación de que el destino que corran sus libros publicados en el mundo exterior le sea tan indiferente. Así pues, se me antoja adecuado que sea el editor quien, de cuando en cuando, diga al autor que esta indiferencia suya por el destino de los libros no hace vacilar al editor en lo que respecta a su fe y confianza en la especial calidad de la publicación. Con la más sentida sinceridad le aseguro que yo, personalmente, no guardo una relación tan apasionada e intensa como con usted y su obra sino, a lo sumo, con dos o tres de los poetas que representamos y tenemos el honor de publicar.

No debe usted tomar los éxitos externos que alcancemos con sus libros como baremo para medir el trabajo que dedicamos a su distribución. Usted y yo sabemos que, por lo general, son precisamente las cosas mejores y más valiosas las que no encuentran eco de inmediato, sino que no lo hacen hasta más adelante, y nosotros seguimos creyendo en los lectores alemanes y en que en algún momento poseerán la capacidad de recepción que estos libros merecen.

Sería un gran placer para mí si quisiera Vd. brindarnos la posibilidad y, de cara al exterior, pudiéramos ver confirmada en la práctica la inquebrantable confianza que nos une a Vd. y a su obra al recibir de su parte más libros para publicar. Todo manuscrito que Vd. se decida a enviarnos será bienvenido y publicado en forma de libro con sumo cuidado y amor. Si, con el paso del tiempo, junto a las colecciones de textos breves en prosa pudiera Vd. entregarnos alguna vez un relato de mayor extensión o una novela—sé por Vd. mismo y por Max Brod cuántos manuscritos de esta índole tiene Vd. a punto de terminar si no terminados del todo—, lo recibiríamos con espe-

cial agradecimiento. A esto se añade que, como es natural, la disposición a la recepción de un trabajo en prosa de cierta extensión y cohesión de por sí es mayor que en el caso de las colecciones de textos en prosa menores. Ésta es, sin duda, una postura banal y absurda por parte de los lectores; pero es un hecho que tampoco podemos ignorar. La resonancia que hallaría un trabajo mayor en prosa de esta índole permitiría en todo caso una difusión incomparablemente mayor que la que hemos alcanzado hasta ahora, y el éxito de un libro semejante traería consigo, al mismo tiempo, la posibilidad de dar a conocer las publicaciones anteriores con mucha más agilidad.²⁰

Pocos autores contemporáneos se habrían resistido a una carta así, pero entretanto Kafka era lo bastante astuto como para no tomar demasiado en serio los encantadores abrazos de Wolff. El editor no dedicaba una sola palabra a lo negligente que había sido su casa con los manuscritos de Kafka, y tampoco se percibía un esfuerzo por su parte de ponerse en el lugar de su interlocutor, que entretanto había tenido que abandonar el sueño de una existencia como escritor libre, es decir económicamente asegurada de manera tolerable. Wolff quería acceso a las novelas que dormitaban en el cajón de Kafka, eso era lo que más le importaba, pero era evidente por qué se acordaba precisamente ahora, después de años, de la existencia de esos manuscritos. Max Brod acababa de referirse a ellos en público y dedicarles una extensa valoración en la *Neue Rundschau*: allí hablaba de *El desaparecido*, una «novela muy extensa y casi completa, que se desarrolla en una América de ensueño», así como de *El proceso*, «que en mi opinión ya está terminada, pero en opinión de su autor, cómo no, es incompleta, incompletable, impublicable». Brod no sólo revelaba al público el título de esta obra: contaba incluso su contenido y celebraba *El proceso* como un modelo de perfección literaria, que obligaba a pensar en la difi-

²⁰ Kurt Wolff a Kafka, 3 de noviembre de 1921.

cultad de escribir nada nuevo en lo sucesivo.²¹ Eran palabras fuertes, incluso comparadas con los superlativos habituales en Brod; tan fuertes que Wolff no podía evitar temer que llamaran la atención de otros editores. Así que corría prisa: dictó la gran carta de cortejo tan sólo uno o a lo sumo dos días después de la publicación del artículo de Brod.

Era fácil ver la relación entre el artículo y la carta, y Kafka comprendió que debía esa nueva ola de interés hacia sus publicaciones sobre todo a las indiscreciones de Brod, sin duda bienintencionadas, pero de hecho carentes de reflexión. En su siguiente visita al café Edison con toda certeza iban a preguntarle por el destino de Josef K. Y era imposible refutar sinceramente las ofertas del editor: eso implicaba faltar a las normas de la cortesía o a las del respeto a sí mismo. Como no podía decidirse a ninguna de las dos cosas, aplazó la respuesta semana tras semana, hasta que por fin Wolff supo, en una nueva conversación con Ludwig Hardt, que por el momento no cabía esperar *nada* de un Kafka tan «deprimido» como «atacado de los nervios». Aun así, el editor hizo otro intento cuando, poco después, corrió la noticia de que Kafka estaba mejor de salud: «Si a la vista de esta mejoría y siguiendo los deseos de sus amigos dedicara usted un poco de atención a sus manuscritos y trabajos, le ruego no olvide los encarecidos ruegos que le formulé en mis anteriores cartas».²² Wolff tampoco recibió respuesta a esto. Pero es que su propia exhortación carecía de objeto.

²¹ Max Brod, «El autor Franz Kafka», *Neue Rundschau*, noviembre de 1921, pp. 1210-1216. Aunque sin duda Kafka desaprobaba tal elogio, éste volvió a aparecer poco después en el marco de una antología: *Juden in der deutschen Literatur* ('Judíos en la literatura alemana'), ed. de Gustav Kroman, Berlín, 1922, pp. 55-62.

²² Kurt Wolff a Kafka, primero de marzo de 1922. Wolff emplea las palabras «muy deprimido» y «atacado de los nervios» en una carta a Max Brod del 30 de enero de 1922, un día después de un nuevo encuentro con Ludwig Hardt, que probablemente aún mantenía en ese momento contacto epistolar con Kafka (Archivo Max Brod, Tel Aviv).

Sin duda nadie en su pequeño círculo de conocidos había esperado que aquel invierno Kafka volviera a leer, recibiera visitas, hiciera planes, participara de la vida de otras personas, incluso de la vida cultural de Praga. Ciertamente, sus esquemas de comportamiento se repetían: después de largas ausencias se mostraba temporalmente más accesible que antes; así había sido después de Zürau y más aún de Meran. Y las nuevas amistades, sobre todo con Klopstock y Hardt, tenían obviamente un efecto vivificador. Pero los presupuestos internos y externos para un regreso al mundo social habían cambiado radicalmente, y en absoluto para mejor. Entonces, en Zürau, había conseguido llevar la iniciativa, había tomado decisiones, se había decidido a una separación que era necesaria y razonable y que permitía un nuevo comienzo. «El trabajo que me aguarda es enorme», había anotado, y en esas palabras resonaba también un poco de orgullo de que ese trabajo le esperaba *a él*.

Cuatro años después, en otoño de 1921, la frase seguía vigente. Pero el dolor que Kafka había tenido que superar en Matliary no iba acompañado de decisiones, sino de pensamientos de fuga. Esta vez tenía la sensación no de haber fallado a las mujeres, ni a la comunidad, sino a la vida misma. La debilidad de su voluntad, su insinceridad y su carácter «funcionario» ya no bastaban para explicar lo que le había pasado: el abismo era más profundo, en él se vislumbraba una fundamental extrañeza, que persistiría tanto si él se instalaba a conciencia en ella como si no. El hecho de que en Matliary se calificara a sí mismo, en determinada ocasión, de «extraterrestre» no era ninguna broma; tal como él lo sentía, ni siquiera era una exageración: «Tú no eres de la misma especie que ellos», anotaba poco después.²³

²³ Diario, 30 de octubre de 1921. A Brod le escribía a principios de mayo de 1921: «Si hablas con ella sobre mí, habla como de un muerto, me refiero a lo que atañe a mi "exterior", mi "extraterritorialidad"». El con-

Kafka padecía una paradoja existencial que mantenía forzosamente oculta a sus amigos: cuanto más intensivas y exigentes eran las conversaciones que mantenía en aquel invierno de Praga, cuanto más variadas las relaciones que cultivaba, tanto más marcada era la sensación de un abismo que ya no se podía salvar. No importaba de cuántos destinos participara, a cuántos cafés, lecturas y representaciones teatrales se dejara llevar. Igual que la soledad es más perceptible en medio de una multitud, todos esos contactos sociales, incluso las nuevas amistades como las de Klopstock y Hardt, reforzaban una ineludible, incurable alienación. Hay que estar «ahí» para sentir que no se pertenece «a eso»... Kafka nunca había vivido esa experiencia de manera tan radical, tan intensa como en esos meses de su aparente regreso entre los hombres. No era nada especial sentirse un poco fuera del mundo en un balneario en las montañas, a quién no le ocurría. Pero tenía que abrirse paso en Praga, y Kafka observaba con horror que en el mundo que le era familiar, entre toda la gente, aquella alienación no sólo persistía, sino que se incrementaba, hasta un punto de certeza nunca experimentado con aquella nitidez. Hacía justo una década que, en *La transformación*, había descrito el destino de un intocable, un paria de su propia familia; pero ahora Kafka se sentía intocable a la vista del mundo.

Sin duda la tuberculosis, cuyas consecuencias en el plano social sólo ahora empezaba a entender y aceptar, fue parte considerable de esta radicalización. Kafka tenía que decirse que su estado físico no le dejaba elección, no le daba margen para ninguna forma de «planificación vital» que fuera más allá de los próximos meses. Sin duda la enfermedad ofrecía

cepto de *extraterritorialidad*, inusual en Kafka, es una alusión al escritor Albert Ehrenstein, al que menciona en la frase siguiente. Ehrenstein había publicado en 1911 *Opiniones de un extraterritorial*, de un visitante cósmico de la Tierra, un «extraterrestre» (*Die Fackel*, vol. 323, 18 de mayo de 1911, pp. 1-8).

múltiples posibilidades de encubrir su propia «diferencia» y fundamentar de manera plausible cualquier retirada, cualquier cortés desinterés. Por otra parte, cuanto más visibles eran los síntomas de la misma, más evidente se hacía que, *objetivamente*, su figura ya no formaba parte del escenario: la comunidad evacuaba a personas como él para protegerse, y les deparaba la libertad de los locos, la de las salas de espera y los sanatorios. La enfermedad, pues, hacía realidad lo que hasta entonces Kafka tan sólo había temido e imaginado literariamente. De ahí su creciente aversión a las curas y su deseo, repetido a menudo, de regresar al «pueblo», a una «artesanía», es decir, a alguna forma reconocida de vida social *fuera del matrimonio*.

Ya en primavera Kafka tenía claro que el Alto Tatra no traería consigo ninguna mejoría radical de la tuberculosis, y sus temores se confirmaron en los primeros días de otoño en Praga. Una caída de la temperatura tres días después de su regreso a la oficina, con un aire matinal húmedo, casi gélido, bastó para meterlo en cama esa misma tarde. La tos y los esputos aumentaron, y se sentía tan débil que un ascensor averiado era suficiente para impedirle salir a la calle. Especialmente llamativo, en comparación con sus antiguas costumbres, tiene que haber sido el paso cauteloso con el que Kafka, atormentado por la falta de aire, se movía ahora por las calles. Como le escribía a Klopstock:

Caminar una tarde cálida por el centro de la ciudad, por despacio que sea, es para mí como si estuviera en una habitación que lleva mucho tiempo sin ventilar y ni siquiera tuviera fuerzas para abrir la ventana y hacer que entrase por fin el aire.²⁴

²⁴ Cartas a Robert Klopstock de noviembre de 1921 y septiembre de 1921: «Estoy demasiado débil para enseñar la ciudad».

Por mucho que le gustara enseñar Praga a sus visitantes ocasionales, era imposible.

Ya a primeros de septiembre Kafka era consciente de que en ningún caso superaría en la oficina el siguiente invierno, por favorable que pudiera ser el estado «objetivo» de sus pulmones. Empezó nuevamente a recoger información sobre sanatorios, apoyado por el médico de empresa doctor Kodym, que recomendó una inmediata continuación de la cura. Visitó un sanatorio en Bohemia, escribió a otro en las cercanías de Hamburgo (probablemente Geesthacht), estuvo a punto de dejarse convencer para ir a la famosa localidad balnearia de Görbersdorf (Sokolowsko en polaco), en Silesia, en la que había más pacientes de tuberculosis que habitantes. Pero el proceso de decisión se alargaba, como el año anterior. Kafka ya no tenía ganas de pasar los meses en una tumbona, lejos de todo lo que le mantenía intelectualmente vivo. Nada cambiaron en eso algunas noches de fiebre y tos, que arrebataron a la familia hasta las últimas ilusiones. A los padres no les habría costado demasiado financiar una estancia en Davos o el Mediterráneo con los ingresos de su casa alquilada, aunque ahora las coronas checas no valían mucho en el extranjero. Pero Kafka lo rechazó. Como le explicó a Klopstock:

No puedo ir al mar, ¿de dónde iba a sacar el dinero? Aunque quisiera «cogerlo» no podría. Además, está demasiado lejos para mí, no quiero ir al fin del mundo por motivos de salud, y acepto viajar como mucho diez horas por enfermedad.²⁵

El estudiante de Medicina, que desde Matliary preguntaba una y otra vez, incluso por telégrafo, el estado de Kafka,

²⁵ Carta a Robert Klopstock del 23 de septiembre de 1921. Ese día Kafka tuvo que disculpar su ausencia en la oficina debido a la fiebre. En septiembre de 1921, cien coronas checas sólo valían entre cinco y seis francos suizos, de forma que los viajes al extranjero resultaban muy caros (cuando se implantó la divisa checa, en la primavera de 1919, valía más de treinta francos).

sólo podía mover la cabeza ante tales argumentos. Pero los padres estaban decididos a aumentar la presión.

La mañana del 17 de octubre comunicaron a Franz que tenía que escribir inmediatamente una carta de disculpa a su director. Porque no iba a ir a la oficina, sino a otro especialista, el doctor Otto Hermann, a la vuelta de la esquina, en la Niklasstrasse, con el que habían acordado una consulta en secreto. Se trataba de una medida embarazosa para Kafka, que permitía a sus superiores asomarse mucho a sus circunstancias domésticas, pero que dio inesperados frutos. Porque el doctor Hermann, que iba mucho más al fondo del asunto que el médico de Matliary, dejó claro a Kafka que sus pocas ganas de viajar no eran razón suficiente para no hacer nada. En Praga también era posible hacer una cura sistemática con fricciones, rayos ultravioleta y dieta rigurosa, incluso en invierno. Y, según su dictamen, era imprescindible, dado el diagnóstico: pleuritis bilateral, cerrada en el pulmón izquierdo (estadios I-II de la escala de Turban), persistente en el derecho (estadios II-III); condensación bilateral, en el izquierdo hasta la *crista scapulae*, en el derecho hasta el hilio, en el izquierdo taponado en la parte superior trasera, en el derecho respiración bronquial con ruidos; egofonía y fricción elevada; ensombrecimiento constatado por rayos de ambas puntas y del hilio derecho; esputo con granulación.²⁶ Eso bastaba.

Aunque también aquel médico se negaba a llamar por su nombre a lo evidente, la tuberculosis, Kafka fue consciente enseguida de que el nuevo diagnóstico era el más desfavorable hasta la fecha. Seguía rechazando los métodos invasivos de la medicina convencional, pero esta vez se declaró dispuesto a

²⁶ Dictamen del doctor Otto Hermann, noviembre de 1921, recogido en Franz Kafka, *Escritos oficiales*. Por *egofonía* (hoy *egofonia* o *agofonia*; etimológicamente 'voz de cabra') se entiende una voz nasal, levemente temblorosa, síntoma de enfermedades pulmonares. La *fricción* es la vibración de la caja torácica al hablar (perceptible apoyando la mano); una fricción elevada indica tejido condensado en el pulmón.

tolerar inyecciones si su estado seguía empeorando.²⁷ También la reacción del médico de empresa, al que Kafka mostró el dictamen del doctor Hermann, tiene que haber sido alarmante para él, por mucho que el doctor Kodym disfrazara de eufemismos delante de su paciente lo que tuvo que comunicar con toda claridad al Instituto de Seguros: dado que la enfermedad pulmonar avanzaba hacia el lóbulo derecho, el doctor Kafka necesitaba una nueva estancia curativa. Su resultado, proseguía Kodym, no era previsible. «Sin embargo, es poco probable una completa curación, así que se impone la consideración de si tanto para el enfermo como para el instituto no sería más ventajoso pensar en una jubilación».²⁸

Por primera vez salía a colación la palabra *jubilación* con carácter oficial. Y con un dictamen así Kafka podía ahorrarse en adelante seguir dando cuenta de su estado físico a la dirección. Sobre todo, ya no hacían falta *ruegos*: el 29 de octubre, el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo le concedió otros tres meses de permiso. Probablemente el 4 de noviembre Kafka despejó su escritorio y se despidió: una salida algo menos formal esta vez, porque, como estaba decidido a seguir el consejo del médico y continuar el tratamiento médico en Praga, se encontraría en la calle de vez en cuando a sus sanos colegas y superiores. «El instituto es para mí un edredón de plumas, tan pesado como cálido. Si saliera de él, correría enseguida peligro de helarme, el mundo no tiene calefacción», había escrito en primavera a Ottla, que le aconsejaba despedirse. Pero apenas unos meses después parecía contradecirse: «el instituto me es (salvo por el dinero) más lejano que la Luna».²⁹ Ambas cosas tenían su parte de ver-

²⁷ Así cabe deducirlo de un mensaje sin fecha a Brod: «Querido Max, no voy a ir, tengo que comer a las siete, de lo contrario no dormiré, la amenaza de la inyección es eficaz».

²⁸ Kafka, *Escritos oficiales*, p. 438.

²⁹ Cartas a Ottla David del 9 de marzo y de mediados de junio de 1921.

dad, como habría de verse. Era su último día de trabajo en una institución que durante trece años le había atormentado, ascendido, estabilizado, protegido de la guerra, alimentado y al final incluso liberado. Lo que antaño había soñado y anhelado con todos los sentidos se hacía realidad por fin: ya no tenía que regresar, se había acabado. Pero la plenitud era inane, y sabía a sangre.

Durante la última semana ha habido en mí como un hundimiento, tan total como sólo lo fue acaso el que se produjo una noche hace dos años; no he vivido otro caso igual. Todo parecía entonces acabado, y tampoco ahora parecen muy diferentes las cosas. Uno puede entender eso de dos maneras, y sin duda es preciso entenderlo de esas dos maneras al mismo tiempo. Primera: hundimiento, imposibilidad de dormir, imposibilidad de estar despierto, imposibilidad de soportar la vida o, más exactamente, el curso de la vida. Los relojes no coinciden, el reloj interior corre de una manera diabólica o demoníaca o en todo caso inhumana, el reloj exterior sigue su marcha habitual titubeando. Qué otra cosa puede ocurrir sino que esos dos mundos distintos se separen, y se separan o al menos se desgarran horriblemente. El salvajismo de la marcha interna puede tener distintos motivos, el más visible es la observación de sí mismo, observación que no deja tranquila a ninguna idea, las persigue a todas hasta sacarlas a la luz, para luego ella misma ser a su vez perseguida, en cuanto idea, por una nueva observación de sí mismo. Segunda: esa persecución toma una dirección que me aparta de la humanidad. La soledad, que en su mayor parte me ha venido impuesta desde siempre, pero que en parte ha sido buscada por mí—pero qué otra cosa sino imposición era también eso—, esa soledad se vuelve ahora completamente inequívoca y llega a su extremo. ¿Adónde conduce? Puede conducir, y parece lo más evidente, a la demencia, sobre eso no cabe decir nada más, la caza pasa por medio de mí y me desgarras. O bien yo puedo—¿puedo?—, aunque sólo sea en mínima parte, mantenerme, o sea, dejarme arrastrar por la caza. ¿Adónde llego entonces? «Caza» es sólo una imagen, también puedo decir «asalto a la última frontera terrenal», asalto des-

de abajo, desde el hombre, y, como también eso es una imagen, puedo sustituirlo por la imagen del asalto desde arriba, hacia mí, que estoy abajo.³⁰

La voz de Kafka a principios del año 1922. Es seria, clara, opera con imágenes precisas, es casi analítica. Reacciona a un colapso nervioso empleando términos como «en primer lugar... en segundo lugar...». Sabe que se encuentra en una situación en la que los lamentos ya no sirven de ayuda. Ya lo sabía en Zürau, pero entonces era cuestión de dignidad y respeto a sí mismo, de si a la larga se puede eludir la vida, de si no *hay que* defenderse de las exigencias de la vida que son incompatibles con el propio núcleo, por moralmente justificadas que estén. Ahora, en el cuarto año de la enfermedad, Kafka se ve obligado a retroceder un paso más. Porque la falta de concordancia entre el reloj interior y el exterior no entraña mera insuficiencia o debilidad de carácter, esa grieta alcanza hasta los cimientos, y ni la más enérgica voluntad de normalidad ni el más firme ademán de terca autoafirmación están en condiciones de cerrarla o de sortearla. Pero tampoco es posible *enseñarla*. Ninguno de los numerosos visitantes de aquel invierno—quizá con la excepción de Milena—podía sospechar que Kafka actuaba como su propio representante, tras cuya sonriente e impenetrable máscara se abrían abismos inescrutables. Antes había *querido* ser distinto, anota en el diario, y aquél había sido un necio juego; pero ahora ha alcanzado ese objetivo, con total seriedad. Y con eso comienza una nueva época de su vida, en la que la cuestión de la culpa—la elusión de aquello que es Ley para todos los demás—retrocede ante la cuestión, mucho más apremiante, de qué Ley se le aplica a él y en qué parte del mundo puede seguir viviendo. De hecho, culpa y castigo ya no representarán un papel importante en las obras tardías de Kafka. Aho-

³⁰ Diario, 16 de enero de 1922.

ra parece advertir que los dilemas éticos son, por así decirlo, productos de lujo, que sólo prosperan en suelo fértil, allí pues donde la vida protegida permite un excedente de energía. No es un riesgo moral lo que entraña un verdadero peligro de desgarramiento, de implosión psíquica, sino la amenaza de la locura y de la muerte.

Kafka hace balance. Ahora escribe en su diario casi todos los días para representarse la nueva situación con toda la precisión posible. La «dirección que aparta de la humanidad» sería el camino más solitario que cabe imaginar, un camino sin retorno. Pero ¿cómo ha ido a parar a ese camino? ¿Por una educación errónea? ¿Por la presión del padre, que le ha empujado más allá del borde de su propio mundo? ¿O debido a una «alteridad» inexplicable que le excluye de la comunidad humana? Kafka vacila, volverá sobre esa pregunta varias veces en los próximos meses. Ya no le satisface definirse como víctima, durante décadas, de viejos maltratos; el ajuste de cuentas psíquico ya ha quedado hecho hace mucho con la *Carta al padre*, igual que el inventario de todos sus déficits. *Ser distinto*, en cambio, preserva la idea de una identidad única, y por tanto quizá defendible. «Por lo que yo sé, para nadie fue tan pesada la tarea. Podría decirse: no es una tarea, ni siquiera es imposible... Pero es, sin embargo, el aire en que respiro, mientras respire», apunta.³¹

Kafka busca las imágenes correctas, ahora renuncia por entero a las alusiones metafísicas y bíblicas, ya no se habla de paraíso y pecado original, de elegidos y de Ley; son imágenes sensuales, *literarias*, aquellas a las que regresa definitivamente: el mundo carente de calefacción, la caza, el aire tenue de las alturas, el alimento de los otros, que no es el suyo, la construcción ideada con el fin de mantener alejados a los perseguidores, y una y otra vez la exclusión, los dos mundos entre los que espera la trampa. Titubeantes, luego cada vez más

³¹ Diario, 21 de enero de 1922.

apremiantes, las energías imaginativas de Kafka regresan, encuentra imágenes que a la vez son sencillas e insondables, imágenes que se graban en la memoria cultural. Eso es parte de la «tarea». Pero esa tarea—lo sabe desde hace mucho—no puede consistir en inventar imágenes en aras de sí mismas, por hermosas, penetrantes o sorprendentes que sean. Éstas deben decir algo que no pueda decirse más que por medios poéticos. Cuando se consigue tal cosa, difunden un brillo que deslumbra, y que precisamente por eso confunde. La imagen puede ser conmovedora y aun así incierta. Puede ser de dolorosa belleza y precisamente por eso distraer de una verdad que es espantosa. Tampoco va a ahorrarse esa lección.

Kafka anuda una red de metáforas que van estrechándose poco a poco hasta alcanzar una idea radical: que hay un mundo de los seres humanos que en algún momento él ha abandonado y al que anhela en vano regresar, y otro mundo, no humano, al que él pertenece desde siempre y en el que tiene que subsistir con dignidad. Una imagen «trágica», que posee la furia y convicción del mito y que, como Kafka demostrará pronto, es extremadamente fértil también desde el punto de vista estético. Pero ¿es también verdadera? Aún no la ha interiorizado del todo, todavía hay otros modelos con los que juega:

Por mi parte, no he sido capaz de llevar una vida que no haya defraudado de alguna manera las esperanzas puestas en ella. Es como si me hubieran dado, como a cualquier otra persona, el centro de un círculo, a fin de que recorriera yo luego, como cualquier persona, el radio decisivo y trazar así la hermosa circunferencia. En lugar de hacer eso he tomado constantemente impulso para recorrer el radio, pero enseguida he tenido que interrumpirlo una y otra vez (ejemplos: piano, violín, idiomas, germanística, antisionismo, sionismo, hebreo, jardinería, carpintería, literatura, tentativas de casarme, piso propio). El centro del círculo imaginario está lleno de radios empezados, ya no queda ningún sitio para ninguna tentativa nueva, donde «ningún sitio» significa vejez, debilidad nerviosa, y «ninguna tentativa» significa el final. Pero si alguna vez he prolon-

gado el radio un poquito más que de costumbre, por ejemplo en la carrera de Derecho o en mis compromisos matrimoniales, justo ese poquito ha hecho que todo fuese peor en vez de mejor.³²

También esto suena convincente; la imagen del círculo y el radio cautiva, pero es un balance con el que no se puede vivir, un balance de completo fracaso. ¿Se le había planteado de hecho *la misma* tarea que a cualquier otra persona? ¿Una Ley para todos, sin ninguna expectativa de *algo distinto*? Tampoco eso puede ser toda la verdad. Kafka sabe que al menos en la literatura ha prolongado el radio no sólo un «poquito», sino mucho más, más allá de todas las exigencias de una «vida que no defraude las esperanzas». ¿Cómo entonces? Kafka sigue buscando imágenes, y parece como si fuera consciente de que detrás de todos esos pequeños mitos y grandes metáforas se oculta un estrato aún más profundo, más ardiente de la experiencia, un estrato en el que incluso el gusto por la verdad tiene que perecer. Una sola vez en aquel invierno consigue bañar ese núcleo más íntimo en una luz brillante, por el tiempo que dura un pensamiento, una única y terrible frase:

Todo es fantasía, mi familia, la oficina, mis amigos, la calle, todo fantasía, más lejana o más próxima, la mujer es la más próxima, lo único que es verdad es que te rompes la cabeza contra el muro de una celda sin ventanas y sin puerta.³³

Con esto, Kafka llega al umbral del mundo de Samuel Beckett. Aún es demasiado pronto, y no lo soporta; en adelante evitará esta imagen, como si se hubiera quemado con ella. Así que vuelve la espalda e inicia otro camino, un camino propio.

³² Diario, 23 de enero de 1922. ³³ Diario, 21 de octubre de 1921.

23. EL MITO PRIVADO: «EL CASTILLO»

Hay que dejar escribir a la gente si no habla.

GERT JONKE, *Der ferne Klang*

Un forastero entra en una posada rural. Viene sin anunciarse, pero para su asombro hay una gigantesca habitación dispuesta para él, la «habitación del príncipe». Eso le parece sospechoso y, de forma bastante abrupta, pide explicaciones al posadero y a la criada. De hecho, ambos admiten que en el pueblo hace semanas que esperan su llegada, supuestamente debido a un rumor que se ha filtrado desde el *castillo*. Pero el forastero no se da por satisfecho con esta información, más bien cree que la criada está al servicio del castillo y tiene órdenes de observarle. Ha venido para librar una «lucha», y ésta podría ser la primera jugada de su adversario. Aun así, quiere quedarse y librar ese combate, aunque un ataque de debilidad le fuerza por el momento a descansar. La criada, a la que hace un momento ha insultado, le lava el rostro. «Tú quieres algo de nosotros y no sabemos qué», dice. «Habla sinceramente conmigo y yo te responderé sinceramente».¹

El 27 de enero de 1922, Kafka llega al balneario de Spindel-mühle, un pueblo cubierto de nieve en las Montañas de los Gigantes, situado en el curso alto del Elba, a 750 metros de altura, a pocos kilómetros de la frontera de Polonia. Se ha unido a su médico, el doctor Otto Hermann, que pasa allí unas vacaciones de dos semanas con su mujer y su hija; juntos van en un trineo de doble tiro. Como Kafka ya ha escrito al hotel Krone, naturalmente le están esperando. Aun así, al principio no está muy contento: su maleta ha sufrido daños durante el viaje, en un tablón del vestíbulo se le anuncia como doctor Josef Kafka, la mesa de su cuarto está coja, la iluminación es mala, y la casa es ruidosa. Pero está decidido a

¹ Véanse los apéndices de la edición crítica alemana de *El castillo*, pp. 115-117.

no dejarse impresionar por tales contratiempos. Ha tomado una decisión, y aquí, en Spindelmühle, va a llevarla a la práctica. Ahorrativo como siempre, ha traído consigo un montón de hojas en blanco, además de media docena de cuadernos de distinto tamaño. Va a emplearlas como hojas de manuscrito. A las pocas horas de su llegada, las saca de la maleta y las pone encima de la mesa. Como no es tan fácil conseguir tinta y plumas, se sirve del lápiz. Empieza a escribir: la historia de un forastero que llega a un pueblo en el que—como él ya intuía—están esperándolo desde hace mucho...

La tercera novela de Kafka, *El castillo*, surge de un momento de máxima concentración, una fuerte resonancia mutua entre realidad e imaginación. Un acontecimiento habitual—la llegada de un hombre a un pueblo remoto—se convierte en literatura casi *en tiempo real*, en un momento pues que está transcurriendo y cuyas consecuencias son imprevisibles.

Kafka había esperado ese momento de redención, y lo había preparado en sus diarios en la medida de sus fuerzas. Desde hacía algunas semanas le parecía que sólo el trabajo literario podría preservarlo del próximo y quizá definitivo hundimiento psíquico; ha sido «llevado a latigazos» a aquel invierno a través de «tiempos de locura», escribió a Klopstock. Es probable que Kafka no haya empezado ninguna otra obra literaria con una intención tan consciente de autoterapia, con tales esperanzas en la acción sanadora de la atención creativa, que pondría por fin coto a una autoobservación que giraba en el vacío rompiéndole los nervios. Y esa esperanza pareció hacerse realidad: apenas había escrito las primeras frases sintió nuevas energías, nuevo suelo bajo los pies:

Consuelo de la escritura, más notable, más misterioso, quizá más peligroso, quizá más redentor: ese escapar de un salto de las filas de los asesinos mediante la observación de los hechos. Observa-

ción de los hechos, logro de una especie más alta de observación, una especie más alta, no una especie más aguda, y cuanto más alta sea, cuanto más inalcanzable sea desde esas «filas», tanto más independiente, tanto más obedecerá a las leyes propias de su movimiento, tanto más imprevisible, alegre, ascendente será su camino.²

Palabras fuertes, comparadas con la cautela con la que ahora Kafka solía relativizar cualquier brillo de esperanza. Pero la forma en la que la invención literaria lograda se libera de todos los demás motivos exteriores e intenciones le era familiar desde hacía mucho, y esa experiencia—en eso no se equivocaba—se le concedía ahora una vez más. «*Finalidad* redentora de la escritura», había querido decir al principio, pero enseguida había corregido: «*Consuelo* [...] redentor». También la escritura es observación interior, pero que no gira en inútiles espirales. Y le conduce a otra dimensión, de forma similar a cuando se asciende una montaña. El primer provecho le llega en forma de cuatro o cinco noches de sueño reparador, el regalo más importante desde hace mucho.

Los manuscritos aportan toda una serie de indicios de que Kafka, al llegar a Spindelmühle, sólo tenía una vaga idea de la trama de *El castillo*; es incluso probable que se tomara el reiterado malentendido del personal del hotel con su nombre, «Josef K.», como una señal decisiva: «¿Debo aclarármelo yo, o debo dejar que me lo aclaren ellos?», anota.³ Es probable que Kafka se quejara cortésmente, como habría hecho cualquier otro huésped. Pero en su nueva novela, iniciada ese mismo día, el protagonista es recibido por un adversario que sabe, que está perfectamente en condiciones de ilustrarlo acerca de sí mismo... igual que en *El proceso*.

Las primeras páginas del manuscrito de *El castillo* no per-

² Diario, 27 de enero de 1922. Kafka utiliza el concepto «tiempos de locura» en una carta a Robert Klopstock de marzo de 1922.

³ Diario, 27 de enero de 1922.

miten intuir las dimensiones que alcanzará, muestran una dicción nerviosa, tropicada, que en un principio parece más adecuada para el comienzo de un relato corto. Sin embargo, Kafka interrumpió ese primer arranque «expresionista» ya al día siguiente, como muy tarde dos días después; dio marcha atrás, renunció a los diálogos apresurados y formuló en su lugar algunas frases introductorias bien meditadas que, sin alarmar de momento al lector, resumen el objetivo de la novela en una *imagen* emblemática de eficacia mucho más duradera:

Había caído la noche cuando llegué. El pueblo estaba sumido en la nieve. No se veía nada del cerro del castillo, lo rodeaban niebla y tinieblas, y ni la lucecita más débil sugería el gran castillo. Permanecí largo rato en el puente de madera que llevaba de la carretera al pueblo, mirando al aparente vacío de allí en lo alto.

Luego busqué alojamiento para la noche...

El mudo diálogo con un *aparente* vacío: es como si Kafka pulsara aquí el acorde fundamental que durante los meses siguientes, a lo largo de cientos de páginas, seguirá desplegando, con diferentes variaciones e interpretaciones. Esas frases no sólo irradian calma, sino también seguridad: Kafka sabe de pronto lo que quiere. En la primera versión tan sólo había afinado los instrumentos; ahora, apenas reemprendida, la escritura fluye y hace posibles frases de cristalina pureza. Es un espectáculo asombroso—posible únicamente gracias al acceso a los manuscritos—ver cómo Kafka, después de años de abstinencia narrativa, encuentra casi sin transición el camino de vuelta a su propio lenguaje literario y asume enseguida su total control. Parece incluso como si durante ese largo tiempo se hubiera acercado un trecho a su ideal ascético de narración: ahora evita, no sólo en el lenguaje, sino en la estructura misma de la acción, todo lo que pudiera ser malinterpretado como mero efecto; no hay ninguna catástrofe

fantástica como en *La transformación*, no hay momentos de tensión criminal como en *El proceso*, ni horror físico como *En la colonia penitenciaria*. Tan sólo hay un hombre que, con incomprensible terquedad, trata de poner pie en un pueblo. Que, para mejorar sus posibilidades, miente y se presenta como agrimensor. Que se entrega a mujeres para convertirlas en auxiliares suyos, que recoge codicioso información y acecha cada alusión que se deja caer en las casas y posadas y que incluso acepta un trabajo humillante... sin acercarse ni un milímetro a su objetivo. Y está el «castillo», una autoridad en extremo compleja, inaccesible e impenetrable, que lleva de la cuerda al «agrimensor», observa desde lejos sus trajes, pero le niega toda información clara acerca de su estatus. Todo esto, contado desde el estrecho punto de vista del héroe, a un ritmo lento, con largos diálogos, episodios de la vida de los habitantes del pueblo pintados por extenso y que desembocan una y otra vez en reflexiones tan rigurosas como estériles, que exigen paciencia al lector. Tan sólo la poderosa sombra del castillo da cohesión al conjunto.

Otra vez, por tanto, un semimundo ordenado jerárquicamente, que se parece de tal modo al infierno de papel de *El proceso*, incluso en los detalles, que parece su prolongación o su generalización: el mismo alud de expedientes que cae sobre las personas, la misma mezcla entre poder y sexualidad, la misma verbosidad infructuosa y sin embargo decisiva, otra vez el juego con la luz y la oscuridad, las escenas cómicas dispersas, los lechos en los que se revuelven poderosos personajes, y por último, pero no menos importante, el control, las miradas omnipresentes, que destruyen toda intimidad y recuerdan al lector, de forma sutil pero terca, el mundo de los *campos de concentración*.

El propio Kafka certificó irónicamente esta relación entre sus novelas al elegir una vez más como apellido de su protagonista la inicial «K.», y al permitirle a éste presentarse como «Josef» en conversación telefónica con las autorida-

des del castillo... Es la única vez que se menciona su nombre de pila. Kafka decidió a posteriori abandonar la perspectiva en primera persona y, como ya había hecho en *El proceso*, seguir narrando en tercera persona. En todo caso, en ese momento *El castillo* ya había llegado a su tercer capítulo; si quería mantener el orden en su manuscrito, tenía que tachar en cientos de pasajes palabras como *yo*, *mi*, *para mí*, y sustituirlas por *K.*, *él*, *su*, etcétera. Era un trabajo aburrido y mecánico, pero aquella tardía decisión de reajustar completamente el texto no sólo fue espontánea—como pone de manifiesto el manuscrito—, sino forzosa. Porque Kafka estaba a punto de acometer un desafío literario: la descripción de una unión sexual. Hasta ahora siempre lo había evitado; en *El proceso* incluso había aceptado que por este motivo su flujo narrativo se viera interrumpido por un pequeño y convencional silencio. Esta vez quería renunciar a un expediente de este tipo. Ahora bien, ¿era posible describir lo indecible desde la perspectiva de un *yo*, es decir, directamente? Sin duda era verbalmente posible, pero psíquicamente no, como iba a comprobar enseguida; la resistencia interna era insuperable, y literalmente en el último momento, en mitad de la frase, Kafka se salvó recurriendo a la distancia del narrador.⁴

Un proceder digno de mención, importante no sólo para la cuestión de si el agrimensor K. es de hecho—como su nombre sugiere—un representante de Kafka, una efígie de Kafka, por así decirlo, sobre la que su inventor proyecta los golpes de su propio destino como en un cantar de ciegos. El desconfiado forastero al que Kafka conducía hacia el castillo en los primeros bocetos no era sin duda *ningún* autorretrato; en el segundo arranque, Kafka atenuó algunos de los rasgos de carácter que menos coincidían con los suyos. Cuando al agrimensor se le ocurre la idea—ya poco después de su lle-

⁴ OC I, 732. Para la escena correspondiente en *El proceso*, el encuentro de la acusada con su «cuidadora», véase OC I, 554.

gada—de defenderse con el garrote contra los habitantes del pueblo, Kafka tacha esa frase enseguida, porque entretanto tiene en mente otro protagonista, más humano, menos agresivo.⁵ Quiere hacer sus móviles *concretos* más comprensibles, pero también más simpáticos, para que la profunda oscuridad en la que la lucha *como tal* está sumida sea tanto más sensible. Cuanto más tiempo pasa en el pueblo, el agrimensor se va pareciendo cada vez más a su creador; su decisión y optimismo se esfuman con cada nueva experiencia, y en cambio aumenta la capacidad de someter a crítica su propia conducta. Parece como si a Kafka le pasara lo mismo que a sus futuros lectores: el protagonista se acerca a él, y las decepciones que K. experimenta conducen a la identificación y a la compasión, por incomprensibles que sean las fuerzas que le atan al pueblo y al castillo desde la primera hasta la última hora. Naturalmente, eso plantea la cuestión de si *El castillo* no era un proyecto autobiográfico desde el principio.

Ya años antes Kafka había convertido en costumbre, siempre que quería hacer afirmaciones generales sobre sí mismo con la mayor independencia posible respecto a su estado de ánimo, dirigirse a su propia imagen en el espejo llamándola de tú o interpelándola en tercera persona. El *tú*, y más aún el *él*, le permitía una reflexión más libre, literalmente más desconsiderada, y el lenguaje literario desencadenado le parecía, incluso en el diario, mucho más fértil que los habituales giros psicologistas que tan a menudo se encuentran en las autodescripciones. Aun así, consideraba tales reflexiones como pasos literarios previos, y en este sentido es inequívoca una de las escasas notas que nos han llegado de los meses de Matliary:

La escritura se me niega. De ahí el proyecto de las investigaciones autobiográficas. No escribir una biografía, sino investigar y averi-

⁵ «Me puse en pie de un salto, la prudencia me abandonó, realmente cogí el bastón de nudos...» (véanse los apéndices de la edición crítica, p. 125).

guar los detalles más pequeños posibles. A partir de esto quiero empezar a construir como alguien que, dueño de una casa endeble, pretende edificar al lado una casa segura, en la medida de lo posible con los materiales de la antigua.⁶

Una *reconstrucción*, pues, en sentido literal. Sin embargo, Kafka hace saber que esa descomposición, ese camino hacia los propios cimientos, es una acción sustitutiva. El escritor al que se le niega la escritura está condenado a hacer solitarios autobiográficos.

En Matliary, donde Kafka habría tenido el tiempo y la calma necesarios, no llevó a cabo este propósito, pero sí después de su regreso a Praga; allí había sido arrancado abruptamente al letargo social de los pacientes de balneario y se sentía por eso mismo obligado a reforzar su propia posición y volver a examinar desde fuera el estado de su «propia casa». Desde mediados de octubre de 1921—poco después de haber entregado a Milena todos los cuadernos de los diarios—, Kafka llenaba docenas de páginas de consideraciones autoanalíticas, pero evitaba estrictamente caer en el antiguo tono de queja: ya no se trataba de lograr un alivio a corto plazo, sino de una revisión autobiográfica, del Debe y el Haber.

Aunque mi constitución sea tan miserable [...] con ella tengo, sin embargo, que intentar conseguir lo mejor, y es huera sofistería decir que uno sólo puede conseguir con ella una cosa y que por ello esa cosa es la mejor, y es la desesperación.

El propio Kafka se llama al orden: en adelante, no debe haber coquetería con la propia ruina, con la propia «diferencia», con el impuesto estatus de observador. Esto también concierne a las relaciones con la familia y con las mujeres.

⁶ Nota perteneciente al llamado «Cuaderno del artista del hambre», OC III, 782.

Una vez superadas todas las luchas—pues en vista de las dependencias a las que el enfermo Kafka se ve sometido ahora, ya no cabe hablar de lucha—, la única tarea que queda es establecer con la mayor precisión posible el resultado de las mismas y buscar vías para seguir viviendo con ese resultado ya irrevocable. Es el tranquilo énfasis del reconocimiento, que Kafka contrapone a la indigna desesperación, y que encuentra un tono que resulta casi esclarecido, comparado con los muchos suspiros con los que siempre había acompañado los trastornos y decepciones cotidianas, por fácilmente previsibles que fueran. No, escribe Kafka ya en la primera hoja, «ya no necesito, como antes, cobrar conciencia de esas cosas con todo detalle, en este aspecto no soy tan olvidadizo como antes, soy una memoria que se ha vuelto viva, de ahí también mi insomnio».⁷

De hecho, las anotaciones que Kafka llevó regularmente hasta la primavera de 1922 muestran una tendencia no sólo a la abstracción, sino también a la concentración de las imágenes, a la abreviatura, incluso al código privado. Aquí ya no se cuenta ni se menciona nada «en detalle», Kafka tampoco define ya los contornos de su vida, como se había propuesto en Zürau, sino que se limita a esbozarlos, comprime la experiencia de años en frases cortas, duras, completamente incomprensibles sin su génesis biográfica. «¿Nostalgia del campo?», pregunta, por ejemplo. «No es seguro. El campo hace vibrar la nostalgia, la infinita nostalgia».⁸ Ésta es, reducida a la fórmula más escueta, la enseñanza de las excursiones campestres con los amigos y con Ottla, de innumerables conversaciones sobre la «vida reformada», de sus propios intentos como horticultor, de los meses de Zürau, Schelesen y Matliary. Esa enseñanza reza: la vida campestre no es un objetivo, no garantiza la felicidad, es sólo un símbolo, más bien.

Kafka ha encriptado de tal modo otros pasajes, con alusio-

⁷ Diario, 15 y 16 de octubre de 1921.

⁸ Diario, 20 de enero de 1922.

nes y códigos privados, que el lector está como ante una puerta condenada, y sólo puede esperar que algún azar le ponga las llaves en la mano. Así, el 18 de enero, poco después del día de desesperación del «hundimiento», escribe: «Ese poco más de tranquilidad, a cambio viene el s. Liberación o empeoramiento, como se quiera». Dos párrafos más adelante: «el s. me acosa, me tortura día y noche, yo, para satisfacerlo, tendría que vencer mi miedo y mi vergüenza, y sin duda también mi tristeza». Al día siguiente: «Nada malo; una vez has traspasado el umbral, todo es bueno. Otro mundo, y tú no tienes que hablar». Y otro día después:

Agarrado por el cuello de la camisa, arrastrado por las calles, arrojado a través de la puerta. Esquemáticamente es así, en la realidad existen fuerzas que se oponen, solo que son una pizca—justo la pizca que conserva la vida y el tormento—menos salvajes que aquellas. Yo, víctima de ambas.

Son frases que obviamente no están destinadas a *ningún* lector, y cuyo sentido y contexto como mucho se podría apenas intuir si no hubiera una referencia, felizmente conservada, de otra parte: una escueta nota de Max Brod, que después de una visita a su amigo se manifestaba en ella «profundamente conmovido». Porque Kafka le había contado que había estado en un burdel, sin encontrar allí ni rastro de la anhelada relajación. «Tormento de los órganos sexuales», anotó expresivamente Brod. Así que ese enigmática s. es la s. de *sexo*. Naturalmente, Kafka, que temía la curiosidad de la familia, no podía escribir esto sin codificarlo.⁹ Pero el frío que había experimentado pasó al mundo de *El castillo*: tan sólo ocho días después del que probablemente es su último encuentro con una prostituta, Kafka ocupa una habitación en Spindelmühle y empieza a trabajar. En su novela, será

⁹ Diario, 18-20 de enero de 1922.

precisamente la sexualidad la que simbolice la más profunda alienación humana, la vana esperanza de salvación a través del otro. Y es un recuerdo muy cercano, muy avergonzador, el que fuerza a Kafka a retirar su yo ficticio y dejar esa experiencia a un él, un agrimensor.

La conciencia y la necesidad de tener que *elaborar* algo estuvieron sin duda entre las razones más fuertes que movieron a Kafka a intentar por tercera vez escribir una novela; eso sería perceptible incluso si no supiéramos nada de los motivos concretos de su trabajo. Pero la partida más importante de ese balance largamente aplazado era Milena. Porque en el amor a esa mujer se le había ofrecido una oportunidad, tal vez última y decisiva; esa era la opinión hasta de sus amigos, que siempre trataban de apartarlo de los juicios demasiado definitivos. Albert Ehrenstein afirmaba incluso que con Milena la vida misma le tendía la mano, y que Kafka tenía que elegir «entre la vida y la muerte». Si se toma esto en sentido literal—y Kafka consideraba esa afirmación «en esencia, cierta»—,¹⁰ entonces él había optado contra la vida, a sabiendas. ¿Pero por qué? ¿Para llegar, en vez de ser *algo*, *adónde*? Ésta era una de las cuestiones más apremiantes que le ocupaban en aquel invierno. Sólo ahora era consciente de que siempre había habido esas negativas difícilmente comprensibles, en apariencia absurdas, y que no era en absoluto una falta de «ofertas» y «oportunidades» lo que le mantenía alejado de la vida. ¿Qué era, entonces? ¿Había desconfiado de las ofertas, le habían parecido insuficientes o demasiado costosas, no estaba entre ellas la oferta *adecuada*, o había estado esperando algo innombrable que un día se sabría, más allá de todas esas oportunidades? En el diario, Kafka precisa estas cuestiones, las agudiza; en *El castillo* en cambio intenta traspasar la lógica de lo que ha ocurrido, la lógica de su propia existencia, a un lenguaje saturado de imágenes, y revelarla por ese medio.

¹⁰ Carta a Max Brod de principios de mayo de 1921.

Una novela autobiográfica, pues, sin duda, pero en un sentido mediato, mucho más intrincado de lo que parecen revelar unas correspondencias tan inequívocas entre novela y realidad. Tales correspondencias *en detail* se pueden localizar en el número que se quiera, la densidad de remisiones evidentes, y más aún ocultas, es enorme, y supera incluso las de *El proceso*: ya a mediados de la década de 1970, Hartmut Binder necesitó casi cien páginas para explicar el contexto biográfico demostrable de distintos pasajes de *El castillo*,¹¹ y sin duda su comentario, sobre la base de lo que entretanto hemos llegado a saber, sería hoy mucho más extenso: lo vivido, lo leído y lo escuchado, los juegos de palabras y los nombres parlantes, los recuerdos de décadas y las impresiones de las últimas horas... sin olvidar los juegos con autocitas, las conexiones subterráneas con otras obras.

Estas correspondencias, sin embargo, nunca son sencillas, y la idea de que Kafka recorría al escribir, por así decirlo, un almacén psíquico, eligiendo las piezas más interesantes y aprovechables para amueblar con ellas el mundo paralelo de su novela, yerra por completo la esencia de la invención literaria. Ciertamente, el puente en el que el agrimensor se detiene justo al principio tiene que ser el puente que el propio Kafka cruzó uno o dos días antes de escribir esas mismas frases, el puente sobre el Elba por el que se va de Spindelmühle al barrio de Friedrichsthal y al hotel Krone. Pero ese puentecillo era de piedra, y el puente de *El castillo* es de madera. ¿Por qué? Quizá porque en ese momento Kafka se acordaba de otro pequeño puente, el que se encontraba a la entrada de Zürau, que era de madera. Es posible que la impresión presente reavivara el recuerdo de 1917. Pero también es posible que Kafka ya hubiera considerado un símbolo el puentecillo de Zürau—signo de que pasaba a otra orilla—, y que sólo por eso el puente de Spindelmühle le pareciera digno de men-

¹¹ Véase Binder [1976].

ción. Y, en tercer lugar, también cabe imaginar que esa simbología quedase revelada sólo por la *repetición*, es decir, que, viceversa, el recuerdo «avivara» la realidad y la hiciera legible.

No es más sencillo el caso del pueblo mismo. Kafka difícilmente estaría preparado para las masas de nieve y el cortante frío que encontró en Spindelmühle, enseguida temió la pulmonía, y le resultaba incomprensible por qué el doctor Hermann se lo había llevado consigo precisamente allí, después de haberle prohibido Sommering—una propuesta de Werfel—por demasiado crudo: «Nueve meses de invierno y tres meses de frío», rezaba la broma habitual, que ni siquiera era muy exagerada. Kafka quedó impresionado por el paisaje, le pareció más hermoso y variado que el del Alto Tatra. Pero poco después de llegar se dio cuenta de lo difícil que era caminar allí: no conseguía llegar a Weisswassergrund, apenas a dos kilómetros de distancia: resbalaba en la nieve constantemente, y cuando caía la oscuridad tenía que volver por un camino desierto. «Un camino absurdo que carece de meta terrenal», anotó en el diario: una indicación de que también puso enseguida esta vivencia en relación con la novela. Poco después el agrimensor K. se quedará atascado en la nieve, en su primer y único intento de llegar por sus propias fuerzas hasta las puertas del castillo, y el disuasorio desierto de nieve se convierte en adelante en una de las claves centrales de la novela. Kafka se procuró las lecturas adecuadas—el relato de una expedición ártica—y encontró modo de dar un uso irónico incluso a los eslóganes turísticos: el invierno en el pueblo era muy largo y uniforme, averigua el agrimensor, la primavera y el verano, en cambio, duraban «no mucho más de dos días», así al menos lo recuerdan algunos de sus pobladores, e incluso en verano nevaba a veces...¹²

¹² Así lo dice la camarera Pepi; véase OC 1, 1013. El interrumpido paseo hasta un puente está recogido en el diario el 29 de enero de 1922 (se trata al parecer del «Puente del jubileo», en el Weisswasser, dadas las cir-

No hay duda: sin la experiencia física de las Montañas Gigantes en invierno, que Kafka utilizó enseguida, no cabe imaginar el mundo de *El castillo*. Pero el pueblo al que el agrimensur va a parar *no* es Spindelmühle. Porque ese lugar estaba en medio de una zona turística explotada desde hacía décadas; Spindelmühle (desde 1923 Spindlermühle o Špindlerův Mlýn) era un balneario de montaña que insertaba anuncios en muchos periódicos, y, lo mismo que en el Alto Tatra, los deportes de invierno también tuvieron un rápido incremento allí. Había cuidadas pistas de esquí de fondo (en una ocasión Kafka se calzó las raquetas, que por aquel entonces aún se llamaban «zapatos de nieve», pero lo dejó enseguida), también varias pistas de saltos (con Kafka como fascinado expectador) y, como atracción importante, un «ascensor de trineos» eléctrico, que permitía incluso a los huéspedes con poca resistencia física deslizarse en trineo durante horas, lo que también Kafka supo apreciar. Allí, uno de cada seis edificios era un hotel o una fonda, la mayoría de las familias alquilaban habitaciones, y el grupo políticamente dominante en el pueblo era el Partido para el Fomento del Turismo, fundado por el médico de distrito judío doctor Wilhelm Pick, propietario de hotel y alcalde.

El pueblo sin nombre al pie de la montaña del castillo es completamente distinto. Los trineos sólo se utilizan como medio de transporte, los esquís no se usan en absoluto. Se mencionan dos fondas o posadas: la Brückenhof, que no tiene ni una habitación útil que ofrecer, y la Herrenhof, que se supone más distinguida pero de hecho es igual de insana, y cuyas habitaciones están exclusivamente a disposición de los

cunstancias locales es difícil que sea otro); la escena correspondiente, en el capítulo 1 de *El castillo*, tiene que haber sido escrita inmediatamente después (OC 1, 671). Kafka leyó en Spindelmühle *Un Robinsón ártico*, de Einar Mikkelsen (Leipzig, 1922). Probablemente compró allí mismo el libro, que se conserva en su legado.

funcionarios del castillo. No parece haber más espacios públicos, ni tampoco se necesitan, porque los forasteros aparecen muy raras veces por allí, nadie piensa en hacer negocios con viajeros. Ni siquiera se sienten obligados a la hospitalidad, se le explica inequívocamente a K. después de echarlo de una de las cabañas, porque—y ahora viene una frase que en Spindelmühle habría sonado como una blasfemia—«no necesitamos ningún huésped». El mundo exterior no parece existir para los habitantes del pueblo, ni siquiera como opuesto, e incluso el correo y el teléfono sirven tan sólo para mantener el contacto con el castillo. El sentimiento de *círculo cerrado*, la pesadilla de un mundo ni más ni menos que claveteado se va haciendo tan coercitiva para el lector que las raras referencias a otros lugares parecen insertos extraños, olvidados por el autor.¹³ ¿Y el propio castillo? Existe sólo en la novela, no en Spindelmühle, así que esa idea la había llevado consigo Kafka, y como una de las experiencias que marcaban su mundo vital. Desde su nacimiento había tenido al alcance de la vista el castillo de Praga, alzaba la vista hacia él, estaba—como todos los demás habitantes de la ciudad—bajo su sombra, y de vez en cuando las largas filas de ventanas centelleaban al sol: «tenía algo de demencial», como se dice en la novela.¹⁴

Kafka practica con sus personajes un juego apenas menos intrincado entre experiencia, memoria e invención. Cuando Milena Pollak leyó *El castillo*—es seguro que lo leyó—, en algún momento a finales de los años veinte, tiene que haber

¹³ Frieda habla de la posibilidad de emigrar al sur de Francia o a España, lo que K. rechaza de inmediato. Y se entera de que en una ocasión a una fiesta de los bomberos vinieron numerosos visitantes de los pueblos vecinos (OC I, 831, 886).

¹⁴ OC I, 698. Otros modelos conocidos y discutidos son los castillos de Friedland (también allí había un puente desde el que se podía contemplar el castillo), así como de Wossek, el lugar natal de su padre. Los detalles en Wagenbach [1958:265-280].

tenido claro enseguida que ella misma aparecía en esa novela. La mera broma de Kafka de llamar precisamente «Herrenhof» a la dependencia local del castillo, y por tanto al lugar más importante de la acción, era una invitación a buscar en el texto de la novela alusiones biográficas, mensajes clandestinos dirigidos a ella. El café Herrenhof de Viena había sido un día su escenario, pero aún más el de su marido. En el Herrenhof rural de la novela, es la camarera Frieda la que al principio está sometida al dominio del poderoso funcionario del castillo Klamm, y luego se convierte durante unos días en novia del agrimensor. *Frieda-Milena*, la asonancia es sospechosa. Pero ¿por qué entonces se describe a Frieda como físicamente insignificante, incluso poco vistosa? Tampoco su amo, el mudo Klamm, que dormita delante de su cerveza, y al que K. observa en una ocasión por el ojo de la cerradura, tiene nada en común con el activo y elocuente Ernst Pollak.

Un enigma aún más oscuro lo constituye la familia de Barnabas, cuyo verdadero nombre no se menciona nunca, pero cuyo destino se desarrolla en *El castillo* hasta convertirse en una desbordante novela dentro de la novela. Son tres hermanos: Barnabas, Olga y Amalia, y hacia los tres se dirigen sucesivamente las esperanzas del agrimensor. Barnabas es joven, fuerte, despreocupado, trae los raros mensajes provenientes de las oficinas del castillo, y por eso K. lo espera siempre con alegre excitación... Es probable que Kafka estuviera pensando en Robert Klopstock. Olga es también alta y fuerte, de buen carácter y benévola con el agrimensor, y es llamativo que en su caso se evita toda señal sexual: *Olga-Ottla*, el personaje se inspira en la hermana menor de Kafka, dura trabajadora y aun así atenta, tal como él la ha conocido en Zürau. Pero Olga sirve al personal más ínfimo del castillo, a los mozos de cuadra, como una de las tres rameras disponibles, e incluso esta disponibilidad a la humillación tiene sus motivos sociales y hasta morales, así que Kafka difumina el retrato de su hermana hasta lo irreconocible. Finalmente Amalia: el

único personaje de la novela que se enfrenta abiertamente al castillo, una mujer que responde con desprecio a las desvergonzadas asechanzas de los funcionarios y asume que con eso no sólo se excluye a sí misma, sino también a sus hermanos y padres, de la comunidad del pueblo. No sabemos si Kafka tenía en mente un personaje real; en todo su entorno no encontramos un modelo que se parezca ni remotamente a la áspera, silenciosa e impenetrable Amalia.¹⁵ Quizá—por inusual que esto sea en Kafka—sea un personaje del todo inventado, quizá se le haya aparecido en sueños; en cualquier caso, sus contornos deben de haber quedado poco claros incluso para él, porque en el segundo capítulo es rubia, y más tarde morena.

Kafka juega por la banda, es dudoso que se propusiera escribir una «novela autobiográfica», sin duda no le salió una novela en clave. Sin embargo, demostró en *El castillo*, sobre todo con las mujeres, el elevado arte de conseguir que cada personaje parezca el retrato de una persona viva y sin embargo esté sometido a un estricto control de su tarea, de su *función*. Y por eso hay razones para volver a dirigir la mirada hacia su vida.

En diciembre de 1920, Max Brod volvió a contar a Kafka uno de sus emocionantes lances eróticos. Se trataba esta vez de una criada de nombre Emilie, a la que llamaban Emmy, de veintisiete años. Brod la había conocido cuando se alojaba en un hotel de Berlín y casi la había «poseído». Para Kafka no era nada nuevo escuchar semejantes aventuras, se repetían a intervalos regulares, y sólo hacía pocos meses que, durante una

¹⁵ Una fuente de inspiración fue probablemente *Babička* ('Abuelita'), de Božena Němcová, una novela popular que Kafka leía en voz alta a sus hermanas cuando aún era estudiante. También aquí, como en el episodio de Amalia, un funcionario de un castillo es rechazado por una indignada habitante del pueblo.

gira de conferencias, Brod había empezado una relación en Brunn con una dama (al parecer casada) de la que le había hablado en el mismo tono de ensoñación. Para Brod esas relaciones siempre tenían la máxima prioridad, daba igual que carecieran de expectativas. Se sobreponían a todos sus demás intereses; incluso sus citas profesionales se ajustaban a los posibles encuentros; esperaba noticias hora tras hora, se atormentaba con la pregunta de si debía confesárselo o no a su mujer, y, tras el inevitable fin, no sólo se sentía triste o decepcionado, sino directamente vacío. Kafka conocía ese esquema de comportamiento desde hacía mucho, Brod se había confiado con él muchas veces y le había pedido consejo, de modo que la relación con Elsa Brod resultaba siempre embarazosa: ella sabía algunas cosas, pero Kafka sabía mucho más, y ella lo intuía.

La empatía de Kafka en este terreno se veía sometida a una dura prueba. Porque, con el paso de los años, Brod había añadido una justificación ideológica a sus experiencias sexuales; decía que todo lo demás de la vida «no podía ser tomado en serio ni con la mejor voluntad», incluso afirmaba que en ninguna otra cosa en el mundo se veía «lo divino intermitente», «la llama de Dios», con mayor intensidad y pureza que en el erotismo, más particularmente en la intimidad sexual. Kafka sabía demasiado bien de dónde había sacado Brod tales ideas: eran ecos de conversaciones y lecturas comunes del fanático ortodoxo Georg Langer, que trabajaba en un libro sobre *El erotismo de la Cábala* y que, con ese fin, había recopilado las citas más asombrosas. «Hay tres cosas que tienen en sí algo del Más Allá: el Sol, el *sabbat* y el comercio sexual». Eso dice el Talmud, y Brod estaba tan extasiado por esta suprema legitimación que en su ambicioso libro sobre historia de la religión, *Paganismo, cristianismo, judaísmo*, llega a afirmar que el conocimiento del «milagro terrenal» que representaba el erotismo es un «acto del judaísmo que resplandecía a través de los siglos», con el que

se distingue de manera decisiva del cristianismo, hostil a los sentidos.¹⁶

Por supuesto, Brod era consciente de que esta tesis estaba muy necesitada de explicaciones y de que la tradición judía no asignaba especial importancia a la felicidad amorosa individual. Su superestructura ideológica vacilaba, los suyos eran constructos que tan sólo podían ayudarle a corto plazo a salir de su propia compulsión. Brod utilizaba la experiencia erótica como droga, y ante Kafka, que casi nunca se dejaba engañar por las racionalizaciones, tenía que aceptar que esa dependencia era una «terrible debilidad»: «El mundo sólo significa algo para mí por medio de una mujer. Sin esto carece de interés, no es más que hastío, estancamiento y obstáculo. Esa predisposición natural hacia la mujer, este estar totalmente rendido a ella, me ha tenido un año en el nivel más ínfimo de la vida, vegetando». Los conceptos empleados son reveladores: al parecer, tampoco Brod podía sustraerse a la jerarquía, culturalmente vinculante en Occidente, de espíritu y cuerpo, un orden en el que la sexualidad es considerada un recurso biológico y por tanto no como algo divino sino, por el contrario, la parte animal en el ser humano. Aquí, en el «nivel más ínfimo», no se invierte, sino que se derrocha energía vital... tal era en el fondo la opinión de Brod, así que necesitaba constantemente ciertos rodeos para conciliar los intereses intelectuales, la práctica vital y los deseos sexuales. Esto podía adoptar formas cómicas, por ejemplo cuando se convencía a sí mismo de que su obsesión por

¹⁶ Cartas de Max Brod a Kafka del 6 y 19 de enero de 1921. Véase, en Brod [1921b, 2:11], el capítulo titulado «El amor como milagro terrenal. El Cantar de los Cantares». Kafka ya había leído el manuscrito de esta obra en el verano de 1920, y sin duda de forma muy crítica, como atestigua una carta del 7 de agosto; así que conocía desde hacía mucho la opinión de Brod respecto al «milagro terrenal» erótico. Probablemente Kafka también conocía el manuscrito de *El erotismo de la Cábala* de Georg Langer (Praga, 1923); la cita del Talmud figura en la página 25 del libro.

una judía obedecía sobre todo a que reconocía en ella a una «hija de mi pueblo». Una vinculación extremadamente original de sexo y nacionalismo judío que no acababa de quedarle clara al propio Kafka, que también se sentía más cómodo entre judías.

El amorío berlinés de Brod resulta interesante, sobre todo, porque durante mucho tiempo sólo pudo comentarlo por escrito con Kafka (naturalmente a lista de correo y con nombre supuesto). Como el asunto con Emmy Salveter había empezado inmediatamente antes de la partida de Kafka hacia Matliary, toda su evolución está documentada desde el principio, y la amistosa participación de Kafka llegó hasta el último año de su vida, en el que conoció personalmente a Emmy. Ahora bien, ¿qué esperaba el enamorado Brod de semejante consejero? Parece sorprendente que pudiera esperar nada, en vista de los miedos de Kafka y sus generalizaciones acerca de las mujeres, que a veces llegan a ser despectivas desde un punto de vista ético, como por ejemplo algunas recogidas en los cuadernos de Zürau. Sin embargo, su correspondencia revela el pragmatismo con que Kafka podía abordar los problemas *de otros*.

Su primera reacción tiene que haber sido sorprendente y decepcionante para Brod. Emmy Salveter *no* era judía, era incluso capaz de ingenuas manifestaciones antisemitas, lo cual, paradójicamente, inspiraba cierto respeto en Brod, a pesar de los escalofríos que le hacía sentir. Desentendiéndose de este aspecto, Kafka contemplaba la situación desde otro punto de vista:

[...] ¿tomas tan en serio a la muchacha en sí misma como lo haces con la relación con ella? [...] cómo es posible que no pienses en absoluto en lo que significas para la muchacha. Un huésped, un forastero, además, judío, uno de los cientos a los que les gusta la bella camarera, uno al que se le confía la íntima seriedad de una noche (y aunque ni siquiera tenga esta seriedad), pero, ¿acaso puede

ser algo más que eso? ¿Un amor distanciado por países? ¿Escribir cartas? ¿Esperar a un febrero maravilloso? ¿Pides tanta anulación de sí mismo?

Parecía como si Kafka fuera más comprensivo con la situación de la joven que con las necesidades masculinas de su amigo. Y no se dejó apartar de ello cuando cosechó una vehementemente réplica: lo suyo no eran en absoluto castillos en el aire, respondió enseguida Brod, porque él había sido en Berlín mucho más que cualquier huésped. Emmy tenía mucho sentido musical, tocaba el violín, pasaba sus horas libres en conciertos, y su gran deseo era aprender canto y trabajar en el teatro. Él quería apoyarla con todas sus fuerzas, tanto profesional como económicamente, ya había recibido (a lista de correos) «dos cartas muy hermosas» de ella, y estaba ya fijada la fecha de su próximo encuentro en Berlín. Bueno, en ese caso... respondía Kafka, cediendo en apariencia... entonces sólo podía avergonzarse de sus reparos. «Aun así, mi sentimiento básico a este respecto no ha cambiado, sólo que no puedo demostrarlo tan a la ligera».¹⁷ Kafka le daba la razón a Brod, que le reprochaba que su afán de perfección le impedía acceder a las mujeres. En lo que a éstas se refería, Brod no tenía miedo, había alcanzado lo humanamente posible, vivía en el seno de un matrimonio burgués, y ahora ensayaba lo imposible. Kafka aseguraba sin cesar que no se lo reprochaba: cómo iba a hacer tal cosa precisamente él, que había fracasado de forma lamentable incluso en los márgenes de lo posible. Pero, naturalmente, Brod no podía conformarse con una admiración tan equívoca—más tarde Kafka llega incluso a decirle a Brod que en el terreno amoroso «probablemente llegue a sobrevalorarte»—;¹⁸ le parecía como si

¹⁷ Cartas a Max Brod del 13 de enero y de finales de enero de 1921; carta de Max Brod a Kafka del 19 de enero de 1921.

¹⁸ Carta a Max Brod del 16 de agosto de 1922.

Kafka impusiera su propia ideología pesimista y la proyectara sobre la vida de otros.

Sin duda los prejuicios de Kafka respecto a las mujeres habían ido siendo socavados por el miedo a lo largo de los años, se habían vuelto cada vez más nítidos y también más «ideológicos», las veía, en cuanto aparecían en el escenario de su propia vida, sobre todo como una suerte de representantes: la mujer como perturbación, como tentación, como enviada de la vida o como ángel redentor. Sin embargo, tales tipologías no impedían a Kafka compenetrarse con una determinada mujer y valorar de forma muy realista sus márgenes sociales y psíquicos. Las propias mujeres sabían apreciar esto—él era tan poco dado a los halagos como a las enseñanzas condescendientes—, e incluso Milena, que reaccionaba con susceptibilidad a los juicios críticos, se sentía mejor comprendida por Kafka que por su propio marido. También el eros pedagógico que Kafka mostraba ante las mujeres más jóvenes solía verse respondido con calidez y amistad, a veces también con ensoñaciones, y curiosamente la propia Emmy Salveter incluyó en sus rezos vespertinos a Kafka, al que no conocía, después de haber recibido unas comprensivas líneas suyas.

Kafka vio desde el primer momento lo que les iba a pasar a Max y a ella. Conocía por propia experiencia lo que era una relación a distancia, dependiente de oficinas de Correos y de comunicaciones ferroviarias. En su caso, con Felice, existía la fundada esperanza de poner fin un día a una situación difícilmente soportable. Pero Brod exigía de Emmy que le esperase durante meses, sin ninguna expectativa de una vida en común. Él no pensaba en el divorcio; durante años ocultó ese amorío a su mujer, y se dieron escenas grotescas que a él le parecían desdichas del destino pero que eran inevitables a la larga. Así, en otoño de 1921 convenció a Emmy de que fuera a visitarlo al congreso sionista de Karlsbad (adonde tenía que acudir brevemente como delegado de Praga), pero

no pudo impedir que Elsa le acompañara. En consecuencia, Brod, completamente desbordado, estuvo menos ocupado con el «trabajo en Palestina» y el «renacimiento judío» que en evitar que las dos mujeres se encontraran. Naturalmente, la atractiva Emmy tenía otros admiradores, entre ellos un joven estudiante de veintinueve años, miembro de una organización política que tenía por distintivo una «esvástica», y al que sólo la diferencia de edad le impedía proponerle matrimonio. Una vez más, Brod se mostró sorprendido e irritado. Todos esos padecimientos, repetía Kafka en otoño de 1922, eran indicios de que Brod quería algo imposible y se arriesgaba con eso a la «autodestrucción». En última instancia, la solución sólo podía consistir—el propio Kafka calificaba su propuesta de «horrible», pero la hacía enteramente en serio—en que Brod organizara un trío con Elsa y Emmy, a ser posible en Berlín, lejos de la inevitable cháchara de Praga. Sin duda, eso significaría una separación temporal de ambos amigos. «Pero, por qué no podría haber cualquier lugar para mí donde hay lugar para dos mujeres a tu alrededor».¹⁹

Para el lector del siglo XXI, siempre es una experiencia sorprendente, a veces divertida, ver la fuerza con la que la literatura de la «modernidad clásica» sigue marcada por los estereotipos tradicionales, en extremo burdos, sobre la diferencia entre los sexos. La mujer como ser de naturaleza, como «criatura»; el hombre como representante del espíritu y de la acción... Ya antes de 1914 eso tenía poco que ver con la realidad psicosocial, pero quedó completamente obsoleto con las

¹⁹ Carta a Max Brod del 16 de agosto de 1922. De una anotación de diario de Brod se desprende que no hubo una discusión abierta con su esposa hasta principios de 1924, cuando hacía mucho que ella conocía la existencia de su amante. La relación entre Brod y Emmy Salverer, que en 1925 debutó como actriz con el nombre de «Anne Markgraf», duró hasta principios de los años treinta (véanse otros documentos en Fiedler 1985:23-45).

experiencias de la Primera Guerra Mundial, que dio a las mujeres—en parte contra su voluntad, en parte con su concurso—responsabilidades que hasta entonces se consideraban propias de hombres, y, al mismo tiempo, libertades también hasta entonces exclusivas de los hombres. Por su parte, éstos se mostraban cada vez más desvalidos ante los nuevos roles que les correspondía asumir, en particular en cuanto padres.

Las viejas caracterizaciones siempre habían sido moralmente borrosas. En base a ellas se podía fundamentar tanto el desprecio como la adoración a la mujer, y a veces las dos cosas a un tiempo. Todo dependía de cuál era el rango ético que se atribuía al concepto *naturaleza*. La naturaleza es lo inconsciente, lo carente de historia, lo caótico y amoral, un reino en el que no hay ni ciencia ni lógica, sino en todo caso intuición; pero la naturaleza también puede ser—como en la «vida reformada»—una utopía de vida no alienada, que «redime» al yo enemistado consigo mismo. De ahí que la promesa de felicidad femenina sea profundísimamente ambigua, y la literatura haya desplegado las contradicciones que comporta en infinitas variaciones: las mujeres como víctimas de las convenciones sociales, como en Ibsen y Schnitzler; como víctimas de su propia naturaleza, como en Wedekind; como personajes de perdición, como en Hamsun y Strindberg; mujeres como hembras, como vampiresas, como infantiles compañeras de juegos, hermanas etéreas y resueltas madres... Una riqueza tan sólo aparente, porque el modelo tipológico siempre es el mismo: allá donde aparecen figuras femeninas, la feminidad se convierte en tema, inevitablemente, mientras que las tragedias «humanas», que no son específicas de ningún sexo en concreto, encuentran de preferencia héroes masculinos.

Había todo un cauce de literatura sexológica que reforzaba tales ideas, en el que destacaba *Sexo y carácter* (1903), el polémico libro de Otto Weininger en el que se define «lo femenino» (abreviado: F) como sustancia disgregadora y se niega directamente a las mujeres la capacidad para la re-

flexión y la productividad intelectual. «La mujer absoluta carece de yo». El hecho de que ese panfleto tautológico de seiscientas páginas, lleno de resentimiento y ciego a las evidencias, fuese objeto de continuas tiradas en los años veinte—es decir, en un momento en el que el psicoanálisis venía divulgándose desde hacía mucho—, demuestra de manera impresionante lo profundamente enraizadas que estaban tales ideas en la conciencia colectiva. Weininger fue tomado en serio, y como era radical y además antisemita, pasaba por moderno a los ojos de muchos (sobre todo en provincias). Cuando Oskar Baum dictó el 14 de febrero de 1921 una conferencia sobre Weininger y la «decadencia del erotismo y el ser judío», la Sala Urania de Praga estaba ocupada hasta el último asiento, y *Selbstwehr* informó en detalle del acto. También las numerosas hembras vitales e impredecibles que aparecen en las obras de Brod—por última vez en la novela *Franzi o Un amor de segundo rango* (1922), que escribió bajo la impresión de Emmy Salveter—²⁰ llevan inconfundiblemente la marca F.

Kafka no pudo sustraerse al mito de lo femenino, culturalmente abrumador: el temor que experimentó toda su vida a tener que probarse «ante la mujer» está tan anclado en su neurosis privada como la idea de que las mujeres son agentes de la vida. Para él son tentaciones, pero también *instancias* móviles, que guardan una relación directa con los poderes que dominan la vida. Se puede sucumbir a ellas, pero también se puede apelar a ellas. Ya en *El proceso* Kafka tuvo la idea literaria, plena de consecuencias, de tomar *al pie de la le-*

²⁰ En ediciones posteriores con el título *Un amor de segundo rango*. A principios de 1923, Kafka envió esta novela, cuyos trasfondos biográficos conocía a la perfección, a Milena Pollak, al parecer a petición suya. Sin duda intuía lo que de ella pensaría la antigua «minervista», como atestiguan sus observaciones explicativas y casi exculpatorias (carta a Milena Pollak de enero-febrero de 1923). También en *Vida con una diosa* (1923) y en *Mira. Una novela en torno a Hofmannsthal* (1958), Brod representó sus conflictos con Emmy Salveter.

tra esa doble naturaleza y presentarla en imágenes, de forma similar a lo que ocurre en los sueños: de hecho, allí las mujeres se mueven sin impedimento alguno entre las puertas cerradas del tribunal, son perseguidas sexualmente, pero por su parte sexualizan y feminizan también al tribunal. En *El castillo* Kafka despliega aún más ese modelo. También aquí hay «poderes» que imparten órdenes a las mujeres, que exigen y reciben su entrega. Pero con el reflejo del poder las mujeres ganan una misteriosa dignidad propia que las hace irresistibles para el agrimensor, una dignidad que se revela no menos en palabras que en gestos y miradas: «Cuando aquella mirada cayó sobre K., a éste le pareció que había resuelto ya asuntos que lo concernían, de cuya existencia él mismo no sabía nada pero de la que esa mirada le convenció». Es la mirada la que le cautivará en la criada Frieda, de apariencia insignificante; una mirada, en todo caso, que pierde su atractivo en cuanto el acceso que ella tiene al funcionario del castillo Klammm queda interrumpido. Igual de enigmática es la dignidad de la posadera del Brückenhof, también ella antigua concubina de Klammm, una mujer estrecha de miras y sin embargo una autoridad para K. Por ella se entera K. de que, en vez de preocuparse del alcalde, tendría que hacerlo de su insignificante esposa, «que lo lleva todo», pero que no ha dicho una sola palabra en presencia de K. Finalmente, K. sueña con la mirada de una «muchacha del castillo», la mirada de unos ojos azules y cansados, que sólo le ha mirado una vez y por la que estaría dispuesto a hacer *cualquier cosa*.²¹

Sin duda no son retratos femeninos, aun si los ojos azules fueran los de Milena (lo que es probable). ¿Son destinos femeninos paradigmáticos, estudios sociopsicológicos?

²¹ OC I, 726, 778 y 703. La astucia con la que K. trata de forzar una visita a esa «muchacha del castillo» es objeto de «El reproche de Frieda» (tal es el título del capítulo 14). Un análisis detallado de la tipología femenina en la obra de Kafka (también de su relación con Weininger) en Stach [1987].

¿Se trata del secreto matriarcado de la sociedad del pueblo? Nada de eso. Los personajes femeninos de Kafka están completamente al servicio de la función que han asumido en el tablero de la novela. Son representantes de un poder y un conocimiento que no ha sido socialmente adquirido, sino *otorgado* a cada una de ellas; son modelos, pues, de un mito femenino. Y sin embargo, esas mujeres jamás actúan como modelos de las fantasías masculinas de miedo y redención, sino como seres de carne y hueso. Esto forma parte de los secretos más insondables de la obra principal de Kafka, y es, en el arte de la novela, un logro muy singular, que supera a *El desaparecido* e incluso a *El proceso*, que Kafka lograra fundir los mitos social y privado de lo femenino y *al mismo tiempo* conservar la individualidad y credibilidad de sus personajes, en medio de un mundo totalmente ficticio. Es un logro verbal, un logro estético, que se basa en unas capacidades que raras veces se dan de forma simultánea y con igual fuerza: la imaginación simbólica y la compenetración psíquica. Kafka estaba en condiciones de idealizar a Milena sin olvidar ni por un momento sus debilidades, insinceridades y limitaciones reales. Veía a su amiga Jarmila, cuyo esposo se había quitado la vida, como actriz carente de voluntad en una tragedia supratemporal; era, escribió, como si actuara «cumpliendo un encargo, un encargo inhumano».²² Pese a lo cual supo reaccionar a su situación de forma tan empática que trató de profundizar en su conocimiento. Podía—de forma menos espectacular, pero igual de característica—defender de manera muy pragmática los intereses de la berlinesa Emmy, a la que al principio sólo conocía de oídas, y señalar a esa mujer como una tarea impuesta por la vida, como una complicación, en el fondo, incontrolable.

²² Carta a Milena Pollak del 2 de septiembre de 1920.

El mundo de Kafka es un acontecer mítico. Son leyendas judías y del Antiguo Testamento las que le proporcionan el patrón, y resulta de una consecuencia extrema (aunque él no la haga pública) que Kafka se sirva incluso del canon de la Antigüedad clásica, lo reinterprete y lo incorpore de forma travestida a su propio mundo de representaciones: por ejemplo en «El silencio de las sirenas», en «Prometeo», en «Poseidón». Con todo, la cumbre de ese paisaje mítico la ocupa *El castillo*, y los personajes de *esta* obra no son héroes alegóricos, sino seres vivos, que propician la identificación y arrastran al lector al fondo del mito. Además, aquí reina una lógica de lo inconsciente tal como la conocemos por los sueños, una lógica que se encarga de que el lenguaje de Kafka ataque *por la espalda*. El lector sucumbe a ella antes de haber entendido nada. A su vez, ese efecto provoca irresistiblemente la pregunta por el sentido de aquello, y el propio Kafka refuerza esa provocación con todo un arsenal de sutilezas literarias difíciles de detectar al primer vistazo. Si deja una rendija abierta por la que podemos echar un vistazo al interior, la tapa enseguida y atenúa la luz.²³ Y sin embargo, no puede abandonar su propia creación mítica.

²³ Esta tendencia al oscurecimiento a posteriori se puede documentar en muchas ocasiones en el manuscrito de *El castillo*. Sin embargo, es especialmente instructivo el episodio en torno al acta que el secretario de Klammer, Momus, levanta del comportamiento de K. Cuando Momus rechaza dejar que K. vea el acta, K. se la quita con suave violencia sin encontrar la menor resistencia, incluso se le indica expresamente cuál es la página que debería leer. Esa página, contiene la acusación de que K. es un personaje calculador, que no siente nada por su novia Frieda. Es la única vez en la obra de Kafka en la que su protagonista consigue acceso a los expedientes, la única mirada directa a la actividad de las autoridades que se concede al lector. Pero Kafka se dio cuenta enseguida de esa inconsecuencia y tachó todo el pasaje, que en el manuscrito se extendía a lo largo de varias páginas... muy para disgusto de Brod, que se quejó de que la culpa del agrimensor quedaba clara al lector precisamente a través de ese acta. Influido quizá por esa objeción, Kafka pone los reproches contra K., re-

Nunca quiso interpretar sus obras. La cuestión es en qué medida habría *podido* hacerlo. ¿Qué significan, por ejemplo, las infinitas e impenetrables jerarquías de funcionarios de *El proceso* y *El castillo*, qué representan? Son temidos como poderes, pero no actúan. Reflejan lo que de todos modos ocurre, no participan en la vida ni la administran, sino que la archivan en todo caso. Si se les ataca o se ignoran sus exigencias, retroceden. Permiten que los forasteros conquisten a sus mujeres, no están en condiciones de imponer sus propias medidas, y tampoco reaccionan cuando se les pone coto de forma agresiva, como hace Amalia.²⁴ ¿Qué singulares poderes son éstos? ¿Dónde hay en el mundo una cosa así? Kafka no habría podido responder ni con la mejor voluntad, no con una definición o una comparación. Remitir a nuestro propio interior, a la fuerza del subconsciente o las potencias de la vida, al mundo que hay detrás de la realidad sensorial, al lugar en el que se forjan los destinos... cualquier intento de este tipo destruiría la misteriosa metáfora, decapitaría, por así de-

petidos casi literalmente, en boca de la posadera de Brückenhof y de Frieda (OC I, 805 y ss.; véanse los apéndices de la edición crítica, así como la carta de Max Brod a Kafka del 24 de julio de 1922).

²⁴ Es común a las autoridades en *El proceso* y *El castillo* el mantenerse pasivas y funcionar como gigantescas cajas de resonancia. Ya la noche de su llegada la profesión de K., que a él sólo le sirve de pretexto, es confirmada telefónicamente por el castillo (OC I, 694). Los dos ayudantes, que aún no han llegado—también una mentira de emergencia de K.—le son asignados por el castillo a título sustitutivo (OC I, 707, 932). El despido de K. como bedel pierde su eficacia por el mero hecho de que K. no lo acepta (OC I, 804 y ss.), y el acceso a los expedientes del castillo se le prohíbe, pero no se le impide (véase la nota anterior). Una vez que Frieda ha abandonado a K. y trabaja de nuevo en la taberna de Herrenhof, K. es intimado por un funcionario a devolver a su novia al Herrenhof (OC I, 972 y ss.). También el «castigo» a Amalia y su familia parte en primer lugar de los habitantes del pueblo y luego de su propia conciencia de culpa; el castillo en cambio se mantiene totalmente inactivo, el funcionario rechazado desaparece de la vista del pueblo (véanse los capítulos «El castigo de Amalia» y «Rogativas», OC I, 319-345, 884-918).

cirlo, el símbolo. Como mucho, Kafka podría remitir a que nuestro pensamiento siempre lleva consigo esas arenas movedizas míticas, que actúan constantemente con tales claves. «Mañana se verá», decimos, por ejemplo, o: «Esto no quedará así, se hará justicia». ¿A quién alude ese «se»? A ellos.

El mundo del castillo es arcano, todos los resquicios están taponados, y sólo desde que tenemos acceso al manuscrito de la novela, con sus numerosas variantes textuales, sabemos que Kafka se sintió cada vez más indeciso acerca del progreso de la acción, si bien tenía claras desde la primera línea las arcaicas leyes de ese inframundo. Hay, naturalmente, otras puertas ocultas. Sobre todo las notas del diario de Kafka, pero también numerosas cartas escritas antes y durante el trabajo en *El castillo* pueden leerse como comentarios, en muchos casos. Muestran que Kafka maneja piezas del mito también fuera de la novela, esas piezas móviles existen *antes* del esfuerzo literario, a menudo como imágenes y metáforas, a veces como ocurrencias escénicas, pero guardando en su conjunto una coherencia imaginativa y lógica imposible de pasar por alto. Estas imágenes se reproducen en múltiples variantes, se encadenan unas a otras, y antes de que Kafka piense en elaborarlas literariamente surge de ellas un tupido tejido, que prolifera, que suma sin cesar nuevas ideas: un *mito privado*.

En el centro de esta tela de araña reposa la certeza de que hay *poderes* y de que toda felicidad ha de ser arrancada a esos poderes. Ya antes Kafka había introducido el concepto «fantasmas», al principio tan sólo como imagen convencional, pero luego como idea sometida a leyes propias, sustrayéndose cada vez más al control mental. «A cada cual lo suyo, tú recibirás a los invitados, yo a los fantasmas», escribió en una ocasión a Felice, y entonces aún era broma. Sin embargo, poco después contaba extensamente cómo había atraído a los fantasmas a lo largo de los años, y que se habían vuelto cada vez más numerosos y cada vez más grandes:

[...] penetraban por todas las puertas, las que estaban cerradas las echaban abajo, eran fantasmas altos y huesudos, una anónima muchedumbre de ellos, se podía luchar con uno, pero no con todos los que te rodeaban. Si escribía, los fantasmas eran espíritus de pura bondad, si no escribía eran demonios.

En Spindelmühle, a principios de febrero de 1922, Kafka ha interiorizado de tal modo esta idea que ya no tiene que llamarla por su nombre, sino tan sólo evocarla: «Me he escapado de ellos. Es imprudente decirlo. Eso los saca de los bosques, como si uno hubiera encendido la lámpara para ayudarles a encontrar el rastro», escribe después de unas cuantas noches de sueño sorprendentemente bueno. Finalmente, esa misma primavera, los fantasmas se convierten en objeto de una conferencia abreviada sobre mitología destinada a Milena, en la que Kafka los eleva a potencias del destino, en condiciones de socavar la vida y llevar a la perdición a toda la Humanidad:

La fácil posibilidad de escribir cartas tiene que haber traído al mundo—visto sólo teóricamente—un horrible trastorno de las almas. Es en efecto, una relación con espectros, y no sólo con el espectro del destinatario, sino también con el propio espectro, que se le va formando a uno, sin darse cuenta, en la carta que escribe o incluso en una serie de cartas, en la que una carta confirma la otra y puede invocarla como testigo. ¿A quién se le habrá ocurrido pensar que la gente podía relacionarse por correspondencia? Se puede pensar en una persona lejana y se puede tocar a una persona cercana, todo lo demás supera las fuerzas humanas. Pero escribir cartas significa desnudarse delante de los espectros, cosa que ellos esperan ansiosos. Los besos escritos no llegan a su destino sino que los espectros se los beben por el camino. Con una alimentación tan sustanciosa se multiplican enormemente. La humanidad lo percibe y lucha contra ello; para eliminar en lo posible lo espectral entre los hombres, y lograr el contacto natural, la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano, pero ya no hay ayuda posible, son manifiestamente inventos hechos ya en el despeñadero; la par-

te contraria es mucho más serena y fuerte, ha inventado, después del correo, el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilos. Los fantasmas no morirán de hambre, pero nosotros nos iremos a pique.²⁵

La parte contraria, dice Kafka. El concepto revela que su imaginación creadora de mitos ya ha alcanzado el siguiente nivel. Está escribiendo una novela—cosa que la destinataria no puede saber—sobre esa parte contraria. Pero en *El castillo* los fantasmas que acosan (que preferentemente trabajan de noche) ya no son una horda caótica, sino enviados de un sistema, funcionarios carentes de libertad, sometidos ellos mismos a una voluntad inescrutable. Porque en algún sitio en el interior del castillo habita una última instancia, es el castillo del conde de Westwest, sin cuyo tácito consentimiento allí no se mueve ni un ratón. Ese ser de nombre irreal es mencionado por última vez en la página 20, y luego desaparece entre las paredes de niebla de una cháchara infinita. Y esas paredes no las atraviesa nadie, ni esperando tercamente que se vuelvan permeables—como en la leyenda kafkiana del guardián de la puerta—ni mediante el desafío a un «combate» como el que libra el agrimensor. La última instancia existe, pero se mantiene implacablemente lejana, y así la pregunta decisiva de si es hostil o incluso malvada queda relegada a mera conjetura. El propio Kafka no lo tenía claro en absoluto. Así, escribe, pocos meses después de empezar la novela:

Es asombrosa la destrucción sistemática de mí mismo en el curso de los años, ha sido como la lenta y paulatina ruptura de un dique, una acción intencionada. El espíritu que la ha llevado a cabo tiene que celebrar ahora sus triunfos; ¿por qué no me deja a mí participar en ellos? Pero quizá ese espíritu no ha dado fin todavía a su trabajo y por ello no puede pensar en otra cosa.

²⁵ Carta a Felice Bauer del 26 de abril de 1914; carta a Grete Bloch del 8 de junio de 1914; diario, 5 de febrero de 1922; carta a Milena Pollak de finales de marzo de 1922.

Sin embargo, pocos días después Kafka encuentra otra interpretación: «Lo extraño, lo inexplicable de que yo no haya perecido, de que tenga una guía silenciosa».¹⁶ Una ley, una instancia, un poder espiritual que destruye sistemáticamente a un ser humano sólo para luego llevarlo en silencio al borde del último abismo, sería un poder sádico. Pero Kafka se niega hasta el final a extraer esta consecuencia. Encuentra la insoluble contradicción más soportable que la aniquilación de una última esperanza humana.

Aun así, emplea con frecuencia tales imágenes en cartas, y se refiere a los ataques de los fantasmas con un énfasis tal como si se tratara de procesos reales que tuvieran lugar a los ojos de todos. Al parecer, Kafka no temía la pregunta de si creía «de verdad» en fantasmas, y probablemente habría aceptado que se trataba de proyecciones de fuerzas psíquicas interiores... al fin y al cabo, él mismo hablaba de vez en cuando de una «conspiración *interior*». Pero en los momentos en los que tenía que defenderse de esos espíritus le importaba más unirlos a una idea que medir el grado de su realidad objetiva. Eran hechos psíquicos, tenían una influencia considerable en su vida, y por eso era inteligente comportarse como si *fuera* reales. En sus últimos años, Kafka prestó una atención cada vez más estricta a no desafiar a la *parte contraria*, practicó una previsión defensiva que poco a poco iba cobrando rasgos de un ritual supersticioso, incluso evitaba manifestar satisfacción fundada o complacencia, por temor al contragolpe. En la última hoja de diario que conservamos, en 1923, anotó:

Cada vez más angustiado cuando escribo. Es comprensible. Cada palabra, volteada en la mano de los espíritus—ese giro de su mano es el movimiento característico de ellos—se convierte en lanza dirigida contra el que habla. Muy especialmente una observación como ésta. Y así hasta el infinito.¹⁷

¹⁶ Diario, 17 y 30 de octubre de 1921.

¹⁷ Diario, 12 de junio de 1923.

Una vida en una celda, en una jaula; una vida que amenaza con asfixiarse a sí misma. El mito privado da apoyo, ofrece una teoría de la propia historia, del propio ser, que, literalmente, *da sentido*. Pero el precio es elevado, la actuación espontánea apenas es posible, incluso irritaciones insignificantes despiertan la amenaza del «hundimiento», Kafka cada vez se siente menos en condiciones de soportar nuevas experiencias, por muy prometedoras que sean. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si Milena viniera de pronto a Spindelmühle? Sería capaz. Y Kafka tiene que confesarse que un milagro erótico como el de Marienbad quizá también fuera posible en Spindelmühle. Pero se ha vuelto improbable, añade enseguida, porque «mis ideas son ahora más sólidas, mis experiencias, mayores».²⁸

Parece como si Kafka se hubiera hecho consciente a tiempo del peligro de que los lastres de esas «ideas» muy pronto limitarían mucho más su vida que la tuberculosis. Así, en el diario de aquel invierno se puede observar un doble esfuerzo: mientras con una mano Kafka desarrolla el laberíntico edificio de un mito privado en el que trata de atrincherarse, con la otra busca a tientas una salida de emergencia. Sin embargo, esa vía de escape no puede conducir al exterior, a la vida (que está bajo el dominio de *la parte contraria*); sólo puede dirigirse a la literatura. Pero, para imaginar siquiera tal escapatoria, hace falta un cambio radical de perspectiva: si Kafka se ve, por así decirlo, desde fuera, es decir, tal como él cree que otros le perciben, los «intentos de escritura» no son más que uno entre muchos radios rotos del círculo de su vida, y el éxito—lo poco impreso, lo mucho fallido—no justifica en absoluto el inmenso sacrificio psíquico. Sin embargo, vista por entre las rejas de su propia celda, la escritura es algo completamente distinto, es la única posibilidad de imponerse conforme a sus propias reglas, bajo una ley distin-

²⁸ Diario, 29 de enero de 1922.

ta, en otro plano. «Asalto a la última frontera terrenal», lo llama Kafka, y no lo dice en un sentido en absoluto religioso, porque prosigue: «asalto desde abajo, desde el hombre, y, como también eso es una imagen, puedo sustituirlo por la imagen del asalto desde arriba, hacia mí, que estoy abajo».²⁹

Kafka desarrolló, concretó y al final incluso llenó de esperanza utópica esta imagen de una frontera que hay que romper y tras la cual se abre otro mundo, en el que quizá obtendrían sentido palabras como *redención* o *patria*, esa imagen contraria a la del mundo de las instancias. Su desarrollo se puede seguir con mucha precisión en el diario: si al principio aún tiene dudas acerca de si su desgracia «en la otra orilla» no sería igual de grande que en el lado de la vida, pronto sabe que no tiene elección, que está «expulsado» y es «ciudadano de ese otro mundo», que vuelve la vista hacia la vida cotidiana como un «extranjero», y que en el futuro su «alimento principal viene de otras raíces que están en otro aire». Kafka, que enseguida busca la idea sensorial, imagina ese país, con su aire claro y fresco, como *desierto*... no porque lo tema, sino porque sólo el desierto, en el que todos los rasgos de vida quedan borrados, posibilita un nuevo comienzo radical. Y de repente—es un momento raro, exquisito—en las frases de Kafka brilla un orgullo fundamental, la dignidad de la potencia creadora, que no requiere justificación y se abre su propio camino:

[...] estoy en otro sitio, la fuerza de atracción del mundo humano es tan grande que en un instante puede hacer olvidar todo. Pero también es grande la fuerza de atracción de mi mundo, los que me aman me aman porque estoy «abandonado» [...] porque sienten que en otro nivel, en mis temporadas de dicha, tengo la libertad de movimientos que aquí me falta completamente.³⁰

²⁹ Diario, 16 de enero de 1922.

³⁰ Diario, 24, 28, 29 de enero de 1922.

Nunca antes Kafka ha desafiado más a sus «fantasmas» que con estas frases. Cree que ahora puede formularlas porque ha empezado una gran novela: su *opus magnum*, en la que impulso de escritura, forma y contenido se funden definitivamente. El que escribe se traslada a un desierto, y describe la llegada a un desierto que es *blanco*. Lo que ocurre en su novela es un asalto a la frontera de lo terreno, igual que el trabajo en la novela misma, por el que Kafka está dispuesto ahora a apostar todo una vez más. Las otras personas—tanto en la realidad como en la novela—son asombrados testigos, ven *desmesura*, pero sienten una secreta admiración que ellos mismos no entienden. El agrimensor despierta esperanzas, sobre todo entre las mujeres, que parecen haber estado esperándolo siempre, como si sólo él, el extranjero, pudiera dar el golpe liberador que rompa el hechizo. Ciertamente, nunca lo logrará. Pero el autor que lo ha inventado quizá sí lo consiga.

El proceso y *El castillo*, el mundo de los empleados y el de los campesinos, y sin embargo el mismo universo mítico, en el que ni la profesión ni el estatus social, ni la formación ni la experiencia, ni siquiera el entendimiento y la agudeza social tienen verdadera importancia. Es el mismo procedimiento, guiado por las mismas reglas impenetrables... aunque no en el mismo estadio. «Los mundos de *El proceso* y *El castillo* son paralelos a cualquier otro mundo, pero no entre sí. Más bien uno es continuación del otro», observa Roberto Calasso.³¹ Kafka certifica esto en buena medida al hacer que sólo *El castillo* conozca un pasado. El proceso contra Josef K. empezaba de buenas a primeras, *ex nihilo*, como si de repente se encendiera la luz de un escenario, y nunca se habla de un procedimiento formal que preceda a la detención. En cambio, los enredos que rodean al agrimensor K. tienen una his-

³¹ Calasso [2006:16].

toria previa que se puede indagar, está almacenada en la memoria de los habitantes del pueblo, y es la siguiente:

Un día lejano, al alcalde le llega una sorprendente comunicación de las autoridades del castillo: va a ser nombrado un agrimensor, así que hay que tener listos todos los planos y documentos necesarios para el trabajo de ese hombre. ¿Un agrimensor? Lo agradecemos, respondió el alcalde, pero no necesitamos ningún agrimensor. Sin embargo, esa respuesta no llegó al departamento originario—llamémoslo A—sino a otro departamento B, e incluso allí de forma incompleta, en forma de una carpeta vacía en la que sólo estaba anotado que se trataba del nombramiento de un agrimensor. Al cabo de meses o de años—el asunto ya había sido casi olvidado en el pueblo—, el departamento B remitió la carpeta vacía para que se completara. Sin embargo, como el documento original estaba ilocalizable, el alcalde se limitó a repetir que no hacía ninguna falta un agrimensor. Se desarrolló entonces una amplia correspondencia entre el alcalde y el departamento B, en el que un funcionario especialmente desconfiado, al que ninguna información lograba satisfacer, se había hecho cargo del asunto. Aun así, no se consiguió aclarar el origen de los enredos, así que al departamento B no le quedó otro remedio que enviar algunos secretarios al pueblo para comprobar si allí se necesitaba o no un agrimensor. Después de largos debates, el concejo se pronunció en contra. Pero, entretanto, un departamento de control C había descubierto que hace años una carta del departamento A había quedado sin responder. Ahora se repetía ese escrito, y el alcalde respondía como entonces—ya por tercera vez—que no, que no hacía falta un agrimensor. Otra vez pasaron años, hasta que una noche, de pronto, un desconocido se presentó en la posada del puente y se identificó—era inconcebible—como el agrimensor nombrado por el castillo.³²

³² Esta exposición del alcalde es aún más extensa en *El castillo*, véase OC I, 748-767.

Unos meses después de escribir este episodio de la novela, Kafka recibió una carta de la delegación de Hacienda de Praga-Žižkov, fechada el 25 de septiembre de 1922, referencia Rp 38/21, en la que se le intimaba a presentarse lo antes posible ante las autoridades y explicar cuándo habían tenido lugar los últimos depósitos de capital en la firma Erste Prager Asbestwerke, de la que era socio. Kafka respondió enseñuando que estaba gravemente enfermo y por desgracia no podía comparecer en persona, pero aseguró que desde 1914—el año en que su cuñado Paul Hermann pasó a ser socio—no se había producido ninguna ampliación de capital, y que la empresa correspondiente había sido cancelada del Registro mercantil en 1917, es decir, que hacía cinco años que ya no existía. Pasaron unos días y Kafka recibió otro escrito de la delegación de Hacienda: ¿qué intención perseguía con su carta? En la delegación no se tenía noticia de ninguna consulta de fecha 25 de septiembre ni de ninguna referencia Rp 38/21. Kafka quedó perplejo, pero también aliviado; ya había pagado suficientes impuestos posteriormente por la fábrica, había tenido incluso que pedir pago aplazado y condonación de deuda: ahora podía considerar liquidado el asunto. Porque, si el procedimiento oficial estaba desaparecido, sin duda no había ningún funcionario esperando su respuesta. Error, según se vería. Porque alrededor de un mes después, el 3 de noviembre, la delegación de Hacienda de Praga-Žižkov volvía a hacerse oír: «Se le intima a responder en el plazo de ocho días al escrito del 25 de septiembre de 1922, referencia Rp 38/21, en caso contrario presentaremos denuncia ante la delegación de distrito de Praga para que se le imponga la sanción reglamentaria».

24. PENSIONISTA Y «ARTISTA DEL HAMBRE»

Todas las conchas de caracol de mediano tamaño son una buena caja de resonancia...

A.F. BREHM, *Vida de los animales*

«En mi despacho continúan haciéndose los cálculos como si mi vida no empezase hasta mañana, siendo así que estoy en las últimas».¹ Sin duda, hay también despachos *interiores*, impenetrables como oficinas austrohúngaras, y a veces pasa mucho tiempo antes de que se tome conciencia de su existencia. Pero cuando Kafka regresó de Spindelmühle al cabo de tres semanas—pasó allí algunos días sin su médico—no pudo evitar comprobar que había despachos mucho más eficaces, por ejemplo en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, y en su ausencia habían hecho unos cálculos muy razonables.

Ya para las vacaciones de Kafka en las Montañas Gigantes había sido necesaria una nueva prolongación del permiso por enfermedad, y esta vez él no había podido ofrecer mucho más que la esperanza de mejora y una «paulatina» reincorporación al trabajo normal de oficina. Aquello no sonaba convincente, y después de que el médico de empresa hubiera propuesto meses antes la jubilación de Kafka, todos los implicados tenían claro que el caso estaba en el filo de la navaja. Es muy probable que precisamente durante los días en que Kafka se volcaba en su nueva gran novela se discutiera en el instituto el procedimiento que había que seguir con él. El director checo seguía mal dispuesto a enviar a casa, con sólo treinta y ocho años, a uno de sus funcionarios más competentes. Pero las opiniones médicas del doctor Kodym, que sin duda eran más crudas cuando se expresaban de viva voz,

¹ Diario, 12 de febrero de 1922.

mostraron su efecto. Había que contar con que dentro de unos años Kafka ya no fuera capaz de trabajar, incluso era posible que su tuberculosis fuera ya incurable.

Así que a su regreso, el 17 de febrero de 1922, se vio enfrentado a una sorprendente decisión: el instituto lo ascendía a primer secretario, autorizaba un «aumento salarial extraordinario» por virtud del cual cobraría 21 000 coronas checas al año (lo que correspondía a un aumento del once por ciento), pero hacía depender el pago de ese incremento de que volviera a incorporarse al servicio. A Kafka no le resultó difícil adivinar lo que eso significaba, y el director Odstrčil no tenía ningún motivo para ocultárselo: no se trataba tanto de lo que ahora fuera a cobrar o no, como de asegurar a Kafka, en caso de que su salud siguiera empeorando, una pensión aceptable, pues la que le correspondía después de catorce años escasos de servicio era bastante inferior a la de un funcionario de trayectoria habitual. Es seguro que el juicio del director acerca de uno de los pocos funcionarios germanoparlantes (y judío, encima) que quedaban en el instituto desempeñó un papel decisivo en esa medida precautoria; por otra parte, ésta significaba que las autoridades del instituto ya no tenían mucha fe en el regreso del doctor Kafka.

La inteligencia de esa medida iba a revelarse demasiado pronto. Nos han llegado pocos datos del estado físico de Kafka en esos meses—sólo anotaba palabras clave en su diario—, pero seguía teniendo una temperatura elevada y de vez en cuando pasaba días enteros en cama. A finales de abril se presentó de nuevo al médico de empresa: necesitaba un certificado para—como los años anteriores—poder tomar inmediatamente sus cinco semanas de permiso regular. Que Kafka siguiera siendo incapaz de trabajar no sorprendió a nadie, y tampoco el doctor Kodym osó alentar cualesquiera esperanzas. La enfermedad pulmonar, constató, no había progresado; pero no cabía esperar, al menos «en un plazo previsible, que la salud del doctor Kafka mejore lo bastante como para

poder reanudar su servicio en el instituto». *En un plazo previsible*. Sólo el médico de cabecera de Kafka seguía considerando posible que después de unos pocos meses más de cura sistemática pudiera regresar a la oficina, pero era sospechoso de optimismo profesional, y naturalmente el voto del médico de empresa tenía más peso.²

A más tardar después de su certificado de abril, también Odstrčil tuvo que doblegarse ante los hechos: asignar el salario completo a un funcionario ausente por tiempo indeterminado no iba a ser posible ni con la mejor voluntad. Para esos casos existía la institución de la «jubilación temporal», también llamada «jubilación parcial», según la cual se pagaba una pensión pero se mantenía la posibilidad de reincorporación al servicio activo. Cuando en mayo Kafka se presentó en persona ante su director,³ ya no se habló de la conveniencia o no de la jubilación, sino tan sólo de la cuantía de la pensión. Kafka estaba muy bien asesorado al respecto. Y así ocurrió que el 7 de junio, tan sólo cuatro días antes de terminar sus vacaciones regladas, presentara una solicitud de paso a retiro transitorio, si bien pidiendo que su pensión no fuera calculada a partir de su salario corriente sino a partir del salario de primer secretario que se le había prometido para su próxima entrada en servicio, porque de lo contrario las percepciones «serían muy escasas y, especialmente teniendo en cuenta la necesidad de tratamiento médico, completamente insuficientes».⁴

² Extractos de este dictamen médico en *Escritos oficiales*, pp. 438 y ss. También el 7 de junio, el doctor Kodym escribía, de manera bastante vaga: «Incluso en caso de tratamiento ininterrumpido, no cabe esperar una mejoría sustancial en un plazo previsible. Quizá después de un tratamiento adecuado varias veces repetido podría producirse cierta mejoría».

³ En una carta a Hans Mardersteig de principios de mayo de 1922 Kafka menciona que hace pocos días ha estado en la oficina, por primera vez desde hacía tres meses.

⁴ Carta al Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, 7 de junio de 1922 (*Escritos oficiales*, pp. 837 y ss., materiales y anexos). Véase también la «Tabla de servicios II» con las percepciones de Kafka (*ibid.*, pp. 871-873).

Una súplica, pues. Sin duda era humillante, sobre todo si recordaba que años atrás él había amenazado con despedirse y exigido permisos sin sueldo. Naturalmente, la tuberculosis ya no toleraba tales exabruptos, y por primera vez en su vida Kafka se encontraba en una situación económica precaria, que le obligaba a hacer cálculos a largo plazo. Los honorarios del doctor Hermann ascendían a 2700 coronas sólo por el primer semestre de 1922, a lo que se añadían los gastos regulares de los rayos x y los medicamentos. Kafka podía contar con que en el mejor de los casos la enfermedad iba a engullir mucho más de la mitad de su pensión, y que en esas condiciones las estancias en sanatorios ya no iban a poder financiarse. Además, las reservas a las que hubiera podido recurrir estaban casi agotadas. Conforme a algunas notas que Kafka empleó para su declaración de renta de 1920, tenía una cartilla de ahorros que le reportaba alrededor de media nómina mensual en intereses anuales, algunas acciones de los ferrocarriles austríacos y checos que aún no habían dado rédito alguno, y bonos de guerra austrohúngaros que, naturalmente, no se pagaban en la República de Checoslovaquia, sino que (desde 1921) únicamente se canjeaban por bonos del Estado a largo plazo. Dado que aún tenía que pagar considerables deudas fiscales por la desdichada fábrica de asbesto, es probable que en el año 1922 esos valores ya estuvieran vendidos. Amenazaba con pasar lo que Kafka venía tratando de evitar desde hacía años: depender del patrimonio de los padres. Fue un escaso consuelo que, con la jubilación temporal, desde el primero de julio se autorizase también una regulación de sus percepciones relativamente favorable: 10 608 coronas al año, más 1920 de prima de mejora, en total el sesenta por ciento de sus ingresos. Kafka sabía que iba a tener que arreglárselas con eso, y probablemente para siempre.⁵

⁵ La petición de Kafka de que se tomara su sueldo como primer secre-

Se había vuelto más cerrado en los últimos meses, también menos amable, y quien más lo notaba era Robert Klopstock. El estudiante de Medicina, que seguía en el Alto Tatra, sólo conocía a Kafka como paciente del balneario, lejos de sus obligaciones cotidianas; la relación era cordial, Kafka confió en Klopstock y resultó ser—también con otros huéspedes—un interlocutor atento y un buen consejero. Su servicialidad era asombrosa; incluso meses antes de despedirse de Matliary, Kafka corría de despacho en despacho para conseguir algunas ventajas para Klopstock y hacer posible su traslado a Praga. Desde luego, ni de lejos escribía tan a menudo y tan por extenso como Klopstock, sediento de conversaciones, había esperado, y, sobre todo cuando se trataba de sus propias preocupaciones—también las de salud—, había que arrancarle literalmente cada detalle. Desde Spindelmühle, Kafka no envió más que una postal, y cuando a su regreso volvió a encontrar un exigente telegrama de Klopstock reaccionó con enfado y dejó que su madre lo contestara.

Klopstock no lo entendía, estaba decepcionado, y, para evitar el distanciamiento que amenazaba, empezó a cortejar más a Kafka, pero haciéndole reproches al mismo tiempo. En Matliary todo había sido distinto, se quejaba. En absoluto, le replicaba Kafka, ese «fantasma» idealizado que Klopstock hacía de él sólo existía en las cartas. «Reconocerá usted sin pena que no existe, sino que tan sólo es un ser humano difícilmente soportable, encerrado en sí mismo, encerrado con llaves ajenas, pero que tiene ojos para ver y que se

tario como base de cálculo fue aceptada por el instituto («con carácter excepcional», véase *Escritos oficiales*, pp. 837 y ss., materiales y anexos). En cambio, se rechazó el procedimiento, practicado a menudo, de incluir en el tiempo de servicios prestados aquellos meses o años que el funcionario jubilado hubiera necesitado para alcanzar «automáticamente» el siguiente escalón salarial; en el caso de Kafka, eso habría ocurrido el primero de enero de 1926. Las notas de Kafka para la declaración de renta de 1920 están reproducidas en Nekula [2006:358 y ss.].

alegrará mucho de cada paso adelante que dé usted y de su gran enfrentamiento con el mundo que afluye hacia usted».⁶ Klopstock no se conformó con tales generalidades, y cuando en abril de 1922 fue por fin a Praga para matricularse en la Universidad Alemana y proseguir sus interrumpidos estudios, vio confirmados sus temores: sin duda Kafka seguía siendo tan servicial como siempre, había puesto todo su empeño en allanar el traslado de Klopstock, le dio albergue de forma provisional e incluso le consiguió un pequeño puesto en el laboratorio del doctor Hermann... pero no quería verlo todos los días.⁷

También Klopstock tuvo que aprender ahora lo que Brod había interiorizado con esfuerzo a lo largo de dos décadas: una amistad con Kafka sólo era posible si se respetaba en todo momento e incondicionalmente su necesidad de estar solo, sobre todo cuando su retirada parecía del todo sorprendente e inmotivada. Aún pasaría algún tiempo antes de que el estudiante comprendiera que esta regla no valía sólo para él. Cuando Kafka, implacable, aplazó un encuentro con él para el día siguiente, Klopstock reaccionó como un amante desechado y le envió a su casa unas líneas tristes y sin duda acusadoras. Al parecer, opinaba que se le mantenía a distancia porque en Praga el escritor y primer secretario Kafka ya no le necesitaba y no le consideraba su «igual». Eso estaba tan lejos de la verdad que Kafka se sintió obligado a reaccionar por escrito: «La supuesta “desigualdad” consiste en que nosotros, ratas desesperadas que oyen los pasos de su amo, salimos corriendo en distintas direcciones, por ejemplo hacia las mujeres, usted hacia alguien, yo hacia la litera-

⁶ Carta a Robert Klopstock de finales de marzo de 1922.

⁷ En el expediente de la Universidad Alemana de Praga, en la que Klopstock se matriculó el 8 de mayo de 1922, figura como domicilio «provisional» la dirección de Kafka en el Altstädter Ring (véase el facsímil en Hackermüller 1990:83). Más tarde, Klopstock tomó habitaciones en la Bolzanogasse y en el Kleinseitner Ring.

tura, pero todo en vano, de eso ya nos encargamos nosotros al elegir el asilo, al elegir a las mujeres en concreto, etcétera. Ésa es la desigualdad».⁸

No sonaba especialmente amable. Pero con su conducta—y también con las alusiones de su carta—Klopstock había despertado una grave sospecha: ¿estaba en Praga exclusivamente a causa de Kafka? Había motivos para que no pudiera continuar sus estudios en Budapest, motivos de los que ya habían hablado por extenso en Matliary: el ambiente antisemita era allí insoportable, todas las universidades húngaras habían implantado ya—las primeras de Europa—restricciones al acceso de los judíos, y Klopstock temía incluso por su vida en caso de instalarse en Hungría sin pasaporte. Tampoco en la Universidad Alemana de Praga se estaba en modo alguno a salvo de agresiones antisemitas, como pronto habría de experimentar; en el verano y el otoño de 1922 hubo revueltas de estudiantes nacionalistas que se negaban a recoger sus diplomas de manos de un rector judío. Pero en Hungría habría sido impensable que un judío pudiera ser *elegido* rector y puesto bajo especial protección por el Gobierno.⁹ Finalmente, también era un significativo alivio para Klopstock que en Praga hubiera más de mil compañeros que hablaban su idioma, húngaros que con el movimiento de fronteras que siguió a la guerra se habían convertido en ciudadanos checoslovacos, y judíos húngaros a los que se negaba el derecho a estudiar en Budapest.

⁸ Carta a Robert Klopstock de abril de 1922.

⁹ Se trataba del historiador Samuel Steinherz (nacido en 1857), que en cualquier caso había sido elegido rector de la Karls-Universität por motivos formales (como profesor más antiguo). Los ataques de los nacionalistas continuaron durante el siguiente semestre; el 15 de noviembre ocuparon el edificio de la universidad y declararon una huelga. Steinherz ofreció su dimisión en febrero de 1923, lo que fue rechazado por el ministro de Educación y Cultura. En 1942, Steinherz fue asesinado en el campo de concentración de Theresienstadt.

Había muchas cosas a favor de Praga. Pero en Matliary nunca se había hablado de que estar cerca de Kafka pudiera ser un criterio decisivo, acaso el único, para la planificación vital de Klopstock. Eso era contrario a su acuerdo, dijo Kafka casi abruptamente. Para declarar a continuación que ya no podía asumir tal responsabilidad respecto de nadie. El miedo era demasiado grande:

[...] miedo a una unión en el presente—ni siquiera hablo del futuro—inseparable, explícita, declarada (acepto los acuerdos tácitos), dotada de todos los sacramentos de la indisolubilidad, plantada grandiosamente ante el cielo. Me es imposible, tanto con hombres como con mujeres. Qué tiene que ver un peregrino, un mendigo, con cosas tan grandes. Cada minuto plantea ocasiones ineludibles, de las que obtener muchísimo goce, para la más desvergonzada grandilocuencia, para qué buscar más. Y además, quizá no se trate de una renuncia tan grande como parece a veces; si se siente algo así como un camino en común, ésa unión es suficiente, el resto se lo dejo a las estrellas.¹⁰

Eran palabras claras, y aunque sin duda Klopstock no era hombre para «acuerdos tácitos», poco a poco se haría consciente de que tenía que respetar el límite marcado por Kafka, límite que también era permeable en determinadas condiciones. Esa línea había sido trazada, por así decirlo, bajo la mirada de los «fantasmas», de la «parte contraria», a la que Kafka no quería desafiar con la ostentosa aspiración a la felicidad. Pero en el recogimiento del instante, en la espontaneidad de la conversación había espacio suficiente para desafiar incluso al «cielo».

Sin duda para Klopstock fue una experiencia consoladora que el «camino en común» ofrecido por Kafka no fuera una fórmula vacía. Había intereses comunes, y el papel de Klopstock tampoco se limitaba en absoluto al del discípulo

¹⁰ Carta a Robert Klopstock de abril de 1922.

y admirador. Seguía cultivando contactos intelectuales en la capital húngara, conocía personalmente a algunos autores del entorno de la principal revista literaria, *Nyugat* ('Occidente'), y de ese modo Kafka también tuvo contacto con la modernidad que estaba despertando en la literatura húngara, sobre todo con la obra del importante poeta Endre Ady, al que leyó traducido al alemán: un regalo de Klopstock. Pero Klopstock no sólo era un hombre leído, también probaba a hacer traducciones del húngaro que Kafka revisaba y completaba con algunas propuestas de corrección. La comprensión lingüística de Klopstock tiene que haberle convencido muy pronto, porque ya en el otoño de 1922 le confió sus propias obras. Se había enterado de que en Kaschau, Hungría, se habían publicado dos traducciones no autorizadas de *La condena* y *La transformación*, y por eso pidió a Kurt Wolff Verlag (a la que esas publicaciones al parecer se le habían escapado) que reservara a Robert Klopstock los futuros derechos de traducción. Como la editorial no reaccionó, la petición fue repetida en la primavera de 1923, esta vez con éxito. Al parecer, en ese momento Klopstock planeaba no sólo publicaciones de los textos de Kafka en *Nyugat*, sino también—en llamativo paralelismo con Milena Pollak—una selección de piezas en forma de libro. Nunca llegó a hacerse. Pero que Klopstock se tomaba en serio este proyecto y había empezado ya con el trabajo lo atestiguan sus traducciones publicadas posteriormente en la *Prágai Magyar Hirlap* ('Revista húngara de Praga'): allí aparecieron en 1925 «En la galería», «Mirando distraídamente fuera», «Los árboles» y «Un fratricidio»."

Sin embargo, todo esto no era suficiente para Klopstock, porque por el momento no cabía hablar de una amistad literaria como por ejemplo la que disfrutaba Max Brod, una

" Más detalles sobre Klopstock y la relación de Kafka con la literatura húngara en el ensayo biográfico de Christopher Frey y Leo A. Lensing recogido en Wetscherek [2003:283 y ss., y 275-277].

amistad en la que cada uno tenía acceso al trabajo del otro. Probablemente Kafka aludiera a veces a que, después de años de silencio, volvía a ponerse a prueba como escritor, pero esas confesiones sólo las hacía para disculpar su propia ausencia: la escritura, explicaba, era ahora para él «lo más importante del mundo, como su locura para un loco... o su embarazo para una mujer».¹² No daba acceso a Klopstock a su taller, y nada apunta a que nunca le leyera pasajes de su nueva novela. Eso seguía siendo privilegio de los viejos amigos, sobre todo de Brod, que incluso podía llevarse a casa un cuaderno de *El castillo* y pedirle a Kafka, a su antigua manera, que continuara. El mismo Brod tiene que haberse quedado perplejo al constatar que Kafka, constantemente sometido a fiebre, no sólo trabajaba con intensidad en la que era hasta ahora su mayor obra—dieciséis capítulos en sólo cuatro meses—, sino que además encontraba tiempo para otras actividades.

En uno de esos pequeños cuadernos de anotaciones que Kafka se había llevado todos los días al Hradschin durante la guerra para llenarlos en la diminuta casita de Ottla, en uno de esos cuadernos se encuentra un largo fragmento que parece surgir de un exótico mundo literario. Su título, puesto por Kafka, es «Durante la construcción de la muralla china»: un texto que se mueve entre el relato, la leyenda, la reflexión política y los recuerdos ficticios, sin que quede completamente claro adónde quiere ir a parar el narrador en primera persona. Al parecer, lo que más le importa es la función del emperador, que como símbolo omnipresente mantiene la cohesión del gigantesco pueblo de los chinos, desde luego sin directo entendimiento entre los que ocupan los niveles más altos y más bajos de una jerarquía que ni siquiera funciona

¹² Carta a Robert Klopstock de abril de 1922.

cuando, excepcionalmente, es querido «desde arriba». Empotrada en el texto hay una parábola que ilustra esa idea, y que Kafka publicó más tarde por separado con el título «Un mensaje imperial»: otra variación de su metáfora más importante, esa jerarquía de instancias que se desliza como impenetrable obstáculo entre las personas y su destino. Kafka se detiene aquí en su camino de *El proceso* a *El castillo*, sólo ahora parece entender que esa metáfora tiene un reverso oscuro: la puerta está cerrada para nosotros no sólo porque el guardián se niega a abrirla; se mantiene cerrada porque—lo que es peor—tampoco hay llave *por el otro lado*.

En cambio, «Durante la construcción de la muralla china» empieza con un rodeo literario; al principio no se habla del emperador, sino de la gran muralla, cuya construcción se extiende durante generaciones y cuya supratemporalidad exige al parecer una técnica especial: no se construye de una pieza, sino en segmentos individuales, muy separados entre sí, de tan sólo unos centenares de metros. Entre ellos hay lagunas que se van cerrando poco a poco, pero cuyo número y extensión resulta desconocido para los trabajadores e incluso para los directores de las obras locales. De ahí que nadie que no forme parte de la «dirección» suprema pueda decir con certeza cuánto ha progresado la obra, ni siquiera está claro si una vez terminados los trabajos la muralla realmente carecerá de huecos. En su concepción, nunca está terminada, sigue siendo un fragmento hecho de fragmentos.

Pensamos aquí involuntariamente en el proceso de creación de Kafka y en los innumerables fragmentos y esquirlas de los que llena sus cuadernos. ¿No surgió *El proceso* precisamente de ese modo? Kafka escribió el primer capítulo, luego el último. Luego, intentó cerrar las «lagunas», pero no de manera lineal, como en la construcción de un puente, sino con capítulos apenas unidos entre sí, entre los que a su vez parece ocurrir algo que el autor pasa por alto y quizá contará más adelante. Más aún, Kafka detiene una y otra vez la

construcción de *El proceso* para trabajar en otras obras que, aunque diferentes, conservan alguna relación con la novela; surgen de este modo, como construcciones secundarias, *En la colonia penitenciaria*, «El maestro de pueblo» y «El ferrocarril de Kalda». Y si se retrocede un paso más, se distinguen los contornos de una obra vital que se apunta en fragmentos y más aún en lagunas, una superestructura a la que se ha llamado «el mundo de Kafka» o «el universo de Kafka».

Ese mundo de ideas se presenta, de manera a veces angustiosa, cerrado y autorreferencial. Tiene la estructura de un mito: de ahí la singular experiencia de los lectores de que allí se tiene acceso o no, y que no es posible forzar ese acceso sólo con interpretaciones. Por otra parte, ese mundo imaginario también es múltiple y extenso: Kafka tenía forzosamente que fracasar en el intento de conjurarlo en una sola obra, aunque hay indicios de que acarició hasta el final esa utopía. El problema es de carácter artesanal: todo texto que cuenta algo es sustentado por una trama de personajes y lugares, y ese cimiento sólo soporta peso hasta ciertos límites, sin que se pueda ampliar a voluntad, menos aún a posteriori. Ninguna obra concreta lo sostiene *todo*. Así, por ejemplo, Kafka habría estropeado la misteriosa estructura de parábola o símil de *El castillo* si hubiera presentado expresamente a su protagonista como judío o escritor, por mucho que, tras la encarnizada lucha por el pueblo y el castillo, se reconociera esa doble experiencia de exclusión: el aislamiento del judío occidental, separado de su propia tradición, y al que se niega incluso el derecho de hospitalidad («no necesitamos huéspedes»), y el voluntario alejamiento del escritor, que abandona su vida habitual y aspira a algo «superior» a cualquier precio, en caso necesario a costa de familia, amigos, amantes. Pero como a Kafka le apremiaban precisamente esos dos temas—sobre todo después de que el final de su carrera profesional, y por tanto en cierto modo también burguesa, fuera cosa hecha—, se le ocurrió una solución que ya había puesto

a prueba con éxito en varias ocasiones: abrió, junto a la novela, otras obras, nuevos segmentos de la gran muralla, que sin duda no estaban unidos entre sí, pero que se encontraban todos ellos *en la misma línea*.

«Primer sufrimiento» es el título de una miniatura narrativa por la que Kafka interrumpió ya en marzo el trabajo en la novela: el retrato de un artista infantil, dependiente de su empresario, para el que el arte sustituye por completo la vida: evita pisar tierra firme, vive contento en su trapecio, y el primer y único sufrimiento que su oficio le depara deriva del deseo, que le surge de pronto, de trabajar con *dos* trapecios. Kafka envió una copia manuscrita del relato a Hans Mardersteig, el redactor de la revista de literatura y arte para bibliófilos *Genius*, que publicaba semestralmente la editorial Kurt Wolff.¹³ Mardersteig le había pedido ya en varias ocasiones, de manera cordial e insistente, una contribución, incluso se había declarado dispuesto a reproducir un fragmento, no importaba de qué extensión, lo que naturalmente Kafka no podía aceptar. En esta ocasión, resultó embarazoso que la oferta de Kafka, destinada al que iba a ser el último número de la revista, que no se iba a seguir publicando, no fuera respondida por Mardersteig sino por Wolff, al que Kafka debía respuesta desde hacía meses. No sabemos si acertó a sobreponerse lo bastante como para dar las gracias al editor con unas pocas frases rutinarias, pero la perspectiva de verse nueva y regularmente apremiado a causa de su pequeña

¹³ Hans Mardersteig era desde principios de 1917 director de producción de Kurt Wolff, y en esta función también había sido el responsable de la configuración técnica y tipográfica de los relatos de *Un médico rural*. La revista *Genius*, que bajo la influencia de Mardersteig dedicaba mucho más espacio a las artes plásticas que a la literatura, se publicó entre 1919 y principios de 1923 (llevaba por subtítulo «Revista de arte futuro y pasado», y su segundo redactor era Carl Georg Heise). Tenía una tirada inicial de cuatro mil ejemplares, y el volumen de los diferentes ejemplares era de entre 145 y 185 páginas.

aportación a *Genius* disgustaba en extremo a Kafka. Le alegraría, escribió a Brod, «poder sacar la repugnante pequeña historia de la gaveta de Wolff y borrarla de su memoria, no soporto su carta».¹⁴

No volvería a ocurrirle. La hostilidad a la vida del arte representada en el ejemplo del artista; para eso tenía entretanto una versión mucho mejor, más consecuente y radical que ofrecer: la narración «Un artista del hambre». Esta joya, para la que había vuelto a interrumpir uno o dos días el trabajo en la novela, le parecía «tolerable» incluso a Kafka, y ésa ya era la mejor nota que había puesto a uno de sus propios textos. Aun así, al principio Kurt Wolff no tuvo noticia de ella... en vez de eso, el relato fue a parar, a través de Max Brod, a un competidor, Rudolf Kayser, desde principios de año redactor responsable de *Neue Rundschau*.

El órgano de la editorial S. Fischer había recobrado claramente su renombre después del delirio nacionalista de 1914-1915, y mientras las numerosas revistas más jóvenes, que habían apostado demasiado fuerte por el expresionismo, iban desapareciendo poco a poco—entre ellas también *Weisse Blätter*, de Schickele—, la *Neue Rundschau* se consolidó como escenario de la inteligencia republicana de corte europeísta. Una vez que Brod ya había presentado a Kafka en un gran ensayo, la oportunidad de ser publicado allí era para éste una tentación mayor que nunca... mayor en todo caso que la expectativa de volver a recibir largas por parte de Kurt Wolff, que se había incautado enseguida del manuscrito, con dificultades técnicas de la producción. Kafka era consciente, sin duda, de que publicar en Berlín, después de todas las cartas de cortejo que había recibido de su editor, era casi una afrenta. Aun así, «Un artista del hambre» apareció en octubre de 1922 en la *Neue Rundschau*, y la pieza en prosa «Primer sufrimiento», mucho menos importante, a principios de 1923, en *Ge-*

¹⁴ Carta a Max Brod del 26 de junio de 1922.

nus. Desde el punto de vista de Wolff, una mala señal. Porque ¿acaso Kafka no le había asegurado una y otra vez que no tenía nada que ofrecer a la editorial? Y ahora que al parecer regresaba por fin a su auténtica profesión, los frutos los cosechaban en otra parte. Algunos años antes Wolff no habría dudado en proponer una publicación separada de ambos textos, en un fino volumen con tipos grandes. Pero esta vez calló.

Era un paisaje como los que Kafka amaba ahora. Un amplio valle, un río tranquilo de orillas arboladas y playas que invitaban a bañarse, con vegas, laderas que ascendían con suavidad y silenciosos bosques alrededor. Un paisaje sencillo, que no estaba a la sombra de una cumbre imponente, sino a cielo abierto. El pueblecito de Planá, en el sur de Bohemia, a sólo cien kilómetros de Praga, el amado lugar de veraneo junto al Luschnitz.

Ottla y Josef David habían alquilado allí una modesta vivienda en casa de un artesano, dos habitaciones en el primer piso; la una cálida y luminosa, con dos ventanas y una hermosa vista del río y el bosque; la otra, una pequeña e inclinada buhardilla con vistas al jardín, además de una gran cocina. Ottla y Věra, que entonces tenía quince meses, iban a pasar allí el verano; su marido iría los fines de semana, y a pasar sus cortas vacaciones. Un lugar idílico y de irresistible atractivo para Kafka, pues le despertaba recuerdos de Zürau, su época más feliz; nunca antes se había sentido tan cuidado como entonces. Ahora que Ottla se había liberado del pesado trabajo del campo y de la lucha diaria por conseguir sustento, quizá pudiera ocuparse, además de su hija, un poco de su hermano; se llevaba a Planá a una chica de servicio, así que las cosas podían ser todavía mejores que entonces, en la granja. Los David estuvieron de acuerdo, de todos modos la buhardilla no siempre se utilizaba, y si se compartía el gas-to del alquiler con Franz todos salían ganando.

Aun así, era una decisión que exigía de Ottla un poco de valor y—como ella sabía por experiencia—sacrificio. Podía ser muy divertido vivir puerta con puerta con Franz—en Praga sólo había un piso entre ellos—, pero otra cosa era tener que hacer de enfermera, vigilar su alimentación y además soportar sus suspicacias, que la fiebre y el insomnio habían aumentado considerablemente desde Zürau. Pero, de otro modo, ¿qué iba a ser de él, adónde iba a dirigirse para conseguir un poco de aire y luz para su cuerpo enfermo durante el verano? Ya no podía permitirse una larga cura como la de Meran, y pasar la época más hermosa del año solo en el Altstädter Ring (sus padres estaban en Franzensbad; Elli, en el Mar Báltico; Weltsch, en Schelesen; Klopstock, terminado el semestre, otra vez en el Alto Tatra) habría ido en contra del consejo del médico y habría sido además muy deprimente. Así fue como ya el 23 de junio, una semana antes de su jubilación oficial, Kafka tomó el tren rápido en dirección al sur. Era un tren que terminaba en Viena, un destino que ahora estaba muy lejos de su horizonte. Después de hora y media de viaje se bajó en Tábor, luego fue en otro tren unos kilómetros hasta Planá, y luego unos pocos pasos hasta su alojamiento, Pŕičná ulice número 145. Los raíles que llevaban a Viena pasaban cerca, pero los trenes de larga distancia no paraban allí; pasaron de largo durante tres meses a poca distancia de Kafka, que nunca supo cuántas veces viajaba Milena en uno ellos.

Planá era «extraordinariamente hermoso», le dijo a Klopstock. Pero ¿se podía decir tal cosa? ¿No despertaba eso a la *parte contraria*, no atraía a los fantasmas? Ciertamente, ya se mostraban, al parecer habían venido de Praga en el tren botijo, y al segundo día esgrimieron sus armas. Era el arsenal conocido, Kafka lo conocía de sobra de Zürau, Matliary y Spindelmühle, pero entretanto los fantasmas se habían rearmado, y pronto se vio expuesto a sus refinados ataques, implacables y simultáneos desde todos los flancos: un chico que practica

con un cuerno de caza; una familia de varios miembros que remueve el heno al pie de su ventana; bajo la otra ventana, constante cortar leña; a unos cientos de metros, una serrería con una sierra eléctrica; el martilleo y arrastrar de cadenas de la estación, donde a las tres y media de la madrugada cargan los troncos de árbol que han venido por el río; una noria que a veces es empujada «por razonables caballos», pero a veces también por necios bueyes, con incesantes «arre, y so, y *sakramentská pakáz*».¹⁵ Y lo más refinado: grupos enteros de niños, en parte de la vecindad, en parte emparentados con la arrendataria, que ya a las ocho de la mañana aparecían en el jardín delantero de la casa y armaban estrépito con un carro con adrales. ¿Qué se les podía reprochar a los pequeños? No tenían otro sitio donde jugar, y el ruido que armaban era expresión de la más inocente alegría de vivir. «¡Mařenka! ¿No vas a buscar setas hoy?», grita Kafka desesperado en cuanto ve al cabecilla, de trece años.¹⁶

Sin duda se preguntaría más de una vez si la gran vivienda de Praga, completamente silenciosa en verano, no habría sido la mejor solución. Pero, a su vez, no quería hacerle eso a Otla, que hacía lo humanamente posible. A veces bajaba con la pequeña Veruška en brazos y sobornaba a los niños con caramelos para que se fueran un rato. Pero Kafka se avergonzaba, sobre todo cuando observaba al vecino, un molinero que trabajaba por turnos y que necesitaba su siesta mucho más que él, y al que por eso no le quedaba más remedio que enviar de vez en cuando a sus siete pequeños a la pequeña pradera cercada que había delante de la ventana de Kafka. Y se avergonzaba aún más cuando Josef David, que

¹⁵ «¡Maldita bestia!». Véase la postal a Robert Klopstock del 25 de junio de 1922 y la carta a Max Brod del 12 de julio de 1922.

¹⁶ Éste y otros detalles del entorno de Kafka en Planá se deben a las investigaciones de Josef Čermák: «Pobyt Franze Kafky v Plané nad Lužnicí (Léto 1922)», *Světová literatura*, 34 (1989). vol. 1, pp. 219-237.

habría dormido mucho mejor en la habitación grande, era atendido por Ottla en la fría buhardilla. Allí se apiñaban los tres los fines de semana, mientras el escritor se adueñaba de casi todo el resto de la vivienda. Y encima tenían que ser sigilosos, porque él dormía tan poco... Y cuando no dormía se sentaba tosiendo delante de sus cuadernos, con tapones de cera en los oídos.

Claro que también había horas de paz. Casi todas las tardes, cuando se acercaba el crepúsculo, Kafka emprendía un largo paseo, acompañado por el perro de manchas negras de la dueña de la casa. Cruzaba el río, y al otro lado, en el bosque, había un barrio de nuevas y confortables villas que era posible alquilar durante el verano; allí había vivido el presidente de la República hacía dos años, lejos del aserradero y de las rampas de carga de la estación; también el primer ministro Beneš iba de vez en cuando con algún político de Praga, e incluso era posible encontrarse a actores, cantantes y directores del Teatro Nacional. Kafka se iba al bosque por entre las villas, la calma vespertina entre los árboles le parecía lo mejor que el mundo le podía ofrecer, y al borde del bosque había un banco con una vista espléndida; o caminaba unos kilómetros río abajo, observaba a los campesinos que volvían del campo, contemplaba el molino de Soukeník, cerca de la antigua fortaleza de Sedlec, y si se daba la vuelta tenía Tábor al alcance de la vista. Qué hermoso sería vivir a *este* lado del Luschnitz, en una de esas cuidadas fincas... Una idea con la que Kafka volvió a desafiar a los fantasmas. Y es que un día—fue espantoso—oyó un «ruido infernal» al borde del bosque: eran doscientos niños de Praga que acampaban en un campamento cercano, «un flagelo de la humanidad».¹⁷

Exageraba, y lo sabía; las cosas no siempre estaban tan mal, y a los amigos les ocultaba que algunos días incluso él mismo hacía ruido y cortaba leña para las noches frías. Pero ¿de qué

¹⁷ Carta a Max Brod del 12 de julio de 1922.

otro modo iba a hacerles entender aquel estado de hiperexcitación, más próximo a la locura que todo lo que ellos conocían por experiencia propia? También Brod se torturaba, también él conocía ahora el insomnio y el suplicio de los pensamientos nocturnos, que alentaban en él fantasías criminales movidas por los celos. Felix Weltsch se veía a veces atormentado por su esposa hasta el límite de lo soportable. Y Klopstock sufría sentimientos de inferioridad que lo llevaban hasta la depresión. Pero las dolencias de esas personas derivaban de que vivían y amaban, y sus pérdidas no eran otra cosa que la consecuencia de riesgos que habían asumido voluntariamente, riesgos de la vida y del amor. En cambio, la existencia de Kafka señalaba cada vez más hacia la *evitación*, y el silencio de muerte que anhelaba era su símbolo. Evitación del movimiento, del cambio, como un herido que, por miedo al dolor, conserva la posición en que se encuentra por incómoda que sea.

Había perdido la lucha por Milena; pero entonces, hacía dos años, había luchado por su objetivo hasta el límite de sus fuerzas, y había sido hasta el final dueño de sus decisiones. Eso lo admitían incluso sus amigos, aunque considerasen demasiado temprana su resignación. Pero ¿por qué luchaba ahora? Oskar Baum le había propuesto ir a Georgenthal, en Turingia, y pasar allí algunas semanas del verano con él y su familia; se había ocupado de buscar un alojamiento adecuado e incluso había mandado reservar una habitación tranquila con balcón y tumbona para Kafka. Pero en el último momento, después de otra noche insomne, Kafka rechazó su amable invitación: tenía demasiado miedo al viaje, no podía decidirse a un cambio en la vida a la que se había acostumbrado en Planá. «Con ello se decidirá que no debo salir de Bohemia, en el futuro quedará limitado a Praga, luego a mi habitación, luego a mi cama, luego a una determinada posición, luego a nada», escribió a Brod.¹⁸

¹⁸ Carta a Max Brod del 5 de julio de 1922.

Dos meses después, el tiempo empieza a ponerse otoñal. Kafka habla de pasada con la señora Hnilička, la dueña de la casa, que hasta ese momento no se ha mostrado especialmente amable. Se encuentra muy a gusto en Planá, dice Kafka, lo que más le gustaría es quedarse un tiempo más, incluso el invierno entero. Pero cuando Ottla ya no esté él tendría que alojarse en la fonda, y eso no es lo más apetecible. Sin duda teme usted quedarse aquí completamente solo, observa la señora Hnilička. En absoluto, no es eso, replica sonriente Kafka. Entonces, dice la dueña, *yo podría cocinar para usted*, y puede usted quedarse todo el tiempo que quiera, ¿qué le parece? Kafka no da crédito a sus oídos, perplejo, feliz, y sin pensarlo un momento dice que sí y le da mil veces las gracias. No puede pasarle nada mejor; no será caro, no tendrá que comer carne, el entorno le es conocido y agradable, el ruido de los niños disminuirá en invierno, y cuando por el congelado Luschnitz ya no bajen balsas con troncos de árbol el aserradero también tendrá que guardar silencio. Se vuelve y se va a casa. Mientras aún está subiendo por la escalera de caracol, es presa del pánico y la taquicardia. Sabe que no podrá volver a dormir antes de haber cancelado esta espontánea decisión. Pero ¿cómo? Kafka se siente aliviado cuando Ottla descarta la idea por motivos médicos: el aire es demasiado áspero, el valle en invierno es a menudo neblinoso. A la mañana siguiente arregla el asunto con la arrendadora, unas pocas frases bastan, mientras Kafka se queda plantado mirando, «como Gulliver mientras conversan las mujeres gigantes».¹⁹

Tales estados no eran del todo nuevos para Kafka, ya había padecido antes estados de excitación que casi le habían hecho perder el control psíquico. Lo nuevo era que esos «hundimientos», como él los llamaba, fueran ahora desencadenados por motivos comparativamente nimios, y durasen días. Siempre eran trastornos y amenazas difusas a las que él reac-

¹⁹ Véase la carta a Max Brod del 11 de septiembre de 1922.

cionaba con pánico, en tanto que sobrellevaba con normalidad otras obligaciones concretas, por desagradables que fueran, siempre que no le exigieran decisiones. Así, por ejemplo, cuando a mediados de julio un telegrama de la madre le pedía que regresara urgentemente: su padre había sufrido una hernia en Franzensbad que le estrangulaba peligrosamente el intestino, había sido trasladado a Praga y tenía que ser operado esa misma tarde. Kafka pasó varias horas junto al lecho del enfermo y fue capaz de aceptar sin queja la interrupción de sus vacaciones de verano (y por tanto también de la novela), y de observar con serenidad los acontecimientos en su familia, sobre todo el interesante fenómeno de un padre desvalido.

Max Brod, al que mantenía al corriente en extensas cartas, atribuía las dolencias de Kafka a la represión voluntaria de los deseos eróticos. «Eludes a las mujeres, tratas de vivir enteramente sin ellas. Y eso no es posible», le escribía. Kafka podía aceptar que las eludía, y también que sentía deseo sexual. Pero al parecer Brod creía que Kafka renunciaba al deseo y lo reprimía única y exclusivamente por inclinación hacia los ejercicios ascéticos, por razones relacionadas con su propia visión del mundo, por así decirlo. Kafka tenía que abandonar esa postura defensiva, conocer gente nueva, hacer un viaje por Alemania, visitar a su editor, ver lo que era un estreno teatral en Berlín, quizá incluso aceptar una tarea periodística concreta. Hermosas ilusiones, que presuponían que Kafka tenía elección y que sólo era cuestión de sobreponerse. Pero su irritabilidad era ahora más bien la de una herida abierta. Incluso las mujeres vestidas con ropa ligera de verano en la gran ciudad—una visión que en verdad no era nueva para él—le parecían de pronto «semidesnudas», le causaban nueva excitación, casi dolorosa, y le obligaban a acelerar su regreso al campo.²⁰

²⁰ Carta de Max Brod a Kafka, 14 de septiembre de 1922; carta a Max Brod del 13 de agosto de 1922.

Probablemente era el propio Brod el que, por razones comprensibles, sufría más las consecuencias de su propia represión sexual: cuanto más se involucraba él mismo en sus sufrimientos eróticos, tanto más suponía que también a su amigo le preocupaba sobre todo—especialmente desde el episodio de Milena—evitar el dolor emocional. Pero ahora Kafka tenía a la vista una amenaza de una dimensión totalmente distinta. Era la clarividencia, no la represión, lo que causaba su susceptibilidad exacerbada hasta el punto de lo patológico, su insomnio y su creciente temor a estar solo. Era la clarividencia y el miedo ante la catástrofe que se aproximaba. No sabemos si pudo hablar de eso abiertamente en Planá, pero es seguro que Ottla sabía intuitivamente lo que estaba en juego, por muy aparentemente desinteresado en los consejos médicos que se mostrara su hermano. Ella le atendía con la conciencia de que quizá ya no habría muchas oportunidades de hacerlo. Y cuando observó que su inminente partida a principios de septiembre lo sumía casi en la desesperación, se declaró dispuesta a quedarse unas semanas más.

Si duda fue también *El castillo*, y sobre todo la intensidad con la que Kafka impulsaba ese proyecto desde hacía ya un semestre, lo que despistó a Brod, velándole la gravedad de la situación. ¿Cómo era posible desesperarse cuando se tenía entre manos un libro así? Además de los nuevos contactos con Berlín, estaba la inminente publicación de «Un artista del hambre», que quizá abriera otras posibilidades. ¿No parecía, de hecho, como si la conciencia de Kafka como autor hubiera aumentado? Al principio casi se avergonzaba de enseñar un capítulo de la novela, la consideraba aburrida y agotadora, pero Brod le había llevado la contraria de forma vehemente: era «un libro muy entretenido y colorido», escribió, subrayando dos veces la palabra *colorido*. Y Kafka siguió trabajando; los capítulos posteriores, redactados en Planá, le parecieron mejores a él mismo. No, a Brod le parecía del todo inverosímil que precisamente ahora, en mitad de seme-

jante impulso creativo y totalmente liberado de obligaciones profesionales, Kafka se dejara obstaculizar por cualesquiera hipersensibilidades. Incluso cuando Kafka le comunicó el 11 de septiembre que llevaba más de dos semanas sin avanzar en la novela y que «había tenido que abandonarla, al parecer para siempre», Brod no estuvo dispuesto a aceptar la mala noticia. Sólo podía tomarla «por una embustera noticia sensacional», respondió, bromista: lo que Kafka tenía que hacer era tenerlo más al día de sus cosas, «es decir, de cómo sigue el trabajo».²¹

Al hojear las últimas páginas del manuscrito de *El castillo* (se encuentran en el «cuaderno Castillo VI», que no fue publicado íntegro hasta 1982), uno se topa con los signos imposibles de ignorar de un esfuerzo artesanal. La trama empieza a desflecarse, distintos arranques y variantes compiten entre sí, los tachones se hacen cada vez más largos y complejos, y es evidente que Kafka trabajaba contra una fuerte resistencia, como si empujara montaña arriba una masa que crece sin cesar. En algún momento, un día de finales de agosto, se acabó, y no supo cómo seguir.

¿Qué había ocurrido? ¿Se debió a un nuevo «hundimiento» depresivo, como aquel al que aludía ante Brod, o fue la visita a sus padres en Praga, que le distrajo demasiado tiempo y dañó de forma irreparable el tejido literario? No se debió, en cualquier caso, a falta de claridad sobre la dirección y el final del relato, puesto que nos ha llegado que Kafka te-

²¹ Carta a Max Brod del 11 de septiembre de 1922; de Max Brod a Kafka, 24 de julio de 1922 y 14 de septiembre de 1922. En su carta a Hans Mardersteig de principios de mayo de 1922, Kafka había devaluado aún más la novela: era «un artefacto miserable, aburrida labor de punto, un montaje mecánico y mezquino». Sin embargo, en su carta a Max Brod del 11 de septiembre aceptaba que «lo que he escrito en Planá no es tan malo como lo que tú conoces».

nía a la vista hacía mucho el desenlace al que se encaminaba. Probablemente—como en *El proceso*—habría podido llevar al papel el capítulo final mucho antes de terminar la novela, porque estaba decidido acerca del protagonista de su novela:

el supuesto agrimensor obtiene al menos una satisfacción parcial. no cesa en su lucha, pero muere de agotamiento. En torno a su lecho de muerte se congrega la comunidad, y del castillo llega la decisión de que sin duda K. no tiene derecho a vivir en el pueblo, pero, en consideración a ciertas circunstancias accesorias, se le permite vivir y trabajar en él.

Una derrota, sin duda, pero en absoluto incondicional: así esbozó Max Brod el final planeado por Kafka, antes de publicar la novela misma exhumada de su legado.²² Es un final convincente, y característico de la manera de pensar de Kafka: el castillo no *puede*, al parecer, otorgar la anhelada autorización mientras ésta aún tenga alguna utilidad para el solicitante, al igual que el guardián de la puerta de la Ley no puede dejar libre el paso mientras el hombre que quiere entrar aún tenga fuerzas para hacerlo. Ahora bien, este eco manifiesto de un motivo pensado desde mucho tiempo atrás ya no le sirve a Kafka ahora, porque—en contra de su primera impresión, y probablemente incluso en contra de sus planes originarios—con *El castillo* se había entregado a problemas de técnica narrativa que superaban las exigencias de *El proceso*. El principio de construcción, largamente probado, de la muralla china—el sistema de construcciones parciales—no funcionaba aquí, y menos aún el principio lineal del drama escalonado, en el que el autor puede elaborar las etapas previstas casi en el orden que desee. Sin duda, también *El castillo* habla casi exclusivamente de encuentros. Pero mientras

²² Max Brod, prepublicación de su epílogo a la primera edición de *El castillo*, *Berliner Tageblatt*, primero de diciembre de 1926.

que los interlocutores del acusado Josef K. y todos los demás personajes secundarios de *El proceso* surgen como de una niebla y vuelven a desaparecer en ella, en *El castillo* Kafka despliega toda una red de relaciones sociales, que cada vez incluye más personajes y por fin abarca incluso a la burocracia del castillo, entre la que destacan algunos funcionarios inconfundibles. Todos esos personajes tienen su propia historia, establecen alianzas y cultivan enemistades, se desprecian o se aman, y dado que esos episodios secundarios influyen en el destino del agrimensor, Kafka se ve obligado a llevarlos hasta el final y enlazarlos de forma plausible.

¿Qué ocurre, por ejemplo, con la familia de Barnabas, cuya historia acapara al lector a lo largo de varios capítulos? ¿Cómo se desarrolla la relación entre Frieda y el antiguo «ayudante» Jeremías? ¿Qué será de la ambiciosa camarera Pepi, que después del regreso de Frieda al Herrenhof tiene que volver a su puesto subordinado? A lo que hay que sumar las numerosas relaciones del propio agrimensor, que en parte se mantienen vagas, pero se manifiestan cada vez más en acuerdos concretos. Es probable que Kafka planeara aún un encuentro entre K. y la misteriosa Amalia. Asimismo, K. está citado con una «muchacha del castillo», la madre del niño Hans. La posadera del Herrenhof quiere algo de él: otro enigma cuya resolución esperamos. K. se deja convencer por Pepi para pasar el invierno en el sótano del Herrenhof, en una estancia diminuta y ocupando las camas de tres muchachas, y finalmente aún entra en juego la familia del campesino Gerstäcker, que sorprendentemente ofrece un humilde puesto de trabajo a K. Con lo que pequeño que es este mundo, uno desearía que el cansado agrimensor tuviera una agenda, porque al final pierde el control, y el autor con él, al parecer. Le pasa como a un malabarista que ha aprendido a tener en el aire y en movimiento un determinado número de objetos, y al que todo se le viene al suelo si se le añade siquiera uno más.

Para Kafka, tiene que haber sido una experiencia deprimente, incluso desesperante, fracasar también en su tercer y—como él sabía—último proyecto de novela, después de más de un semestre de intenso trabajo. Una década antes, después de interrumpir *El desaparecido*, todavía se había hecho ilusiones durante algún tiempo de que recobraría la fuerza imaginativa para terminar la novela, y también entonces se había hecho una idea muy concreta y gráfica del final de la historia. Kafka quizá habría podido reanudar *El proceso* mientras se prolongaba la lucha en torno al matrimonio con Felice Bauer y por tanto la constelación biográfica de la que había nacido la novela no cambiaba de forma radical. Pero en *El castillo* había fracasado como escritor: se había planteado una tarea que le superaba desde el punto de vista de la técnica narrativa, y no había logrado poner en consonancia el proceso creativo y la plenitud de la imaginación con las necesidades de la escritura literaria.

Las cartas y documentos que nos han llegado de Planá muestran, en todo caso, que Kafka no levantó acta de la derrota con quejas, como había sido su costumbre hasta ese momento, sino que enseguida la convirtió en objeto de intensa reflexión, y trató de integrarla en su imagen de sí mismo. Todavía a principios de año se había definido como un emigrante que da la espalda a la vida para adentrarse en un desconocido desierto extraterrestre, y en esas palabras vibraba el orgullo de quien se atreve a algo de lo que otros se tienen que privar, que domina en solitario un reino entero que otros ni siquiera podrían pisar. Que esa imagen mítica y privada—debida al renacido gusto por la escritura literaria—no se mantendría, era algo que se notaba ya en los textos menores de Kafka. El artista del trapecio que vive y trabaja por encima de las cabezas de sus espectadores, en «Primer sufrimiento», es todo lo contrario a una figura admirable, por mucho que al principio se resalte que su arte es uno de los más difíciles, que es «un artista extraordinario, insustituible», y que por

eso tiene que subordinar todas las necesidades de la vida a un ideal de perfección. Incluso si ese hombre triste sintiera su estrecho trapezio como su verdadera patria, no es ése un reino de libertad.

¿Y el artista del hambre? También él es un hombre del pueblo errante, una existencia desarraigada. Kafka juega aquí con un concepto cambiante de «arte» que—aplicado al mundo del circo y las variedades—ha sido discutible desde siempre. La especialización física del artista tiene algo de absurdo y de suicida (aunque sobreviva a sus representaciones), y precisamente por eso invoca a cada ocasión el aura de la existencia artística. En cambio el público sabe distinguir muy bien: un escritor, pintor o músico de segunda fila es, en general, más conocido y goza de una reputación superior que un artista de primera clase... por no hablar de los tragafuegos, lanzadores de cuchillos, forzudos... no digamos los «artistas del hambre», cuyo arte consiste en una simple privación y por eso desafía a la estafa. Kafka, que estaba muy bien informado de las condiciones de trabajo de esos artistas,²³

²³ Los detalles realistas en «Primer sufrimiento» y «Un artista del hambre» proceden al parecer de la lectura de revistas del ramo. Kafka conocía la publicación especializada *El Artista. Órgano central del circo, variedades, orquestas ambulantes y compañías teatrales*, y en 1917 se hacía enviar a Zürau la menos importante *Proscenium*. Tan sólo el hecho de que el artista del hambre sea expuesto en una jaula es una invención de Kafka, destinada al parecer a permitir al final del relato la entrada en escena de la pantera. Inmediatamente antes de «Un artista del hambre», en el cuaderno manuscrito de Kafka se encuentra el principio de otro relato ambientado en el circo. En él se trata de un número que lleva el nombre de «la cabalgata de los sueños» y cuyo inventor ha muerto hace mucho de «tuberculosis» (OC III, 789 y ss.). El tema ocupó a Kafka en sus últimos meses. Aunque hacía mucho que se había publicado «Un artista del hambre», en la primavera de 1924 anotó una escena en la que el artista del hambre recibe la visita de un antiguo compañero de juegos y actual antípoda, un «antropófago» (OC III, 946-947). Para otros detalles, véanse el artículo de Walter Bauer-Wabnegg «Monstruos y máquinas: artistas y técnica en la obra de Franz Kafka», y de Gerhard Naumann «Artista del hambre y devorador

describe aquí una profesión discutida incluso entre los artistas del circo, que no se ejercía en medio del brillo de las pistas, sino en la penumbra de las atracciones secundarias: una habilidad que ya a finales del siglo XIX se consideraba tan dañina y superflua que los empresarios tenían que pretextar fines científicos, y que después de las hambrunas de la guerra y la posguerra tenía algo de obsceno. Tampoco cabe pretender que Kafka rehabilite, y menos idealice, la forma de vida del artista del hambre. En todo caso, hace compadecerse al lector, y permite al artista una última palabra en su defensa: no ha encontrado comida que le guste, de lo contrario no habría «llamado la atención» y habría comido como todo el mundo. Pero incluso si eso fuera cierto, su ayunar sería una aptitud absurda, meramente individual, quizá incluso un síntoma de locura. De ahí que sea sin duda triste, pero no trágico en un sentido estricto, que la atención del público al artista del hambre se haya esfumado mucho antes de su muerte y que la vida pase por encima de él. Al final, Kafka dedica un párrafo entero a la joven pantera que ahora habita la jaula en lugar del «artista», y en torno a la cual se arremolina un fascinado público.

Difícilmente puede ponerse en escena de manera más plástica lo discutible de la aspiración artística, y la relación con la mayor empresa literaria de Kafka es evidente. Porque cuanto más extenso e inabarcable se iba haciendo el manuscrito de *El castillo*, tanto más le asediaban las dudas acerca del sentido de ese trabajo y tanto más grande era su convicción de que en realidad se trataba de una forma de escapismo, del abuso de una droga disponible con demasiada facilidad, que como cualquier otra adicción terminaba por pagarse con el dolor de la privación y la destrucción. Kafka sólo necesitó unas pocas semanas para escribir «Un artista del hambre», para inte-

humano. Sobre la relación entre arte y ritual cultural en la obra de Franz Kafka», ambos en Kittler-Neumann [1990].

grar en su mito privado esta nueva, pesimista interpretación de la autoría: nada de desiertos, nada de cumbres, más bien un torbellino que arrastra a las profundidades. Y es la *parte contraria*, son las *potencias*, las que lo arrastran:

Hoy, durante la noche de insomnio, cuando todo iba a uno y otro lado en mis sienes adoloridas, nuevamente tuve conciencia, algo que casi había olvidado en el último tiempo relativamente tranquilo, de lo frágil o incluso de la inexistencia del suelo en el que vivo, acerca de la oscuridad de la que emergen a su gusto oscuras fuerzas y que sin hacer caso de mi tartamudeo destruyen mi vida. Con lo cual naturalmente no quiero decir que es mejor si no escribo. No, en ese caso es aun peor y absolutamente insoportable y tiene que acabar en la locura. Pero únicamente bajo la condición de que yo soy un escritor, lo que de hecho soy aunque no escriba, y en cualquier caso un escritor que no escribe es un absurdo que desafía a la locura. Pero ¿cómo es propiamente lo de ser escritor? Escribir representa una recompensa dulce, maravillosa, pero ¿recompensa por qué? Durante la noche vi con tanta nitidez, como en una lección de carácter objetivo, que es una recompensa por un servicio al demonio. Este descender hacia las fuerzas oscuras, este liberar la naturaleza de espíritus encadenados, abrazos sospechosos y todo lo que pueda ocurrir abajo, acerca de lo que arriba no se sabe nada mientras se escriben historias a la luz del sol. Quizá también haya otra forma de escribir, yo sólo conozco ésta, de noche, cuando el miedo no me deja dormir, sólo conozco ésta.

No era la primera vez que Brod le oía a Kafka tales manifestaciones; ya antes, pero sobre todo en tiempos de cosecha creativa, contrarrestaba el orgullo por su propio trabajo, de manera casi previsible, con la objeción de que ese logro no era más que vano onanismo irresponsable, que llevaba en sí mismo su propio castigo. Pero ahora Kafka no se detenía en ese punto, ya no se trataba de debilidades personales o cuestiones de moral, sino de un error existencial de dimensiones catastróficas. El escritor disfruta de lo que hace como de un arte mágico, pero despierta potencias vitales a cuya altura no

se encuentra. Esas potencias no admiten ni juegos ni negociaciones. Al final, cuando vienen a buscarlo, se produce el ajuste de cuentas. Pero el escritor se inclina demasiado tarde sobre el balance de su vida: hace mucho que ha pagado el precio... por anticipado y a plazos.

Aquello que a veces desea el hombre ingenuo: «querría morir y ver cómo me lloran», se materializa constantemente en un escritor de este tipo, muere (o no vive) y se llora constantemente a sí mismo. De allí proviene el espantoso miedo mortal, que no ha de manifestarse como miedo mortal, sino que también puede presentarse como miedo al cambio, miedo a Georgenthal. Las razones para el miedo mortal pueden dividirse en dos grupos. En primer lugar, se tiene un espantoso temor a morir porque aún no se ha vivido. Con ello no es que se piense que para vivir sean necesarios la mujer y el hijo y el campo y el ganado. Para vivir se necesita únicamente prescindir de la autocomplacencia; mudarse a la casa en lugar de admirarla y coronarla. Por otra parte, se podría decir que esto es cuestión de destino y que no está en la mano de nadie. Pero, entonces, ¿por qué hay contricción, por qué no acaba la contricción? ¿Por hacerse más bello y apetecible? También esto. Pero por qué la conclusión de estas noches siempre es: podría vivir y no vivo. La segunda causa fundamental—quizá no sea más que una, ahora no logro separarlas claramente una de otra—es el planteamiento: «Aquello con lo que he estado jugando ocurrirá realmente. No he comprado mi libertad escribiendo. Me he estado muriendo durante toda mi vida y ahora me moriré realmente. Mi vida era más dulce que la de los demás, tanto más terrible será mi muerte. Naturalmente que el escritor que hay en mí morirá inmediatamente, ya que una figura de este tipo no tiene fundamento, es inconsistente, ni siquiera es de arcilla; es parcialmente posible únicamente en la más demencial de las vidas terrenales, no es más que un artificio del afán de complacencia. Esto es el escritor. Pero yo no puedo seguir viviendo ya que no he vivido, sigo siendo de arcilla, no he transformado la chispa vital en vida, la he utilizado únicamente para iluminar mi cadáver. Será un extraño funeral, el escritor, o sea algo inexistente, deposita en la tumba el antiguo cadáver, el que ha sido cadáver desde siem-

pre. Tengo tanto espíritu de escritor como para querer disfrutar de esto con todos los sentidos y prescindiendo de mí mismo—la primera condición del escritor no es la actitud vigilante, sino el despojarse de sí mismo—, o lo que es lo mismo, tengo el deseo de relatarlo, sin embargo eso ya no ocurrirá [...].²⁴

De este modo, la carta de Kafka se convierte en casi un pequeño tratado; con mucho, la reflexión más extensa sobre el oficio de escritor que jamás llevó al papel. La reacción de Brod fue más bien tibia, le parecía como si Kafka sacara sin cesar profundas consecuencias de motivos nimios—en este caso, el fuerte miedo al prometido viaje a Georgenthal—; incluso consideraba una ventaja que, en medio de tanta desdicha, Kafka pudiera seguir escribiendo, mientras que él mismo estaba completamente paralizado esos días: «ni con la mejor voluntad puedo encontrar tu caso tan desesperado», le escribe.²⁵ Pero Brod confunde motivo y causa, cosa de por sí asombrosa. Porque, por enésima vez, Kafka habla de «miedo a la muerte», y establece con toda la claridad deseable que no se trata en modo alguno de metáforas. Tiene miedo a morir de tuberculosis, y mientras lucha con ese miedo imagina personajes que sufren la muerte en su lugar, un artista del hambre y un agrimensor. Es un juego frívolo el que practica el escritor, pero es inútil, y encuentra su castigo natural. Nadie se libra tan fácilmente.

El 18 de septiembre de 1922, Kafka y su hermana Ottla regresaron a Praga. Había sido su primera excursión como pensionista, a un paisaje hermoso y pacífico como apenas había conocido antes. Y en la ciudad ya no le esperaban ni la oficina ni cualesquiera otras obligaciones. ¿Por qué entonces esas

²⁴ Carta a Max Brod del 5 de julio de 1922.

²⁵ Carta de Max Brod a Kafka del 9 de julio de 1922.

vacilaciones, ese espantoso nerviosismo? Tendría que jubilarse una segunda vez, bromeaba Ottla. Le era fácil reír, con su cochecito de niño llevando a la pequeña Věra.

En la maleta, él traía sus cuadernos de *El castillo*, cuadernos con muchas páginas tachadas. No sabemos si se dejó convencer para volver a leerlos en voz alta... es probable que sí, porque Oskar Baum, con el que Kafka aún tenía que arreglar las cosas, necesitaba que le leyera en voz alta si quería saber en qué trabajaban los amigos. Y Kafka había incluido en su manuscrito una pequeña y fantástica broma destinada más bien a los amigos que a unos remotos lectores.

El giro se halla en el capítulo 13, en el que el agrimensor recurre a métodos bastante discutibles en sus intentos de entrar al castillo por alguna puerta lateral. Engaña a un niño inocente, el niño Hans Brunswick, cuya virginal madre proviene del castillo y por eso ejerce una irresistible atracción sobre el agrimensor. Hans debe allanar a K. el camino hacia su madre. Pero ¿qué motivo podría tener la enfermiza señora para recibir a K., ocuparse de su destino y además arriesgarse a una disputa con su marido? Precisamente su enfermedad, responde astutamente K. Porque él entiende algo de eso, él—¡el agrimensor!—tiene incluso experiencia en tratar a enfermos. Y, como si eso no fuera suficiente, añade que algunas veces ha tenido suerte donde los médicos han fracasado. Debido a su capacidad para curar, en casa le llamaban siempre «hierba amarga».

Había que estar muy versado en la escena literaria para entender para quién habla aquí el agrimensor y que incluso dice algo verdadero... en cierto sentido. En mayo de 1922, no mucho antes de que Kafka escribiera esta escena, Franz Blei había publicado su espectacular *Bestiario de la literatura moderna*, que incluía un diccionario satírico en el que retrataba a escritores e intelectuales contemporáneos como exóticas formas de vida. Blei parece haber estado muy bien informado de las preferencias privadas, peculiaridades y fobias

de sus «especímenes», porque la entrada correspondiente a «Kafka» dice lo siguiente: «El Kafka es un espléndido ratón del azul de la luna, raras veces visible, que no come carne, sino que se alimenta de hierbas amargas. Su visión fascina, porque tiene ojos humanos».²⁶

25. EL PALESTINO

Los acontecimientos, una vez desbordados,
dejaron el vacío a sus espaldas en su reflujo.

H. VON DODERER, *Der Grenzwald*

Querido Max, quizá esta vez no vuelva a levantarme, es muy probable una pulmonía después de un mes de fiebre pulmonar, y ni siquiera el hecho de que lo escriba la ahuyentará, aunque tiene algún poder.

Para ese caso, mi último deseo en relación con todo lo que he escrito:

De todo lo que he escrito son válidos únicamente los libros: *La condena*, *El fogonero*, *La metamorfosis*, *En la colonia penitenciaria*, *El médico rural* y el relato «Un artista del hambre». (Los pocos ejemplares de *Contemplación* pueden quedar, no quiero imponerle a nadie el trabajo de destruirlos, pero no ha de reimprimirse nada de ello). Cuando digo que aquellos cinco libros son válidos, no quiero decir que tenga el deseo de que sean reimpresos, ni que hayan de quedar para la posteridad, por el contrario, deberían

²⁶ Blei [1922:42]. El pasaje citado (insertado por Kafka posteriormente) de *El castillo* en OC 1, 840. La escritura de los distintos capítulos sólo se puede datar en unos pocos casos, pero la coincidencia temporal con la caracterización de Blei es imposible de ignorar. Kafka empezó a escribir el capítulo 8 a principios de abril de 1922 y lo reemprendió a mediados de junio. Conforme a ello, el capítulo 13, con la alusión a Blei, fue redactado con gran probabilidad en mayo, en el mismo mes, pues, en el que se publicó *El gran bestiario*. Entre los conocidos de Kafka se mencionan también «el Brod» y «el Werfel».

perderse completamente, éste es mi verdadero deseo. Sólo que, ya que existen, a nadie le impido que los conserve si ése es su deseo.

En cambio todo lo demás que yo he escrito (publicado en revistas, manuscritos o cartas), *sin excepción*, en la medida en que sea accesible o que se pueda conseguir pidiéndoselo a los destinatarios (tú conoces a la mayoría de los destinatarios, en lo sustancial se trata de la señora Felice M., la señora Julie Wohryzek y la señora Milena Pollak; sobre todo, no olvides un par de cuadernos que tiene la señora Pollak)—todo eso *sin excepción y de preferencia sin ser leído* (no te prohíbo a ti que lo veas, aunque preferiría que no lo hicieras, pero no deben verlos ninguna otra persona)—todo esto ha de ser quemado sin excepción alguna y te ruego que lo hagas lo más pronto posible.

FRANZ¹

Lo que una neumonía significa lo sabía Kafka desde que la gripe española lo había postrado en octubre de 1918. Esta vez tuvo suerte, y la fiebre cedió sin complicaciones. Sin duda no pudo, como había acordado, hacer otro intento de cura en casa de su tío Siegfried, en Triesch (Třešt)—la familia cuidaba mucho ahora de que Franz estuviera bajo la supervisión de allegados—, pero de todos modos es dicutible que aquel médico rural hubiera podido hacer algo más que darle los viejos y familiares consejos.

Kafka tampoco entregó en mano a su amigo esta segunda disposición testamentaria, sino que la guardó en un cajón. Querer justificarla no habría tenido muchas expectativas de éxito. Sin duda también Brod le había pedido que, en caso de desgracia, hiciera desaparecer sin mirarlas un puñado de cartas y anotaciones que había escondido en su oficina, pero había para eso evidentes motivos que tenían que ver sobre todo con su esposa Elsa. Por otro lado, las posibilidades de que la última voluntad de Kafka, por precisa que fuera su for-

¹ La disposición testamentaria está fechada el 29 de noviembre de 1922. Se encontraba en un sobre rotulado «Max».

mulación, se cumpliera punto por punto, eran escasas, dado que nadie en su entorno hacía una interpretación tan estricta del poder exclusivo del autor para disponer de su obra, una vez fallecido. Estaba claro que Brod se resistiría a dar al fuego las tres novelas incompletas, pero... ¿cumpliría los deseos de Kafka en lo relativo a las cartas y diarios? Por parte de éste, valía la pena intentarlo. Para Kafka era una cuestión de autoestima, ante la inminencia de un fin próximo, dejar expresada de un modo rotundo su propia voluntad, hallándose él todavía en plena posesión de sus facultades. En cuanto a eso que nunca ha dejado de oírse acerca de lo inconsecuente—y sospechoso—que resulta que hiciera precisamente a su amigo y agente un encargo tan difícil de cumplir, lo cierto es que no tenía otra opción. Porque nadie más que Brod tenía acceso a los documentos destinados a la aniquilación. Brod estaba emparentado con Felice Marasse (de soltera Bauer), era respetado por Milena Pollak, él mismo tenía en su poder algunos manuscritos de Kafka, y sin duda la familia de éste no le negaría la entrega de los que quedaron en sus manos (como en efecto ocurriría). Brod se convirtió en albacea testamentario de Kafka porque no había otro, y bien hubiera podido cumplir la voluntad de su amigo. Paradójicamente, el número de cartas y manuscritos que él mismo llegó a recopilar confirma que Kafka así lo consideró.

¿Hubiera formulado esa última voluntad suya el año siguiente, o dos años después? Es sorprendente que la narración «Primer sufrimiento», que Kafka había destinado a la publicación y que recogería en su último libro, falte en la lista de obras «válidas». Tampoco sabemos por qué no destruyó él mismo el manuscrito de *El castillo* y otros cuadernos utilizados en los meses anteriores... o por qué no los destruyó *del todo*. Cabe deducir de ello que al menos la novela aún coleccionaba, y Kafka estaba indeciso acerca de qué hacer con los cientos de páginas escritas en Spindelmühle y Planá: sin duda su voluntad de aniquilación no era tan consecuente como para

borrar de un plumazo los frutos de un año entero de su vida. No tenía, en cambio, ninguna duda acerca de «Un artista del hambre», cuya publicación en *Neue Rundschau* y en *Prager Presse* era un primer signo visible de que por fin volvía a su verdadera profesión. El asombro en la familia tiene que haber sido grande cuando se supo que ese relato había sido reproducido incluso en publicaciones germanoparlantes de Estados Unidos. Era una noticia chocante, y quizá la primera que hizo pensar a los Kafka en algo tan ajeno a la vida como «la fama». De modo que, a aquella distancia inconcebible, había personas que se ocupaban de las historias que *nuestro Franz* había ideado...²

El cambio quizá más llamativo que se podía observar ahora en Kafka era una nueva forma de accesibilidad, si no psíquica, sí social. En años anteriores, cuando, si quería, podía quedarse en el café o pasear durante horas sumido en la conversación nocturna, había protegido celosamente la vivienda de sus padres como un ámbito de retirada. Sólo los más íntimos amigos llegaban a ver la cama y el escritorio de Kafka; su habitación era claramente inhóspita, y en ella ni él mismo se quitaba siempre el traje y la corbata. Pero, ante las dificultades que planteaba una enfermedad crónica, esa separación tan neta entre el espacio público y el privado no se podía mantener por más tiempo. Los pacientes no hacen visitas, *son* visitados. A más tardar desde el otoño de 1921, desde su regreso de Matliary, se hizo cada vez más difícil reclutar a Kafka para hacer planes; no podía salir de la casa cuando el

² «Un artista del hambre» se publicó a primeros de octubre de 1922 en *Neue Rundschau*; el 11 de octubre, en *Prager Presse*; el 5 de noviembre, en *Sonntagblatt der New Yorker Volkszeitung*; el 11 de noviembre, en *Wochenblatt der New Yorker Volkszeitung*, y el 15 de noviembre, en *Vorbote. Unabhängiges Organ für die Interessen des Proletariats*, Chicago.

tiempo era húmedo y frío, tampoco si era demasiado cálido, y a veces la fiebre, con frecuencia alta, le impedía salir durante semanas. Poco a poco fue haciéndose habitual ir a verlo a su casa sin muchos prolegómenos, a veces la criada abría la puerta a grupos enteros de visitantes, incluso ocurría que Kafka recibiera en la cama a personas a las que nunca había visto antes, como por ejemplo el dramaturgo Georg Kaiser, al que Brod simplemente llevó consigo.

Así que fue un acontecimiento especial, pero en modo alguno excepcional, que a mediados de noviembre también Franz Werfel visitara en casa de sus padres a Kafka, que volvía a tener fiebre. Probablemente Werfel sentía cierto recelo ante Kafka: lo había subestimado durante mucho tiempo, y más tarde había tratado de reparar esa falta mediante diti-rámicas alabanzas, pero no lograba establecer una relación intensa con su obra, y en ningún texto de Werfel se reconoce ninguna clase de «influencia». A su vez, Kafka era uno de los más tempranos admiradores de Werfel, y aunque para entonces su infantil desparpajo también se había esfumado en gran medida—de eso se había encargado la guerra—, a ese hombre seguían llegándole como volando, de forma incomprensible, cosas que otros no lograban ni poniendo en tensión todas sus energías. Werfel parecía desconocer los remordimientos de conciencia de una vida fallida, escribía igual que otros respiraban. Seguía encarnando, a los ojos de Kafka, una utopía de existencia de escritor que en modo alguno se veía comprometida por unos débiles logros literarios. Incluso en el drama *El hombre espejo* (1920), cargado de énfasis y desfigurado por la ornamentación estilística, encontraba Kafka la «plenitud de la fuerza vital», y admiraba al autor de *El canto del macho cabrío* (1921) como «el mayor de los nadadores»... uno de los máximos elogios en el sistema metafórico privado de Kafka.³

³ Carta a Milena Pollak del 20 de octubre de 1920; carta a Robert Klopstock de noviembre de 1921.

Esta vez, sin embargo, Kafka recibía al poeta llegado de Viena con un llamativo nerviosismo. Había leído la última obra de Werfel para la escena, *Schweiger*, una peculiar mezcla de reportaje y teatro de ideas que se hacía casi indigerible debido a la cantidad de motivos que, entrecruzándose, la abarrotaban: espiritismo, clericalismo, socialdemocracia, anti-semitismo, psiquiatría y psicoanálisis, aborto, crimen y suicidio, un amor trágico, una muerte en el escenario... Aquello era demasiado, y si había algo que admirar, escribió Kafka a Brod, era, en todo caso, «la energía para chapotear por ese barrizal en tres actos». Pero con ello no quedaba liquidado el asunto. Porque Kafka no sólo estaba literariamente decepcionado, sino que sufría el sentimiento irreprimible de una ofensa personal, incluso de haber sido insultado:

Si se hubiera tratado de un simple disgusto, quizá hubiera sido más fácil de formular, y además habría sido algo tan carente de importancia que hubiera podido guardar silencio al respecto. Pero fue espanto, y es difícil fundamentarlo; uno se ve atascado, espeso y a contrapelo cuando sólo se es desdichado. Sin duda es usted uno de los líderes de nuestra generación, lo que no es una lisonja y no podría emplearse ante nadie como lisonja, porque más de uno podría llevar a esta sociedad hacia una ciénaga. Por eso usted no sólo es líder, sino más [...] y se siguen sus pasos con furiosa tensión. Y ahora esta obra. Puede que tenga todas las excelencias, desde las teatrales hasta las supremas, pero es una retirada del liderazgo, no hay liderazgo en ella, más bien una traición a su generación, un velar, reducir a anécdota, degradar por tanto sus padecimientos.⁴

No sabemos en qué medida Kafka logró fundamentar también en persona su rechazo: al parecer lo disfracó de giros corteses, y Werfel se defendió con su elocuencia habitual. Kafka necesitó varios intentos—sólo al tercero de ellos logró escribir una carta—para poner de manifiesto que consi-

⁴ Carta a Franz Werfel de finales de noviembre de 1922.

deraba la obra teatral de Werfel no sólo un fracaso literario, sino una debacle moral. El caso del relojero Franz Schweiger, que no logra la armonía con el mundo, que es ajeno a la humanidad, a quien atormenta algo que no puede ni recordar ni articular, y que finalmente ni siquiera logra el amor desinteresado de su esposa—un caso especialmente adecuado para servir de patrón a un relato de Kafka—, es resuelto por Werfel de manera grosera, rebajando a Schweiger a la categoría de ejemplo psiquiátrico. Al final resulta que Schweiger ha sufrido un arrebató esquizofrénico, ha disparado contra niños preso de una enajenación, el suyo es un caso de manual clínico. Para colmo, Werfel hace aparecer en escena a un profesor demente llamado Ottokar Grund, una caricatura clara y bastante perversa del descarriado Otto Gross. «Inventa usted la historia del infanticidio. Lo considero una degradación de los sufrimientos de una generación. Quien no tenga más que decir en este asunto que lo que dice el psicoanálisis no debería inmiscuirse», escribe Kafka a Werfel, casi dominado por la ira.⁵

Werfel era un hombre irritable, pero en la mayoría de los casos conciliador, y sabía separar las críticas a su obra—que su amante Alma Mahler le hacía en un tono muy distinto—de los sentimientos personales. Sabía que era mejor aplazar por un tiempo la siguiente visita a Kafka,⁶ pero eso no le im-

⁵ Borrador de carta a Franz Werfel, hacia mediados de noviembre de 1922.

⁶ Werfel regresó a su casa sin volver a visitar a Kafka. Pero ya menos de dos meses después estaba de nuevo en Praga, porque precisamente allí, en el Neue Deutsche Theater, tuvo lugar el 6 de enero de 1923 el estreno de *Schweiger*. Es seguro que Kafka evitó acudir. No sabemos si hubo una continuación de su conversación con Werfel. Parece indicarlo una observación del diario de Max Brod, fechada en enero de 1923: «A K. no le gusta una obra de Werfel». Del diario de Arthur Schnitzler se desprende que también él, igual que Alma Mahler, consideraba totalmente fallido el drama *Schweiger*. El 12 de diciembre tuvo lugar una conversación al respecto entre Werfel y Schnitzler, que al parecer tomó un curso parecido al de la

pidió invitarlo a Semmering, e incluso proponerle una estancia común en Venecia. Los reproches de Kafka resultaban violentos si se tenía en cuenta su habitual contención. Que Werfel se hubiera permitido una broma con Gross no era suficiente explicación, por mucho que años atrás los tres se hubieran sentado juntos e incluso hubieran planeado publicar una revista en común. Entretanto, la opinión de Werfel sobre el «caso» Otto Gross había cambiado. ¿Y acaso Max Brod no había afirmado siempre que una de las grandes virtudes de Kafka, una de las más dignas de imitación, era reconocer cualquier esfuerzo serio, buscar la buena intención incluso en lo fallido, lo bueno en lo malo?

Una costumbre fácil de malinterpretar. Porque como lector Kafka no era simplemente benévolo, más bien se comportaba respecto a las obras literarias, incluso las teóricas, como respecto a las personas, cuyo destino puede que atañe a uno o no, pero a las que uno presta atención en el primer encuentro. Por eso era capaz de acoger con benevolencia incluso obras de tercera fila y recomendarlas pasando por encima de sus propios reparos; al fin y al cabo, le escribió a Brod en una ocasión, todo arte había de ser entendido en última instancia como un intento de entendimiento para «posibilitar la verdadera comunicación de un individuo a otro».⁷ Este tomarse la literatura como algo de estricto carácter personal llevaba a menudo a Kafka a juicios sorprendentemente amables, sobre todo cuando tenía amistad con el autor y había participado en el nacimiento de su obra. Ahora Werfel vivía la experiencia de que podía ocurrir lo contrario por los mismos motivos y con la misma consecuencia. Kafka reac-

mantenida entre Werfel y Kafka el mes anterior (véase Arthur Schnitzler, *Diarios, 1920-1922*, p. 388). El público, en cambio, se mostró más receptivo; las representaciones del año 1923 tuvieron buena afluencia (entre otras en el teatro de la Königsgrätzerstrasse de Berlín, con Ernst Deutsch, amigo de juventud de Werfel, en el papel principal).

⁷ Carta a Max Brod del 22-24 de octubre de 1923.

cionó como si *Schweiger* estuviera dirigida expresamente a él y le pusiera delante un espejo, en el que veía el rostro de un hombre que es un enigma para sí mismo, que vive a eterna distancia de sus conciudadanos y por eso es incapaz de responder al amor. Ése era Franz Schweiger. Werfel había dado en el blanco, una flecha en mitad de una herida abierta.

Aun así, Kafka no se sentía cargado de razón. Estaba muy seguro de su juicio crítico, e iba a experimentar la satisfacción de ver que la obra de Werfel también era despachada con rudeza por la crítica. Pero le quedaba la duda de qué radio de validez general podía reclamar un juicio así. Mientras que en los bocetos de las cartas destinadas a Werfel utiliza Kafka dos veces la palabra *generación* para dejar claro que en absoluto habla sólo por sí mismo, en una nota a Brod admite sin más que sus sentimientos respecto a *Schweiger* son «tan personales, que quizá sólo son válidos para mí»: «me toca muy de cerca, me toca de forma repugnante en lo más repugnante».⁸

Esta inseguridad respecto a su propio juicio no era nueva en absoluto, y preocupó a Kafka toda su vida. Estaba en condiciones de describir el efecto de una obra literaria de forma tan impactante como si se tratara de la irradiación de un ser humano, pero fracasaba una y otra vez a la hora de establecer varas de medir objetivas y confrontar sus impresiones en público. Esto hacía muy problemática la perspectiva de una existencia libre como escritor, como la que se planteó durante sus años de carrera. Ya fuera como reseñista, como periodista, como redactor o lector editorial, en todos estos oficios accesorios sin los que Kafka no hubiera podido subsistir fuera de Praga la capacidad para emitir un juicio competente y comprensible se valoraba más que la pura capacidad lingüística. Pero las valoraciones escritas le costaban tanto a Kafka que raras veces se atrevía a hacerlas. La última vez ha-

⁸ Carta a Max Brod de diciembre de 1922.

bía tenido que abandonar, después de sólo tres párrafos, una crítica de *Secessio judaica*, un polémico texto antisemita de Hans Blüher, y eso a pesar de que todos sus amigos conocían y discutían ese panfleto, objeto de conversaciones y de discusiones en las que había participado el mismo Kafka, persuadido, como todos los demás, de que el ataque de Blüher en modo alguno podía quedar sin respuesta.⁹

Un fracaso que ahora, en medio de la anhelada libertad del «retiro anticipado», resultaba especialmente doloroso. Pues, como crítico o ensayista, Kafka no habría tenido dificultades en publicar, dado que era conocido y valorado como autor literario. Y aunque no cabía pensar en una producción en serie y por encargo como la que desde hacía meses realizaba Max Brod en el *Prager Presse*, disponiendo libremente de sus temas, mediante colaboraciones con diarios y revistas hubiera podido Kafka mejorar de manera decisiva su apurada situación financiera. Esa opción parece haber sido discutida de vez en cuando entre sus amigos, porque todavía en agosto de 1922 Brod y Weltsch tuvieron la idea de proponer a Kafka como editor de *Der Jude*, sucediendo a Martin Buber, que había decidido dejar esa función momentáneamente. Sin duda era una broma, respondió Kafka. «¿Cómo podría pensar yo en algo así teniendo en cuenta mi absoluto desconocimiento de las cosas, mi falta de con-

⁹ Hans Blüher, *Secessio judaica. Fundamentación filosófica de la situación histórica del judaísmo y del movimiento antisemita*, Berlín, 1922. Kafka se dedicó a este folleto, que a pesar de su pomposo título sólo tenía 66 páginas, en junio de 1922; su intento de recensión, posiblemente destinada a *Selbstwehr*, se produce en la semana anterior a su partida hacia Planá (OC II, 690-691). Después de fracasar en el intento, propuso para la reseña a Klopstock, mucho menos versado en la historia judía (véase la carta a Robert Klopstock del 30 de junio de 1922). Finalmente, Oskar Baum se hizo cargo del asunto en «Antisemitismo filosófico. Observaciones acerca de "Secessio judaica" de Hans Blüher», *Selbstwehr*, año 16, vol. 50. Baum también pronunció una conferencia el 7 de marzo de 1923 sobre la obra de Blüher, a la que probablemente asistió Kafka.

tacto con la gente, mi absoluta carencia de una base judía? No, no».¹⁰

Está fuera de duda que la responsabilidad de una revista habría desbordado a Kafka. La misma enfermedad y la falta crónica de sueño se oponían a ello, pero sobre todo su trato escrupuloso con los textos y la incontrolable dependencia de los estados de ánimo y las influencias externas. Pero ¿y el judaísmo? No suena del todo convincente lo que Kafka replica a este respecto. Ciertamente, se sentía ajeno a los rituales judíos; en todo caso se interesaba por la fiesta de Purim, similar al carnaval, porque era cosa de niños.¹¹ Pero tenía amplios conocimientos sobre la historia política y cultural del judaísmo, seguía desde hacía más de diez años los debates en torno al sionismo, leía *Selbstwehr* y *Der Jude* y probablemente conocía la *Jüdische Rundschau*, que se publicaba desde 1919. Así que, si no un conocimiento experto, sí tenía una amplia visión sobre la cuestión judía. Y también olfato para detectar qué asuntos relativos a ella resultaban particularmente virulentos. Tenía muy claro que en las revistas de orientación sionista los debates abstractos en torno a la «identidad judía» y el «pueblo judío» habían pasado de moda; ahora estaban en primer plano el trabajo político-cultural concreto—como el que hacía por ejemplo el Hogar Popular Judío de Berlín—y la colonización judía de Palestina, que planteaba todo un haz de problemas económicos, políticos, religiosos y étnicos. Eso interesaba mucho más a Kafka que consideraciones generales sobre historia de la cultura y de la religión, como las que Brod aportaba, por ejemplo, en su «libro

¹⁰ Max Brod a Kafka, 6 de agosto de 1922; carta a Max Brod del 7 de agosto de 1922.

¹¹ El 12 de marzo de 1922 Kafka tomó parte en una fiesta infantil de Purim a la que también acudió su sobrina Marianne Pollak. En cambio, a principios de 1923 seguía sin saber que la fiesta del Bar Mitzvá (que corresponde a la confirmación cristiana) siempre tiene lugar en *sabbat*; véase su carta a Oskar Baum de mediados de enero de 1923.

confesional» en dos volúmenes *Paganismo, cristianismo, judaísmo* (1921)... Kafka incluso reaccionaba con ironía frente a intentos como ése de demostrar la superioridad de la religiosidad judía sobre la cristiana.

Esto no impedía a Kafka registrar de inmediato el alcance de los ataques frontales contra el colectivo judío, como el ya mencionado de Hans Blüher. No eran la profundidad intelectual o lo sorprendente de las tesis de Blüher las que incitaban a Kafka a tomar la pluma, sino más bien el hecho de que Blüher atacaba un flanco descubierto: describía el judaísmo con los mismos vocablos relativos a la decadencia y la mímica con los que los sionistas y el propio Kafka caracterizaban a los *judíos occidentales*.¹² Todo judío, escribía Blüher, estaba «enfermo en su sustancia, lo que no ocurre en ningún otro pueblo». Con todas las limitaciones intelectuales de Blüher, que naturalmente copiaba de Weininger esa forma de manejar «sustancias» imposibles de comprobar desde el punto de vista empírico, era terrible el seguro instinto con el que un antisemita que amenazaba a los judíos con un «pogromo universal» («Alemania será el único país que retroceda ante el crimen») era capaz de alcanzar su conciencia herida, la persistente duda de si en algún lugar de este planeta se podía ser otra cosa que un tolerado subarrendatario.¹³

El interés de Kafka por todo lo que afectaba al destino del judaísmo volvió a aumentar de forma considerable en sus últimos años de vida. Muchas causas internas y externas concuerrieron en ello, causas que ya no es posible reconstruir del todo y cuyo rango y cronología sólo podemos esbozar. Es seguro que, como cualquier otro judío, Kafka se sentía decepcionado

¹² El concepto de «mímica», difundido por el darwinismo, era igual de popular entre antisemitas y sionistas para caracterizar la «conducta de camuflaje» de los judíos en un entorno «ajeno a su esencia»; también Max Nordau y Theodor Herzl hablaban despreciativamente de la mímica. Véase Robertson [1988:219 y ss.].

¹³ Blüher [1922:20, 57].

y deprimido ante la imperturbable insistencia de un antisemitismo mundial. El nuevo orden político surgido después de la guerra, con la desaparición de los sistemas autocráticos, no había supuesto avance alguno en este sentido, más bien parecía que, allá donde la democracia había abierto nuevos márgenes al antisemitismo, éste se había vuelto aún más visible y agresivo. En Alemania, el miedo a la chusma atraída por la «esvástica», que no luchaba por el poder en el Parlamento, sino en la calle, y el asesinato de Walther Rathenau el 24 de junio de 1922, destruyeron las últimas esperanzas de que sólo se tratase de los dolores de parto de la República: «Es incomprensible que lo hayan dejado vivir tanto tiempo», comentó Kafka con el cinismo de la resignación.¹⁴ Al parecer, incluso en condiciones de estabilidad política, los antisemitas organizados no estaban dispuestos a reconocer al Estado el monopolio de la violencia. Eso significaba que en un país con gobierno democrático los judíos no estaban más seguros, sino *más amenazados*, que bajo un régimen imperial. ¿Estaban las cosas mejor en Praga? Allí nadie tenía que temer un golpe de la «derecha». Pero ocurría una y otra vez que la violencia antisemita tuviera que ser ahogada en su germen por la policía, y también la atmósfera en la Universidad Alemana—que Kafka observaba con preocupación, aunque sólo fuera por Klopstock—estaba envenenada de manera incurable. Allá donde se volviera la vista, resucitaban las viejas y familiares amenazas. Y no tenía sentido, incluso era difícilmente compatible con la aspiración a la verdad, huir de un mundo así mediante la regresión.

Un escritor no puede conformarse con leer el periódico y continuar, en lo demás, con lo suyo. Tiene que reaccionar a lo que se cuece en el mundo: ya sea de manera productiva, ya aguzando la mirada o con distanciamiento consciente. Incluso en las fases en que su propia actividad literaria quedaba detenida, Kafka seguía con atención cómo se posicio-

¹⁴ Carta a Max Brod del 30 de junio de 1922.

naban otros autores judeoalemanes, y es característico en él que la fascinación, incluso la admiración que le inspiraban, en modo alguno dependiera de si coincidía o no con ellos. Naturalmente, era una señal de decadencia negar las propias raíces culturales e históricas, comportarse de manera irónica o indiferente respecto a ellas, y el antisemitismo que se encontraban los judíos occidentales asimilados *les estaba bien empleado*, en el sentido literal de la expresión: tal era la opinión de Brod y, durante un tiempo, incluso de manera más radical, también la de Kafka. Pero con eso no quedaba decidido en modo alguno qué se podía hacer para salir de ese indigno estado. Unirse a un grupo sionista, claro, aprender hebreo, ir de vez en cuando al templo y hacer donativos para Palestina. Pero eso eran actos externos, que alivian el dolor, pero no pueden ayudar a curar las raíces cortadas. Eso era lo que quería decir Kafka cuando le recordaba a Werfel los sufrimientos de su generación, sufrimientos que no provenían de un conflicto normal entre generaciones, sino de una ruptura mucho más profunda: la producida por la evidencia de que el judaísmo asimilado de los padres era algo totalmente ilusorio, sin asideros, algo que nada en la historia legitimaba y que estaba expuesto a la pronta destrucción, más la simultánea y estremecedora experiencia de que no se podía salir de ese judaísmo «occidental» por mera decisión.

Más que el psicoanálisis, en este caso me gusta la conciencia de que el complejo paterno, del que algunos se alimentan espiritualmente, no se refiere al padre inocente sino al judaísmo. La mayoría de los que comenzaron a escribir en alemán querían alejarse del judaísmo, generalmente con una imprecisa aprobación de los padres (la imprecisión era lo indignante), ellos lo querían, pero con la patita trasera seguían pegados al judaísmo del padre y con la delantera no lograban encontrar terreno nuevo. Su inspiración era la desesperación que esto les provocaba.¹⁵

¹⁵ Carta a Max Brod de junio de 1921.

La consecuencia que de este dilema se derivaba para el escritor estaba clara para Kafka desde hacía mucho, pero era directamente opuesta a las conclusiones que Max Brod sacaba para su propio trabajo. Brod apostaba por adoctrinar, creía que el autor judío que había reconocido que la asimilación era un callejón sin salida tenía que seguir transmitiendo ese conocimiento y mostrar posibles salidas, contrafiguras positivas. De ahí que en las novelas y relatos de Brod los conceptos «judío» y «judaico» reaparezcan una y otra vez, y en contextos del todo insospechados... incluso allá donde sólo se habla del profano problema de los celos. Kafka, en cambio, estima que la escritura literaria es incompatible con la propaganda. El escritor no tiene que discutir lo que vive, sino representarlo de la forma más pura posible... «olvidándose de sí mismo», como escribió a Brod, es decir, excluyendo toda censura intelectual e incluso excluyendo en gran medida el principio de realidad. El ideal estético de Kafka apuntaba a mantener completamente abierto en sus propios textos qué partes eran personales, judías o meramente «humanas», y precisamente por esa razón todo lo explícitamente judío era tabú: el concepto no parece en su obra literaria. Y aun así, alcanza una profundidad muy superior a la de cualquier literatura de inspiración nacional-judía.

Esta actitud de Kafka de conceder absoluta prioridad a la forma de la obra de arte frente a lo que el autor diga u opine, tuvo consecuencias en extremo paradójicas. Porque ya no se trataba, en base a ello, de si el escritor aspiraba siquiera a conseguir una representación plástica y lingüística de la tragedia de los judíos occidentales, sino más bien de que su obra llegara a ser una *expresión* convincente de la misma, con independencia de lo que se hubiera propuesto, a ser posible incluso contra su voluntad. Fue sobre todo el nombre de Karl Kraus el que marcó con precisión el punto en el que Kafka se salió como crítico de los caminos trillados para recorrer su propio camino: mientras Brod y Werfel—que no

habían hecho el mejor papel en su enfrentamiento con el editor de *Die Fackel*—perdían poco a poco el interés por Kraus (una confrontación objetiva parecía excluida para siempre), Kafka seguía leyendo sus escritos con la mayor codicia, ni siquiera se dejaba intimidar por la andanada sin parangón que Kraus había lanzado con su agresiva sátira *Literatura o ya se verá*, cuyos proyectiles impactaban en su entorno inmediato. ¿Qué animaba a Kafka a tal lectura? Trató de justificarse ante Brod:

De acuerdo con la impresión de aquel momento, que evidentemente se ha debilitado mucho, me parecía extraordinariamente acertado, un acierto en el corazón. Realmente domina en este pequeño mundo de la literatura judío-alemana o, más bien, domina el principio que él postula y al que se somete de forma tan admirable que llega incluso a confundirse con el principio e incorporar a otros en esta confusión. Creo que diferencio bastante bien aquello que en el libro no es más que ingenio, pero espléndido, luego, lo que es miseria digna de lástima y, finalmente, lo que es verdad, por lo menos tan verdadero como lo es mi mano que escribe, y también tan claro e intimidante en lo corporal. El ingenio es básicamente la jerigonza judío-alemana, nadie es capaz de usar esa jerigonza como Kraus, a pesar de que en este mundo judío-alemán prácticamente nadie es capaz de otra cosa que hablar esta jerigonza, jerigonza en el sentido más amplio, que es la única forma de aprehenderla, o sea, como la apropiación a voces o en silencio o también torturada de un bien ajeno, que no ha sido adquirida, sino hurtada a través de una maniobra (relativamente) rápida, y que sigue siendo un bien ajeno, aun cuando no podría comprobarse ni tan sólo un error lingüístico, ya que en este ámbito se puede comprobar cualquier cosa recurriendo de la forma más discreta a la conciencia en un instante de contricción. Con ello no digo nada contra la jerigonza, la jerigonza en sí es incluso bonita, es una combinación orgánica del alemán académico y un lenguaje gestual [...] y el resultado de un delicado sentido del idioma, que se hace cargo de que en el alemán sólo tienen verdadera vida los dialectos y, además de éstos, el alemán académico más personal, mientras que el resto no son sino cenizas

que consiguen una apariencia de vida únicamente gracias a que es revuelto por manos judías de una extremada vitalidad. Éstos son los hechos, graciosos o espantosos, como se quiera; pero ¿por qué se sienten irresistiblemente atraídos en ese sentido los judíos? La literatura alemana ya existía antes de la aplicación de una política liberal con respecto a los judíos, y con gran esplendor, sobre todo, según veo, como término medio nunca fue menos variada que hoy, actualmente quizá incluso haya perdido variedad. Y el hecho de que estos dos aspectos estén ligados al judaísmo, más precisamente, a la relación de los judíos jóvenes con su judaísmo, con la espantosa situación interna de las últimas generaciones, es algo que Kraus ha identificado con particular acierto o, mejor, algo para lo cual él es un evidente punto de referencia.¹⁶

La última frase es decisiva: no se trata de si Karl Kraus ha «advertido» y entendido realmente la crisis—no la ha entendido, en opinión de Kafka—,¹⁷ y tampoco importa si Kraus juzga «con justicia» o no a los protagonistas de esta crisis. Lo decisivo es que su gigantesca obra *representa* la crisis de los judíos occidentales, de forma abrumadora y a la vez grotesca, en un doble sentido. Al *Fackelkraus*, al literato judío-occidental *par excellence*, al inflexible defensor del lenguaje que perseguía un dativo equivocado como si fuera una ofensa personal, al celebrado recitador que rociaba de sarcasmo cualquier gota de yiddish que aparecía en las obras de sus adversarios... precisamente a ese Kraus lo ensalzaba Kafka como maestro del trapicheo verbal. Era un argumento a cuya eficacia no podía sustraerse ni el propio Brod, en cuanto reforzaba su credo, mil veces repetido, de que nadie podía abandonar el judaísmo.¹⁸

¹⁶ Carta a Max Brod de junio de 1921.

¹⁷ A esto apunta también una manifestación verbal de Kafka transmitida por Brod: «Karl Kraus encierra a los autores judíos en su infierno, les vigila, mantiene una estricta disciplina. Tan sólo olvida que él también tiene su sitio en ese infierno» (Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 70).

¹⁸ Los conceptos «trapicheo» y «argot» designan en Kraus sobre todo

Pero ¿era necesario soportar a Kraus para entender esto? A pesar de todo, los viejos amigos de Kafka no acababan de entender que en su escritorio estuvieran *Die Fackel* y *Selbstwehr*, y que leyera con el mismo entusiasmo las dos revistas, que pertenecían a mundos lingüística e ideológicamente incompatibles. Kafka podía expresarse con mucha más libertad ante un lector más joven y con menos prejuicios, como Robert Klopstock, con el que había estudiado en Matliary *Die Fackel* y probablemente también el opúsculo *Literatura* de Kraus: «no me quiero perder ese dulce de todos los buenos y malos instintos», escribía desde Planá, cuando el nuevo número de la revista se hacía esperar desde hacía unos meses; y más tarde hablaba incluso de las «enervantes orgías» que había practicado «durante tardes enteras» con *Die Fackel* y que Klopstock conocía muy bien. De tales pecados Brod no tuvo ya conocimiento.¹⁹

El propio Kafka había demostrado que se pueden mostrar los horrores de la asimilación de la manera más sensorial sin llamarlos por su auténtico nombre: su «Un informe para una academia», expuesto por un «simio humano» amaestrado, hizo estremecerse incluso a los sionistas más asentados. En

la mezcla negligente del alto alemán con expresiones y usos verbales judíos o yiddish. Pero no hay ningún texto de Kraus en el que ataque como tal al yiddish. Podía incluso entusiasmarse con el uso consciente del argot en el cabaret judío; calificaba las representaciones de la Budapester Orpheumgesellschaft de lo mejor que podía verse en los escenarios vieneses. «Si en el Burgtheater se trapichea, eso no demuestra nada. En el arte, lo que importa es quién trapichea» (*Die Fackel*, vol. 343-344, p. 21). En el *Bestiario* de Franz Blei, Karl Kraus aparece como El Fackelkraus; el propio Kraus reprodujo ese retrato, bastante malvado, y lo comentó (*Die Fackel*, vol. 601-607, pp. 86 y ss.).

¹⁹ Cartas a Robert Klopstock del 30 de junio de 1922 y del 29 de febrero de 1924. Otros detalles sobre la recepción de Kafka de *Die Fackel* en Lensing [2003].

otoño de 1922, inmediatamente después de interrumpir la redacción de *El castillo*, Kafka volvió a plantearse esa tarea, pero en esta ocasión encontró una forma mucho más sutil. «Investigaciones de un perro» es el título (añadido por Brod) de un extenso texto que, de haber sido concluido, habría tenido la extensión de *La transformación*, y que sin embargo renuncia casi por completo a una acción que lo estructure.²⁰ Es el relato autobiográfico de un perro que pasa años investigando los fenómenos de la vida canina: mediante la observación, mediante constantes preguntas, pero también de manera experimental, ensayando consigo mismo. Ese deseo de saber es desencadenado por la emocionante representación de siete «perros músicos» que el narrador en primera persona tuvo la oportunidad de ver de niño: perros que bailaban, saltaban, caminaban sobre las patas traseras y hacían música de forma misteriosa. La cuestión de qué tenían esas criaturas pronto induce al joven espectador a extensas reflexiones, que abarcan tanto manifestaciones cotidianas como anormales: por ejemplo, la cuestión acerca de dónde obtienen su alimento esos perros, pero también leyendas en torno a los llamados «perros aéreos», que supuestamente jamás tocan el suelo.

Aunque esa obra quedó a su vez en fragmento, Kafka logró con ella una obra de arte cuyo refinamiento fue causa, durante décadas, de todo tipo de excesos interpretativos, algunos risibles. Naturalmente, empezó por discutirse acerca de quién se estaba hablando en realidad. Dado que los perros en general no redactan autobiografías, y dado que sin duda tampoco era intención de Kafka hacer una aportación a la investigación conductista, su relato entraba de forma manifiesta en la tradición de las fábulas de animales. Es un pueblo humano, son costumbres humanas las que aquí se investigan y de las que se informa, y no resulta difícil adivinar de quién estamos hablando. «A mi juicio ninguna criatura vive

²⁰ OC III, 805-844, 846-850.

tan dispersa como nosotros los perros [...] nosotros que queremos solidarizarnos—y siempre lo conseguimos, a pesar de todo, en momentos de éxtasis—, precisamente nosotros vivimos muy separados los unos de los otros». Son los judíos, quién si no, a ningún pueblo le encaja mejor esa descripción. Y todo parece encajar. Los perros aéreos son, naturalmente, los famosos «seres aéreos» que no sienten el suelo bajo los pies... ya sea porque están socialmente desarraigados, ya porque viven más en los viejos escritos que en la realidad. Que en la figura de los perros músicos Kafka retrata a los actores judíos orientales del café Savoy—que le proporcionaron a él mismo una experiencia del despertar—, está igualmente claro; incluso desde el punto de vista atmosférico, la descripción de «Investigaciones de un perro» concuerda con los pasajes correspondientes del diario de 1911. Así que tampoco sorprende que en las «Investigaciones de un perro» se hable de dos clases de alimento: el que se encuentra en la tierra y el alimento «que viene de arriba», obviamente alimento espiritual hecho de religión, arte e historia, sin el que ningún pueblo podría sobrevivir, y menos que ninguno los judíos.

Es ésta una lectura para la que no se ve una alternativa convincente. Su única desventaja es que sólo funciona en líneas generales. Con ella, numerosos detalles del relato siguen siendo tan enigmáticos como antes. ¿Por qué, por ejemplo, se enfatiza tanto que los perros aéreos son pequeños y débiles? ¿Que significa el «montón de árboles» en el que el narrador está metido mientras mira a los perros músicos? También el encuentro con otro perro, que se supone que está cazando y por eso quiere espantar al narrador, incluso *tiene* que hacerlo, es incomprensible si suponemos que los perros representan aquí a los judíos. La comparación *casi* encaja, pero todo lo que queda sin explicar es demasiado grande como para despacharlo como mero acompañamiento narrativo.

La broma que Kafka se permite con sus lectores no tiene parangón en toda su obra. Las «Investigaciones de un perro»

claman pidiendo interpretación, como todos los textos de Kafka, y el hecho de que en el texto se hable expresamente de «ciencia» refuerza ese clamor y lo hace irresistible. Pero sólo se puede seguir la pista del narrador en primera persona si se lo toma al pie de la letra, renunciando del todo a las interpretaciones metafóricas. Sorprendentemente, el texto sigue funcionando aun si se acepta que no hay *nada* detrás, que se trata simplemente de lo que vive y sufre un perro entre perros. En tal caso, los pequeños perros aéreos que reinan en lo más alto, de los que nadie sabe cómo se reproducen, no son más que perrillos falderos. El perro cazador que no puede hacer más que eliminar obstáculos de su camino es un perro amaestrado que obedece órdenes, y su oscura amenaza advirtiéndolo al narrador que debe alejarse con cuidado, o que tendrá que correr luego mucho más deprisa, sólo puede significar que su señor ya está cerca con la escopeta. El «montón de árboles» entre los que el narrador se hallaba agazapado mientras atendía la representación de los perros músicos son las patas de las numerosas sillas en las que se sientan los verdaderos espectadores, y el hecho de que en el aire haya «una ligera bruma» apunta a que arriba se fuma... mientras los perros músicos, naturalmente, no hacen surgir la música «como por arte de magia», sino que siguen, como animales amaestrados, una melodía hecha por el hombre. ¿Y la comida? Desde el punto de vista de los perros *domesticados*, ésta casi siempre viene de arriba, y no obedece a ciencia alguna—como el narrador sugiere grandilocuentemente—, sino a razones completamente naturales, que a menudo sea atrapada al vuelo, en tanto que un perro que se queda pasivo tiene que cogerla del suelo. El gusto de Kafka por la broma narrativa es casi palpable en esta pieza. Y en este caso la broma consiste, ante todo, en que el perro investigador no cobra conciencia del factor decisivo de su vida. «¿Qué existe aparte de los perros?», pregunta. «¿A quién se puede invocar, si no, en el mundo ancho y vacío?». Bueno, a los hom-

bres quizá, a los que en el relato no se menciona ni una sola vez. Si por fin el narrador se diera cuenta y comprendiera que los perros son un «pueblo parásito», dependiente, que vive en el círculo hechizado de un todopoderoso «pueblo huésped», los enigmas de su pequeño universo se disolverían por sí solos y él podría suspender su actividad «científica». Es la ceguera de los perros la que, en particular, no les deja entender una cosa: por qué precisamente ellos, que prefieren ir en manadas, viven tan aislados. Lo hacen porque *tienen* que hacerlo. Como los judíos.²¹

Un acontecimiento completamente extraordinario sacudió a la comunidad judía de Praga en el otoño de 1921, un acontecimiento que pocos años antes habría sido inimaginable: en medio de aquella comunidad apareció una muchacha de Jerusalén, de dieciocho años, que no volvía a su antigua patria como visitante, sino que había *nacido* en Palestina y pisaba suelo europeo por primera vez. Desde la llegada de los refugiados durante los años de la guerra, la comunidad de Praga se había vuelto forzosamente más abierta, la fluctuación era grande, y se habían acostumbrado a que por allí pasaran correligionarios de remotos rincones del mundo, gentes extrañas y en su mayoría poco instruidas, que se las arreglaban chapurreando yiddish, polaco, ruso y húngaro. Pero Puah Menczel-Ben-Tovim, la viajera de Jerusalén, era un caso totalmente distinto. Hablaba un hebreo moderno y puro, que no salía en modo alguno del manual del maestro ciruela, sino de Eliezer Ben-Yehuda en persona, el fundador del nuevo hebreo,²² y

²¹ Ritchie Robertson ha sido el primero en demostrar esta interpretación literal de las «Investigaciones de un perro»; véase Robertson [1988:356 y ss.]. Para las citas de las «Investigaciones» véase OC III, 806 y ss., 817.

²² Eliezer Ben-Yehuda (nacido en 1858) fue amigo y vecino de los padres de Puah, que ya en los años ochenta habían emigrado desde Rusia a Palestina. A partir de 1911 apareció en Berlín el primer diccionario com-

hablaba además un alemán pasable, que había aprendido en un instituto de Jerusalén dirigido por misioneros alemanes. Fueron esos conocimientos lingüísticos los que la pusieron en contacto con Hugo Bergmann, fundador y director de la biblioteca universitaria de Jerusalén, quien la envió a Praga, donde se matriculó en la Universidad Alemana para estudiar Matemáticas. Bergmann le escribió una recomendación dirigida al doctor Brody, el gran rabino, y Puah ocupó una habitación en casa de la madre de Bergmann.

Había venido a aprender. Pero sucedió algo con lo que ella no podía contar: los judíos de Praga—y precisamente los más instruidos de ellos—estaban ansiosos de aprender *de ella*. La llevaban de un lado a otro: pasó varias veladas con los jóvenes de la asociación judía Blau-Weiss, dio clase en la pequeña escuela comunal, participó en los seminarios del profesor de Orientalística Isidor Pollak y fue invitada por miembros de la logia B'nai B'rith, a la que también pertenecía Felix Weltsch. Todos estaban entusiasmados con su hebreo, y una vez que se corrió la voz de que allí no se oía el vocabulario de la Torá, sino que se escuchaba de primera mano un amable *ivrit*, la reclamaron desde muchos lugares como profesora de lengua.

Eso mismo hizo Kafka. No nos ha llegado cuándo y dónde vio a Puah por primera vez; posiblemente en presencia de su madre, que conocía bien a la señora Bergmann, pero quizá en casa de Brod o de Weltsch, que naturalmente no dejaron escapar la oportunidad de conocer la vida cotidiana de Palestina desde una perspectiva no europea. Para los sionistas de Praga, que en su inmensa mayoría se limitaban a soñar con Palestina, Puah encarnaba nada menos que el futuro del judaísmo: una conciencia judía que ya no remitía en absoluto a la mímica, que tan sólo conocía las coacciones de la asimila-

pleto de nuevo hebreo elaborado por él. Puah no volvió a verlo, porque murió durante la estancia de ella en Praga, el 16 de diciembre de 1922.

ción a través de los libros de Historia, y que no contemplaba el viejo continente con melancólica añoranza, sino con una curiosidad por así decirlo «turística». También Kafka era insaciable en sus preguntas sobre Palestina; lo que se podía saber por Puah era incomparablemente más vivo y expresivo que los artículos del *Selbstwehr*, y más auténtico y actual incluso que los reportajes de un inteligente observador como Arthur Holitscher, cuyo *Viaje por la Palestina judía* había aparecido pocos meses antes.²³ Finalmente, fue también «la pequeña palestina», como él la llamaba, la que reavivó el interés de Kafka por la lengua hebrea. En el año 1922, probablemente después del regreso de Kafka de Planá, empezó a darle clases en su domicilio del Altstädter Ring, dos veces por semana.

Judaísmo, juventud, feminidad... Para Kafka, tres razones para mirar a Puah con la mayor simpatía, proclive incluso a la idealización. Había sido muy contenido y cortés con ella, recordaba Puah Menczel-Ben-Tovim a avanzada edad; pero no tenía reparos en hacerle un cumplido por una falda nueva o por su aspecto.

El se sentía indudablemente atraído por mí, pero más bien por el ideal que por la muchacha que yo era en realidad, y en concreto por la imagen de la lejana Jerusalén, sobre la que me hacía preguntas sin cesar y adonde quería acompañarme cuando yo regresara.

A veces, le parecía un naufrago emocional que se agarraba a cualquier brizna de paja.²⁴ Naturalmente, ella no podía co-

²³ En una lista de pedidos a la librería judía Ewer de Berlín que Kafka hizo para su hermana Elli a finales de junio de 1922, aparece el libro de Holitscher sobre Palestina, del que Kafka pudo además leer una prepublicación en la *Neue Rundschau*. El reportaje de Holitscher (que incluía quince fotografías) mal podía en todo caso proporcionar información de última hora acerca de Palestina, porque cuando el libro se publicó el viaje que lo inspiró quedaba ya dos años atrás.

²⁴ Puah Menczel-Ben-Tovim, «Yo fui profesora de hebreo de Kafka»,

responder a tales sentimientos. Para Puah, Kafka era un caballero sin duda notable, pero veinte años mayor y bastante enfermo, y cabe dudar de que hubiera entendido algo de las «Investigaciones de un perro», que él escribía a la par de sus clases de hebreo. Aunque si hubiera podido echar una mirada a ese manuscrito probablemente habría entendido mejor por qué él se interesaba de forma tan insistente por determinadas palabras, por ejemplo por *lechaker*, 'investigar'.

Kafka supo aprovechar la oportunidad educativa que se le ofrecía. Sus cuadernos de vocabulario permiten advertir que en modo alguno se tomaba a la ligera las visitas de Puah (por las que sin duda pagaba unos buenos honorarios), sino que se preparaba intensamente y por escrito: en su legado se encontraron un total de trescientas cincuenta páginas con anotaciones en hebreo. Al parecer, practicaban no tanto la gramática como la conversación en hebreo, y Kafka trataba de familiarizarse con campos semánticos enteros para superar situaciones cotidianas, de forma similar a lo que se hace en las actuales clases de idiomas con hablantes nativos. Además, anotaba numerosas expresiones que le parecían demasiado nuevas o demasiado coloquiales como para encontrarlas en su diccionario. Georg Langer, en cierto modo el predecesor de Puah como profesor de lengua, contaba que en algún momento Kafka llegó a hablar el hebreo de manera «fluida» y con orgullo, resultado de una extraordinaria tenacidad, dado que, a pesar de la tos—que naturalmente perturbaba de manera constante las clases—, y a pesar de alguna interrupción forzada por la fiebre, Kafka prosiguió sus intensos ejercicios con Puah hasta mediados de 1923.²⁵ Y sin duda los hubiera prolongado más tiempo si las excesivas presio-

en Koch [2009:204]. Para más detalles, véase a Menczel-Ben-Tovim [1983:480-483].

²⁵ Georg Mordechai Langer, «Algo sobre Franz Kafka», en Koch [2009:154-155]. Véase Binder [1967b].

nes (incluidas las eróticas) a las que Puah Menczel-Ben-Tovim estaba expuesta en la escena sionista de Praga y la constante ocupación con temas judíos no la hubieran movido a cambiar de planes:²⁶ en contra de la voluntad de sus padres, y para decepción de Kafka, interrumpió su carrera académica y se fue a Berlín, a dedicarse a tareas sociopedagógicas con niños judíos.

Es difícil saber cuán en serio tomaba Kafka sus planes de irse a Palestina, pero no cabe dudar de que al principio no estaban tan lejos de la realidad como más adelante le parecieron. En cualquier caso, no eran la consecuencia de una convicción sionista, más bien eran consecuencia—como ya diez años antes, en su primer encuentro con Felice Bauer—de determinadas relaciones personales, y dependían también de ellas. La idea de ir a Palestina bajo la protección de una joven de su confianza fue un deseo que reconfortó a Kafka durante meses. El objetivo pareció estar próximo cuando en abril de 1923 también Hugo Bergmann y su esposa Else aparecieron en Praga y reforzaron a Kafka en sus planes migratorios. Probablemente quedaron espantados con su cambio de aspecto: tres años antes, cuando se marcharon a Jerusalén, lo habían visto por última vez, y ahora estaba debilitado, flaco, y la irradiación juvenil que siempre le había hecho parecer mucho más joven dejaba paso poco a poco a la fisionomía de un enfermo de pulmón. Else Bergmann estaba tan conmovida que invitó a Kafka a irse a vivir con ellos,

²⁶ En conversación con Ernst Pawel, publicada en el *New York Times* de 16 de agosto de 1981, Puah Menczel-Ben-Tovim declaraba respecto a los motivos de su marcha: «demasiadas propuestas y demasiadas proposiciones. No es que yo fuera una mojigata, pero la verdad es que el comportamiento y las inclinaciones sexuales de muchos intelectuales pragueños—que de otro modo me habrían resultado admirables—me parecían escandalosamente primitivas. Por cierto que esto podía seguirse diciendo mucho tiempo después, cuando un buen número de ellos tuvo que afincarse en Israel».

a pesar de sus apuradas circunstancias y a pesar de las objeciones de su esposo, que consideraba esa responsabilidad demasiado grande y que además temía por el bienestar de su hija y sus dos hijos.²⁷

¿Intuía Kafka lo que le esperaba en Eretz Israel? Sin duda no compartía la ilusión, todavía extendida entre los sionistas entusiastas, de que Palestina era una región «marcada», o al menos marcada *en el futuro*, por la vida judía. Hasta una película propagandística como *Schiwath Zion* ('Retorno a Sión'), que Kafka había visto en octubre de 1921, y que se centraba en los logros de la colonización judía, dejaba pocas dudas acerca de las verdaderas proporciones de la supuesta marca, sobre todo cuando mostraba la vida urbana: un escenario inconfundiblemente oriental y multiétnico.²⁸ En otoño de 1922, de los tres cuartos de millón de habitantes de Palestina sólo el once por ciento eran judíos, y también la idea de que la recuperación de Palestina se haría sobre todo con las manos—es decir, mediante la adquisición y el cultivo del suelo—era más bien un mito colectivo. De hecho, tan sólo el tres por ciento de la propiedad del suelo se encontraba en manos judías, sólo unas mil personas vivían en kibutzs, los emigrantes judíos que llegaban se apretujaban en las ciudades y a menudo incluso mentían acerca de su profesión para no ser enviados al campo.²⁹ El problema seguía siendo el mismo que en tiempos del Imperio otomano: la colonización presupo-

²⁷ Hugo a Else Bergmann, principios de agosto de 1923, en Bergmann [1985:170 y ss.]. Según Martin S. Bergmann (comunicación verbal, 1997), en la familia se discutía a menudo el riesgo de contagio.

²⁸ Para los detalles referentes a esta película, véase Zischler [1996:145 y ss.].

²⁹ Un ejemplo es el desarrollo de Tel Aviv, un asentamiento fundado en 1909, planeado originariamente como ciudad jardín y de la que se burlaron llamándola «el bosque de Palestina»: en la década de 1920, el número de sus habitantes creció de 3000 a 50 000, un tercio de la población judía de Palestina.

nía adquisición de tierra, pero la gran mayoría de los inmigrantes no traía consigo otra cosa que su fuerza de trabajo. Se veían forzados a pedir créditos al Fondo Nacional Judío y al Keren Hayesod ('Fondo Fundacional'), que a su vez se financiaban mediante donativos del mundo entero.

También la gira de conferencias que Hugo Bergmann emprendió en la primavera de 1923 tenía sobre todo la finalidad de recoger dinero para el Fondo Fundacional. Era un orador competente y convincente, como Kafka sabía desde hacía mucho; pero entretanto Bergmann conocía de primera mano aquello de lo que hablaba, era el más destacado de los praguenses que se habían atrevido a dar el gran salto, y había madurado hasta convertirse en una autoridad sobre la materia. Cuando Bergmann habló el 26 de abril de 1923, ante un gran público congregado en Praga, de «La situación en Palestina»—naturalmente, también Brod, Weltsch y Baum estaban presentes—, Kafka se sintió tan emocionado que al terminar corrió detrás de los bastidores, estrechó la mano a su antiguo compañero de clase y le aseguró: «Esta conferencia la has dado para mí».³⁰ Hubiera podido añadir: a la señorita Puah también la has enviado sólo por mí.

Bergmann no tenía ningún motivo para amortiguar la exaltación de sus oyentes. Que en Praga cultivaran ideas muy optimistas acerca de las condiciones de vida en Palestina, y especialmente en Jerusalén, sólo podía venirle bien, y sin duda incrementaba su lista de donantes. En conversaciones en círculos más reducidos—los matrimonios Bergmann y Brod pasaron una velada juntos en casa de Kafka—, las agobiantes circunstancias reales tienen que haber salido a relucir. Al fin y al cabo, cualquier lector de periódicos sabía que las tensiones entre árabes y judíos aumentaban constantemente y ya se habían descargado con violencia: había sio-

³⁰ Hugo Bergmann, «La época del colegio y los estudios», en Koch [2009:31].

nistas que ya habían abandonado toda esperanza en una convivencia pacífica, aunque nadie quería confesarlo en público.³¹ Palestina no había quedado, como se esperaba, bajo la responsabilidad de la Sociedad de Naciones o Estados Unidos, sino que más bien había sido cedida por mandato a la potencia vencedora local, Gran Bretaña. Pero la política inglesa en Oriente Próximo no iba orientada en absoluto conforme a los intereses de los judíos, como algunos soñadores sionistas habían esperado después de la sensacional Declaración Balfour de 1917. En vez de eso, el Gobierno de Londres operaba conforme a los acreditados modelos de la política de poder colonial, es decir, de manera pragmática y con el objetivo de la pacificación controlada. La solución de los problemas locales se dejaba a la iniciativa de empleados judíos y árabes, y se intentaba mantener lo más libres de conflictos posible las relaciones con los nacionalistas árabes, entretanto bien organizados... sobre todo mediante una notable reducción del terreno originariamente destinado a la colonización judía y mediante la ostentosa estrategia de colocarse por encima de los partidos.³² Se ofrecían unas condiciones marco a los intereses judíos, pero por lo demás se dejaba que ellos mismos se autoadministraran. Los judíos tenían en gran medida que encargarse también de su protección contra los ataques ára-

³¹ David Ben Gurión, que luego sería el primer primer ministro de Israel, manifestaba ya en junio de 1919: «No todo el mundo advierte que este problema no tiene solución. ¡No hay solución!... Ésta es una cuestión nacional. Queremos la tierra para nosotros. Los árabes quieren la tierra para ellos» (citado según Segev 2005:129).

³² Ya antes del 24 de julio de 1922, el día en el que entró en vigor el mandato sobre Palestina otorgado por la Sociedad de Naciones, el Gobierno británico estaba decidido a dejar a la colonización judía únicamente los territorios situados al oeste del Jordán: más o menos la mitad de la zona esperada por los sionistas. Entretanto, la Transjordania, también perteneciente a su zona de mandato (esencialmente el territorio de la actual Jordania), se convirtió en un emirato semiautónomo, sobre cuyas fronteras los británicos eran *de facto* los únicos que decidían.

bes, aunque naturalmente les estaba vedada la instrucción y armamento paramilitares. Los ingleses eran una potencia de ocupación, y a pesar de su estrecha cooperación con el ejecutivo sionista—el primer alto comisario británico, Herbert Samuel, era judío y sionista moderado—, hacían notar que las numerosas reclamaciones y quejas judías no les resultaban menos molestas que las de los árabes.

El propio Bergmann sufría esa evolución poco prometedora, y no daba en absoluto la impresión de un hombre feliz que ha llegado a la meta de sus sueños. Parecía más serio que antes y, según resultó, vivía con su familia en condiciones que, en todos los sentidos—material, cultural y social—, eran más duras que las que tenía en Praga. «Cómo nos llevan de país en país y de idea en idea, de la esperanza a la duda», escribía en 1922 a Leo Herrmann, el antiguo director de *Selbstwehr*. «Llevo más de dos años en este país, pero estoy muy lejos de ver mi camino en algún sitio. Me siento muy ajeno, no tengo amigos, no tengo sociedad alguna y, salvo el trabajo en la biblioteca, no veo tarea alguna por delante».³³ Una experiencia de aislamiento de la que ningún inmigrante occidental se libraba, sobre todo en Jerusalén. Había que hablar *árabe* para sentirse allí como en casa, y las formas de trato burguesas no servían precisamente de mucha ayuda a la hora de afrontar la vida cotidiana. Especialmente los «jeques» germanoparlantes permanecían por eso en su mayoría juntos, padecían de nostalgia y eran objeto de risa o incluso de abierto desprecio por parte de los inmigrantes del este de Europa, muy superiores en número, en su mayoría pequeñoburgueses y proletarios. Y por muy impresionante que a los oídos de los sionistas culturales sonara el cargo de «director de la Biblioteca Nacional Hebrea», de hecho Berg-

³³ Hugo Bergmann a Leo Herrmann, 19 de julio de 1922, en Bergmann [1985:174]. Como se desprende de una carta a Robert Weltsch (*ibid.*, p. 171), Bergmann se encontraba en ese momento en terapia psicoanalítica.

mann se dedicaba a reparar libros dañados y a ordenar ficheros llenos de garabatos.

El jurista medio, había escrito Kafka a Klopstock, tenía que «ser reducido a polvo» antes de poder ir a Palestina, «porque Palestina necesita tierra, pero no juristas».³⁴ Entretanto Kafka estaba jubilado, y Palestina aún necesitaba menos juristas jubilados, y en absoluto enfermos de tuberculosis. Sin duda ahora podía acreditar unas percepciones regulares, que lo hacían independiente del mercado de trabajo en Palestina y de las limosnas judías: de hecho, su pensión era más elevada que los parcos y además inseguros ingresos de Bergmann. Pero pesaba más la preferencia que se daba a las personas jóvenes, sanas y capaces de trabajar, y el acuerdo entre británicos y sionistas impelía a que, en lo posible, se hiciera la correspondiente selección ya en los países de origen. Había ocurrido que inmigrantes judíos con tuberculosis no pudieran desembarcar en Jaffa y fueran devueltos en el mismo barco.³⁵ Al parecer, Kafka estaba dispuesto a asumir ese riesgo. Se había propuesto aprender un oficio fácil, y si—como seguía creyendo—lo que más importaba en Palestina era el suelo, quizá podría ser útil con sus conocimientos de horticultura. Habría podido cargar con los costes del viaje, incluso sin ayuda de sus indignados padres; dominaba el hebreo mejor que la mayoría de los inmigrantes alemanes, te-

³⁴ Carta a Robert Klopstock de diciembre de 1921.

³⁵ Las cuotas de inmigración se negociaban confidencialmente entre británicos y sionistas, pero eran las asociaciones sionistas de los países de origen las que expedían los pertinentes certificados... visados sionistas, por así decirlo. (Para Kafka, la instancia competente habría sido el Comité Sionista de Distrito de Praga). Ese procedimiento era cómodo para los británicos, ya que estaban ampliamente de acuerdo en las personas a las que había que excluir: enfermos graves, prostitutas, alcohólicos y comunistas. El procedimiento era muy discutido entre los propios judíos que querían emigrar, de los que no todos eran, ni con mucho, sionistas convencidos. Para los detalles históricos referentes a esta cuestión, extremadamente compleja, véase Segev [2005:243 y ss.].

nía una acompañante, y había una dirección en Jerusalén en la que le esperaban. Las oportunidades eran buenas, lo único que faltaba eran algunos visados: hubiera podido arriesgar. Pero Palestina siguió siendo un sueño que su cuerpo terminó por destruir. En julio de 1923, cuando Else Bergmann le insistió, poco antes de su propio regreso, en que tomara una decisión, él tuvo que confesarle, y confesarse a sí mismo, que era demasiado tarde:

Sé que ahora, con toda certeza, no voy a viajar—cómo podría hacerlo—, pero no es poca cosa que, con su carta, ponga el barco en el umbral de mi habitación, lo deje allí y me pregunte, y me pregunte así [...] no sería un viaje a Palestina sino, en el sentido espiritual, algo así como el viaje a América de un cajero que ha desfalcado mucho dinero, y hacer el viaje con ustedes habría aumentado mucho la criminalidad espiritual del caso. No, así no hubiera podido viajar, ni aunque hubiera podido, repito, y usted añade: «todas las plazas están ya concedidas». Y vuelve a empezar la atracción, y otra vez responde la absoluta imposibilidad, y, por triste que sea, en última instancia está bien que así sea. Y la esperanza queda para más adelante, y usted es buena y no la destruye.

Pocos meses después, los Bergmann acogían a otro inmigrante: el joven y genial Gerhard Scholem. De Kafka, al que ya no volvieron a ver, no les quedó más que una fotografía. La pusieron en un marco y la dejaron encima del piano.³⁶

³⁶ Carta a Else Bergmann de julio de 1923. En esta carta también se alude a que los padres de Kafka, naturalmente, desaprobaban sus planes de emigración: Kafka habla con ironía del «peligro palestino» que su madre ve en esos planes. Un viaje desde Praga hasta Jaffa (en segunda clase) costaba unas tres mil quinientas coronas, lo que correspondía a los ingresos de Kafka de tres meses y medio. Hacía falta un visado inglés, italiano, yugoslavo y austríaco. La información sobre la fotografía procede de una comunicación verbal de Martin S. Bergmann.

26. DORA

A nadie le parece mal que se le apremie a seguir viviendo.

PETRONIO, *Satiricón*

Una botella de agua caliente, dos mantas, un edredón. A su lado, una estufa que una criada mantiene encendida. Diez años antes, cuando Kafka dormía incluso en invierno con la ventana abierta, semejante ambiente le hubiera parecido una infernal imposición, y en sus obras las estancias sobrecalentadas siempre fueron metáforas de la falta de libertad y el rechazo a la vida. Ahora yacía envuelto en mantas, tenía frío y miedo a la neumonía.

En el invierno de 1922-1923 había días como éstos una y otra vez, a veces incluso eran peores, y Kafka se veía atormentado durante horas por retortijones en el estómago y el intestino. ¿También tenían que ver con la tuberculosis? Max Brod fue enseguida a ver al médico de cabecera de los Kafka y confirmó la sospecha: sí, era muy posible—dijo el doctor Hermann, no especialmente discreto—que la infección ya hubiera pasado al intestino. Por primera vez, pues, un médico aceptaba que quizá, contra toda esperanza, ya se hubieran superado los límites de las posibilidades terapéuticas. Aún había que comprobarlo, pero, como es natural, esas complicaciones suplementarias empeoraban las expectativas de curación de Kafka. Y tampoco le dejaban energías para concentrarse *simultáneamente* en sus dos tareas más importantes: la literatura y el hebreo. Optó por la última, y las «Investigaciones de un perro» quedaron interrumpidas para siempre.

No sólo en su cuarto, en toda la casa reinaba ahora a veces la atmósfera de un hospital. Porque la madre de Kafka necesitó mucho tiempo para recuperarse de una operación, escribía él, «extraordinariamente mala» y asociada a «dolo-

rosos procesos».¹ La situación sólo mejoró en primavera, la fiebre de Kafka desapareció por completo durante algunos meses y, a pesar de que el insomnio volvía a atormentarlo, en abril volvió a tener fuerzas suficientes para salir. A principios de mayo decidió pasar unos días solo en un lugar de verano cerca de Praga: en Dobrichowitz, a media hora de tren, y que le gustaba tanto como Planá. Naturalmente, en un plazo tan corto no podía esperar una recuperación profunda; pero era un test, con el que se confirmaba a sí mismo que aún era capaz de viajar y en absoluto un enfermo necesitado de atención permanente. Sin duda también jugaba con la idea de que era mejor no interponerse en el inminente segundo parto de Ottla. Pero resultaba imposible estar mucho tiempo en el campo: Dobrichowitz era tan caro, escribió a Milena, «que sólo se deberían pasar aquí los últimos días antes de morir, pues uno se queda sin blanca».² Así que uno o dos días después del feliz nacimiento de su sobrina Helene volvía a estar en Praga.

Ahora también Ottla tenía que recobrarse durante algún tiempo, y eso sólo era posible en casa, no cabía pensar en unas vacaciones de verano en compañía de ella y del bebé. Volver a viajar solo atraía poco a Kafka, dado el riesgo de caer en cama en cualquier hotel y tener que ser trasladado con grandes gastos. Aún le apetecía menos viajar con Klopstock al Alto Tatra para vivir allí entre hordas de enfermos. ¿Adónde, entonces? Su hermana Elli se iba de vacaciones con sus tres hijos—entre ellos Hanna, de sólo tres años—al Báltico, pero el médico le había desaconsejado a Kafka el clima nórdico. Aun así, la familia decidió que esa solución era probablemente la mejor, y que Franz debía ir con ella. Él necesitaba a una persona de confianza a quien poder recurrir en caso

¹ Carta a Minze Eisner de invierno de 1922-1923. No nos ha llegado de qué clase de operación se trataba.

² Postal a Milena Pollak del 9 de mayo de 1923.

necesario, e—igual de importante para los padres—necesitaba distraerse un poco de sus planes de ir a Palestina, que debido a los amigos habían adoptado poco a poco contornos amenazadores. Este cálculo falló, sin embargo, de manera grotesca. Porque también en las playas del Báltico podía uno encontrar, según se iba a ver, a personas cuyo sueño llevaba el nombre de Palestina, y la familia, sin saberlo, había escogido un lugar donde había una de esas personas.

Es probable que Kafka aceptase hacer la expedición porque el viaje pasaba por Berlín. No había vuelto a ver la ciudad desde aquellos días desdichados del hotel Askanischer Hof, ya hacía nueve años, y sin embargo siempre tenía presente la indescriptible miseria, las tremendas conmociones que Berlín había sufrido desde entonces. Porque, al contrario que Viena, el antiguo centro de su universo vital, que para Kafka ya sólo era el entorno de Milena, Berlín seguía constituyendo para él un punto de fuga y de referencia intelectual; no una Praga agrandada o acelerada, sino algo *totalmente distinto*. Sin duda el entusiasmo de Kafka tenía algo de ingenuo y—desde la perspectiva de sus amigos, que conocían mucho mejor Berlín—también conmovedor. Como el cielo sobre la Tierra, había escrito una vez a Felice, pendía para él Berlín sobre Praga.³ Y así seguía siendo para él. La imagen no se refería en modo alguno a la amada, sino que provenía de un sueño recurrente como el de los presos, una fantasía de liberación. Lo que para los niños es el ancho mundo, lo era Berlín para Kafka. Berlín representaba para él «el mundo» con toda su novedad, de manera totalmente distinta que la apenas democratizada Viena, incluso que la Praga checa: todos los conflictos—sociales, étnicos, culturales, intelectuales—se libraban en Berlín de forma más abierta, más articulada, a un superior nivel energético, por así decirlo. El pulso no sólo se aceleraba allí, sino que también era más fuerte: «Se crea»,

³ Carta a Felice Bauer del 9 de febrero de 1914.

dijo una vez Brod, totalmente agotado después de unos pocos días en Berlín. Cuando oía algo así, Kafka hervía de ganas. Y confesaba que nunca habría podido resistirse a una llamada seria de Berlín.⁴

Había sido Max Brod, sin embargo, el que no sólo había recibido una llamada así, sino que la había aceptado, con toda consecuencia. Iba a Berlín tan a menudo como podía, esperado por una amante que le apremiaba a ir con más frecuencia. Kafka tenía que conocer a esa chica, repetía desde hacía ya dos años y medio, también Emmy tenía mucha curiosidad de conocerlo, y como él no podía invitarla a Praga, tenía que ser Kafka el que fuera a Berlín. Nada deseaba él más. Sólo la enfermedad y la debilidad se lo habían impedido. Los viajes que Kafka podía permitirse se habían vuelto cada vez más cortos. Y aun así, ese deseo se hacía ahora realidad. Todavía celebró su cuarenta cumpleaños en Praga. Luego, por fin, el viaje a Alemania. Era un regalo que ya no esperaba.

La tarde del 5 de julio Kafka se despidió de su hermana en la estación de Berlín-Anhalt. Mientras Elli seguía viaje con los niños en dirección a Rostock, para llegar esa misma noche al balneario de Müritz, en el Báltico, Kafka se alojó en una habitación de hotel. Había incubado un plan que le estaba deparando el mayor placer desde hacía mucho tiempo. Desde luego, quería conocer por fin a la amiga de Brod, Emmy Salveter, con la que ya había intercambiado postales alguna vez y que ya sabía unas cuántas cosas acerca de él. Pero

⁴ «¿Ha habido acaso otra razón que me haya impedido lo de Berlín, aparte de la debilidad y la pobreza, que haya obstaculizado la "oferta", pero que jamás habría impedido que yo hubiese sucumbido a la "oferta"?» (carta a Max Brod del 31 de diciembre de 1920); véase la carta de Max Brod a Kafka del 27 de diciembre de 1920.

también Puah Menczel-Ben-Tovim estaba en Berlín. Acababa de empezar un *practicum* en sociopedagogía, una estancia en el campo con hijos de refugiados judíos de Polonia y Ucrania que estaban alojados en un albergue. La comunidad judía de Eberswalde, a una hora de tren al noroeste de Berlín, se había declarado dispuesta a acoger a esos niños durante un mes, y Puah, que nunca había trabajado con niños, era su monitora.⁵

Kafka quería ver aquello con sus propios ojos, y Emmy se había declarado dispuesta a ir con él a Eberswalde... un acto de gran delicadeza por su parte, como él sabía muy bien, porque Emmy no sólo se había dejado cortejar durante meses por un joven adepto de Hitler, sino que también ella se dejaba influir por pasiones antisemitas, dirigidas sobre todo contra los judíos orientales, pasiones que Brod sólo conseguía atenuar poco a poco. Pero por desgracia sólo la primera parte del plan salió bien. Porque cuando Kafka y Emmy Salveter habían hecho apenas la mitad del camino, se dieron cuenta de que el tiempo era demasiado corto para la excursión, y que no podrían regresar hasta entrada la noche... un esfuerzo excesivo para Kafka, que llevaba en camino desde por la mañana temprano. Así que se bajaron del tren en Bernau, dieron un paseo y regresaron.

Aun así, Kafka estaba del mejor humor, y entusiasmado con su nueva conocida. «Es encantadora. Y completamente concentrada en ti. No hubo ningún asunto que no haya sido utilizado para aludir a ti [...] Es realmente fuerte su naturalidad, su rectitud, su seriedad, una seriedad infantilmente amable», escribió a Brod. Al parecer, la confianza mutua creció tan deprisa que pudieron tocar incluso temas delicados. Es sorprendente, observó ella algunas veces, «en qué medi-

⁵ Respecto a los detalles, véase Puah Menczel-Ben-Tovim, «In memoriam Emma y Salomon Goldschmidt. Una familia judía alemana», en Menczel-Ben-Tovim [1983:62 y ss.].

da uno hace suyas las opiniones de una persona amada, aun cuando sean opuestas a las que tenía antes». Emmy Salveter había aprendido a hacerlo, eso estaba claro. «Fue muy buena conmigo», resumió Kafka.⁶

Sonaba un poco—y así debió ser—como si no hubiera viajado con una hermosa joven, sino con una enfermera. Pero a su vez Brod recibió también un informe de Emmy, sin duda más detallado, en el que el encuentro y el pequeño viaje en común aparecían bajo una luz un poco distinta. «Estuve a punto de besarle», escribió Emmy con infantil seriedad a Praga. Si lo hubiera hecho, habría sentido una mejilla ardiente. Porque Kafka tenía un poco de fiebre, también aquel 5 de julio de 1923.

Casa Glückauf, pensión, teléfono 29. Construida en 1909. En la más tranquila de las zonas, el seco bosque alto, a ocho minutos de la hermosa costa del Báltico, el embarcadero, los baños y la extensa playa, protegida de los vientos del norte y del este. Habitaciones luminosas, bien equipadas, ventiladas, casi todas con terraza o balcón cubierto. Vistas al mar. Atención reconocidamente esmerada. Sólidos precios. Las comidas se toman en pequeñas mesas en un agradable y espacioso comedor. Luz eléctrica. Agua corriente. Cisterna. Le daremos gustosos cualquier otra información que necesite. Folleto gratuito. Tel. Dir.: Glückauf. Balneario báltico de Müritz. Karl Schütt.

Hacía diez años que Kafka no veía el mar, y le pareció como si se hubiera vuelto más bello durante ese largo tiempo. Le hacía feliz verlo, aunque ya no pudiera sumergirse en él con tanta inocencia como antes. Dependía de la temperatura... de la suya, que controlaba todos los días.

No sabemos por qué Kafka optó por el balneario báltico de Müritz. Quizá se lo habían recomendado a Elli cuando el año anterior había estado de vacaciones en Brunshau-

⁶ Carta a Max Brod del 10 de julio de 1923.

ten, a treinta kilómetros al oeste de allí; quizá en esa ocasión incluso visitó el sitio. O alguien de la familia se había topado con el anuncio de la pensión Glückauf y a Kafka le habían parecido especialmente agradables las mesitas en las que se servía la comida. Lo decisivo, sin duda, fue una ventaja de Müritz que las guías de viaje destacaban y que también servía para tranquilizar al médico de cabecera: Müritz era balneario de aguas y de aire a un tiempo. Porque estaba situada al borde de las «landas de Rostock», una gigantesca zona boscosa que llega casi hasta las dunas de la playa. Esa combinación de mar y bosque ofrecía a Kafka una constelación casi ideal: le permitía disfrutar de la playa, con sus agradables sillas techadas de mimbre, hombres que jugaban al fútbol, madres que charlaban y niños que corrían, y por otro lado, a sólo unos centenares de metros, le brindaba un silencio total, un ámbito en el que, cuanto más se adentraba en él, tanto más salvaje y diverso se hacía. De ahí que aquel balneario estuviera recomendado expresamente, con toda la razón, a convalecientes, y que en él se encontraran las primeras casas de recuperación dirigidas por profesionales.

La mayoría de los pensiones y hoteles se hallaban al borde del bosque, edificios contruidos al estilo de los balnearios típicos del cambio de siglo, con numerosos balcones y porches protegidos, en parte acristalados como si fueran invernaderos. Kafka tenía una de esas habitaciones, en el segundo piso, apartado de la calle, con vistas al jardincito y al bosque, a pocos pasos de distancia. También su camino cotidiano a la playa (el entonces Badeweg, hoy Franz-Kafka-Weg) discurría bajo un techo de fresnos y hayas, sólo al llegar al paseo marítimo se dilataba el horizonte y se encontraba uno, de pronto, entre bandadas de veraneantes que paseaban. Detrás quedaban el «baño para señoras», el «baño para caballeros» y el «baño para familias». En éste la vida playera (entonces aún dependiente de las cabinas de vestuario) era,

naturalmente, más colorida. Allí alquiló Kafka una silla de mimbre, en la que se pusieron las iniciales F. K. hechas con agujas de pino, un trabajo del que probablemente se encargaron Gerti, que tenía diez años, y Felix, de once.

En Müritz aún le esperaba otra sorpresa. Cuando Kafka abría la puerta de su balcón oía sobre todo voces de niños, un número de niños inusualmente alto. Eso despertaba recuerdos no precisamente buenos del ruidoso grupo que atronaba en Planá al pie de su ventana y que lo había llevado al borde de la desesperación. Pero aquí los sonidos eran muy distintos. Los niños cantaban, ensayaban al parecer canciones en común; también se oían las voces de monitoras, en dos o tres idiomas. Por entre las hojas de los árboles que le rodeaban, Kafka podía distinguir el grupo, que se alojaba en un edificio a unos cincuenta metros de distancia, ya casi en el bosque. Muy pronto debió de hacersele claro que no eran cantos populares alemanes lo que oía. Eran canciones yiddish, inconfundibles, y era la letanía de los jasidim.

El hecho de que Kafka—que el día anterior a su llegada había estado *a punto* de visitar una colonia de niños judíos orientales—se alojara en Müritz al lado de una residencia vacacional del Hogar Popular Judío de Berlín era algo tan improbable que había que verlo no ya como un guiño, sino más bien como una invitación del destino. Había habido un tiempo en el que el hogar de Berlín le había interesado a Kafka más que todo el programa cultural de Praga; había forzado a Felice Bauer a trabajar en él, había hecho donativos, pero nunca había visto con sus propios ojos ese territorio soñado. Desde luego, muchas cosas habían cambiado en los siete años que habían pasado desde entonces, y quedaban atrás los tiempos en los que leía poemas de Werfel a los pasmados hijos de los refugiados polacos para familiarizarlos con los puntos culminantes de la cultura occidental. Entretanto, el sionismo había encontrado numerosos adeptos incluso en

el barrio berlinés de Scheunenviertel,⁷ y el hogar popular estaba dirigido por la Asociación Judía de Senderismo Juvenil, que no sólo quería formar a los niños para hacer de ellos trabajadores y artesanos, sino pioneros para Palestina. Todo se subordinaba al sentimiento de pertenencia a la comunidad judía, y las vacaciones y cánticos en común no sólo eran un esparcimiento, sino que servían ante todo para superar las fronteras entre las distintas lenguas y ambientes maternos. Los niños se llamaban unos a otros *chaverim* ('camaradas'), como si estuvieran ya en el kibutz. Y, naturalmente, se enseñaba hebreo.

Ir a Berlín para visitar el Hogar Popular Judío hubiera supuesto un día de viaje; de pronto, bastaba con unos pasos. Kafka tenía que ir a ver a los niños, a cerciorarse de que aquello *no* era un sueño. Fue algo natural que así ocurriera. Por la otra parte, tampoco él había pasado inadvertido. Probablemente fueron Felix y Gerti los que difundieron por la playa que el delgadísimo, delicado y moreno caballero que ahora se presentaba todos los días allí era su famoso tío, el escritor doctor Franz Kafka. Una de las muchachas del hogar judío, Tile Rössler, de dieciséis años, explicó a sus *chaverim* de quién se trataba: ella era aprendiz de librería, había tenido *El fogonero* en sus manos y adoró a Kafka desde el primer momento. Consiguió hablarle a solas, Kafka aceptó gustoso una charla con ella y escuchó de la boca de ella largas historias domésticas. Finalmente, fue Tile la que se encargó de que lo invitaran a la siguiente celebración del *sabbat*.⁸ Un

⁷ Por su composición social, el Scheunenviertel era un barrio en el que los judíos contaban con pocas simpatías. (N. del T.).

⁸ Tile (Tilla) Rössler escribió más tarde unos recuerdos muy sentimentales de Kafka, que no son del todo fiables y que, comprensiblemente, ponen en primer plano su propio papel (publicados, extractados, con el título: «¿Has oído, Tile? El canalla se llama Franz», en Koch 2009:206-222). Aun así, esas notas son una fuente importante, porque las comunicaciones postales de Kafka desde Müritz fueron muy escasas. También la cualidad de Kafka, que Rössler resalta, de tomar completamente en serio los senti-

gran acontecimiento para todos. Ese mismo día él se procuró un libro de oraciones hebreo, un *Sidur*, y preguntó qué versos se leían. Quería prepararse, para no llamar demasiado la atención con su ignorancia. Porque en toda su vida Kafka no había participado en una fiesta así, con la sala decorada ex profeso, bendiciones, música jasídica y comida abundante.

La tarde del 13 de julio, una semana después de su llegada, Kafka acudió con el devocionario en el bolsillo. Por una ventana de la planta baja se asomó a la cocina, en la que trabajaba una joven, una mujer de melena corta, densa y rizada, mejillas redondeadas y labios carnosos. Sostenía en la mano un cuchillo con el que descamaba el pescado para el banquete. Kafka titubeó al verla. Sólo cuando ella alzó la vista, entró: «¡Unas manos tan delicadas y tiene usted que hacer un trabajo tan cruento!», dijo.⁹

Dymant, Dimont, Dymand, Diament, Dimant, Diamant. De nombre Dvojne, Dworja o Dora. La falta de estabilidad del apellido, que en los pocos documentos conservados aparece con seis grafías distintas, significa extranjería, falta de pertenencia: son transcripciones de signos hebraicos al yiddish y al alemán. La joven formaba parte de ambos mundos: para las autoridades alemanas era Dora Diamant, más tarde firmaría una dedicatoria en un ejemplar de *Un médico rural* como «Dora Dymant-Kafka».

«Yo venía del Este, era una criatura oscura», recordaba:¹⁰

mientos y conflictos de los adolescentes ha sido atestiguada y documentada, por ejemplo en sus cartas a Minze Eisner. A partir de mediados de los años veinte, Tile Rössler estudió danza moderna en la escuela Palucca de Dresde; más tarde trabajó en Israel como coreógrafa.

⁹ Dora Diamant, «Mi vida con Franz Kafka», en Koch [2009:23].

¹⁰ *Ibid.*, p. 195. Los datos sobre los primeros años de Dora Diamant, acerca de los cuales apenas se ha sabido nada concreto durante mucho tiempo, siguen esencialmente el pionero trabajo de Diamant [2003].

había nacido el 4 de marzo de 1898 en Pabianice, una localidad industrial próxima a Lodz. En aquel momento no existía un Estado polaco, por lo que sus padres—Herschel Aron y Frajda (Friedel, en yiddish), que aún no habían cumplido los veinte años cuando se casaron—fueron súbditos de los zares. Tuvieron ocho hijos, pero los dos primeros sólo vivieron unos meses. Dora fue la segunda de las dos chicas, entre los seis hermanos supervivientes. La madre murió pronto; quizá fue el último alumbramiento, en el año 1905, el que le costó la vida, quizá fuera la tuberculosis.¹¹

Herschel se trasladó con los niños a Będzin, en la Alta Silesia, una pequeña ciudad en la cuenca carbonífera con predominio de población judía. Allí fundó una manufactura que producía tirantes y ligas para calcetines, y se convirtió en un personaje acomodado al que llamaban Herschel *der Schleikesmacher*. Pero cuando salía al trabajo por las mañanas ya había dejado atrás varias horas de lectura y oración. Porque era el modelo del erudito jasídico, poseía una extensa biblioteca, leía hebreo antiguo, hablaba yiddish y alemán además de polaco y observaba del modo más estricto no sólo los rituales religiosos, sino también los mandamientos prácticos del judaísmo ultraortodoxo, incluyendo el generoso apoyo y manutención de numerosas familias. El mentor espiritual de Herschel durante largos años fue el «rabino milagroso» de Ger (el nombre yiddish de Góra Kalwaria), cabeza de una «corte» jasídica extremadamente conservadora, con influencia en toda Polonia.

Dora creció en un mundo en el que todo movimiento y todo acontecer cotidiano se veía sublimado simbólicamente,

¹¹ Un indicio de tuberculosis se encuentra en una de las «hojas de conversación» del último mes de Kafka: «cuéntame cómo ha bebido tu madre... ¿No ha tenido nunca una enfermedad menor que hizo que le prohibieran beber durante un tiempo» (*Cartas, 1902-1924*, p. 486). Dado que en Kierling Kafka no se dirigía a nadie más que a Dora llamándola de tú, es evidente que se refiere a Frajda Diamant.

pero también estaba encadenado por una densa red de preceptos religiosos. Allí no había proyectos de vida individuales, menos para las mujeres, y hacía falta una notable fuerza de voluntad y la concurrencia de extraordinarias circunstancias para salir del camino trazado sin caer en la ruina social. Resultaron significativas dos catastróficas conmociones que abrieron a Dora la puerta del mundo exterior. Por una parte, la temprana muerte de la madre, suceso que ya antes de la pubertad la obligó a adquirir cierta autonomía, y que probablemente también impidió al padre llamar demasiado pronto al casamentero: al fin y al cabo, necesitaba a alguien que se hiciera cargo de la casa. La segunda catástrofe fue el comienzo de la Primera Guerra Mundial, que hizo que en Będzin aparecieran miles de rostros desconocidos y las barreras entre los diferentes ambientes judíos se derrumbaran definitivamente. También allí el sionismo político ganó influencia sobre todo entre la juventud, y de pronto muchachas de familias ultraortodoxas, moderadamente religiosas y totalmente asimiladas se encontraron juntas en el mismo curso de hebreo.

Dora estudió a los clásicos sionistas, especialmente los escritos de Herzl, aprendió *ivrit*, vio teatro judío oriental e incluso participó en algunas representaciones. Un escándalo, que puso a su padre en el más penoso dilema que cabía imaginar. Porque la mayor autoridad espiritual que él conocía, el rabino de Ger, amenazaba a todos los judíos que no sacaran a la mayor brevedad a sus hijos de los círculos sionistas con la exclusión de la comunidad. ¿Qué podía hacer el influyente Herschel? Lo más aconsejable parecía quitar de en medio a la muchacha, llevarla lejos de Będzin, lejos de sus demasiados amigos. Fue con ella a Cracovia y la metió en un internado judeo-ortodoxo bendecido por el *rebbe*,¹² la primera escuela Beth Jakob para la formación de maestras rigurosas y conocedoras de la Ley. Pero era demasiado tarde para

¹² 'Rabí'. (N. del T.).

eso. Dora tenía ya diecinueve años, y el furor antisemita con que se encontró en la gran ciudad polaca no era en absoluto lo más adecuado para apartarla de sus sueños palestinos. Huyó de Cracovia, se abrió paso hasta Breslau y fue atrapada de nuevo por su padre, que tras la segunda escapada con éxito de Dora abandonó la persecución y guardó luto por su hija como si hubiera muerto.

Durante alrededor de un año ella se quedó—probablemente registrada como refugiada—en Breslau, en la Silesia alemana. Trabajó en un hogar de infancia, tuvo contacto con círculos estudiantiles y aprendió alemán muy deprisa. Probablemente fue la de los Badt, de Breslau, una familia de burgueses instruidos de orientación sionista, la que finalmente la indujo a seguir ruta hacia Berlín, porque allí ocupó un puesto en el servicio doméstico de uno de los hijos, el diputado del SPD y presidente de la comunidad judía Hermann Badt. También participó ella misma en asambleas políticas; uno de sus conocidos de Breslau, el médico Ludwig Nelken, se acordaba incluso de haberla visto en Berlín con la destacada comunista Angelica Balabanoff.¹³ Pero en 1920 le proporcionaron otra dirección, por un tiempo la más decisiva de su vida: el Hogar Popular Judío. Una mujer joven que dominaba todos los idiomas importantes necesarios allí, que estaba acostumbrada a unas condiciones de vida parcas, que tenía experiencia con niños difíciles y encima sabía cocinar... Dora Diamant tiene que haber sido un extraordinario golpe de suerte para el hogar popular. No sabemos cuándo salió de viaje por primera vez con los niños refugiados, pero en Müritz parece haber sido la responsable del grupo, pues desempeñaba las tareas de jefa de cocina, administradora y profesora de canto y de lengua.

¹³ Ludwig Nelken, «Una visita médica a Kafka», en Koch [2009:245].

Naturalmente, también Dora se había fijado ya en aquel amable caballero, de aire un tanto infantil, de la pensión, que la mayor parte de las veces iba acompañado por una mujer y varios niños; esa familia llamaba tanto su atención (se preguntaba incluso si no tenía «sangre medio india») que en una ocasión incluso les había seguido por la calle.¹⁴ Sólo ahora se enteraba de que se trataba de un soltero de Praga, judío y, además, escritor. Un escritor sobre el que se acumulaban muchas expectativas, al parecer, pero por otra parte muy modesto, según había de verse, pues nunca quería hablar de sí mismo, más bien prefería aprender, como todos los demás allí. Eso a Dora le gustó y le impresionó. A partir entonces, se vieron tantas veces como las múltiples obligaciones de ella lo permitían.

Kafka guardó silencio mucho tiempo acerca de este encuentro lleno de consecuencias, más aún del que normalmente acostumbraba. A todos les hablaba de su entusiasmo por el hogar popular, por los «alegres, sanos, apasionados niños»: «Cuando estoy entre ellos no soy feliz, pero piso el umbral de la felicidad», escribía a Bergmann;¹⁵ la felicidad de la identificación, como antaño en Praga, cuando por las ventanas del ayuntamiento judío observaba fascinado y excitado a los niños judíos orientales refugiados de forma provisional allí, y nada deseaba más que ser uno de ellos. Tan sólo frente a Klopstock admitió que semejante sueño de felicidad no era posible sin el dolor de la desilusión. Sin duda la colonia de vacaciones en la que ahora pasaba casi todas las tardes era «lo más importante en Müritz y más allá de Müritz». Pero él era un invitado allí, «y ni siquiera un invitado libre de sospecha, cosa que me duele, no un invitado fuera de sospecha, porque con la relación general se cruza una personal».¹⁶

¹⁴ Diamant, «Mi vida con Franz Kafka», en Koch [2009:223].

¹⁵ Carta a Hugo Bergmann de julio de 1923.

¹⁶ Carta a Robert Klopstock de principios de agosto de 1923. Sobre

De todos modos, cultivó también las otras relaciones entabladas, hablaba con la vehemente Tile Rössler y más adelante incluso le escribió una larga y seria carta a Berlín. Y, finalmente, pudo ofrecer a los *chaverim* una sorpresa, que volvió a aumentar su renombre de manera importante: la visita relámpago de su amiga y profesora Puah Menczel-Ben-Tovim, una auténtica palestina... una sensación en Müritz.

A principios de agosto se les unió el marido de Elli, Karl Hermann, para pasar unos días junto al mar, pero tuvo mala suerte: el tiempo empeoró, se produjo una bajada de las temperaturas que barrió la playa y movió a muchos visitantes a hacer las maletas. También para Kafka se acabaron de pronto las horas en común con Dora, los ratos que a diario pasaban en medio de los niños en la cálida arena, a menudo con lecturas hebraicas. Los Hermann decidieron adelantar su regreso, con o sin Franz. Habían acordado que después del Báltico éste iría a pasar unos días a Marienbad, con sus padres, que hacían allí su cura anual. Pero, de la noche a la mañana, también en Marienbad el tiempo se volvió tan inhóspito que renunciaron al encuentro para regresar a casa. Así que Kafka era libre. Ahora tenía que reflexionar.

Desde el punto de vista de su salud, las vacaciones en Müritz habían resultado ser un error. El insomnio y los dolores de cabeza no habían desaparecido, la sensación de constante cansancio y debilidad no disminuía, e incluso había perdido peso. Precisamente allí, donde todos los demás se sentían más fuertes, a él le había quedado claro que Palestina era un objetivo físicamente inalcanzable. Pero en tales circunstancias también los planes comunes con Dora eran de difícil realización. Ella ahora no podía viajar con él, las vaca-

los niños inmigrantes del ayuntamiento judío de Praga a los que Kafka observaba, véase la carta a Milena Pollak del 7 de septiembre de 1920: «si me hubieran dado a elegir lo que yo quería ser, habría querido ser un niño judío del este».

ciones de los niños judíos todavía no habían terminado, pero deseaba ansiosamente que él fuera a Berlín, y estaba dispuesta a hacerle allí la vida tan fácil como estuviera en su mano. En cualquier caso, pasar *voluntariamente* el invierno en Berlín estando enfermo de tuberculosis, en una ciudad de millones de habitantes, fría, asolada por la inflación y sacudida por conmociones sociales, era una decisión para la que sin duda no hallaría comprensión en Praga, una decisión por la que tendría que luchar.

Aun así, dio el primer paso. Sin revelar sus planes a su hermana y a su cuñado, se despidió de ellos en Berlín y tomó una habitación de hotel por tres noches. Quería sondear la situación, probablemente estudió el mercado de vivienda en el *Berliner Tageblatt* y visitó los distritos recomendados por Dora. No sabemos si también visitó a conocidos, únicamente nos consta que ya la primera tarde de su estancia llamó a la puerta de la librería Jurovics, en Charlottenburg, en la que estaba empleada Tile Rössler. Estaba cerrada. Desde hacía poco, algunas tiendas cerraban bastante pronto, dado que nadie quería vender nada, tampoco libros, a los precios del cierre de la Bolsa. Kafka llamó varias veces, y finalmente le abrió la sorprendida y extasiada Tile. Kafka le preguntó, mientras le entregaba un ramo de violetas, si quería ir con él al Deutsches Theater, representaban *Los bandidos* de Schiller, y podía llevar a sus amigas de la colonia de vacaciones.

Por la noche, Kafka fue en metro a Oranienburger Tor y tomó asiento en el teatro con tres muchachas adolescentes. Estaba agotado, y le costó trabajo seguir la obra, con la que estaba familiarizado desde su época del colegio. Pero en una ocasión tocó con el codo a su vecina, se inclinó hacia ella y dijo en voz baja: «¿Has oído, Tile? El canalla se llama Franz».¹⁷

¹⁷ Kafka alude al protagonista de la obra de Schiller que están viendo. (N. del T.).

No se podía ignorar que había vuelto a adelgazar, volvía a estar tan flaco y endeble como hacía tres años. La báscula marcaba 54,5 kilogramos, así que no quedaba nada de los visibles éxitos alcanzados a brazo partido en los comedores de Meran y Matliary, y los padres, para los que el peso de Franz seguía siendo el termómetro de su esperanza, preguntaban con razón qué iba a hacer ahora. Naturalmente, no podía ser tarea de Elli vigilar su alimentación en Müritz. Pero alguien tenía que hacerse cargo de ese problema, al fin y al cabo los tiempos de la miseria y el «matuteo» habían pasado hacía mucho; al contrario que en Alemania, en los mercados de Bohemia había de todo, Franz sólo tenía que comer, sin pensar en los precios. Al final fue Ottla, una vez más, la que salió en su ayuda: había demostrado ya unas cuantas veces, y en condiciones todavía peores, saber cómo «cebar» a su hermano, y además le agradaba la empresa, porque debido a su segundo embarazo aún no había tenido vacaciones. Así que se decidió que Kafka—como el año anterior—se iría un tiempo con Ottla de veraneo, a Schelesen esta vez, es decir, lo bastante cerca como para permitir ocasionales visitas a Josef David.

Kafka se quedó allí cinco semanas. Sabemos poco de las circunstancias exteriores en las que los hermanos vivieron en la casa de un comerciante. Pero a esas alturas del verano no pudieron encontrar nada mejor. Por una parte, Schelesen le era familiar a Kafka desde hacía mucho, allí estaba a salvo de sorpresas, y el nostálgico recuerdo de los alegres paseos con Julie Wohryzek y las luchas interiores en torno a la *Carta al padre*—qué lejos estaba todo aquello ahora—tienen que haber abonado en él la convicción de que con Dora había encontrado un milagro tardío, y de que sus nuevos planes eran mucho más realistas, y también más autónomos, que todo lo que había defendido con tanto encarnizamiento hasta hacía pocos años. Por otra parte, Ottla era la única persona a la que podía contar decisiones de semejante alcance. Mostraba

comprensión para los asuntos «del corazón» incluso cuando contradecían por completo su propia experiencia, y sabía y aceptaba que su hermano podía muy bien renunciar a los bienintencionados consejos de la familia.

Kafka había acordado con Dora que ella buscaría un alojamiento adecuado para él en Berlín y, una vez trasladado allí, le procuraría todo lo necesario (como «administradora», según él mismo le dijo a Tile). La perspectiva de que esto pudiera convertirse en un traslado para siempre, y de que de la administración común pudiera quizá derivarse esa verdadera convivencia con una mujer que desde hacía tanto tiempo anhelaba con todas las fibras de su ser, le parecía tan inmensa a Kafka que no se atrevía a rozarla con las palabras: «yo debo ser una presa apetecida por las fuerzas negativas, ellas luchan como los demonios o, simplemente, lo son», escribió a Brod.¹⁸ Pero ni siquiera Brod sabía, por el momento, que Kafka planeaba despedirse de verdad de Praga y de su familia, tan sólo Ottla estaba al corriente de los preparativos y de la correspondencia casi diaria entre Schelesen y Berlín. A finales de agosto Dora encontró un alojamiento accesible, una habitación amueblada muy a las afueras, en Steglitz, y en el mayor secreto envió a Kafka el decisivo acuerdo con el arrendador.

Según parece, a sus padres Kafka sólo les informó de su partida en el último momento, y lo hizo de tal forma que no les dio ocasión para discusiones demasiado largas. Dado que Ottla había alquilado su alojamiento en Schelesen hasta mediados de octubre, los Kafka daban por supuesto que Franz se quedaría allí mientras el tiempo lo permitiera. Pero de repente, el 21 de septiembre, se presentó en Praga y anunció que dos días después se iba a Berlín, y que se iba solo, en contra de todas las objeciones médicas. Sí, había engordado un poco bajo la supervisión de su hermana, se podía ver si se

¹⁸ Postal a Max Brod del 29 de agosto de 1923.

miraba con atención, y cabía atribuirlo a los benéficos efectos de la mantequilla fresca. Pero no era posible conseguir tal cosa en Berlín, y muchas otras cosas únicamente eran asequibles a precios espantosos. ¿Cómo iba a alimentarse allí? Su futura dieta, sin embargo, no parecía preocupar en absoluto a Kafka, en vez de eso pasó horas ocupado con su maleta, cuyo contenido debía revelar lo menos posible sus verdaderas intenciones. Nada de cosas de invierno, por ejemplo, pues se trataba sólo de una excursión. En la casa no había de todos modos dinero en metálico para más de una o dos semanas. Bueno, los padres se lo enviarían. Ahora lo importante era irse.

Es la noche anterior al gran salto. Kafka la pasa en vela, porque los fantasmas de Praga se han reunido para un último y gran ataque. Los somníferos no sirven de nada, tiene que combatir, el miedo es abrumador. No, no irá. Dora lo entenderá, al arrendador de Steglitz le informará él, por telegrama. Lo que falta es una razón creíble. Desesperado, Kafka empieza a formular el texto del telegrama, pero no lo termina. Por fin alborea, la «señorita» se ocupa del desayuno, su equipaje está listo. El marido de Ottla sube a despedirse, no entiende cómo se puede viajar a Berlín en tiempos como esos. El padre aún refunfuña un poco, pero esta vez no parece enfadado, quizá esté incluso impresionado por la repentina decisión del hijo. La madre mira a su hijo con tristeza. Kafka piensa en lo que ha hablado con Ottla, con qué entrega le ha preparado ella para este gran viaje. No, nada de marcha atrás, nada de telegramas. Se da la vuelta, sube al ascensor, las puertas se cierran, y por primera vez no dice cuándo va a volver.

27. EL BORDE DE BERLÍN

Me duelen muchas cosas que tan sólo molestan a otros.

LICHTENBERG, *Aforismos*

Me parece que en el momento en que dos personas se casan porque quieren ser felices juntas se arrebatan y cierran la posibilidad de esa felicidad... Dos personas sólo pueden tener un motivo razonable para casarse, y es que les resulte imposible no casarse. Que, sencillamente, no puedan vivir el uno sin el otro. Sin ningún romanticismo, sentimentalismo, tragedia: eso es.

Fue Milena Pollak la que publicó a principios de 1923 estas poco sentimentales palabras, en un artículo titulado «El diablo en el fogón». Kafka no sólo leyó ese texto, lo estudió y comentó en detalle, casi frase por frase.¹ Era evidente que Milena extraía esa conclusión de su propio matrimonio, sobre todo de la desproporción, mantenida durante años, entre las grandes convicciones, demasiado grandes, y las agotadoras fricciones por motivos muchas veces nimios. Era absurdo, escribía, hacerse mutuas promesas que nadie podía mantener; era mucho mejor—aunque también más difícil—aceptar al otro tal como es y comportarse de manera «humanamente decente» en las llanuras de la vida cotidiana. Ésa era también la opinión de Kafka desde hacía mucho: no bastaba con reemplazar las viejas convenciones del matrimonio y la familia, que para sus padres aún eran inapelables, por juramentos de amor y pasión eternos, y la interminable búsqueda de la pareja «ideal» no era una solución. Ya ante Felice

¹ Milena Jesenská, «Dábel u krbu», *Národní listy*, 18 de enero de 1923, pp. 1 y ss. Hay una traducción al alemán de Kurt Krolop en el apéndice a la edición alemana de las cartas de Kafka a Milena, pp. 394-401. Para las notas de Kafka de enero o febrero de 1923 véase este mismo apéndice.

había insistido una y otra vez en que sólo un profundo sentimiento de común pertenencia podía sostener y justificar un matrimonio, sin importar por qué forma de vida en común se optara. Ponía en esto un énfasis existencial, pero la renuncia de Kafka al vocabulario romántico del corazón también tenía un punto de pragmatismo, incluso de objetivización, que en realidad tenía que haber gustado a Felice. Lamentablemente, sólo podía citar como modelos parejas burguesas casadas, y cuanto iba más allá de eso era fantasía y literatura.

Pero la situación había cambiado a lo largo de una década. Kafka había conocido a mujeres checas seguras de sí mismas, también Ottla había seguido su propio camino durante años; las leyes no escritas de la «reputación» y el «buen nombre» se hacían cada vez más permeables. Finalmente, la guerra y la conmoción social que trajo consigo le habían llevado a la convicción de que los antaño intocables procedimientos de planificación burguesa de la vida no sólo eran hostiles a la vida, sino también anacrónicos. Ya no tenía sentido contar en décadas, o incluso en generaciones. También Kafka había envejecido. Aun conforme a las varas de medir de sus padres—por las que, a falta de otra cosa, siempre se había dejado influir—, un cuarentón ya no estaba obligado a cualesquiera «exploraciones de compromiso matrimonial», y encargar a despachos de detectives que indagaran acerca de la familia del futuro novio empezaba a ser cada vez peor visto, incluso entre la clase media burguesa.

Esa evolución supuso para Kafka una forma de relajación que no hubiera podido imaginar poco años antes. Sin duda había perdido la lucha por el matrimonio, igual que la lucha *contra* un matrimonio—el de Milena—; y si el matrimonio era una institución que representaba la vida, entonces, como eterno soltero, no sólo era un perdedor sino, peor todavía, una especie de retrógrado social. De hecho, durante un tiempo Kafka estuvo decidido a asumir esa consecuencia y emigrar de la vida, no hacia la verdadera muerte, con la que

la tuberculosis de todos modos le amenazaba, sino hacia la literatura. Y tenía que preguntarse si ese impulso de huida no determinaba incluso sus planes respecto a Palestina, si en última instancia también esos planes no apuntaban tan sólo a despejar lo antes posible el campo después de la derrota.

Ahora, en cambio, muy tarde, empezaba a entender que algunas cosas que eran posibles le habían resultado imposibles sobre todo porque él se había empeñado en que así fuera. El concepto «intento de matrimonio» era ilustrativo de esto: él no lo había empleado en absoluto de manera irónica, sino que recordaba más al logro de un saltador de altura o un examinando que a un acto social íntimo, y era precisamente en eso en lo que se advertía hasta qué punto había interiorizado a pesar de todo el catálogo de obligaciones que le había sido dado. Ahora bien, ¿cuál era la alternativa si, como había expuesto por ejemplo Otto Gross, no quería uno deslizarse hacia la irresponsabilidad social? De forma paradójica, fue precisamente el miedo a esos exámenes—un miedo que crecía con cada «suspense»—el que por fin mostró a Kafka una salida. Decidió, para no anular en el futuro las relaciones humanas, descartar todo «sacramento de indisolubilidad», toda «unión que se reproduce de manera grandiosa ante el cielo». Así lo formuló ante Klopstock, para amortiguar un poco su amistoso asalto. Pero cuando ese propósito se refería a la vida con una mujer, Kafka sostenía exactamente lo que Milena reclamaba en su artículo: acabar con las exigencias forzadas y destructivas, a uno mismo y al otro.

Sin duda a Kafka no se le habría pasado por la cabeza que él, que no había pasado ni un día con una amada en una vivienda común, sería capaz un día de asumir, no sólo por sí mismo, sino en unión de una mujer, una actitud tan relajada, enteramente referida al presente. Y sin embargo lo consiguió, en ese mismo año de 1923. Con Dora Diamant no hubo que hablar de planes de matrimonio, ni de planificación fa-

miliar o del papel de los padres, ni siquiera de la cuestión de cómo y con qué nombre presentarse de puertas afuera. Eso se daría por sí solo en algún momento. Los dos deseaban pasar mucho tiempo juntos, los dos sabían que eso sólo era posible con tres condiciones: Kafka tenía que abandonar Praga, y por tanto el círculo de influencia de su familia; Dora tenía que ocuparse de sus necesidades cotidianas y, finalmente—el menor impedimento—, él tendría que compartir su pensión con ella. Ése fue el acuerdo.

Sobre una base así, bien podían dejar para el futuro la cuestión de si aquello—una judía oriental de veinticinco años y un judío occidental de cuarenta, enfermo de tuberculosis—podía «salir bien». Fue, y como tal la percibieron, una constelación extraordinaria y feliz. La energía con la que Dora se había abierto camino, y la inmediatez con la que sin embargo se dejaba afectar por el destino de otros, impresionó y conmovió a Kafka, y le recordó sin duda a su hermana menor. Dora se había liberado de las cadenas sociales de la ortodoxia judía, había aceptado en aras de su libertad romper con su propia familia, y aun así se mantenía fiel a sus orígenes, con tristeza pero con orgullo: una actitud que Kafka también había admirado y apreciado antaño en Jizchak Löwy. A su vez, para Dora, Kafka representaba un ideal humano: un hombre que afirmaba por completo su identidad judía y con todo había absorbido y refinado en grado superlativo todo lo que le fascinaba en Occidente: educación, individualismo, humor con un toque de superioridad, y un sentimiento social que iba más allá del propio colectivo. Incluso encontraba en Kafka la exacerbada atención hacia lo insignificante, lo cotidiano, esa «santificación» de la vida que predicaba el jasidismo y que Dora había interiorizado profundamente: nada se le escapaba, disfrutaba de las cosas más sencillas, e incluso cuando se le forzaba a la resistencia y la crítica los sentimientos de menosprecio le eran completamente ajenos.

Finalmente, se vio que incluso su relación con la literatura

se subordinaba por entero a esta actitud, que apuntaba a la inmediatez. Durante las primeras veladas en el hogar de vacaciones de Müritz había sido recibido como escritor, como un hombre importante al que correspondía un especial respeto. Pero eso era exactamente lo que Kafka no quería. Por importante que la palabra escrita fuera para él, seguía asustándole la idea de que precisamente la literatura pudiera convertirle en una figura pública, es decir, una figura puesta en un pedestal social. Era consciente—y cuando lo olvidaba se lo recordaban sus amigos—de que creaba obras de arte que, una vez libradas al mundo, desplegaban un efecto autónomo que iba más allá de su propio horizonte vital, tanto espacial como temporal. Pero ésa era una idea que él seguía siendo tan incapaz de armonizar con la intimidad de la escritura como siempre.

«Cuando se trataba de literatura no transigía y no estaba dispuesto a aceptar ningún compromiso, pues toda su existencia se veía afectada por ella. No sólo quería ir al fondo de las cosas... Él mismo estaba en el fondo», recordaba Dora Diamant.² Así era exactamente; quizá se trate incluso de una formulación del propio Kafka, y confirmaba la opinión de Dora de que la lengua literaria es inseparable de su creador, igual que un ademán significativo o una expresión mímica. Ella leía y escuchaba las anotaciones de Kafka como si se tratara de mensajes personales, buscaba en ellos lo que la atraía, porque, si eran textos salidos de la mano del hombre amado, eran mensajes dirigidos *a ella*. Sólo más tarde, demasiado tarde, fue capaz Dora Diamant de relativizar esa idea (que aún daría notables dificultades a Max Brod al editar su legado), pero ella insistía en que, para alguien ajeno, era completamente imposible entender a Kafka sólo a partir de sus

² Dora Diamant, «Mi vida con Franz Kafka», en Koch [2009:230].

obras publicadas, sin su presencia. La idea de que un escritor de alto nivel es una magnitud de la historia del pensamiento que, además, lleva una vida física, una vida privada, le habría parecido absurda, y todo habla en favor de que lo que le fascinaba no era el talento literario de Kafka, sino tan sólo su irradiación personal.

Tenía que ser un alojamiento tranquilo, lejos del ruido de la ciudad, bien ventilado, con comercios cerca y una conexión no demasiado complicada con el centro. No era fácil, pero Dora había elegido bien. Cuando Kafka fue a visitar por vez primera su casa en Steglitz, que hasta entonces no conocía más que por descripciones escritas, se sintió más que aliviado: una gran habitación con mirador, agradablemente amueblada y, a voluntad, el uso del balcón de los propietarios, un comerciante y su mujer, que vivían ellos mismos de alquiler en el número 8 de la Miquelstrasse (hoy Muthesiusstrasse, esquina con Rothenburgstrasse). Era un ambiente pequeño-burgués, apacible, típico de ese distrito periférico: los vecinos eran un funcionario de banca, un artesano, un ingeniero, otro comerciante y tres jubilados. Pero sobre todo el entorno próximo entusiasmó a Kafka y le hizo pensar enseguida en pasar el invierno allí: era el borde de Berlín, con tranquilas avenidas orladas de árboles, que apenas parecían haber cambiado desde los tiempos en que Steglitz era un pueblo. Sólo en las dos décadas pasadas la expansión de Berlín se había abierto paso hasta allí, Steglitz se había incorporado a la ciudad como distrito, pero la Miquelstrasse, escribía Kafka, era en realidad la última calle que aún tenía carácter urbano, porque, si se iba un poco más allá, a los pocos pasos se estaba rodeado de jardines y villas de aire rural. «Si, en estas tardes tibias, salgo de la casa, sale a mi encuentro desde el viejo y exuberante jardín un aroma que no creo haber sentido en ningún otro sitio con esta fuerza y delicadeza, ni en Schele-

sen, ni en Meran, ni en Marienbad».³ Más lejos aún, a poco más de media hora a pie, se llegaba a Grunewald, y si eso resultaba demasiado lejos, Kafka podía descansar en el nuevo jardín botánico de Dahlem, que no estaba ni a mil metros de distancia. A la vuelta de la esquina estaba la Schlossstrasse, que empezaba a convertirse en centro regional del comercio minorista, y allí también estaban el Ayuntamiento de Steglitz y la parada de la línea 6, con la que se llegaba al centro de la ciudad. Cortos recorridos por doquier, las comodidades de la gran ciudad y el aroma de un balneario mediterráneo... incluso si Kafka exageraba un poco para tranquilizar a su familia en Praga, había tenido mucha más suerte de la que le cabía esperar con sus escasos recursos.

De Dora no sabemos nada a través de las cartas de Kafka a la familia, es probable que los padres aún no supieran nada de su existencia.⁴ De modo que no se menciona en ellas una de las mayores ventajas de la casa de Steglitz, el hecho de que estaban permitidas «visitas de damas». Desde luego, no por la noche. Aun así, Kafka todavía no se atrevía a pensar en una auténtica convivencia con Dora, no hubiera podido *al mismo tiempo* con ese doble éxodo, tan perseguido durante tantos años: de la ciudad natal a la metrópoli desconocida, y de la autárquica soltería a la comunidad vital con una mujer. Dora, que tenía una habitación o un lugar donde dormir en el Scheunenviertel, recorría casi todos los días el largo camino hasta Steglitz para abastecer a su amigo de todo lo necesario. Kafka hacía en persona las compras menores—todas las mañanas se ponía en camino con su lechera y hacía cola vestido con traje y corbata—, y los caseros se encargaban del

³ Postal a Ottla David del 2 de octubre de 1923.

⁴ Abona esta idea el hecho de que Dora jamás aparezca mencionada en las postales a Ottla anteriores a diciembre, aunque naturalmente la hermana estaba en el secreto; está claro que Kafka quería asegurarse de que pudiera enseñar las postales a sus padres.

desayuno. Pero de todo lo demás se ocupaba Dora, y como sólo era posible ir a un restaurante una o dos veces al mes, también se ocupaba de las comidas calientes, que preparaba con dos hornillos de alcohol y una «cocina de campaña» con aislamiento térmico en la que las comidas terminaban de hacerse sin fuego. Luego daban paseos juntos, por las tardes Kafka echaba la siesta, y a menudo le leía en voz alta relatos de Grimm, E. T. A. Hoffmann o Kleist, a veces incluso entrada la noche, mientras ella escuchaba tumbada en el sofá. O hacían sombras chinescas, para lo que él mostraba un don especial. La habitación estaba un tanto en penumbra, no había luz eléctrica y en consecuencia sólo disponían de luz de gas, pero Dora consiguió, a partir de piezas prestadas y compradas, montar una gran lámpara de petróleo para que Kafka tuviera al menos una iluminación tolerable para leer y escribir. El bucólico alojamiento de Steglitz sólo tenía un defecto que ni siquiera Dora podía subsanar, por muy amenazador que fuera: costaba quinientos mil millones de marcos al mes.

«¿Qué tal?». «Bien, si el índice quiere». Los berlineses tenían una broma a punto para casi todo,⁵ pero lo que ocurrió desde el otoño de 1921 en sus mercados, en los grandes almacenes, tiendas de alimentación y bancos, sometió a una dura prueba incluso al más jugoso «humor berlinés». Los índices que se publicaban a diario—cotizaciones y precios del comercio mayorista, en los que se reflejaban los propios ingresos reales—se dispararon, se aceleraron y finalmente explotaron. Todas las mañanas, incluso personas que tenían sus ingresos en un sobre y nunca en su vida habían tenido en sus manos una divisa extranjera preguntaban como un oráculo la cotización del dólar. 4,20 marcos = 1 dólar, habían aprendi-

⁵ Kafka cita esta frase en una carta a Valli Pollak del 12-15 de noviembre de 1923.

do antes de la guerra. En enero de 1922, eran 200; en agosto, 1000; desde julio de 1923 se contaba en millones, poco después en miles de millones.

El proceso no tenía parangón histórico, y ni siquiera los economistas que después de la guerra advertían de la posibilidad de un desplome de la divisa alemana estaban en condiciones de imaginar las extravagantes circunstancias en las que la catástrofe tendría lugar. Cualquier lector de prensa, en cambio, conocía las causas de la debacle: el inmenso endeudamiento del Estado alemán, que no había librado su guerra de conquista elevando los impuestos, sino imprimiendo dinero. Y fueron las elevadas exigencias de reparaciones de las potencias vencedoras europeas—la más implacable, Francia—las que hicieron que el daño causado hubiera de pagarse a largo plazo. Ni en la conferencia de Spa (junio de 1920) ni con otros ruegos consiguió el Gobierno alemán una quita apreciable o al menos una extensión de los plazos: como mucho, se aceptaron a cambio valores reales. «Estamos dispuestos a pagar, pero no podemos», era la frase diplomática. «Si se suspenden las reparaciones, nos las cobraremos nosotros», rezaba la respuesta de París. Casi nadie podía tomar en serio esa amenaza porque, con ocupación militar o sin ella, ¿de dónde iba a sacar una Alemania económicamente arruinada más de dos mil millones de marcos oro al año? Pero Francia estaba decidida a una acción ejemplarizante, en enero de 1923 invadió de hecho la cuenca del Ruhr, se llevó carbón y bienes de equipo industrial y cargó en la cuenta los costes de la ocupación. Un error que iba en contra de todo conocimiento económico. Porque aquello de lo que se había acusado a Alemania durante años—debilitar intencionadamente su propia divisa, atizar la inflación—ocurrió en ese momento, y a una escala autodestructiva. Para compensar las pérdidas y para apoyar a la población de la cuenca del Ruhr en su «resistencia pasiva» contra los ocupantes, el Reichsbank imprimió cantidades inmensas de papel mone-

da, respaldadas tan sólo por buenas palabras. Los precios volvieron a subir con fuerza, y los aumentos de sueldos y salarios con los que hubo que apaciguar a las indignadas víctimas de esta política monetaria fueron efectuados a su vez con papel recién salido de la imprenta. Desde julio de 1923 el carrusel se volvió imparable: el marco perdía valor todos los días; en agosto todo el sistema monetario alemán quedó completamente fuera de control; el 21 de septiembre, dos días antes de la llegada de Kafka a Berlín, entraron en circulación los primeros billetes con un valor nominal de mil millones de marcos. Y eso aún no era el final.

Apenas cabía imaginar un momento peor para trasladarse a la capital alemana. Allí era donde las tensiones sociales eran más agudas, la hiperinflación más devastadora en sus repercusiones. Berlín pasaba hambre como en las últimas semanas de la monarquía, con la diferencia de que ahora las codiciadas mercancías *existían* y a veces se mostraban provocadoras en los escaparates. Quien había confiado en los bonos de guerra, las cartillas de ahorro o su pensión ya no tenía nada, sin importar lo elevados que hubieran sido sus anteriores ingresos; en cambio, quien se había asegurado valores reales los cambiaba por dólares, y una vez que cerraban las tiendas se podía con ellos conseguir casi cualquier cosa. Esa manifestación injusticia condujo a un embrutecimiento de la vida pública como nunca se había vivido, ni siquiera en tiempos de guerra. Ahora se oía hablar constantemente de mendicidad agresiva, atracos a plena luz del día, motines y saqueos espontáneos, enfrentamientos violentos con la policía, huelgas y marchas de protesta diarias y espontáneas, contra las que ya de nada servía la prohibición de manifestarse vigente desde hacía meses. A partir de mediados de octubre la situación volvió a empeorar de manera dramática cuando la ciudad de Berlín interrumpió la emisión de cupones de pan (cuya fabricación y distribución ya no era posible pagar), aboliendo así los «panecillos comunales» como último alimento al alcan-

ce de todos los bolsillos. En los distritos del centro muchas tiendas dejaron de abrir o sólo lo hacían con protección policial, patrullaban vehículos acorazados, y sólo por la fuerza se logró evitar el asalto popular al Ayuntamiento.

Para Kafka, era como haberse instalado al borde de un campo de minas. Allí afuera, en los distritos que hacía poco que pertenecían al Gran Berlín, el ambiente seguía siendo comparativamente pacífico; lo que ocurría en el centro prefería saberlo por el periódico *Steglitzer Anzeiger*, que estaba expuesto públicamente en la Schlossstrasse, antes que por propia observación. Iba a la ciudad como mucho una o dos veces por semana, y siempre con el miedo de la persona endeble a no aguantar la prisa y la agitación. Se reunía con Brod en el café Josty, visitaba a Puah, que trabajaba en un hogar para muchachas, se hacía fotos de pasaporte en los grandes almacenes Wertheim... y regresaba «en un estado miserable y agradecido en lo más profundo por vivir en Steglitz».⁶ También en esto se mantenía fiel a su costumbre de reprimir las quejas en la medida de lo posible, cuando afectaban a *todos*. Incluso en sus comunicaciones con Brod, al que Emmy mantenía al corriente de la situación en Berlín, Kafka se limitaba a hacer alusiones muy pasajeras a la situación, y sus cartas no transmiten en absoluto la idea de que vivía en una metrópoli que se encontraba al borde de la anarquía social o de una guerra civil. Pero sus allegados, a los que siempre hablaba de cuestiones prácticas, pero nunca de preocupaciones políticas, no dejaban de seguir las noticias—más que elocuentes—en el *Prager Tagblatt*. Por suerte, no podían saber que mantenía una relación especial precisamente en el barrio más afectado, el Scheunenviertel. Pero los reportajes que escribía, por ejemplo, Alfred Döblin, que servían de dudoso entretenimiento a los lectores de Praga, eran lo suficientemente terribles, y no dejaban duda alguna de que, después

⁶ Carta a Max Brod del 22-24 de octubre de 1923.

de su paso por todos aquellos valles entre montañas, lugares de veraneo y sanatorios, Kafka había optado en esta ocasión por una especie de purgatorio:

La escena era fantástica incluso para un berlinés. La Grenadierstrasse y la Dragonenstrasse, donde viven los judíos orientales, están cortadas por la policía; las calles ofrecen un aspecto sombrío. En las esquinas, grupos de personas que presionan con fuerza; escaparates y postigos rotos. Insultos y cuchicheos. Esta Münzstrasse es ya de por sí un centro de esa peligrosa chusma, aquí las patrullas policiales están a la orden del día. Ahora, al parecer, están todos muy contentos, los caballeros de pañuelo al cuello y airosa gorra. Pero también hay hombres obesos y desconocidos, de aspecto muy burgués, y muchas mujeres. Una mirada basta para ver que a la mayoría el antisemitismo no les importa; de lo que se trata es de saquear.⁷

Era difícil refutar a tales testigos oculares, pero los padres de Kafka tenían un punto débil que éste conocía muy bien y que sabía aprovechar de forma ya casi rutinaria: su disponibilidad a cerrar los ojos. Si se les ponía ante un problema abarcable, no demasiado fácil de resolver pero que se podía abordar con medios prácticos, se apresuraban a concentrar toda su energía en él y olvidaban por algún tiempo problemas mucho más graves cuya solución no estaba en su poder, quizá en poder de nadie. Y también esta vez las cosas funcionaron de ese modo.

Nos han llegado diecinueve cartas y postales que Kafka envió a sus padres desde Berlín. Casi todas tratan exclusivamente de precios y tipos de cambio, necesidades domésticas y de vestuario, y naturalmente de sus preocupaciones relativas a la alimentación, que no se podían negar, pero que tal como él las mostraba eran perfectamente soportables. Había

⁷ Alfred Döblin, «Durante la batalla, cantan las musas», *Prager Tagblatt*, noviembre de 1923, pp. 3-4.

suficiente comida, afirmaba, el pan era incluso mejor que en Praga; sólo la mantequilla era incomedible: ¿no podrían enviarle un poco? También había huevos, sólo que eran caros, hacía poco que al cambio valían media corona por unidad, y ahora de repente 1,60 coronas. Kafka no se molestaba en hacer el cálculo de que el precio nominal de un solo huevo ascendía de hecho a tres mil millones de marcos; era evidente que en tales circunstancias quizá fuera posible asegurar la alimentación de una persona sana, pero en absoluto la de un enfermo de tuberculosis. Para la madre, razón suficiente para enviar regularmente, con ayuda de Ottla, paquetes que primero contenían alimentos, luego también ropa de invierno y pequeños objetos domésticos. Sin embargo, de ninguna de sus cartas se desprende que los padres se hayan interesado nunca por la atención médica que recibía, y al parecer una sola vez se animó el padre a plantear la pregunta evidente sobre el sentido de toda aquella empresa: quería saber si Franz tenía «planes de futuro» en Berlín.

En realidad, Kafka no sólo tenía preocupaciones económicas—algo ya familiar para él desde que no cobraba su sueldo íntegro—, sino que vivía en Berlín al borde de la pobreza, y en más de una ocasión pensó en interrumpir el experimento para adelantarse a la ruina total. Para ahorrar en franqueo, enviaba en vez de cartas apretadas postales (cuyo envío de todos modos costaba 36 000 millones de marcos). No se permitía el lujo de comprar el periódico, ni de ir al cine ni al teatro, ni de realizar recorridos superfluos en tranvía. Naturalmente, tampoco medicamentos. Una vez agotado el costoso alcohol, sucedió que Dora calentara la comida con cabos de vela, y la visita a la lavandería se aplazaba todo el tiempo posible. Kafka no disponía de reservas; si su pensión de Praga no llegaba a tiempo, tenía que pedir a conocidos—tal vez por primera vez en su vida—que le prestaran algo. También la compra de libros estaba fuera de toda posibilidad; lo que había en sus estantes provenía casi exclusi-

vamente de su maleta de Praga: una triste visión. Y era una especial perfidia del destino que precisamente el teléfono—un artefacto que irritaba más que nunca a Kafka—fuera una de las pocas comodidades de la vida cuyo precio estaba por debajo de la inflación general. Lo más sensato era—había aconsejado el periódico *Vossische Zeitung* al principio del terremoto económico—llamar lo más posible por teléfono, porque de ese modo uno recibía algo a cambio de su dinero. No era un consejo especialmente útil para Kafka. Sea como fuese, era posible llamar por teléfono a su diminuta casa de Steglitz, aunque quien lo hacía oía la mayoría de las veces la voz de Dora.

Que Kafka mantuviera su solvencia incluso en el punto culminante de la hiperinflación, entre septiembre y principios de diciembre de 1923, y que por lo menos no pasara hambre, se debió sobre todo al hecho de que percibía sus ingresos en moneda checa. Paradójicamente, por la misma razón no le iba mucho mejor que a un pensionista alemán. Porque sin duda disponía de unas mil coronas al mes, pero se abonaban en Praga. Para poder gastarlas, no sólo había que transferirlas a Berlín, lo que estaba sujeto a tasas enormes, sino que—lo que era peor—había que convertirlas a marcos, porque el cobro en divisas (con el que habría sido posible vaciar los comercios de Berlín) estaba prohibido a los comerciantes y arrendadores alemanes. Todo eso llevaba tiempo, y ahora el tiempo comportaba una pérdida de dinero perfectamente calculable. Kafka se puso fuera de sí cuando supo que sus padres, ignorantes de la dinámica de las divisas, habían enviado a Berlín un cheque de varios cientos de coronas convertido a marcos, calculados a la cotización del día de envío. Tres días después, cuando Kafka recibió el pago, había perdido ya un tercio de su valor debido a la acelerada inflación, y el banco emisor se apuntó como ganancia la diferencia. Indignado, Kafka escribió: «prefiero perder dinero por mí mismo que dando un rodeo a través de los

bancos».⁸ Era mucho más seguro enviar simplemente por correo los billetes de banco checos, y más tarde los Kafka utilizaron a toda clase de amigos y conocidos que iban casualmente a Berlín para enviar a su hijo grandes sumas, que había que ir en tranvía a recoger a alguna parte. Eran engorros y molestias, se tomara como se tomara, y Kafka estaba todo lo contrario que feliz de depender de sus padres, no sólo en lo relativo a los paquetes de mantequilla, sino también a sus escasas finanzas.

Y encima ni siquiera cabía dar por descontado que las sumas correspondientes a su pensión llegaran a ser abonadas a la familia. Kafka no era, *estricto sensu*, un jubilado anticipado, tan sólo se encontraba en «retiro temporal», y eso significaba que el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo seguía teniendo derecho a su fuerza de trabajo. Una curación espontánea de la tuberculosis habría significado su regreso a la oficina, o la retirada de la pensión. El instituto tampoco estaba obligado en modo alguno a aceptar sin más que residiera en el extranjero, donde no podía beneficiarse de sus servicios. Kafka ni siquiera había pensado en ese problema; ni siquiera sabía, cuando tuvo lugar su apresurada partida de Praga, cuáles eran las normas al respecto y qué tenía que hacer para asegurar jurídicamente la continuidad de los pagos de su pensión. Bueno, no tenía por qué justificar ante nadie un pequeño viaje. Pero transcurrido un trimestre, ya una vez que Kafka había decidido pasar el invierno en Berlín, era hora de decir la verdad al director. Lo hizo, en primer lugar, a través de Ottla, que fue en persona al instituto y fue escuchada con benevolencia. Luego, Kafka describió en un extenso escrito su situación financiera y de salud y, para no predisponer mal a Odstrčil con cualquier paso en falso lingüístico, hizo que su cuñado Josef David tradujera la carta a un perfecto checo.

⁸ Carta a Ottla David del 22 de noviembre de 1923.

Ante todo tenía que justificar hasta qué punto una estancia en Berlín contribuía a la recuperación de su capacidad de trabajo, porque el instituto no habría aceptado que un semi-jubilado arruinara de forma voluntaria su salud. No, escribía Kafka, la decisión había sido muy meditada y era razonable. Por una parte, esperaba del cambio de ambiente una favorable influencia sobre sus «dolencias nerviosas» (ésta era la expresión oficial para sus «fantasmas»); por otra, según le había asegurado el médico, Steglitz «no era desfavorable» para sus dolencias pulmonares, puesto que se trataba de un «suburbio similar a una ciudad jardín», donde además contaba con la ayuda de amigos. Tan sólo desde el punto de vista económico las cosas eran peores de lo esperado, por lo que rogaba que siguieran abonando la pensión a sus padres. Cabe imaginar la sonrisa del director ante esta diplomática misiva. Berlín como ciudad balnearia: eso era nuevo, y que Kafka lograra deslizar cinco veces la palabra *jardín* en una sola frase no hacía la cosa más creíble. Pero también en Praga el estado de salud de Kafka había empeorado, eso se comprendía con claridad del escrito, y por eso lo mejor era dejarle a él las decisiones de ese alcance. El 31 de diciembre, la estancia de Kafka en el extranjero fue aprobada oficialmente. Bastaba, respondió con generosidad Odstrčil, con que él hiciera un poder a nombre de sus «señores padres» y enviara una vez al mes una «fe de vida» policial. «Sin embargo, si desea instalarse *a la larga* en Alemania o cualquier otro lugar del extranjero, tendría que ponerlo en nuestro conocimiento y solicitar que se sigan abonando sus percepciones sin reducción alguna».⁹

⁹ Véase la carta a Ottla y Josef David de mediados de diciembre de 1923, en la cual Kafka formulaba su escrito a Odstrčil en lengua alemana. Kafka caracterizaba de este modo su lugar de residencia: «Steglitz es un suburbio semirural de Berlín, similar a una ciudad jardín, vivo en una casita con jardín y terraza acristalada, un camino de media hora entre jardines lleva a Grunewald, el gran jardín botánico está a diez minutos de distancia,

Kafka ocultaba que también la ciudad jardín de Steglitz era un territorio en disputa en el que sólo con mucha suerte podría mantenerse. Los costes de su alojamiento, y más aún las exigencias de la arrendadora de su pieza, le hacían poco a poco desesperar. En agosto había alquilado el cuarto por, al cambio, 28 coronas; cuando llegó a Berlín el precio ya se había triplicado; en octubre había que pagar seis o siete veces más, además de los gastos de calefacción, que, con las frías temperaturas otoñales y unas puertas y ventanas que cerraban mal, subían todavía más de prisa, y al final eran igual de altos que el alquiler. No sabemos con qué intervalos temporales se producían esas subidas, pero cabe suponer que a más tardar desde finales de octubre el alquiler tuviera que ser negociado constantemente: sólo en la noche del 31 de octubre al primero de noviembre el marco alemán perdió la mitad de su valor; en la noche siguiente, otra vez, más de la mitad. Ahora pagaba medio billón, escribía Kafka en esos días (por desgracia sin fecha exacta), pero tampoco ése puede haber sido el fin de la escalada, porque ya el 7 de noviembre esa montaña de dinero sólo alcanzaba el contravalor de un dólar estadounidense.¹⁰

Las quejas del arrendador eran un tema diario en la prensa económica alemana, y de hecho es posible comprobar que durante mucho tiempo los alquileres estuvieron por debajo de los aumentos inflacionarios del resto del coste de la vida:

hay otros parques en las cercanías y desde mi calle todas las calles discurren por entre jardines». Parece menos plausible que el médico de cabecera de Kafka considerase bueno este lugar, porque el traslado de Kafka a Steglitz fue decidido durante su estancia en Schelesen, y luego sólo estuvo un día en Praga. El escrito de respuesta del director, de 31 de diciembre de 1923, figura en *Cartas a los padres de los años 1922-1924*, p. 107-108.

¹⁰ Carta a Hermann y Julie Kafka, finales de octubre-principios de noviembre de 1923. El 22 de noviembre, Kafka escribe a Ottla que tiene que «librarse a toda prisa de treinta y un billones» antes de que pierdan aún más valor.

había que pagarlos por anticipado, pero conforme al valor del dinero en la fecha, de manera que, por regla general, el arrendatario tenía ventaja. Los litigios que forzosamente se derivaban de ello eran legión, y las desagradables conversaciones que Kafka tuvo que mantener cada vez con más frecuencia en la Miquelstrasse en absoluto permiten deducir que él disfrutase de excesiva ventaja. Está claro que la arrendadora se había hecho una idea equivocada del nivel de vida de un funcionario jubilado con título de doctor, por mucho que dispusiera de divisas y fuera siempre vestido con tan llamativa corrección. Ya durante la primera conversación, ella le había preguntado por sus ingresos, y recibido información veraz. Ése había sido el error decisivo, sospechaba más adelante Kafka, porque en septiembre mil coronas al mes eran una suma considerable, que invitaba a subir el alquiler. A esto se añadieron posiblemente tensiones relacionadas con la frecuente presencia de Dora. La atmósfera empeoró con rapidez, y a principios de noviembre se rompió el nudo y a Kafka le fue comunicado que tenía que dejar la vivienda.

Se sintió aliviado. Pero no se iría del todo sin venganza. Porque Kafka se encargó de que la señora Hermann, de la Miquelstrasse 8, tuviera su lugar en la literatura. «Una mujercita», fue el título, saturado de ironía, de un relato que Kafka llevó al papel a finales de año: la descripción de una ira resistente a cualquier apaciguamiento, de un odio sin motivo identificable. «Esta mujercita está muy descontenta conmigo, siempre tiene algo que reprocharme, siempre soy injusto con ella, la irrito a cada paso...». Para calmar a la mujer, el narrador en primera persona con cómica resignación e igualmente cómica imprecisión, dice haber hecho incluso «ciertos cambios» en su persona, pero todo es en vano. «Su descontento hacia mi persona es, como me doy cuenta ahora, una cuestión de principio; nada puede suprimirlo, ni siquiera mi propia supresión; sus accesos de ira ante la noticia de mi eventual suicidio, por ejemplo, serían ilimitados». Pero

si es así, si el sufrimiento de esa dama sin nombre ni siquiera puede ser erradicado mediante un supremo sacrificio, entonces se puede seguir viviendo con la mejor conciencia. El final de esta extraña pieza en prosa, en la que realmente no ocurre *nada*, reza:

Se mire por donde se mire, siempre resultará evidente—e insisto en ello—que, por poco que mantenga este pequeño asunto discretamente tapado con la mano, podré seguir llevando en paz, por mucho tiempo y sin que nadie me moleste, la vida que he llevado hasta ahora, pese a todos los furores de esta mujer.¹¹

Y eso mismo hizo el propio Kafka. Encontró un nuevo alojamiento a sólo dos calles de distancia, pero ocultó hasta el último momento a la indignada casera la fecha del traslado. El 15 de noviembre, por la mañana, abandonó la casa para ir al centro. Cuando regresó, hacia las seis de la tarde—mucho más tarde de lo previsto—, y llamó a la puerta del jardín de su nuevo domicilio, una casa en el número 13 de la Grunewaldstrasse, encontró dos habitaciones ya listas en el primer piso. Dora había hecho sola toda la mudanza, había trasladado sus escasas pertenencias, a él no le quedaba nada que hacer. Una mudanza casi como un sueño. «Una mujercita» se quedó con las ganas.

Tenemos una imagen muy imprecisa de la vida cotidiana de Kafka en Berlín, y las teselas del mosaico que nos proporcionan las cartas a la familia, estratégicamente formuladas, son demasiado escasas como para poder llenar los huecos entre ellas mediante meras conjeturas. Ni siquiera la cuestión de

¹¹ «Una mujercita», OC III, 232, 235-236, 239. Que de hecho se trata de un retrato de la casera de Steglitz lo confirma Dora Diamant en sus recuerdos; véase «Mi vida con Franz Kafka», en Koch [2009:228].

si Kafka y Dora Diamant «convivían» se puede responder de manera sencilla. Porque en los recuerdos de Dora los meses que pasaron juntos en Berlín se funden en un único estado, por así decirlo, intemporal, en una determinada época de su vida. *Vivíamos* en Steglitz, dice, «primero en un cuarto, luego tuvimos dos». Pero con eso se mantiene dentro de los márgenes de la vivencia psíquica; de hecho, las circunstancias exteriores no fueron en absoluto las de un «concubinato». Parece que incluso la relación erótica con Kafka se fue desarrollando muy paulatinamente, aunque las barreras de discreción externa que él levantaba incluso ante sus amigos apenas dejan más que indicios a la posteridad. Así, en una carta de principios de enero de 1924 hay una postdata de puño y letra de Dora de la que cabe deducir que para entonces también pernoctaba en Steglitz.¹² Sin embargo, dos meses atrás, poco antes del traslado a la Grunewaldstrasse, Kafka aún pensaba con toda seriedad, por motivos económicos, en subarrendar una de las dos habitaciones de las que disponía, y precisamente a su tío Siegfried, el médico rural. Sin duda Kafka no habría tolerado en su proximidad a ese representante de la familia de haberse hallado en el punto culminante de una pasión erótica, sobre todo porque entre las dos habitaciones que ahora ocupaba estaba el dormitorio de la casera, lo que incluso en el tolerante Berlín habría sido un arreglo bastante inusual. Los signos son equívocos: todavía a mediados de enero Dora tenía su propia dirección en Berlín; por otra parte, Kafka, en sus comunicaciones a sus padres—que a esas alturas ya se habrían enterado de que tenía una amada de Berlín—, parte con toda evidencia de la base de que en el futuro, sea donde sea, va a compartir una vivienda común con Dora. No sabemos qué intensidad eró-

¹² Carta a Ottla David del 3 o 4 de enero de 1924. Las líneas de puño y letra de Dora rezan: «Sólo un saludo, de todo corazón. ¡Estoy tan cansada! Me voy a dormir. Buenas noches».

tica alcanzó o pudo haber alcanzado más adelante esa vida; ignoramos si Dora conocía su «miedo», y hasta qué punto la creciente debilidad física de Kafka limitaba las posibilidades de su vida sexual. Dora era «un ser maravilloso», había escrito él a Tile Rössler...¹³ una declaración de amor desmedida, sin duda, pero tampoco podía decir más. Dora y él compartían su vida, vivían juntos en cierto sentido también porque les era imposible *no* vivir juntos. Exactamente ése era el criterio formulado en su artículo por Milena, y sin duda Kafka era consciente de que, por primera vez y en contra de toda expectativa, cumplía ese criterio.

Vivían retirados, pero en absoluto solos. Que Kafka no participara de la vida cultural de Berlín se debió al principio a motivos financieros, más tarde también de salud, pero pronto se corrió la voz de que vivía en Berlín y de que incluso era posible localizarle por teléfono. Toda una serie de embajadores literarios se puso en camino hacia Steglitz: Rudolf Kayser, de la *Neue Rundschau*; Willy Haas, el escritor Ernst Blass, el también empobrecido Ernst Weiss, su amigo y admirador Ludwig Hardt, Egon Erwin Kisch y Jarmila Haas (que entretanto mantenían una relación), e incluso Werfel, que seguía sin querer darse cuenta del rechazo de Kafka y, en esta ocasión, se despidió de él entre lágrimas.¹⁴ También

¹³ Carta a Tile Rössler del 3 de agosto de 1923.

¹⁴ «En una ocasión vino Werfel para leerle a Kafka en voz alta partes del libro que acababa de publicar. Estuvieron un buen rato juntos. Después vi marcharse a Werfel con lágrimas en los ojos. Cuando entré en la habitación, Kafka estaba sentado allí totalmente deshecho, y murmuró un par de veces para sí: «¡Que pueda haber algo tan espantoso!». También él lloraba. Había dejado marchar a Werfel sin poder decirle una sola palabra sobre su libro (Dora Diamant, «Mi vida con Franz Kafka», en Koch 2009:232). No sabemos de qué libro leyó Werfel. El encuentro de Kafka con Kisch y su amante, Jarmila Haas, está recogido en las memorias del periodista holandés Nico Rost, que por aquel entonces vivía en Berlín y

Brod visitó varias veces la casa de Kafka, y no le sorprendió en absoluto encontrar su cuarto tan austero, casi impersonal, como el de Praga, por no hablar del incómodo frío que en él reinaba. En Dora, en cambio, que le habló de «tú» sin rodeos, encontró un «ideal» de humanidad: se ocupaba de Kafka, que volvía a tener fiebre, «con una adoración conmovedora», anotó, y a pesar de las angustias económicas había conseguido servir una cena con gulasch, huevos y ensalada para el huésped de Praga.

Era algo curioso, y nadie hubiera podido preverlo, que ahora Kafka tuviera ocasión de hablar con Emmy Salveter con mucha más frecuencia que el propio Brod, quien a menudo pasaba semanas sin alejarse de Praga y se veía obligado a pretextar razones profesionales una y otra vez. A veces la situación llegaba a ser tan tensa que Emmy iba a ver a Kafka sin otra finalidad que pedirle consejo y consuelo. Brod le decía—según se enteró Kafka con asombro—que nada más que el «deber» le retenía en su matrimonio. Eso podía creérselo quien quisiera. Emmy, que acababa de decir que se contentaba con las visitas mensuales de su amante, exigía de repente que Brod se divorciara, y el tráfico de cartas y telegramas entre Berlín y Praga alcanzó tal intensidad que Kafka recomendó (de manera muy razonable) detenerlo y aplazar al próximo encuentro la solución del problema.¹⁵

Naturalmente, también la «pequeña librera» de Kafka se

fue testigo del mismo (Rost 1964). Sin embargo, Kafka no invitó a los tres a su casa, sino que se citó con ellos en un banco del parque en Steglitz, sin Dora. Otro posible visitante fue el jurista, narrador y periodista Manfred Georg, el posterior fundador de la revista de emigrantes *Aufbau* en Nueva York. Dora Diamant había conocido a Georg en Breslau, donde trabajaba como corresponsal del *Vossische Zeitung*. Desde 1923 volvía a vivir en Berlín y escribía críticas teatrales para el *Berliner Volkszeitung*. En cambio, el encuentro casual de Kafka con el dadaísta Raoul Hausmann, del que éste habló luego, podría ser ficción (véase Hausmann, «Encuentro con Franz Kafka en Berlín, 1923», en Koch 2009:238-243).

¹⁵ Carta a Max Brod del 5 de noviembre de 1923.

contó entre sus visitantes, la soñadora Tile—pasó algún tiempo antes de que entendiera cuál era el papel que allí tenía la celosa y poco acogedora Dora—, y llevó varias veces consigo a su joven amigo, un pintor al que tuvo ocasión de presentar a un auténtico escritor. Para Dora eran más agradables e instructivas las visitas de Lise Weltsch, a la que Kafka conocía de Praga desde hacía mucho y que ahora vivía en Berlín con su marido, Siegmund Kaznelson.¹⁶ Kaznelson, un destacado sionista, editor hasta 1918 de *Selbstwehr*, tenía mucho éxito como gerente de la Jüdischer Verlag, de manera que cabe imaginar que Kafka pudiera engrosar un poco su escuálida biblioteca con regalos de primera mano.

Tan sólo una amiga se mostró esquiva: Puah Menczel-Ben-Tovim. Kafka había acordado con ella reanudar las clases de hebreo interrumpidas por su salida de Praga, y de hecho durante las primeras semanas ella fue a Steglitz unas cuantas veces. Pero de repente desapareció, ni siquiera respondió a las reiteradas invitaciones de Kafka por tarjeta postal. «¿Qué le he hecho?», preguntaba éste con tristeza, pero ni siquiera Klopstock, que se la encontró en Praga a finales de año, pudo averiguarlo.¹⁷ Entretanto ella había conocido al que luego sería su marido, el pedagogo Josef S. Menczel, y cabe imaginar que su renuncia a la amistad de Kafka—una rara experiencia para él—se debiera a esa nueva y muy intensa relación. Pero no es posible demostrarlo.

¹⁶ En la famosa foto del avión (Viena, 1913) se ve a Lise Weltsch con Kafka; véase el pliego de ilustraciones del primer volumen.

¹⁷ Postal a Robert Klopstock del 19 de diciembre de 1923. En una entrevista con Ernst Pawel (*New York Times*, 16 de agosto de 1981), Puah Menczel-Ben-Tovim declaraba que incluso había ayudado algunas veces a Kafka con el trabajo doméstico en Steglitz: «Dora no sabía demasiado sobre las labores del hogar, así que yo les cosía y les hacía la colada de vez en cuando». Dado que en aquel año Dora Diamant trabajaba, entre otras cosas, como costurera en un orfanato judío, esto es más bien improbable; por el contrario, todos los demás testimonios coinciden en que hacía las labores de la casa como algo rutinario.

Desde que Kafka sabía que Palestina era inalcanzable para él, sus esfuerzos por aprender *ivrit* disminuyeron visiblemente. Ya en Müritz leía hebreo, pero había abandonado la memorización sistemática de vocablos. Tampoco en Berlín volvió a hacer progresos importantes, sobre todo porque Dora no tenía la competencia lingüística de Puah, menos aún su capacidad para la conversación fluida. Lo que quedaba eran sueños comunes, que fueron desprendiéndose paulatinamente de cualquier futuro imaginable para convertirse en un juego privado. Así, por ejemplo, a Kafka le complacía imaginar el pequeño café en Palestina que un día iban a gestionar—Dora en la cocina, él como camarero—, y mientras preparaba en la vida real una taza de té con ceremoniosa prolijidad demostraba a Dora, con dotes de mimo, que también iba a ser capaz de atender un local lleno. La lectura en hebreo de aquellos días pegaba mal con tales bromas: una novela de Josef Chaim Brenner que daba una imagen deprimente, incluso impactante, de Jerusalén. Kafka conseguía con esfuerzo leer una página al día; no terminó el libro.¹⁸

Su interés por la historia y la cultura judías se mantuvo no obstante intacto, y escuchaba temblando de curiosidad cuando Dora le hablaba de la vida cotidiana jasídica de su infancia y juventud. Kafka también daba el mayor valor a recibir puntualmente *Selbstwehr*: era ya casi su última vinculación—cultivada con sentimientos de nostalgia—con el escenario sionista de Praga. Y, por último, en Berlín también había posibilidades de estudiar las fuentes judías. Cabía hacerlo en la liberal Escuela Superior de Ciencias del Judaísmo, un edificio en la Artilleriestrasse (la actual Leo-Baeck-

¹⁸ Josef Chaim Brenner, *Infertilidad y fracaso o Libro de la lucha*, 1920. El resumen del contenido de los tres primeros capítulos, que puede demostrarse que Kafka leyó, en Binder [1967b:550]. Brenner murió en mayo de 1921, durante la sublevación árabe de Jaffa, a la edad de tan sólo cuarenta años; un dato que sin duda conocía Kafka.

Haus, en la Tucholskystrasse 9), no lejos de la sinagoga: para Dora, el mayor depósito de conocimiento judío al que nunca había tenido acceso; para Kafka, «un lugar de paz en el alterado Berlín y en los alterados barrios del centro», y durante meses la única institución pública que visitó.¹⁹ Acudía allí a un curso propedéutico, y juntos Dora y él iban a conferencias sobre el Talmud. Kafka se interesaba más por la tradición narrativa (*Hagadá*), mientras que Dora se sentía atraída por la interpretación de las leyes (*Halajá*). Todo eso—contaba Kafka entusiasmado—sin coste alguno, en hermosas salas y con acceso a una extensa y bien caldeada biblioteca. Es probable que en aquellos reducidos seminarios Kafka hiciera algunas amistades nuevas,²⁰ pues participaba en ellos siempre que su situación física se lo permitía, si bien guardaba cierta distancia irónica respecto al espíritu ilustrado y alejado de la religión de la Escuela Superior. Allí no se vivía lo que constituía para Kafka el núcleo del judaísmo: ese modo de verse totalmente apresado por una tradición milenaria. Pero sí en Steglitz, donde Dora pronunciaba la oración del final del *sabbat* y Kafka, que pronto se supo las palabras de memoria, mecía lentamente la cabeza acompañándolas.²¹

Una palabra nueva corre de boca en boca: el *marco rent*. Un truco de técnica financiera como tantos, se creyó al princi-

¹⁹ Postal a Robert Klopstock del 19 de diciembre de 1923.

²⁰ El 21 de diciembre de 1923, Kafka mandó a una asociación de mujeres judías de Praga que enviaba paquetes de alimentos a Alemania una lista de judíos sin recursos. Lo hizo mediante una postal dirigida a su hermana Elli. En esa lista se encuentra, junto a Ernst Weiss, un oyente de la Escuela Superior Judía, junto a cuyo nombre se lee la anotación «kosher». De los profesores a los que Kafka oyó tan sólo uno es identificable: el rabino Julius Grünthal. También Leo Baeck era en esa época profesor de la escuela, pero no está documentado que se produjera un encuentro de él con Kafka.

²¹ Según una nota de Dora Diamant; véase Diamant [2005:77 y ss.].

pio. ¿Cabía imaginar que bastaba con tachar doce ceros para conseguir una moneda estable? Un billón de marcos (un «billionmarco», en el argot berlinés) equivalía a un marco renta, igual a un marco de oro, supuestamente cubierto por una deuda hipotecaria que pesaba sobre toda la industria alemana. En Alemania, apenas unos pocos entendían cómo funcionaba eso en detalle, pero lo que nadie en absoluto entendió es que el milagro se produjera y el marco renta se mantuviera estable. Ciertamente, la intervención fue traumática; las cajas públicas fueron saneadas sin contemplaciones, la jornada de trabajo se prolongó mediante un decreto de emergencia, y se despidió a miles de empleados, incluidos funcionarios (sólo en Berlín 39 000). Aun así, predominó el sentimiento de alivio. La caída libre se había detenido por fin, se podía volver a tomar decisiones que fueran más allá de un día, y al parecer bastaba con que el lugar del caos económico lo ocupara un orden medianamente practicable para asegurar la necesaria confianza a la nueva divisa. También había un pequeño truco de psicología de masas: 4,20 marcos renta volvían a equivaler a un dólar estadounidense, exactamente igual que en 1914.

Para los extranjeros que vivían en Alemania, la reforma monetaria de diciembre de 1923 supuso ante todo la supresión de un privilegio. Aunque pudieran cambiar sin pérdidas sus divisas y gastarlas enseguida, incluso aunque pagaran bajo mano con dólares fuertes, eso ya no significaba ventaja alguna frente a los perceptores del nuevo marco. Ahora tenían que luchar con el estable pero elevado coste de la vida lo mismo que los nativos... y ese coste era considerablemente alto en comparación, por ejemplo, con el de Austria o el de Checoslovaquia. También a Kafka le sirvió de poco que en cuestión de semanas la oferta de bienes se multiplicara y las colas delante de los comercios de Berlín desaparecieran casi de la noche a la mañana. El ambiente se relajó, sin duda, pero los nuevos precios le hicieron consciente con mucha rapidez de que no podría subsistir mucho tiempo sin ayuda ex-

terior. De hecho, la dependencia de Kafka de las ayudas de Praga no hacía más que incrementarse—aunque él lo negara aún a principios de enero—, sus padres le enviaban anticipos sobre los pagos de su pensión de los meses siguientes, y además recibía unos cientos de coronas de Ottla y Elli. «Los pobres extranjeros de Berlín», era el título de un breve artículo en el *Prager Tagblatt*, y el hecho de que los Kafka envolvieran precisamente con esa página un trozo de mantequilla para Franz y Dora resultaba de una fatal comicidad.²² Mucho mejor le había ido a otro Franz Kafka que, según consta, también había emigrado a Berlín en 1923, pero que había comprado enseguida la casa en la que vivía. Profesión: «Propietario», ponía en la guía de Berlín. Envidiable.²³

Sus padres le habían hecho ya la pregunta decisiva: ¿tenía o no *planes de futuro*? Ése era un asunto delicado, les había respondido Kafka. Porque «no hay para mí hasta este momento ni el más leve indicio» de poder ganar dinero.²⁴ Era una escueta información, en absoluto inesperada, y sin embargo inquietante en extremo. ¿No había dicho Franz una y otra vez, en años anteriores, que si era posible vivir del trabajo literario sólo podía hacerse en Berlín? ¿Significaba eso que había abandonado sus planes literarios? En ese caso, no se entendía por qué se había empeñado en trasladarse precisamente a aquella violenta metrópoli, económicamente convulsa.

Es probable que fuera una sensata decisión de Kafka no crear esperanzas infundadas a sus padres, como había hecho otras veces con demasiada frecuencia y demasiado apresuramiento en aras de la paz familiar. Esa manera de acallar las preguntas incómodas era en realidad una herencia pater-

²² Hella Rohm, «Los pobres extranjeros de Berlín», *Prager Tagblatt*, 21 de diciembre de 1923, p. 3.

²³ El tocayo de Kafka, que aparece reseñado por vez primera en la guía de Berlín de 1924, vivía en el distrito de Schöneberg, Würzburger Strasse 4.

²⁴ Postal a Hermann y Julie Kafka del 20 de noviembre de 1923.

na, formaba parte de esas prácticas insinceras e intelectualmente faltas de libertad que él pretendía dejar atrás con su abrupta partida. Al final, se acababa uno creyendo sus propias y vagas promesas. Era preferible rebajar un poco las expectativas y no contar las buenas novedades más que cuando tomaran forma concreta. Porque sí se vislumbraban futuros ingresos, aunque no fueran mencionados ni en una sola de sus cartas a Praga.

Ya hacía meses que Kafka había entablado contacto con la joven y al parecer económicamente poderosa editorial berlinesa Die Schmiede. No está claro cómo ocurrió tal cosa: Max Brod cuenta que fue él mismo el que le presentó a su director, Georg Salter, pero en realidad ya el primero de agosto de 1923, es decir, en un momento en el que Kafka, de camino a Müritz, sólo había parado un día en Berlín, la editorial había redactado un acuerdo con él por escrito. Por tanto, es mucho más probable que Kafka ya hubiera anudado esa relación por carta, desde Praga. A Kurt Wolff no puede haberle sorprendido que Kafka atendiera finalmente alguna de las ofertas de otras editoriales que le llegaban de vez en cuando. La suya no había sido una vinculación especialmente provechosa. Sin duda Wolff se había percatado del singular rango de Kafka, y algunos de sus más destacados lectores—y no sólo en Praga—le habían confirmado en su juicio. «Nunca he leído una sola línea de este autor que no me haya afectado del modo más singular o no me haya resultado sorprendente», le escribía por ejemplo Rilke en el año 1922, pidiéndole que le avisara «muy especialmente» de todo lo que publicara de Kafka.²⁵ También Ludwig Hardt enfatizó a Wolff que consideraba absolutamente extraordinarios los textos

²⁵ Rainer Maria Rilke a Kurt Wolff, 17 de febrero de 1922, en Wolff [1980:152]. Rilke había recibido de Wolff un montón de nuevas publicaciones, y la primera que había leído habían sido los cuentos de *Un médico rural* de Kafka.

de Kafka. Pero Wolff nunca se había preocupado de cultivar una relación personal y continuada con éste, el fino hilo entre ellos se rompía una y otra vez en los años de pausa entre publicación y publicación, y a principios de los años veinte Wolff perdió el interés de manera evidente: las maravillosas novelas de Kafka de las que Brod le hablaba una y otra vez, y que celebraba por escrito, nunca llegaban a término, y sin una novela era imposible «consolidar» a un autor así, las tristes cifras de ventas no permitían otra conclusión.

A más tardar desde la lenta y torturante fase de producción de *Un médico rural*, también Kafka se preguntaba si estaba en el sitio adecuado con Wolff. Las cordiales palabras del editor estaban en extraña contradicción con sus constantes e incomprensibles negligencias. Así, de manera invariable y a pesar de múltiples reclamaciones, la editorial insistía en enviar sus comunicaciones a la antigua dirección de la oficina de Kafka; durante mucho tiempo, tampoco nadie se ocupó de los derechos de traducción al húngaro que Robert Klopstock había solicitado. En otoño de 1923, Kafka recibió dos cartas de la editorial que no pueden sino haber reforzado su decisión: se le atribuían derechos procedentes de una tal «empresa Klopstock», y se le comunicaba que la editorial había cerrado su cuenta de honorarios por falta de ventas... Ya no se le podía remitir nada más, sustitutivamente le enviarían algunos libros. Kafka pudo escoger él mismo esos regalos... sólo para tener que reclamarlos después de semanas de inútil espera.²⁶

En la escena literaria no era ningún secreto que en ese momento otros muchos autores se estaban apartando de Wolff. El editor no apostaba ni con mucho por la nueva literatura

²⁶ Véase la lista de peticiones de Kafka en una carta a Georg Heinrich Meyer de finales de noviembre de 1923, así como la reclamación (su último escrito conservado a la editorial) del 31 de diciembre de 1923, en Wolff [2010:202-204].

en lengua alemana con el mismo ímpetu que antes de la guerra, el impulso creativo del expresionismo le parecía paralizado. «Siento cada vez con más fuerza que su generación, a la que también puedo llamar la mía, no tiene jóvenes sucesores; al menos, a pesar de mirar con la mayor atención, yo no distingo nada a mi alrededor...», escribía a Werfel.²⁷ De hecho, una parte considerable del territorio literario que una década antes se había identificado con el nombre de Kurt Wolff estaba desdibujándose. Su serie «La Nueva Novela» se abría a la literatura europea, y el cierre de la colección vanguardista «El Juicio Final» jalonaba todo un fin de época: en 1920 aparecieron cuatro volúmenes, en 1921 tan sólo tres—todos ellos trabajos de importancia secundaria—, y el volumen número 86 fue el último... Así que tampoco ese marco entraba en consideración para una publicación separada de «Un artista del hambre». Era imposible no ver que las ambiciones de Wolff se orientaban cada vez más hacia las artes plásticas.

Fue sobre todo la galopante inflación de Alemania la que a principios de la década de 1920 arrojó a la industria editorial al caos. Quiebras de editoriales, nuevas fundaciones y fusiones hicieron que los derechos de autor erraran de editorial en editorial, los ambientes literarios locales se disolvieran, los viejos vínculos dejaran de funcionar. Incluso los autores más señeros de los distintos sellos parecían inclinarse ahora a cambiar de editorial, optando por las más solventes desde el punto de vista financiero. Los litigios sobre modalidades de pago y honorarios atrasados (con su valor original muy devaluado) dominaban las correspondencias de los autores con sus editores, y casi ninguna editorial escapaba al reproche de enriquecerse con la crisis a costa de los primeros. Porque mientras los precios en tienda de los libros se triplicaban, los ingresos reales de los autores descendían de forma drástica, incluso sucedía que un éxito nacional no re-

²⁷ Kurt Wolff a Franz Werfel, 24 de agosto de 1921, en Wolff [1980:344].

portara literalmente nada a su creador porque no había asegurado contractualmente una compensación adecuada por la inflación. «Apenas hay diferencias de opinión entre todos los implicados», escribía el exitoso dramaturgo Herbert Eulenberg, «acerca de que de todas las empresas de Alemania las editoriales son las que más han practicado el saqueo después de la guerra», escribía el exitoso dramaturgo Herbert Eulenberg. También la editorial Kurt Wolff estaba bajo esa sospecha general de ventajismo, e incluso Kafka opinaba que Wolff tenía que haber ganado «un auténtico montón de dinero» con la inflación.²⁸

A menudo la disputa surgía también por los tipos de cambio, porque a los autores germanoparlantes que vivían en Austria o Checoslovaquia les gustaba poco el marco-papel en el que les pagaba. Incluso Werfel, cuyas obras publicadas por Wolff tenían más éxito que nunca, ganaba tan poco que decidió abandonar a su antiguo mentor y firmar un contrato con la editorial Zsolnay, que pagaba en coronas austríacas. También en Alemania los anticipos habituales eran demasiado bajos, comparados con el coste de la vida. El autor tenía que prever lo que sucedería durante los meses que sucedían al contrato, es decir, hasta el momento en que su libro llegara de hecho a las librerías. Kafka supo de este problema por testimonios de primera mano: primero por Max Brod, que recibía de Múnich unos honorarios ínfimos, y luego por Ernst Weiss, cuyos derechos habían pasado en 1921 de S. Fischer a Kurt Wolff.

²⁸ Herbert Eulenberg, «Nuestros editores», *Die Weltbühne*, año 20, n.º 2 (10 de enero de 1924), p. 48. Un buen ejemplo de la situación es el enfrentamiento durante meses entre Arthur Schnitzler y su editor Samuel Fischer, a cuenta, entre otras cosas, de la liquidación de pagos en divisas, que casi les llevó a la ruptura. Fischer llegó a ofrecer a Schnitzler pagarle el viaje en tren a Berlín para que pudiera ver los libros de contabilidad. Véase Fischer-Fischer [1989:134 y ss.]. La manifestación de Kafka figura en una carta a Max Brod del 2 de noviembre de 1923.

Había terminado una novelita, comunicaba Weiss a su nuevo editor en otoño de 1923, y para poder comprar por lo menos ropa de invierno se veía obligado a pedir un anticipo de unos ochenta mil marcos... que era lo que le había ofrecido otra editorial.²⁹ Pero Wolff no quiso aceptar un trato así: lo que Weiss le pedía hubiera significado pagar por anticipado varios miles de ejemplares, y parecía casi increíble que Weiss hubiera recibido realmente una oferta tan generosa. Pero, según se demostraría, no se trataba en absoluto del póker habitual en torno a los honorarios, sino de la intromisión de un competidor al que había que tomar en serio: la editorial berlinesa Die Schmiede. De hecho, fue en ella donde se publicó la novela de Weiss *La prueba de fuego*, en una edición que tuvo que impresionar incluso al bibliófilo Kurt Wolff: 675 ejemplares numerados, ilustrados por Ludwig Meidner e impresos en material noble con una prensa manual. ¿Cómo era posible? ¿De dónde sacaba semejantes recursos una editorial tan joven?

La editorial Die Schmiede, fundada en el otoño de 1921, se presentó ya al año siguiente con un amplio y exigente programa literario, esencialmente títulos de la editorial Roland de Múnich, que habían sido asumidos en su integridad. Contaba con autores como Alfred Wolfenstein, Georg Kaiser, Oskar Loerke, Arnold Zweig, Heinrich Mann y otros; en conjunto, un perfil que recordaba mucho a Kurt Wolff. Eso movió a algunos autores de Wolff a pasarse a Die Schmiede, entre ellos Carl Sternheim e incluso Walter Hasenclever, compañero y a veces lector de Wolff. Una rápida expansión, que fue seguida con benevolencia por la crítica literaria, y con las mayores expectativas por parte de los autores, porque pronto Die Schmiede cobró fama de pagar generosos honorarios.

²⁹ Ernst Weiss a Kurt Wolff, 11 de septiembre de 1922, en Wolff [1980:381-382].

Sólo poco a poco se fue poniendo de manifiesto que esa estrategia de adquisición y robo de autores se basaba en el fondo en una mala gestión. Die Schmiede había surgido como rama de una rentable empresa de distribución de obras teatrales. Ahora sus propietarios recurrían una y otra vez a sus activos para cubrir los déficits de la editorial. No es posible reconstruir en detalle los acontecimientos, pero es evidente que la falta de una nítida separación entre los dos ámbitos llevó a errores de cálculo de grandes proporciones: mientras afluyeran los beneficios de la agencia teatral, no había que preocuparse por el destino de los distintos libros. La premisa era primero comprar, luego «amarrar» a los autores; todo lo demás ya se vería.

Esta situación se mantuvo oculta mucho tiempo, y naturalmente Kafka no podía sospecharla. Como a muchos otros, la oferta concreta le parecía tan atractiva que no se hizo preguntas sobre la colaboración a largo plazo con los inexpertos editores. Por el momento sólo tenía dos relatos que ofrecer—«Un artista del hambre» y «Primer sufrimiento»—, pero con «La mujercita» daba ya para un volumen de prosa narrativa, por el que en febrero negoció un nuevo contrato que le reportó un anticipo de unas ocho mil coronas checas:³⁰ una suma considerable incluso a ojos de sus padres, que sin embargo llegaba demasiado tarde para ser útil en la defensa de su posición avanzada en Berlín. Kafka no se dio cuenta hasta más adelante de que con Die Schmiede había ido a parar a un lugar dudoso (la producción del libro transcurrió

³⁰ El contrato redactado el 7 de marzo de 1924 por la editorial Die Schmiede prevé un anticipo de 750 marcos oro, pagadero en dos plazos, lo que en ese momento correspondía a unas 6300 coronas. A mediados de marzo, Kafka escribió a su hermana Elli que, por consejo de Brod, Dora iba a volver a negociar la suma para elevarla a 8000 coronas. Es muy probable que Kafka recibiera ese anticipo mejorado porque, según el contrato, se abonarían de antemano dos mil ejemplares de *Un artista del hambre*, pero finalmente se imprimieron tres mil.

con extraña lentitud, algunas consultas quedaron sin ser respondidas), pero fue su albacea Max Brod quien alcanzaría a ser testigo de su rápida decadencia. Pronto se oyeron quejas de todos lados por la irregularidad de los pagos, y ya en 1925 Die Schmiede era prácticamente incapaz de hacer frente a sus deudas. Ni uno solo de aquella lista de destacados autores con los que Die Schmiede había hecho furor a corto plazo se quedó en la editorial más de lo que su contrato prescribía. Y Brod se encargaría de que eso también valiera para Kafka.

La tarde del 23 de diciembre de 1923 Dora volvía de la ciudad, donde había hecho algunas gestiones antes de las fiestas. Hacía frío desde varios días atrás, Dora estaba helada, y gozaba con la expectativa de un té caliente. Pero en la Grunewaldstrasse le esperaba una fea sorpresa: Kafka, que por la mañana se encontraba bien, yacía en cama con fiebre alta y temblores. Nunca antes había ocurrido, y aunque él ya le había hablado algunas veces de fases de fiebre que habían durado semanas, no habían tomado medidas ni llegado a acuerdos en previsión de que ocurriera. ¿De dónde iba a sacar un médico en Nochebuena? Dora, presa del pánico, empezó por llamar a Lise Weltsch, que le prometió rápida ayuda y movilizó a un pariente, un especialista en tuberculosis. Pero ese hombre tenía el título de catedrático extraordinario, y uno se podía imaginar lo que eso significaba en cuanto a sus honorarios médicos. ¿Qué hacer, pues? Dora, que sabía muy bien la sensibilidad con que Kafka reaccionaba a las intervenciones de su familia, no vio no obstante otra posibilidad que telefonar a Praga y pedir urgentemente dinero a Elli. Entrada la noche, vino un médico que había hecho el largo camino desde la ciudad; gracias a Dios el profesor había enviado a un ayudante suyo, más económico, pero el examen no tuvo un resultado tangible: la recomendación fue que Kafka se quedara en cama y esperara. La visita costó veinte marcos.

Y aunque Dora logró más adelante renegociar por teléfono la suma para que quedara en la mitad, aquella noche supuso una profunda cesura: Kafka tuvo que admitir que su independencia, objeto de tan dura lucha, pendía de un fino hilo.³¹

Independencia, sobre todo, respecto al juicio de la familia, con la Kafka se había preocupado de marcar distancias, a pesar de toda la cordialidad de su correspondencia escrita. Así, hacía ya meses que había pedido a Ottla que le visitara en Berlín, pero que lo hiciera, a ser posible, sola:

Ya sabes en qué tono se habla a veces de mis asuntos, obviamente bajo la influencia del padre. No hay maldad en ello, sino más bien compasión, comprensión, pedagogía y cosas por el estilo; no es nada malo, pero es Praga, a la que no sólo amo, sino también temo. Oír y padecer directamente un juicio así, por bondadoso, por amable que fuera, sería como traerme Praga a Berlín, me haría daño y trastornaría mis noches.³²

El comentario aludía a Pepa, el marido de Ottla, que naturalmente sólo con gran disgusto la dejaba viajar, a causa de los niños. Pero Ottla, que ya había vivido en persona cosas parecidas—todavía recordaba muy bien los paquetes de alimentos enviados a Zürau, cargados de bienintencionados consejos—, entendía muy bien los temores de su hermano, así que a finales de noviembre viajó sola a Berlín y, después

³¹ El médico emparentado con Lise Weltsch era el profesor Eugen Kisch, que daba clase en Berlín, trabajaba en el sanatorio pulmonar de Hohenlychen y publicaba artículos sobre tuberculosis. Sólo después de algunos días Dora confesó a Kafka que había hablado por teléfono con Elli, pero al parecer no le reveló que también le había pedido dinero porque, cuando Elli envió en enero quinientas coronas (unos sesenta marcos) sin comentario alguno, Kafka no pudo explicarse el regalo. Véase la carta a Elli Hermann del 28 de diciembre de 1923, así como la carta a Hermann y Julie Kafka del 28 de enero de 1924.

³² Carta sin fecha a Ottla David, recogida en *Cartas a Ottla y a la familia*, p. 137.

de conocer a Dora, le comprendió aún mucho mejor. Seguía siendo la única de la familia que tenía una idea concreta de la vida que Kafka llevaba ahora, y probablemente fue ella la que—para espanto de los padres—hizo público que vivía con una joven judía oriental y *sin embargo* estaba perfectamente atendido. Sin duda se discutieron de vez en cuando posibles viajes a Berlín de los padres, pero nunca se llegó a una decisión concreta... parece que a Kafka ni siquiera le apetecía mucho una visita de Robert Klopstock, que entraba y salía de la casa de sus padres y por tanto casi pertenecía a «Praga».

No había ninguna inquina personal en la actitud de Kafka. Simplemente, hacía lo que consideraba correcto: vivía en una ciudad extranjera y defendía el margen de libertad que la enfermedad le había dejado. Pero sin duda temía a los fantasmas del pasado congregados en Praga, cuya intromisión en su nueva vida—y en sus noches, que volvían a ser tranquilas desde la entrada en escena de Dora—trataba de impedir con todas sus fuerzas. Así, a mediados de enero escribió a Brod que sus padres se estaban comportando de forma «encantadora», es decir, materialmente generosa, pero al mismo tiempo rechazaba la propuesta de trasladarse a Schelesen, a la «cálida y rica Bohemia»: «Schelesen está excluido, Schelesen es Praga, además, durante cuarenta años he tenido calor y abundancia y los resultados no invitan a seguir intentándolo». Incluso desechara la idea de ir a Viena, porque ese camino habría pasado por Praga, y el mero hecho de hacer una parada allí—y, como se podía leer entre líneas, de tener que confrontar a Dora con su familia y su vida anterior—le resultaba «demasiado arriesgado» por el momento.³³

Fue sobre todo ese miedo a nuevas injerencias familiares el que le hizo ocultar durante semanas la peligrosa evolución de su enfermedad. Por el momento, el ataque de temblores que Kafka había sufrido en Navidad no se repitió, pero en esta

³³ Carta a Max Brod de en torno al 14 de enero de 1924.

ocasión esperó en vano una clara recuperación. Ahora tenía mucha fiebre casi todos los días, y como, en medio de la permanente helada, la calefacción central funcionaba de forma insuficiente, se quedaba la mitad del día en la cama. También la tos regresó poco a poco—desagradable sobre todo por las noches, pared con pared con la casera—y, como antaño en Matliary, tenía que recoger su esputo en un frasquito sellado para evitar el peligro de contagio. En enero de 1924 el estado físico de Kafka empeoró al parecer con rapidez: seguía perdiendo peso y, a finales de mes, tuvo incluso que dejar de acudir a la Escuela Superior.

Resultó fatal que, precisamente en ese momento, la casera concibiera el plan de alquilar, en vez de dos habitaciones, la planta entera, para elevar sus ingresos de ese modo. ¿Qué iban a hacer Kafka y Dora con tres habitaciones? No podían permitírselo, y por eso pronto se vieron, por segunda vez, despedidos como «pobres extranjeros insolventes», según le contó irónicamente a Brod.³⁴ En Berlín había viviendas vacías de sobra, desde el momento en que los caseiros ya no aceptaban «marcos baratos» (que, oficialmente, seguían siendo válidos) sino marcos oro; un anuncio puesto por Dora, conforme al cual un «caballero entrado en años» buscaba nuevo alojamiento, encontró el correspondiente eco. Pero, a pesar de las numerosas ofertas, pocos días antes de la fecha de expiración de su contrato Kafka seguía sin haber encontrado una vivienda que pudiera pagar, así que no le quedó más remedio que tomar en consideración las que no se podían pagar y apostar por la habilidad negociadora de Dora.

Entrada la tarde del 28 de enero, una tal «señora del doctor Busse» llamó por teléfono desde el barrio residencial de Zehlendorf, situado al suroeste de Berlín: tenía para ofrecer

³⁴ *Ibid.* La misma formulación se encuentra en una carta a Felix Weltsch del 28 de enero de 1924.

la planta superior de su casa, una habitación grande y una pequeña, con estufa y porche, en el número 25-26 de la Heidestrasse. Kafka hojeó en la guía telefónica: *Busse, Carl*. Conocía ese nombre. Era un escritor que antaño había dado que hablar con sus imitaciones de Liliencron, pero sobre todo un crítico conservador, que no hablaba especialmente bien de la modernidad literaria y de los autores germanojudíos. ¿Debía Kafka, además de todas sus molestias, exponerse también a ésta? Decidió tomarlo en consideración y visitar la casa. Pero cuando al día siguiente se encontró ante la arrendadora—presumiblemente solo, sin su «administradora», cuyo mero acento habría podido hacer fracasar la empresa—, resultó que donde él esperaba a un adversario había un socio de infortunio. A finales de 1918 Carl Busse, que entonces tenía cuarenta y seis años, había enfermado de la gripe española pero, al contrario que Kafka, *no* había sobrevivido a ella. La señora Paula Busse era viuda, tan sólo una hija adolescente vivía con ella.

Tres días después, el primero de febrero, llegó el momento de la despedida y el temido traslado: un nuevo motivo de fatiga para Dora, porque, como Kafka no estaba en condiciones de llevar sus cosas, tuvo que hacer varias veces sola, cargada de bolsas, el viaje en tren a Zehlendorf. Al caer la tarde se añadieron a esto un fuerte viento y lluvia, y no quedó más remedio que hacer el último transporte en un taxi. Por desgracia, la nueva vivienda no sólo estaba mucho más lejos que la de Steglitz del centro de Berlín, sino también de los medios de transporte público. Se necesitaba por lo menos un cuarto de hora desde la Heidestrasse (hoy Busse Allee) hasta la estación de Zehlendorf, un serio impedimento para Kafka, y dado que en los meses de febrero y marzo no pudo aportar ni siquiera la fe de vida policial exigida por el instituto, cabe dudar de que durante ese tiempo saliera nunca del entorno más inmediato de la villa Busse.

Tiene que haberle resultado significativo que, precisamen-

te el día de su mudanza, su familia acudiera en Praga a una lectura de Ludwig Hardt. Dos días después, él mismo tenía que abstenerse de ir a escuchar al recitador, que presentaba «Un informe para una academia» en la Berliner Meistersaal, en la Potsdamer Platz. Kafka tenía fiebre, como casi todas las tardes, así que Dora tuvo que hacer también esa excursión sola. Consiguió convencer a Hardt para que hiciera una visita a Zehlendorf, y probablemente fue en esa ocasión en la que Hardt dio para su amigo una pequeña representación privada. Hardt planeaba en esos momentos un viaje a Italia y, un tanto confuso ante la desolada situación de Kafka, le propuso que lo acompañara. Fue un gesto, nada más. ¿Cómo iba a pensar Kafka, para el que la estación ya estaba demasiado lejos y el taxi resultaba demasiado caro, en un viaje al sur de varias semanas? Y dado que, como era habitual en él, no quería decir simplemente «no», respondió también él con un gesto: regaló a Hardt una descripción de Siberia que había leído hacía poco, y escribió a modo de dedicatoria: «Como preparación para un viaje conjunto a Italia».³⁵ Siberia, Italia, Palestina: todas esas regiones del mundo estaban más allá del horizonte del inconmensurable Berlín, todas igual de lejos e inalcanzables.

La señora Busse se comportó con sus singulares arrendatarios con mucha más amabilidad de lo que éstos esperaban, y ello quizá tuvo que ver con un pequeño secreto que guardaba: también ella procedía de una familia judía, aunque se había convertido al cristianismo. Es muy improbable que,

³⁵ Dado que Hardt escribe que ésa fue la última vez que vio a Kafka, probablemente la dedicatoria sea de febrero de 1924. También el recuerdo de que leyó, junto al «lecho de enfermo» de Kafka, poemas de Matthias Claudius, remite a esas fechas. Véase Hardt, «El autor y su recitador», en Koch [2009:247].

en el entorno semirrural de Zehlendorf, temiera las habladurías de los vecinos, o que, como contaba más adelante su hija, Christine, Kafka se hubiera presentado como «ario»: incluso si un engaño así hubiera funcionado, el origen judío-oriental de Dora era imposible de ocultar ni con la mejor voluntad, igual que su estatus de amante, y ambas cosas eran difícilmente compatibles con el serio personaje del químico «Doctor Kaesbohrer» bajo el que supuestamente Kafka se presentó allí. Por el contrario, es creíble que a Paula Busse le causara alguna preocupación la convivencia con un hombre a todas luces gravemente enfermo del pulmón. Se le oía toser por la mañana y por las noches, a veces durante horas, y no pudo escapársele que tenía que eliminar constantemente grandes cantidades de esputo. Kafka escupió en una ocasión al jardín desde la terraza, justo sobre un emparrado bajo el que Christine cambiaba confidencias con una amiga; un incidente extremadamente penoso, después del cual la muchacha tuvo prohibido el emparrado durante algún tiempo.³⁶

Fiebre, tos, esputos... Kafka conocía aquellos síntomas desde hacía años, y como su experiencia era que el principio de la primavera le procuraba alivio, creyó que también esta vez podía renunciar al tratamiento médico. ¿Qué habría podido hacer un médico? Si el paciente realmente insistía en esperar en Berlín el final de los fríos, entonces lo mejor era hacerlo en cama o, como Kafka intentaba ahora a veces, bien envuelto en mantas en su mecedora, con la ventana abierta. Para esos consejos no se necesitaba ningún médico. Dora en cambio, asustada por la creciente debilidad de Kafka, quiso volver a pedir ayuda. Informó al médico Ludwig Nelken, al que conocía de Breslau y que ahora trabajaba en el Hospital Judío de Berlín, y le pidió una visita domiciliaria urgente.

³⁶ Véanse los recuerdos de Christine Geier (de soltera Busse) en Faller [2001]. La casera de Kafka, Paula Busse, sobrevivió más adelante al campo de concentración de Theresienstadt.

«No estaba en cama cuando entré en su cuarto. Pero su estado era espantoso», recordaba Nelken más adelante. Desde luego, tampoco Nelken pudo hacer más que prescribir medicamentos para bajar la fiebre y aliviar la tos, y ratificar a Kafka en su convicción de que los honorarios médicos eran dinero mal invertido.³⁷

Treinta y ocho grados de fiebre, noche tras noche: no podía seguir así. También Max Brod, al que Kafka había visto poco antes de la mudanza, estaba extremadamente inquieto, y dado que los padres de Kafka, según anotó, «gustaban de mecerse en su seguridad», apremió a Ottla a hacer algo de una vez. Desde hacía unas semanas el hermano de Julie, Siegfried Löwy, vivía con los Kafka, y también él había ofrecido dinero para ayudar a Franz. Pero ahora era mucho más urgente hacerse una idea clara de la situación. Probablemente fue otra secreta llamada de auxilio de Dora—a Brod o a las hermanas de Kafka—la que trajo consigo la decisión: Löwy, que en realidad tenía otros planes de viaje, fue enviado por los Kafka a Berlín, y dado que esa iniciativa tenía que despertar los celos de Franz, se le informó lo antes posible. Una injerencia que a Kafka le irritó profundamente, en efecto: también él había propuesto hacía mucho que su tío fuera a visitarle algún día con su madre, pero naturalmente no a diez bajo cero—la helada no quería ceder ese año—, sino más tarde, en primavera, cuando volviera a estar en pie y tuviera un aspecto un poco más satisfactorio. Pero cuando Kafka llamó por teléfono, el 21 de febrero, para evitar el asalto, tuvo que escuchar que su tío ya estaba en el tren de Berlín.

³⁷ Nelken no quiso enviarle la factura, por lo que Kafka le regaló el ensayo *Rembrandt*, de Georg Simmel, que él mismo había recibido gratis de Kurt Wolff Verlag. La fecha de la visita del médico es discutible. Nelken cuenta que fue a principios de marzo de 1924, pero es improbable que Dora Diamant pidiera ayuda a un médico al que conocía personalmente en un momento en el que la partida de Kafka de Berlín era ya inminente. Véase Nelken, «Una visita médica a Kafka», en Koch [2009:244-246].

Siegfried Löwy no ha dejado ningún recuerdo escrito de su sobrino, y desde Berlín sólo nos han llegado de su puño y letra unas pocas y secas líneas, escritas en una tarjeta postal: Franz estaba «muy bien atendido» allí, dice en ella.³⁸ Pero en realidad Löwy debió de quedarse espantado. La última fotografía conocida de Kafka en Berlín, con sus rasgos endurecidos, en absoluto juveniles ya, pone claramente de manifiesto lo avanzado de su enfermedad, y si—como cabe suponer—esa foto de pasaporte es la que se hizo ya en octubre de 1923, en febrero, tras numerosas noches de fiebre y nueva pérdida de peso, cuando lo vio su tío tendría un aspecto notablemente peor. Estaba totalmente excluido, concluyó Löwy, que Kafka siguiera en Berlín en ese estado y sin asistencia profesional. Necesitaba un aire mejor, una alimentación mejor, ayuda médica, y todo eso sólo lo había en sanatorios especializados. Una perspectiva que deprimía de tal modo a Kafka que, por primera vez, trató incluso de negar la evidencia durante un tiempo.

La tranquila, abierta, soleada, aireada casa, la agradable patrona, la hermosa zona, la proximidad de Berlín, la primavera, que está empezando... ¿Voy a abandonar todas estas cosas sólo porque tengo una temperatura un poco alta, debida al invierno tan desacostumbrado que hemos tenido, y porque el tío ha estado aquí cuando hacía mal tiempo y sólo una vez me ha visto al sol, y algunas veces en cama, como también ocurrió el año pasado en Praga? Me iré de aquí muy a mi pesar y rescindir el contrato será para mí una decisión difícil.³⁹

Así que era el clima... La explicación, desde luego, no tranquilizaba a sus padres. Si bien no pasaba todo el rato en la cama, hacía semanas que Kafka no podía salir de casa, y Kafka no estaba en condiciones de acompañar a Siegfried

³⁸ Postal a Julie Kafka del 23 de febrero de 1924.

³⁹ Postal a Hermann y Julie Kafka del primero de marzo de 1924.

Löwy a darse una vuelta por Berlín y su vida cultural, ni siquiera para asistir a una lectura de Karl Kraus, que precisamente en esos días estaba en la capital. Fue la prueba de fuego de la invalidez de Kafka: él, Dora y su tío hubieran podido ir a ver a Kraus cuatro tardes distintas, pero en ninguna de ellas Kafka se sintió capaz de viajar a la ciudad. Así que Löwy fue en compañía de Dora, y mientras ambos escuchaban entusiasmados la retórica del «teatro Karl Kraus» (así se refería a la lectura el periódico socialdemócrata *Vorwärts*), Kafka debía quedarse en cama, conformándose con el último número de *Die Fackel*, que acababa de recibir de Klopstock. No, sin duda no era sólo el clima.⁴⁰

Löwy, que se quedó más de una semana, puso su autoridad médica en el platillo de la balanza y convenció a Dora... o por lo menos la intimidó. Así que por fin Kafka cedió, y prometió, a pesar de sentir la mayor aversión hacia las amenazantes «obligaciones alimentarias», volver a intentarlo con un sanatorio. La familia correría de alguna manera con los gastos, y Dora aseguró que estaría cerca de él, no importaba por qué lugar se decidiera. Lo único que ambos temían era el enfrentamiento con los padres de Kafka, que despertaría los fantasmas de Praga, y las observaciones despreciativas acerca de los judíos orientales, que sobre todo al padre se le escapaban con facilidad, habrían provocado un estallido difícil de superar. El tío propuso que Kafka evitara Praga y fuera a un sanatorio dando un rodeo. Pero ya había pasado medio año desde que Franz había visto a sus padres por última vez,⁴¹ así que se decidió que él se detendría dos

⁴⁰ Entre el 21 de febrero y el 24 de marzo de 1924, Karl Kraus leyó un total de doce veces en la Berliner Lustspielhaus. Los programas figuran en *Die Fackel*, vols. 649-656, pp. 74 y ss. Respecto a la lectura de *Die Fackel* por parte de Kafka, véase la postal a Robert Klopstock del 29 de febrero de 1924.

⁴¹ En vista de esta larga separación, la propuesta de Siegfried Löwy parece asombrosa, y permite sospechar que quería ahorrar a los Kafka la

o tres días en Praga mientras Dora levantaba la casa en Berlín. Luego volverían a encontrarse... en algún otro sitio, en terreno neutral.

Como Kafka ya no estaba en condiciones de hacer él solo el viaje a Praga, primero hubo que esperar a que encontrase un acompañante. El 14 de marzo, Max Brod fue a Berlín y entregó a Dora una maleta vacía para las pertenencias de Kafka. Mientras ella hacía la maleta en Zehlendorf, Brod se ocupaba de Emmy Salveter y de los preparativos de la ópera de Janáček *Jenufa*, cuyo libreto en alemán había escrito él, y cuyo estreno en la Ópera Estatal de Berlín era inminente. El 17 de marzo todos se encontraron en la estación de Anhalt: Kafka, Dora Diamant, Brod y, para su suprema sorpresa, también Robert Klopstock, al que sus apremiantes ruegos no habían conseguido disuadir de acompañar a su mentor en esa difícil jornada.

Los traslados dentro de Berlín—había asegurado Kafka en una ocasión a sus padres—no le importaban gran cosa; en Praga habrían sido espantosos, pero en Berlín no.⁴² Para él eran un signo de que aún conservaba la movilidad, de que era capaz de sustituir las raíces cortadas por otras nuevas, tales traslados eran desafiantes y vivificadores como los pequeños trayectos desde una habitación de hotel a la siguiente. Esta mudanza, en cambio, era distinta. Kafka se había resistido a ella hasta las últimas semanas: constituía, lo llevaran adonde lo llevaran, una indudable derrota. «El día más agotador de mi vida», anotó Brod en su diario. Kafka no anotó nada. Abrazó a Dora, dejó la ciudad, el gran mundo.

visión de un enfermo muy desmejorado. Véase la carta de Kafka a Robert Klopstock de principios de marzo de 1924.

⁴² Carta a Hermann y Julie Kafka, así como a Ottla David, del 5-8 de enero de 1924.

Las huellas de Kafka en Berlín se han borrado. Unas cuantas postales a Puah, que se perdieron. Dos contratos firmados en la editorial Die Schmiede, que se extinguió en 1931 y cuyo archivo ha desaparecido. Un número desconocido de notas enviadas a Emmy Salveter y Tile Rössler. Firmas en formularios policiales, en mostradores del banco, en tres contratos de arrendamiento, en los formularios de inscripción de la Escuela Superior de Ciencia Judía. Y sin duda otras cosas de las que nada sabemos.

Se han perdido también los cuadernos con las notas y esbozos que Kafka escribió en Berlín. Llevaba siempre uno encima, cuando salía de paseo, y cuando, por el camino, se daba cuenta de que lo había olvidado, se compraba uno nuevo. Esos cuadernos, en número aproximado de veinte, Dora Diamant los quemó por deseo de Kafka y en su presencia... al menos eso explicó más tarde al horrorizado Brod, que se esforzaba enérgicamente por poner a salvo el legado escrito. ¿Había ejecutado el propio Kafka su disposición testamentaria, sabiendo que su amigo le negaría ese último servicio? Era creíble; al fin y al cabo, también en Praga se encontraron sobres vacíos de cuadernos en cuarto, que indicaban que ya antes de su viaje a Alemania había destruido docenas, quizá cientos de páginas escritas. Y aun así no era cierto. De hecho, los cuadernos de Berlín de Kafka, o la mayoría de ellos, estaban intactos en la cómoda de Dora. Ella los consideraba su propiedad más personal, y en modo alguno sólo en sentido jurídico; además, sabía que Kafka no habría aprobado en ningún caso la publicación de aquellas notas. Eso justificaba el engaño... ¿No era más bien Brod el que tenía que explicar su proceder? Sin duda. Pero Dora sólo entendió que ella misma se hallaba en un dilema moral aún más profundo cuando fue demasiado tarde. En marzo de 1933 la Gestapo registró su vivienda de Berlín, en busca de pruebas contra su marido, el comunista Ludwig Lask. Hasta la última hoja de papel que allí había fue incautada, entre ellas algunas doce-

nas de cartas que había recibido de Kafka, así como el montón de sus cuadernos conservado en secreto. Nada de todo aquello ha vuelto a aparecer jamás.⁴³

Y aún hay otra pérdida, quizá igual de importante: una cuarta novela de Kafka, su única novela epistolar. Sabemos de ella por los recuerdos de Dora, pero también le contó la historia a Brod, pues fue uno de los mitos de su vida:

Cuando vivíamos en Berlín, Kafka iba con frecuencia al parque de Steglitz. Yo le acompañaba a veces. Un día nos encontramos a una niña pequeña que lloraba y parecía totalmente desesperada. Hablamos con ella. Franz le preguntó qué era lo que la apenaba, y nos enteramos de que había perdido su muñeca. Enseguida inventa él una historia con la que explicar aquella desaparición. «Tu muñeca tan sólo está haciendo un viaje. Lo sé. Me ha enviado una carta». La niña desconfió un poco: «¿La has traído?». «No, la he dejado en casa, pero mañana te la traeré». La niña, ahora curiosa, ya había olvidado en parte su pena. Y Franz volvió enseguida a casa para escribir la carta.

Se puso manos a la obra con toda seriedad, como si se tratara de escribir una de sus obras. Estaba en el mismo estado de tensión en el que se encontraba siempre en cuanto se sentaba al escritorio [...] Al día siguiente llevó la carta a la pequeña, que le estaba esperando en el parque. Como la pequeña no sabía leer, él lo hizo en voz alta. La muñeca le explicaba en la carta que estaba harta de vivir siempre en la misma familia, y expresaba su deseo de experimentar un

⁴³ Después de que Dora Diamant confesara a Brod, en abril de 1933, que los cuadernos de notas no se habían perdido hasta aquel registro domiciliario, éste se dirigió al escritor Camill Hoffmann, que en aquel momento era agregado cultural de la embajada checa en Berlín. Pero el intento de Hoffmann de recuperar los papeles de Kafka de manos de la Gestapo no tuvo éxito. El marido de Dora, Ludwig (Lutz) Lask, nacido en 1903, era sospechoso de participar en la producción y distribución de la prohibida revista *Rote Fahne* ('Bandera roja'); como su madre y sus dos hermanos, en 1933 estaba preso de la Gestapo. Fue torturado e internado en un campo de concentración durante varios meses. En 1934 huyó a través de Praga a la Unión Soviética, donde fue detenido cuatro años después bajo sospecha de espionaje y condenado a otro campo en Siberia. Murió en Berlín Oriental en 1973.

cambio de aires; en una palabra, quería separarse por algún tiempo de la niña, a la que quería mucho. Prometía escribir todos los días. Y Kafka, de hecho, escribió una carta diaria en la que siempre informaba de nuevas aventuras, que se desarrollaban muy deprisa, de acuerdo con el ritmo de vida especial de las muñecas. Al cabo de unos días, la niña había olvidado la verdadera pérdida de su juguete y ya sólo pensaba en la ficción que se le había ofrecido como sustituto. Franz ponía en cada frase de la historia tanto detalle y sentido del humor, que el estado en que se encontraba la muñeca resultaba del todo comprensible: la muñeca había crecido, había ido al colegio, había conocido a otras gentes. Aseguraba una y otra vez que quería a la niña, pero aludía a las complicaciones que iban surgiendo, a otras obligaciones y otros intereses que de momento no le permitían retomar la vida en común. A la niña se le pidió que reflexionara, y así se la preparó para la inevitable renuncia.

El juego duró por lo menos tres semanas. Franz tenía un miedo terrible ante la idea de cómo darle fin [...] Pensó largamente y al final se decidió por hacer que la muñeca se casara. Primero describió al joven marido, la fiesta de compromiso, los preparativos de boda. Después, con todo detalle, la casa de los recién casados: «Tú misma comprenderás que en el futuro tendremos que renunciar a volver a vernos». Franz había resuelto el pequeño conflicto de la niña a través del arte, gracias al medio más efectivo del que él personalmente disponía para ordenar el mundo.⁴⁴

Una historia agridulce y conmovedora, que a la gente le gusta contar y que de hecho ha sido contada a menudo. Como hace notar Brod, recuerda *El cofrecillo de joyas* de Hebbel: una historia moral que da un ejemplo de lo que es el amor a

⁴⁴ Dora Diamant, «Mi vida con Franz Kafka», en Koch [2009:226-228]. La versión facilitada por Brod difiere en algunos puntos: según ésta, Kafka decía haber visto y hablado a la muñeca (lo que es más plausible que la historia de la carta recibida), y ponía fin al asunto regalándole a la niña una muñeca nueva antes de marcharse de Berlín (lo que es muy improbable, porque en ese caso habría tenido que mantener desde Zehlendorf el contacto con la niña de Steglitz). Véase Brod, *Sobre Franz Kafka*, pp. 338 y ss.

la humanidad, y que presenta al Kafka tardío como una figura emblemática, por así decirlo intemporal. También una historia que no puede ser más característica de su actitud literaria, con su afición al juego y a la invención, la consecuencia y la responsabilidad con la que se mueve dentro del marco de ficción creado por él mismo, también por su capacidad de dar a lo imaginario el poder de influencia de lo real. Pero Kafka sabía que ahí acechaba otra cosa, y que la tentación de lo imaginario también exige un precio. Le concedió a la niña el alivio de atenuar el dolor de la pérdida con la fuerza imaginativa de la carta, pero no se concedió este alivio a sí mismo. Pese a lo cual podemos estar seguros de que la novela epistolar de Steglitz, sin duda perdida para siempre, no contenía ni un chispazo de esperanza artificial, irrealizable.⁴⁵

Hay otra historia de la época berlinesa de Kafka, mucho menos conocida, pero igual de impresionante. Su fallo es que no tiene ningún héroe moral y por tanto no es edificante. Su gran ventaja es que la conocemos de primera mano. El propio Kafka se la contó a su hermana Elli, en una carta cuya importancia ella aún no podía medir en 1923, y que aun así quizá no olvidó nunca:

Hace poco he tenido una aventura amorosa. Estaba sentado al sol en el jardín botánico cuando pasó una clase de un colegio de chicas. Entre las colegialas había una guapa, alta, rubia, adolescente, que me sonrió con coquetería, abombó el morrito y me gritó algo. Naturalmente, devolví la sonrisa con doble amabilidad cuando, luego, se volvió a mirarme con sus amigas. Hasta que me di cuenta poco a poco de lo que en realidad me había dicho. Me había dicho: «Judío».⁴⁶

⁴⁵ Ya en 1959 se publicó en Steglitz un llamamiento con el objetivo de volver a encontrar a la niña del parque, y con ella posiblemente también las cartas de la muñeca de Kafka. El traductor de Kafka Mark Harman repitió el intento en 2001, pero tampoco tuvo éxito.

⁴⁶ Carta a Elli Hermann del 4 de octubre de 1923.

28. ÚLTIMO SUFRIMIENTO

When I die, just keep playing the records.

JIMI HENDRIX

«He provisto a la obra de todo lo necesario y me parece lograda». Es un animal el que pronuncia esta frase tan segura de sí misma, uno de esos narradores que cuentan su propia historia, que se pierden en su propia historia, y que en la obra de Kafka adoptan tan variadas figuras. Un animal en la estela del simio Rotpeter, del chacal necesitado de redención, del perro investigador. Es el principio de «La obra», escrita en diciembre de 1923, en tinta negra, en las hojas de un cuaderno a cuadros normal y corriente.

«La obra» es especialmente característica del estilo literario tardío de Kafka, que se aleja cada vez más de la prosa de sus novelas: sin duda un texto narrativo, pero con una historia exterior nada espectacular y en el tono de un monólogo que se despliega con lentitud, que enreda paso a paso al lector en una lógica paranoide. Es prosa de reflexión, prosa de discusión, en la que cada pregunta planteada, cada ponderación de alternativas, incluso la ocasional aparición de una duda general, ejerce la fuerza de convicción del discurso inteligente, mientras lo absurdo de los presupuestos en los que todo se basa se va perdiendo de vista poco a poco. También en «Investigaciones de un perro» el lector tiene la experiencia de que, en cuanto admite la racionalidad de un narrador en primera persona sorprendentemente elocuente, las preguntas del mismo se convierten en propias, y la tentación de adherirse a su búsqueda de sentido se vuelve casi abrumadora. Para salir de ese hechizo se necesita una llave exterior. Se necesita el conocimiento de que el narrador se engaña y, por lo tanto, también nos engaña a nosotros.

«La obra» sigue este mismo modelo, pero el desenmascaramiento es mucho más difícil aquí. Un animal que vive bajo

tierra la mayor parte del tiempo—podría tratarse de un tejón—ha excavado, durante años de esforzado trabajo, un extenso sistema de pasadizos protegido de intrusiones desde el exterior por distintas medidas de camuflaje, puesto constantemente a punto, equipado con planes de emergencia táctica. No es posible ignorar la satisfacción del constructor, pero, dado que éste parece evitar las relaciones con sus congéneres y sus pensamientos giran exclusivamente en torno a sus propios planes, hay que tener cautela. ¿Qué credibilidad merece un narrador tan aislado? Al lector atento no se le escapará que esa obra cuya espaciosidad y calma el narrador ensalza una y otra vez es, en realidad, una cueva poblada de bichos y apesosa a carne putrefacta... Pero es hasta cierto punto lógico que un animal no comparta la idea que se hace un humano de la limpieza. Ahora bien, la necesidad que tiene ese animal de sentirse seguro es manifiestamente exagerada y permite concluir, aunque aún no forzosamente, que se trata de una obsesión. Sea como fuere, el animal mismo termina por admitir que, por bien que haya construido su obra, no es del todo segura, hasta tal punto que fantasea con llegar a un entendimiento con un eventual adversario, tolerarlo. Lo apartado de la obra, sin embargo, que recuerda a una tumba, tolera mal la vecindad. Por fin se descubre que la seguridad no es el único sentido de la obra, que quizá no lo fue nunca.

Cuando me encuentro en la plaza de armas, rodeado de pilas de provisiones de carne, con el rostro vuelto hacia las diez galerías que parten desde ese punto, cada una con su pendiente, hacia arriba o hacia abajo, cada una recta o curva, tendente a ensancharse o a estrecharse, y todas por igual tranquilas y vacías, dispuestas a conducirme, cada una a su manera, a las numerosas plazas igualmente tranquilas y vacías, cuando me hallo en la plaza de armas, digo, la idea de la seguridad queda lejos de mí, y siento que ésta es la fortaleza que he arrancado a la reacia tierra, a fuerza de arañarla y de

morderla, de pisotearla y de empujarla, una fortaleza, esta mía, que de ningún modo puede pertenecer a otro, y que es tan mía que al fin y al cabo incluso puedo soportar tranquilamente la herida mortal de mi enemigo, puesto que mi sangre se filtrará aquí en mi tierra y no se perderá.¹

Un vistazo al manuscrito muestra que al principio Kafka hablaba de «patria» y sólo posteriormente sustituyó ese concepto por el de «fortaleza». Se trata, pues, de pertenencia, de identificación, tanto más profunda y duradera cuanto que el animal no confía en ningún colectivo—la forma más accesible de alcanzar la identidad—, sino que se remite a lo que él mismo ha sido capaz de alcanzar. *Este de aquí soy yo*; el suyo es un orgullo en cierto modo humano, que nadie puede condenar *per se* como grandilocuente. El animal lleva a cabo la obra de su vida, y a pesar de toda la extrañeza de los detalles el lector tiene que decirse a sí mismo que completar la obra de una vida no es lo peor que puede ocurrirle a uno.

Muestra el refinamiento formal de este relato el hecho de que sólo en el momento en el que el animal se ha ganado cierto respeto por su fantástica empresa tenga lugar la circunstancia que pone a prueba su sentido de la realidad. El silencio de la obra se ve repentinamente perturbado por un sonido que no cesa ni de día ni de noche, «sigue sonando, siempre tenue, a intervalos regulares, ora como un silbido, ora más bien como un zumbido». ¿Es un enemigo poderoso el que se abre paso desde algún sitio? ¿Se está haciendo el ruido cada vez más fuerte, o tan sólo lo parece? El alud de especulaciones que desata el acontecimiento no desemboca en ningún resultado aprehensible, pero al lector se le ofrecen algunos puntos de apoyo que le permiten resistirse al torbellino y abandonar la perspectiva demasiado estrecha del narrador en primera persona. Si el inquietante ruido, nos dicen, se oye

¹ OC III, 923. En el manuscrito, la narración no lleva título alguno.

con igual fuerza en todos los lugares de la gigantesca obra, se impone la sospecha de que emana del propio animal. Es esta idea evidente la que *no* se le ocurre a él, y por eso mismo aumenta su evidencia. Un silbido y zumbido con pausas regulares: es el propio sonido de la vida, la propia respiración, lo que el animal percibe. El animal mismo es la fuente última de la inquietud que perturba la perfecta calma de su creación.

No sabemos qué final tenía pensado Kafka para el animal encerrado en su obra. El manuscrito se interrumpe en mitad de una frase, en todo caso en una hoja escrita hasta el final, de manera que sin duda hubo una continuación que iba más allá del texto conservado.² Pero la historia no requiere un auténtico final, su verdadero y terrible efecto es biográfico; no se desprende del texto, sino de las circunstancias en las que fue escrito. Porque la cuestión de si es un adversario exterior el que amenaza la obra o si el continuo ruido señala un peligro en el interior carece de importancia para un enfermo de tuberculosis. El ruido de la propia respiración, que se va haciendo cada vez más corta, ese signo de vida que siempre ha estado ahí, pero que ahora el enfermo escucha lleno de miedo, ese ruido *es* el adversario.³ Kafka tampoco inventó esa metáfora: la encontró, y quien la tome al pie de la letra será quien se aproxime más a su texto.

Esto vale también para la última obra de Kafka, «Josefina la cantante», o «El pueblo de los ratones», un relato que lleva

² Es poco probable que «La obra» fuera terminada, como Dora Diamant creía recordar más tarde. Porque en ese caso Kafka, que necesitaba dinero con urgencia, habría ofrecido el texto para ser publicado y sin duda lo habría incluido en el contrato con Die Schmiede. El manuscrito permite suponer que la escritura de «La obra» fue interrumpida por los fuertes ataques de fiebre de finales de diciembre de 1923 (véanse los apéndices de la edición crítica alemana).

³ Esto encaja incluso con la inconsistente descripción del sonido en «La obra». Al principio se dice: «ni siquiera es continuo como suelen ser estos ruidos, hace grandes pausas», pero más tarde se habla de «breves pausas» (OC III, 927, 938).

ya en el título el familiar nombre de camuflaje «Josef». Una vez más, el narrador es un animal, esta vez un ratón que se muestra muy objetivo, aunque un tanto huraño y sabihondo. Y una vez más se trata del verdadero significado de un ruido que Josefina, la diva de los ratones, considera arte, cuando en realidad se trata de «un silbido común y corriente, un tanto llamativo a lo sumo por su delicadeza o su debilidad», «no es una habilidad, sino una manifestación vital característica» que cualquier otro ratón es capaz de producir; *estricto sensu*, la de Josefina es una «nulidad de voz», de «rendimiento nulo».⁴ Esto plantea la cuestión de por qué encuentra un público (luego resulta que en parte está organizado) y por qué las pretensiones artísticas de Josefina son hasta cierto punto toleradas. El narrador dedica un amplio espacio a este enigma. Llega a la conclusión de que aquello cuyo aura hechiza pasajeramente a la multitud no es el arte, sino la puesta en escena como tal, pero asegura que el pueblo de los ratones rechaza con razón toda pretensión que vaya más allá de esa puesta en escena, limitada en el tiempo y el espacio. Arte o no arte, nadie está fuera de la Ley. Los privilegios que ella exige—sobre todo la exención del trabajo físico—le son negados de plano a Josefina, y su amenaza de restringir entonces su *performance* artística da testimonio de su alocado desconocimiento de su estatus real. Por primera vez Kafka ha puesto en estrecho contacto los dos motivos centrales de sus últimos años, incluso los ha llevado a una especie de corto-

⁴ OC III, 252, 259. El hecho de que Kafka eligiera esta vez una especie tan alejada de los humanos se debe probablemente a su lectura intensiva de *Die Fackel*. Desde diciembre de 1922, Karl Kraus utilizaba con creciente frecuencia el polémico concepto «ratonil», que él definía de la siguiente forma: «cuando algo es el ademán de algo y sin embargo expresa el total fracaso de lo que pretende, hay que plantarse con los brazos cruzados, dejarlo actuar, mirar fijamente y susurrar para no molestar, no decir más que: ¡ratonil!» (*Die Fackel*, vols. 608-612, p. 71). Véase Lensing [2003:280 y ss.].

circuito: por un lado la aspiración absoluta a la verdad, que sólo el arte del individuo autónomo puede satisfacer, desde luego al precio de la vida, y por otro el deseo de comunidad, de una unión verdadera, social, incluso física, con el propio colectivo. Que ambas cosas se excluyen mutuamente había sido desde siempre el núcleo heroico del mito privado de Kafka. Ahora, al final del camino, parece abandonar esa posición, y la lucha de su vida se presenta bajo la luz de la ironía. Por fin, también la diva se retira, da igual si mantiene en pie o no su aspiración artística para sí misma: sus congéneres pueden vivir muy bien sin ella; durante un tiempo sus puestas en escena son una herencia anecdótica, pero las futuras generaciones la olvidarán, y será como si Josefina nunca hubiera existido.

Es difícil imaginar cómo hubiera podido Kafka—de haberse curado de la tuberculosis—seguir desde este punto su ulterior desarrollo literario. Max Brod consideraba una posibilidad plausible el total enmudecimiento y la opción por una vida dispuesta al sacrificio social: «Mucho de lo que he oído de sus labios apunta en esa dirección».⁵ Por otra parte, las frases finales de «Josefina la cantante» están impregnadas de una tristeza imposible de ignorar, y en absoluto del alivio de haber escapado al fin de una locura hostil a la vida. Si la literatura, como Kafka creía al final de su vida, es el intento de hacer posible «una palabra verdadera de persona a persona», entonces «Josefina» no puede haber sido su última palabra. En todo caso, viene a ser su despedida del mito del luchador solitario, de tantos hijos oprimidos, acusados y agrimensores, cuyo narcisismo es tan elocuente.

Pasaría en Praga unos pocos días—había creído Kafka—y enseguida iría a un sanatorio. En principio debía ser el de

⁵ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 339.

Davos, en Suiza, probablemente el mejor, pero también el más caro; era una propuesta del tío, y al parecer ya se había reservado un alojamiento en firme, porque el 19 de marzo, después de sólo dos días en Praga, Kafka comunicó a su director el inminente viaje. Pero, por alguna razón, el plan fracasó (probablemente el visado no llegó a tiempo), y hubo que enviar peticiones a otros sanatorios. Por seguridad, Kafka solicitó un pasaporte que le permitiera viajar a varios países: a Alemania, Austria, Italia y Suiza: una señal de que sólo ahora pensaba en alternativas útiles, y de que por el momento estaba clavado en Praga.

Fue, como habría de verse, una desgracia. Porque alrededor del 20 de marzo—estaba a punto de terminar el relato de «Josefina la cantante»—Kafka, que sufría fiebre constante, observó que había algo en su garganta que no iba bien. Sentía un leve escozor en la laringe, sobre todo al beber zumos de frutas, y hablar parecía costarle un poco más que de costumbre, como cuando comienza una ronquera. «Creo que he empezado en el momento justo la investigación del silbido animal», le escribió a Klopstock, pensando en la ocasional ronquera de Josefina.⁶ Podría tratarse de una faringitis común, pero los síntomas fueron empeorando y le molestaban también para comer. No sabemos si en ese momento Kafka ya era consciente del peligro que se aproximaba; naturalmente sabía, por sus conversaciones con compañeros de dolencia y médicos, que a menudo la tuberculosis pulmonar causa infecciones secundarias, aunque, como de costumbre, no quería pensar en esa amenaza. También Max Brod—al que Kafka intimaba, en tono llamativamente decidido, a visitarle a diario—estaba mucho más preocupado por el mal aspecto de Kafka y por su respiración a veces ruidosa que por el menoscabo de la voz, al principio apenas perceptible. Como sea, resulta incomprensible que ni siquiera al médico, al que

⁶ Kafka, *Cartas, 1902-1924*, p. 521.

se invitó a visitarlo en casa, se le ocurriera examinar la laringe de Kafka; ese hombre, escribió más tarde Kafka, era sencillamente demasiado vago como para llevar encima el laringoscopio.⁷ En fin, también en Praga había laringólogos, pero en vez de enviar a Kafka a ser examinado por un especialista se decidió que debía viajar al sanatorio Wienerwald, en la Baja Austria, para reanudar una cura sistemática. Löwy conocía a uno de los directores médicos, que a la vez eran dueños del sanatorio, y eso prometía protección y un diez por ciento de descuento.

Nada sabemos de su despedida de Praga y de la familia. Fue su última despedida, porque nunca volvería a ver ni a sus padres ni su ciudad natal. Todo lo que ha quedado es apenas el jirón de un recuerdo, una pequeña escena conservada por el periodista y poeta Michael Mareš, conocido de muchos años, al que Kafka se encontró por la calle pocos días antes de su partida, un hermoso día de primavera. Kafka tenía en las manos una gran pelota de colores que su sobrina Věra le había tirado; Ottla estaba a su lado y contemplaba el juego. «¿No quiere venir a almorzar con nosotros?», preguntó sonriente Kafka. Pero por desgracia Mareš tenía otro compromiso y se despidió. Fue en el Altstädter Ring, en la acera, a la entrada de una funeraria.⁸

El sanatorio pulmonar Wienerwald gozaba de una reputación internacional; un edificio de cinco plantas, con las dimensiones de un gran hotel, construido siguiendo el modelo arquitectónico de Davos, con salas de reposo, salas de reunión, salas de lectura y de música, salas de tratamiento con radiaciones e incluso quirófano propio. El edificio estaba ubicado en una ladera con una hermosa vista hacia el sur, y

⁷ Postal a Hermann y Julie Kafka del 13 de abril de 1924.

⁸ Michael Mareš, «Kafka y los anarquistas», en Koch [2009:100-101].

además rodeado de un extenso parque, fuera del cual no había más que bosque en varios kilómetros a la redonda. Porque el sanatorio estaba aislado al final de un angosto valle, y el pueblo más próximo, Ortmann (hoy parte de Pernitz), estaba a una hora larga de camino a pie. Llegar hasta allí era trabajoso, los setenta kilómetros desde Viena exigían varios transbordos, y al final había que pasar horas sentado en el hermoso pero desesperantemente lento ferrocarril de montaña de Gutenstein. No sabemos si Kafka superó sólo este «interminable viaje», como él escribió.⁹

Dora esperaba impaciente volver a ver a su amado: los pocos días de separación que habían previsto se habían convertido en casi tres semanas. Le escribía regularmente, pero Kafka seguía temiendo un encuentro de Dora con su familia, la irritación y las fricciones que inevitablemente traería consigo, así que le pidió con insistencia que se quedara en Berlín. Pero apenas fijado el día de su marcha también Dora se puso en camino hacia Austria. Tras un día de viaje llegó a Viena, allí tomó una habitación en un hotel y preguntó a los Kafka, probablemente por teléfono, la dirección exacta del sanatorio. Kafka había intentado aplazar aún un poco la llegada de Dora, pero el 8 de abril ella llegó a Ortmann, se alojó en la casa de unos campesinos cerca del sanatorio y se presentó en la habitación de enfermo de Franz.

Él se sentía muy a disgusto en el Wienerwald, más adelante se referiría a él como un sanatorio «perverso y agobiante». Es probable que el abrupto cambio de unos cuidados enteramente atentos a sus necesidades, como los que venía go-

⁹ Postal a Hermann y Julie Kafka del 7 de abril de 1924. Siegfried Löwy, que había querido llevar a Kafka a Davos, estaba en Venecia desde hacía ya unas dos semanas, y por lo tanto no entraba en consideración como acompañante. Conforme a los recuerdos de Dora Diamant, fue una de las hermanas la que viajó con él; en cualquier caso, sigue siendo extraña la insistencia con que Kafka señaló a sus padres la gran distancia existente entre Viena y el sanatorio, como si fuera una información nueva para ellos.

zando desde hacía meses, a la maquinaria curativa impersonal, adaptada a un público internacional, que encontró en Ortmann, le hiciera sufrir. Nada advirtió de un trato preferente por parte de los dos médicos jefe; ninguno de ellos le pareció digno de confianza: «el uno tiránico, el otro blando, pero ambos creyentes en la medicina y desvalidos en la necesidad».¹⁰ Kafka pasaba en cama la mayoría del tiempo, escuchando las conversaciones en los balcones circundantes, conversaciones en las que no podía participar debido a su creciente ronquera. Pero lo peor era que allí nadie quería decirle lo que había que hacer a largo plazo, y el tratamiento se limitaba al alivio sintomático: abundante Piramidón para bajar la fiebre, un medicamento ineficaz para aliviar los tos y caramelos de acción anestésica para facilitarle la comida. «Sin duda lo principal es la garganta», escribió Kafka a Klopstock. Ahora estaba claro. «Hablando no se saca nada en claro, porque en cuanto se menciona la tuberculosis de laringe todo el mundo empieza a hablar de manera tímida y huidiza, con la mirada absorta. “Inflamación”, “infiltración”, “no es nada malo” pero “aún no se puede decir nada concreto”, parece ser suficiente mientras padezco intensos dolores».¹¹ Era la primera vez que Kafka se quejaba de dolores muy fuertes, y Klopstock sabía lo que eso significaba tan bien como cualquier otro médico. Si realmente no se trataba de una úlcera cancerosa—pero ¿cómo iban a saberlo los médicos del Wienerwald sin una muestra de tejidos?—, entonces los crecientes dolores, los edemas e infiltraciones eran una señal segura de que la tuberculosis de Kafka se había extendido a la laringe.

Fue probablemente su miedo a presentarse en un estado tan desvalido y malhumorado el que le movió a no recono-

¹⁰ Carta a Max Brod del 20 de abril de 1924. Postal a Hermann y Julie Kafka de abril de 1924.

¹¹ Carta a Robert Klopstock del 7 de abril de 1924.

cer en absoluto, ni siquiera ante Dora, su verdadera angustia. Ella tenía obligaciones en Berlín, no podía vivir sin ingresos en el extranjero, y por más que le alegrara su visita consideraba excluido que dejara por él su entorno vital. Dora en cambio tiene que haber tenido claro al primer vistazo que tendría que acomodarse allí por un tiempo prolongado. Entretanto, Kafka pesaba menos de cincuenta kilos, su voz había cambiado completamente, y el humor relajado, a menudo incluso alegre de Berlín se había esfumado bajo la presión de los dolores. En sólo tres semanas, su amigo se había convertido en una persona necesitada de cuidados, a la que simplemente ella no podía abandonar, por mucho que él pensara lo contrario. El 9 de abril Kafka escribió a sus padres que Dora pasaría unos días con él, y luego volvería a casa. Pero Dora añadía: «No es seguro que me vaya a casa». Más clara aún era una postal a Brod que Kafka escribió ese mismo día: le pedía en ella que ofreciera el relato de «Josefina» al *Prager Presse* y luego también a la editorial Die Schmiede, porque necesitaba dinero de manera urgente: «Por lo visto se trata de la laringe». Dora anotaba debajo: «Si puedo resolverlo me quedaré aquí y no en Viena. Ya veremos». Pero luego añadía, sin conocimiento de Kafka, una segunda postdata: «Por favor, Max, vende lo que puedas. Tengo que quedarme aquí a cualquier precio. Necesito increíblemente poco, de ahí que será posible. La situación es muy, muy seria».¹²

Eso mismo admitían ahora, al fin, los médicos del Wienerwald. Pero ese mismo día comunicaban con toda inocencia a Kafka que el tratamiento que necesitaba superaba las posibilidades de un sanatorio pulmonar, y que sin resección del nervio laríngeo ya no se libraría de los dolores. Para eso tenía que acudir a un especialista en laringología, que sólo podía encontrarse en Viena. Una expulsión, pues, y con un moti-

¹² Postal a Hermann y Julie Kafka del 9 de abril de 1924. Postal a Max Brod del 9 de abril de 1924.

vo que era todo un golpe. Al día siguiente—habían transcurrido seis desde su llegada—Kafka y Dora Diamant subieron a un coche descubierto. A pesar del viento y de la lluvia, el sanatorio no tenía otro medio de transporte disponible en ese momento. «Todos los horrores superados el 10 de abril por la noticia de que Kafka ha sido devuelto por el sanatorio Wienerwald. Otra vez al hospital. Constatada tuberculosis laríngea. El más terrible de los días desgraciados», anotó Max Brod en su diario.¹³

La lucha por la supervivencia de Kafka empezó el 11 de abril de 1924. Hasta esa fecha, el objetivo de todas las medidas médicas e higiénicas siempre había sido la «curación», incluso en la fase más crítica hasta entonces, en octubre de 1918, cuando la familia esperaba el resultado de la grave neumonía provocada por la gripe española. Pero la situación actual era radicalmente distinta. Esperar sin hacer nada significaba la muerte segura, y antes de poder pensar siquiera en la curación era necesario hacer de una vez diagnóstico plausible y prevenir por todos los medios un ulterior empeoramiento de su estado. Para Kafka, una diferencia de vida o muerte, una profunda cesura existencial. Porque hasta ahora siempre había decidido él mismo sobre todas las medidas que afectaban a su enfermedad, incluso en los momentos de mayor dependencia. Ahora, por primera vez, se veía privado de esa libertad. Se encontraba en una clínica, era un caso entre muchos similares, su cuerpo era analizado, diagnosticado y tra-

¹³ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 178. Probablemente sea una leyenda que Dora Diamant, según cuenta Brod, hiciera de pie todo el viaje a Viena, de varias horas de duración, para proteger de la lluvia a Kafka. El famoso sanatorio Wienerwald no podía permitirse semejante trato a sus pacientes. Es más probable que Kafka fuera transportado en coche abierto a la estación de ferrocarril de Ortmann, situada a cinco kilómetros de distancia, lo que en su estado ya era lo bastante incómodo.

tado, y todas las demás necesidades de la vida, sobre todo las psíquicas y sociales, quedaban estrictamente subordinadas a las medidas médicas.

Había obtenido una plaza en la gran clínica de enfermedades de la garganta y la laringe del Hospital General (clínica laringológica, Lazaretgasse 14); un pariente lejano de Viena se había empleado a fondo para conseguirla. Era un buen hospital, uno de los mejores de Europa, y se lo debía sobre todo a la reputación de su director, el especialista en laringe, nariz y oídos profesor Markus Hajek. «[...] es como un presagio que haya ido a parar a Hajek, es un hombre extraordinario en su campo, y no debido a su ciencia, sino a su persona [...] Yo pensaba en Hajek antes de todo esto», escribía aliviado Robert Klopstock a Ottla.¹⁴ Ciertamente, Hajek era la opción preferible; también Sigmund Freud se había hecho operar por él el año anterior. Pero al médico jefe sólo lo trataban aquellos pacientes a los que había que intervenir quirúrgicamente, y decidir eso, en el caso de Kafka, requería primero una cuidadosa anamnesis y un diagnóstico seguro.

Los resultados de los análisis practicados inmediatamente después de la llegada de Kafka a Viena son mucho más exactos de los que nos han llegado sobre su tuberculosis.¹⁵ Primero fue examinado por un internista, que auscultó los pulmones y constató una respiración bronquial ruidosa y «condensaciones» bilaterales, es decir, tejido colapsado. En la

¹⁴ Robert Klopstock a Ottla David, mediados de abril de 1924 (carta conservada en el archivo de la edición crítica de Kafka, Wuppertal). Markus Hajek (1862-1941) fue discípulo del renombrado laringólogo Johann Schnitzler, el padre de Arthur Schnitzler. Trabajó como ayudante en la Policlínica de Viena al mismo tiempo que Arthur Schnitzler, y más tarde se convirtió también en su cuñado. Hajek colaboró en el primer *Atlas clínico de laringología* (1895), además de ser uno de los pioneros de la cirugía endonasal. En la clínica laringológica de Viena fundó un ambulatorio para trastornos del lenguaje y de la voz.

¹⁵ Véanse los facsímiles en Hackermüller [1990:111-113].

anamnesia (en la que al parecer Kafka se olvidó de la gripe española) se dice, entre otras cosas:

Hace seis años hemoptisis [tos sanguinolenta]: se diagnosticó una tuberculosis pulmonar. La dolencia cambia en intensidad a lo largo de los años. El paciente tiene períodos en los que tiene muy buen aspecto y se siente relativamente bien. En los últimos siete meses ha perdido alrededor de seis kilos y se siente peor que durante los años pasados. Hace dos semanas que sufre ronquera. Desde hace cinco días, fuerte dolor al tragar, especialmente en el lado derecho; el dolor a veces lo despierta del sueño. El paciente está por completo inapetente y se siente muy débil.

Finalmente, con ayuda de un laringoscopio se inspecciona el punto decisivo: «Laringe: ambos cartílagos aritenoides edematosos. Pared posterior ligeramente infiltrada. Pliegues vestibulares enrojecidos. Diagnóstico: tbc. laríngea». Con eso quedaban despejadas las últimas dudas. Desde ahora, ni siquiera el sanatorio más confortable, ubicado en el mejor clima posible, servía ya de nada. La medicina convencional, cuyos principios Kafka siempre había considerado arrogantes y obsoletos, era la única tabla de salvación.

En 1924 aún no había una sustancia activa que combatiera directamente el agente patógeno de la tuberculosis, identificado desde hacía mucho, y Hajek no tenía ningún respeto a los experimentos con tuberculina: había visto demasiado a menudo que con ella a los pacientes les iba peor que antes.¹⁶ A su vez, aún no parecía urgente una intervención quirúrgica, en todo caso entraba en consideración el «neumotórax artificial» recomendado una y otra vez por Klopstock, la paralización pasajera de un lóbulo pulmonar para estimular su curación. Sin embargo, esa medida era muy discutible debido al mal estado general de Kafka. Así que se decidió empezar por atenuar los dolores y la tos, lo que era relativamente

¹⁶ Véase Hajek [1932:263].

fácil de conseguir rociando la laringe con mentol: una idea que también podían haber tenido en el Wienerwald. De hecho, las molestias al tragar cedieron en pocos días, y Kafka volvió a estar en condiciones de comer lo suficiente. Es probable que, por pura gratitud, se hubiera sometido durante un tiempo al rígido régimen médico si su desconfianza hacia la medicina no se hubiera visto confirmada del modo más terrible de otro modo.

Era la primera vez en su vida que tenía que compartir una habitación con completos desconocidos, además gravemente enfermos, y era la primera vez que incluso sus necesidades más elementales—dormir, comer, conversar—estaban sometidas a un horario rígido. Los pacientes eran despertados a las 5:30 de la mañana, se lavaban uno tras otro con ayuda de una palangana y agua caliente, luego venía el desayuno, y a las 6:30 volvían a estar tendidos en las camas recién hechas, listos para la visita médica. A los visitantes sólo les estaba permitida la entrada entre las 14 y las 16 horas, y aunque Dora ignoraba esa regla y aparecía regularmente una hora antes, aquello era una restricción difícil de tolerar para Kafka. Aun así, bromeaba con sus padres, todo era «un sustitutivo con retraso, un sustitutivo, claro está, pequeño y débil, de la vida militar que no tuve».¹⁷

Pero subestimaba la situación, porque en el cuartel Kafka sin duda se habría ahorrado lo que tuvo que ver en esa habitación de varias camas, grande y soleada. En la cama vecina yacía un zapatero, casado, del barrio de Waldviertel, también con tuberculosis de laringe, al que los médicos sólo habían podido evitar asfixiarse mediante una traqueotomía. Pese a que Josef Schrammel—así se llamaba—llevaba una cánula clavada en el cuello para respirar, estaba de buen humor, comía con gran apetito y, al parecer, tampoco le dolía que nadie fuera a visitarle... su familia era demasiado pobre para

¹⁷ Postal a Hermann y Julie Kafka del 16 de abril de 1924.

hacerlo. Esto probablemente le recordara a Kafka al checo solitario con los horribles espejos, y algunos otros conocidos de Matliary. A Kafka ya se le había comunicado en dos ocasiones la muerte de un antiguo compañero paciente, y para su espanto se trataba precisamente de las personas más optimistas, en apariencia más vitales. El alegre zapatero Schrammel, que nunca en su vida había tenido que tratar con médicos, no estaba en absoluto al corriente de la gravedad de su situación, y Kafka observaba indignado que cada vez era más abandonado a su suerte por el personal de la clínica. Más adelante anotaría: «Han matado al hombre que estaba a mi lado. Lo han dejado andar por ahí con una neumonía y cuarenta y uno de fiebre. Era grandioso cómo durante la noche todos los celadores estaban en sus camitas y sólo el cura y su ayudante estaban ahí».¹⁸ A la mañana siguiente la cama de Schrammel estaba vacía, y a Kafka le costó tranquilizarse. Una y otra vez le acudían las lágrimas, y por primera vez desde hacía días la curva de la fiebre volvió a subir.

Era de prever que su recuperación, en un entorno sometido a tal angustia psíquica, fuera imposible, y las postales impostadamente alegres que enviaba a sus padres no engañaban a nadie a ese respecto. Toda una cadena de ayuda se puso en movimiento: como enviado de la familia se presentó el marido de Elli, Karl Hermann, para tratar las cuestiones financieras; Felix Weltsch, que también visitó a Kafka, se informó acerca de los sanatorios más próximos. Max Brod, por último, alarmó a Werfel, que vivía en Viena, y Werfel a su vez escribió una carta al profesor Hajek. Además, pidió a una médica amiga que hablara en la clínica y abogara por

¹⁸ Nota al parecer destinada a Klopstock en una de las «hojas de conversación», en *Cartas, 1902-1924*, p. 487. Sobre Josef Schrammel, véase Hackermüller [1990:114 y ss.]. Naturalmente, Kafka no podía saber que Sigmund Freud había estado a punto de desangrarse el año anterior después de ser operado por Hajek, debido también a falta de atención del personal. Véase Gay [1989:471].

Kafka; al paciente mismo le envió rosas y un ejemplar dedicado de su novela sobre Verdi, recién publicada. Dicen que el profesor Hajek observó con sarcasmo: «Me escribe un tal Werfel diciendo que debo hacer algo por un tal Kafka. Sé quién es Kafka. Es el paciente de la número 12. Pero ¿quién es Werfel?». Una anécdota inventada, sin duda. De hecho, Hajek prometió que en cosa de pocos días Kafka sería trasladado a una habitación individual, y se opuso seriamente a la propuesta de sacarlo de allí: allí, en su hospital, «todas las posibilidades de sanación, ayuda y cura estaban a mano», y ésa era «la única posibilidad» de Kafka.¹⁹ Pero era demasiado tarde, Kafka estaba decidido a abandonar el hospital. El 19 de abril, Dora empaquetó sus pocas pertenencias, a la luz del sol y con las ventanas abiertas de par en par. Acababa de impedir una visita de Werfel a aquel cuarto de moribundo. «Dado de alta para cuidado en casa», reza la última inscripción de su expediente hospitalario. No era del todo cierto.

De no ser por el letrero SANATORIO en la fachada de la casa, se habría podido tomar perfectamente por una pensión modesta el sanatorio privado para enfermedades pulmonares del Doctor Hoffmann, en el pueblo de Kierling, cerca de Klosterneuburg, a quince kilómetros de Viena: un edificio enteramente carente de adornos junto a una carretera comarcal,

¹⁹ Franz Werfel a Max Brod, en torno al 27 de abril de 1924 (Archivo de la edición crítica de Kafka, Wuppertal). La supuesta frase de Hajek aparece citada en Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 178. No es posible que Hajek, que veía a menudo a su cuñado Arthur Schnitzler, no conociera al famoso Werfel. Con ayuda del diario de Schnitzler se puede demostrar que Hajek acompañó al menos una vez al teatro a Schnitzler y que, en otra ocasión, vio a Schnitzler poco antes de que éste asistiera a una representación de *El hombre del espejo* de Werfel (25 de mayo de 1922 y 10 de marzo de 1923); véase Arthur Schnitzler, *Diarios, 1920-1922*, p. 311, y *Diarios, 1923-1926*, pp. 32 y ss.

con planta baja y dos pisos, en la parte de atrás un porche, y delante un pequeño jardín. Sólo tenía doce habitaciones, en parte utilizadas también por las visitas, y la atención médica de los pacientes estaba en manos del mismo doctor Hugo Hoffmann, un ayudante suplente y una enfermera. Un inhalador y una lámpara solar constituían el equipamiento técnico, y no se llevaban expedientes, porque se tenían en la cabeza los datos de los pocos pacientes. Una empresa familiar, pues, que el profesor Hajek no habría considerado muy por encima del «cuidado en casa».

Sin embargo, desde el punto de vista de Kafka el sanatorio Hoffmann tenía ventajas inestimables que compensaban de sobra su indigencia médica: ahora Dora podía quedarse con él todo el tiempo que quisiera, podía incluso hacer uso de la cocina. Los deseos personales eran tenidos muy en cuenta, el médico estaba siempre al alcance, incluso de noche, y si se prefería permanecer por completo en paz, también era posible. Kafka ocupó una sencilla habitación individual, completamente amueblada en blanco, en el segundo piso, con un balcón soleado y una hermosa vista sobre la rosaleda, el arroyo, los viñedos y el bosque. Sentía un enorme alivio después de todos esos meses encerrado, y el *shock* de los últimos días de Viena iba palideciendo poco a poco bajo la impresión de un paisaje primaveral lleno de aromas y colores. Kafka pasaba todo el tiempo que podía al aire libre, incluso dio un pequeño paseo por el pueblo, y finalmente a Dora se le ocurrió alquilar durante unas horas un coche de un caballo con el que, cómodamente recostado, se dejó llevar por los alrededores de Kierling; para Kafka, un goce del que no había vuelto a disfrutar desde los días de Planá.

La pregunta era si aquel arreglo era el más razonable también desde el punto de vista médico. ¿Qué hacían los austríacos acomodados en una situación precaria como ésa? Cuando ya no podían viajar, se iban a un sanatorio privado en Viena y se hacían atender de manera externa por los

mejores especialistas. Eso—había aconsejado con insistencia Klopstock—era lo que Kafka tenía que hacer: salir de la clínica, pero en absoluto dejar a Hajek. Y nada de experimentos con medicinas alternativas. Klopstock, que estaba otra vez en el Alto Tatra y por eso sólo podía emitir su voto por correo, quedó horrorizado al enterarse de que Dora había entablado contacto con un médico experto en medicina natural. Era maravilloso cómo cuidaba Dora del enfermo, escribió a Ottla, pero la familia tenía que apartarla a toda costa de ese error. Por suerte el disenso muy pronto careció de objeto, porque el doctor Hoffmann no apreciaba en absoluto la medicina natural y no quiso tolerar una acción paralela en su pequeño sanatorio.

No tenía nada que objetar, sin embargo, a que uno de los reconocidos expertos vieneses viniera a Kierling. Eso era exclusivamente cuestión de honorarios y buenas relaciones. Otra vez la cadena de ayuda se puso en movimiento para indicar a Dora el camino hasta la dirección correcta. Werfel informó a su amigo el profesor Tandler, concejal responsable de Salud y Bienestar en el Ayuntamiento de Viena, Max Brod escribió varias cartas de recomendación y el laringólogo Kurt Tschiasny se mostró dispuesto a tratar a Kafka gratis si era necesario; también un tal doctor Glas, seguidor de Rudolf Steiner, fue llamado a Kierling. Felix Weltsch conocía a Oskar Beck, profesor de otiatría (otología) en la clínica universitaria, y finalmente incluso se movilizó a su superior, el profesor Heinrich Neumann, el «rey de los médicos de pulmón de Viena», que para supremo asombro de Kafka no cobró otra cosa que el taxi nocturno hasta Kierling.²⁰ A este grupo

²⁰ Véase la postal a Hermann y Julie Kafka del 25 de abril de 1924. El concejal al que Werfel recurrió, Julius Tandler, posiblemente habría podido conseguir para Kafka una plaza a precio reducido o incluso gratis en el sanatorio de Grimmenstein, en la Baja Austria, pero Kafka renunció a ella porque ya no se encontraban en condiciones de hacer un viaje ni de soportar el trajín de un gran sanatorio.

de médicos de primera categoría—el sanatorio de Hoffmann nunca había vivido una cosa igual—le correspondía, ante todo, encontrar el modo de aliviar los dolores cada vez más fuertes de Kafka, que ya no se calmaban con mentol, y que convertían las comidas y también la bebida, en un tormento. La total falta de apetito que tenía que superar a cada bocado ya era bastante mala de por sí. Pero si ya no podía tragar ni los alimentos preparados por Dora, especialmente sabrosos y cuidadosos—pasta, papilla de arroz dulce, huevos—, ¿cómo iba a alcanzar la condición física indispensable para una intervención tal vez salvadora? Ni la más bella de las primaveras servía de nada contra los dolores, cada vez peores.

No nos ha llegado un dictamen escrito de los profesores Neumann y Tschiasny. Pero sí un extenso dictamen del doctor Beck, escrito después de visitar a Kafka para informar a Weltsch. Mientras toda la correspondencia entre deudos y amigos está impregnada de cautelas estratégicas—el propio Klopstock se quejaba de que no se podía averiguar nada fiable acerca del estado objetivo de Kafka—, la carta de Beck es el único documento que ofrece una imagen totalmente descarnada de la situación. Es probable que Weltsch no le enseñara esa carta a nadie más que Brod. Y hacía bien.

Ayer fui llamado a Kierling por la señorita Diamant. El señor Kafka tenía dolores muy fuertes en la laringe, especialmente al toser. Al ingerir alimento los dolores aumentan de tal modo que tragar se hace casi imposible. Pude constatar en la laringe un proceso tuberculoso desintegrador, que incluye también una parte de la epiglottis. En este estado no cabe pensar en intervención quirúrgica alguna, y he administrado una inyección de alcohol en el nervio laríngeo superior. Hoy volvió a llamarme la señorita Diamant para decirme que el éxito sólo fue temporal y los dolores han reaparecido con igual intensidad. He aconsejado a la señorita Diamant llevar al doctor Kafka a Praga, dado que también el profesor Neumann ha estimado en tres meses el tiempo que le queda de vida. La señori-

ta Diamant lo ha rechazado porque cree que con eso el paciente se daría cuenta de la gravedad de su enfermedad. Es conveniente que usted informe por completo a sus parientes sobre la seriedad de la situación. Comprendo, desde el punto de vista psicológico, que la señorita Diamant, que se ocupa del enfermo de manera sacrificada y conmovedora, tenga el deseo de llamar a consejo a Kierling a cierto número de especialistas. Tuve que dejarle claro que el doctor Kafka se encuentra, tanto en lo que respecta al pulmón como a la laringe, en un estado en el que ningún especialista puede brindarle ya ayuda alguna, y que sólo es posible aliviar los dolores con pantopon o morfina.²¹

La tensión a la que Dora Diamant se vio sometida por la devastadora sentencia fue terrible. El dolor por la pérdida que se avecinaba era demasiado profundo como para poder entregarse a él sin resistencia, pero en Kierling no había nadie con quien poder hablar abiertamente. Decirle a Kafka que en opinión de los médicos no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir estaba excluido: habría destruido definitivamente las energías para una mejora que quizá aún dormían en alguna parte. Dora estaba convencida de que contarle la verdadera situación equivalía a una ejecución. Pero la situación se hacía aún más difícil ahora que Kafka delegaba cada vez más en Dora el contacto con su familia. Si antes ella añadía escuetas observaciones o simples saludos a las postales que él enviaba a Praga, ahora la proporción se había invertido: Dora escribía a los padres de Kafka y, si aún quedaba sitio, Franz escribía unas cuantas frases. Paralelamente, ella intercambiaba correspondencia con Elli y Ottla—Kafka no llegaba a ver esas cartas—y tenía además que atender las frecuentes llamadas de Praga, casi diarias, llamadas de personas a las que nunca había visto y cuyas reacciones difícil-

²¹ Oskar Beck a Felix Weltsch, 3 de mayo de 1924. Citado en Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 179.

mente podía evaluar. Ottla fue a Kierling a pasar unas horas; en otra ocasión fue el agobiado tío Siegfried el que hizo una visita... Fueron las únicas oportunidades que Dora tuvo de hablar por extenso con los allegados de Kafka. Y mientras Dora trataba de insuflarse valor a sí misma y a su amado, se veía obligada a hacer todo tipo de cálculos con las familia, pues cada miembro de la misma toleraba una dosis distinta de verdad. El 19 de mayo escribía a sus padres que los dolores de garganta de Kafka eran «absolutamente insignificantes» y no debían constituir para ellos «ni el menor motivo de inquietud», cuando dos semanas antes había tenido que confesar a Elli que su hermano sólo podía dormir cuando se le inyectaban calmantes y que ya no había forma de ayudarlo.²²

Pero en absoluto las medidas médicas eran el único problema. Estaban también los problemas financieros, cada vez más graves, y que sólo era posible resolver con cautela diplomática. Porque, si no había «ni el menor motivo de inquietud», ¿para qué todos esos expertos que se pasaban el uno al otro el picaporte de la puerta de Kierling? ¿Para qué esas cantidades cada vez mayores de medicamentos, todas esas costosas visitas nocturnas? A lo que había que añadir las necesidades diarias de la propia Dora, que no tenía ingresos de ninguna clase y dependía completamente de los ingresos de Kafka. Todo eso era difícil de contar. Si bien la familia de Praga disponía de reservas suficientes—la muerte del «tío de Madrid», Alfred Löwy, les había deparado una pequeña fortuna—,²³ la idea de cargar los gastos a los padres

²² Dora Diamant y Kafka a Hermann y Julie Kafka, en torno al 19 de mayo de 1924. Dora Diamant a Elli Hermann, 5 de mayo de 1924 (archivo de la edición crítica de Kafka, Wuppertal).

²³ Alfred Löwy había muerto en Madrid el 28 de febrero de 1923, lo cual dio pie a que en Praga se extendiera el rumor de que Kafka había heredado una inmensa fortuna. Una vez que la hermana de Alfred, Julie Kafka, fue a París para aclarar las cuestiones legales y fiscales, Kafka escribió a Brod: «La verdad es que la herencia alcanza un total de 600 000 coronas,

de Kafka estaba completamente excluida. Dora expresó a las hermanas de Kafka su deseo de que Robert Klopstock, paciente de tuberculosis con experiencia, viniera por fin a ayudarla, advirtiéndoles que Klopstock ni siquiera tenía dinero para el billete. Al parecer se llegó muy rápido a un acuerdo, porque, pocos días después de las terribles revelaciones del doctor Beck, Klopstock llegó a Kierling, ocupó un cuartito en el sanatorio, se hizo cargo de algunas de las tareas médicas rutinarias... y, para gran alivio de Dora, también de una parte de la correspondencia y las llamadas telefónicas de Praga.

A Kafka lo mantuvieron al margen de todos estos problemas, para evitar que, con el fin de ahorrar, rechazara una consulta médica o un medicamento. Si preguntaba, Dora le daba una información imprecisa, y no dudaba en embellecer la situación a su propio albedrío. Su familia, le explicaba, había enviado dinero suficiente como para arreglárselas los próximos cinco meses. Un regalo asombroso, si uno se lo creía. Pero Kafka no sólo confiaba, sino que había puesto su destino completamente en manos de Dora, y ahora que también Klopstock ayudaba y le atendía literalmente día y noche, se sentía como acogido en el seno de una «pequeña familia», una expresión que gustaba de utilizar. Es probable que fuera la voluntad por parte de Kafka de mantener la compostura incluso en semejante situación de desvalimiento infantil lo que le impidió hasta el final conceder el tuteo a un Klopstock que no siempre conservaba las distancias.

Es curioso que este escenario amortiguado, en una tranquila, soleada y blanca habitación en la que nada parece moverse, haya dejado rastros escritos más abundantes que to-

lo que, además de mi madre, a de repartirse entre tres tíos. Aun así, esto no estaría nada mal, pero lamentablemente también son parte importante los gobiernos de Francia y España y el notario de Madrid y los abogados» (carta a Max Brod del 2 de noviembre de 1923). No sabemos cuándo se recibió finalmente la herencia, ni cuál fue la cuantía resultante.

dos los meses anteriores que Kafka pasó con Dora. La razón es, paradójicamente, una nueva prescripción médica: Kafka debía hablar lo menos posible, le aconsejaron, como mucho con el médico, e incluso entonces en tono de susurro. Esa «cura de silencio», destinada a calmar la laringe inflamada y en la mayoría de los casos irritada; una medida habitual (aunque inútil) entre los tuberculosos, que exigía del paciente un enorme autodominio. Kafka no consiguió cumplir por completo con este mandato de silencio, pero anotaba a menudo, con palabras clave y cortas frases, lo que tenía que comunicar o preguntar. Klopstock recopiló esas hojas, y Brod publicó más tarde una selección de las mismas.²⁴ Son documentos conmovedores: por una parte, porque reproducen casi sin filtro alguno el impulso del momento, y de hecho parecen fragmentos de una conversación en la que la voluntad formal de Kafka no es tan dominante como en sus cartas. Por otra, las notas permiten advertir cómo el interés de Kafka va retirándose del mundo—lo que está fuera del sanatorio aparece tan sólo como pasado—, y como, en medida inversamente proporcional, su atención por el entorno más próximo se acrecienta cada día. Muchas de las notas se refieren a estados físicos, a comida, bebida o medicación, como no puede ser de otra manera. Pero a Kafka también le inquieta que, por ejemplo, alguien pueda pisar los fragmentos de cristal que hay por el suelo; y le preocupa—pese a que no mantiene ninguna clase de relaciones con los pacientes del sanatorio—que sus visitantes puedan perturbar el descanso de los ocupantes de los balcones vecinos. Disfruta de las flores que le traen, pero quiere disponerlas de forma que pueda verlas todas, y se asegura de que las cuiden: «¿Tiene un momento? Entonces, por favor, riegue un poco las peonías».

²⁴ Véase Kafka, *Cartas, 1902-1924*, pp. 484-491, así como los correspondiente apéndices.

Estas hojas de conversación no representan ni siquiera la realidad de Kierling, sino tan sólo un fragmento de ella. La relación con Dora queda casi excluida: Kafka no podía anotar lo que sólo estaba destinado a ella (al menos no en las hojas que Klopstock coleccionaba), pero cabe sospechar que en las últimas semanas fue mucho más dependiente del afecto de Dora de lo que las notas fragmentarias declaran. La única que se refiere a la vida en común de los dos amantes permite apreciar que Kafka era completamente consciente de lo que le estaba exigiendo a ella: «¿Cuántos años aguantarás esto? ¿Cuánto aguantaré yo que tú lo aguantes?». Ni una palabra, sin embargo, acerca de los numerosos planes que habían forjado en Berlín, de los posibles escenarios de un futuro común: Viena, Brunn, alguna pequeña ciudad bohemia, el lago de Garda. Y ni una palabra respecto a otro plan mucho más importante, incubado dentro de la «pequeña familia» pero mantenido en secreto a la «grande». Sólo Max Brod supo de esta historia de primera mano, y la cuenta en sus recuerdos de Kafka:

Quería casarse con Dora, había enviado una carta al devoto padre de ella en la que exponía que él sin duda no era un judío creyente en el sentido en que el padre entendía ese término, pero sí un «arrepentido», un «hijo pródigo», y que por eso quizá aún pudiera esperar ser admitido en la familia de hombre tan piadoso. El padre había ido con la carta a ver a la persona que más veneraba, cuya autoridad le importaba más que ninguna, al «rabino de Gera». Aquel rabino leyó la carta, la dejó a un lado y no dijo más que un breve «no». Sin más explicación. Nunca solía dar explicaciones.²⁵

²⁵ Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 181. Quizá una observación en tono de broma de Kafka, que nos ha llegado en una de las hojas de conversación, contenga una referencia oculta a ese plan matrimonial: «queremos vivir allí, y ya empiezas con el cotilleo». El «allí» sólo puede referirse al lugar de residencia del padre de Dora o a Breslau.

Es la tercera vez que Kafka pide la mano de una mujer; también en esta ocasión empieza por un «sin duda... pero»; tampoco en esta ocasión quiere una decisión que vaya en contra de la voluntad de los deudos. Pero por vez primera la respuesta es «no». Arrepentirse y regresar no basta, el rabino de Gera mira más hondo, de eso Herschel Diamant está convencido, así que hace suyo ese «no». Kafka está triste, pero también impresionado. Si estuviera sano, quizá diría que ese «no» es estrecho de miras. En su actual situación, no puede evitar verlo como un signo que no promete nada bueno.

El 3 de mayo, Max Brod recibió la visita de la hermana de Kafka, Elli. La carta del doctor Beck aún no había llegado a Praga, pero Elli ya se había enterado por Dora de lo que ponía en ella. *Imparable*, anotó Brod. Tenía que ir a Kierling. Pero nunca antes había emprendido un viaje tan largo sólo para ver a Kafka, ni siquiera durante los largos meses de Mariary, y si lo hacía esta vez arrebataría a su amigo la última esperanza. Brod opta por una manobra piadosa: ha sido enviado a Viena a dar una conferencia, y es una buena oportunidad para una visita.

Había esperado verse enfrentado en Kierling a la miseria física y psíquica de un moribundo. Pero Kafka se niega a volver a Viena, no se mostró en absoluto enfermo y ni siquiera parecía especialmente malhumorado, aunque tenía Dora ni podía hablar mucho y había venido que digamos precisamente ese día la mala respuesta del padre de Dora. A Brod le parecía increíble que su amigo, tan vital, estuviera desahogado por los médicos, y casi sin darse cuenta empezó a hacer planes comunes para un viaje a Italia, en verano. Había pensado en ir a Italia con Kafka y había terminado por engañarse a sí mismo.

Porque desde el punto de vista de Kafka no era sólo un viaje, amigo el que se presentaba junto a su lecho de enfermo. Brod era el representante de un mundo que a pesar de

todos sus esfuerzos, se había mantenido cerrado para él. Estaba casado, era político, periodista, escritor, capaz de hablar en público, viajaba mucho, y su capacidad de trabajo parecía ilimitada. El año anterior había empezado una nueva novela histórica, *Reubeni, príncipe de los judíos*, que iba a convertirse en su mayor éxito junto a *Tycho Brahe*, y lo que Kafka había leído de ella hasta el momento le había impresionado, incluso «extasiado». Además, Brod era capaz de ayudar: ayudaba a muchos, tenía relaciones, le había resultado fácil conseguir que en Pascua se publicaran en sendos periódicos de Praga dos relatos de Kafka al mismo tiempo, «Una mujercita» y «Josefina la cantante».²⁶ Por si todo esto fuera poco, Brod era redactor fijo en el *Prager Tagblatt*, y desde hacía meses cada dos o tres días se publicaba un artículo salido de su pluma, la mayoría reseñas de estrenos teatrales o conciertos a los que había acudido la noche anterior. Y ese hombre venía a visitarlo ahora al sanatorio de Kierling. ¿No era obvio mantener un poco la compostura? Cuando se despidieron por última vez, sus pensamientos iban en direcciones contrarias; Brod había concebido un poco de esperanza, Kafka estaba deprimido por la imagen que había dado. Había echado a perder «de manera lamentable» esa visita, escribía a su consternado amigo. Hubiera debido mostrarse con un «aspecto más humano».²⁷

Las últimas semanas de Kafka fueron dolor. Sabía desde Matliary que no todos los enfermos de tuberculosis muer-

²⁶ Se trata de las primeras ediciones de los dos relatos: «Josefina la cantante» en el *Prager Presse*, 20 de abril de 1924; «Una mujercita» en el *Prager Tagblatt*, 20 de abril de 1924 (versión reducida). *Reubeni, príncipe de los judíos* fue publicada en 1925 por Kurt Wolff. Brod le leyó a Kafka el principio de la novela ya en mayo de 1923, y anotó luego en su diario: «está entusiasmado».

²⁷ Carta a Max Brod del 20 de mayo de 1924. Brod había pasado en enero de 1924 del semioficial *Prager Presse* al *Prager Tagblatt*, donde publicó más de cien artículos al año hasta 1939. Véase Doležal [2004:131 y ss.].

ren en plena euforia, como quería el cliché literario, que más bien les aguardaba un fin completamente distinto, y desde que allí había sido testigo del lamentable final del ocupante de un cuarto vecino, había arrancado una promesa al joven Klopstock: mejor la inyección de morfina que alargar artificialmente una tortura como ésta. Desde sus últimas experiencias en el hospital de Viena, Kafka intuía que su caso podía ser peor que el de aquel compañero de dolencias, que finalmente se había tirado de un tren.

Incluso el profesor Hajek, al que, a pesar de los numerosos, deprimentes y coincidentes diagnósticos, Klopstock había pedido que fuera a Kierling, se sorprendió de la rapidez con la que había progresado la destrucción de tejido desde que había visto a Kafka por última vez, hacía unas cuatro semanas. También él intentó, como el doctor Beck, bloquear el nervio laríngeo superior mediante inyecciones de alcohol, y tampoco él lo logró del todo, el efecto no fue duradero. Pero sin estas inyecciones, extremadamente desagradables, que Kafka soportaba ahora de forma regular (y a ser posible sin testigos), ya no era posible seguir: el menor movimiento de la laringe causaba ya agudos dolores, la tos era una tortura. Beber sólo era posible en tragos diminutos, Kafka sufría de una continua sed, soñaba con todas las bebidas imaginables y se regocijaba cuando alguien engullía en su presencia un vaso de agua. Conseguía tomar a lo largo del día un vasito de vino, a veces un poco de cerveza, incluso el agua había que calentarla antes de que pudiera dar un sorbito.

Por cierto, ¿no estuviste tú por estas tierras cuando hiciste la mili? ¿Conoces también por propia experiencia el vino nuevo de por aquí? Tengo muchas ganas de beberlo alguna vez contigo, a grandes tragos, como debe hacerse. Mi capacidad de bebida no es muy grande, pero en lo referente a la sed no me supera nadie. Bueno, pues ya he desahogado mi corazón de bebedor.

Uno o dos días después de estas humorísticas observaciones, Klopstock le decía a Kafka que su supervivencia ya sólo podía asegurarse mediante alimentación artificial. «Está desesperado con esta medida y muy desanimado», escribió Klopstock.²⁸

«La verdad es que exigía mucho respeto. Cuando se le trataba con respeto todo estaba bien, y no daba importancia a las formas. Pero, si no se hacía, se sentía muy ofendido», dijo más tarde Dora sobre Kafka.²⁹ Una indicación que hace muy comprensible alguna sorprendente reacción abrupta: ni siquiera sus más devastadores juicios acerca de sí mismo daban a nadie el derecho de hablar por él. Esa peculiaridad de Kafka tenía un reverso igualmente significativo: la conciencia de tener que ganarse ese respeto no le abandonó hasta el final, y tenía serias dudas de que un cuarentón que ya no disponía de los reflejos más naturales y sólo podía mantenerse con vida mediante alimentación artificial pudiera componer una figura respetable.

Lo mismo valía para su capacidad para el trabajo intelectual. Kafka se había resignado desde hacía mucho a que sus reservas se derritieran. La enfermedad, la debilidad, los dolores, la lucha entre el miedo y la esperanza: todo resultaba agotador. «[...] lo habitual es que mis ojos estén cerrados, pero me hace feliz jugar con libros y con cuadernos», escribía a Brod, que le había enviado algunos volúmenes de la editorial Reclam. Avanzaba con la novela de Werfel sobre Verdi con lentitud y superando fuertes resistencias internas,³⁰ prefería

²⁸ Carta a Hermann y Julie Kafka, en torno al 19 de mayo de 1924. Robert Klopstock a Elli Hermann, en torno al 20 de mayo de 1924 (Archivo de la edición crítica de Kafka, Wuppertal).

²⁹ Citado en Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 185.

³⁰ En una nota del legado de Klopstock se encuentra la siguiente observación de Kafka: «Lea usted también los episodios de la novela de Werfel. Vuelve a pasarme lo mismo que con *Schweiger*, no puedo decir nada al respecto» (Wetscherek 2003:74). El *Verdi* de Werfel no fue seguramente

hojear el *Prager Tagblatt*, que la familia le enviaba con regularidad, y agradecía que Dora y Robert le ahorrasen en gran medida el esfuerzo de la correspondencia diaria. Sin embargo, algo muy distinto y mucho menos aceptable le parecían los efectos secundarios psíquicos de los medicamentos. «Incluso si realmente me recupero un poco, de los remedios seguro que no», anotó. Sobre todo las inyecciones de alcohol, que había que repetir a intervalos cada vez más cortos, le provocaban aversión porque le aturdían y reducían su capacidad de articular: se podía tener respeto a un hombre cansado, incluso a un hombre al que los médicos habían condenado al silencio, pero no a un hombre alcoholizado. Durante un tiempo, Kafka incluso barajó la idea de soportar los dolores antes que la pérdida de control, y por tanto de la propia estima.

Esperaba con impaciencia las galeradas de *Un artista del hambre*: estaba fuera de discusión que, mientras estuviera consciente, haría las correcciones de propia mano y con la minuciosidad acostumbrada. Brod apremiaba a la editorial a emprender la composición lo antes posible, señalando el crítico estado de Kafka, pero Die Schmiede seguía esperando el cuarto relato anunciado, «Josefina la cantante». Por fin, a mediados de mayo, Kafka recibió las primeras galeradas, en un momento en que su resistencia estaba ya muy mermada y dormía con frecuencia durante el día. «Ahora quiero leerlo», anotaba sin embargo. «Quizá me excite demasiado, pero tengo que volver a vivirlo». Por primera y única vez, Kafka sentía algo así como miedo a sus propios textos. Y especialmente a un texto: el relato «Un artista del hambre», la historia de un

el último libro que leyó Kafka. Porque, además de los enviados por Max Brod, recibió también de la editorial Die Schmiede un paquetito de libros, que probablemente llegó a Kierling a principios de mayo. Kafka recibió además otro libro (no sabemos cuál) de una librería de Praga el 20 de mayo, a petición propia y por mediación de Brod (véase Brod y Kafka, *Correspondencia*, p. 456). La comunicación de Brod, en una carta del 28 de abril de 1924.

hombre que ya no *quiere* comer, escrita por un hombre que ya no *puede* comer. Para Kafka, que con tanta frecuencia había recurrido en su obra a la metáfora de la alimentación y la denegación de la alimentación, aquella cruel paradoja era difícil de soportar; durante la lectura del relato no podía contener las lágrimas, y Klopstock, que en aquellos últimos días estuvo completamente entregado a Kafka, consideraba la situación «verdaderamente fantasmagórica».³¹ Aun así, Kafka insistió en corregir también las pruebas compaginadas del libro, que llegaron a finales de mayo, y estuvo trabajando en ellas hasta el día antes de su muerte.

Era como si se negara a pedir ningún tipo de descuento intelectual, e incluso en presencia de su propia muerte intentaba mantenerse a la altura de su inteligencia y mantener una actitud intelectualmente respetable. Las notas de conversación permiten advertir con claridad que rechazaba los intentos de calmarlo y de animarlo que no tuvieran fundamento objetivo. «Siempre hablamos de la laringe como si pudiera evolucionar bien, pero no es verdad», escribió. En otra ocasión: «Si es verdad, y es probable, que mi actual alimentación es insuficiente para provocar una mejoría, entonces todo es inútil, salvo los milagros». En una ocasión en que Klopstock rompió un depresor bucal, Kafka anotó: «Si sigo vivo, romperá usted otros diez». Naturalmente, Klopstock le aseguró que iba a seguir vivo, a lo que Kafka respondió: «Eso es lo que quería oír, aunque no lo creo».

Kafka reclamaba consuelo, como cualquier otra persona en su situación. A mediados de mayo su voluntad de sobrevivir seguía intacta, y todo signo de *verdadera* esperanza le excitaba de tal modo que durante unos instantes era capaz de olvidar su estado. «Cuando empecé a comer algo descendí por la laringe, fui maravillosamente libre y pensé en todos los milagros imaginables, pero pasó enseguida», anotó.

³¹ Kafka, *Cartas, 1902-1924*, p. 520.

El profesor Tschiasny, que acudía a Kierling todas las semanas, sorprendió en una ocasión a Kafka diciéndole que su garganta estaba mejor que la última vez. Cuando Dora entró, Kafka se echó a llorar, la abrazó repetidas veces y le aseguró que nunca había deseado tanto la vida y la salud como ahora.³² Otra nota—«¿Cuándo viajamos para operarme?»—apunta incluso a que en mayo Kafka aún creía en la posibilidad de la ayuda quirúrgica.

Eran instantes. Predominaba la conciencia de que el horizonte de futuro—que ya no aparece en sus últimas manifestaciones conservadas—se cerraba de forma irreversible. Y predominaba el miedo: no al final de la vida, no a la transición a una tiniebla desconocida, más bien el miedo a una muerte agónica. Kafka sabía lo que le amenazaba, aunque todos los que hablaban con él evitasen estrictamente el tema. Pero los resultados eran claros; lo que Kafka había visto en el hospital de Viena, también. La inflamación de la laringe, sobre todo en la zona de la glotis, significaba la muerte por asfixia. Si no prefería volver a ponerse bajo la tutela del profesor Hajek para la inevitable traqueotomía, se asfixiaría en Kierling.

Queridísimos padres, paso a hablar de vuestras visitas, que a veces mencionáis en las cartas. Cada día medito sobre ello, pues es para mí un asunto importante. Sería muy hermoso, hace ya mucho que no estamos juntos, no cuento el tiempo que estuvimos en Praga, aquello fue un trastorno doméstico; pero estar juntos tranquilamente un par de días, en un lugar bonito, solos, ya no recuerdo cuándo fue propiamente, en una ocasión un par de horas en Franzensbad. Y, luego, beber juntos «un buen vaso de cerveza», como decís en vuestro escrito, de lo que deduzco que padre no tiene muy buena opinión del vino nuevo de por aquí, cosa en la que estoy de acuerdo con él en lo relativo a la cerveza. Por cierto, ahora, cuando aprieta el calor, recuerdo a menudo que nosotros fuimos ya en alguna ocasión bebedores de cerveza, bebíamos juntos regularmen-

³² Max Brod, *Sobre Franz Kafka*, p. 182.

te, hace muchos años, cuando padre me llevaba consigo a la Escuela Civil de Natación.

Estas y otras muchas cosas hablan en favor de la visita, pero son demasiadas las que hablan en contra. En primer lugar, probablemente padre no podrá venir, por dificultades con el pasaporte. Esto le quita naturalmente una gran parte de su sentido a la visita, y sobre todo hará que madre, sea quien sea la persona que la acompañe, esté demasiado pendiente de mí, se dedique a mí, y yo no estoy aún muy guapo, ni siquiera presentable. Conocéis las dificultades de los primeros tiempos, aquí y en Viena, que me han debilitado un poco; esas dificultades han impedido un rápido descenso de la fiebre, lo cual ha contribuido a mi ulterior debilidad; la sorpresa de lo de la laringe me debilitó en los primeros tiempos más de lo que objetivamente debería... sólo ahora, con la ayuda de Dora y de Robert (¡qué sería yo sin ellos!), ayuda que desde lejos no puede ni imaginarse, voy superando todas esas debilidades. También ahora tengo molestias, así, por ejemplo, un catarro intestinal de los últimos días, que aún no está curado completamente. Todo esto junto hace que, a pesar de mis maravillosos ayudantes, a pesar del buen aire y de la buena comida, a pesar de los baños de aire casi diarios, aún no esté enteramente restablecido, en conjunto no estoy ni siquiera como estaba, por ejemplo, la última vez en Praga. Y si a ello añadís que sólo puedo hablar susurrando, y tampoco esto muy a menudo, también vosotros mismos retrasaréis con gusto la visita. Todo está en los mejores comienzos, últimamente un profesor ha comprobado una considerable mejoría de la laringe—y aunque precisamente este hombre, que es muy amable y desinteresado, viene una vez por semana con su propio automóvil y no cobra por ello casi nada, sus palabras fueron para mí, con todo, un gran consuelo—, todo está, como he dicho, en los mejores comienzos, pero ni siquiera los mejores comienzos son nada; si uno no puede mostrar a los visitantes—y sobre todo a unos visitantes como vosotros—unos progresos grandes, innegables, comprobables también por los ojos de un profano, es mejor dejarlo. Así, pues, queridos padres, ¿no os parece que por el momento lo dejemos?³³

³³ Carta a Hermann y Julie Kafka del 2 de junio de 1924.

Kafka escribe esta carta el día antes de su muerte. El lenguaje, el medio de su vida, sigue a su servicio hasta el final. Quiere hacer las paces incluso con el padre, sus pensamientos están en el pasado, en los pocos momentos luminosos de la memoria; también a Dora le ha hablado de cómo antaño podía tomarse un vaso de cerveza con su padre. Pero, para poder hacer las paces, hay que dejarle en paz. Ya se había hablado antes de una visita de la madre; ahora, desde hace poco, sus padres escriben que quieren venir los dos. Él no puede sospechar la razón. Julie Kafka ha pedido a Klopstock un pronóstico médico para su hijo. Klopstock ha respondido al ruego con el silencio.

Kafka tiene que tratar con Dora la cuestión de la visita. Los padres en el cuarto de invitados del sanatorio: una idea espantosa. Quizá, si se lo tomaran como unas vacaciones de verano, podrían alojarse en alguna pensión cercana, hacer excursiones y, sólo de pasada, una vez al día, venir al sanatorio. Kafka ya está casi dispuesto a aceptarlo. Pero la conmoción sería demasiado grande, no sólo la suya, también la de los padres. No, eso no. «Todo está en sus inicios».

Lunes, 2 de junio de 1924: es un día soleado, cálido. Kafka está tumbado en el balcón, leyendo las compaginadas de su último libro. Al poco Klopstock regresa de Viena, ha hecho allí compras, ha traído fresas y cerezas, que Kafka huele una y otra vez antes de comerlas lentamente. Más tarde, en algún momento, la carta a los padres. Le sale demasiado larga, y no logra terminarla, de lo agotado que está. «Le quito la carta de las manos», sigue escribiendo Dora en la misma hoja. «Ha sido una hazaña, con todo. Sólo unas líneas, que parecen ser muy importantes, por las cosas que pide:» pero después de esos dos puntos no sigue nada más. Quizá se ha quedado dormido.

De los acontecimientos del día siguiente, 3 de junio, sólo tenemos testimonios indirectos: noticias de Klopstock, que reproduce en sus recuerdos de Kafka, así como el relato oral

de una enfermera, anotado por Willy Haas. Son recuerdos que no carecen de contradicciones, pero se complementan mutuamente.

Alas cuatro de la mañana, Dora corre al cuarto de Klopstock y le despierta: Kafka respira trabajosamente. Klopstock se viste, examina a su amigo y alarma enseguida al médico que está de servicio esa noche en el sanatorio. A Kafka se le administra una inyección de alcanfor, destinada a reactivar los centros respiratorios, y se le pone una bolsa de hielo en la garganta. No sirve de nada, Kafka sufre dolores y le falta el aliento. Así pasan horas.

En algún momento de la mañana, Kafka hace a su cuidadora una brusca señal de que abandone la habitación. Exige a Klopstock una dosis mortal de morfina. «Siempre me lo ha prometido, desde hace cuatro años». Klopstock, que viene temiendo enfrentarse a esa responsabilidad desde hace semanas, se resiste, pone objeciones, pero Kafka, que en ese momento está expuesto como nunca a las decisiones de otros, se pone inesperadamente agresivo: Klopstock es un criminal si le niega ese último servicio. «Me atormenta, siempre me ha atormentado. No tengo nada más que hablar con usted. Así moriré». Klopstock le inyecta Pantopon, un opiáceo, casi tan estupefaciente como la morfina. Kafka continúa escéptico—«¡No mienta, me está dando un antídoto!»—, pero, cuando siente que se alivian los dolores, exige más. Klopstock le da más... no sabemos cuánto.

Se ha enviado a Dora al pueblo con algún pretexto para que no sea testigo de esta lucha, así lo han acordado Klopstock y Kafka. Pero en los últimos minutos él la echa de menos y envían a una criada a traerla de vuelta. Viene sin aliento, se sienta en el lecho de Kafka, le habla, le acerca unas flores a la cara, le dice que las huela. Y Kafka, que ya parece inconsciente, vuelve a alzar la cabeza.

Kafka tenía cuarenta años y once meses. En el acta de defunción del municipio figura como causa de la muerte «parálisis

cardiaca». Siegfried Löwy y Karl Hermann, que viajaron enseguida a Kierling, se encargaron de las formalidades. Dos días después, el cuerpo de Kafka fue transportado a Praga en un ataúd de metal sellado; en el mismo tren, compartiendo un departamento con Klopstock, Löwy y Hermann, iba Dora Diamant, que iba a pisar por vez primera la ciudad natal de Kafka. Fue recibida como merecía por sus padres y hermanas. «Sólo quien conoce a Dora puede saber lo que es el amor», había escrito Klopstock a Elli al día siguiente de la muerte de Kafka.

En los días siguientes se publican en Praga varios epitafios, todos ellos redactados por íntimos amigos: por Max Brod en el *Prager Tagblatt*, por Rudolf Fuchs en el *Prager Abendblatt*, por Oskar Baum en el *Prager Presse*, por Felix Weltsch en *Selbstwehr*, por Milena Jesenská en *Národní Listy*. Todos estaban bajo un perceptible *shock*, buscaban superlativos para dar lenguaje a lo perdido, se refugiaban en el tono elevado, en las convenciones de la honra póstuma.³⁴

Kafka fue enterrado a las afueras de Praga, en el nuevo cementerio judío de Strašnice, a unos kilómetros de distancia de la ciudad vieja. El entierro, conforme al rito judío, tuvo lugar el 11 de junio, con un tiempo bochornoso, hacia las cuatro de la tarde. A la caravana fúnebre se unieron más de cien personas; no participó ningún representante de las instituciones políticas y culturales de Praga, ni de las alemanas ni de las checas.

Ocho días después, el 19 de junio, tuvo lugar un acto solemne en memoria de Kafka en el Teatro Alemán de Cámara de Praga, a instancias de Max Brod y Hans Demetz, dramaturgo de los escenarios alemanes de Praga. La sala estaba llena hasta los topes, hablaron Brod y el escritor y perio-

³⁴ Hay traducción al alemán del epitafio de Milena Jesenská en Hacker Müller [1990:158-159]. Los epitafios en lengua alemana están recopilados en Born [1979:16 y ss.].

dista de veintiocho años Johannes Urzidil. Luego, un actor leyó textos de Kafka, entre otros «Un sueño», «Ante la Ley» y «Un mensaje imperial».

Nos han llegado las palabras de Urzidil, que publicó poco después. Se había encontrado con Kafka algunas veces, le había observado también en el café, dentro de un círculo más amplio. Su discurso no revela ninguna cercanía personal, en él aparecen clichés como «fanático de la verdad interior», «noble y sencillo poeta» y «maravilloso genio». También una frase con la que Urzidil es, probablemente, el primero en llamar la atención hacia la pregunta decisiva: «Si ha habido un caso de absoluta congruencia entre vida y arte, ha sido el de Franz Kafka».³⁵

Más tarde, en sus recuerdos del escenario literario germanoparlante de Praga, Urzidil volvió sobre esta cuestión, el enigma de la congruencia. Todos sus amigos, decía, sin importar si su orientación era más literaria—como Max Brod y Oskar Baum—, filosófica—como Felix Weltsch—o hacia la historia de la religión—como Hugo Bergmann—, estaban de acuerdo en que las frases de Kafka eran extraordinariamente «profundas». Pero todos buscaban en vano la llave de la última puerta. «En todo caso, eran capaces de explicar lo que Kafka quería decir, y se podía estar de acuerdo con sus interpretaciones o contraponer las propias. Pero ninguno de ellos sabía explicar cómo era posible que Kafka dijera lo que decía; cómo era posible que lo dijera como lo decía; cómo era posible que se entrara en conflicto directo con lo que decía, y nunca con él mismo».³⁶

Cómo era posible. Por ahí habría que empezar.

³⁵ *Ibid.*, p. 57.

³⁶ Urzidil [1965:74].

EPÍLOGO

La obra de Kafka, sus logros como escritor, se calificaron una y otra vez de «profecía», sobre todo en los primeros años de su fama mundial. Kafka, decían, había sido uno de los primeros en prever y describir de forma visionaria la violencia anónima del siglo xx, y ésa era sobre todo la razón de su impacto abrumador. No se tenía en cuenta que Kafka había sido testigo de las devastaciones de una violencia tecnificada, completamente despersonalizada, que estalló en agosto de 1914 y que más tarde sería interpretada como «catástrofe originaria» de aquel siglo, y que la mortífera alianza entre violencia y administración ya se cobró sus víctimas durante su propia vida. No hay guerra mundial sin máquinas de escribir, archivadores, ficheros y sellos, él lo sabía mejor que todos sus amigos escritores. Imaginar qué infierno iba a cerirse, tan sólo una década y media después de su muerte, sobre su entorno social, incluso sobre su entorno personal, no estaba a su alcance, no estaba al alcance de nadie.

Las tres hermanas de Kafka murieron en las cámaras de gas. Elli y Valli en Chelmno; Ottla, en Auschwitz. El tío de Kafka, Siegfried Löwy, el médico rural, escapó a la amenaza de deportación mediante el suicidio. El hijo de Elli, Felix, murió probablemente en un campo de concentración francés. Marie Wernerová, que había servido como ama de llaves a los Kafka durante décadas, también fue deportada y no regresó.

De las cuatro mujeres con las que Kafka mantuvo las relaciones más intensas, dos murieron en campos de concentración: Julie Wohryzek fue asesinada en Auschwitz. Milena Jesenská murió como prisionera política en Ravensbrück. También Grete Bloch fue asesinada en Auschwitz. El amigo

de Kafka Jizchak Löwy murió en el campo de Treblinka. Otto Brod, el único hermano de Max Brod, en Auschwitz. Ernst Weiss se suicidó en París, una vez que, tras la invasión alemana, no quedó escapatoria para él. El compañero de colegio de Kafka Felix Příbram murió en un barco que fue bombardeado por los alemanes.

Esta lista es incompleta. Si fuera posible incluir a otros conocidos de Kafka—compañeros de carrera, colegas del Instituto de Seguros, actores judeo-orientales, médicos que lo trataron, amistades que Kafka hizo en los sanatorios, artistas, autores y periodistas de Praga, y finalmente las personas del entorno de Dora Diamant—, el catálogo de víctimas aún sería mayor. Tomaremos como ejemplo el destino del poeta Ernst Feigl: sobrevivió en Praga gracias a su esposa no judía, pero tres de sus hermanos fueron asesinados en campos de concentración.

Los judíos de Praga que no disponían de una tabla de salvación como la de Feigl sólo escaparon a la muerte de dos maneras: muriendo a tiempo o huyendo a tiempo. Hermann Kafka no tuvo que vivir la ascensión de los nazis, pero su madre, Julie, que sobrevivió a su marido tres años y murió en septiembre de 1934, llegó a percibir la amenaza. Oskar Baum habría sido deportado ineludiblemente si no hubiera muerto en 1941 a consecuencia de una operación. Su esposa Margarete, en cambio, pasó sus últimos días en el campo de concentración de Theresienstadt.

Muchos otros próximos a Kafka sobrevivieron mediante la fuga. Felice Bauer emigró con su esposo Moritz Marasse y sus dos hijos a Estados Unidos, igual que sus hermanas Erna y Else (en cambio, dos tías de Felice se quitaron la vida inmediatamente antes de la deportación). Los matrimonios Brod y Weltsch escaparon en el último momento a la entrada de las tropas alemanas en Praga y llegaron a Palestina. Dora Diamant vivió primero en la Unión Soviética al lado de su esposo Ludwig Lask; después de que éste fuera con-

denado al gulag consiguió irse, fue internada un corto período en Inglaterra durante la guerra y se quedó en Londres hasta su temprana muerte en 1952. También la sobrina de Kafka Marianne Steiner escapó a Inglaterra, igual que los escritores Otto Pick y Rudolf Fuchs, y el primer marido de Milena, Ernst Pollak. Robert Klopstock emigró a Estados Unidos e hizo carrera como especialista en medicina del pulmón. Georg Langer, Puah Menczel-Ben-Tovim y Tile Rössler, en cambio, se fueron a Palestina. Una serie de destacados emigrantes que Kafka había conocido se dispersaron por varios continentes: Franz Werfel, Willy Haas, Egon Erwin Kisch, Johannes Urzidil, Albert Ehrenstein, Martin Buber y otros.

El mundo en el que Kafka creció y que durante décadas nunca consideró hogar, pero sí su entorno familiar y centro existencial, se vio afectado por dos oleadas de destrucción. Primero por la Gran Guerra, que sin duda respetó físicamente en gran medida a su familia y a sus amigos, pero trajo consigo una transformación cultural, e incluso moral, que obligó a Kafka a reorientarse por entero. Se sentía desarraigado, amenazado más que nunca como judío, y le resultaba difícil hacer coincidir la Praga checa de los años veinte con la Praga de sus recuerdos.

Kafka se libró de la segunda oleada de violencia, iniciada por el régimen nazi en Alemania. La ocupación de Checoslovaquia, el terror alemán, el genocidio de los judíos y la Segunda Guerra Mundial hicieron sin embargo saltar definitivamente por los aires su mundo. Con esto no sólo se vio sellado el destino de numerosas personas que le eran próximas; también se borraron innumerables huellas que el mundo de Kafka ha dejado en la memoria colectiva. Fueron destruidas cartas, fotografías, legados, incluso archivos enteros: una violencia, por así decirlo, con efecto retroactivo, que en muchos casos hace imposible identificar lo perdido, percibirlo siquiera como perdido. Si Kafka hubiera tenido la do-

EPÍLOGO

ble suerte de escapar primero a la tuberculosis y luego a los campos de concentración, al final de aquella catástrofe de la civilización no habría reconocido nada. Su mundo ya no existe. Sólo su lenguaje vive.

ABREVIATURAS Y FUENTES USADAS EN LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Las citas de las novelas y los relatos de Kafka, así como de sus diarios y de la práctica totalidad de sus escritos póstumos, con excepción de la correspondencia, se dan conforme a las traducciones incluidas en las *Obras completas* de Franz Kafka publicadas por Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores bajo la dirección de Jordi Llovet, que en lo relativo al texto sigue el establecido por la edición crítica de Gerhard Naumann, Malcolm Pasley y Jost Schillemeit, publicada en S. Fischer Verlag, Fráncfort del Meno. La siglas OC I, OC II y OC III remiten, respectivamente, a los tres volúmenes que componen, hasta el momento, esta edición, cuyo contenido se detalla a continuación:

OC I. NOVELAS. *El desaparecido* (América). *El proceso*. *El castillo*, traducciones de Miguel Sáenz, con un ensayo biográfico de Klaus Wagenbach y un prólogo de Hannah Arendt, notas de Jordi Llovet, Barcelona, 1999.

OC II. DIARIOS. CARTA AL PADRE. *Diarios*, traducción de Andrés Sánchez Pascual; *Diarios de viaje*. *Carta al padre*, traducción de Joan Parra Contreras, prólogo de Nora Catelli, notas de Jordi Llovet, Barcelona, 2000.

OC III. NARRACIONES Y OTROS ESCRITOS. *Libros publicados en vida* (*Contemplación*, *La condena*, *El fogonero*, *La transformación*, *En la colonia penitenciaria*, *Un médico rural*, *Un artista del hambre*). *Textos publicados sólo en revistas o periódicos*, traducción de Juan José del Solar; *Escritos póstumos*, traducciones de Juan José del Solar, Joan Parra Contreras y Adan Kovacsics, prólogo y notas de Jordi Llovet, Barcelona, 2003.

Esta edición conoce una versión en bolsillo publicada en nueve volúmenes, todos presentados y anotados por Jordi Llovet: *El desaparecido*, *El proceso*, *El castillo*, *Diarios*, *Carta al padre*, *La transfor-*

mación, Ante la ley, El silencio de las sirenas y Aforismos (Barcelona, Debolsillo, 2004-2006, varias reimpresiones).

Ni la edición de Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores ni la Debolsillo recogen los textos escritos por Kafka en calidad de empleado del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo. Éstos fueron editados por Klaus Hermsdorf y Benno Wagner bajo el título *Amtliche Schriften*, Fráncfort del Meno, 2004. En las notas se remite a este volumen indicando su título en castellano, *Escritos oficiales*, seguido de las páginas correspondientes. Ocasionalmente, se remite también a los anexos de estos *Escritos oficiales*, recogidos en un CD-ROM.

En cuanto a la extensa correspondencia de Kafka, abundantemente citada a lo largo de toda la biografía, está prevista su publicación íntegra en el marco de las *Obras completas* de Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, pero en el momento de publicarse esta biografía todavía está en preparación el primero de los volúmenes en que quedará recogida, el correspondiente a los años 1900-1914. Por gentileza del traductor, Adan Kovacsics, ha sido posible acceder al contenido de este volumen, cuya última carta está fechada el 26 de julio de 1914; de modo que todas las cartas de Kafka anteriores a esta fecha se dan conforme a la versión de Kovacsics, todavía inédita. Para el resto de la correspondencia se han utilizado las versiones ya existentes en castellano, a saber:

Cartas a Milena, traducción de Carmen Gauger, Madrid, Alianza, 2015.

Cartas a Felice (1912-1917), traducción de Pablo Sorozábal, Madrid, Nórdica, 2014. Incluye las cartas a Grete Bloch.

Cartas a Max Brod (1904-1924), edición de Malcolm Pasley, traducción de Pablo Diener-Ojeda, Madrid, Grijalbo Mondadori, 1992.

Cartas a los padres de los años 1922-1924, edición de Josef Čermák y Martin Svatoš, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1992.

Cartas a Kurt Wolff en: *Autores, libros y aventuras. Observaciones y recuerdos de un editor. Seguidos de la correspondencia del au-*

tor *Franz Kafka*, traducción de Isabel García Adánez, Barcelona, Acantilado, 2010.

Todas las citas —numerosísimas— correspondientes a cartas dirigidas a otros corresponsales han sido traducidas directamente del alemán por Carlos Fortea, siguiendo el texto empleado por Stach, el de la exhaustiva edición de Hans-Gerd Koch, Fráncfort del Meno, 1999-2013. De esta edición se llevan publicados hasta el momento cuatro volúmenes: *Cartas, 1900-1912* (1999), *Cartas, 1913-1914* (2001), *Cartas, 1914-1917* (2005) y *Cartas, 1918-1920* (2013). Un quinto volumen, todavía en preparación, recogerá las cartas de los años 1921 a 1924, que entretanto Stach cita ya conforme al texto aún inédito de la edición de Koch, que le ha sido posible consultar, ya conforme a otras ediciones disponibles, en particular las siguientes:

FRANZ KAFKA, *Briefe an Ottla und die Familie*, ed. Harmut Binder y Klaus Wagenbach, Fráncfort del Meno, 1974.

FRANZ KAFKA, *Briefe 1902-1924*, Fráncfort del Meno, 1975.

MAX BROD Y FRANZ KAFKA, *Eine Freundschaft*, vol. 2, *Briefwechsel*, Fráncfort del Meno, 1989 (incluye las cartas de Max Brod, no recogidas en la edición española).

HUGO WETSCHEREK (ed.), *Kafkas letzter Freund. Der Nachlass Robert Klopstock (1899-1972)*, incluye la primera publicación comentada de treinta y ocho cartas en parte inéditas de Franz Kafka, Viena, 2003.

Tanto las referencias a la correspondencia de Kafka como a sus diarios se hacen indicando únicamente la fecha.

Por último, cabe advertir que las referencias a determinadas fuentes muy citadas, como pueden ser las memorias de Max Brod (*Una vida en conflicto*), los libros de éste sobre Kafka (*Sobre Franz Kafka*) o las célebres *Conversaciones con Kafka*, de Gustav Janouch, se hacen mediante la mención del título en castellano seguido de las páginas correspondientes.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELES, Otto, *Jüdische Flüchtlinge. Szenen und Gestalten* [Refugiados judíos. Escenas y personajes], Viena-Berlín, 1918.
- ADLER, Alfred, *Über den nervösen Charakter*, Fráncfort del Meno, 1972. [Existe traducción en español: *El carácter neurótico*, trad. A. von Ritter-Zahony y P. F. Valdés, Barcelona, Paidós, 1993].
- ADLER, Simon, «Das Judenpatent von 1797» [La patente de judíos de 1797], *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 5, 1933, pp. 199-230.
- ADORNO, Theodor W., «Benjamin, der Briefschreiber», en: *Gesammelte Schriften. Noten zur Literatur*, vol. 11, Fráncfort del Meno, pp. 583-590. [Existe traducción en español: *Notas de literatura*, trad. Manuel Sacristán, Barcelona, Ariel, 1962].
- y Max Horkheimer, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, en: Max Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, vol. 5, Fráncfort del Meno, 1987, pp. 11-290. [Existe traducción en español: *Dialéctica de la Ilustración*, trad. Joaquín Chamorro, Madrid, Akal, 2007].
- , *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, en: *Gesammelte Schriften*, ed. Rolf Tiedemann, vol. 4, Fráncfort del Meno, 1980. [Existe traducción en español: *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, trad. Joaquín Chamorro, Madrid, Akal, 2004].
- ALT, Peter-André, *Franz Kafka. Der ewige Sohn* [Franz Kafka. El eterno hijo], Múnich, 2005.
- , *Kafka und der Film. Über kinematographisches Erzählen* [Kafka y el cine. Sobre la narración cinematográfica], Múnich, 2009.
- ALTENBERG, Peter, «Der Tango», *Die Schaubühne*, 10, n.º 1, 1914.
- AMMAN, Klaus y Armin A. Wallas (eds.), *Expressionismus in Österreich* [El expresionismo en Austria], Viena-Colonia-Weimar, 1994.
- ANDERSON, Mark M., *Kafka's Clothes. Ornament and Aesthetics in the Habsburg Fin de Siècle* [La indumentaria de Kafka.

- Ornamento y esteticismo en el fin de siglo habsbúrguico], Oxford, 1992.
- ANZ, Thomas, «Jemand musste Otto G. verleumdet haben... Kafka, Werfel, Otto Gross und eine "psychiatrische Geschichte"» [Alguien debía haber calumniado a Otto G... Kafka, Werfel, Otto Gross y una «historia psiquiátrica»], *Akzente*, 31, 1984, vol. 2, pp. 184-191.
- ARCHENHOLD, F.S., *Kometen, Weltuntergangprophezeiungen und der Halleysche Komet* [Cometas, profecías del fin del mundo y el cometa Halley], Berlín-Treptow, 1910.
- BACHMANN, Adolf, «Die Einführung und Geltung der innere deutschen Amtssprache in Böhmen» [La implantación y vigencia del alemán como lengua oficial en Bohemia], conferencia, Praga, 1908.
- BAIONI, Giuliano, *Kafka. Literatur und Judentum* [Kafka. Literatura y judaísmo], Stuttgart-Weimar, 1994.
- BAJOHR, Frank, «Unser Hotel ist judenfrei». *Bäder-Antisemitismus im 19. und 20. Jahrhundert* [«Nuestro hotel está libre de judíos». Antisemitismo de balneario en los siglos XIX y XX], Fráncfort del Meno, 2003.
- BARDOLFF, Carl Freiherr von, *Soldat im alten Österreich. Erinnerungen aus meinem Leben* [Un soldado de la vieja Austria. Memorias de mi vida], 2.ª edición, Jena, 1943.
- BÄRSCH, Claus-Ekkehard, *Max Brod im Kampf um das Judentum. Zum Leben und Werk eines deutsch-jüdischen Dichters aus Prag* [Max Brod en lucha por el judaísmo. Sobre la vida y obra de un poeta germanojudío de Praga], Viena, 1992.
- , «Max Brods Bewusstsein von Judentum. Ethik in der Spannung von Diesseits und Jenseits» [La conciencia del judaísmo de Max Brod. La ética en la tensión entre el Más Acá y el Más allá], en: Evelin Goodman-Thau y Wolfdietrich Schmied-Kowarzik (eds.), *Messianismus zwischen Mythos und Macht* [Mesianismo: entre el mito y el poder], Berlín, 1994, pp. 211-230.
- BAŠIK, František X., «Als Lehrjunge in der Galanteriewarenhandlung Hermann Kafka» [Aprendiz en la mercería Hermann Kafka], en: Franz Kafka, *Brief an den Vater* [Carta al padre], ed. Hans-Gerd Koch, Berlín, 2004, pp. 69-130.
- BAUDY, Nicolas, «Entrentiens avec Dora Dymant, compagne de Kafka», *Evidences*, vol. 8, París, febrero de 1950.

- BAUER, Roger, «K. und das Ungeheuer. Franz Kafka über Franz Werfel» [K. y el monstruo. Franz Kafka sobre Franz Werfel], en: Claude David (ed.), *Franz Kafka. Themen und Probleme* [Franz Kafka. Temas y problemas], Gotinga, 1980, pp. 189-209.
- BAUER, Werner M., «Literarische Avantgarde als Ware. Kurt Wolff (1887-1963) als Verleger österreichischer Literatur» [Vanguardia literaria como producto. Kurt Wolff (1887-1963) como editor de literatura austríaca], en: Herbert Zeman (ed.), *Die österreichische Literatur. Ihr Profil von der Jahrhundertwende bis zur Gegenwart (1880-1980)* [La literatura austríaca. Su perfil desde el cambio de siglo hasta el presente (1880-1980)], Graz, 1989, pp. 205-219.
- BAUER-WABNEGG, Walter, «Monster und Maschinen, Artisten und Technik in Franz Kafkas Werk» [Monstruos y máquinas, artistas y tecnología en la obra de Franz Kafka], en: *Franz Kafka: Schriftverkehr* [Franz Kafka. Correspondencia], eds. Wolf Kittler y Gerhard Neumann, Friburgo de Brisgovia, 1990, pp. 316-382.
- BAUM, Oskar, *Uferdasein* [Existencia marginal], Berlín, 1908.
- , *Das Leben im Dunkeln* [La vida en la oscuridad], Berlín-Stuttgart-Leipzig, 1909.
- , *Die böse Unschuld. Ein jüdischer Kleinstadtroman* [La perversa inocencia. Una novela judía de pequeña ciudad], Fráncfort del Meno, 1913.
- BAUMGART, REINHART, *Selbstvergessenheit. Drei Wege zum Werk: Thomas Mann, Franz Kafka, Bertolt Brecht* [Tres formas de olvido de uno mismo en la obra de Thomas Mann, Franz Kafka y Bertolt Becht], Fráncfort del Meno, 1993.
- BECK, Evelyn Torton, *Kafka and the Yiddish Theater. Its impact on his work* [La influencia del teatro yiddish en la obra de Kafka], Madison, Wisconsin, 1971.
- BEIDER, Alexander, *Jewish Surnames in Prag (15th-18th Centuries)* [Apellidos judíos en Praga (siglos XV-XVIII)], Teaneck (Nueva Jersey), 1995.
- BENJAMIN, Walter, *Briefe*, ed. Gershom Scholem y Theodor W. Adorno, vol. 2, Fráncfort del Meno, 1966.
- y Gershom Scholem, *Briefwechsel*, Fráncfort del Meno, 1980. [Existe traducción en español: *Correspondencia, 1933-1940*, trad. Rafael Lupiani, Madrid, Trotta, 2011].

- , *Berliner Kindheit um Neunzehnhundert*, Fráncfort del Meno, 1987. [Existe traducción en español: *Infancia en Berlín hacia 1900*, trad. Klaus Wagner, Madrid, Alfaguara, 1990].
- BENN, Gottfried, *Doppelleben* [Existe traducción en español: *Doble vida*, trad. Carmen Gauger, Valencia, Pre-Textos, 2003], en: *Prosa und Autobiographie in der Fassung der Erstdrucke* [Prosa y autobiografía en la versión de las primeras ediciones], ed. Bruno Hillebrand, Fráncfort del Meno, 1984.
- BERGMANN, Hugo, «Experimente über Telepathie» [Experimentos de telepatía], *März*, 3, 1909, pp. 118-124.
- , *Jawne und Jerusalem. Gesammelte Aufsätze* [Jawne y Jerusalén. Artículos reunidos], Berlín, 1919 (reimpresión: Königstein-Taunus, 1981).
- , «Erinnerungen an Franz Kafka» [Recuerdos de Franz Kafka], *Universitas*, 21, 1972, pp. 739-750.
- , «Persönliche Erinnerungen an Albert Einstein» [Recuerdos personales de Albert Einstein], *Mitteilungsblatt des Irgun Olej Merkas Europa*, Tel Aviv, 11 de mayo de 1975, pp. 4 y ss.
- , *Tagebücher und Briefe* [Diarios y cartas], ed. Miriam Sambursky, vol. 1, 1901-1948, Königstein, 1985.
- y Nathan Birnbaum, *Die jüdische Moderne. Frühe zionistische Schriften* [La modernidad judía. Escritos sionistas tempranos], Augsburg, 1989.
- y Harmut Binder, «Entlarvung einer Chimäre: Die Deutsche Sprachinsel Prag» [Desenmascaramiento de una quimera: Praga como isla de la lengua alemana], en: Maurice Godé, Jacques Le Rider y Françoise Mayer (eds.), *Allemands, Juifs et Tchèques à Prague de 1890 à 1924*, Montpellier, 1994, pp. 183-209.
- Bericht des Actions-Comités der Zionistischen Organisation an den XI. Zionisten-Kongress, Wien, 2. bis 9. September 1913* [Informe del comité de acción de la organización sionista ante el XI Congreso sionista, Viena, 2 al 9 de septiembre de 1913], Berlín.
- BERNHEIMER, Charles, *Psychopoetik, Flaubert und Kafkas «Hochzeitsvorbereitungen auf dem Lande»* [Psicopoética, Flaubert y Preparativos de una boda en el campo, de Kafka], en: Gerhard Kurz (ed.), *Der junge Kafka* [El joven Kafka], Fráncfort del Meno, 1984, pp. 154-183.
- BIERSACK, Werner, *Der Fremdenverkehr im Kurort Meran* [El turismo en el balneario de Meran], s.l., 1967.

- BINDER, Hartmut (ed.), «Franz Kafka und die Wochenschrift "Selbstwehr"» [Franz Kafka y el semanario Selbstwehr], *Deutsche Vierteljahresschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 41, 1967a, pp. 283-304.
- , «Kafkas Hebräischstudien. Ein biographisch-interpretatorischer Versuch» [Los estudios de hebreo de Kafka. Un ensayo biográfico-interpretativo], *Jahrbuch der Deutschen Schillergesellschaft*, 11, 1967b, pp. 527-556.
- , «Kafka und seine Schwester Ottla» [Kafka y su hermana Ottla], *Jahrbuch der deutschen Schillergesellschaft*, 12, 1968, pp. 403-456.
- , «Kafkas Briefscherze. Sein Verhältnis zu Josef David» [Las bromas epistolares de Kafka. Su relación con Josef David], *Jahrbuch der deutschen Schillergesellschaft*, 12, 1969, pp. 536-559.
- , *Kafka-Kommentar zu sämtlichen Erzählungen* [Kafka. Comentarios a los relatos completos], Múnich, 1975.
- , *Kafka-Kommentar zu den Romanen, Rezensionen, Aphorismen und zum «Brief an den Vater»* [Kafka: Comentarios de las novelas, recensiones, aforismos y Carta al padre], Múnich, 1976.
- , «Ernst Polak: Literat ohne Werk. Zu den Kaffeehauszirkeln in Prag und Wien» [Ernst Polak, literato sin obra. Sobre los círculos de café en Praga y Viena], *Jahrbuch der deutschen Schillergesellschaft*, 23, 1979a, pp. 366-415.
- (ed.), *Kafka-Handbuch* [Manual de Kafka]: *Der Mensch und seine Zeit* [El hombre y su tiempo], vol. 1; *Das Werk und seine Wirkung* [La obra y su impacto], vol. 2, Stuttgart, 1979b.
- , *Kafka. Der Schaffensprozess* [Kafka. El proceso creador], Fráncfort del Meno, 1983.
- , «Kindheit in Prag. Kafkas Volksschuljahre» [Infancia en Praga. Los años de colegio de Kafka], en: *Humanismen som salt & styrka. Bilder & betraktelser, tillägnade Harry Järv* (=Acta Bibliothecae Regiae Stockholmiensis, vol. 45), Estocolmo, 1987, pp. 63-115.
- (ed.), *Prager Profile. Vergessene Autoren im Schatten Kafkas* [Perfiles praguenses. Autores olvidados a la sombra de Kafka], Berlín, 1991.
- , «Rudolf Steiners Prager Vortragsreise im Jahr 1911. Berichtigungen und Ergänzungen zu der kritischen Ausgabe der Tagebücher Kafkas» [La gira de conferencias de Rudolf Steiner en Praga en el año 1911. Correcciones y adiciones a la edición crí-

- ca de los Diarios de Kafka], *Editio. Internationale Jahrbuch für Editions-wissenschaft*, 9, 1995a, pp. 214-233.
- , *Brennpunkt Berlin. Prager Schriftsteller in der deutschen Metropole* [Berlín, punto candente. Escritores praguenses en la metrópoli alemana], Bonn, 1995b.
- , «Der Prager Fanta-Kreis. Kafkas Interesse an Rudolf Steiner» [El círculo de Fanta, en Praga. El interés de Kafka por Rudolf Steiner], *Sudetenland*, 38, 1996, pp. 106-140.
- , «Wollweberei oder Baumwollweberei. Neues vom Büroalltag des Versicherungsangestellten Franz Kafka» [Tejido de la lana o del algodón. Novedades acerca de la vida cotidiana del empleado de seguros Franz Kafka], *Sudetenland*, 39, 1997, vol. 2, pp. 106-160.
- , «Frauen in Kafkas Lebenskreis» [Mujeres en el entorno de Kafka], 2.ª parte, *Sudetenland*, 40, 1998, vol. 1, pp. 14-58.
- , *Kafka in Paris* [Kafka en París], Múnich, 1999.
- , «Paul Eisners dreifaches Ghetto. Deutsche, Juden und Tschechen in Prag» [El triple gueto de Paul Eisner. Alemanes, judíos y checos en Praga], en: Michel Reffet (ed.), *Le monde de Franz Werfel et la morale des nations. Actes du Colloque Franz Werfel à l'Université de Dijon. 18-20 mai 1995*, Berna, 2000a, pp. 17-137.
- , *Wo Kafka und seine Freunde zu Gast waren. Prager Kaffeehäuser und Vergnügungsstätten in historischen Bilddokumenten* [Los lugares de Kafka y sus amigos. Cafés y locales de diversión de Praga en documentos gráficos históricos], Furth im Wald, 2000b.
- , «Die Entdeckung Frankreichs. Zur Vorgeschichte von Kafkas und Brods Paris-Reisen» [El descubrimiento de Francia. Sobre la prehistoria de los viajes a París de Kafka y Brod], *Euphorion*, 95, 2001a, pp. 441-482.
- , «Puder und Schleier, Glanz und Genuss. Eine Entdeckung: Kafkas späte Verlobte Julie Wohryzek» [Polvos y velos, brillo y goce. Un descubrimiento: la prometida tardía de Kafka Julie Wohryzek], *Neue Zürcher Zeitung*, 28-29 de abril de 2001b, p. 49.
- , «Nachdem der Handschlag auf deutsche Gesinnung geleistet worden...» Kafka in der Lese- und Redehalle» [«Una vez dado el apretón de manos por la germanidad...». Kafka en el aula de lectura y oratoria], *Else-Lasker-Schüler-Jahrbuch zur Klassischen Moderne*, 2, 2003, pp. 160-207.

- , *Kafkas «Verwandlung». Entstehung, Deutung, Wirkung* [La transformación de Kafka. Génesis, interpretación, impacto], Fráncfort del Meno, 2004.
- , *Mit Kafka in den Süden. Eine historische Bilderreise in die Schweiz und zu den oberitalienischen Seen* [Con Kafka en el Sur. Un histórico viaje gráfico a Suiza y a los lagos del norte de Italia], Praga, 2007.
- , *Kafkas Welt. Eine Lebenschronik in Bildern* [El mundo de Kafka. Crónica de una vida en imágenes], Reinbek, 2008.
- , *Gustav Meyrink. Ein Leben im Bann der Magie* [Gustav Meyrink. Una vida cautivada por la magia], Praga, 2009.
- , *Kafkas Wien. Porträt einer schwierigen Beziehung* [La Viena de Kafka. Retrato de una relación difícil], Furth im Wald, 2013.
- BIRKE, Ernst, «Frankreich und Böhmen von 1848-1938» [Francia y Bohemia de 1848 a 1938], en: *Probleme der böhmischen Geschichte* [Problemas de la historia bohema], ponencias del congreso científico del Collegium Carolinum de Stuttgart, 29 a 31 de mayo de 1963, pp. 110-127.
- BIRNBAUM, Nathan, *Die jüdische Moderne. Frühe zionistische Schriften* [El judaísmo moderno. Primeros escritos sionistas], Augsburg, 1989.
- BIWALD, Brigitte, *Von Helden und Krüppeln. Das österreichisch-ungarische Militärsanitätswesen im Ersten Weltkrieg* [De héroes y lisiados. La sanidad militar austrohúngara durante la Primera Guerra Mundial], 2 vols., Viena, 2002.
- BLEI, Franz, *Das grosse Bestiarium der modernen Literatur* [El gran bestiario de la literatura moderna], Berlín, 1922.
- , *Erzählung eines Lebens* [Relato de una vida], Viena, 2004.
- BLOM, Philipp, *Der taumelnde Kontinent. Europa 1900-1914* [El continente tambaleante. Europa, 1900-1914], Múnich, 2009.
- BLÜHER, Hans, *Die Rolle der Erotik in der männlichen Gesellschaft. Eine Theorie der menschlichen Staatsbildung nach Wesen und Wert* [El papel del erotismo en la sociedad masculina. Una teoría de la educación de la humanidad conforme a su esencia y valor], 2 vols., Jena, 1917-1919.
- , *Secessio Judaica. Philosophische Grundlegung der historischen Situation des Judentums und der antisemitischen Bewegung* [Secessio judaica. Fundamentación filosófica de la situación histórica del judaísmo y del movimiento antisemita], Berlín, 1922.

- BOCHALLI, DR., «Grippe und Tuberkulose» [Gripe y tuberculosis], *Münchener Medizinische Wochenschrift*, 66, 1919, vol. 12, p. 330.
- BOKHOVE, Niels y Marijke van Dorst (eds.), «*Einmal ein grosser Zeichner*». *Franz Kafka als bildender Künstler* [«Hubo una vez un gran dibujante». Franz Kafka como artista plástico], Praga, 2006.
- , «Christian von Ehrenfels, Kafkas Professor. Ihre Beziehungen in sieben Stationen» [Christian von Ehrenfels, profesor de Kafka. Sus relaciones en siete estaciones], en: *Kafka a Čechy/Kafka und Böhmen* [Kafka y Bohemia], volumen recopilatorio de las ponencias de la Conferencia Científica Internacional de la Franz Kafka Gesellschaft, 2 de octubre de 1996, Praga, 2007, pp. 121-153.
- BORGES, Jorge Luis, «Kafka y sus precursores», en: Jorge Luis Borges, *Inquisiciones, Ensayos 1941-1952*, Madrid, Alianza, 1998.
- , «Nathaniel Hawthorne», en: Jorge Luis Borges, *Inquisiciones, Ensayos 1941-1952*, Madrid, Alianza, 1998.
- BORN, Jürgen, Ludwig Dietz, Malcolm Pasley, Paul Raabe y Klaus Wagenbach (eds.), *Kafka-Symposion*, Berlín, 1965.
- (ed.), *Franz Kafka. Kritik und Rezeption zu seinen Lebzeiten, 1912-1924* [Franz Kafka. Crítica y recepción en vida], Fráncfort del Meno, 1979.
- (ed.), *Franz Kafka. Kritik und Rezeption 1924-1938* [Franz Kafka. Crítica y recepción 1924-1938], Fráncfort del Meno, 1983.
- , *Kafkas Bibliothek. Ein beschreibendes Verzeichnis* [La biblioteca de Kafka. Un catálogo descriptivo], Fráncfort del Meno, 1990.
- BÖSCHENSTEIN, Bernhard, «Nah und fern zugleich: Franz Kafkas "Betrachtung" und Robert Walser Berliner Skizzen» [Próximo y lejano a un tiempo: «Contemplación» de Franz Kafka y los esbozos berlineses de Robert Walser], en: Gerhard Kurz (ed.), *Der junge Kafka* [El joven Kafka], Fráncfort del Meno, 1984, pp. 200-212.
- BOSL, Karl (ed.), *Handbuch der Geschichte der böhmischen Länder. Die böhmischen Länder von der Hochblüte der Ständeherrschaft bis zum Erwachen eines modernen Nationalbewusstseins* [Manual de historia de los países bohemos. Los países bohemos desde el apogeo de la sociedad estamental hasta el despertar de

- una moderna conciencia nacional], vol. 2, Stuttgart, 1974; y *Die böhmischen Länder im Habsburgerreich 1848-1919. Bürgerlicher Nationalismus und Ausbildung einer Industriegesellschaft* [Los países bohemos en el imperio habsbúrguico, 1848-1919. Nacionalismo burgués y formación de una sociedad industrial], vol. 3, Stuttgart, 1968.
- , *Aktuelle Forschungsprobleme um die Erste Tschechoslowakische Republik* [Problemas actuales de la investigación acerca de la Primera República Checoslovaca], Múnich-Viena, 1969.
- BÖSS, Gustav, *Die Not im Berlin. Tatsachen und Zahlen* [La escasez en Berlín. Hechos y cifras], Berlín, 1923; reimpresso en Christian Engeli (ed.), *Gustav Böss. Oberbürgermeister 1921-1930. Beiträge zur Kommunalpolitik* [Gustav Böss. Alcalde, 1921-1930. Contribuciones a la política municipal], Berlín, 1981, pp. 1-32.
- BRÁF, Albin (ed.), *Hundert Jahre Arbeit. Bericht über die Allgemeine Landesausstellung in Prag 1891, zur Jubiläumsfeier der ersten Gewerbeausstellung des Jahres 1791 in Prag* [Cien años de trabajo. Informe sobre la Exposición General de Praga de 1891, en el centenario de la primera exposición industrial del año 1791 en Praga], Praga, 1892.
- BRAND, Karl, *Das Vermächtnis eines Jünglings* [El legado de un joven], ed. Johannes Urzidil, prólogo de Franz Werfel, Viena-Praga-Leipzig, 1920.
- BREITER, Marion, *Hinter der Front. Zum Leben der Zivilbevölkerung im Wien des Ersten Weltkrieges* [Detrás del frente. La vida de la población civil en la Viena de la Primera Guerra Mundial], tesis doctoral, Viena, 1991.
- BRENDEL, Ulrik, «Max Brod. Eine technische Kritik mit psychologischen Ausblicken» [Max Brod. Un análisis técnico de puntos de vista psicológicos], *Der Brenner*, 3, 1912-1913, pp. 936-945.
- , «Max Brod (II)», *Der Brenner*, 4, 1913-1914, pp. 42-46.
- BRENNER, Josef Chaim, *Unfruchtbarkeit und Scheitern oder Buch des Ringens* [Infertilidad y fracaso o Libro de la lucha], Tel Aviv, 1920.
- BRENNER, Michael, *Jüdische Kultur in der Weimarer Republik* [Cultura judía en la República de Weimar], Múnich, 2000.
- BRIDGEWATER, Patrick, *Kafka und Nietzsche*, Bonn, 1974.
- BROD, Max, *Tod den Toten!* [¡Muerte a los muertos!], Stuttgart [1906].

- , recensión a *Der dunkle Weg. Eine tragische Farce in drei Acten* [El camino oscuro. Una farsa trágica en tres actos] de Franz Blei, *Die Gegenwart*, tomo 71, n.º 6, 9 de febrero de 1907 [1907a], p. 93.
- , *Experimente. Vier Geschichten* [Experimentos. Cuatro relatos], Berlín-Stuttgart-Leipzig [1907b].
- , *Der Weg des Verliebten. Gedichte* [El camino del enamorado. Poemas], Leipzig, 1907c.
- , *Schloss Nornepygge. Der Roman des Indifferenten* [El castillo de Nornepygge. La novela del indiferente], Berlín-Stuttgart-Leipzig, 1908.
- , *Tagebuch in Versen* [Diario en versos], Berlín [1910].
- , «Alfred Kerr», *Die Aktion*, 1, 1911a, cols. 335 ss.
- , *Jüdinnen* [Judías], Berlín, 1911b.
- , «Kommentar zu Robert Walser» [Un comentario acerca de Robert Walser], *Pan*, 2, 1911-1912, pp. 53-58.
- , *Abschied von der Jugend. Ein romantisches Lustspiel in drei Akten* [Despedida de la juventud. Una comedia romántica en tres actos], Berlín [1912a].
- , *Arnold Beer. Das Schicksal eines Juden* [Arnold Beer. El destino de un judío], Berlín, 1912b.
- , «Das Ereignis eines Buches» [El advenimiento de un libro], *März*, 7, 1912-1913, pp. 268-270.
- , «Kleine Prosa» [Pequeña prosa], *Neue Rundschau*, 24, 1913a, pp. 1043-1046.
- , «Aphorisma zur "technischen Kritik"» [Aforismos sobre la «crítica técnica»] en: *Die Aktion*, 3, 1913b, cols. 758 y ss.
- , «Meine Anfänge» [Mis comienzos], *Deutsche Zeitung Bohe-mia*, Praga, 23 de marzo de 1913c, suplemento de Semana Santa.
- , «Schlusswort an Ulrik Brendel» [Respuesta a Ulrik Brendel], *Die Aktion*, 3, 1913d, cols. 977 ss.
- , (ed.), *Arkadia. Ein Jahrbuch für Dichtkunst* [Arcadia. Anuario de poesía], Leipzig, 1913e.
- , *Die Höhe des Gefühls* [Los sentimientos sublimes], Leipzig, 1913f.
- , *Über die Schönheit hässlicher Bilder. Ein Vademecum für Romantiker unserer Zeit* [Sobre la belleza de las imágenes feas. Un vademecum para románticos de nuestro tiempo], Leipzig, 1913g.

- , *Weiberwirtschaft. Drei Erzählungen* [Cosa de mujeres. Tres relatos], Berlín, 1913h.
- , «Die neue Zeitschrift» [La nueva revista], *Die Weissen Blätter*, 1, 1913-1914, pp. 1227-1230.
- , *Tycho Brahes Weg zu Gott* [El camino hacia Dios de Tycho Brahe], Múnich, 1915.
- , «Aus der Notschule für galizische Flüchtlinge in Prag» [Sobre la escuela de emergencia para refugiados de Galitzia en Praga], *Jüdische Rundschau*, año 21, n.º 29, 21 de julio de 1916.
- , «Brief an eine Schülerin nach Galizien» [Carta a un estudiante de Galitzia], *Der Jude*, 1, 1916-1917a, pp. 124 ss.
- , «Erfahrungen im ostjüdischen Schulwerk» [Experiencias en el sector escolar judeo-oriental], *Der Jude*, 1, 1916-1917b, pp. 32-36.
- , «Franz Werfels "christliche Sendung"» [La «misión cristiana» de Franz Werfel], *Der Jude*, 1, 1916-1917c, pp. 717-724.
- , «Unsere Literaten und die Gemeinschaft» [Nuestros escritores y la comunidad], *Der Jude*, 1, 1916-1917d, pp. 457-464.
- , *Das grosse Wagnis* [La gran empresa], Leipzig-Viena, 1918.
- , *Sozialismus und Zionismus* [Socialismo y sionismo], Berlín-Viena, 1920.
- , «Der Dichter Franz Kafka» [El autor Franz Kafka], *Neue Rundschau*, 32, 1921a, pp. 1210-1216.
- , *Heidentum, Christentum, Judentum. Ein Bekenntnisbuch* [Paganismo, cristianismo, judaísmo. Un libro confesional], 2 vols., Múnich, 1921b.
- , *Adolf Schreiber. Ein Musikerschicksal* [Adolf Schreiber. Un destino de músico], Berlín, 1921c.
- , «Gerhart Hauptmann Frauengestalten» [Los personajes femeninos de Gerhart Hauptmann], *Neue Rundschau*, 33, 1922, pp. 1131-1141.
- , *Leben mit einer Göttin* [Vida con una diosa], Múnich, 1923a.
- , *Sternenhimmel. Musik- und Theatererlebnisse* [Cielo estrellado. Experiencias musicales y teatrales], Praga, 1923b.
- , *Reübeni. Fürst der Juden. Ein Renaissanceroman* [Reubení, príncipe de los judíos. Una novela del Renacimiento], Múnich, 1925a.
- , *Leoš Janáček. Leben und Werk* [Leoš Janáček. Vida y obra], Viena, 1925b.

- , *Zauberreich der Liebe* [El reino mágico del amor], Berlín-Viena-Leipzig, 1928.
- , *Mira. Ein Roman um Hofmannsthal* [Mira. Una novela en torno a Hofmannsthal], Múnich, 1958.
- , *Jugend in Nebel* [Juventud entre la niebla], Berlín, 1959.
- , «Ungedrucktes von Franz Kafka» [Inéditos de Franz Kafka], *Die Zeit*, 22 de octubre de 1965.
- , «Die Krankheit in meinem Leben und in meiner Dichtung» [La enfermedad en mi vida y en mi literatura], en: *CIBA-Symposium*, 16, 1968, vol. 3, pp. 125-132.
- , *Ein Sommer, den man sich zurückwünscht/Beinahe ein Vorzugsschüler* [Un verano al que uno querría volver; Casi un discípulo aventajado], Múnich-Berlín, 1973.
- , *Über Franz Kafka* [Sobre Franz Kafka], Fráncfort del Meno, 1974. Incluye: *Franz Kafka. Eine Biographie* [Franz Kafka. Una biografía]; *Franz Kafkas Glauben und Lehre* [La fe y la doctrina de Franz Kafka]; *Verzweiflung und Erlösung im Werk Franz Kafkas* [Desesperación y redención en la obra de Franz Kafka].
- , *Der Prager Kreis* [El círculo de Praga], Fráncfort del Meno, 1979a.
- , *Streitbares Leben. Autobiographie 1884-1968* [Una vida en conflicto. Autobiografía 1884-1968], Fráncfort del Meno, 1979b.
- y Franz Kafka, *Eine Freundschaft*. [Una amistad], ed. Malcolm Pasley: *Reiseaufzeichnungen* [Anotaciones de Viaje], vol. 1; *Briefwechsel* [Correspondencia], vol. 2, Fráncfort del Meno 1987, 1989. [*Cartas a Max Brod*, trad. Pablo Diener-Ojeda, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1992].
- BROWNING, Robert y Elisabeth Barrett-Browning, *Briefe* [Cartas], Berlín, 1905.
- BUBER, Martin, *Vom Geist des Judentums. Reden und Geleitworte* [El espíritu del judaísmo. Conferencias y prólogos], Leipzig, 1916.
- , «Die Eroberung Palästinas» [La conquista de Palestina], *Der Jude*, 2, 1917-1918a, pp. 633 y ss.
- , «Vorbemerkung über Franz Werfel» [Nota preliminar sobre Franz Werfel], *Der Jude*, 2, 1917-1918b, pp. 109-112.
- , *Briefwechsel aus sieben Jahrzehnten* [Correspondencia de siete décadas], ed. Grete Schaeder, vol. 1, 1897-1918, Heidelberg, 1972.

- , «Drei Reden über das Judentum» [Tres discursos sobre el judaísmo], en: *Werkausgabe* [Obras completas], vol. 3, *Frühe jüdische Schriften 1900-1922* [Primeros escritos judíos, 1900-1922], Gütersloh 2007, pp. 219-256.
- BUBER-NEUMANN, Margarete, *Milena. Kafkas Freundin*, München, 1963. [Existe traducción en español: *Milena*, trad. M. A. Grau, Barcelona, Tusquets, 1997].
- BUCHHOLZ, Kai et al. (eds.), *Die Lebensreform. Entwürfe zur Neugestaltung von Leben und Kunst um 1900* [La reforma vital. Esbozos sobre la nueva configuración de la vida y el arte en torno a 1900], 2 vols., Darmstadt, 2001.
- BURGER, Hannelore, *Sprachenrecht und Sprachgerechtigkeit im Österreichischen Unterrichtswesen 1867-1918* [Derecho lingüístico y justicia lingüística en el sistema escolar austríaco, 1867-1918], Viena, 1995.
- BURKHARDT, Johannes et al., *Lange und kurze Wege in den Ersten Weltkrieg. Vier Augsbürger Beiträge zur Kriegsursachenforschung* [Caminos cortos y largos hacia la Primera Guerra Mundial. Cuatro aportaciones de Augsburgo a la investigación sobre las causas de la guerra], München, 1996.
- BUTSCHEK, Felix, *Statistische Reihen zur österreichischen Wirtschaftsgeschichte. Die österreichische Wirtschaft seit der industriellen Revolution* [Series estadísticas para la Historia económica de Austria. La economía austríaca desde la revolución industrial], Viena, 1993.
- CALASSO, Roberto, K, München-Viena, 2006. [Existe traducción en español: K, trad. Edgardo Dobry, Barcelona, Anagrama, 2005].
- CANETTI, Elias, *Der andere Prozess. Kafkas Briefe an Felice*, München, 1969. [Existe traducción en español: *El otro proceso de Kafka*, en *La conciencia de las palabras. Obras completas*, vol. 5, trads. Carlos Fortea, Adan Kovacsics, José Manuel de Prada-Samper, Juan José del Solar, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2012].
- ČAPEK, Karen, *Gespräche mit Masaryk* [Conversaciones con Masaryk], Stuttgart-München, 2001.
- CAPUTO-MAYR, Maria Luise y Julius Michael Herz (eds.), *Franz Kafka: Internationale Bibliographie der Primär- und Sekundärliteratur. Eine Einführung* [Franz Kafka: bibliografía interna-

- cional de literatura primaria y secundaria. Una introducción], 2 vols., 2.^a ed. ampliada y revisada, Múnich, 2000.
- ČERMÁK, Josef, «Pobyt Franze Kafky v Plané nad Lužnicí (Léto 1922)», *Světova literatura*, 34, 1989, vol 1, pp. 219-237.
- , *Franz Kafka: výmysly a mystifikace*, Praga, 2005.
- ČERNA, Jana, *Milena Jesenská*, Fráncfort del Meno, 1985.
- CHARAS, H. (ed.), *Bericht über den II. Internationalen Kongress für Rettungswesen und Unfallverhütung* [Informe sobre el II Congreso Interancioanl de Salvamento y Prevención de Accidentes], Viena, 1914.
- CHASANOWITSCH, Leon y Leo Motzkin (eds.), *Die Judenfrage der Gegenwart. Dokumentensammlung* [La cuestión judía en la actualidad. Recopilación de documentos], Estocolmo, 1919.
- COHEN, Gary B., «Jews in German Society: Prague, 1860-1914», en: David Bronsen (ed.), *Jews and Germans from 1860 to 1933: The Problematic Symbiosis*, Heidelberg, 1979.
- , *The Politics of Ethnic Survival: Germans in Prague, 1861-1914*, Princeton (Nueva Jersey), 1981.
- CONRAD VON HÖTZENDORF, Franz, *Aus meiner Dienstzeit, 1906-1918*, vol. 4, Viena-Leipzig-Múnich, 1923.
- CORINO, Kart, *Robert Musil. Leben und Werk in Bildern und Texten* [La vida y la obra en las imágenes y los textos], Reinbek, 1988.
- , *Robert Musil. Eine Biographie* [Robert Musil. Una biografía], Reinbek, 2003.
- DAHLKE, Günther y Günther Karl (eds.), *Deutsche Spielfilme von den Anfängen bis 1933. Ein Filmführer* [Películas de ficción alemanas desde los inicios hasta 1933. Una guía], 2.^a ed., Berlín 1993.
- DAVIAU, Donald G., «Max Brod and Karl Kraus», en: *Max Brod, 1884-1984*, ed. Margarete Pazi, Nueva York, 1987, pp. 207-231.
- DEMETZ, Peter, *René Rilkes Prager Jahre* [Los años de René Rilke en Praga], Düsseldorf, 1953.
- DERBLICH, Wolfgang, *Die simulierten Krankheiten der Wehrpflichtigen* [Las enfermedades simuladas de los conscriptos], Viena, 1878.
- , «Diese Frauen wollen tiefer umarmt sein. Franz Kafkas und Max Brods "Reiseaufzeichnungen"» [Las mujeres quieren que

- se les abrace más fuerte. Las «Notas de viaje» de Franz Kafka y Max Brod], *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de junio de 1988.
- , *Die Flugschau von Brescia. Kafka, D'Annunzio und die Männer die vom Himmel fielen* [La exhibición aérea de Brescia. Kafka, D'Annunzio y los hombres que cayeron del cielo], Viena, 2002.
- DESMOND, Adrian y James Moore, *Darwin*, Múnich, 1992.
- DEUTSCHE, Gustav, «Grippe und Tuberkulose» [Gripe y tuberculosis], *Münchener Medizinische Wochenschrift*, 66, 1919, vol. 17, pp. 464 y ss.
- DIAMANT, Käthi, *Kafka's Last Love. The Mystery of Dora Diamant*, Nueva York, 2003. [Existe traducción en español: *Dora Diamant*, trad. Beatriz López Buisán, Barcelona, Circe, 2005].
- Die k.k. Deutsche Technische Hochschule in Prag 1806-1906* [La Politécnica Alemana Imperial de Praga, 1806-1906], catálogo conmemorativo con motivo del centenario, Praga, 1906.
- DIETZ, Ludwig, «Kurt Wolffs Bücherei "Der jüngste Tag". Seine Geschichte und Bibliographie» [La colección «El juicio final» de Kurt Wolff. Su historia y bibliografía], en: *Philobiblon*, 7, 1963, pp. 96-118.
- , «Das Jahrbuch für Dichtkunst "Arkadia"» [El anuario de poesía *Arkadia*], en *Philobiblon*, 17, 1973, pp. 178-188.
- , *Franz Kafka. Die Veröffentlichungen zu seinen Lebzeiten (1908-1924). Eine textkritische und kommentierte Bibliographie* [Franz Kafka. Publicaciones en vida (1908-1924). Una bibliografía crítica y comentada], Heidelberg, 1982.
- DINGES, Martin (ed.), *Medizinkritische Bewegungen im Deutschen Reich (ca. 1870-ca. 1933)* [Movimientos críticos en medicina en el Imperio alemán (c. 1870-1933)], Stuttgart, 1996.
- DODERER, Heimito von, *Die Strudlhofstiege oder Melzer und die Tiefe der Jahre*, Múnich 1995. [*Las escaleras de Strudlhof*, trad. José Miguel Sáenz, Barcelona, Destino, 1981].
- , *Die erleuchteten Fenster oder Die Menschenwerdung des Amtesrates Julius Zihal* [Las ventanas iluminadas o la evolución del consejero Julius Zihal], Múnich, 1995.
- DOLEŽAL, Pavel, *Tomáš G. Masaryk, Max Brod und das Prager Tagblatt (1918-1938). Deutsch-tschechische Annäherung als publizistische Aufgabe* [Tomáš G. Masaryk, Max Brod y el *Prager Tagblatt*]

- blatt* (1918-1938). La aproximación germanocheca como tarea propagandística], Fráncfort del Meno, 2004.
- DOMINIK, Sabine, *Oskar Baum (1883-1941), ein Schriftsteller des «Prager Kreises»* [Oskar Baum (1883-1941), un escritor del Círculo de Praga], tesis doctoral, Würzburg, 1988.
- DONATH, Oskar, «Siegfried Kapper», *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 6, 1934, pp. 323-442.
- DÖRBECK, Franz, «Die Influenzaepidemie des Jahres 1918» [La epidemia de gripe del año 1918], *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, 45, 1919, vol. 26, pp. 716-718.
- DUBY, George y Michelle Perrot, *Geschichte der Frauen*, vol. 4: 19 Jahrhundert, eds. Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Fráncfort del Meno, 1994. [Existe traducción en español: *Historia de las mujeres*, 10 vols., trad. Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus].
- EBRECHT, Sngelika et al. (eds.), *Brieftheorie des 18. Jahrhunderts. Texte, Kommentare, Essays* [Teoría sobre el género epistolar del siglo XVIII. Textos, comentarios, ensayos], Stuttgart, 1990.
- , «Rettendes Herz und Puppensee. Zur Psychologie der Fernliebe in Rilkes Briefwechsel mit Magda von Hattingberg» [Corazón salvador y alma de muñeca. Sobre la psicología del amor a distancia en la correspondencia entre Rilke y Magda von Hattingberg], en: Anita Runge y Liselotte Steinbrügge (eds.), *Die Frau im Dialog. Studien zu Theorie und Geschichte des Briefes* [La mujer en diálogo. Estudios sobre la teoría e historia de la carta], Stuttgart, 1991, pp. 147-172.
- EHRENSTEIN, Albert, «Ansichten eines Extraterritorialen» [Opiniones de un extraterritorial], *Die Fackel*, n.º 323, 18 de mayo de 1911, pp. 1-8.
- , *Die weisse Zeit* [El tiempo blanco], Múnich, 1914 [1916].
- EINSTEIN, Albert, *The Collected Papers of Albert Einstein: The Swiss Years. Correspondence 1902-1914*, vol. 5, ed. Martin J. Klein et al., Princeton (Nueva Jersey), 1993; y *The Berlin Years. Correspondence 1914-1918*, vol. 8, ed. Robert Schulmann et al., Princeton (Nueva Jersey), 1998.
- EISENSTAEDT, Kart, «Gibt es äussere Anzeichen einer phthisischen Konstitution?» [¿Hay signos externos de una constitución tísica?], *Zeitschrift für Tuberkulose*, 55, 1929, pp. 27-40.

- EISSLER, K. R., *Freud und Wagner-Jauregg vor der Kommission zur Erhebung militärischer Pflichtverletzungen* [Freud y Wagner-Jauregg ante la comisión de subsanación de infracciones a las obligaciones militares], Viena, 1979.
- ELIAS, Herbert, «Grippe», en: Clemens Pirquet (ed.), *Volksge-sundheit im Krieg* [Salud pública en tiempo de guerra], II parte, Viena, 1926, pp. 55-66.
- ELIASBERG, Alexander, *Sagen polnischer Juden* [Leyendas de judíos polacos], Múnich, 1926.
- ELIAV, Mordechai, *Jüdische Erziehung in Deutschland im Zeitalter der Aufklärung und der Emanzipation* [Educación judía a Alemania en la era de la Ilustración y de la emancipación], Münster, 2001.
- ENGEL, Manfred, «Erholen werde ich mich hier gar nicht. Kafkas Reise ins dänische Ostseebad Marielyst» [Aquí no voy a recuperarme. El viaje de Kafka a los baños daneses del Báltico de Marielyst], *Kursbuch*, n.º 16, 1983, pp. 60-66.
- y Bernd Auerochs (eds.), *Kafka-Handbuch. Leben-Werk-Wirkung* [Introducción a Kafka. Vida, obra y repercusión], Stuttgart, 2010.
- ENGEL, Peter, «“...ein guter Freund und Kamerad täte mir oft hier sehr wohl”, Ernst Weiss' Briefe an Leo Perutz» [«...un buen amigo y camarada me haría mucho bien aquí». La carta de Ernst Weiss a Leo Perutz], *Modern Austrian Literature*, 21, 1988, n.º 1, pp. 27-59.
- y Hans-Herald Müller, *Ernst Weiss-Seelenanalytiker und Erzähler von europäischem Rang. Beiträge zum Ersten internationalen Ernst Weiss-Symposium aus Anlass des 50. Todestages, Hamburg 1990* [Ernst Weiss, psicoanalista y narrador de rango europeo. Actas del Primer Simposio Internacional Ernst Weiss con motivo del 50 aniversario de su fallecimiento], Berna, 1993.
- ENGELS, Friedrich, Introducción al folleto de Sigismund Borkheim *Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten, 1806-1807* [En recuerdo de los patriotas alemanes asesinados, 1806-1807], en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Berlín, 1962, pp. 346-351.
- EPKENHANS, Michael, «Kriegswaffen: Strategie, Einsatz, Wirkung» [Armas de guerra: estrategia, uso, efectos], en: Rolf Spil-

- ker y Bernd Ulrich (eds.), *Der Tod als Machinist. Der industrialisierte Krieg 1914-1918* [La muerte como maquinaria. La guerra industrializada, 1914-1918], catálogo de la exposición en el Museo de Cultura Industrial de Osnabrück, 17 de mayo-23 de agosto de 1998.
- EPSTEIN, D., *Diagnostisch-Therapeutisches Taschenbuch der Tuberkulose. Ein Leitfaden für den praktischen Arzt* [Manual diagnóstico-terapéutico de la tuberculosis. Un compendio para el médico práctico], Berlín-Viena, 1910.
- EULENBERG, Herbert, *Schattenbilder. Eine Fibel für Kulturbedürftige unserer Zeit* [Siluetas. Un libro de lecturas para los necesitados de cultura de nuestra época], Berlín, 1910.
- FABIAN, Reinhard (ed.), *Christian von Ehrenfels. Leben und Werk*. [Christian von Ehrenfels. Vida y obra], Ámsterdam, 1986.
- FALKE, Jakob von, *Geschichte des fürstlichen Hauses Liechtenstein* [Historia de la casa principesca de Liechtenstein], vol. 2, Viena, 1877.
- FALLER, Heike, «Die Suche» [La búsqueda], *Die Zeit*, 2001, sección «Leben» [Vida], p. 4.
- FEDERN, Paul, *Zur Psychologie der Revolution: Die Vaterlose Gesellschaft. Nach Vorträgen in der Wiener Psychoanalytischen Vereinigung und im Monistenbund* [Sobre la psicología de la revolución: la sociedad sin padre. Según conferencias dictadas en la Asociación de Psicoanálisis de Viena y en la alianza monista], Leipzig-Viena, 1919.
- FERRARI ZUMBINI, Massimo, *Die Wurzeln des Bösen. Gründerjahre des Antisemitismus: Von der Bismarckzeit zu Hitler* [Las raíces del Mal. Años fundacionales del antisemitismo: de la época de Bismarck a Hitler], Fráncfort del Meno, 2003.
- FEUERBACH, Anselm, *Ein Vermächtnis* [Un legado], ed. Henriette Feuerbach, Berlín, 1912.
- FIALA-FÜRST, Ingeborg, *Der Beitrag der Prager deutschen Literatur zum deutschen Expressionismus. Relevante Topoi ausgewählter Werke* [La contribución de la literatura germanoparlante de Praga al expresionismo alemán. Motivos relevantes de obras escogidas], St. Ingbert, 1996.
- FICKER, Ludwig von, «Schlusspunkt» [Punto final], *Der Brenner*, 4, 1913-1914, pp. 192-194.
- , *Briefwechsel 1909-1914* [Correspondencia (1909-1914)], eds.

- Ignaz Zangerle, Walter Methlagl, Franz Seyr y Anton Unterkircher, Salzburgo, 1986.
- FICKERT, Auguste, «Der Stand der Frauenbildung in Österreich» [El nivel de formación de las mujeres en Austria], en: Helene Lange y Gertrud Bäumer (eds.), *Handbuch der Frauenbewegung* [Manual del movimiento feminista], III parte, Berlín, 1902, pp. 161-190.
- FIEDLER, Leonhard M., «"Um Hofmannsthal". Max Brod und Hugo von Hofmannsthal. Briefe. Notizen» [«En torno a Hofmannsthal». Max Brod y Hugo von Hofmannsthal. Cartas y notas], *Hofmannsthal-Blätter*, vol. 30, agosto de 1985, pp. 23-45.
- FISCHER, Samuel y Hedwig Fischer, *Briefwechsel mit Autoren* [Correspondencia con autores], ed. Dierk Rodewald y Corinna Fiedler, Fráncfort del Meno, 1989.
- FLAUBERT, Gustave, *L'éducation sentimentale* [La educación sentimental], trad. Miguel Salabert, Barcelona, Alianza, 2014.
- FOERSTER, Friedrich Wilhelm, *Jugendlehre. Ein Buch für Eltern, Lehrer und Geistliche* [Educación de la juventud. Un libro para padres, maestros y clérigos], Berlín, 1904.
- FÖRSTER, Stig, «Der deutsche Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914. Metakritik eines Mythos» [El Estado Mayor alemán y la ilusión de una guerra corta, 1871-1914. Metacrítica de un mito], en: Johannes Burkhardt et al., *Lange und kurze Wege* [Camino cortos y largos], Múnich, 1996, pp. 156-158.
- FRANÇOIS, Etienne y Hagen Schulze, «Das emotionale Fundament der Nationen» [El fundamento emocional de las naciones], en: Monika Flacke (ed.), *Mythen der Nationen. Ein europäisches Panorama* [Mitos de las naciones. Una panorámica europea], Berlín, 1998, pp. 17-32.
- FRANKL, Michael, «Prag ist nunmehr antisemitisch». *Tschechischer Antisemitismus am Ende des 19. Jahrhunderts* [«Praga es en adelante antisemita». Antisemitismo checo a fines del siglo XIX], Berlín, 2011.
- FREUD, Sigmund y Karl Abraham, *Briefe 1907-1926*, ed. Hilda C. Abraham y Ernst L. Freud, 2.ª ed., Fráncfort del Meno, 1980.
- , *Briefe an Wilhelm Fleiss, 1887-1904* [Cartas a Wilhelm Fleiss, 1887-1904], ed. Jeffrey Moussaieff Masson, Fráncfort del Meno, 1986.

- , *Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)*, en: Freud, *Studienausgabe*, vol. 7, Fráncfort del Meno, 1989, pp. 133-203 [Existe traducción en español: «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (*dementia paranoides*)», en: *Obras completas*, vol. 12, Buenos Aires, Amorrortu).
- , *Das Unbehagen in der Kultur*, en: *Studienausgabe*, vol. 9, Fráncfort del Meno, 1997. [Existe traducción en español: *El malestar en la cultura*, trad. Luis López Ballesteros, Madrid, Alianza, 2006].
- FRIEDLÄNDER, Hugo, *Interessante Kriminal-Prozesse von kulturhistorischer Bedeutung. Darstellung merkwürdiger Strafrechtsfälle aus Gegenwart und jüngster Vergangenheit* [Procesos criminales interesantes de importancia histórico-cultural. Representación de casos penales curiosos del presente y el pasado inmediato], vol. 1, Berlín, 1910.
- FRIEDLÄNDER, Saul, *Franz Kafka*, Múnich, 2012.
- FRITZ, Susanne, *Die Entstehung des «Prager Textes». Prager deutschsprachige Literatur von 1895 bis 1934* [El origen del «Texto de Praga». Literatura germanoparlante en Praga de 1895 a 1934], Dresde, 2005.
- FROMER, Jacob, *Der babylonische Talmud* [El Talmud babilónico], Berlín, 1909.
- GAISBAUER, Adolf, *Davidstern und Doppeladler. Zionismus und Nationalismus in Österreich 1882-1918* [La estrella de David y el águila bicéfala. Sionismo y nacionalismo en Austria, 1882-1918], Viena, 1988.
- GAY, Peter, *Kult der Gewalt. Aggression im bürgerlicher Zeitalter* [El culto a la violencia. La agresividad en la era burguesa], Múnich, 1966.
- , *Freud, eine Biographie für unsere Zeit*, Fráncfort del Meno, 1989. [Existe traducción en español: *Freud. Una biografía*, trad. Jorge Piatigorsky, Barcelona, Paidós, 2010].
- GEISS, Imanuel (ed.), *Juli 1914. Die europäische Krise und der Ausbruch des Resten Weltkriegs* [La crisis europea y el estallido de la Primera Guerra Mundial], Múnich, 1965.
- GELBER, Mark H. (ed.), *Kafka, Zionism, and Beyond*, Tubinga, 2004.

- GELLERT, Christian Fürchtegott, *Briefe, nebst einer Praktischen Abhandlung von dem guten Geschmacke in Briefen* [Tratado práctico sobre el buen gusto en la redacción de cartas], Leipzig, 1751.
- GHON, Antón y R. Jaksch-Wartenhorst (eds.), *Die Tuberkulose und ihre Bekämpfung. Nach dem Stande vom Jahre 1921* [La tuberculosis y la lucha contra ella. Según el estado de la investigación en el año 1921], Viena-Breslau, 1922.
- GILMAN, Sander, *Franz Kafka, the Jewish Patient*, Nueva York-Londres, 1995.
- GIMPL, Georg (ed.), *Weil der Boden selbst hier brennt... Aus dem Prager Salon der Berta Fanta (1865-1918)* [Porque aquí el suelo mismo arde... Del salón de Berta Fanta en Praga (1865-1918)], Furth im Wald, 2001.
- GINDELY, Anton, *Geschichte des Dreissigjährigen Krieges: Die Strafdekrete Ferdinands II. und der pfälzische Krieg* [Historia de la Guerra de los Treinta Años: los decretos de castigo de Fernando II y la guerra del Palatinado], vol. 4, Praga, 1880.
- GLATZER, Ruth (ed.), *Berlin zur Weimarer Zeit. Panorama einer Metropole 1919-1933* [Berlín durante la época de Weimar. Panorama de una metrópoli, 1919-1933], Berlín, 2000.
- GLOC, Ingrid, *Architektur der Jahrhundertwende in Prag. Zur Geschichte der Architektur zwischen Eklektizismus und Moderne im Spiegel der Sanierung der Prager Altstadt* [Arquitectura del cambio de siglo en Praga. Sobre la historia de la arquitectura entre el eclecticismo y la Modernidad, en el espejo del saneamiento de la ciudad vieja de Praga], Weimar, 1994.
- GÖBEL, Wolfram, «Der Ernst Rowohlt Verlag 1910-1913. Seine Geschichte und seine Bedeutung für die Literatur seiner Zeit» [Historia e importancia de la editorial Ernst Rowohlt (1910-1913) para la literatura de la época], *Archiv für Geschichte des Buchwesens* XIV, cols. 465-566, 1975.
- , *Der Kurt Wolff Verlag, 1913-1950. Expressionismus als verlegerische Aufgabe* [La editorial Kurt Wolff, 1913-1950. El expresionismo como tarea editorial], separata de *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, vols. 15 y 16, cols. 521-1456, Fráncfort del Meno, 1976 y 1977 (reimpresión: Múnich, 2000).
- GODEFROID, Annette, *Steglitz. Geschichte der Berliner Verwaltungsbezirke* [Steglitz. (Historia de los distritos administrativos de Berlín)], ed. Wolfgang Ribbe, vol. 7, Berlín, 1989.

- GOETHE, Johann Wolfgang, *Italienische Reise*, en: *Sämtliche Werke*, vol. II, Múnich, 1977 [Existe traducción en español: *Viaje a Italia*, trad. Manuel Scholz Rich, Barcelona, Ediciones B, 2001].
- GOLD, Hugo (ed.), *Max Brod. Ein Gedenkbuch. 1884-1969* [Max Brod. Libro conmemorativo. 1884-1969], Tel Aviv, 1969.
- GOLDSTÜCKER, Eduard, *Weltfreunde. Konferenz über die Prager deutsche Literatur* [Filántropos. Conferencia sobre la literatura germanoparlante de Praga], Praga, 1967.
- GRAETZ, Heinrich, *Volkstümliche Geschichte der Juden* [Historia popular de los judíos], 3 vols., Leipzig, 1888.
- GRAHAM, Frank D., *Exchange, Prices, and Production in Hyper-Inflation: Germany 1920-1923*, Princeton, 1930 (reimpresión: Nueva York, 1967).
- GRILLPARZER, Franz, *Briefe und Tagebücher* [Cartas y diarios], compilación y notas de Carl Glossy y August Sauer, vol. I, Stuttgart-Berlín, 1903.
- GRONEMANN, Sammy, *Hawdoloß und Zapfenstreich. Erinnerungen an die ostjüdische Etappe 1916-1918* [Hawdoloß y retreta. Recuerdos de la retaguardia judío-oriental, 1916-1918], Berlín, 1924.
- GROSCH, Gerhard, *Der Orthopäde Friedrich von Hessing (1838-1918)* [El ortopeda Friedrich von Hessing (1838-1918)], Múnich, 1970.
- GROSS, Hans, «Zur Deportationsfrage» [La cuestión de la deportación], en: *Gesammelte Kriminalistische Aufsätze*, Leipzig, 1902, pp. 64-70.
- , *Handbuch für Untersuchungsrichter, Polizeibeamte, Gendarmen* [Manual para jueces de instrucción, funcionarios de policía, gendarmes], Graz, 1893.
- GROSS, Otto, «Die kommunistische Grundidee in der Paradies-symbolik» [La idea básica comunista en el simbolismo del paraíso], *Sowjet*, n.º 1, 1919, pp. 12-27.
- GRÖZINGER, Karl Erich, Stéphane Mosès y Hans-Dieter Zimmermann (eds.), *Kafka und das Judentum* [Kafka y el judaísmo], Fráncfort del Meno, 1987.
- , *Kafka und die Kabbala. Das Jüdische im Werk und Denken von Franz Kafka* [Kafka y la cábala. Lo judío en la obra de Franz Kafka], Fráncfort del Meno, 1992.
- , *Jüdisches Denken. Theologie, Philosophie, Mystik: Von der mit-*

- telalterlichen Kabbala zum Hasidismus* [Pensamiento judío. Teología, Filosofía, Mística. De la Cábala medieval al jasidismo], vol. 2, Fráncfort del Meno-Nueva York, 2005.
- GRÜNBERG, Abraham, *Ein jüdisch-polnisch-russisches Jubiläum. (Der grosse Pogrom von Sedlice im Jahre 1906)* [Un jubileo judeo-polaco-ruso (el gran pogromo de Sedlice en el año 1906)], Praga, 1916.
- GRUŠA, Jira, «Die Verlockung auf dem Dorfe oder "Die Jungfrau und das Ungeheuer"» [La atracción en el pueblo o «La doncella y el monstruo»], en: Hans-Dieter Zimmermann (ed.), *Nach erneuter Lektüre: Franz Kafkas «Der Prozess»* [Tras una nueva lectura: *El proceso* de Franz Kafka], Würzburg, 1992, pp. 251-267.
- GUERX, Germaine, *Das Verlassenheitssyndrom*, Berna, 1983. [Existente traducción en español: *La neurosis de abandono*, trad. Julia Ferrari, Buenos Aires, Eudeba, 1974].
- GUGGENHEIMER, Eva H. y Heinrich W. Guggenheimer, *Etymologisches Lexikon der jüdischen Familiennamen* [Diccionario etimológico de los apellidos judíos], Múnich, 1996.
- GUSTAFSSON, Lars, *Palast der Erinnerung* [Palacio del recuerdo], Múnich, 1996.
- GUTHKE, Karl S., «Franz Werfels Anfänge. Eine Studie zum literarischen Leben am Beginn des "expressionistischen Jahrzehnts"» [Los inicios de Franz Werfel. Un estudio sobre la vida literaria al comienzo de la "década expresionista"], *Deutsche Vierteljahres-schrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 52, 1978, pp. 71-89.
- HAAS, Willy, «Die Verkündigung und Paul Claudel» [La anunciación y Paul Claudel], *Der Brenner*, 3, 1912-1913, pp. 853-869.
- , «Um 1900 in Prag. Aus Jugendtagen mit Werfel, Kafka, Brod und Hofmannsthal» [Hacia 1900 en Praga. De los días juveniles con Werfel, Kafka, Brod y Hofmannsthal], *Forum*, 4, 1957a, pp. 23-226.
- , *Die literarische Welt. Erinnerungen* [El mundo literario. Recuerdos], Múnich, 1957b.
- HACKERMÜLLER, Rotraut, *Kafkas letzte Jahre. 1917-1924* [Los últimos años de Kafka, 1917-1924], Múnich, 1990.
- HACKESCHMIDT, Jörg, «Jüdische Orthodoxie und zionistische Jugendkultur im frühen 20. Jahrhundert» [Ortodoxia judía y cultura juvenil sionista a principios del siglo XX], en: Andrea

- Schatz y Christian Wies (eds.), *Janusfiguren. «Jüdische Heimstätten», Exil und Nation im deutschen Zionismus* [Figuras de Jano. «Patrias judías», exilio y nación en el sionismo alemán], Berlín, 2006, pp. 81-101.
- HAJEK, Markus, *Pathologie und Therapie der Erkrankungen des Kehlkopfes, der Luftröhre und der Bronchien* [Patología y terapia de las enfermedades de la laringe, de las vías respiratorias y de los bronquios], Leipzig, 1932.
- HAMANN, Brigitte, *Die Habsburger. Ein biographisches Lexikon* [Los Habsburgo. Un diccionario biográfico], 4.ª ed., München, 1990.
- HANISCH, Ernst, *Der lange Schatten des Staates. Österreichische Gesellschaftsgeschichte im 20. Jahrhundert* [La larga sombra del Estado. Historia social europea en el siglo xx], Viena, 1994.
- HARDT, Ludwig, «Verkümmerndes und erwachendes Judentum. Zu Max Brods Kafka-Biographie» [Judaísmo que se atrofia y que despierta. Sobre la biografía de Kafka de Max Brod], *Jüdische Rundschau*, 4 de marzo de 1938, p. 5.
- HARING, Ekkehard W., «Zwischen den Nationen. Anmerkungen zum "Jüdischen Prag" Franz Kafkas» [Entre las naciones. Observaciones acerca de la «Praga judía» de Franz Kafka], *Das Jüdische Echo*, vol. 49, Viena, octubre 2000, pp. 271-280.
- HAUMANN, Heiko, «Zionismus und die Krise jüdischen Selbstverständnisses», en: Heiko Haumann (ed.), *Der Traum von Israel. Die Ursprünge des modernen Zionismus* [El sueño de Israel. Los orígenes del sionismo moderno], Weinheim, 1998, pp. 9-64.
- HAUPTMANN, Gerhart, *Tagebücher 1914 bis 1918* [Diarios, 1914-1918], ed. Peter Sprengel, Berlín, 1997.
- HEBBEL, Friedrich, *Tagebücher 1835-1848* [Diarios, 1835-1848], München, 1984.
- HECHT, Alexander, *Der Bund B'nai B'rith und seine Bedeutung für das österreichische Judentum* [La alianza B'nai B'rith y su importancia para el judaísmo austríaco], Viena, 1914.
- HECHT, Hugo, «Über Ernst Weiss» [Sobre Ernst Weiss], *Weiss-Blätter*, n.º 3 (junio de 1974), pp. 3-5.
- HEIDSIECK, Arnold, *The Intellectual Contexts of Kafka's Fiction: Philosophy, Law, Religion* [Contexto intelectual de la obra de ficción de Kafka: la filosofía, el derecho y la religión], Columbia (Carolina del Sur), Camden House, 1994.

BIBLIOGRAFÍA

- HEILMANN, Hans (ed.), *Chinesische Lyrik vom 12. Jahrhundert v. Chr. bis zur Gegenwart* [Poesía china desde el siglo XII hasta el presente], Múnich, 1905.
- HEINTEL, Brigitte y Helmut Heintel, «Franz Kafka: 1901 allein auf Norderney und Helgoland?» [Franz Kafka: ¿solo en Norderney y Helgoland en 1901?], *Freibeuter*, 17, Berlín, 1983, pp. 20-25.
- HEISSERER, Dirk, *Wo die Geister wandern. Eine Topographie der Schwabinger Bohème um 1900* [Donde caminan los espíritus. Una topografía de la bohemia de Schwabing en torno a 1900], Múnich, 1993.
- HELLWING, Isak A., *Der konfessionelle Antisemitismus im 19. Jahrhundert in Österreich* [El antisemitismo confesional en el siglo XIX en Austria], Viena 1972.
- HERBEN, Jan, *Knihy Vzpomínek* [Libro de los recuerdos], Praga, 1936.
- HERMANN, Frank y Heinke Schmitz, «Avantgarde und Kommerz. Der Verlag Die Schmiede, Berlin 1921-1929» [Vanguardia y comercio. La editorial Die Schmiede, Berlín, 1921-1929], *Buchhandelsgeschichte*, 1991, vol. 4, pp. B129-B150.
- HERMES, Roger et al., *Franz Kafka. Eine Chronik* [Franz Kafka. Una crónica], Berlín, 1999.
- HERZL, Theodor, *Zionistische Schriften* [Escritos sionistas], Berlín, 1920.
- HERZOG, Andreas (ed.), *Ost und West. Jüdische Publizistik 1901-1928* [Este y Oeste. Propaganda judía, 1901-1928], Leipzig, 1996.
- HESSEN, Robert, «Nervenschwäche» [Debilidad nerviosa], *Neue Rundschau*, 21, 1910, pp. 1351-1543.
- HEYDEMANN, Klaus, «Der Titularfeldwebel. Stefan Zweig im Kriegsarchiv» [El sargento titular. Stefan Zweig en el archivo militar], en: Stefan Zweig, 1881-1981. *Aufsätze und Dokumente* [Artículos y documentos], ed. Dokumentationsstelle für neuere österreichische Literatur (= *Zirkular*), extra 2, octubre de 1981, Viena.
- HEYLL, Uwe, *Wasser, Fasten, Luft und Licht. Die Geschichte der Naturheilkunde in Deutschland* [Agua, ayuno, aire y luz. La historia de la Medicina Natural en Alemania], Fráncfort del Meno, 2006.

- HILLER, Kart, reseña de la novela *Arnold Beer* de Max Brod, *Die Aktion*, año II, n.º 31, 31 de julio de 1912, cols. 973-976.
- HIRSCH, Ernst, *Der Wehrpflichtige* [El conscripto], Viena, 1913.
- HIRSCHFELD, Magnus (ed.), *Sittengeschichte der jüngsten Zeit. Eine Darstellung der Kultur, Sittlichkeit und Erotik des zwanzigsten Jahrhunderts* [Historia moral de la actualidad. Una representación de la cultura, moral y erotismo del siglo xx], Viena, 1930-1932.
- HLAVAČKA, Milan y František Kolář, «Tschechen, Deutsche und die Jubiläumsausstellung 1891» [Checos, alemanes y la exposición del cincuentenario de 1891], *Bohemia. Zeitschrift für Geschichte und Kultur der böhmischen Länder*, 32, 1991, vol. 2, pp. 380-411.
- HÖBELT, Lothar, «The Austrian Empire», en: Robert Justin Goldstein (ed.), *The War for the Public Mind. Political Censorship in Nineteenth-Century Europe*, Westport (Connecticut), 2000, pp. 212-238.
- HOCKADAY, Mary, *Kafka, Love and Courage. The Life of Milena Jesenská* [Kafka, el amor y el coraje. La vida de Milena Jesenská], Londres, 1997.
- HOENSCH, Jörg K., *Geschichte Böhmens. Von der slavischen Landnahme bis zur Gegenwart* [Historia de Bohemia. Desde la invasión eslava hasta la actualidad], 3.ª ed., Múnich, 1997.
- HOFFMANN, A. y E. Keuper, «Zur Influenzaepidemie» [Sobre la epidemia de gripe], *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, 45, 1919, vol. 4, pp. 91-94.
- HOFFMANN, Roland J., T.G. Masaryk und die tschechische Frage. *Nationale Ideologie und politische Tätigkeit bis zum Scheitern des deutsch-tschechischen Ausgleichsversuchs vom Februar 1909* [T. G. Masaryk y la cuestión checa. Ideología nacional y actividad política hasta el fracaso del intento de conciliación germanochecho de febrero de 1909], Múnich, 1988.
- HOFMANNSTHAL, Hugo von y Richard Beer-Hofmann, *Briefwechsel* [Correspondencia], eds. Rudolf Hirsch y Eugene Weber, Fráncfort del Meno, 1972.
- , *Briefwechsel mit Ottonie Gräfin Degenfeld und Julie Freifrau von Wedelstadt* [Correspondencia con la condesa Ottonie Degenfeld y la baronesa Julie von Wedelstadt], ed. Marie Therese Miller-Degenfeld, 2.ª ed., Fráncfort del Meno, 1986.

- HÖHNE, Steffen (ed.), *August Sauer (1855-1926). Ein Intellektueller in Prag zwischen Kultur- und Wissenschaftspolitik* [August Sauer (1855-1926). Un intelectual en Praga entre la política cultural y la científica], Viena-Colonia, 2011.
- HOLITSCHER, Arthur, *Amerika heute und morgen* [América hoy y mañana], Berlín, 1912.
- , *Reise durch das jüdische Palästina* [Viaje por la Palestina judía], Berlín, 1922.
- HOLTFRERICH, Carl-Ludwig, *Die deutsche Inflation 1914-1923. Ursachen und Folgen in internationaler Perspektive* [La inflación alemana, 1914-1923. Causas y consecuencias desde la perspectiva internacional], Berlín-Nueva York, 1980.
- HOLZKAMP, Hans, «Brod und Kafka en París» [Brod y Kafka en París], en: Gerhard R. Kaiser y Erika Tunner (eds.), *Paris? Paris! Bilder der französischen Metropole* [¿París? ¡París! Imágenes de la metrópoli francesa], Heidelberg, 2002, pp. 171-197.
- HÖSCH, Edgar, *Geschichte der Balkanländer. Von der Frühzeit bis zur Gegenwart* [Historia de los países balcánicos. Desde la Edad Antigua hasta la actualidad], Múnich, 1999.
- HOSCHEK, Maria, *Friedrich Wilhelm Foerster (1869-1966). Mit besonderer Berücksichtigung seiner Beziehungen zu Österreich* [Friedrich Wilhelm Foerster (1869-1966). Con especial consideración a sus relaciones con Austria], Fráncfort del Meno, 2002.
- HOZÁK, Jan, *Technika v životě Pražanů před sto lety (1890-1900)* [La técnica en la vida de los praguenses hace cien años], Národní technické muzeum, Praga 2000.
- HURET, Jules, *Berlin um neunzehnhundert* [Berlín en torno a 1900], Múnich, 1909; Berlín, 1979.
- IGGERS, Wilma (ed.), *Die Juden in Böhmen und Mähren. Ein historisches Lesebuch* [Los judíos en Bohemia y Moravia. Una lectura histórica], Múnich, 1986.
- INGOLD, Felix Philipp, *Literatur und Aviatik. Europäische Flugdichtung 1909-1927* [Literatura y aviación. Poesía europea sobre el vuelo, 1909-1927], Fráncfort del Meno, 1980.
- JACOBSON, Siegfried, *Der Fall Jacobson* [El caso Jacobson], Berlín-Charlottenburg, 1913.
- JAGOW, Bettina von y Oliver Jahraus (eds.), *Kafka-Handbuch. Leben-Werk-Wirkung* [Introducción a Kafka. Vida, obra, influencia], Gotinga, 2008.

- JAHNN, Hans Henny, *Frühe Schriften* [Escritos tempranos], ed. Ulrich Bitz, Hamburgo, 1993.
- JAKOBOVITS, Tobias, «Die Judenabzeichen in Böhmen» [La señal de los judíos en Bohemia], *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 3, 1931, pp. 145-181.
- JANATKOVÁ, Alena, *Modernisierung und Metropole. Architektur und Repräsentation auf den Landesausstellungen in Prag 1891 und Brünn 1928* [Modernización y metrópolis. Arquitectura y representación en las exposiciones regionales de Praga de 1891 y de Brünn de 1928], Stuttgart, 2008.
- JANOUGH, Gustav, *Franz Kafka und seine Welt* [Franz Kafka y su mundo], Viena, 1965.
- , *Gespräche mit Kafka. Aufzeichnungen und Erinnerungen*, nueva edición ampliada, Fráncfort del Meno 1968. [Existe traducción en español: *Conversaciones con Kafka*, trad. de Rosa Sala Rose, Barcelona, Destino, 2006].
- JESENSKÁ, Milena, «*Alles ist Leben*». *Feuilletons und Reportagen 1919-1939* [«Todo es vida». Artículos y reportajes, 1919-1939], ed. Dorothea Rein, Fráncfort del Meno, 1984.
- Das jüdische Prag. Eine Sammelschrift*, Praga, Verlag der Selbstwehr, 1917.
- JUNGK, Peter Stephan, *Franz Werfel. Eine Lebensgeschichte* [Franz Werfel. Historia de una vida], Fráncfort del Meno, 1987.
- JUST, Adolf, *Kehrt zur Natur zurück!* [¡Retorna a la naturaleza!], Jungborn-Stapelburg, 1910, 7.ª edición.
- JÜTTE, Robert, *Geschichte der alternativen Medizin. Von der Volksmedizin zu den unkonventionellen Therapien von heute* [Historia de la medicina alternativa. De la medicina popular a las terapias no convencionales de hoy], Múnich, 1996.
- KAES, Anton (ed.), *Kino-Debatte. Texte zum Verhältnis von Literatur und Film 1909-1929* [El debate del cine. Textos sobre la relación entre literatura y cine, 1909-1929], Múnich, 1978.
- KAFKA, Franz, *Beim Bau der Chinesischen Mauer. Ungedruckte Erzählungen und Prosa aus dem Nachlass* [Durante la construcción de la muralla china. Relatos y prosa inéditos procedentes del legado], eds. Max Brod y Hans Joachim Schoeps, Berlín, 1931.
- , *Beschreibung eines Kampfes. Novellen, Skizzen, Aphorismen aus*

- dem Nachlass* [Descripción de una lucha. Novelas cortas, esbozos, aforismos procedentes del legado], Praga, 1936.
- , *Briefe 1902-1924* [Cartas, 1902-1924], Fráncfort del Meno, 1958.
- , *Briefe an Felice und andere Korrespondenz aus der Verlobungszeit*, ed. Erich Heller y Jürgen Born, Fráncfort del Meno, 1967 [*Cartas a Felice*, trad. Pablo Sorozábal, Madrid, Nórdica, 2014].
- , *Beschreibung eines Kampfes. Die zwei Fassungen. Parallelausgabe nach den Handschriften*. [Descripción de una lucha. Las dos versiones. Edición paralela basada en los manuscritos], ed. y postfacio de Max Brod, edición crítica de Ludwig Dietz, Fráncfort del Meno, 1969.
- , *Briefe an Ottla und die Familie* [Cartas a Ottla y a la familia], ed. Harmut Binder y Klaus Wagenbach, Fráncfort del Meno, 1974.
- , *Amtliche Schriften* [Escritos oficiales], ed. Klaus Hermsdorf, Berlín, 1984.
- , *Briefe an die Eltern aus dem Jahren 1922-1924*, ed. Josef Čermák y Martin Svatoš, Fráncfort del Meno, 1990.
- , *Träume. «Ringkämpfe jede Nacht»* [Sueños. «Los combates de cada noche»], ed. Gaspare Giudice y Michael Müller, Fráncfort del Meno, 1993.
- , *Beschreibung eines Kampfes. Gegen zwölf Uhr...* [Descripción de una lucha. Hacia las doce...], ed. Roland Reuss, en colaboración con Peter Staengle y Joachim Unseld, Fráncfort del Meno, 1999.
- , *Brief an den Vater. Mit einem unbekannten Bericht über Kafkas Vater als Lehrherr und anderen Materialien* [Carta al padre. Con un relato desconocido acerca del padre de Kafka como jefe y otros materiales], ed. Hans-Gerd Koch, Berlín, 2004.
- KANNER, Heinrich, *Der Schlüssel zur Kriegsschuldfrage. Ein verheimlichtes Kapitel der Vorkriegsgeschichte*, Múnich, 1926.
- KANT, Immanuel, *Die Metaphysik der Sitten*, en *Kant-Studienausgabe*, vol. 4, Darmstadt, 1956, pp. 305-364 [*Metafísica de las costumbres*, trad. y notas de Adela Cortina y Jesús Conill Sancho, Madrid, Tecnos, 1989].
- KAPLAN, Marion A., *Jüdisches Bürgertum. Frau, Familie und Identität im Kaiserreich* [Burguesía judía. Mujer, familia e identidad en el Imperio], Hamburgo, 1997.

- KARGER, Adolf, «Prag und die nationale Identität» [Praga y la identidad nacional], *Der Bürger im Staat*, vol. 2, 1997.
- KARL, Frederick R., *Franz Kafka. Representative man* [Franz Kafka. Un hombre de su época], Boston, 1993.
- KAUS, Gina, *Und was für ein Leben. Mit Liebe und Literatur, Theater und Film* [Y qué vida. Con amor y literatura, teatro y cine], Hamburgo, 1979.
- KAYSER, Werner y Horst Gronemeyer, *Max Brod*, Hamburger Bibliographien, vol. 12, Hamburgo, 1972.
- KEEGAN, John, *Der Erste Weltkrieg. Eine europäische Tragödie* [La Primera Guerra Mundial. Una tragedia europea], Reinbek, 2000.
- KERBS, Diethart y Jürgen Reulecke (eds.), *Handbuch der deutschen Reformbewegungen 1880-1933* [Manual de los movimientos reformistas alemanes, 1880-1933], Wuppertal, 1998.
- KERR, Alfred, «Frank Wedekind», en: *Werke in Einzelbänden: Essays, Theater, Film*, vol. 3 [Obras en volúmenes. Ensayos, teatro, cine], ed. Hermann Haarmann y Klaus Siebenhaar, Frankfurt del Meno, 1998, pp. 87-98.
- KEY, Ellen, «Die Entfaltung der Seele durch Lebenskunst» [El desarrollo del espíritu por medio del arte de la vida], *Neue Rundschau*, 16, 1905, fascículo 6, pp. 641-686.
- KIERKEGAARD, Søren, *Buch des Richters* [Libro del juez], diarios de 1833 a 1855 extractados del danés por Hermann Gottsched, Jena-Leipzig, 1905 [Existe traducción en español de una selección: *Diario íntimo*, introd. José Luis Aranguren, trad. María Angélica Bosco, Barcelona, Planeta, 1993].
- , *Stadien auf dem Lebensweg* [Etapas en el camino de la vida], Jena, 1914 [Existe traducción en español de uno de los textos que conforman esta obra: *In vino veritas*, trad. Demetrio Guitiérrez, Madrid, Alianza, 2015].
- KIEVAL, Hillel J., *The Making of the Czech Jewry. National Conflict and Jewish Society in Bohemia, 1870-1918* [El nacimiento del judaísmo checo. El conflicto nacional y la comunidad judía en Bohemia], Oxford University Press, 1988.
- KILCHER, Andreas B., «Geisterschrift. Kafkas Spiritismus» [Escritura fantasmal. El espiritismo de Kafka], en: Caspar Battegay et al. (eds.), *Schrift und Zeit in Franz Kafkas Oktavheften* [Escritura y tiempo en los Cuadernos en octavo de Kafka], Gottinga, 2010, pp. 223-244.

- KISCH, Bruno, *Wanderungen und Wandlungen. Die Geschichte eines Arztes im 20. Jahrhundert* [Paseos y cambios. La historia de un médico del siglo XX], Colonia, 1966.
- KISCH, Egon Erwin, *Briefe an den Bruder Paul und an die Mutter 1905-1936* [Cartas a su hermano Paul y a su madre, 1905-1936], Berlín-Weimar, 1978.
- , *Aus Prager Gassen und Nächten* [De callejas y noches de Praga], Berlín-Weimar, 1980.
- , *Schreib das auf, Kisch!*, en: Egon Erwin Kisch, *Gesammelte Werke in Einzelausgaben*, ed. Bodo Uhse y Gisela Kisch, vol. 1, 4.ª edición, Berlín-Weimar, 1986, pp. 165-425 [«¡Escríbelo, Kisch!», en: *La eternidad de un día. Clásicos del periodismo literario alemán (1823-1934)*, prólogo, selección, notas y traducción de Francisco Uzcanga, Barcelona, Acantilado, 2016, pp. 296-303].
- , *Briefe an Jarmila* [Cartas a Jarmila], ed. Klaus Haupt, Berlín, 1998.
- KISCH, Guido, *Der Lebensweg eines Rechtshistorikers. Erinnerungen* [La trayectoria de un historiador del Derecho. Memorias], Sigmaringen, 1975.
- KISCH, Paul, *Hebbel und die Tschechen. Das Gedicht «An Seine Majestät König Wilhelm I von Preussen»: seine Entstehung und Geschichte* [Hebbel y los checos. Origen e historia del poema «A Su Majestad el Rey Guillermo I de Prusia»], Praga, 1913 (reimpresión: Hildesheim, 1973).
- , «Kafka-Forschung auf Irrwegen» [La investigación kafkiana, extraviada], *Zeitschrift für Religions- und Geistesgeschichte*, 23, 1971, pp. 339-350.
- KITTLER, Wolf, «Schreibmaschinen, Sprechmaschinen. Effekte technischer Medien im Werk Franz Kafkas» [Máquinas de escribir y máquinas de hablar. Efectos de las innovaciones tecnológicas en la obra de Franz Kafka], en: Wolf Kittler y Gerhard Neumann (eds.), *Franz Kafka: Schriftverkehr*, Friburgo de Brisgovia, 1990, pp. 75-163.
- KLEINDEL, Walter, *Österreich. Daten zur Geschichte und Kultur* [Austria. Datos sobre su historia y cultura], Viena, 1995.
- KNOBLOCH, Heinz, *Stadtmitte umsteigen. Berliner Phantasien* [Transbordo en Stadtmitte. Fantasías berlinesas], Berlín, 1982.
- KOCH, Hans-Gerd, «Kafkas Max und Brods Franz: Vexierbild ei-

- ner Freundschaft» [El Max de Kafka y el Franz de Brod: jero-glífico de una amistad], en: Bodo Plachta (ed.), *Literarische Zusammenarbeit* [Colaboración literaria], Tübinga, 2001, pp. 245-256.
- y KLAUS Wagenbach (eds.), *Kafkas Fabriken* [Las fábricas de Kafka], Marbach am Neckar, 2002.
- (ed.), *Als Kafka mir entgegenkam...*, Berlín, 2005. [Cuando Kafka vino hacia mí, trad. Berta Vias Mahou, Barcelona, Acan-tilado, 2009].
- , *Kafka in Berlin. Eine historische Stadtreise* [Kafka en Berlín. Un viaje histórico], Berlín, 2008.
- KOHN, Albert (ed.), *Die Notablenversammlung der Israeliten Böh-mens in Prag, ihre Berathungen und Beschlüsse* [Las delibera-ciones y acuerdos de la asamblea de notables de los israelitas de Bohemia en Praga], con tablas estadísticas sobre las comu-nidades, sinagogas, escuelas y rabinatos israelitas en Bohemia, Viena, 1852.
- KOHN, Hans, «Rückblick auf eine gemeinsame Jugend» [Una mi-rada hacia una juventud en común], en: *Festgabe Robert Weltsch zum 70. Geburtstag*, Tel Aviv, 1961.
- KOHOUT, Jira y Jiří Vančura, *Praha. 19. a 20. Století*, Praga, 1986.
- KOLATA, Gina, *Influenza. Die Jagd nach dem Virus* [Gripe. La ca-za del virus], Fráncfort del Meno, 2001.
- KOŘALKA, Jiří, «Die Herausbildung des Wirtschaftsbürgertums in den böhmischen Ländern im 19. Jahrhundert» [La forma-ción de la burguesía económica en los países bohemos en el si-glo XIX], en: Peter Heumos (ed.), *Polen und die böhmischen Ländern im 19. und 20. Jahrhundert. Politik und Gesellschaft im Vergleich* [Polonia y los países bohemos en los siglos XIX y XX. Política y sociedad comparadas], Múnich, 1977, pp. 57-80.
- KÖRNER, Josef, *Philologische Schriften und Briefe* [Cartas y escri-tos filológicos], ed. Ralf Klausnitzer, Gotinga, 2001.
- KOWALEWSKI, Gerhard, *Bestand und Wandel. Meine Lebenserin-nerungen, zugleich ein Beitrag zur neueren Geschichte der Ma-thematik* [Continuidad y cambio. Recuerdos de mi vida, junto a una aportación a la historia reciente de las matemáticas], Mú-nich, 1950.
- KRAUS, Karl, *Die letzten Tage der Menschheit. Tragödie in 5 Akten mit Vorspiel und Epilog*, Viena, 1919. [Existe traducción en es-

- pañol: *Los últimos días de la Humanidad*, trad. Adan Kovacsics, Hondarribia, Hiru, 2010].
- , *Literatur oder Man wird doch da sehn. Magische Operette in 2 Teilen* [Literatura o ya se verá. Opereta mágica en 2 partes], Viena, 1921.
- KRAUS, Oskar, *Die Meyeriade* [La Meyeriada], Leipzig, 1891.
- KŘEN, Jan, *Die Konfliktgemeinschaft. Tschechen und Deutsche 1780-1918* [La comunidad conflictiva. Checos y alemanes, 1780-1918], Múnich, 1996.
- KREPPEL, J., *Juden und Judentum von heute. Ein Handbuch* [Judios y judaísmo de hoy. Un manual], Berlín, 1925.
- KRETSCHMAR, Jörg-Michael, *Die Pathologie und Therapie der Kehlkopf-tuberkulose im 19. und 20. Jahrhundert* [La patología y terapia de la tuberculosis de laringe en los siglos XIX y XX], tesis doctoral, Dresde, 2001.
- KROJANKER, Gustav (ed.), *Juden in der deutschen Literatur* [Judios en la literatura alemana], Berlín, 1922.
- KROLOP, Kurt, «Zu den Erinnerungen Anna Lichtensterns an Franz Kafka» [Sobre los recuerdos de Franz Kafka de Anna Lichtenstern], en: *Acta Universitatis Carolinae. Philologica Germanistica Pragensia*, V, 1968, pp. 21-60.
- , *Reflexionen der Fackel. Neue Studien über Karl Kraus* [Reflexiones de La antorcha. Nuevos estudios sobre Karl Kraus], Viena, 1994.
- KUDĚLA, Jiří, «Die Emigration galizischer und osteuropäischer Juden nach Böhmen und Prag zwischen 1914-1916/17» [La emigración de judíos de Galitzia y orientales a Bohemia y Praga entre 1914 y 1916-1917], *Studia rosenthaliana*, vol. 23, 1989, pp. 119-134.
- , «Galician and East European Refugees in the Historic Lands: 1914-1916», *Review of the Society for the History of Czechoslovak Jews*, vol. 4, 1991-1992, pp. 15-32.
- KUDSZUS, Winfried, «Erzählung und Zeitverschiebung in Kafkas "Prozess" und "Schloss"» [Relato y desplazamiento temporal en "El proceso" y "El castillo" de Kafka], en *Deutsche Vierteljahresschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte* [Revista trimestral alemana de ciencia de la Literatura e Historia del espíritu], 38, n.º 2, 1964, pp. 192-207.
- KULHOFF, Birgit, *Bürgerliche Selbstbehauptung im Spiegel der*

- Kunst. Untersuchungen zur Kulturpublizistik der Rundschauzeitschriften im Kaiserreich (1871-1914)* [Autoafirmación burguesa en el espejo del arte. Investigaciones sobre la propaganda cultural de las revistas *Rundschau* durante el Imperio (1871-1914)], Bochum, 1990.
- KUNZ, Andreas, «Verteilungskampf oder Interessenkonsensus? Einkommensentwicklung und Sozialverhalten von Arbeitnehmergruppen in der Inflationszeit 1914 bis 1924» [Lucha por la distribución o acuerdo de intereses? Evolución de los ingresos y comportamiento social de los grupos obreros en el período inflacionista de 1914 a 1924], en: Gerald D. Feldman *et al.* (eds.), *Die deutsche Inflation. Eine Zwischenbilanz* [La inflación alemana. Un balance provisional], Berlín-Nueva York, 1982, pp. 347-384.
- KURZ, Gerhard, «Schnörkel und Schleier und Warzen. Die Briefe Kafkas an Oskar Pollak und seine literarischen Anfänge» [Rúbricas y velos y verrugas. Las cartas de Kafka a Oskar Pollak y sus comienzos literarios], en: Gerard Kurz, *Der junge Kafka* [El joven Kafka], Fráncfort del Meno, 1984, pp. 68-101.
- LADEK, E., «Lungenkranke und "Spanische Grippe"» [Enfermos de pulmón y «gripe española»], *Wiener klinische Wochenschrift*, 31, 1918, p. 51.
- LAFORGUE, Jules, *Pierrot, der Spassvogel. Eine Auswahl von Franz Blei und Max Brod* [Pierrot el bromista. Selección de Franz Blei y Max Brod], Berlín-Stuttgart-Leipzig, 1909.
- LAHMANN, Heinrich, *Das Luftbad als Heil- und Abhärtungsmittel* [El baño de aire como método curativo y de endurecimiento], Stuttgart, 1998.
- LAHMANN, Heinrich, *Die Reform der Kleidung* [La reforma de la vestimenta], Stuttgart 1887, 3.^a ed. (ampliada con el capítulo «Reforma de la vestimenta femenina»), Stuttgart, 1898.
- LANDAUER, Gustav, «Christlich und christlich, jüdisch und jüdisch» [Cristiano y cristiano, judío y judío], *Der Jude*, año 1, n.º 12, marzo de 1917, p. 851 y ss.
- Gustav Landauer-Fritz Mauthner. Briefwechsel 1880-1919* [Correspondencia 1880-1919], ed. Hanna Delf y Julius H. Schoeps, Múnich, 1994.
- LANGE, Britta, *Einen Krieg ausstellen. Die «Deutsche Kriegsausstellung» 1916 in Berlin* [Exponer una guerra. La «Exposición bélica alemana» de 1916 en Berlín], Berlín, 2003.

- LANGER, František, «My Brother Jiří», en: Jiří Langer, *Nine Gates*, Londres, 1961, pp. vii-xxxi.
- LANGER, Georg, *Die Erotik der Kabbala* [El erotismo de la Cábala], Praga, 1923.
- LANGER, Jiří (Georg), *Devět bran* [Nueve puertas], Praga, 1937.
- LANGERBEINS, Ingeborg, *Lungenheilstätten in Deutschland (1854-1945)* [Sanatorios pulmonares en Alemania (1854-1945)], tesis doctoral, Colonia, 1979.
- LAPLANCHE, J. y B. Pontalis., *Das Vokabular der Psychoanalyse*, Fráncfort del Meno, 1972 [Existe traducción en español: *Diccionario de psicoanálisis*, trad. Fernando Gimeno Cervantes, Barcelona, Paidós, 2003].
- LAPPIN, Eleonore, *Der Jude 1916-1928. Jüdische Moderne zwischen Universalismus und Partikularismus* [Los judíos, 1916-1928. Modernidad judía entre el universalismo y el particularismo], Tubinga, 2000.
- LASKER-SCHÜLER, Else, *Lieber gestreifter Tiger. Briefe* [Correspondencia], vol. 1, ed. Margarete Kupper, Múnich, 1969.
- , «Unser Café. Ein offener Brief an Paul Block» [Nuestra cafetería. Carta abierta a Paul Block], en: *Gesammelte Werke in drei Bänden*, vol. 2, Fráncfort del Meno, s. f., pp. 277-279.
- LAUBE, Heinrich, *Franz Grillparzer Lebensgeschichte* [Franz Grillparzer. Una biografía], Stuttgart, 1884.
- LEAVITT, June O., *The Mystical Life of Franz Kafka. Theosophy, Cabala, and the Modern Spiritual Revival* [La vida mística de Kafka. Teosofía, cábala y redescubrimiento moderno de la espiritualidad], Nueva York, 2012.
- LEHMANN, Siegfried, *Das jüdische Volksheim Berlin. Erster Bericht. Mai-Dezember 1916* [El hogar popular judío de Berlín. Primer informe. Mayo-diciembre de 1916], Berlín, 1916.
- , «Jüdische Volksarbeit» [Trabajo judío con el pueblo], *Der Jude*, 1, 1916-1917, pp. 104-111.
- , «Von der Strassenhorde zur Gemeinschaft» [De horda callejera a comunidad], *Der Jude*, 2, separata 1926, pp. 22-36.
- LEITNER, Philipp, «Über die Ätiologie, Symptomatologie und Therapie der pandemischen Influenza (Spanische Grippe)» [Sobre la etiología, sintomatología y terapia de la gripe pandémica (gripe española)], *Wiener klinische Wochenschrift*, 31, 1918, vol. 43, pp. 1155-1158.

- LEMBERG, Hans, *Universitäten in nationaler Konkurrenz. Zur Geschichte der Prager Universitäten im 19. und 20. Jahrhundert* [Universidades en competencia nacional. Sobre la historia de las universidades de Praga en los siglos XIX y XX], München, 2003.
- (ed.), «1918: Die Staatsgründung der Tschechoslowakei und die Deutschen» [1918: la fundación de Checoslovaquia y los alemanes], en: Detlev Brandes *et al.* (eds.), *Wendepunkte in der Beziehungen zwischen Deutschen, Tschechen und Slowaken* [Puntos de inflexión en las relaciones entre alemanes, checos y eslovacos], Essen, 2007, pp. 119-135.
- LENSING, Leo A., «Kafkas Verlobte war auch nicht so einfach» [La prometida de Kafka tampoco era tan sencilla], *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 de agosto de 1997, suplemento.
- , «Fackel-Leser und Werfel-Verehrer. Anmerkungen zu Kafkas Briefen an Robert Klopstock» [Lectores de *Die Fackel* y admiradores de Werfel. Comentarios a las cartas de Kafka a Robert Klopstock], en: Hugo Werscherek (ed.), *Kafkas letzter Freund. Der Nachlass Robert Klopstock (1899-1972)* [El último amigo de Kafka. El legado de Robert Klopstock (1899-1972)], Viena, 2003, pp. 267-292.
- LEPPIN, Paul, *Severins Gang in die Finsternis. Ein Prager Gespensterroman* [El viaje de Severin a las tinieblas. Una novela de fantasmas praguense], München, 1914 (Praga, 1998).
- LE RIDER, Jacques, *Der Fall Otto Weininger. Wurzeln des Antifeminismus und Antisemitismus* [El caso Otto Weininger. Raíces del antifeminismo y antisemitismo], incluye la primera publicación del *Discurso a Otto Weininger* de Heimito von Doderer, edición revisada y ampliada, Viena-München, 1985.
- LESKY, Erna, *Meilensteine der Wiener Medizin* [Hitos de la medicina vienesa], Viena, 1981.
- LICHTHEIM, Richard, *Das Programm des Zionismus* [El programa del sionismo], 2.ª ed., Berlín-Wilmersdorf, 1913.
- LIENERT, Marina, *Naturheilkundiges Dresden* [Dresde y la medicina natural], Dresde, 2002.
- LINNENKOHL, Hans, *Vom Einzelschuss zur Feuerwalze. Der Wettlauf zwischen Technik und Taktik im Ersten Weltkrieg* [Del tiro aislado a la apisonadora de fuego. La competencia entre técnica y táctica en la Primera Guerra Mundial], Coblenza, 1990.

- LIPPS, Theodor, *Grundtatsachen des Seelenlebens* [Hechos básicos de la vida espiritual], Bonn, 1883.
- LIPSCHER, Vladimir, «Jüdische Gemeinden in Böhmen und Mähren im 17. und 18. Jahrhundert» [Comunidades judías en Bohemia y Moravia en los siglos XVII y XVIII], en: Ferdinand Seibt (ed.), *Die Juden in den böhmischen Ländern* [Los judíos en Bohemia], ponencias del congreso del Collegium Carolinum en Bad Wiesner, del 27 al 29 de noviembre de 1981, Múnich-Viena, 1983, pp. 73-86.
- LÖWY, Jizchak, «Die Katastrophe von Prag» [El desastre de Praga] (1939), publicado en *Neue Zürcher Zeitung*, 17-18 de noviembre de 1990, p. 68.
- LUFT, Robert, «Sprache und Nationalität an Prager Gymnasien um 1900» [Lengua y nacionalidad en los institutos de enseñanza media de Praga en torno a 1900], en: Klaas-Hinrich Ehlers et al. (eds.), *Brücken nach Prag. Deutssprachige Literatur im kulturellen Kontext der Donaumonarchie und der Tschechoslowakei* [Puentes hacia Praga. Literatura en lengua alemana en el contexto cultural de la monarquía danubiana y Checoslovaquia], homenaje a Kurt Krolow en su septuagésimo aniversario, Fráncfort del Meno, 2000.
- МААК, Ernst, *Über Lungenkomplikationen bei Grippe, mit einleitenden Bemerkungen über einige epidemische Besonderheiten bei Grippe* [Sobre las complicaciones pulmonares en casos de gripe, con observaciones introductorias acerca de algunas particularidades epidémicas de la gripe], tesis doctoral, Hamburgo, 1920.
- MAASE, Kaspar y Wolfgang Kaschuba (eds.), *Schund und Schönheit. Populäre Kultur um 1900* [Baratija y belleza. Cultura popular en torno al 1900], Colonia-Weimar-Viena, 2001.
- MAMATEY, Victor S. y Radomir Luža (eds.), *Geschichte der Tschechoslowakische Republik 1918-1948* [Historia de la República Checoslovaca, 1918-1984], Viena-Colonia-Graz, 1980.
- MANN, Thomas, *Tagebücher 1918-1921*, Fráncfort del Meno, 1979. [Existe traducción parcial en español: *Diarios, 1918-1921, 1933-1936*, trad. Pedro Gálvez, Plaza&Janés, Barcelona, 1987].
- y Heinrich Mann, *Briefwechsel 1900-1949* [Correspondencia], nueva edición ampliada, Fráncfort del Meno, 1984.
- , «Ludwig Hardt», en: *Essays II, 1914-1926*, ed. Hermann Kurzke, Fráncfort del Meno, 2002a, pp. 303-305.

- , «Versuch über das Theater» [Ensayo sobre el teatro], en: *Essays I, 1893-1914*, ed. Heinrich Detering, Fráncfort del Meno, 2002b, pp. 123-168.
- , *Briefe I. 1889-1913* [Cartas, 1889-1913], ed. Thomas Sprecher *et al.*, Fráncfort del Meno, 2002c.
- , *Frühe Erzählungen, 1893-1912* [Primeros relatos, 1893-1912], ed. Terence J. Reed, Fráncfort del Meno, 2004. [Existe traducción en español de los cuentos completos: *Cuentos completos*, trad. Francisco Ayala, Edhasa, Barcelona, 2010].
- MARSCHNER, Robert, *Die Fürsorge der Frauen für die heimkehrenden Krieger* [La asistencia de las mujeres a los combatientes retornados], Sammlung gemeinnütziger Vorträge, edición de la Deutscher Verein zur Verbreitung gemeinnütziger Kenntnisse in Prag, Praga, 1916.
- MASSINO, Guido, «...dieses nicht niederzudrückende Feuer des Löwy. Franz Kafkas Schauspielerfreund Jizchak Löwy», *Neue Zürcher Zeitung*, 17-18 de noviembre de 1990, p. 68.
- , *Fuoco inestinguibile. Franz Kafka, Jizchak Löwy e il teatro yiddish polaco*, Roma, 2002.
- MATERLINCK, Maurice, «Die Pferde von Elberfeld. Ein Beitrag zur Tierpsychologie» [Los caballos de Elberfeld. Una contribución a la psicología animal], *Neue Rundschau*, 24, 1914, pp. 782-820.
- MATTENKLOTT, Gert, «Mythologie-Messianismus-Macht», en: Eveline Goodman-Thau y Wolfdietrich Schmied-Kowarzik (eds.), *Messianismus zwischen Mythos und Macht*, Berlín, 1994, pp. 179-196.
- MAUTHNER, Fritz, *Prager Jugendjahre* [Años de juventud en Praga], Fráncfort del Meno, 1969.
- MENCZEL-BEN-TOVIM, PUAH (ed.), *Leben und Wirken. Unser erzieherischer Werk. In memoriam Dr. Josef Schlomo Menczel, 1903-1953* [Vida y acción. Nuestra obra educativa. In memoriam Dr. Josef Schlomo Menczel, 1903-1953], Jerusalén, 1983.
- MENDELSSOHN, Peter De, «Erinnerung an Jakob Hegner» [Recuerdo de Jakob Hegner], en: Peter de Mendelssohn, *Unterwegs mit Reiseschatten. Essays* [De camino con sombras de viaje. Ensayos], Fráncfort del Meno, 1977.
- , *Zeitungsstadt Berlin. Menschen und Mächte in der Geschichte der deutschen Presse* [Los periódicos de Berlín. Ciudadanía y

- autoridades en la historia de la prensa alemana], Fráncfort del Meno, 1982.
- , *Hellerau, mein unverlierbares Europa* [Hellerau, mi Europa imposible de perder], Dresde, 1993.
- MENTRUP, Ludger, *Die Apotheke in der Inflation 1914-1923* [La farmacia en medio de la inflación, 1914-1923], Stuttgart, 1988.
- MENTZEL, Walter, *Kriegsflüchtlinge in Cisleithanien im Ersten Weltkrieg* [Refugiados de guerra en Cisleitania en la Primera Guerra Mundial], tesis doctoral, Viena, 1997.
- MENTZOS, Stavros, *Angstneurose. Psychodynamische und psychotherapeutische Aspekte* [Neurosis de angustia. Aspectos psicodinámicos y psicoterapéuticos], Fráncfort del Meno, 1984a.
- , *Neurotische Konfliktverarbeitung. Einführung in die psychoanalytische Neurosenlehre unter Berücksichtigung neuer Perspektiven* [Elaboración neurótica de los conflictos. Introducción a la doctrina psicoanalítica de la neurosis, considerando las nuevas perspectivas], Fráncfort del Meno, 1984b.
- MERLIO, Gilbert y Nicole Pellerier (eds.), *Munich 1900 site de la modernité/München 1900 als Ort der Moderne* [Múnich en 1900, capital de la modernidad], Jahrbuch für Internationale Germanistik, serie A, tomo 47, Berna, 1998.
- MEYER, Jochen, «Diese Suppe hat ihm Kafka eingebrockt», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8 de julio de 2006.
- MEYER, Michael A. (ed.), *Deutsch-jüdische Geschichte in der Neuzeit: Umstrittene Integration 1871-1918* [Historia germanojudía en la Edad Moderna: integración discutida, 1871-1918], vol. 3, Múnich, 1997.
- Meyers Reisebücher: Nordseebäder und Städte der Nordseeküste* [Guías de viaje Meyers. Mar del Norte: enclaves turísticos y pueblos costeros], 4.ª edición, Leipzig-Viena, 1912.
- MIRBEAU, Octave, *Le Jardin des Supplices*, París, 1899. [Existe traducción en español: *El jardín de los suplicios*, trad. R. Semprau y O. Sos-Gautreau, Barcelona, Libros y publicaciones periódicas, 1984).
- MÍŠKOVÁ, Alena, «Die Lage der Juden an der Prager Deutschen Universität» [La situación de los judíos en la Universidad Alemana de Praga], en: Jörg K. Hoensch et al. (eds.), *Judenemanzipation, Antisemitismus, Verfolgung in Deutschland, Österreich-Ungarn, den Böhmischen Ländern und in der Slowakei*

- [Emancipación de los judíos, antisemitismo, persecución en Alemania, Austria-Hungría, los países bohemos y Eslovaquia], Essen, 1999, pp. 117-129.
- MITSCHERLICH-NIELSEN, Margarete, «Psychoanalytische Bemerkungen zu Franz Kafka» [Observaciones psicoanalíticas respecto a Franz Kafka], *Psyche*, 31, vol. 1, 1977, pp. 60-83.
- MOMMSEN, Hans, Dušan Kováč y Jira Malíř (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen* [La Primera Guerra Mundial y las relaciones entre checos, eslovacos y alemanes], Essen, 2001.
- , «1897: Die Badeni-Krise als Wendepunkt in den deutsch-tschechische Beziehungen» [La crisis de Badeni como punto de inflexión en las relaciones germanochechas], en: *Wendepunkte in den Beziehungen zwischen Deutschen, Tschechen und Slowaken 1848-1989* [Puntos de inflexión en las relaciones entre alemanes, checos y eslovacos, 1848-1989], eds. Detlef Brandes, Dušan Kováč y Jiří Pešek, Essen, 2007, pp. 111-117.
- MORGENSTERN, Soma, «Franz Kafka [1]», «Franz Kafka [2]», «Wer ist Franz Kafka?» [«Franz Kafka [1]», «Franz Kafka [2]», «¿Quién es Franz Kafka?»], en: *Kritiken, Berichte, Tagebücher* [Críticas, reportajes, diarios], ed. Ingolf Schulte, Luneburgo, 2001, pp. 443-448, 449-454, 455-480.
- MORITZ, Karl Philipp, *Anleitung zum Briefschreiben* [Instrucciones para la redacción de cartas], Berlín, 1783.
- MORPER, Johann Joseph, «Die aufgesteckten Köpfe. Zur Prager Exekution vom 21. Juni 1621» [Las cabezas clavadas. Sobre la ejecución de Praga del 21 de junio de 1621], *Stifter-Jahrbuch*, VI, 1959, pp. 117-130.
- MÜLEROVÁ, Radana, *Franz Kafka a Sirve*, 2000 [tesina, inédita].
- MÜLLER, Johann Peder, *Mein System. 15 Minuten täglicher Arbeit für die Gesundheit* [Mi método. Quince minutos diarios de ejercicio para estar en forma], 4.ª edición, Leipzig-Zúrich, s.f.
- , *Mein System für Frauen* [Mi método para las mujeres], Leipzig, 1913.
- MÜLLER, Lorear, *Die zweite Stimme. Vortragskunst von Goethe bis Kafka* [La segunda voz. El arte de la conferencia, de Goethe a Kafka], Berlín, 2007.
- MURRAY, Nicholas, *Kafka*, Londres, 2004 [Existetraducción en español: *Kafka. Literaturay pasión*, Buenos Aires, El Ateneo, 2006].

- MUSIL, Robert, «Politik in Österreich» [La política en Austria], *Die Aktion*, 3, 1913, cols. 711-715.
- , «Literarische Chronik» [Crónica literaria], *Neue Rundschau*, agosto de 1914, p. 1169. [Existe traducción en español en: *Ensayos y conferencias*, trad. José L. Arántegui, Madrid, Visor, 1992].
- , «Europäertum, Krieg, Deutschtum» [El europeísmo, la guerra y los alemanes], *Neue Rundschau*, año 25, septiembre de 1914, pp. 1303-1305, reimpreso en: *Gesammelte Werke*, ed. Adolf Frisé, vol. 2, Reinbek, 1978, pp. 1020-1022. [Existe traducción en español en: *Ensayos y conferencias*, trad. José L. Arántegui, Madrid, Visor, 1992].
- , *Briefe 1901-1942*, ed. Adolf Frisé, Reinbek, 1981.
- , *Tagebücher*, ed. Adolf Frisé, Reinbek, 1983. [Existe traducción en español: *Diarios*, trads. Adolf Frisé y Elisa Renau, Barcelona, Debolsillo, 2009].
- , *Der Mann ohne Eigenschaften*, ed. Adolf Frisé, Reinbek, 1994. [Existe traducción en español: *El hombre sin atributos*, trads. José M. Sáenz, Feliu Formosa y Pedro Madrigal, Barcelona, Seix Barral, 2002].
- NAOR, Mordecai, *Eretz Israel. Das 20. Jahrhundert* [Eretz Israel. El siglo XX], Colonia, 1998.
- NAUMANN, Gerhard, «Hungerkünstler und Menschenfresser. Zum Verhältnis von Kunst und kulturellem Ritual im Werk Franz Kafkas» [Artista del hambre y devorador humano. Sobre la relación entre arte y ritual cultural en la obra de Franz Kafka], en: *Franz Kafka: Schriftverkehr* [Franz Kafka. Correspondencia], eds. Wolf Kittler y Gerhard Neumann, Friburgo de Brisgovia, 1990, pp. 399-432.
- NEESEN, Peter von, *Vom Louvezirkel zum Prozess. Franz Kafka und die Psychologie Franz Brentanos* [Del círculo del Louvre a El proceso. Franz Kafka y la psicología de Franz Brentano], Göttingen, 1972.
- NEKULA, Marek, *Franz Kafkas Sprachen* [Las lenguas de Franz Kafka], Tubinga, 2003.
- y Walter Koschmal, *Juden zwischen Deutschen und Tschechen. Sprachliche und kulturelle Identitäten in Böhmen 1800-1945* [Entre alemanes y checos: identidades lingüísticas y culturales de los judíos en Bohemia en 1800-1945], Múnich, 2006.

- NĚMCOVÁ, Božena, *Grossmutter. Bilder aus dem ländlichen Leben* [La abuela. Escenas de la vida campestre], Múnich, 1995.
- NICOL, Kart y G. Schröder, *Die Lungentuberkulose. Lehrbuch der diagnostischen Irrtümer* [La tuberculosis pulmonar. Manual de errores diagnósticos], Múnich, 1927.
- NIETZSCHE, Friedrich, *Schopenhauer als Erzieher*, en: *Werke*, ed. Karl Schlechta, Múnich, 1969, vol. 1, pp. 287-265. [Existe traducción en español: *Schopenhauer como educador*, trad. Jacobo Muñoz, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000].
- NITSCHKE, Thomas, *Die Gartenstadt Hellerau als Pädagogische Provinz* [La ciudad-jardín de Hellerau como provincia pedagógica], Dresde, 2003.
- NORTHEY, Anthony, «The American Cousins and the Prager Asbestwerke» [Los primos de América y la fábrica de asbesto], en: A. Flores (ed.), *The Kafka Debate* [El debate sobre Kafka], Nueva York, 1977, pp. 133-146.
- , «Kafka in Riva, 1913», *Neue Zürcher Zeitung*, 25-26 abril de 1987, p. 66.
- , *Kafkas Mischpoche*, Berlín 1988. [Existe traducción en español: *El clan de los Kafka*, trad. Carmen Gauger, Barcelona, Tusquets, 1989].
- , «Die Kafkas: Juden? Christen? Tschechen? Deutsche?» [Los Kafka: ¿judíos, cristianos, checos, alemanes?], en: Kurt Krolop y Hans Zimmermann (eds.), *Kafka und Prag* [Kafka y Praga], coloquio en el Goethe Institut de Praga, 24-27 de noviembre de 1992, Berlín-Nueva York, 1994, pp. 11-32.
- , «Julie Wohryzek, Franz Kafkas zweite Verlobte» [Julie Wohryzek, la segunda prometida de Kafka], *Freibeuter*, 59, Berlín, 1994, pp. 3-16.
- , «Franz Kafkas Selbstmörder» [Los suicidas de Franz Kafka], *Sudetenland*, 49, 2007, vol. 3, pp. 267-294.
- NUSSBAUM, Arthur, *Der Polnaer Ritualmordprozess. Eine kriminalpsychologische Untersuchung auf aktenmässiger Grundlage* [El proceso del crimen ritual de Polna. Una investigación psicocriminal basada en los documentos], Berlín, 1906.
- OLECHOWSKI, Thomas et al. (eds.), *Grundlagen der österreichischen Rechtskultur* [Fundamentos de la cultura jurídica austríaca], libro homenaje a Werner Ogris por su 75 aniversario, Viena, 2010.
- OSTWALD, Hans, *Sittengeschichte der Inflation. Ein Kulturdoku-*

- ment aus den Jahren des Marktsturzes* [Historia moral de la inflación. Un documento cultural de los años del desplome del mercado], Berlín, 1931.
- OZICK, Cynthia, «The Impossibility of Being Kafka» [La imposibilidad de ser Kafka], *The New Yorker*, 11 de enero de 1999, pp. 80-87. [Existe traducción en español en: *Metáfora y memoria. Ensayos reunidos*, trad. Ernesto Montequín, Buenos Aires, 2016].
- PARIS, Reine-Marie, *Camille Claudel. 1864-1943*, Fráncfort del Meno, 1989.
- PASLEY, Malcolm, «Drei literarische Mystifikationen Kafkas» [Tres mistificaciones literarias de Kafka], en: *Kafka-Symposion*, edición de Jürgen Born *et al.*, Berlín, 1965, pp. 21-37.
- , «Die Handschrift redet» [La caligrafía habla], *Marbacher Magazin*, 52, Marbach am Neckar, 1990.
- PAWEL, Ernst, «Kafka's Hebrew Teacher» [El profesor de hebreo de Kafka], *The New York Times*, 16 de agosto de 1981.
- , *Das Leben Franz Kafkas. Eine Biographie* [La vida de Franz Kafka. Una biografía], Reinbek, 1990.
- PAWLOVSKY, Adolf, *Einjähriger Präsenzdienst (Einjährig-Freiwilligendienst)* [Servicio presencial anual (voluntariado anual)], Praga, 1910.
- PAZI, Margarita, *Fünf Autoren des Prager Kreises* [Cinco autores del círculo de Praga], Fráncfort del Meno, 1978.
- (ed.), *Max Brod 1884-1984. Untersuchungen zu Max Brods literarischen und philosophischen Schriften* [Max Brod 1884-1984. Investigaciones sobre los escritos literarios y filosóficos de Max Brod], Nueva York, 1987.
- y HANS-DIETER ZIMMERMANN (eds.), *Berlin und der Prager Kreis* [Berlín y el círculo de Praga], Würzburg, 1991.
- , *Staub und Sterne. Aufsätze zur deutsch-jüdischen Literatur* [Polvo y estrellas. Artículos sobre literatura germanojudía], Gotinga, 2001.
- PETRÁŇ, Josef, *Staroměstská exekuce* [Las ejecuciones de la ciudad vieja], nueva edición revisada y ampliada, Praga, 2004.
- PFEIFFER, Ingrid y Max Hollein (eds.), *Esprit Montmartre. Die Bohème in Paris um 1900* [Espíritu de Montmartre. La bohemia en París en torno a 1900], catálogo de la exposición del Schirn-Kunsthalle, Fráncfort del Meno, 2014.

- PFEMFERT, Franz, «Los von Österreich!» [¡Lote de Austria!], en: *Die Aktion*, 3, 1913, cols. 69 ss.
- PICHLÍK, Karen, «Zur Kritik der Legenden um das Jahr 1918» [Sobre la crítica de las leyendas en torno al año 1918], en: Kart Bosl (ed.), *Aktuelle Forschungsprobleme um die Erste Tschechoslowakische Republik* [Problemas actuales de la investigación acerca de la Primera República Checoslovaca], Múnich-Viena, 1969, pp. 79-92.
- PICK, Friedel (ed.), *Pragensia. Die Prager Exekution i.J. 1621. Flugblätter und Abbildungen* [Pragensia. La ejecución de Praga del año 1621. Octavillas e ilustraciones], vol. 5, Praga, 1922.
- PICK, Otto, *Freundliches Erleben. Gedichte* [Amable experiencia. Poemas], Berlín, 1912.
- PINTHUS, Kurt, «Ernst Rowohlt und sein Verlag» [Ernst Rowohlt y su editorial], en: *Rowohlt Almanach 1908 bis 1962*, eds. Mara Hintermeier y Fritz J. Raddatz, Reinbek, 1962, pp. 8-40.
- PLASCHKA, Richard Georg, Horst Haselsteiner y Arnold Suplan, *Innere Front. Militärassistenten, Widerstand und Umsturz in der Donaumonarchie 1918: Umsturz* [Frente interior. Apoyo militar, resistencia y revolución en la monarquía danubiana en 1918: Revolución], vol. 2, Múnich, 1974.
- PLETICHA, Heinrich (ed.), *Piaristen und Gymnasiasten. Schülerleben im alten Prag* [Piaristas y estudiantes. Vida escolar en la antigua Praga], Praga, 2001.
- POLITZER, Heinz, *Franz Kafka, der Künstler* [Franz Kafka, el artista], Fráncfort del Meno, 1965.
- POLLATSCHEK, Arnold, «Zur Aetiologie des Diabetes mellitus» [Sobre la etiología de la diabetes mellitus], *Zeitschrift für klinische Medizin*, 42, 1901, pp. 478-482.
- Prag als deutsche Hochschulstadt* [Praga como ciudad universitaria alemana], edición del concejo de Praga del Consejo Popular Alemán de Bohemia, Praga 1911.
- PROKEŠ, Jaroslav, «Der Antisemitismus der Behörden und das Prager Ghetto in nachweissenbergischer Zeit» [El antisemitismo de las autoridades y el gueto de Praga en la época posterior a la Montaña Blanca], *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 1, 1929, pp. 41-262.
- PULVER, Max, *Erinnerungen an eine europäische Zeit* [Recuerdos de una época europea], Zúrich, 1953.

- QUINODOZ, Jean Michel, *Die gezähmte Einsamkeit. Trennungsangst in der Psychoanalyse* [La soledad amansada. El miedo a la separación en el psicoanálisis], Tübinga, 2004.
- RAABE, Paul (ed.), *Expressionismus. Aufzeichnungen und Erinnerungen* [Expresionismo. Notas y recuerdos], Olten-Friburgo, 1965.
- RACHMUTH, Michael, «Zur Wirtschaftsgeschichte der Prager Juden» [Sobre la historia económica de los judíos de Praga], *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 5, 1933, pp. 9-78.
- RADKAU, Joachim, *Das Zeitalter der Nervosität. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler* [La era del nerviosismo. Alemania entre Bismarck y Hitler], Múnich-Viena, 1998.
- RATH, Moses, *Lehrbuch der hebräischen Sprache für Schul- und Selbstunterricht* [Manual de lengua hebrea para maestros y autodidactas], 2.ª ed., Viena, 1917.
- RAUCHENSTEINER, Manfred, *Der Tod des Doppeladlers. Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg* [La muerte del águila bicéfala. Austria-Hungría y la Primera Guerra Mundial], Graz-Viena-Colonia, 1993.
- RECHTER, David, *The Jews of Vienna and the First World War*, Londres-Portland, Oregón, 2001.
- REDLICH, Joseph, *Österreichische Regierung und Verwaltung im Weltkrieg* [Gobierno y administración austriacos durante la guerra mundial], Viena-New Haven, 1925.
- RIBBE, Wolfgang (ed.), *Geschichte Berlins: Von der Märzrevolution bis zur Gegenwart* [Historia de Berlín. De la revolución de marzo a la actualidad], vol. 2, Múnich, 1987.
- RICHTER, Karl, «Über den Strukturwandel der Grundbesitzenden Oberschicht Böhmens in der neueren Zeit» [Sobre la transformación estructural de la elite terrateniente de Bohemia en la Edad Moderna], en: *Probleme der böhmischen Geschichte* [Problemas de la historia bohema], ponencias del congreso científico del Collegium Carolinum de Stuttgart, del 29 al 31 de mayo de 1963, pp. 49-67.
- RICKMANN, DR., «Grippe und Lungentuberkulose» [Gripe y tuberculosis pulmonar], *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, 45, 1919, vol. 2, pp. 39 y ss.
- RIEDESSER, Peter y Axel Verderber (eds.), *Maschinengewehre*

- hinter der Front*». *Zur Geschichte der deutschen Militärpsychiatrie* [«Ametralladoras detrás de las líneas». Sobre la historia de la psiquiatría militar alemana], Fráncfort del Meno, 1996.
- RIES, wiebrecht, *Nietzsche/Kafka. Zur ästhetischen Wahrnehmung der Moderne* [Nietzsche y Kafka. Sobre la percepción estética de la Modernidad], Múnich, 2007.
- RILKE, Rainer Maria, *Briefe zur Politik* [Cartas sobre política], ed. Joachim W. Storck, Fráncfort del Meno-Leipzig, 1992.
- RITZEL, Fred, «Synkopentänze. Über Importe populärer Musik aus Amerika in der Zeit vor dem Ersten Weltkrieg» [Danzas sincopadas. Sobre la importación de música popular de América en la época anterior a la Primera Guerra Mundial], en: Kaspar Maase y Wolfgang Kaschuba (eds.), *Schund und Schönheit. Populäre Kultur um 1900* [Baratija y belleza. Cultura popular en torno al 1900], Colonia-Weimar-Viena, 2001, pp. 161-183.
- ROBERT, Marthe, *Einsam wie Franz Kafka*, Fráncfort del Meno, 1985. [Existe traducción en español: *Franz Kafka o la soledad*, México D.F., FCE, 1993].
- ROBERTSON, Ritchie, *Kafka. Judentum, Gesellschaft, Literatur* [Kafka. Judaísmo, sociedad, literatura], Stuttgart, 1988.
- RODLAUER, Hannelore, «Die Paralelltagebücher Kafka-Brod und das Modell Flaubert» [Los diarios paralelos de Kafka y Brod y el modelo de Flaubert], *Arcadia. Zeitschrift für allgemeine und vergleichende Literaturwissenschaft*, 20, 1985a, pp. 47-60.
- , «Kafka und Wien. Ein Briefkommentar» [Kafka y Viena], en: *Österreichische Akademie der Wissenschaften. Philosophische Klasse: Anzeiger*, 122, 1985b, pp. 202-248.
- , «Ein anderer "Prager Frühling". Der Verein "Bar Kochba" de Praga» [Otra «Primavera de Praga». La asociación Bar Kojba de Praga], *Das Jüdische Echo*, vol. 49, octubre 2000, Viena, pp. 181-188.
- ROHRBACH, Wolfgang (ed.), *Versicherungsgeschichte Österreichs. Die Ära des klassischen Versicherungswesens* [Historia del seguro en Austria. La era del seguro clásico], vol. 2, Viena, 1988.
- ROSENBERGER, Bernhard, *Zeitungen als Kriegstreiber? Die Rolle der Presse im Vorfeld des Ersten Weltkriegs* [El papel de la prensa antes de la Primera Guerra Mundial], Colonia-Weimar-Viena, 1998.

- ROST, Nico, «Persoonlijke ontmoetingen met Franz Kafka en mijn Tsjechische vrienden», *De Vlaamse Gids*, 48, 1964, pp. 75-97.
- ROTH, Joseph, *Juden auf Wanderschaft*, Colonia, 1976 [*Judíos errantes*, trad. Pablo Sorozábal, Barcelona, Acantilado, 2008].
- ROTT, Wenzel, *Der politische Bezirk Podersam* [El distrito político de Podersam], Praga, 1902-1905.
- ROUBÍK, František, «Zur Geschichte der Juden in Böhmen im neunzehnten Jahrhundert» [Sobre la historia de los judíos de Bohemia en el siglo XIX], *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 7, 1935, pp. 305-386.
- ROZENBLIT, Marscha L., *Reconstructing a National Identity. The Jews of Habsburg Austria during World War I* [La reconstrucción de una identidad nacional: los judíos austrohúngaros durante la Primera Guerra Mundial], Oxford University Press, 2001.
- RUMPLER, Helmut, *Eine Chance für Mitteleuropa. Bürgerliche Emanzipation und Staatsverfall in der Habsburgermonarchie* [Una oportunidad para Centroeuropa. Emancipación burguesa y ruina del Estado en la monarquía de los Habsburgo], Viena, 1997.
- RÜTTEN, Thomas, «Cholera in Thomas Mann's *Death in Venice*» [El cólera en *Muerte en Venecia* de Thomas Mann], *Gesnerus. Swiss Journal of the History of Medicine and Sciences*, 66/2, 2009, pp. 256-287.
- RYCHNOVSKY, Ernst (ed.), *Masaryk und das Judentum* [Masaryk y el judaísmo], Praga, 1930.
- SAHL, Hans, *Erinnerungen an Ernst Weiss* [Recuerdos de Ernst Weiss], *Weiss-Blätter*, n.º 2, agosto de 1973, p. 4.
- SALFELLNER, Harald, *Das Goldene Gässchen* [El callejón dorado], Praga, 1998.
- SALTARINO, Signor, *Fahrende Volk. Abnormitäten, Kuriositäten und interessante Vertreter der wandernden Künstlerwelt* [Pueblo errante. Anomalías, curiosidades y representantes del mundo nómada de los artistas], Leipzig, 1895.
- SAMBURSKY, Miriam, «Zionist und Philosoph. Das Habilitierungsproblem des jungen Hugo Bergmann» [Sionista y filósofo. El problema del joven Hugo Bergmann con la habilitación a cátedra], *Bulletin des Leo-Baeck-Instituts*, 58, 1981, pp. 17-40.

- SANDGRUBER, Roman, *Ökonomie und Politik. Österreichische Wirtschaftsgeschichte vom Mittelalter bis zur Gegenwart* [Economía y política. Historia económica de Austria desde la Edad Media hasta la actualidad], Viena, 1995.
- SANDOW, Eugen, *Kraft und wie man sie erlangt* [La fuerza y cómo se consigue], con una tabla de ejercicios y numerosas fotografías originales, Berlín, 1904.
- SANDROW, Nahma, *Vagabond Stars. A World History of Yiddish Theater* [Estrellas viajeras. Una historia mundial del teatro yiddish], Siracusa (Nueva York), 1996.
- SAUERMANN, Eberhard, *Literarische Kriegsfürsorge. Österreichische Dichter und Publizisten im Ersten Weltkrieg* [Asistencia literaria. Poetas y publicistas austríacos en la Primera Guerra Mundial], Colonia-Weimar-Viena, 2000.
- SAWICKI, Diethard, *Leben mit den Toten. Geisterglauben und die Entstehung des Spiritismus in Deutschland 1770-1900* [Creencia en fantasmas y el surgimiento del espiritismo en Alemania, 1770-1900], Paderborn, 2002.
- , «Spiritismus und das Okkulte in Deutschland, 1880-1930» [Espiritismo y ocultismo en Alemania, 1880-1930], *Österreichische Zeitschrift für Geschichtswissenschaften*, 13, 2003, vol. 4, pp. 53-71.
- SCHAMSCHULA, Walter, «Max Brod und die tschechische Literatur» [Max Brod y la literatura checa], en: Margarita Pazi (ed.), *Max Brod 1884-1984. Untersuchungen zu Max Brods literarischen und philosophischen Schriften* [Max Brod 1884-1984. Investigaciones sobre los escritos literarios y filosóficos de Max Brod], Nueva York, 1987, pp. 233-249.
- , «Franz Werfel und die Tschechen» [Franz Werfel y los checos], en: Herbert Zeman (ed.), *Die österreichische Literatur. Ihr Profil von der Jahrhundertwende bis zur Gegenwart (1880-1980)* [La literatura austríaca. Su perfil desde el cambio de siglo hasta el presente], Graz, 1989, pp. 343-359.
- SCHARFFENBERG, Renate, «Rilke und sein Verleger Axel Juncker» [Rilke y su editor Axel Juncker], en *Imprimatur*, N.F. vol. 5, 1967, pp. 67-80.
- SCHILLEMEIT, Jost, «Kafkas Beschreibung eines Kampfes. Ein Beitrag zum Textverständnis und zur Geschichte von Kafkas Schreiben» [Descripción de una lucha de Kafka. Una aporta-

- ción a la comprensión del texto y a la historia de la escritura de Kafka], en: Gerhard Kurz (ed.), *Der junge Kafka* [El joven Kafka], Fráncfort del Meno, 1984, pp. 102-132.
- SCHIRRMACHER, Frank (ed.), *Verteidigung der Schrift. Kafkas «Prozess»* [Una defensa de la escritura. *El proceso de Kafka*], Fráncfort del Meno, 1987.
- SCHLAFFER, Heinz, «Knabenliebe. Zur Geschichte der Liebesdichtung und zur Vorgeschichte der Frauenemanzipation» [Amor infantil. Sobre la historia de la poesía amorosa y la prehistoria de la emancipación de la mujer], *Merkur*, 49, n.º 557, 1995, pp. 682-694.
- SCHMIDT, Carsten, *Kafkas fast unbekannter Freund. Das Leben und Werk von Felix Weltsch (1884-1964)* [El amigo casi desconocido de Kafka. La vida y obra de Felix Weltsch (1884-1964)], Würzburg, 2010.
- SCHMITZ, Walter (ed.), *Die Münchner Moderne. Die literarische Szene in der «Kunststadt» um die Jahrhundertwende* [La Modernidad múniquesa. La escena literaria en la «Ciudad del arte» en torno al cambio de siglo], Stuttgart, 1990.
- y Ludger Udolph, «Tripolis Praga». *Die Prager «Moderne» um 1900. Katalogbuch* [«Tripolis Praga». La «modernidad» praguense en torno a 1900. Catálogo], Dresde, 2001.
- SCHNARRENBURGER, Michaela, «Erinnerungen an Ernst Weiss und Rahel Sanzara», *Weiss-Blätter*, n.º 5, junio de 1986, pp. 4-10.
- SCHNEIDER, Vera, *Wachposten und Grenzgänger. Deutschsprachige Autoren in Prag und die öffentliche Herstellung nationaler Identität* [Aduaneros y trabajadores fronterizos. Autores germanoparlantes en Praga y la fabricación pública de la identidad nacional], Würzburg, 2009.
- SCHNITZLER, Arthur, *Briefe 1875-1912* [Cartas, 1875-1912], eds. Therese Nickl y Heinrich Schnitzler, Fráncfort del Meno, 1981a.
- , *Tagebuch 1909-1912* [Diario, 1909-1912], ed. Werner Welzig, Viena, 1981b.
- SCHOCKEN, Wolfgang A., «Wer war Grete Bloch?» [¿Quién era Grete Bloch?], en: *Exilforschung. Ein Internationales Jahrbuch: Das jüdische Exil und andere Themen* [Un anuario internacional: el exilio judío y otros temas], vol. 4, Múnich, 1986, pp. 83-97.
- SCHOEPS, Julius H., *Im Streit um Kafka und das Judentum. Max Brod, Hans-Joachim Schoeps, Briefwechsel* [El debate sobre

- Kafka y el judaísmo. Max Brod, Hans-Joachim Schoeps. Correspondencia], Königstein-Ts., 1985.
- y Joachim Schlör (eds.), *Antisemitismus. Vorurteile und Mythen* [Antisemitismo. Prejuicios y mitos], Múnich-Zúrich, 1995.
- SCHOLEM, Gershom, *Tagebücher (1913-1917)* [Diarios], ed. Karl-fried Gründer y Friedrich Niewöhner, Fráncfort del Meno, 1995.
- , *Von Berlin nach Jerusalem. Jugenderinnerungen* [De Berlín a Jerusalén. Recuerdos de juventud], edición ampliada, Fráncfort del Meno, 1997.
- SCHOTTKY, Julius Max, *Prag, wie es war und wie es ist, nach Aktenstücken und den besten Quellenschriften geschildert* [Praga como era y como es, según los documentos y las mejores fuentes escritas], vol. 1, Praga, 1831.
- SCHROUBEK, Georg R., «Der "Ritualmord" von Polná. Traditioneller und moderner Wahnglaube» [El «crimen ritual» de Polná. Superstición tradicional y moderna], en: Rainer Erb y Michael Schmidt (eds.), *Antisemitismus und jüdische Geschichte. Studien zu Ehren von Herbert A. Strauss* [Antisemitismo e historia judía. Estudios en honor de Herbert A. Strauss], Berlín, 1987, pp. 149-171.
- SCHUSTER, Frank M., *Zwischen allen Fronten. Österreichische Juden während des Ersten Weltkrieges (1914-1919)* [Entre todos los frentes. Judíos austriacos durante la Primera Guerra Mundial (1914-1919)], Colonia-Weimar-Viena, 2004.
- SCHÜTTERLE, Annette, «Franz Kafkas "Tropische Münchhausiade". Eine Lesung in München» [La «fantasía tropical» de Franz Kafka. Una lectura en Múnich], *Freibeuter*, 75, pp. 153-156.
- , *Franz Kafkas Oktavhefte. Ein Schreibprozess als «System des Teilbaues»* [Los cuadernos en octavo de Kafka. Un proceso de escritura como «sistema de construcción parcial»], Friburgo de Brisgovia, 2002.
- SCHWARZMANN-SCHAFHAUSER, Doris, *Orthopädie im Wandel. Die Herausbildung von Disziplin und Berufsstand in Bund und Kaiserreich (1815-1914)* [La ortopedia en transformación. La formación en la disciplina, y estado de la profesión durante la Confederación y el Imperio (1815-1914)], Stuttgart, 2004.
- SCHWEPPENHÄUSER, Hermann (ed.), *Benjamin über Kafka. Tex-*

- te, Briefzeugnisse, Aufzeichnungen* [Benjamin sobre Kafka. Textos, cartas y notas], Fráncfort del Meno, 1981.
- SEBALD, Winfried G., *Schwindel. Gefühle*, Fráncfort del Meno, 1990. [Existe traducción en español: *Vértigo*, trad. Carmen Gómez García, Barcelona, Anagrama, 2009].
- SEELIG, Carl, *Albert Einstein. Leben und Werk eines Genies unserer Zeit*, edición ampliada, Zúrich, 1960. [Existe traducción en español: *Albert Einstein*, trad. María Luisa Pérez-Torres, Madrid, Espasa-Calpe, 1968].
- SEGEV, Tom, *Es war einmal ein Palästina. Juden und Araber vor der Staatsgründung Israels* [Érase una vez una Palestina. Judíos y árabes antes de la fundación del Estado de Israel], Múnich, 2005.
- SEIBT, Ferdinand (ed.), *Die Chance der Verständigung. Absichten und Ansätze zu übernationaler Zusammenarbeit in den böhmischen Ländern 1848-1918* [La oportunidad del entendimiento. Intenciones y puntos de partida de la cooperación internacional en los países bohemos, 1848-1918], ponencias del congreso del Collegium Carolinum en Bad Wiesser, del 22 al 24 de noviembre de 1985, Múnich, 1987.
- SEMBDNER, Helmut (ed.), *Der Kleist-Preis. 1912-1932. Eine Dokumentation* [El premio Kleist (1912-1932). Documentos], Berlín, 1968.
- SIEBENSCHNEIN, Hugo et al., *Franz Kafka A Praha. Vzpomínky/Úvahy/Dokumenty*, Praga, 1947.
- SIEG, Ulrich, *Jüdische Intellektuelle im Ersten Weltkrieg. Kriegserfahrungen, weltanschauliche Debatten und kulturelle Neuentwürfe* [Intelectuales judíos en la Primera Guerra Mundial. Experiencias bélicas, debates ideológicos y nuevos esbozos culturales], Berlín, 2001.
- SIMMEL, Georg, «Der Brief. Aus einer Soziologie des Geheimnisses» [La carta. Una sociología del secreto], en: Georg Simmel, *Aufsätze und Abhandlungen 1901-1908* [Ensayos, 1901-1908], vol. 2, Fráncfort del Meno, 1993, pp. 394-397.
- SKEDL, Arthur, *Der politische Nachlass des Grafen Eduard Taaffe* [El legado político del conde Eduard Taaffe], Viena-Berlín-Leipzig, 1922.
- SLAPNICKA, Helmut, «Recht und Verfassung der Tschechoslowakei 1918-1938» [Derecho y Constitución de Checoslovaquia,

- 1918-1938], en: Kart Bosl (ed.), *Aktuelle Forschungsprobleme um die Erste Tschechoslowakische Republik* [Problemas actuales de la investigación acerca de la Primera República Checoslovaca], Múnich-Viena, 1969, pp. 93-111.
- SOUKUP, František, *Amerika. Řada obrazů amerického života* [América. Estampas de la vida americana], Praga, 1912.
- SPANN, Gustav, *Zensur im Österreich während des I. Weltkrieges 1914-1918* [Censura en Austria durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918], tesis doctoral, 1972.
- SPECTOR, Scott, *Prague Territories. National Conflict and Cultural Innovation in Franz Kafka's Fin de Siècle* [El conflicto nacional y la innovación cultural en el fin de siglo de Kafka], Berkeley-Los Angeles-Londres, 2000.
- SPIEKER, Sven, «Ernst Weiss' Briefe an Stefan Zweig. Ein Beitrag zur Biographie des Autors», en: *Weiss-Blätter*, n.º 2, septiembre de 1984, pp. 21-34.
- SPRENGEL, Peter, *Scheunenvierteltheater. Jüdische Schauspieltruppen und jiddische Dramatik in Berlin (1900-1918)*, Berlín, 1995.
- ŠRÁMKOVÁ, Barbora, *Max Brod und die tschechische Kultur* [Max Brod y la cultura checa], tesis doctoral, Berlín, 2007.
- STACH, Reiner, *Kafkas erotischer Mythos. Eine ästhetische Konstruktion des Weiblichen* [El mito erótico de Kafka. Una elaboración estética de lo femenino], Fráncfort del Meno, 1987.
- Statistický Lexikon obcí v Čechách*, Praga, 1924.
- Statistisches Handbuch des Königreiches Böhmen* [Manual estadístico del reino de Bohemia], Praga, 1909-1913.
- STEENFATT, Margret, *Milena Jesenská. Biographie einer Befreiung* [Milena Jesenská. Biografía de una liberación], Hamburgo, 2002.
- STEINER, Rudolf, «Der moderne Mensch und seine Weltanschauung» [El hombre moderno y su cosmovisión] (1914), en: *Gesamtausgabe*, vol. 18, Dornach 1985, pp. 445-492.
- , *Eine okkulte Physiologie* [Una fisiología oculta], ciclo de ocho conferencias dictadas en Praga del 20 al 28 de marzo de 1911, y una novena del 28 de marzo de 1911, en: *Gesamtausgabe*, vol. 128, Dornach, 1991.
- , «Wie widerlegt man Theosophie?» y «Wie verteidigt man Philosophie?» [¿Cómo se refuta la teosofía? ¿Cómo se defiende la

- teosofía?] (1911), en: *Gesamtausgabe*, vol. 69a, Dornach, 2007, pp. 36-71, 72-99.
- Stenographische Protokolle über die Sitzungen der Herrenhauses des österreichischen Reichsrathes in den Jahren 1891 bis 1897* [Actas estenográficas de las sesiones de la Cámara Alta del Consejo Imperial Austríaco en los años 1891 a 1897], Viena, 1897.
- STERNHEIM, Carl, *Briefe II. Briefwechsel mit Thea Sternheim, Dorothea und Klaus Sternheim* [Cartas II. Correspondencia con Thea Sternheim, Dorothea y Klaus Sternheim], ed. Wolfgang Wendler, Darmstadt, 1988.
- STERNHEIM, Thea, *Tagebücher 1903-1971* [Diarios, 1903-1971], ed. Thomas Ehrsam y Regula Wyss, Gotinga, 2002.
- STÖLZL, Christoph, «Die "Burg" und die Juden. T. G. Masaryk und sein Kreis im Spannungsfeld der jüdischen Frage: Assimilation, Antisemitismus und Zionismus» [El "burgo" y los judíos. T. G. Masaryk y su círculo en medio de la tensión por la cuestión judía. Asimilación, antisemitismo y sionismo], en: Karl Bosl (ed.), *Die «Burg». Einflussreiche politische Kräfte um Masaryk und Beneš* [El «burgo». Fuerzas políticas influyentes en torno a Masaryk y Beneš], vol. 2, Múnich-Viena, 1974, pp. 79-110.
- , *Kafkas böses Böhmen. Zur Sozialgeschichte eines Prager Juden* [Los malvados bohemios de Kafka. Sobre la historia social de un judío de Praga], Fráncfort del Meno, 1989.
- STOESSL, Otto, *Morgenrot* [Amanecer], Múnich, 1912.
- STÖHR, Ingrid, *Zweisprachigkeit in Böhmen. Deutsche Volksschulen und Gymnasien im Prag der Kafka-Zeit* [Bilingüismo en Bohemia. Colegios e institutos germanoparlantes en Praga en la época de Kafka], Colonia, 2010.
- STRAKOSCH-GRASSMANN, Gustav, *Geschichte des österreichischen Unterrichtswesens* [Historia del sistema escolar austríaco], Viena, 1905.
- STURMBERGER, Hans, *Aufstand in Böhmen. Der Beginn des Dreissigjährigen Krieges* [Sublevación en Bohemia. El comienzo de la Guerra de los Treinta Años], Múnich, 1959.
- SUDHOFF, Dieter, «Unterm Rad. Der Schüler Ernst Weiss in Brünn» [Bajo las ruedas. El estudiante Ernst Weiss en Brno], *Weiss-Blätter*, n.º 10, marzo, 1989, pp. 4-21.
- TAGGER, Theodor, *Das neue Geschlecht. Programmschrift gegen*

- die Metapher* [El nuevo sexo. Escrito programático contra la metáfora], Berlín, 1917.
- TAUT, Bruno, *Die neue Wohnung: Die Frau als Schöpferin* [El apartamento moderno: la mujer creativa], Leipzig, 1924.
- TEICHOVA, Alice y Herbert Matis (eds.), *Österreich und die Tschechoslowakei 1918-1938. Die wirtschaftliche Neuordnung in Zentraleuropa in der Zwischenkriegszeit* [Austria y Checoslovaquia, 1918-1938. El nuevo orden económico en la Europa central en el período de entreguerras], Viena-Colonia-Weimar, 1996.
- TEUFEL, Helmut, «Händler, Hoffaktoren, Pinkeljuden. 1000 Jahre jüdisches Leben im Grenzraum» [Judíos mercaderes, miembros de la corte y feriantes. 1000 años de vida judía en la zona fronteriza], en Andrea Komlowsky *et al.* (eds.), *Kulturen an der Grenze. Waldviertel - Weinviertel - Südböhmen - Sudmähren* [Culturas en la frontera. Waldviertel, Weinviertel, Bohemia del Sur, Moravia del Sur], Viena, 1995, pp. 121-126.
- THEWELEIT, Klaus, *Buch der Könige* [Libro de los reyes], vol. 1, Fráncfort del Meno, s. f.
- TILL, Wolfgang, «Zwei galante Sammler aus Wien: Anton Pachinger und Peter Altenberg» [Dos coleccionistas galantes de Viena: Anton Pachinger y Peter Altenberg], en: Michael Köhler y Gisela Barche (eds.), *Das Aktfoto. Ansichten von Körper im photographischen Zeitalter* [El desnudo. Visiones del cuerpo en la era de la fotografía], Múnich, 1986, pp. 285-287.
- TIMMS, Edward, *Karl Kraus. Satiriker de Apokalypse. Leben und Werk 1874 bis 1918*, Fráncfort del Meno, 1999. [Existe traducción en español: *Karl Kraus: satírico apocalíptico*, trad. de Jesús Pérez Martín, Madrid, Visor, 1990].
- TISMAR, Jens, «Kafkas "Schakale und Araber" im zionistischen Kontext betrachtet» [«Chacales y árabes» de Kafka visto en el contexto sionista], *Jahrbuch der deutschen Schillergesellschaft*, 19, 1975, pp. 306-323.
- TORBERG, Friedrich, *Die Erben der Tante Jolesch* [Los herederos de la tía Jolesch], Múnich, 1981.
- , *Die Tante Jolesch oder Der Untergang des Abendlandes in Anekdoten*, Múnich, 2004. [Existe traducción en español: *La tía Jolesch, o La decadencia de Occidente en anécdotas*, trad. Isabel Hernández, Madrid, Alba, 2014].
- TONELLI, Albino, *Ai confini della Mitteleuropa. Il Sanatorium von*

- Hartungen di Riva del Garda. Dai Fratelli Mann a Kafka gli ospiti della cultura europea*, Riva, 1995.
- TRAMER, Hans, «Die Dreivölkerstadt Prag» [Praga, la ciudad de los tres pueblos], en: Hans Tramer y Kurt Wolfenstein (eds.), *Robert Weltsch zum 70. Geburtstag von seinen Freunden. 20. Juni 1961*, Tel Aviv, 1961, pp. 138-203.
- TREITEL, Corinna, *A Science for the Soul: Occultism and the Genesis of the German Modern* [Una ciencia del alma: el ocultismo y la génesis de los alemanes modernos], Baltimore, 2004.
- TRIENDL-ZADOFF, Mirjam, *Nächstes Jahr in Marienbad. Gegenwelten jüdischer Kulturen der Moderne* [El año que viene en Marienbad. Contramundos de las culturas judías de la Modernidad], Gotinga, 2007.
- TROST, Pavel, «Die Mythen vom Prager Deutsch» [Los mitos del alemán de Praga], *Zeitschrift für Deutsche Philologie*, 100, 1981, pp. 381-390.
- , «Der Name Kafka» [El apellido Kafka], *Beiträge zur Namensforschung*, 18, 1983, vol 1, pp. 52 y ss.
- TRUHLÁŘ, Antonín, *Výbor z literatury české. Doba nová* [Selección de la literatura checa. Edad Moderna], 3 vols., Praga, 1886.
- TUCHMAN, Barbara, *August 1914. Ausbruch des Ersten Weltkrieges- der eigentliche Beginn unseres Jahrhunderts* [Agosto de 1914. El estallido de la Primera Guerra Mundial: el comienzo real del siglo], Berna-Múnich, 1979.
- TUCHOLSKY, Kurt, «Rudolf Steiner in Paris» [Rudolf Steiner en París], *Die Weltbühne*, 3 de julio de 1924, pp. 26-28.
- , «Der Prozess», *Die Weltbühne*, 22, 1926, pp. 383-386. [Existe traducción en español: «El proceso», en: *La eternidad de un día. Clásicos del periodismo literario alemán (1823-1934)*, prólogo, selección, notas y traducción de Francisco Uzcanga, Barcelona, Acantilado, 2016, pp. 226-232].
- UDOLPH, Ludger, «Pragbilder in Romanen der "Prager Moderne"» [Imágenes de la Praga moderna en novelas], en *Wiener Slavistisches Jahrbuch*, 46, 2000, pp. 195-200.
- ULRICH, Bernd y Benjamin Ziemann (eds.), *Frontalltag im Ersten Weltkrieg. Wahn und Wirklichkeit* [Vida cotidiana en el frente durante la Primera Guerra Mundial. Delirio y realidad], Fráncfort del Meno, 1994.
- UNGERN-STERMBERG, Christoph von, *Willy Haas, 1891-1973*.

- «Ein grosser Regisseur der Literatur» [Willy Haas, 1891-1973. «Un gran director de orquesta de la literatura»]. Munich, 2007.
- UNSELD, Joachim, *Franz Kafka. Ein Schriftstellerleben. Die Geschichte seiner Veröffentlichungen*. Munich-Viena, 1982. [Existe traducción en español: *Franz Kafka. Una vida de escritor. Historia de sus publicaciones*, trad. José Miguel Mínguez, Barcelona, Anagrama, 1989].
- URBAN, Otto, *Die tschechische Gesellschaft 1848-1918* [La sociedad checa, 1848-1918], 2 vols., Viena-Colonia-Weimar, 1994.
- URZIDIL, Johannes, *Prager Triptichon. Erzählungen*, Munich, 1960. [Existe traducción en español: *Tríptico de Praga*, trad. Jorge Navarro, Valencia, Pre-Textos, 1997].
- , «Der Kriegausbruch in Prag», *Der Monat*, 16, 1964, pp. 151-156.
- , *Da geht Kafka* [Ahí va Kafka], Zürich-Stuttgart, 1965.
- VALÉRY, Paul, *Cahiers/Hefte*, vol. 6, Fráncfort del Meno, 1993 [Existe traducción parcial en español: *Cuadernos (1894-1945)*, trad. Andrés Sánchez Robayna, Maryse Privat y Fátima Sainz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007].
- VASSOGNE, Gaëlle, *Max Brod in Prag: Identität und Vermittlung* [Max Brod en Praga: identidad y mediación], Tubinga, 2009.
- VÖGELE, Wolfgang C., *Der andere Rudolf Steiner. Augenzeugenberichte, Interviews, Karikaturen* [El otro Rudolf Steiner. Testimonios, entrevistas, caricaturas], Dornach, 2005.
- VOIGTS, Manfred, «Kafka und die jüdische Frau» [Kafka y la mujer judía], *Aschkenas. Zeitschrift für Geschichte und Kultur der Juden* 8, vol. 1, 1998, pp. 125-175.
- , *Kafka und die jüdisch-zionistische Frau. Diskussionen um Erotik und Sexualität im Prager Zionismus* [Kafka y la mujer judeo-sionista. Discusiones en torno al erotismo y la sexualidad en el sionismo de Praga], Würzburg, 2007.
- Vom Judentum. Ein Sammelbuch* [Sobre el judaísmo. Antología], edición de la Asociación de Estudiantes Universitarios Bar-Kojba de Praga, Leipzig, 1913.
- Vorschrift für die ärztliche Untersuchung der Wehrpflichtigen* [Norma para el examen médico de los conscriptos], Viena, 1912.
- WAGENBACH, Klaus, *Franz Kafka, Eine Biographie seiner Jugend 1883-1912*, Berna, 1958, nueva ed., Berlín 2006. [Existe traduc-

- ción en español: *Kafka*, trad. Federico Latorre, Madrid, Alianza, 1981].
- , «Drei Sanatorien Kafkas. Ihre Bauten und Gebräuche» [Tres sanatorios de Kafka. Su construcción y usos], *Kursbuch*, vol. 16, 1983, pp. 77-90.
- , *Kafkas Prag. Ein Reiselesebuch*, Berlín, 1993. [Existe traducción en español: *La Praga de Kafka*, trad. Javier Orduña, Barcelona, Península, 2008].
- , *Franz Kafka. Bilder aus seinem Leben*, tercera edición revisada y ampliada, Berlín 2008. [Existe traducción en español: *Franz Kafka. Imágenes de su vida*, trad. Joan Parra Contreras, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999].
- WAGENKNECHT, Christian, «Die Vorlesungen von Karl Kraus. Ein chronologisches Verzeichnis» [Las conferencias de Karl Kraus. Un catálogo cronológico], *Kraus-Hefte*, vol. 35-36, 1985, pp. 1-30.
- WAGNER, Benno, «Kafkas Polná. Schreiben jenseits der Nation» [La Polná de Kafka. Escribir más allá de la nación], en: Marek Nekula y Walter Koschmal, *Juden zwischen Deutschen und Tschechen. Sprachliche und kulturelle Identitäten in Böhmen 1800-1945* [Entre alemanes y checos: identidades lingüísticas y culturales de los judíos en Bohemia en 1800-1945], München, 2006, pp. 151-172.
- WAGNER-KERN, Michael, *Staat und Namensänderung. Die öffentlich-rechtliche Namensänderung in Deutschland im 19. und 20. Jahrhundert* [Estado y cambio de apellidos. El cambio de apellidos legal en Alemania en los siglos XIX y XX], Tübinga, 2002.
- WAGNEROVÁ, Alena, Milena Jesenská. «Alle meine Artikel sind Liebesbriefe». *Biographie* [Milena Jesenská. «Todos mis artículos son cartas de amor». Una biografía], Mannheim, 1994.
- (ed.) «Ich hätte zu antworten tage- und nächtelang». *Die Briefe von Milena* [«Tendría que pasar noches y días contestando». Las cartas de Milena], Mannheim, 1996.
- , «Im Hauptquartier des Lärms». *Die Familie Kafka aus Prag* [«En el cuartel general del ruido». La familia Kafka de Praga], Colonia, 1997.
- , «“Franz gibt es uns”. Eine Begegnung in Prag mit Věra Saudková, der letzten lebenden Nichte Kafkas» [Un encuentro en Pra-

- ga con Věra Saudková, la última sobrina viva de Kafka], *Neue Zürcher Zeitung*, 30 de enero de 2012.
- WALTER, Hans-Albert, *Deutsche Exilliteratur, 1933-1950: Die Mentalität der Weimardeutschen-Die «Politisierung» der Intellektuellen* [Literatura alemana del exilio, 1933-1950: la mentalidad de los alemanes de Weimar y la «politización» de los intelectuales], vol. 1.1, Stuttgart-Weimar, 2003.
- WANDRUSZKA, Adam y Peter Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1848-1918* [La monarquía de los Austrias]: *Die Völker des Reiches* [La monarquía habsburguica, 1848-1918. Los pueblos del Imperio], vol. 3, Viena, 1980; *Verfassung und Parlamentarismus; Verfassungsrecht, Verfassungswirklichkeit, zentrale Repräsentativkörperschaften. Die regionalen Repräsentativkörperschaften* [Constitución y parlamentarismo. Derecho constitucional, realidad constitucional, corporaciones representativas centrales. Las corporaciones representativas regionales], vol. 7, Viena 2000.
- WASSERMANN, Jacob, *Mein Weg als Deutscher und Jude*, Berlín, 1921. [Existe traducción en español: *Mi camino como alemán y judío*, trad. Constanza Pelechá, Barcelona, Erasmus, 2011].
- WEBB, James, *Das Zeitalter des Irrationalen. Politik, Kultur und Okkultismus im 20. Jahrhundert* [La era de la irracionalidad. Política, cultura y ocultismo en el siglo xx], Wiesbaden, 2008.
- WEBER, Alfred, «Der Beamte» [El funcionario], *Neue Rundschau*, 21, 1910, pp. 1321-1339.
- WEININGER, Otto, *Geschlecht und Charakter*, Viena-Leipzig, 1903. [Existe traducción en español: *Sexo y carácter*, trad. Felipe Jiménez de Asúa, Madrid, Losada, 2004].
- , *Taschenbuch und Briefe an einen Freund* [Libro de bolsillo y carta a un amigo], Leipzig-Viena, 1921.
- WEISKOPF, F. C., *Das Slavenlied* [La canción de los eslavos], Berlín, 1960.
- WEISS, Ernst, *Die Galeere* [La galera], Berlín, 1913.
- , *Der Kampf* [La lucha], Berlín, 1916.
- , *Franziska*, Berlín, 1919.
- , *Die Feuerprobe* [La prueba de fuego], Berlín, 1923.
- , «Bemerkungen zu den Tagebüchern und Briefen Franz Kafkas» [Observaciones acerca de los diarios y cartas de Franz Kafka], *Mass und Wert*, 1, 1937-1938, pp. 319-325.

- , «Autobiographische Skizze» [Bosquejo autobiográfico], en: *Die Kunst des Erzählens. Essays, Aufsätze, Schriften zur Literatur* [El arte del relato. Ensayos y otros textos sobre literatura], Fráncfort del Meno, 1982, pp. 120-123.
- WEISS, Gustav, «Tuberkulose-Verhütung und -Fürsorge» [Prevención y atención sanitaria de la tuberculosis], en: Anton Ghon y R. Jaksch-Wartenhorst (eds.), *Die Tuberkulose und ihre Bekämpfung* [Cómo combatir la tuberculosis], Viena-Breslau 1922.
- Der Weisse Hirsch. Ein Lesebuch* [El ciervo blanco. Un manual], editado por la Verschönerungsverein Weisser Hirsch-Oberloschwitz, Dresde, 2001.
- WELLING, Martin, «Von Haas so eng umkreist». *Der Erste Weltkrieg aus der Sicht der Prager Juden* [«Tan rodeados de odio». La Primera Guerra Mundial desde el punto de vista de los judíos de Praga], Fráncfort del Meno, 2003.
- WELTSCH, Felix y Max Brod, *Anschauung und Begriff. Grundzüge eines Systems der Begriffsbildung* [Opinión y concepto. Fundamentos de un sistema de formación de los conceptos], Leipzig, 1913.
- (ed.), *Dichter, Denker, Helfer: Max Brod zum fünfzigsten Geburtstag* [Creador, pensador, colaborador: Max Brod en su cincuenta cumpleaños], Mährisch-Ostrau, 1934.
- WERFEL, Franz, *Der Weltfreund. Gedichte* [El amigo del universo. Poemas], Berlín, 1911.
- , «Die christliche Sendung. Ein offener Brief an Kurt Hiller» [La misión cristiana. Carta abierta a Kurt Hiller], *Neue Rundschau*, 28, 1917, pp. 92-105.
- , *Spiegelmensch. Magische Trilogie* [El hombre del espejo. Trilogía mágica], Múnich, 1920.
- , *Schweiger. Trauerspiel in 3 Akten* [Schweiger. Tragedia en 3 actos], Múnich, 1922.
- , *Verdi. Roman der Oper*, Viena-Berlín 1924. [Existe traducción en español: *La novela de la ópera*, trad. Manuel Picós, Madrid, Espasa, 2002].
- , *Zwischen oben und unten. Prosa, Tagebücher, Aphorismen, Literarische Nachträge* [Entre arriba y abajo. Prosa, diarios, aforismos, apostillas literarias], 2.ª ed., Múnich-Viena, 1975.
- , *Der Abituriententag*, Fráncfort del Meno, 1991. [Existe traduc-

- ción en español: *Reunión de bachilleres*, trad. Eugenio Bou, Barcelona, Minúscula, 2005].
- WETSCHEREK, Hugo (ed.), *Kafkas letzter Freund. Der Nachlass Robert Klopstock (1899-1972)* [El último amigo de Kafka. El legado de Robert Klopstock (1899-1972)], incluye la primera publicación comentada de 38 cartas en parte inéditas de Franz Kafka y notas de Leonhard M. Fiedler y Leo A. Lensing [= catálogo n.º 13 del Anticuuario Inlibris], Viena, 2003.
- WETZEL, Jürgen, *Zehlendorf* (Historia de los distritos administrativos de Berlín), ed. Wolfgang Ribbe, vol. 12, Berlín, 1988.
- WICHMANN, Hans, *Deutsche Werkstätten und WK-Verband 1898-1990. Aufbruch zum neuen Wohnen* [Talleres alemanes y asociación WK, 1898-1990. La ruptura hacia una nueva vivienda], Múnich, 1992.
- WICHNER Ernest y Herbert Wiesner, *Prager Deutsche Literatur vom Expressionismus bis zu Exil und Verfolgung* [Literatura alemana en Praga desde el Expresionismo hasta el Exilio y la persecución], catálogo de exposición, Berlín, 1995.
- WLADIKA, Michael, *Hitlers Vätergeneration. Die Ursprünge des Nationalsozialismus in der k.u.k. Monarchie* [La generación de los padres de Hitler. Los orígenes del Nacionalsocialismo en la monarquía austrohúngara], Viena-Colonia-Weimar, 2005.
- WOLFF, Kurt, *Autoren, Bücher, Abenteuer, Beobachtungen und Erinnerungen eines Verlegers*, Berlín, 1965 [Autores, libros, aventuras. Observaciones y recuerdos de un editor, seguidos de la correspondencia del autor Franz Kafka, trad. Isabel García Adánez, Barcelona, Acantilado, 2010].
- , *Briefwechsel eines Verlegers, 1911-1963* [Correspondencia de un editor, 1911-1963], ed. ampliada de Bernhard Zeller y Ellen Otten, Fráncfort del Meno, 1980.
- WONDRÁK, Eduard, «Zu den Erinnerungen Hugo Hechts an Ernst Weiss» [Los recuerdos de Ernst Weiss sobre Hugo Hecht], *Weiss-Blätter*, n.º 3, s. f., pp. 10-12.
- WÖRNER, Martin, *Vergnügen und Belehrung. Volkskultur auf den Weltausstellungen 1851-1900* [Enseñar de un modo divertido. Cultura popular en las exposiciones universales, 1851-1900], Münster, 1999.
- WURZER, Rudolf, «Die Assanierung der Josefsstadt in Prag. Das Gesetz vom 11. Februar 1893 und seine Bedeutung für die Stad-

- terneuerung» [El saneamiento de Josefstadt, en Praga. La Ley del 11 de febrero de 1893 y su importancia para la renovación urbana], *Die alte Stadt. Vierteljahreszeitschrift für Stadtgeschichte, Stadtsoziologie, Denkmalpflege und Stadtentwicklung*, 22, 1995, pp. 149-174.
- ŽAČEK, wenzel, «Eine Studie zur Entwicklung der jüdischen Personennamen in neuerer Zeit» [Estudio sobre la evolución reciente de los nombres judíos], *Jahrbuch der Gesellschaft für Geschichte der Juden in der Čechoslovakischen Republik*, 8, 1936, pp. 309-398.
- ZANDER, Helmut, *Rudolf Steiner. Die Biografie* [Rudolf Steiner. La biografía], Múnich, 2011.
- ZECHLIN, Egmont, *Die Deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg* [La política alemana y los judíos en la Primera Guerra Mundial], Gotinga, 1969.
- ZIMMERMANN, Hans-Dieter, «Die endlose Suche nach dem Sinn. Kafka und die jiddische Moderne» [La eterna búsqueda de sentido. Kafka y el judaísmo contemporáneo], en: Hans-Dieter Zimmermann (ed.), *Nach erneuter Lektüre: Franz Kafkas «Der Prozess»* [Tras una nueva lectura: “El proceso” de Franz Kafka], Würzburg, 1992, pp. 211-222.
- ŽIPEK, Alois, «Zásobování Prahy v r. 1918 až do převratu» [El abastecimiento de Praga en el año 1918 hasta la revolución], en: Alois Žipek, *Domov za války. Svědectví účastníků* [La patria durante la guerra. Testimonios], vol. 5, Praga, 1931.
- ZISCHLER, Hanns, *Kafka geht ins Kino*, Reinbek, 1996. [Existe traducción en español: *Kafka va al cine*, trad. Jorge Seca Gil, Barcelona, Minúscula, 2008].
- ZONE, Ray, *Stereoscopic Cinema & the Origins of 3-D Film. 1838-1952*, Lexington (Kentucky), 2007.
- ZWEIG, Stefan, *Briefe 1897-1914* [Cartas, 1897-1919], eds. Knut Beck, Jeffrey B. Berlin y Natascha Weschenbach-Feggeler, Fráncfort del Meno, 1915.
- , *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines europäers*, Fráncfort del Meno, 1970. [Existe traducción en español: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, trad. Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2015 (21.ª reimpresión)].
- , *Tagebücher* [Diarios], Fráncfort del Meno, 1984. [Existe traducción en español de las tres últimas entradas en *Obras com-*

ZWEIFG

pletas, 2 vols., varios traductores, Barcelona, Editorial Juventud, 1971].

—, *Briefe 1914-1919* [Cartas, 1914-1919], eds. Knut Beck, Jeffrey B. Berlin y Natascha Weschenbach-Feggeler, Fráncfort del Meno, 1998.

AGRADECIMIENTOS

«LOS PRIMEROS AÑOS»

Ursula Köhler ha acompañado este proyecto de una biografía de Kafka en tres volúmenes desde su primer esbozo hasta su culminación. Tanto en la concepción de los distintos volúmenes como en la exacta revisión material y lingüística del texto, no sólo ha sido una lectora fiable a lo largo de casi dos décadas, sino también mi paciente, comprensiva e irrenunciable interlocutora. Se lo agradezco de corazón, y le dedico este volumen.

Doy las gracias a Jochen Köhler por los largos años de fiel revisión de la conformación verbal de mi trabajo. Su minuciosidad y las innumerables indicaciones y propuestas no sólo han hecho posible una notable mejora del texto; me ofrecían seguridad y representaban, por la misma razón, un alivio constante y perceptible.

Doy las gracias a Hartmut Binder, Niels Bokhove, Klas Daublebsky, Arthur Fischer, Shelley Frisch, Ulrike Greb, Dieter Hauck, Hans-Gerd Koch, Leo A. Lensing, Stefan Litt, Sigrid Löffler, Marek Nekula, Itta Shedletzky y Roland Templin por las conversaciones, indicaciones y ayuda física.

Este volumen de la biografía de Kafka fue sostenido por la Fundación S. Fischer, además de por la Fundación para el Fomento de la Ciencia y la Cultura de Hamburgo. Mi especial agradecimiento a Jan Philipp Reemtsma, que en un momento crítico me ayudó con rapidez y sin trabas burocráticas.

«LOS AÑOS DE LAS DECISIONES»

Ulrike Greb ha sido la primera y más próxima lectora.

Ursula Köhler me ha ayudado, con su juicio comprensivo y siempre preciso, a superar todos los escollos y crisis.

A Gerda Fahrni, Henry F. Marasse y Marianne Steiner les debo

valiosas informaciones sobre las familias de Franz Kafka y Felice Bauer. Han escuchado, respondido y narrado con gran paciencia.

Hans-Gerd Koch, Leo A. Lensing y Reinhard Pabst pusieron a mi disposición de forma desinteresada materiales y resultados de su propia investigación. Su aportación a este ensayo biográfico es incalculable.

El número de fallos de última hora que Jochen Köhler rastreó mediante una lectura paciente y rigurosa fue impresionante.

Por las conversaciones, indicaciones y ayuda material recibida, doy las gracias a Bernhard Echte, Arthur Fischer, Beate y Pedro García Ferrero, Ekkehard W. Haring, Waltraud John, Guido Massino, Alexei Mend, Walter Menzel, Richard Reichensperger, Uwe Schweikert, Dietrich Simon, Ulfa von den Steinen, Klaus Wagenbach, Benno Wagner y Mechtild y Christoph von Wolzogen.

Monika Schoeller, editora de S. Fischer Verlag, promovió intensamente el proyecto de una biografía de Kafka desde mediados de los años noventa... incluso cuando las expectativas originarias en cuanto a volumen y tiempo se vieron ampliamente superadas. Ha dado, sin reserva alguna, la mayor libertad posible al libro y al trabajo del autor.

«LOS AÑOS DEL CONOCIMIENTO»

Este trabajo biográfico surgió en continuo intercambio con Ulrike Greb, Ursula Köhler, Jochen Köhler y Anna Boskamp. Debo a sus largos años de paciente lectura y colaboración numerosas mejoras lingüísticas y de contenido, la solución de problemas de exposición, y no menos ánimo en fases especialmente críticas.

Mi especial gratitud para Hans-Gerd Koch. Puso a mi disposición un montón de materiales, informaciones y resultados de la investigación sin los que alguna situación biográfica no habría sido «narrable» o habría permanecido enteramente en la oscuridad.

Por las conversaciones, indicaciones y ayuda material, doy las gracias a Harmut Binder, Klas Daublebsky, Theodor Gheorghiu, Michael Haider, Jan Jindra, Waltraud, John, Věra Koubová, Leo A. Lensing, Naděžda Macurová, Henry D. Marasse, Judita Matyasová, Michael K. Nathan, Reinhard Pabst, Wolf-Detlef Schultz, Václava Vyhnalová y Klaus Wagenbach.

AGRADECIMIENTOS

Las amplias investigaciones efectuadas para este volumen de la biografía de Kafka superaron, tanto temporal como materialmente, el marco originalmente fijado. Hay que agradecer al generoso apoyo de la fundación S. Fischer que aún así el trabajo pudiera ser llevado a su culminación sin pérdida de contenido alguno.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Adler, Alfred 453, 1069-1070
El carácter neurótico 1069
- Adler, Friedrich 454, 1662n
- Adler, Viktor 1662n
- Adorno, Theodor 891-892
 y n.
Dialéctica de la Ilustración
 1035 y n.
- Ady, Endre 2083
- Agnon, S. Y.
Der Brief 1654
- Aichinger, Ilse: *Eiskristalle*
 1138
- Aktion, Die 585n, 790n, 1002,
 1157, 1183
- Alejandro Magno 276, 1673,
 1772
- Alfonso XIII, rey 1805n
- Allgemeine Zeitung des*
Judentums (revista) 1770
- Altenberg, Peter 461, 972,
 1036n, 1180
Pròdromos 1335
- Altmütter, Georg 1196
- Amatista, La* (*Der Amethyst*;
 revista) 696
- Ambrožová, Jarmila 274n,
 1920-1921, 1935, 1942,
 1949, 2063
- Anderson, Laurie: «Pieces and
 Parts» 438
- Anderson, Mark M. 310n
- Andrássy el joven, Gyulá,
 conde de 1814
- André, Librería 1166
- Anzenbacher, Albert 1569
- Aristóteles: *Ética a Eudemo*
 879
- Arnim, Bettina von 162, 1694
- Asociación Central para el
 Cuidado de los Asuntos
 Judíos 253
- Assicurazioni Generali 222n,
 483, 484, 485n, 486, 493 y
 n., 498, 500, 510n, 536, 543,
 549, 560, 589, 876, 1093,
 1204
- Aufbau* (revista) 2179n
- Avenarius, Ferdinand 311-312,
 317n, 318n
Hausbuch deutscher Lyrik
 316
- Baal-Shem, rabino 1714, 1716
- Badeni, Kasimir 226 y n., 227-
 228, 257, 543
- Badt, Hermann 2151
- Baeck, Leo 2182n
- Baedeker (guía) 61, 582, 625,
 627, 669, 670, 672, 677,
 788, 1497, 1595, 1933
- Bahr, Hermann 354
- Bailly, Céline 222
- Baioni, Giuliano 28
- Balabanoff, Angelica 2151
- Balfour, Arthur 1769
- Ball, Hugo 1156
- Balzac, Honoré de 1045
- Bar Kojba, Schimon Ben
 Kosiba 56-57
- Barrett Browning, Elizabeth
 895, 1300

- Bašik, František 114-115, 225 y n., 280-281
- Bassermann, Albert 517, 527-529
- Bassevi von Treuenberg, Jacob 65
- Baudelaire, Charles 454
- Bauer, Anna 880, 913, 914, 915, 917, 921-922, 993, 1101, 1295, 1333, 1370, 1596
- Bauer, Carl 914, 915, 920-923, 953, 1106, 1123, 1135, 1146, 1269, 1290, 1295, 1428-1429
- Bauer, Else 915, 917, 1293, 1689, 2244
- Bauer, Emilie 920-921
- Bauer, Erna 915, 917, 992 y n., 1052, 1102-1103, 1115, 1122, 1262, 1269, 1311, 1331, 1345-1346, 1351, 1427, 1428, 1429-1431, 1476, 2244
- Bauer, Eva 1103
- Bauer, Felice 14, 18, 37, 98n, 137, 144, 201n, 218, 233n, 250n, 251n, 289n, 297, 367, 382, 384, 434, 498, 518, 519, 527-528, 719n, 809, 811-818 y n., 823-827, 830, 837, 841-846, 848-850, 857, 862, 863-880, 884-886, 889-890, 895-898, 902-914, 917, 921-922, 924, 927, 939-941, 950, 953-955, 966-971, 978, 980-981, 987-996, 1001, 1003, 1004-1018, 1036, 1037-1053, 1060-1061, 1066-1068, 1078-1082, 1090, 1094, 1101-1105, 1113-1117, 1130, 1134-1144, 1148-1149, 1241, 1242, 1246, 1251-1259, 1268-1272, 1283, 1286-1298, 1311, 1312-1314, 1322-1334, 1349, 1350, 1391, 1423, 1426, 1428-1431, 1436-1439, 1457-1458, 1470, 1473-1477, 1491-1500, 1529, 1563-1564, 1581, 1589-1593, 1596 y n., 1600-1601, 1613-1620, 1623, 1633-1638 y n., 1649, 1650-1653, 1664-1665, 1678, 1688-1693, 1733, 1741, 1747-1750, 1760-1761, 1794, 1896, 1914, 1918, 1944, 2100, 2108, 2109, 2132, 2146, 2159, 2244
- Bauer, Ferdinand («Ferri») 827, 915, 917, 920, 1101, 1102, 1103, 1242, 1244, 1246, 1268-1269, 1311
- Bauer, Louis 917
- Bauer, Toni 913, 915, 917, 1474
- Baum, Leo 313n, 578n
- Baum, Margarete 577-578 y n., 2244
- Baum, Oskar 313n, 317n, 380n, 511, 514, 576-577 y n., 578-579, 580, 581n, 583, 585, 737-739, 754, 766, 774, 781, 793, 833, 982, 986, 1029, 1158, 1345, 1371, 1391, 1398, 1483, 1640, 1641n, 1642, 1669n, 1730, 1757, 1824n, 1846, 1855, 2007, 2061, 2093, 2106, 2116n, 2117n, 2134, 2241, 2242, 2244
- Das Leben im Dunkeln* [La vida entre tinieblas] 577
- Die Tür ins Unmögliche* [La puerta hacia lo imposible] 1838n

- Uferdasein. Abenteuer und Tägliches aus dem Blindenleben von heute* [Existencia marginal. Aventuras y vida cotidiana de los ciegos de hoy] 577, 578, 738n
- Baumgart, Reinhard 823, 834, 835n
- Bäuml, Max 368, 370 y n., 480, 569
- Baxa, Karel 255, 268 y n., 273, 1820n
- Becher, Johannes R. 1695
- Beck, Hermine 1827-1828 y n.
- Beck, Mathias 160-162
- Beck, Oskar 2224-2225, 2228, 2233
- Beckett, Samuel 27, 1022, 1399, 1764, 2036
El innombrable 1289
- Belcredi, Richard 214n, 218n
- Bellini, Giovanni 908
- Ben Gurión, David 2135n
- Ben Shemen, poblado infantil palestino 1621
- Beneš, Edvard 2017n, 2092
- Benjamin, Walter 351 y n., 352, 367, 615, 892n, 945, 1394, 1780
- Ben-Yehuda, Eliezer 2128 y n.
- Benn, Gottfried 379, 1167, 1176
- Ben-Tovim, Puah Menczel- 2128, 2129-2132 y n., 2143, 2168, 2180 y n., 2245
- Berchtold, Leopold Graf 1338, 1356 y n.
- Bérance, Fred 2022n
- Bergmann, Arthur 411
- Bergmann, Else 303n, 1189 y n., 2132, 2138
- Bergmann, Hugo 109, 145n, 147, 161, 209, 213, 214-215, 217, 235, 241, 243, 248n, 278n, 280, 300-304, 309, 328, 398, 399, 401, 402, 407, 409, 410-416, 633, 635, 637, 641n, 652-653, 756, 1189n, 1360, 1370, 1449, 1452, 1570, 1705, 2129, 2132, 2134, 2136-2137, 2152, 2242
- Untersuchungen zum Problem der Evidenz der inneren Wahrnehmung* [Investigaciones sobre el problema de la evidencia de la percepción interior] 415
- Bergmann, Martin S. 2138n
- Berilos 1306
- Berliner Tageblatt* 667n, 741n, 1104, 1295, 1311, 1610, 1642, 2154
- Berliner Volkszeitung* 2179n
- Berlioz, Hector 629
- La condenación de Fausto* 629
- Bermann, Richard A. 1171, 1172n, 1252
- Bernhard, Thomas 746
- Bernstein, Arthur 1362
- Bernstein, M.
Anleitung zur Verhütung geschlechtlicher Erkrankungen für das männliche Geschlecht [Instrucción para la prevención de las enfermedades sexuales para el sexo masculino] 284
- Bethmann Hollweg, Theobald von 1343n

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Bezruc, Petr 779
 Biliński, Leon von 1406 y n.
 Binder, Hartmut 28, 108n,
 342n, 748n, 944, 1903n,
 2048
 Comentarios a Kafka 944,
 1027
 Manual de Kafka 27
 Binding, Rudolf G. 1149
 Bircher-Benner, Maximilian
 437
 Birnbaum, Nathan 760-761,
 1415
 Bismarck, Otto von 236, 535
 Bizet, Georges
 Carmen 681
 Björnson, Björnsterne 1009
 Blass, Ernst 2178
 Blavatsky, Helena 637
 Blei, Franz 439, 457-459 y n.,
 460 y n., 462n, 509, 526,
 567, 575, 584, 694, 696-
 698, 782, 810n, 1160, 1279-
 1280, 1283, 1286, 1513,
 1516, 1641, 1909, 2106
 Das grosse Bestiarium der
 modernen Literatur
 [El gran bestiario de
 la literatura moderna]
 2106, 2124n
 Die Puderquaste. Ein
 Damenbrevier [La brocha
 del colorete] 697n
 Blei, Maria 694
 Blériot, Louis 598-599 y n.,
 600, 603, 604, 606-607,
 610, 611-612
 Bleschke, Johanna 1346, 1351,
 1578
 Bloch, Grete 834n, 866, 1197,
 1241-1248, 1254, 1256,
 1259, 1262-1265, 1270n,
 1285, 1287, 1292, 1296-
 1297, 1312, 1321, 1322-1333,
 1349, 1382, 1391, 1406,
 1424-1425, 1476, 1490 y
 n., 1492-1494, 1618, 1750,
 2243
 Bloch, Hans 1242, 1312
 Blüher, Hans 1784, 2118
 Secessio judaica 2116
 B'nai B'rith, logia judía 515
 Bocaccio, Giovanni 458
 Bogart, Humphrey 26
Bohemia (revista) 44, 230n,
 393n, 527, 529n, 565, 602 y
 n., 630n, 688, 770n, 1003,
 1555n, 1931n
 Böhm, Marie 908
 Böhmische-Eskompte, banco
 1469n
 Bokhove, Niels 458n, 496n
 Bolecka, Anna
 Querido Franz 1241
 Bonnard, Pierre 616
 Bonus, Arthur 313n
 Borges, Jorge Luis 938, 964
 Born, Jürgen 316n, 1163n,
 1401n, 1580n, 2012n,
 2014n
 Börne, Ludwig 2012
 Bornstein, Trude 1638n
 Borový (editorial) F. 2021n
Börsenblatt für den Deutschen
 Buchhandel (periódico)
 1150
 Bowie, David: «Seven» 1407
 Bowlby, John 135, 138n
 Boyle, Nicholas 28
 Brand, Karl 965-966
 «La reconversión de Gregor
 Samsa» 965
 Braque, Georges 616
 Braun, Lily 306, 826

- Memoiren einer Sozialistin*
[Memorias de una socialista] 306, 1623
- Brehm, A. F.: *Vida de los animales* 2075
- Brenner, Der 1182, 1183, 1185
- Brenner, Josef Chaim 2181 y n.
- Brentano, Franz 399, 400, 402, 404, 406, 407, 413 y n., 465, 637
- Brežina, Otokar 779
- Březnvošský, Václav 255
- Broch, Hermann 943, 1070, 1908
- Brockhaus, empresa 2021
- Brod, Adolf 361, 362, 363
- Brod, Elsa, *véase* Taussig, Elsa
- Brod, Fanny 363, 364-365
- Brod, Max 9, 14, 15, 19, 21, 31, 38, 122, 123 y n., 212, 347-363, 366-371, 372, 381, 383, 384-385, 393-396, 397, 401, 402, 403, 405, 406-407, 412, 432, 439, 445, 449n, 453, 455-459, 470, 471, 472, 475, 477, 480, 489, 504, 505, 507, 514, 518, 520, 522, 525, 526, 530, 558, 565, 567, 568, 569-584, 589, 591-597, 599-608, 610-611, 613-614, 616-620, 622-623, 625, 628, 630 y n., 631-633, 636, 637, 649-650, 652-654, 659-660, 664-679, 681-687, 688, 694-696, 729-732, 737, 738, 741-741, 746, 755, 758-760, 771-779, 781-785, 788-790, 793, 796, 799, 801-814, 837, 855, 857-858, 861, 885, 897-898, 902, 904, 950, 970, 982-983, 985, 987-989, 1001-1003, 1011, 1013, 1018, 1035, 1041, 1042, 1065, 1071-1073, 1076, 1091, 1098, 1106, 1117, 1144-1146, 1157-1159, 1162-1163, 1165-1166, 1169n, 1180-1188, 1208, 1217, 1249, 1250-1252, 1273-1274, 1276, 1280, 1305, 1306, 1321-1323, 1345, 1359, 1367, 1371, 1376-1378, 1395, 1397, 1416-1419, 1433-1434, 1445, 1471-1473, 1483, 1490, 1502, 1512, 1519, 1577, 1595, 1605, 1606, 1610-1612, 1615, 1621-1624, 1630-1632, 1640, 1665, 1666n, 1669, 1696, 1700-1704, 1708, 1724, 1728, 1735-1736, 1782-1783, 1789, 1801, 1818-1820, 1829, 1854, 1949, 2007, 2009n, 2054-2057, 2096, 2116, 2108-2109, 2120-2121, 2142, 2143, 2201-2202, 2231-2232
- Anschauung und Begriff*
[Visión y concepto] 637, 1145, 1251
- Arkadia* (revista de poesía) 1182n
- Arnold Beer* 359, 758, 774, 790n, 1158
- Aus ei-ner Nähsschule* [De una escuela de costura] 732
- Erziehung zum Hetäre,*
Die [La educación de la hetaira] 575
- Franzi oder Eine Liebe zweiten Ranges* [Franzi

- o Un amor de segundo rango] 2061
grosse Wagnis, Das [La gran empresa] 355, 358
Heidentum, Christentum, Judentum. [Paganismo, cristianismo, judaísmo] 2054, 2118
Höhe des Gefühls, Die [Las cumbres del sentimiento] 776, 987, 1928
Jüdinnen [Judías] 774
Leben mit einer Göttin [Vida con una diosa] 2061n
Leoš Janáček. Mira. Ein Roman um Hofmannsthal [Mira. Una novela en torno a Hofmannsthal] 2061n
 «Lugano-See» [«El lago de Lugano» 672n]
Prager Kreis, Der [El círculo de Praga] 580, 600n
Reübeni. Fürst der Juden [Reubeni, príncipe de los judíos] 2232 y n.
 «Richard und Samuel» [Richard y Samuel] 515n, 530n, 663n, 681n, 782n, 783-784, 1145, 1165, 1378
Schloss Nornepygge [El castillo de Nornepygge] 510n, 570, 571, 572, 573n, 574, 597, 789, 812, 1157
Streitbares Leben [Una vida en conflicto] 250n, 314n, 340n, 341n, 342n, 353n, 360n, 361n, 370n, 407n, 444, 592n, 740, 741n
Tagebuch in Versen [Diario en versos] 569, 741
Tod den Toten! [¡Muerte a los muertos!] 445 y n., 574n, 696
Ein Tschechische Dienstmädchen [Una criada checa] 571, 572-573 y n., 575
Ein Tycho Brahes Weg zu Gott [El camino hacia Dios de Tycho Brahe] 654, 1184, 1433
Über die Schönheit häßlicher Bilder [Sobre la belleza de las imágenes feas] 1167
Warum singt der Vogel? [¿Por qué canta el pájaro?] 406
Weg des Verliebten, Der [El camino del enamorado] 458
Weiberwirtschaft [La casa de las mujeres] 1186
 «Weltgeschichte» [«Historia Universal»] (poema) 1002
Zauberreich der Liebe [El reino mágico del amor] 369-370
Zwillingspaar von Seelen [Dos almas gemelas] 407
 Brod, Otto 363, 591, 597, 600, 616, 622, 631, 632n, 731, 812, 1543, 2244
 Brod, Sophie 363, 394, 847-848, 904, 1584n
 Brody, Heinrich 2129
 Bronnen, Arnold
Vatermord [El parricidio] 1877

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Brown, Frederick 1019
 Browning, Robert 895, 1300-1301, 1960
 Brunson, Doyle 631
 Buber, Martin 637, 638n, 639, 641 y n., 654, 756, 758-760, 762n, 1017, 1172n, 1187, 1188, 1194, 1313, 1358, 1415, 1418, 1606, 1611, 1617, 1622, 1624-1626, 1627n, 1631, 1633, 1636, 1698, 1702-1708, 1710, 1767, 1810, 1929, 2116, 2245
 Busse, Carl 2195
 Busse, Christine 2197
 Busse, Paula 2195, 2196, 2197 y n.
 Calasso, Roberto 2072
 Calderara, Mario 606, 611
 Camus, Albert 91
El extranjero 1373
 Canetti, Elias 31, 823, 864, 867, 972-943, 969, 1005, 1110, 1264, 1326, 1424, 1746, 1750-1752
El otro proceso de Kafka 31, 942
 Capaldi, Peter: *It's a Wonderful Life* 948
 Čapek, Karel: *El meteorito* 1470
 Carlos I, emperador 274, 1663, 1673n, 1674n, 1765, 1813, 2017n
 Carlos IV, emperador 337
 Carlos VI, emperador 64
 Carossa, Hans 586
Čas (revista) 1359n
 Cassirer, Paul 1695, 1714
 Čejka, Zdenko 69
 Céline, Louis-Ferdinand: *Viaje al fin de la noche* 247, 1573
 César, Julio 218
 Chamisso, Adelbert von
Peter Schlemihls wundersame Geschichte [La maravillosa historia de Peter Schlemihl] 1635
 Chan, Charly 947
 Chaplin, Charles 935
 El chico 531
 Tiempos modernos 935
 Chopin, Frédéric 1604
 Claudel, Camille 1062
 Claudel, Paul 1289
 Claudius, Matthias 2196n
 Club de Artistas Alemanas 390, 1037n, 1149n
 Club de la Juventud 306n
 Colet, Louise 865
 Colette, Sidonie-Gabrielle 628
 Comenius, Johann Amos (Jan Komenský) 150
 Concordia, asociación de artistas 454, 455
 Conrad, Joseph
El agente secreto 925
 Conrad von Hötzendorf, Franz 999-1000, 1336, 1338, 1340, 1341-1342, 1356n, 1448, 1523
 Courths-Mahler, Hedwig 1639n
 Čuchalová, Anna 195n
 Curtiss, Glenn 605, 611
 Czernin von Chudenitz, Diviš 58n
 Dalcroze, Émile-Jacques 1317
 Dallago, Carl 1249
 D'Annunzio, Gabriele 603, 605-606

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Forse che sì forse che no*
[Puede que sí, puede que no] 611
- Dante Alighieri 1418
- Danziger, Erna 1126
- Darwin, Charles 307, 308, 471, 1131
- Däubler, Theodor 1642
- Dauthendey, Max 779
- David, Helene 2140
- David, Josef 1486, 1487, 1587n, 1654-1655, 1677, 1682, 1687, 1763, 1764, 1801n, 1856-1861, 1947, 1981, 2089, 2091-2092, 2155, 2172, 2192
- David, Věra 2006, 2008, 2089, 2091, 2106, 2213
- Dehmel, Richard 456, 1158, 1355
- Delbrück, Clemens von 1334
- Deleuze, Gilles 823
- Demetz, Hans 2241
- Demetz, Peter 608, 956
- Deml, Ferdinand 237-239
- Dessauer, Josef 511
- Deutsch, Ernst 277, 743
- Deutsche Arbeit* 332, 333, 548n
- Deutsche Montags-Zeitung* 1628
- Deutsche Verlags-Anstalt 1510
- Deutsche Zeitung Bohemia* 2011n
- Diamant, Dora 185 y n., 274 y n., 531, 2148-2149 y n., 2150-2157, 2161, 2164 y n., 2165, 2171, 2176-2180 y n., 2181-2182, 2184, 2191-2194, 2200-2203, 2214-2216, 2224, 2225-2230, 2235, 2237, 2239, 2240-2241, 2244-2245
- Diamant, Frajda 2149 y n.
- Diamant, Herschel Aron 2149, 2231
- Dickens, Charles 929, 1045, 1164, 1784, 1834
- David Copperfield* 929, 930, 945
- Diederichs, Eugen 774, 789
- Dietz, Ludwig 447n
- Dittrich, Karl 1560n
- Dlouhý (contable) 115
- Döblin, Alfred 379n, 523n, 1913, 2168
- Doderer, Heimito von 379n, 655, 2107
- Erleuchteten Fenster, Die* [Las ventanas iluminadas] 1585n
- Escaleras de Strudlhof, Las* 172, 1585
- Dollfuss, Engelbert 465n
- Donauland* (revista) 1697 y n., 1713
- Dostoievski, Feodor 586, 726, 780, 872, 1009n, 1011, 1045, 1147, 1148, 1306, 1403, 1519, 1575, 1622, 2002
- adolescente, El* 586
- Crimen y castigo* 1403
- doble, El* 974
- hermanos Karamazov, Los* 1500
- Doubek, Eduard von 81
- Dr. Blochs's Österreichische Wochenschrift* (revista) 1770
- Du Camp, Máxime 782
- Dujardin, Édouard 439
- Durero, Asociación 312 y n., 316
- Dvořák, Antonín 1604

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Dvorský 1075-1077, 1177
 Dyks, Viktor 263n
 Dymant, véase Diamant
- Eckermann, Johann Peter
Conversaciones con Goethe
 240
- Eckhart von Hochheim 397,
 759
- Edison, Thomas Alva 167,
 525
- Eduardo VII, rey del Reino
 Unido 1604
- Eduardova, Yevguenia 521 y
 n., 591
- Eger, Karl 1559-1560
- Eggenberg, Hans Ulrich von
 67
- Ehrenfels, Christian von 331,
 399, 402 y n., 404-405,
 412, 1251
Kosmogonie [Cosmogonía]
 405
- Ehrenstein, Albert 461n, 741n,
 1055, 1059, 1172n, 1176,
 1203, 1252, 1695, 2016,
 2047, 2245
- Ehrenstein, Carl 1059, 1156,
 1176
- Einstein, Albert 236, 307, 651,
 652-655
- Einstein, Carl 379n
- Eisner, Ernst 488, 489n
- Eisner, Minze 1998, 2016,
 2148n
- Eisner, Paul (Pavel) 489n
- Eliot, George 60n
 El velo alzado 60n
- Engels, Friedrich 1362n
- Epstein, David 1728
- Erikson, Erik H. 134, 135
- Ernst, Paul 789
- Eulenberg, Herbert 779,
 1004, 1006, 1009n, 1149,
 2188
Euphorion (revista) 332
- Fackel, Die* [La antorcha]
 (revista) 270, 271n, 378n,
 380, 583-584, 740-741,
 868, 1180, 1185, 1250, 1345,
 2003, 2122, 2124, 2200
- Faktor, Emil 230
- Falkenhay n, Erich von 1334,
 1342
- Fanta (salón) 398, 400, 401n,
 411, 653
- Fanta, Berta 397-398 y n.,
 399n, 401, 409, 414, 426,
 582, 585, 633, 637, 640, 737
- Fanta, Else 409-410, 414, 415
 y n.
- Fanta, Ida 401
- Fanta, Max 397, 398, 410
- Fanta, Otto 397, 1189
- Fantl, Leo 1252
- Faulkner, William 75
- Fechner, Gustav Theodor 397
*Zend-Avesta oder über die
 Dinge des Himmels und
 des Jenseits* [Zend-Avesta
 o Sobre las cosas del cielo
 y del más allá] 397
- Federico del Palatinado 53
- Federn, Paul 1876
Die vaterlose Gesellschaft
 [La sociedad sin padre]
 1876
- Feigl, Ernst 1698, 2244
- Feigl, Friedrich 1613, 1614 y
 n., 1622, 1698n
- Fellini, Federico 939
- Fernando II, rey de Bohemia
 52-53, 57, 65

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Fichte, Johann Gottlieb
Wissenschaftslehre
 [Doctrina de la ciencia]
 409
- Ficker, Ludwig von 1185,
 1250
- Film-Kurier* (revista) 1920n
- Fischel 71
- Fischer, S. (editorial) 13, 315,
 524n, 792n, 1158, 1172,
 1582n
- Fischer, Samuel 1174, 1278,
 1281, 1283, 1506
- Flammerschein, Oskar 283n
- Flaubert, Gustave 137, 326,
 441-442, 452, 515, 564-566,
 574, 581, 586, 613, 617, 625,
 630, 668, 726, 776, 780,
 782, 800, 854, 865, 937,
 978, 1132, 1147, 1148, 1291,
 1519, 1575, 1759, 2020
educación sentimental, La
 441-442 y n., 564, 565,
 625n, 626
- Madame Bovary* 442
- Tentation de saint Antoine,*
La (La tentación de san
 Antonio) 617
- Fleischmann, Siegmund 492,
 549
- Fletcher, Horace 430n
- Fliess, Wilhelm 376n, 377n
- Foerster, Friedrich Wilhelm
 1878-1879
- Jugendlebre* [Educación de
 la juventud] 1634, 1878,
 1879, 1634n-1635n
- Fontane, Emilie 322n
- Fontane, Theodor 322n,
 586
- Forberger, Jolán 1986, 1987,
 1993, 2007
- Förster-Nietzsche, Elisabeth
 399n
- France, Anatole 1696
- Francisco Fernando,
 archiduque de Austria 1318-
 1319, 1334, 1340
- Francisco José I, emperador
 48, 49, 180n, 273, 520,
 1337, 1343n, 1350, 1356,
 1604, 1661, 1663, 1676
- Frank, Philipp, 653
- Frankfurter Zeitung*
 (periódico) 1078, 1079
- Frankl, Michal 263n
- Franklin-Grout, Caroline 565
- Freud, Anna 134
- Freud, Martin 1368n
- Freud, Sigmund 121-123, 134,
 307, 377n, 468, 469, 652,
 824, 973-975, 1208, 1368,
 1539, 1604, 1699, 1876,
 2218, 2221n
- La interpretación de los*
sueños 122
- Freund, Ida 345, 397
- Friede, Der* (semanario) 582
- Friedell, Egon 519, 1909
- Friedländer, Salomo 1642
- Friedländer, Saul 310n
- Friedmann (ayudante de
 librería) 117
- Friedmann, Max 809
- Friedmann, Sophie, véase
 Brod, Sophie
- Friedrich, Paul 461n, 1164
- Fritz, Rose L. 1077
- Fröhlich, Katharina 1196
- Fromer, Jakob: *El organismo*
del judaísmo 761n
- Fuchs, Rudolf 580, 986, 987,
 1166, 1692n, 1698, 1758n,
 2241, 2245

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- G.W. («la suiza») 1214, 1217
Gablonzer Zeitung 709
 Gans 115
Gazzetta dello Sport 604
Gegenwart, Die 353n, 403n, 406, 407, 439, 575
 Gellert 890-891 y n.
Genius 2087 y n., 2088, 2089
 Georg, Manfred 2179n
 George, Stefan 390, 1153
 Gerke, Hans (Jan) 1641n
 Gernhardt, Robert 1176
 Gibian, Camill 299, 328
 Gilman Sander, L. 1727n
 Glas, doctor 224
 Goethe, Johann Wolfgang 27, 194, 240, 241, 315, 326, 416, 668, 712, 726, 780, 786-787 y n., 788-790, 891, 977, 1100
Canción de Mignon 790, 1501
Fausto 996
Tasso 240, 973
Viaje a Italia 1205, 1211-1212
West-östlicher Divan [El diván de Oriente y Occidente] 1914
 Gógol, Nikolái 586, 1604
 Goldfaden, Abraham 746, 750
 Sulamith 746
 Goldschmiedt, Guido 328-329
 Goltz, Hans 1641, 1642, 1646
 Goncourt, Edmond y Jules 628
Manette Salomon 628
 Gontard, Susette 807
 Gordin, Jakob 750
El salvaje 750
 Gottwald, Adolf 234-235, 308
 Grab, Hermann 171
Der Stadtpark [El parque municipal] 171
 Graetz, Heinrich
Historia popular de los judíos 761n, 917
 Green, Julien
Leviatán 1257, 1395
 Grillparzer, Franz, 240, 241, 332, 381, 387, 699, 726, 776, 780, 834, 923, 1132, 1147, 1148, 1195-1197, 1202, 1289, 1306, 1519, 1622
arme Spielmann, Der [El pobre músico] 834 y n., 1196, 1945n
König Ottokars Glück und Ende [Fortuna y fin del rey Ottokar] 241
 Grimm, cuentos de 2165, 2165
 Gross, Hans 467, 468-469 y n., 471, 1699 y n., 1700, 1878
Archiv für Kriminal-Anthropologie [Archivo de antropología criminal] 468
 Handbuch für
Untersuchungsrichter, Polizeibeamte, Gendarmen [Manual para jueces de instrucción, funcionarios de policía y gendarmes] 467
 Gross, Otto 468, 469n, 665, 1698-1699 y n., 1703, 1876-1877, 1908, 2113, 2160
 Grün, Nathan 276-277
 Grünberg, Abraham
Ein jüdisch-polnisch-russisches Jubiläum [Un jubileo judeo-polaco-ruso] 1623n
 Grünthal, Julius 2182n

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Gschwind, Emil 214-216, 218,
220, 402n
- Guattari, Felix 823
- Guex, Germaine 138-140
Le syndrome d'abandon [El
síndrome de abandono]
139
- Guillermo I, rey de Inglaterra
66n
- Guillermo I, emperador de
Prusia 685
- Guillermo II, emperador 167n,
999, 1334, 1337, 1339, 1341,
1343n, 1355, 1457, 1557
- Gummi-Zeitung* (revista) 851
- Gustafsson, Lars 232
- Gütling, Alois 711, 1531
- Haas, Willy 274n, 514, 580,
583, 584, 636, 743, 783,
973, 979, 985, 1073, 1181,
1289-1290, 1318, 1345,
1370, 1919-1920, 1922-
1923, 2178, 2240, 2245
- Hadwiger, Victor 454-456
Gedichte [Poemas]
456
- Haeckel, Ernst 308, 309
- Hajek, Markus 2218 y n., 2219,
2221, 2222-2224, 2233
- Hamsun, Knut 586, 1009,
1631, 1696, 2060
Bendición de la tierra, La
1853
Hambre 1022
- Hardekopf, Ferdinand 1156
- Harden, Maximilian 1358
- Hardt, Ludwig 351, 2010-
2015, 2021, 2023, 2025 y
n., 2026-2027, 2178, 2185,
2196
- Harman, Mark 2205n
- Hartmann, Heinz 134
- Hartungen, Christoph
Hartung von 1208, 1209-
1211, 1214
- Hašek, Jaroslav 353, 1390,
1544
- Hasenclever, Walter 777, 1151,
1156, 1510, 2189
Conversación interminable,
La 1156
Sohn, Der [El hijo] 1877
- Hattingberg, Magda von 895
- Hauff, Wilhelm
Mitteilungen aus den
Memoires des Satan
[Noticia de las memorias
de Satán] 736n
- Hauptmann, Eckart 1365
- Hauptmann, Gerhart 527,
1009, 1158, 1282, 1355,
1365-1366, 1622, 1631,
1669
Atlantis 527, 645
Emmanuel Quint, el loco en
Cristo 1622, 1623n
- Hauptmann, Ivo 1365
- Hauptmann, Klaus 342, 1365,
2011
- Hausmann, Raoul 2179n
- Hawthorne, Nathaniel
Wakefield 964
- Hebbel, Friedrich 25, 371,
393n, 463, 567, 726, 780,
864, 1009n
Cofrecillo de joyas 2204-
2205
- Hebel, Johann Peter 315, 586
- Hecht, Hugo, 147, 161, 209-
210, 234-235, 240, 282-284,
286n, 296, 299, 342n
- Hegel, Georg Wilhelm
Friedrich 206, 399

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Fenomenología del espíritu*
409
- Hegner, Jakob 444, 1317, 1318,
2016
- Heilborn, Lydia 1244
- Heimann, Moritz 524n, 1160
- Heine, Heinrich 317n, 712,
2011, 2012, 2014
- Die Wanderratten* [Las ratas
errantes] 2011
- Heinemann, Otto 991
- Heinold, Karl Freiherr von
1201
- Heise, Carl Georg 2087n
- Hejná, Růžena 1830
- Hejzlar, František 1899n
- Hejzlarová, Milena 1898,
1899n
- Heller, Erich 864
- Hendrix, Jimmy 2206
- Hennetmair, Ignaz 746
- Hennings, Emmy 1156
- Herben, Jan 1359n
- Herder, Johann Gottfried 240
- Herderblätter* (revista) 515 y n.,
743, 783
- Hermann, Eduard 645
- Populäre Theosophie*
[Teosofía popular] 645
- Hermann, Felix 223n, 764 y
n., 1446, 2146, 2147, 2243
- Hermann, Gerti 1446, 1882,
2146, 2147
- Hermann, Hanna 2140
- Hermann, Karl 718-720, 721,
851, 858, 860, 1452-1453,
1684, 1685-1686, 1803,
1882, 2049, 2078, 2080,
2221
- Hermann, Leo 1818n
- Hermann, Otto 2030 y n.,
2031, 2037
- Hermann, Paul 1435-1436,
2074
- Herrmann, Leo 573, 2136,
2139
- Hertzka, Emil 388n
- Herzen, Alexander I 1784
- Herzfelde, Wieland 1627
- Herzka, Leopold 388n
- Herzl, Theodor 756-757,
1190-1193, 1417, 1769,
2118n, 2150
- Hesse, Hermann 456, 586,
892, 1070
- Hessing, Friedrich 365
- Heym, Georg 972, 2012
- Heymel, Alfred Walter 462n
- Hildesheimer, Wolfgang 23
- Hiller, Kurt 571, 774, 789-
790, 1182
- Weisheit der Langenweile*
[Sabiduría del
aburrimiento] 1182
- Hilsner, Leopold 264, 265-
269, 274n, 1820n, 1923
- Hiroshige, Utagawa 346
- Hirschfeld, Magnus 1208
- Hitler, Adolf 1928, 2143
- Hitzer 977
- Hnilička, señora 2094
- Hofer, Andreas 1892
- Hoffmann, Camill 1164, 2203n
- Hoffmann, E. T. A. 962, 2165
- Hoffmann, Heinrich
- Der Struwwelpeter* [Pedro
Melenas] 1925
- Hoffmann, Hugo 2223
- Hofmannsthal, Hugo von
379n, 396, 441, 452, 456,
459, 1355, 1540, 1679n
- Carta de lord Chandos* 581
- difficil, El* 735
- Hohenborn, Wild von 1767n

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Hokusai, Katsushika 346
Hölderlin, Friedrich 807
Holitscher, Arthur 785, 933, 934, 2130 y n.
Reise durch das jüdische Palästina [Viaje por la Palestina judía] 2130
Hölle, Die (cabaret) 519
Holub, Anton 2002
Holzapfel, Rudolf Maria 1784
Homero 208, 240, 1418
Ilíada 207, 218, 219
Hopf, Ludwig 652-653 y n.
Horacio 218
Odas 1422
Horb, Max 345, 353n
Horkheimer, Max
Dialéctica de la Ilustración 1035
Horneffer, Ernst 399 y n.
Horthy, Miklós 2017
Housman, A. E. 591
Hrůza, Agnes 264
Hrůza, Jan 268n
Hrůzová, Anežka 267
Huber, Jean 623n
Hübottter, Franz 595n
Huch, Ricarda 456, 1006
Hugo, Victor
Nuestra Señora de París 963
Huillet, Danièle
Relaciones de clases (película) 938-939
Hušek, Jaromir 266 y n.
Husserl, Edmund 415
Huysmans, Joris-Karl 439
Hyperion (revista) 458-459, 460 y n., 462, 696, 697 y n., 727, 776, 811, 1150
Ibsen, Henrik 342, 1009, 1604, 2060
Illová, Milena 1914n
Illový, Rudolf 305, 1914n
Insel, Die (revista) 459
Insel (editorial) 1151, 1538, 1539n
Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo 17, 222n, 490, 491-492, 493 y n., 495, 532, 534n, 536, 537-538, 541, 542, 543n, 546, 548, 551, 558n, 621, 631, 702, 707, 708n, 712n, 793, 822, 842, 907, 1001, 1080, 1082, 1083, 1086, 1095, 1142, 1177, 1195, 1200, 1295, 1373, 1384, 1462, 1468, 1469n, 1481, 1530, 1531n, 1535, 1542, 1545, 1547, 1548, 1570, 1679, 1681, 1733, 1734, 1737, 1753, 1796, 1797, 1804, 1822, 1826, 1882, 1949, 1996, 2005, 2014, 2016, 2019n, 2031, 2075, 2172
Izvol'ski, Alexander 1338
Jacob, Heinrich Eduard 1164
Jacobsen, Jens Peter 1006
Jacobsohn, Siegfried 1273
El caso Jacobsohn 1273
Jacobson, Edith 141
Jahnn, Hans Henny 237n
Fluss ohne Ufer [Río sin riberas] 1019, 1444, 1795
Janáček, Leoš 353, 1819 y n.
Jenufa 1819n, 2201
Janouch, Gustav 231, 276n, 344n, 390n, 651n, 960, 1835-1837, 1849, 1948, 1998
Gespräche mit Kafka [Conversaciones con

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Kafka] 231n, 276n, 459n,
651n, 1323n, 1836
- Janowitz, Franz 580, 1160
- Janowitz, Hans 580, 1160,
1182n, 1250
- Jawlensky, Alexej von 390
- Jensen, Johannes
El Kondignog 952
- Jesenská, Milena 14, 73n, 120
y n., 121n, 224, 225n, 248n,
374, 623n, 745, 825, 834n,
863, 866n, 868-869, 1305,
1837, 1895, 1896-1914,
1916-1921, 1931n, 1932-
1966, 1974, 2003-2004,
2007n, 2047, 2051, 2058,
2069, 2093, 2096, 2108,
2109, 2241, 2243
- Jessenius (Jesenský), Jan 54,
55-56, 1898-1904, 1956,
1964-1966, 1976
- Jesser, Franz 333
- Jesús de Nazaret 797, 2000
- Jílovská, Staša, 1950, 1963
- Jonke, Gert: *Der ferne Klang*
2037
- Josci, señora 497, 510
- José II, archiduque de Austria
92
- Joven Praga 454, 455-456, 575,
581
- Joven Viena 454
- Joyce, James 27, 943, 1204
- Jude, Der* ('El judío', revista)
761, 1624, 1625, 1626,
1627, 1702, 1704, 1705-
1708, 1781, 1784, 2116,
2117
- Jüdische Rundschau* (revista)
370n, 1684n, 1784, 2117
- Jugend* (revista) 389
- Juncker, Axel 445n, 458n,
570n, 575, 577, 740, 773,
774, 776, 1169n, 1539
- Jung, Carl Gustav 652
- Jünger, Ernst
Tempestades de acero 1546
- Jurovics, librería 2154
- Just, Adolf 794-798
Kehrt zur Natur zurück!
[¡Retorna a la
Naturaleza!] 795
- Kafka, Angelus 86 y n., 87,
177, 235n, 341n
- Kafka, Bruno 340-341 y n.,
343n, 465n, 538
- Kafka, Elli 145n, 200, 223n,
317n, 701, 718, 850, 887,
951, 1114, 1120, 1257, 1369,
1372, 1382-1383, 1385, 1439,
1446, 1452-1453, 1456,
1457, 1479n, 1484, 1684,
1686, 1744, 1879-1881,
2090, 2142, 2144, 2155,
2184, 2227, 2231, 2241,
2243
- Kafka, Elsa 1418
- Kafka, Filip 86, 324n, 477
- Kafka, Gabriele 195, 201
- Kafka, Georg 106-107, 108
- Kafka, Heinrich 86, 107, 108
- Kafka, Hermann 75, 77 y n.,
79-80, 82-90, 99-100, 103-
105, 110-113, 114n, 115-117,
125-127, 149, 155-156, 168,
195n, 200, 202-204, 211,
247, 250, 252, 260, 263,
272, 292-293, 305, 324,
327, 361, 388, 417, 427-428,
700, 703, 705, 764-765,
821, 850, 852, 860, 984,
1118, 1257, 1295, 1312, 1349,
1354n, 1383, 1413, 1655,

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- 1686, 1757, 1763, 1799,
1803, 1830, 1843-1845,
1847-1848, 1855, 1870-1871,
1992, 2157, 2170, 2237-
2238, 2241, 2244
- Kafka, Irma, 1654, 1655, 1687,
1689 y n., 1756 y n., 1757,
1764n, 1799n, 1801n, 1803,
1861, 1866, 1654-1655, 1756
y n., 1757, 1861
- Kafka, Jakob 77-79, 231
- Kafka, Josef 71, 1373, 2037
- Kafka, Julie 68n, 77n, 81n,
82n, 89, 90, 108 y n., 109,
126, 141, 156, 223, 248,
250n, 280, 417, 427, 784,
857, 861, 910, 911-912,
1123, 1596, 1598, 1664,
1734, 1756, 1757-1758,
1799, 1842, 1846, 1884,
2016n, 2170, 2237-2239,
2241, 2244
- Kafka, Löbl 70
- Kafka, Moritz 341n
- Kafka, Oskar 324 y n.
- Kafka, Ottla 97, 195, 200n,
202-206, 232, 261, 669,
700, 701, 705, 715-717,
754, 766, 833, 852-853,
859, 951, 958, 960, 966,
983, 1029, 1063, 1109, 1138,
1214, 1249, 1311-1312, 1391,
1411, 1414, 1478, 1484,
1487, 1496, 1576, 1587,
1641, 1654-1656, 1665,
1674, 1677, 1681-1687,
1719, 1723, 1741, 1748,
1754, 1757, 1762-1763,
1796, 1803-1804, 1807,
1833, 1856-1859, 1871, 1883-
1884, 1893, 1912, 1932,
1941, 1981, 1985-1986,
1997, 2001, 2005, 2045,
2084, 2089-2090, 2096,
2105-2106, 2140, 2155-
2157, 2172, 2184, 2192,
2227, 2243
- Kafka, Otto 477
- Kafka, Robert 186, 187n, 720 y
n., 721n, 1469, 1589n, 1859
- Kafka, Samuel 341n
- Kafka, Valli 195, 201, 202,
401, 821, 833, 983, 1001,
1017, 1114, 1120, 1257,
1369, 1372, 1439, 1484,
1586, 1598, 1688, 2243
- Kahanamoku, Duke 1967
- Kahn, Harry 517n
- Kaiser, Georg 2111, 2189
- Kaiser, Julie 2019n
- Kayemeth, Keren 302
- Kalmer, Josef 1906n
- Kálnoky, Gustav 173n
- Kampf, Der (periódico
socialdemócrata) 1662n
- Kandinsky, Vasily 390, 1646
- Kannegiesser, señora 1414
- Kanner, Heinrich 1406
- Kant, Immanuel 356, 399,
1067-1068
Crítica de la razón pura 409
*Prolegómenos a toda
metafísica futura* 409
- Kapielski, Thomas
Davor kommt noch 841
- Karl, Frederick R. 884n
- Karo, Yosef ben Efraim
1995n
Shulján Aruj 1995n
- Karpathen-Post (periódico)
2002
- Kars, Georg 613, 614n
- Kassner, Rudolf 586
- Kastil, Alfred 404

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Kaus, Gina 1907n, 1909,
1907n, 1909, 1910n
Aufstieg, Der [La ascensión]
1910n
Diebe im Haus [Ladrones en
la casa] 1910n
- Kavafis, Konstantinos 1098
- Kayser, Rudolf 2088, 2178
- Kaznelson, Siegmund 1704n,
2180
- Keller, Gottfried 664, 2013
- Kellermann, Bernhard 656 y
n., 1158
El túnel 656n, 1158
- Kepler, Johannes 654 y n.
- Kerr, Alfred 379n, 442, 1186,
1354
- Key, Ellen 494, 495
- Khol, František 1055, 1060
- Kierkegaard, Søren 49, 381,
884n, 972, 1145, 1148, 1289-
1291, 1784-1785, 1794
El instante 1784
Diario de un seductor 884
*Etapas en el camino de la
vida* 728, 1289
Temor y temblor 1784, 1785,
1996n
- Kirchner, Margarethe 787,
788n, 789-792 y n.
- Kisch, Bruno 218 y n.
- Kisch, Egon Erwin 71, 148,
171, 306, 393n, 504, 1003,
1357, 1358, 1449, 1469,
1543, 1576n, 1909, 2178,
2192n, 2245
- Kisch, Guido 213, 216, 466
- Kisch, Oskar 220
- Kisch, Paul 334, 340, 389, 393
y n., 393n
- Klaus, Hans 1834-1835 y n.,
1837 y n., 1998
- Klaus, Viktor 1834-1835 y n.
- Klein, Melanie 135
- Kleist, Heinrich von 241, 726,
780, 864, 939, 1011, 1147,
1148, 1164, 1519, 1642,
1666, 2015, 2165
*Anekdote aus dem letzten
preussischen Krieg*
[Anécdota de la última
guerra prusiana] 2010,
2015
Michael Kohlhaas 1252
*Prinz Friedrich von
Homburg* [El príncipe de
Homburg] 241
- Klingemann, August: *Las
vigilias de Bonaventura* 772
- Klopstock, Adolf 1999
- Klopstock, Friedrich Gottlieb
240
Der Messias [El Mesías]
240
- Klopstock, Gizella 1999
- Klopstock, Hugo Georg 1999,
2017 y n.
- Klopstock, Robert 866n, 1786,
1996, 1999-2002, 2007,
2016n, 2017n, 2022, 2026-
2027, 2028, 2052, 2079-
2083, 2090, 2093, 2116n,
2119, 2124, 2137, 2140,
2180, 2186, 2201, 2212,
2218, 2219, 2224, 2225,
2228-2229, 2234-2236,
2239-2240, 2245
- Klug, Flora 751, 1781n
- Kmen (semanario) 1912, 1913
- Knappová, Vlasta 1965 y n.,
1966
- Kneipp, Sebastian 433
- Koch, Hans-Gerd 28
- Koch, Robert 1722

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Kodym, Odolen 1886, 1888,
1982, 2029, 2031, 2075,
2077n
- Kohane, Abraham 1611n
- Kohler, Paní 1908n
- Kohn, Hans 213, 762, 1164,
1469
- Kohn, oficial de correos 318
- Kohn, Selma 318-319, 320n
- Kohn, Siegmund 558n
- Kokoschka, Oskar 1167, 1180
- Kölwel, Gottfried 1649, 1697
- Körner, Josef 582n, 1697
- Kornfeld, Paul 514, 580, 636 y
n., 743
- Kral, Heinrich 1806, 1808,
1823, 1982, 1991
- Kramár, Karel 1451
- Krasnopolski, Horaz 413n, 465
y n., 466-467
- Kraus, Arnošt Vilém 337
- Kraus, Karl 270-271, 295-296,
354-355, 378, 583-584, 640,
740, 741, 771, 868, 1003,
1142, 1181-1182, 1184, 1186,
1187, 1250, 1276, 1342,
1361, 1362, 1501, 1506,
1568, 1739, 1812, 2013,
2020, 2121-2123, 2200,
2210n
- Dichos y contradichos* 1853,
1886
- En esta gran época* 1361
- Los últimos días de la
Humanidad* 2013 y n.
- Literatur oder Man wird
doch da sehen* [Literatura
o ya se verá] 2020, 2122
- Kraus, Karl (Strakonitz) 1812
- Kraus, Oskar 207, 208, 213,
404
- La Meyeríada* 207-208
- Křižík, František 175
- Krobatin, Alexander Freiherr
von 1338
- Krofta, V.K. 711, 712n
- Krofta, Václav 1827n
- Kubin, Alfred 509, 563, 678,
962-963
- Die andere Seite* [El otro
lado] 962
- Kubinzky, Emil 174n
- Kudszus, Winfried 1022n
- Kuh, Anton 1698, 1700, 1909
- Kuh, Marianne («Mizzi»)
1700
- Kuh, Sophie 1700
- Kurt Wolff (editorial) 526,
1060, 1145n, 1156, 1160,
1165, 1166, 1169, 1172, 1182
- Kvapil, Jaroslav 712n
- Kyast, Lydia 521n
- Labor, Josef 576
- Laforgue, Jules 439, 457,
461n, 481n, 696, 776, 810n,
1835
- Pierrot, el bromista* 457
- Lagerlöf, Selma 1006
- Lahmann, Heinrich 424-427,
433
- Hygienisches Kochbuch*
[Libro de cocina
higiénica para uso de
antiguos huéspedes] 427
- Landauer, Gustav 1617, 1622,
1633, 1810-1811, 1913, 1928
- Langer, Jiří (Georg) 1605-
1609, 1612, 1783, 1995,
2016, 2054, 2131, 2245
- Die Erotik der Kabbala* [El
erotismo de la Cábala]
2054, 2055n
- Laplanche, Jean 138

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Lask, Ludwig (Lutz) 2202,
2203n, 2244
- Lasker-Schüler, Else 379n,
773, 978-979, 1058n, 1059,
1149 y n., 1642
- Laube, Heinrich 1196
- Laurin, Arne 1911, 1963
- Laxness, Halldór
Kristnibald undir Jökli 1677
- Lederer, Eugen 711
- Léger, Fernand 616
- Léhar, Franz 221
Die lustige Witwe [La viuda
alegre] 221
- Lehmann, Herman 495, 496n
- Lehmann, Siegfried 1615,
1616, 1618, 1620-1621 y n.,
1633-1634, 1637n
- Lehner, Mirzl 43
- Lehr, Thomas 194
- Lenin, Vladimir I. 1765
- Lenz, Jakob Michael Reinhold
1784
- Leo Baeck Institute 415
- Leppin, Paul 455, 504, 580,
774
Daniel Jesus 455
*Severins Gang in die
Finsternis* [El viaje de
Severin a las tinieblas]
443n, 455
- Leroux, Gaston
El fantasma de la ópera 963
- Lessing, Gotthold Ephraim 25,
239, 240
Minna von Barnhelm 1635
- Lichtenberg, Georg Christoph
34
Aforismos 2158
- Lidové Noviny* (periódico)
2002
- Liebermann, Max 379n
- Liechtenstein, Karl von 69
- Liegler, Leopold 1182-1185
- Liliencron, Detlev von 456,
2012
- Lindau, Paul 527
Der Andere [El otro] 527
- Lindner, profesor 296
- Lindström AG 818, 874, 1047,
1048, 1049, 1078, 1252,
1291, 1428, 1473
- Lipps, Theodor 403
Ästhetik [Estética] 403
- Liszt, Franz 789
- Livio, Tito 218
- Loerke, Oskar 1249, 2189
- Lombroso, Cesare 468, 1208
- Loos, Adolf 1179
Ornamento y delito 1316
lose Vogel, Der (revista) 1279
- Louvre, círculo del 400, 401,
405-406, 407n, 409
- Löwy, Adam 92
- Löwy, Alfred 93, 334, 482,
784, 820, 850, 1141, 1947,
2227 y n.
- Löwy, Bedřich 1800
- Löwy, Esther 92
- Löwy, Jakob 93, 99, 703
- Löwy, Jizchak 91n, 747, 751,
753, 761, 764, 784, 935,
948, 978, 1060, 1412, 1698,
1781n, 1866, 1995, 2161,
2244
- Löwy, Joseph 93-94, 784
- Löwy, Julie 90, 93, 95-98 y n.,
99, 101, 105, 199-200, 719
véase también Kafka, Julie
- Löwy, Nathan 91
- Löwy, Richard 93, 474
- Löwy, Rudolf 93, 713-714, 1348
- Löwy, Siegfried 93, 321-322,
329n, 386, 428, 433n, 1992,

ÍNDICE ONOMÁSTICO

2177, 2198-2200, 2213,
2214n, 2243
Lueger, Karl 254, 255n
Lukács, Georg 1097
Lumière, Auguste y Louis 167
Lustig, señora 1414
Luxemburg, Rosa 1913

Mach, Ernst 400
Maeterlinck, Maurice 1432
Magazin für Literatur (revista)
444

Mahler, Alma 1180, 2113 y n.
Mahler, Gustav 675, 1604
Malaparte, Curzio 605
Mann, Heinrich 359, 390,
438, 439, 456, 459, 597,
598, 1208, 1356n, 1576 y n.,
1696, 2189

Göttinen, Die [Las diosas]
597, 598, 1208

Unschuldige, Die [La
inocente] 1576n

Zola 1576n

Mann, Klaus 2011n

Mann, Mimi 1576n

Mann, Thomas 13, 25, 236,
361, 389, 437 y n., 442, 452,
456, 515, 586, 598, 673,
673n, 892, 917, 1158, 1164,
1208, 1282, 1318, 1355, 1356
y n., 1506, 1568, 1669, 1739,
2010, 2021 y n.

Confesiones del estafador
Felix Krull 1644

Buddenbrook, Los 1158

Glück, Ein [Un instante de
felicidad] 453

Muerte en Venecia 673,
674n

Tristan 598, 1208

Marasse, Moritz 2244

Marc, Franz 1646

Marcovaldi, Martha, véase

Musil, Martha

Mardersteig, Hans 2077n,
2087 y n.

Mareš, Michal 306n, 2213

Margulies, Alexander 1555-
1556

María Teresa, emperatriz 63-
64

Markert, maestro 147, 153

Mars, Mela 519

Marschner, Emilie 1767

Marschner, Robert 548-549,
556, 558-559, 706, 712,
1089, 1177, 1195, 1199,
1295, 1374, 1462, 1536-
1537, 1541-1543, 1548-1550,
1556, 1560-1565, 1587-1588,
1640, 1689, 1735, 1754-
1755, 1796, 1797, 1823,
1827, 1886

Marsyas (revista) 1712n

Marty, Anton 399, 401-402,
404, 406-408, 410, 413,
416n

März (revista) 575, 602n, 1162,
1163n

Masaryk, Tomáš 269-270 y n.,
271-272, 405, 1358-1359 y
n., 1369, 1798n, 1815, 1816,
1855, 1886

Masaryk, Tomáš Garrigue 71

Matisse, Henri 616

Matías, emperador 65

Maupassant, Guy de 2012

Mauthner, Fritz 171, 212

Beiträge zu einer Kritik der
Sprache [Contribuciones
a una crítica del lenguaje]
581

Meidner, Ludwig 2189

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Mell, Max 774
 Melville, Hermann: *Mardi and A Voyage Thither* 1717
 Menczel, Josef S. 2180
 Mendelssohn, Georg von 1318
 Mendelssohn, Peter von 13, 1881
 Mercy, Heinrich 351n
 Mergl, Josef 907
 Merker, Der (revista) 575
 Merkur, asociación 639n
 Metternich, Klemens von 67
 Meyer, Georg Heinrich 1509-1517, 1642n, 1695, 1712, 1889, 2186n
 Meyer, Gustav 443
 Meyrink, Gustav 439, 439, 441-444, 454, 456, 632, 962-963, 1913
 Der Golem [El Golem] 445, 963, 1510
 Michaux, Henri 1943
 Mikkelsen, Einar
 Ein arktischer Robinson [Un Robinsón ártico] 2050n
 Mikolaschek, Karl 556n
 Milan, Emil 2011
 Minerva, asociación 199, 200, 1899, 1900, 1915
 Mirbeau, Octave 1399
 El jardín de los suplicios 1398
 Moisés 840
 Moltke, Helmuth von 1334, 1341, 1356n
 Mombert, Alfred 379n
 Mommsen, Theodor 227n
 Mondt, Eugen 1649
 Morgenstern, Christian 1208, 2012
 Morgenstern, Soma 1580
 Moritz, Karl Philipp 891 y n.
 Morny, Mathilde (Missy) de 628
 Mozart, Wolfgang Amadeus 23
 Mršik, Vilém 192, 194
 Mühlstein, Gustav 1718-1723, 1759
 Müller, Johann Peder 431, 713
 Mein System [Mi sistema] 713
 Geschlechtmoral und Lebensglück [Moral sexual y felicidad] 1304
 Müller, Robert 1628n
 München-Augsburger Zeitung (periódico) 1649
 Münchner Zeitung (periódico) 1401n, 1649
 Münchner Neueste Nachrichten (periódico) 1649
 Münzer, Egmont 2016
 Musil, Martha 745n, 1281
 Musil, Robert 24, 461, 495, 835n, 943, 1070, 1180, 1273-1286, 1296, 1333, 1345, 1350, 1366, 1370, 1433, 1506, 1544, 1697, 1739, 1909
 Diarios 1273
 hombre sin atributos, El 495n, 1019
 tribulaciones del estudiante Törless, Las 1281
 Uniones 1281
 Mydlár, Jan 54
 Nabokov, Vladímir 27, 32
 La verdadera vida de Sebastian Knight 32-33
 Nádherný, Sidonie 1180
 Nadler, Josef 333
 Nagel, Chaim 1414
 Napoleón I, emperador 622, 1306, 1575, 1622

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Národní Listy* (periódico)
 1827n, 1858, 2241
Národní politika (periódico)
 1814
Naše řeč (revista) 1826n
 Nedvědová, Františka 195n
 Neill, Alexander S. 1882 y n.
 Nejedlý, Zdeník 1819n
 Nelken, Ludwig 2151, 2197-
 2198 y n.
 Němcová, Božena 225 y n.
Babička 225n, 2053n
Grossmütterchen [La
 abuela] 225
 Nestroy, Johann
*Einen Jux will er sich
 machen* [Él quiere gastar
 una broma] 43
Neue Freie Presse (periódico)
 45, 227n, 274n, 565n,
 1201
Neue Revue (revista) 575
Neue Rundschau (revista) 575,
 1278, 1282, 1283, 1284,
 1406, 1432, 1684n, 1697,
 1770, 1784, 2020, 2024,
 2088, 2110

 Neumann, Heinrich 2224
 Neumann, Stanislav K. 1912
 Neustätter, Lilian 1882
 Nick, Dagmar 145
 Nicolás I, rey de Montenegro
 862
 Nicolás II, zar 167n
 Nielsen, Asta 523
Abgründe [Abismos] 523
 Nielsen, Carl 353
 Nietzsche, Friedrich 307, 317-
 318 y n., 319, 348-349, 355,
 356, 396, 399 y n., 402,
 494, 512, 611, 712, 759,
 807, 973, 1009n, 1604,
 1896
Así habló Zaratustra 319,
 349, 396, 638
 Nijinski, Vaslav 521n, 1017
 Nordau, Max 1188, 1192,
 2118
 Northey, Anthony 28, 93n
 Novalis: *Granos de polen* 803
 Nowak, Willy 617
Nyugat (revista) 2083

 Odenwald, escuela de 313n,
 1880
 Odstrčil, Bedřich 1827, 1886,
 1887, 1932, 1948, 1957,
 1982, 2076-2077, 2172,
 2173
 Oeser, Teatro Eléctrico de 525
 Oldofredi, conde 605
 Olsen, Regine 1290
 Onetti, Juan Carlos: *La vida
 breve*, 1520
Opale, Die [El ópalo] (revista)
 573 n, 696
 Oppenheimer, Max 1208
 Orlik, Emil 344 y n., 346
 Overbeck, Franz 317n
 Ovidio 240
Remedios contra el amor
 1319
 Ozick, Cynthia 1470

 Pachinger, Anton 507-508 y
 n., 509
 Pallenberg, Max 2020
Pan (revista) 459, 463n, 625n
 Parker, Quanah 496n
 Partido Socialdemócrata
 Obrero 304
 Pascal, Blaise
Pensées 1775

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Pascheles, Samuel 117
 Pasley, Malcolm 1503, 1772n
 Pathé (empresa) 615, 626 y n.
 Paul, Jean 560
 Pawel, Ernst 97, 352, 1057 y n., 1110, 1205
 Perutz, Leo 118, 1171
 Pessoa, Fernando 1098
 Libro del desasosiego 1077
 Pester Lloyd 1662n
 Petronio: *Satiricón*, 2139
 Pfemfert, Franz 523n, 1002, 1342-1343
 Pfohl, Eugen 543, 545, 558, 559, 706, 710-712, 1084, 1089, 1099, 1127, 1177, 1195, 1199, 1462, 1534, 1535, 1537, 1543, 1551, 1556, 1560, 1587, 1722, 1734, 1796, 1823, 1825-1827 y n.
 Piaget, Jean 138
 Picasso, Pablo 616, 682
 Pick, Georg 343n
 Pick, Gottfried 1723-1724, 1734, 1752, 1807, 1848
 Pick, Otto 513, 526, 529n, 580, 774, 776, 1055, 1058, 1059, 1060, 1164, 1176, 1178-1180, 1195, 1203, 1277, 1317, 1370, 1398, 1903, 1909, 1927n, 2245
 Pick, Wilhelm 2050
 Pickford, Mary 532n
 Papá piernas largas 531, 532n
 Pinès, Meyer Isser: *Histoire de la Littérature judéo-allemande* 761n
 Pinthus, Kurt 526, 770n, 775, 777, 1151, 1510
 Das Kino-Buch [El libro del cine] 526
 Pitágoras 405
 Platón 356, 1789, 1997
 Protágoras 372
 Platowsky, Franziska (Fanny) 78
 Poe, Edgar Allan 454, 962
 Poincaré, Raymond 1338, 1339
 Polgar, Alfred 978, 1909
 Politzer, Heinz 351n, 1864
 Pollak, Ernst 504, 1897, 1903-1909, 1935, 1942, 1950-1951, 1955, 1959, 1961, 2052, 2245
 Pollak, Isidor 2129
 Pollak, Josef 984, 1439, 1448-1449, 1452
 Pollak, Marianne 1372, 2117n
 Pollak, Milena, véase Jesenská, Milena
 Pollak, Oskar 72n, 309-310 y n., 311, 313, 314, 315n, 328-329, 331, 333, 334, 343, 345, 349, 369, 391n, 397, 440, 446, 463, 1469
 Polt, Gerhard 350
 Pontalis, Jean-Bertrand 138
 Popper, Ernst 1367
 Pouzarová, Anna 182n, 196n, 224, 340
 Prágai Magyar Hirlap 2083
 Prager Abendblatt 2013n, 2241
 Prager Asbestwerke Hermann & Co 720, 722, 850, 860
 Prager Maschinenbau AG 490
 Prager Nachrichten 193
 Prager Presse 577 y n.
 Prager Tagblatt 16, 44, 257, 264, 273, 453, 474, 495, 503n, 572, 610, 627, 640, 674, 688, 705, 965, 1000, 1028, 1144
 Právo Lidu 262n

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Preininger, médico 189-190
 Previsión social para
 lesionados de guerra 1384,
 1542, 1571
 Přibram, Ewald Felix 300,
 534, 2244
 Přibram, Otto 299-300, 328,
 490-491 y n., 493, 532, 1195
 Priessnitz, Vincenz 433
 Prinzip, Gavriló 1319
 Pringsheim, Katia 917
 Procházka, doctor 1904
 Procházková, Staša 1904
 Progreso de la Mujer,
 Asociación para el 582
 Prokesch, médico forense
 265 y n.
 Puccini, Giacomo 603, 605
 Pulver, Max 1648 y n., 1649
- Racine, Jean: *Fedra* 682
 Ranke, Leopold von, 16
 Rath, Moses 1781, 1783
 Rathenau, Walther 1282, 2119
 Rauchensteiner, Manfred
 1336
 Reclam (editorial) 241
 Redl, Alfred 1000, 1004
 Rehberger, Angela 661-663
 y n.
Reichspost 1662n
 Reicke, Georg 1201
 Reiner, Josef 1919-1920, 1949,
 1951n
 Reinhardt, Max 517n
 Reinwarth, Wilhelm 1755n
 Reiss, Erich 1714
 Reiss, Fanni 1419
 Reventlow, Fanny zu 390
Revolution 1699n
 Rilke, Rainer Maria 72, 232,
 290, 390, 437, 455, 456,
 459, 575, 773, 892, 895,
 901, 1538-1539 y n., 1541,
 1543 y n., 1648-1649,
 1650n, 1669, 2185
 Fünf Gesänge [Cinco
 cantos] 1538, 1540
 Ringelnatz, Joachim 392
 Ringhoffer, Franz 174n
 Rintelen, Anton 465 y n.
 Robertson, Ritchie 28, 2128n
 Robitschek, Elsa 1589n
 Rodin, Auguste: *El beso* 1062
 Rodolfo II, emperador 53, 65,
 1654
 Rokeach, Issachar Dow Ver
 1608
 Roland (editorial) 2189
 Rolland, Romain 1540n
 Roosevelt, Theodore 820
 Rosenbacher, Arnold 1412n
 Rosický, Václav 225
 Ross, Norman 1967
 Rössler, Tile 2147 y n., 2148n,
 2153, 2154, 2156, 2178,
 2180, 2202, 2245
 Rost, Nico 2178n
 Die Rote Fahne [Bandera
 roja] 2203n
 Roth, Joseph 532, 749n
 Hotel Savoy 914
 marcha Radetzky, La 1444
 Roubitschek 747
 Rousseau, Jean-Jacques 807
 Rowohlt (editorial) 1278
 Rowohlt, Ernst 671 y n., 775,
 776n, 777-779, 789, 793,
 800, 804-805, 819, 1060,
 1159, 1278
 Rubaschov, Salman 1633
Rumburger Zeitung (periódico)
 1552n, 1560n
 Rzach, Alois 332

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Sacher-Masoch, Leopold von
956
Venus de las pieles 956
- Sachs, Hans 196
- Sadil, Rudolf 265
- Safo 464
- Sagen polnischer Juden*
[Leyendas de judíos
polacos] 1715
- Sahl, Hans 1578
- Salter, Georg 2185
- Salus, Hugo, 146, 442, 444,
453, 454, 455, 1157
- Salveter, Emmy 2056, 2058-
2059 y n., 2061, 2142-2144,
2179, 2201, 2202
- Samuel, Herbert 2136
- Sandow, Eugen 431
- Sanzara, Rahel, véase Bleschke,
Johanna
- Sardou, Victorien 43
- Sartre, Jean-Paul 137, 1866
- Saudková, Věra 108n, 200n
- Sauer, August 232, 332, 333 y
n., 337 y n., 392
- Sauer, Hedda 332, 774
- Saxonia (asociación
estudiantil) 393
- Schäfer, Wilhelm 586
- Schaubühne, Die* (revista) 517n,
523, 575, 594, 776n
- Scheerbart, Paul 2012
- Scheler, Max 1784
- Schembor, Adele 199 y n.
- Schickele, René 1167, 1433,
1508, 1512, 1514
- Schiller, Friedrich (Breslau)
797, 800, 820
- Schiller, Friedrich von 241,
789, 917, 977
Bandidos, Los 2154
Guillermo Tell 241
- Novia de Messina, La* 241
Wallenstein 320
- Schlaf, Johannes 789-790,
975-977, 1307
- Schlamm, Willy 1906n
- Schlick, Joachim Andreas 54
- Schlippenbach, Albert Graf
von
«A lo lejos» 802
- Schmidt, Arno 943
- Schmidt, Karl 1317
- Schmiede, Die (editorial) 2185,
2189-2191, 2202, 2209n,
2216, 2235 y n.
- Schnabel, Margarete, véase
Baum, Margarete
- Schneider, Ernst 255 y n., 266-
267
- Schnitzer, Moritz 1073, 1622,
1683n, 1698
- Schnitzler, Arthur 258, 342,
357-358 y n., 1009, 1622,
1669, 1739, 2060, 2113n,
2188n, 2218n, 2222n
Liebelei [Coqueteos] 527
- Schnitzler, Johann 2218n
- Schnitzler, Olga 358n, 1149
- Schocken (editorial) 351n, 865,
1996n
- Schocken, Wolfgang A. 1321-
1322
- Schoeps, Hans-Joachim 1502n,
1706n
- Scholem, Gershom (Gerhard)
351, 1633, 1636 y n., 1637,
1780, 2138
- Schönberg, Arnold 379n, 576
Schöne Rarität, Die (revista)
1697 y n.
- Schönerer, Georg Heinrich
von 254
- Schopenhauer, Arthur 27, 348,

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- 355, 356, 406, 511, 1586,
1784
- Schrammel, Josef 2220-2221
- Schreber, Daniel Paul 974
- Schreiber, Adolf 1700
- Schreibmaschinen Zeitung* 1242
- Schreiner, Josef 1451
- Schubart, C. F. D.: *Leben und
Gesinnungen* 1979
- Schubert, Franz 511
- Schulhof, familia 229
- Schumann, Albert 1432
- Schütt, Karl 2144
- Schwabach, Erik-Ernst 1279,
1513
- Schwarzschild, Leopold 1629
- Schweinburg, Ludwig 437
*Handbuch der allgemeinen
und speziellen
Hydrotherapie* [Manual
de hidroterapia general y
específica] 438
- Sebald, Winfried G. 1204,
1205
El viaje del Dr. K. a un
sanatorio de Riva 1205
- Seidl, Josef 207
- Selbstwehr* (periódico) 573,
761, 762-763, 770, 1189,
1194
- Sentinella Bresciana, La*
(periódico) 600
- Shakespeare, William 1418
Hamlet 517, 529, 1670
rey Lear, El 974
- Simmel, Georg 910
Rembrandt 2198n
- Simplicissimus* (revista satírica)
389, 391, 441
- Sinclair, Upton 1913
- Skladanowsky, Emil y Max 167
- Škoda, fábricas 490
- Smiřický von Smiřice, Albrecht
Jan 67n
- Sófocles 218
- Sombart, Werner 1568
- Sores, Leib, rabino 1715, 1716
- Soukup, František 785n, 933,
934, 938
- Spector, Scott 28
- Speyer, Wilhelm
Schwermut der Jahreszeiten
[Melancolía de las esta-
ciones] 586
- Spitz, René 138n
- Sprengel, Peter 756n
- Starke, Ottomar 1515
- Steglitzer Anzeiger* (periódico)
2168
- Steht, Hermann 1365-1366
- Steht, Willy 1366
- Steiner, Marianne 2245
- Steiner, Rudolf 637, 639-646,
649-651, 654, 656, 658,
837, 1093, 1208, 1622, 2224
Educación del niño, La 645
*Haeckel, die Welträtsel und
die Theosophie* [Haeckel,
el enigma del mundo y la
teosofía] 645
*Unsere atlantischen
Vorfahren* [Nuestros
antepasados atlantes] 645
- Steinherz, Samuel 2081n
- Steinitz, Erna 1497
- Stekel, Wilhelm 1208
- Stendhal 589
Journal 589
- Sternheim, Carl 379n, 459,
1167, 1513-1514 y n., 1515-
1517, 1566, 1669, 2189
Busekow 1513
Napoleon 1513
Schublin 1513

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Sternheim, Thea 1514n
 Steuer, Otto 298
 Stifter, Adalbert 240, 332, 586,
 712
Abdias 1706n
 Stoessl, Otto 776, 1008, 1160,
 1164, 1518
 Stojalowski, Stanisław 262
 Stölzl, Christoph 229n, 262n
 Straub, Jean-Marie: *Relaciones
 de clase* 939
 Strauss, Botho: *El particular* 863
 Strauss, Emil 586
 Strauss, Johann 1604
 Strelinger, Leopold 1992,
 2005, 2007-2008
 Strindberg, August 586, 726,
 780, 880, 973, 1009, 1147,
 1272, 1434, 1575, 1634,
 1670, 1835, 2060
Hacia Damasco 1036
Inferno 1500
 Strobl, Karl Hans 263n, 1186
 Stüdl, Olga 1824, 1853-1854,
 1883
 Stürgh, Karl, conde de 1662 yn.
Sturm, Der (revista) 523n-524n
 Sudermann, Hermann 342,
 1208
 Šuha (burdel) 504
 Svevo, Italo 19, 1098, 1204
Una vida 19
 Szinay, Arthur 1994-1996,
 1999, 2001, 2007, 2016
 Szokoll, Juliane «Hansi» 501
 Taaffe, Eduard 173n
tablettes, les 1784
 Tácito, Publio Cornelio 1303
 Tagger, Theodor 1784
 Tagore, Rabindranath 1511
 Talmud 278n, 753
 Tandler, Julius 2224n
 Taussig, Elsa 234n, 519, 526,
 568, 632n, 731-732, 769n,
 982, 1008, 1144, 1252,
 1262, 1427, 1490, 1707,
 2054, 2108
 Taut, Bruno 1316n
 Teweles, Heinrich 453
 Thackeray, William M. 1835
 Thein, Klara 233n, 1189 yn.
 Theweleit, Klaus 823
 Thieberger, Friedrich 961,
 1169, 1783
 Thun und Hohenstein, Franz
 Anton Fürst von 1357
 Tirpitz, Alfred von 1334, 1526n
 Tisza, István Graf 1336, 1338,
 1340
 Tolstói, Levn 342, 586, 1784
 Tönnies, Ferdinand
Comunidad y sociedad 471
 Torberg, Friedrich
La tía Jolesch 418
 Trakl, Georg 973, 1156, 1167,
 1169n, 1180, 1543n
 Trautmannsdorff, Maximilian
 von 67
Tribuna (periódico) 1905n,
 1908n, 1911, 1913, 1919,
 1925n, 1948, 1963
 Trnka, Jan 1980
 Tschiasny, Kurt 2224, 2225,
 2237
 Tschissik, Emanuel 753
 Tschissik, Mania 753, 755, 771
 Tucholsky, Kurt 523n, 641n,
 1160, 1386, 1972, 2011,
 2015
 Twain, Mark 1604
 Ulbrich, Joseph 257
 Ullstein (editorial) 1151

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Unsel, Joachim 28
 Urzidil, Johannes 59, 171,
 2242, 2245
Tríptico de Praga 171
 Utitz, Emil 210, 243n, 328,
 391, 392, 399, 400, 401,
 403n, 407-408, 414 y n.
 Valenta, Jindřich 1827, 1882
 Valéry, Paul 33, 807-808,
 1025-1026, 1388, 1775
Cahiers 497, 793, 1026n
 Vašaty, Jan 255
 Verhaeren, Émile 459
 Verlag der Weissen Bücher
 1279
 Víctor Manuel III, rey de Italia
 603
 Villon, François 458
 Vischer, Friedrich Th. 1203
 Voltaire 623 y n.
Vorwärts (periódico) 2200
Vossische Zeitung (periódico)
 2012, 2171, 2179n
 Vrchlický, Jaroslav 454
 Wagenbach, Klaus 27, 38, 77n,
 213, 243n, 306n, 1864
 Wagner, Richard 405, 662,
 1344
maestros cantores de
Núremberg, Los 1790
Tristán e Isolda 221
 Wagner-Jauregg, Julius 1555n
 Wagnerová, Alena 28, 77n
 Waldersee, Alfred Graf von
 1334
 Wallenstein, Albrecht von
 Waldstein 54, 67
 Walser, Robert 101, 461-463
 y n., 489n, 776, 972, 1150,
 1160, 1164, 1166, 2012
Cuadernos de Fritz Kocher,
Los 462
Erich 968
Hermanos Tanner, Los 488,
 489n
 Walzel, Oskar 1642n
 Warburg, Otto 1191-1192
 Wassermann, Jakob 944, 1622
 Weber, Alfred 470-471 y n.,
 472, 1095
El funcionario 1095
 Weber, Max 233n
 Webster, Jean 531n
 Wedekind, Frank 390, 391,
 438-439, 456
 Wegener, Paul 527
 Weiler, Hedwig 385-387, 387n,
 432-433, 479, 481, 485,
 498, 502, 863, 1008, 1041
 Weininger, Leopold 378n
 Weininger, Otto 375-377 y
 n., 378 y n., 380-381, 382n,
 505, 2061, 2118
Sexo y carácter 375, 379,
 2060
 Weisl, ginecólogo 248
 Weiss, Berta
Die Weissen Blätter (revista)
 1161n
 Weiss, Ernst 367, 1170-1175,
 1180, 1246, 1252, 1260,
 1262, 1272, 1275-1277,
 1308, 1322, 1330, 1345,
 1346, 1351, 1370, 1433,
 1483, 1501, 1543, 1576-1581,
 1587, 1759, 2016, 2178,
 2188, 2244
Feuerprobe, Die [La prueba
 de fuego] 2189
Franziska 1582
Galera, La 1172, 1174
Kampf, Der [La lucha] 1582

- Weiss, Gustav 1759
 Weissberger, Arnold 483
 Weissberger, Joseph 483, 489
Weissen Blätter, Die (revista)
 1161n
 Welles, Orson 1387
Welt am Montag, Die
 (suplemento literario) 1273
Weltbühne, Die (revista) 641n,
 2015
 Weltsch, Betta 395
 Weltsch, Felix 123n, 253n,
 347, 356, 393-396, 408,
 409, 470, 475, 528, 579-
 580, 583, 585, 594 y n., 619,
 637, 652, 681, 730, 731,
 732, 737, 776, 782, 822,
 837, 983, 1010, 1017, 1029,
 1106, 1117, 1138, 1144-1145,
 1208, 1252, 1275, 1371,
 1391, 1398, 1414, 1433,
 1478, 1483, 1569, 1576-
 1579, 1595n, 1640, 1688,
 1698n, 1723, 1729-1732,
 1738, 1757, 1784, 1834,
 2007, 2090, 2093, 2129,
 2134, 2180, 2192n, 2221,
 2224-226, 2241, 2242, 2244
Anschauung und Begriff
 [Visión y concepto] 1251
 Weltsch, Irma 1414, 1689n
 Weltsch, Lise 1189 y n., 1194,
 1203, 1252, 1414, 2191
 Weltsch, Robert 141, 1469
 Weltsch, Theodor 1189 y n., 1414
 Werfel, Franz 72, 121n, 148,
 171, 236, 253 y n., 353, 355,
 361n, 504, 514-515, 580,
 583-584, 595-596, 632-633,
 636, 654n, 739-740, 741,
 742-745 y n., 746, 754,
 764, 773, 774, 776, 777,
 779, 780, 944, 979, 989,
 1017, 1020, 1059, 1060,
 1073, 1151, 1153-1154, 1156,
 1159, 1160, 1181, 1182-1183,
 1250-1251, 1274, 1280,
 1308, 1345, 1359, 1370,
 1398, 1402, 1501, 1508,
 1510, 1512, 1519-1520, 1543,
 1575, 1576n, 1622, 1625,
 1669, 1695, 1700, 1701-
 1704, 1713 y n., 1909-1910,
 1913, 2016, 2020, 2049,
 2111-2113 y n., 2120, 2121,
 2146, 2178 y n., 2187, 2188,
 2221, 2222, 2234, 2245
Bocksgesang [El canto del
 macho cabrío] 2111
Nicht der Mörder, der
Ermordete ist schuldig [El
 culpable no es el asesino,
 sino el asesinado] 1877
Schweiger 121n, 2112, 2115,
 2234n
Spiegelmensch [El hombre
 del espejo] 2222n
tentación, La 1156
Troerinnen, Die [Las
 troyanas] 1669
Verdi. La novela de la ópera
 2222, 2234 y n.
Weltfreund, Der. Gedichte
 [El amigo del universo]
 740, 742n, 743, 989
 Werfel, Rudolf 742
 Wernerová, Marie 531n, 704,
 887, 2243
 Wertheimer, Max 1359
 Whitman, Walt 1835
 Wiegler, Paul 602, 986-988
Das Haus an der Moldau [La
 casa junto al Moldava]
 171

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Wiener, doctor 1554
Wiesenfeld, Moses 1412n, 1416
Wihan, Josef 315
Wilbrandt, Adolf von 342
Wilson, Woodrow 1813, 1814, 1815, 1818-1819
Winder, Ludwig 580
Wittgenstein, Ludwig 27, 387, 973-974
Movimientos del pensar.
Diarios, 1931 1988
Wohryzek, Eduard 1830
Wohryzek, Julie 18, 392n, 507, 1828-1832, 1837, 1839-1841, 1845-1853, 1885, 1888, 1890, 1896, 1934, 1940, 1943-1944, 1949-1950, 1954-1955, 1998, 2108, 2155, 2243
Wohryzek, Käthe 1831, 1833, 1847, 1850-1853
Wohryzek, Mina 1830
Wohryzek, Růžena 1830
Wolf, Karl Hermann 227, 255
Wolfenstein, Alfred 1160, 1625, 1642, 2189
Wolff, Kurt 526, 746, 775, 776 y n., 777-779, 805, 840, 1009n, 1024, 1059-1060, 1151-1156, 1159-1160, 1162, 1165, 1167-1169, 1182, 1251, 1277-1283, 1345, 1370, 1371, 1401, 1402, 1433, 1483, 1508-1510, 1515, 1519, 1644-1645, 1648n, 1694-1696, 1708-1714, 1725, 1822, 1889, 1928, 2015, 2022-2025, 2087-2089, 2185 y n., 2186, 2187, 2188-2189
Wolff, Siegfried 1638-1639 y n.
Wolffsohn, David 1191
Woolf, Virginia 27
Orlando 1022
Wottawa (Votava) 908, 908
Wright, Orville y Wilbur 603
Wurzer, Rudolf 191n
Zanantoni, Eduard von 1813n
Zech, Paul 1059, 1059
Zeit, Die 445
Zemanová, Marie 195n
Zinzendorf, Erdmuthe von 1612
Zischler, Hanns 529
Zola, Émile 342
Zsolnay (editorial) 2188
Zweig, Arnold 274n, 1070, 2189
Zweig, Stefan 359, 1173, 1336, 1354, 1363-1364, 1367, 1370, 1502n, 1540, 1622
Zylberberg, Hélène 48, 249, 431n, 865n

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Adriático, mar 18, 659, 999
- África Oriental Alemana
440n
- África Sudoccidental Alemana
na 440
- Albania 1524
- alemán, Imperio 265n, 304,
415, 429, 470n, 640, 668,
684-685, 746, 917, 120n.,
1461, 1, 1341, 1408, 1464,
1482, 1555, 1563n., 1603,
1636, 1643, 1798, 1803
- Alemania 18, 27, 308, 322 y
n., 355, 365, 388, 440, 457,
459n, 553, 578n, 614, 674n,
757, 874, 919, 998, 1153,
1167, 1188, 1277, 1281,
1338, 1340, 1350, 1354, 1358,
1362n, 1372, 1410, 1457,
1479, 1533, 1561, 1563n,
1664, 1766, 1770, 1824,
1890, 1930, 1968n, 2011,
2095, 2118, 2119, 2142,
2155, 2166, 2173, 2182n,
2183, 2187, 2188, 2202,
2212, 2245
- Amazonas 233n
- Amberes 1967 y n., 1973
- América 246, 295, 296, 349,
361n, 440, 518, 689, 755,
784, 785, 800, 838, 843,
853, 923-946, 1010, 1028,
1031, 1033, 1268, 1269,
1766, 1853, 2024, 2138
- Arad 1689, 1692 y n.
- Arco, balneario de 597
- Arco (café de Praga) 513-514,
580, 583, 584, 589, 631, 632,
740, 743, 910n, 1698, 1796,
1897, 1905n, 1915, 1950
- Ascona 1701
- Augsburg-Göggingen 365
- Auschwitz, campo de 393n,
2243-2244
- Aussig 422, 1094, 1500
- Austria 44, 64, 70n, 103, 116n,
198n, 199n, 211, 213, 226,
238 y n., 240, 254, 255n,
257, 278, 304, 320, 322,
329, 355, 411, 413n, 433n,
453, 466-468, 470n, 472-
474, 481, 483, 532, 535, 543,
544, 546, 603, 628, 659n,
673, 674n, 705, 757, 998-
1000, 1046, 1158, 1167,
1185, 1192, 1199, 1209,
1276, 1280, 1336, 1337,
1338-1340, 1343, 1345, 1352,
1354, 1355, 1356, 1408,
1456, 1461, 1464n, 1492,
1498, 1521, 1523-1524, 1525,
1548, 1568, 1662, 1765,
1766, 1770, 1780, 1813,
1910n, 1968n, 1984, 2183,
2188, 2212, 2214
- Austria, Baja 69n, 1344, 1982,
1984, 2213, 2224n
- Báltico, mar 18, 169, 440, 1331,
1345, 1532, 1579, 2006,
2090, 2140, 2141, 2142,
2144, 2153

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Basilea 753, 757, 1191
 Baviera 1555, 1811, 1927-1228
 Będzin 2149, 2150
 Bélgica 222, 1342, 1355
 Belgrado 633, 636, 1337, 1338
 Belz 1605, 1608, 1611 y n., 1622
 Beraun 594 y n.
 Berlín 167, 275, 322n 354, 389,
 396, 456, 522, 603, 756,
 803-822, 829, 862, 875,
 916-917, 920, 921, 992n,
 996-997, 1121, 1175, 1190-
 1191, 1201, 1319-1334, 1337,
 1339, 1354 y n., 1421, 1446,
 1453, 1464, 1480, 1517,
 1522, 1602-1603, 1617,
 1632, 1636, 1664, 1679,
 1822, 1998, 2095, 2117,
 2132, 2141, 2143, 2146-
 2147, 2151, 2158-2205
 Charlottenburg 570n, 1102,
 1123, 1246, 1268, 1286,
 1332, 1639 y n., 2154
 Dahlem 2164
 Grunewald 1057, 1063,
 1064, 1105, 1108, 1506,
 2164, 2173n
 Karlshorst 1594
 Nikolassee 1105
 Prenzlauer Berg 916
 Scheunenviertel 1615, 1633,
 2147 y n., 2164, 5168
 Schöneberg 1246, 2184n
 Steglitz 2156, 2157, 2163-
 2164, 2165, 2171, 2173
 y n.-2174 y n., 2176n,
 2177, 2178, 2179n, 2180
 y n., 2182, 2195, 2203,
 2204n, 2205 y n.
 Tiergarten 1246, 1270 y n.,
 1286, 1287, 1301
 Wannsee 1147, 1334
 Westens 1248, 1286
 Wilmersdorfer Strasse 1102,
 1123, 1286
 Zehlendorf 2194, 2195,
 2196, 2197, 2201, 2204n
 Berna 1171, 1172
 Bernau 2143
 Bistritz 1453
 Bodenbach 514, 746, 1437,
 1474, 1496, 1497
 Bohemia 44, 45, 50, 52-53, 57,
 58, 63-65, 68-71, 78, 81, 84,
 86, 145, 148, 159n, 160n,
 173, 174n, 176, 177, 226,
 253, 254, 255, 264, 265,
 268n, 269, 313, 332, 339,
 347, 357, 362, 363, 389,
 537, 539, 540, 541, 547, 551,
 553, 559, 604, 621, 626,
 705, 707, 710, 719, 746,
 763, 766, 984, 992, 1046,
 1170, 1195, 1351, 1356-1357,
 1359, 1372, 1373, 1383,
 1408, 1410, 1437, 1451,
 1465, 1532, 1533, 1549, 1551,
 1552n, 1555, 1557, 1559,
 1561, 1683n, 1685, 1713,
 1724, 1740, 1753, 1795,
 1798, 1803, 1812, 1813,
 1823-1824, 1903, 1906,
 2006, 2029, 2089, 2093,
 2155, 2193
 Bohemia, bosque de 510 y n.,
 542, 1275, 1682, 2006, 2017
 Borromeas, islas 591, 592n
 Bosnia 1001, 1319, 1340,
 1406n, 1409
 Boston 936n
 Brennero, paso del 592, 1890,
 1891, 1937
 Brescia 593-612, 613, 617, 621
 Breslau 797, 820, 841, 847,

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

917, 1584n, 2151, 2179n,
2197, 2230n
Brest-Litovsk 1765n
Brod, Bohemia 1372
Brünn 1170
Brunshaupten 2144-2145
Bruselas 1246, 1516
Bubentsch 299
Bucovina 1410
Budapest 18, 267, 755, 809,
821, 841
Budweis 227, 1804
Bulgaria 997, 1002

Calais 598
Canadá 93, 1188
Cárpatos 1448, 1450, 1451,
1462, 1545, 1987, 1991
Černošice 1833
Checoslovaca, república 337,
543n, 1812, 1907
Checoslovaquia 2078, 2183,
2188, 2245
Chelmno 2243
China 93, 555n, 999, 1014,
1173
Cincinnati 361
Colonia 1190, 1859, 1861
Como, lago de 667, 672, 673n
Congo Belga 93
Constantinopla 997, 1191
Copenhague 773
Corbetta 793
Costa Azul 1051
Cracovia 1623n, 2150, 2151
Czernoschitz 551, 594, 659
Czernowitz 1445

Dalmacia 1524
Dar es-Salam 440
Darmstadt 1712, 1889
Davos 593, 595

Davos 1728, 1831, 2029, 2212,
2213, 2214n
Desenzano 589, 601, 1207,
1213
Dinamarca 50n, 1346
Dobrichowitz 594, 2140
Dombóvár 1999
Dover 598
Dresde 312n, 425, 426, 434,
687 y n., 992, 1051, 1052,
1115, 1287, 1317, 2148n
Weisser Hirsch (sanatorio)
de 424, 437 y n.

Eberswalde 2143
Eisenstein 2007n
Elba 91, 92, 334, 422, 1437,
1824, 2037, 2048
Elberfeld 1432 y n.
Erlangen 415
Erlenbach 687 y n., 688, 795
Escandinavia 640, 914, 1009
Eslovaquia 1452, 1991, 1994,
2017
España 480, 2051n, 2228n
Estados Unidos de América
268, 361, 459n, 633n, 693,
1033, 1047, 1268, 1329,
1473, 1771, 1809, 1816,
2110, 2135, 2244, 2245
Estambul 418
Estrasburgo 50n, 622
Europa 50, 52, 55, 66, 81n,
190, 199, 227, 264, 273,
308, 316, 615, 624, 674,
694, 757, 865, 1025, 1036,
1170, 1173, 1201, 1268,
1335, 1342, 1359, 1362n,
1406, 1421, 1461, 1528,
1547, 1637n, 1660, 1765,
1809, 1890, 2081, 2136,
2218

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Flandes 1527, 1544n
 Flöhau 1764
 Florencia 399
 Flüelen 668-669
 Francia 266, 477, 680, 682, 684, 998, 1188, 1192, 1340, 1360, 1365, 1461, 1522, 1645, 2051n, 2166, 2228n
 Fráncfort 415, 807, 1077, 1078, 1079-1780, 1115, 1177, 1242, 1495
 Franzensbad 417, 705, 716n, 1110, 1320, 1596, 1855, 1941, 2090, 2095, 2237
 Friedland 67, 310, 524, 552n, 1098n, 1804, 1823-1824 y n., 1856, 1861, 2051n
 Friedrichsthal 2048
 Gablonz 552n, 556, 708, 1085
 Galitzia 78, 261, 262n, 747, 748, 1001, 1004, 1360, 1364, 1370, 1407-1408, 1409, 1410, 1411, 1412n, 1413, 1414, 1417, 1418, 1421, 1445 y n., 1447, 1455, 1457, 1510, 1521, 1528-1529, 1543, 1549, 1569, 1606, 1607, 1615, 1766, 1798
 Gandria 672
 Garda, lago de 558, 591, 596, 600-601, 1207, 1209, 2230
 Garmisch 1584
 Geesthacht 2029
 Génova 659n, 674, 808, 1208, 1213
 Georgenthal 2093, 2104, 2105
 Gera 2230-2231
 Ginebra 623, 865, 998
 Gleschendorf 1331, 1346
 Gmünd 1296, 1958, 1959, 1964, 1976, 1984, 2019n
 Görbersdorf 2029
 Gorlice 1457
 Gorlice-Tarnów 1529
 Graz 48, 467, 673n
 Grecia 997
 Grenzendorf 556
 Grimmenstein 1984 y n., 2224 n
 Grodek 1606
 Halle 415, 793
 Hamburgo 295, 742, 1242, 2029
 Hannover 1052, 1115
 Harz 793, 794, 804, 1075, 1209
 Havre, Le 630 y n.
 Helgoland 322
 Hellerau 1317-1318, 1345, 1880, 1882 y n., 2016
 Heppenheim 313n
 Herrnhut 1612, 1622
 Herzegovina 1001, 1340
 Hohenlychen 2192
 Humpolec 92
 Hungría 50n, 81n, 161n, 198, 254, 255, 257, 919, 998, 1000, 1001, 1336, 1340, 1341n, 1354, 1355, 1356, 1408, 1409, 1454, 1456, 1461, 1462, 1479n, 1498, 1521, 1523, 1524, 1525, 1548, 1607n, 11608, 1689, 1691, 1693, 1780, 1813, 1906, 2016, 2017n, 2081, 2083
 India 1173, 1673, 1772, 2152
 Inglaterra 66n, 598, 627, 640, 1188, 1192, 1300, 1355, 1360, 1365, 1858, 1882, 2245
 Innsbruck 1937
 Isola di Garda 601
 Israel 15, 356, 361n, 757, 1589,

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- 1633, 1636, 2132, 2133,
2135n, 2148n,
Italia 347, 600, 601, 605, 612,
659 y n., 661, 668, 670,
671, 673, 674 y n., 675,
679, 781, 837, 997, 1178,
1204, 1205, 1213, 1249,
1273, 1278, 1300, 1321,
1340, 1453, 1462, 1498,
1523-1524, 1566, 1891,
2000, 2196, 2212, 2231
Jaffa 2137, 2138n, 2181n
Japón 344 y n., 345-346, 429,
452, 458, 518, 631, 1173
Jena 414n, 774, 789
Jerusalén 248n, 578n, 1771,
2128-2129, 2130, 2132,
2134, 2136, 2138, 2181
Johannesberg 556
Jordania 2135
Jungborn 793-803, 805, 820,
926, 976, 1075, 1076, 1210,
1303, 1533, 1926, 2003
Karlsbad 417, 419, 712, 1500,
1531, 1532, 1565, 1583, 1604,
1934-1935, 1943, 2058
Karlsruhe 917
Kaschau 1994, 2083
Kierling 2149n, 2222-2228,
2230-2233, 2235n, 2237,
2241
Kiev 274, 1728
Klosterneuburg 1804, 2222
Kolin 86, 324n, 477
Kolomea 1619
Komotau 227, 480 y n., 1753
Königsberg 1077
Königssaal 593, 659
Krasnoyarsk 2017
Kratzau 1089, 1090, 1094
Kuchelbad 497, 593, 610, 629
Kuttenberg 268
Langemarck 1546
Leipzig 454, 743, 746, 755,
772-773, 775, 785, 793,
800, 873, 989, 1059, 1060,
1151, 1154, 1156, 1172, 1281,
1317, 1318, 1464, 1506,
1508, 1644, 1694, 1695,
1708, 1709, 1714, 1889
Leitmeritz 86, 1039, 1040, 1094
Lemberg 337n, 748, 750, 755,
1188, 1364, 1410, 1419,
1445, 1447, 1608
Libia 999
Liboch 334, 1824n
Lieja 1363
Linz 507, 508n, 1370, 1483,
1937
Lituania 1621
Lod 1621
Lodz 2149
Lombardía 673, 674n
Londres 1130, 1131, 1353, 1524,
1818n, 2135, 2245
Lübeck 1331, 1333, 1346
Lucerna 664, 665, 666, 667,
668, 1252
Lugano 667, 671-672, 801
Lugano, lago de 667, 671, 801
Madrid 93, 94, 334, 482, 483,
820, 850, 919, 1347, 1684,
1947, 2227 y n., 2228 n
Maffersdorf 556
Maggiore, lago 592n, 667, 680
Malcesine 1211, 1217
Mancha, Canal de la 598
Manerba 1208
Marbach 48n, 431n, 462n
Marburgo 415

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Marielyst 1346
 Marienbad 417, 418, 1573-1603, 1604, 1605, 1608-1613, 1615, 1616, 1637, 1650, 1679, 1690, 1718, 1742, 1746, 1748, 1787n, 1840, 1959, 2070, 2153, 2164
 Marruecos 684, 685n
 Matliary, *véase* Tatranské Matliary
 Meran 430n, 1724, 1886-1895, 1917, 1926, 1930n, 1931n, 1932-1934, 1941, 1945, 1947, 1963, 1984, 1986, 1989, 1994, 2005, 2013n, 2019n, 2026, 2090, 2155, 2164
 Metz 1363
 Michalovce 1452
 Michelob 1738, 1796
 Milán 18, 674, 675, 676 y n., 677, 678, 680, 681, 729, 737
 Mnišek 594
 Moldava 44, 50, 163, 182-184, 188, 191, 213n, 319, 478, 497, 594, 595, 619, 713, 1106, 1144, 1466, 1802, 1824, 1973, 1980, 2008
 Montaña Blanca 53, 57, 58-59, 64, 65, 66, 69, 74
 Montañas Gigantes 2050, 2075
 Montecarlo 667n
 Montenegro 862
 Montes Metálicos 480, 481, 1086, 1087
 Montichiari 602-603
 Moravia 52, 57, 67, 70n, 71, 78, 265, 270, 324, 339, 347, 384, 1170, 1992
 Moravia-Weisskirchen 324
 Múnich 18, 334, 372, 388-389, 390n, 391, 392 y n., 399, 400, 403, 413n, 454, 457, 530, 592, 637, 661-662, 1321n, 1326, 1330, 1348, 1641-1644, 1646, 1648 y n., 1649-1652, 1655, 1697, 1701, 1811, 1888, 1889, 1890n, 1894, 1928, 1929, 1931, 2010, 2011n, 2021, 2188, 2189
 Schwabing 389-390, 391, 392, 1641
 Müritz 2142, 2144-2146, 2147n, 2151, 2152-2155, 2162, 2181, 2185
 Nagy Mihály 1452
 Nápoles 673, 674n
 Neustadt (Silesia) 914
 Norderney 322 y n.-323n, 324, 329, 417
 Norte, Mar del 18, 322 y n., 324, 1126
 Noruega 1334
 Nový Smokovec 1992, 1993
 Nueva York 415, 477, 839n, 928, 1638n, 1996n, 2179n
 Oberklee 1740, 1755 y n.
 Oberstudenez 370
 Oklahoma 495, 1029, 1030, 1031, 1032, 1034, 1035
 Opladen 1861
 Ortmann 2214, 2215, 2217n
 Ostende 418
 otomano, Imperio 862, 996, 1190, 1192
véase también Turquía
 Oxford 1365, 1503

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Pabianice 2149
- Palestina 56, 361n, 518, 578,
755, 771, 811, 813, 829, 830,
841, 842, 1188, 1190, 1191-
1192, 1194, 1275, 1360,
1617, 1621n, 1624, 1629,
1633, 1636, 1683, 1684n,
1706n, 1707, 1769 y n.,
1770n, 1782, 1810, 1860,
1861, 1875, 2020, 2059,
2117, 2120, 2128 y n., 2129-
2130 y n., 2132-2135 y n.,
2137-2138, 2141, 2147, 2153,
2160, 2181, 2196, 2244-
2245
- Panamá, Canal de 93
- Paraguay 477, 479
- Pardubitz 1830
- París 18, 90, 93, 94, 165, 173,
174, 389, 418, 522, 613-617,
621, 622 y n., 625, 626n,
629, 630 y n., 637, 670,
675, 678, 679, 680, 681,
682, 683-684, 685-687 y
n., 688, 694, 729, 737, 753,
781, 795, 1156, 1273, 1338,
1353, 1410, 1453, 1467,
1524, 1580, 1891, 2166,
2227n, 2244
- Bois de Boulogne 629,
684
- Montmartre 613, 622, 625,
628
- Partenkirchen 1889, 1890n
- Pegli 1208
- Pererau 1360
- Pernitz 2214
- Pilsen 556, 557n, 576, 661,
663, 763
- Písek 69, 70, 82, 269, 272-273
- Planá 2089, 2090, 2091n,
2093-2094, 2096, 2097n,
2100, 2109, 2116n, 2124,
2130, 2140, 2146, 2223
- Poděbrady 92, 93, 98 y n., 99,
196n
- Podersam 1739n
- Polná 264-265 y n., 266n,
267, 270n, 274n
- Polonia 50n, 69, 640, 1188
- Praga 15, 16, 18, 20, 28, 43-
49, 51-55, 56, 59-70, 72-75,
79, 81, 84-88, 92n, 93, 102,
104-105, 116, 129, 147 y n.,
148-149, 158n, 159, 162-194,
199-200, 208, 212 y n., 213,
227, 228-229 y n., 230-233,
253, 255, 257-258, 261, 263,
266-268, 272-273 y n., 275,
277, 281, 295, 299, 305,
322, 324-325, 328, 332, 335,
344, 354, 357, 361 y n., 372-
373, 385-386, 392-393, 399,
423, 431, 443-444, 453-457,
475, 480, 481, 483, 498,
500, 513-515, 519, 520, 525,
531-547, 551, 572-577, 580-
584, 592, 597, 604, 606,
608, 615-616, 624-643,
651-654, 694, 701-704,
716, 719, 739-740, 748-
749, 754, 756, 759, 762-
764, 784, 786, 791, 793,
799-801, 809, 811, 813-814,
829, 871, 880, 896, 902,
973, 976, 1000, 1010, 1053,
1057, 1060, 1062-1063,
1128, 1216, 1257, 1293,
1297-1298, 1306, 1345,
1348-1360, 1365, 1370,
1371, 1377, 1382, 1407,
1408 y n., 1411-1413, 1415-
1421, 1445-1447, 1449-1451,
1453, 1455-1456, 1461-1469,

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- 1482, 1487, 1492, 1506,
1520, 1522, 1532, 1544,
1548-1549, 1563, 1566, 1571,
1574, 1598, 1602n, 1605-
1606, 1609, 1611-1612,
1622, 1623, 1629, 1650,
1654, 1656, 1657n, 1661,
1664, 1674n, 1703, 1713,
1721, 1750, 1754, 1768-
1769, 1782-1783 y n., 1797-
1800, 1812-1814 y n., 1816,
1818 y n., 1824, 1848, 1854,
1855n, 1860, 1881, 1896-
1897, 1899, 1930-1931 y n.,
2017n, 2021, 2030-2031,
2081, 2092, 2119, 2128-
2129, 2136, 2192, 2241,
2244-2245
Altstädter Ring 1257, 1258,
1274, 1293, 1320, 1354,
1372, 1382, 1543, 1570,
1682, 1735, 1811, 1812,
1815, 1817, 1941, 1947,
2017, 2080n, 2090,
2130, 2213
Baumgarten 173, 181, 501,
593, 1465-1466
Belvedere 174, 181, 478,
671, 694, 789, 1555
ciudad vieja 43, 51, 60, 63,
146, 148, 150, 156, 171,
179, 191, 208, 212 y n.,
213, 216, 222, 258, 305,
336, 339, 347, 373, 478,
502, 672, 675, 704,
1294, 1318, 1359, 1439,
1441, 1555, 1605, 1674,
2241
Fleischmarkt 147, 151, 158,
209, 258, 373
Hetzinsel 1076
Hradschin 45n, 58n, 72,
527, 818, 1010, 1274,
1351, 1555, 1696, 1717,
2084
Hradschin, castillo de 73,
1654, 2022
Isla de Střelecky 1524
Isla de los Judíos 181
Isla del Emperador 1465,
1469
Josefstadt 45, 47, 163, 172,
188, 189-191, 212n, 259,
261, 277, 502
Josefstadt (gueto) 1830
Königliche Weinberge 1830
Lado Pequeño 61, 171, 182,
184, 373, 375
Laurenziberg 174, 181, 325,
326, 447, 448, 615, 694,
696
Michle 1075
Nusle 1073, 1075, 1076,
1077
Podol 1575
Smíchov 61
Sophieninsel 43, 186, 1076,
1980
Strašnice 2241
Troja 1802
Veleslavin 72, 73, 1075, 1904
Vysěhrad 72, 73, 1075
Wenzelsplatz 101, 102,
172, 199, 257, 258, 397,
483, 538, 720, 985, 1575,
1737, 1812, 1815, 1898
Wrschowit 1849
Žižkov 61, 172, 259, 443n,
721, 851, 1453, 1607n,
1608, 1610, 1685, 1898,
2074
Prusia Oriental 1410
Przemyśl 1410, 1447, 1453,
1570n

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Radeschowitz 1144
 Ravensbrück 2243
 Reichenberg 227, 495, 539,
 552, 556
 Reims 600, 603, 609
 Říčany 280
 Rigi-Kulm 668
 Rimini 659n
 Riva 507, 591, 592 y n., 596,
 597, 600, 608, 613, 659,
 672, 680, 1209, 1215, 1217,
 1218, 1245, 1249, 1250,
 1258, 1263, 1268, 1288,
 1487, 1592, 1594, 1641,
 1670, 1748, 1832
 Riviera 659, 1208, 1274
 Röchlitz 556
 Rodaun 1679n
 Roma 194
 Rostock 414n, 2142, 2145
 Rotoř 1373
 Rouen 630 y n.
 Rügen 918
 Rumania 1816
 Rumburg 552n, 1532-1533,
 1535, 1560 y n., 1561
 Ruppertsdorf 556
 Rusia 614, 748, 755, 757, 999,
 1000, 1001, 1188, 1337,
 1338, 1340, 1341, 1355, 1356,
 1360, 1365, 1372, 1461,
 1479, 1516, 1523, 1561, 1575,
 1675 y n., 1764, 1766, 1771,
 2017n, 2018n

 Saaz 227, 1755n
 Saint-Germaine 1891
 Sajonia 540
 Salesel 422, 423n
 Salo 1207
 Salzburgo 1937
 San Felice 1208

 San Gotardo 671
 San Petersburgo 521, 1338-
 1339, 1524
 Sarajevo 1318, 1336, 1338,
 1356n, 1406
 Sasau 595
 Sátoralja-Ujhely 1455, 1456,
 1545, 1607n
 Sázava 595
 Schelesen 930n, 1824 y n.,
 1826, 1831, 1832, 1834,
 1839, 1846, 1847, 1853,
 1855, 1865, 1882, 1883-1884,
 1888, 1890, 1893, 1898,
 2003, 2045, 2090, 2155-
 2156, 2174n, 2193
 Schönlinde 1560n
 Sebnitz 992
 Senohraby 595
 Serbia 633, 997, 999, 1001,
 1336, 1337-1338, 1350,
 1343n, 1344, 1356, 1363,
 1368, 1409, 1521, 1523, 1566
 Shanghai 94
 Siberia 1766, 2017 y n., 2196,
 2203n
 Silesia 52, 383, 914, 916, 1104,
 1120, 2029, 2149, 2151
 Silvaplana 807
 Sirmione 1207, 1208
 Spa 2166
 Spindelmühle 2037-2038,
 2039, 2046, 2048-2051,
 2067, 2070, 2075, 2079,
 2090, 2109
 Sankt Gilgen 1962
 Stanislaw 1619
 Stapelburg 799
 Stechowitz 593
 Strakonitz 1812
 Stresa 680
 Sudáfrica 1188

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

- Sudamérica 477, 480, 593
 Sudetes 174n, 227, 333n, 339,
 577n, 1561
 Suecia 50n, 1814
 Suiza 659, 662, 664, 668,
 676, 678, 688, 737, 1172,
 1453, 1497, 1513n, 1816,
 1831, 2212
 Sylt 1126, 1127, 1128, 1129

 Tábor 2090, 2092
 Tarnów 1414, 1457, 1529
 Tatra, Alto 1987, 1989, 1991,
 2000, 2002, 2005, 2007,
 2028, 2049, 2050, 2079,
 2090, 2140, 2224
 Tatranské Matliary 1987, 1988-
 2009
 Taus 2006
 Tel Aviv 653n, 2133n
 Teplitz 227, 763
 Tetschen 559, 1804
 Theresienstadt, campo de
 concentración 2081n,
 2197n, 2244
 Theresienstadt, gueto de 414n
 Tirol 1180, 1370
 Tirol del Sur 1524, 1891
 Toblino, castillo de 589, 597
 Torbole 597
 Treblinka 2244
 Tremezzo 672
 Triesch 321, 334, 384, 385, 387,
 390n, 424, 432, 479, 481,
 2108
 Trieste 483, 485, 493n, 593,
 659n, 674, 1196, 1204,
 1217, 1524
 Tubinga 415
 Turingia 313, 2093
 Turnau 1803, 1807
 Turquía 996

 Ucrania 68, 69, 2143
 Udschidschi 440
 Uganda 757
 Unión Soviética 2203n, 2244

 Varsovia 751, 753, 1529
 Venecia 18, 673 y n., 674 y
 n., 1196, 1204-1205, 1207,
 1217, 1243, 1245, 2114 y n
 Lido 673 y n., 1180
 Verdún 1451
 Verona 18, 1205, 1207, 1217
 Versailles 93, 684, 685 y n.
 Viena 18, 45, 46, 53, 54, 61,
 62, 64-65, 69n, 79, 90, 93,
 108n, 149, 172, 173, 176,
 190, 198n, 227, 228, 254,
 255, 261, 262n, 264, 267,
 275, 354, 379, 386, 400,
 454, 481-482, 487, 535, 539,
 543, 546, 547, 554, 576,
 611, 615, 640, 694, 707,
 753, 880, 973, 996, 999,
 1086, 1137, 1171, 1176-1178,
 1180, 1184, 1188-1204, 1212,
 1276, 1337-1339, 1343 y n.,
 1354n, 1357, 1361, 1365,
 1367, 1410, 1415, 1421,
 1455, 1522, 1524, 1541, 1549,
 1555n, 1602n, 1660, 1713,
 1798, 1804, 1805, 1812,
 1813n, 1891, 1900, 1906-
 1907, 1910n
 Ottakring 1176
 Schönbrunn 1194
 Vincennes 807

 Waldenburg 1584n
 Warnsdorf 1683n
 Weimar 773, 786, 789, 790,
 791, 800, 829, 924, 975,
 1487, 1501, 1592, 1604

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

Westerland 1126, 1127	Zürrau 124n, 511n, 719, 1685-
Windhuk 440	1687, 1724, 1735, 1736-
Wolfgangsee 1532, 1962	1764, 1765, 1771, 1773,
Wossek 68-71, 78 y n., 79-83,	1774, 1776-1780, 1782-
90, 91, 94, 146	1784, 1787, 1788, 1791,
judería de 88	1793, 1794, 1797, 1800,
Pequeño Wossek 85-86	1801n, 1803, 1807, 1822,
Wossek 69	1823, 1855, 1861, 1866,
Wran 593	1879, 1885, 1918, 1924,
Wrschowitz 1849	1940, 1968, 1971, 1976,
	1983, 2005, 2019n, 2022,
Xanten 265n	2026, 2033, 2045, 2048,
	2052, 2056, 2089, 2090,
Zájezdec 1830	2101n, 2192
Zborów 1450	Zúrich 18, 437, 651, 662, 680
Zuckmantel 383, 387, 437-438,	Zúrich, lago de 664, 667, 687,
474, 507, 568, 1438, 1594	689, 753, 795

ÍNDICE DE OBRAS

- América*, véase *Desaparecido*, *El*
 «A todos mis convecinos» 1100
 «aeroplanos en Brescia, Los»
 602, 1167-1168
 «aldea más cercana, La» 1670,
 1672n
 «Ante la Ley» 1590, 1624,
 1914n, 2242
 «árboles, Los» 460n, 2083
 «artista del hambre, Un» 18,
 517, 2044, 2075-2107, 2110
 y n., 2187, 2190, 2235
artista del hambre. Cuatro bis-
torias, Un 2190n, 2235
- «Barullo» 479n, 515n, 699
 «Blumfeld» 1100, 1442-1444 y
 n., 1504, 1666
 «breviario para damas, Un»
 697n
 «buitre, El» 1969
- Carta al padre* 77n, 95n, 111n,
 112, 118, 125, 128, 129-130,
 136n, 141, 201n, 209, 211n,
 251n, 256, 293, 296n, 417,
 421n, 764, 835, 1118, 1349,
 1683n, 1863, 1865n, 1866,
 1867, 1872, 1879, 1881,
 1885, 1936, 2019 y n., 2034,
 2155
castillo, El 23, 183, 219, 380,
 382, 452, 506, 550, 551n,
 839, 895n, 922, 931, 933,
 1019, 1022n, 1100, 1199,
 1388, 1443, 1585, 1590,
 1972, 2037-2074, 2084,
 2085, 2086, 2096, 2097,
 2098 y n.-2099, 2100,
 2102, 2106, 2107n, 2109,
 2125
 «cazador Gracchus, El» 1218-
 1219 y n.
 «Chacales y árabes» 1670,
 1705, 1706, 1711
 «cielo en los callejones angos-
 tos, El» 445
 «Comunidad» 1669
condena, La 18, 122, 131n, 298,
 658n, 804, 821, 831, 833,
 835, 836n, 838-839, 855,
 871, 883, 909, 926-927,
 932, 940, 943, 946-947,
 958, 960, 966, 986, 989,
 1005, 1023, 1026, 1093,
 1118, 1140, 1143, 1149, 1155,
 1159, 1160, 1169, 1277,
 1278, 1289, 1388, 1442,
 1507, 1508, 1563, 1641,
 1642, 1645n, 1677, 1694 y
 n., 1878, 1914n, 2083,
 2107
 «Conferencia introductoria so-
 bre la jerga» 769n
 «confusión cotidiana, Una»
 1968
Contemplación 459, 460n,
 461 y n., 462n, 496, 567n,
 630n, 696, 805, 806, 809,
 812, 814, 816, 834, 840,
 880, 989, 1005, 1006,
 1007, 1008, 1090, 1149,

- 1150, 1160, 1162-1166, 1174,
1277, 1402, 1507, 1513,
1518, 1583n, 1639, 1709,
1711, 1743n, 1779, 1913 y n.,
1914n, 2017
- «Conversación con el borra-
cho» 460, 697n
- «Conversación con el orante»
460, 697n
- «cruzamiento, Un» 1670
- desaparecido, El* 23, 131, 380,
463, 506, 553, 567, 630 y
n., 784, 833, 837-839, 853,
862, 872, 898, 926-946,
950, 964, 966, 968, 1004,
1010, 1019-1035, 1047,
1099-1100, 1141, 1159, 1372,
1377, 1378, 1381, 1385, 1388,
1392, 1434, 1502n, 1504,
1641, 2024, 2063, 2100
- «Descripción de una lucha»
447 y n., 449, 450-453, 459-
463, 476, 560, 562, 563,
586, 607, 619, 696, 697n,
727, 781, 805
- «Desenmascaramiento de un
engañabobos» 807
- «Deseo de convertirse en in-
dio» 496
- «desventura del soltero, La»
734n, 735-736, 1583n
- «Durante la construcción de la
muralla china» 555, 1670,
1673, 1779n, 2084, 2085
- En la colonia penitenciaria*
1373-1406, 1434, 1435,
1504, 1644, 1645-1646,
1649, 1652, 1695, 1709,
1710, 1713, 1779, 1972,
2041, 2086
- «En la galería» 1670, 1672 y
n., 2083
- «engañabobos, El», véase
«Desenmascaramiento de
un engañabobos»
- «escudo de la ciudad, El»
1968, 1970, 1971n
- «examen, El» 1969
- «Fabulilla» 1968
- «ferrocarril de Kalda, El», véa-
se «Recuerdos del ferroca-
rril de Kalda»
- «fiscal suplente, El» 1432,
1436, 1504
- fogonero, El* 18, 489n, 838-839
y n., 843, 846, 855, 929-
930, 936-938, 989, 1024-
1025, 1029, 1094, 1143,
1149, 1154, 1155-1156, 1159,
1164, 1167, 1169, 1172,
1174, 1177, 1277, 1284,
1402, 1507, 1508, 1579,
1642n, 1649, 1671, 1694,
1779, 1795, 1895, 1912,
2107, 2147
- «fratricidio, Un» 1670, 1672n,
1712 y n., 2083
- «golpe a la puerta de la granja,
El» 1950, 1670
- «guardián de la cripta, El»
1669 y n., 1670, 1673 y n.,
1676, 2068, 2085
- «informe para una academia,
Un» 18, 1667, 1670, 1705,
1707, 1913 y n., 2015, 2124,
2196
- «Investigaciones de un perro»
771, 2125, 2426, 2128n,
2131, 2139, 2206

ÍNDICE DE OBRAS

- «jinete del cubo, El» 1670,
1674, 2022
- «Josefina la cantante» (o «El
pueblo de los ratones») 18,
2009-2211, 2212, 2216,
2232 y n., 2235
- «maestro de pueblo, El» 1432,
1436, 1504, 2086
- «médico rural, Un» 624n, 929,
1590, 1670, 1672n, 1694-
1717 y n., 1751
- médico rural. Relatos breves,*
Un 1710, 1711, 1714, 1716,
1717 y n., 1771, 1772 y n.,
1773, 1774, 1778, 1800,
1875 y n., 1889, 1969, 1999,
2011, 2013, 2021, 2023,
2087n, 2107, 2148, 2186
- «mensaje imperial, Un» 1670,
1672, 1673, 2085, 2242
- metamorfosis, La*, véase *trans-
formación, La*
- «Mirando distraídamente fue-
ra» 460n, 2083
- «mujercita, Una» 18, 2175,
2176, 2190, 2232 y n.
- «mundo urbano, El» 658 y n.,
El 727, 932, 944
- «Niños en el camino vecinal»
811
- «nuevo abogado, El» 220,
624n, 1670, 1673, 1772
- «obra, La» 1309, 1488, 1489n,
2206, 2209n
- «Once hijos» 1670, 1672n,
1772n-1773n, 2012-2013,
2015
- «pasajero, El» 460n, 816, 817
- «pequeño habitante de las
ruinas, El» 118, 119n
- «Poseidón» 220, 1969, 1970,
2064
- «preocupación del padre de fa-
milia, La» 1670, 1672n
- «Preparativos de boda en el
campo» 476, 560, 562 y n.,
564 y n., 566, 567, 568n,
727, 951
- «Primer sufrimiento» 18, 517,
2088, 2100, 2101n, 2109,
2190
- proceso, El* 122, 130, 170, 172,
380, 382, 436, 452, 468,
469, 501, 502n, 555, 657,
839, 922, 929, 931, 932,
933, 1019, 1022, 1100, 1124-
1125, 1373-1406, 1425,
1427, 1434n, 1435, 1436,
1438, 1442, 1477, 1492,
1503-1507, 1518, 1585,
1590, 1592, 1624, 1627,
1641, 1666, 1700n, 1788,
1877, 1972, 2021n, 2024,
2039, 2041, 2042 y n.,
2048, 2061, 2063, 2065 y
n., 2072, 2085-2086, 2098-
2099, 2100
- «Prometeo» 220, 2064
- «puente, El» 1670
- «Recuerdos del ferrocarril de
Kalda» 1381, 1504, 2086
- «revista extinta, Una» 696, 698
- «Richard y Samuel» 663n,
681n, 782 y n., 783-784,
1145, 1165, 1378
- «Ser desdichado» 650n
- «silencio de las sirenas, El»
220, 1968, 2064

ÍNDICE DE OBRAS

- «Sobre la cuestión de las leyes» 1577n, 1584, 1590, 1627,
1968, 1969 1628 y n., 1638, 1639,
«sueño, Un» 1626, 1627n, 2242 1642n, 1649, 1652, 1671,
1694, 1795, 1878, 1953,
transformación, La 18, 130, 2107, 2021n, 2027, 2041,
131n, 170 y n., 316 y n., 563, 2083, 2125, 2107
839, 853, 860, 939, 947- «trompo, El» 1969
968, 977, 987, 989, 1003-
1005, 1012, 1021, 1059, «vecino, El» 1670
1064, 1070, 1082, 1090, «verdad sobre Sancho Panza,
1094, 1099, 1155, 1169, La» 1774, 1968
1277-1280, 1283, 1284, «viejo folio, Un» 1670, 1673,
1375, 1388, 1393, 1400, 1675n
1406, 1485, 1508, 1509, «visita a la mina, Una» 1670,
1512, 1514, 1515, 1519, 1574, 1672, 1772

ESTE SEGUNDO VOLUMEN
DE LA PRIMERA EDICIÓN DE «KAFKA»,
DE REINER STACH, SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN CAPELLADES EN
EL MES DE NOVIEMBRE
DEL AÑO
2016



2 3

4

•

Colección El Acantilado
Últimos títulos

229. YANNIS RITSOS *Crisótemis*
230. RÉGINE PERNOUD *Eloísa y Abelardo*
231. PATRICK LEIGH PERMOR *Roumeli. Viajes por el norte de Grecia*
232. WILHELM FURTWÄNGLER *Conversaciones sobre música*
(4 ediciones)
233. WILFRED OWEN *Poemas de guerra*
234. WALTER BURKERT *El origen salvaje. Ritos de sacrificio*
y mito entre los griegos
235. ÓSIP MANDELSTAM *Armenia en prosa y en verso*
236. LISA RANDALL *Universos ocultos* (3 ediciones)
237. MARIUSZ SZCZYGIEL *Gottland*
238. ANTOINE COMPAGNON *Gato encerrado. Montaigne*
y la alegoría
239. TIM BLANNING *El triunfo de la música. Los compositores,*
los intérpretes y el público desde 1700 hasta la actualidad
(2 ediciones)
240. ÀNGEL QUINTANA *Después del cine. Imagen y realidad*
en la era digital
241. STEFAN ZWEIG *María Antonieta* (5 ediciones)
242. ADAM ZAGAJEWSKI *Mano invisible*
243. CARL DAHLHAUS & HANS HEINRICH EGGBRECHT *¿Qué es*
la música?
244. PIETRO CITATI *Kafka*
245. JONATHAN RILEY-SMITH *¿Qué fueron las cruzadas?*
246. OTTO MAYR *Autoridad, libertad y maquinaria automática*
en la primera modernidad europea
247. JAUME VICENS VIVES *España contemporánea (1814-1953)*
(2 ediciones)
248. PEDRO OLALLA *Historia menor de Grecia. Una mirada*
humanista sobre la agitada historia de los griegos (6 ediciones)
249. EDMUND DE WAAL *La liebre con ojos de ámbar.*
Una herencia oculta (7 ediciones)

250. JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS *Paraísos a ciegas*
251. RAFAEL ARGULLOL *Una educación sensorial. Historia personal del desnudo femenino en la pintura*
252. ANDRZEJ SZCZEKLIK *Core. Sobre enfermos, enfermedades y la búsqueda del alma de la medicina* (2 ediciones)
253. MARCUS DU SAUTOY *Los misterios de los números. La odisea de las matemáticas en la vida cotidiana* (3 ediciones)
254. IMRE KERTÉSZ *Cartas a Eva Haldimann* (2 ediciones)
255. RAMÓN ANDRÉS *Diccionario de música, mitología, magia y religión* (3 ediciones)
256. WILHELM FURTWÄNGLER *Sonido y palabra. Ensayos y discursos (1918-1954)*
257. YANNIS RITSOS *Ismene*
258. NADIEZHDA MANDELSTAM *Contra toda esperanza. Memorias* (2 ediciones)
259. FRANCISCO RICO *Tiempos del «Quijote»*
260. LOREN GRAHAM & JEAN-MICHEL KANTOR *El nombre del infinito. Un relato verídico de misticismo religioso y creatividad matemática*
261. LUCRECIO *De rerum natura. De la naturaleza*
262. DANILO KIŠ *Lección de anatomía* (2 ediciones)
263. STEFAN ZWEIG *María Estuardo* (3 ediciones)
264. GUIDO CERONETTI *El monóculo melancólico* (2 ediciones)
265. WILLIAM SHAKESPEARE *Sonetos*
266. JOSÉ MARÍA MICÓ *Clásicos vividos* (2 ediciones)
267. MAURICIO WIESENTHAL *Siguiendo mi camino*
268. CARLA CARMONA *En la cuerda floja de lo eterno. Sobre la gramática alucinada de Egon Schiele* (2 ediciones)
269. BRYAN MAGEE *Aspectos de Wagner*
270. G. K. CHESTERTON *Ortodoxia* (2 ediciones)
271. JEANNE HERSCH *Tiempo y música*
272. JAUME VICENS VIVES *La crisis del siglo XX (1919-1945)* (2 ediciones)
273. STEVE PINCUS *1688. La primera revolución moderna*
274. ZBIGNIEW HERBERT *El laberinto junto al mar* (2 ediciones)
275. PREDRAG MATVEJEVIĆ *Nuestro pan de cada día*

276. FERNANDO PESSOA *Escritos sobre genio y locura* (2 ediciones)
277. RÉGINE PERNOUD *La reina Blanca de Castilla*
278. RAMÓN ANDRÉS *El luthier de Delft. Música, pintura y ciencia en tiempos de Vermeer y Spinoza* (3 ediciones)
279. RAFAEL ARGULLOL *Maldita perfección. Escritos sobre el sacrificio y la celebración de la belleza*
280. WALTER BURKERT *Homo necans. Interpretaciones de ritos sacrificiales y mitos de la antigua Grecia* (2 ediciones)
281. ÍGOR STRAVINSKI & ROBERT CRAFT *Memorias y comentarios*
282. MARC FUMAROLI *La República de las Letras*
283. LISA RANDALL *Llamando a las puertas del cielo.*
Cómo la física y el pensamiento científico iluminan el universo y el mundo moderno
284. MARTÍN DE RIQUER *Tirant lo Blanch, novela de historia y de ficción*
285. ADAM MICHNIK *En busca del significado perdido.*
La nueva Europa del Este
286. SŁAWOMIR MROŻEK *Baltasar (Una autobiografía)*
287. PIETRO CITATI *Leopardi*
288. JEAN-YVES JOUANNAIS *Artistas sin obra. «I would prefer not to»*
289. AURORA EGIDO *Bodas de Arte e Ingenio. Estudios sobre Baltasar Gracián*
290. MYRIAM MOSCONA *Tela de sevoya*
291. MAREK BIEŃCZYK *Melancolía. De los que la dicha perdieron y no la ballarán más*
292. CHARLES BURNEY *Viaje musical por Francia e Italia en el s. XVIII*
293. ILIÁ EHRENBURG *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*
294. OSCAR TUSQUETS BLANCA *Amables personajes*
295. RAFAEL ARGULLOL *Pasión del dios que quiso ser hombre*
296. W. STANLEY MOSS *Mal encuentro a la luz de la luna.*
El secuestro del general Kreipe en Creta durante la Segunda Guerra Mundial (2 ediciones)
297. NICOLE DACOS *«Roma quanta fuit». O la invención del paisaje de ruinas*

298. MARK EVAN BONDS *La música como pensamiento. El público y la música instrumental en la época de Beethoven*
299. CHARLES ROSEN *Schoenberg*
300. JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS *El ciego en la ventana. Monotonías*
301. KARL SCHLÖGEL *Terror y utopía. Moscú en 1937*
(2 ediciones)
302. JOSEPH ROTH & STEFAN ZWEIG *Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927-1938)* (2 ediciones)
303. MARINA TSVIETÁIEVA *Diarios de la Revolución de 1917*
(2 ediciones)
304. CAROLINE ALEXANDER *La guerra que mató a Aquiles. La verdadera historia de la «Iliada»* (2 ediciones)
305. JOSEF MARIA ESQUIROL *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad* (5 ediciones)
306. ANTOINE COMPAGNON *El demonio de la teoría. Literatura y sentido común*
307. EDUARDO GIL BERA *Esta canalla de literatura. Quince ensayos biográficos sobre Joseph Roth*
308. JORDI PONS *El camino hacia la forma. Goethe, Webern, Balhasar*
309. MARÍA BELMONTE *Peregrinos de la belleza. Viajeros por Italia y Grecia* (2 ediciones)
310. PEDRO OLALLA *Grecia en el aire. Herencias y desafíos de la antigua democracia ateniense vistos desde la Atenas actual*
(2 ediciones)
311. AURORA LUQUE *Aquel vivir del mar. El mar en la poesía griega. Antología*
312. JOHN ELIOT GARDINER *La música en el castillo del cielo. Un retrato de Johann Sebastian Bach* (3 ediciones)
313. ISABEL SOLER *El sueño del rey. Viajes y mesianismo en el Renacimiento peninsular*
314. RENÉ GROUSSET *El Conquistador del Mundo. Vida de Gengis Kan*
315. MARC FUMAROLI *Cuando Europa hablaba francés. Extranjeros francófilos en el Siglo de las Luces*

316. G. K. CHESTERTON *Alarmas y digresiones*
317. YURI BORÍSOV *Por el camino de Richter*
318. JOSÉ MARÍA MICÓ *Para entender a Góngora*
319. MARTA LLORENTE *La ciudad: huellas en el espacio
habitado*
320. RAMÓN ANDRÉS *Semper dolens. Historia del suicidio
en Occidente*
321. YANNIS RITSOS *Orestes*
322. MAURICIO WIESENTHAL *Rainer Maria Rilke (El vidente
y lo oculto)* (2 ediciones)
323. FRANCESC SERÉS *La piel de la frontera*
324. SVETLANA ALEKSIÉVICH *El fin del «Homo sovieticus»*
(5 ediciones)
325. *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre
la vida y la obra del filósofo pesimista*
326. ALBERTO SAVINIO *Contad, bombres, vuestra historia*
327. IMRE KERTÉSZ *La última posada* (2 ediciones)
328. ISABEL SOLER *Miguel de Cervantes: los años de Argel*
329. JOSEP SOLANES *En tierra ajena. Exilio y literatura desde la
«Odisea» hasta «Molloy»*
330. *La eternidad de un día. Clásicos del periodismo literario alemán
(1823-1934)*
331. FLORENCE DELAY *A mí, señoras mías, me parece. Treinta y un
relatos del palacio de Fontainebleau*
332. NIKOLAUS HARNONCOURT *Diálogos sobre Mozart. Reflexiones
sobre la actualidad de la música*
333. SIMON LEYS *Breviario de saberes inútiles. Ensayos sobre
sabiduría en China y literatura occidental*
334. SAINTE-BEUVE *Retratos de mujeres*
335. LISA RANDALL *La materia oscura y los dinosaurios.
La sorprendente interconectividad del universo*
336. RAMÓN ANDRÉS *Pensar y no caer*
337. MARÍA ROSA LIDA & YAKOB MALKIEL *Amor y filología.
Correspondencia (1943-1947)*
338. STEFAN ZWEIG & FRIDERIKE ZWEIG *Correspondencia
(1912-1942)*



«Yo soy la literatura», anotó Kafka en sus diarios. Esta afirmación enigmática y radical evidencia la compleja relación entre la vida y la obra de uno de los grandes autores del siglo pasado. Escritor dotadísimo, marcado por su fragilidad, por una extraordinaria finura espiritual, por su desbordante talento, y dividido entre la voluntad paterna de convertirlo en empresario y cabeza de familia y su propio deseo de consagrarse a unas pocas páginas que lo satisficieran, cobra vida en esta biografía que nos reafirma en la idea de que en él se condensa todo el siglo XX. Reiner Stach, que dedicó más de una década a la escritura de esta obra monumental, aclamada como la biografía definitiva de Kafka, combina con destreza la rigurosa investigación biográfica e histórica con la profunda comprensión de la vida y la obra del escritor praguense, y nos ofrece una recreación vívida y literaria del mundo, en sus detalles, de este autor ya imprescindible.

ISBN 978-84-16748-21-1



9

788416

748211